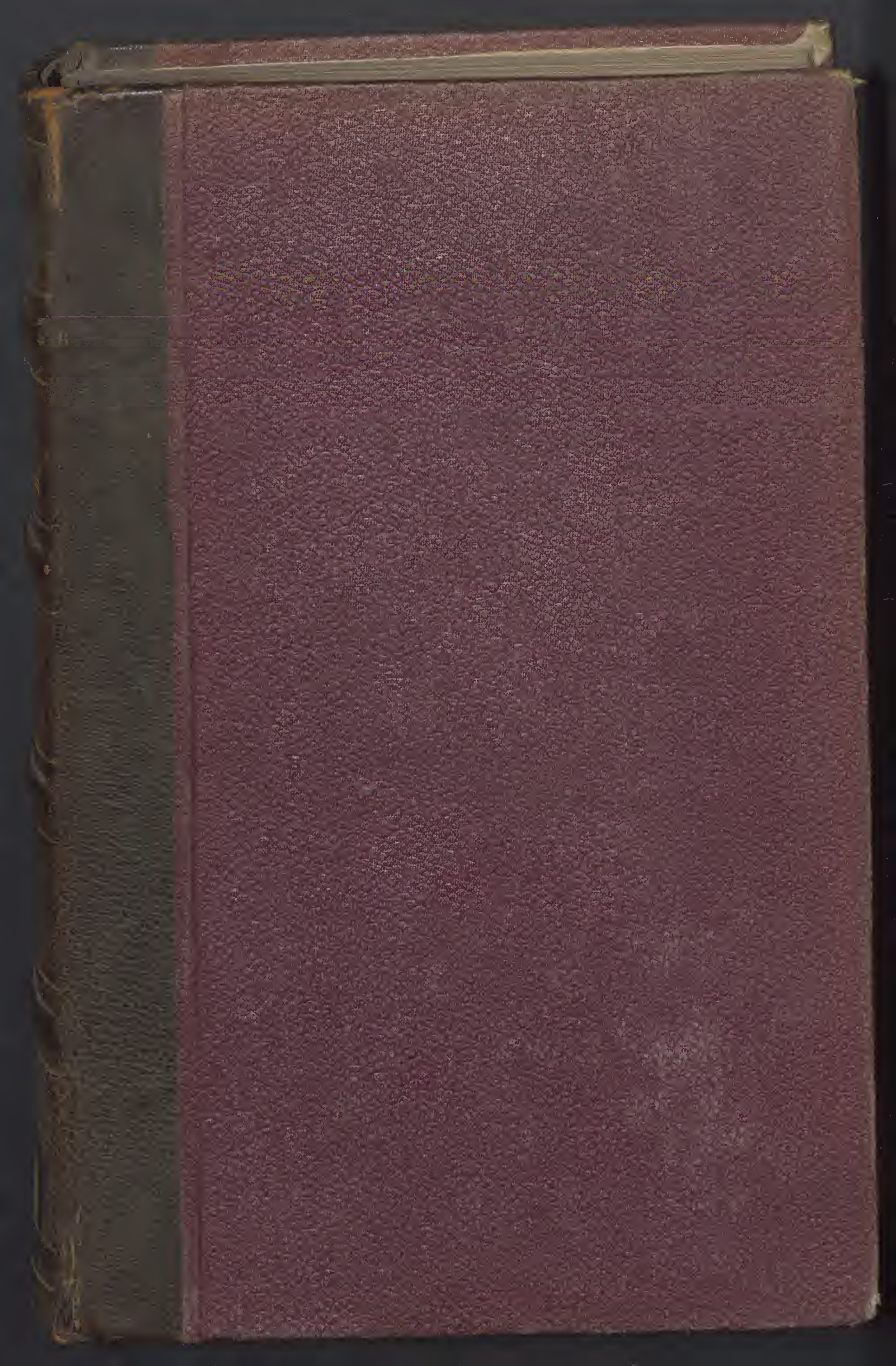
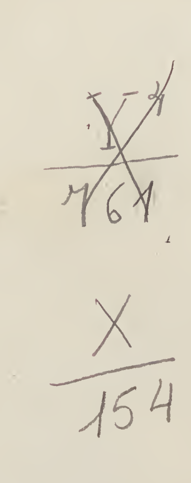



761
X
154



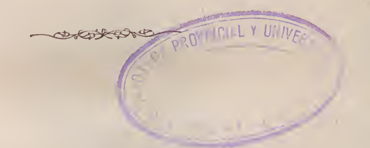
LOS REYES, LA IGLESIA Y EL PUEBLO

Ó

LOS TRES NAPOLEONES

Y

LA GUERRA DE ITALIA.



LOS REYES LA IGLESIA Y EL PUEBLO

Ó

LOS TRES NAPOLEONES

Y

LA GUERRA DE ITALIA

empezada en 1859.

VIDA POLÍTICA Y MILITAR

DE NAPOLEON EL GRANDE, DEL DUQUE DE REICHSTADT,

Y DE NAPOLEON LUIS BONAPARTE.

HISTORIA DE UN SIGLO

QUE FORMA LA EPOPEYA MAS GRANDIOSA QUE ATESORAN LOS ARCHIVOS DE LA HUMANIDAD.

Escrita por sus principales héroes,

y completada por los historiadores de mas fama,
asi nacionales como estrangeros, desde la Revolucion Francesa de 1793.
Ordenada y traducida por una sociedad literaria.

Edicion ilustrada con mas de

MIL GRABADOS

Debidos al lápiz y al buril de los mas aventajados artistas, entre ellos los retratos abiertos en acero de LOS TRES NAPOLEONES, de la emperatriz EUGENIA, hoy dia regente de Francia; de los mas famosos generales y hombres políticos de que hace mencion la historia, y de un gran mapa de Europa y de la Guerra de Italia.



Barcelona.

POR D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.
Calle de Escudillers, n.º 57.

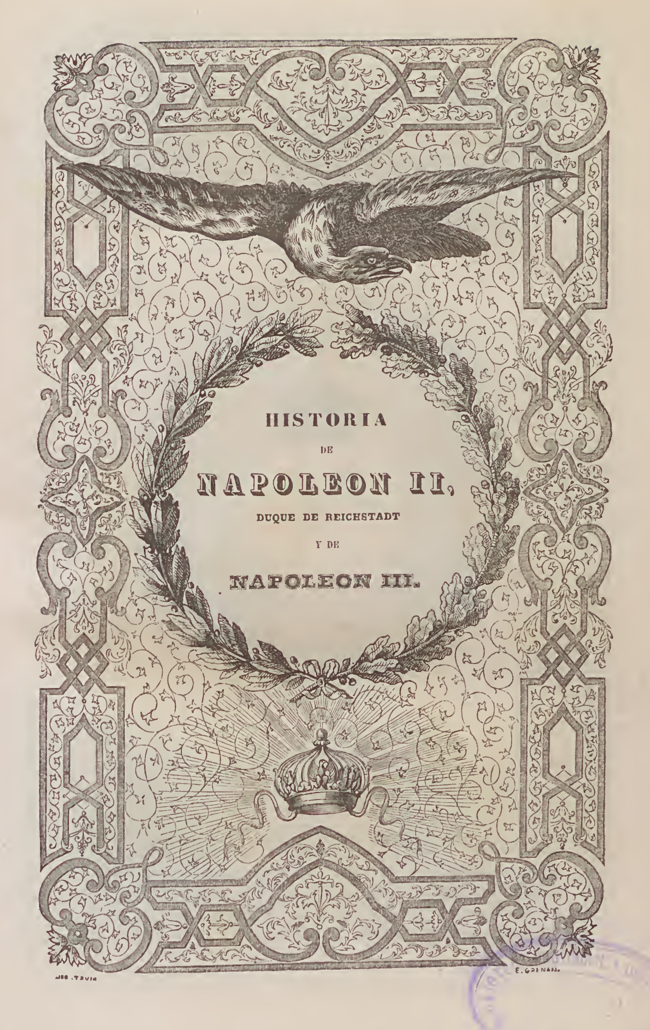
1860.



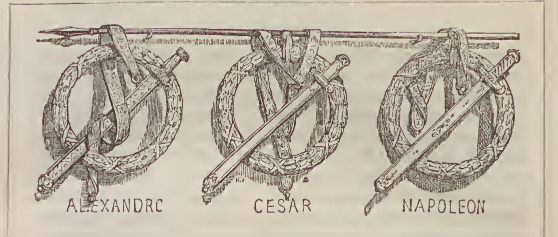

PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA



Napoleon II.


HISTORIA
DE
NAPOLEON II,
DUQUE DE REICHSTADT
Y DE
NAPOLEON III.





INTRODUCCION.

> Heu miserande puer. . . . .
> . . . . . manibus date lilia plenis Purpureos spargam flores, animamque nepotis Hic saltem accumulem donis, et fungar inani Munere.
>
> *Virg. Æneid. lib.* VI.



DESPUES que con la diadema imperial de Francia enlazó Napoleon la corona ferrea de Italia, tres campañas memorables le habian visto triunfar sucesivamente en las capitales de Austria y de Prusia. Las victorias de Ulm y de Austerlitz, de Jena y de Friedland, de Eckmulh y de Wagram, dictaron los tratados de Presburgo, de Tilsitt y de Viena. Viéronse obligados el Austria y la Prusia á sufrir la mutilacion de sus territorios, y á tender la mano á la ominosa alianza del Vencedor.

Despues de mil años de existencia se desplomó el caduco imperio germánico, y Napoleon repartió sus escombros entre unos reyes de su propia hechura, entre unos príncipes que habian en otros tiempos reconocido su vasallaje ó pagádole tributo; y los cuales se sometieron á sus despóticas voluntades, cuando se creó por su propia autoridad protector de la Confederacion del Rin. Erigiéndose mediador de la Confederacion helvética, despojó á la Suiza de su libertad, de sus recursos y de sus guerreros. Condecorados con el título de reyes, le servian sus hermanos de prefectos para gobernar á España, Nápoles, Westfalia y Holanda; á impulsos de sus caprichos revocaba los reyes y los reinos; su inmenso imperio, estendiéndose desde las orillas del Báltico hasta los Pirineos, contaba entre sus ciudades á Roma, Hamburgo, Lubeck y Amsterdam: cuarenta y dos millones de almas llevaban el nombre francés, y un número igual obedecia á su espada.

Solo faltaba un heredero para una herencia tan formidable.

Nacido de una revolucion, cuya máxima predilecta estaba cifrada en odio implacable hácia los reyes, el Soldado triunfador solicitó la mano de la hija de los Césares, y su orgullo presentó á la Francia la princesa *María Luisa* como el mas bello y el mas noble trofeo de sus victorias... ¡Asi recibió un freno la asoladora revolucion!

Al ascender al trono de Napoleon vióse rodeada la jóven Emperatriz de aclamaciones y de homenajes; sucediéronse fiestas suntuosas y brillantes; pero su regocijo fué turbado de repente por uno de aquellos accidentes que recordando los caractéres misteriosos y aterradores del festin de Baltasar, vienen con la presteza del relámpago á revelar súbitamente al instinto de los pueblos las verdades de funesto porvenir.

Un rápido incendio devora de repente el brillante aunque frágil edificio, donde el príncipe Schwarzenberg habia reunido en torno de los nuevos esposos cuanto el Austria y la Europa tenian de ilustre, cuanto la Francia de poderoso. A la alegre música de las danzas suceden alaridos de espanto, de dolor y de desesperacion. Apenas libertada de las llamas, vuelve corriendo una mujer á precipitarse en ellas..... Es una madre que busca á su hija en medio de las víctimas de aquella noche horrorosa; entra, y el edificio desplomándose sepulta en sus ruinas á Paulina de Schwarzenberg. Esta jóven, amable y hermosa, fué arrebatada en un momento á la ternura de su noble esposo, de su familia y de la hija predilecta, á cuya seguridad se habia sacrificado, queriendo sustraerla de un riesgo de que ya se hallaba libre.

Creyó la Nacion francesa en esta triste catástrofe que habia llenado de zozobra las nupcias de Maria Antonieta, ver el agüero mas ominoso, y anticipar el incendio aun mas terrible que, abrasando el mundo entero, estallaria entre la Francia y el Austria..... En efecto, Napoleon y

Schwarzenberg estaban destinados á volverse á ver, pero en sitio muy diferente de un salon de festines.

Pronto, empero se borró esta impresion pasajera en medio de tanta prosperidad; pronto quedó ahogada en el espectáculo de tanto poderío: y á la verdad, ¿quién podia dar crédito á los agüeros? Al aspecto de unas fuerzas tan colosales, ¿qué enemigo era temible? ¿qué lucha podia ser recelosa? Además, ¿qué nueva conquista pudiera inflamar la ambicion de Napoleon? ¿qué podia ya pedir á la fortuna?

Seis meses habian ya trascurrido desde esta epoca, cuando un político célebre en Europa escribió como sigue al emperador de Austria: « He venido á Paris para observar á Napoleon, para examinar si su casamiento con María Luisa era el término de su ambicion, ó si era este un nuevo punto de apoyo para lanzarse á nuevas y gigantescas empresas, fundando en él el trastorno de Europa. En esta última hipótesis, he vuelto á descubrir la verdad, despues de largas observaciones. Napoleon aspira evidentemente á la monarquía universal. La Rusia es la que primero sentirá la furia de su espíritu ambicioso, mientras que el invasor comprometiendo sus ejércitos en paises tan vastos y lejanos, los espondrá á una destruccion casi inevitable. Si vence, el año próximo seréis vos el mediador de la paz de Europa; si es vencido, dentro de dos años la dictaréis vos mismo en Paris. » En estas notas estraordinarias estaba escrito el porvenir con tanta exactitud, como se puede ahora leer en ellas lo pasado.

Semejante prevision, sin embargo, no es dada al comun de los hombres. Francia y Europa continuaron creyendo en la infalibilidad del astro de Napoleon y en la solidez de su vasto imperio; y en medio de este convencimiento general, nació el rey de Roma.







EL REY DE ROMA

Y EL

DUQUE DE REICHSTATD.



ENTAS le parecian las horas á una multitud inmensa de personas que desde el amanecer del dia 20 de Marzo de 1811 se agolpaba al rededor del palacio de las Tullerias en Paris é invadió los jardines apenas fueron abiertas las puertas. Durante toda la noche las iglesias habian sido visitadas por numerosos fieles que elevaban al cielo los mismos votos. En todos los semblantes se veia pintada la ansiedad, mas bien que esa curiosidad vulgar que exitan hasta los acontecimientos mas importantes: aguardábase con la mas viva ansiedad el parto de la emperatriz María Luisa. ¿Será una princesa ó un príncipe? ¿Dará Dios al César el heredero tan deseado por el númen omnipotente, ó bien quedará aislado en la historia como uno de esos cometas que surcan el espacio dejando en

pos de si un reguero de fuego y que luego se estinguen para siempre?

Esta era la pregunta que todos se hacian no solo en Paris sino en toda la Francia ; este era el tema supremo de todas las conversaciones en aquellos instantes.

A las nueve se oyó un cañonazo. Al momento cesó todo movimiento en calles y plazas; la multitud detuvo sus pasos y escuchó como un solo hombre. El silencio era tan grande, que parecia que se podian oir y contar las palpitaciones del corazon de todo un pueblo. Veinte y un cañonazos se sucedieron y la emocion redobló. Solo faltaba uno y este cañonazo debia decir á la Francia si Dios consagraba en un hijo al monarca que ella misma se habia elegido.

Aquel cañonazo tan deseado sonó en fin, y los que siguieron y cuyo eco partiendo del asilo de los Inválidos, fué á estinguirse en las mas lejanas extremidades de la ciudad, fueron acogidos como los festivos mensajeros de la fausta nueva. Volvió á reinar la animacion ; pero entonces era la animacion del júbilo; todo el mundo se felicitaba, todos se abrazaban hasta sin conocerse: —¡ Es un hijo, es un varon ! esclamaban los parisienses en el colmo de su entusiasmo.

Napoleon II acababa de nacer. La alegria que aquel acontecimiento despertó en todo el imperio, fué inmensa y profunda. Un nuevo sentimiento de reposo y seguridad embargó dulcemente todos los ánimos. Ya el imperio no morirá con el emperador, se decian todos los franceses: así la gloria como el nombre del grande hombre tienen un sucesor.

Tambien era indecible el gozo del afortunado padre, al ver colmados sus mas ardientes deseos, y cimentada de aquel modo una dinastía que era la realizacion de sus dorados sueños. Tan grande habia sido el anhelo para alcanzar aquel logro, que no parecia sino que aquella débil criatura, cuya existencia se contaba por instantes, y que el menor soplo de enfermedad podia borrar del libro de la vida, fuese el sosten, la base del grande establecimiento fundado por un hombre de génio.

¡ Singular incertidumbre de las previsiones humanas! Aquella herencia popular que Napoleon habia querido personificar en un varon de su sangre y de su alma, no habia de faltarle sin duda ; pero habia de venirle del lado que menos lo esperaba; y aquel vástago tan deseado, acogido por el entusiasta amor de una gran nacion, no debia ver la luz sino para sufrir y morir.

Se ha dicho y repetido que el emperador ofuscado por el egoismo de los poderosos, todo lo hubiese sacrificado, nada hubiese respetado á fin de poderse perpetuar en un hijo. El penoso sacrificio del divorcio ha servido de pretesto á estas calumnias; pero un solo hecho las destruye.

Al caer de la tarde del dia 19 de marzo, Maria Luisa empezó á sentir los primeros dolores del parto hallándose á su lado el profesor Dubois.

El hábil cirujano al hacerse cargo de algunos síntomas, juzgó que el parto seria laborioso y como la responsabilidad que pesaba sobre él le asustase, reclamó la presencia de Corvisart. En vano se buscó á este por todas partes: Corvisart no parecia, y Dubois fuera de sí con aquella contrariedad, se exageraba mas y mas las dificultades de la crisis. Napoleon mucho menos tranquilo que él, pero deseándole infundir una confianza que no sentia, díjole que obrase como si se tratára únicamente de la mujer de un soldado. Temeroso Dubois de tener que apelar á medios extremos, dirijió al emperador esta terrible pregunta. «¿Y si fuese preciso sacrificar á uno de los dos? — La madre, esclamó Napoleon, salvad la madre (1). Aun despues que todo hubo terminado, y sin pensar en aquel hijo tan anhelado, Napoleon quizo ante todo saber si Maria Luisa estaba fuera de peligro.

En fin tranquilizado acerca del estado de la emperatriz, Napoleon pudo contemplar con un orgulloso júbilo al recien nacido. « Señores, esclamó tomando á su hijo en brazos y mostrándolo á los príncipes de su familia, á los ministros de las potencias estrangeras, á los grandes dignatarios de la corona, á los cuerpos del Estado que fueron admitidos á presentarle sus homenajes; ya tenemos un rey de Roma.»

Napoleon, Francisco, Cárlos, José Bonaparte, el dia 9 de Junio de 1811, fué sostenido en las pilas bautismales por el gran duque de Wurtzburgo en nombre del emperador de Austria y en nombre de la reina de Nápoles por su alteza imperial la reina madre y por la reina Hortensia. Celebró el cardenal gran limosnero en presencia de un gran número de cardenales y obispos. Los diferentes cuerpos del Estado, todos los grandes oficiales y altos dignatarios, todos los príncipes y ministros estrangeros presentes en Paris, asistieron á esta espléndida ceremonia. El cortejo imperial salió de las Tullerias á las cinco y media y no pudo llegar á los pórticos de Nuestra Señora hasta cerca de las siete; tanta era la muchedumbre (en la que se hallaban reunidos los habitantes de los puntos mas lejanos del imperio,) que se agolpó al paso y en las inmediaciones y recinto de la iglesia metropolitana para contemplar las facciones del príncipe recien nacido que por primera vez se presentaba á recibir sus homenajes y á satisfacer su curiosidad. Al propio tiempo no solo en Paris, sino en la Francia entera y en una inmensa parte de Europa, los pueblos se asociaban de corazon en aquellos festejos oficiales. Aniquilada la Europa por veinte años de guerras y de desgracias, se regocijaba sinceramente del nacimiento del hijo de Napoleon, creyendo ha-

(1) El parto de Maria Luisa fué en estremo difícil y peligroso, cual si su hijo repugnase entrar en un mundo donde solo iba á aparecer por un momento y á entregar sus destinos juveniles al juguete de todos los caprichos de una fortuna inconstante.

llar al fin en este acontecimiento el término de sus largas fatigas y aspirando á descansar en sus reveses, tanto como la Francia sentia la necesidad de reposar en medio de sus triunfos.

Solemne fué el momento en que en medio de los cánticos religiosos de la antigua basílica parisiense, el heraldo de armas gritó tres veces con voz sonora : *¡ Viva el rey de Roma!* Aquel grito mil veces repetido por la apiñada concurrencia que llenaba las naves de la catedral, fué repetido en el esterior y corrió como un estremecimiento de amor por la multitud que cercaba con profundas masas hasta grandes distancias la casa del Señor.

Napoleon y Maria Luisa, cada uno á su vez, levantaron en brazos para presentarlo á Dios, al nuevo hijo de la Francia y la orquesta de la cacapilla imperial dirijida por Lesueur, con sus mil voces cantó un solemne *Tedeum.*

A estas solemnidades religiosas y populares, se unió la voz inevitable de la lisonja oficial. Primero fué el senado.

« Señor, decia su presidente; el Senado viene á ofrecer á vuestra magestad la espresion de sus vivas y respetuosas felicitaciones por el grande acontecimiento que colma nuestras esperanzas y asegura la dicha de nuestros nietos. Nos cabe la dicha de ser los primeros en hacer llegar hasta los pies del trono esos transportes de júbilo, esos gritos de alborozo que el nacimiento del rey de Roma motiva en todo el imperio. Vuestros pueblos saludan con unanimes aclamaciones el nuevo astro que acaba de levantarse en el horizonte de la Francia y cuyos primeros rayos disipan hasta las últimas sombras de las tinieblas del porvenir.

« La Providencia, Señor, que tan visiblemente os ha protejido en vuestra ardua carrera, concediéndonos este primer hijo del imperio, quiere dar á conocer al mundo que nacerá de vos una raza de héroes tan duradera como la gloria de vuestro nombre y las instituciones de vuestro genio. Desde lo alto de ese solio, donde contemplamos la magestad soberana con toda su pompa, repetidas veces nos habeis dirijido estas nobles y seductoras palabras: Que la dicha de vuestros pueblos, es la primera necesidad de vuestro corazon. Una vez esposo y padre, vuestros mas caros afectos se confunden en el amor que profesais á vuestros súbditos. La augusta emperatriz que por tantas gracias y virtudes releva el brillo de su diadema, os es mas querida todavía como madre del príncipe que debe reinar un dia en el pueblo francés; y cuando vuestras miradas paternales se fijan en el rey de Roma, vos pensais al punto que sobre aquella cabeza tan preciosa se fijan los destinos de aquel pueblo siempre presente á vuestro recuerdo.

« Permitid, Señor, que en este dia, el Senado confunda tambien sus mas queridos sentimientos con los primeros de sus deberes y que no se-

paremos nuestro cariñoso respeto por el hijo del gran Napoleon de las santas obligaciones que nos unen al heredero de la monarquía ; del propio modo que en el homenaje que venimos á presentar á Vuestra Magestad, no separemos la humilde ofrenda de nuestro amor por vuestra sagrada persona, de tributo de nuestro profundo respeto y de nuestra constante fidelidad.»

Ni Napoleon, ni ninguno de los grandes personajes reunidos entonces con motivo de aquel memorable acontecimiento, ni aquel mismo Senado que asi se espresaba de un modo tan lisonjero, pudieron prever que tres años despues de pronunciados discursos tan aduladores, aquel mismo Senado habia de promulgar un acta por la cual decretaria el destronamiento de Napoleon, aboliria el decreto de herencia de su familia, mientras que el ejército y el pueblo francés se considerarian absueltos del juramento de fidelidad que habian prestado á su dinastía.



No fué únicamente el Senado el que manifestó oficialmente su júbilo ; de todas las capitales de Europa llegaron felicitaciones y embajadores y de todos los puntos del imperio enviaron obsequiosas congratulaciones y acudieron numerosas diputaciones. Lasfunciones públicas, las iluminaciones y las fiestas brillantes, deslumbraban á la muchedumbre. Los teatros

resonaban con alusiones ingeniosas y mas de una lira pulsada por entusiastas vates que mas tarde debia indignarse contra el tirano, adormecia la cuna del rey niño con sus acentos, prometiendo al pueblo la duracion de las felicidades que halagaban á Napoleon.

Entre estos poetas que celebraban la jóven esperanza del imperio, distinguióse por primera vez un discípulo de retórica del Liceo Napoleon, llamado Casimiro Delavigne. Su primera oda fué para el vástago imperial.

. . . .
Dicha y fé vuestro hado aduna;
Desechad todo cuidado,
Que en la nave del Estado
Vá el César con su fortuna.

Al recuerdo de aquellas fiestas, de aquel entusiasmo, de aquellas esperanzas, se apodera del alma una profunda compasion por aquel padre y por aquel niño, el uno tan confiado en el porvenir, el otro tan tranquilo en la cuna. Cada una de las palabras pronunciadas en aquellas alegrias soberanas, es como una sangrienta ironía para el que conoce su inflexible destino. «Mi hijo vivirá para labrar la dicha y la gloria de la Francia; y los vuestros se consagrarán á su felicidad y á su gloria.» Esto decia al Senado y al consejo de Estado. Al cuerpo legislativo le decia: «La paz concluida con el emperador de Austria ha sido cimentada despues por la feliz alianza que he contraido. El nacimiento del rey de Roma ha colmado mis votos y satisfecho las esperanzas de mis pueblos.» Luego como impulsado por un singular presentimiento añadió: «Los franceses no olvidarán jamas que su dicha y su gloria van unidas á la prosperidad de este trono que he levantado, consolidado y engrandecido con ellos y por ellos; deseo que esto lo comprendan todos los franceses.»

Pero aquel nombre de rey de Roma que llevaba el régio vástago, era un nombre de mal augurio y como un recuerdo permanente de la espoliacion del gefe de la Iglesia. En vano Napoleon buscó con que justificar sus violencias pretestando las pretensiones temporales del Santo Padre. «He concedido, decia, palacios á los papas en Roma y en Paris: si de veras se interesan por la religion, querrán permanecer en el centro de los negocios de la cristiandad.» Singular modo de justificar el abuso de la fuerza.

Pero este error de un grande hombre, impulsado por su destino, ha sido olvidado por la Francia y por la Europa en presencia de dos tumbas. Santa Elena y Schœnbrunn han borrado aquellas manchas que oscurecian en ciertos dias el glorioso astro del imperio. El heredero,

de la mision napoleónica aclamado por el pueblo, ha hecho mas todavia; ha satisfecho á Roma cristiana la deuda contraida por el soldado coronado. El soberano pontífice, vuelto á colocar en la sede de San Pedro por manos del ejército francés, ha rasgado del libro de la historia la página que hubiese podido servir de testimonio contra la Francia imperial. Así es como en las verdaderas dinastias, Dios dispone que el uno complete la obra y algunas veces repare los errores del otro.

Entretanto el inocente niño iba creciendo en su real cuna. Parecia que la nacion vivia en aquella débil existencia, y ya la sencilla confianza de los desgraciados se dirijia á él como un protector encargado de dulcificar sus infortunios.

Refiérese esta tierna anécdota.

Pocos dias despues del nacimiento del rey de Roma una pobre viuda, cuyo hijo habia sido llamado á las armas, se presentó en las Tullerias y pidió que la dejasen entrar. La negativa que se le opuso ocasionó por su parte tan vivas reclamaciones y fueron hechas en tan alta voz, que llegaron á oidos del emperador, quien despues de haberse informado de la causa, mandó que aquella mujer fuese conducida á su presencia. Al llegar la pobre viuda delante del emperador, se arrojó á sus plantas y le rogó que la acompañasen á donde se hallaba el rey de Roma, porque, dijo, que á él se dirijia su solicitud. Accedió el emperador sonriendo, tomó el memorial, acercóse á la cuna y leyó en alta voz el contenido. Terminada la lectura, aguardó algunos instantes como si esperase una respuesta; y luego acercándose á la peticionaria: «*Señora, le dijo, acabo de leer vuestra solicitud; no se me ha contestado, pero es sabido que quien calla atorga.*»

Era profundo el amor que Napoleon profesaba á su hijo, y quien pedia en su nombre podia estar seguro de ser atendido.

Cuando fué preciso partir de nuevo para aquellas guerras interminables á las que la Europa condenaba al emperador; cuando fué preciso ir á buscar la paz en los helados desiertos de la Rusia, donde no debia hallar mas que un inmenso desastre, Napoleon llevó consigo un consuelo supremo y este consuelo era la risueña imágen de su hijo.

Un dia delante de Borodino, la víspera de la sangrienta batalla de la Moskowa, el 6 de setiembre de 1812, M. de Bausset correo de gabinete, trajo al emperador algunas cartas de Maria Luisa. Iba unido á aquellas cartas un retrato del rey de Roma. En aquella pintura obra admirable de Gerard, el jóven príncipe estaba representado medio acostado en su cuna sirviéndole de juguetes un cetro y el globo del mundo. El aspecto de aquel dulce rostro de niño, objeto de su ternura paternal y en quien se cifraban sus esperanzas imperiales, hizo brotar las lágrimas de los ojos de Napoleon. Aquel recuerdo de la cuna de su dinastía que le llegaba á

ocho cientas leguas de distancia, la víspera de una de aquellas batallas que deciden del destino de los tronos, le infundió una dulce melancolía. Hizo exponer el retrato delante de su tienda de campaña y oficiales y soldados acudieron para contemplarle y saludarle con sus entusiastas vítores. Pero no tardó Napoleon en hacerlo quitar. «Retiradlo, dijo, vé demasiado pronto un campo de batalla.»

En los últimos dias de aquella funesta campaña, un acontecimiento sin gravedad vino á contristar mucho mas á Napoleon de lo que pudieran hacerlo los elementos desencadenados contra su poderío. Un despacho llegado de Paris le hizo conocer de repente el caso que debia hacer de las adhesiones oficiales y de los formales compromisos contraidos por las personas que habia dejado como vijilantes en torno de la cuna de su heredero. Tan estraña como inesperada, fué para él la conspiracion abortada de Maillet. Si alguna vez su autoridad debia parecer solidamente establecida, era sin duda cuando sus armas victoriosas llegaban hasta los mas apartados confines de Europa; y sin embargo ni un funcionario público, ni un magistrado habia tratado de hacer ejecutar las constituciones del Imperio, llamando al trono el niño designado para ocupar el lugar de su padre.

Despues de la retirada de Rusia, debia empeñarse una lucha suprema entre la Francia y la Europa. Recurriendo á un último esfuerzo, el genio de Napoleon hizo brotar del suelo fecundo de la patria un último y formidable ejército. Ya aconsejado por la esperiencia, al partir dejó en pos de sí, un rey y una regente.



Era entonces un hermoso niño el jóven príncipe designado al amor de los franceses como la prenda palpitante del imperio; reunia todas las apariencias de la fuerza y la salud y desarrollábase su inteligencia de un modo notable. La reina de Nápoles le habia regalado una calesita que servia para pasearlo alegremente por los jardines de palacio. Tiraban de aquel pequeño carruaje, dos hermosos carneros que habia enseñado el hábil picador Franconi.

A la edad de tres años, dice Mr. de Meneval, era fuerte, bien constituido y estaba dotado de una excelente salud. Sus abundantes y rizados cabellos rubios hacian resaltar la frescura de su risueño rostro, cuyas regulares facciones estaban animadas por unos hermosos ojos azules. Su gentileza, su dulzura y sus respuestas, cautivaban á cuantos le rodeaban. En aquella época no habia un solo francés que en su entusiasmo no hubiese tomado una enérgica resolucion para defender aquel real vástago contra la invasion estrangera. Pero durante las últimas luchas de la campaña de Francia, el corazon del padre estaba sumamente ansioso para la conservacion de aquel hijo querido y sus recelos iban cada dia en aumento. Lanzado y ciego en medio de aquel millon de hombres á los que disputaba palmo á palmo el suelo sagrado de la patria, Napoleon jugaba su vida como soldado y todos sus temores eran por el heredero de su raza; así es que no pudo consentir en dejar á su hijo que sirviese de puesta en una última batalla.

El 16 de marzo, Napoleon escribia de Reims á su hermano José:

«Voy á maniobrar de modo que será posible que os falten noticias mias por espacio de algunos dias. Si el enemigo adelantase hácia Paris con fuerzas tales que toda resistencia fuese imposible, haced partir en direccion del Loire á la regente, mi hijo, los grandes dignatarios, los ministros, los grandes oficiales de la corona, el baron Labouillerie y el tesoro. No os separeis del lado de mi hijo, y recordad que preferiria saber que se habia ahogado en el Sena, antes que haber caido en manos de los enemigos de la Francia. La suerte de Astyanax, prisionero de los griegos, siempre me ha parecido la mas infausta suerte que nos refiere la historia.»

Aquella carta era una órden formal; preciso fué obedecer y se dispusieron para partir. Era el 29 de marzo.

Cuando se trató de llevar el jóven príncipe á su madre que le aguardaba para partir, ofreció una resistencia no acostumbrada; lloró amargamente, gritó y asiendo con sus manecitas las colgaduras de su estancia: «No quiero dejar el palacio, esclamaba, papá me ha prohibido que me fuese.» Luego se cogió de los vestidos de la reina Hortensia para oponer nueva resistencia, de modo que Mr. de Canisi, el ayuda de cámara que estaba de servicio, se vió obligado á ayudar á Mma.

Montesquieu para llevarle hasta el coche. Dijérase que un secreto instinto revelaba á aquel niño el porvenir que le esperaba.

Los parisienses vieron con sorpresa é inquietud en el Carrousel una inesperada aglomeracion de carruajes, de caballos, de criados en movimiento, de mujeres afligidas que hacian oir por do quiera sus sollozos y sus lamentos. La noticia de la partida de la corte se difundió por la capital con la velocidad del rayo; á las nueve de la mañana cuando la comitiva empezó á ponerse en marcha era grande la muchedumbre. Iba delante una larga hilera de carros y furgones cargados con los legajos de los archivos, con muebles preciosos, con las cajas del tesoro, la vajilla, las joyas y los diamantes de la Corona; seguian en pos los coches de gala, entre los cuales se veian las carrozas que sirvieron para la coronacion y en medio de aquellos numerosos carruajes, se divisaba el de la familia imperial, en el que iba la jóven emperatriz y el rey de Roma con los ojos arrasados en llanto. Cerraban aquel regio convoy los carruajes en que iban los miembros de la regencia y los ministros, en cuyos semblantes estaba pintada la inquietud, el dolor y la consternacion. Formaban la escolta mil y doscientos hombres de la guardia.

Llegó la caravana á Rambouillet, primer asilo de los reyes caidos, primer alto de tres monarcas huyendo de la capital revolucionada ó conquistada: Enrique III, el rey de Roma y mas tarde Cárlos X!

Del 27 al 30 de marzo, los fugitivos permanecieron en aquel castillo sombrio y silencioso. El único rumor que despertaba el eco de su vasto patio, lo ocasionaban algunos correos que llegaban á todo golope siendo portadores de las mas infaustas nuevas. La ansiedad que reinaba en aquella corte asombrada de la tempestad que la amagaba, era indecible. Todo el mundo guardaba silencio, como si el viento debiese llevar á cada instante el estampido lejano del cañon enemigo. Todas las miradas se fijaban en el horizonte, como si de repente hubiesen de aparecer los salvages ginetes de la Ukrania.

El 30 por la tarde llegó José á toda prisa á Rambouillet cuando María Luisa se habia trasladado ya á Blois.

Durante aquel tiempo, Napoleon vencido probaba de hacer un último esfuerzo para conservar el trono de su hijo. El emperador firmaba una abdicacion en favor de su heredero, reconocido como tal por las leyes del imperio y por el voto de la nacion consultada. Napoleon decia en aquella acta: «Me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de la Francia. Ojalá que sean sinceros en sus declaraciones y que solo quieran mal á mi persona. Mi vida política queda terminada y proclamo á mi hijo, bajo el título de Napoleon II, emperador de los franceses.»

Esta acta debia investir á Napoleon II del poder imperial segun los términos precisos de las constituciones, únicas bases de la existencia de

las cámaras; y sin embargo se sucitaron las mas vivas discusiones sobre un punto que ni debia ni podia ser discutido. Boulay de la Meurthe, Berenger y Defermont, rechazaron energicamente la declaracion de haber quedado vacante el trono. Manuel hizo adoptar, á los gritos de ¡Viva Napoleon II! una órden del dia que ponia los derechos constitucionales del jóven príncipe fuera de toda deliberacion.

Sabido es lo que sucedió. Tres años, cuasi dia por dia, despues de sus solemnes protestas de inmutable fidelidad, el Senado pronunció la prescripcion de los derechos del padre y despojó al hijo proclamando el restablecimiento de los Borbones.

El 12 de abril, María Luisa volvia á entrar archiduquesa en el palacio del que habia salido emperatriz. El rey de Roma al entrar por segunda vez en Rambouillet, tuvo por guardias de corps á los austríacos y cosacos.

El dia 16 acudió el emperador de Austria. En presencia de su padre, vivamente conmovida la emperatriz, tomó en brazos á su hijo y con un gesto espresivo, lo arrojó llorando en brazos del emperador. Este dió un beso á su nieto; pero el jóven príncipe sin dar muestras de agradecimiento á aquella espresion de cariño, se quedó sorprendido mirando atentamente la encanecida cabeza y grave rostro de su abuelo. Cuando el hijo de Napoleon volvió á entrar en su aposento, dijo á los que le rodeaban: «Acabo de ver al emperador de Austria y es feo.»

El 27 de abril el príncipe imperial salió de Francia cuyo suelo no debia volver á pisar jamás. En adelante pertenecia al Austria, que supo muy bien guardarlo hasta su muerte.

El viaje del jóven rey de Roma á partir de la frontera, fué mas bien una marcha triunfal que una partida de destierro y duelo. Por dó quiera María Luisa y su hijo fueron colmados de homenajes, honores y vítores; los habitantes de las poblaciones se agolpaban á su paso para saludarles y los soberanos de los Estados que atravesaban, les enviaban para felicitarles á sus primeros ministros. En ninguna parte empero, fueron mas escesivos los trasportes por su presencia que en el Tirol. Entusiasmados los pueblos animosos de aquellas montañas, que habian sido adjudicados á pesar suyo á la Baviera por el tratado de Presburgo, habian conservado por el soberano de Austria y por su gobierno una fidelidad afectuosa que nada habia podido inmutar. Aquellos bizarros montañeses así que vieron á la archiduquesa de Austria, se entregaron al regocijo de recibir entre ellos á la hija y al nieto de su soberano y manifestaban con sus trasportes la felicidad que les animaba. En Ynspruck se agolpó la turba para saludar á los ilustres viajeros y tirar de su carroza con tal empeño y entusiasmo, que varios accidentes de consideracion atristaron el recuerdo de aquel hermoso dia. Por la noche, vesti-

dos en trages de fantasía y adornadas las cabezas de plumas y flores, un pueblo inmenso rodeaba el palacio de María Luisa, haciendo resonar el aire con sus cánticos nacionales.

Nada habia variado en el palacio de Ynspruck desde la dominacion de Baviera. María Luisa se halló en él rodeada de las memorias de su familia y se admiró de la semejanza de su hijo con José II, hijo de María Teresa, retratado en uno de los cuadros que adornaban sus salones. En Salzburgo, la familia real de Baviera les acogió con trasporte. En las fronteras de Austria fué recibida María Luisa por el príncipe Trauttmansdorff, caballerizo mayor del emperador y á algunas jornadas de Schoenbrunn, salió á recibirla la misma emperatriz de Austria. En fin, la familia imperial y toda la corte, les recibieron bajo el perístilo del palacio de Schoenbrunn, sitio imperial concluido por María Teresa, situado en la márgen derecha del Wien y á media legua de la capital.

Durante este largo viaje al través de las festivas poblaciones de Alemania, el jóven príncipe confiado al cuidado de Mma. Montesquieu, tomaba parte con toda la alegria característica de su edad, en todos los objetos nuevos que se ofrecian á su vista y halagaban su imaginacion infantil. Él era el único de los viajeros que gozaba de lo presente, sin cuidarse en pensar en lo futuro, sin considerar lo pasado, cuya pérdida no estaba en disposicion de poder apreciar. La única pena que sentia á veces, era su separacion de los compañeros que participaban de los juegos de su infancia, y solia decir entonces suspirando: « Ya veo



que he dejado de ser rey, pues me han quitado mis pajes.»

Veinte veces aquellos propósitos infantiles revelaron una preocupacion superior á su edad, una tenacidad poco comun en los recuerdos. El emperador Francisco II profesaba un vivo cariño á su nieto, y muchas veces se complacia en jugar con él. En una de aquellas ocasiones en que el abuelo reemplazaba al soberano, el jóven duque se acercó á él con aire pensativo, y apoyándose en sus rodillas le dijo:

—¿Abuelo, no es verdad que cuando yo estaba en Paris, tenia pajes?

—Sí; ¡y tantos como tenias!

—¿No es verdad tambien que me llamaban rey de Roma?

—En efecto, este era el título que te daban.

—Pero, decidme abuelo, ¿qué quiere decir rey de Roma?

—Hijo mio, contestó el emperador, cuando tendrás mas edad me será mas fácil esplicarte lo que ahora me preguntas; basta decirte por ahora, que á mi título de emperador de Austria reuno el de rey de Jerusalen, sin tener ninguna clase de poder en aquella ciudad. Pues bien, así tu eres rey de Roma, como yo soy rey de Jerusalen.

Aquella contestacion pareció que daba mucho que pensar al niño, porque por mucho tiempo guardó silencio permaneciendo en ademan meditativo.

Entre las personas distinguidas cuya compañía venia á hacer placentera la soledad de Maria Luisa en Schœnbrunn, estaban el príncipe de Lorena, tan célebre en los principios de la revolucion francesa con el nombre de príncipe de Lambesc y el príncipe de Ligne, esquisito modelo de gracia, de talento y de amabilidad, el cual, á la edad de ochenta años y en presencia de Europa reunida, no desmentia en nada su reputacion europea. Este amable anciano habia redoblado sus atenciones para con Maria Luisa despues de sus desgracias; y tenia particular gusto en conversar con el joven Napoleon cuyas ocurrencias vivas é infantiles, le parecian desarrollar precoz inteligencia. La primera vez que vió al joven príncipe, le presentaron á este diciéndole:

—Monseñor, aqui tiene V. A. al mariscal príncipe de Ligne.

—¿Es un mariscal? preguntó el niño.

—Sí monseñor.

—¿Es uno de aquellos que abandonaron mi padre?

Aquel niño tan hermoso como inteligente, no tardó en simpatizar con aquel anciano tan elegante como pagado de sí. Un dia que, lleno de entusiasmo por haber presenciado el brillo de la pompa militar con que habia sido escoltado el entierro del general Delmotte, contaba el niño al príncipe de Ligne el placer que le habia causado el ver desfilar unas tropas tan bizarras: «Pronto, contestó el príncipe, os proporcionaré

mayor satisfaccion; pues que el entierro de un feld-mariscal es lo que hay de mas magnífico en esta clase de espectáculos.»

Como acostumbraba, el príncipe cumplió su palabra y murió durante el congreso.

Aquel congreso de Viena que rehacia la Europa sin poder borrar la huella de la poderosa mano que habia petrificado su obra, habia concedido al rey de Roma el título de duque de Parma, de Plasencia y de Guastalla; pero el regreso de la isla de Elba quitó todavía algo á aquella irrisoria generosidad.

Cuando el leon volvió á despertar, el terror que aquel hecho inspiró, hizo que redoblase la vijilancia que se ejercia en la persona del príncipe. Al punto fué arrebatado á los cuidados maternales de la condesa de Montequieu, su aya, y conducido de Schoenbrunn á Viena. Mas tarde cuando la caida del gigante fué completa, se esforzaron en borrar hasta su nombre. Las disposiciones del acto del congreso del 9 de Junio, relativos á los ducados de Parma, de Plasencia y de Guastalla fueron anulados en parte. El derecho de reversion fué concedido al infante Don Cárlos Luis y á sus descendientes varones. El hijo de Napoleon que hasta entonces se habia llamado duque de Parma se halló sin nombre, sin título y sin herencia.

Le estaba reservado un patrimonio puramente austríaco, segun se vió mas tarde, pues por letras patentes fechadas el 22 de Junio de 1818 el emperador fijó de un modo definitivo la posicion del jóven príncipe. «Damos, dice aquella acta, al príncipe Francisco, José, Cárlos, hijo de nuestra bien amada hija, el título de duque de Reichstadt.» Se habia tratado en un principio de dar al príncipe el título de duque de Modling, nombre de la residencia de los antiguos margraves de Austria; pero como la tierra de Modling ya no pertenecia á la casa imperial, se creyó que habria inconveniente en semejante designacion y se elijió el título de duque de Reichstadt, nombre de una de las tierras que debia formar su infantazgo.

La misma acta determinaba la forma de su escudo de armas y decidia que en lo sucesivo, tanto en la corte como en toda la estension del imperio, el príncipe Francisco, José, Cárlos, duque de Reichstadt tomaria un rango inmediatamente despues de los príncipes de la familia imperial y los archiduques de Austria. Una acta particular le confirió la propiedad eventual de las tierras Bávaro-Palatinas, situadas en Bohemia, para disfrutar de ellas él y sus descendientes varones, con reversion á la corona de Austria en caso de estinsion de la posteridad masculina. Las rentas estaban evaluadas en quinientos mil francos; pero el príncipe no debia entrar en posesion de aquel patrimonio hasta despues de la muerte de su madre Maria Luisa; entre tanto disfrutando esta de las rentas de

los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, debia suplír lo necesario para los alimentos de su hijo. Es digno de notarse en todas las actas relativas al duque de Reichstadt, la supresion absoluta del nombre de Napoleon.

Desde aquel dia el destino del vástago imperial quedó separado del de Napoleon. Secuestrado en adelante en un palacio austríaco, procuraron ocultarlo cuidadosamente á todas las miradas. Sus hábitos, su idioma, su porvenir, todo se hizo estranjero. Y sin embargo de vez en cuando hubo de llegar hasta sus oidos la voz de la patria como un eco confuso de pasadas glorias y hasta su corazon como un vago sentimiento de dolores presentes.

No ignoraba el niño, tanto como se creia en la corte de Austria, el triste destino de su padre. Un dia el baron de Sturmer partió para Santa Elena en calidad de comisario residente. Un botánico, M. Wellé, formaba parte de esta espedicion. Mma. Marchand, madre del primer ayuda de cámara de Napoleon, y que estaba agregada al servicio del jóven príncipe, confió á M. Wellé un pequeño paquete que debia ser entregado en secreto á Marchand. Aquel pequeño lio contenia un rizo del rey de Roma, y una carta cuyos caracteres le habian hecho trazar guiando su inesperta mano. Júzguese cual seria la alegria del pobre cautivo en presencia de aquel recuerdo! Mas tarde se logró tambien hacer llegar á manos de Napoleon una miniatura representando su hijo.

Un dia en Santa Elena, Napoleon contemplando aquel retrato colocado al pié de su cama, dejó escapar una lágrima de aquellos ojos que nunca lloraban, y pronunció dolorosamente estos hermosos versos de Metastasio:

Mísero pargoletto
Il tuo destin non sai!
Ah! non gli dite mai!
Qual era il genitor!

¡Pobre niño! ¡Ignoras tu destino! ¡Ah! nunca le digais quien fué su padre!

Este deseo fué escrupulosamente cumplido por los preceptores de Viena, puesto que los maestros que rodeaban al jóven duque, en realidad no eran mas que carceleros académicos. Verdad es que lo querian; pero ¿cómo no quererle? Ademas veian en él ante todo al duque austríaco. Cuando se acordaban que era un aguilucho, le recortaban las alas.

Los primeros cuidados de su instruccion fueron confiados al conde Mauricio de Dietrichstein, antiguo ayudante general en las campañas de Bélgica, Alemania é Italia, hijo de una de las familias mas ilustres

del imperio. Mma. de Montesquiou se separó con el mayor sentimiento del príncipe á quien habia prodigado los mas tiernos y asíduos cuidados. Partió con el mas vivo pesar aun que volvia á su patria.

Curioso al par que desconsolador era el espectáculo que ofrecia aquella primera educacion, dirijida enteramente á un solo objeto: la metamórfosis gradual del hijo de Francia en príncipe aleman. Empezaron con suma paciencia por hacerle olvidar su país natal y despues la lengua que habia aprendido en la cuna; pero solo consiguieron, y aun no sin alguna resistencia, que le fuese mas habitual el uso de la lengua alemana.

Los estudios de los primeros años del principe fueron dirijidos con arreglo á la costumbre constantemente seguida por los príncipes austríacos. Su educacion preparatoria para los estudios clásicos, dice M. de Montbel, duró hasta la edad de ocho años; en este intérvalo aprendió, con sorprendente disposicion, las lenguas inglesa, alemana é italiana. A la edad de ocho años, M. Collin, poeta de mérito, le enseñó los primeros elementos de las lenguas antiguas. En aquel trabajo poco coforme á sus inclinaciones que eran para los estudios militares, reveló mas inteligencia que empeño. A la edad de catorce años el jóven principe habia alcanzado ya un grado de instruccion superior. Los *Comentarios de Cesar* sobre la guerra de las Gálias, era su obra predilecta. A aquellos estudios siguió el de la filosofía teórica y práctica en sus generalidades y en sus diversos ramos. El derecho natural, político y administrativo completó su instruccion científica.

La vivacidad de su inteligencia facilitó singularmente la tarea de sus primeros maestros. Ya desde su mas tierna infancia reveló aquellas excelentes cualidades. He aquí un nuevo ejemplo.

Un pintor francés que se hallaba establecido en Viena ya hacia algunos años, fué llamado para retratar al jóven príncipe que tenia entonces cinco años. Mr. Hummel le encontró jugando con una porcion de estampas entre las cuales estaban grabados algunos cosacos irregulares, y procurando llamarle la atencion para evitar que su rostro tomara alguna espresion de enfado, por haberle turbado en sus juegos, le dijo señalándole los grabados que tenia en la mano:

— « ¿ Habeis visto alguna vez los cosacos, monseñor?

— ¡ Toma! ¡ si los he visto! Ellos fueron quienes nos escoltaron en Francia.

— Si eran parecidos á los que teneis ahí, con el cuello y piernas desnudos, debian sentir mucho el frio.

— No, ellos no sienten el frio, porque ya están acostumbrados á él en su pais.»

Respondió igualmente á todas las preguntas del pintor con notable propiedad, pero siempre despues de algunos instantes de reflexion.

— « Quiero ser soldado, le dijo el príncipe en la misma ocasion ; sabré combatir y subiré al asalto.

— Pero, monseñor, quizás hallareis las bayonetas de los granaderos, que os rechazarán y mataran.

— ¡ Y qué ! ¿ no tendré yo una espada para apartar las bayonetas? replicó con arrogancia.»



Cuando el retrato estuvo casi acabado y se trató del traje que deberia llevar, preguntó el pintor al conde de Dietrichstein :

— ¿Con qué placa he de condecorar al príncipe?

— Con la del órden de San Estevan que le envió el emperador cuando aun estaba en la cuna.

— Pero, señor conde, entonces tenia yo otras muchas, dijo el príncipe.

— Es muy cierto, pero ya no las teneis.»

Sus recuerdos de la brillante situacion que ocupaba en Francia permanecian tan vivos que atraian continuamente su atencion. No ignoraba que le habian llamado rey y que su padre era un grande hombre. Cierto dia en una reunion de la familia imperial, le enseñó uno de los archiduques una medallita de oro de las que se habian acuñado en la época de su nacimiento y distribuido al pueblo despues de la ceremonia de su bautizo;

su busto estaba grabado en ellas. « — ¿ Sabeis de quién es esta imágen? le preguntaron. — La mia, contestó el jóven príncipe sin titubear, de cuando yo era rey de Roma.»

El carácter amable del jóven príncipe le hacia querido de todos y contribuia á hacer brillar mas el fruto de su educacion. Bueno con sus servidores, agradecido con sus maestros, no tenia, dicen, sino un defecto, defecto singular en un niño, y era una instintiva desconfianza. ¿No podia ser una consecuencia natural de aquella infancia estiraceada por decirlo así, en varios sentidos y de la que se trataba al parecer de querer borrar á toda costa la primera mitad? Sin embargo, aquella desconfianza no iba nunca mas allá de la primera sospecha. Por bondad nativa, por respeto á los demás, el niño cedia despues de la primera resistencia.

Su aficion y su deferencia hácia los militares, se manifestaba en todas ocasiones. La vista de un uniforme hacia palpitar aquel jóven corazon y el dia que vió en Viena un uniforme francés, se pudo comprender que no lo habia olvidado. Su lugar en la mesa del emperador estaba inmediato al del archiduque Francisco, y un dia que, estando la corte en Schlosshof, castillo situado en las inmediaciones de Presburgo, varios personajes fueron admitidos en la mesa del monarca, el jóven príncipe en vez de sentarse en su puesto acostumbrado, empezó á retirar su silla hasta la estremidad de la mesa. Habiéndosele preguntado porque lo hacia, contestó: — « Estoy viendo aquí varios generales y todos deben pasar delante de mí. »

Por lo comun, dice uno de sus preceptores, M. de Foresti, se observaba que era mas aficionado á discurrir que á hablar; y nos vimos precisados á correjir en él esta disposicion que hubiera podido engendrar el finjimiento, lo que al fin conseguimos no sin mucha dificultad y asíduo cuidado. Por otra parte, sufria nuestras reprensiones con entereza, y por grande que fuese su disgusto, jamás conservó el mas leve rencor, concluyendo siempre por reconocer la justicia de las reconvenciones que se le hicieron.

El mismo capitan Foresti, uno de sus preceptores, bajo la superior direccion del conde de Dietrichtein, dice de él, cuando tenia ocho años:

« El niño, en aquella edad, era lindo y agraciado en estremo. Hablaba ya con facilidad y con el acento peculiar de los habitantes de Paris. Nos daba sumo placer escucharle espliear en el lenguaje ingenuo de su edad, unas ideas y observaciones en estremo justas.

« Era necesario que se habituase desde sus primeros años al uso de la lengua alemana, pues que debia oirla hablar continuamente á las personas que le rodeaban, siendo indispensable que estuviese pronto en estado de no ignorar lo que le dijesen, ni los medios de instruccion que de-

bian resultar de ello. Mas cuando quisimos hacerle pronunciar algunas palabras alemanas, opuso de repente á nuestro ensayo una voluntad negativa tan determinada, como si fuera una desesperada resistencia; hubiérase creido que al hablar esta lengua temia abdicar su calidad de francés, y sostuvo por mas largo tiempo que lo que podia esperarse de su edad, esta resolucion que al fin logramos vencer. Entonces aprendió el aleman con prodigiosa facilidad y lo habló muy pronto con la familia imperial. Era una verdadera satisfaccion asistir á los trabajos que tan facilmente dominaba su imaginacion juvenil. Hasta en las faltas que cometia, se echaba de ver una comprension perspicaz y un verdadero raciocinio. Apoyábase en las analogías y en observaciones etimológicas muy ingeniosas, siendo muy interesante observar la facultad lógica que se iba desarrollando en aquella jóven inteligencia. Su amor propio le hacia aprovecharse rápidamente de las mas ligeras observaciones que le recordasen alguna falta, y especialmente si de resultas de ella, se consideraba como espuesto al ridículo. De esto nos dió una prueba muy singular, así como de la firmeza de su carácter, cuando aun no tenia cinco años de edad. Cuando queria dar á sus asertos mucho valor, se servia de la palabra *verdad*, la cual empleaba tambien algunas veces si tenia interés en engañarnos. Al pronunciar esta palabra con un aire casi solemne, alzaba la manita con mucha gracia para hacer un ademan de afirmacion.

« El dia 12 de diciembre de 1815, dia aniversario del nacimiento de la archiduquesa Maria Luisa, queriendo el niño felicitar á su madre, se le compusieron unos versos que verdaderamente no pueden llamarse poesía y los cuales no sé como se me han quedado en la memoria, despues de un intérvalo tan dilatado, aunque he olvidado enteramente quien fué el improvisador que los escribió en el momento preciso.

« Ninguno como yo de mamá amada
Deberá bendecir el feliz dia:
VERDAD, pues que ¿hay dicha mas sagrada,
Mas dulce que nombraros madre mia? »

« En pocos instantes aprendió de memoria el niño estos cuatro versos, y entonces se le hizo notar que se habia empleado la palabra *verdad*, porque era su costumbre decirla á todas horas y que bien se podia llamar mania el hábito que habia contraido. Al oir esta reflexion se puso sério; y habiéndole acompañado á su madre en la hora del almuerzo, corrió á echarse en sus brazos con ahinco diciéndole mil cosas tiernas; pero no hubo medio de hacerle recitar su cuarteta. No dijo el porqué, mas no se nos ocultó el motivo. Desde entonces olvidó su palabra favorita y no volvió á pronunciarla jamás.

« Un solo lado de aquella jóven inteligencia permaneció rebelde al cultivo. Jamás tuvo por las artes ni gusto ni sentimiento; á las pocas lecciones abandonó completamente el estudio de la música. Dibujaba con alguna correccion, es verdad; pero la parte necesaria del dibujo, tenia para su actividad cierto materialismo demasiado fastidioso y que le parecia ocupar un tiempo demasiado precioso cuya importancia sentia vivamente perder.»

Segun el uso y orden establecidos para los miembros de la familia imperial de Austria, el duque de Reichstadt pasó por todas las graduaciones inferiores del ejército, cuyas funciones llenó sucesivamente. Tam-



bien aprendió con un zelo que era preciso moderar constantemente para que no perjudicasen á sus demás estudios, los mas minuciosos detalles del servicio militar.

En el mes de noviembre de 1830 habia sido nombrado teniente coronel y en 15 de junio de 1831 tomó el mando de un batallon del regimiento de infantería húngara de Giulay que se hallaba de guarnicion en Viena. El príncipe se dedicó á su nuevo destino con el estremado ardor que ponia en todas sus cosas. Atento, benigno, y obsequioso para con los oficiales, les trataba mas como compañero que como superior, y bien pronto adquirió sobre ellos la influencia que sabia ejercer sobre cuantos

le rodeaban. La mayor parte del dia lo consagraba á sus estudios teóricos ó en las evoluciones prácticas ó bien lo pasaba en el cuartel.

De una salud fragil y delicada, pero dotado de gran destreza para los ejercicios corporales, el duque de Reichstadt pasaba ya por un hábil ginete á la edad de quince años. Se hacia notar por la gracia y gallardía con que manejaba los caballos mas fogosos, ya cuando recorria con ojos de júbilo y de ardor las líneas de las tropas en la parada, ya cuando se mezclaba con los numerosos ginetes que, á orillas del Danubio, ora á través de los brillantes carruajes, ora en medio de las numerosas piaras de gamos y de ciervos, recorren con rapidéz las frondosas alamedas ó las silvestres praderas del magnífico y pintoresco *Prater*.

A los estudios clásicos y militares, era preciso que reuniese el duque unos conocimientos mas directamente aplicables á su posicion y en ello consistia el escollo para el gobierno austríaco. Por sus propios ojos, harto conocia el príncipe cuan unido estaba su destino al de la Europa y á las obras de Napoleon. Para aprisionar el alma como se habia hecho con el cuerpo, era preciso ausiliar con mucho tacto el desarrollo moral de aquella jóven inteligencia. Confióse el cuidado de iniciarle en la política y en la filosofía de la historia, al hombre que, por la habilidad particular de su talento, era el que se hallaba muy en el caso de satisfacer los deseos de los soberanos del norte de Europa. El preceptor político del duque de Reichstadt fué el príncipe de Metternich. Aquel hombre harto célebre, fué encargado de trazar al duque una historia de la vida política y militar de Napoleon.

Es fácil de concebir como fué esplicada al jóven príncipe la aparicion de su padre en el trono de Francia. Verdad es que el emperador de Austria, *dícese* que habia recomendado al ilustre preceptor la mayor sinceridad. Segun Mr. Montbel le habia dicho:

« Deseo que el duque respete la memoria de su padre, que tome ejemplo de sus grandes calidades y que aprenda á reconocer sus defectos á fin de evitarlos. Hablad al príncipe acerca de su padre, como quisierais que se hablase de vos á vuestro propio hijo. No le oculteis ninguna verdad, pero enseñadle á honrar su memoria. »

Hermosas son sin duda estas palabras si fueron pronunciadas; pero es permitido dudar de ellas cuando es sabido lo que ha revelado la historia íntima de la casa de Austria sobre los alcances intelectuales del excelente emperador.

A pesar del bloqueo moral por decirlo así, á que fué sometido el hijo de Napoleon, la verdad se abria paso cada dia por imperceptibles rendijas en aquella inteligencia que se queria velar á voluntad de sus preceptores. Ya era un rumor político que se escapaba en medio de imprudentes conversaciones, ya algun número de periódico olvidado, ya en fin una de

aquellas visitas que no se podian evitar, la del mariscal Marmont por ejemplo.

Un dia Napoleon II leyó en un periódico de ciencias militares la entusiasta relacion de una batalla; era uno de aquellos combates que cambian la faz del mundo: era la batalla de Waterloo. La relacion era de Mr. de Prokesch oficial austríaco es verdad, pero en fin oficial distinguido y que por otra parte no habia escrito su narracion teniendo presente semejante ocurrencia. El jóven príncipe leyó con avidez aquella fatal historia y comprendió perfectamente lo que no se decia. Desde aquel dia profesó á Mr. de Prokesch el mas vivo afecto y le buscó siempre que pudo para que le dijera de viva voz lo que se habia callado en el escrito.

« Me asombraban, dice el citado oficial, la exactitud de su juicio y la delicadeza de sus observaciones. No tenia la mayor facilidad de comprension, pero sí la facultad feliz de pofundizar una idea al momento de haberla comprendido, estando eminentemente dotado del don de entendimiento que los alemanes espresan con el siguiente adagio: *herir el clavo justamente en la cabeza.* »

Los dos amigos, maestro y discípulo, leyeron juntos algunas obras militares en las que el príncipe debió hallar preciosa enseñanza. Fueron aquellas obras las de Vaudoncourt, Segur y Chambray, los *Aforismos* de Montecuculli, las *Memorias* del príncipe Eugenio de Saboya y los voluminosos escritos de Jomini. Estos libros que fueron sucesivamente discutidos, comparados y sometidos á una crítica racional, existen todavía y están cubiertos de observaciones y de notas marginales que hacia en ellos el príncipe.

A estas lecciones que la enseñanza del príncipe de Metternich no pudo borrar todas las huellas, se añadieron las del mariscal de Marmont.

El encuentro del duque de Ragusa fué uno de los acontecimientos notables de la vida del duque de Reichstadt. Era el 26 de Enero de 1831; aquel dia el jóven duque debia dar su primer paso en el mundo, porque hasta entonces solo habia asistido á las reuniones de la familia imperial y á las fiestas de la corte; por la primera vez asistió á una gran reunion en casa de lord Cowley, embajador de Inglaterra. El mariscal Marmont estaba convidado á aquella reunion y díjosele que el jóven príncipe tendria sumo placer en tener una conversacion con uno de los mas antiguos compañeros de armas de su padre. El mariscal accedió á aquellos deseos y el duque de Reichstadt le rogó que le esplayase en un escrito detallado y metódico las campañas de Italia, Egipto y del imperio. Sin embargo con aquella prudencia á que le habia habituado su estraña educacion, tuvo cuidado antes de obtener el consentimiento del meticuloso ministro que á la sazon gobernaba el Austria.

Las conferencias empezaron el 28 de Enero y duraron tres meses, á

tres sesiones por semana de dos horas cada una. Fué un curso completo del arte de la guerra y al propio tiempo un curso razonado de la historia moderna.

El mariscal dió principio por los maravillosos comienzos del gran capitan, y refirióle como soldado y como hombre político, los primeros triunfos de la voluntad y del genio. Sus animadas relaciones tenian un fuego que hacia mas viva impresion en el duque que la fria narracion de los libros, cuyas numerosas contradicciones, habian dejado en su espíritu la mayor incertidumbre. Profesaba, dice el mariscal en sus Memorias, el culto de su padre, culto que no solo tenia todo el cariño debido al autor de sus dias por un hijo, sino que recordaba el apasionado ardor de las razas primitivas y el fuego de su orígen corzo. Hermoso como era, con su rostro pálido; acentuado de una estraña mirada y revestido de una energía circunspecta, demostraba visiblemente el carácter de su raza. De unas cinco pulgadas al menos mas alto que su padre, tenia la frente de Napoleon, pero el ojo mas hundido en la órbita. Por la parte inferior del rostro se parecia mas bien á su madre y á su familia alemana. Su tez de una palidez un poco pronunciada, recordaba la de Napoleon en su juventud.

Llegaron al traves de todas aquellas maravillas de la guerra y de la paz, á la derrota del año 1814. El jóven príncipe comprendió la grandeza y las faltas de aquella última campaña, y dijo á Marmont estas célebres palabras: — « Mi padre y mi madre no debian haberse alejado de París; el uno por la guerra, el otro por la paz. »

Luego, cuando el sabio profesor hubo terminado la relacion de los acontecimientos de la era imperial, refirió la restauracion y su caida, y el nuevo establecimiento de 1830. El duque de Reichstad juzgaba aquella nueva revolucion, no solo con entera libertád, sino con una originalidad muy inesperada. El dia que supo la caida de aquella raza que habia reemplazado á su padre en el trono de Francia, se habia revelado en él el sentimiento de su destino y de sus derechos. Si bien habia podido admitir el derecho histórico de los Borbones, y á lo que le impelia la educacion especial que habia recibido, no podia reconocer la legitimidad bastarda que pretendia sucederle. Derecho divino, herencia tradicional, derecho popular, imperio del genio, eran para él otras tantas ideas fáciles de comprender; pero aquel trono ciudadano, oriundo de la insurreccion, aceptado por algunos interesados, impuesto á todo el resto de la Francia, aquel régimen híbrido que no era ni la monarquía ni la república, todo aquello no tenia sentido para su clara inteligencia. Y deducia lo propio que hubiese hecho la Francia: « Soy yo el mismo derecho. »

De aquel modo las lecciones del antiguo mariscal daban á su jóven dis-

cípulo la luz suficiente para abarcar de una rápida ojeada el conjunto de la historia contemporánea. El juicio formado por el príncipe, era como una expiacion de la defeccion del año 1814; porque la historia no perdonará jamás las faltas cometidas por el ilustre capitan, quien á pesar de su indisputable culpabilidad, la opinion pública no estuvo mucho menos severa con él que con muchos otros. En efecto, fué una especie de rehabilitacion intentada por el jóven príncipe, y nadie mejor que el hijo de Napoleon tenia derecho de perdonar en nombre de su padre. Lo hizo realmente así, y vamos á ver con que laudable delicadeza.

Durante la fatal y gloriosa campaña de 1813, algunos dias antes de los hechos de Leipzig, Marmont se hallaba con el emperador en Duben. El gran capitan y su teniente acababan de almorzar juntos, siguiéndose despues de la comida una larga conversacion. Durante cinco horas, Napoleon enumeró todos los hazares de aquella fatigosa guerra, discutió todas las cuestiones militares y luego, segun tenia de costumbre, entró bruscamente en reflexiones mas generales. Quejóse de sus aliados, de su cuñado, y, á propósito de la parte que habian tomado los austríacos en aquellas luchas, hizo una distincion entre el *hombre de conciencia* y el *hombre de honor*. Con el hombre de honor, decia, con el que cumple pura y simplemente su palabra y sus promesas, uno sabe á que atenerse, al paso que con el otro, con el hombre de conciencia, que hace lo que cree ser lo mejor, uno depende de sus luces y de su juicio. Y desarrollando su pensamiento añadió: « Mi suegro el emperador de Austria ha hecho lo que ha creido útil á los intereses de sus pueblos; es un hombre probo, un hombre concienzudo, pero no un hombre de honor. Vos por ejemplo, repuso, tomando del brazo al mariscal Marmont, si el enemigo habiendo invadido la Francia y hallándose en las alturas de Montmartre, creyeseis, y hasta con razon, que la salvacion del país os exigia que me abandonaseis y lo hicierais, seriais un buen francés, un hombre recto, un hombre de conciencia, pero no un hombre de honor.»

Esta especie de justificacion anticipada y profética, era preciso que se viese confirmada. Un dia el duque de Reichstadt trató, él tambien, con el mariscal esta cuestion de consuistica moral, y comparó el hombre de honor y el hombre de conciencia; pero fué para dar la preferencia á este último, «porque, dijo, siempre es lo mejor y lo mas útil lo que desea obtener, al paso que el otro puede ser el ciego instrumento de un malvado ó de un insensato.»

Al oir aquellas palabras, acudió de repente á Marmont el recuerdo de la conversacion de Duben. En principio no vió en ella mas que una coincidencia fortuita; pero como hablase luego de aquella conversacion con un oficial superior austriaco, supo que el jóven príncipe tenia conocimiento de las palabras pronunciadas por su padre en 1813. Por consi-

guiente no habia en ello casualidad, sino que era un delicado consuelo ó mas bien una reparacion.



Al fin de aquellas conversaciones, queriendo el príncipe manifestar su agradecimiento al mariscal, le ofreció su retrato que era una hermosísima acuarela del pintor austríaco Daffinger. Al pié de aquel medallon, el duque habia escrito de su propio puño pero con un lijero cambio, estos cuatro versos que Hipólito en la *Fedra* de Racine, dirije á Therameno:

Celo ardiente á mi lado te guia
Por contar de mi padre la historia;
Y yo atento, á tu voz y á su gloria,
He sentido mi pecho inflamar.

En Racine se lee: *celo ardiente á mi lado te liga*... ¡Cuánto tacto y delicadeza en esta substitucion!

Grande fué la impresion que habian causado en aquella alma ardiente, las revelaciones de un mundo enteramente nuevo. Se puede juzgar de ello por lo que dice el baron de Larue ayudante de campo del mariscal Marmont, refiriéndose al acto de despedirse de él partiendo para Paris: « No conozco á nadie en Francia para que pueda daros memorias; pero saludad de mi parte á la coluna Vendome. »

Habia sido imposible ocultar al hijo la muerte de su padre, y aquella pérdida habia sido su primer y mayor dolor. «La noticia de la muerte de Napoleon, dice el capitan Foresti, fué llevada á Viena por un correo de los señores Rothschild. En aquella época el conde de Dietrichstein se hallaba en Wurtzburgo y el emperador me comisionó para anunciar al jóven príncipe tan triste acontecimiento. Fué el 22 de julio en Schœnbrunn, en el mismo dia, en el mismo lugar, donde él mismo debia espirar once años mas tarde, donde yo le informé del fallecimiento del autor de sus dias. Lloró amargamente, y su tristeza duró muchos dias.— «Sr. de Foresti, me dijo entonces el príncipe; cuan lejos estaba mi padre de pensar al morir, que seriais vos de quien recibiria tantos y tan afectuosos cuidados, tantas pruebas de adhesion y de celo.» El príncipe aludia á una circunstancia de la vida de aquel capitan que el mismo le habia referido. En la campaña de 1809 le hicieron prisionero en la jornada de Ratisbona y fué conducido á presencia del emperador de los franceses con otros oficiales austríacos. Napoleon estaba á caballo rodeado de su numeroso estado mayor y de varios mariscales y en estado de suma agitacion.—¿Dónde está el archiduque? preguntó repetidas veces; y dirigiéndose por último al capitan Foresti, declamó con grande ahinco contra el Austria por haber querido aprovecharse de la guerra de España para suscitarle obstáculos que le impedian terminar aquella lucha obstinada.

El duque de Reichstadt llevó luto por su padre durante largo tiempo así como toda su servidumbre.

Tambien en un principio se habia tratado de ocultarle la revolucion de julio y sus consecuencias europeas; pero como todo hablaba, todo se ajitaba en torno suyo, algo de aquellos estremecimientos causados por la caida de una dinastía, llegó á pesar de todo á oidos del príncipe. Sabido es que fué preciso decirle el resto. La Polonia se alzaba sangrienta y terrible en presencia de sus verdugos; la Bélgica se separaba violentamente de la Holanda, y la Italia respondia, al ejemplo de Francia, con un esfuerzo convulsivo. Preciso fué que el rey de Roma supiese al menos los peligros que corria su madre, puesto que el ducado de Parma se hallaba en completa insurreccion. Pero sin duda se supo ocultar al príncipe la causa de aquella emocion popular, porque al saber los peligros de Maria Luisa, dícese que esclamó: «¡Qué me dén una espada y me permitan volar al socorro de mi madre!» ¿Podia imaginar aquel desventurado jóven que aquel pueblo era el oprimido, que el opresor era Maria Luisa, y que tras de ella se hallaba el Austria?

En aquella época, esto es sobre fines del año 1830 y durante todo el año 1831, parece que se hicieron varias tentativas para hacer saber al príncipe lo que pasaba en Europa y arrancarle de su prolongada agonia.

Mientras que Napoleon habia vivido en su peñasco de Santa Elena, se habia alimentado una secreta esperanza en el corazon de todos aquellos que conservaban, como una santa reliquia, su antigua fidelidad al héroe de la Francia; pero cuando Santa Elena no fué mas que una tumba, la religion del hombre pasó á ser la religion del príncipe, y el débil prisionero de los austriacos fué para aquellos que llamaban entonces bonapartistas, el heredero natural tanto del derecho como del nombre. Sabido es la gloriosa parte que tomó en aquellas tentativas el príncipe Luis Napoleon, y la enérgica fidelidad que profesaba á aquel nombre de Napoleon II. Sabido es tambien cuan numerosos fueron los adeptos que tuvo en Francia la religion imperial durante la Restauracion, y en tiempo de la monarquia de Julio, contribuyendo al desarrollo sucesivo del espíritu de libertad.

Oigamos lo que dice sobre el particular un historiador que por sus afecciones á la casa de Austria juzgamos bien enterado. «Sucediéronse muchas tentativas con el fin de presentar al jóven príncipe ya en Francia ya en Italia; algunas de las proposiciones fueron formalmente desarrolladas y estaban sostenidas por relatos circunstanciados acerca de la composicion del partido, su objeto, sus recursos, sus medios de ejecucion, estribando todas en el peligro á que Europa se esponia dejando á la Francia sin poder y sin gobierno. No eran aquellos unos hombres sin práctica que se contentasen con disertar sobre simples teorias, sino que presentaban un plan ya combinado, una nueva constitucion imperial, en la que se ocupaban mas bien en dar al poder la autoridad suficiente para consolidarse, que en permanecer consecuentes á las voces de las libertades públicas, esplotadas ya por muchos de ellos con grande aplauso de la multitud. Estableciendo los derechos del nuevo emperador sobre la doctrina de herencia, los hacian remontar al voto de la nacion, en el cual estribaba el trono de su padre; pero haciendo cesar desde luego la intervencion popular, declaraban en el artículo primero de su constitucion que la soberanía reside esencialmente en la persona del emperador y que el gobierno está colocado bajo su direccion y supremo impulso. Sin abjurar la esperiencia de los siglos y atentos á las lecciones de todos los legisladores de todas las épocas y de todos los paises, no negaban el edificio social la única base en que puede establecerse y sin la cual no puede haber sociedad humana. Discípulos de Napoleon, se acordaban que este caudillo acató la religion como único vínculo que, por mútuos deberes, puede unir á los reyes y á los pueblos; que tenia demasiada elevacion de alma para degradarse admitiendo el ateismo por ley, y declaraban que siendo la religion católica al culto de la mayoría de los franceses, debia reconocerse por religion del estado.

«Conociendo el riesgo iuminente de poner en discusion cada año la

existencia del gobierno y la vida misma del estado al capricho de un puñado de facciosos, dividian la ley de hacienda, y el presupuesto de los gastos ordinarios debia votarse para un crecido número de años. Convencidos tambien que la sociedad no puede sostenerse con efímeras individualidades, dejaban al soberano el derecho de crear pares hereditarios, accediendo tambien á la creacion de títulos y á la fundacion de mayorazgos. El artículo segundo anulaba la pena de muerte por todo crímen que no fuese asesinato. El artículo duodécimo prohibia la aplicacion de trabajos públicos y de castigo afrentoso á los convictos de crímenes políticos.

« Estas proposiciones motivadas, esta constitucion formal, fueron presentadas al príncipe de Metternich, para probarle que se trataba de establecer, no una doctrina, sino un gobierno; pero el ministro sin entrar en la discusion de los medios, se contentó con decirles: « ¿Qué pedis, qué esperais de nosotros? »

— « Que nos dejeis conducir el duque de Reichstadt á la frontera de Francia. Su presencia, el nombre mágico de Napoleon trastornarán al punto el frágil edificio que meciéndose sobre nuestra patria amenaza la vuestra con sus ruinas.

— « ¿Y qué garantía tendrá el duque de Reichstadt de su porvenir?

— « El amor y el valor de los franceses le rodearán, formando sólido baluarte en torno de su persona. »

El príncipe de Metternich á quien no era posible convencer por los motivos que es fácil de adivinar, pretendió paliar su negativa con las siguientes consideraciones que sin grande esfuerzo podrá apreciar el lector.

— « Al cabo de pocos meses, dijo el ministro austríaco, se hallaria cercado de ambiciosos, de exigencias, de resentimientos, de odios y de conspiraciones. El emperador es demasiado adicto á sus principios y á sus deberes para con sus pueblos, asi como tambien á la dicha de su nieto, para prestarse jamás á semejantes proposiciones. Por otra parte, estais en un grave error respecto al éxito de vuestra empresa, ó mas bien acerca de la duracion de sus resultados. Declararse bonapartista sin Bonaparte, es una idea completamente errónea. Napoleon llegó á domar y avasallar la revolucion francesa; pero le fué preciso reunir una porcion de circunstancias para madurar sus proyectos; una serie no interrumpida de victorias, que asegurándole el afecto de sus soldados, fascinó el espíritu de los pueblos con una mezcla de temor y de entusiasmo. Alucinado por la continuacion de sus propios triunfos, se hizo á si mismo ídolo de su creencia, y todos se le juntaron en su culto; pero esta fuerza era transitoria y espuesta á la inconstancia de los sucesos; los reveses hubieran abatido su ascendiente, aun cuando no hubiesen trastornado

su trono. Por otra parte, cuando se presentó en medio de las tormentas políticas que agitaban la Francia, halló para secundarle una comitiva de deidades de segundo órden; varios caracteres heróicos bien ó mal adquiridos, pero de ningun modo contestados; muchos hábiles generales, muchos empleados instruidos en los negocios; gente sin nombre pretérito en verdad, y que por otra parte no esperaban gozarlo en lo futuro, pero que á lo menos se sabian valer del presente. En el estado actual, ¿qué podria hacer Napoleon mismo en medio de una turba cuya pueril vanidad no puede permitir que dure una reputacion mas de veinte y cuatro horas; donde cuanto hay de ilustre se desvanece ante los sarcasmos de los mas osados ó de los ataques de la prensa, y en donde cualquiera que haya sido aplaudido espira en medio de los chiflidos, instrumentos de justicia, de envidia ó de detraccion? No parece sino que un hado infausto pesa sobre la Francia, puesto que todo en ella se arruina y descompone. Recordad que Napoleon no hizo mas que reconstruir el edificio con los materiales de una sociedad trastornada, y en la realizacion de vuestros propósitos, no hariais mas que anonadar hasta los mismos escombros. La historia nos patentiza que muy raras veces los hombres extraordinarios ó sobresalientes, se reproducen en sus herederos; si bien aquellos tienen grande influencia en la sociedad, pero son verdaderos accidentes. En otras condiciones estriban el órden, la estabilidad y la dicha de los pueblos: harto nos enseña la esperiencia, asi como la razon, que todas estas condiciones solo pueden hallarse en la verdad y solidez de los principios.»

Lo que no pudieron lograr los políticos de su tiempo lo intentó una muger. Recordemos en este lugar la tentativa hecha para libertar de su cárcel al jóven príncipe por Napoleona Elisa Bacciocchi, condesa Camerata. Esta distinguida dama que llegó á Viena en 1830 era de todos los parientes de Napoleon el que mas se le parecia en su fisonomia y en el conjunto de sus modales. Hija de Elisa Bacciocchi, la condesa de Camerata estaba casada con un caballero italiano: se hacia notable por su activa imaginacion y carácter varonil; montaba admirablemente á caballo y manejaba las armas con singular destreza.

Su alma ardiente le inspiró la idea de libertar al hijo imperial de la tortura moral que le hacian sufrir. Escribióle varias cartas que, sin duda no pudieron llegar á sus manos. He aqui una de ellas fechada el 17 de noviembre de 1830, que nos ha conservado Mr. de Prokesch que gozaba de la intimidad del jóven príncipe, y se hallaba á su lado durante aquella época.

AL DUQUE DE REICHSTADT.

« Príncipe, os escribo por tercera vez; decidme si habeis recibido mis cartas, y si tratais de obrar como príncipe francés ó como archiduque austríaco. En este último caso, devolvedme mis cartas, aunque con mi perdicion adquiririais mas elevado puesto, y este acto de celo colmaria la gloria de vuestro renombre; pero si por el contrario, quereis aprovecharos de mis consejos, si obrais como hombre, vereis como ceden los obstáculos ante una voluntad firme y constante. Hallareis mil medios de hablarme que yo sola no puedo adoptar. Vos no podeis tener esperanza sino en vos mismo: que jamás se os ocurra la idea de fiaros de nadie. Sabed que si yo solicitase hablaros, aunque fuese en presencia de cien testigos, mi pretension obtendria una formal negativa. Sabed tambien que habeis muerto para todo lo que es francés, y hasta para vuestra familia. En nombre de los horribles tormentos á que los reyes de Europa condenaron á vuestro padre; considerando la agonia del destierro por el cual le hicieron espiar el crímen de haber sido demasiado generoso para con ellos, pensad que sois su hijo, y que sus moribundas miradas se fijaron en vuestra querida imágen; penetraos de tantos horrores, y no les impongais otro suplicio que el de veros sentado en el trono de Francia. Aprovechaos de este momento, príncipe... Quizá he dicho demasiado; mi suerte está en vuestras manos, y puedo deciros que si quereis serviros de mis cartas para perderme, la idea de vuestra bajeza me hará sufrir mucho mas que cuanto me hicieran padecer.

« La persona que os entregará esta carta, se encargará tambien de vuestra contestacion y si teneis honor no se la negareis á

NAPOLEONA CAMERATA. »

Dícese que un dia la princesa Camerata, burlando la vigilancia de la policia que rodeaba como de una red invisible, todas las acciones del príncipe, logró avistarse con el hijo del emperador. Hé aqui como refiere este suceso el citado Mr. Prokesch, trasladando la conversacion que tuvo con el duque sobre el particular:

« Entrando una noche con mi ayo Obenaus en su casa, dijo el príncipe, me sorprendió al subir la escalera la inesperada presencia de una muger velada en una capota escocesa, la cual avanzó hácia mi con rapidez y deteniéndome un instante sin alegar el menor pretesto, me tomó la mano y estrechándomela vivamente la llevó á sus labios con la espresion de la mayor ternura. Yo no sabia que hacerme en escena tan imprevista, hasta que mi ayo, que participaba de mi admiracion, rompió el silencio diciendo:

— Señora ¿qué quereis hacer? ¿cuál es vuestra intencion?

— ¿Quién me impedirá, esclamó ella con extrema exaltacion, que bese la mano al hijo de mi soberano?

Retiróse la dama y nosotros, prosiguió el duque, nos confundimos en nuestras suposiciones acerca de este acontecimiento tan súbito como estraño. La carta que recibí despues me dió á conocer que era la condesa de Camerata. V. conoce que no debo tomar por guias de mi conducta unas personas de carácter tan exaltado; pero me encuentro en un dilema verdadero: mis sentimientos hácia el emperador, exigen que no le oculte mis ideas ni acciones; callarle esta particularidad me parece hacerle un agravio; por otra parte no quisiera perjudicar á la condesa; verdad es que carece de prudencia, pero tiene derecho á mi consideracion; ademas es muger... ¿Quisiera V. ir de mi parte á confiar lo que me pasa al conde de Dietrichstein, suplicándole lo arregle todo de manera que la condesa no tenga que sentir ninguna persecucion ni disgusto y que no la obliguen á salir de Viena? Despues de haber considerado maduramente el asunto, aprobé su resolucion, encargándome del negocio que me habia confiado.»

Otras personas dan una version diversa al hecho y añaden que la princesa halló medio de burlar la vijilancia de los guardas del duque y que un dia que iba con ella en un carruaje dispuesto al efecto, á alguna distancia del parque de Schœnbrunn, un oficial de servicio encontró á los dos fugitivos é hizo reintegrar el prisionero.



Como quiera, desde entonces Napoleona encontró varias veces al duque de Reichstadt en los paseos, en el *Prater* y cercanias de Viena, pero sin tener con él ninguna clase de relacion. Permaneció la princesa algun tiempo en la capital de Austria y vivia en la fonda del *Cisne*, en la calle de Carintia; pero algunas semanas despues partió de la capital con direccion á Praga donde permaneció por mucho tiempo bajo la vijilancia austríaca y mas tarde le fué prohibido volver á Italia.

Lo que puede hacer dudar sino del cariñoso entusiasmo de aquella amable muger, al menos de los detalles novelescos de aquellas entrevistas, es el caracter mismo tan claramente manifiesto del duque de Reichstadt. Al mariscal Marmont como á cuantos hablaba de Francia, manifestaba la idea de que en ningun caso, debia representar el papel de aventurero, ni servir de objeto ó pretesto á pruebas políticas mas ó menos aventuradas. A este propósito decia con singular dignidad: « El hijo de Napoleon debe tener harta conciencia de su grandeza, para servir de instrumento; y en semejantes vicisitudes no quiero ser una vanguardia, sino una reserva, es decir llegar como segundo evocando grandes recuerdos. »

Era cada vez mas notable el desarrollo y engrandecimiento de aquella naturaleza privilegiada. Ya en una edad en que muchos jóvenes dificilmente abandonan los juegos ó placeres de la infancia, se deleitaba en los estudios políticos y analizaba las discusiones de la Francia parlamentaria.

Un dia tuvo ocasion de leer un discurso de Mr. Thiers sobre los pares de Francia. He aqui el juicio que formó de él: « Hallo que las razones contenidas en este discurso á favor de la institucion de la nobleza son concluyentes, porque estan apoyadas en el perenne testimonio de la historia, y tambien porque estan basadas en el conocimiento del corazon humano y en aquellas cualidades íntimas que son las únicas que determinan la accion del hombre social; pero el orador no me satisface del mismo modo cuando trata de los pares. Me falta saber cual ha podido ser, hasta aqui, la verdadera utilidad de esta institucion en Francia. Veo muchos argumentos en favor de la herencia, pero ¿qué fuerza ofrece todo esto en el momento de prueba? »

A contar del 15 de Junio de 1831 el jóven príncipe entró definitivamente en la carrera de las armas. Teniente coronel en el regimiento de infantería húngara de Guilay, se entregó con ardor á los ejercicios y á las rudas fatigas de aquella solemne profesion. Era como un acto continuo de libertad; era tambien un empleo dado á su entusiasta energía. Desde entonces la vida del hijo de Napoleon fué la de un simple oficial. Cuando no estaba de servicio, estudiaba en su alojamiento que estaba siempre decorado con mucha modestia. En su habitacion y delante de su escritorio y al lado de su cama, habia un hermoso retrato de Napoleon

con el uniforme de su guardia. Aquella cabeza digna del talento de Gerard, estaba pintada en un campo oval y se referia á la última época del imperio: la espresion de la fisonomia, tenia algo de triste, melancólico y profundamente severo. Unos sencillos pero prolongados estantes llenos de libros en cuyo remate se veia el busto del emperador Francisco, una mesita de ébano en la que descansaba un trofeo de armas y la representacion en relieve del castillo ducal de Sala habitado por Maria Luisa, tales eran los objetos, los muebles principales de aquel aposento.

Fué en aquella estancia donde aquella alma de fuego empezó á estinguirse y á devorar su propia sustancia. Allí deberemos representárnoslo antes de abandonarlo á la muerte que vino á reclamarle.

El mejor retrato del duque de Reichstadt, el que mejor espresa su fisonomia cándida al par que profunda, es el que pintó á la acuarela, el artista vienés M. Daffinger. El príncipe está representado de medio cuerpo, sentado en frente del busto de mármol de su padre, en ademan de escuchar con interés lo que se dice fuera del cuadro. En aquellas facciones, llenas de una gracia meláncolica, el ojo sorprende ya la huella de la consuncion terrible que pronto debia estinguir la vida de aquel jóven apenas salido de su infancia y dado los primeros pasos en la brillante carrera que le estaba reservada.

Queriendo que sus talentos se desarrollasen en la carrera de las armas, dice uno de sus biógrafos, puso el emperador á su lado varios oficiales conocidos por su lealtad, servicios, talento y esperiencia y elijió al efecto el general conde de Hartmann y los capitanes baron de Moll y Standeiski. Estos oficiales entraron en relacion habitual con el príncipe á fines de 1830; mas sus servicios solo comenzaron en 14 de Junio de 1831 en cuya época el emperador, que tenia ánimo de enviar á su nieto á un regimiento acuartelado en Praga, comenzó á organizar completamente su casa; pero algun tiempo despues, el estado en que empezaba á hallarse la salud del príncipe, le obligó á renunciar á un proyecto que ofrecia graves inconvenientes; por cuya razon parte de la servidumbre del príncipe fué reformada, y solo se le conservaron sus gentes de librea y los criados de su caballeriza.

Algun tiempo despues de sus comienzos en el campo de maniobras, y de frecuentar á menudo el cuartel, se observaron en él ligeros ataques de tos. «Me causaban admiracion, dice el citado conde Hartmann en sus Memorias, su inteligencia militar y su celo. Cuatro dias despues que hubo tomado el mando, ya se le advertia cierta ronquera en la voz: pero como este efecto se observa generalmente en cuantos no tienen costumbre de dar las voces de mando en una línea muy estensa, aunque tengan robustos pulmones, no me pareció necesario impedir la continuacion de sus tareas. En aquella época no existian aun indicios vi-

sibles de enfermedad, aunque era indudable que ya llevaba los gérmenes de la terrible dolencia á que sucumbió. No obstante algunos ataques de tos muy lijeros pero harto frecuentes para poder pasar desapercibidos; la prolongacion de su ronquera y su visible debilidad física, despues de haberse dedicado por poco ó mucho tiempo á las fatigas militares, me parecieron pruebas evidentes de un estado de salud poco satisfactorio, el cual exigia atenta vigilancia y continuos desvelos; mas el príncipe atribuia su cansancio á la poca costumbre en que hasta entonces habia estado de entregarse á un ejercicio tan violento. Solo un movimiento activo, decia, era capaz de corregir los vicios de su higiene, producidos en él por su demasiada aplicacion á los estudios sedentarios. Con increible fuerza de carácter ocultaba cuanto le era posible, todos los síntomas de su indisposicion tísica, temeroso de que el conocimiento de su situacion verdadera le obligase á volver á una vida pacífica y retirada.»

En el mes de mayo de 1830, el doctor Malfatti fué nombrado médico ordinario del príncipe, en cuyo destino reemplazó al célebre Franck, y los doctores Goelis y Standenheimet. Estos facultativos en union con Mr. de Herbeck su cirujano ordinario, habian hecho observaciones diarias sobre la salud del jóven príncipe; pero no dejaron al retirarse los apuntes necesarios para el régimen del que debia sucederles. Suplió aquella omision el conde de Dietrichstein, informándole de muchas particularidades cuyo conocimiento le era necesario. El príncipe comia muy poco y sin apetito; su estómago parecia demasiado débil para sufrir el alimento que habria exigido su desarrollo físico, el cual era tan rápido, que á la edad de diez y siete años su talla pasaba de cinco pies y ocho pulgadas. Acometíanle á menudo dolores de garganta y estaba sujeto á una especie de tos habitual y á una escresion diaria de mucosidades.

«El doctor Standenheimet, dice el doctor Malfatti, habia manifestado ya la mas viva inquietud acerca de la predisposicion del príncipe á la tisis de la traquianteria; y yo por mi parte me informé de las prescripciones que se habian usado contra aquellos síntomas alarmantes. El conocimiento personal que yo tenia de la existencia de una disposicion morbífica hereditaria en la familia de Napoleon, dirijió mis primeras investigaciones y conocí que el jóven príncipe padecia una afeccion cutánea conocida en la medicina con el nombre de *herpes farinaceum*. En consecuencia desaprobé, como lo habia hecho Mr. de Herbeck el uso de los baños frios y á fin de conseguir una reaccion sobre el sistema cutáneo, empleé con feliz exito los baños muriáticos y las aguas de Seltz mezcladas con leche.»

El doctor Malfatti dirijió una Memoria al abuelo y madre del duque sobre el estado de la salud de este, en la cual establecia que en el esta-

do de escesivo crecimiento en desproporcion del lento desarrollo de los órganos, y muy particularmente del pecho, toda enfermedad accesoria podria acarrear peligro eminente, ya por de presente, ya en lo venidero, y que por consiguiente era de todo punto indispensable poner el príncipe al abrigo de todas las influencias atmosféricas, é impedir todos los esfuerzos á que su voz se hallaria sujeta de contínuo en el servicio militar. El emperador acogió favorablemente aquella memoria y su entrada en el servicio fué diferida por algunos meses. A fuerza de cuidados asíduos y de revulsiones artificiales, desaparecieron los síntomas alarmantes y pasó felizmente el invierno. Pero habiendo el príncipe entrado de nuevo en la carrera de las armas en la primavera de 1831, los excesos de fatiga que tenia que soportar su cuerpo en los ejercicios militares, no tardaron en agravar los síntomas de su enfermedad.

« Desde entonces, dice el citado doctor, desechó todos mis consejos y solo fuí espectador de un celo desmedido, de una aficion sin límites á sus nuevas ocupaciones. Pensaba el príncipe que fuera indecoroso y bajo manifestar sus padeceres hallándose en la milicia. A mi me miraba con malos ojos por haber retardado su carrera, y aun temia que mis observaciones consiguiesen todavía interrumpirla. Así es que, á pesar de tratarme con mucha bondad en nuestras relaciones sociales, jamás me decia la verdad como facultativo. Cuando le aconsejaba que volviese á hacer uso de los remedios que tan útiles le habian sido el año anterior, me respondia que le faltaba el tiempo necesario para cuidar de su persona. Repetidas veces le sorprendí en el cuartel en estado de suma fatiga. Un dia le hallé tendido en un sofá desfallecido, estenuado y casi exánime; y no pudiendo negar entonces el penoso estado á que le veia reducido, me dijo:

— No sé que hiciera con este miserable cuerpo que no quiere seguir la voluntad de mi alma.

— Considerad, le contesté, que no se puede mudar de cuerpo, como se mudan de caballos cuando están cansados; que si teneis un alma de hierro, vuestro cuerpo es de cristal, y que el abuso de la voluntad puede seros funesta.

« Su vida prosigue el doctor, era entonces una verdadera combustion: apenas dormia cuatro horas aunque naturalmente tuviese necesidad de un sueño mas prolongado. Tomaba escaso alimento y ya desconocia toda tranquilidad; continuaba el crecimiento de su estatura, se iba demagrando gradualmente y su tez adquiria un color livido. A todas mis preguntas me respondia siempre que se hallaba perfectamente bien. En el mes de agosto de 1831 fué acometido de una fuerte calentura catarral y biliosa que se hizo intermitente y cotidiana y solo pude conseguir que se estuviese en cama veinte y cuatro horas. La actividad fatal del jóven prín-

cipe agravaba incesantemente su estado. Parecia residir en aquel infortunado jóven un principio activo que le impelia al suicidio; todas las reflexiones, todas las precauciones, se estrellaban contra aquella fatalidad que lo arrastraba.»

El cólera-morbo vino á aumentar aquellos peligros. Inaccesible á los temores que inspiró el contagio á su aparicion y que dispersaron el emperador y los miembros de la familia imperial, el duque de Reichstadt no queria separarse de los soldados ni apartarse de los cuarteles. Fué preciso una órden terminante del emperador para hacerle retirar á Schœnbrunn. Los dos meses de reposo absoluto que pasó en aquel sitio, fueron como un bálsamo vivificante para sus órganos desfallecidos; sus fuerzas se restablecieron; su rostro perdió su lividéz funesta y recobró una espresion mas animada; entonces dormia ocho ó nueve horas seguidas, la naturaleza queria volver á gozar del reposo que se le habia negado por tanto tiempo; los dolores que habian destrozado su pecho, se amortiguaron y desaparecieron. Pero á falta de actividad del cuerpo sucedió la actividad del alma; dos venenos que minaban alternativamente aquella débil existencia. Puede juzgarse de lo que decimos, por los siguientes fragmentos de una carta escrita á Mr. de Prokesch:

« Schœnbrunn 2 de octubre 1831.

«... Cuántas ideas cruzan por mi mente sobre mi posicion, sobre la política, la historia y nuestra grande ciencia estratégica que destruye y conserva los imperios! Todo esto para llegar á su completo desarrollo, para alcanzar la madurez, tiene necesidad de la luz vivificante de vuestros conocimientos, de vuestros desvelos y de vuestros consejos. ¡Cuán diferentes apreciaciones se agolpan en mi alma! Pero la revelacion de semejante situacion intelectual *pudiera ser interpretada como una falta de mi parte*, y por consiguiente he debido legar al olvido todas esas ideas á medida que iban presentándose. Volveré á veros... y estoy cierto que ni me condenareis cuando mis pensamientos tomen un vuelo harto elevado, ni tratareis de ahogar mis ideas. . .

« Durante vuestra ausencia, mi imaginacion ha torturado mas particularmente dos cosas: ante todo las relaciones de la política actual de Europa. He examinado todos los resultados que se podian sacar. Creo que el sentido obtuso del vulgo se contentará con la marcha aparente de las cosas, pero una mirada escrutadora en el porvenir, me inspira una gran desconfianza en los que pueden calcular su seguridad con semejante escala...

F. DE REICHSTATD.»

Refiriéndose al tiempo que pasó á su lado en Schœnbrunn, decia el doctor Malfatti:

«Durante las frecuentes conversaciones que me porporcionó tener con él su enfermedad, procuré estudiar su carácter con atencion é interés. Hablaba de todas las materias con perfecta rectitud de espíritu, notable facilidad, y delicadeza de espresion: sus conocimientos en la historia eran profundos, y particularmente sobre los sucesos de nuestros dias que habia analizado con suma reflexion. Pero su rasgo saliente y característico era la aptitud de sondear el corazon humano en sus mas profundos escondrijos, y hacer abortar la verdad por medio de las preguntas sutiles que le dirigia (1). Esta disposicion, tan opuesta al entusiasmo que en todas las circunstancias manifestaba, era agena de su edad; pero observándolo atentamente, habia notado una singular analogía entre su organizacion física y su organizacion moral: una especie de dualismo en estremo marcado. Su autopsia ha demostrado despues, lo que entonces me llamó la atencion. El sistema huesoso, creciendo en él de resultas del raquitismo *per longum*, adolecia de una enfermedad de la infancia; al paso que los órganos en estado esquirroso y de emaciacion estaban ya como heridos de caducidad, á escepcion de los celebrales, que presentaban notable regularidad de formas y un desarrollo estraordinario. Del mismo modo con respecto á su constitucion moral, la vivacidad de sus placeres y deseos, así como tambien la actividad de sus voluntades, tenian á veces el carácter de la infancia; mientras que su reflexion profunda y sus investigaciones sobre el corazon humano, hechas con toda la filosofía de un sér desengañado de toda ilusion y mezcladas con cierta tendencia á la severidad, en cierto modo misantrópica, parecian pertenecer al espíritu melancólico de la vejez.

«Hablábamos muchas veces acerca de la literatura, y le gustaba comunicarme sus ideas sobre esta materia. Su carácter, á ratos melancólico y sombrío, se manifestaba en la eleccion de sus lecturas y en sus preferencias literarias. Cierto dia en una de nuestras conversaciones, prorumpió con entusiasmo en elogio de los conceptos poéticos de lord Byron: — Hay en este gran poeta, decia, un profundo misterio, cierta tiniebla que responde á las disposiciones de mi alma: mi pensamiento parece identificado con el suyo.

— Admiro como vos, señor, le respondí, aquel grande ingenio; pero le culpo por haberse consagrado al culto de la duda y de la desesperacion, cuando debiera haber bebido en las fecundas fuentes de la es-

(1) Decipit frons prima multos; rara mens intelligit
Quod interiori condidit cura angulo.

Del esterior la apariencia
A muchos engaña y burla,
Mas es raro el que conoce
Lo que el pecho disimula.

peranza y de los convencimientos. Las faltas de Byron consisten en separar al hombre del único apoyo que sostiene su debilidad, apartándole de la meta que sola puede consolar y ennoblecer su existencia. ¡Cuán superior al miserable juguete de un ciego destino el sér humano, tal como lo concibe Lamartine en la epístola que dirige al mismo lord Byron!

Por natura limitado
E infinito en sus anhelos,
Es el hombre un dios caido
Que se acuerda de los cielos.

— He aquí un pensamiento noble y magnífico, dijo el jóven, y que me gusta tanto como me sobrecoge. Siento mucho no haber leido las poesías de Lamartine.

— Voy al instante á enviároslas, monseñor.

« Al dia siguiente, cuando volví á verle, me dijo el príncipe con la mayor emocion: — Doy á V. gracias por el placer que me ha proporcionado; he leido y releido la meditacion de Lamartine, y he visto con satisfaccion que participa de mi gusto por el sombrío poeta Byron.

El mas grato contento
Dispensa al alma mia
La salvaje armonía
De sus toscos acentos,
Cual agrada á mi oido
De los vientos y rayos el bramido.

« Pero leamos otra vez esta meditacion que me ha parecido tan bella: el jóven tomó el libro... Su voz conmovida se alteró al pronunciar los siguientes versos que el poeta parecia dirigirle:

Animo, tierno infante, decaido
De una divina raza,
Pues en la frente llevas esculpido
Tu orígen celestial; y quien con celo
Te mire aunque abatido,
En tus ojos retraza
Un eclipsado rayo del resplandor del cielo.

— Veo con placer, monseñor, cuan sensible sois á los pensamientos que con tanta nobleza se ven espresados por la pluma de mi vate. En este órden de ideas elevadas debe apacentarse vuestra alma; rechazad léjos de vos cuanto pueda mancillarla y alejaros de la senda honrosa que os ha sido demarcada. Si algun dia la adulacion tentase de emponzoña-

ros con sus pérfidos consejos, recordad los dos versos con que termina la meditacion :

Desprecia el vil incienso
Que ofrece la lisonja ;
Dó la virtud existe
No puede estar la gloria.»

Al volver de Roma Mr. de Prokesch, halló á Viena llorando la pérdida de muchos sugetos recomendables que habian sido víctimas del cólera, pero ya este azote se miraba con indiferencia, pues que sus estragos y peligros parecian completamente invisibles. La corte estaba en Schœnbrunn, donde halló al príncipe en un estado de salud que no le pareció satisfactorio. Recibióle con perfecta cordialidad, y le habló de los pensamientos, proyectos, trabajos y observaciones que habia hecho durante su ausencia. Algunos dias despues, conversaron acerca del gran asunto de la religion, y habló el duque de ella con los sentimientos mas delicados y de un modo verdaderamente patético. Los sofismas de muchas obras, y la conducta de algunos individuos, habian sembrado las dudas en su alma; pero su corazon habia permanecido religioso, y cuando hablaba de sus dudas era á modo de un hombre que siente la necesidad de atacarlas y de someterlas.

—« Las lecturas que he hecho, decia, y algunos ejemplos que he tenido ante los ojos, me han arrojado en la incertidumbre. El espectáculo de ciertas prácticas minuciosas llevadas á veces hasta el entusiasmo supersticioso, al paso que se hallan opuestas en los mismos individuos á su conducta moral, ha producido en mí una impresion desagradable. Mas por otro lado, siguiendo el ejemplo de todos los legisladores que le han precedido, mi padre ha proclamado altamente que la religion es la base indispensable de todo edificio social; y lo que es tan necesario á la sociedad humana no puede menos de ser verdadero: esto convence mi razon; pero lo que mas esencialmente me habla al corazon, residencia esencial de los pensamientos religiosos, es el íntimo conocimiento que tengo del emperador. Para él no es la religion una mera palabra sobre los labios, un pensamiento íntimo del alma; es una fuerza vital, cuya accion continuamente se observa; y ya rece, ya hable ó ya obre, encuentro en él un hombre profundamente religioso: este espectáculo habitual me ha hablado un lenguaje que felizmente he sabido comprender. He penetrado, he sentido cuanto habia de sublime en la religion, que puede por sí sola alumbrar al hombre en su marcha, á través de las incertidumbres y tinieblas que le circundan.»

« El entusiasmo estraordinario de su lenguaje, dice el citado Mr. Prokesch, me habia electrizado; yo leia en aquella alma, tan vivamente

exaltada, toda la fuerza sobrenatural que tanto auxilio le ha prestado sin duda en su agonía. Poco comunicativo por naturaleza, no quiso manifestarse débil en el momento de sus mayores angustias; y cuando vió acercarse su hora postrera, se habia acogido á la intimidad de sus ideas religiosas como al seno de un verdadero amigo.

« El dia 21 de enero de 1832 le hallé en estremo agitado: parece que habia recibido una invitacion para un baile en casa del mariscal Maison, y que estaba en estremo comprometido. — Le he preguntado al emperador, me dijo, si era forzoso que asistiese á él; y ha dejado á mi alvedrío la solucion de esta dificultad. No tengo motivo de quejarme del mariscal, pero no me es posible concurrir con decencia en casa del embajador de Luis Felipe, en el mismo instante en que su gobierno fulmina contra mí un decreto de destierro y de proscripcion: en semejante caso, habria un inconveniente que chocaria á cuantos fuesen testigos, y que sin duda heriria sobremanera mi amor propio.

« En aquella época fuí nombrado teniente coronel, y el duque tuvo la benevolencia de regalarme su espada, sobre la cual habia mandado grabar su nombre. Por mi parte, le supliqué que aceptase el obsequio de una capa de Wehebita, esto es, un vasto manto negro, uno de cuyos emboces está cubierto de ricas bordaduras de oro. Esta capa habia pertenecido á un gefe de los árabes cismáticos, que sucumbió en la espedicion en que logró someterlos el Bajá de Egipto.

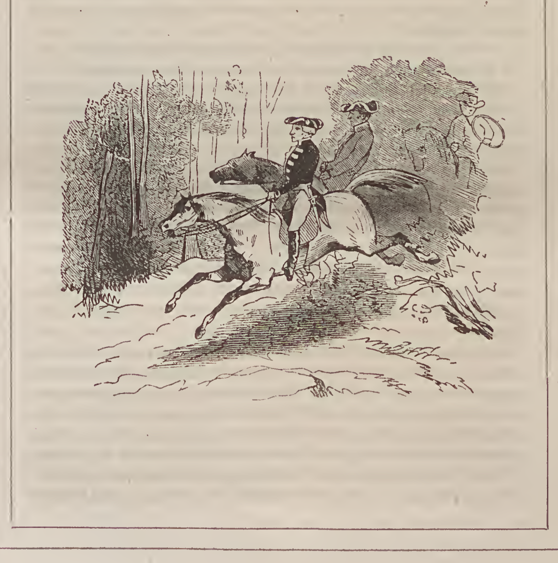
« A principios de febrero me despedí del príncipe, pues iba á dirigirme de nuevo á Italia para desempeñar otra comision. Su salud estaba entonces bastante precaria, mas ¡ cuán lejos estaba yo de prever que en aquel instante pronunciaban mis labios un adios postrero y eterno!...»

Una gloria estaba aun reservada para el duque de Reichstadt. Los pueblos del imperio de Austria se preparaban á celebrar el cuadragésimo aniversario del reinado de su monarca; quiso el duque de Reichstadt dar al emperador una fiesta en celebracion de aquel aniversario que hacia resonar el júbilo en todo el imperio. Con este designio habló al general Hartmann, el cual se encargó de conferenciar con los oficiales acerca de los preparativos que deberian hacerse. El duque se entregó á esta idea con todo su ardor natural, y con toda la vivacidad de su ternura y cariño hácia su abuelo; mas sus proyectos fueron desconcertados.

El emperador no podia permanecer ignorante de los preparativos que empezaban á ponerse en planta. En medio de los numerosos sacrificios que los arriesgados movimientos de las nuevas revoluciones acababan de imponer á los pueblos, no quiso que una circunstancia que le era personal, agravase los gastos públicos; y á consecuencia manifestó su positiva intencion de no aceptar fiesta alguna, ni tolerar el preparativo mas leve. « ¿Porqué quieren, decia, dedicarme fiestas estraordinarias? ¿Es

porqué hay cuarenta años que reino? Parece, añadia, que teneis intencion de avisarme que ya es tiempo que me retire.» Aludian sus palabras á la costumbre que tienen los empleados, en Austria, de retirarse así que han cumplido los cuarenta años de servicio, porque entonces tienen opcion á un sueldo equivalente á la totalidad de su honorario. Suprimiéronse por tanto las fiestas proyectadas.

La permanencia del príncipe en Schœnbrunn le fué evidentemente ventajosa en cuanto á su salud; vivia en íntima relacion con la familia imperial; seguia ocupándose en sus lecturas militares; montaba á caballo todos los dias durante muchas horas; y asistia á las grandes maniobras del ejército, acompañado del comandante general. Por este medio procuraba el emperador fortalecerle la voz y los recursos físicos, al mismo tiempo que le suministraba ocasion de ejercitarse en el arte militar, alternando con los gefes superiores. Una sola vez, en la gran revista que pasó el emperador en persona, pidió y obtuvo permiso para tomar el mando de su batallon.



Poco despues quiso acompañar al emperador á las grandes monterías que tienen lugar en aquella estacion ; pero la humedad, el frio y la fatiga renovaron sus accidentes y enfermedad. Su estado de debilidad no habia nunca desaparecido del todo, y se manifestaba por una propension al sueño, declarándose al mismo tiempo otros síntomas igualmente alarmantes. Se le pusieron las manos muy teñidas, cuya circunstancia se habia observado en él hasta en los primeros años, y que se habia atribuido sucesivamente á los sabañones, á la insensibilidad de la piel, á una falta de vigor vital, y que habia resistido á todos los esfuerzos del arte.

Entretanto el duque de Reichstadt, pesaroso de hallarse privado de sus ejercicios militares, procuraba disimular sus padeceres, resolviendo no dar indicios de su dolencia, aunque tenia verdadera confianza en los talentos del Dr. Malfatti, á quien apreciaba afectuosamente ; se esforzaba á eximirse, por sus respuestas, de sus atentas observaciones, y rehusaba someterse á las prescripciones que tan saludables le hubieran sido. Así es que un dia le dijo el doctor, bastante picado : « Como á príncipe bueno y amable, tengo por vos un verdadero cariño ; pero no os amo como á enfermo. »

— Y yo, respondió el príncipe, os amo mucho como á sabio y á hombre de talento ; pero sabeis muy bien que aborrezco la medicina. »

Salió de Schœnbrunn el 16 de Noviembre de 1831. El duque de Reichstadt suplicó al emperador que le dejase emprender de nuevo sus tareas militares ; pero no lo consintió pues que se hallaba en una disposicion verdaderamente alarmante.

El fin de año fué señalado por la muerte rápida y sucesiva de dos presidentes y del vice-presidente del Consejo áulico militar : estos fueron los generales cende de Giulay, baron de Frimont, y baron de Siegenthal. El príncipe solicitó al instante la autorizacion de acompañar con las tropas el funeral de aquellos caudillos, y tributar á su memoria los postreros honores militares. Aprobó el emperador estos sentimientos de respeto, pero una nueva indisposicion del duque de Reichstatd obligó á retenerle en casa hasta enero, en cuya época volvió á sus tareas de predileccion.

La última vez que se presentó en público con las tropas, fué en la plaza de José, para asistir al servicio fúnebre del general de caballería Siegenthal. La temperatura era en estremo fria, y esforzándose á mandar su batallon perdió enteramente la voz. Se supo aquel mismo dia que se hallaba con calentura, cuya circunstancia habia ocultado con el mas profundo disimulo. Aunque se procuró sujetarlo al régimen mas severo, la fatiga á que habia espuesto su cuerpo, ya debilitado por sus dolencias, produjo en breve una nueva enfermedad, y vino á poner término

á sus servicios, aunque poco despues le hubiese nombrado el emperador segundo coronel del regimiento en que habia servido. Fué atacado de una fiebre reumática catarral y biliosa, la que, gracias á los esmerados esfuerzos del facultativo, llegó á su crísis principal el dia séptimo, despues de cuya época pasó del grado de fiebre subcontinua, al de intermitente cotidiana.

Una gran dificultad se ofrecia para el tratamiento de esta dolencia, y era el estado crítico del pecho y de las vísceras, especialmente del bazo; pues se temia que obrando sobre estos órganos tan fuertemente efectados, la fiebre, accesoria en su orígen, se convirtiese en secundaria de naturaleza supuratoria. El Dr. Malfatti habia determinado enviar al príncipe á los baños de Ischl luego que la estacion lo permitiera, esperando ventajosos resultados si se le podia sostener hasta la época favorable. Los remedios administrados con tanta inteligencia suspendian el mal, y detenian los progresos de la fiebre; pero entonces el activo espíritu del príncipe le precipitaba en empresas imprudentes que hacian retoñar la enfermedad, y agravaban sus síntomas.

El equinoccio de la primavera fue época muy fatal. Las lluvias, á que se esponia el príncipe, y que le hacian acatarrarse con frecuencia, y aun á veces le ocasionaban calentura, reprodujeron sus dolencias crónicas, y le causaron obstrucciones del hígado y escreciones de carácter sospechoso. En el mes de abril se agregaron á estos penosos síntomas, otros no menos alarmantes. Empezó á acelerársele el pulso por intervalos, y sufria frecuentes sensaciones de frio. La demagracion que resultaba de las espectoraciones y de la suspension de las facultades digestivas, alarmaron á los Doctores Raiman y Vichrer, á los cuales durante un violento ataque de gota, habia comisionado el Dr. Malfatti para reemplazarle en el cuidado del príncipe. El régimen que prescribieron estos tres facultativos consiguió cortar la fiebre, que habia tomado el carácter de acceso.

Una notable mejoría en la salud del príncipe, habia determinado á los que le cuidaban á permitirle tomar el aire á caballo y en coche, pero bajo la precisa condicion de que este ejercicio fuese muy moderado. En efecto, se sometió el príncipe á este régimen durante algunos dias; pero habiéndose obstinado en salir una mañana muy húmeda y fria, corrió por algun tiempo á toda rienda, para entrar en calor, pues se hallaba vivamente afectado por la accion del aire. Por la tarde salió tambien á pasear al Prater en un carruaje descubierto. La situacion de aquel, en una de las islas del Danubio, lo hace húmedo en estremo. Permaneció el príncipe en el paseo hasta puesto el sol, cuando habiéndose roto por casualidad una rueda de su carroza, saltó á tierra, pero habiéndole abandonado las fuerzas, quedó tendido en el suelo, casi exánime. La

imprudencia de aquel dia tuvo por resultas un acceso violentisimo, y una fluxion de pecho que produjo los mas graves accidentes, y sobre todo la pérdida del oido izquierdo.

De órden del emperador, y á solicitud del médico ordinario, se hicieron en Viena y Schœnbrunn varias consultas, á que asistieron los doctores Vivenot, Wiehrer y Turckeim. En una de estas juntas, fueron advertidos los facultativos, en nombre del emperador, que sin detenerse en consideraciones politicas, examinasen si pudiera ser ventajoso al duque de Reichstadt el trasladarse fuera de los dominios del Austria. Despues de haber discutido la situacion del enfermo, y fijado el régimen que deberia seguirse, decidieron que podia ser ventajoso el trasladar el príncipe á Italia, y especialmente á Nápoles.

La posibilidad de semejante viaje causó al jóven un gozo indecible. « Pero ¿ creeis, dijo á su médico, que habrá algun obstáculo? Como el emperador está ausente... ved al príncipe de Metternich, y preguntadle si es posible que se me permita emprender este viaje. » Fué el médico al momento á hacer la pregunta al príncipe de Metternich, el cual le respondió: « Decid al duque de Reichstadt que, escepto á Francia, cuya entrada no está en mis manos el franquearle, puede trasladarse al pais que mas le convenga. El emperador antepone á todo la salud de su nieto. » A su vuelta, fué el príncipe enagenado de júbilo por aquella respuesta, y se entregó á todas las ilusiones da una esperanza que no debia realizarse.

Sucedíanse de un modo alarmante las alternativas de padecer y de alivio, hallando el príncipe el consuelo de sus males en los afectuosos esmeros de la familia imperial, y especialmente del archiduque Francisco, y de la archiduquesa Sofía que le trataba con toda la ternura de una hermana. Esta princesa, tan notable por la cultura de su talento, era como una providencia bienhechora para los dias de angustia del desventurado jóven, cuyo estado iba empeorando visiblemente.

Segun la costumbre de los príncipes de la familia imperial, el viático debe administrársele en presencia de la corte reunida. Recelaban anunciar al duque de Reichstadt que habia llegado el momento de cumplir con este último y augusto deber; y ni aun el prelado de la corte, Miguel Wagner, que habia instruido su infancia, se hallaba con fuerzas suficientes para revelarle esta tremenda disposicion. La archiduquesa Sofía, de quien ya habia recibido el jóven príncipe tantas pruebas de interés afectuoso y condoliente, se encargó de velar á sus ojos esta verdad terrible, persuadiéndole que asociase sus ruegos á los suyos, á fin de alcanzar del cielo, él un pronto alivio, y ella un feliz alumbramiento. Esta ceremonia se celebró en medio del triste y profundo recogimiento de una asamblea numerosa, que asistia al sacrificio sin que el príncipe lo notase.

Informada de la triste situacion de su hijo, partió de Parma la archiduquesa María Luisa, para visitarle en Viena por séptima vez. Hasta entonces habia motivado sus viajes cuanto puede lisonjear el amor materno: habia presenciado el desarrollo gradual de las gracias esteriores y de las brillantes facultades intelectuales del jóven príncipe, el cual á su llegada salia siempre á recibirla, acompañándola á su regreso á algunas jornadas de Viena. Detúvose en Trieste, para ver al Emperador que se hallaba entonces en aquella ciudad, donde una indisposicion repentina la obligó á detenerse algunos dias. Sin aguardar su completo restablecimiento, y estimulada aun mas por las noticias alarmantes que llegaban de dia en dia, siguió su camino la archiduquesa, y llegó á Schœnbrunn el 24 de junio al anochecer, en un estado de afliccion y desmayo difícil de describir. A pesar de su emocion, quiso ir al momento á ver al príncipe, que ya estaba preparado para recibir á su madre. Su llegada le llenó de júbilo, y aun solicitó permiso para salir á su encuentro; pero sus fuerzas ya no eran suficientes para sostener una prueba semejante. No hay colores que basten para pintar esta lúgubre escena: aquel jóven, antes tan bello, ahora privado del habla, y llevando impreso en su rostro el sello de la muerte, se incorporaba en su lecho de dolor para tender los brazos desfallecidos á su angustiada madre, que venia á recibir su postrer suspiro. Ambos quedaron como exánimes, y tuvieron mucho trabajo en tranquilizarlos. La archiduquesa habia por un instante retenido violentamente su dolor, comprimiendo sus sollozos y sus lágrimas; pero tuvo que retirarse luego para dar libre suelta á su ahogado corazon. Volviendo en seguida á la cabecera del lecho, todos sus esmeros, todos sus instantes fueron consagrados sin reserva á su hijo. La deseada presencia de su madre pareció suspender por algunos dias todas las dolencias del duque de Reichstadt. Este último consuelo habia reanimado, en cierto modo, la última chispa de una existencia que por momentos se apagaba.

La poblacion de Viena tomaba un vivo interés en la triste situacion del príncipe, y se hacian continuas preguntas acerca de su estado á cuantos podian dar la mas leve noticia: de todas partes llegaban indicaciones de remedios y específicos, que probaban mucho mas el afecto que el juicio de los que los propusieran. Así que un personaje de importancia se halla en una situacion crítica, el vulgo cree siempre descubrir presagios en los acontecimientos naturales: frecuentes tormentas interrumpian el estremado calor que se esperimentaba, y habiendo derribado un rayo una de las águilas imperiales que adornan y dominan el palacio de Schœnbrunn, no faltó quien creyese que el destino habia proclamado de este modo el decreto de muerte que iba á herir al hijo de Napoleon.

Entretanto el príncipe se iba debilitando visiblemente, y la enfermedad se agravaba de dia en dia. A ratos se le llevaba á un punto particular de los jardines de Schœnbrunn; otras veces se le colocaba en un balcon saliente de su estancia, á fin de que pudiese hallar el aire, que con dificultad aspiraba su estropeado pulmon. Mas ya se hizo imposible sacarle de la cama. Aunque se hallaba en aquella fluctuacion entre la esperanza y el desmayo, que es el síntoma característico de su dolencia, cuando hablaba de su muerte cercana, siempre lo hacia con la imperturbable firmeza de un hombre valeroso. El 21 de julio por la mañana se hicieron tan insufribles sus dolores y esperimentó tal angustia, que por vez primera confesó á su médico los tormentos que sufria. Manifestando entonces un profundo disgusto de la vida: «¿Cuándo se terminará mi penosa existencia?» esclamó en medio de los padeceres de una fiebre devoradora. Habiendo su madre entrado en el aposento un instante despues, tuvo el príncipe bastante fuerza para dominar sus angustias: con aparente tranquilidad respondió á sus recelosas preguntas, que no sentia novedad particular, y aun procuró animarla con respecto á su futuro destino. Aunque sus padeceres no se aliviaron en lo restante del dia, tomó parte en la conversacion de los que le acompañaban, y habló muchas veces con satisfaccion del viaje que iba á hacer el proximo otoño.

Por la tarde advirtió el Dr. Malfatti que habia mucho que recelar por la siguiente noche. El baron de Moll no se separó del cuarto del príncipe, aunque sin saberlo este; pues no podia sufrir la idea de que le estuviesen velando. Estuvo adormecido durante algunas horas; pero á las tres y media de la mañana se incorporó en su lecho esclamando: «Yo sucumbo!... yo sucumbo!...» (*Ich gehe unter!...*) El baron de Moll y su ayuda de cámara le tomaron entre sus brazos procurando tranquilizarle. «¡Madre mia! madre mia!» gritó de nuevo el moribundo príncipe: estas fueron sus últimas palabras... Esperando al principio que fuese un ataque pasajero de debilidad, no se decidia el baron de Moll á avisar á María Luisa; pero observando que la vista se le fijaba, y que sus facciones tomaban el carácter de la muerte, lo confió al ayuda de cámara, y corrió á llamar la camarera mayor de la archiduquesa y al archiduque Francisco, á quien el príncipe habia suplicado que le asistiese en sus últimos momentos. Acudieron todos en la mayor afliccion. María Luisa habia creido que tendria fuerza suficiente para quedar en pié á la cabecera de su hijo, pero cayó de rodillas al lado de su lecho. El duque de Reichstadt estaba sin habla; sus ojos estintos estaban clavados sobre su madre: procurando espresarla los sentimientos que ya su boca articular no podia... Entonces el prelado que le exhortaba le señaló el cielo, y el moribundo alzó los ojos para corresponder al pensamiento sagrado. A las cinco y cinco minutos de la mañana espiró sin la mas leve convul-

sion, en el mismo aposento en que se habia alojado su padre ceñido de triunfos (1); en el mismo lugar en que por última vez, dictando la paz como conquistador se adormecia entre las ilusiones de la victoria, prometiéndose un glorioso himeneo y una eterna dinastía. ¡ Fué el dia 22 de julio, aniversario del acta que habia dado al duque de Reichstadt su último título, aniversario del dia en que recibió el jóven príncipe en Schœnbrunn la noticia de la muerte de Napoleon !

Agobiada de dolor María Luisa, y abrazada con los restos mortales de su hijo, cayó en un estado que su reciente enfermedad hacia peligroso. La noticia del fallecimiento del príncipe, aunque se habia previsto por largo tiempo, sumergió la familia imperial en la mas profunda afliccion. La archiduquesa Sofía, que estaba en el instante de su alumbramiento, se sobrecogió de manera que dió las mayores inquietudes. La corte estaba anegada en llanto; y la funesta nueva, llegando rápidamente á Viena, causó un sentimiento general. Todos contaban el triste suceso; todos hablaban de las amables prendas, noble esterior, interesante figura y precoz inteligencia del príncipe. Los hombres mas sencillos se sorprendian del contraste de una existencia que se estinguia sin recuerdo con la vida de Napoleon, tan repleta de acontecimientos, tan notable por la grandeza de los reveses cuanto por la brillantez de los triunfos. Toda aquella grande historia se desarrollaba entonces ante los ojos de todos, desplegándose como una vasta pintura. ¡Así un fin silencioso terminaba aquel drama terrible! así aquel linaje adquirido por medio de tanta sangre quedaba marchito y anonadado en su gérmen !... ¡ Un inmenso rio, cuyas aguas furiosas habian aterrado el mundo con sus desastres, desembocaba y se perdia en el Océano, hallándose reducido á un miserable arroyuelo !

Al recordar la especie humana que el genio de Napoleon habia lanzado fuegos devoradores, esperaba que el duque de Reichstadt seria para el Imperio una lumbrera bienhechora, que llenaria á todos de pesar si prematuramente se estinguiera: ahora se acrecentaba la afliccion comun al considerar cuanto padeceria el corazon del emperador cuando supiese la muerte del príncipe, al cual habia manifestado siempre particular cariño, fuese que el duque de Reichstadt le interesara por los encantos de su espíritu y por el vivo afecto que le manifestaba; fuese que juzgara hacerle reparacion por este medio de haberle sacrificado á sus deberes como soberano, cuando por salvar á su pueblo consintiera á su naci-

(1) En el salon se veia una péndola horaria muy sencilla; estaba adornada de dos águilas contemplando el fuego sagrado, y de un bajo relieve que representaba el águila de Júpiter embriagada con el néctar, durmiéndose en el regazo de Hebe. Por un concurso singular de circunstancias, este reloj cesó su movimiento á la misma hora en que el príncipe acabó de existir.



miento, y cuando para asegurar la paz del mundo rompió con sus propias manos la corona que ceñir debieran las sienes juveniles del hijo de Maria Luisa.

Inmediatamente despues de la muerte del príncipe, el baron de Moll partió de Schœnbrunn, á fin de llevar al emperador esta triste nueva, y poner en sus manos una carta bañada con las lágrimas de su hija. Llegó á Lintz por la noche cuando la ciudad, con iluminaciones y otras muestras de regocijo, celebraba la presencia del soberano, y prolongaba las fiestas que habian durado todo el dia. A su regreso á Viena se habia detenido el emperador para asistir á las maniobras de las tropas reunidas en aquel punto, y examinar las pruebas del nuevo sistema de fortificacion inventado por el archiduque Maximiliano. El contraste de estas festividades, de estas danzas, de estas iluminaciones, con el triste mensaje de que era portador, con el recuerdo tan reciente de las últimas angustias de un príncipe que le era tan caro, triplicaron el dolor del baron de Moll, el cual se dirigió en derechura al palacio. La amargura del mensaje confiado á la emperatriz fué dulcificada por las caricias consoladoras de esta princesa. Así que supo la llegada del baron, quiso el emperador verle; le hizo contar y repetir todos los pormenores de tan tristes escenas, y angustiándosele el corazon al oir tan melancólica narrativa, tres veces su profundo dolor dió suelta á un torrente de lágrimas. Participaba la emperatriz de los pesares de su augusto esposo, el cual deploraba la pérdida de tan nobles esperanzas, de tan bellas prendas. «¡Yo habia esperado, decia el príncipe, que ya que la providencia no queria conservarle á mi ternura, me habria dado á lo menos el consuelo de recibir su último suspiro!...» Despues de estos momentos consagrados á la viva espresion de un dolor justo, el emperador mandó al baron de Moll que volviese á María Luisa, para avisarla que le esperase en sus tierras de Persenbeug, á fin de llorar libremente juntos al que fué el mutuo objeto de su esperanza y cariño.

El duque de Reichstadt permaneció de cuerpo presente en Schœnbrunn todo el domingo. El lúnes 23 de julio se procedió á la autopsia cadavérica: el estado esquirroso y carcinomatoso de sus pulmones, la falta casi absoluta del esternon, y la endeble estructura de su angosto pecho, indicaban evidentemente las causas irremediables de su muerte, demostrando que ningun recurso humano hubiera sido bastante para salvarle la vida. A la noche siguiente fué trasportado á Viena en una litera y á la luz de numerosos hachones. El pueblo se agolpaba por verle pasar, y la turba observaba el mas melancólico silencio. Fué depositado en la capilla de la corte, y en aquella antigua parte del palacio comenzada por Ottocare y concluida por el hijo de Rodolfo de Habsburgo. El dia 24, desde las ocho de la mañana, empezó el pueblo á llenar los

patios de palacio, para dar la última mirada á las inmobles facciones de aquel que habian visto animadas de una vida tan activa. La capilla estaba colgada de paño negro, y adornada de escudetes que llevaban los blasones del príncipe. En los varios altares ofrecian los sacerdotes el sacrificio de la misa. En el centro, sobre tres gradas cubiertas de terciopelo negro, y rodeado de tres hileras de grandes candelabros de plata, se elevaba un doble féretro descubierto; el esterior estaba forrado de terciopelo carmesí, adornado de bordaduras de oro, y sostenido por cuatro globos de plata dorada; y las asas del mismo metal estaban en las estremidades del féretro, cuyas caras adornaban varias coronas de oro. A la derecha, sobre un cojin de terciopelo estaban colocados la corona ducal y el collar de San Esteban; á la izquierda, el sombrero militar, la espada y el cinturon, insignia distintiva de su grado. A la cabeza del féretro habia una urna de plata y un vaso del mismo metal, que contenia el corazon y las entrañas, para ser depositadas, segun el uso, en la catedral é iglesia de los Agustinos. Varios oficiales de la guardia alemana y húngara, con sus magníficos uniformes encarnados y brillantes de oro y de bordaduras, estaban colocados en los cuatro ángulos. Algunos ugieres de palacio mantenian el órden entre el gentío que circulaba por la iglesia en silencio. Todos los ojos estaban tristemente dirigidos hácia el príncipe. Su estatura parecia haberse hecho completamente colosal. Sus facciones, aunque ajadas por sus largos padeceres, conservaban sin embargo cierto carácter de hermosura, nobleza y resignacion, sus labios demagridos se habian ligeramente arrugado; y su figura, en que la enfermedad habia producido el efecto de la vejez, parecia tener una sorprendente semejanza con las representaciones de Napoleon sobre su lecho de muerte. Tenia botas y espuelas, y estaba vestido con un pantalon azul bordado de plata, y una casaca blanca con sus decoraciones. Este era el uniforme del regimiento en que habia hecho su aprendizaje militar, y del cual fué nombrado propietario Gustavo Wasa despues de la muerte del presidente de guerra el conde de Giulay. Asi, por uno de aquellos juegos del destino en que nuestro siglo es tan pródigo, el hijo destronado de Napoleon, servia en el regimiento del heredero destronado del gran Gustavo.

Por la tarde, á las cinco, en la plaza de José, todas las avenidas esta ban llenas de un inmenso gentio; el pueblo se mezclaba con las tropas que debian escoltar el entierro, y atravesaba anheloso las distancias entre los pelotones de húsares de Sajonia Coburgo y de Wurtemberg. El magnífico pedestal de la estatua erigida á la memoria de José II, ofrecia al pueblo un medio de ver mas fácilmente la fúnebre procesion. Sobre las vastas graderías del monumento, sobre los elegantes guardacantones de granito lustrado que lo circundan, formaba la multitud un grupo ad-

mirable: aquella animada pirámide estaba coronada de niños, cuyas cabezas rubias y preciosas contrastaban con la severidad de las figuras de bronce que decoran los bajo-relieves en que están colocadas. Dominando esta escena imponente, la estatua del hijo de María Teresa estendia su brazo colosal, como para proteger al pueblo, y parecia presidir á aquellos grandes funerales.

Gran número de huérfanos abria la marcha con hachas encendidas; el clero salia en procesion de la iglesia de los Agustinos; y el regimiento de Wasa estaba tendido por la carrera y formaba la escolta. El acompañamiento comenzó á caminar. Cerrado y cubierto con una gran cruz de tisú de plata, el féretro fué colocado en una carroza de antigua hechura, forrada de tafilete encarnado, y por adorno una bordadura hecha de clavos dorados. Llevados del diestro por los palafreneros con las libreas de Austria, seis magníficos caballos blancos, ricamente enjaezados, tiraban de la fúnebre carroza, que seguia á otra de gran gala, y en la que iban los eclesiásticos particularmente encargados de los funerales. Los oficiales del príncipe, su servidumbre, y los coches de la corte seguian el entierro. A la puerta de la iglesia sepulcral, los religiosos custodios del sepulcro de los emperadores recibieron el cuerpo, el cual llevaron al coro, acompañándoles el rey y reina de Hungría, la familia imperial, y la corte. Despues de las honras fué conducido á los subterráneos. El conde de Czernin, que desempeñaba las funciones de gran maestre de la corte, despues de haber hecho constar á presencia de los concurrentes la identidad de los restos mortales del duque de Reichstadt, hizo cerrar el ataud, por última vez, con dos llaves; una de cuales fué entregada por el conde á los religiosos, y la otra se reservó para depositarla en el tesoro imperial.

Antes de los funerales, llevaron los oficiales del príncipe el vaso que contenia las entrañas á las bóvedas de la antigua basilica de San Esteban, uno de los monumentos mas solemnes de la edad media. El corazon encerrado en una urnita de plata fué depositado en la iglesia de los Agustinos, cerca del sepulcro de Leopoldo II y del valiente é ilustre mariscal Daun, no lejos del bello mausoleo de María Cristina, sorprendente y sublime concepto del genio de Cánova, y quizá obra maestra de su cincel inmortal.

Cubierto el ataud de su funda de cobre, está grabada la siguiente inscripcion:

ÆTERNÆ. MEMORIÆ.
JOS. CAR. FRANCISCI: DUCIS. REICHSTADIENSIS.
NAPOLEONIS. GALL. IMPERATORIS.
ET.

MAR. LUDOVICÆ. ARCH. AUSTR.
FILII.
NATI. PARISIIS. 20 MART. 1811
IN. CUNABULIS.
REGIS. ROMÆ. NOMINE. SALUTATI.
ÆTATE. OMNIBUS. INGENII. CORPORISQUE.
DOTIBUS. FLORENTEM.
PROCERA. STATURA. VULTU. JUVENILEM. DECORO.
SINGULARI. SERMONIS. COMITATE.
MILITARIBUS. STUDIIS. ET. LABORIBUS.
MIRE. INTENTUM.
PHTHISIS. TENTAVIT.
TRISSTISIMA. MORS. RAPUIT.
IN SUBURBANO. AUGUSTORUM. AD. PULCHRUM.
FONTEM.
PROPE. VINDOBONAM.
22 JULII. 1832.

« A la eterna memoria de José-Francisco-Cárlos, duque de Reichstadt, hijo de Napoleon emperador de los Franceses, y de María Luisa archiduquesa de Austria, nacido en Paris á 20 de marzo de 1811. Saludado en su cuna con el nombre de rey de Roma, y dotado en la flor de su edad con todas las calidades del ingenio y del cuerpo; de imponente estatura, de nobles y agradables facciones, de esquisita gracia en su lenguaje, fué notable por su instruccion y aptitud militar. Fué acometido de una cruel tísis, y la muerte mas lastimera lo arrebató en Fuente Hermosa (Schœnbrunn), palacio de los Emperadores, cerca de Viena, en 22 de julio de 1832. »

¡ Desventurado Príncipe ! cuando en tus penosas angustias te sentias aproximar lentamente al sepulcro, esclamaste con dolor : ¡ Tan jóven, ah ! y me es fuerza terminar tan pronto una vida inútil y sin renombre! ¡ Mi nacimiento y mi muerte... he aquí toda la página de mi historia ! » No ; tu existencia no estaba vacía de fama : privado de peligrosos honores del poder, del brillo aterrador de las batallas, careciendo de grandes acontecimientos, pero no de grandes calidades, ofreció tu existencia, por su contraste con la vida prodigiosa del hombre que te dió el sér, una de las páginas mas elocuentes de la historia, tal vez la mas digna de nuestras meditaciones. No se estingue sin gloria la existencia que supo conquistar el amor y sentimiento de la familia imperial, de aquel pueblo que el autor de tus dias agobió con el peso de sus victorias. El pesar de los habitantes de Viena escoltando al sepulcro de los Césares, el féretro del hijo de Napoleon, es para tu memoria noble oracion fúne-

bre. Los lloros que rodearon tu melancólico entierro, son preferibles á los que arranca la victoria; y la victoria hace verter lágrimas muy mas copiosas.

Si para dar al mundo una de sus mas sublimes lecciones, ha querido el cielo que fuese tu fin prematuro el último término de una vasta espiacion; á lo menos ha cuidado de adornar á la víctima con aquellas escelsas cualidades, con aquellos preciosos dones que la hacian digna de sacrificio semejante, y que consagrarán para siempre su recuerdo en la memoria de los hombres.





RESTAURACION.



PENAS hubo Napoleon sacrificado sus mas caras esperanzas, dando la abdicacion que tan necesario le hicieron considerar para el bienestar de la Francia, formóse una junta provisional degobierno, cuya presidencia obtuvo el duque de Otranto, el gran dignatario del Imperio, el jacobino Fouché, traidor á todas las causas y á todos los partidos. En vano la cámara de diputados conservó en tan aciaga coyuntura una actitud imponente, discutiendo una constitucion y publicando una declaracion de los derechos del pueblo francés, que la historia no puede mencionar sin elogio: en vano ardian las tropas en deseos de batirse; la traicion dirigia las operaciones, Fouché favorecia la marcha de los prusianos á Paris, ý el mariscal Davoust capitulaba con Blucher y Wellington. Estipulose en los artículos de esta capitulacion, que en el espacio de tres dias quedaria evacuada la capital, que el ejército francés marcharia á la otra parte del Loire, y que la guardia nacional y gendarmes municipales continuarian dando el servicio interior. Lleno de noble despecho, retiróse el ejército al indicado punto, aguardando le licenciasen; aquellos soldados que salieron del pueblo, volvieron á ser pueblo, y la Europa no supo si debia admirar mas su abnegacion que su pasado valor.

Á 6 de julio entraron en Paris las tropas estrangeras, en cuyos ba-

gages iba Talleyrand, y á favor de aquella fuerza disolvióse la cámara de diputados: asi empezaban á cumplir los coaliados con lo que afirmaban en sus proclamas, y de este modo confirmaban sus espresiones de que *solo se armáran contra Napoleon, y que entraban en Francia como amigos y aliados del pueblo francés!* El 8 verificó Luis XVIII su entrada en la capital, que guardaba frio silencio, y ofrecia un espectáculo doloroso á los que aun recordaban los pasados triunfos de las armas francesas. Delante de las Tullerías, revueltas muchas señoras de la nobleza con plebeyas, apoyándose en brazos de los prusianos, cantaban y danzaban festejando al recien venido, mientras en la plaza del Carrousel, en el mismo patio de las Tullerías, bivaqueaban los cosacos, asestados sus cañones y haciendo alarde de su barbarie é insolencia: triste preludio de las exigencias á que pronto debian sujetar el trono de la Francia. No contentos con intentar la destruccion de los puentes que recordaban las victorias de los ejércitos franceses, devastaron los museos, mutilaron los monumentos públicos, impusieron la ocupacion de la Francia por ciento cincuenta mil soldados estrangeros durante cinco años, volvieron á apoderarse de las adquisiciones territoriales que tantos esfuerzos y tanta sangre costaban al pais, y pidieron dos mil millones en indemnizacion de los gastos de la guerra y para el salario del ejército de ocupacion. El gobierno de la Restauracion aprueba todas estas intimaciones, y los valientes de Austerlitz, de Jena, de Moscowa y de Waterloo son licenciados, y van á sufrir los horrores de la miseria, mientras lo mas ilustre del ejército perece á manos del populacho del mediodia, ó asesinado jurídicamente por las comisiones militares. En efecto, al saberse en Marsella la derrota de Waterloo, los realistas atacaron á los mamelucos de la guardia, sorprendiéronlos indefensos é hicieron en ellos espantosa carnicería. Asesinos pagados mataron publicamente al mariscal Brune, en Aviñon, al general Ramel en Tolosa y al general Lagarde en Nimes; nadie se atrevió á levantar la voz en favor de tantas víctimas, y el partido realista siguió proyectando nuevas venganzas. Un hombre habia que eclipsaba toda aquella turba de generales estrangeros y de oscuros emigrados; la gloria de Ney ofendia á los instrumentos de tan terrible reaccion, y violando la capitulacion de Paris, el gobierno tuvo la bajeza de ponerle en manos de sus verdugos. Condujéronle ante un consejo de guerra, compuesto de mariscales de Francia; pero declarándose incompetente este tribunal, cometióse á la cámara de los pares el conocimiento y fallo de aquella causa. De ciento sesenta y un votos, ciento treinta y seis opinaron por la pena capital; el valiente de los valientes recibió el último suplicio, y el duque de Richelieu sentó su pié sobre el cadáver para cerciorarse de que ya no tendrian que temer al héroe, al paso que la infeliz viuda tuvo que pagar en veinte y

cuatro horas todos los gastos del proceso, que ascendieron á 25,000 francos. Igual suerte corrieron Labedoyere, Mouton-Duvernet, Chalgran y los hermanos Faucher; pero en cambio, el príncipe aleman de Hohenlohe fué nombrado par y mariscal de Francia, Wellington ocupó el puesto de Ney, y Luis XVIII le condecoró con el collar de la órden del Espíritu-Santo.

Despues de tanta sangre derramada, publicóse una ley de amnistía, de que se esceptuaron: 1.° diez y nueve generales, que fueron entregados á tribunales militares, compuestos de emigrados y de chuanes; 2.° treinta y ocho ciudadanos, que fueron arrancados de su domicilio, puestos bajo la vigilancia de la policía, y á quienes el rey podia arbitrariamente desterrar ó condenar á la última pena; 3.° los que firmaron el acta adicional, ó aceptaron algun destino durante los cien dias, que, en menosprecio y con violacion de la Carta, fueron desterrados para siempre; 4.° Napoleon y su familia que quedaron ilegalmente espulsados para siempre, y de antemano condenados á muerte si volvian á entrar en territorio francés; 5.° todos aquellos, contra los cuales se reservó el gobierno formar proceso antes de promulgarse la amnistía. A semejantes atrocidades judiciales y extrajudiciales agregáronse los motines verificados por gente ignorante y sencilla, provocados y tal vez dirigidos por la policía. Estalló la primera insurreccion en Grenoble, contra la cual empleóse una crueldad digna de los mas terribles dias del comité de salvacion pública. «Los sublevados, dijo el ministro Decazes, no pasan de tres cientos paisanos alucinados, cuya tercera parte ignora porque se les ha hecho tomar las armas, si es que no creen que vinieron á ver fiestas y públicos rogocijos.» Con todo los soldados de Donadieu fusilaron un centenar de aquellos infelices, deshonrando el uniforme que vestian y convirtiéndose en verdugos.

Sin embargo, no tardó en conocer Luis XVIII que semejante sistema de terror inevitablemente acarrearia una reaccion, que acabaria por destruir rey y verdugos: el mismo ministerio vió que era preciso detener el torrente y espidió la ordenanza del 5 de setiembre. Consolidóse entonces la Carta, y en verdad ya era tiempo. «La Carta *otorgada*, dice M. Thiers, era sin duda un inconveniente, no por su origen, pues una buena constitucion siempre es buena, venga de donde viniere, sino porque la pretension de otorgarla espontáneamente sin el concurso del pais abria la puerta para luego á la pretension de modificarla. Con todo, salvo este lejano riesgo, que se hacia mas inminente con el artículo catorce, escepto ciertas odiosas disposiciones, particularmente la que fijaba la edad de cuarenta años para diputado, y convertia la vida política, no en una carrera sino en una especie de retiro puesto á la fin de todas las carreras; escepto la inmovilizacion del censo electoral fijado á 300 francos, la

Carta contenia las principales condiciones de la monarquía representativa: un rey hereditario é inviolable, ministros responsables, dos cámaras, la votacion anual de los impuestos y la libertad de imprenta. Los Borbones de la primera rama tuvieron en su mano dar á la Francia la libertad y devolverle su dignidad esterior; pero era preciso saber si la legitimidad, que era su fuerza real, les infundiria ó no invencibles preocupaciones, y si el estrangero les seria ó no para siempre un apoyo y y un secreto recurso en caso de alarma. Tal era la cuestion, que tras algunos años de dudas y desgraciadas tentativas, han resuelto contra ellos los sucesos. Apenas, en efecto, pusieron en accion la Carta, cuando se espantaron del mero ruido y movimiento de la máquina. Es verdad que amigos y enemigos precipitáronse á hacerla obrar violentamente á su favor: por una parte realistas exagerados, por otra bonapartistas y revolucionarios entraron en las cámaras; y todos, durante los primeros años de la Restauracion, alternativamente arrastraron á su favor la balanza.

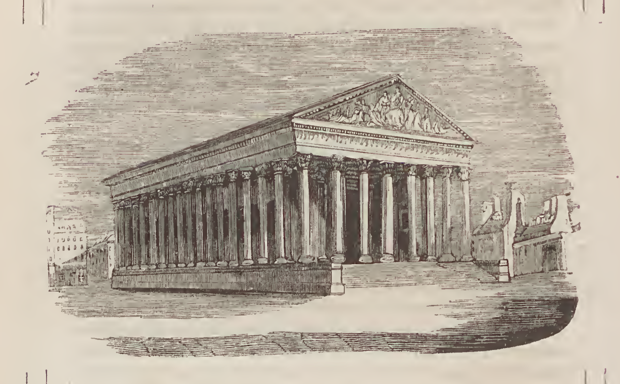
Entretando (1817) hiciéronse las elecciones; las persecuciones cesaron poco á poco, y ya prometian á la Francia mas dichoso porvenir una ley de elecciones mas en armonía con la Carta, la del reemplazo del ejército, propuesta por Gouvion-Saint-Cyr, y la noticia de la próxima partida de las tropas estrangeras. Pero temeroso el partido realista, envia á todos los departamentos furiosos misioneros que predican el robo y el asesinato, y comete la vil accion de suplicar á la Santa Alianza que no saque sus ejércitos de la Francia, y que sea esta ocupada por tiempo indefinido. Sin embargo, el partido moderado gana las elecciones, que dan una mayoría un tanto nacional. Viendo, pues, el bando realista que iba á verse reducido en las cámaras á los recursos y proporciones que escasamente podia sacar y tenia en la nacion, trató de cambiar la ley de elecciones. La cámara de los pares, resto del senado que adoró servilmente á Napoleon y le vendió el dia de su desgracia, instrumento entonces de todas las exigencias aristocráticas y estrangeras, aplaudió la idea de modificar la ley electoral, y dió la señal de ataque; pero el ministerio, que comprendió las funestas consecuencias de tan arriesgado paso, creó sesenta pares para contrarestar la mayoría. Adoptóse entonces (1819) una ley sobre la imprenta mas favorable que las anteriores, y los periódicos empezaron á hacer oir la voz de la razon y de la verdad; mas espantado de semejante adelanto hácia la libertad, el bando retrógrado no perdonó medio para derribar aquella obra con tanto trabajo levantada, y esplotando con fortuna ya una ley que levantaba el destierro á los espatriados sin formacion de causa, ya las turbulencias de la escuela de leyes, ya las alteraciones que en la ley electoral pretendian hacer algunos diputados utopistas,

logró que presentasen su dimision los ministros, Luis, Dessoles y Gonvion-Saint-Cyr. Por aquel entonces estalló la Revolucion Española (1820) y el noble grito de libertad que lanzó esta valiente y generosa nacion halló éco en los corazones franceses, que bendijeron su nacimiento, y le desearon el mas próspero porvenir. Tembló tal vez el gobierno de Luis XVIII al ver encendido en las cumbres del Pirineo el fanal revolucionario, cuyo resplandor iluminaba las comarcas francesas; y teniendo que contentarse con echarle una mirada á la vez azorada y vigilante, acabó de entregarse á la faccion oculta que enredaba todos los negocios. Principió su plan con un acto, de que quizás no habia ejemplo en la historia del gobierno representativo; dejó elegir diputado al obispo Gregorio, uno de los que no quisieron votar la sentencia de Luis XVI, y cuando su legal nombramiento y su admision en la cámara le daban el sagrado carácter de representante de la nacion, un decreto del gobierno le escluyó del número de los diputados, llamándole *indigno* de tal cargo.

Otro acontecimiento animó al partido realista á redoblar sus esfuerzos. A 13 de febrero al salir de la ópera y al acompañar su esposa al coche, en la calle de Richelieu, el duque de Berri, sobrino de Luis XVIII, recibió una estocada que le privó de la vida. Prendieron al asesino, que era un jóven sillero llamado Louvel, empleado en las caballerizas del rey, y que en el interrogatorio declaró que, estando en la íntima conviccion de que el gobierno de los Borbones era fatal á la Francia, habia resuelto matarlos á todos. Mas no se descuidaban los gefes de la faccion retrógrada, y á pesar de que se probó formalmente que el asesino no tenia cómplices, supieron sacar de aquel suceso el fruto que á sus planes convenia. A favor del terror que á todas las facciones infundió aquel asesinato, lograron la destitucion del ministro Decazes, en quien tenian que vengarse de la ordenanza del 5 de setiembre. Al punto suspendióse la libertad individual y la de la prensa periódica; dueños los retrógrados de las cámaras, quebrantaron la Carta para hacer una nueva ley electoral, que diseminaba los electores en colegios de distrito, y creaba el doble voto, asi llamado, porque concedia á los electores mas ricos el privilegio de votar dos veces. Sin embargo, la juventud parisiense no podia permanecer tranquila en vista de semejantes atentados á la libertad y á la constitucion del estado, y el 4 de junio, á pesar del bando que publicó la policía prohibiendo los grupos y reuniones, un gentío inmenso rodeó la cámara de diputados, donde se discutia la nueva ley electoral. Imposible fué contener la espresion de la ansiedad de aquel concurso, que bien demostró cuales eran sus deseos y opiniones con reiterados y unánimes gritos de *viva la Carta!* Revueltos realistas con liberales, estos vivas encienden disputas, que pronto acarrean fu-

nestas desgracias. El jóven Lallemand, cursante en leyes, cae herido de un balazo, que á pocas horas le deja sin vida, y la sangre empieza á correr.

Pero luego debia llegar á su colmo la indignacion pública con un suceso, que patentizó cuan siniestras y vengativas eran las intenciones de la faccion retrógrada. Al salir de la cámara, donde en vano defendieran con teson las libertades públicas, los diputados de la oposicion fueron insultados por grupos de guardias de corps; volaron los estudiantes á la de-



fensa de los dignos representantes, y rechazaron á los agresores; trabáronse en todas partes refriegas parciales, y durante ocho dias las cargas de caballería tuvieron que dispersar los grupos que formaba un pueblo irritado. Quedó por fin adoptada la ley del doble voto; pero la faccion realista tomó á tiempo sus medidas, y en vano los estudiantes llamaron á la insurreccion los habitantes de los arrabales.

Entretanto presentóse Louvel ante la cámara de los pares; frustráronse los esfuerzos de Bellard, que intentaba probar que el asesino tenia cómplices, y que era menester buscarlos entre los liberales; y quedando completamente justificada la no complicidad, levantóse el acusado, y con grave y sosegada voz leyó un largo escrito, que fué la acusacion mas

terrible que contra aquella real familia puede salir jamás de la pluma de un hombre del pueblo. Al dia siguiente, 7 de junio, en medio de grande aparato militar sufrió Louvel la última pena con una serenidad y valor que hizo profunda impresion en todos los ánimos.

Un mes despues publicóse una órden contra los colegios de leyes y de medicina, que sujetó los estudiantes á todas las formalidades y castigos que en otro tiempo usára el servilismo.

A 20 de agosto descubrió la policía una conspiracion tramada por los gefes de la guarnicion de Paris y de la guardia real, en que proyectaban reunir sus tropas, marchar á las Tullerías, y proclamar por soberano un individuo de la familia de Napoleon. Un velo misterioso cubre aun el secreto de semejante trama, y algun dia aclarará la historia si la misma policía que entregó los conspiradores á la cámara de los pares, fué quien les sugiró astutamente la primera idea de la conspiracion.

A pesar de tantas víctimas, no era durable la tranquilidad en Francia, y los frecuentes disturbios y sucesos estraordinarios que en ella acaecian eran otras tantas acusaciones tácitas contra el gobierno que no sabia ó no queria conducir la nacion al deseado puerto. Á 27 de enero de 1821, á las cinco de la tarde, retumbó una fuerte esplosion en las Tullerías, y entre el trastorno y espanto que causó semejante accidente, púdose averiguar que provino de un barril de pólvora, que estaba detras de un cofre, á pocos pasos del gabinete del rey. ¿Quién lo colocára allí? Cuestion es esta que todavía no se ha podido resolver, ni saber qué plan se proponian los autores de aquel hecho, que se repitió sucesivamente en varios puntos de la capital. El 30, á las nueve y media de la noche, reventó igual esplosion en el café de la Regencia; pocos instantes despues otro estallido mucho mas violento resonó en la calle Doyenne, junto al Carrousel, y para mayor confusion, el 31, á las dos de la tarde, oyóse otra esplosion en las oficinas del ministerio de hacienda. Un solo individuo se atrajo las sospechas de la policía, y al comparecer á casa de un comisario, fuese temor ó desesperacion, se suicidó con una navaja. El rey empeñó su real palabra de que *todo se descubriria;* sin embargo aun se ignora quienes fueron los autores de las esplosiones, y ¡en verdad estraño es que la policía, que supo siempre encontrar los conspiradores liberales aun cuando se envolvieran en las tinieblas del mas impenetrable misterio, no hubiese podido entonces ni siquiera rastrear la mas leve huella, mayormente cuando por cuatro veces se reprodujo el mismo hecho!

Entretanto las nuevas elecciones trajeron un refuerzo al bando realista, y el ministerio Pasquier cedió la plaza á otro mas retrógrado, el ministerio Villele.

Habian en este intérvalo disminuídose poco á poco los temores que de

1815 á 1820 infundiera la accion del gobierno representativo; y teniendo los Borbones una mayoría adicta, debieran haberse tranquilizado y reconciliado con las nuevas instituciones. Era aquel el momento de aceptar la monarquía representativa, y dar las leyes orgánicas, complemento de la Carta, que de tanto tiempo esperaba la nacion; era aquel el momento, repetimos, porque el poder, aun no descuidando sus intereses y apropiándose la mejor parte, se hubiera atraido el afecto de todos los liberales hasta con las mas mezquinas concesiones, pues el estado de la nacion y los escesos de las reacciones realistas, les hubieran dado el valor y prestigio de preciosas franquicias y sólidas garantías. Nada de esto hizo el gobierno; antes bien, como veremos, consagró todo el precioso intérvalo de 1821 á 1827 á dar vergonzosas satisfacciones á los emigrados, al clero y á la Santa Alianza.

No contentos los emigrados con haberse apoderado á su vuelta del tesoro, y de los empleos, llegando su osadía hasta el estremo de pedir se les indemnizára de los gastos que les ocasionó su permanencia fuera de la Francia, y adjudicándose los salarios y pensiones que en su concepto habian dejado de cobrar durante la Revolucion; dueños del ministerio y de la cámara, donde les apoyaba una mayoria venal, impusieron á la nacion un presupuesto de nueve mil millones (1822). La Francia quedó atónita al entrever el abismo que le abrian las manos de una faccion que invadiera todos los poderes, y que crecia en fuerzas y atrevimiento á medida que iba acercándose Luis XVIII á la fin de su vida. Mas al publicarse las restricciones con que se empezaba á encadenar la libertad de imprenta, al saber la buena parte que en el presupuesto le cabia al clero, á quien se concedió tambien la abolicion del divorcio y la ley del sacrilegio, dándole una preponderancia espantosa para lo sucesivo; la indignacion pública manifestóse en repetidos actos, y las conspiraciones y revueltas se sucedieron con frecuencia en la Rochela, Tolon, Befort, Nantes y Saumur. Pero fueron severamente reprimidas, y la inflexibilidad de las comisiones militares y jurados, que ni se suavizó aun probando cual vilmente provocados habian sido los reos, demostró á todos los franceses que mas eran instrumentos de venganza que oráculos de la justicia. Una ley declaró que solo los ministros podian dar licencia para la publicacion de periódicos, y los delitos de imprenta quedaron sujetos á tribunales no jurados. Asi en el interior servia el poder á la emigracion y al clero, al paso que en el esterior concedia á la Santa Alianza la guerra de España. La revolucion española tal vez hubiese encontrado éco en Francia; al grito arrojado por los descendientes del Cid y de Padilla podia quizás contestar otro grito de la otra parte de los Pirineos; espantóse de semejante suposicion el gobierno retrógrado de Luis, y bastó una simple indicacion del congreso de Ve-

rona para que, bajando la cabeza, se encargase de derribar lo que tantos esfuerzos y sacrificios costaba á la heróica España. Pero antes creyó el ministerio que debia desvanecer los temores que de tan vergonzosa



empresa manifestaba el generoso pueblo francés, y segun sus espresiones, el ejército, que se iba reuniendo en la frontera española, no fué mas que un cordon sanitario para precaver que la Francia fuese víctima de la peste que diezmaba la poblacion de Barcelona; mas á pesar de tan mentirosas protestas, la pobre España fué invadida por cien mil franceses, y se gastaron cuatro cientos millones para restablecer en ella el poder absoluto y monacal, y poblarla de horcas y calabozos, con que la piedad y buena fé de Fernando y de un partido infame, respondió al decreto que en Andújar espidieron los franceses con el fin de evitar toda reaccion. La faccion francesa logró en cambio hacer un héroe del duque de Angulema y contentar sus graciosos amos los reyes de la Santa Alianza, mientras una nacion vecina maldecia el nombre francés, y confundiendo gobierno con pueblo, solo en Francia veia el orígen y causa de sus desgracias.

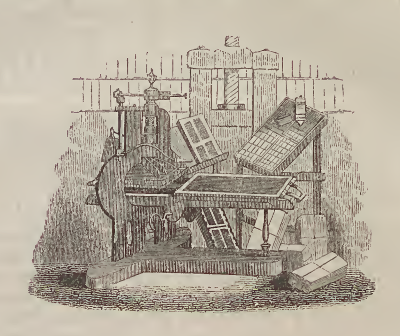
Con tan sacrílego triunfo, no conoció límites la ambicion y sed de venganza de los realistas; y aprovechándose del terrror que infundia la suerte de la España, arrojó la máscara y volvió de nuevo á sus escesos y á sus ataques contra la Carta y contra la libertad. Con pretesto de una frase, que no se le permitió concluir, Manuel, diputado por la Vendea, recibió órden de salir de la cámara; pero acogiéndose él á su sagrado

carácter y á la inviolabilidad de que entonces le revestia la ley, negóse á abandonar su puesto. Recurrió, pues, el bando servil á la fuerza; llamó al piquete de nacionales, que daba la guardia, y no queriendo estos dignos ciudadanos poner sus manos en un diputado de la nacion, valióse de los gendarmes. Cedió Manuel á la fuerza, pero no salió solo; sino que levantándose todos los de la izquierda (liberales), abandonaron con él la sala de sesiones, y una protesta firmada por 62 de aquellos diputados fué la mejor contestacion á semejante arbitrariedad. A este atentado contra la ley fundamental, sucedió la disolucion de aquella cámara: pues, aunque su mayoría diese el triunfo al partido retrógrado, sin embargo la sola presencia de hombres liberales y amantes del bien de su pais traia azorados á los reaccionarios, que á cada paso temian que las palabras de verdad, libertad y justicia que resonaban de cuando en cuando en la tribuna, encontrasen éco en el pueblo y lo animasen á destruir la obra con tanto afan empezada. Así pocos constitucionales dieron las nuevas elecciones, en que presidió el fraude, la violencia, el terror y las amenazas de la Santa Alianza. Dueños, pues, del campo, (1824) hicieron adoptar los ministros la *septennalidad*, esto es, la ley por la cual los diputados, que solo habian recibido de la nacion poderes por cinco años, de su propia autoridad se los prolongaron hasta siete; la conversion de las rentas, y una ley de reemplazo del ejército opuesta á la de Gouvion Saint-Cyr. Y confiados en la próxima muerte del rey, que á no hallarse afligido por sus dolencias tal vez no la autorizára, á 15 de agosto publicaron la censura, y acabaron de sujetar la libertad de imprenta. Un mes despues, á 16 de setiembre espiró en las Tullerías Luis XVIII, y fué enterrado en San Dionisio.

Al ascender al trono, tomó el conde de Artois el nombre de Carlos X. Era la esperanza y sosten de los mas furibundos emigrados y del clero; y aunque al principio de su reinado concilióse alguna popularidad, merced á sus mentirosas promesas, pronto dió á conocer la decidida proteccion que le merecia el retroceso, al paso que la preponderancia que concedió al clero, á todos convenció de que lo consideraba base firmísima de su trono, y principal sosten y ayuda de sus planes.

Efectuó su entrada en Paris á 27 de setiembre, y pasó á la iglesia de Nuestra Señora, donde recibió las felicitaciones de los cuerpos del estado. Sin duda las aclamaciones de un pueblo inmenso debieron de sonar en el corazon del nuevo monarca como voces de esperanza que en él ponian todos; y quizás los obsequios que le prodigó la ciudad de Paris conmovieron su alma, si ya no es que la diplomacía consideró el enter-

necimiento y la aparente gratitud de una concesion como medio seguro para adormecer la vigilancia de los liberales. Sea como fuere, dos dias



despues suprimió Cárlos la censura, fué general el entusiasmo, y las iluminaciones, y las aclamaciones y los cantares fueron la espresion del contento y satisfaccion que animaba á los franceses. Sin embargo, pronto desapareció esta ilusion, y el rey entró en la senda de sus predecesores, á quienes tal vez dejó muy atrás. Volvian á aparecer en varios puntos de Francia las estinguidas comunidades religiosas (1825); y una enorme lista civil, el poder del clero, que siempre iba en aumento, y cuya dotacion haciase cada vez mayor, la bárbara ley del sacrilegio y los mil millones concedidos en indemnizacion á los emigrados, bastante anunciaron á la infeliz nacion qué suerte debia esperar del reinado de aquel nuevo Jacobo II.

Entretanto, un solemne acto, cuya mayor belleza debióse á la espontaneidad del concurso, vino á protestar tácitamente contra la marcha del gobierno, al paso que fué una hermosa espresion de los sentimientos que ardian en todos los corazones. Á 28 de noviembre murió en Paris Foy, el valiente general, que á lo ilustre de sus hazañas supo añadir la corona cívica que ganó en los escaños del poder legislativo y en la tribuna por su desinterés, patriotismo y valor. Voló por toda la capital la noticia de su muerte, y un concurso inmenso acudió á sus funerales. La flor de la juventud disputóse el honor de sostener un cabo de

su féretro, y sus restos mortales fueron conducidos á su última morada en brazos de la muchedumbre que le lloraba: última corona, humilde pero pura y duradera recompensa de la virtud que abandona la tierra! Terminadas las exequias, súpose que el difunto ninguna fortuna dejaba; los parisienses no permitieron que los hijos del que honró la legislatura y las armas francesas gimiesen en la indigencia, y abriendo al punto una suscripcion, en poco tiempo pudieron ofrecerles un *millon* de francos.

La ley de las substituciones (1826) y del derecho de primogenitura acabó de hacer patentes los proyectos de la faccion retrógrada, escitando á lo sumo la indignacion pública. Pero los mismos escesos del ministerio cansaron á la cámara de los pares, cuya mayoría, aunque débil, contaba en su seno varones sensatos y amantes de la prosperidad de su país. Previendo, pues, el fin directo á que se encaminaban todas las disposiciones del gobierno, desaprobó esta cámara el mencionado proyecto de ley; mas aunque desairados, no creyeron oportuno los ministros presentar su dimision, ni ¿cómo habian de presentarla, viéndose apoyados por trescientos diputados que les vendieran su voto, y que solo al terror y arbitrariedades debian sus poderes? Así prosiguieron en sus planes de retroceso; el clero, revestido de todos los ho-



nores y consideraciones, continuó con mas ahinco descarriando y envileciendo el espíritu público; frailes ignorantes se apoderaron de la educacion de la juventud, y la Francia se pobló de seminarios y convén-

tos, mientras furiosos misioneros recorrian las provincias, sembrando la desunion en las familias y el desórden en las ciudades. Tantos y tan repetidos escesos hicieron conocer el verdadero estado de las cosas á los partidarios del absolutismo que aun conservaban alguna idea de la dignidad de hombre, y á los que querian un gobierno representativo por incompleto que fuese; la faccion empezó á dividirse y á espantarse, y principió la defeccion. Viendo amenazada su existencia (1827), cebóse el ministerio contra la libertad de imprenta; y satisfaciendo el rey los deseos del clero, en el discurso del trono anunció este próximo ataque para encadenarla, ataque que Peyronnet se encargó de llevar á cabo con su proyecto de ley, que calificó de *ley de amor*. Pero conservando la mayoría de los pares su moderada y juiciosa actitud, obligó á Peyronnet á retirar su proyecto, que bien podia mirarse como abolicion de la Carta.

Condenó la opinion pública semejante atentado, y pocos dias despues pudo hacerse oir del mismo rey, si ya no se la habian manifestado las iluminaciones con que todo Paris celebró la repulsa dada pór los pares á la ley mencionada. Deseoso Cárlos X de espresar á la guardia nacional cuan satisfecho quedara del servicio de honor que prestó ella el dia del aniversario de su entrada en Paris, anunció que la pasaria en revista en el campo de Marte, el 29 de abril. Al llegar este, muy de mañana y con órden admirable marcharon las legiones al punto señalado: y presentándose el monarca, toda la guardia nacional le saludó al grito de *viva el rey*. Pero al oir que á estas lisongeras aclamaciones sucedian los enérgicos clamores de *abajo el ministerio*, no pudo el rey contener su enojo, y esclamó: *He venido á recibir homenages, y no lecciones ni consejos.* Aquella misma noche, el mariscal Oudinot, comandante general de la guardia nacional, recibió la órden de proceder inmediatamente á su disolucion; y dos dias despues volvióse á establecer la censura.

Pero cinco años transcurrieran ya desde que fueron elegidos los miembros de aquella cámara, que de su propia autoridad prorogára sus poderes hasta siete; y cediendo tanto á la voz de su conciencia como al espíritu de los pueblos, los diputados de ambos partidos declararon que, pues no habian recibido poderes mas que por cinco años, ya no podian continuar las sesiones sin infringir la ley. Y como confiaba el ministerio en sus medios y sus propias fuerzas, no se opuso á la disolucion de la cámara. Convocáronse los colegios electorales, y por esta vez fueron impotentes el fraude, la astucia y la violencia; los escritores en repetidos articulos presentaron con toda verdad el terrible estado á que llegaran los negocios, y el partido liberal estimuló á los contribuyentes á que todos tomasen parte en la lucha electoral. Coronó la victoria sus esfuer-

zos, y una mayoría constitucional dió á la nueva cámara un carácter algo popular. Pero no se efectuaron sin sangre las elecciones de Paris; al ver los liberales que las urnas se decidian á su favor, iluminaron la ciudad y poblaron el aire de festivas aclamaciones. Conociendo el ministerio que se le escapaba la victoria, é irritado del júbilo que en la capital reinaba, dió á la policía órdenes á propósito para que aquellas inofensivas demostraciones fuesen tomando un carácter sedicioso y procurase emplear la fuerza. En efecto, á las nueve de aquella noche, apareció un piquete de gendarmes, y dispersó violentamente el gentío, que se retiró irritado y formó algunas barricadas. Sucédense las patrullas, y el pueblo contesta á sus intimaciones con el grito de *fuera gendarmes!* A cosa de las diez, avanza por la calle de San Dionisio un piquete mas numeroso, y deshace dos barricadas, que el pueblo restablece luego que han desaparecido los gendarmes; pero las patrullas se doblan, y atacando las barricadas con fuego de peloton bastante vivo, dispersan la muchedumbre y quitan las barreras. Así continuaron estos desórdenes en la noche siguiente, en que, á pesar de haber estado todo el dia sobre las armas la tropa, algunos grupos de miserables recorrieron las principales calles arrojando pedradas á los cristales de las ventanas para que se iluminasen, dando gritos contra el gobierno; pero ¡ cosa estraña! ni la policia ni los gendarmes cogieron un solo paisano con las armas en la mano.

El ministerio estaba agonizando; una crecida mayoría amenazaba contrariar y anular todos sus serviles proyectos, y en la cámara de los pares dominaban tambien los hombres bien intencionados y sensatos. La última tentativa de aquel fatal ministerio fué pervertir esta de nuevo, introduciendo en ella una hornada, si así puede decirse, de setenta y seis pares hechuras suyas. Sin embargo tuvo que ceder á la mayoría y á la opinion, que en todo este largo período sufriera una importante revolucion, efecto del tiempo y de la práctica de la Carta, y cuyo cuadro bosquejaremos en breves líneas.

Iban desapareciendo de las cámaras los hombres del antiguo régimen, los de la Revolucion y los del imperio, que tan encarnizada lucha sostuvieran entre si, al paso que ya ocupaban sus escaños nuevas generaciones estrañas, sino indiferentes, á las pasiones, á las preocupaciones y á las exigencias de sus predecesores, y formadas por la paz y la práctica en los negocios. Algunos años de esperiencia empezaban á hacer agradable el sistema representativo á todos, inclusos sus mas declarados enemigos. Mientras solo los llamados liberales reclamaron la libertad de la tribuna ó de la imprenta, esa libertad fué disputada y atacada, y se hizo sospechosa; pero pronto sus mismos contrarios la hubieron menester, y la invocaron á su turno. Chateaubriand la reclamó, ya

cuando el ministerio Richelieu, ya cuando el de Villele, para atacar los ministros, cuyo enemigo era. Villele y Corbierre la pidieron contra Decazes y Simeon, y Labourdonnaie la ejerciera contra todos. Así á todos



parecia buena, á todos útil la libertad; y pudiera decirse que contribuia á arraigarla tanto la mano de sus contrarios como la de sus amigos. Asistia la nacion á este espectáculo, y al paso que perturbada, en su quietud veíase ilustrada por aquella libertad que tanto resonaba en la tribuna y en la prensa periódica. Empezaba á conocer cuan bello era aquel sistema que, poniendo la dignidad real en una region superior fuera del alcance de cualquier ataque, dejaba abajo una agitada region, en que ministros adictos á partidos diversos entraban y salian de la oposicion al poder y del poder á la oposicion, y sin desórden ni desorganizacion alguna representaban la sucesion y lucha de los intereses sociales. Cada dia por un nuevo esperimento descubria el secreto de una parte del sistema. Siendo ministro Villele, conocia cuan útil eran dos tribunas, de las cuales la una defendiese los intereses que descuidaba la otra, al ver que los pares desaprobaban las leyes que una mayoría venal concedia al ministerio: y aun creia que no era perniciosa la dignidad hereditaria, al ver que de setenta y seis pares los cincuenta se valian de su independencia para no votar mas que los intereses de la patria. Tambien aprendia á apreciar en su justo valor la utilidad de esa imprenta que, sin pertenecer á ninguno de los poderes, á todos inquietaba, y á veces calumnia-

ba, pero que siempre los traia cuidadosos de su proceder, cuando en 1827 veia que esta misma imprenta arrancaba el cuerpo electoral de la esclavitud y envilecimiento en que lo sumiera Villele. Asi es que en 1827 estaba perfecta la educacion de la Francia: conocia á fondo y deseaba la monarquía representativa; estaba íntimamente convencida de que con ella gozaria de tranquila libertad, y nada mas que ella ambicionaba.

Este espíritu de la nacion fué el que derribó á Villele y llamó al poder á Martignac (1828). Compuesto el nuevo ministerio, en su mayor parte de hombres rectos y juiciosos, comprendió los deseos de la nacion y se encargó de satisfacerlos, aunque moderamente y con timidez. Presentó una ley bastante satisfactoria sobre la imprenta, y unas ordenanzas para la espulsion de los jesuitas; pero este ministerio, cuya posicion, de suyo difícil, haciase mas crítica por contrariar sus intenciones las de la camarilla y de su amo, era el juguete de la corte, que solo lo nombrára para ganar tiempo, y prepararse á dar un golpe de estado. Leyó á la cámara un proyecto de ley municipal y departamental, que al punto fué atacado por la oposicion (1829); aprovechó esta circunstancia la corte, que miraba de reojo el proyecto aunque imperfecto y truncado, y lo retiró bruscamente. La convocacion de las cámaras tocaba á su fin, y antes de cerrarlas emitió el ministerio algunas promesas de reforma que alentaron un tanto los ánimos; pues que, aunque no estaba satisfecha la opinion pública, el honrado carácter de los ministros hacia que se diese crédito á sus palabras, al paso que no los constituia enemigos de la nacion. De repente cunde la noticia de que el rey no ha querido acceder á las instancias de los ministros, que dejan la plaza á otros consejeros. La Francia entera quedó absorta de pasmo al leer en el ministerio los nombres de Polignac, Bourmont y Labourdonnaie; del conspirador de la calle de San Nicasio, del traidor de Waterloo y del hombre de las categorías. El rey echó, pues, de su lado á los únicos intermediarios entre él y la nacion, y arrojándose á rienda suelta en la senda contrarevolucionaria, prefirió encontrarse frente á frente con la última.

A los dicterios y fanfarronadas de los realistas, contestó la Francia con las asociaciones para negar los impuestos, y con el triunfo en la legislatura. Abrió el rey las cámaras (1830), y su discurso terminó con una amenaza á la nacion; pero 221 diputados votaron una contestacion, que en términos respetuosos y enérgicos referia el dolor é inquietud que afligian al pueblo francés, y decia que entre la cámara y el ministerio no mediaba igualdad de miras políticas. Aquel acta, que para siempre honrará á sus autores, indignó al rey y á sus consejeros, que decretaron la disolucion de la cámara, y fijaron la convocacion de otra para el 3 de agosto.

Iba por fin á resolverse la gran cuestion del gobierno representativo,

aquella en que consiste toda su esencia, esto es, si el rey es ó no independiente de la mayoría de las cámaras, y si puede ó no escoger sus ministros fuera de ella. Quince años de posicion no permitian se arrebatase á los franceses las formas del gobierno representativo; ministros responsables, dos cámaras, votacion de los impuestos y libertad de imprenta. Estas formas hacian ya parte de los hábitos, de los gustos y de las costumbres de la nacion, y todos se habian valido de ellas, así realistas como liberales, asi Labourdonnaie como Foy y Manuel. Todos, pues, estaban obligados á defenderlas si eran atacadas, y ya no podia dejar de existir el sistema constitucional. Pero nada era todo esto sin otra condicion, esto es, que el gobierno cediese al voto de la mayoría de las cámaras: porque sin ella, la monarquía no es *representativa* sino *consultiva*: las cámaras entonces emiten un voto, pero este voto no obliga, y se ven reducidas á un mero sistema de *consejos* ó *esposiciones*. Destituir el ministerio Polignac, y nombrar otro de la mayoría de 1828 hubiera sido resolver la cuestion á favor de la Francia; pero Cárlos X hizo, por decirlo así, alto en este terreno, y en él quiso combatir. Para ello hizo un golpe de estado, y la Francia una revolucion: Cárlos X fué consecuente, mas tambien lo fué la Francia.





REVOLUCION DE 1830.

Disuelta la cámara, los doscientos veinte y un diputados que votaron la contestacion al discurso del trono fueron recibidos en todas partes con las mas vivas demostraciones de afecto y entusiasmo. Sucedíanse los banquetes patrióticos y las ovaciones populares; sacudia la nacion entera el letargo en que al parecer permaneciera sumida, y cada cual á su manera manifestaba su aversion á un gobierno anti-constitucional. Pero empeñada ya la lucha, hízose este mas compacto aun con el nombramiento de nuevos consejeros, cuyos

antecedentes y conducta política quitaban toda esperanza de reconciliacion. Peyronnet, el célebre autor de la *Ley de amor*, ocupó el ministerio del interior (estado); otro ministerio fué creado para el baron Capelle, y Chantelauze y d'Haussez reemplazaron á Chabrol y Courvoisier. Quiso ademas el gobierno procurarse un apoyo en el ejército; pero los soldados que conquistaron Argel, solo vencieron por la Francia y no por ningun partido. En vano puso en ejecucion toda su astucia, en vano recurrió á las amenazas: los colegios electorales de distrito, sobre ciento noventa y ocho diputados, reeligieron ciento y diez de los autores de la mencionada contestacion, y ademas treinta individuos liberales; en los colegios de departamento tampoco favoreció la suerte al gobierno, y la noticia de la toma de Argel, que en cualquier otra coyuntura hubiera llenado de satisfaccion la Francia entera, recibióse con frialdad por los liberales y con júbilo amenazador por el bando absoluto. Termináronse en fin las elecciones; de cuatrocientos veinte y ocho diputados, contaba la oposicion con doscientos setenta votos seguros, y se habian reelegido doscientos dos de los doscientos veinte y uno, de manera que solo le quedaban al ministerio ciento cuarenta y cinco votos. Sabido este resultado, y antes que estuviesen completamente terminados los trabajos electorales, el consejo de ministros ocupóse seriamente en discutir la cuestion de las ordenanzas, como único medio de ahogar de una vez el partido liberal y consolidar el absolutismo; hubo sin embargo un momento de duda, y sea que esta disposicion no estuviese todavía resuelta, ó lo que es mas probable, que se considerase indispensable guardar el mas profundo secreto, muchos diputados recibieron la primera noticia de la disolucion de la cámara con los pliegos cerrados que les mandaban acudir á la sesion legislativa. En fin el 25 de julio, de repente publícanse las fatales ordenanzas; la primera suspendia la libertad de la prensa periódica, quedando los periódicos sujetos para su publicacion á una autorizacion especial del gobierno, que debia renovarse cada tres meses, y podia revocarse á cada instante; la segunda disolvia la cámara de diputados sin aguardar á que se constituyese, es decir, el gobierno se tomaba la libertad de anular las elecciones porque no le habian sido favorables; y la tercera cambiaba y complicaba de tal manera la ley electoral, que la autoridad y los grandes propietarios quedaban dueños del campo. Y sin embargo apoyábase tan ilegal sistema en el artículo cotorce de la Carta, que nunca para semejantes actos faltan pretestos y apariencias de legalidad, mayormente cuando al redactar una constitucion se dejó especiosamente una puerta abierta á las arbitrariedades del poder.

Asi el trono arrojaba el guante á la nacion, que sacudiendo el pasmo que tan inaudita osadia le causára, levantóse como un solo hombre y

aceptó el desafío. Pasóse el primer dia en la calma, y el gobierno se acabó de convencer de que todo pararia en murmullos y enérgicos discursos; pero aquella calma era terrible, y reventó la agitacion luego que dieron la señal de resistencia los que primero estaban obligados á obedecer las ordenanzas: los escritores. Por su ardor natural bastante dispuesto está siempre el pueblo á rebelarse contra el gobierno; pero para atreverse á ello, preciso es que la clase media rompa el ataque, he aquí porque la suerte de todos los gobiernos se funda en esta clase, esto es, en la opinion. Reuniéronse en la imprenta del *Nacional* cuarenta y cuatro redactores de varios periódicos, y allí firmaron la famosa protesta redactada por Thiers, Cauchois-Lemaire y Chatelain, en que, despues de manifestar cuan ilegales eran las ordenanzas, declaraban su resolucion de oponerse á ellas, é invitaban á los diputados elegidos á verificar su convocacion el dia señalado, que era el 3 de agosto. A consentirlo los estrechos límites que nos hemos impuesto, copiaríamos entera aquella acta memorable, verdadero principio de la revolucion; pero séanos permitido al menos presentar aquí algunos de sus párrafos:

« Seis meses há que cundia la voz de que serian violadas las leyes, y se daria un golpe de estado; pero la sana razon no permitia creerlo, y el mismo ministerio impugnaba semejante suposicion, graduándola de calumnia. ¡Y sin embargo el *Monitor* acaba de publicar estas memorables ordenanzas, compendio de la mas arbitraria violacion de las leyes! El régimen legal está, pues, interrumpido, y empieza el de la fuerza.

« En semejante situacion, la obediencia deja de ser un deber. Los primeros ciudadanos, que las indicadas ordenanzas sujetan á tan terrible prueba, son los escritores; ellos, pues, deben tambien dar los primeros el ejemplo de resistencia contra la autoridad que se ha despojado del carácter legal. .

« El gobierno acaba de perder el carácter legal, único que prescribe la obediencia. Nosotros nos resistiremos en cuanto nos concierne; á la Francia toca resolver cual debe ser su propia resistencia. »

Asi terminó el dia 16 de julio, y los ministros pudieron todavía soñar en sus proyectos de retroceso, creyendo que el trastorno y variacion de la ley fundamental, era asunto meramente gubernativo.

Estaba reservado al 27 romper el ataque, y ser el primero de los tres famosos dias que derribaron el trono de una dinastía. Así como los escritores fueron los que dieron la señal de alarma, asimismo la lectura de los periódicos y los efectos de su prohibicion, fueron las primeras escenas de este dia. Los realistas llenaron sus colunas de elogios á las ordenanzas, que procuraron presentar como necesarias y utilísimas medidas; pero era insignificante su influencia sobre la mayoría de la poblacion, que no leyéndolos, les dió el desprecio que se merecian. Aun-

que el *Constitucional* y *los Debates* no osaron publicarse, aquel mismo silencio hablaba mas que sus discursos, y el *Nacional*, el *Tiempo*, etc., saliendo á luz sin autorizacion y conteniendo la protesta, acabaron de enardecer los ánimos; con la rapidéz del rayo circularon por todos los mas ocultos parajes de Paris, y marcharon á los mas lejanos departamentos, burlando cuantos esfuerzos hizo la policía para detener su publicacion. Irritada esta, pasó á ocupar y destruir el local de sus imprentas; los editores opusieron la mas vigorosa resistencia, y recibiendo refuerzo los comisarios y tropa, allanaron las puertas, se apoderaron de los papeles de la redaccion, y mandaron romper las prensas por empleados de la cárcel, pues ningun oficial impresor ni herrero quiso ser instrumento de tan violenta órden. Entretanto no cesaban los gritos de los impresores, las acoloradas protestas de los editores y las réplicas de los individuos de la policía; la muchedumbre respondia con feroces aclamaciones desde la calle de Richelieu y de la plaza de los Italianos donde se vendian aquellos periódicos; y en el jardin del Palais-Royal formábanse numerosos grupos que con la mayor avidez y ansiedad escuchaban la famosa protesta, que leian enmedio de cada uno varios jóvenes, añadiendo al ardor del escrito el fuego que á su voz y ademanes prestaba la conmocion que les agitaba. Pero mandando la policía cerrar las verjas, el pueblo se fué á la calle de San Honorato y á la plaza del Palais-Royal, que ya ocupaban los gendarmes. Al verlos, no conoció ya límites la efervescencia popular; los grupos, compuestos de estudiantes, jóvenes de toda clase, y jornaleros despedidos de las fábricas, espresaban su indignacion con solo los gritos de *¡Viva la Carta! ¡Fuera las ordenanzas! ¡Abajo los ministros!* pues carecian de gefes y de armas. Pero pronto se las procuraron, allanando varias tiendas de armeros y saqueando cuantos despachos de pólvora hallaron á mano, mientras cerrándose al verlo todas las demas tiendas, acabaron de consumar la insurreccion, á la cual marcharon los desocupados oficiales y mancebos.

Entretanto una escena imponente pasaba en la Lonja, donde se reuniera el tribunal de comercio. No queriendo el impresor del *Correo francés* estamparlo por no contravenir á la real órden, los editores le citaron ante aquel tribunal, que emitió el memorable fallo de que: « *Considerando que esta ordenanza no podia ser obligatoria ni para la sagrada é inviolable persona del rey, ni para los ciudadanos, contra cuyos derechos atentaba* », condenaba al impresor á verificar la impresion del periódico en el término de veinte y cuatro horas. La firme y segura voz de M. Ganeron, que lo pronunció, sobrepujó el rumor de los ataques que en aquel momento daba al pueblo la fuerza armada, y los clamores del gentio que empezaba á resistirse. Volaban las piedras lanzadas contra los gendarmes, que contestaban con sendas cargas de

caballería, particularmente en la plaza del Palais-Royal, en el boulevard de los Capuchinos, en la calle Nueva del Luxemburgo, y hasta en la misma puerta de la casa de Casimiro Perier, donde se reuniéran una porcion de diputados.

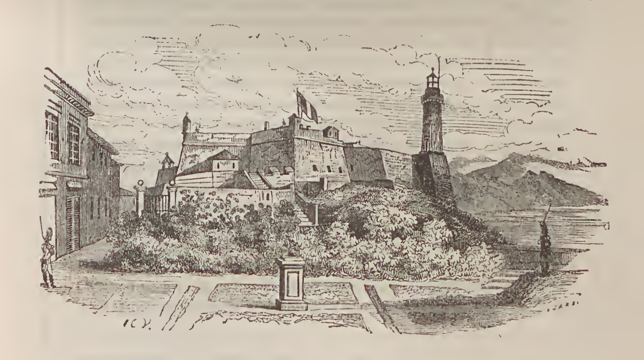


Hallábase la córte en San Cloud, y aun la víspera habia ido el rey á cazar á Fontainebleau; pero al saber la fermentacion en que Paris estaba, ordenó al duque de Ragusa que fuese á tomar el mando de la division que guarnecia la capital: y verificandolo, al mediodía estableció Marmont su cuartel general en el Carrousel.

Unos treinta diputados reuniéronse en casa de Perier, bajo la presidencia de Labbey de Pompieres; abrieronse las discusiones, que fueron vivas y animadas, pero no concluyentes, pues la indecision, y tal vez el temor reinaban en aquella asamblea. Nadie vaciló en declarar anticonstitucionales las ordenanzas, pero pocos se espresaron en los mismos términos en cuanto á la resistencia que á ellas se debia oponer, y en cuanto al modo de oponerla. El ruido del combate, los acalorados discursos de varias comisiones que en nombre del pueblo se presentaron, los gritos que resonaban en el zaguan de la misma casa, acabaron de introducir la confusion en la junta, que sin haber resuelto nada se separó para reunirse el dia siguiente en casa de Andry de Puyraveau.

Ocupados desde las cuatro de la tarde el Carrousel, plaza de Luis XIV y los boulevards, destacáronse crecidas patrullas de caballería que con solo el arma blanca disiparon los grupos. Pero á las seis, era tanto el gentío que habia en la calle de San Honorato y en la de Richelieu, que quedaron los gendarmes como sitiados, mientras silvaba en su derredor espesa y contínua lluvia de piedras. Pidió su comandante refuerzo al duque de Ragusa, quien, no fiándose de las tropas de línea, que parecian poco dispuestas á pelear contra el pueblo, puso en movimiento varios piquetes de guardia real. Recorrieron estos la calle de San Honorato y las adyacentes, y solo con un vivo fuego de peloton, pudieron abrirse paso y deshacer las primeras barricadas que se formáran. Despues de algunas descargas, restablecióse al parecer la tranquilidad, pero era una tranquilidad espantosa, y á la cual debia suceder mas violenta esplosion. A las once quedaron desiertas las calles; una profunda obscuridad reinaba en todas partes, pues nadie se habia atrevido á encender los faroles que escapáran de las balas y las piedras, y dijérase que la mayor parte de los barrios estaban desiertos. En medio de aquel sombrío silencio, reuníanse ocultamente en varios puntos los habitantes y concertaban sus preparativos de ataque para el dia siguiente; la disuelta guardia nacional aun conservaba sus armas; todos en fin se animaban para no desistir de la empresa, y esperaban ansiosos la próxima aurora.

Entretanto, obcecados los ministros en no ver en aquella insurreccion mas que un mero motin y confiados en la disciplina de las tropas, contentáronse con reforzar un tanto la guarnicion, y con declarar á Paris en estado de sitio en caso de nueva asonada. De este modo desmoralizado, por decirlo asi, el gobierno por el sentimiento de sus mismos aten-



tados, no obró felizmente con la energía que tal vez le hubiese dado la victoria. Dueño de la colina Montmartre y de la artillería de Vincennes, no pensó en valerse ni de una ni de otra; pues es menester una profunda conviccion del derecho de sí mismo para atreverse á ametrallar un pueblo, y el que no cree en la justicia y excelencia de su causa, rara vez es vencedor.

Apenas amaneció el 28, reuniéronse en varios puntos grupos mucho mas numerosos que el dia anterior, armados con picas, barras de hierro, palos y con cuanto encontraban á propósito, y muchos con pistolas sables y fusiles. Fórmanse al punto barricadas, compuestas de carruages volcados, toneles, cajas llenas de las losas del empedrado que son arrancadas de su lugar, y con vigas y maderos; las piedras que sobran son llevadas á lo alto de las casas para arrojarlas sobre la tropa en caso de ataque, y en un momento son saqueadas todas las tiendas de armeros y estanquillos de pólvora, y destruidas todas las muestras que contenian las insignias reales. Con la misma rapidez son desarmados los bomberos. fusileros sedentarios y cuerpos de guardia aislados. De nuevo aparece en las calles el uniforme de guardia nacional, y la vista de aquellos valientes ciudadanos, que enteramente uniformados van á combatir al lado del pueblo, en todos los corazones enciende nuevo valor y nuevo deseo de sacrificarse por la libertad. Desde aquel punto rompe el pueblo el ataque, y se apodera de los molinos de pólvora, del arsenal, del depósito de armas y de artilleria de Santo Tomás de Aquino, y de la cárcel militar; al mismo tiempo marcha á las Casas Consistoriales, fuerza las puertas, sube á la torre, y tocando á rebato, enarbola en la punta del reloj la bandera tricolor con banda negra, mientras tambien ondea en las viejas torres de Nuestra Señora, cuya campana mayor con broncos y hondos sonidos no cesa de llamar los habitantes á las armas. Ningun esceso, ningun borron manchó aquellos primeros hechos, y el mismo prefecto del Sena esperimentó la generosidad de aquellos sublevados, que le permitieron permanecer tranquilo en un aposento de las Casas Consistoriales, despues de arreglar los papeles mas importantes de la administracion y de dejarlos asegurados junto con el tesoro público.

Entretanto permanecian quietas las tropas en sus cuarteles, cuando el duque de Ragusa recibió repentinamente la órden que declaraba Paris en estado de sitio, y que por consiguiente le revestia de todas las facultades; y como no se dieran las prévias disposiciones que tales casos exigen, hallóse paralizada la accion de la policía y demas autoridades, sin que todavía hubiese el mariscal podido formar su plan para suplirlas. Formada á las nueve la tropa en las plazas del Carrousel y de Vandome, y en los Campos-Elíseos, y ocupados los boulevards, plaza de la Bastilla del Panteon y el palacio de Justicia, mandó Marmont que una corta pa-

trulla de guardia real fuese á posesionarse de las Casas Consistoriales. ¡ tan poco enterado estaba de los acontecimientos! Ya por las calles de su tránsito fué saludada la patrulla con los gritos de *¡ Viva la Carta! ¡Abajo el ministerio !* á los cuales siguieron sendas pedradas y fusilazos: pero al llegar á la plaza de la Gréve, tan vivo fué el ataque que vióse destruida y desarmada, escapando con vida pocos soldados. Un batallon vino despues á su socorro, y logrando libertar sus restos, tuvo tambien que ceder, y emprendió la retirada, no sin sufrir un vivo fuego que salia de las casas, de los parapetos y de la opuesta orilla del rio, hasta entrar en las Tullerias con considerable pérdida y muchos hombres fuera de combate. Entonces, merced á los continuos partes que de todos puntos recibia, pudo Marmont juzgar del verdadero estado de los acontecimientos; y envió un edecan á San Cloud con un oficio en que manifestaba al rey que *ya no era un motin*, *sino una revolucion* lo de Paris; que convenia disponer medidas de pacificacion, y que peligraba tal vez el honor de la corona, que podria verse sériamente comprometido al menor retardo en acordar disposiciones oportunas y eficaces. Pero no por esto descuidaba el mariscal las operaciones; queriendo apoyarse en los puntos ya indicados, pasó á combinar las líneas que debian servir de comunicacion entre todos, y que cruzaban por los barrios mas ardientes y populosos; y al efecto formó cuatro colunas de ataque, cuyos movimientos y direccion veremos luego.

Reuniéranse los diputados en casa Andry de Puyraveau; muchos eran los que faltaban, pero la presencia de Lafitte y de Lafayette, que al saber los sucesos de Paris acudieran presurosos desde considerable distancia, reanimaba un tanto el casi apagado valor de los concurrentes. Allí, entre el estrépito de las descargas y las frecuentes interrupciones que motivaban los que venian á referir las sangrientas escenas de que fueran testigos, aprobóse la protesta que presentó Guizot, y nombróse una comision, compuesta de Laffitte, Perier, Gerard, Lobau y Mauguin, para que fuese inmediatamente á verse con el duque de Ragusa, á fin de pedirle una tregua, mientras acudian al rey y esperaban su resolucion. Disolvióse tras esto la asamblea, y señalóse la casa de Berard para volver á reunirse por la tarde, y oir el resultado de la comision.

Llegó esta á las dos y media al cuartel general de Marmont, cuando estaba en su mayor calor el combate y tal vez medio derrotadas algunas de las colunas. Recibióla con atencion y agrado el duque; y oida la patética relacion que hizo Laffitte del triste cuadro que estaba ofreciendo la capital de la Francia, y los peligros que corria la estabilidad del mismo trono, contestó con dolor que se veia atado por órdenes terminantes á cuyo cumplimiento el deber y el honor le obligaban, y que el único medio de evitar la efusion de sangre era que el pueblo obedeciese, pero que

aplaudia el que se diese conocimiento al rey del estado de las cosas, encargándose él mismo de ello. Entró en esto un oficial que le entregó un billete y le habló al oido; preguntó en seguida el duque á los diputados si tendrian repugnancia en apersonarse con Polignac, y contestándole ellos que no, entró en un aposento contiguo, de donde salió á poco rato, diciéndoles que el ministro no consideraba oportuna por entonces la entrevista. Retiráronse, pues, los diputados á esperar la respuesta del rey, que prometió comunicarles el duque, y al salir, en presencia de los numerosos gefes que meditabundos y afligidos llenaban las salas, le dijo



Laffitte que, si la contestacion no fuese cual convenia á las circunstancias y á la libertad, decididos estaban todos los diputados á lanzarse en la revolucion con bienes y personas. Inmediatamente envió á San Cloud el mariscal uno de sus edecanes, el coronel Komierowski, con el oficio que daba cuenta á S. M. de las instancias de los diputados, al paso que el enviado debia de viva voz referirle cuanto habia visto para pintarle la verdadera situacion de la capital, que entonces en todas partes resonaba con el estruendo del combate.

Salió de las Tullerías la primera coluna de ataque, encargada de la toma de las Casas Consistoriales, al mando de un mariscal de campo y pasando el Puente Nuevo llegó al mercado de las Flores, de donde se dirigió á la plaza de la Grève. Mientras el general daba estas disposiciones, pusiéronse en movimiento los grupos que ocupaban la plaza y sus cercanías, y con cierto órden marcharon á apoderarse del puente de Nuestra Señora, por donde tenia que pasar la coluna. Rompieron el fuego, y á favor de algunos cañonazos que hicieron en el pueblo considerable estrago, pudo aquella desembocar en el muelle de Greves, á pesar del vivo fuego que desde las calles de Arcis y de la Tannerie le hacian; continuó marchando por el muelle Lepelletier, y llegó por fin á la plaza de la Grève, despues de vencer infinitos obstáculos y de haberse abierto paso con contínuas descargas y á la bayoneta. Retiróse el pueblo á las calles y encrucijadas vecinas, de donde prosiguió el tiroteo, mientras de todas las ventanas llovian piedras y balas sobre los soldados, que sostenian su posicion con intrepidez. Pero hacia cuatro horas que duraba el combate; los tiradores del pueblo, situados en el muelle de la *Cité*, no dejaban un momento de descanso á las tropas, y muy mal parada estaba ya la guardia real, cuando por el muelle de la Grève vino á su socorro un batallon del regimiento número 50, precedido de un escuadron de coraceros. Cargó entonces el pueblo con mayor furia y en doble número, y viendo el general con cuanta repugnancia se batia la tropa de línea, resolvió ceñirse á la defensiva, para cuyo fin mandó que sus fuerzas se concentrasen en las Casas Consistoriales. Llegó poco despues un batallon de suizos, y volvió á comenzar la lid con mayor encarnizamiento; las barricadas de las calles de Mouton y de los Arcis pasaron sucesivamente del poder del pueblo al de los soldados, que despues de mil prodigios de valor tuvieron que volver á la defensiva. Corria la sangre en abundancia; no cedian los combatientes, y solo la noche puso término al conflicto de la coluna, que por medio de un sargento disfrazado de paisano recibió la órden de replegarse como mejor pudiese á las Tullerías: el coronel Komierowski habia traido de San Cloud para Marmont el mandato de que sin pérdida de tiempo concentrase todas sus fuerzas en las plazas del Carrousel y de Luis XV, y operase en grandes masas. Asi contestaba la corte á la manifestacion de los diputados, y de este modo el necio orgullo de los palaciegos creia sofocar aquella revolucion, cuyos progresos no queria creer.

La tercera coluna, que debia combinar su movimiento con la primera, echó por la calle de Richelieu, salió á los boulevards, y marchando arma al brazo acercábase á la puerta de San Dionisio, sin haber sufrido ningun ataque, cuando desde lo alto del arco le dispararon algunos tiros. Vencido aquel inconveniente, y dejando en aquel punto un reten

para esperar á un batallon que allí debia acudir, continuó su marcha, y al llegar á la Puerta de Saint-Martin, donde habia una fuerte barricada, recibióle una recia descarga, á la cual contestó con otra y con algunos cañonazos, que dispersaron el pueblo y desbarataron el parapeto, pudiendo de este modo llegar á la plaza de la Bastilla, que rebosaba en gentío. En vano procuró el general Saint-Chamans calmar el furor y agitacion que allí reinaba; en vano repartió todo su dinero entre los mas pobres, pues tuvo que hacer despejar la plaza; y retirándose el pueblo en las calles vecinas, rompió desde ellas y desde todas las ventanas un fuego mortífero, que pronto se cruzó con el de la tropa. Trató, pues, el general de continuar su marcha, y para ello destacó varias partidas que reconociesen la calle del arrabal de San Antonio, las cuales cumplieron su mision, y envió algunos piquetes de lanceros, coraceros y gendarmes á la otra calle del mismo nombre, pero estaba esta erizada de barricadas que incesantemente vomitaban la muerte; de las ventanas llovian piedras, muebles y maderos, y los desgraciados soldados de caballería perecieron casi todos víctimas de su ardor y arrojo. Conociendo entonces el general que ya no podia mantenerse en la plaza, ni emprender la marcha por aquella funesta calle, pasó el Sena por el puente de Austerliz, y por los boulevards esteriores regresó á las Tullerías.

La segunda coluna, compuesta de suizos en su mayor parte y al mando del mariscal de campo Quinsonnas, emprendió la marcha por la calle de San Honorato, donde encontró poca resistencia; pero al llegar al mercado de los Inocentes, lugar de su destino, fué atacada con vivo fuego de fusil, mientras zumbaban por el aire los ladrillos, muebles y toda clase de proyectiles que salian de las casas. Pudiendo al fin despejar la plaza, no por ello dejó de combatir el pueblo. Disminuida la coluna de un batallon, que enviado á reconocer la calle de San Dionisio no pudo regresar á la plaza, veia aumentarse lo crítico de su situacion con la falta de municiones que ya se iba notando en las filas, al paso que estaban cortadas todas sus comunicaciones con las Tullerias. Allí y en las Casas Consistoriales fué donde el pueblo desplegó mas valor, y donde las tropas arrostraron mayormente la muerte con una serenidad digna de mejor causa. En semejante apuro, disfrázase un edecan con los vestidos de un difunto paisano, y va á llevar la noticia del conflicto de su coluna al duque de Ragusa, que en aquel momento acababa de saber el del general Saint-Chamans. Al punto mandó que fuese un batallon suizo al mercado de los Inocentes, donde llegó despues de superar mil obstáculos; y entonces Quinsonnas emprendió la retirada, que tambien fué una prolongada lucha.

Saliendo la cuarta coluna de los Campos Elíseos al mediodia tomó la calle del arrabal de San Honorato, y á su paso desarmó un piquete de

nacionales, que se hallaba en la alcaldía del primer distrito. Al mismo tiempo, desde la Magdalena partió contra ella un bien sostenido fuego de fusilería, que le precisó á retardar un tanto su marcha; pero arrojados los agresores de detras de las paredes que circuian la iglesia, siguió andando por los boulevards, y regresó á los Campos Elíseos. Asi pues, á escepcion de la primera coluna, todas habian operado su retirada antes de anochecer; solo aquella quedaba aun envuelta en los mismos peligros que la cercáran durante todo el dia, y tuvo que esperar las doce de la noche, cuando era mas profunda la obscuridad y mayor la fatiga que agotára las fuerzas de los combatientes, para abandonar las Casas Consistoriales, á retirarse en las Tullerías. Pero léjos de encontrar alli una mano amiga que reanimase su espíritu con el mas leve refresco, aquellos valientes soldados, espirando de hambre y de sed, tuvieron que aguardar el siguiente dia para saciar una y otra; á tanto llegó la imprevision y ligereza de la corte, que creyendo, como decia, *bastaban un cabo y cuatro soldados* para disiparlo todo, ni siquiera pensó fuese menester aprontar raciones para sus defensores. Cundió el desaliento por las filas, y la misma guardia hizo oir descontentos murmullos. Los pobres soldados mostraban la mayor repugnancia al batirse, y puede afirmarse que donde quiera se presentó la tropa de línea, no se ensangrentó el combate, como si todo el furor del pueblo se cebase en el cuerpo privilegiado de la guardia y en los gendarmes. Viendo, pues, los ministros y el mariscal el resultado de las operaciones de aquella jornada, inmediatamente espidieron las órdenes conducentes para que á marchas forzadas acudiesen á Paris ó á San Cloud los varios destacamentos de la guardia real que guarnecian Beauvais, Orleans, Rouen y Caen, y las tropas del campo de Saint-Omer y de Luneville.

La indecision continuaba reinando en la asamblea de los diputados; tanto que, declarando el editor del *Tiempo* que no insertaria en él la protesta de aquellos si no la autorizaban con su firma, y viendo el temor que de verificarlo manifestaban varios individuos, propuso uno un medio de no firmar, y era, imprimir á continuacion de la protesta una lista de los diputados encabezada con esta frase: *Estaban presentes.....* en que se pidió se pusiesen tambien los nombres de los que no se hallaban en Paris. Apoyó Laffitte la proposicion, y oyéronsele entonces estas memorables palabras, que por sí solas son una profunda reflexion sobre tales coyunturas: « Asi, si somos vencidos, nadie habrá firmado, y si vencemos, tendremos toda esta lista, porque nadie negará su firma. » Aquel desinteresado y virtuoso ciudadano fué el primero que clamó por tomar formalmente las armas, y ponerse al frente de las masas, que se hacian matar sin direccion; y al fin tuvo la satisfaccion de ver confirmada su mocion por Mauguin, Lafayette, Delaborde, Bavoux, Andry

de Puyraveau y Chardel, que resolvieron ir á constituirse el siguiente dia en las Casas Consistoriales. Hasta entonces ninguna notabilidad militar se habia puesto al frente del pueblo; solo el general Doubourg, presentado á los habitantes del barrio de la Lonja, fué el primero que se lanzó en la revolucion, publicando esta proclama:

« Conciudadanos: elegido general vuestro por el unánime consentimiento de vosotros, procuraré mostrarme digno de la eleccion de la noble guardia nacional de Paris. Combatimos en defensa de las leyes y de la libertad... conciudadanos, cierto es el triunfo.

« Espero obedecereis las órdenes de los gefes que os he designado, á los cuales guardareis el debido respeto.

« Pronto se rendirán las tropas de línea, y las de la guardia imitarán tan patriótico ejemplo. Los traidores que han encendido la guerra civil, y que creian poder impunemente ametrallar al pueblo, van á verse obligados á dar cuenta ante los tribunales de la violacion de las leyes y de sus sanguinarias tramas.

« Cuartel general de la plaza de la Lonja, punto de reunion para marchar á la conquista de la libertad.»

Entretanto no descansaba el pueblo, tocaban á rebato las campanas, y entre el horror y tinieblas de la noche, mezclaban sus hondos y espantosos tañidos con los gritos de los centinelas y con las últimas descargas del combate. Desarmáronse todas las guardias y piquetes, cuarteles y barreras; los barrios empezaron á ponerse de acuerdo, y coordinaron un plan de ataque para el siguiente dia. Multiplicáronse como por encanto las barricadas, en que trabajaba toda una poblacion, que apenas tuviera tiempo de satisfacer las primeras necesidades de la subsistencia, y entonces fué cuando el pueblo recibió uno de sus mayores refuerzos, pues le trajo tantos gefes cuantos individuos lo componian. Forzando los alumnos de la Escuela politécnica las puertas de su colegio, preséntanse á sus conciudadanos que los saludan con entusiasmo: — « Yo seré vuestro gefe! esclama uno, y monta un caballo blanco.» — « Mi general, dice otro, soy vuestro edecan, » y se ciñe el cuerpo con un pañuelo amarillo á guisa de faga. Y empezando al punto á dictar disposiciones, bien demuestran con sus hechos que no en vano se apropian semejantes títulos. Nuevas barricadas levántanse bajo la inspeccion de unos con todas las reglas del arte, mientras otros capitanean los destacamentos que van á desarmar los cuerpos de guardia, y muchos recorren todos los barrios organizando divisiones capaces de dar ó sostener un formal ataque.— Entretanto continuaba la corte en San Cloud, y S. M. se divertia jugando al whist, mientras la sangre humeaba en las calles de la capital, y una poblacion irritada se disponia para añadir á los gloriosos hechos de estos dos dias la última jornada, que debia romper la corona en su cabeza.

Las órdenes de los ministros enviadas á varios puntos de las cercanias para concentrar en Paris todas las fuerzas empezaban á tener efecto este dia, 29, pues entráran mil quinientos infantes y seiscientos caballos de refresco; pero su número apenas cubria las pérdidas y deserciones de la



anterior jornada. Para reanimar á los desfallecidos soldados, leyóles el duque de Ragusa una órden del dia, en que S. M. les manifestaba su satisfaccion por su brillante proceder, al paso que para darles un positivo testimonio de ella, mandaba se les gratificase con un mes y medio de paga. De 421,000 francos, á que ascendió 'el presupuesto, solamente 371,051 se repartieron, pues no fué posible enviar á todos los puntos la gratificacion; y tanta era el hambre del soldado, que gastó buena parte de aquella comprando lo necesario para satisfacerla.

Mientras esto acontecia, íbase acabando de organizar el pueblo, que ya ofrecia el aspecto de un ejército regularmente armado; la revolucion se hacia general; contínuamente se reunian á los combatientes estudiantes, dependientes de comercio, jóvenes de toda clase é individuos de la guardia nacional, y la llegada de la mayor parte de los propietarios, cabezas de familia y personas de calidad, trajo la confianza al pueblo ínfimo, casi único que hasta entonces sostuviera las fatigas de la pelea. Aparecieron tambien muchos militares y diputados, y poniéndose al frente de los parisienses, fueron inspeccionando todos los parapetos,

recorriendo todos los puntos, corrigiendo lo defectuoso y dando órdenes sábias y oportunas. El general Dubourg, comandante del barrio de la Lonja, vestido con su uniforme y llevando una gran escarapela tricolor, presentóse al frente de una crecida division de paisanos armados, con los cuales pasó á la plaza de la Lonja, donde habia cinco ó seis mil hombres del pueblo armados tambien. Rodeado por aquella ansiosa multitud, arengóles con voz fuerte, y terminó proponiéndoles marchar al momento á apoderarse de las Casas Consistoriales. Púsose en marcha el gentío, que bien pudiéramos ya llamar division, y dejando el general fuertes destacamentos en el mercado de Prouvaires y en el de los Inocentes, llegó á las Casas Consistoriales de que se apoderó sin resistencia, pues, como vimos, ya las desocupára la tropa. En todas partes tomaba el pueblo la ofensiva, y operaba sus movimientos con una simultaneidad y concierto que bien demostraban su decision y confianza en la justicia de su causa. De meros espectadores, pasaron á agresores los habitantes del arrabal de San German, desarmando por sorpresa á cuantos gendarmes encontraron en sus cuarteles, á los piquetes de la guardia del Luxemburgo y á los de las barreras.

A las siete de aquella mañana, hora en que en distintas partes se rompieron las hostilidades, dos pares de Francia, los señores de Semonville, y d'Argout, hicieron el último esfuerzo para detener la efusion de sangre, y pasaron al cuartel general de las Tullerias. Viendo la inquietud y manifiesta turbacion de espíritu en que estaba el mariscal, manifestaron sus deseos de ver al prensidente del consejo de ministros, que con estos se hallaba en un inmediato aposento; y presentándose Polignac, pidiéronle la revocacion de las ordenanzas ó la dimision del ministerio, único remedio á tantos males. Evadióse de semejantes interpelaciones el ministro pretestando lo limitado de sus facultades, y á poco rato volvióse al aposento mencionado para deliberar con sus cólegas. Pero desesperando los dos nobles pares de obtener ningun satisfactorio resultado, procuraron decidir á su favor el vacilante mariscal, y le propusieron el osado acto de arrestar á los ministros. Ya el gobernador de las Tullerías, Glandeves, se encargaba de ponerlo por obra, y el señor de Semonville de ir á San Cloud á persuadir al rey; ya el mariscal, vertiendo lágrimas de despecho que le arrancaba lo crítico de su posicion, iba á firmar las órdenes convenientes, cuando presentándose el ministro Peyronnet deshizo aquel plan con una palabra. Limitóse, pues, Marmont á escribir al rey con enérgico laconismo, y partiendo los pares á San Cloud, donde tambien llegaron los ministros, lograron que Cárlos X revocase las ordenanzas y mudase el ministerio. Pero, por una fatalidad incomprensible, ó tal vez por la mala fé de los cortesanos que aun quisieron ganar tiempo por si variaban de aspecto los sucesos, hasta la noche no

se espidieron las órdenes y circulares precisas, ¡ y entretanto el pueblo destrozaba el trono de los Borbones, y las últimas descargas de Paris acompañaban el ruido de su hundimiento!

Durante estos acontecimientos, en la orilla izquierda del Sena aumentóse de tal modo el número de los sublevados, que á poco pudieron destacar varias partidas que debian apoderarse de diferentes puntos. Una, compuesta en su mayor parte de guardias nacionales, tomó el cuartel de guardias de corps, donde encontró 300 fusiles, respetando empero las personas y propiedades de cuantos allí se hallaban; otra atacó el destacamento del palacio de Borbon, cuyo gefe evitó el choque, prometiendo guardar neutralidad y retirándose para ello al jardin; y desde las formidables barricadas construidas en la plaza y calle de Borgoña, hostigaban otros con su continuo fuego á la tropa que ocupaba la plaza de Luis XV.



Al mismo tiempo, por el muelle de la Escuela y calles circunvecinas, habíanse puesto en marcha otras divisiones para el Louvre; pero la fortaleza de aquel edificio, inespugnable sin el ausilio de la artilleria, y el vivo fuego que de las rejas, ventanas y azoteas vomitaban los fusiles de los dos batallones suizos que lo guarnecian, burlaron los intrépidos pero temerarios ataques del pueblo, que, al ver derramarse inútilmente tanta sangre, ya empezaba á desmayar, cuando devolvióle la esperanza lo que pasaba en la plaza de Vandome. Reunida toda la poblacion de los barrios vecinos á ella, una inmensa multitud, cuya mayoría constaba

de propietarios y gente de suposicion y arraigo, cargó á las tropas estacionadas en la mencionada plaza, que eran los regimientos 5.° y 53 de línea y los restos de los gendarmes; pero aquellos soldados, que solo con dolor se batieran con sus hermanos y defendieran un partido que ya conocian era enemigo de los intereses de la patria, no quisieron ser por mas tiempo víctimas de su ciega obediencia, y envainando la bayoneta y poniendo los fusiles culatas arriba, pasáronse á las filas de aquel pueblo, que tambien solo con dolor peleára contra la tropa de línea, y que en lo posible habia evitado todo choque con ella. Al saberlo Marmont, mandó que uno de los batallones del Louvre pasase á asegurar las comunicaciones de la calle de San Honorato con las Tullerías; y no quedándole al comandante del Louvre mas que un batallon, tuvo que abandonar las rejas, y ceñirse á la defensa interior del patio. Al reparar el pueblo que callára el fuego de las aberturas superiores del edificio, avanzó á las verjas, forzólas, y mandando el ataque un alumno de la Escuela politécnica, arrojóse impávido á la columnata, que al fin escaló á pesar del horroroso tiroteo de sus defensores, al mismo tiempo que otra partida avanzaba por el puente de las Artes. Al verse asi estrechados los suizos, pierden de repente su serenidad que hasta entonces les sostuviera, y emprenden la retirada á las Tullerías; pero á poco introdúcese el desórden en su marcha, y es tal su espanto que llegan casi en dispersion al Carrousel, cuyas tropas, espantándose tambien al verlo y al oir el ataque que el pueblo rompe de todas partes, dispérsanse á su vez, y mezclados ginetes con infantes echan á huir hácia el interior del jardin. Pero el pueblo picaba su retaguardia, y ya se precipitaba al jardin, cuando Marmont mandó contenerle con algunos disparos de artillería, que dieron tiempo de reorganizar los batallones, para emprender la retirada á San Cloud, que al fin verificaron.

Quedaban aun en Paris el batallon de la Escuela militar y el depósito de suizos establecido en el cuartel de Babilonia. Aquel, gracias al aviso que oportunamente recibió, pudo efectuar su retirada y llegar con poca pérdida al bosque de Bolonia; pero los suizos, ignorantes de cuanto pasaba, quedaron espuestos á los mas terribles riesgos. Atacó el cuartel una inmensa division del pueblo, mandada por alumnos de la Escuela politécnica; pero desgraciadamente era comandante del déposito un veterano, que en sus treinta años de servicio se habia hallado en las mas gloriosas batallas, y harto confiado en su valor y no escuchando otra voz que la del honor militar, cerró Dufay los oidos á toda proposicion, y colocando su gente, tomó la ofensiva. Duraba tiempo habia el fuego sin ventaja para ambas partes; bramaba el pueblo de impaciencia, y arrojándose impávido á la puerta, le pegó fuego. Aterrados al verlo los suizos, y temiendo su comandante cundiese el incendio por todo el cuartel,

probó de retirarse por la parte posterior del edificio; pero en aquel instante acababa de ceder la puerta, por donde se precipitaban los sitiadores, que encontrándose á dentro con los suizos, empeñaron un combate horrendo, que solo se acabó con la muerte del temerario comandante y de la mayor parte de la tropa.

Aquí terminó aquella lucha de tres dias, en que un pueblo heróico hizo alarde de cuantas virtudes pueden adornar á un hombre magnánimo y generoso, perdonando despues de vencer, no insultando á los de opinion contraria, respetando la propiedad, y protegiendo los monumentos públicos, á los cuales preservó de todo funesto accidente. Brillantes hechos particulares y detalles preciosos, que no podemos mencionar sin incurrir en la nota de prolijos, demostraron á la Europa el valor de aquella juventud, de aquellos estudiantes, colegiales, tenderos,



jornaleros, mendigos, comerciantes, literatos y propietarios, que tantas veces arrostraron la muerte durante las tres jornadas. Su humanidad y prevision corrió parejas con su ardor; los que caian heridos ya no pertenecian mas que á un bando, al de los desgraciados, y aquel generoso pueblo los transportaba á los hospitales, sin considerar si vestian la blusa del artesano ó el uniforme de la guardia. No bastando los hospitales ya establecidos, instaláronse otros interinos y ambulantes; los boticarios acudian solícitos á franquear los remedios; los facultativos,



ya desde que se empeñó seriamente la lucha, esperaban en la cabecera

de los lechos preparados, ó discurrian de una á otra parte prodigando sus socorros, mientras el bello sexo, dejándose llevar de su natural compasion y olvidando la etiqueta y consideracion de clases, traia á todos los puntos vendas, trapos y cuanto era menester para la curacion de los heridos. Nunca el sol alumbrara semejante escena; y la sombra de Napoleon, que vagaba en torno de su coluna, regocijóse tal vez al ver la grandeza del pueblo que tanto amó, y que empezaba á vengar su ultrajada memoria, echando vergonzosamente de Paris á uno de sus antiguos mariscales, al ingrato Marmont!

Entretanto Laffitte y sus cólegas cumplieran su promesa de lanzarse en la revolucion, y ya en la reunion, que por la mañana se tuvo en casa de aquel, quedó nombrado Lafayette gefe superior de la fuerza armada de Paris, y el general Gerard recibió el encargo de dirigir las operaciones activas. Pasó enseguida aquel á las Casas Consistoriales, cuyo mando le cedió Doubourg con agrado, mientras Gerard con el general Pajol y su estado mayor recorria las calles, uniendo á la causa del pueblo los regimientos de línea y organizando las fuerzas populares, entre los incesantes gritos, no ya de *¡Viva la Carta!* sino de *¡Viva la patria y la libertad! ¡Abajo los Borbones!* Tomado el Louvre, procedióse á verificar el nombramiento de una comision municipal, que recayó en Laffitte, Perier, Lobau, Andry de Puyraveau, Mauguin y Schonen; y trasladándose estos al momento á las Casas Consistoriales, escoltados por una inmensa muchedumbre, instaláronse en ellas. Pasemos por alto el restablecimiento de la guardia nacional, los acertados trabajos y desvelos de la comision municipal, y los inmensos sacrificios, que para dar alimento al pueblo hicieron muchos ciudadanos, en particular Laffitte. Llegaron por fin tres enviados de San Cloud, portadores de tres reales órdenes, que reformaban el ministerio y revocaban las fatales ordenanzas; leyéronlas á la comision municipal, é intercedieron en favor del desventurado monarca. *¡Es tarde ya!* esclamó Mauguin, y aquella terrible sentencia, que repitieron Schonen y Puyraveau, cerró la boca á los enviados, que fueron á participar á su amo la palabra que le hacia descender del trono. Entretanto rodeaban á Lafayette todos los héroes de los tres dias; unos le pedian la república, otros Napoleon II con una constitucion fundada en la declaracion de los representantes de los cien dias, y todos le suplicaban no consintiese que se diera gefe á la nacion sin consultarla antes: súplicas inútiles, á que debia responder el mas imprevisto desenlace.

El dia 30 Paris ofrecia un cuadro interesante y triste. Muchos fueran los valientes que sellaron con su sangre el triunfo de la libertad, y sus cadáveres yacian aun donde les alcanzó la muerte: era de ver el afan con que las madres, esposas, padres é hijos recorrian calles y plazas

buscando el objeto de sus ansias, ó registraban los atestados hospitales. La naturaleza recobraba su imperio, y su voz hablaba mas alto que la de las pasiones. Abriéronse en el mismo teatro del combate profundas zanjas, donde se enterraron los despojos de los que murieron por la patria; y entre el llanto de los deudos y amigos, entre los lejanos clamores de la todavía conmovida muchedumbre y los esparcidos destrozos de la pelea, era sublime ver un sencillo presbítero, revestido con sus hábitos sacerdotales, arrostrar los insultos; y cruzando cual signo de paz entre los alaridos de guerra ir con humildad, recogimiento y resignacion á



orar por los difuntos, y á santificar con sus bendiciones la tierra que esperaba los cadáveres. Ninguna lápida decoró su tumba; el dolor y llanto de los asistentes fué su elogio fúnebre, y una sencilla cruz de madera, y un estandarte tricolor contenian la inscripcion mas sencilla aun de *¡A los franceses muertos en defensa de la libertad!*

Pero mientras se llenaban tan piadosos deberes, no se descuidaba la defensa de la poblacion, que por todas partes volvia á su movimiento guerrero; pues harto sabido era que las tropas del campamento de San Omer recibieran órden de marchar á Paris, de manera que, reunidas con la guardia real, los suizos y los batallones de línea que en San Cloud estaban, ascenderian á treinta mil hombres. Era, pues, de temer un nuevo ataque, y Paris se praparó para recibirlo. Sin embargo el desaliento y confusion reinaban en la corte, que ciertamente no pensaba entonces en emplear otra vez la fuerza, contentándose al contrario con comisionar enviados, que en vano probaron conciliar los ánimos y conservar la corona en las sienes de su amo. La nacion no queria ya que reina-

se en ella aquella dinastía, cuya sola presencia era una eterna protesta contra toda la Revolucion; pero desgraciadamente los vencedores no estaban acordes acerca de lo que debia reemplazar al caido trono de los Borbones, y aun despues de resuelta esta cuestion, no ha callado la voz de los partidos, pretendiendo cada cual que las probabilidades estaban á su favor y que se resolvió como no debiera. No es nuestro ánimo, ni á nosotros toca analizar y examinar aquí á cual debia darse la preferencia, si á la República, á Napoleon II ó á Enrique V; las notabilidades de todas las opiniones han tratado con tino y maestría esta dificil cuestion, y á ellas remitimos al deseoso de estudiar sus combinaciones políticas. A fin, pues, de evitar por entonces ya una restauracion odiosa al pueblo, ya la proclamacion de la República, objeto de espanto para no pocos, quedó acordado que se ofreciese al duque de Orleans el cargo de lugarteniente general del reino, y aceptando este, reuniéronse luego los diputados para redactar un programa que contenia las principales condiciones con que se le conferia el mando, tras lo cual, levantaron la sesion y en número de noventa y dos se dirigieron al Palais-Royal para leerlo al príncipe. Recibiólos este con agrado, y despues de escuchar la lectura del indicado programa, contestó:

«Como francés, siento los males del pais y que se haya derramado sangre; y como príncipe, nada me puede ser mas grato que contribuir á la felicidad de la nacion. Señores, vamos á las Casas Consistoriales.» Y al punto púsose en movimiento la noble comitiva, abriéndose paso con dificultad á traves del inmenso y entusiasmado gentío que lo saludaba con regocijadas aclamaciones. Al llegar á las Casas Consistoriales, salió Lafayette á la graderia esterior á recibir el príncipe, y no pudiendo contener su emocion, precipitáronse uno en brazos de otro, mientras el pueblo aplaudia arrebatado tan tierno y lisongero acto. Pasando luego al salon, donde llegó el príncipe con harto trabajo, apoyado familiarmente en brazos de Laffitte y de Lafayette, leyó Viennet en alta voz el mani-



fiesto de los diputados, á que contestó el príncipe con enérgicas y sencillas razones; y tomando una bandera tricolor con una mano, y asido



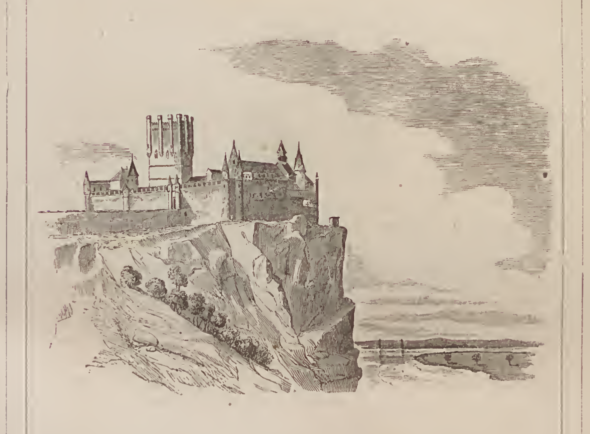


Luis Felipe en las Casas Consistoriales en 1830.



con la otra de la de Lafayette, asomóse á la ventana, y saludó al pueblo, blandiendo y agitando en el aire el estandarte querido de la Francia, el que hiciera temblar á la coalicion de todos los tronos, y habia ondeado en las torres de todas las capitales de Europa.

Mientras un nuevo poder y un nuevo trono se levantaba de entre las barricadas, viera Carlos X abandonarle poco á poco cuantos le quemaban incienso la víspera, y San Cloud estaba tristemente desierto y silencioso. Temiendo que su permanencia en aquel punto irritase á los parisienses, y viendo que ya empezaban á sublevarse los campesinos, partió á



Rambouillet escoltado por diez mil hombres, únicos de los realistas en quienes ardia un corazon noble y fiel, y que, aunque con repugnancia, defendieron á su rey contra los ataques populares y le protegieron hasta su salida del reino. Pero como su presencia en una ciudad tan vecina á la capital no era á propósito para calmar y desvanecer los recelos de los habitantes de esta; envió el lugarteniente Odilon-Barrot, Schonen y el mariscal Maison para que le demostrasen cuan necesario era salir de Rambouillet; y para dar mas peso á sus razones, destacó una division

de nacionales y de voluntarios, que á su paso debia reforzarse con la milicia de los alrededores. Asi, despues de abdicar á favor de su nieto, partió aquella desventurada familia real por tercera vez á pais estrangero, donde tarde debió reconocer las faltas, escesos é imprudentes disposiciones que le costaron una corona!



En toda la Francia ondeaba el estandarte tricolor, y el ejército recibió con orgullo las proscritas banderas despedazadas por el fuego de cien batallas. Señalárase el 3 de agosto para la apertura de las cámaras, y organizárase el nuevo ministerio, en que figuraban Dupont de l'Eure, Gerard, Luis, Guizot, Jourdan, Bignon, Tupinier y Girod de l'Ain. Llegó por fin el 3 de agosto, y mientras Cárlos caminaba al estrangero, el duque de Orleans abrió solemnemente las cámaras, á las cuales participó la abdicacion de aquel monarca y del delfin. Sumamente agitadas, como era de esperar, fueron las primeras sesiones; los realistas disputaron el terreno con firmeza, y el grande, el virtuoso Chateaubriand hizo entonces oir por última vez su voz poderosa y conciliadora en medio de aquella multitud de cobardes, aduladores é ingratos; era la última página con que el genio cerraba el libro de la dinastía, y no sin gracia se le ha llamado el postrer canto del cisne. No se descuidaban los republicanos y cuantos opinaban que debia consultarse á la nacion antes de darle un nuevo señor; pero declarado por fin vacante el trono de hecho y de derecho, y revisada la Carta propúsose el duque de Orleans para ocuparlo, con el título de rey de los franceses. Inmediatamente la cámara entera pasó al palacio del príncipe á participarle su resolucion, y habiendo este aceptado, salió al balcon con Laffitte, y se arrojó en sus brazos, como si quisiese significar al pueblo que se arrojaba en los de la nacion. El 9 se celebró la sesion regia, en que, declarando el príncipe que aceptaba sin restriccion

ni reserva cuantas cláusulas y obligaciones contenia el acta de los diputados, pronunció el siguiente juramento:

« Juro ante Dios observar fielmente la Carta con las modificaciones que espresa el acta de los diputados, gobernar solo por las leyes y conforme á las leyes, hacer buena y exacta justicia á cada cual segun su derecho, y no reconocer en todos mis actos otro objeto que el interés, el bienestar y la gloria del pueblo francés.»

Y recibiendo las reales insignias, acto contínuo Luis Felipe I, rey de los franceses, firmó la declaracion mencionada, y arengó á aquellos pares y diputados que, gracias al heroismo y sacrificios del pueblo, trocaron su corona ducal por la de los reyes.

Este fué el término de aquella famosa Revolucion, que hemos trazado con la concision posible, pues no era para este lugar sus infinitos detalles, las intrigas políticas, la marcha de las discusiones y las modificaciones hechas en la Carta. La historia general recogerá algun dia estos preciosos datos, que todavía andan desfigurados por el espíritu de partido ó por la exageracion natural y propia de semejantes mutaciones de gobierno. Una verdad, sin embargo, se desprende de todos estos sucesos: no siempre los que hacen una revolucion, se aprovechan de ella; y regularmente el talento, que está en acecho espiando aquel instante indefinible, que casi ni instante es, en que ya está decidida la victoria cuando aun teme el vencedor é ignora su triunfo, el talento, repetimos, sale de repente de su inaccion y se apodera de todos los despojos. Asi casi todas las revoluciones que han variado la faz de los imperios fueron motivo de particulares fortunas, y de este modo los pueblos casi siempre no han sido mas que miserables ruedas de la máquina, de cuyo pavoroso estrépito y movimiento se han valido los políticos y los dictadores.





REINADO DE LUIS FELIPE.



La Europa toda retembló al grito lanzado por la Revolucion de Julio. Los pueblos que se consideraban privados de su libertad por los tratados de 1815, levantaron la cabeza animados por la secreta esperanza que hizo nacer en ellos la bandera tricolor que acababa la Francia de desplegar al viento, y Bruselas, Lieja, Amberes y todas las universidades alemanas, acogieron con entusiasmo el triunfo alcanzado por la revolucion en las orillas del Sena. La Italia en particular fué la que demostró una agitacion mas terrible. Los ánimos empero fueron calmándose en Francia insensiblemente, merced á la política conciliadora inaugurada por el nuevo gobierno, y aquella escitacion febril que se notó en un principio en los demas pueblos estrangeros, en breve se estinguió tambien como un fuego fátuo. Adormecidas las potencias de Europa al canto de paz entonado por el nuevo monarca francés

desde su advenimiento al trono, por mas que protestáran algunos contra su encumbramiento, acabaron por reconocerle todas.

La clase media, que era la que con mas ahinco habia contribuido al establecimiento del nuevo gobierno, fué tambien la que mas ventajas reportó de la revolucion de julio. La carta modificada no fué mas que una constitucion que le abrió el camino del poder, dejándola al propio tiempo enteramente libre la administracion del pais. Apenas habia trascurrido un mes, cuando ya aquellas mismas masas que habian derramado gustosas su sangre para establecer el nuevo órden de cosas, se adelantaban tristemente y en ademan resignado hácia la prefectura de policia, al objeto de pedir pan para sus hijos. Por mas que el gobierno adoptase enérgicas providencias para hacer frente al azote del hambre, no pudo lograr por de pronto su objeto, ni mucho menos calmar en aquel momento la efervescencia del pueblo. En vano pidió Guizot á la cámara una suma de cinco millones para destinarla á obras públicas, nada bastó para ocupar á los muchos miles de hombres que estaban á la sazon sin trabajo. Como viese el pueblo que no desaparecian los males que tan vivamente le aquejaban, destruyó en su desesperacion las máquinas nuevamente introducidas por los adelantos de la industria, con lo que acabó de labrar mas y mas su desgracia y su miseria. Otorgó el príncipe de Condé su testamento en favor del duque de Aumale, merced á las intrigas de la baronesa de Feucheres; la triste circunstancia de haber



muerto estrangulado el duque de Borbon poco tiempo despues, hizo concebir grandes sospechas, y causó en el pueblo una sensacion profun–

da, por mas que se procurase dar á aquella muerte todas las apariencias de un suicidio.

Mientras que el rey y la clase media procuraban unirse cada dia mas estrechamente, iban desapareciendo la desconfianza con que miraban en un principio las cortes de Europa al gobierno de julio; por otra parte, el rey ciudadano acababa de presentar como principal base de su política la conservacion de los tratados de 1815, y esto solo habia bastado para acabar de desvanecer del todo los temores que abrigaban las potencias respecto de la nueva dominacion francesa. Escribió el rey Luis Felipe una carta tan sumisa al emperador de Rusia, que obligó á desistir á este de sus planes de coalision contra Francia. Casi la misma conducta observó el rey de los franceses respecto de Austria y Prusia; si bien no fué su lenguaje tan melifluo en razon de no haberse mostrado estas dos últimas potencias tan hostiles á su gobierno. Los ingleses por su parte se mostraron complacidos con el nuevo rey, pues no podian menos de considerar como utilísimo á sus intereses su advenimiento al trono. Unicamente el duque de Módena se negó á reconocer el gobierno de Luis Felipe, y publicó España contra el mismo un manifiesto enérgico, que fué obra del ministro Calomarde. En justa venganza, protegió el nuevo gobierno francés contra España los esfuerzos de Mina y Torrijos que, á la cabeza de los liberales á la sazon proscritos intentaron en vano dar á su patria la libertad.

El partido propagandista que conoció el estado de incertidumbre en que se veia la Francia desde su última revolucion, hizo todos los esfuerzos imaginables por ensanchar el reducido campo de sus ideas, y pronto correspondió la Bélgica á su llamamiento, lanzándose á la nueva via que acababa de abrirse la Francia. Fué nombrado el señor de Talleyrand embajador cerca de Inglaterra, por mas que fuese calificado su nombramiento de altamente impolítico por los hombres mas influyentes de la época, y que debiese operar en la política francesa un cambio notable. Aquel grande hombre político, casi nos atreverémos á decir igualmente funesto á todos los partidos, habia de desempeñar tambien en el gobierno del rey Luis Felipe un gran papel, por mas contrarios que hubiesen sido para la Francia las consecuencias que atrajo sobre ella su política. Francia é Inglaterra quedaron por aquel nombramiento estrechamente unidas, á pesar de los opuestos intereses que tendian á separar á entrambos pueblos. Si bien no vió la Rusia con buenos ojos la alianza anglo-francesa, tuvo que reprimir su despecho, por no permitirle las circunstancias que atravesaba romper abiertamente con el astuto monarca francés que habia sabido hacerle renunciar á la coalision que contra él poco antes proyectára. Estalló en Bruselas una revolucion sangrienta, que dió por resultado el establecimiento de un gobierno provisional, y se nombró

un consejo destinado á fijar la suerte de la Bélgica. Los prusianos resueltos á prestar su apoyo al rey Guillermo, tuvieron que desistir de su propósito, por haberles intimado la Francia que enviaria un ejército á Bélgica, tan pronto como hubiesen pisado los prusianos aquel territorio. Fué tomando la cuestion belga tales proporciones que, para evitar una guerra se dispuso entre las grandes potencias la formacion de un congreso que, á pesar de ser una continuacion del de Viena, envió tambien á él la Francia á su representante Talleyrand. Constante el rey Luis Felipe en conservar á toda costa la paz, se negó á adoptar una política vigorosa que en aquellas circunstancias habria podido reportar á la Francia y á su gobierno inmensas ventajas. Pronto la Bélgica iba á recobrar su libertad, rompiendo denodadamente los lazos que la sujetaban á la Holanda.

Peyronnet, Guernon, Ranville y Chantelauze, antiguos ministros de Cárlos X, fueron conducidos á Vincennes sin ninguna consideracion, mientras se les formaba causa. No tardó en ir á participar de su infortunio el señor de Polignac. Hubo diferentes opiniones acerca del modo con que debian los ex-ministros ser juzgados; queria el partido liberal exaltado condenarles á la última pena, é hizo esfuerzos el rey por salvarles. Cayeron los ministros doctrinarios; fué llamado Lafitte á los consejos de la corona; pero en muy poco difirieron del anterior las doctrinas del nuevo ministerio. Puede decirse que no pertenecian los doctrinarios á escuela alguna; ardientes partidarios del filosofismo que tanto se ponderó en el siglo XVIII, desconocian los adelantos de la época, sin rendir culto mas que á las ideas de los enciclopedistas. Nada nuevo habian traido á la Francia; y muy poco por lo tanto podia la nacion esperar de ellos, como no fuese la preponderancia que dieron á la clase media. Casi puede decirse que habia indentidad de principios entre los ministros caidos y los que les sucedieron en el poder; puesto que Lafitte y sus cólegas, aunque considerados como enemigos de los doctrinarios, solo discutian en la realizacion de los medios que habian de conducirles á un mismo fin. Así que, lejos de satisfacer el nuevo ministerio las exigencias de la Francia, puede decirse que siguió casi en un todo el nuevo gabinete la marcha adoptada por sus antiguos cólegas. Enorgullecida la clase media por los triunfos que sobre todas las demas clases le habian procurado los dos últimos gabinetes, tenia enteramente avasallado al pueblo que, empezaba á acostumbrarse ya á su dominacion, pues solo pensaba entonces en que no quedasen impunes los antiguos ministros del último monarca. Aquel pueblo altivo que acababa de derribar en julio un trono tradicional que ocupáran cien reyes, á su vez se dejó dominar por los mismos hombres que pocos meses antes encumbraba, contentándose en su humillacion degradante con pedir la

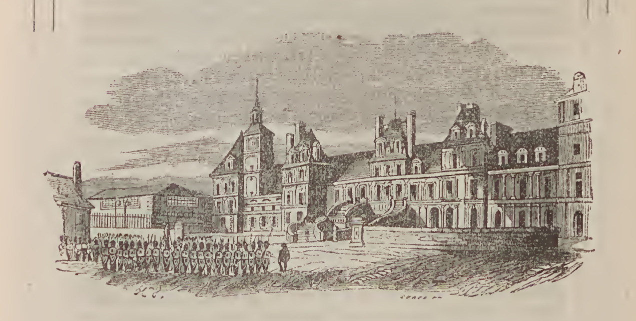
vida de cuatro hombres, á quienes habia sido adversa la fortuna. La agitacion popular llegó á su colmo con este motivo.

Todo el nuevo gabinete, á escepcion de Molé, se declaró por el principio de no intervencion, insiguiendo en esto las aspiraciones y deseos de la Gran Bretaña, si bien habia entre el ministerio alguna disidencia, por querer algunos de sus miembros que fuese aquel principio rigurosamente observado por todas las naciones, al paso que pretendian los demas, que se reservase á estas el derecho de obrar segun las circunstancias. La conferencia celebrada en Londres dispuso, que se arreglasen amistosamente las diferencias suscitadas entre Bélgica y Holanda, señalando á esta última los límites que tenia antes del tratado que se celebró en Paris en 1814. Promulgóse al fin la independencia de Bélgica, mientras declaraba la conferencia de Londres la disolucion del reino de los Paises-Bajos, sin atender en lo mas mínimo la protesta que presentó con este motivo Falk, embajador de aquella nacion cerca de la corte de San James. Tambien el rey de los Paises-Bajos, á pesar de la protesta de su embajador, protestó solemnemente á la faz de Europa de la resolucion que en menosprecio de los tratados de 1815 acababa de tomar la Conferencia de Londres, á pesar de ser las potencias convocadas en ella, las mismas que habian firmado los tratados anteriores, á que se faltaba entonces tan abiertamente. El proceso de los antiguos ministros de Cárlos X no habia llegado á fallarse aun, no obstante la impaciencia con que aguardaba la opinion pública aquel acontecimiento; pero se procuró distraer la impaciencia del público, haciendo correr la voz de que iba el ministerio á hacer á las Cámaras una comunicacion importantísima. En efecto, presentóse Lafitte en la tribuna, y despues de haber hecho mencion de los temores de guerra á pesar de las buenas relaciones en que estaba el gobierno con las demas cortes de Europa, manifestó que si se veia la Francia obligada á hacerla, ora fuese por hacer respetar en todas partes el principio de no intervencion, ora por cualquiera otra circunstancia estraordinaria que pudiese exigirla ó motivarla, procuraria dejar á la potencia que hubiese de combatir, la responsabilidad de haberla provocado. « Nuestra fuerza será mayor, añadió el ministro, siempre que se vea robustecida por el derecho. » Terminó su discurso el presidente del consejo suponiendo que, si preciso era, sabria ponerse el rey al frente de sus ejércitos y marchar hácia donde le guiasen el derecho y el honor de la Francia. El discurso del presidente Lafitte exaltó vivamente los ánimos; entre las clases del pueblo sobre todo, produjo un entusiasmo indescriptible.

Estalló en Varsovia una revolucion, cuyo principal objeto era rasgar los tratados de 1815 y hacer á la Francia señora del imperio de Occidente. Grande era la fermentacion que hacia mucho tiempo reinaba,

en Polonia; pero desde que estalló en Paris el movimiento de Julio, iba tomando creces cada dia la revolucion polaca, diestramente dirigida por el infatigable Dombroisiski. Esta revolucion, que si bien no pareció dar resultado alguno, atendido el modo con que fué sofocada, los produjo por el contrario inmensos, sobre todo para la Francia, pues contuvo los planes del emperador Nicolas, que habia hecho ya inmensos preparativos, y estaba dispuesto á marchar al frente de fuerzas considerables contra el Occidente, para derrocar el gobierno del rey Luis Felipe. Indiferente contempló Francia la lucha terrible y prolongada que reducida á sus propias fuerzas tuvo que sostener la Polonia; asi que, por mas heróicos que fuesen sus esfuerzos, tuvo que doblar su cerviz ante el poder de su enemigo, el autócrata de todas las Rusias.

La Cámara de los pares acababa de constituirse en tribunal, confiándose á cuatro de sus miembros el encargo de formar el espediente relativo á los antiguos ministros de Cárlos X, detenidos en Vincennes. Fueron los ex-ministros trasladados del castillo de Vincennes á Paris, donde se les destinó por prision el palacio del Luxemburgo, no sin haber tomado de antemano el gobierno todas las precauciones, para evitar cualquiera tentativa que pudiese el pueblo hacer contra ellos. Murió á la sazon Benjamin Constant. Este hombre estraordinario que habia prestado tantos servicios á la causa de la libertad, murió en la mayor miseria. En cambio, se le hizo un entierro digno de un príncipe. Los émulos del eminente escritor habian dejado de temerle y sus enemigos de odiarle, ¡hé ahí porque en el dia de su muerte se habian unido todos para ensalzar su memoria!



Vióse en 15 de diciembre la causa de los ex-ministros. Desde las primeras horas de la mañana empezó la multitud á invadir las salas de audiencia. Como las diez serian cuando entraron los jueces y luego los acusados; revelaban estos una serenidad noble y digna. Al contestar á los ex-ministros al interrogatorio, lo hicieron evitando toda responsabilidad, sin comprometer en lo mas mínimo al monarca desterrado, á quien habian servido. Reinaba entre el pueblo parisiense una sorda agitacion que hacia prever al gobierno grandes desastres. Todos los partidos conocian el peligro, y parecian estar igualmente dispuestos á lanzarse al palenque. Vióse la cámara de los pares obligada á interrumpir sus sesiones, por no considerarse segura de estar al abrigo de un golpe de mano. En medio de toda clase de esperanzas y temores llegó el 21 de diciembre, dia en que debia pronunciarse el fallo contra los antiguos ministros de Cárlos X. Dictó el gobierno enérgicas medidas al objeto de asegurar el órden. Tan pronto como estuvo reunido el alto tribunal, pasaron los ilustres acusados á ocupar sus respectivos puestos. Oidas las acusaciones y defensas, se mandó despejar la sala, y se quedaron deliberando los jueces. Era general la ansiedad. Al salir los acusados del tribunal subieron al coche, pero lejos de dirigirse al Luxemburgo, volvieron á partir para Viccnnes. Sabedor el pueblo de cuanto pasaba intentó sublevarse, pero eran tan acertadas las medidas que de antemano habia adoptado el gobierno, que hicieron abortar todos los planes de trastorno. Publicóse aquel mismo dia la sentencia, por la cual se condenaba á los antiguos ministros á prision perpétua, y á la muerte civil al príncipe de Polignac. El rey Luis Felipe, como para atenuar la falta cometida contra Cárlos X, procuró á todo trance salvar á sus ministros. Luego de haberse publicado la sentencia proferida contra los acusados, apeló el pueblo nuevamente á las armas; hubo viva agitacion durante algunos dias, y la destitucion del general Lafayette, por quedar suprimido el alto cargo de comandante en gefe de la guardia nacional, por disposicion de la cámara de los diputados. La agitacion popular fué calmándose insensiblemente, y una vez mas demostró la clase media sojuzgarlo todo. Hé ahi el resultado de aquel proceso que tanto enardeció las pasiones populares y que hizo temblar en sus cimientos al gobierno de julio.

Dos eran los personages que á la sazon se designaban para ocupar el trono de Bélgica, pudiéndose prometer la Francia inmensas ventajas, cualquiera que fuese de aquellos dos personajes el nombrado para regir los destinos del pueblo belga. El duque de Nemours y el duque de Leuchtemberg, eran los dos candidatos en quienes estaban fijas á la vez las miradas de dos pueblos: véase como uno y otro podian, como hemos dicho antes, cooperar en gran manera al engrandecimiento de la Francia, por ser el primero de la familia de Orleans, y ser hijo el otro

de Eugenio de Beauharnais, familia tambien muy bien querida á la nacion francesa. Lejos empero de corresponder el gobierno del rey de los franceses á los deseos de la Bélgica, hizo declarar por su embajador Sebastiani «que no podia la Bélgica ser unida á la Francia por oponerse á ello los ingleses; que el príncipe Oton de Baviera era el príncipe que mas convenia á la Bélgica; y por último, que jamás concederia el rey de los franceses la mano de una de sus hijas al hijo de Eugenio de Beauharnais, y que coronando á este príncipe se esponian los belgas á verse privados de la poderosa amistad de la Francia.» Solo sirvió esta conducta incalificable del gobierno francés para aumentar mas y mas en Bélgica el partido de Leuchtemberg y hacer mas probable su triunfo; quedando cada vez mas abatido el partido de la Francia, merced á la humillacion que pretendia esta potencia hacer sufrir al pueblo belga, que tan sumiso se habia presentado desde un principio á su voluntad. Solo cuando llegó á conocer el rey de los franceses que era ya seguro el triunfo del hijo de Beauharnais, hizo todos los esfuerzos imaginables para que recayese la eleccion en favor del duque de Nemours, la cual seria entonces aceptada en nombre de su padre, trocando asi en un momento la política



francesa sus amenazas en magníficas promesas. Con este motivo estalló un movimiento en Gante, que fué generalmente atribuido al embajador inglés lord Ponsomby, en favor del príncipe de Orange. Despues de haber puesto en juego todos los partidos los recursos de que podian disponer para el triunfo en la eleccion de soberano, proclamó la asamblea por una gran mayoría al duque de Nemours, rey de los belgas; pero mientras se entregaban estos al regocijo que les causára semejante noticia

firmaba Talleyrand en Londres el famoso protocolo de 7 de febrero, por el cual se escluia del trono de Bélgica á todo príncipe francés, desmintiendo de este modo la Francia por medio de su embajador, las promesas que antes hiciera el señor Sebastiani en su nombre á la Bélgica. Cuando se presentó al rey Luis Felipe la comision belga que iba á ofrecer la corona á su hijo, contestó que el deseo de conservar la paz no le permitia aceptarla. Semejante noticia causó en Inglaterra un gozo indescriptible; eran á la sazon tan difíciles las circunstancias que atravesaba la Gran Bretaña, que sin ningun temor podia Luis Felipe aceptar la corona que acababa de ofrecérsele para su hijo, y hacer sufrir á la Inglaterra la doble humillacion de patentizar su impotencia, y de castigar sus amenazas.

Seguia en el interin la suerte de Polonia siendo cada vez mas precaria; todo anunciaba en su horizonte político una gran catástrofe. La política de contemporizacion seguida por su gefe Chlopicki, y el haberse negado este á sancionar el famoso manifiesto polaco, á pesar de la dignidad y moderacion con que estaba redactado, contribuyeron ó desenvolver con mas rapidez los acontecimientos. En vano la Polonia en el triste estado en que se veia, dirigió á la Francia una mirada suplicante pidiéndola un apoyo en su desgracia; en vano le recordó sus recientes sacrificios por salvar á los cristianos de la Tierra Santa; todo fué inútil, nada bastó á decidir á la Francia á desenvainar su espada para defender la independencia de un pueblo oprimido y débil. Por último la Polonia, sin atender mas consejos que los que le sujeria su desesperacion, trató de declararse independiente, escluyendo para siempre del trono á la familia de Romanoff. Aterrado Chlopicki á semejante noticia presentó su dimision, siendo nombrado para sucederle en el mando Miguel Radziwil, hombre de bien, pero irresuelto y tímido, y por lo mismo incapaz de arrancar á su patria de la triste situacion en que se veia. Estos acontecimientos de tanto interes para la Francia, lejos de contribuir á despertar su noble ardor, hicieron, por el contrario, nacer en ella todos los temores, todas las inquietudes. El pueblo francés, sin embargo, manifestaba en todas partes el interes mas vivo por sus hermanos de Polonia; tambien la cámara de diputados por su parte consideraba como un deber de la Francia alargar á la pobre Polonia una mano amiga; solo el gobierno, indiferente y tímido, no se atrevia á recordar á la Rusia el cumplimiento de sus deberes respecto de los polacos, por no romper abiertamente con ella. Mas desesperada aun que resuelta, al verse la Polonia reducida á sus propias fuerzas, se lanza á la guerra sin mas ausilio que el valor de sus propios hijos, ni mas esperanzas, que la de morir combatiendo en defensa de su patria. Dirige contra ella la Rusia huestes numerosas, y despues de varios encuentros, en los que suplió entre los polacos el heroismo al número, tuvo lugar la sangrienta batalla de Grochow.

Mientras continuaba la Polonia siendo teatro de sangrientas escenas y escitando vivamente la atencion de Europa, proseguia impasible el rey de los franceses su política, sin atender mas que al logro de sus designios. Todas ó al menos las mas de las ciudades de Francia enviaron en



aquella época al rey sus diputaciones, entre estas, hubo una, la diputacion de Gaillac que se espresó asi: « La Francia desea no depender del estranjero ni de las facciones del interior ;» á lo que contestó el rey Luis Felipe: « Si las necesidades de la patria exigiesen la convocacion de los guardias nacionales y de todos los ciudadanos para defender nuestra independencia contra una agresion estranjera, yo los convocaria con plena confianza; mas espero que no llegue esta necesidad. Nosotros debemos no solo apetecer la paz, sino tambien evitar todo aquello que puede provocar la guerra. En cuanto á la política interior, tratarémos de mantenernos en un justo medio.» Tal era la política que se propuso seguir el rey de los franceses desde el primer dia de su encumbramiento al trono. Como insiguiendo esta política, no se ocultaba al gobierno la necesidad en que se veia de ponerse en estado de hacer frente á cualquiera evento, tuvieron que comprarse armas, abastecer las plazas fuertes, levantar tropas y reforzas las guarniciones, de lo que se siguió un au-

mento de tres cientos millones de francos en el presupuesto. General fué el descontento que causó en todas las clases aquel aumento, y sobre todo la inversion que se daba á los fondos públicos; los legitimistas por otra parte no cesaban de ponderar las ventajas y la baratura de la monarquía antigua, y solo echaban á la revolucion de julio la culpa del despilfarro que habia introducido en la administracion el nuevo gobierno. Ya no eran solo los intereses materiales los que se veian en grave compromiso, puesto que era aun mucho mayor el en que estaban los intereses morales; los Sansimonianos por medio del «Globo» hacian estremecer las bases del órden social, siendo su doctrina un cúmulo de arriesgadas verdades y de cínicos errores. Todo á la vez parecia conspirar abiertamente contra la nueva monarquia. Hubo algunos escritores, entre ellos el clérigo Chatel, que trataron de introducir el espíritu de reforma. Tambien Lammenais fué otro de los pretendidos reformadores religiosos de aquella época; pero todos los esfuerzos de aquellos innovadores se estrellaron ante la voluntad de la mayoría.

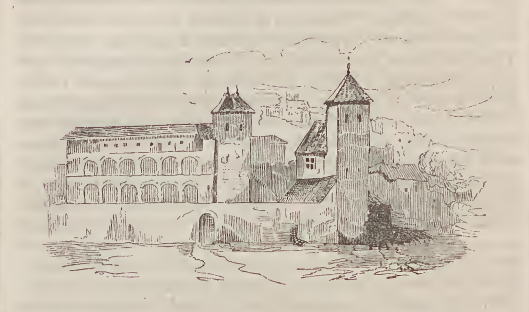
Emprendiéronse importantes trabajos legislativos, los que dieron por resultado la ley sobre el jurado y la ley municipal. Asi en Paris, como en las provincias, reinaba una sorda agitacion, á la que habian dado márgen la actitud y las voces difundidas por los partidos estremos; en Rodez, Collioure, Nimes y otros puntos, se arrancaba de noche el árbol



de la libertad y se desplegaba al viento la bandera blanca á los gritos de « viva Enrique V.» No menos animosos los legitimistas en Paris que en los demas puntos, afirmaban que iba Luis Felipe á volver la corona á Enrique, y que el duque de Mortemart nombrado embajador cerca de la corte de Petersburgo, á instancias de la misma Rusia, era el encargado de hacer á nombre de su rey aquella promesa al emperador moscovita. Tales voces dieron por resultado exaltar los ánimos de las masas, que empezaron á acusar al clero de que unido con los legitimistas trataba de dar un golpe de mano. En tal estado se celebró el 14 de enero el aniversario del duque de Berri en San German l'Auxerrois; pero apenas tuvo el pueblo noticia de ello, cuando empezaron algunos malévolos á difundir la voz de que era aquello una conspiracion clerical; sin atender á mas razones se dirigió furioso el pueblo á la iglesia de San German, y no paró hasta derribar el altar, el púlpito, las banderas y los confesonarios. A esta devastacion siguió el ótro dia la del palacio arzobispal, sin que el gobierno tratase de adoptar medida alguna enérgica para reprimir el desorden. Los consejos municipales en virtud de la nueva ley municipal, debian ser elegidos por seis años. Pasada la efervescencia popular, empezaron los partidos á hacerse la guerra y á echarse mutuamente la culpa de todo lo ocurrido. No hubo sacrificio que no hiciese gustoso el rey Luis Felipe por conservar el ascendiente que tenia sobre la clase media, á la cual llegó al estremo de complacer en todo. Cualquiera podrá comprender facilmente cuan odiosa habia de ser su política á los ojos de aquellos que aun suspiraban por la antigua monarquía, ó que halagaban en su imaginacion galana y jóven el triunfo de las ideas revolucionarias que habian de abrirles, á su vez, el camino de la gloria. Unicamente la clase media era la que, personificada en el señor Dupin, se manifestaba contento con su suerte, pues que todos los demas clamaban á voz en grito contra la cámara y contra el ministerio. Previóse desde luego la crisis en que iba á verse envuelto el gobierno, y por esto todos los partidos inscribieron en su bandera el lema de « Reforma electoral.» Los legitimistas y los republicanos aspiraban al sufragio universal, pero como eran entre ambos partidos diferentes las miras, habian de ser tambien distintos los modos que uno y otro partido presentaban para llegar al fin propuesto. La clase media trató de evitar el peligro que la amenazaba, negando abiertamente al pueblo la aptitud electoral que le habia sido concedida hasta por el mismo Montesquieu, publicista el mas célebre de su tiempo, y partidario el mas ardiente de la monarquía constitucional. La propiedad fué asentada como base del poder político, y en su consecuencia se dió una ley electoral que apartó de las urnas á la inteligencia.

Parma, Espoleto, Foligno y Terni, asi como las provincias de Um-

bria y Transimeno, dieron el grito de rebelion, al objeto de libertar á la Italia, y de privar del poder temporal al pontífice romano. Formáronse en Bolonia, Parma y Regio gobiernos provisionales; la Italia toda



pareció en un momento agitarse para recobrar su independencia. Interin seguia el Vaticano entregado al silencio y era cada dia mas inminente el peligro que le rodeaba. Tan pronto como supo el rey Luis Felipe la noticia de la insurreccion de Bolonia, manifestó al padre santo que estaba resuelto á abrazar su causa; dando en aquella fecha á su embajador las órdenes oportunas, para que obrase en conformidad á los sentimientos que animaban á su soberano.

La intencion que demostró la corte de Viena de intervenir en los asuntos de Italia; el modo enérgico y hasta insultante con que contestó el Austria al *ultimatum* que le dirigió la Francia para retraerlo de su determinacion, y sobre todo, la contestacion que dió Metternich al mariscal Maison, acerca de que no se respetaria en Italia el derecho de no intervencion proclamado por la Francia, parecian deber decidir á esta potencia á desenvainar su espada, antes que soportar una humillacion semejante. Ni siquiera se dió conocimiento del despacho que con este motivo remitió el mariscal Maison á Lafitte, presidente á la sazon del consejo de ministros, el cual viendo que se le ocultaba una noticia de tanta importancia, presentó su dimision. En esta ocasion, como en todas las anteriores, lejos de lanzarse el gobierno á la guerra prefirió una paz vergonzosa que hizo considerar á la Francia como una nacion secundaria, desde la revolucion de Julio.

Sucedió á Lafitte en el ministerio Casimiro Perrier, hombre resuelto, y

por lo tanto incapaz de desperdiciar las ventajas que pudiese procurarle la fuerza; si bien mucho mas que su realismo le hacia volar á la defensa del trono, el interés del Banco que solo podia quedar asegurado y prosperar á su sombra. No tardó el nuevo presidente en ver la indiferencia de los cortesanos, á pesar de lo favorable que se le mostraba la fortuna, á causa de su egoismo y de su insoportable orgullo. Tampoco fué mas halagüeña la recepcion que le hizo la familia real, si se esceptua á Luis Felipe que se le presentó sonriendo. Soult, Sebastiani, Barthe, el baron Luis, Montalivet, Argout y Rigni fueron los compañeros de gabinete del opulento banquero. En su primer discurso manifestó el nuevo presidente que el principio proclamado por la revolucion de julio no era un principio insurreccional; que por lo mismo debia la Francia á toda costa conservar la paz con la Europa monárquica; y que solo habia de considerar á la democracia como enemiga implacable y combatirla á todo trance: tal fué su programa político.

Los refugiados italianos que intentaron dirigirse á su patria para aumentar las filas de la revolucion fueron dispersados y perseguidos en virtud de las órdenes que dió el ministerio á los prefectos de los departamentos. Consecuente el nuevo ministerio en lo que habia dicho su presidente en las cámaras, permitió que las tropas austríacas invadiesen el territorio de Italia, y que reinstalasen en sus ducados á María Luisa y al duque de Módena, sin embargo de haber prometido la Francia que por ningun concepto permitiria que se hallase en parte alguna el derecho de no intervencion. Cada dia se mostraba la Rusia mas exigente con la Turquía; asi que, entregó en 19 de marzo el embajador francés una nota al Divan, en la que le encargaba que no solo debia manifestarse abiertamente contra la política rusa, si que tambien á declararle cuanto antes la guerra. Falto el Divan de la energía necesaria para seguir los consejos que se le daban y salir de la humillante posicion en que se veia, se dirigió el embajador ingles lord Gordon, enterándole de las confidencias hechas por el general Guilleminot, representante de Francia en aquella corte. A pesar de las relaciones de amistad que reinaban entre las cortes de Saint James y Paris, dirijió lord Gordon á su cólega de Viena un despacho, de cuyas resultas escribió Metternich á Paris quejándose y hasta amenazando al gobierno francés por la conducta que acababa de observar su embajador en Constantinopla. Otro tanto hicieron todos los embajadores de las demas potencias, dando sus reclamaciones por resultado la distitucion del general Guilleminot.

Por complacer á Casimiro Perrier dió la cámara una ley por la cual debia hacerse fuego á los sediciosos que, despues de tres amonestaciones no se retirasen inmediatamente á sus casas. De este modo se prometia el presidente del consejo tener á raya al partido democrático que en

distintos puntos á la vez empezaba ya á levantar la cabeza, sobre todo desde que habia venido á reanimar sus esperanzas la revolucion de julio. La *Asociacion de las escuelas*, la *Sociedad del órden y del progreso*, la de *Amigos del pueblo*, la logia de los *Amigos de la verdad* y otros muchos que seria prolijo enumerar, eran otros tantos focos de rebelion en la que se hacia alarde de todas las doctrinas sin profesar en realidad ninguna.

Durante el ministerio Perrier puede decirse que mas se interesó la Francia en la suerte de las demas naciones que en la de su propio pais, pues llamaban mucho mas la atencion del gobierno los acontecimientos que tenian lugar en Polonia, Bélgica y Portugal, que todas las medidas de interes que habria convenido adoptar para el interior del reino. A pesar de todo, si el gobierno francés hubiese mirado con el mismo interes que la Francia la causa de Polonia, de seguro seria muy distinta de lo que es la suerte de los infelices polacos, que se sublevaron en defensa de su patria oprimida quizás con el sentimiento, y hasta tal vez en vista de las promesas que debió hácerle en secreto el gobierno francés. En medio de los estragos de la guerra apareció el cólera, aumentando el terror, la consternacion y la muerte que reinaban en Polonia.

Dividido á la sazon el Portugal en dos opuestos bandos, mediaron entre D. Miguel y el gobierno francés algunas diferencias que dieron por resultado mandar el rey Luis Felipe á las aguas del Tajo una escuadra con órden de hacer entrar en razon al portugués. Como se trataba en esta cuestion de un pequeño reino, desgarrado aun por civiles discordias, se presentó el gobierno de Luis Felipe tan enérgico y emprendedor, como condescendiente y tímido manifestó ser poco antes, cuando se trató de hacer respetar al Austria el derecho de no intervencion, y de preservar á la desgraciada Polonia de ser víctima de la desmedida ambicion de la Rusia.

Mientras dominó en Bélgica la influencia francesa, mostróse la política europea enteramente contraria á aquel reino; pero apenas prevaleció en Bruselas el influjo inglés, cuando de repente se mostró la conferencia en Londres del todo favorable á la pujanza de la Bélgica; y dando de este modo un desaire á la Francia y á su representante el señor de Talleyrand.

Iba á abrirse el parlamento, y es muy probable que nunca hubiese sido en Francia su apertura tan vivamente esperada. La Polonia estaba próxima á pasar á ser patrimonio de tres grandes potencias que so pretesto de restablecer el equilibrio europeo iban á repartírselo injustamente.

¿Podia consentir la Francia en aquella usurpacion que podia ser un golpe mortal para la preponderancia de Occidente? Hé aqui la pregunta á que nadie se atrevia á contestar; hé ahi la impaciencia que se notaba en todos los ánimos y que hacia guardar con ansia la reunion de la asamblea. El dia por todos tan suspirado llegó al fin: el 25 de julio se dirigió el rey de los franceses al palacio de Borbon, donde se hallaban reunidos los pares y los diputados. Anunció el monarca en su discurso de apertura que ya no subsistian los tratados de 1815 con respecto á la Bélgica; que la escuadra francesa habia vencido todos los obstáculos en las aguas del Tajo, y que ondeaba el pabellon tricolor en los muros de Lisboa; y por último, terminaba el discurso de la Corona atacando vivamente las doctrinas democráticas, y dando gracias al pueblo por su sensatez y su cordura. Como no se habia nombrado aun el presidente de las cámaras, procuraron algunos que recayese en el señor Lafitte aquel nombramiento, pero Casimiro Perrier se opuso firmemente á ello, declarando que causaria aquel nombramiento la caida del ministerio. Los representantes de las grandes potencias felicitaron al papa por el restablecimiento y conservacion de la paz en los Estados de la Iglesia, en conformidad á los sentimientos manifestados ya anteriormente por el gobierno francés, lo que hizo que declarase en Francia el partido revolucionario cruda guerra al ministerio, por haberse anticipado este á felicitar al pontífice en virtud de sus últimos triunfos.

De resultas de haberse empeñado nuevamente la guerra entre el rey de Holanda y la Bélgica, mandó Luis Felipe á la frontera un ejército de cincuenta mil hombres, accediendo en esto á los deseos de Leopoldo, y para que se respetase, segun dijo el gobierno, la decision tomada por las grandes potencias con respecto á la independencia de Bélgica. Despues de haber permitido el gobierno francés que se violase en todas partes el derecho de no intervencion, acabó por violarlo el mismo, solo por que se acatasen las resoluciones tomadas en la conferencia de Londres. A su colmo llegó la indignacion en Holanda al saberse que iba la Francia á intervenir en los asuntos de Bélgica.

Vivamente atacado el ministerio por la oposicion, supo declinar la responsabilidad de los cargos que esta le hacia, y continuar su marcha firme y resuelta sin arredrarle en lo mas minimo la hostilidad de todos los partidos. «Quereis, decia en su defensa el ministerio, ¿que sostengamos con la fuerza de las armas á la revolucion polaca, ó lo que es lo mismo, que hagamos de la Polonia una nacion independiente y libre, cuando tenemos tan presente lo que sucedió á Napoleon en Tilsitt al querer reconstituir la Polonia, no obstante de contar con un invencible ejército de quinientos mil hombres, y de ser el primer capitan de su siglo?» Sin embargo, continuó la oposicion haciendo la guerra al ministe-

rio, mas que por interés, por sistema. En su aversion á los tronos, queria el partido liberal que protegiese la Francia abiertamente á la Polonia, al paso que hacia cargos al gobierno por no haber hecho respetar el derecho de no intervencion, y hasta de haberlo él mismo hollado cuando trató de intervenir en Bélgica para tener á raya la ambicion del rey de Holanda. Por otra parte, á seguir el gobierno de Luis Felipe los interesados consejos de la oposicion, habria debido emprender una guerra contra Rusia, Austria y Prusia, cuyo resultado no podia dejar de ser funesto á la monarquia de julio y á las armas francesas. Obligado el gobierno cada dia á sostener nuevas luchas parlamentarias, en las que se echaban en cara todos los partidos las muchas faltas cometidas, pretendiendo hacerle responsable de ellas, no podia el gobierno creer una situacion despejada, ni mucho menos adoptar medidas de utilidad general que acallasen á las oposiciones y satisfaciesen á los pueblos. Así que, léjos de tocar el pueblo los bienes que tenia derecho á esperar de una administracion sabia y prudente, se veia cada vez mas burlado en las esperanzas que le habian hecho concebir la revolucion de Julio, mostrándose en su indiferencia siempre dispuesto á servir de instrumento á los partidos, sin contar que todos ellos le habian de dar en último resultado los mismos desengaños. La clase media, que era la que ocupaba el poder, como no pudiese contar con ningun apoyo para sostenerse, se arrojó en brazos del frio mercantilismo que acabó de enagenarle las pocas simpatias que aun le quedaban.

Mientras que la Francia continuaba siendo campo de todas las intrigas, tocaba á su término la nacion polaca á pesar de todos sus esfuerzos, y no obstante la proposicion del Austria, de que sostendria su nacionalidad, si consentia la Polonia en aceptar por rey á un príncipe austríaco. El Austria confió á la Francia sus planes que no solo los aprobó, sino que



hasta hizo que la Inglaterra los apoyára tambien; habiéndose negado lord Palmerston á ello, vióse Mr. de Talleyrand nuevamente humillado por el gobierno inglés. Al paso que el gobierno de Luis Felipe en virtud de las esperanzas que le hacia concebir su embajador en Londres procuraba animar á la legacion polaca, hacia la Rusia grandes esfuerzos para hundir de una vez la independencia de Polonia, que continuaba aun resistiéndose, escitando con sus hechos el asombro de Europa. Impúsose al fin á los polacos la ley del vencedor, sufriendo con ello en Europa el principio liberal un golpe terrible, que hizo temer en un principio por su trono al rey Luis Felipe. Al recibirse en Paris la noticia de la rendicion de Varsovia, se notó de pronto entre el pueblo un estupor, que no tardó en convertirse en desesperacion: empezaron á formarse grupos, fueron desempedradas algunas calles para formar barricadas y permaneció durante algunos dias amotinado el pueblo, si bien no se atrevió á lanzarse abiertamente á la revolucion. Tambien en las Cámaras empezó una terrible lucha parlamentaria que no dió resultado alguno. En vista de la energía que desplegó Guillermo de Holanda al romper otra vez con la Bélgica, sin respetar en lo mas mínimo las decisiones de la Conferencia de Londres, deshizo este su propia obra, y formó el famoso «Tratado de los 24 artículos» que tan contrario era á los intereses y al honor de la Francia. Los gastos fueron repartidos por partes iguales entre la Holanda y la Bélgica, lo que no dejó de ser bastante equitativo, pues si bien podian los belgas dudar de la deuda austro-belga que existió ya antes de la reunion, era innegable que quedaban ellos favorecidos respecto de las contribuciones y de las demas deudas de consuno contraidas.

Todas las grandes potencias de Europa, escepto la Francia, podian quedar altamente satisfechas del resultado de los acontecimientos; puesto que veia la Prusia mas sometidas á su dominacion las provincias del Rin; el Austria habia visto sofocadas las revoluciones de Módena, Parma y Bolonia, y por consiguiente garantidas sus posesiones de Italia; la Inglaterra habia logrado hacer triunfar su política aprovechándose de la revolucion belga; y la Rusia, si bien á costa de grandes sacrificios, acababa de dominar á la Polonia, y de ahogar en su seno el fomes de una resistencia perenne y osada. Lejos de disminuir su dominacion en Constantinopla, aumentó mas y mas, merced á los desaciertos de la política francesa, dando la Turquía un paso mas cada dia hácia su desmembramiento y ruina. Tal era la prosperidad y pujanza que habia dado con su política cobarde la revolucion de julio á las grandes potencias; casi todos los pueblos que tenian derecho á esperar la proteccion de la Francia se habian estremecido mas ó menos al grito de emancipacion lanzado en Paris; casi todos habian contestado á aquella voz que creyeron debia

procurarles la independencia y la libertad que tan vivamente anhelaban; pero lejos de ver cumplidos sus deseos y de sacudir el yugo que les oprimia, se vieron por el contrario borrados del mapa, ó condenados á una esclavitud aun mucho mayor. Los polacos tuvieron que buscar un asilo en pais estrangero; la Italia se habia visto dominada despues de haber derramado inutilmente su sangre; espiaba Torrijos en España con la muerte su decision por la causa de la libertad; y ardia en Portugal el fuego de la civil discordia, alimentado por Don Miguel y por su sobrina Doña Maria de la Gloria. Y sin embargo la Francia hubiera podido evitar todos los males que afligian á esos diferentes paises, dejando de instarles secretamente, como en realidad lo hizo, á que se sublevasen, ó bien prestándoles su apoyo como era su deber, despues de haberlas inducido á que lanzasen el grito de libertad.

Despues de esta conducta indisculpable, no estaba reservada á la Francia otra suerte que conformarse á desempeñar el oscuro papel que, en vista de su política de contemporizacion, acababan de señalarla las demas potencias de Europa. Un gobierno que tan débil se mostraba en el esterior, no podia menos de originar en el interior, á causa de su misma debilidad, una terrible lucha intestina. Vista por el partido legitimista la actitud amenazadora de las potencias con respecto á la Francia, creyó haber llegado la hora de volverse á apoderar de la situacion; y hé aqui, porque apenas repuesto de su estupor, empezó á agitarse nuevamente para conseguirlo. Faltábale empero al partido realista gefes que le dirigiesen, y todas las miradas se fijaron en Chateaubriand, como el hombre mas á propósito para dirigir con acierto la marcha política que convenia seguir por lograr el apetecido triunfo. Mr. de Chateaubriand empero habia dejado ya de ser el hombre activo y afortunado de otros tiempos: dotado de un talento sin igual y de una alma verdaderamente grande, hubiera podido ser el insigne escritor un político temible en tiempos de la Revolucion ó del Imperio, épocas notables como él; mientras que de muy poco podia servir entonces á su causa, por no estar acostumbrado á luchar con una política rastrera, é indigna por lo tanto de un adversario semejante. Los hombres de cierto temple necesitan un vasto teatro para campo de sus hazañas. Viendo que no estaba Chateaubriand dispuesto á aceptar el alto cargo que gustoso le ofrecia su partido, pensó dirigirse este á Berryer, al nuevo Mirabeau, que habia logrado tantas veces dominar á las asambleas con la magia de su palabra, y al que no habria habido partido alguno que no se gloriase de tenerle por gefe. Pero tampoco era este el hombre que necesitaba el partido legitimista en aquellas circunstancias, porque mas que genio necesitaba accion, dispuesto como estaba al parecer á apelar á las armas. Asi que, volviendo la vista hácia los departamentos del Oeste,

que tantos sacrificios habian hecho por la causa realista durante la república, les recordaron la nunca desmentida fidelidad de los valientes soldados de Cathelineau, la Rochejaquelein y Lescure, á cuyo recuerdo se despertó en el corazon de los vandeanos y bretones el ardor de que habian dado sus padres tantas pruebas, y se aprestaron desde luego á lanzarse á la guerra. Sabedora la duquesa de Berry, de que acababa de lanzarse al viento en la Vandea y Bretaña la bandera de la legitimidad,



partió de Escocia para ir á animar con su presencia aquel movimiento, aunque debiese arrostrar para ello todos los peligros: se trataba de elevar al trono de Francia á su hijo Enrique V, y estaba resuelta como madre á no desistir de aquella empresa que tantas esperanzas le hacia columbrar, y que podia cumplir sus mas ardientes deseos. Determinó por de pronto ir á establecerse á Italia, para mejor dirigir desde allí las operaciones, y determinar si se dirigiria al oeste ó al mediodia, en cuyos dos puntos se le esperaba con la misma impaciencia. Mientras que la nobleza se disponia á dar el último golpe por restablecer en Francia el antiguo régimen, procuraba la clase media asegurar su triunfo, aboliendo el derecho hereditario de la cámara de Pares, y proscribiendo á la raza primogénita de los Borbones. No satisfecho aun el liberalismo con estas dos leyes, pidió el coronel Bricqueville en su nombre, que desterrados para siempre de Francia los miembros de la rama primogénita, que fue-

se sancionada esta ley con la pena de muerte, y que se procediese inmediatamente á la venta de todos los bienes pertenecientes á la familia real proscrita; pero debe decirse en obsequio de la clase media, que fué desechada la injusta proposicion presentada por Bricqueville. Hubo con este motivo violentas discusiones, en una de las cuales pidió Berryer que la ley que condenaba á Napoleon y su familia al destierro perpétuo, fuese revocada á nombre de la union de todos los partidos. Como en todos los gobiernos débiles, se notaba en el de Luis Felipe las mayores contradicciones: halagábase por una parte al rey, y se le privaba por otra de la Cámara hereditaria de los Pares que debia ser su mas firme apoyo; su dinastía habia sido declarada inviolable, y acababa de proscribirse á la otra dinastía, inviolable tambien, solo por complacer á la entonces reinante; colocóse en la plaza Vendome la estátua de Napoleon para inmortalizar las glorias de la Francia, y sin embargo se prohibia á la familia Bonaparte que volviese á pisar nunca mas aquella tierra, en la que como por irrision, se ensalzaba la gloria inmortal que hacia entonces su desgracia; por último, queria darse al pueblo una educacion monárquica, y solo procuraba inculcársele odio á sus reyes.

Para acabar de aumentar los males que tanto hacia temer la sorda agitacion que en Paris reinaba, hubo en Lion algunos disturbios que amenazaron su tranquilidad, á causa de la triste situacion en que se veian los operarios, particularmente los que se dedicaban á trabajar la seda. Reconocida por el gobierno la justicia con que se quejaban aquellos pobres industriales, tuvo á bien acceder á su peticion, á que se fijase una tarifa. A tal punto llegó la cólera de los fabricantes con este motivo que, no pararon hasta provocar á los operarios por mas que no se les ocultase que podia producir su agresion un rompimiento. La crísis iba tomando cada dia un caracter mas hostil, de modo que ofrecia Lion el 25 de octubre, el mas triste espectáculo de que pueda cualquiera formarse idea: recorria las calles una multitud hambrienta, sin entregarse empero á ningun acto de violencia, pues bastaron las amonestaciones de Bouvier Dumoulard para que se retirase inmediatamente aquella multitud contristada. Todo indicaba sin embargo que, si no eran en breve atendidas las quejas de las masas, podia facilmente trocarse su paciencia en desesperacion y acontecer grandes desastres, como en efecto asi fué. Pasáronse un sin fin de dias en inútiles contestaciones que lejos de aliviar en lo mas mínimo la triste suerte de los operarios, contribuyeron por el contrario á agravarla mas, y á exaltarles hasta el punto de decidirles á confiar á la fuerza el resultado que no habian podido conseguir por medio de la resignacion y de las quejas. Apelaron pues los artesanos á las armas, y despues de dos dias de sangrientos combates, tuvo que replegarse la tropa sobre las Casas consistoriales, donde no tardó en cercarlas una

multitud resuelta y armada que las obligó al fin á retirarse, imperando desde aquel momento casi en todos los puntos de la ciudad la insurreccion triunfante. Justamente alarmado el gobierno de Paris al saber los graves acontecimientos de Lion, mandó allá al príncipe real y al mariscal Soult al frente de un numeroso ejército para reprimir el desorden. El tema de « vivir trabajando ó morir peleando, » inscrito en la bandera de los insurrectos, infundió á todos los ánimos la tristeza y la ansiedad, por no ser ya un partido político el que se invocaba, sino un interes material que no podia menos de tener numerosos y ardientes partidarios. Solo el gobierno, por una obcecacion incomprensible, parció tranquilizarse al ver que no se desplegaba la bandera de Enrique V, de Napoleon ó la república, como si el grito lanzado por la insurreccion lionesa no debiese ser para él mil veces mas terrible; así que, sin hacer concesion alguna trató de sofocarlo por medio de la represion legal.

Entregado el gobierno á su funesto sistema del *laissez faire*, autorizaba con su culpable apatia todos los monopolios, cuando de improviso vino la revolucion lionesa á patentizarle la imprudencia y culpabilidad de su conducta, sin lograr no obstante hacerle abrir los ojos á la luz de la justicia y la razon. En medio del trastorno general que á la sazon reinaba, se presentó Cárlos Fourier, hombre que á pesar de su talento, debia morir mas tarde olvidado y pobre; pero como eran todavía muy poco conocidas sus ideas, apenas se notó su aparicion. La escuela que estaba mas en boga entonces era la Sansimoniana. Era su gefe un descendiente de aquel famoso duque de San Simon, historiador de en tiempos de Luis XIV; combatió los privilegios del nacimiento, y sostuvo con noble empeño que era la guerra, aun mas que injusta, impía. Despues de haber hecho este nuevo reformador detenidos y profundos estudios acerca de la humanidad, soñó, como todos los utopistas, en la perfectibilidad del hombre. Con todo, es innegable que denunció San Simon los males del presente siglo; que combatió muchas preocupaciones; que despertó grandes ideas, y que abrió ancho campo á la inteligencia. Consideró el nuevo reformador á la revolucion francesa como una consecuencia precisa de la rebelion de Lutero, así como vió en el hundimiento del poder espiritual en Europa, el resultado de la obra revolucionaria levantada en ella. Pero incapaz de llenar el inmenso vacío que habia de dejar en pos de sí la desaparicion del gobierno del espíritu, se limitió en su impotencia á indicar para reemplazarle, que se nombrase una comision, á la que deberia darse el nombre de *Consejo de Newton*, compuesta de tres matemáticos, tres físicos, tres químicos, tres fisiólogos, tres literatos, tres pintores y tres músicos, que presididos por un matemático, habrian de formar el gobierno espiritual, y encargarse de dirigir todos los pueblos de la tierra hácia un mismo fin. Basta por sí solo este proyecto,

para dar á conocer los delirios de que habia de adolecer la escuela sansimoniana que contó en un principio con tantos prosélitos. Esta escuela, á la que dió el golpe de gracia la separacion de los señores Bazard y Enfantin acabó por morir bajo el peso del ridículo, y no podia menos de ser así por los mil fantasmas que habia evocado.



Jamás se habia visto en Francia el poder del rey Luis Felipe tan vivamente amenazado, pues se veia en el órden político atacado por todos los partidos, asi como lo era en el órden moral por las nuevas ideas que se veian cundir cada dia: el partido republicano, sobre todo, era el que emprendia en la prensa y en las cámaras con mas ardor la guerra, des-

de que contaba en el número de sus diputados á Garnier Pagés y Armando Carrel. Otro enemigo, si cabe, aun mas terrible, que los anteriores, se levantó contra el gobierno, tal fué el estupor que causó al público el aumento considerable del presupuesto, de resultas del esceso de empleados que se crearon, y de haberse fijado en catorce millones de francos la dotacion real. Mr. de Cormenin, fué el que mas rudos ataques dirigió contra el nuevo proyecto de ley, demostrando que nunca habia tenido la Francia un gobierno que tanto costase á la nacion como el de Luis Felipe, ni que hiciese vivir del presupuesto á tantos cortesanos de la clase media, cuya única ocupacion consistia en circuir y adular el trono levantado en julio. La prensa toda empezó á clamar contra la corte, y hasta llegó á recordar la pasada juventud de Luis Felipe de Orleans, y su proclama fechada en Tarragona, de la cual se desprendia haber aceptado el mando del ejército de Cataluña, confiado por la junta central de Cadiz. Casi todos los periodistas se vieron desterrados, sin que por ello cejase la prensa en sus ataques contra el gobierno.

Al lenguaje enérgico y hasta casi revolucionario de los periódicos, siguió la presion, y á esta algunas conspiraciones mas ó menos vastas, tales como la de Notre Dame, y la de la calle *des Prouvaires*, que si bien no tenian por objeto derribar el poder constituido, demostraban claramente el descontento general que reinaba. Por mas que casi todos los complicados en los últimos acontecimientos, perteneciesen á las clases mas ínfimas del pueblo, manifestaron en sus declaraciones un desinterés y una prudente energia, que les valió la admiracion de los hombres resueltos de todos los partidos. Ya no quedó circunscrita la conspiracion en París, sino que en breve se estendió por Saint Germain, Meudon, Clamart, Versailles y Vincennes, sin que fuesen ya todos oscuros los afiliados en ella: « Echemos al gobierno abajo, y dejemos luego á la nacion que elija entre el sucesor de Cárlos X, y el del emperador. » Tal fué la proposicion que hicieron á sus adeptos seis generales, entre los que habia un mariscal de Francia, muy conocido por sus ideas en favor de la causa de la legitimidad, y otro general que se habia conservado siempre adicto al partido de Bonaparte. Habíase dado ya la insurreccion el santo y seña para atacar en la noche del 2 de febrero el palacio del Louvre, cuyas puertas debian serle abiertas por algunos de sus cómplices que formaban parte de la real servidumbre. Así dispuesto todo, solo faltaba dar la señal luego de haber empezado el baile que habia de dar aquella noche la corte, cuando vino una intriga á hacer fracasar los planes de los conjurados. La ambicion empezó, como sucede casi siempre en tales casos, á dividir los ánimos, de lo que resultó que abortase aquella conspiracion á pesar de estar muy bien dirigida y de contar con innumerables y poderosos afiliados.

Hubo en la Romanía algunos trastornos, con motivo de no haber atendido el papa los consejos de los embajadores de Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, para que admitiese el principio de la eleccion popular como base de las asambleas comunales y provinciales; trastornos que lograron distraer por un momento la atencion pública vivamente escitada en Paris por las disensiones intestinas. En 10 de enero de 1832 notificó la corte de Roma á las potencias su intencion de enviar sus tropas á las legaciones para disolver la milicia urbana; todas las naciones aprobaron la disposicion dada por Gregorio XVI, escepto Inglaterra que, reprobó altamente en aquella ocasion la conducta del Sumo Pontífice. La corte romana sin embargo, resuelta como estaba á sofocar en sus estados todo gérmen de rebelion, puso en ejecucion sus planes, disponiendo entrasen sus tropas en union con las de Austria inmediatamente en Bolonia. Viendo el ministro Perrier la gravedad de



los acontecimientos de Italia, dió órden de hacerse á la vela para Ancona un navío y dos fragatas, con algunas tropas, que se apoderaron de la ciudad pontificia á poco de su llegada. Aquel acto incalificable, despues de la adhesion del gobierno francés á las medidas de seguridad que acababa de adoptar el papa, causó en la corte de Roma una alarma igual á la satisfaccion que manifestó la ciudad ocupada, por haber manifestado las tropas invasoras que iban á dar á los habitantes de Ancona su suspirada independencia. Lejos de valer al ministerio frances aquel acto alguna popularidad, conforme lo creería sin duda Casimiro Perrier al mandarlo ejecutar, le hizo, por el contrario, objeto de la animadversion de todos los partidos.

En vista de la imponente actitud que parecia tomar la Francia ante la Europa, se agitó el partido liberal en casi todos los departamentos, siendo las ciudades de Alais, Nimes, Carcasona, Clermont y Grenoble, teatro de sangrientas escenas que reprimió el gobierno, no sin adoptar medidas de un rigor inaudito. Al recibirse en Paris la noticia de los tristes acontecimientos ocurridos en aquellas ciudades, no conoció límites el furor de Casimiro Perrier quien ultrajó injustamente á los insurrectos de Grenoble, su patria, y ponderó hasta la ecsageracion la conducta que observó la tropa, cuando era por el contrario digna de censura, puesto que solo á su imprudencia y á la de las autoridades civiles fué debida la provocacion del desórden en aquella última ciudad. Las muchas inecsactitudes en que incurrió el «Monitor,» periódico oficial del gobierno, al referir y comentar los hechos ocurridos en Grenoble, dieron márgen en las Cámaras á violentas discusiones que, acabaron por obligar al gobierno á cerrar el parlamento. Sin embargo, se votó antes el presupuesto haciéndole subir á una suma fabulosa, comparado con el último de la época de la Restauracion. De este modo correspondió la Cámara á las esperanzas de un pueblo que todo lo esperaba de su patriotismo al darle sus sufragios.

Muy en breve iba á pesar sobre la Fancia una calamidad cien veces mayor que todos los males que hasta entonces le causára el odio de los partidos. El cólera con todo su horror empezó á cerner sobre Paris sus negras alas, sembrando por dó quiera la confusion, el espanto y la muerte. Si bien al principio empezó la terrible enfermedad por cebarse en las clases pobres, pronto invadió tambien las elegantes moradas de los ricos,



y á convertir á lo poco antes bullicioso Paris en un vasto cementerio. En vano dictó el gobierno todas las disposiciones que se creyó podian atajar los progresos de aquel terrible azote; todo fué inútil: era cada dia mayor el número de víctimas que espiraban en medio de los mas horrorosos tormentos. En tan grave apuro, trataron las personas acomodadas de evitar el peligro ausentándose de la capital, por lo que quedó el pueblo al verse de aquel modo abandonado, sumido en la desesperacion mas violenta. Cumple á nuestro deber de historiadores el consignar aqui, que ni el rey Luis Felipe ni su familia, pensaron en salir de Paris por librarse del contagio que asi amenazaba su existencia, como la del mas humilde ciudadano. De repente se pronunció por algunos mal intencionados la palabra *envenenamiento*, la cual en su fatal credulidad acogió el pueblo como un importante aviso, y se entregó desde entonces á todos los escesos. Murió Casimiro Perrier de la enfermedad reinante: pocos momentos antes de espirar tuvo el presidente del consejo una entrevista con el embajador de Rusia, en la que le dijo este: «El emperador mi amo no quiere...» A lo que contestó el moribundo: «Diga V. á su amo que la Francia no recibe órdenes de nadie, y que mientras viva Casimiro Perrier, no tomará mas consejos que los suyos propios y los de su honor.»

El dia mismo en que murió el presidente del consejo, pagó tambien su tributo á la naturaleza Jorge Cuvier, hombre que por sus importantes trabajos puede ser considerado como uno de los mas eminentes de su siglo. Calmóse al fin en Paris el cólera, despues de haber diezmado á sus infelices moradores.

Continuaba entre tanto la duquesa de Berry entregada á sus audaces planes dispuesta á ponerlos en planta, por mas que debiese arrostrar para ello los mas grandes peligros; pero todos sus esfuerzos solo debian contribuir á poner de manifiesto la division que reinaba en el partido legitimista. La Europa, que se habia convencido de que no atentaria el rey Luis Felipe á los tratados de 1815, consideraba como una prenda de seguridad el afianzamiento de su trono; asi que, todas las potencias se mostraron indiferentes, cuando no hostiles, á los proyectos de la princesa Maria Carolina. Sabedora la corte realista de Masa que trataban algunos bonapartistas de restablecer al duque de Reichstadt, trató de ponerse de acuerdo con ellos, para derrocar mancomunadamente al rey Luis Felipe; pero no llegaron á entenderse los dos partidos, por no querer el bonapartista renunciar á su bandera tricolor y desear la corte de Masa que solo tremolase al viento la bandera blanca. Hácia aquel

mismo tiempo recibió la duquesa de Berry una nota del príncipe de Metternich, en la que le aconsejaba el astuto diplomático que renunciase á sus belicosos proyectos, sino queria comprometer mas y mas la causa de su hijo; pero lejos de atender la princesa á los consejos de la política, procuró con mas ahinco fomentar la revolucion que en breve habia de estallar en las provincias occidentales de Francia. Sobre unos quince mil hombres habia ya armados y dispuestos en quellas provincias á lanzarse á la guerra al primer llamamiento; á tal punto las cosas, ó debia la duquesa de Berry renunciar definitivamente á sus planes, ó bien apelar sin demora á la suerte de las armas; y este fué el partido que se adop-



tó. Hé aqui el régimen que debia seguirse despues de haber alcanzado el triunfo: convocacion de Estados generales, cuya primera cámara seria

conferida á los mariscales de Francia, cardenales, arzobispos, presidentes de los tribunales de Casacion y los cuatro altos funcionarios de palacio; las asambleas provinciales habian de ser nombradas por eleccion. Se prometió asimismo suprimir la contribucion que pesaba sobre el vino y la sal, en conmemoracion al advenimiento de Enrique V al trono. Hallábase cierta noche la duquesa de Berry envuelta en una capa y durmiendo sobre la arena de una desierta playa, cuando la despertaron los personajes que la acompañaban, al objeto de hacerla pasar al *Carlo Alberto* que debia conducirla á Francia. Apenas acababan de desembarcar la princesa y sus partidarios en las costas francesas, cuando llegó ya á oidos del público la noticia publicada por la imprudencia de algunos á pesar del interes que habia en que quedase oculta. El gobierno adoptó por una parte todas las precauciones para hacer fracasar la rebelion que iba á estallar de un momento á otro, y por otra los conjurados al verse descubiertos trataron de llevarla á cabo lo mas pronto posible. Inútiles fueron, á pesar de todas las promesas, las tentativas que se hicieron para sublevar el departamento de Marsella; pero lejos de desalentar por ello la princesa, determinó dirigirse á sus queridas provincias Vandeanas.

A los pocos dias los demas realistas del *Carlo Alberto*, entre los que se encontraban el mariscal Bourmont y otros altos personajes, fueron apresados en alta mar por el vapor «Esfinge» que los condujo á Tolon. Como habia entre los prisioneros la señorita Lebeschu que viajaba bajo el seudónimo de Rosa Staglieno, creyeron las autoridades que seria esta jóven la princesa Carolina, y por esto se dió equivocadamente parte al gobierno, de que se habia aprehendido á la duquesa de Berry. Iba ya el gobierno á disponer que fuese trasladada á Holy-Rood, donde residia Cárlos X y toda la familia real proscrita, á pesar de pretender algunos que fuese juzgada en conformidad á la ley, cuando descubrió un edecan del rey, que no era la duquesa, y si la señorita Lebeschu, la supuestá prisionera. Sabedores los ligitimistas de Paris que habia llegado ya la princesa á las provincias vandeanas, comisionaron á Mr. Berryer para que la hiciese renunciar sus belicosos planes. No sin gran trabajo habia logrado el ilustre orador convencer á la madre de Enrique V, pero á la mañana siguiente recibió la princesa un pliego de Tolon, en el que se le decia haberse sublevado en masa tódo el mediodia de la Francia, por lo que se entregó mas que á sus esperanzas y deseos de emprender la guerra. La circunstancia empero de haberse dado órden de que se renunciase al movimiento realista, á consecuencia de la entrevista que tuvo la princesa con Berryer, hizo que abortase despues á pesar de la contra órden, y que solo se notase en los insurgentes, incertidumbre, desconfianza y confusion. Si bien no dejaron los realistas

de lanzarse al campo, y luchar se vieron no obstante obligados á retirarse despues de haber sufrido grandes pérdidas, ya por el escesivo



número de sus enemigos, ya por haberles faltado el apoyo de muchos de los que recibieron antes la órden de renunciar al movimiento. La duquesa de Berry, despues de haberse visto obligada á implorar diferentes asilos y á pasar algunas noches en medio de los bosques para evitar la persecucion, fué al fin entregada á sus enemigos.

Mientras daban los legitimistas el grito de guerra en las provincias vandeanas, iban los republicanos en Paris á lanzar el suyo, y se disponia un cuerpo de tropas enteramente adicto á la causa bonapartista á proclamar el duque de Reichstadt; pero en todos estos partidos se vió reinar entonces mas ó menos la indecision ó la anarquía. Al verse espuesto el gobierno á ser atacado de un momento á otro por tantos enemigos á la vez, dictó tales disposiciones que, puede decirse convirtió la capital en un vasto campo de batalla. Un triste incidente vino á aumentar la confusion y á disponer mas los ánimos para aquel drama que todo inducia á creer tendria un sangriento desenlace. Murió el general Lamarque, y todas las clases, todos los partidos, dispusieron acompañar al ilustre finado á su última morada; en todas las principales calles que debia recorrer el cortejo fúnebre, se pronunciaban arengas mas ó menos vehementes que, unidas á las alarmantes noticias que se procuró difundir, acabaron por exaltar vivamente los ánimos. Aun no habian llegado al Panteon los restos del general Lamarque, cuando se oia ya en todo Paris un

fuego vivo y sostenido entre los insurrectos y la tropa, que hacia temer una gran catástrofe. En mil puntos á la vez coronaba el mejor éxito los desesperados esfuerzos de la insurreccion; todo indicaba que la dinastia del rey Luis Felipe iba á quedar para siempre hundida, pero al fin despues de grandes sacrificios y de mucha sangre inútilmente vertida, sucumbieron los insurrectos por falta de direccion, y mas que todo, por el temor general que inspiraba la bandera republicana que habian levantado. Hiciéronse en Paris, sofocado el motin, diferentes prisiones; pero no queriendo el gobierno abusar de su victoria, dejó libres á la mayor parte de los presos. Murió á la sazon el jóven duque de Reichstadt, llevándose al sepulcro las esperanzas de muchos partidarios de las antiguas glorias del imperio.

Uno de los primeros actos con que señaló el gobierno su victoria del mes de junio, fué suprimir la secta sansimoniana, que, estaba ya herida de muerte desde la separacion de Bayard y Enfantin, dos de sus mas ardientes defensores; cuya separacion fué motivada por la diversidad de doctrinas que manifestaron los dos últimos, introduciendo el cisma en la malhadada secta. Hubo sin embargo algunos jóvenes discípulos que siguieron á Enfantin en su retiro abrazando la vida comun, y adoptando un traje particular que muy pronto debia ser reemplazado por el mismo que abandonaran á su supuesta separacion del mundo. El misticismo fuera de la religion, ó es un sarcasmo, ó el delirio de una imaginacion ardiente y jóven, cuando no el medio para procurarse una triste celebridad. Obligado Enfantin á comparecer ante sus jueces, y preguntado si era cierto que se diese el título de «Padre de la humanidad» y que se supiese la «ley viva», contestó afirmativamente; segun el gefe de la nueva secta, habia de reunir el sansimoniano, virtud, saber y belleza. Casi todos los sectarios fueron condenados á prision y á una multa, y prohibido el sansimonismo por disposicion del gobierno.

Acercábase el dia de la apertura de las cámaras, por lo que todos los partidos se disponian para la encarnizada lucha que iba á empezar en el parlamento; solo faltaba ver si tendria el ministerio aplomo y fuerza bastantes para triunfar de la Cámara. Los vandeanos que habian tomado parte en la última insurreccion, fueron juzgados y en su mayor parte absueltos; solo á los principales gefes se impuso algunas penas: tambien Mr. Berryer fué juzgado como cómplice en aquella conspiracion lo que fué para el insigne orador un nuevo triunfo. Los enemigos del gobierno que tan audazmente se habian sublevado en Paris el mes de junio, y que tantas probabilidades de buen éxito tenian en su favor desde el principio de la revolucion, se exasperaron despues de la derrota hasta el punto de jurar la muerte del rey, ya que no habian podido vencerle en las barricadas. Desde entonces cruzó por la mente de los mas exaltados, la idea del ase-

sinato, y como si de la muerte de un hombre dependiese la muerte de una idea, solo se trató de poner en práctica el fatal proyecto concebido. No tardó en hacerse la primera tentativa, en el momento en que el rey á caballo llegaba al puente Real para dirigirse á presidir la apertura del parlamento. Hiciéronse varias prisiones que no dieron mas resultado que el de intempestivas declaraciones de patriotismo que nada tenian que ver con el crímen que se perseguia. Entretanto continuaba siendo el gobierno en las Cámaras el blanco de los tiros de la oposicion, por lo que se veia constantemente obligado á halagar todas las ambiciones y á echar mano de todos los medios para sostenerse.

Desgarrada la Francia por las facciones intestinas que la devoraban, érale imposible presentarse á los ojos de la Europa con la importancia que las circunstancias reclamaban, por tener que consumir todas sus fuerzas para conjurar el peligro inminente que la amenazaba en el interior. Es verdad que habia sido admitida en el consejo de los soberanos, mientras se creyó su cooperacion necesaria al interes de los tronos de Europa; pero se veia posteriormente escluida de la Conferencia que iba á reunirse para tratar de los asuntos de Bélgica. Vióse Francia mas tarde obligada á poner su ejército en pié de guerra para hacer respetar al rey Guillermo la dicision de un congreso, del que se habia visto injustamente escluida. En union pues con Inglaterra hizo la Francia sus preparativos contra Holanda y se dispuso á hacer cumplir á Guillermo un tratado aunque debiese derramar para ello la sangre de sus hijos, y fuese aquel tratado en su esencia contrario á la nacion francesa. Contestó el rey de Holanda con una negativa á la intimacion que le hicieron Francia é Inglaterra, por lo que recibió inmediatamente el ejército francés la órden de pasar la frontera, y que desechando la cooperacion de los belgas, se dirigiese contra la ciudad de Amberes. En breve conocieron las armas francesas lo funesta que les era la política seguida por el gobierno de su nacion, solo por complacer á la Inglaterra, que no podia ver con buenos ojos que combatiesen franceses y belgas bajo una misma bandera.

Como se negase el gobernador general Chassé á entregar la ciudadela de Amberes confiada á su defensa, empezó desde luego el general Gerard el sitio que tanta gloria habia de dar á las armas francesas; asi el ejército sitiador como la guarnicion sitiada, supieron justificar con cuanto acierto se habia confiado á uno y otra el ataque y la defensa. Por último, despues de esfuerzos sobrehumanos, en los que los gefes, oficiales y soldados franceses rivalizaron en heroismo, logró el ejército sitiador hacer ondear su pabellon en la reputada por inespugnable plaza fuerte de Amberes; dando la Francia al mundo una prueba, de que á pesar de su mercantilismo, no habia degenerado todavía el valor de sus hijos.

Despues de haber caido la duquesa de Berry en poder del gobierno, fué encerrada en la ciudadela de Blaye. El vizconde de Chateaubriand fué



uno de los que mas se apresuró á dirigir algunas tiernas palabras de respeto y consuelo á la ilustre prisionera. Grande fué el conflicto en que puso al gobierno la captura de la princesa; pues no podia complacer al partido revolucionario permitiendo que se aplicára á la princesa el rigor de la ley, sin atraer sobre si la animadversion de todas las potencias, ni podia darla libertad sin esponerse á que fuese su conducta censurada por el pueblo. En tal situacion, autorizaron las cámaras al ministerio para que decidiese lo que fuera en su concepto mas oportuno, acerca de la formacion de causa ó la absolucion de la duquesa de Berry; pero el ministerio titubeó por entonces, á causa sin duda del encarnizamiento

que mostraron los partidos estremos, uno para que se condenase á la duquesa, y para que fuese absuelta el otro. A tal estremo llegaron los periódicos de los opuestos bandos, que hasta mediaron entre sus redactores diferentes desafíos. Para acallar el gobierno de una vez todos aquellos odios de partido, habria debido hacer lo que hizo mas tarde; á saber: dar libertad á la princesa; seguro de que con ello habria dado una prueba de su fuerza, y merecido por su generosidad la aprobacion de todos los nobles corazones sin distincion de partidos. Por fin, despues de haber hecho sufrir por espacio de muchos meses infinitas privaciones á la infeliz princesa, y de haberle hecho declarar publicamente su enlace con el conde Hector Luchesi Palli, gentil hombre del rey de las Dos Sicilias y príncipe de Campo Franco, la hizo el gobierno trasladar á Palermo á bordo de la corbeta «Agata». Restituida Maria Carolina á la libertad, fué en Italia objeto de todas las atenciones, debidas sobre todo á su desgracia; sin embargo, no dejó por ello de esperimentar grandes disgustos y amargos desengaños, á consecuencia de la declaracion que se vió obligada á hacer desde su encierro. Solo á duras penas, y despues de haber sufrido muchas humillaciones de parte del Austria y hasta del mismo Cárlos X, pudo lograr la declaracion de mayoría de su hijo. A medida que asi se desprestigiaban las monarquías, aumentaban cada dia sus enemigos en número y en audacia.

Frente á frente habia en Francia dos fuerzas rivales, tales eran el parlamento y la corona; asi que, tan pronto el gobierno del rey vacilaba á impulsos de esfuerzos contrarios, como se veia al parlamento vacilar bajo el cetro. Preciso era que uno de aquellos dos poderes llegase á dominar enteramente al otro, para acabar de una vez con un régimen de instabilidad y de intrigas. Fué la cámara con este motivo objeto de los mas vivos ataques: la «Tribuna» sobre todo, publicó contra ella artículos furibundos; por último se citó á aquel diario ante la Cámara. Despues de haber hecho sus redactores su profesion de fé republicana, trataron de justificar sus ataques diciendo: que la Cámara que habia dejado violar impunemente la Carta; que habia prodigado los tesoros del Estado á intereses de que fué ella la primera en sacar partido; y que abandonó á la arbitrariedad de los ministros la seguridad individual de los ciudadanos, debia ser justamente atacada y que lejos de hacer con ello un agravio á la nacion, se le daba por el contrario una prueba de respeto y patriotismo. Terminada la acusacion y la defensa, se procedió al escrutinio, en virtud del cual fué condenado el editor del periódico á tres años de cárcel y diez mil francos de multa. No tardó la oposicion en vengarse de esta sentencia impuesta contra uno de sus principales órganos.

Mr. Laffitte, el hombre que tan generosamente habia sacrificado su

fortuna á la Revolucion de julio, el opulento banquero que tantos sacrificios hiciera por hacer ceñir la corona al duque de Orleans, veíase obligado á los tres años del encumbramiento del rey Luis Felipe, á ven-



der su propia casa, que era lo único que le quedaba de todos sus inmensos bienes. Los enemigos del rey se aprovecharon de esta circunstancia para tratarle de ingrato. Sabido es cuales eran en Francia las principales bases del gobierno: la institucion monárquica personificada en el soberano, y la institucion electiva, representada por las Cámaras y los consejos generales. Muy difícil era á cada una de estas dos instituciones el obrar dentro el círculo que á cada una de ellas estaba trazado, sin chocar entre sí, sin que sirviera cada cual de rémora á la marcha que pensaba seguir la otra. Eso es lo que debia haber tenido muy presente una cámara encargada de formar una ley sobre la organizacion departamental; pero prescindieron los representantes de la clase media de semejante idea, considerando tan solo el principio monárquico como la salvaguardia de sus privilegios. Despues de haberse aceptado las modificaciones que creyó oportuno hacer en ella la cámara de los pares, quedó definitivamente votada aquella ley que, solo debia contribuir á asegurar mas el monopolio electoral, y el poder cuyas riendas tenia una clase media que se presentaba cada vez mas deseosa del mando que le habia sido conferido por la revolucion. Se decia en aquel proyecto de ley, que la instruccion primaria comprenderia escuelas elementales y superiores; que en las primeras se enseñaria á los niños á leer y escribir, cálculo y el sistema de pesos y medidas; y que se les enseñaria en las segundas, los elementos de geometría, dibujo lineal, agrimensura, principios de física y de historia natural, y los elementos de historia y de geografía. Todo jóven que tuviese diez y ocho años cumplidos, podia ponerse al frente de una escuela primaria, mediante un certificado de moralidad y aptitud, que debia librarle el alcalde. Por mas que no se revelasen en

él grandes ideas de interés, fué acogido este proyecto con el mayor entusiasmo. La educacion debia ser gratuita y obligatoria, para lo cual habia de correr de cuenta del Estado, y habia de ser igualmente impuesta á todos los ciudadanos.

Presentóse luego otro proyecto de ley acerca de la expropiacion por utilidad pública. A tal punto habia llegado en Francia el respeto á la propiedad, sin duda por haber recibido anteriormente en ella tan fuertes embates, que con mucha dificultad podian abrirse en dicha nacion caminos, canales y ferro-carriles, á causa de la expropiacion que habia de preceder á la construccion de los mismos. El siguiente principio del autor del « Contrato Social » habia sido en Francia completamente olvidado : « El derecho que sobre su propiedad tiene cada uno, está subordinado al que sobre todos tiene la comunidad.» Presentó pues el gobierno á las cámaras un proyecto de ley, en el que para sustituir á las jurisdicciones administrativa y judicial, únicas encargadas de resolver la expropiacion, establecia la autoridad de un jurado compuesto de los principales propietarios del pais en que debiese procederse á ello. No menos defectuoso que el anterior, si bien en opuesto sentido, esponia este nuevo sistema el interés general, á verse siempre pospuesto al interés particular.

La continuacion de las obras de defensa en los alrededores de Paris, á pesar de oponerse á ellas la opinion pública y la cámara, causó en la capital un efecto terrible que obligó al gobierno á anunciar por medio de su órgano « el Monitor » que se suspenderian los trabajos. Por mas que fuese esta noticia recibida con general desconfianza, se logró no obstante con ella calmar los ánimos ; entretanto se proponia el gobierno ofrecer al público un espectáculo que habia de escitar vivamente su ardor y su ascendrado patriotismo. Mientras se hallaba agolpado un imenso gentío el dia 19 de julio en la plaza de Vandome cantando himnos á la libertad, rasgóse de repente el velo que cubria la estátua del Emperador, y quedó este de pié en lo alto de la columna de bronce, debida á las piezas de artillería tomadas al enemigo en cien victorias. A semejante aspecto, levantó la multitud un grito unánime de entusiasmo que le hizo olvidar sus miserias y la cólera de que estaba poco antes poseido. Pasado empero el entusiasmo que habia causado al pueblo la repentina aparicion de la estátua del capitan del siglo, volvieron desalentadas á fluctuar las masas como el resto de la sociedad, entre la arbitrariedad y el espíritu de sedicion.

La prensa democrática por su parte, procuraba exaltar mas y mas las pasiones populares ; pero el prefecto de policía recurrió para contenerla al derecho del *timbre*, y dictó ademas contra ella medidas de un rigor tan injusto, como lo eran las mas veces los medios á que apelaban los periódicos democráticos para hacer la oposicion al gobierno. Empezó la

clase obrera á agitarse en todas partes, pidiendo que fuese mas retribuido su trabajo; particularmente en Paris, fué donde estalló mas amenazador aquel movimiento; ya no eran solo los operarios que se dedicaban á la fabricacion los que presentaban una tarifa, sino todos los obreros sin distincion de arte ni oficio. En tal apuro, no quedó mas recurso al gobierno que dispersar á viva fuerza los grupos de artesanos, y atestar las cárceles de infelices jornaleros cuyo delito consistia en pedir que se les remunerase suficientemente el trabajo por poder sustentar á sus hijos.

Conocido por los adversarios del gobierno la verdadera situacion del país, procuraron sacar de ello todo el partido posible, ora fuese presentando utopias que eran aceptadas como verdades incontestables, ora escitando al pueblo al desorden y á la rebelion. La «Sociedad de los derechos del hombre» adquirió en poco tiempo tantos prosélitos, que no sin fundado motivo fué considerada por el gobierno como un foco perenne de division y de discordia. Fueron veinte y siete de sus miembros procesados por conato de rebelion; pero se absolvió á casi todos los encausados, y se condenó á sus defensores por los términos poco respetuosos en que estaba concebida la defensa. Véase el triste estado á que estaba reducida la sociedad francesa; sigamos ahora su política en el esterior.

Debia conservarse á toda costa la integridad del imperio turco cada vez mas amenazado por el emperador Nicolás que, solo veia en la posesion del imperio de Oriente la realizacion del plan de engrandecimiento, trazado por su predecesor Pedro el Grande. La Francia que, sino hubiese consultado en aquella ocasion mas que sus propios intereses, debia, unida con Rusia, permitir que se apoderase esta potencia de Constantinopla, con tal que la Rusia le permitiese en cambio restablecerse en Siria y en Egipto, hizo todo lo contrario: se echó en brazos de Inglaterra, su enemiga natural, para impedir la realizacion de los proyectos de la Rusia y su propio engrandecimiento. Vencidas las tropas del Sultan por Ibrahim en la batalla de Koniah, solo faltaba al vencedor dar un paso mas, para que se le abrieran de par en par las puertas de Constantinopla. Los rusos, como aliados y protectores del Sultan, tuvieron ocasion de instalarse en las orillas del Bósforo, mientras que el gobierno francés indiferente á cuanto pasaba en el imperio turco, continuaba entregado á su política de inaccion: solo su representante en Constantinopla, logró á fuerza de habilidad y astucia combatir con resultado en aquella corte la influencia rusa. En este estado, reemplazó á Mr. de Varennes en la embajada el almirante Roussin, encargado por su gobierno de proteger decididamente al sultan, ora fuese contra las pretensiones de Mehemet Alí, ora contra las ambiciosas miras de la Rusia. Deseoso el sultan Mahamud de salir de la apurada situacion en que se veia, pues iban por una parte avanzando las huestes de Ibrahim,

mientras se ponia por otra en movimiento un ejército ruso, mas dispuesto aun á conquistar que á defender el territorio turco, comisionó á Mr. de Varennes para que de todos modos concluyese con Ibrahim el



convenio de Kutaya. Fácil es comprender cuan fatal fué á la Francia el arreglo que tuvo aquella cuestion oriental, que dió márgen á tantas tormentas.

Hácia aquel mismo tiempo, formó el gabinete de las Tullerías un tratado con el gobierno inglés, acerca del tráfico de negros. Segun este tratado debia poner la Inglaterra doble número de cruceros, y ejercer á sus anchuras el derecho de visita, por poder las mas veces en nombre de la filantropía ejercer un despotismo sin igual sobre los buques de las naciones.

Continuaba á la sazon la guerra asolando el Portugal, por el empeño que tenian los dos hermanos D. Pedro y D. Miguel en disputarse el trono. Representante el primero de las ideas liberales, así como lo era del absolutismo el otro hermano, vióse á la Europa empeñada en aquella lucha fratricida, sin que las potencias interesadas, tanto en favor de D. Pedro como de D. Miguel, prestasen ausilio alguno directo á los respectivos contendientes. La política anglo-francesa, así como la austro-

rusa, se limitaron á dar á los dos partidos inútiles consejos que solo contribuyeron á aumentar el cúmulo de los horrores y la efusion de sangre. Al fin coronó la victoria las armas de D. Pedro, cuya grata noticia recibió con el mayor placer Luis Felipe, pues veia por aquel fausto acontecimiento mucho mas asegurada su dinastía, sin haber tenido que comprometerse en lo mas mínimo á los ojos de las potencias del Norte. Pronto iba por desgracia á abrirse un nuevo campo á las esperanzas y temores del rey Luis Felipe.

Aun no se habia terminado la guerra en Portugal, cuando empezó ya á arder en España el fuego de la civil discordia. La muerte de Fernando VII habia dejado vacante un trono que deseaban ocupar dos pretendientes, á saber: la hija y el hermano del difunto monarca. Llenos de igual ardor los dos bandos en que quedó dividida España, apelaron á las armas para decidir la cuestion dinástica, quedando la nacion desde entonces entregada al indómito furor de los combatientes. Con decir que podia el triunfo de D. Cárlos colocar la corona en las sienes de Enrique V, se comprenderá ya cual fué la política que desde un principio se propuso seguir Luis Felipe en la guerra de España. Tentado estaba el monarca francés de reconocer á la jóven reina de España desde el primer momento; pero tuvo que moderar sus deseos por haberle hecho comprender su ministro Thiers que, el reconocimiento implicaba la obligacion de sostener su trono en caso de peligro, y que no podia esponerse á ello sin comprometer gravemente los intereses de su dinastía. Decidióse pues el rey de los franceses, á instancia de su ministro, á enviar á los Pirineos un ejército de observacion, para que no llegasen las chispas de la guerra de España á sus provincias del mediodia, y á contemplar resignado la marcha que seguirian los acontecimientos.

En breve no fué solo á España, hácia donde tuvo que volver la vista el gobierno francés. El espíritu de libertad que parecia haberse aletargado en Lion durante el año 1833, se despertó de pronto mas terrible y amenazador que nunca. Ocupaba el rey Cárlos Alberto á la sazon el trono de Cerdeña, y como no correspondiese su conducta de rey á las esperanzas que habia hecho antes nacer, empezó la Saboya á agitarse á la voz de emancipacion que dió Ginebra. Habia organizado Mazini en esta última ciudad una espedicion que habia de atravesar la Saboya, é invadir el territorio italiano, al mismo tiempo que saldria otra columna de Lion con el propio objeto, dirigida por Ramorino, segundo de Mazini. Despues de haber tenido que vencer muchos obstáculos que retardaron de algunos meses su proyectada espedicion, lograron al fin los dos gefes realizar sus designios; pero fueron ya tan desgraciados en el primer encuentro, por haber sabido de antemano el gobierno sus planes, que apenas tuvieron tiempo de hacer ninguna resistencia. Sin

embargo, continuó en Saboya una sorda agitacion y una intranquilidad tal en los ánimos, que todo indicaba, que, mas que á batir, habia contribuido aquel primer revés á exaltar á los partidarios. No era mas



tranquilizador el aspecto que ofrecia la Francia: continuaban los partidos haciéndose cruda guerra, sin respetar en su encono ni las ideas ni la personalidad de los adversarios. A tanto llegaron los ataques dirigidos contra el gobierno por el partido republicano, que se vió aquel obligado á dar una ley sometiendo á una previa autorizacion de la policía, todos los escritos que fuesen vendidos ó pregonados en las calles; ni aun asi pudo evitarse enteramente la publicacion de muchos impresos. Viendo

el gobierno que se presentaba cada dia mas amenazador el partido democrático, presentó una ley contra las asociaciones, que despues de serios debates fué definitivamente votada.

A pesar de que no se atrevieron las sociedades secretas á lanzarse abiertamente á la lucha despues del golpe fatal que acababan de recibir con la represion de las asociaciones, se resolvieron no obstante á hacer una guerra sorda al poder, procurando en lo posible exaltar los ánimos. Particularmente en Lion, por ser gran centro industrial, fué donde procuraron los clubs, y sobre todo la *Sociedad de los derechos del hombre*, fomentar la animacion. De este modo se iban acumulando causas y mas causas de irritacion y desórden que, sino causaron un cataclismo, fué por la division que cundió entre los demócratas. Sin embargo, vino el mutualismo, asociacion entre los operarios y los gefes de taller, á aumentar la crísis; tambien ocurrió casi al mismo tiempo otro triste incidente que acabó de exasperar las masas: como disminuian cada vez mas los pedidos, á causa de la concurrencia, se vieron obligados los fabricantes á hacer una rebaja de 25 céntimos por vara, rebaja que dió por resultado la paralizacion de veinte mil telares. La ciudad entera lanzó un grito de odio contra los mutualistas, y no tardó Lion en presenciar terribles escenas; los trabajadores mas necesitados deseaban volver al trabajo, al paso que los que aun podian prescindir de él se lo impedian, de lo que resultó entre los operarios una lucha incesante y sangrienta. Para evitar aquel conflicto que se presentaba cada dia bajo un aspecto mas amenazador, determinó el consejo ejecutivo de los mutualistas, que volviesen los operarios á emprender sus trabajos, con lo que se logró poner fin á aquella crísis, y que volviese á reinar la calma, que en breve habia de verse nuevamente turbada. Los clubs, que durante la paralizacion de los trabajos no se habian atrevido á aprovecharse de aquella circunstancia favorable, sin duda por no haber concertado aun sus planes de ataque, conforme lo acreditó despues su posterior conducta viendo que debian ser juzgados algunos mutualistas, en virtud de los últimos acontecimientos, se aprovecharon de aquella circunstancia para enardecer al pueblo lionés y obligarle á aprestarse á la liga. Como conociese el gobierno esta vez que no se trataba ya de una simple cuestion obrera, dió órden á las tropas de ocupar militarmente la ciudad, y quedó Lion convertida en un campamento. Dióse al fin por los sublevados la señal del combate, oyéndose tan solo desde entonces un vivísimo fuego que vino á aumentar aun el estruendo de la artilleria: solo se vieron muy pronto en las calles rastros de sangre y cadáveres. La rebelion quedó sofocada, tanto por la mala direccion de sus gefes, como por el reducido número de armas con que contaban los insurrectos y embriagada la tropa por el fácil triunfo que acababa de adquirir,

se entregó á escesos imperdonables. Mientras se sofocaba el movimiento en Lion , estallaba en Luneville una insurreccion militar , cuyas ramificaciones se estendian hasta Metz y Nancy ; pero habiéndose descubierto



en estos dos puntos la conspiracion, quedaron aislados los insurrectos de Luneville, y desvanecidos sus planes.

Lo que mas demostró entonces lo desorganizado que se hallaba todavía el partido republicano, fueron los sucesivos alborotos de Saint Ettienne, Grenoble, Clermont Ferrand, Chalons sur Saone y Marsella,

los cuales solo consistieron en tumultuosas reuniones, insultos y gritos. Si bien no causaban al gobierno gran cuidado todos aquellos motines, que solo contribuian á robustecerle mas y á darle mucha mayor importancia de la que en sí tenia, se dictaron en Paris enérgicas medidas para reprimir el desórden, caso de que se tratase en la capital de turbar la tranquilidad. Murió Lafayette el dia 20 de mayo de 1834; su desaparicion de la escena del mundo fué saludada como un fausto acontecimiento por el gobierno que, olvidando sus servicios prestados á la revolucion de julio, le consideraba á la sazon como el mas encarnizado de sus enemigos.

Estaba confiada la embajada de Rusia al mariscal Maison, quien debia reparar en la corte de Petersburgo las humillaciones sin cuento que sufriera en ella su antecesor el mariscal Mortier; contribuyendo no poco á este resultado, lo simpático que fué al emperador Nicolás la brusca franqueza que ya desde un principio notó en el nuevo representante francés. La intimidad que desde entonces demostró Nicolás al mariscal, valiéronle en su corte sañalados triunfos.

Mucho menos desembarazada era la marcha que debia seguir la embajada francesa en Madrid, atendido el rumbo que iban tomando en España los acontecimientos. Llamado Martinez de la Rosa al ministerio para suceder á Zea Bermudez, fué uno de los primeros actos de su gobierno la publicacion del *Estatuto Real*, semi-constitucion que solo puede ser considerada como un mal trasunto de la Constitucion británica. Como era de esperar, fué el nuevo *Estatuto* objeto de violentos ataques. Ya desde el primer dia de su encumbramiento al poder, se declaró el señor Martinez de la Rosa abiertamente contra el partido miguelista de Portugal, por la proteccion decidida que habia dispensado aquel partido á Don Cárlos, pretendiente á la corona de España. En su virtud dispuso el nuevo ministro enviar á Portugal un ejército contra Don Miguel, dirigiéndose antes al embajador inglés, al objeto de que le procurase su gobierno el dinero necesario para llevar á cabo la espedicion proyectada; pero como le contestase el embajador que no podia el gobierno inglés acceder á su demanda, dió el ministro español inmediatamente órden al general Rodil que pasase la frontera, si bien advirtiendo antes al marqués de Miraflores, que diese conocimiento de esta disposicion á la corte de Londres. A consecuencia de este paso se formó un convenio entre las dos naciones y en el que se admitió tambien al enviado estraordinario de D. Pedro, y se estendió en virtud del mismo un tratado, al que se dió el nombre de *triple alianza*, sin que se diese conocimiento de él á ninguna de las demas potencias de Europa. Pero habiendo tenido noticia de aquel tratado el señor de Talleyrand, embajador francés en Londres, insistió para que fuese la Francia admitida, fundado en que su adhesion robustecería mas y mas los tronos de las dos jóvenes reinas. Eran tan fundadas

las razones en que se apoyaba el señor de Talleyrand, que no creyeron los demas plenipotenciarios deber desairarle; admitida pues la Francia en el tratado, recibió este entonces el nombre de *Cuadruple alianza*, siendo firmado el 22 de abril de 1834.

Disueltas las cámaras francesas, tuvo que procederse á nuevas elecciones que fueron sumamente favorables al gobierno, á lo que contribuyeron no poco las recientes derrotas que habia sufrido el partido democrático. Llamaban entonces en gran manera la atencion pública los asuntos de Africa, pues parecia prolongarse cada vez mas la conquista tan vivamente esperada: todo el valor del soldado iba consumiéndose en inútiles marchas y contramarchas por un suelo abrasador, sin dar nunca resultado alguno. Cayó Soult con este motivo, sucediéndole en el ministerio de la guerra el mariscal Gerard, cuyo nuevo ministro contó con las simpatías de la opinion pública y de una gran parte de la prensa, por sus deseos de dar una amplia amnistía; mas viendo desechado despues su generoso proyecto, presentó su dimision, ofreciendo su retirada ancho campo á los ambiciosos que pretendian sucederle. Desde entonces fué blanco el ministerio de los tiros de todos los partidos que, no cejaron hasta lograr su caida. Llamó el rey á Mr. Persil para la formacion de un nuevo gabinete; en vano se dirigió el nuevo presidente á Mr. Dupin, pues se negó á aceptar la cartera con que se le brindaba, designando en cambio algunos pares que menos previsores, formaron parte del *ministerio de los tres dias*. En breve volvieron los señores Thiers y Guizot á ser llamados á los consejos de la corona. Continuaba la prensa democrática sus violentos ataques contra el gobierno; varios fueron en poco tiempo los editores responsables, obligados á presentarse ante los tribunales.

A pesar de haberse propuesto la cámara asegurar por mucho tiempo en el poder al ministerio de 11 de octubre, veíase ya amenazado de muerte, á últimos de año, ó á principios del siguiente, por contar en contra suya hasta á la misma corte que, no podia tolerar la ambicion de mando que devoraba á los nuevos ministros Thiers y Guizot, sobre todo despues de haber vencido al rey, y humillándole hasta el punto de tener que llamarles otra vez á su consejo. Mientras se deslizaban entre las sombras sin ser apenas notadas las intrigas de la corte, perdíase el público en mil diversas conjeturas. Casi enteramente derrotado Mr. Thiers en la sesion del 11 de marzo, decidió la Cámara prestar su apoyo al duque de Broglie, una vez que llegase á ser presidente del Consejo; lejos empero de disolverse el ministerio bajo la presidencia del duque, se afianzó mas y mas, aumentando de aquel modo el despecho de la Corte. Dirigió el gobierno de los Estados-Unidos un mensaje insultante á la Francia pidiendo el pago de la deuda de 25 millones, que habia sido ya otra vez objeto de fuertes debates. El ministerio, que en cualquiera otra ocasion

habria contestado unanimemente al insulto que acababa de recibir con la dignidad y energía propia de la nacion francesa, se vió entonces dividido por el temor de provocar la guerra. La cuestion del crédito americano fué puesta otra vez sobre el tapete, y hubo acerca de ella una animadísima polémica: en vano Mr. Berryer combatió el tratado, pues fué al fin definitivamente votado; si bien se resolvió que no se efectuaria ningun pago, interin no recibiese el gobierno francés una satisfaccion del insulto que habia hecho á la Francia con el mensaje del presidente Jakson.

Solo por complacer al rey se convirtió la Cámara de los pares en tribunal de justicia para conocer de la famosa causa de abril faltando al obrar de aquel modo abiertamente á la Carta que prevenia: « Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.» Declarada la conexidad que habia entre los sucesos ocurridos en Lion, Paris, Marsella, Saint Etienne, Besançon, Arbois, Chalons, Epinal, Luneville y el departamento de Isere, debia juzgarse á los autores de aquellas sucesivas rebeliones: hé ahi la sustanciacion de la causa admitida por la Cámara de los pares. Todos los presos considerados cómplices en los trastornos ocurridos en virtud de aquellos acontecimientos, fueron trasladados inmediatamente á Paris. El dia 6 de mayo habia de celebrarse la vista de esta célebre causa; dió el gobierno una órden por la cual prohibia á los parientes de los acusados asistir á la discusion; dictáronse ya desde la víspera las medidas mas enérgicas, á fin de que no se turbase el órden. A la una y cuarto fueron introducidos los acusados, y solo á las dos entró el presidente Pasquier en la sala, seguido de los demas pares; revelábase en todos los semblantes de los jueces un escesivo pavor. Quedaron los reos sin defensores: unos por haberlos desechado la cámara por no estar inscritos en el colegio de abogados de Paris y otros por haber protestado, en razon, decian, de haber sido hollado por la cámara el derecho de defensa. El 20 de mayo comparecieron los defensores ante la Cámara de los pares en calidad de acusados, por haber insertado en los periódicos democráticos una carta sumamente irrisoria. Preguntóse á cada uno si habia firmado la carta en cuestion, y terminado el interrogatorio, declaró la Cámara que no habia lugar á la formacion de causa contra los que habian contestado negativamente: y que debian ser detenidos y juzgados los que habian hecho al contestar vehementes comentarios. Sucitóse entonces entre jueces y acusados una discusion, ó mejor un combate, en el que despues de haberse echado en cara los partidos sus propias faltas, se descendió hasta el odioso palenque de la personalidad. La mayor parte de los nuevos procesados fueron condenados á prision y al pago de crecidas multas. Luego volvieron los pares á la prosecucion del proceso principal con ánimo resuelto de fallarlo á la menor brevedad posible: todos los actos de los insurrectos durante la revolucion fueron relatados, en la

acusacion, asi como lo fueron tambien en la defensa todos los escesos á que se entregó la tropa, particularmente en Lion. Los presos republicanos

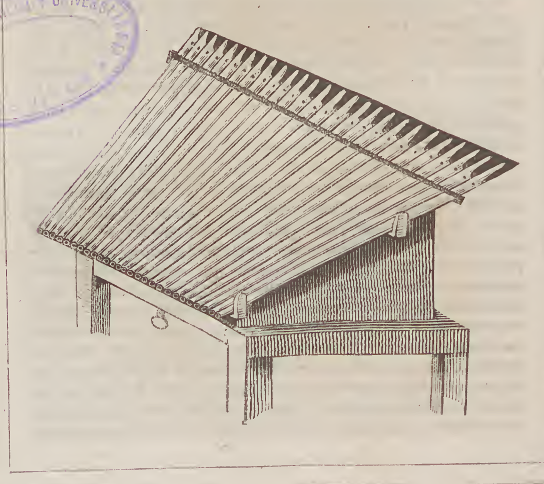


que habia en Santa Pelagia lograron escapar. Solo en el mes de agosto de 1835, fué cuando condenó la Cámara de los pares á los complicados en las revoluciones antes citadas, segun la parte que, á su entender, habian tomado en ellas.

Viendo el gobierno español mas empeñada cada dia la guerra que afligia á su patria, resolvió el ministerio dirigirse al rey Luis Felipe y pedirle que interviniese la Francia en su favor, á fin de que cesasen de una vez tantos males; turbado empero el rey de los franceses á semejante demanda, se limitó á contestar de un modo vago que revelaba todo el temor que causaba en él la sola idea de un movimiento que pudiese indisponerle con las demas potencias. La causa liberal española tenia empero un protector ardiente en el ministerio; tal era Mr. Thiers, cuya política consistia en unir diplomáticamente Francia é Inglaterra, impedir que el Austria continuase dominando á la Italia, y proteger la emancipacion española, á cuyo frente estaba la reina Cristina. Asi que, el ausilio pedido por el gobierno español, puso en discordancia á Luis Felipe y su ministro. Por mas atendibles que fuesen las razones en que se apoyaba Mr. Thiers para decidir al rey á que apoyase la causa española, no queria este esponerse á la paz que consideraba alterada desde que se decidiese por la intervencion. No tardó Mr. Thiers en verse obligado á romper abiertamente con Luis Felipe; pero faltaba consultar aun acerca de la intervencion á los demas ministros. El consejo se habia reunido ya para tomar una decision definitiva, cuando observó el presidente de Broglie que no se habia comprometido la Francia á intervenir en los asuntos de España al formarse el tratado de la Cuadruple alianza, hasta despues de haberse puesto de acuerdo con las demas potencias aliadas. Hubo entretanto un cam-

bio en la política española, y por el cual fué mucho mayor el influjo que adquirió en Madrid el gobierno francés. Aprovechó el rey de los franceses esta circunstancia para presentar á la Gran Bretaña, recelosa de su influencia, el plan de intervencion, á fin de que se declarase en contra, como asi fué en efecto. Negóse pues á España la intervencion pedida.

La noticia de que se conspiraba en la oscuridad y que habia algunos fanáticos que proyectaban planes regicidas, vino á sembrar la alarma y la consternacion en el ministerio y en el seno de la real familia. Daban las diez en el reloj de palacio cuando en la mañana del 28 de julio montó Luis Felipe á caballo, seguido de tres de sus hijos y de un gran número de generales y gefes de graduacion, con objeto de revistar las tropas en celebracion del aniversario de julio: llegaba la régia comitiva al frente de la octava legion, situada en el bulevar del Temple, cuando al tomar el rey una exposicion que se le dirigia, se oyó de repente un estruendo parecido al retumbo de un trueno, y quedó el suelo cubierto de cadáveres. El mariscal Mortier, el general Lachasse y otros muchos gefes que formaban parte del acompañamiento cayeron muertos ó heridos; ni el rey ni los príncipes recibieron ninguna herida, escepto el duque de Orleans, que tuvo una ligera contusion en el muslo. He aqui los tristes resultados que dió el primer ensayo de la *máquina infernal* que tanto



horror iba á causar en Francia. Estaba montada la máquina sobre un andamio sostenido por cuatro maderos, unidos entre sí por fuertes travesaños; contenia veinte y cinco fusiles, conteniendo cada uno la carga de cuatro tiros. Demostró el rey una serenidad digna de elogio; inmensa fué la consternacion que causó en Paris semejante atentado; pero cayó el infame asesino en poder de autoridad. Todos los partidos se echaron en cara la responsibilidad de aquel acto terrible; pero en breve cesaron aquellas injustas recriminaciones, para atribuir tan solo el atentado á la sanguinaria monomanía de un fanático. En su afan por descubrir los cómplices del crímen, dispuso el gobierno injustas prisiones; fué por sospecha Armando Carrel uno de los detenidos. Los funerales que se hicieron á las víctimas del 28 de julio fueron verdaderamente régios. Presentó Mr Persil tres proyectos de ley relativos á la *Cour d'Asises*, al jurado y á la prensa: por el primero se facultaba al ministro de justicia para aumentar á su antojo el número de aquellos tribunales; atribuia el segundo proyecto al jurado el voto secreto, disponiendo que la mayoría de votos



FIESCHI.

para las sentencias fuese de ocho á siete; declaraba el tercer proyecto que se castigarian los delitos de imprenta con la detencion y multa de diez mil á cincuenta mil francos. Todos estos proyectos, conocidos mas tarde por el nombre de famosas *leyes de setiembre*, merecieron la aprobacion de las dos cámaras.

Nunca se habia visto tan asegurado el trono de Luis Felipe como despues del último atentado del regicida Fieschi y sin embargo, no estaba aun satisfecha la ambicion de la corte que, al verse apoyada por un pueblo consternado, aspiraba á sacudir entonces el yugo del ministerio; pero como de Broglie y Guizot, gefes del partido doctrinario, estaban tan estrechamente unidos, preciso fué á la corte moderar sus deseos y conformarse á su dominacion, sin desperdiciar por ello cualquier medio que se presentase para ocasionar un rompimiento entre los dos ministros. Una grave cuestion, efecto de la casualidad ó de un plan calculado, vino á poner en inminente riesgo al gabinete y á proteger las miras secretas del rey y de la corte. Cuando presentó Mr. Humann, mi-



PEPIN.

nistro de Hacienda, el presupuesto á la cámara para el año 1837, declaró que podian reducirse facilmente los intereses de la deuda pública. Grande fué el asombro que produjeron en los demas ministros aquellas palabras, por no ocultarseles la grave crísis que podian acarrear; y aunque fué aquel un golpe inesperado y terrible para los doctrinarios, no lo fué menos para Humann, puesto que le obligó á salir del ministerio. Unicamente al ministro Thiers parecia entonces sonreir la fortuna; dominado por sus cólegas doctrinarios, no habia podido representar en el gabinete mas que un papel secundario, hasta que vino Mr. Humann á arrojar entre ellos con su proyecto la manzana fatal de la discordia. El resultado pues de aquella inesperada division ministerial, debida á la casualidad ó á la intriga, fué la dimision del gabinete que, como era



MOREY.

de suponer, fué inmediatamente aceptada. Pronto apareció en el «Monitor» un decreto nombrando un nuevo ministerio, en el que figuraba como presidente Mr. Thiers.

Reunida de nuevo en tribunal la cámara de los pares para juzgar al regicida y á todos los demas cómplices en el atentado del 28 de julio, Fieschi, Morey, Pepin, Boireau y Bescher, he ahi los nombres de los cinco acusados que se presentaron ante la cámara; procedióse luego al interrogatorio, durante el cual manifestó Fieschi toda la perversidad de su corazon. Por mas que no hubiese entre los tres primeros reos el mismo grado de culpabilidad, profirió el tribunal la sentencia de muerte contra Fieschi, Pepin y Morey, y la de veinte años de carcel contra Boireau, quedando absuelto Bescher.

A pesar de no ser considerado generalmente Mr. Thiers como hombre de gobierno; habia sabido adoptar una política resuelta y enérgica desde que se hallaba al frente del gabinete, capaz de acallarlo todo en derredor del trono; habia uncido, por decirlo asi la Francia abatida á su triunfante carro. La Europa monárquica que conoció desde luego la verdadera sitnacion de la nacion francesa, se presentó cada dia mas exigente y mas osada: la ocupacion de la Polonia fué el primer reto dirigido por los gabinetes de San Petersburgo, Viena y Berlin á la Revolucion de julio, y á el siguieron otros muchos mas, que tampoco fueron aceptados. Por otra parte, la política de lord Palmerston contribuia poderosamente á que lejos de estrècharse se aflojasen cada vez mas y mas los lazos que debian unir á los dos gobiernos aliados, lo que habria privado á la Francia, por mas enérgica que hubiese sido su política, de poder por si sola oponerse á la marcha que seguian unánimes las potencias del norte. En este estado de relaciones, invitó lord Palmerston formalmente á la Francia á intervenir con Inglaterra en los asuntos de España en favor de la jóven Reina Isabel. Muy grande habia de ser la indecision de Mr. Thiers á semejante propuesta, por mas que desease ardientemente intervenir en la guerra de España, cuando despues de repetidas contestaciones entre ambos gobiernos se vió obligado el ministro francés á declarar que no juzgaba la intervencion oportuna en las circunstancias de aquella época; si bien debieron contribuir no poco á aquella determinacion, las notas que hácia aquel mismo tiempo dirigieron Rusia y Austria á la Francia. Esta nacion que tan condescendiente acababa de manifestarse con las potencias del norte, procuró estrechar mas con ellas las relaciones, particularmente con el Austria, y lo logró en parte, como lo demostraron el magnífico recibimiento y las muchas atenciones de que fueron objeto los duques de Orleans y Nemours en Berlin, Viena y en en todos los demas puntos que recorrieron.

Obra de la casualidad fué el que cuando se dirigia el duque de Orleans desde Viena á las cortes de Italia encontrase en su camino á Maria Luisa con la que tuvo una entrevista que causó á la madre del duque de Reichstadt una emocion indestructible; al ver la pobre viuda del César

moderno á aquel príncipe radiante de juventud y gloria, al que todo indicaba estar destinado á ocupar un dia el trono de Francia, no pudo menos de derramar amargas lágrimas por recordarle á otro príncipe, ó mejor al pedazo de su corazon que habia muerto en la flor de su edad, sin permitirle el destino ocupar el trono imperial que le levantára la victoria. Cuando mas tarde supo Maria Luisa la desgracia del duque de Orleans, volvió sin duda á derramar nuevas lágrimas, por ver la analogía que hubo entre el destino del duque y el de su hijo. Pensaban los príncipes prolongar por algun tiempo mas su permanencia en el estrangero, cuando fueron llamados súbitamente á Paris por una triste noticia: el rey Luis Felipe acababa de librarse del nuevo atentado de un segundo regicida; iba el asesino á darse la muerte con un puñal, pero pudieron



evitar el golpe los que le capturaron; llamábase Alibaud; todo indicaba en él un tedio profundo á la vida; la exaltacion de sus ideas republicanas no le permitian sustraerse al dolor, sin quitar antes la vida al que en su obcecacion consideraba como el único obstáculo al triunfo de su causa.

Constituida en tribunal la cámara de los pares el 25 de junio, fué introducido Alibaud en la sala, y se procedió desde luego al interrogatorio. Pocos dias despues condenó la cámara al regicida á la última pena.

Algun tiempo despues de la ejecucion de Alibaud, trató Mr. Emilio de Girardin de operar una verdadera revolucion en la prensa periódica; con este motivo se entabló una fuerte polémica entre su autor y Armando Carrel que terminó con un lance de honor, en el que corrió la sangre de los dos periodistas. Armando Carrel murió á los pocos dias de resultas de su herida; mas afortunado Emilio de Girardin, logró sobrevivir á la que recibió en la pierna.

Dos veces cambió Mr. Thiers de política mientras estuvo al frente de

gabinete ; la primera, cuando halagado por la esperanza de alcanzar la mano de una archiduquesa de Austria para el duque de Orleans, empezó á mostrarse ardiente partidario de las monarquías absolutas; la segunda, cuando al ver fracasada su empresa, trató de tomar una actitud revolucionaria por vengarse de la derrota que habia sufrido. Entónces fué cuando se dirigió á la Inglaterra para decidirla á intervenir en España; pero era ya tarde : debia la cuestion española causar á Mr. Thiers su caida. Hallábase á la sazon al frente del ministerio español el señor Mendizabal, hombre resuelto cuyas ideas le habian hecho odioso á la corte de las Tullerías. Cuando sustituyó Isturiz á Mendizabal en el ministerio, volvió á acariciar Thiers su proyecto de intervencion, pero tampoco esta vez encontró al rey dispuesto á aprobarlo asi que, despues de haber insistido mucho el ministro, creyó deber presentar su dimision. En el interin continuaba en España la guerra con un encarnizamiento espantoso ; cuantos mas esfuerzos hacian los dos partidos por destruirse, tanto mas difícil parecia que pudiese lograr ninguno de los dos el apetecido objeto. Tambien el gobierno español por su parte trató de decidir al rey Luis Felipe por la intervencion haciéndole magníficas promesas que, de seguro habria aceptado el viejo monarca, á no haber sido la imponente actitud de Rusia, Austria y Prusia ; pero todo fué inútil en aquella ocasion; nada pudo hacerle renunciar á su política conciliadora. De este modo se veia



el gobierno francés obligado á renunciar á sus mas vehementes deseos, merced á la política irresuelta que inauguró ya desde un principio el rey Luis Felipe.

Sucedió Mr. Molé en la presidencia del consejo á Thiers formando tambien Guizot parte del nuevo ministerio: quedaba entonces sobre el tapete la cuestion suiza. La solucion que le dió el nuevo presidente, si bien logró apaciguar la querella, no por esto satisfizo á los suizos, ni demostró me-

nos que habia sido en ella la Francia humillada por el Austria á la faz del mundo. Entre tanto se combinaba un vasto plan que habia de cambiar la faz de la Francia. Solo un hijo habia quedado del ex-rey de Holanda, hermano de Napoleon, cuyo jóven dotado de una alma ardiente y apasionada por la gloria, ni podia conformarse con la monotonia de su existencia, ni mucho menos con la injusta proscripcion que pesaba sobre toda su familia. Era aquel jóven Luis Bonaparte. Desde los pacíficos valles de Suiza, cuya dulce paz estaba tan poco en armonia con su corazon, se entregaba el príncipe proscrito á todos los sueños de ambicion y de poder que debian sonreirle, y lo que es mas aun, á todos los planes que habia de poner en planta despues con heróica constancia para realizarlos un dia. La primera tentativa como veremos luego, quedó frustrada.

Mientras veia aquella dinastía nueva con dolor deshojada la primera flor de sus ilusiones, descendia al sepulcro Cárlos X llevándose consigo la esperanza postrera de la monarquia tradicional.

La guerra de África llamaba vivamente la atencion del público. Obligados los franceses á sostener inútiles é incesantes combates esperimentaban grandes pérdidas, sin que reportasen sus sacrificios ventaja alguna; léjos empero la opinion pública de desalentarse por ello, se declaró energicamente por la conservacion de la Argelia. En medio del general entusiasmo que escitaba la generosa sangre vertida, juraron los franceses la toma de Constantina, por mas que no se les ocultasen los sacrificios sobrehumanos que habrian de hacerse por lograrlo; cuando está un pueblo fascinado por la idea de engrandecimiento, no hay obstáculos que le arredren en la marcha emprendida para llegar á su realizacion.

Inauguró la política del ministerio Molé la órden de escarcelacion dada en favor de los presos de Ham, á pesar de haber sido condenados los mas de ellos á encierro perpétuo. Era España, la nacion que en aquella época atraia mas las miradas del gobierno francés, por lo que fué en las cámaras objeto de violentos debates. En ellos demostró Mr. Thiers que, estando obligada la Francia, en virtud de la cuadruple alianza, á sostener los derechos de la Reina Isabel, faltaba abiertamente el gobierno á sus compromisos, no enviando allende los Pirineos un ejército para combatir á las huestes de D. Cárlos, pero á sus razones contestó el presidente del consejo, manifestando que de ningun modo debia la Francia intervenir en la guerra de España, tanto por no obligarla á ello el tratado de alianza, como por no permitirlo la política consiliadora que el gobierno se habia propuesto seguir. Por mas que saliese el ministerio airoso de esta cuestion, no eran menores los peligros que amenazaban su existencia.

El pertinaz contagio del regicidio, hizo que fuese el rey objeto de un

nuevo atentado. Todos los cómplices de Luis Bonaparte fueron absueltos por el jurado de Alsacia; el desenlace del proceso de Strasburgo impresionó en gran manera al rey y á sus ministros. A fin de evitar en lo posible los repetidos atentados á que se veia espuesto el monarca, concibió Mr. Molé, el proyecto de que se concediese al ministerio la facultad de alejar de Paris á las personas sospechosas; pero habiéndosele hecho algunas observaciones acerca de la inconveniencia de aquel proyecto, desistió de su proposicion. Adoptáronse empero tres proyectos de ley; disponia el primero que todo crímen cometido mancomunadamente por paisanos y militares, fuesen condenados los reos por sus respectivos tribunales; se pedia en el segundo que se construyese en la isla de Borbon una cárcel para los deportados, y se amenazaba en el tercer proyecto con la pena de reclusion á todo el que, teniendo noticia de una conspiracion formada contra la vida del rey, no la revelase en seguida á las autoridades. Otra ley fué tambien presentada acerca de la dotacion del duque de Nemours, la cual fué recibida con el mayor descontento sobre todo por la clase media que era la que mas apoyaba á la dinastía de Orleans; bien que contribuyó no poco á ello el folleto que publicó Mr. de Cormenin combatiéndola. Continuaba en el seno del gabinete la lucha secreta que empezó ya casi desde el momento mismo de su formacion, y acabó por causar una crisis violenta que derribó el ministerio del 11 de Octubre. El dia 15 de abril fué nombrado el nuevo gabinete que debia sucederle, y en el que quedó de presidente el mismo Mr. Molé. A los tres dias anunció el presidente del consejo á la Cámara la conclusion del tratado matrimonial del duque de Orleans con la princesa Helena.

Por segunda vez vino la guerra de Africa á distraer la atencion general, y á escitar en la Cámara vivas discusiones; fué la conducta del mariscal Clauzel en su desgraciada espedicion contra Constantina vivamente censurada. Fijóse en dos millones de francos la dotacion del príncipe



real; desde el rompimiento que habia tenido lugar entre Guizot y Molé, dirigianse contra este último las iras de todos los doctrinarios; que, solo el apoyo y la elocuencia de Mr. Thiers podian evitar la derrota del ministerio. La circunstancia de haber perdonado el rey á Meunier, condenado por la Cámara de los Pares á la pena de los regicidas, y el haber sido puestos en libertad todos los presos condenados por causas políticas, causó la confusion y la sorpresa en el ánimo de Mr. Guizot y sus adeptos. El dia 29 de mayo llegó á Fontainebleau la princesa Helena, celebrándose al dia siguiente sus desposorios en la galeria de Enrique IV: hizóse en Paris á la jóven duquesa de Orleans un recibimiento regio, se dispuso la abertura del Museo de Versailles, y hubo en la capital fiestas magnificas. Inmenso era el gentío que se reunió en el campo de Mar-



te, á fin de presenciar el simulacro que iba á tener lugar, y que tan caro costó á los parisienses, pues hubo al retirarse el pueblo grandes desgracias: hé aquí el triste desenlace que tuvieron las fiestas hechas á la princesa Helena.

Mientras se procuraba en Francia despertar el antiguo culto á la monarquía por medio de juegos, fiestas y espectáculos, continuaba la guerra en Africa tan pronto con un carácter favorable como hóstil por la inconstancia de los acontecimientos. Continuaban las conferencias acerca de la paz entre el general Bugeaud y Abd-el-Kader, pero sin dar nunca resultado alguno decisivo; por último, se firmó un tratado, por el cual reconocia el emir la soberanía de la Francia. Celebrado el convenio de Tafna, creyó por un momento el pueblo francés que iba á renunciarse á la posesion de Constantina, lo que habria sido, en su concepto, una falta imperdonable; pero estaba empeñado en ella el honor nacional, y no era probable por otra parte que el gobierno desistiese de una resolucion anteriormente tomada. No tardó en presentarse ocasion de acallar la impaciencia pública. Como se negase el gefe Ahmed á reconocer la Francia y á pagarle un tributo, se dispuso marchase desde luego un cuerpo de trece mil hombres contra la ciudad de Constantina: la marcha de las tropas fué lenta y erizada de peligros que supo soportar y vencer el ardor del soldado. La muerte del general de Damremont, la del bizarro coronel Combe y la de otros muchos gefes y oficiales, demuestran claramente cuanto costó á los franceses la toma de Constantina.

Desalentado el partido democrático á consecuencia de las derrotas con que habia espiado todas sus tentativas, tuvo que resignarse á probar fortuna en las luchas electorales, en las que no siempre se le mostró tan adversa la suerte, puesto que en breve contó entre sus gefes á los señores Arago, Lafitte, Dupont de l'Eure y otros. Una circunstancia particular vino á favorecer á aquel partido en las elecciones; trató el ministerio de oponerse á todo trance al triunfo de los doctrinarios, siendo por esta razon mucho mayor el número de representantes republicanos que se notó en las cámaras. Impaciente aguardaba la oposicion por poder dar el golpe de gracia al ministerio, la presentacion de la ley relativa á los fondos secretos; pero se presentó á su tiempo sin que nada lograsen en los partidos, por la perplegidad de Mr. Guizot.

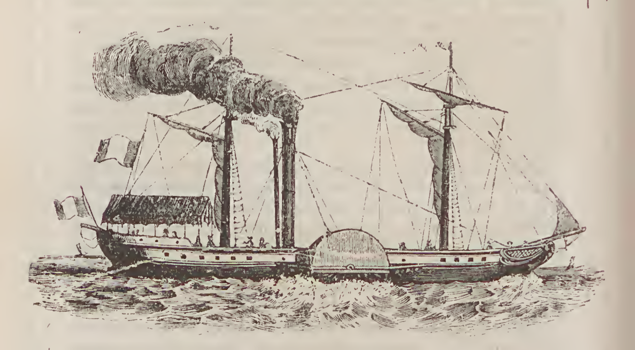
Murió el príncipe de Talleyrand despues de haber firmado la declaracion que fué objeto de tantos temores y esperanzas; su muerte escitó sentimientos muy opuestos entre los muchos que tuvieron ocasion de presenciarla, siendo muy pocos los que la sintieron vivamente. Importantes fueron los trabajos legislativos á que sin descanso se entregó el ministerio durante el año 1838: la organizacion departamental, la institucion de los jueces de paz, y grandes mejoras en la hacienda fueron los resultados que de ellos reportó la Francia. Formóse causa á Luis Hubert y otros, por habérsele ocupado un plano, y supuestósele capaz de algun atentado contra el rey. El 28 de junio de 1838, se celebró en Lon-

dres la coronacion de la reina Victoria ; toda la aristocracia europea se hallaba representada en aquel acto solemne. La princesa Helena dió á luz un niño, que, como primogénito del príncipe real, recibió el título de conde de Paris. Con motivo de haber evacuado los franceses la ciudad de Ancona, se notó álguna fermentacion en los ánimos, y se presentó la coalicion mas imponente y temible ; no tardó en caer el ministerio del 15 de abril. Los gefes de la coalicion empezaron á enemistarse; brindóse á Mr. Thiers con una embajada á fin de alejarle de la corte y signió el nombramiento de un ministerio provisional. A poco siguieron serios temores de la clase media ; la insurreccion del 12 de mayo y la sentencia dada contra Barbés y Martin Bernard. El vivo interes que demostró el pueblo en favor de Barbés, fué causa de que reinasen en Paris por muchos dias la consternacion y la alarma ; hasta llegó á temerse por la vida de los príncipes.

De nuevo empezó el Oriente á llamar vivamente la atencion de Europa; audaces planes del sultan Mahmud por arrojar de la Siria al vencedor de Koniak, mientras procuraba Mehemet-Alí obtener la posesion hereditaria del Egipto y la Siria. Aconteció al poco tiempo la muerte de Mahamud ; invitó el gobierno francés á las grandes potencias, á que aunáran sus esfuerzos por conservar la integridad del imperio Otomano; la Puerta y Mehemet Ali arreglaron directamente sus diferencias y formóse una liga contra Francia por haber resuelto su gobierno defender á todo trance los intereses del virey de Egipto. El proyecto de dotar al duque de Nemours fué desechado por la Cámara resultando la caida del ministerio. Encargóse al duque de Dalmacia la formacion de un nuevo gabinete; reuniéronse las Cámaras; votóse una reforma electoral; presentóse el proceso de los acusados de mayo; estalló en Foix un movimiento que no tardó en ser reprimido, y siguió la ley relativa á la guardia nacional. Formaron las cuatro potencias de Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia un convenio con la Puerta, á fin de arreglar definitivamente las dificultades que acababan de suscitarse en el Levante; notificóse á la Francia aquel tratado, y fué dada una contestacion enérgica por Mr. Guizot á lord Palmerston con este motivo. Visto por el gobierno la gravedad de los acontecimientos, dispusiéronse los armamentos necesarios como si estuviese ya á punto de estallar la guerra ; pero el ministro inglés en su despacho contestando á la nota de Mr. Guizot, manifestó intenciones pacíficas. A la sazon púsose sitio á San Juan de Acre por las tropas aliadas; y despues de una resistencia heróica, aunque corta, tuvo que rendirse la plaza.

Diéronse en Francia importantes leyes sobre caminos de hierro, votándose para la construccion de diferentes vias-férreas la cantidad de ciento diez y ocho millones de francos; asi mismo se dispuso el establecimiento de vapores trasat-lánticos para el servicio. La cuestion de Oriente causó la

caida del gabinete, por haberse puesto en desacuerdo con la Corona, acerca de la marcha política que debia adoptar el gobierno en aquellas circunstancias. Hubo un nuevo atentado contra el rey al dirigirse á San Cloud; pero fué el asesino aprehendido en el acto. Grandes inundaciones; el departamento del Ródano, sobre todo, sufrió grandes desastres. Llegada á Cherburgo de la fragata *Belle-Poule*, conduciendo los restos



mortales de Napoleon I, cuyo carro fúnebre entró en Paris en medio de fiestas magníficas. Informe presentado por Mr. Thiers á las cámaras acerca de la fortificacion de Paris. Fué condenado el regicida Darmés á la pena de los parricidas.

Terminadas ya las diferencias habidas entre el sultan y Mehemet-Ali, merced á la intervencion de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, quedó definitivamente asegurada la paz general. Estalló un movimiento en Tolosa y algunas otras ciudades que trataban de oponerse al censo de poblacion resuelto por el gobierno. Un triste acontecimiento vino á preocupar y entristecer todos los ánimos: en 13 de julio de 1842 se dirigia el duque de Orleans de Paris á Neuilly, cuando al ver desbocados los caballos, se arrojó del coche siendo tan violenta su caida, que á las cuatro horas habia dejado de existir. A pesar de la intensidad de su dolor, fueron convocadas las cámaras el 26 por órden del rey, y despues de haberles manifestado Luis Felipe la pérdida irreparable que habia sufrido, dijo que, deberian ocuparse en breve de una ley de Regencia. Presentada en efecto esta ley, fué objeto de grandes controversias; pero fué votada al fin á 29 de agosto en favor del duque de Nemours. Parecia in-

minente la guerra con motivo de los asuntos de Haiti; pero el gobierno supo cuidadosamente evitarla dando completa satisfaccion á Inglaterra, y haciendo una indemnizacion de veinte y cinco mil francos al consul Pritchard. Entre tanto tomaba la guerra de Africa un carácter mas grave por haber abrazado el emperador de Marruecos abiertamente la causa de Abd-el Kader, nombrándole califa y confiándole el gobierno de la parte del imperio que se estiende al este de Fez. Por mas que hiciese el gobierno británico todos los esfuerzos posibles para evitar la guerra, ó bien para que fuese esta funesta á la Francia, fué declarada, y muy gloriosa para los armas francesas.



Las cuestiones que fueron mas agitadas en la nueva legislatura, fueron la de Marruecos, la de la inversion de las rentas y la de armamento y defensa de Paris; pero en todas ellas, á pesar de haber sido vivamente discutidas, triunfó el ministerio. Los dos regicidas Comte y Henri atentaron contra la vida de Luis Felipe, sin que fuesen mas afortunados que los que les precedieron en su funesta senda.

Pronto vamos á ocuparnos de los grandes acontecimientos del mes de febrero. Cada dia era mayor la agitacion que se notaba en todas las clases; tambien el materialismo, esa carcoma que tanto corroe el cuerpo social, iba ganando terreno; hasta en la misma paz interior de que parecia la Francia gozar, podia verse facilmente la calma que precede á la tempestad, el silencio profundo y solemne que reina antes de procederse á todo acto notable. La clase media que habia prestado siempre tan decidido apoyo á la monarquía de julio, empezó á volverle la espalda, por las diferencias que mediaron entre la cámara electiva y el gobierno del rey; solo cuando amenazaba á los dos poderes un peligro comun, se unian estos para conjurarle, pero apenas habia desaparecido, desaparecia tambien entre la corona y las cámaras la efímera union exigida por

las circunstancias. En medio pues de tantos elementos contrarios, y faltándole el único apoyo de la clase media que, le habia encumbrado y sostenido, no podia el rey Luis Felipe continuar rigiendo por mas tiempo los destinos del pueblo francés. Asi que bastó la revolucion de febrero de 1848 para destruir en tres dias la obra que en tres dias levantára tambien la revolucion de julio de 1830. Sucedió á la monarquía el gobierno provisional, y continuó la Francia ajitada por fuertes vaivenes que hicieron estremecer á las potencias restantes de Europa.

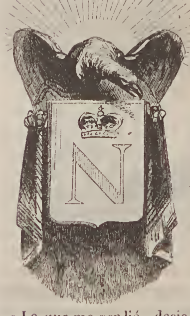
Felizmente, en medio del fragor general se presentó un hombre estraordinario que hizo renacer la confianza en todos los corazones, é impedir que se turbára la paz del mundo tan seriamente amenazada. A continuacion publicamos la historia de esa revolucion y de ese grande hombre que ha dado vida á las artes y á la agricultura y sabido hacer reconquistar á la Francia su gloria y su esplendor pasados.





NAPOLEON III.

EL SUCESOR PREDESTINADO, INFANCIA Y DESTIERRO.



NAPOLEON I, puesto de codos cierto dia sobre una mesa en la que estaba tendido un mapa de Europa, se hallaba sumido en una de esas tristezas proféticas que asaltan por lo comun á las grandes almas que se ven en la cumbre de la prosperidad humana, y contemplaba aquella Francia inmensa, cuyos límites ensanchára tanto su espada. « ¡Quién, despues de mi, esclamó, podrá con una carga tan pesada! »

Y cuando mas tarde en Santa Elena reflexionaba acerca de las causas que motivaron su caida, definia de este modo las condiciones de la sucesion:

« Lo que me perdió, decia, fué el no ser mi dinastía bastante antigua: me habria levantado hasta del pié mismo de los Pirineos á ser mi

tercer sucesor; cuan grande es la mágica de lo pasado!.. Era elegido de los franceses, su nuevo culto era mi obra; sin embargo, reaparecieron los antiguos, y ved con cuanta facilidad volvieron á agruparse enderredor de sus ídolos.»

Quien habria dicho entónces al vencedor de Jena y Friedland, al ilustre prisionero de Inglaterra, que el que debia cargar con el glorioso peso de la Francia estaba ya elegido entre su familia; que recibiria el imperio para desenvolver todas sus glorias sin esperimentar ninguna de sus desgracias! Y sin embargo aquel elegido del destino, no era el ni-



ño que llevaba desde su cuna el nombre de Rey de Roma. La Providencia habia decidido que no tuviese el hijo del César mas patrimonio que el destierro y la muerte, y que fuese el sucesor del porvenir uno de

aquellos niños en cuyas venas corria á la vez la sangre de los Bonaparte y la de la emperatriz destronada, la de la noble Josefina. ¡Misteriosa leccion, dada á las previsiones de la sabiduria humana!

Habia llegado á su colmo el esplendor del imperio: estendíase entonces la Francia desde el Arno al Zuiderseo, encerrando en sus anchas fronteras ciento veinte millones de hombres. El 20 de abril de 1808 retumbó el cañon en Paris y á su retumbo contestaron los ecos de la Francia entera. Desde Hamburgo á Bayona, desde Roma á Cherburgo pobló los aires de alegres tañidos el sagrado bronce de las iglesias: acababa de nacer un niño, heredero indirecto del imperio; llamábase Cárlos, Luis Napoleon Bonaparte, hijo segundo de Luis Bonaparte y de la reina Hortensia Beluharnais.

El hijo mayor de Hortensia habia nacido en 1802; llevaba los mismos nombres de Napoleon Cárlos Luis, y habia muerto en 1807, siendo príncipe real de Holanda. Otro segundo hijo tuvo el rey Luis en 11 de octubre de 1804; el cual fué bautizado por su santidad Pio VII bajó el nombre de Napoleon Luis. El niño cuya historia referimos, era el tercer hijo de Hortensia, que fué despues segundo por la muerte del príncipe real. Nadie ignora cuales fueron las razones personales que obligaron á la reina de Holanda á abandonar su reino: Cárlos Luis Napoleon, asi llamarémos al futuro emperador de Francia hasta la muerte de su hermano mayor el príncipe Napoleon Luis, debió á aquellas circunstancias el nacer en Paris en el palacio imperial.

El cielo brumoso de Holanda habia sido tan perjudicial al príncipe Napoleon Luis como á su madre, asi que, temiendo el Emperador una nueva desgracia, dió órden de que el niño no saliese de Francia. Se educó pues al príncipe heredero en la Malmaison, donde gozaba de una salud completa; rubio, blanco y sonrosado, decia Josefina que le amaba con pasion, parece mi niño un angelito.

El nuevo príncipe Cárlos Luis Napoleon no fué por de pronto bautizado, solo se levantó acta de su nacimiento bajo las fórmulas prescritas. En conformidad al artículo XL de las constituciones del 29 floreal del año XII, S. A. S. monseñor el príncipe archicanciller del imperio, habia asistido al alumbramiento, y recibido el acta de nacimiento en presencia de S. E. M. Regnault de Saint-Jean-d'Angely, ministro de Estado y secretario del estado de la familia imperial. Pero, atendida la ausencia del Emperador, no habia recibido el príncipe que acababa de nacer nombre alguno.

Solo mas de dos años despues, ó sea en 4 de noviembre de 1810, fué bautizado solemnemente en el palacio de Fontainebleau: fué padrino el mismo emperador, que lo habia sido ya de los dos hijos primeros de Hortensia; la madrina del jóven Cárlos Luis Napoleon, fué la nueva em-

peratriz Maria Luisa. Tambien está la firma de la emperatriz Josefina en el registro civil de la dinastía imperial: siendo de observar que entre el nacimiento y el bautismo habia mediado un divorcio. En el mismo dia, decia el *Monitor*, y á la propia hora, fueron bautizados veinte y dos niños, á quienes sirvieron tambien de padrinos el Emperador y la Emperatriz. Aquellos tiernos compañeros de cuna eran hijos de S. A. S. el príncipe de Neuchatel, de SS. EE. el duque de Montebello, los duques de Bassano, Cadore, conde de Cessac, duques de Trevisse, Bellune, Abrantes, condes de Beauharnais, Rampon, Darú, Duchatel, Caffarelli, Lauriston, Lemarrois, Defrance, Turenne, de la Grange, Gros, y de los barones Curial, Colbert y Becker.



Cárlos Luis Napoleon fué acogido en Francia como una nueva prenda que debia asegurar la perpetuidad del imperio; pues como el Emperador no tenia aun sucesor directo, parecia que los hijos del rey Luis estaban destinados á recoger aquella portentosa herencia. Tres años despues habia habido ya un cambio notable: Napoleon tenia un hijo, y sin embargo Cárlos Luis Napoleon debia ocupar en el libro del destino, el mismo puesto que una casualidad misteriosa le habia señalado en el libro mismo de la familia imperial. Cosa estraña, el registro del estado civil particular de la dinastía imperial, no habia sido enviado y depositado en el Senado hasta algunos dias antes del nacimiento del principe Cárlos Luis Napoleon. Su nombre fué el primero que se inscribió en él; el segundo, fué el del rey de Roma!

Pasó Cárlos Luis Napoleon los primeros dias de su infancia en el palacio que poseia su madre en la calle Cerutti, hoy calle Lafitte: Hortensia educó á su tercer hijo como á los dos restantes, en conformidad á sus futuros destinos. Una severidad benévola que solo cejaba ante la en-

fermedad, formó el cuerpo y el alma del jóven príncipe; pero por lo comun encontraba aquella educacion viril una adversaria en la buena y sensible Josefina que amaba al niño como un ídolo de su corazon.

Cuando no bastó ya al jóven príncipe la educacion materna, fué confiado á la ilustracion y cuidado de dos hombres, cuyo carácter fué el mas á propósito para cultivar las cualidades naturales de su jóven discípulo. Era uno de ellos Mr. Háse, sabio heleno que, bajo un esterior vulgar, ocultaba una finura y una sensibilidad verdaderas; el otro, Mr. Lebas, hijo del convencional, dotado de mucha energia y de un corazon franco y leal, habia conservado, en medio de la corte imperial, sus simpatías de la infancia en favor de la antigua libertad revolucionaria. Ambos procuraron desenvolver en el jóven príncipe los sentimientos naturales y la fecunda sencillez de su rica organizacion. Desde luego puede comprenderse, como educado por su madre en el amor á los débiles y á los que sufren, y por sus maestros en las ideas de justicia y de igualdad, logró el príncipe librarse de las seduciones que engendran el fausto y la grandeza. Nadie estrañará ya verle en medio de los esplendores del imperio y entre el respeto de los que en su presencia inclinaban la cabeza, pensar en los vaivenes de la suerte, y decidirse merced á su filosofía infantil, á vender ramos de violetas, el dia que llegasen á faltarle el poder y los medios con que contaba entonces.

Napoleon habia mirado siempre á aquel niño con una predileccion particular; asi que, antes del nacimiento del rey de Roma, se inquietaba vivamente por la salud de los dos hijos de Hortensia, únicos sucesores entonces del imperio. El ama de leche del jóven príncipe Luis, la señora Bure, era una persona dulce, benévola, y aunque morenita, en estremo bella. Cierto dia que la señora Bure acompañó á su querido príncipe á las Tullerias, dijo el emperador, fijando los ojos en ella: «¡Tiene este niño una ama encantadora!» Estas palabras, dice Mme. Cochelet en sus Memorias, despertaron problamente en la señora Bure, el único sentimiento de vanidad que esperimentó en su vida; sentia por su príncipe toda la ternura de una madre apasionada, sin que se entibiase nunca su amor en lo mas mínimo; ni un momento se separó de su lado.

Nada cambió el nacimiento del rey de Roma en el efecto que sentia el Emperador por sus sobrinos; en cuanto á Cárlos Luis Napoleon, puede decirse que le valió un nuevo compañero en sus juegos, y que reinó desde luego entre ambos primos la amistad mas viva. En medio de sus numerosas preocupaciones, gustábale al Emperador distraerse un rato entre su familia, y eran siempre admitidos, por escepcion, los dos hijos del rey de Holanda en su gabinete cuando el emperador almorzaba solo. Queria enterarse por sí mismo de los progresos de su educacion, procuraba siempre ejercitar su jóven memoria y desenvolver su tierno

juicio ; asi que, abria algunas veces Lafontaine, y eligiendo alguna hermosa fábula, se la hacia recitar, llamando luego con cuidado su atencion acerca del sentido humano de aquellos inmortales apólogos.

Mientras la coalicion armada amenazaba á la Francia, vencida en el fondo de Rusia por los elementos mas aun que por los hombres, iban separándose sucesivamente todos los aliados del vasto imperio francés : no tardaron en rodear al leon herido todos sus numerosos enemigos. Preciso fué entonces abdicar, y resignarse á partir para el destierro. El príncipe Cárlos Luis Napoleon que solo contaba á la sazon seis años, permaneció en Paris con su madre, siendo objeto de los odios y venganzas del trono restaurado. Cuando se esparció el rumor de que Napoleon se habia presentado nuevamente en el suelo francés, se vió la pobre Hortensia de tal modo amenazada, que le fué preciso ocultarse y ocultar á sus hijos.

Repuesto en su trono, tendió Napoleon la vista en derredor de aquellos niños que tanto amaba, y en lugar de tres, solo vió dos que jugaban á su lado, el otro, su propio hijo, estaba en poder de los enemigos de la Francia. El afecto que sentia Napoleon por sus sobrinos, aumentó aun en virtud de aquella dolorosa ausencia.

Llegó la última catástrofe: el consejo de regencia decidió la partida de la Emperatriz. En vano Hortensia esclamaba desde el fondo de su corazon verdaderamente francés: Se complacen en perder á la Francia y al Emperador. Quedó neutralizada la defensa, preciso fué ceder. Un mensaje del rey Luis volvió á pedirle sus hijos; y ella partió en 29 de marzo, y dos dias despues lo efectuó Maria Luisa.

En aquel momento fatal, como si la infancia encontrase en su instinto aquella rectitud de sentimientos que falta á veces á la reflexion de los hombres, manifestaron los dos niños al salir de Paris mucha mas repugnancia de la que se notó en muchos adictos generales. Uno de estos niños, el rey de Roma, se asió de los muebles que habia en el departamento imperial; el otro, Cárlos Luis Napoleon, esclamó que preferia quedarse para combatir hasta la muerte en defensa de su tio.

No era esta la primera vez que habia dado el jóven príncipe una prueba de su generosa sensibilidad; puesto que cuando Napoleon iba á partir para su última campaña, el niño, que no debia volver á verle, tuvo como un presentimiento de aquella inmensa desgracia; y por esto trató de oponerse á aquella partida con toda la fuerza de su afecto y del terror de que estaba poseido. Oigamos un testigo, de cuya relacion no debemos dudar, la cual contiene rasgos singulares que cualquiera creeria haber sido escritos ayer para justificar y anunciar lo que era entonces imposible prever y sin embargo, aquella relacion hace mucho tiempo que fué publicada en Londres.

Fuí, dice, introducido cerca del Emperador, el cual parecia estar triste y receloso, por mas que fuesen sus palabras breves y acentuadas, y sus ideas claras y precisas. Escuché con la mayor atencion todo cuanto me dijo, cuando volviendo por casualidad la vista, noté que la puerta, por la que acababa de entrar el emperador, habia quedado entreabierta: iba á dar un paso para cerrarla, cuando ví deslizarse de repente un niño en la habitacion y acercarse al emperador: era un hermoso niño de siete á ocho años de edad, de blonda y rizada caballera, de azules y espresivos ojos. Veíase impreso en su semblante un sentimiento doloroso, y revelaba toda su actitud una emocion profunda que en vano procuraba ocultar.

Despues de haberse acercado el niño, se arrodilló delante del Emperador, dejó caer la cabeza sobre sus dos manos apoyadas sobre las rodillas y empezó á derramar abundantes lágrimas.

— ¿Qué tienes, Luis? esclamó el Emperador con un acento que revelaba claramente la contrariedad que le causaba el haber sido interumpido; ¿porqué lloras?

— Señor mi aya me ha dicho que vais á partir para la guerra. ¡Oh! no partais, no partais! — ¿Pero porqué no quieres que parta?, añadió el emperador con voz subitamente enternecida por la tierna solicitud de su jóven sobrino, pues no era otro nuestro niño, que el jóven Luis Napoleon, favorito del emperador; ¿porqué no quieres, hijo mio, que parta? le decia, haciéndole levantar la cabeza, y pasando la mano por entre sus rubios cabellos. No es esta la primera vez que voy á la guerra: ¿por qué te afliges? Nada temas, pronto volveré.

— ¡Oh! repuso el jóven príncipe sin interrumpir su llanto, ¡oh! querido tio; temo por que los malos aliados quieren daros la muerte; ¡ ah! querido tio, permitidme que yo tambien vaya, dejadme acompañaros!

Nada contestó el emperador á estas palabras; la ternura de aquel niño le llegaba hasta el corazon. Tomó entonces al jóven príncipe sobre sus rodillas y le abrazó con toda la efusion de su alma. Enternecido á mi vez por aquella afectuosa escena, tuve la imprudencia de hablar del rey de Roma, que se hallaba entonces en poder del Austria.

— ¡Ah! esclamó el emperador, ¿quien sabe cuando volveré á verle?...

El emperador parecia estar profundamente conmovido, pero en breve recobró toda la fuerza de su palabra: — Hortensia, Hortensia, gritó; y en el momento de presentarse la reina, la dijo: — Llevaos á mi sobrino y reprended vivamente á su aya que, con palabras inconsideradas, exalta la sensibilidad de este niño. Luego, despues de haber dirigido algunas palabras dulces y afectuosas al jóven príncipe para consolarle, iba á darlo á su madre, cuando notando, sin duda, mi enterne-

cimiento: — Tomad, me dijo vivamente, podeis abrazarle. Tendrá un escelente corazon y una bella alma. Y mientras que yo cubria de besos y lágrimas el semblante del jóven príncipe: ¡ Ah! querido mio, dijo el Emperador, *es quizá la esperanza de mi raza!*

Singular intuicion de lo porvenir.

Es sabido que, despues de la segunda invasion, se retiró la reina Hortensia á Ausburgo, y despues á Constancia, pero antes de fijarse en pais estrangero, habia tenido que conformarse á una separacion cruel. Aterrada en vista de los atentados cometidos en Francia contra los partidarios de Napoleon, pensó la reina que en Roma, y junto á su padre, estaria su hijo primogénito en mayor seguridad. Partió pues el príncipe Napoleon; el aislamiento en que quedó entonces el príncipe Cárlos Luis fué tanto mayor, cuanto que nunca se habia separado de su hermano. Aquel amable niño, dice la señorita Cochelet, lectora de la reina Hortensia, era de un carácter dulce, tímido y reservado, hablaba poco, pero su genio vivo, reflexivo y penetrante, se manifestaba claramente por medio de palabras é ideas felices, llenas de razon y de finura, que me complacia en recojer y repetir. Causó en él la partida de su hermano una afliccion tan grande, que cayó enfermo, pues tuvo una ictericia que felizmente no fué de peligro.

Muy poco brillante era por cierto la posicion material de esta parte de la familia. En virtud del primer tratado que se estipuló en Fontainebleau, la reina y sus dos hijos habian recibido por separado cuatro cientos mil francos, viéndose obligada á luchar con toda su dignidad ultrajada para hacer constar en él su título de reina, que solo se le dió de un modo evasivo, y sin que fuese su concesion gratuita. El gobierno del rey no habia reparado en tomar un millon de renta sobre el tesoro, y una inscripcion de quinientos mil francos tambien de renta, que Napoleon habia asegurado para Hortensia; habia sido además devuelto al príncipe de Condé una parte del bosque de Saint-Leu. Finalmente, del tesoro particular de Napoleon habian sido tomados seis cientos mil francos que pertenecian á Hortensia y á su madre Josefina, y fueron depositados por el ministro de hacienda en casa del aministrador general de rentas de Blois, para que fuese remitida aquella suma al duque de Angulema.

Cuando la caida definitiva del imperio, acabó de agravarse aun mas aquella situacion. El desprendimiento y adhesion de la reina para con el emperador le hicieron perder grandes y asegurados recursos. Habia hecho aceptar á Napoleon al partir, segun creia, para América, un magnífico collar, cuyo valor escedia de ochocientos mil francos. En cambio de esta rica alhaja, quiso el emperador que aceptase Hortensia un legado contenido en su lista civil, y del que se apoderó luego el gobierno del

rey. Aquel collar que habia sido la última prueba del desprendimiento y abnegacion de la reina, fué entregado mas tarde á M. de Montholon por el emperador en su lecho de muerte, teniendo el ejecutor testamentario la dicha de poder devolverlo á la reina que, lo cedió al rey de Baviera por una pension vitalicia de veinte y tres mil francos; la pension solo fué pagada durante dos años.

Desde el momento en que la reina salió de Paris cuya ciudad no debia volver á ver, careció ya de recursos para poder establecerse en parte alguna, y dejó de pagársele la pension señalada. En tan apurada situacion, vióse obligada á vender algunos cuadros: dióle el príncipe de Talleyrand por uno de ellos la suma de diez y seis mil francos.

Perseguida la reina Hortensia en Augsburgo y Constancia por la animosidad de los Borbones, hasta en el mismo retiro que le disputaba una



diplomacia recelosa, se entregó resueltamente á la educacion del único hijo que permanecia á su lado; inútil nos parece advertir que aquella educacion, tan robusta y severa en la prosperidad, habia venido á ser mas completa aun, y sobre todo, mas adecuada al destino que se ofrecia en perspectiva al jóven príncipe. Lejos de hacerle volver los ojos con dolor hácia lo pasado, procuraba infundirle su madre aquella fir-

meza de carácter que tanto contribuyó á sostenerle despues en todos los vaivenes de su próspera y adversa suerte.— Nuestras desgracias, acostumbraba decir su madre, son para mis hijos la mejor escuela que se puede dar; solo falta que sepan aprovecharse de ellas. Nada hay como los reveses para formar una alma á toda prueba; cuan culpable seria yo á no utilizar las tristes circunstancias que nos abaten para dar á mis hijos una leccion que no es probable lleguen á olvidar jamás. Los pueblos, añadia, serian mucho mejor comprendidos y gobernados, si todos los príncipes hubiesen sido desgraciados en su juventud.

El estudio de las lenguas antiguas y modernas, habia sido confiado á la direccion del buen abate Bertrand; reservándose la madre para sí enseñar á sus hijos las artes recreativas, en las que sobresalia en gran manera, asi que, no podia tener el jóven príncipe mas escelente profesora para el dibujo, la música y el baile. Algunas lecturas adecuadas á la inteligencia del niño, le disponian para entrar despues en los estudios mas serios, recaian aquellas las mas veces sobre algunas memorias secretas, ó viajes que servian de pretesto para darle importantes lecciones de geografía. Todos los sábados se daba un repaso general á las lecciones de la semana, sin que nada omitiese Hortensia durante aquella mision maternal, esto es, ni las esplicaciones técnicas, ni hasta el latin aprendido de memoria. Finalmente, y era este la parte mas grata y dulce de su mision, le enseñaba el catecismo, siendo sobre las rodillas de su madre, donde aprendió el príncipe á confesar por primera vez las sublimes verdades de nuestra religion.

Viéronse reunidos cierta primavera algunos miembros de la familia por haber visitado Hortensia á su hermano en Berg, poblacion situada en las orillas del lago Wurmseo. El príncipe Eugenio habitaba allí una casa de recreo del rey de Baviera. Cuan grande fué la alegria que causó aquella reunion momentánea á los dos hermanos, cuan infantil el placer que sintió el sensible corazon del príncipe al verse rodeado de cinco amiguitos, cuatro primos y una prima.

Llegó el estio, y la reina, siempre delicada y doliente, fué á pasar el verano en las motañas de Suiza, en un puebleeito llamado Gaiss, junto á Appenzell. La diplomacia, al parecer, habia dejado de seguir sus pasos; así que, se sentia la reina feliz en aquella atmósfera de verdadera libertad. Lejos de encontrar en Suiza, como le sucedió anteriormente, huéspedes aterrados á quienes turbaba la sombra de la Santa Alianza, recibia Hortensia las visitas de aquellos buenos montañeses que nada les importaba disgustar á los reyes de la tierra. El *landamman* del canton de Appenzell no vaciló en tributar á la reina desterrada homenajes respetuosos, y los magistrados del canton de Thurgovia hicieron proponer á la llamada condesa de Saint-Leu, que podia instalarse en su

territorio, si bien regresó la reina á Constancia, no dejó de aceptar mas tarde aquel ofrecimiento benévolo.

Era el invierno en Constancia para el jóven príncipe, la principal época del estudio: todo lo que habia aprendido durante sus correrias por la montaña y el lago, todas aquellas nociones prácticas que su madre y el abate Bertrand habian sembrado como un gérmen fecundo en su jóven inteligencia, eran nuevamente esplicadas y comentadas junto al hogar durante las frias y largas veladas del invierno.

Entretanto, empezaba á desarrollarse el doble carácter del niño. Tierno y reflexivo, aprendia y conservaba en su memoria cuanto se le enseñaba; pero los primeros albores de la adolescencia revelaban en él ya el ardor de su naturaleza. Bueno y dulce cuando se apelaba á su sensibilidad esquísita, se le veia de repente entregarse á un esceso de vivacidad que exigia la mas escrupulosa vigilancia; la instruccion, sin embargo, no se resentia de ello, merced á la singular comprension de aquella precoz inteligencia; con todo, su madre y su preceptor veian algunas veces con temor los arranques novelescos de su carácter. Su generosidad natural, rayaba algunas veces en abnegacion entusiasta.

Cierto dia, segun la señorita Cochelet que refiere esta anécdota significativa, desaparcció el príncipe durante algunas horas, en el momento de ir á jugar con su jóven amigo, el hijo del molinero del puente del Rhin. Empezaban á torturar ya las mas crueles angustias el corazon materno, y se disponia el abate Bertrand, seguido de algunos criados de la reina á recorrer las montañas vecinas, cuando vieron regresar al príncipe. Llegaba en mangas de camisa y andaba descalzo sobre el barro y la nieve: ruborizóse un tanto al verse en un atavio tan poco conforme á sus costumbres. Como se le preguntase la causa de hallarse en aquel estado, contestó que jugando en la entrada del jardin, habia visto pasar á una pobre familia tan miserable que era imposible verla sin enternecerse, y que careciendo de dinero para socorrer su desgracia, habia calzado á uno de los niños con sus zapatos, y vestido al otro con su levita. ¡ Cuantos rasgos semejantes hizo en lo sucesivo que podríamos citar como una prueba de su buen corazon y de su generosidad!

Tal fué la infancia del príncipe hasta el dia solemne en que entró en la adolescencia, y que fué como la toma de posesion de la personalidad. Recibió Cárlos Luis Napoleon el sacramento de la confirmacion en la antigua catedral de Ausburgo, de manos del venerable diocesano, apadrinándole en aquel acto solemne el príncipe Eugenio que, sentia por su sobrino el efecto de un padre.

Sin embargo, el odioso terror de la Restauracion no habia dejado de velar en derredor del retiro apacible de la pobre madre: en breve se levantaron nuevas persecuciones cada vez mas crueles, como lo demues-

tra el haber recibido el gran duque de Baden la órden de espulsar á la reina de sus Estados. Entonces fué cuando se acordó Hortensia del generoso ofrecimiento que le hicieron los ciudadanos del canton de Thurgovia ; ya en su primer viaje habia tenido ocasion de admirar la risueña posicion de Arenenberg, pequeña morada gótica, levantada en la mitad de la costa sobre un pequeño promontorio , desde el cual se estendia la vista sobre un lago azul , en el que , como una esmeralda , verdeaba la pequeña isla de Raickman. Dibujábase no muy á lo lejos sobre el lago el puntiagudo campanario de la pequeña iglesia de una aldea: era Manuback que descendia con sus casas rústicas hácia el lago en grato desórden :



veiase sobre el pueblecito el viejo castillo de Salstein , como un nido de águila , que debia de ser la antigua morada de algun baron feudal. Nada tan gracioso y severo á la vez como aquel pequeño cuadro , al que servian de marco los picachos sombríos y la imponente cabellera de los abetos que se estendian á una distancia inmensa. En aquel áspero retiro , al pié de los ventisqueros mismos del Cintis, fué donde se estableció la reina , esperando encontrar el reposo y la paz de que tanto necesitaba.

Fué señalado el estío de 1818 con una dicha sin igual para los dos desterrados : Hortensia obtuvo de su esposo que se le enviase por algunos meses á su hijo primogénito. Inesplicable fué el gozo que tuvo el jóven príncipe, al volver á ver á aquel tierno amigo de su primera edad, cuya separacion le habia sido tan dolorosa ; juntos recorrieron las montañas que tan conocidas tenia ya el jóven príncipe : complacíase sobre manera en guiar á su hermano mayor en los angostos senderos que serpentean sobre los ventisqueros , y en los cuales habia ejercitado mas de una vez su habilidad y su vigor nacientes. Solo entonces se permitió al niño de diez años entregarse libremente á aquellos ejercicios viriles, en los que quiso iniciar á su hermano que contaba ya diez y seis años. Montar un caballo , manejar un florete , tirar la pistola , luchas de agilidad sobre las aguas del lago , hé aqui los juegos favoritos de los dos hermanos , y á cuyos nuevos placeres se entregaba al mas jóven de ellos con

todo su acostumbrado ardor. Desde entonces la gimnástica, esa ruda escuela del hombre, fué bajo todas sus formas, la distraccion amena á que se entregaban despues del estudio. Al dar la hora fatal que señaló la muerte del prisionero de Santa Elena, Cárlos Luis Napoleon no era ya un niño.





¡EL EMPERADOR HA MUERTO!

¡VIVA EL EMPERADOR!



NA mision mucho mas elevada de lo que lo es el escribir la historia de un hombre ó de una familia, es la que nos hemos impuesto nosotros. Por grande y poderoso que haya sido ese hombre, por gloriosa que sea esa familia, hay todavía algo de mas grande y glorioso, esto es, la idea que representan el hombre y la familia. Solo trazamos aqui los anales de la familia napoleónica; así que, tanto si el representante del Imperio popular está preso en Inglaterra ó Austria, como si se estingue lentamente en los dorados salones de Schœnbrunn, ó crece y se desarrolla en silencio en el calabozo de Ham, no por eso

deja de subsistir la idea imperial en el fondo de los corazones, no por ello deja de tener su parte en los hechos y en los sentimientos de la generalidad. Desde la abdicacion suprema, arrancada por la violencia, hasta la muerte del héroe, alcanzada por los tormentos, no tuvo la idea napoleónica ni un momento de interregno. Queremos manifestar con algunos rasgos la persistencia del imperio sobre las necesidades impuestas á la Francia por la coalicion estrangera, que encumbró nuevamente en el trono á los Borbones.

El trono restaurado acababa de entrar en Francia por la brecha que abrió en ella la espada de la Santa Alianza: la escolta de la monarquía legitima, se vió compuesta de cosacos, ingleses y traidores; y si se hicieron algunas concesiones forzosas al espiritu revolucionario, si fué jurado el respeto á las nuevas libertades, bien se sabia lo que pensaban de esta debilidad el conde de Artois y los verdaderos realistas. Respetar los hechos consumados por la revolucion y no destituir todos los súbditos culpables, era, segun ellos, un crímen, una vergüenza; asi que, la escarapela tricolor habia quedado en los corazones, y el país no podia creer que un rey impuesto por el estrangero fuese una compensacion bastante despues de haberse violado su territorio, destruido sus campos, despojado sus museos y robado sus rentas.

El honor de la Francia habia sido mancillado, hé aquí la única idea, el solo sentimiento que se notaba en el ejército y el pueblo. Desde el dia en que el gran capitan habia desaparecido, el ejército no contaba ya al parecer con ninguna razon de ecsistencia; un solo vínculo unia los fragmentos de aquel gran cuerpo: el recuerdo. Napoleon vivia aun para el ejército y continuaba aun marchando á su frente; nadie habia podido olvidar sus últimas palabras: «Soldados, aunque ausente, seguiré siempre todos vuestros pasos. Conozco todos los cuerpos; ni uno solo habrá que alcance una ventaja señalada sobre el enemigo, sin que haga yo justicia al valor que haya desplegado; tanto vosotros, como yo, hemos sido calumniados. Algunos hombres indignos de apreciar vuestros hechos, han visto en las pruebas de adhesion que me habeis dado, un celo del que era yo el solo objeto; que vuestros nuevos triunfos les enseñen que era la patria sobre todo, la que vosotros serviais obedeciéndome; enseñadles asimismo que, si he llegado á merecer vuestro afecto, solo lo debo á mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre comun.»

Hé ahí las palabras francesas que fueron causa de tantos prodigios, y cuyo eco no llegó nunca á estinguirse en medio de las ruinas de la patria. Y los que tenian el honor de mandar al único ejército del mundo, digno de oir semejante lenguaje, consentian en desmembrar á la Francia y en entregar sus fronteras á los enemigos. Se fortificaba la Bélgica, for-

mándose en ella una especie de cuerpo para marchar contra Francia: Sárrelouis y Landau, antiguas plazas debidas á Luis XIV y Vauban iban á pasar en poder de Alemania. Aquel admirable recinto de plazas fuertes con que supo el gran rey circuir la patria, aquella elástica frontera de pequeños Estados, cuya línea la preservaba del contacto del enemigo, desaparecieron por disposicion de un congreso. El enemigo no se retiró hasta que tuvo en su poder las llaves de la Francia. ¿Podrá nunca olvidarse que dieron los Borbones en compensacion á la Santa Alianza, cincuenta y tres plazas fuertes, un material inmenso, quince mil piezas de artillería, cuarenta y dos buques, dos pedazos de terri-



torio, y sobre todo, el honor nacional? El vergonzoso tratado de París fué para la monarquía restaurada su boleta de alojamiento en las Tullerías; solo faltaba grabar en él esta inscripcion: « La Restauracion agradecida al enemigo. »

La monarquía acababa de acostarse en el lecho de la revolucion y del imperio.

Los políticos en el interin aguzaban su ingenio para contener á la historia; los protocólos se formaban á docenas, sin contar que eran diques impotentes para oponerse al desenvolvimiento de las naciones. Reformábase en un salon el mapa de Europa: los príncipes se disputaban entre si algunos trozos de provincias, sin pensar siquiera en consultar la voluntad de los pueblos, á los que solo tocaba pagar las apuestas que se hiciesen en aquel juego diplomático.

No bastaba aun firmar la humillacion y la vergüenza de una nacion que se pretendia gobernar, sino que era preciso levantar ademas entre ella y el trono, una barrera de odio y de sangre. En número de cincuenta y siete fueron los generales, gefes y oficiales, detenidos ó proscritos, y contra los que se profirió una sentencia de destierro ó de muerte: el ejército del Loire fué disuelto por no tener el gobierno en él la menor confianza; llevándose cada soldado, cualquiera que fuese su condicion, al regresar á sus hogares, el recuerdo de la gloria pasada, y la vergüenza de la humillacion presente. ¿Podrán sus hijos nunca olvidar un proceder semejante?

En breve se juntaron nuevas causas de odio á las humillaciones que la corte imponia, siendo el nuevo gobierno comentado de un modo estraño por sus mismos partidarios. ¡El pillage y la mortandad de que fueron teatro, Marsella, Nimes y Uzes; y el asesinato de Brune, Legarde y Ramel, debidos á la exaltacion popular, fueron el triste fruto que produjo la ejecucion de los hermanos Faucher, Labedoyere y Ney!

Una vez calmada la reaccion realista, y cuando hubo entrado la Francia en posesion de si misma al precio de su deshonra y de mil quinientos millones, se encontró el gobierno con un problema de una resolucion muy difícil, porque en virtud de la carta concedida, no era la libertad para la Francia mas que una concesion, una escepcion, que de ningun modo podia ser considerada como un derecho. Por mas que hubiese sido preciso concederle una especie de existencia legal, se la miraba con sospecha y recelo; como el criminal despues de terminada su condena, quedaba bajo la vigilancia del gobierno. Representante de un sistema liberal, no pesaba, en virtud de la carta, sobre el trono responsabilidad alguna. Desde el primer dia en que empezó á regir el nuevo órden de cosas, empezó ya la lucha entre el antiguo régimen y la revolucion, entre el gobierno restaurado y las generaciones de la república y del imperio.

¡La república! he aqui la palabra, la antigua forma de gobierno que volvió á ser una de las fases del espíritu de oposicion; ¿por qué esa gran sombra de la República no se presentó ante el imperio para despertar los terrores pasados, ó reanimar las esperanzas caidas? Porque al ceñirse Napoleon la corona imperial el 18 de mayo de 1804, no dió á su nuevo poder todos aquellos derechos vetustos que abolió para siempre la revolucion francesa. Tampoco rehabilitó los derechos feudales, ni se rodeó de una nobleza esclusiva y privilegiada. ¿Atendió por ventura el derecho de primogenitura, toleró la venalidad de los empleos, la confusion del tesoro público con el tesoro particular del rey, ni la desigualdad ó escepcion de los impuestos? No, preciso es confesar que nada en Napoleon era absoluto, como no fuese el mismo Napoleon. Fijad la vista en su

monarquía, y vereis un imperio constitucional fundado en la libertad de las personas, en el respeto de los cultos y de la propiedad, en la igualdad civil y política, en la admision general para todos los empleos, en las distinciones concedidas al mérito, en la separacion entre las rentas del Estado y el tesoro del soberano, y en la publicidad de la administracion de la hacienda. Tal fué el espíritu de que dotó todas sus creaciones europeas, tal el régimen que se observó siempre en los reinos de Nápoles, Holanda, Westfalia, Italia, asi como en el gran ducado de Varsovia. Todas las derogaciones de esas libertades fundamentales, fueron escepciones personales, justificadas las mas veces por necesidades estraordinarias. Hasta el último dia de su poder, fué Napoleon el civilizador liberal que decia al Directorio á su regreso de Radstadt: « De la paz que acabais de firmar, data la era de los gobiernos representativos. »

Solo una oposicion mas verbosa que temible, y mas terca que guerrera, habia protestado timidamente en algunos salones literarios, ó desde un destierro voluntario, escogido entre las riberas del lago de Ginebra, sin revelar en sus injustos ataques mas que las profundas heridas de un amor propio desgarrado ó la muerte de algunas esperanzas egoistas. Susceptibilidades de algunos poetas ó mugeres, á esto quedó reducida la oposicion hecha al imperio.

Cierta noche que contenian los salones de Talleyrand todo cuanto encerraba Paris de mas ilustre y notable, preguntó la baronesa de Staël á Bonaparte « cual era la mujer que consideraba mas grande desde la antigüedad á los tiempos presentes. » « Señora, contestó Bonaparte, la que ha sido mas fecunda. » Y como insistiese la autora de Corina, mendigando un elogio, y reprendiese al héroe por no ser un grande admirador del bello sexo: —« Amo en estremo á mi esposa », replicó Bonaparte.

Jamás perdonó la baronesa de Staël aquella ofensa.

En cuanto á su oposicion política, debemos decir que empezó en las circunstancias mas tristes; estaba ya el enemigo en las fronteras, cuando la señora de Staël se hizo cómplice en las desgracias del pais con sus inoportunas é impotentes bravatas. La oposicion constitucional parlamentaria solo data de en tiempos de la Restauracion; siendo lo mas singular, que de todos los partidos que hizo nacer, ninguno hubo que fuese francés, ninguno que brotase del suelo de la patria. Seducidos por las incontestables grandezas de la sociedad británica, habia cierto número de espíritus serios y sinceros que consideraban las instituciones inglesas como el tipo inmutable que debió presentarse para que fuese imitado por todas las sociedades modernas; un estudio superficial é inexacto de aquellas instituciones, les habia persuadido de que bastaba disminuir el

poder real para asegurar una libertad próspera y duradera. No habian previsto que aquel gobierno cuyo poder debia estar en equilibro, era el fruto particular de una civilizacion estraña ; y que por lo mismo no podia trasplantarse aquella produccion británica en paises diferentes y en climas enteramente opuestos, sin esponerse á que no diese fruto alguno.

Así fué, que todas aquellas sutilidades parlamentarias, y todas aquellas luchas corteses que solo tendian á satisfacer ambiciones y á crear nuevos empleos, fueron consideradas como un mecanismo exótico que no podia echar hondas raices en la nacion francesa. Dos eran tan solo los partidos políticos que conservaban aun sus adoradores secretos : la república con sus grandiosos crímenes, y el imperio con su beneficencia y su gloriosa unidad. Desde el fondo de Santa Elena salia de vez en cuando una voz cuyo sonido hacia latir todos los corazones ; hé aqui lo que aquella voz les decia : «He cerrado el camino que conducia al abismo de la anarquía y despejado el caos; he purificado la revolucion, ennoblecido los pueblos y asegurado los reyes. Escité asi mismo todas las emulaciones, recompensé todos los méritos y ensanché los límites de la gloria : ya veis si es colosal la empresa á que llegué á dar cima. »

Y luego la misma voz añadia : «Vendrá un dia en que la Europa será republicana ó cosaca.» Palabra suprema que no ha sido ni la amenaza del genio destronado, ni la maldicion de una grande alma exasperada por su caida, sino el anuncio profético de la nueva democracia encarnada en la unidad imperial.

Mientras que la cámara electiva fué el eco de acentos patrióticos, mientras que los Manuel, los Foy y los Lafayette, se impusieron la mision de hacer oir en la tribuna la voz del honor nacional, fué favorable la opinion pública á los defensores secretos de todo un pueblo oprimido. Durante los primeros años de la Restauracion, las sociedades secretas y todas las conspiraciones fueron militares ; la conjuracion que abortó en Paris el 19 de agosto de 1820, habia sido esclusivamente organizada por algunos oficiales que estaban en servicio activo ó de reemplazo. A la trama descubierta el 19 de agosto, sucedió en los departamentos del Oeste una vasta asociacion que contaba con numerosos afiliados en las ciudades y pueblos situados en las dos orillas del bajo Loire. Los *caballeros de la libertad*, esos imperialistas fieles que se habian reunido al dia siguiente de la primera abdicacion, eran numerosísimos en Francia. La escuela de Saumur, dotada poco antes de un realismo agresivo, y los marinos del Loire, se organizaban en silencio merced á la direccion y á los cuidados de Grandmenil y de los Gauchais. Joubert y Dugied, conspiradores del diez y nueve de agosto, llevaban de Italia, donde se habian refugiado, los estatutos de una sociedad famosa, ó sea, la de los

Carbonarios napolitanos; en vista pues de aquellos estatutos hubo algunos estudiantes que en union con los Buchez, los Guinard, diferentes empleados y Blayard y Flottard, constituyeron el carbonarismo francés. Los Gauchois-Lemaire, los Ary-Scheffer, los Lafayette, los Jacobo Kœchlin, los Merilhou y los de Schonen, apoyaron la nueva sociedad con el prestigio de su talento y de sus nombres; en breve las ventas se multiplicaron, y el carbonarismo se estendió por toda la Francia, formando tres grandes secciones que abrazaron el este, el mediodia y el oeste. Desde 1817 á 1820, podia el partido liberal prometerse contener á la con-



tra revolucion y constituir una monarquía sólida; pero la ley del doble voto arrebató á los revolucionarios toda esperanza de poder contar con una mayoría en lo porvenir: no les quedaba pues en lo sucesivo mas recurso que acudir al terreno de la fuerza.

En efecto, es digno de notarse el que en aquellos primeros movimientos del espíritu popular, reinase un acuerdo tan completo en todos los planes de resistencia y en las intentonas militares. Nada se debió á los principios, y si solo á la insurreccion armada, porque no habia en todas las oposiciones mas que un solo principio: el honor nacional; un solo medio: el restablecimiento del imperio; porque habian sido

arrastradas á la vez la dignidad de la Francia y el establecimiento napoleónico.

Un acontecimiento harto previsto vino á realizar los temores populares: los tormentos morales y físicos que se impusieron al martir de Hudson-Lowe, libraron al fin á Inglaterra de su terror vergonzoso. El dia cinco de mayo de 1821, dejó de existir el hombre hácia el cual dirigia la Francia en su postracion todas sus miradas.

« Grandes hombres ¿ quereis tener razon mañana ? esclamaba Mirabeau en cierta ocasion, dejad de existir hoy. » Tambien Napoleon habia dicho : « Despues de mi muerte empezará mi porvenir ; solo puede alcanzarme la calumnia durante mi vida. » A los oficiales ingleses que para rehabilitar el honor de su patria, le proponian medios de evasion, hé aqui lo que les contestaba el ilustre cautivo con la intuicion del genio: « Nadie puede evitar su destino: todo está escrito allá arriba. Unicamente mi martirio puede devolver la corona de Francia á mi hijo. José está en América ¿ quien se acuerda de él ? No veo en los Estados-Unidos mas que asesinato ú olvido; prefiero Santa Elena.»

Podria habérsele asesinado, pero no legar su nombre al olvido ; con todo, como el martirio consagraba su raza, hizo bien en preferir el martirio.

Oigamos á un hombre eminente, cuyas convicciones republicanas no pueden ser sospechosas, tal es Aquiles de Vaulabelle. Veamos de que modo manifiesta la glorificacion del dolor, y la exaltacion debida al tormento. El cautiverio de Santa Elena, dice, será para Inglaterra una mancha indeleble ; habia logrado dar á la memoria de Napoleon el carácter casi religioso que va siempre unido en el recuerdo de los pueblos, con los grandes infortunios, con las vidas heróicas consagradas por el martirio.

Ecos siniestros despertó en el mundo entero aquella muerte terrible : el ministerio inglés que se habia manchado en ella, espió en parte su infamia. Desechado lord Castelreagh por los suyos, se hizo por si mismo la justicia ; privó Dios á lord Liverpool de la luz de la razon ; el innoble carcelero de Santa Elena recibió en dinero el precio de su crimen, pero se le desterró despues confiriéndosele la administracion de lejanas posesiones coloniales, en las que murió casi en la miseria. Al llegar ya al fin de su triste carrera, se presentó cierto dia en un teatro inglés ; tomando asiento al lado de los espectadores que eran tambien ingleses : la sala quedó en un momento desierta. Y sin embargo aquel crimen habia sido cometido por la Inglaterra. ¿Que harian los pueblos de la tierra en la grande asamblea de las naciones, si al presentarse á ella una nacion criminal, se levantase una voz pronunciando estas palabras vengadoras del testamento napoleónico ?

« Lego el oprobio de mi muerte á la casa reinante de Inglaterra »

Fué en Francia el dolor tanto mas grande, cuanto fué mas comprimido: sintióse la emocion patriótica en cada hogar doméstico; no podia estallar publicamente por haber impuesto la censura silencio á la prensa. El busto de Napoleon y el epitafio que se grabó sobre su tumba, fueron coronados de siempreviva en el cuarto mas recondito de la casa. Se lloró en silencio: solo se notaba el respetuoso y general dolor que reinaba por medio de la alteracion que se notaba en los semblantes, ó por el ramo de violetas que, en señal de luto, se veia florecer en el ojal. Infinitos fueron los espectadores que pasaron aquel dia frente á la columna imperial consagrando á una memoria querida, el ofrecimiento de una lágrima caida del corazon. En la cámara de diputados, hubo, hasta entre los partidarios mas fanáticos de la legitimidad, un movimiento de reprobacion contra algunos insultos que solo se dirigian entonces á un martir; ó sea cuando un hombre, preciso es que la historia no omita aquí el nombre odiado: Duplessis de Grenedan, persiguió aun con el nombre de usurpador al que estaba ya descansando en su tumba. « Murió ya » esclamó un miembro de la izquierda. — Muchos hay, replicó el cortesano, que podrian gritar: *¡ El emperador ha muerto, viva el emperador !* La cámara entera protestó, retirándose, contra tan bajo insulto.

Y sin embargo, aquel hombre tenia razon al decir: ¡El emperador ha muerto; viva el emperador! En efecto, el emperador en lo sucesivo no podia morir, porque su nombre y su raza estaban unidos al genio y á la vida de la Francia. Viviendo Napoleon, era el imperio un accidente sublime, un meteóro aislado en el cielo de la humanidad; al paso que, muerto, causaba un general asombro el que hubiese podido morir. A tanto llegó la ardiente imaginacion del pueblo, que no admitió que pudiese Napoleon dejar de existir.

Quien no recuerda aquella hermosa relacion de Balzac empezada en el Carrousel:

« El emperador está junto al pabellon del Reloj, rodeado de su estado mayor, y animadas ve desfilar delante de él, todas las estrofas del maravilloso poema que se agita en su mente triste y pensativa. Flotan en el aire estandartes de diferentes colores, las águilas despliegan sus alas de oro, suenan los clarines, dan los tambores la señal y se emprende la marcha. Se ha partido ya, y es la Europa el ancho campo de maniobras de aquel ejército fantástico; se ha partido, y todos aquellos héroes de la Iliada moderna, solo regresarán para envolverse en su blanca sábana de mármol en el salon de las Victorias de Versalles, donde dormirán en una paz eterna y gloriosa. Tan solo durante algunas noches de asombro y de recuerdos, las evocará el poético pincel de Rafet, y volverán á for-

mar todavía bajo las bóvedas sonoras del arco gigantesco del Triunfo, para desfilar en columna de honor, despues dela gran parada.

Que á la media noche
Pasa el difunto César.





PRIMEROS ACTOS.

REVOLUCION DE FRANCIA.—INSURRECCION DE ITALIA.



La muerte de Napoleon causó un dolor profundo á los huéspedes de Arenenberg; pero no por ello quedó desvanecida su esperanza en el porvenir imperial. A Napoleon I, sucedia en sus respetos y sus esperanzas, Napoleon II. Aquel, á quien siguió la fidelidad popular hasta en su destierro, revivia en su hijo. Las conspiraciones que agitaron la Francia desde el año 1821, solo tuvieron que cambiar el número de la escarapela: el complot militar de Befort, la convalache fatal de Caron y el movimiento que abortó en Saumur, se verificaron al grito de «viva Napoleon II.» Entre todos aquellos nobles hijos que es-

piraron en el cadalso político, solo uno, Saugé, lanzó el grito de *Viva la república*, grito desconocido á la nueva generacion, y que no despertaba ningun recuerdo simpático en la Francia imperial.

Las últimas palabras del emperador moribundo, habian renovado en provecho de su hijo, el pacto formado entre él y la Francia; recomendábale á los pueblos, y sobre todo al *pueblo francés.*

Hé ahí la parte del testamento de Santa Elena, concerniente á aquel hijo querido que fué el último pensamiento del héroe, así como fué su recomendacion la última palabra que dirigió á la Francia:

« Encargo á mi hijo que no olvide jamás que nació príncipe francés, y que no se preste á ser nunca instrumento de los triunviros que oprimen á los pueblos de Europa; porque de ningun modo puede combatir ni dañar á la Francia; debiendo siempre adoptar mi divisa: «Todo para el pueblo francés. »

« Lego á mi hijo, las cajas, órdenes y demás objetos de joyería, el catre de campaña, armas, sellos, espuelas, vasos sagrados de mi capilla, libros y toda la ropa blanca de mi uso, conforme consta en el estado anexo, señalado con la letra A. Deseo acepte con gusto este corto legado, que hará vivir eternamente en su corazon el recuerdo de un padre. »

Dos años despues se confió al ejército francés la mision vergonzosa que el moribundo de Santa Elena prohibia aceptar á su hijo, por mas que continuase siendo cautivo en pais estrangero. Iba el ejército francés á oprimir al pueblo español y á matar la libertad allende los Pirineos. Partió el ejército á su pesar, talareando estos satíricos y amenazadores versos del poeta:

Ya veis, bravos, la órden del dia
Y la gloria que al fin os espera:
La victoria, será una quimera:
¡ Ojo alerta! el peligro evitad.

Cuando empezó á ondear la bandera blanca en la ribera francesa del Bidasoa, se vió ya desplegada al viento en la márgen española la bandera tricolor, y se oyeron resonar en el aire estas mágicas palabras. *¡ Viva Napoleon II! ¡ Viva la libertad!*

La pequeña colonia de Arenenberg siguió con interés aquellas manifestaciones de la opinion popular, y empezó el príncipe á adquirir en aquellos movimientos del espíritu francés las indelebles nociones de sus derechos y de sus deberes. Dos tristes acontecimientos, la muerte de Eugenia en 1824, y la de Maximiliano en 1825, fueron los únicos incidentes que turbaron la calma en el áspero asilo de las montañas. La muerte del rey de Baviera privaba á la familia de su último protector;

ningun lazo por lo tanto habia de unirles ya á aquel país; así que, despues de haber tenido que vencer muchos obstáculos, logró la reina permiso para pasar el invierno en Roma, y vivir en Arenenberg durante el verano.

El príncipe Cárlos Luis Napoleon tenia entonces diez y siete años: su educacion, como hemos dicho, robusta y liberal, conforme al espíritu de la época y á la condicion de los príncipes, quizás le habia librado hasta aquel dia de las impresiones esteriores que se sienten en todas las circunstancias de la vida. Sus correrias solitarias en la montaña, sus divertidas herborizaciones, sus lecciones de historia retrospectiva, sus ejercicios propios para robustecer y desarrollar el cuerpo, todo habia contribuido á formar el príncipe, sin iniciarle en las realidades de la vida. La nueva existencia que empezó para él en aquella época, consistente en el estudio solitario y en las conversaciones con una verdadera corte, le procuraron en breve lo que hasta entonces le faltára. La reina, su madre, habitaba en Roma la *villa Paolina*, propiedad de la princesa Borgia; allí fué donde supo Hortensia hacer revivir sus reuniones brillantes de Paris, en las que se daban en otro tiempo cita todas las notabilidades de Francia en letras, artes y ciencias: era Hortensia en sus salones reina todavia, puesto que nadie dejaba de tratarla como tal.

Entretanto la Francia, cuyos lejanos ecos de vez en cuando se dejaban oir, sentia renacer en ella mas y mas cada dia, aquel espíritu de libertad y honra nacional, que en vano pretendia sofocar una administracion contrarevolucionaria. La ley del sacrilegio, del derecho de primogenitura, de la libertad de imprenta, todas esas máquinas de guerra no habian hecho mas que despertar el sentimiento patriótico. El triunfo alcanzado por la oposicion en las elecciones de Paris el dia 18 de noviembre de 1827, fué la señal de un movimiento popular que empezó á los gritos de « ¡ viva el emperador! »

De este modo se levantaba por intérvalos una voz popular, que recordaba lo pasado como una amenaza para lo existente, y como una esperanza para lo porvenir. Hasta el niño que crecia en las gradas del trono de los Borbones, sirvió de pretesto al poeta para despertar por medio de un contraste amargo, el recuerdo del príncipe imperial que moria lentamente en Viena:

Salud! primo hermano mio;
Desde el destierro te escribo,
Porque, como tú concibo
La dicha que haces nacer.
Nací tambien tan dichoso
Que en derredor de mi cuna
Ví postrada la fortuna;
¡ Y ya ves hoy mi padecer!

Fui mecido por autores
De versos, cantos y poemas;
Segun ellos, mil diademas
Debian orlar mi sien.
Y hoy de todos olvidado
Gimo en Viena, mi destierro,
Sin tener mas que un encierro,
De tanto perdido bien!
¿Ves á esos pares venales
Que te queman tanto incienso?
Juraban por un ascenso
Que no podias triunfar.
Entre tantos detractores
De toda virtud plebeya,
Mi nodriza en la epopeya
Oyó sus gracias cantar!
Sobre laurel me tendia,
La púrpura me rodeaba,
Yo con los cetros jugaba
Sin pensar en mi actual pena.
Mas de pronto negra nube
En mi cielo se levanta;
¡Y despues de dicha tanta,
Estoy prisionero en Viena!
Un sin fin de mariscales
Que siempre tus pasos guia
Mas que en tu suerte confia
En su propio encumbramiento.
Todos, mi padre juraron,
Todos, por él ascendieron;
Ya sabes como cumplieron
Mas tarde su juramento!
Si logras vivir por dicha,
Del trono en el esplendor,
Hecha á tanto adulador
Que medra en desgracia agena
Diles: «Tenia yo un primo
« Que jurasteis defender,
Y ahora le veis con placer
En su destierro de Viena!»

Entre los mas elevados representantes del partido imperialista, habíase notado, desde la muerte del emperador, un cambio, fuese en pro de los Borbones, ó en favor de los *patriotas puros:* tal era el nombre que se daba entonces á los republicanos. Los que tenian de entre ellos mas fé en el principio de autoridad que en la libertad, creian que iba la monarquía á consolidarse definitivamente; al paso que los que preferian las peligrosas luchas de la independencia á la prosperidad vergonzosa de la esclavitud, procuraban evocar como último recurso el lejano recuerdo de la Revolucion.

En el momento en que se declaró el peligro que corria la monarquía restaurada, cuando el segundo período del ministerio Polignac, tomaron los partidos una actitud mas osada y levantaron mas alta su bandera.

Mientras que los Lafayette y los Argenson reunian la juventud ardiente de las escuelas, los antiguos confederados y los nuevos políticos de la sociedad « Ayúdate y el cielo te ayudará » dirigian aquellos elementos heterogéneos hácia un mismo fin, ó sea, á una república igual á la de América; mientras que Mr. Cauchois-Lemaire sondeaba las disposiciones de la clase media en favor de la segunda rama, segun lo demuestra en su *Carta al duque de Orleans*, y que apelaban los imperialistas á su símbolo el duque de Reichstadt, el poeta Barthelemy publicaba á la sazon su « Hijo del Hombre » por el que logró despertar recuerdos religiosamente conservados. Léianse en él los versos siguientes:

El camino te abrió el derecho y la espada
Y con amor se saludó tu nombre;
Rey proclamado en tu primer jornada
De Roma fuiste, y sin que esto me asombre,
Solo te vemos hoy Hijo del Hombre!

Dirigíanse á Viena dos entusiastas peregrinos, solo por ver en alguna de las ventanas del palacio de Schœnbrunn, ó en las galerias de Thiers Garten, un semblante noble y pálido, ceñido con la diadema de un respetuoso amor, preferible á su imperial corona.

Tales eran los diversos elementos de la opinion pública, cuando el duque de Orleans dió al rey de Nápoles aquel baile del 30 de mayo que debia ser precursor de la caida de un trono. Quien no recuerda estas palabras de Mr. Salvandy dirigidas al amfitrion del Palais Royal: « Es una fiesta enteramente napolitana, monseñor, bailamos sobre un volcan. » Lo que no es empero tan generalmente sabido, es, que la multitud inmensa atraida en el jardin por los esplendores de la fiesta, dió algunos gritos de « ¡ viva la república ! » « ¡ viva Napoleon ! » El anciano monarca que iba á descender del trono, y el rey ciudadano que se disponia á encumbrarse en él, oyeron aquellas manifestaciones populares, sin comprender su sentido. Algunos granaderos de la guardia real se lanzaron sobre aquella compacta masa de hombres, derribando al acaso á algunos de ellos; ¿pero podian tener fuerza alguna semejantes violencias contra los vivos recuerdos de la libertad?

Las numerosas y fuertes sacudidas que hacian estremecer la monarquía y presagiar su caida, impulsaban los partidos hácia el heredero del Emperador, hácia el duque de Reichstadt. Entre los golpes de estado monarquicos y la resistencia revolucionaria, parecia que el imperio restaurado habia de ser un recurso inesperado, una prenda de paz para la Francia: hasta la misma Europa parecia no oponerse á aquel cambio; puesto que un plan de esta especie habia merecido ya en 1815 la aprobacion de Metternich.

Pero, no podemos menos de reconocerlo, habia sido suscitada una objecion especiosa por los adversarios del imperio hereditario, tal era, la educacion estraña que se habia dado al que queria la Francia llamar al gobierno. Popular por su nombre y por sus derechos, ¿lo seria igualmente el jóven príncipe por sus costumbres, y lo era asimismo por todo cuanto habia de personal en su pasado? Otro temor se abrigaba tambien, que no dejaba de ser bastante legitimo: ¿podria el jóven emperador asegurar á la nueva Francia toda la estabilidad necesaria para fundar una nueva dinastía? No dejaba de ser esto dudoso, sobre todo, cuando los partidarios mismos del imperio solo hablaban con dolor de la quebrantada salud del hijo de Napoleon, y repetian sin cesar con tristeza estos versos famosos:

Impresa llevas del sufrir la huella
En tu tétrico y pálido semblante;
Con dolor vivo observo tu talante
Que el beso horrible de la muerte sella.
¿Cuál yo no veis esa tristeza estraña
Que el gérmen destructor tan claro indica
Minando estar esa existencia rica
De dolor, que amenaza la guadaña?
¡Pugno por desterrar tremenda idea
Que alguna que otra vez cruza mi mente;
Por no creer que aquel adolescente,
De un crimen tan atroz víctima sea!
Enfermedad mortal hereditaria,
En este caso abrigará tu seno,
Preferible mil veces al veneno.
Que ministrára cruel antiguo parla.

Como un trueno, estalló en aquellas circunstancias la revolucion de julio. No cogió desprevenido al príncipe Cárlos Luis Napoleon aquel acontecimiento. Durante los seis meses que pasaba anualmente en Suiza, se acostumbró á los ejercicios militares, pues se le veia casi siempre evolucionar al frente del regimiento badense que guarnecia la próxima ciudad de Constancia. Al estudio de lenguas y de los autores clásicos, reunia el príncipe el de las ciencias exactas, base de una educacion enteramente práctica. Dufour, coronel de ingenieros, y despues general, enseñaba al príncipe las reglas del arte militar y la táctica de línea; M. Gastard, sabio francés de los mas distinguidos, le enseñaba la física y la química. En medio de aquellos vigorosos ejercicios, desarrollábase cada vez mas el carácter del príncipe; en distintas ocasiones dió ya entonces pruebas de aquella generosidad apasionada, que es uno de los rasgos distintivos de su naturaleza. Dirigióse un dia á caballo hácia las montañas que dominan el lago de Constancia, cuando oyó de repente lanzar gritos de espanto y notó, que arrastrado un coche por dos caba-

llos desbocados iba á parar en el fondo de un abismo terrible. El cochero habia sido arrojado ya á algunos pasos de distancia, y solo habia en el coche una señora aterrada y pálida, estrechando con cada brazo un niño contra su pecho, que veia con horror creciente el abismo cada vez mas cercano. Apenas notó el príncipe aquel peligro, lanzó su caba-



llo al través de los barrancos en una direccion paralela al coche, y despues de haber logrado adelantarle, se lanzó hácia los caballos desbocados, y agarrando uno del freno derribóle con robusta mano, en el momento en que las ruedas iban á alcanzar el borde del precipicio.

Como no le satisfaciese ya la teoría militar, pidió y obtuvo el príncipe el honor de ser admitido en el campo de instruccion formado en Thun, en el canton de Berna. El objeto principal de las maniobras eran los ejercicios de artillería y del cuerpo de ingenieros; de modo que se manejaban allí alternativamente el carreton, la azada y el compás; levantábanse en el campo fortificaciones, y se arrastraban las piezas hasta el mismo borde de las neveras. Veíase al príncipe con el saco al hombro comer alegremente el pan de municion con sus camaradas improvisados, sin que nadie asistiese con mas asiduidad á tan rudos trabajos. « Mi hijo, escribia la reina en aquella época, está todavía con los alumnos de Thun, ocupado en hacer en las montañas reconocimientos militares. Hacen á pié diez ó doce horas por dia con el saco en el hombro; des-

cansando cada noche en una tienda levantada al pié de una nevera.»

Al regresar de sus escursiones, se entregaba el príncipe de nuevo á sus teorias, escribia todas sus impresiones, y estudiaba aquella arma de artillería por lo cual, semejante á su tio, ha tenido siempre la mayor prediteccion. Además, escribia entonces dos obras notables; á saber: «Consideraciones políticas y militares sobre la Suiza» y un «Manual de Artillería» que le valieron la aprobacion de los hombres políticos y de los gefes especiales del arma. (Volverémos á ocuparnos despues de estas obras.) De este modo fué formándose Cárlos Luis Napoleon á la sombra de la libertad suiza: tenia á la sazon veinte y dos años, y habia completado ya su educacion militar política y literaria. Vigoroso soldado, diestro ginete, escritor notable, ocultaba bajo la actitud de un hombre pensador, una alma ardiente y deseosa de gloria.

Hé aqui el retrato que hacia en aquella época de Cárlos Luis Napoleon Bonaparte, un escritor que le conocia mucho.

«Está dotado el príncipe de una fisonomía agradable, tiene una talla mediana y un aspecto enteramente militar: une á la distincion de su persona, la mas seductora aun de sus modales sencillos y naturales que revelan aquella dignidad y buen gusto que son tan propios á las clases superiores. A primera vista me admiró su semejanza con el príncipe Eugenio y con la emperatriz Josefina su abuela; pero no noté que se asemejase tanto al emperador: como no tiene ni la cara oval, ni el tinte bilioso de su tio, de aqui el que falten al conjunto de su fisonomía algunos de los rasgos particulares que tenia la del emperador, y el que solo se note cierta semejanza con Napoleon; por otra parte, el bigote y la ligera pera dan á su fisonomia un carácter militar de una especialidad tal, que hace sea menor la semejanza con su tio. Pero al observar atentamente los rasgos esenciales, no tarda en conocerse que el tipo napoleónico está reproducido en Cárlos Luis con una asombrosa exactitud; puesto que tiene la misma frente ancha, recta y despejada, la nariz igualmente bien formada, los ojos tambien pardos, si bien de mas dulce espresion; como son sus contornos iguales y da á la cabeza la misma inclinacion, se vé tan exacto en el príncipe el carácter napoleónico que, al volverse, sobre todo haria estremecer de gozo á cualquier soldado de la antigua guardia. Por poco que se detenga el ojo en el exámen de sus formas correctas, no puede menos de llamar la atencion la imponente magestad de aquel perfil romano, cuyas lineas puras, graves y hasta puede decirse solemnes, son como el sello de los grandes destinos.

«El carácter distintivo del jóven Napoleon es la nobleza y la severidad; y sin embargo, lejos de ser su fisonomía áspera ó dura, revela por el contrario, un sentimiento de bondad y dulzura que encanta y atrae. Parece que el tipo maternal que ha conservado la parte inferior de su ros-

tro, haya venido á modificar la rigidez de las líneas imperiales y que la sangre de los Beauharnais ha temperado en él la violencia meridional de la sangre napoleónica; pero lo que sobre todo escita el interés en el jóven príncipe, es aquel tinte indefinible de melancolía y de meditacion que revela el noble dolor del destierro.

«En vista de este retrato, añade el escritor antes citado, no debeis figuraros sea el príncipe uno de esos hermosos jóvenes, uno de esos Adonis de novela que escitan la admiracion en ciertos salones, porque nada



hay en él de afeminado. Los tintes de su fisonomía indican una naturaleza enérgica, su continente resuelto, su mirada viva y pensadora, todo en fin, descubre en él una de esas naturalezas privilegiadas, una de esas almas fuertes alimentadas por la preocupacion de las grandes cosas, que ellas solas son capaces de realizar.»

Tal era el príncipe cuando los ecos de la Suiza repitieron los cantos de

la « Parisiense ». Acababa de estallar una revolucion en Paris: ¿ despertaria quizás aquel movimiento popular el antiguo derecho de la nacion encarnado en la familia imperial?

Entreveía entonces el jóven á aquella Francia amada, de la que se le arrancó en su tierna edad, á aquella Francia que osaba abrirle nuevamente sus brazos. Se celebró llorando de entusiasmo, la revolucion y el regreso del destierro. Pero ¡ ah ! ¿ quien podia entonces prever que aquel unánime y heróico movimiento de todo un pueblo, que aquel noble arranque por la libertad, no debia dar en último resultado mas que una nueva usurpacion y un nuevo ataque contra los derechos del pueblo? ¿ Quien podia creer que la monarquía de las barricadas, pronunciase tambien la sentencia de destierro impuesta por los seides de la Santa Alianza? Solo la dinastía se habia cambiado en Francia; puesto que el sistema político que se seguia en ella era enteramente igual. La usurpacion consumada sobre el pueblo era aquella vez aun mas injusta y odiosa. Ninguna necesidad esterior habia que justificase aquella nueva falsedad, aquel engaño.

Nadie duda que se quiere y se respeta á la antigua monarquía, preparando la unidad de la Francia, y apoyándose en el pueblo para destruir las tiranias feudales; se comprende tambien que la sociedad moderna acate á un monarca que se desvele por sus intereses, y que estienda ó haga descender parte de su soberania hasta las últimas clases de la nacion, asi como se infiltra y corre la sangre hasta en los mas imperceptibles vasos. Pero que una especie de neutralidad ciudadana, que una soberanía de mezquinos intereses y de cálculos egoistas, una soberanía que parece mas bien defenderse que gobernar, que se separa tanto de lo pasado como de lo porvenir, que lo mismo se recela y teme el recuerdo de ayer que la esperanza de mañana; que una monarquía sin el poder absoluto, que cuenta únicamente con la influencia y la astucia de un solo hombre, que es recelosa y disolvente, y que solo en la oscuridad y el misterio puede urdir sus tenebrosos planes; que un poder, en fin, para él que todo es peligro, asi los reyes como los pueblos, y que no se atreve á mirar á los unos ni á desafiar á los otros, pueda ese gobierno híbrido y miestizo sostenerse y contar con ardientes defensores, es para nosotros enteramente imposible.

De este modo podrá facilmente comprenderse como la obra que acababa de empezarse de nuevo debia abortar otra vez. A la carta otorgada habia sucedido un pretendido contrato sinalágmatico entre la corona y la nacion, y al que solo faltaba el consentimiento verdadero de esa mis ma nacion que se suponia parte convenida. Debemos decir en honor del rey Luis Felipe que una vez establecido el contrato sobre aquella base incierta y falsa, supo respetarlo enteramente, creyendo tal véz que po-

dria este respeto servirle de egida; pero aunque no violase aquel contrato debia ser castigado, por que el poder revolucionario se habia negado á reconocer su existencia.

Sin embargo, el príncipe habia tenido que renunciar suspirando, á la esperanza de ver nuevamente la Francia. En vano José habia dirigido á los pretendidos representantes de la nacion francesa aquella magnífica protesta que consta en la historia de su vida; en vano habia esclamado: «El que vosotros elegís es tambien un Borbon que entró con los demás Borbones despues de los cosacos.» Vanas habian sido tambien estas nobles palabras:

« No hay en el mundo otros gobiernos legítimos que los que son votados por las naciones; los pueblos crean y destruyen segun lo exigen sus necesidades; solo las naciones tienen derechos: los individuos y las familias particulares no tienen mas que deberes que cumplir.»

En vano habia reclamado los no perdidos derechos de Napoleon II, pidiendo que se apelase en Francia al libre voto: dióse por toda contestacion el ostracismo.

Preciso fue entonces á aquella alma ardiente dirigirse á otra parte por poder satisfacer sus aspiraciones de libertad y gloria; lo que era tanto mas facil lograr, cuanto que la Europa toda se sentia estremecida en sus cimientos por la revolucion de julio; puesto que, belgas, italianos y polacos tomaban por lo serio las ardientes declaraciones de independencia que hacian los patriótas franceses á la faz del mundo.

Entre todas aquellas hermosas causas, la que se presentaba con mas probabilidades de exito, y la que habia sido quizás la mas eficazmente preparada por Napoleon, era la causa de la libertad y de la unidad de Italia. Los dos hijos de Hortensia abrazaron aquella causa sublime con una pasion vehemente que les ha sido mas tarde echada en cara. Cumple á nuestro intento manifestar por medio de la historia, que solo hacian al obrar de aquel modo continuar la política imperial, y cooperar á lo que hubiera debido hacer el gobierno francés, á estar sus representantes poseidos de un verdadero patriotismo.

Fóscolo, el poético enemigo, el hijo implacable de Venecia humillada, no ha podido menos de rendir al héroe del siglo XIX, á aquel Bonaparte que tanto detestó, la justicia mas cumplida. Confiesa que la república Cisalpina, y por ella la Italia moderna, le debe su resurreccion y sus leyes. Cual nuevo Jeremías, sobre las ruinas que amontonó el Austria, esclama Fóscolo en sus inmortales versos:

« La suerte se habia declarado contra Italia, y Bonaparte contra la suerte. »

Con efecto, á su paso se habia despertado el espíritu público en todos los puntos de Europa; en su favor ó en contra suya, todas las nacionali-

dades salieron de su letargo y postracion, y encontraron de nuevo la conciencia de si mismas. Pero figad sobre todo la vista en esa Italia que atrevesó Napoleon como el rayo, y que regeneró con la misma facilidad que purifica el aire la atmósfera. Antes de que se presentase en ella, reinaba el estupor en todos los corazones; pero apenas el héroe asentó en ella su planta cuando á los gustos frívolos y afeminàdos y á la cobardía de una dependencia secular, sucedieron pensamientos audaces, odios generosos y ejercicios varoniles, hasta los seres mas humildes par-



ticiparon de la repentina metamórfosis que esperimentó la nacion. El bufon italiano, víctima hasta entonces del capitan tudesco, tomó á su vez la espada y se convirtió en actor de drama que se representaba en campo libre.

Durante el gobierno imperial, penetró la revolucion en el interior de Italia: en la época del Directorio, solo habia despertado la libertad vagas aspiraciones; y Napoleon hizo pasar la libertad del dominio de la teoria al de los hechos; estableció la emulacion en al ejército, la administracion y en todos los cargos públicos, alargando una mano amiga á las inteligencias que yacian en la postracion y el olvido. La igualdad á su vez fué protegida por el Código, por la nueva organizacion que se dió á los tribunales y á la administracion, por todas las leyes que favorecen el comercio y la industria, y que dan á todas las clases la pro-

teccion y la importancia indispensables. La revolucion habia enseñado á los italianos la fraternidad, porque todas las repúblicas tenian el mismo principio, los mismos ausiliares, los mismos enemigos.

Aquella primera y feliz tentativa de fusion entre pueblos divididos entre sí á consecuencia de las rivalidades disolventes de la edad media, es sin duda una de las obras mas importantes del gobierno imperial.

Nunca la Lombardía habia simpatizado hasta entonces con Nápoles, y solo despues de la revolución, se habian visto los emigrados de la república acogidos como hermanos en la alta Italia. Aquella fraternidad política fué robustecida por la uniformidad de leyes; puesto que desde 1808 no hubo en Italia mas que un solo Código, una sola organizacion judicial, un solo sistema de hacienda, una misma instruccion pública.

Desaparecieron los salteadores, y en su consecuencia podia viajarse con la mayor seguridad; la fusion de costumbres y la comunidad de intereses, impulsaban la obra de la nacionalidad; la actividad penetró en todos los ánimos, por lo que se levantaron en la península itálica nuevos monumentos, se dió cima á los antiguos edificios, y se trazaron estensas vias de comunicacion. Tambien la agricultura hacia grandes progresos; nunca las artes, las ciencias, la literatura y hasta la misma lengua italiana, se habian visto tan decididamente protegidas como durante el reinado de Napoleon. Finalmente, como la fundacion del reino de Italia, tendia sobre todo á la unidad é independencia del pais, todos los partidos estaban á raya, porque estaban todos ellos mas ó menos satisfechos con el nuevo órden de cosas. El imperio francés levantaba de su postracion á las costumbres aristocráticas, por lo que habia una gran parte de la nobleza italiana que se consolaba de sus pérdidas en la brillante corte de un Beauharnais, de un Murat y de una reina de Etruria. Respecto de la aristocracia que estaba en contra de Napoleon, podemos decir que habia quedado reducida á la nulidad, desde el dia que se llamó al talento á desempeñar los primeros empleos del Estado. El partido democrático habia desaparecido sin estrépido, absorvido por la administracion eminentemente popular de Napoleon; como la libertad y la igualdad habian quedado reducidas á dos simples palabras, desde el momento en que eran rigurosamente observadas, desapareció el partido democrático por no serle posible lanzarse á la lucha. Contentóse con las reuniones inofensivas de la fracmasonería, y aun en ellas encontraron á algunos príncipes de la familia imperial. Quedaban los partidarios de la independencia nacional; pero cifraban estos sus esperanzas en los ejercicios italianos, completamente regenerados por Napoleon, en el reino que habia este fundado y en los vaivenes de las guerras del imperio, para alcanzar la independencia de Italia; y por primera vez fueron estos tambien partidarios de la Francia.

Asi que, podia considerarse en 1815, como medio realizada ya la mision difícil de la unidad italiana.

« En cuanto á los quince millones de italianos, decia el emperador en Santa Elena, estaba ya su aglomeracion bastante adelantada, solo faltaba sostenerse, para que madurasen mas en ellos cada dia la unidad de principios y de legislacion, y de pensar y sentir, ese cimiento infalible y fuerte de las aglomeraciones humanas. La reunion del Piamonte á la Francia, asi como tambien las de Parma, Toscana y Roma, no las consideraba sino como temporales, pues no tenian otro objeto que vigilar, fortalecer y adelantar la educacion nacional de los italianos: ¡ya veis si andaba acertado en mis planes, y cuan grande es el imperio de las leyes comunes! Los puntos que nos habíamos anexado, por mas que hiciese recaer sobre nosotros aquella anexion la injuria que siempre lleva consigo toda invasion, es innegable que en despecho de su patriotismo italiano, fueron aquellos paises anexados los que nos permanecieron siempre mas fieles. ¡Hoy, que han vuelto á su primitivo estado, se creen invadidos y fuera de su céntro, como en realidad lo estan! »

Es que en efecto el principio de la restauracion, allí, como en todas partes, habia sido el antiguo principio de la edad media; esto es: dividir para reinar. Se habian despertado los antiguos odios, levantado las caidas barreras, rejuvenecido las rancias costumbres y restablecido los códigos particulares; y despues de haber hecho todo esto, quedaba sin embargo lo bastante de la obra primera, para hacer temblar á los soberanos á la menor señal de la Francia.

« Las revoluciones no son mas que reminiscencias; el corazon se enfria, y se burla la Europa de los entusiastas: la Italia, no es mas que un cadáver. »

Asi cantaba el poeta Fóscolo diez años despues de haber caido aquel que habia devuelto la vida al cadáver; y sin embargo el cadáver continuaba agitándose, misteriosamente galvanizado, merced á aquellos fermentos de nueva vida que le infundiera la robusta mano del regenerador imperial. Apenas acababa de verificarse la restauracion austriaca, cuando se mostró ya en Italia una oposicion bonapartista y liberal, no hubo corazon ardiente ni imaginacion galana, que no protestase enérgicamente contra el bloqueo moral impuesto por el Austria á las provincias italianas. A la Santa Alianza se oponia la revolucion, por que continuaba en pié la obra de Napoleon I.

Aquella escuela de patriotismo tuvo tambien sus martirios: el conde Confalonieri, Borsieri y Silvio Pellico, adelgazaron las cadenas de Spielberg; y fué el año 1821 tristemente fecundo en ejecuciones.

Fuertes por los principios de la revolucion, por las lecciones de la esperiencia y las costumbres guerreras, representaron los bonapartistas

en el seno de las sociedades secretas italianas el partido práctico de la independencia. Vióseles conspirar en Milan desde 1815 por levantar el reino de Italia; en Leue, en el reino de Nápoles, apelaron á las armas el año 1817, en el momento de la evacuacion de lás tropas austríacas. En la alta Italia y en la Italia central, las sociedades liberales de los adelchi y los adelfi, educadas por el liberalismo bonapartista, se multiplicaban cada dia, mientras que las logias masónicas que apoyáran á Napoleon, asestaban sus tiros contra los gobiernos legitimistas, y sobre todo contra la corte central que las perseguia.

En 1818 habia penetrado ya el carbonarismo en todas las clases del reino de Nápoles; en las Calabrias estaban los clubs á la órden del dia, y en 1819 se estendian por la Romania, el Piamonte, la Lombardia, Módena; pudiéndose decir que abrazaban toda la Italia. En breve diferentes logias masónicas, los bonapartistas revolucionarios, los conspiradores lombardos de 1815 y casi todas las demás sociedades secretas, fueron arrastradas á la rebelion por el movimiento del corbonarismo. No podian los carbonarios puros hablar de libertad, sin recordar las ideas napoleónicas.

A tal estado habian llegado las cosas, que solo por medio de la violencia podia evitarse la tormenta que amenazaba en todas partes. La revolucion de Paris fué la señal de una reaccion formidable, harto justificada por la terquedad de los gobiernos que se negaban á conceder toda reforma y á reconocer los derechos mas incontestables. Se habian cerrado todas las puertas á la oposicion legal: Boloña y Ancona elevaban exposiciones firmadas por miles de ciudadanos, pidiendo el cumplimiento de las promesas hechas á las cinco cortes, y por toda contestacion se escomulgaba á los firmantes.

Pasaba Cárlos Luis Napoleon el invierno de 1830 en compañia de su madre; en breve fueron él y su hermano una de las esperanzas de la nueva revolucion. Se contaba que la Francia de julio daria su apoyo á la Italia para sacudir el yugo del Austria, y se designaba á los sobrinos de Napoleon para lanzar al viento la bandera de la nueva Italia. Estas pruebas de simpatía alarmaron vivamente al gobierno pontificio, y se decretó desde luego el arresto del príncipe; pero logró este burlar á la policía romana, y llegar á Florencia, donde se reunió con su hermano mayor.

Napoleon Luis Bonaparte, hijo primogénito de la reina Hortensia, tenia á la sazon veinte y seis años; habia casado con su prima la princesa Carlota, hija segunda de José. Dotado de una inteligencia y de una gallardia poco comunes, no habia querido el príncipe Napoleon Luis dedicarse, como su hermano segundo, al conocimiento de las ciencias que predisponen para gobernar á los hombres; preferia entregarse á

trabajos filosóficos y á útiles invenciones para la industria. Los dos hermanos estaban reunidos hacia ya algunos meses, cuando estalló en 1831 la revolucion de la Romania; proclamando los sublevados por gefes á los dos herederos del nombre de Napoleon. Mientras iba aquella insurreccion ganando terreno, hubo otro movimiento en Roma con motivo del carnaval, y se hicieron diferentes arrestos en virtud de las colisiones del Corso. La reina, que habia permanecido sola desde la partida de su hijo menor, ni ignoraba las disposiciones secretas de los patriotas, ni el ciego furor del gobierno; puesto que, habia visto algunas horas despues de haberse fugado el príncipe Cárlos Luis Napoleon, presentarse á su palacio un coronel de la guardia papal, seguido de cincuenta esbirros, con la órden de conducir á su hijo hasta mas allá de las fronteras. Conocia la reina todos los detalles de la conspiracion y hasta llegó á dar asilo en su palacio á uno de los insurgentes del Corso, que estaba gravemente herido. La inquietud maternal, la poca seguridad que ofrecia en Roma la posicion de una muger aislada, todo llamaba á Hor-



tensia al lado de sus hijos; decidióse pues á partir á Florencia; pero ya los dos príncipes habian abandonado á su llegada aquella ciudad, y reunídose con los partidarios de la libertad que se dirigian contra Austria.

Solo encontró la pobre madre en Florencia esta carta de su hijo menor: « Vuestro afecto sabrá comprender nuestros sentimientos; hemos

contraido compromisos que no podemos dejar de cumplir, y el nombre que llevamos nos obliga á socorrer á los desgraciados que nos llaman.»

La pobre madre corrió en seguida á reunirse con sus hijos, á fin de poderlos ver al menos por última vez, encontrándoles entre los patriotas que organizaba el general Armandi. « Señora, la dijo este, ¡ podeis estar orgullosa de ser madre de semejantes hijos! Toda su conducta en estas tristes circunstancias, es una serie de generosos sentimientos dignos de su nombre, sentimientos que la historia no podrá olvidar. » El general Armandi habia sido ayo del príncipe Napoleon; el hijo primogénito acababa de ser nombrado por la insurreccion ministro de la guerra.

El rey Luis empero no habia aprobado el partido tomado por sus dos hijos; así que, procuró que su madre emplease toda su influencia para separarles de las filas de la insurreccion, y que en caso necesario, fuese ella misma á buscarles; pero Hortensia se negó constantemente á ello, diciendo que si debian volver habia de ser por su propia voluntad. Por otra parte, decia, si me dirijo ahora al pais sublevado, se dirá que he ido á ofrecer millones para fomentar la insurreccion. Viendo la heróica resolucion de la reina, se le sugerió entonces un medio para llamar así á sus dos hijos. El príncipe Corsini queria que fingiese la reina estar enferma, á fin de atraer por este medio á sus hijos, y que tan pronto como hubiesen salvado estos la frontera, habria ya gente apostada que se apoderarian de sus personas. Pero Hortensia se negó tambien noblemente á apelar á aquel ardid, por considerarlo indigno de ella y de sus hijos. En vano el rey Luis, el rey Gerónimo y el cardenal Fesch, repitieron sus órdenes y sus súplicas, todo fué inútil: persistieron los dos príncipes en su designio. Hé aquí lo que dice la reina, su madre, en sus Memorias: « Amigos, enemigos y hasta la familia, todo el mundo procuraba neutralizar sus esfuerzos, mientras que animaba el mayor entusiasmo al pais que ocupaban, y que la juventud calculando el resultado por su ardor y bizarria, se creia ya dueña de la ciudad de Roma. »

Sin embargo, preciso es confesarlo, junto á aquellos grandes corazones habia muchos espíritus débiles que temblaban al aspecto de los percances que podia tener la revuelta, y que eran incapaces de tomar aquellas resoluciones heróicas que pueden procurar el triunfo á un partido, aun en las circunstancias mas difíciles. Despues de haber dejado transcurrir inútilmente un tiempo precioso, se paralizó la accion revolucionaria por las nuevas dilaciones que acabaron por entibiar el ardor de los insurgentes; como lo previeran los príncipes, todo se perdió por no haber sabido aprovechar el primer impulso. En tal estado, se pusieron los dos jóvenes al frente de algunos valientes, y tomando una sola pieza de artillería, fueron á apoderarse de Civita-Castellana.

Aquel ardor enteramente francés alarmó al general y aquel nuevo Fábio Cunctator, llamó desde luego á los príncipes, dándoles la órden de suspender sus ataques. Obedecieron á su pesar, pues veian que aquellas contemporizaciones no podian menos de comprometer la revolucion italiana; dirigiéronse entonces á Bolonia, donde se ocuparon en emplear activamente todos los medios de defensa, ya que se les obligaba á renunciar á las ventajas del ataque. Cuando llegaron los austríacos frente á sus muros en columna cerrada, acudieron los príncipes desde luego á las avanzadas, y empeñaron brillantes hechos de armas. Dió en Forli Cárlos Luis Napoleon una carga terrible á las masas enemigas, carga audaz que fué la última protesta de la libertad italiana. De repente cayó enfermo el príncipe heredero en Forli, de una inflamacion en el pecho; y mientras que el mal se agravaba por momentos, iban avanzando los austríacos, y reuniéndose los independientes en todos los puntos, al grito, por desgracia inútil, de ¡ viva la libertad! Vivan los Bonaparte!

Entretanto la reina, perseguida por tristes presentimientos se dirigia á Ancona en posta: acababa de salir de Foligno, cuando se paró un carruaje junto al suyo, y bajó de aquel el príncipe Cárlos Luis Napoleon que, con las lágrimas en los ojos se arrojó en los brazos de su madre. ¡ No tenia ya hermano, y á Hortensia no le quedaba mas que un hijo! Y aun el único que le quedaba le tenia en su presencia, pálido, devorado por la fiebre, rendido de fatiga y de dolor, del doble dolor que le causaba la pérdida de su hermano y de su causa. Enfermo como estaba, tuvo que sustraerse á las venganzas del Austria, cuya victoria señalaban numerosas proscripciones. Hallábase el príncipe en Ancona, y habia caido ya esta ciudad en poder del enemigo, por lo que fué preciso poner en práctica toda la astucia y la abnegacion, para burlar las ávidas pesquisas de la policía austríaca. Hízose correr la voz de que el príncipe habia encontrado asilo en un buque que habia partido para Grecia, cuando la casa en que estaba oculto distaba muy poco de la en que vivia el gefe del ejército austríaco. ¡ Cuantas angustias para el corazon de una madre! A cada instante se oia decir haber sido aprehendido algun gefe de la insurreccion y que iba á pagar con su vida el noble esfuerzo de la independencia italiana. Finalmente, pudo lograrse un pasaporte inglés, merced al cual atravesó el príncipe la Italia sin ser conocido. A 10 de marzo de 1831, llegó Hortensia á la frontera francesa, sin que la arredrára el decreto de proscripcion que le cerraba á ella y á su hijo las puertas de Francia. A fin de evitar todas las dificultades durante el viaje, la acompañaba, ademas de su último hijo, el jóven marques Zappi, uno de los compañeros de armas en la insurreccion, porque estaba librado el pase á una dama inglesa que viajaba con sus dos hijos.

Por último habian llegado ya á aquella tierra de Francia que, si bien

no les ofrecia las dulzuras de la patria, les procuraba al menos mayor seguridad que el pais que dejaban tras ellos. «Llegué, dice la misma Hortensia, á los arrabales de Paris, é hice todo lo posible para presentar á la vista de mi hijo aquella ciudad, de la que debia acordarse apenas, bajo el mas bello aspecto posible. Dije al postillon que nos condujese por el bulevar á la calle de la Paz, y que se parase frente á la primera fonda que encontrarse en ella. La casualidad nos condujo á la fonda de Holanda, en la que ocupé una habitacion del primer piso. Desde mis ventanas veia la columna de la plaza de Vendoma, y encontraba en mi aislamiento un placer amargo en contemplar una vez mas aquella ciudad que debia abandonar para siempre, sin hablar á nadie y sin poder distraerme de la profunda impresion que causaba en mi semejante regreso.»

Era el 20 de marzo de 1831. ¡El 20 de marzo estraña fecha, coincidencia fatal! Despues de quince años de destierro, enfermo y fugitivo, volvia á ver el príncipe aquella ciudad que saludó su nacimiento como una esperanza para la patria. Estaba aun enfermo y con abrasadora fiebre, pero pisaba ya el suelo de Francia y esto bastaba para que recobrasen sus ideas todo el vigor perdido, y sintiese su alma toda una grandeza nueva. Escribió al rey Luis Felipe una carta que revelaba la mas alta dignidad, reclamando el título de ciudadano francés y la hospitalidad de la Francia. La contestacion debia ser decisiva, afirmativa generosa; en este caso obligaba al príncipe hasta que se hubiese visto desobligado por la voluntad popular, sujetaba su brazo y sus deseos; solo en caso de negativa, se le devolvia toda su libertad de accion. La suerte empero de su porvenir hizo que la monarquía ciudadana siguiese en aquella ocasion las leyes de su mediocre y meticulosa naturaleza; Luis Felipe olvidó, como debia olvidar, la generosidad benévola que la reina Hortensia habia manifestado á su familia en circunstancias análogas. La carta del príncipe fué recibida en el momento en que el general Sebastiani anunciaba al rey la llegada á Malta de la reina y su hijo. El rey encargó á Casimiro Perrier que hiciese una visita oficiosa á la fugitiva, en virtud de cuya órden el presidente del consejo pasó á la fonda de Holanda.

—«Ya sé, dijo la reina, que he infringido una ley al presentarme aqui, pero ya he previsto de antemano todas las consecuencias; á lo mas, podeis arrestarme.

—Seria legal, constestó Casimiro Perrier, pero de ningun modo justo.»

Quiso ver el rey á la desterrada: prodigóle todas aquellas vanas seguridades sin simpatía de que nunca fué escaso. «Conozco, la dijo, con simulado enternecimiento, todas las amarguras del destierro ¡bien sabeis que no depende de mi el que no haya cesado el vuestro hasta aho-

ra. Sé que teneis legítimas reclamaciones que hacer; haced una nota *de lo que se os debe*, y remitidmela directamente. Ya sabeis que *entiendo en negocios*, por esto ofrezco encargarme de los vuestros.»

¡ Monarca infeliz, no vió allí mas que una cuestion de crédito!

La reina de los franceses y la princesa Adelaida añadieron algunas palabras de consuelo, é hizo Casimiro Perier en una nueva visita esplícitas promesas; habló del llamamiento posible de la familia imperial, é hizo brillar á los ojos de la reina la probable concesion del ducado de Saint Leu. Todo terminó del modo que era de esperar, esto es: con un ofrecimiento de dinero *para continuar el viaje*, ofrecimiento que la reina se negó á aceptar noblemente. Podia disponer aun de algunos recursos, y habia cobrado la víspera en casa del banquero Jacobo Lefevre una letra de 16000 francos.

Poco creia la reina en las promesas de la corte ciudadana, porque ya desde algunos dias despues de la revolucion de 1830, le habia dado el nuevo rey Luis Felipe, por conducto de la duquesa de Baden, algunas esperanzas que aun no habia visto cumplidas. Por lo tanto, no era ninguna ilusion la que detenia á la reina en Paris, sino el estado del príncipe. Luis Napoleon (asi le llamaremos en lo sucesivo, por mas que desde la muerte de su hermano mayor, firmase á su vez, como primogénito de la familia Napoleon Luis), guardaba cama, é iba cada vez mas en aumento la fiebre; era por lo tanto imposible emprender la marcha que en cualquiera otra circunstancia habria anticipado la dignidad de los desterrados. Pero ya la voz pública anunciaba su presencia en Paris, y empezaban á despertarse los antiguos recuerdos. Llegó en esto el 5 de mayo, dia funesto que recordaba á la vez muchos pesares y esperanzas: era el dia en que en conmemoracion al proscrito de Santa Elena, los corazones verdaderamente franceses señalaban en voz baja por punto de reunion la columna imperial. Acudió aquella vez una multitud inmensa y se depusieron numerosas coronas de siemprevivas al pié de aquel monumento que consideraba como una tumba el respeto público. Asombrada contempló la policia aquel acto espontáneo por perpetuar un recuerdo que consideraba como una acusacion contra el nuevo gobierno. En vano se pretendió ver un motin en aquellas reuniones inofensivas, y para dispersar á las cuales, dispuso el mariscal Lobau, comandante en gefe de la guardia nacional, de acudir allí con bombas hidráulicas en lugar de cañones; pero el ridículo recayó en aquella ocasion sobre sus autores.

Sin embargo, estaba sumido el rey en una inquietud profunda. Aquella ovacion silenciosa le manifestaba bien pronto cuan poco asegurado estaba su poder, y cual era el partido que merecia las vivas simpatías de aquel pueblo de que se vanagloriaba él merecer la confianza. Ante el

peligro, acalló la razon de Estado en Luis Felipe los sentimientos de humanidad, y el príncipe á pesar del mal estado de su salud, tuvo que emprender de nuevo el camino del destierro. Como se dió la órden de partir en seguida, la reina y su hijo pernoctaron el 6 en Chantilly; se embarcaron el 10 en Calais, y estaban ya el dia siguiente en Londres.





HERENCIA DE NAPOLEON II.



A hospitalidad británica contrastó con la ingratitud francesa: fueron los dos proscritos recibidos por los hombres mas ilustres de Inglaterra con una simpatía que alarmó profundamente al gobierno francés. Era á la sazon embajador de Francia el astuto príncipe de Talleyrand, el cual procuró informarse con el mismo príncipe del objeto de su viaje. Luis Napoleon contestó á esta pregunta oficiosa que se habia dirigido á Londres para procurarse una hospitalidad provisional, y que aprovecharia aquella circunstancia para completar su instruccion. Y en efecto, visitaba los establecimientos in-

dustriales, de los que únicamente Inglaterra podia presentarle en aquella época interesantes modelos; adquirió pues el príncipe nuevos conocimientos en ciencias y fabricacion, aumentando asi, para lo sucesivo, aquel cúmulo de esperiencia que reunia á un solo objeto que de continuo ocupaba su mente. A fin de demostrar mejor sus intenciones, renunciaba á todos los honores que querian dispensarse á su nombre, aceptando tan solo la esperiencia de aquellos que consideraba aun como verdugos de su familia.

Despues de haber permanecido algun tiempo en su nueva residencia industrial y práctica, anunció el príncipe su intencion de partir para la Bélgica, cuya noticia causó nuevas alarmas á la diplomacia. ¡Un Bonaparte en Bruselas, cuando el trono de Bélgica estaba vacante! Talleyrand aterrado á semejante idea, ofreció pasaportes para que pudiesen la reina y su hijo atravesar la Francia bajo nombres supuestos, y llegar á Suiza, en cuyo pais consideraba encontrarian un asilo menos peligroso. En 7 de agosto el príncipe y su madre se embarcaron para Calais, y atravesaron la Francia, bajo los nombres de baron y baronesa de Arenenberg, evitando pasar por Paris. La reina, sin embargo, no pudo resistir al deseo de hacer su última piadosa peregrinacion al sepulcro de la emperatriz su madre; asi que, fueron ambos proscritos á postrarse en la iglesia de Rueil: era por última vez que esperimentaba la reina aquella satisfaccion dolorosa.

Pocos dias despues, volvian á ocupar ya madre é hijo su antigua residencia de Arenenberg. Disponíase Luis Napoleon á continuar alli sus meditaciones, á las que debia dar mas ancho campo la esperiencia que acababa de adquirir de los hombres y las cosas, cuando una nueva consecuencia de la revolucion de julio, vino á arrancarle por un momento de su pacífico retiro.

La Polonia se agitaba en su lecho sangriento, y como la Italia, creia poder reconquistar aquel derecho que jamas prescribe, el derecho de la nacionalidad. Nadie podia pensar que se viese abandonada por aquella nacion en cuyas cámaras resonaron estas famosas palabras: *¡La Polonia no perecerá!*

Una diputacion secreta, compuesta de los principales gefes de la insurreccion de Varsovia se presentó á Arenenberg para ofrecer al príncipe la direccion de aquel movimiento. No podia confiarse una mision mas honrosa, ni acometerse una empresa mas noble y digna; pues no se trataba de aprovechar para una mira de interés personal las pasiones de la multitud, sino de devolver la dignidad y la independencia á un pueblo, y de constituir á la Francia en su útil aliada. La tentacion era poderosa, y hasta los términos en que estaba la invitacion concebida, eran los mas á propósito para hacer vibrar la generosa fibra del jóven

príncipe. Hé aquí uno de los párrafos de la carta entregada á la comision polaca:

«¿A quién podemos confiar mejor nuestra empresa, que al sobrino del capitan mas ilustre que han visto los siglos? La presencia de un jóven Bonaparte en nuestros campos desplegando la bandera tricolor, produciria un efecto moral cuyas consecuencias son incalculables. Decidios pues, jóven héroe, esperanza de vuestra patria; confiad á las olas que respetarán vuestro nombre la fortuna de César, y lo que es preferible aun, los destinos de la libertad. Lograreis la gratitud de vuestros compañeros de armas y la admiracion del universo.—21 de agosto de 1831.—El general Kniazewicz.—El conde Plater, etc.»

¡La Francia debió sufrir los vergonzosos tratados de 1815; pero al menos habria debido tambien hacerlos respetar, del mismo modo que se le obligaba á ella á que los respetase! ¿Podia su gobierno reconocer en otras potencias el derecho de alterar sin ella, lo que con ella habia sido estipulado? ¿Podia dejar de exigir que se limitase á cumplir cada cual con la mision que á todos habia sido impuesta?

Y sin embargo, la Polonia iba á convertirse en provincia de la Rusia, y pasaba á ser el mar Negro un lago ruso. En verdad podia Luis Napoleon, ya que no lo hacia la Francia humillada, hacer todos los esfuerzos posibles por levantar el antiguo trono de Jagellon; pero habia madurado en él considerablemente el pensamiento político. Habia visto el príncipe de cerca una de esas grandes emociones populares, en la que habia llegado á poner en peligro su cabeza, sin que sacára de ella la libertad provecho alguno; lo que le diera motivo para conocer que casi todas las conspiraciones fraguadas en el seno de las sociedades secretas, abortan regularmente al ver la luz pública. En Francia y en Europa se habian visto disipar tambien todos aquellos movimientos aislados que tendian á destruir los diferentes gobiernos de Napoleon, la Restauracion y la revolucion de julio, asi como tambien los tronos de la Santa Alianza. Las verdaderas revoluciones deben ser actos naturales, espontáneos, irresistibles: la insurreccion que no se estiende con la rapidez del fluido electrico, no merece el nombre de tal, y si solo el de un golpe de mano.

Asi que, dueño de Nápoles y el Piamonte en 1825, y de la Romania en 1831, se habia visto de repente el carbonarismo aislado en su victoria, por no apoyarle el pueblo con el brazo, sino con el corazon. Napoleon se resolvió pues por entonces á no comprometerse en un golpe de mano, á menos de esponer únicamente en él su propio nombre y sus intereses personales: su nombre envuelto en la rebelion de Polonia, podia parecer un pretesto al tímido gobierno de julio, y contribuir á que retirase el apoyo que de derecho debia á la Polonia. Si el abandono em-

pero estaba ya resuelto de antemano, recaeria al menos la odiosidad sobre aquel gobierno hipócrita.

Trascurridos algunos meses, decia un general francés en el parlamento: *¡El órden reina en Varsovia!* Algunos dias despues, estaba Luis Napoleon ya empeñado en aquella lucha sangrienta; puesto que, tan pronto como supo la cobardia del gobierno francés, le pareció que á él solo tocaba entonces sacrificar su persona. Habia partido ya y estaba próximo á llegar á la frontera polaca, cuando la Providencia le evitó aquel sacrificio tan inútil como peligroso: la Polonia acababa de ser sojuzgada.

No era ya únicamente un príncipe de la familia imperial, sino un pretendiente al imperio y el sucesor de Napoleon el que acababa de ser conservado á la Francia y al mundo. El 22 de junio de 1832, exalaba Napoleon II en Schœnbrunn su último suspiro.

Desde aquel dia las inquietudes y las esperanzas cambiaron de objeto: todos los ojos se apartaron de Viena para fijarse en un oscuro canton de Suiza, que servia de asilo al heredero del imperio popular. Numerosos espías políticos circunvalaron Arenenberg, y de todos los puntos se enviaron emisarios diplomáticos para sondear las intenciones del príncipe: un secretario de la embajada francesa, hechura de Talleyrand, se estableció en una posada de Volsberg, solo por estar mas próximo á la residencia de la reina. Todas las intrigas se agitaron, y todos los partidos políticos de Francia procuraron dirigirse seriamente á aquel, que podia ser para ellos un apoyo ó un obstáculo.

Datan de aquella época, los primeros ofrecimientos hechos al príncipe por el partido democrático.

Empezaban á despuntar en el horizonte político de Francia las diferentes oposiciones en que iba á dividirse en breve el campo politico; demostrando unas su natural carácter de violencia, al paso que se notaba en otras, mas moderacion y calma: todas ellas empero llevaban un sello particular que notó desde luego la sagacidad del príncipe. Legitimistas partidarios de hacer un *llamamiento al pueblo*, republicanos deseosos del *sufragio universal*, parlamentarios que aspiraban á una *reforma electoral*; todos estos diferentes matices, levantaban casi una misma bandera y se apoyaban fatalmente en un mismo príncipe. Aquella fé comun de los partidos, aquella fórmula inevitable, no podia recibir un nombre mas verdadero que el que se le dió de *soberania popular*. Luis Napoleon, con todo, resolvió ver la accion de los diferentes partidos, á fin de separar de todas aquellas aplicaciones deleznables, el principio inmortal que á tanta altura elevó su tio.

El emperador, se dijo desde entonces el principe, es el orígen de aquel principio supremo que todos afirman, pero que cada partido quie-

re asegurar de distinto modo. Y en efecto, no tenia aquel principio mas que una pasion, la Francia; mas que un objeto, su poder y su brillo de gran nacion; mas que un deseo, el de cerrar la puerta á la revolucion para abrir vasto campo al porvenir nacional. Sus facultades de hombre superior se veian animadas del mas puro patriotismo: el bienestar del pueblo, la gloria del pais y la supremacia de la accion francesa en Europa, fueron los tres pensamientos principales y constantes de su



reinado dictatorial; hé aquí la causa del horror que inspiró á la vieja Europa aristocrática. La Inglaterra habia jurado la caida del héroe que la aplastaba, y que comunicaba al principio democrático toda la influen-

cia de su genio. Todos los reyes se veian humillados por el gigante del siglo, y por esto sublevaron el mundo para abatir y destronar en el soldado afortunado, aquella revolucion francesa que con el ausilio de su espada supo hacer formidable. Pero las coalisiones monárquicas se estrellaban contra el imperio, como se habian estrellado ya antes contra la república; para ellas, no era el emperador mas que el *pueblo en la cumbre de su poder.*

Dos doctrinas, dos estados naturales en la sociedad humana se disputaban el imperio del mundo, la libertad y la autoridad. En la una estaba el derecho absoluto de cada uno, en la otra la fuerza de uno solo, y como esceso de estas dos formas de la vida política, habia la opresion ó la anarquía. Desde que el hombre se agita bajo la direccion de la Providencia, no ha cesado ni un momento la lucha entre estos dos sistemas. Sin embargo, la fusion de estos dos principios, al parecer irreconciliables, puede verificarse con el encumbramiento de un hombre, elegido á la vez por Dios, principio eterno de autoridad, y por el pueblo, manantial fecundo de libertad.

Véase á cuanta altura se elevaba la política napoleónica sobre todas las demás facciones.

El arrabal de San German, aquel antiguo mundo paralizado, con sus antiguos nombres, sus antiguas fortunas, sus rancias preocupaciones, sus antiguos y sonoros nombres, sus brillantes fortunas, que no pudo el tiempo destruir y sus inveteradas supersticiones, el arrabal de San German, repetimos, toleraba la nueva monarquía. El gefe del Estado que conocia á fondo la nobleza, no ocultó durante el imperio sus simpatías por aquella gloria de la Francia, y logró atraerla en parte á su causa. Pero aquellos mismos nobles que habian cedido ante el emperador, volvieron mas tarde la espalda al rey Luis Felipe, mostrándose insensibles á los halagos de la nueva corte de las Tullerías. Y no es estraño, porque nunca ha sido la gazmoñería política un sistema; por esto era natural la desconfianza que inspiraba la política de hacer un llamamiento al pueblo, iniciada por un supuesto representante del derecho divino

Armando Carrel, gefe de la oposicion inteligente y franca del «Nacional,» hombre recto y dotado de un corazon enérgico, duro, caballeresco á su modo, pero sincero ante todo, educaba políticamente á los terribles hijos del partido democrático. A los que insultaban los recuerdos del imperio para enaltecer las odiosas tradiciones del terror, á los que deificaban al gefe siniestro de la montaña, y que convertian á Robespierre en filántropo, hé aquí lo que les contestaba Carrel con un humor verdaderamente francés: «Léjos de repudiar las tradiciones políticas del imperio, nos gloriamos de pertenecer á la escuela de Napo-

leon; porque es esta escuela la de la Convencion, la de Luis XIV, de Richelieu, de Enrique IV. Querémos á la Francia grande, tan temible como sea posible, por que es este el único medio para que llegue á ser poderosa y respetada.» (Nacional del 8 de marzo de 1832.)

¡Esto es comprender la verdadera grandeza; es innegable que hay en aquellas palabras un sentimiento y como un perfume de verdadero patriotismo, patriotismo digno y simpático por todo lo que asegure á la Francia su grandeza en la unidad! Patriotismo noble é inteligente, muy distinto del de aquellos platónicos amantes de la guillotina, del de aquellos niveladores esclusivos, llamados ingeniosamente cazadores del 93.

Ya hemos visto que Carrel, y que como él todos los republicanos sinceros, no estaban muy léjos de adoptar al príncipe y su doble principio. El eminente publicista hablaba del sobrino de Napoleon en estos términos:

«Las obras políticas y militares de Luis Napoleon Bonaparte, anuncian una imaginacion poderosa y un noble carácter. El nombre que lleva es el mas grande de los tiempos modernos, y por lo mismo, el único que puede escitar fuertemente las simpatías del pueblo francés. *Si ese jóven sabe comprender los nuevos intereses de Francia; si sabe olvidar los derechos de legitimidad imperial, por no pensar mas que en la soberanía del pueblo, puede ser llamado un dia á desempeñar un gran papel.*»

Bien se vé si comprendió el príncipe áquel programa.

No era Carrel el único entre los grandes gefes políticos, que se acercaba de este modo á la tradicion napoleónica. El antiguo autor de la conspiracion de los carbonarios, el héroe de la independencia americana, juguete de la monarquia ciudadana en las Casas Consistoriales, volvia á su vez al principio imperial, porque entreveia en él una aplicacion sincera de aquella soberanía popular que fué siempre su ídolo.

Y sin embargo, rodeado de intrigas y de sugestiones pérfidas ó seductoras, continuaba el proscrito de Arenenberg su camino con aquella calma imperturbable que habia adquirido en los embates de la política: su reserva exaltaba á los unos, desalentaba á otros, pero revelaba su poder á los mas sagaces. No perdia Luis Napoleon de vista, aunque sin emocion aparente, las diversas fases del gobierno de julio, en el que veia, ante todo, una conducta antinacional que labraba insensiblemente la desafeccion y el desprecio. Conocia que la Francia indignada de su postracion, iba acumulando rencores y sorda cólera; la insurreccion inesperada de los dias 5 y 6 de junio de 1832, vino á arrojar una luz pasagera sobre aquel abismo de odios. La separacion era lenta, pero segura, entre la privilegiada clase media que se enriquecia á la sombra del

trono, y el inmenso pueblo que reclamaba sus derechos hollados. Verdadero ateo político, creia el rey poder atraerse á toda una nacion dirigiéndola sin gloria. Los numerosos procesos políticos, los vergonzosos tratados sin ejemplo en la historia, aquella actitud indigna cerca de la Rusia solo por alcanzar un reconocimiento tardío, y cerca de Inglaterra que tan cara le hacia pagar una alianza inútil, todos esos síntomas indicaban claramente una enfermedad moral, á la que no podia resignarse la Francia para siempre.

Mientras aguardaba pues el momento favorable, continuaba Luis Napoleon sus estudios políticos. En mayo de 1832, publicó una obra notable, los «Ensueños Políticos,» de la que hablarémos despues mas detenidamente. Vióse en ella, aunque sin apreciar por de pronto su importancia, un proyecto de constitucion cuyas bases eran las de la futura constitucion de 14 de enero de 1852. Preciso fué admirar desde entonces en aquella naturaleza especial un poderoso carácter y una constancia á toda prueba.

Otra publicacion hecha algunos meses despues, revelaba á la vez al hombre de Estado y al militar profundo; tenia la nueva obra por título: «Consideraciones militares sobre la Suiza.» Establecia el príncipe en ella un sistema de línea de defensa capaz de poner á la república al abrigo de las hostilidades de las grandes potencias. Fué tan inmenso el efecto que produjo esta obra en Suiza, que el gobierno helvético y la opinion popular, manifestaron publicamente su gratitud al príncipe que sabia corresponder de aquel modo á los beneficios de la hospitalidad. Asi que, comprendieron que tanto por deber, como por interés, debian unirse con un vínculo de honor y estimacion un nuevo ciudadano que tan generosamente se les presentaba; en su virtud, el consejo del canton de Thurgovia dirigió al príncipe el título de ciudadano *honorario* de la república. Estaba concebido aquel documento en estos términos:

«Nos, presidente del pequeño consejo del canton de Thurgovia, declaramos que habiendo ofrecido el distrito municipal de Sallenstein el derecho de ciudadanía al príncipe Luis Napoleon, en justa gratitud á los numerosos beneficios que habia recibido de la familia de la duquesa de Saint-Leu, desde su permanencia en Arenenberg; y luego habiendo sancionado el gran consejo por su unanime decision de 14 de abril, aquel ofrecimiento hecho por el distrito municipal, concedido por *unanimidad* el derecho de ciudadanía *honoraria* del canton, animado del deseo de manifestar en cuanto honra y aprecia el espíritu de generosidad de aquella familia, declaramos que el príncipe Luis Napoleon, hijo de los duques de Saint-Leu, *es reconocido como ciudadano del canton de Thurgovia.*

En virtud de lo cual estendemos la presente acta, que firmamos y

sellamos. — El presidente del pequeño consejo. — Andervert. — El secretario de Estado. — Moerihofer. — Librado en Frauenfeld á 30 de abril de 1832. »

Contestó el príncipe á aquella comunicacion como sigue:

« Arenenberg 15 de marzo de 1832.

Señor Presidente: Con el mayor placer he recibido el derecho de ciudadanía que el canton se ha dignado ofrecerme. Es una dicha para mi el que me unan nuevos lazos á un pais que diez y seis años há nos está ofreciendo una hospitalidad tan generosa.

Mi condicion de proscrito me hace mucho mas grata esa prueba de interés que me dais. Creed que en todas las circunstancias de mi vida, *como francés y como Bonaparte*, consideraré con orgullo el ser ciudadano de un Estado libre. Mi madre me encarga os diga que la ha enternecido el interés que me demostrais.

Os suplico, señor presidente, seais cerca del consejo el intérprete de mis sentimientos. Recibid la seguridad de mi estimacion sin límites.— Luis Napoleon Bonaparte. »

El príncipe habia aceptado porque el título que acababa de ofrecérsele no ecsigia la connaturalizacion; sino que podia permanecer francés como el mariscal Ney, y al igual de otros muchos ilustres personages que aceptaron títulos semejantes; tambien el mismo príncipe de Metternich llevó el título de ciudadano honorario de Suiza, sin abdicar por ello su título de príncipe aleman.

No fué este el único testimonio de estimacion y afecto que recibió el príncipe Luis Napoleon de sus generosos huéspedes; puesto que sus conocimientos especiales le valieron tambien en 1834 el despacho de capitan de artillería honorario en el regimiento de Berna. He aqui la carta que con este motivo escribió al presidente de aquel canton:

« Señor Presidente: En este momento acabo de recibir el despacho por el cual veo que el consejo ejecutivo de la república de Berna, me ha nombrado capitan de artillería. Me apresuro á daros las gracias por semejante honor, que colma mis mas ardientes deseos. Mi patria, ó mas bien el gobierno de Francia, me repele porque soy sobrino de un grande hombre; no sois para conmigo vos tan injusto.

Con la mayor satisfaccion me contaré desde ahora en el número de los defensores de un Estado en el que la *soberanía del pueblo* está reconocida como base de la Constitucion y en el que cada ciudadano está pronto á sacrificarse por la libertad y la independencia de su pais.

Recibid, señor presidente, la seguridad de mis puros sentimientos.— Luis Napoleon Bonaparte. »

Algunos meses despues, publicaba el príncipe su « Manual de Artille-

ría » obra escelente y modesta, considerada aun hoy dia como uno de los mejores tratados que se han escrito acerca de aquella arma importante. Solo interrumpia el príncipe sus estudios para entregarse á los ejercicios gimnásticos, ó para montar á caballo con aquella seguridad y gracia que le son propias, ó para atravesar á nado el lago de Constancia. Conservaba por medio de frecuentes ejercicios su habilidad en el manejo de las armas y en los combates de lanza á la polaca. Finalmente tomaba parte en las justas federales, llevándose siempre los primeros premios en el tiro nacional, cuya diversion reune anualmente en una inmensa llanura, á los mas diestros tiradores de Suiza.

Oigamos á un testigo ocular acerca de las costumbres de su vida:

«Los gustos y costumbres del príncipe, son los de un hombre que no aprecia la vida mas que por lo que tiene en si de noble y digno; puede decirse que nunca ha conocido el lujo. Desde la mañana se viste para todo el dia; siempre es su traje el mas sencillo de todos los de la familia, si bien debe decirse que conserva siempre en su porte cierta elegancia militar. Desde su mas tierna juventud, despreció las costumbres de una vida afeminada y las vanas futilidades del lujo; por mas que ya desde entonces consagrase su madre una suma considerable á su manutencion, nunca pensó en el uso que podia hacer de ella para si, empleando solo el dinero en actos benéficos, en fundar escuelas ó salas de asilo, en ensanchar el círculo de sus estudios, en imprimir sus obras politicas ó militares, como su « Manual de Artillería » ó bien en esperimentos científicos. Su modo de vivir ha sido áspero y frugal; en Arenenberg, sobre todo, fué siempre su vida enteramente militar. Su habitacion, situada en un pabellon que habia junto al palacio, estaba amueblada con suma sencillez, pues nada se notaba en ella de aquel fausto y esquisidad que reunia la morada de la reina Hortensia. Era verdaderamente su cuarto la tienda de un soldado: nada habia de tapices, sofás ni de todo cuanto puede enervar el cuerpo; solo abundaban en él las obras científicas y las armas de toda clase. Al romper el dia montaba ya á caballo, y antes de que nadie se hubiese levantado en el palacio, estaba ya de regreso de sus largas escursiones y se ponia á trabajar en su gabinete.»

Se nos permitirá insistir acerca de los sentimientos de aquella rica naturaleza, en la que la sensibilidad parecia unirse cada vez mas á la energía. Nunca su corazon pudo olvidar á aquellos por quienes llegó á interesarse una vez. La señorita Cochelet, cuyas *Memorias* nos han revelado importantes detalles sobre la vida de la familia imperial, habia casado en 1822 con Mr. Parquin, y si bien no desempeñaba ya sus funciones de lectora cerca de la reina, la habian obligado su gratitud y su afecto á fijarse en Arenenberg. Ocupábase aquella señora en la educacion de su hijo, hermoso niño que el príncipe habia visto nacer, cuan-

do una enfermedad cruel arrebató á la pobre madre que era la dicha de aquella familia. El dolor del esposo encontró eco en los corazones de la reina y del príncipe, quien escribió entonces á Mr. Parquin esta tierna carta:

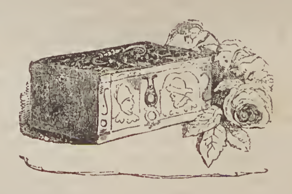
«Mi querido señor Parquin: Ya podeis figuraros el vivo dolor que nos ha causado la terrible noticia de la muerte de vuestra escelente esposa; mi madre, sobre todo, se ha afectado en gran manera, por haber perdido una amiga de la infancia, pero no quiero aumentar mas vuestro dolor hablándoos del nuestro; por el contrario, quiero procuraros algun consuelo repitiéndoos la espresion de mi amistad, en la que podreis contar siempre, y asegurándoos el vivo interés que mi madre os profesa tanto á vos como á vuestra pobre Clara, cuya niña debe ser bien desgraciada.

«A pesar de la triste prevision de los médicos, contábamos volver á ver aun á la señora Parquin; pero ¡ah! eran tan acerbos sus dolores, que ha sido para ella la muerte un beneficio del cielo, por haber puesto término á sus sufrimientos.

«Siento mucho el no haberme encontrado en Arenenberg en aquellos tristes momentos á fin de prodigaros todos los consuelos que en casos semejantes, solo la amistad puede ofrecer; pero pronto volverémos á vernos, y me complazco en creer que con mi simpatía y la conformidad de mi dolor, podré endulzar un tanto vuestra penas.

Abrazad tiernamente de mi parte á Clara, y creed siempre en mi amistad.— Firmado Napoleon Luis Bonaparte.»

La bolsa de Napoleon estaba siempre abierta á todos los infortunios.



Cuando fué la Polonia ahogada en su propia sangre, se presentó una multitud de proscritos desgraciados que buscaron en Bélgica, Francia y Suiza una segunda patria. Todos los proscritos que pasaron por Constancia, recibieron á espensas del príncipe una hospitalidad, tras la cual

se ocultaba noblemente la limosna. Cierto dia envió Luis Napoleon al comité polaco de Berna un *necessaire* de plata sobre dorado, que ademas de su valor intrínseco, habia pertenecido al emperador: se sorteó aquel rico presente y produjo veinte mil francos. El comité polaco manifestó al príncipe su profunda gratitud con la carta siguiente:

« Cuán dichosos seríamos si nos fuese posible seguir el impulso de nuestros corazones de conservar como un recuerdo sagrado el objeto que perteneció á un grande hombre, del cual los polacos, que han tenido la honra de combatir á sus órdenes, deploran tanto mas la muerte, cuanto mas convencidos estan de que, viviendo él, no se habria visto la Polonia condenada á tan horribles suplicios, ni gemirian sus hijos en un largo y penoso destierro!

« Quinientos refugiados polacos, penetrados de su generosa solicitud, tienen el honor de presentar los sentimientos del mas profundo respeto, al ilustre descendiente del emperador Napoleon.—6 agosto de 1833.»

En otra ocasion remitió el príncipe un hermoso sable á M. Belmontet, encargado de una lotería presidida por Lafayette, y cuyo producto se destinaba para los presos políticos y editores de periódicos que hubiesen sufrido condenas ó multas. En la hoja de aquel hermoso sable estaban grabados los emblemas del consulado y del imperio.

No olvidemos un último rasgo que acabará de demostrar el carácter caballeresco del príncipe. Una anécdota, aunque pueril en la apariencia, puede arrojar á veces inmensa luz sobre las acciones mas importantes de la vida.

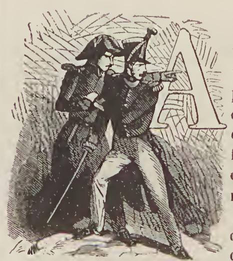
Paseábanse cierto dia la reina y el príncipe, en las inmediaciones de Arenenberg, sobre una de las colinas que dominan el lago de Constancia; acompañaban ademas algunas damas á los augustos personages. Una de ellas empezó á hablar de la galantería francesa, y recordando los antiguos hechos de los Amadis, emprendidos y consumados por el honor y por su dama, hizo notar cuanto habia degenerado el carácter francés en esta parte. El príncipe sostenia, que tambien al presente se encontrarian actos de abnegacion y sacrificio que oponer á las antiguas proezas de aquellos caballeros siempre prontos á morir por su dama. La hermosa incrédula se desprendió de sus trenzas una flor y la arrojó al torrente que murmuraba á sus piés, esclamando: « ¿Cuál seria el caballero francés que iria hoy á buscar esa flor?» — A estas palabras, lleno de ardor el príncipe se lanza al torrente en medio de los gritos de su madre y de las demas señoras; y despues de haber luchado un momento contra las aguas, apareció de nuevo, teniendo en su mano la flor arrogada por la imprudente jóven. « Ya veis, señora, dijo el príncipe al devolvérsela, que nada tienen que envidiar los franceses de hoy á sus antecesores en hechos de galantería. He querido manifestároslo, señora, por mas que no

sea en proezas de esta clase, en las que ha de procurar el hombre manifestar su valor. »

Tal era el príncipe, cuando se vió obligado por los acontecimientos, á afirmar de un modo brillante sus pretenciones y sus derechos.



STRASBURGO.



ANTES de presentar al príncipe afirmando por primera vez su derecho popular, y protestando con las armas en la mano contra el subrepticio gobierno de julio, queremos probar por dos anécdotas diferentes y auténticas, la íntima conciencia de sus futuros destinos y la rectitud profunda de su alma.

Que tanto el príncipe, como todos los que le rodeaban, estuviesen convencidos de la justicia y del resultado favorable de su causa, es lo que nadie se atreverá á negar. Pero en particular la reina, su madre, era la que mas vivamente arraigada tenia, no la esperanza, sino la conviccion del porvenir.

Durante el tiempo que habia permanecido la reina Hortensia en Italia, tuvo la humorada, cuando su viage de 1834, de consultar, no una adivina vulgar, como se ha dicho, sino una sonámbula, negra muy acreditada, y de la que muchas predicciones habian sido ya confirmadas por los acontecimientos. Cualquiera acertará fácilmente cual fué la pregunta dirigida por la reina, cuando no habia mas que un solo interés que la ocupase, un solo pensamiento que á todas horas la absorviese: el porvenir imperial de su hijo. La negra dormida esclamó: «¡Ah! ya lo veo; pero tardará aun mucho tiempo; ya lo veo; al fin será feliz y triunfante! Una gran nacion lo aclama por su gefe.» —¿Le aclama emperador, no es verdad? esclamó la madre con el corazon palpitante.—Por gefe, contestó la sonámbula.

Y es esta anécdota anterior al año 1848.

Esta idea fija de la madre, lo era tambien del hijo, de cuantos amigos les rodeaban y de todos los que se acercaban al príncipe: habia en su derredor como una atmósfera de conviccion que se apoderaba irresistiblemente hasta de los mas incrédulos.

Pero ya lo hemos dicho; solo quizás Luis Napoleon, consideraba el porvenir con calma. Por ningun interés de actualidad hubiera querido comprometer aquel porvenir; y los que le han achacado mas tarde imprudencias y caprichos, no podian saber aun con cuanta seguridad y lógica infinita debian acercarle sus acciones mas reprobadas á un objeto claramente designado.

Cuando la causa liberal hubo triunfado definitivamente en Portugal; cuando D. Miguel desterrado por la indignacion popular, tuvo que ceder su trono á la reina D.ª Maria, se buscó en Europa un esposo capaz de presidir los nuevos destinos de aquella nacion libertada. Algunos de los portugueses mas eminentes, cuya espada habia defendido la causa de la independencia, fijaron los ojos en el príncipe Luis Napoleon, y acabaron por proponerle aquel casamiento ilustre. El príncipe no aceptó, dando por pretesto que no podia entrar en competencia con el hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, ni con su primo el duque de Leuchtenberg. Casó pues el duque con la reina D.ª Maria, pero como viniese en breve la muerte á romper aquella union, hiciéronse nuevas proposiciones é instancias vivísimas al hijo de la reina Hortensia. Si bien esta vez tampoco aceptó la proposicion que se le hacia, dijo al menos cual era la verdadera causa que le impedia aceptarla, á saber: que no queria separar sus intereses y su porvenir, de los intereses y del porvenir de la Francia.

Es que el príncipe estaba ya decidido á emprender la senda de prueba y de dolor, que debia ser el noviciado, por decirlo así, de su glorioso porvenir. Ni un momento habia dejado de seguir con interés la marcha que

seguia en Francia la opinion pública; sobre todo habiendo encontrado cada una de sus palabras, cada uno de sus actos, un eco en los corazones verdaderamente franceses. Los antiguos generales del imperio, los nuevos hombres de estado, los publicistas del progreso, todos habian contestado á su pensamiento; los unos con la franqueza de la abnegacion, los otros con una circunspeccion significativa, que sin poner en duda el derecho, indicaban aguardar los azares de la victoria ó la derrota. El héroe chasqueado de la revolucion de 1830, el viejo Lafayette, no habia podido ocultar sus simpatias por un nombre que representaba su ídolo, la soberania popular. Armando Carrel se inclinaba tambien ante el sucesor de Napoleon, y con él todos los que tenian un perfecto conocimiento de la situacion política, porque comprendian cuan poco consolidada estaba aquella monarquía bastarda, que ni aun despues de seis años, habia podido asegurarse en su trono. La opinion pública se habia separado definitivamente de la segunda rama de los Borbones: no contaban estos con mas apoyo que con el de la nueva aristocracia ciudadana, industrial ó parlamentaria, que orgullosa se ostentaba en la posicion que asaltára. Ella sola estaba al frente de todos los destinos, ocupaba todas las avenidas del poder y reinaba bajo el nombre de Luis Felipe; hé aqui porque temblaba siempre el suelo bajo sus pies. Solo asi se esplican las conspiraciones incesantes, y los complots innobles de los Fieschi y los Alibaud, que amenazaban de continuo á aquel trono advenedizo; asi como tambien el que se preguntasen unos á otros con asombro, que sistema reemplazaria á la monarquía constitucional, el dia que desapareciese el hombre que la representaba. Una sola cosa habia faltado á todas las conspiraciones abortadas durante aquellos seis años, la fuerza del derecho, la fuerza de un nombre. Decíase que si el hijo del emperador hubiese vivido, no habria tenido que hacer mas que presentarse en la frontera, para arrastrar en pos de sí á todos los franceses; porque la Francia estaba en manos de unos hombres que no sabian hacerla respetar. ¡Quién hubiera dicho entonces que una revolucion popular habia de humillarla todavía mas á los ojos de la Europa! ¡Quién hubiera podido creer que se llegaria hasta el estremo de ocultar su bandera, aquella noble bandera tricolor que habia dado la libertad al mundo! Avergonzado el ejército del triste papel á que se le condenaba ante la Europa, parecia no poder dar un paso sin la autorizacion de Inglaterra.

En este estado, se decidió Luis Napoleon á emprender una de aquellas audaces aventuras que si bien no dan por de pronto el apetecido triunfo, sirven al menos para designar claramente las diversas posiciones. Durante el año 1835, habia hecho el príncipe diferentes viajes á Baden, cuyo punto habia venido á ser el centro de sus afectos de familia. Alli pudo ponerse en contacto con un gran número de oficiales fran-

ceses que á todas horas pasaban el puente de Kehl, ya fuese para tomar parte en las fiestas alemanas, ya para conferenciar con el príncipe. Luis Napoleon distinguió entre ellos á un oficial de aquel 4.° regimiento de artillería, en el que recibió Napoleon su bautismo de sangre en Tolon; y cuyo regimiento habia sido el primero en aclamar mas tarde en Grenoble, al águila que acababa de escaparse de la isla de Elba. Era aquel oficial, el coronel Vaudrey, uno de los héroes de Waterloo, que no habia podido olvidar aun la derrota de la patria. Ademas del coronel, habia logrado Luis Napoleon atraer tambien á su causa á M. de Layti, jóven oficial que acababa de salir de la escuela politécnica, entusiasta de las glorias imperiales, al comandante Parquin, hermano de un célebre abogado, al conde de Gricourt y á los señores de Bruc y de Querelles; tambien una muger enérgica y decidida, jóven y hermosa, la señora Gordon, fué iniciada en aquel importante secreto. Finalmente, un hombre dotado á la vez de un corazon intrépido y de una inteligencia flexible y delicada, el señor de Persigni, puso en contacto á todos los conspiradores y unió los diferentes hilos de aquella trama tan vasta como audaz.

Alma de las atrevidas empresas del príncipe, corazon leal y consejero decidido, merece el señor de Persigni que hagamos de él especial mencion, por ser el mas notable de entre todos aquellos cortesanos del infortunio. Juan, Gilberto, Victor Fialin de Persigni, nació en Herman-Lespinasse (Loire): fueron sus padres Enrique Fialin de Persigni y Ana de Girard de Charbonniere. Unido por las tradiciones de su familia á la causa de la legitimidad, habia conservado siempre el señor de Persigni su opinion, hasta el dia en que fué presentado por M. Sazi al príncipe Luis Napoleon, en Inglaterra: aquel dia decidió de su vida. Desde entonces aquel hombre á quien sus compañeros de infancia llamaban el Romano, no tuvo mas que una idea, que una razon de ser, su adhesion al príncipe: la amistad se convirtió en él en una pasion y fué su creencia en Luis Napoleon un culto.

Tal era la falange, poco numerosa, pero intrépida, que se asosiaba á las esperanzas y á los peligros del sobrino del emperador. ¿Eran aquellas esperanzas insensatas? En breve tendrémos ocasion de verlo.

El punto mas próximo, el mas vulnerable, y sobre todo el mas importante, si podian los conjurados apoderarse de él, era Strasburgo; como plaza fuerte, si se podia arrastrar al pueblo y la guarnicion, quedaban libres todas las operaciones sobre Paris por los Vosgos, la Lorrena y la Champaigne. Solo bastaba asegurar el primer golpe, para decidir á aquellas poblaciones enérgicas y patrióticas hasta el mas alto grado; hé aqui porque se fijaron en aquel punto todas las miradas. El príncipe estaba en Strasburgo á las seis de la mañana del domingo 30 de octubre de 1836, á cuyo punto habia llegado ya la víspera, despues de haber

atravesado á escape la distancia que separa Baden de la frontera francesa. Habia pasado la noche en un vasto aposento, en el que fueron reunidos, bajo diferentes pretestos, veinte y cinco oficiales de todas armas, y de repente se les anunció que el príncipe Luis Napoleon Bonaparte estaba en medio de ellos. ¡El sobrino del emperador, esclamaron con entusiasmo; mucho celebramos su feliz llegada! Se presentó entonces el príncipe y les dirigió estas palabras:

—Señores, con la mayor confianza se entrega el sobrino del emperador á vuestra lealtad; se os presenta por saber cuales son vuestros sentimientos y vuestras opiniones; si se acuerda el ejército de sus grandes destinos; caso de que sienta ese ejército la humillacion y las miserias de la patria, llevo, y estoy pronto á ofrecerle un nombre que le puede servir; un nombre que es plebeyo como nuestra pasada gloria, y que es glorioso como el pueblo. Es verdad que ha dejado de existir el grande hombre, pero tambien lo es que su causa ha quedado en pié; el águila, ese sagrado emblema ilustrado por cien batallas, representa, como en 1815, los olvidados derechos del pueblo y la gloria nacional comprometida. Señores, el destierro ha acumulado sobre mi muchas penas y cuidados; pero como no es una ambicion personal la que me impele á obrar, decidme si me he engañado acerca de los sentimientos del ejército, en cuyo caso me resignaré á vivir en pais estrangero, aguardando un porvenir mejor.

—No, contestaron unanimemente los oficiales, no debeis gemir por mas tiempo en el destierro; á nosotros toca abriros las puertas de la patria; hace mucho tiempo mereciais ya todas nuestras simpatías; cansados estamos tambien como vos, de la inaccion á que se condena á nuestra juventud y del papel vergonzoso que se hace desempeñar á nuestro valiente ejército.

Alentado el príncipe por aquella adhesion enérgica, tomó las disposiciones necesarias para la realizacion del movimiento proyectado por él y sus partidarios.

Se componia la guarnicion de Strasburgo de tres regimientos de artillería, tres de infantería y un batallon de ingenieros, cuyas tropas ocupaban sus respectivos cuarteles situados á lo largo de las murallas de la ciudad y á bastante distancia uno de otro. Uno de los regimientos de infantería, el 46 de línea, estaba acuartelado al estremo de la línea de murallas en que debia operarse el movimiento, por estenderse á lo largo de aquella línea todos los puntos mas importantes, ó sean la prefectura, la capitania general y las Casas Consistoriales. El 16 de línea ocupaba la ciudadela, y el 14 ligero estaba acuartelado, asi como el batallon de ingenieros, en una posicion apartada, y por consiguiente fuera del teatro de las operaciones de aquel dia; y el 4.º regimiento de artillería ocupaba

un punto central, ó sea el cuartel de Austerlitz: como era el regimiento que mandaba el coronel Vaudrey, se determinó empezar la operacion por aquel punto.

Desde las cinco de la mañana habia formado el coronel su regimiento,



habiendo dado antes la órden de que se presentára con armas y á pié; tenia ademas un piquete de sesenta caballos. Debia el príncipe presentarse delante de aquella fuerza, seguido de su estado mayor improvisado, para dirigirse luego hacia el punto que ocupaba el 46, mientras se destacaban algunas fuerzas al objeto de que se apoderasen de las autoridades. Mandaba el teniente general Voivol, antiguo soldado del imperio, y con el que se contaba por este motivo.

Entretanto, se ocupaba el príncipe en dar sus últimas instrucciones y hacer distribuir las siguientes proclamas:

AL PUEBLO.

« Franceses: Sois víctimas de la traicion mas cobarde: vuestros intereses políticos, vuestros intereses comerciales, vuestro honor y vuestra gloria, han sido vendidos á las naciones estrangeras.

¿Y por quién? por algunos hombres que se han aprovechado de vuestra revolucion hermosa y que no pertenecen á ningun partido. ¿Y es por tener un gobierno sin palabra, sin honor, sin generosidad, instituciones sin fuerza, leyes sin libertad, una paz sin prosperidad y sin calma, y en fin, por tener un presente sin porvenir, que hemos combatido por espacio de cuarenta años?

En 1830 se impuso un gobierno á la Francia sin consultar ni el pueblo de Paris, ni el de las provincias, ni el ejército francés; ¿puede ser legítimo cuanto se ha hecho sin vuestro consentimiento?

Solo un congreso nacional, elegido por todos los ciudadanos, puede tener el derecho de resolver lo que mas convenga á la Francia.

Orgulloso por mi orígen popular y fuerte por los cuatro millones de votos que me destinaban al trono, me pongo á vuestro frente como un representante de la soberanía del pueblo.

Tiempo es ya de que en medio del caos de los partidos se levante una voz nacional; tiempo es ya de que al grito de la libertad vendida, sacudais el vergonzoso yugo que pesa sobre nuestra hermosa Francia. ¿Por ventura no veis que los hombres que rigen nuestros destinos son los traidores de 1814 y 1815, y los verdugos del general Ney?

¿Podeis tener confianza en ellos?

Nada omiten por complacer á la Santa Alianza: para obedecerla, han abandonado á los pueblos que eran nuestros aliados; para sostenerse, han armado al hermano contra el hermano; han ensangrentado nuestras ciudades, sin parar hasta haber hollado nuestras simpatias, nuestras voluntades, nuestros derechos.

¡Ingratos! solo se acuerdan de las barricadas para levantar fortificaciones; y desconociendo á la gran nacion que representan indignamente, se arrastran ante los poderosos é insultan á los débiles. ¡ Nuestra antigua bandera tricolor se indigna de permanecer por mas tiempo entre sus manos! ¡Franceses! animaos al recuerdo del grande hombre que tanto hizo por la gloria y la prosperidad de la patria.

Confiando en la justicia de mi causa, me presento á vosotros con el testamento del emperador Napoleon en una mano, y empuñando la espada de Austerlitz con la otra. Cuando vió el pueblo en Roma los sangrientos despojos de César, derrocó á sus hiprócritas y cobardes opresores. Franceses! ¡Napoleon es mas grande que César: es el emblema de la civilizacion del siglo XIX.

Fiel á las máximas del emperador, no conozco mas intereses que los vuestros, ni mas gloria que la de ser útil á la Francia y á la humanidad; sin odio, sin recelo y exento de todo espíritu de partido, llamo y aguardo bajo el águila del emperador á los que sientan latir todavia en su pecho un corazon francés.

He consagrado mi existencia al cumplimiento de una gran mision. Desde el peñasco de Santa Elena iluminó mi alma un rayo de aquel sol poniente que nunca podré olvidar, y que me infundió el valor necesario para vencer ó morir por la causa del pueblo.

Hombres de 1789, hombres del 20 de marzo de 1815, hombres de 1830, levantaos; y entre vuestro gobierno y el águila, emblema de glo-

ria, símbolo de libertad, no puede vuestra eleccion ser dudosa. ¡ Viva la Francia ! ¡ Viva la libertad !— Napoleon.»

Fué este documento la primera manifestacion de un pensamiento inmutable que la Francia no debia comprender hasta mas tarde. Como se vé en él, no se presentaba el príncipe como representante de la sucesion napoleónica, sino de la eleccion popular. En él atacaba la parte mas vulnerable de la monarquía constitucional, y por esto fué tan profundo el terror que esperimentó el usurpador de 1830, al recibir la noticia de aquel movimiento imprevisto.

He aquí el título de la segunda proclama :

AL EJÉRCITO.

Solo debia el príncipe en esta proclama despertar los recuerdos de gloria, y comparar una historia de honor y poder con las humillaciones de la época entonces presentes.

« ¡ Soldados ! Ha llegado el momento de recobrar vuestro esplendor pasado. Formados para la gloria, no podeis soportar por mas tiempo el papel vergonzoso que se os obliga á desempeñar : el gobierno que ha hecho traicion á nuestros intereses civiles, queria tambien estinguir el honor militar. ¡ Insensato ! ¿si creerá tal vez que haya desaparecido ya la raza de los héroes de Arcola, Austerlitz y Wagram?

Contemplad al leon de Waterloo aguardando aun en nuestras fronteras; ved á Huninga privada de su defensa ; recordad que no han sido reconocidos los grados de 1815 ; ved la Legion de Honor concedida á los intrigantes y negada á los valientes ; fijad una mirada en nuestra bandera, que no ondea ya en ninguno de los puntos donde triunfaron nuestros ejércitos. Y ya que solo encontrareis do quiera traicion, cobardía é influencia estrangera, esclamad conmigo ; ¡ Arrojemos á los bárbaros del Capitolio! ¡ Soldados, volved á tomar las águilas que nos guiaban en las grandes jornadas, puesto que los enemigos de la Francia no pueden resistir su mirada, y que los que nos gobiernan han huido ya al verse enfrente de ellas ! Librar á la patria de los traidores que la oprimen, proteger los derechos del pueblo, defender la Francia y sus aliados contra la invasion ; hé aqui el camino donde el honor os llama, hé aqui vuestra sublime mision.

Soldados franceses, cualesquiera que sean vuestros antecedentes, venid á agruparos bajo la bandera tricolor regenerada, que es el emblema de vuestros intereses y de vuestra gloria. La patria desgarrada, la libertad vendida, la humanidad doliente y la gloria cubierta de luto, cuentan en vosotros ; confio estareis á la altura de los destinos que os aguardan.

Soldados de la república, soldados del imperio, que mi nombre des-

pierte en vosotros el antiguo ardor de otros tiempos. Y vosotros, jóvenes soldados, que nacisteis tambien al estampido del cañon de Wagram, acordaos que sois hijos de los soldados del gran ejército. El sol de cien victorias ha iluminado nuestra cuna: haced pues de modo que nuestros hechos ó nuestra muerte sean dignos de nuestro nacimiento. De lo alto del cielo la gran sombra de Napoleon dirigirá nuestros brazos, y satisfecha de nuestros esfuerzos, esclamará: ¡ Eran dignos de sus padres!

¡ Viva la Francia! ¡ Viva la libertad! — Napoleon. »

Francia y libertad, dignidad del pais, órden y grandeza, ¿quien mejor que el sobrino del emperador podia pronunciar estas palabras y asegurar su verdad fecunda?

Luego se dirigió el príncipe á los habitantes de Strasburgo en estos términos:

« Alsacianos! vosotros sereis los primeros que tendreis la gloria de derribar un gobierno, que, esclavo de la Santa Alianza, comprometia cada vez mas el porvenir de nuestro pueblo civilizado. El poder de Luis Felipe os detestaba de un modo particular, bravos strasburgenses, porque detesta todo lo que es grande, generoso y nacional. Mancilló vuestro honor al suprimir vuestras legiones; menoscabó vuestros intereses al conservar los derechos de entrada, y al permitir la creacion de aduanas estrangeras que paralizan vuestro comercio.

Strasburgenses! habeis puesto la mano en vuestras heridas y me llamais á vuestro lado, para que juntos venzamos ó muramos por la causa del pueblo. Secundado por vosotros y por los soldados, vuelvo al fin, despues de un largo destierro, á pisar el suelo sagrado de la patria, de lo que os doy gracias con toda la efusion de mi alma! Alsacianos, mi nombre es una bandera en la que debeis leer grandes recuerdos; ya sabeis que esa bandera inflexible ante los partidos y ante el estrangero, solo se inclina ante la magestad del pueblo.

Honor, patria, libertad, hé aqui nuestro móvil y nuestro único objeto. Paris en 1830 nos demostró de que modo se derroca un gobierno impío; mostrémosle á nuestra vez como se consolidan las libertades de un gran pueblo. Strasburgenses! Mañana marcharémos sobre Paris para libertar á la capital de los traidores que la oprimen.

Reorganizad vuestros batallones nacionales que eran el terror de un gobierno impopular; defended durante nuestra ausencia vuestra ciudad, que ha sido siempre el baluarte de la independencia de Francia, y que será desde hoy la cuna de su regeneracion. Reinen el órden y la paz en vuestro recinto, y que vele con vosotros el genio de la Francia en vuestras murallas.

Alsacianos! Todo se puede emprender con el apoyo de un gran pueblo y yo tengo una fé sin límites en el pueblo francés. — Napoleon. »

Todo estaba pronto : dentro breves momentos iba á darse la señal. Un solo pensamiento ocupaba y entristecia la mente del príncipe, sin que por esto le hiciese titubear en lo mas mínimo. Acordábase de su madre, de la que se habia separado pretestanto una partida de caza. « Pobre madre, dijo, que terrible ha de ser su ansiedad ; nadie mas que yo debe enterarla de la buena ó mala suerte que me espera. » Entonces fué cuando se decidió á escribir á la reina esta carta : « He vencido. La Francia acogió en mi al heredero del emperador. » A las pocas horas escribió á su madre esta segunda carta : « Fui vencido ; muero por una hermosa causa, por la causa del pueblo francés que un dia sentirá mi muerte. No lloreis por mi ni acuseis á nadie; porque nadie me ha impulsado á obrar. Solo me ha guiado la idea de restituir á la Francia su gloria y sus libertades. Al pasar el Rin estaba ya resuelto á arrostrarlo todo. »



Dígase ahora si fué aquello una locura concebida por una imaginacion ardiente, y ejecutada sin reflexion. El solo habia concebido el plan, y por esto queria cargar tambien solo con la responsabilidad; habia previsto ya de antemano todos los resultados que podia tener su atrevida empresa ; sabia asimismo que si un solo regimiento se resistia á seguirle estaba irremisiblemente perdido ; pero como no tembló ante el sacrificio de su vida, estaba dispuesto á soportarlo todo, hasta el ridículo con que se hiere siempre á las grandes empresas que no corona el éxito.

Acababa de tocarse llamada en el cuartel que ocupaba el regimiento

del coronel Vaudrey. Habia caido durante la noche una inmensa nevada; pero el cielo estaba ya sereno al romper el alba. En aquel mismo momento llegó el príncipe, y tirando á su vista el coronel Vaudrey de la espada, esclamó con voz vibrante:

— Soldados del 4.º regimiento de artillería: desde ahora va á operarse una gran revolucion que espero será fecunda en resultados. El sobrino del emperador, el príncipe Luis Napoleon Bonaparte, aqui presente, viene á ponerse á vuestro frente para conquistar los derechos del pueblo y restituir á la Francia su gloria y su libertad. Se trata de vencer ó morir por una gran causa, por la causa del pueblo: soldados del 4.º regimiento de artillería ¿puede el sobrino del Emperador Napoleon contar con vosotros?

— Si, mi coronel, contestaron todos los soldados con entusiasmo: Solo se oyeron desde entonces los gritos de *¡viva la libertad! ¡viva el emperador!* Se arrojó el príncipe en los brazos del coronel, y volviéndose luego hácia la tropa:

« Soldados, esclamó, resuelto á vencer ó morir por la libertad del pueblo francés, he querido dirigirme á vosotros antes que ningun otro cuerpo, porqué existen entre vosotros y yo grandes recuerdos. En vuestro regimiento recibió el emperador mi tio su bautismo de sangre; en vuestras filas se hizo ilustre en el sitio de Tolon; y fué tambien vuestro bravo regimiento el que le abrió las puertas de Grenoble á su regreso de la isla de Elba. !Soldados! nuevos destinos os aguardan: sereis los primeros en lanzaros á una grande empresa, y en tener el honor de saludar el águila inmortal de Austerlitz y Wagram!

El príncipe se apoderó entonces del águila que llevaba uno de los oficiales y la levantó sobre su cabeza gritando *¡Viva la Francia! ¡Viva la libertad!* Las aclamaciones del regimiento entero contestaron á su voz. Desde luego se dirigieron á la capitanía general, atrevesando el regimiento con la música á la cabeza las calles de la ciudad, á los repetidos gritos de *¡ Viva el emperador ! ¡ Viva Napoleon !* Uníase á los soldados un pueblo inmenso.

Veamos lo que dice acerca de esto un testigo ocular, el mismo señor de Persigni: él nos describirá con la autoridad de su nombre y de su carácter, el poderoso efecto de aquella aparicion mágica.

« *¡Viva Napoleon III! ¡Viva el Emperador! ¡Viva el primer consul! ¡Viva el presidente de la república!* tales eran los gritos que se daban en todas partes.

— Es el sobrino del emperador, decian los soldados.

— Es el hijo del virtuoso rey de Holanda.

— Tambien es sobrino del príncipe Eugenio, y nieto de la emperatriz Josefina! contestaba el pueblo.

Y se rodeaba al príncipe, y apiñada la multitud en su rededor lo separaba de la tropa. Todos querian verle, hablarle y tocarle.

— ¿Qué gobierno tendrémos le preguntaban algunos?

— El que quiera la nacion, contestaba el príncipe.

— El pueblo lo decidirá, añadian algunos oficiales.

Y los repetidos gritos de *¡ Viva Napoleon !* parecian indicar al príncipe que habia adivinado los verdaderos sentimientos del pueblo. »

Durante este tiempo los oficiales del estado mayor del príncipe, se dirigian á sus cuarteles para llevar á los demas regimientos la noticia del movimiento ; los de artillería tenian la órden de hacer montar á caballo al tercer regimiento de esta arma, y de poner los ingenieros en disposicion de marchar á la primera señal. El teniente Layti fué el encargado de trasmitir y hacer que se cumpliese aquella órden ; mientras que otro oficial, el señor Lombard, partia para hacer fijar las proclamas, y se apoderaba del telégrafo el teniente Pietri.

Llegó la principal columna á la capitanía general, llevando á su cabeza al príncipe, al coronel Vaudrey y al comandante Parquin, los cuales se dirigieron en seguida á la habitacion del general Voirol, comandante en gefe de aquel distrito militar.

« General, le dijo el príncipe adelantándose hácia él, en este momento se inaugura una revolucion de la que dependen la gloria y la libertad del pueblo francés. Vengo aqui como amigo ; la guarnicion se ha sublevado y me sigue ; hé aqui el águila imperial : decidios. »

Luego alargó la mano al general pero este no quiso aceptarla, diciendo que no podia faltar á su juramento. Se procedió inmediatamente al arresto del general y se le pusieron centinelas de vista. Sin embargo, no se crea que hubiese olvidado el general Voirol las antiguas glorias del imperio sino que le unian obligaciones personales con el rey Luis Felipe ; asi lo demuestra el sentimiento que manifestó mas tarde, y del que se desprende claramente cuanto debió costarle el no decidirse á seguir la suerte del nuevo Napoleon.

Quedó el comandante Parquin encargado de la custodia del general, dirigiéndose luego la columna al cuartel Finkmatt, donde tuvo lugar uno de aquellos incidentes que deciden en un instante los acontecimientos. Ignoraba el príncipe el camino que debia seguir y se le condujo equivocadamente hácia el arrabal Pierre, sin que hubiese en su compañía ninguno de los gefes ú oficiales que podian conocer y evitar aquella falta. El señor de Persigni, ayudante de campo del príncipe, que mejor que nadie, estaba enterado de todos los puntos, y que sabia todos los detalles del plan, se habia dirigido á la prefectura, al objeto de apoderarse del prefecto. Se continuó pues la marcha, llegando el príncipe casi solo al cuartel, en lugar de presentarse seguido de un regimiento entu-

siasta; los artilleros habian quedado formados en una angosta calle.

El tiempo era perentorio, no habia un momento que perder; la rapidez de la ejecucion es la que asegura casi siempre el triunfo en tales casos. Así debió de comprenderlo el príncipe, cuando se adelantó en persona y dió al capitan de la prevencion la órden de formar el regimiento. Aterrado el oficial al ver la inmensa responsabilidad que iba á recaer sobre él titubeó un momento; pero al oir el nombre del emperador acudieron los soldados; hubo un viejo sargento primero que tomó la mano del príncipe y la llevó á sus labios prorrumpiendo en llanto. Conmueve y arrastra aquella escena á todos los soldados, y aun allí se dan repetidos gritos de: *¡ Viva Napoleon !*

¿Qué era lo que pasaba entre tanto en la prefectura? El señor de Persigni y el conde de Gricourt habian sorprendido al prefecto en su cama, y procuraba este vestirse con una lentitud calculada; por último se le condujo al cuartel de Austerlitz. Apenas habrian trascurrido veinte minutos, cuando se presentó un ayudante, y abrió de par en par las puertas de la habitacion en que acababa de encerrarse al prefecto; lo mismo sucedió con el general Voirol, al que logró salvar tambien otro oficial de estado mayor. Montó el general inmediatamente á caballo, y se dirigió á las Casas Consistoriales, desde donde envió un oficial con la órden de hacer levantar el puente levadizo de la ciudadela, ocupada por el 26 de línea, que como acababa de llegar del campo de Compiegne, podia ser considerado como uno de los regimientos mas adictos á la familia de Orleans.

Sin embargo, á pesar de todos estos incidentes contrarios, no habria sido interrumpida la marcha triunfante del príncipe, á no haberse apelado á una falsedad, á una mentira indigna de un oficial francés. Se dirigió á escape un oficial de estado mayor al cuartel Finkmantt, y volviéndose hácia la tropa que rodeaba al príncipe:

« Soldados, esclamó, os engañan miserablemente, el hombre que acogeis con tanto entusiasmo no es el sobrino del emperador, sino el sobrino del coronel Vaudrey, al que conozco hace ya mucho tiempo. » Consternáronse los soldados al oir semejantes palabras; siendo muchos los que creyeron aquella impostura; en breve se convirtió en furor su entusiasmo, por creerse víctimas de un engaño. Las espadas salieron de las vainas, y aprovechándose el coronel Taillandier de la confusion que reinaba en todos los ánimos, dió la órden de cargar creyéndose por un momento inevitable la lucha. El príncipe se lanzó entre los soldados que acababan de dividirse en dos campos, resuelto á evitar á todo trance la efusion de sangre; iba sin duda alguna á ser víctima de su generosidad, cuando algunos artilleros decididos se le llevaron en brazos entre sus filas. En tal situacion, quiso el príncipe apoderarse de un ca-

ballo; pero la tropa de linea se arroja sobre él, le circuye y le hace prisionero, á la voz del coronel Taillandier.

Véase por qué casualidad fracasó aquella empresa en el momento mismo de verse coronada por el mejor éxito. La calma y la resignacion del príncipe fueron admirables; llegó á olvidarse de su propia situacion por no pensar mas que en la de sus amigos. «¡Coronel Vaudrey! esclamó: ¿me perdonareis el haberos atraido á esta desgraciada empresa?» Y como le manifestase un oficial su dolor.— «Como ha de ser, añadió, al menos no moriré en pais estrangero.»

Y sin embargo, en todos los demás puntos de la ciudad triunfaban los sublevados; el tercer regimiento de artillería estaba ya á caballo, formado en órden de batalla y aclamando con entusiasmo el nombre de Napoleon. Los ingenieros, mandados por el teniente Layti, aguardaban impacientes la órden de ponerse en marcha, órden que no debian ya recibir despues de lo acontecido en el cuartel Finkmatt, por haber quedado sofocada la revolucion, cuando creian sus autores mas seguro el triunfo. Aun despues de haberse sabido el arresto del príncipe, se decidió el pueblo á continuar su obra, y á salvarle á todo trance; así que, empezó á pedradas contra la tropa, pero fué dispersado en breve por el fuego de la infantería. Para mejor calmar los ánimos, apeló la autoridad á la misma impostura que tan buenos resultados poco antes le diera: publicó que el hombre que se habia presentado á las tropas no era Luis Napoleon Bonaparte.

Inmenso fué el efecto que produjo en Paris la noticia de la intentona de Strasburgo; el trono se estremeció, los fondos bajaron considerablemente, y ni aun el triunfo logró tranquilizar por de pronto al gobierno. En vano todos los periodistas asalariados pusieron el grito en el cielo, asegurando que era aquella una empresa loca, y que no habia ya ninguna revolucion posible, pues continuó el gobierno azorado, obstinándose en ver tras aquel golpe aislado, una vasta conspiracion que iba á envolver á la Francia toda.

En otro punto del pais tuvo lugar un acontecimiento apenas conocido, que se creyó tenia relacion con el movimiento de Strasburgo. El sargento Bruyant del primer regimiento de húsares, que se hallaba de guarnicion en Vendoma, estaba con 14 soldados en la hosteria de la *Tête-Noire,* y juntos formaron el proyecto de montar á caballo durante la noche, apoderarse de las guardias y de la oficialidad, y obligar á las autoridades á proclamar la república. Realizado así su plan, debian dirigirse los sublevados á las poblaciones vecinas para engrosar sus filas.

Mientras se celebraba aquella reunion, recibió aviso de ello el teniente coronel del regimiento, que procedió inmediatamente al arresto del sargento y de todos los demas húsares sus cómplices. Conducido Bruyant

á la policía, mató de un pistoletazo al albeitar del regimiento, y aprovechándose de la confusion que causó su crímen, logró escaparse, atravesar el Loire y burlar la persecucion de los que le seguian; otro tanto hizo su principal cómplice el húsar Thierry.

Cansado Bruyant de errar por los bosques, se dirigió á las dos de la noche al cuartel, donde se le encerró desde luego en un calabozo: interrogado por el fiscal, descubrió su proyecto y sus locas esperanzas; siendo condenado con su cómplice Thierry por un consejo de guerra á la última pena. Impúsose tambien á tres de los demas conspiradores distintas penas.

Por mas que se comprendiese claramente que ninguna relacion tenia el movimiento de Strasburgo con el proyecto descabellado de Bruyant, se procuró hacer creer lo contrario, al objeto de alarmar los ánimos, suponiendo que estaba la Francia abocada á una conspiracion vastísima, y que el movimiento de Strasburgo era republicano en el fondo, por mas que pareciese imperial en la forma. El primer cuidado del príncipe habia sido asumirse toda la responsabilidad de la empresa; solo despues de haber procurado salvar á los demas, pensó en el desconsuelo de su madre, y trató de calmarlo en lo posible. Hé aqui el contenido de su carta.

« En la mañana de ayer domingo, me presenté al 4.° regimiento de artillería, que me recibió á los gritos de *viva el Emperador*. El 46 de linea se negó á seguir el movimiento; por lo que nos vimos cercados en la plaza misma del cuartel: *felizmente no se ha derramado sangre francesa*, lo que me es un gran consuelo en medio de mis desgracias.»

Todo lo sabia ya la pobre reina. Poseida de un dolor indescriptible,



voló á la frontera, sin que bastasen á contenerla las leyes que le prohibian pisar el suelo de Francia.

¿Qué conducta iba á observar el gobierno con su ilustre prisionero?

Mas que un triunfo era para él la captura del príncipe un obstáculo insuperable. Por mas que se desease aplicar todo el rigor de las leyes militares á los prisioneros, lo que habria sido muy fácil á poder ser juzgado por un consejo de guerra en Strasburgo, era esto imposible por ser paisanos algunos de los detenidos, y no pertenecer como tales á la jurisdiccion militar; por otra parte, como la causa no podia ser separada, hasta los mismos acusados militares debian ser juzgados por el Tribunal de *assises*. Mientras tomaba el gobierno una decision, fué el príncipe encarcelado en la casa correccional de Strasburgo. El señor Lebel, gefe de los carceleros de la concergeria, salió de Paris para dictar todas las precauciones que creyese necesarias, al objeto de impedir la evasion del ilustre cautivo; en su poco laudable celo llegó aquel carcelero de oficio al estremo de privar á su prisionero del aire y la luz necesarios. Finalmente, llegó de Paris el 9 de noviembre un gefe de escuadron de gendarmeria, acompañado de un oficial y cinco gendarmes, cuyo gefe era portador de una órden dirigida al prefecto del Bajo Rin, para que le entregase el príncipe Luis Napoleon Bonaparte.

Veamos de que modo refiere el mismo príncipe su viaje:

« En la noche del 9 se me previno, decia en una carta á su madre, que iba á ser trasladado á otra cárcel; salí en seguida, y encontré ya al general y al prefecto que me hicieron subir á su coche sin decirme á donde me conducian. Como insistiese para que me dejasen con mis compañeros de infortunio, se me contestó que el gobierno habia decidido separarme de ellos; al llegar á la prefectura encontré ya dos sillas de posta, obligándoseme á subir á una de ellas con el señor Cuynat, comandante de la gendarmería del Sena, y el teniente Thiboutot ocupó la otra silla de posta con cuatro sargentos de la propia arma.

Cuando ví que era preciso salir de Strasburgo y que iba á ser mi suerte distinta de la de los demas acusados, esperimenté un dolor que no puedo esplicar. Arrancado con violencia de entre unos hombres que se habian sacrificado tan generosamente por mí; privado en mis medios de defensa de dar á conocer mis ideas y mis intenciones, y todo esto bajo la apariencia de un beneficio... no pude menos de prorrumpir en sentidas quejas y protestar contra aquel acto violento.

Los dos oficiales encargados de mi custodia habian servido ya durante el imperio, y eran ademas íntimos amigos del señor Parquin, así que tuvieron por mí toda clase de atenciones, y contribuyeron poderosamente con su finura y caballerosidad á que me fuese el viaje mas llevadero. El 11 á las dos de la madrugada llegué á Paris, donde me informó el señor Delessert, prefecto de policia, que debia volver á partir dentro dos horas para Oriente, y que de allí pasaria en una fragata francesa á los Estados-Unidos.

Dije al prefecto que sentia en el alma no poder seguir la suerte de mis compañeros de infortunio; que arrancado de aquel modo de mi prision antes de haber sufrido un interrogatorio general, se me privaba de los medios de declarar acerca de algunos hechos que podian favorecer á los acusados; pero todas mis protestas fueron infructuosas, por lo que tomé el partido de escribir al rey, diciéndole que me era muy sensible el que se me tratase de un modo escepcional, y manifestándole la gratitud de



que estaba poseido por haberse perdonado á algunos antiguos soldados que habian sido arrastrados por mí, y seducidos por gloriosos recuerdos.»

A cada paso podríamos notar iguales rasgos del príncipe, al que en vano queria pintársele entonces como un loco imprudente, que por un mero capricho iba á esponer su vida y la de los demás, sin que se le quisiese dar nunca la gloria de considerársele como un héroe vencido.

Nada habia mas sencillo que su actitud y sus palabras; solo pedia la responsabilidad de todos sus actos, pero sin vana altanería, pues no le ocupaba mas que una idea, la de poder evitar un castigo terrible á sus desgraciados compañeros. En su infortunio, solo pensaba aquel corazon generoso en aliviar la suerte de los demas, y en engrandecer las intenciones benévolas que le demostraban hasta sus enemigos del momento. El teniente Thiboutot, uno de los oficiales que le acompañaban, y cuyo noble proceder hacia mas soportable al príncipe su situacion dolorosa, debia conservar para siempre un puesto en su corazon reconocido, como

lo demuestra el haber obtenido mas tarde, sin solicitarlo, el empleo de gefe del palacio del Elíseo.

Llegó la escolta á Paris el dia 14 á las dos de la madrugada, dirigiéndose sin perder un instante á la prefectura de policía.—«¿Qué disposicion va á tomarse respecto de mi? preguntó el príncipe al señor Delessert. — Monseñor, contestó el prefecto, á instancias de vuestra madre, la reina Hortencia, ha dispuesto el rey que os embarcaseis en Lorient para América.» El príncipe esclamó entonces vivamente, porque se le obligaba, á partir de aquel modo clandestino, sin formársele causa; luego añadió que semejante conducta tendia á demostrar que habia pedido una gracia, cuando por el contrario, deseaba con ardor un juicio que le permitiese esplicarse á la faz de la nacion.

¡Un proceso! he aqui lo que el cauteloso gobierno de julio trató de evitar á toda costa. Como lo habia hecho ya con la duquesa de Berry, no quiso permitir de modo alguno que se procesase al sobrino del emperador. Una vez mas los partidarios de la dinastía de Orleans habian apelado á la astucia, por preferirla á la violencia; asi pues, trataron de matar moralmente á aquel nuevo pretendiente, sin necesidad siquiera de encargarse de su custodia; á este fin, se evocó con una pérfida compasion el recuerdo de la insurreccion vandeana. ¿Podia mostrarse el gobierno mas severo con el príncipe, de lo que lo habia sido anteriormente con la duquesa de Berry? ¿No habria sido una solemne injusticia el tratar con mas rigor al pretendiente imperial?

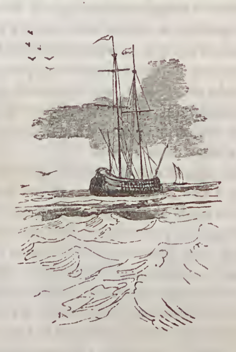
Asi pues, á pesar de todas las nobles protestas del príncipe, se le obligó á partir con buena escolta para Lorient, donde llegó durante la noche del 14 al 15 y permaneció un dia en la ciudadela, no sin adoptarse la precaucion de levantar el puente levadizo. Entretanto se disponia á hacerse á la vela la fragata *Andromeda*. En la noche del 15 se presentó á la ciudadela una partida de tropa encargada de conducir al príncipe; pocos momentos despues dirigia la fragata *Andromeda* su rumbo hácia América.

Lo que el gobierno de Luis Felipe habia negado á su cautivo, lo logró este del público á pesar de todos los esfuerzos. Escribió el príncipe la siguiente carta á su madre; vénse en ella una ternura y dignidad que encantan.

«Mi querida madre: Vuestra conducta me acaba de probar una vez mas la ternura que sentís por mi; solo habeis visto el peligro que corria, sin pensar en el honor que me obligaba á correr la suerte de mis compañeros de infortunio. Ha sido para mi un gran dolor el tener que abandonar á esos hombres por mi arrastrados á su perdicion, cuando mi presencia y mis declaraciones habrian podido servirles de mucho, é interesar al jurado en su favor. Con esta fecha escribo al rey suplicándole di-

rija sobre ellos una mirada de bondad ; esta es la sola gracia que puede interesarme.

Parto para América ; pero deseo que no me sigais , madre mia , sino quereis aumentar mas mi dolor : la idea de haceros partícipe de mi des-



tierro , seria á los ojos del mundo una falta imperdonable , y para mi corazon un remordimiento eterno. Me voy á América , adonde pienso hacer lo que Aquiles Murat , crearme una existencia , cuyo nuevo interés me haga mas soportables los dias del destierro.

Os suplico, querida madre, que veleis para que nada falte á los presos de Strasburgo ; cuidad sobre todo de los dos hijos del coronel Vaudrey que se hallan en Paris con su madre. Tomaria facilmente mi partido á saber que mis compañeros de infortunio tienen la vida salvada ; pero la incertidumbre en que estoy ahora acerca de la suerte que está reservada á aquellos bravos soldados, es para mi un dolor amargo que no me permite gozar ni un momento de calma.

Adios, querida madre, os agradezco infinito las nuevas pruebas de ternura que acabais de darme ; regresad á Arenenberg , pero no vengais de modo alguno á reuniros conmigo en América, porque me hariais mas desgraciado. Adios recibid mis tiernos abrazos; ni un solo momento dejaré de amaros con todas las fuerzas de mi corazon. Vuestro tierno y respetuoso hijo.— Napoleon Luis Bonaparte. »

El gefe de la familia imperial, el bondadoso rey José, tenia derecho á que le diese el príncipe algunas esplicaciones ; asi que le informó Luis Napoleon de todo cuanto habia hecho , si bien no ignoraba que el an-

ciano desaprobaria su conducta, á fin de que no pudiese nunca acusarse al hermano del emperador, de haber tenido parte en una accion enteramente personal. He aquí lo que le decia :

« Ya habreis sabido con sorpresa los acontecimientos de Strasburgo. Cuando en hechos de esta naturaleza no nos es la suerte propicia, no solo se desvirtua á su autor, sino que hasta se le calumnia injustamente; ni aun la desaprobacion de los de nuestra familia debe admiraros en tales casos; no abrigo pues la idea de disculparme hoy á vuestros ojos.

Mañana parto para América: desearia que me procuraseis algunas cartas de recomendacion para Filadelfia y Nueva-York. Dignaos ofrecer mis respetos á mis tios, y recibid la espresion de mi síncero afecto.

Al separarme de Europa, quizás para siempre, causa mi mayor desconsuelo la idea, de que ni aun en mi familia, he de encontrar una persona que se compadezca de mi triste suerte.

Adios, querido tio; no dudeis jamás de los sentimientos de amor y respeto que animan á vuestro tierno sobrino.— Napoleon Luis Bonaparte.

P. D. Espero manifestareis á vuestro encargado de negocios en América, cuales son las tierras que habeis resuelto venderme. »

Luego de haber cumplido el príncipe con su familia, quiso dirigirse tambien á la Francia. El gobierno habia retrocedido ante un proceso, y el príncipe, como si se hallase ante el jurado de Strasburgo, cuyo veredicto tanto se temia, publicó su defensa. Oigamos por un momento esa defensa calurosa y notemos, una vez mas, que no hay un principio invocado mas tarde por el príncipe que aclamó despues la Francia, que no esté ya en aquel proyecto de defensa. Político profundo, á la par que francés generoso, despliega audazmente la bandera de su derecho junto al derecho mismo de la nacion.

A los señores que componen el Jurado.

« Señores, no es mi vida la que vengo á defender aquí, por haber renunciado á ella al pisar el suelo francés, sino mi honor y mi derecho.

Si, señores; vengo á defender mi derecho! Despues de 1830 pedi que se me permitiese entrar en Francia como ciudadano, y fué desatendida mi instancia; pedí servir despues como simple soldado, y ni siquiera se me contestó, tratándoseme siempre como pretendiente.— No creais, sin embargo, que yo aspirase tan solo ocupar una dorada poltrona, no; porque eran mucho mas elevadas mis ideas: queria reponer al pueblo en el uso de sus derechos, queria convocar un congreso nacional que, consultando los antecedentes y las necesidades de cada

uno, hubiese dado leyes enteramente francesas, sin pedir ni á Inglaterra ni á América constituciones que de ningun modo pueden convenirnos.

El emperador cumplió su mision civilizadora puesto que predispuso á los pueblos para la libertad, infiltrando en los ánimos los principios de igualdad, y señalando el mérito como único medio para alcanzar todos los poderes. Cuantos gobiernos se han sucedido despues han sido esclusivos; unos se han apoyado en la nobleza y el clero; otros en una aristocracia ciudadana, y otros en fin, en los proletarios. Todo lo contrario hizo el gobierno del emperador que, solo se apoyaba en el pueblo, como se apoya un general en su ejército.

El gobierno de Napoleon recibió por cuatro veces la sancion popular; en 1804 reconoció el pueblo francés por cuatro millones de votos el derecho de sucesion en la familia imperial, sin que haya sido desde entonces nuevamente consultado. Asi, como el mayor de los sobrinos del emperador, podia yo considerarme, sino representante del imperio por el cambio que han debido sufrir las ideas en el transcurso de veinte años, como representante al menos de la Asamblea nacional; siempre he considerado al águila como emblema de los derechos del pueblo, y no como emblema de los derechos de una familia... Alentado pues por estas ideas y por la santidad de mi causa, he esclamado: los príncipes que se suponen de derecho divino, encuentran hombres que consienten á morir por ellos para restablecer los abusos y los privilegios: y yo, cuyo nombre recuerda la gloria y la libertad ¿me veré obligado á morir solo en el destierro? No, me respondieron mis bravos compañeros de infortunio, nosotros moriremos á vuestro lado, ó vencerémos juntos combatiendo por la causa del pueblo francés.

No creais que me haya propuesto imitar á los emperadores romanos que la soldadesca encumbraba hoy para derribarlos mañana; solo he intentado la revolucion por medio del ejército, porque me ofrecia mas probabilidades de éxito, y para mejor evitar los desórdenes, tan frecuentes siempre en todos los trastornos sociales.»

¿Por ventura no se vé aquí patente toda la teoria del acto salvador del 2 de diciembre de 1851? ¿No tendia aquel á la regeneracion de la autoridad por el ejército, en beneficio del pueblo?

Finalmente, luego de haber asentado el pié en el puente de la *Andromeda*, adivinando el príncipe las intenciones maquiavélicas del gobierno de julio, escribió al señor Vieillard: «Es completamente falso el que se me haya exijido juramento de no volver jamás á Europa.» En efecto, cuando se arrancó al acusado principal, á su pesar, de los calabozos de Strasburgo, se reservó el gobierno rebajarle por medio de una impostura: supuso el gobierno que habia hecho el príncipe formal promesa de no

volver á Europa; toda la prensa ministerial se apresuró á confirmar aquella suposicion con la mayor complacencia; solo en 1840 desmintió el gobierno ante la cámara de pares por medio de uno de sus órganos mas autorizados, el que se hubiese impuesto al príncipe Luis Napoleon condicion alguna al dirigirse á los Estados Unidos.

Permítasenos ahora decir algo acerca de los partidarios del príncipe, entregados á la jurisdiccion de que quiso á él escluirle el gobierno. El señor de Persigni habia logrado escaparse y llegar disfrazado a Arenenberg, desde donde se dirigió á Inglaterra. Su primer cuidado al pisar tierra libre, fué publicar una relacion exacta de los acontecimientos de Strasburgo, y demostrar la verdad, alterada maliciosamente por las autoridades francesas. Bastará un solo detall para manifestar el espíritu de calumnia que dominaba siempre al tratarse de cualquiera accion del príncipe. Pretendíase que Luis Napoleon Bonaparte se habia presentado al frente de las tropas en el mismo traje que acostumbraba llevar el emperador, á fin de ridiculizar por este medio al que solo consideraban algunos como un aventurero político; pero esta farsa inventada por el ciego espíritu de partido, cuando no por el mas refinado egoismo, fué completamente desmentida. Vestia el príncipe en Strasburgo el uniforme de artillería, ó sea casaca azul con cuello y botas encarnadas, llevaba ademas las charreteras de coronel, insignias de la Legion de honor, y un sombrero de los que usaba el estado mayor, segun el último modelo presentado al ejército, sin mas armas que una espada de caballería.

Entre los acusados que cayeron en poder del gobierno, habia el coronel Vaudrez, Laity y el comandante Parquin; este último, que sentó plaza de voluntario en 1802, tenia á la sazon treinta y cuatro años de servicio, habiéndose distinguido muy particularmente en Yena y Eylau. Toda su carrera militar que empezó en Yena y terminó en Waterloo, habia sido señalada por las acciones mas heróicas; contaba doce campañas, cayó prisionero en Rusia despues de haber recibido diez heridas; tomó en Portugal una bandera al enemigo, y tuvo en Leipzig la gloria de salvar la vida al mariscal Oudinot.

Se procedió á la formacion de causa por órden del tribunal superior de Colmar el dia 5 de diciembre de 1836 siendo el tribunal de *asises* de Strasburgo el que se reunió á 6 de enero de 1837 para pronunciar su fallo contra los acusados, cuya actitud fué admirable. «Habeis jurado fidelidad á la patria, preguntó el presidente á Laity?—Sí, pero no al príncipe que tan mal la sirve.» Al comandante Parquin se le preguntó: «¿Cuál es el poder que no os ha permitido ser fiel á vuestros juramentos?—Treinta y tres años ha, contestó el comandante con calor, que como ciudadano y como soldado, presté juramento á Napoleon y á su dinastía; yo no soy como Talleyrand, ese gran diplomático, que ha prestado ya trece ju-

ramentos. El dia que el sobrino de Napoleon se presentó á recordarme el que habia prestado en favor de su tio, me he creido obligado á seguirle y á entregarme á él en cuerpo y alma.»

El gran principio de la igualdad ante la ley habia sido violado; el veredicto del jurado de Strasburgo, habia sido pronunciado ya. «No, los acusados no podian ser culpables.» Y en efecto, ¿cómo condenar á los instrumentos, cuando habia sido absuelto, sin formacion de causa, el brazo que los dirigia? La duplicidad del gobierno debia necesariamente convertirse en arma fatal contra la situacion de julio.





BOLONIA.



uando el sobrino de Napoleon se alejó de aquella tierra sagrada de Francia, á la que le impulsara poco antes todo cuanto puede despertar con mas vehemencia los sentimientos del alma, era el dia 21 de noviembre de 1836. «¡Adios orgullo, renombre, ideas de gloria, *resentimiento legítimo* y *amor á la patria*; adios, por último, ardorosos y nobles deseos de ambicion.»

¿Quién era el que hablaba de aquel modo? ¿Quién el que saludaba con un adios tan respetuoso á la esperanza que se iba? ¿Seria sin duda algun soldado fiel á la antigua bandera imperial? No, era uno de los gefes del socialismo moderno, era Luis Blanc. Era aquel mismo hombre, que poseido mas tarde de un vértigo, perseguia con sus sarcasmos y sus

calumnias al príncipe para abrigar el mismo pensamiento, mientras gemia su alma en la soledad de un calabozo.

Entre tanto la fragata se llevaba al príncipe por entre las olas del Atlántico: su comandante, Enrique de Villeneuve, antiguo y leal marino, tenia á su prisionero temporal las mas grandes consideraciones, haciendo que toda la demás oficialidad se las tuviesen igualmente. Larga, muy larga habia de ser la travesia: cuando abrió el comandante en alta mar los pliegos, ó mejor las órdenes cerradas que llevaba, vió que habia de hacer escala en Rio Janeiro antes de llegar á Nueva York. Durante aquellos largos dias pasados en medio de la niebla y de las tempestades ó bajo el cielo azulado y sereno de los trópicos, recordaba Luis Napoleon Bonaparte con valor su vida toda, aclarando muchas dudas, alentando sus esperanzas y fijando con mas fuerza todos sus principios. Su principal consuelo era escribir á su madre todos sus pensamientos, todos sus recuerdos: «Cada hombre, le decia, lleva en él un mundo compuesto de todo cuanto ha visto y amado y en el que se encierra continuamente, por mas que se vea obligado á recorrer otro mundo estraño. Ignoro en este caso lo que es mas doloroso, si recordar las desgracias que se han sufrido, ó bien los tiempos felices que pasaron ya por no volver jamás.» Triste y dulce eco de este bello pensamiento del Dante:

> Nessun maggior dolor che ricordarsi del tempo felice
> Nella miseria.

Cuando el buque hubo atrevesado el frio invierno de nuestro Océano y empezó á asomar su cabeza sobre las olas el inmenso peñon de Tenerife, habian sucedido á las tempestades los vientos alisios, y podia ya el príncipe entregarse enteramente á sus estudios y meditaciones en el puente del buque. ¡Cuántas veces sentado en la popa soñaba en Arenenberg, por recordarle aquel espejo inmenso del mar el lago de Constancia, y murmurar en sus oidos las tibias brisas de Madera palabras misteriosas que le hacian pensar en los hermosos dias del mes de agosto pasados con la reina en la azotea embalsamada del castillo!

Por último, el dia 30 de mayo de 1837 llegó la fragata á Nueva York: aquella travesia, de si ya tan larga, lo fué el doble á causa de la inutil escala que tuvo que hacer el buque en Rio Janeiro, por haberlo asi dispuesto de antemano el gobierno de julio al objeto de que el príncipe no pudiese influir en el proceso de Strasburgo, ora fuese con cartas, ó ya por medio de deposiciones escritas. Si bien se sabia ya la resolucion que iba á tomar el jurado, se proponia el gobierno con aquellas maquinaciones indignas afligir mas y mas á la familia y á los amigos del príncipe, que no podian recibir ninguna noticia durante aquella larga travesia.

Llegado á Nueva York se apresuró Luis Napoleon Bonaparte á escribir al señor Vieillard una carta notable, destinada á demostrar sus verdaderas intenciones, y á desarmar el brazo de la justicia, caso de estar aun levantado contra sus cómplices. Nada mas claro y esplícito que los principios manifestados en aquel escrito: aun hoy dia arrojan aquellos principios nueva luz sobre los acontecimientos que han llevado al sobrino de Napoleon al trono imperial que con tanto aplauso ocupa.

« Os debo esplicar, decia á su antiguo preceptor, las causas que me impelieron á obrar. Tenia trazados delante de mi dos líneas de conducta: una, que en algun modo dependia de mi, y otra, que me habian señalado los acontecimientos; eligiendo la primera debia ser, como vos deciais muy bien, un medio: al paso, que siguiendo la segunda, no podia ser mas que un recurso. Segun mis ideas y mi conviccion profunda, era el primer papel preferible al segundo; puesto que el resultado de mi empresa me ofrecia las ventajas siguientes: procurarme en un dia por un golpe de mano lo que habia de ser tal vez obra de diez años; triunfando, evitaba á la Francia *las luchas, las turbulencias, los desórdenes y un desquiciamiento que ha de llegar, á mi ver, tarde ó temprano.* El espíritu de una revolucion, dice M. Thiers, se compone de pasiones por lograr el fin, y de odios por vencer los obstáculos. Habiendo atraido al pueblo por medio del ejército, habríamos alcanzado las nobles pasiones sin abrigar ningun odio, por nacer siempre este de la lucha que se empeña entre la fuerza física y la fuerza moral. Mi posicion personal ademas era sumamente facil, clara y despejada: haciendo una revolucion con quince personas, si llegaba á Paris, debia mi triunfo al pueblo, y no á ningun partido; alcanzada de este modo la victoria, iba á deponer voluntariamente, pues nadie podia obligarme á ello, mi espada sobre el altar de la patria, y podia por lo mismo tenerse en mi entera fé, por no ser ya tan solo mi nombre, si que tambien mi persona, lo que podia ofrecer en garantía. En caso contrario, solo podia ser llamado por una fraccion de pueblo, y tenia por enemigos, ademas de un gobierno debil, á una multitud de partidos que podian ser tambien nacionales.

Por otra parte, impedir la anarquía es mucho mas facil que reprimirla, asi como lo es tambien mas el dirigir las masas que seguir sus pasiones. Llegando al poder como recurso, no era sino una bandera de mas levantada en la pelea, cuya influencia, inmensa en la agresion, habria sido quizás impotente para rehacer. Finalmente, en el primer caso, era un timon cuyo buque no debia hacer frente mas que á un solo elemento; por el contrario, en el segundo, veíame dirigiendo un buque combatido por todos los vientos, y que en medio de la desecha tormenta, ignoraba hasta el camino que debia seguir. Es tambien cierto

que cuantas mas ventajas me ofrecia el resultado de aquel primer plan, tanto mayor seria la vituperacion de que seria objeto en el caso de una derrota; pero al entrar en Francia ni pensé siquiera en el ridiculo á que podia esponerme un contratiempo, y si tan solo en la muerte que consideraba como un beneficio, caso de sufrir una derrota: tal era mi modo de ver... »

Despues de haber pasado algun tiempo en Nueva York, se disponia el príncipe á emprender un viaje hácia el interior del nuevo mundo, cuando vino á herirle un nuevo dolor que le hizo adelantar mas y mas en su camino de sufrimiento y de prueba. A principios del mes de junio recibió esta carta desgarradora que le imponia nuevos é imperiosos deberes:

«Mi querido hijo: Debe hacérseme una operacion absolutamente necesaria; si muero en ella, recibe con esta carta mi última bendicion. ¿No es verdad que nos encontrarémos en un mundo mejor, en el que vendrás á reunírteme lo mas tarde posible? ¿No es verdad que estás convencido de que al separarme de este mundo de miseria y de pena, solo siento dejarte á tí y perder esa tu ternura, que solo á ella debo haber encontrado acá en la tierra algun encanto? Será ademas un consuelo para tí, querido hijo, el pensar que por tus cuidados, hiciste á tu madre tan feliz como podia serlo; no olvides nunca mi ternura, pues en ella encontrarás siempre el valor que para vivir se necesita. Piensa que nunca se pierde de vista al objeto querido que dejamos acá en el suelo, y que es seguro, que hemos de volver á reunirnos un dia allá en lo alto con los seres que amamos: cree, sobre todo, en esta dulce idea, porque es demasiado necesaria por no ser verdadera. A ese buen Arese le doy tambien mi bendicion como si fuese un hijo. Te estrecho contra mi corazon, mi buen amigo mio. Estoy tan tranquila y resignada que aun confio hemos de volver á vernos en la tierra: ¡ hágase la voluntad de Dios! Tu tierna madre. — Hortensia. — 3 de abril de 1837. »

Ningun peligro era capaz de contener al príncipe, desde que habia llegado á él aquella voz que desde el lecho del dolor le dirigia su madre; asi es que se embarcó en seguida para Europa, pudiendo, despues de muchos obstáculos, regresar á Suiza. Llegó á Arenenberg cuando ya el doctor Conneau acababa de perder toda esperanza; en cinco de octubre espiró la reina en sus brazos, dejándole por herencia aquella bendicion suprema que venia á recoger el príncipe desde el fondo de su destierro. La muerte que nada respeta, acabó por segar el hilo de los dias de la reina Hortensia.

Hemos tratado ya en otra parte de aquellas escenas desgarradoras, de aquel dolor sin nombre; preciso sin embargo fué que en medio de sus amargas lágrimas, encontrase el príncipe todo el valor de que nece-

sitaba para continuar su lucha. El gobierno de julio habia visto con terror su regreso; no tardó en sonar para él la hora de nuevas persecuciones. La negra calumnia volvió á salir del antro impuro que le servia de morada; todos los periódicos asalariados recibieron la órden de ata-



que, siendo desde luego el odio y el ridículo empleados contra el desterrado: á tanto llegaron los insultos, que imposible fué á los amigos del príncipe guardar por mas tiempo el silencio. Ya recordarán nuestros lectores que el señor de Persigni aclaró desde luego en su folleto los hechos tan escandalosamente desfigurados; el señor Laity, publicó asi mismo en Paris otra edicion de aquel folleto bajo el título de: « Relacion histórica de los acontecimientos del 30 de octubre de 1836. » — « El príncipe Napoleon en Strasburgo, » por el señor Armando Laity, ex-teniente de artillería, antiguo alumno de la escuela politécnica.

Aquel escrito fué denunciado ante la Cámara de los pares, por suponerse tendia á provocar un conflicto ó un atentado contra la seguridad del Estado, por lo que fué reducido á prision el señor Laity el 21 de junio de 1838, y la cámara de los pares constituida en tribunal desde aquel mismo dia, fijó la apertura de los debates para el 9 de julio.

El esforzado jóven no disimuló ni un momento sus simpatías y sus esperanzas; por mas que estuviese ya de antemano su suerte fijada, el rigor de la condena solo contribuyó á hacer su causa objeto de mas vivas simpatías. Los cinco años de prision á que fué condenado el jóven Laity, no bastaron á aplacar aun el furor de sus enemigos, sino que fue preciso añadir á aquella condena otro tormento moral, ó sea el sujetar-

le á la vigilancia de la autoridad por durante su vida. Y no era aun el señor Laity solo al que se pretendia herir con aquella sentencia, sino que se creyó infundadamente poder hacer dos víctimas de un solo golpe. La conducta del ministerio, al invocar para aquel acto un tribunal escepcional, mereció la desaprobacion de sus mismos partidarios.

El folleto del señor Laity, era, en gran parte, obra del mismo príncipe; pero no habia en esto un acto de conspiracion, conforme se apresuró el príncipe á demostrarlo en la carta siguiente, dirigida al gran consejo de Thurgovia, la cual fué leida en plena dieta helvética.

«Señores miembros del Gran consejo: Si os dirijo en las circunstancias presentes esta comunicacion, es solo para rectificar ciertos hechos, y por daros una prueba de mi confianza y de mi estimacion.

Hace un año que llegué á Suiza procedente de América con la intencion de permanecer enteramente estraño á toda clase de intrigas; y si bien no he cambiado de resolucion, tampoco pienso comprar mi reposo al precio de mi honor. Se me habia calumniado indignamente; se habian desnaturalizado todos los hechos á mi referentes, por lo que permití que tomase un amigo mi defensa: hé aqui el único paso político que he dado desde mi regreso á Suiza. Pero el ministerio francés por lograr el objeto que se proponia, continuó contra mi sus injustos ataques, pretendiendo que la casa en que mi madre acaba de morir y en la que vivo casi enteramente solo, es un *centro de intrigas*; pero de seguro no lo probará. Por mi parte, desmiento del modo mas formal aquella acusacion, porque mi firme voluntad es permanecer tranquilo en Thurgovia, y evitar todo cuanto podria contribuir á entibiar las buenas relaciones que existen entre la Francia y la Suiza. Pero, señores, por tener una nueva prueba de la falsedad de las acusaciones dirigidas contra mi, leed los recientes artículos de los periódicos ministeriales, y veréis que no contento el gobierno de perseguirme hasta en mi retiro, procura ridiculizarme á los ojos de todo el mundo, difundiendo los rumores mas absurdos.

Señores miembros del Gran consejo, á vosotros me dirijo, á vosotros en cuya compañía he vivido hasta ahora como amigo y como hermano, á vosotros toca demostrar á los demás cantones la verdad pura acerca de mis intenciones.

La invasion estrangera que en 1815 destronó al emperador Napoleon, impuso el destierro á todos los miembros de su familia; luego desde 1816 puede decirse que no he tenido legalmente patria; solo desde 1832 tengo una, y esa patria la debo á vosotros por haberme conferido el título de ciudadano del canton. El gobierno francés que conserva aun vigente la ley, por la que se me considera muerto civilmente, no tiene necesidad de dirigirse á la Suiza por saber que solo en Thur-

govia tengo derecho de ciudadanía. Solo cuando se trata de perseguirme, se resuelve el gobierno á considerarme como francés: decia en Strasburgo por medio de su órgano el procurador general, que me consideraba como estrangero.

Señores, lo digo con orgullo, he manifestado con mi conducta el aprecio que me merecia el don que me hicisteis cinco años ha; pero si ahora, á pesar mio, fuese un obstáculo para la Suiza, no fuera mia la culpa, y si solo de aquellos que fundándose en falsos asertos, pretenden hacer valer sus pretensiones, contrarias á la justicia y al derecho de gentes.—Recibid, etc.—Luis Napoleon Bonaparte.»

Luego de leida esta carta en el gran consejo por M. Kern, diputado por Thurgovia, se declaró por unanimidad que se continuaria prestando toda la proteccion necesaria al noble huésped de la Suiza.

Grave era en verdad esta resolucion; puesto, que recordando sin pudor la impostura, de que el príncipe habia empeñado su palabra de permanecer diez años fuera de Europa, habia dirigido el gobierno de julio una nota á la Dieta helvética, para obtener la espulsion del príncipe. El hijo de Lannes, duque de Montebello, á la sazon embajador de Francia en Suiza, fué el encargado de aquella triste mision; si bien no es menos cierto que aquel, de quien emanaba aquella disposicion, era el mismo Molé, nombrado par de Francia por el emperador Napoleon á su regreso de la isla de Elba.

La negacion solemne de la Dieta, fué un gran obstáculo para la política del gobierno francés; pero tuvo que resignarse, porque hacer la guerra, aunque fuese á la Suiza, era un acto de energía, del que no era aquel gobierno capaz. Por otra parte, ¿no habria sido aquello realzar en gran manera al príncipe, objeto de aquella humillacion? Sin embargo, como no era fácil que se llegase á un rompimiento, se decidió por último el ministerio á tomar una actitud belicosa.

Ya dos regimientos de línea y el tercero ligero habian recibido en Lion la órden de formar sus batallones bajo el pié de guerra y el general Aymar en una órden del dia del ejército, le anunciaba su nombramiento para el mando de la division que se organizaba junto á las fronteras de Suiza. Los batallones, escuadrones y baterías de guerra, de las quinta, sexta y septima divisiones, estaban ya prestas á partir, asi como tambien dos batallones por regimiento de la brigada del general Fouché, y dos batallones del 5.º ligero que iban á dirigirse á Gex y Ferney. «Nuestros turbulentos vecinos, decia el general Aymar, notarán, pero quizás demasiado tarde, que en lugar de declamaciones é injurias, les habria sido mejor acceder á las justas peticiones de la Francia.»

La Suiza sin embargo, no parecia arredrarse por las amenazas, limi-

tándose el gobierno federal á hacer sus preparativos de defensa: iban á reunirse veinte mil hombres en la frontera, mientras se disponia la ciudad de Ginebra á hacer una resistencia heróica. Pero entonces el príncipe Luis Napoleon se decidió á partir, no queriendo servir de pretesto para la efusion de sangre; antes de ausentarse empero de aquella tierra hospitalaria, remitió la declaracion siguiente á la primera autoridad del canton que habitaba:

A su excelencia el señor Landamann Anderwert, presidente del pequeño consejo de Thurgovia.

« Señor Landamann; cuando la nota del duque de Montebello fué dirigida á la Dieta, no quise someterme á las exigencias del gobierno francés, por interesarme demostrar, no queriendo alejarme, que habia regresado á Suiza, sin faltar á ningun compromiso; que tenia el derecho de residir en este pais, y que podia prometerme en él la ayuda y proteccion necesarias.

La Suiza está demostrando hace ya un mes con sus protestas enérgicas, y por las decisiones de los grandes consejos reunidos hasta el presente, que está resuelta á hacer los mas grandes sacrificios por sostener su dignidad y su derecho. Ya que ella ha sabido cumplir su deber como nacion independiente, sabré yo tambien cumplir el mio y permanecer fiel á la voz del honor. Puede perseguírseme, pero jamas envilecérseme.

¡Habiendo declarado el gobierno francés que la negacion de la Dieta á acceder á su demanda seria la señal de una conflagracion, de la que podria ser víctima la Suiza, no me queda otro medio que abandonar á este pais, donde es mi presencia objeto de tan injustas pretensiones, y donde podria ocasionar grandes desgracias!

Suplícoos pues, señor Landamann, declareis al Directorio federal, que partiré tan pronto como haya obtenido de los embajadores de las diferentes potencias, los pasaportes que me son necesarios para dirigirme al punto en que me sea dado encontrar un asilo.

Al abandonar hoy voluntariamente al único país de Europa, donde encontrára apoyo y proteccion; al alejarme de los lugares á mi corazon tan gratos por tantos motivos, espero manifestar al pueblo suizo, que no era indigno de la estimacion y afecto que me ha prodigado. Jamas podré olvidar la noble conducta de los cantones que tan enérgicamente se han pronunciado en mi favor; sobre todo, el recuerdo de la proteccion generosa que me ha dispensado el canton de Thurgovia, quedará grabado indeleblemente en mi corazon.

Espero que esta separacion no será eterna, y que dia vendrá en que

podré, sin comprometer los intereses de dos naciones que deben estar unidas, hallar nuevamente el asilo, que veinte años de permanencia y los derechos en él adquiridos, me hacian considerarle como una segunda patria.

Sed, señor Landamann, el intérprete de mis sentimientos de gratitud para con los consejos, y creed que solo la idea de evitar un conflicto á la Suiza, puede endulzar un tanto el dolor que esperimento al separarme de ella. Recibid, etc.—Firmado. Napoleon Luis Bonaparte.— Arenenberg, 22 de setiembre de 1838. »

Consumado quedó aquel sacrificio á los pocos dias: partió el príncipe para Inglaterra, pasando por Francfort, Dusseldorf y Rotterdam. Al llegar á Londres se instaló en Carlton Terrace, donde se entregó de nuevo á su vida de meditacion y de estudio. Acogido con la mas brillante distincion por la aristocracia británica, puede decirse que fué tanto mas considerado, cuanto mayor era la persecucion que sufria: el instinto de los hombres de Estado adivinó su importancia futura; por esto sin duda se formó en torno suyo una pequeña corte atraida por su nombre, y que supo conservar su benevolencia y su mérito. El autor de las «Cartas de Londres» nos da una noble idea de las ocupaciones y costumbres del pincipe en aquel nuevo destierro. El príncipe dice, es hombre laborioso y activo, severo consigo mismo, é indulgente para con los demas; desde las seis de la mañana está en su gabinete, donde trabaja hasta mediodia, hora en que acostumbra almorzar. Despues del almuerzo, que



nunca dura mas de diez minutos, lee los periódicos y hace tomar nota de todo cuanto hay de mas importante en las noticias y política del dia; á las dos recibe las visitas; á las cuatro sale para sus asuntos particulares; á las cinco monta á caballo y come á las siete; luego se vuelve por lo regular á su gabinete y trabaja algunas horas mas durante la noche.

Escribia en aquella época una obra célebre, las «Ideas napoleónicas:» esta obra de la que volverémos á hablar despues, contiene por decirlo así, la esencia misma del sistema imperial. De este modo procuraba el príncipe retraido de los negocios públicos y encerrado en una soledad fecunda,

alimentar su alma con el estudio, digno y útil consuelo del desterrado.

Sin embargo, cualquiera presentirá que no podia su pensamiento apartarse de la Francia: no podia el sucesor de Napoleon perdonar á los que le habian rebajado. El honor, ese móvil de las acciones gloriosas, habia sido sustituido por el mezquino interés: se habia visto á la dinastía reinante ocupar un puesto en la mesa de Sofía Dawies, triste heroina de Londres, que habia venido á ser la Maintenon de Chantilly. Se habia visto que un príncipe de Francia, estaba complicado en una cuestion de interés con la caprichosa baronesa de Feucheres; y que la nacion entera insiguiendo aquel funesto ejemplo se dejaba arrastrar por su ciego amor al dinero; de modo, que, puede decirse que el juego en la bolsa y el agio en todo, eran las únicas ocupaciones privilegiadas de un pueblo que habia formado la educacion del mundo, y que veia entonces en su degradacion un medio para enriquecerse.

El príncipe entretanto procuraba desenvolver aquel pensamiento de Napoleon, y estudiar el poder de aquella idea á la vez popular y soberana, que participa á un tiempo de la monarquía por la iniciativa personal, y de la repúbica por la sancion popular; diciendo que solo allí existia el principio de la fuerza para el imperio del pueblo. Por esto vemos siempre el espíritu napoleónico marchar recto á la espresion de su voluntad, sin ocultar nunca el objeto ó fin que se propone alcanzar: para él no existen esos escrúpulos de forma, esas vacilaciones, indicios ciertos de una impotencia interiormente reconocida. Todo lo es para él un hecho consumado, puesto que siempre prueba este un pensamiento comun entre la nacion y su gefe. Nada hay tan opuesto á ese espíritu como el idealismo y esa contemplacion enfermiza, hijos esteriles de la Alemania moderna. El genio napoleónico esencialmente creador, desecha las vanas teorías, prefiriendo á ellas la accion en toda su grandeza. « Señor, decia Fontanes en 1804 al nuevo emperador, el deseo de la perfeccion es la peor de todas las enfermedades que han afligido al espíritu humano. El mejor de todos esos utopistas, repetia á menudo Napoleon, es enemigo de todo bien; y era únicamente su claro y recto sentido, el que inspiraba á Napoleon su histórico é invencible desprecio por los ideólogos.

Luis Napoleon participa tambien de ese mismo desprecio; pero es preciso considerar que no es la idea, sino la quimera, la que inspiró á entrambos aquella saludable y viva antipatía. Atendámonos á la práctica, y verémos que aquella mágica insensata que prometia crear un mundo con sus cavernosas fórmulas, solo logró engendrar el viento y las tempestades. La idea es madre de la accion; la quimera, como el monstruo de Milton, es á la vez hija y madre de la confusion y del caos.

Nótase que en la familia napoleónica, es el carácter propio del genio

la especialidad práctica, asi como es tambien la ciencia de las fuerzas materiales y morales. Conocer las propiedades del hombre y del hierro, y el poder mátematicamente calculado de la pólvora y de los sentimientos diversos de la naturaleza humana, es el verdadero objeto de la ciencia moderna; es la palanca de la sociedad presente: el porvenir será de aquel que sepa manejar con mas destreza aquel formidable instrumento. Estraer de una porcion de elementos materiales y morales la mayor fuerza posible, es el principal secreto del genio moderno. Por este medio procuran los ingleses hace mucho tiempo asegurar su poder; este será el medio que bajo el reinado de un Napoleon, acabará por dar aquel nuevo poder á la Francia.

La facultad de generalizar, sin perder de vista la aplicacion, ese poder de accion que se robustece en el hecho, como se reanima Anteo al tocar la tierra, ese genio que llamamos napoleónico, tiene por base la unidad y la sencillez de miras.

En medio de sus profundas meditaciones, no desperdiciaba el príncipe ninguna ocasion que se le presentase para levantar con su conducta aquella dignidad nacional, á la sazon tan comprometida: parecia haber recibido en sagrado depósito el honor de la Francia, y no querer abandonarle nunca, como guardador fiel, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de su vida.

Fué invitado el príncipe en cierta ocasion á una gran comida que daba el club de marina, y si bien procuraba siempre Luis Napoleon evitar los banquetes numerosos y los meetings politicos, aceptó sin embargo la invitacion del almirante Fleming que debia presidir el banquete. Era el almirante un bravo marino que, habiendo recibido el año 1815 en Plimouth la órden de conducir al emperador á Santa Elena, contestó al gobierno inglés, presentando su dimision y diciendo:

« Estoy pronto á morir en defensa de mi soberano; pero no quiero cooperar á un acto que deshonra á mi pais. »

Durante la comida, estuvo el príncipe colocado á la derecha del almirante; su actitud fué sencilla y digna; su conversacion interesante; habló de la marina como hombre que conoce perfectamente todo lo relativo á ella; su reciente viaje en la fragata francesa *Andromeda*, le habia procurado informes curiosos que habia aumentado considerablemente desde su permanencia en Inglaterra. Era sumamente curioso ver á aquellos viejos marinos ingleses tratar de todo lo relativo á su profesion con un Bonaparte; si bien se manifestaba un sentimiento de pena, unido á aquella noble emocion que sentian todos. Al terminar la comida, se propuso un brindis en honor del príncipe; y á su vez un ciudadano francés, un Napoleon, se vió obligado por la costumbre, á proponer uno por la marina inglesa. Llegó el momento del brindis, y el almiran-

te que fué el primero en brindar, lo hizo por la salud del sobrino de Napoleon, siendo acogido su brindis con entusiasmo. Luego se levantó el príncipe, y con voz triste y conmovida en medio del mas profundo silencio, dijo: «No hablaré aquí, señores, de vuestros triunfos, porque todos vuestros recuerdos de gloria son para mí otros tantos motivos de lágrimas; pero si hablaré con placer de la gloria mas hermosa y duradera que habeis alcanzado, llevando la civilizacion á mil pueblos bárbaros en medio de las mas apartadas regiones.»

Imposible es casi formarse idea del profundo interés que escitó aquella sencilla alocucion. Toda la reunion quedó conmovida. Cuando el príncipe se retiró todos quedaron penetrados del mayor respeto por su carácter y de una gran estimacion por su persona.

Tal era la noble conducta del ilustre huésped de Inglaterra. En su estudioso retiro de Carlton-Terrace, meditaba el príncipe la historia de lo pasado para disponerse á comprender y dirigir mejor lo porvenir; inspirábase ó identificábase, por decirlo así en los grandes ejemplos del emperador y escribia las «Ideas Napoleónicas» que es como la Enciclopedia de la nueva política. A pesar de la celebridad de su nombre, vivia casi siempre el príncipe separado del bullicio, sin que aceptase casi nunca las invitaciones hechas por los hombres mas notables de la aristocracia británica. Bastábanle algunos amigos sinceros para ser feliz en su laboriosa soledad, manifestando así á los ojos del mundo cuanto se engañaban aquellos que le creian un ambicioso vulgar; en cuantas ocasiones se le presentaban, protestaba el príncipe de su firme deseo de evitar toda accion, toda palabra que pudiese inducir á creer que intentaba acometer empresa alguna.

Un año pasó de este modo. Súpose de repente en Londres que acababa de estallar en Paris una revolucion insensata. Era el dia 12 de mayo de 1839, cuando dos gefes de sociedades secretas, Barbés y Balbi, hicieron correr la sangre en la capital sin ninguna probabilidad de alcanzar el triunfo. Nadie ignoraba que aquel golpe dado sin prevision, era debido á la exaltacion irreflexiva, á la envidia y á las disensiones intestinas de un partido estremo, que ninguna fuerza ni ascendiente tenia sobre la opinion pública. Pero el gobierno de julio, que no estaba dispuesto á cejar en la via de la calumnia, dió la señal, y desde luego se designó al príncipe como instigador de aquel desórden. Habia sentido el gobierno la impresion del miedo, y queria que al menos su victoria sirviese de arma de dos filos. Indignado el príncipe, insertó inmediatamente la siguiente carta en el periódico inglés el *Times*:

«Señor Director. He leido con el mayor pesar en vuestra correspondencia de Paris, que se quiere hacer pesar sobre mi la responsabilidad de la última insurreccion; espero por lo tanto de vuestra atencion y rectitud,

que os servireis refutar aquella insinuacion del modo mas formal. La noticia de las sangrientas escenas que han tenido lugar, me han llenado á la vez de amargura y de asombro: si yo fuese el alma de un complot, *seria tambien su gefe el dia del peligro*, y no lo negaria despues de una derrota — Recibid, etc. —Luis Napoleon Bonaparte.»

Observemos aqui dos cosas, la constante aversion que tuvo siempre el príncipe á las ideas demagógicas, sobrepujada unicamente por su amor á la verdadera libertad, y aquella audacia generosa y leal que le obligaba á asumirse siempre la responsabilidad de sus propios actos. Tambien podemos demostrar aqui que el príncipe, desde el primer dia de su vida política, ha sido siempre el mismo: ninguna existencia hay que tenga mas unidad, ni mas individualidad vigorosa.

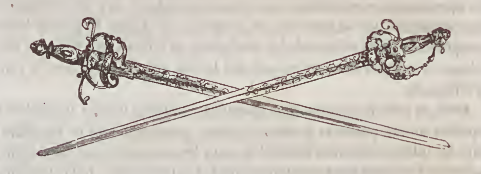
Aquella tentativa insensata de la demagogia militante tenia su parte de valor, al menos como indicio de la situacion de los ánimos, pues demostraba que escepto aquella pequeña parte que se dejaba fascinar por los intereses mas groseros, todo el resto de la nacion francesa se separaba mas cada dia del gobierno usurpador. Una gran revolucion se operaba en todos los ánimos; las ideas socialistas se anunciaban en pleno dia por medio de numerosas publicaciones, siendo por lo regular el taller del operario donde eran saludadas con mas entusiasmo. Ibase operando cada dia mas la separacion entre la clase media y el pueblo por las apremiantes necesidades nuevamente creadas y por el sentimiento mas arraigado que se tenia de los derechos de todos. El pueblo habia comprendido que la libertad del ciudadano se habia convertido en privilegio, y que por lo tanto no se habia hecho mas que cambiar la clase privilegiada.

Pero, si para los ánimos mas exaltados, aquellas nuevas necesidades, aquellas sordas protestas habian de cesar proclamándose la república, para las inteligencias mas ilustradas, para los corazones mas patrióticos, habia otra palabra para reasumir todas las aspiraciones, todas las esperanzas, todos los odios, y aquella palabra era el imperio. La publicacion de las « Ideas napoleónicas » dió por resultado estrechar mas y mas las distancias de aquella antigua falange verdaderamente francesa, aumentada sin cesar por todos los hombres de corazon y de energía. Pronto al libro sucedió el periódico. Los amigos que tenia el príncipe en Francia, emprendieron la publicacion de un diario napoleónico, titulado él *Capitolio*, apareciendo poco tiempo despues una revista que pidió su titulo á la obra reciente del sobrino del emperador, por lo que se tituló *Idea napoleónica*.

Como arrastrado por aquel significativo movimiento de los ánimos, concibió el gobierno la idea de apropiarse, por medio de un golpe político, aquella gloria importuna, que era para él en manos del pueblo, una ar-

ma terrible. Así, que presentó el gobierno una ley á las cámaras que fué inmediatamente votada, cuya ley consagraba un millon para que fuesen trasladados á Paris los restos del ilustre prisionero de Santa Elena. La fragata *Belle Poule* fué la encargada de desempeñar aquella noble mision, y para demostrar mejor la pretension personal de la monarquía de julio, fué un miembro de la familia real, el príncipe de Joinville, el que obtuvo el mando de aquella espedicion que merecia todas las simpatías del pueblo francés.

Todas las miradas se fijaron desde entonces en el Oceano, todos los corazones latieron á la sola idea de ver entrar nuevamente en su patria al héroe inmortal por tanto tiempo desterrado de ella: parecia que el emperador en persona iba á reaparecer con todo el prestigio de su gloria y con sus mágicos destinos. Un acto mal interpretado permitió á la familia imperial revindicar la gloria póstuma tan vivamente reclamada por todos los franceses á los ojos de la Europa. Algunos dias despues de haberse votado la ley, creyó el general Bertrand deber remitir al rey Luis Felipe las armas é insignias del emperador que tenia en su poder, á fin de que fuese todo depositado en la iglesia de los Inválidos. Protestó el rey José contra aquel acto; otro tanto hizo el principe por medio de la carta siguiente:



Protesta del príncipe Luis Napoleon acerca de las armas del emperador.

Londres 9 de junio de 1840.

« Me adhiero desde el fondo de mi alma á la protesta de mi tio José: el general Bertrand al remitir las armas del gefe de mi familia al rey Luis Felipe, ha sido víctima de una deplorable ilusion, porqué la espada de Austerlitz no debe estar en poder de los enemigos, á fin de que en el dia del peligro pueda blandirse de nuevo por la gloria de la Francia. Que se nos prive de nuestra cara patria; quedénse en buen hora confiscados todos nuestros bienes; que solo se demuestre generosidad para con los muertos, sabremos sufrirlo sin quejarnos, con tal

que no se ataque nuestro honor; pero privar á los sucesores de Napoleon de la sola herencia que les dejó la suerte, y dar á uno de los interesados en la jornada de Waterloo las armas del vencido, es hacer traicion á los deberes mas sagrados; es obligar á los oprimidos á presentarse un dia delante de sus opresores y decidirles: — Devolvednos lo que nos habeis usurpado. — Luis Napoleon.»

¿Y era esto, como se pretendió suponer, el prológo de Boloña, ni demostraba aquella noble indignacion indicio alguno de que aquella alma próxima á desbordarse, estuviese dispuesta á luchar nuevamente con el destino? Solo vemos en ello uña justa cólera contra aquella familia entronizada que le perseguia sin cesar con sus ocultos manejos, y que habia sabido encontrar un medio para humillar, hasta en aquel honor dispensado, al gefe de la raza proscrita: Recuérdense sino cuantas calumnias, cuantas insinuaciones miserables precedieron á semejante acto; puede decirse que fué la gota de agua que hizo desbordar el vaso, el último golpe que decidió la desesperada empresa que no tardó en seguirle, como precisa consecuencia que era de aquella persecucion tan larga y tan habilmente urdida. Si el principe, por sus costumbres y natural actividad, se dedicaba á la equitacion y á la caza, noble pasion altamente aprobada en Inglaterra, era esta pasion considerada allende la Mancha como una puerilidad ridicula; el torneo de Egliutown, donde el príncipe alcanzó el premio señalado á la fuerza y la destreza, no fué mas que un vano alarde. En todos sus juegos y maneras, se descubria, segun sus enemigos, un síntoma irrecusable de vulgaridad y de mediania intelectual; cuanto mas se temia la vigorosa inteligencia del principe, tanto mas se procuraba disminuirla. Encontramos en aquella época á algunos de los personajes mas distinguidos de la aristocracia inglesa, de entre los muchos que cuenta en su seno, sin que en ninguno de ellos dejásemos de notar la indignacion que causaba á todos el oir en los salones oficiales y leer en la prensa asalariada, las increibles apreciaciones del hombre cuya distincion y mérito tenian tan conocidos. Particularmente un dia, aquel asombro se cambió en repugnancia y disgusto. Estalló en Londres un motin que no tuvo gravedad alguna; porque como en todas las circunstancias semejantes, la poblacion, interesada en el sosten del órden, apoyó á los ágentes de la autoridad. El príncipe, por demostrar una vez mas el horror que le inspiraba el desórden, ocupó un puesto en medio de aquellos nuevos soldados de la ley, lo que hizo que la prensa ministerial de Paris, prevaliéndose vergonzosamente de la ignorancia popular, afirmase que era el principe uno de los *agentes de la policia* de Londres. Era aquello esplotar habilmente una de las preocupaciones mas arraigadas en los franceses, por ser profundo el odio que tienen estos á todo agente encargado de proteger la seguridad pública. Por otra parte, sabiase que



la institucion de los *constables* representa en Inglaterra una especie de guardia nacional voluntaria que, en lugar de fusil, empuña el baston, pacífico instrumento de la ley; pero se podia sacar partido de la calumnia, y por esto se procuró echar mano de ella.

Que todos esos odiosos manejos conmoviesen profundamente el corazon del príncipe, es innegable; pero tambien seria injusto desconocer las probabilidades de buen éxito que tenia en aquel momento una nueva empresa.

Ya hemos dicho cual era en Francia el estado de los ánimos escitados por las causas políticas y sociales, asi como tambien por el entusiasmo de recuerdos imprudentemente evocados. Por una estraña casualidad, ocupaban las costas del Océano y de la Mancha los mismos regimientos que el príncipe habia logrado en Strasburgo atraer á su partido; solo le separaba de ellos el estrecho. Decidióse pues el príncipe por segunda vez á probar fortuna y á hacer un nuevo llamamiento á la Francia; resolviendo desembarcar en Bolonia, cuyo castillo contenia entonces unos quince mil fusiles: fué desde luego considerada aquella plaza como la primera etapa del movimiento. Daba el 40 de línea la guarnicion á los pueblos inmediatos, por lo que se hicieron confeccionar algunos unifòrmes de gefes con el número de aquel regimiento. Luego de haberse dado el golpe; debian dirigirse los insurrectos á una de las plazas fuertes del norte, y marchar sobre Paris tan pronto como lo permitiese el aumento de sus fuerzas; con dos ó tres ciudades que se sublevasen á su paso, era seguro y completo el triunfo del príncipe.

No pretendemos asegurar que pudiese por de pronto dar aquel plan el apetecido resultado; pero sí que estaba lejos de ser un delirio ó una locura su ejecucion, como quisieron suponer despues los partidarios del gobierno. El trono que se derrumbó siete años despues por su propio peso, sin tener un defensor, ni escitar una simpatía en su desgracia, prueba claramente que no era aquel plan una quimera. Solo se habia anticipado el príncipe á los acontecimientos: la hora no habia sonado aun.

En un momento estuvo dispuesto todo: estendiéronse algunas órdenes para que en caso de resultado, se pudiesen organizar sin demora las tropas y el paisanage sublevado; señaláronse ademas las etapas, requisas, mandos, y se redactaron las proclamas. Hé aquí las que lo fueron por el mismo príncipe:

« Franceses: ¡Los restos del emperador solo pueden entrar en una Francia regenerada, porque los manes del grande hombre no pueden ser manchados por impuros é hipócritas homenages! ¡Es preciso que la gloria y la libertad estén en pié junto al sarcófago de Napoleon! ¡Preciso es que hayan desaparecido antes los traidores á la patria!

¿Qué han hecho los hombres que os gobiernan por tener un derecho

á vuestro amor? Os prometieron la paz, y os dieron en cambio la guerra civil y la desastrosa guerra de Africa; os prometieron rebajar los impuestos, y todo el oro que poseeis no apagaria la hidrópica sed de su avaricia; os prometieron una administracion íntegra, y solo reinan por medio de la corrupcion; os prometieron la libertad, y solo protegen los privilegios y los abusos; se oponen á toda reforma, con lo que logran engendrar la arbitrariedad y la anarquía; han prometido la estabilidad, sin que nada hayan logrado establecer durante diez años; finalmente, prometieron defender con ardor y fé nuestro honor, nuestros derechos, nuestros intereses, y en todas partes han vendido nuestro honor y abandonado nuestros derechos. Tiempo es ya de que tenga fin su iniquidad; tiempo es ya de que nos presentemos á ellos, pidiéndoles que hicieron de aquella Francia tan grande, tan generosa y tan unánime en 1830.

Agricultores, os han hecho pagar durante la paz, impuestos mucho mas gravosos que los que exigia Napoleon durante la guerra.

Industriales y comerciantes, vuestros intereses han sido sacrificados á las exigencias estrangeras; hoy se emplea en corruptela todo el dinero que antes destinaba el emperador para alentar vuestros esfuerzos y enriqueceros.

Finalmente, vosotras todas, clases laboriosas y pobres, que sois en Francia el refugio de todos los sentimientos nobles, acordaos que era siempre en vuestras filas donde elegia Napoleon sus tenientes, sus mariscales, sus ministros, sus príncipes y sus amigos, apoyadme con vuestra cooperacion, y mostremos al mundo que ni vosotros ni yo hemos degenerado.

Tambien yo, como vosotros, creia que sin la revolucion podrian corregirse las malas influencias del poder, pero no conservo ya hoy esta esperanza: en diez años se han cambiado al menos diez ministerios; y aunque volviesen á cambiarse diez mas, los males y las miserias de la patria serian siempre los mismos.

Cuando se tiene el honor de estar al frente de un gran pueblo, hay siempre un medio infalible para hacer grandes cosas ¿sabeis cual es ese medio? La voluntad de hacerlas.

Solo reinan hoy en Francia la esclavitud y la licencia; por esto quiero restablecer el órden y la libertad; y rodeándome de todas las clases del pais sin distincion, y apoyándome en la voluntad y los intereses de las masas, levantar un edificio imperecedero.

Quiero procurar á la Francia alianzas verdaderas, una paz sólida, y no comprometerla nunca en los azares de una guerra general.

¡Franceses! Veo desplegarse ante mi el brillante porvenir de la patria. Noto tras mi la sombra del emperador que me empuja hácia adelante; solo me detendré despues de haberme apoderado de la espada de Aus-

terlitz, y de haber repuesto las águilas sobre nuestras banderas y el pueblo en el uso de sus derechos.—Firmado Napoleon.»

AL EJÉRCITO.

Soldados: La Francia está destinada á mandar, y sin embargo obedece; sois la flor del pueblo, y se os trata como un vil rebaño. Fuisteis llamados á proteger el honor nacional, y se os obliga á hacer armas contra vuestros hermanos; solo aspiran los que os gobiernan á envilecer la noble carrera de las armas. Ya que justamente indignados buscasteis una vez las águilas de Arcola, Austerlitz y Jena, aqui os las presento, tomadlas: por ellas alcanzareis gloria, honor, fortuna, y lo que vale aun mucho mas que todo esto, el reconocimiento y la estimacion de vuestros conciudadanos.

Soldados, vuestras aclamaciones cuando me puse en Strasburgo á vuestro frente, no se han apartado aun de mi memoria; asi como tampoco he podido nunca olvidar la pena que os causó mi derrota.

Entre vosotros y yo hay lazos indisolubles: tenemos los mismos odios y los mismos afectos, los mismos intereses y los mismos enemigos.

Soldados, la gran sombra del emperador Napoleon os habla por mi voz: procurad mientras atraviesa el Océano, arrojar del suelo de Francia á los traidores que os oprimen; demostradle á su llegada que sois los dignos hijos del grande ejército, y que habeis adoptado los sagrados emblemas que por espacio de cuarenta años hicieron temblar á los enemigos de la Francia, á cuyo número pertenecian los que os gobiernan hoy dia. ¡Soldados á las armas! ¡Viva la Francia! — Firmado: Napoleon.»

En otra proclama dirigida á los habitantes del *Pas de Calais*, se notataba esta frase:

« No me tengais por temerario, pues vengo á asegurar los destinos de la Francia y no á comprometerlos; cuento asi en el interior, con amigos poderosos que han prometido sostenerme.»

La soberania del pueblo quedaba esta vez tan asegurada, como lo habia sido cuando la espedicion de Strasburgo, por prevenir asi mismo un decreto la convocacion de un congreso nacional que debia elegir el pais.

Todo estaba ya dispuesto el dia 3 de agosto de 1840; se alquiló en Londres un buque de vapor, el *Castillo-de-Edimburgo*, partiendo el 5 la espedicion del puerto de Margate en direccion á Wimereux, pequeño puerto que dista legua y media de Bolonia. En la mañana del 6 se anunció al vapor que se hallaba aun á bastante distancia, que era imposible hacer un desembarco en la costa sin el ausilio de las lanchas. En breve

se vió separarse del buque una lancha llena de hombres que vestian el uniforme de línea; cuando se les llamó con la bocina contestó uno de ellos: « Somos del 40 de línea y nos dirigimos de Dunkerque á Cherburgo; pero nos vemos obligados á desembarcar por haberse roto una



de las ruedas del buque.» El primer cuidado de aquellos soldados al saltar en tierra, fué apoderarse de las armas de los aduaneros; luego hizo la lancha diferentes viajes de la playa al buque hasta haber desembarcado toda la fuerza que ascenderia á unos sesenta hombres.

Entre los que acompañaban al príncipe, muy pocos habia que estuviesen enterados del plan que iba á ponerse en obra; el respeto y la confianza que á todos inspiraba Luis Napoleon bastaba para que fuesen secundados sus proyectos sin ser conocidos. Figuraban entre ellos algunos personages á quienes hemos visto ya tomar parte en la espedicion de Strasburgo, tales eran los señores de Persigni, el comandante Parquin, y otros nuevos personages, cuyos nombres vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores.

Habia entre estos últimos el comandante Mesonau, el cual habia entrado en el servicio á la edad de diez y nueve años: nombrado capitan en 1809, rechazó á los ingleses junto á Flessinque. Habiendo sido hecho prisionero algun tiempo despues, fué destinado á pudrirse en los pontones, donde estuvo sufriendo durante cinco años los atroces tormentos á que condenaba á los prisioneros franceses aquella nacion civilizada, cuya legislacion filantrópica proteje con alarde los caballos, los perros y los gatos. El comandante Mesonau tuvo la gloria y el dolor de asistir á la derrota de Waterloo.

Era otro de los espedicionarios el coronel Voisin, nacido en 1779; hallábase en el servicio desde la edad de veinte años; habiase distin-

guido mucho en Austerlitz, Eylau y Friedland; tambien en Portugal, bajo el mando del general Junot, hizo prodigios de valor en Posabello, derrotando con escasas fuerzas un gran número de lanceros enemigos. En la campaña de Rusia recibió el coronel Voisin muchas heridas, hasta



que por último se le dejó por muerto sobre la nieve. Durante la invasion cargó con doce húsares á un batallon inglés de quinientas plazas, y logró ponerle en derrota; finalmente, cuando la suerte y los hombres abandonaron á Napoleon en su caida, le propuso Voisin acompañarle con dos regimientos hasta el ejército del Loire.

Habia finalmente el general Montholon jóven soldado de once años en 1793, héroe de Hohenlinder, donde recibió un sable de honor; fué herido en Jena, y se hizo de él mencion honorífica en la órden del dia, en Elsberg, Eckmühl y Wagram. Fué tambien uno de los que opuso á la invasion una resistencia mas enérgica: hizo armar este general la guardia nacional de Lión. Fiel compañero del emperador, asistió á la agonía del cautivo de Santa Elena, mereciéndole su destierro voluntario el inestimable patrimonio de que Napoleon le dedicase en su testamento esta frase:

« Montholon se me ha portado como un hijo. »

Tales eran los hombres que acompañaban al príncipe, dotados, como se vé, de corazon, cabeza y fuerte brazo; tales eran aquellos hombres, que la azorada corte quiso presentar como una turba de jóvenes locos que intentaban realizar un plan descabellado.

Se dirigió aquella pequeña fuerza hácia la columna imperial, marchando Lombard á su frente con la bandera francesa coronada por el águila: se saludó con la bandera al monumento napoleónico á los gritos de *viva el emperador*, dirigiéndose luego los sublevados hácia el cuartel de infanteria, ocupado por alguna fuerza del 42 de línea. Habia en este regimiento el teniente Aladenize, con cuya cooperacion se contaba, el cual en aquel mismo instante acababa de llegar de Saint-Omer para to-

mar parte en el movimiento; dió en seguida la órden de tocar llamada, y estaba ya el príncipe arengando á la tropa, cuando se presentó un capitan llamado Col-Puygellier. Dejemos á este oficial que refiera lo que entonces pasó, sin hacer nosotros mas que rectificar algunos hechos:

« Esta mañana, á las seis menos cuarto, ha llegado el señor Aladenize, teniente de cazadores del regimiento 42 de línea, y al entrar en el cuartel ha dicho al sargento primero Clement: « Vamos pronto, tomar las armas; que los granaderos y cazadores bajen desde luego. » Mientras que aquella fuerza bajaba, ha dicho que el príncipe Luis habia entrado con un numeroso estado mayor y unos cuarenta hombres armados que vestian el uniforme del 40 de línea. Luego el señor Aladenize ha hecho formar las dos compañías y ha llamado á los sargentos...

En aquel momento logró escaparse un granadero y vino á informarme de todo cuanto pasaba: acudí en seguida, pero al llegar á la puerta del cuartel, se arrojaron sobre mí algunos soldados y oficiales diciéndome: «Quedais preso» (habia entre ellos un coronel muy alto). En tal apuro tiré del sable y me defendí vigorosamente hasta llegar á la plaza interior del cuartel, donde estaba formada mi compañía; entonces se me presentó el príncipe Luis y me dijo: «Capitan, sed de los nuestros, y se os concederá todo cuanto podais apetecer, etc. A lo que contesté: « Seais ó no el príncipe Luis, no os reconozco; Napoleon, vuestro predecesor, abatió la legitimidad, por lo tanto, no podeis vos reclamarla en su nombre: evacúese inmediatamente el cuartel. »

Asi luchando de obra y de palabra logré acercarme hasta mis soldados, que al verme acudieron á mí, y rechazaron luego fuera de la puerta á aquel grupo enemigo. Todos los demas oficiales de la compañía estaban entonces á mi lado; mientras estaba yo dictando mis disposiciones, quiso el grupo entrar de nuevo y proponerme un parlamento pero sin querer oir ninguna proposicion, le indiqué que se retirase pues de otro modo estaba dispuesto á hacer uso de la fuerza. Como me dirigiese en particular al príncipe Luis, me tiró este un pistoletazo, cuya bala hirió á un granadero en la boca. Inmediatamente arrojé al grupo enemigo fuera del cuartel, y volví á cerrar la puerta... »

Lo que el capitan no pudo ver en medio de la general confusion, es que la pistola del príncipe se le habia disparado, á consecuencia de los bruscos movimientos que hacian aquellos hombres en su lucha empeñada casi cuerpo á cuerpo. Aquel incidente no podia ser mas fatal á la causa del príncipe; puesto que convirtió en enemigos á los soldados que habian de seguirle ó secundarle en aquel movimiento. El teniente Aladenize, al cual habia dado á conocer el príncipe sus intenciones con respecto á las eventualidades de una lucha, esclamó al oir el tiro: « Que no se derrame sangre, que no se comprometa, sobre todo, la vida del sol-

dado.» Aquel tiro involuntario, que el príncipe habria querido evitar á costa de su sangre, fué la señal de una derrota; luego se emprendió la retirada hácia la parte alta de la poblacion, dirigiéndose aquella escasa fuerza hácia el castillo. Pero el sub-perfecto estaba ya prevenido, y mandó cerrar inmediatamente la puerta: no quedaba ya á los espedicionarios otro recurso que reembarcarse lo mas pronto posible.

En tal apuro, tomaron el camino de la playa; al llegar la pequeña columna junto al monumento imperial hizo alto, por haber querido Lombard plantar al menos la bandera en su cúspide: entretanto calculaba el príncipe con dolor las consecuencias de semejante retirada. ¿No era preferible perder la libertad, y hasta la vida á esponerse por segunda vez al ridículo que sigue siempre en pos de la derrota? Abismado se hallaba aun en sus tristes reflecsiones, cuando se le suplicó que ordenase la retirada: «No, no, esclamó, partid y dejadme; he jurado morir en el suelo de Francia, y ha llegado la hora de cumplir mi juramento.» Preciso fué usar de la violencia y arrastrarle hasta la lancha, para arrancarle del sitio en que se hallaba.

Entretanto se habia reunido ya la guardia nacional, la brigada de gendarmería estaba sobre las armas, y se dirigian algunas compañias del 42 de línea hácia la costa á toda prisa; el príncipe fué colocado en la lancha, acompañándole el coronel Voisin, Mesonan y los señores de Persigni y de Hunin: los demás se arrojaron al mar, esperando alcanzar á nado el buque de vapor que estaria como á un cuarto de hora de la costa. La guardia nacional empezó hacer entonces fuego contra la láncha, pero lejos de contestar á el los espedicionarios, procuraron salir del peligro por medio de la fuga; asi que, se hizo el fuego cada vez mas nutrido, siendo al fin la lancha el blanco de todos los tiros. Atravesaron dos balas el vestido del príncipe; Faura cayó á su lado mortalmente herido, Hunin se ahogó, el coronel Voisin recibió tres heridas, y un polaco llamado Owenski, fué atravesado del hombro: muriendo mas tarde despues de la amputacion. Durante aquel fuego mortífero se volcó la lancha, habiendo sido hechos prisioneros todos los que habia en ella; cayó tambien el buque de vapor en poder de las tropas, que se apoderaron asi mismo de mil fusiles ingleses y demas petrechos de guerra. Los cincuenta y dos prisioneros hechos en aquella triste jornada fueron trasladados á la ciudadela de Bolonia, y luego á la fortaleza de Ham. Se dió en 9 de agosto una real órden en la que se prevenia que se convocáse la cámara de los pares, al objeto de conocer los acontecimientos de Bolonia, calificados de atentado contra la seguridad del Estado. La cámara de los pares se constituyó pues en alto tribunal á 18 de agosto, bajo la presidencia del canciller Pasquier.

Empezáronse los debates el dia 28 de setiembre de 1840: despues de

haber leido el fiscal la acusacion, tomó el príncipe la palabra y se espresó en estos términos:

« Por primera vez se me permite levantar la voz en Francia y hablar libremente á almas francesas. A pesar de las guardias que me rodean, á pesar de las acusaciones que acabo de oir, no me permiten los recuerdos de la infancia al verme en el senado, entre vosotros, á quienes conozco, señores, creer posible la defensa, ni mucho menos que podais vosotros ser mis jueces. Una ocasion se me presenta para manifestar á mis conciudadanos mi conducta, mis proyectos, lo que pienso y lo que quiero.

Sin orgullo, como sin debilidad, paso á recordar los derechos depositados por la nacion en mi familia, al único objeto de esplicar los deberes que esos derechos nos han impuesto á todos.

Cincuenta años ha que el principio de la soberanía popular fué consagrado en Francia por la revolucion mas poderosa que han visto los siglos; nunca la voluntad nacional fué proclamada tan solemnemente, ni espresada por sufragios tan numerosos y tan libres, como cuando fueron adoptadas las constituciones del imperio.

La nacion desde entonces no ha revocado nunca aquel grande acto de su soberania, y como dijo el emperador: « Todo lo que ha sido hecho sin su cooperacion es ilegítimo. »

Sin embargo, no vayais á creer que dejándome arrastrar por el esceso de una ambicion personal, haya querido intentar en Francia, á pesar de la opinion pública, una restauracion imperial; pues no me lo permiten ni mi educacion política, ni los nobles ejemplos que he tenido ocasion de admirar.

Nací de un padre que bajó del trono sin disgusto, el dia que no creyó posible conciliar con los intereses de la Francia, los intereses del pueblo que habia sido llamado á gobernar.

El emperador, mi tio, prefirió abdicar el imperio, antes que aceptar los tratados que limitaban las fronteras, y que habian de exponer á la Francia á sufrir las humillaciones y amenazas que le hace actualmente el estrangero. Ni un solo dia he llegado á olvidar semejantes lecciones. La proscripcion inmerecida y cruel, que arrastró mi vida desde las gradas del trono en que nací, hasta la cárcel de que salgo en este momento, no ha podido triunfar de mi corazon, ni hacerme olvidar un solo dia la dignidad, la gloria, los derechos y los intereses de la Francia. No es difícil esplicar mi conducta y mis convicciones.

Cuando en 1830 reconquistó el pueblo su soberania, creia, que al dia siguiente de la conquista seria leal como la conquista misma, y que quedarian los destinos de la Francia fijados para siempre; sin embargo, ya ha visto el pais las tristes consecuencias de los diez últimos años. Pensé que el voto de cuatro millones de habitantes que habia en-

cumbrado á mi familia, nos imponia al menos el deber de hacer un llamamiento á la nacion y consultar su voluntad; hasta creí, que si en el seno del congreso nacional que queria convocar, podian hacerse oir algunas pretensiones, tendria el derecho de evocar los brillantes recuerdos del imperio, y de hablar del hermano primogénito del emperador, de ese hombre virtuoso, que antes que yo, es su digno heredero, y de comparar la Francia de hoy, con la que ya no se cuenta por su debilidad en los congresos de los soberanos, con la Francia de entonces, tan fuerte en el interior, como era en el esterior poderosa y respetada. La nacion habria contestado entonces, si queria la república, la monarquía ó el imperio; resultando de su libre decision el término de nuestros males y de nuestras discordias.

Con respeto á mi empresa, lo repito; no he tenido ningun cómplice; nadie sabia de antemano cuales eran mis proyectos, mis recursos y mis esperanzas: solo á los ojos de mis amigos puedo parecer culpable, por no haber depositado en ellos la confianza á que les hacia acreedores su constancia y su lealtad. Pero ya que no me acusan de haber abusado imprudentemente de su valor y decision, deben comprender, sin duda los poderosos motivos que me impedian revelarles las fundadas esperanzas que tenia de un próximo triunfo.

Señores, yo represento aquí un principio, una causa, una derrota: el principio, es la soberanía del pueblo; la causa, la del imperio; la derrota, Waterloo. Vosotros habeis reconocido el principio, y habeis defendido la causa, ¿quereis ahora vengar la derrota? No, entre vosotros y yo no puede haber desacuerdo; yo no puedo ser condenado á sufrir las terribles consecuencias de la defeccion por otros cometida.

Representante de una causa política, no puedo aceptar como juez de mi voluntad y de mis actos una jurisdiccion política; vuestras fórmulas no deslumbran ya á nadie: en la cuestion presente no hay mas que un vencedor y un vencido. Si sois partidarios del vencedor, no puedo esperar que seais justos conmigo; aun cuando fueseis generosos, tampoco aceptaria vuestra generosidad.»

Aquel noble lenguaje y aquella dignidad tranquila empezaron á hacer arrepentir de su imprudencia, á los que acababan de procurar al príncipe una ocasion para manifestar en público su elevada inteligencia y su ardiente patriotismo. Cada vez que se le presentó el mismo medio, logró el príncipe aumentar su gloria; comprendiendose desde luego porque no se le habia juzgado la primera vez que cayó en poder del gobierno.

Procuróse destruir por medio de un interrogatorio hábil y perfidamente dirigido, el efecto producido por el discurso del príncipe. La calumnia, como siempre, volvió á ponerse en juego. Quisisteis sobornar

las tropas, pretendisteis dar muerte á un oficial francés, urdisteis en América numerosas intrigas, intentasteis reclutar partidarios entre las guarniciones para arrastrarles á la funesta senda de la rebelion; tales fueron las maliciosas insinuaciones contenidas en el interrogatorio del príncipe. Mientras no se trató mas que de él, contestó con una franqueza leal; pero cuando se trató de hacerle acusar á sus fieles amigos, supo emplear enérgicas palabras que confundieron á sus jueces. « Mi condescendencia, esclamó, ha llegado ya á su término; solo contestaré en lo sucesivo á aquellas preguntas, acerca de las cuales podria mi silencio perjudicar á mis coacusados. »

Estos, por su parte, demostraron tambien una energía y abnegacion dignas de todo encomio: ni uno hubo siquiera que se quejase al verse arrastrado en la caida del príncipe, ni ninguno que negase haber tomado parte en la espedicion.

No tardó en hacerse oir una voz elocuente, que como siempre, escitó la admiracion de cuantos la oyeron, tal fué la voz de Mr. Berryer:

« Señores, dijo el ilustre orador, he comprendido muy bien al procurador general cuando ha esclamado: ¡hé aquí un proceso triste y deplorable! Tambien yo puedo decir lo mismo, puesto que no he podido asistir á estos graves debates, sin entregarme á las mas tristes reflexiones.

¡Grande en efecto es la desgracia de un país, donde en tan pocos años se han operado tantas revoluciones sucesivas y violentas, derrocando á su vez los derechos proclamados, establecidos, jurados, y arraigando una aflictiva incertidumbre en los ánimos y en los corazones!

¡Como no ser así, cuando en el trascurso de la vida de un hombre, nos hemos visto sometidos á la república, al imperio, á la restauracion y á la monarquía del 7 de agosto; y todos esos grandes cambios, todos esos gobiernos tan rápidamente levantados unos sobre otros, se han efectuado sin menoscabo de la rectitud de las conciencias, de la dignidad del hombre, y hasta diré de la magestad de las leyes! »

Sin duda el elocuente defensor del príncipe estaba poseido de gloriosos recuerdos que le hacian amar una causa noble y desgraciada, puesto que hizo comprender con una fuerza de autoridad irresistible, que no podian de modo alguno los sectarios del gobierno casual de 1830, indignarse por ver atacada su dominacion transitoria. En un pueblo asi minado por revoluciones sucesivas, decia con razon el insigne orador, desgraciadamente sucede que los hombres que son considerados en él como facciosos, son por lo regular los que han conservado en su corazon la energía, la lealtad y el culto del derecho.

¿Qué habia hecho el príncipe? se habia presentado en territorio francés, y disputado con las armas en la mano la soberanía á la familia de

Orleans, se habia presentado á reclamar para su familia el derecho que tenia á aquella soberanía; haciendo todo aquello en virtud del mismo principio político en que descansaba el nuevo trono. Eran todos sus anteriores actos tanto mas disculpables, en cuanto no podia reconocer la soberanía nacional en aquellas revoluciones aisladas á las cámaras del mes de agosto de 1830, por no representar á la nacion. Luis Napoleon Bonaparte era un pretendiente, pero no un faccioso: sucesor de una causa vencida, intentaba de nuevo la lucha; así es que podia ser combatido; pero nadie tenia el derecho de juzgarle.

En prueba de ello véase como en el año 1836 se habia aplicado al príncipe este mismo principio, que es el que se acostumbra seguir con las familias destronadas; para estas solo debe haber política en lugar de justicia, porque en tales casos las fórmulas judiciales no podrian ser mas que una odiosa comedia.

Recordando luego el orador con su acostumbrada habilidad, las recientes manifestaciones que acababa de hacer el mismo gobierno en favor del imperio, aquellos grandes hechos de que tanto se hablaba, sobre todo en los últimos tiempos, la invocacion solemne de aquel que habia hecho brillar su espada victoriosa de uno á otro confin de Europa, el espíritu guerrero que anardecia cada vez mas todos los corazones, los restos sagrados del emperador revindicados en nombre de la Francia y el monumento que se levantaba al héroe nacional en las orillas del Sena, preguntó si debia estrañarse que despues de tantas demostraciones, se despertasen los sentimientos belicosos, por tanto tiempo reprimidos, en el corazon del jóven príncipe, sucesor de aquel gran nombre. ¿Por ventura un ministro del rey Luis Felipe no habia dicho en voz alta: «Fué Napoleon un soberano legítimo del pais?» ¿Que tenia pues de particular que el representante de aquella legitimidad popular hubiese dicho para sí: iré á presidir el duelo, depositaré estas armas venerandas sobra la tumba del emperador y luego dirigiéndome á la Francia, me reconoces, le diré, por su representante?

Notóse un estremecimiento general en todo el auditorio, y que coloraba el rubor algunos rostros, cuando pronunció M. Berryer estas palabras:

«Señores, hay un árbitro supremo entre el juez y el acusado, ¿sabeis cual es ese árbitro? la conciencia. Pues bien, quisiera que á la faz del pais me dijeseis, si en caso de triunfar el príncipe os habriais negado á reconocerle y habriais procurado rechazar su derecho. ¡Solo aquel de entre vosotros que con la mano puesta sobre el corazon pueda decir, habria reprobado su acto y negádome á reconocerle, puede ahora condenarle!...»

Sin embargo, la sentencia que habia de recaer contra el príncipe, es-

taba ya dada de antemano. Aquellos de entre los jueces que tanto habian incensado al tio, y que le habian jurado fidelidad eterna, procuraban con todo empeño evitar la importunidad de semejantes recuerdos, y Luis Napoleon Bonaparte fué condenado á reclusion perpétua en una de las fortalazas situadas en el continente del reino. Permítasenos perpetuar tambien aqui en honor de los demas acusados, defensores heróicos de un principio imperecedero, el recuerdo de su martirio.

Juan Bautista Aladenize, fué condenado á la pena de deportacion; Cárlos Tristan, conde de Montholon, Cárlos Parquin, Julio Lombard, Julio Gilberto Fialin de Persigni, á veinte años de prision; Juan Bautista Voisin, Juan Bautista Forestier y Napoleon Ornano á diez años; Eugenio Battaille, Hipólito Bouffet de Montauban y José Orsi, á cinco años, tambien de prision; quedando ademas todos ellos sujetos á la vigilancia de la autoridad durante su vida.

Enrique Conneau fué tambien condenado á cinco años de encierro; y Esteban Laborde á dos años, quedando sujetos ambos por cinco años á la vigilancia de la autoridad.

El principe, que no se habia opuesto á su defensa, no quiso sin embargo autorizar con su silencio la escepcion política interpuesta por M. Berryer en su favor, atendida su especial situacion de pretendiente. Asi que despues de la replica del procurador general, se levantó el principe y pronunció estas sencillas y nobles palabras:

« Al suplicar á M. Berryer que se sirviese esplicar aqui mis intenciones, tan mal interpretadas por algunos, asi como tambien los derechos que me asisten, he creido cumplir con un deber impuesto por mi nacimiento y mi familia. El señor Berryer ha llenado admirablemente mi propósito; pero ahora que solo se trata ya de mi suerte, no quiero ponerme al abrigo de escepcion alguna; unicamente deseo seguir la misma suerte de los que no me abandonaron el dia del peligro: suplico por lo tanto al señor Berryer que no continue estos debates. »

Con efecto, ¿podia el príncipe aceptar tales jueces? ¿Que necesidad tenia de un abogado, por mas ilustre que fuese, cuando no podia este hablar en nombre del derecho que Luis Napoleon habia jurado asistirle y sostenerle ante la Francia?

¡Situacion singular era en verdad la del principe, tanto en el proceso Layti, como en el de Bolonia! Nadie, ni aun su mismo abogado, creia deber reconocer en él aquellos titulos, en los que tenia Luis Napoleon Bonaparte una fé tan ardiente y tenaz. M. Michel (de Bourges) creyó, como es bien sabido, deber someter á una censura escrupulosa, lo que él llamó ilusiones del partido napoleónico, y habia pronunciado estas palabras, cuyo verdadero sentido era demostrar que la causa napoleónica estaba perdida, aun á sus propios ojos:

« Yo no estoy aqui sino para defender los principios, habia esclamado el jurisconsulto demócrata, si el príncipe volvia á turbar alguna vez la paz, seria el primero de encontrarme en su camino.» De este modo se veia el príncipe atacado hasta por aquel mismo que tenia obligacion de ampararle.

Reflexionemos aqui un momento, á fin de admirar mejor aquella energía de conviccion, aquella sublime obstinacion en el nuevo derecho, que iba asegurándose cada vez mas á pesar de todos los obstáculos, y que se refugiaba en lo porvenir, al ver que todo se conjuraba contra él en lo presente. A medida que de todas partes llueven sobre él los insultos, sin poder contar con ningun apoyo, se concentra, por decirlo asi, aquel principio en su propia fuerza, y espera.

¿Porqué tanta constancia en una idea? ¿Por qué tanta fé en el triunfo de un partido, cuando son hoy tantos, por desgracia, los principios y las ideas que se repelen y combaten? Porqué el partido napoleónico no tiene ninguno de los inconvenientes del absolutismo, á pesar de lo que quieren suponer maliciosamente algunos; porque tiene la conviccion intima de la inanicion del derecho aparente que gobierna; porqué, en fin nada le importa lo presente, poseyendo como posee el secreto de lo porvenir.





LA PRISION DE HAM.



UIEN lo creyera! Apenas oyó el ilustre cantivo pronunciar su fallo terrible, esclamó: «¡Tanto mejor, al menos así podré morir en Francia!» El 6 de octubre, á las cuatro de la tarde, se leyó oficialmente la sentencia al príncipe y á media noche estaba ya aguardándole un coche en la puerta de la Concerjería. Apenas hubo subido á él Luis Napoleon, cuando un coronel de la guardia municipal al frente de una numerosa escolta, se colocó en derredor del carruaje, que partió inmediatamente á escape, sin detenerse hasta llegar á las puertas de Ham.

Tal era la plaza fuerte que se eligió para el encierro perpétuo del príncipe.

El dia 7, á mediodía, entró el coche en el primer patio y como se hiciese constar en el archivo el nombre del príncipe y la sentencia que acababa de darse contra él, dijo este al escribano con la mayor sangre fria: « Señor, *perpétuo*, no es mas francés que *imposible.* »

El partido constitucional vió con sumo placer el resultado de aquel proceso; en prueba de ello anunció el *Diario de los Debates* la condena como si fuese un feliz acontecimiento, como habia anunciado mas de treinta años antes, el feliz natalicio de su alteza imperial Cárlos Luis Napoleon, « ese digno sucesor, decia entonces, del nombre del emperador, de sus sentimientos y de su grandeza.»

No se notaba que la prision de Ham iba á ceñir con una nueva aureola la frente de aquel que se creia que en lo sucesivo no debia ser ya temido.

Era aquella una antigua fortaleza, una triste bastilla ó cárcel de estado, elegida para destruir la energia natural del príncipe: desde lo alto de su torre sombría se fijaba la contristada vista en los insalubres pántanos del Somme; el aire estaba infestado por los miásmas que se levantaban del fondo de los hornagueros, y cuyo suelo negruzco y fangoso, podia mantener apenas algunos rebaños enfermizos.

A cada paso encontraba el sobrino del emperador en el antiguo castillo feudal, recuerdos gloriosos, análogos los mas de ellos á su triste situacion; puesto que en aquellos negruzcos torreones se habian visto tambien encerrados Cárlos el Simple, Luis XI y Condé; y habian tenido ocasion de contemplar allí todo el peso de su infortunio otras víctimas no menos inocentes, tales como Maria Antonieta y Miguel Ney. Tambien Felipe de Orleans habia empezado allí una espiacion terrible. ¡Considérese cuantas lágrimas habrian visto correr, y cuantos suspiros debian de haber sofocado aquellos frios y oscuros calabozos!

Felizmente el príncipe no se encontró allí solo, por haber seguido sus pasos la abnegacion y el sacrificio. El general Montholon, deseoso de continuar su noble papel de cortesano de la desgracia, y el doctor Conneau, que no habia podido olvidar las promesas hechas á la reina Hortensia en su lecho de muerte, obtuvieron la particular gracia de poder compartir con su príncipe aquella cárcel que resolvieron no abandonar, mientras gimiese en ella el ilustre cautivo. Tampoco Cárlos Thelin, fiel ayuda de cámara, quiso abandonar á su amo en la desgracia: habia entrado Thelin desde muy jóven á formar parte de la servidumbre de la emperatriz Josefina, y pasado mas tarde al servicio de la reina Hortensia, que al morir le encargó no se separase nunca de su hijo.

Asi rodeado de una amistad inalterable, tomó Luis Napoleon Bonaparte

posesion del calabozo que le señalaba la fortuna, interin iba disponiéndole un trono. Para convencernos de que nunca desmayó su valor ni se alteró en lo mas mínimo la fé profunda que tenia en lo porvenir, bastará leer la siguiente carta escrita á una noble dama inglesa que tuvo ocasion de conocer el príncipe en casa del conde de Orsay, uno de sus mejores amigos de Inglaterra. Al conde Barins fué debida la publicacion de este curioso documento que le habia sido confiado por el mismo conde de Orsay.

Ham, 13 de enero de 1841.

Milady: Hasta hoy no he recibido vuestra carta de primero del corriente, porqué como estaba escrita en inglés, ha sido preciso enviarla antes á Paris, á fin de que la leyese el ministerio.

Agradezco mucho vuestro buen recuerdo, y siento no hayan llegado á mis manos las cartas anteriores que me habeis escrito. Solo recibí de Gou House una del conde de Orsay, á la cual me apresuré á contestar cuando me hallaba en la Conserjería; me es muy sensible el que haya sido interceptada, porque le manifestaba en ella mi gratitud por el interes que tomaba en mis desgracias. No os hablaré de lo mucho que he sufrido, porque vuestra alma poética y vuestro noble corazon han adivinado ya todo lo que tiene de cruel una posicion, en la que es ilimitado el ataque, y está prohibida la defensa. En este caso, el solo consuelo que nos queda contra todas las calumnias y contra los rigores de la suerte, es oir en el fondo del corazon una voz que nos absuelve, asi como lo es tambien, el recibir testimonios de simpatia de parte de esas naturalezas escepcionales, que como vos, señora, se diferencian de la generalidad por la elevacion de sus sentimientos, por la independencia de su carácter, y no hacen depender su afecto y su juicio de los caprichos de la fortuna y de la fatalidad de la suerte.

Hace tres meses que estoy en el castillo de Ham con el general Montholon y el doctor Conneau; me está prohibida toda comunicacion con el esterior: nadie ha podido lograr todavía el permiso para visitarme en mi encierro. Os enviaré uno de estos dias la vista de la ciudadela, que he copiado de una pequeña litografia; ya comprendereis que he tenido que apelar á la copia, por no permitirme hacer otra cosa lo poco que conozco el esterior.

Mi pensamiento recorre á menudo los lugares que habitais; siempre recordaré con placer los momentos que he pasado en vuestra amable sociedad, que contínua embelleciendo el conde de Orsay con su buen humor espiritual y franco. Con todo, no deseo salir del punto en que me encuentro, por ocupar aqui el puesto que me corresponde: *atendido el nombre que llevo, solo me corresponde la oscuridad de un calabozo, ó la luz del poder.*

Si os dignais, señora, escribirme algunas veces y darme detalles de la sociedad de Londres y de un pais en el que he sido demasiado feliz por no amar, me dispensareis un gran favor, etc, etc. — Napoleon Luis. »

Singular fué el espectáculo que ofreció la Francia durante los últimos meses del año 1840. Lo pasado se levantó de repente ante lo presente como una acusacion terrible: ¡amarga irrision de la suerte! Mientras que el cuerpo del Emperador arrancado al fin de su largo destierro, llegaba de Santa Elena; mientras que el espíritu público, conmovido hasta en lo mas íntimo, estallaba con unanimidad singular en el mas vivo entusiasmo y se entregaba á sus patrióticos recuerdos; mientras que una nacion entera con la cabeza descubierta y la rodilla doblada, recibia los restos queridos del glorioso capitan, el sobrino, el heredero de aquella gloria, de aquel derecho, respiraba en la misma nacion el aire infecto de un calabozo.

Este contraste hirió vivamente á todos los que habian tenido el honor de conocer, y por consiguiente de amar al príncipe; uno de los hombres mas notables de entre los que gozaban de la intimidad de su alteza, el conde de Orsay, aquel francés que fué por tanto tiempo en Inglaterra un modelo de finura y de buen gusto, esclamó en aquella ocasion: « Ya que Luis Felipe va á colocar la primera piedra del sepulcro de Napoleon, ¿por qué no toma la que cierra la puerta del castillo de Ham?»

Pero si los nobles corazones reclamaban de la monarquía triunfante un resto de generosidad que nunca supo encontrar en su corazon, no cesaba el príncipe de suplicar á sus amigos que se abstuviesen de hacer toda demostracion que pudiese ser considerada como una súplica, porque se consideraba como vencido, no como prisionero legalmente condenado. Luego en su concepto, no podia el gobierno hacerle ninguna gracia; asi, que, fué uno de los actos mas penosos para el príncipe la determinacion tomada en aquel sentido por un periódico, órgano ó intérprete fiel de los sentimientos de un hombre, único que estaba en el derecho, y hasta en el deber de hacerlo. El pobre padre del príncipe, estenuado por el sufrimiento, no habia podido comprender desde su retiro de Italia las empresas caballerescas de su hijo. En su justo dolor, escribió pues la siguiente carta, en la que se notan á la vez la falta de datos debida á la distancia y al retraimiento de la política, y sobre todo, la debilidad física y moral de ex-rey de Holanda.

« Señor: Permitidme os suplique que accepteis la declaracion siguiente:

Sé que es medio singular y poco conveniente el de recurrir á la publicidad; pero cuando un padre afligido, anciano, enfermo y legalmente expatriado, no puede acudir de otro modo al socorro de su hijo infeliz,

semejante medio ha de ser necesariamente aprobado por cuantos conozcan el amor paternal.

Convencido de que mi hijo Napoleon Luis, ha caido por tercera vez en un espantoso lazo, en una asechanza terrible, por ser imposible que un hombre que no carezca de medios y de recto sentido, haya podido caer animado de esperanza y de fé en semejante precipicio, diré que si es culpable lo son aun mucho mas los que le han seducido y estraviado.

Declaro ante todo con horror, que la injuria que se ha hecho á mi hijo, al encerrarle en el calabozo de un asesino, es una crueldad monstruosa, anti-francesa, y un ultraje tan vil como insidioso.

Como padre profundamente afligido, como buen francés aleccionado por treinta años de destierro, como hermano, y si me atrevo á decirlo, como discípulo de aquel á cuya memoria se levantan estátuas, recomiendo mi hijo estraviado y seducido á sus jueces y á todos los que sienten latir en su pecho un corazon francés, un corazon de padre. Vuestro.— Luis de Saint Leu.— Florencia, 24 de agosto de 1840.

Esta carta, digamoslo de una vez, no podia ser desaprobada por un hijo respetuoso; sobre todo, no empeñando en nada la dignidad personal del príncipe.

¡Terrible espectáculo era el que ofrecia el sucesor del imperio, sumido en una cárcel de Estado como un criminal, mientras que su predecesor en el trono popular, penetraba en la iglesia de los Inválidos, al estampido del cañon, y en medio de universales aclamaciones. Vióse entonces á aquellos viejos cortesanos del infortunio, á aquellos restos de la época heróica, los Bertrand, los Gourgaud, los Molitor, arrodillarse ante lo que quedaba de su dueño, y como si dijesen: Señor, ya puedes ahora llamarnos á tí. *¡Nunc dimittis!* Si bien les acompañaba en su justo dolor un pueblo entero, empezaban no obstante los políticos de la situacion á arrepentirse de haber removido aquellas ardientes cenizas, por empezar ya á aterrarles la sombra que acababan de llamar en medio de ellos. Es el primero y el *último* de su raza, esclamaba un astuto cortesano de la nueva monarquia. Todas las miradas se fijaban con ansiedad en el castillo de Ham, temiendo sin duda que se levantase del fondo de sus calabozos una voz terrible para reclamar aquella herencia de que sin pudor se apoderaban sus mas encarnizados enemigos.

Una nueva deshonra vino á aumentar aun el número de tantas deshonras. En el momento, en que aquella gloria póstuma se levantaba de su sepulcro para presentarse á los ojos de la antigua Francia conquistadora y soberana, una nueva Francia, la Francia de 1830, veia palidecer los colores de su enseña ante la bandera de Inglaterra. El cañon de Beyruth proclamaba á la faz del mundo en Siria, la deshonra francesa, y la patria del capitan del siglo, sufria resignada la nueva humilla-

cion impuesta por las potencias enemigas que firmáran contra ella la Santa Alianza. ¡Napoleon acababa de entrar en un pais deshonrado!

¿Como no negarse Luis Napoleon Bonaparte á hacer gestion alguna que tendiese á abreviar su cautiverio, cuando aquellos de quienes habria debido aceptar una gracia, empañaban de aquel modo la gloria de su nacion y la memoria del hombre cuyos restos acababan de serles confiados por el capricho de la suerte?

Hé aquí lo que escribia mas tarde el príncipe, cuando pesaban ya sobre él dos años de cautiverio y de amargura:

Castillo de Ham, 18 de abril de 1843.

« Me decis que se habla mucho en Paris de una amnistía y me pedís os diga cual es la impresion que produce en mí semejente noticia, así pues, voy á contestar francamente á vuestra pregunta.

Si mañana se me abriesen de par en par las puertas de mi cárcel y se me dijese:

« Sois libre, venid, como ciudadano, á sentaros con nosotros en el hogar nacional, porque la Francia no repele ya de su seno á ninguno de sus hijos, os confieso que sentiria mi alma un verdadero goce; pero si, al contrario, venia á ofrecérseme que cambiase mi posicion actual por el destierro, rechazaria semejante proposicion, porque seria á mis ojos un aumento de pena. Prefiero ser cautivo en el suelo francés, á ser libre en pais estrangero

Además, se lo que vale una amnistía dada por el gobierno actual; siete años ha, ó sea despues de los acontecimientos de Strasburgo, que se me presentaron de noche las autoridades y me arrancaron del poder de la justicia, sin atender á mis protestas, y hasta sin darme tiempo para tomar los vestidos mas necesarios, conduciéndoseme á dos mil leguas de Europa. Despues de haber sido considerado como prisionero hasta la rada de Rio-Janeiro, se me condujo libre á los Estados Unidos; pero como recibiese en Nueva-Yorck la noticia de la grave enfermedad de mi madre, regresé inmediatamente á Inglaterra. No fué poca mi sorpresa cuando ví al llegar que me estaban cerradas todas las puertas del continente á instancias del gobierno francés; pero mi indignacion subió de punto al saber que por impedirme que fuese á cerrar los ojos de mi madre moribunda, se habia hecho esparcir la calumnia, durante mi ausencia, de que habia prometido no regresar á Europa.

Burlando entonces la policia de los Estados alemanes, logré penetrar en Suiza, y asistir al espectáculo mas desgarrador para el corazon de un hijo. Apenas acababa de cerrarse el sepulcro de mi madre, cuando el gobierno francés trató ya de hacerme arrojar del suelo hospitalario, á pesar de mi doble carácter de propietario y ciudadano. El pueblo suizo

supo sostener sus derechos y se negó á espulsarme ; pero queriendo evitar complicaciones sin número y hasta una coalision, abandoné voluntariamente, aunque no sin un vivo dolor, aquellos pacíficos lugares, á los que mi madre veinte años antes trasladára sus penates franceses, en los que, yo, de niño me habia convertido en hombre; y finalmente, en los que contaba con bastantes amigos, por creer, á veces, que me hallaba en mi propio pais.— Hé aquí los efectos que produjo con respecto á mí, la violenta amnistía del gobierno. ¿Creeis ahora si puedo desear otra segunda amnistía?

Despues de veinte y cinco años de destierro, y de haberme visto dos veces por mi mala suerte en poder de mis enemigos, conozco todas las vicisitudes y amarguras de esta vida; por lo tanto, puedo aseguraros, que desvanecidas ya las ilusiones de mi juventud, encuentro en el aire natal que respiro, en el estudio y en el reposo de mi cárcel, un encanto que nunca esperimenté en medio de los placeres que me ofrecian los pueblos estrangeros, en los que aunque vencido, bebia en la misma copa que tantas veces apagó la sed del vencedor de Waterloo.— En una palabra, si se me hacia alguna proposicion en aquel sentido, repetiria lo que dije en la cámara de pares, á saber: «¡No acepto vuestra generosidad, porque sé que suele costar muy cara!»— Recibid, etc.— Firmado Napoleon Luis Bonaparte.»

Algunos meses despues el *Journal du Loiret* dirigia al cautivo de Ham esta pregunta: «¿Que hariais si se os abriesen las puertas de vuestra cárcel, y se levantase el destierro que pesa sobre toda vuestra familia?»

El príncipe contestó con la carta siguiente:

«Castillo de Ham, 21 de octubre de 1843.

Muy señor mio: Contesto sin vacilar á la pregunta benévola que me habeis dirigido.

Nunca he creido, nunca creeré que sea la Francia patrimonio de un hombre ó de una familia; jamás he invocado otros derechos que los de ciudadano francés, ni jamás abrigaré otro deseo, que el de ver al pueblo entero, con legalidad convocado, elegir libremente la forma de gobierno que mas le convenga.

Descendiente de una familia que debió su encumbramiento al sufragio de la nacion, creeria faltar á mi orígen, á mi naturaleza, y lo que es mas, al sentido comun, sino admitia la soberanía del pueblo como base fundamental de toda organizacion política. Todas mis acciones y palabras anteriores están en perfecta armonía con esta opinion; sino se me ha comprendido es porqué no se hace una esplicacion de las derrotas, y solo se procura condenarlas.

Es verdad que reclamé el primer puesto; pero fué con la espada en la mano empeñando una lucha legal. Tenia una grande ambicion que era altamente patriótica, la ambicion de reunir en derredor de mi nombre plebeyo todos los partidarios de la soberanía nacional, y todos los que deseaban la gloria y la libertad. Si se han frustrado mis planes ¿puede odiarme por ello el partido democrático, ni intentar castigarme la Francia.?

Creed, señor, que cualquiera que sea la suerte que el porvenir me reserve, nadie podrá decir, que durante el destierro ó el cautiverio, *no haya aprendido ni olvidado.*

Recibid la seguridad de mis sentimientos de estimacion y simpatía.— Luis Napoleon Bonaparte. »

Fué un triste, pero el mismo tiempo instructivo estudio para el príncipe, los sufrimientos que le fueron impuestos en su cárcel de Ham. Un hombre de talento y de un gran corazon, M. Briffault, nos hizo una relacion de ellos, en vista de los documentos que le procuró el mismo príncipe. Como el escritor comunicase mas tarde á Luis Napoleon, entonces en Londres, su intento de publicar la historia de su cautiverio, remitióle el príncipe todos los informes necesarios y la siguiente carta:

Londres, 20 de julio de 1846.

Muy señor mio: Adjuntos van los documentos que os prometi, por haberos parecido que podián ser de algun interés. Os doy gracias por vuestros deseos de rectificar con la sencilla relacion de los hechos, las falsas opiniones que existen contra mi. Una exposicion sencilla y exacta de todo cuanto me ha acontecido evitando toda tendencia política y todo panegírico, puede serme de mucha utilidad en las presentes circunstancias; quizás de este modo se interesará en mi favor á la fria diplomacia, y podrán vencerse los obstáculos que me impiden ir á cerrar los ojos de mi anciano padre.

Recibid, señor, anticipadamente la espresion de mi gratitud y la seguridad de mi efecto. — Napoleon Luis Bonaparte.»

« La paciencia del prisionero, dice M. Briffault, estaba puesta á contínuas pruebas por las vejaciones imprevistas que iban siempre en aumento. Si se paseaba algunas veces, eran numerosos los centinelas que se colocaban asi en el interior como en el esterior de la fortaleza, en cada grada de la escalera y hasta en la puerta de la misma habitacion á pesar de no poder recorrer el príncipe mas que un espacio de 40 piés de largo, sobre unos 20 de ancho; y aun á pesar de todas estas precauciones, seguia todos sus pasos un carcelero, como si fuese su propia sombra. »

Prohibíase al fiel Thelin, á pesar de no ser considerado como prisionero, que saliese al objeto de procurarse las provisiones necesarias.

M. Briffault continua su relacion de este modo:

« Los soldados tenian la órden de no hacer al príncipe los honores militares; pero debemos decir en su obsequio, que no se olvidaban nunca de presentarle las armas, siendo mas poderoso en ellos el recuerdo del imperio, que el temor del arresto á que se esponian.

Solo despues de muchas reclamaciones é instancias oficiales, y de haberse probado que era la equitacion un precepto hijiénico indispensable para la salud del príncipe, pudo lograrse que le permitiese el gobierno entregarse á aquel acostumbrado ejércicio. Pero fué preciso someterse á la condicion de permanecer en el estrecho recinto del mal empedrado patio del castillo, en presencia de toda la guarnicion y de los habitantes de la ciudad, que atraidos por la curiosidad, se agolpaban en las troneras de la muralla esterior. Fácil será comprender, que no tardó el príncipe en disgustarse de semejantes paseos, viéndose obligado á renunciar á su ejércicio favorito.

Para llegar á él, era preciso tener una órden por escrito del ministro del interior, cuya órden era tan solo muy raramente concedida; ni aun la firma del ministro era bastante, puesto que el gobernador de la fortaleza no podia admitir la órden, sin que hubiese en ella una contraseña del comisario de policía. Este agente de vigilancia ignoró infinitos ofrecimientos que se hicieron al príncipe para procurarle medios de evasion: pero en cambio, su perspicacia creyó descubrir un plan de fuga en la instancia presentada por un capitan americano, al objeto de ver al príncipe para comunicarle un mensaje del gobierno de Nicaragua, relativo á la proyectada abertura del istmo de Panamá.»

La vigilancia y las medidas de rigor iban siempre en aumento. Finalmente, apuróse á los nueve meses la paciencia del príncipe, que creyó no deber guardar por mas tiempo un silencio que solo contribuia á aumentar mas sus privaciones. Hé aqui la protesta que dirigió á sus verdugos:

«Ciudadela de Ham, 22 de mayo de 1844.

Durante los nueve meses que hace caí en poder del gobierno francés, me he sometido con paciencia á indignos tratamientos de toda clase; pero no quiero guardar por mas tiempo un silencio que podria ser considerado como una adhesion á las medidas opresivas de que soy objeto. Mi posicion debe ser considerada bajo dos puntos de vista, uno moral y otro legal; en cuanto al primero, el gobierno, que ha reconocido la legitimidad del gefe de mi familia, está obligado de hecho, á reconocerme como príncipe y á tratarme como tal.

La política tiene derechos que no pretendo discutir; asi pues, que el gobierno me trate como enemigo, que me prive de los medios de hos-

tilizarle, estará en su derecho y no podré quejarme; pero será al mismo tiempo su conducta inconsecuente si me trata como un prisionero ordinario, porqué soy hijo de un rey, sobrino de un emperador, y estoy unido por los lazos de la sangre con casi todos los soberanos de Europa.

Al recordar mi parentesco con las potencias estrangeras, sé muy bien que nunca han protegido al vencido, y que no hay lazos que no rompa la desgracia, pero el gobierno francés deberia reconocer el principio que me ha hecho lo que soy, y á cuyo mismo principio debe él, como gobierno, su existencia. La soberánia del pueblo hizo á mi tio emperador, á mi padre rey y á mi príncipe, francés desde el nacer; ¿no tengo pues derecho al respeto y á los miramientos de todos aquellos que tengan en alguna consideracion la voz de un gran pueblo, la gloria y la desgracia?

Si por primera vez de mi vida, me apoyo en la casualidad que presidió á mi nacimiento, es por serme preciso el orgullo en mi posicion, y por haber pagado los antiguos favores de la suerte al precio de veinte y siete años de amarguras y de contínuos sufrimientos.

Por lo que toca á mi posicion legal, la cámara de los pares ha creado para mi una pena escepcional. Al condenarme á encierro perpétuo, no se ha hecho mas que legalizar el decreto del destino que ha querido fuese prisionero de guerra: se ha querido suavizar el rigor de la política por medio de la humanidad, y asi es, que se me ha impuesto la pena menos dura por el mayor tiempo posible.

Pero en su aplicacion ha ido el gobierno mas lejos, pues ha sobrepujado las intenciones que me complazco en atribuir á mis jueces. Acostumbrado desde mi juventud á una vida sencilla, no me quejo de la medianía impropia en que se me ha colocado; pero si me quejo de ser víctima de medidas opresivas que ninguna relacion tienen con la seguridad y vigilancia de mi persona.

Durante los primeros meses de mi cautiverio, se me prohibió toda comunicacion con el esterior, y hasta en mi propia cárcel me veia condenado á un aislamiento completo. Desde que algunas personas han logrado la autorizacion competente para poder visitarme, inútiles son ya todas aquellas medidas restrictivas respecto del interior; no obstante, desde el momento que no han tenido objeto, he visto con sorpresa que se aumentaba aun su rigor.

Todo lo concerniente á mi uso personal, está sometido cada dia al mas riguroso exámen.

El celo de mi único y fiel servidor, al que se ha permitido seguirme, tiene que vencer cada vez mas obstáculos. Es tal el sistema de terror que se ha adoptado con la guarnicion y los empleados del castillo, que na-

die se atreve á mirarme; únicamente los que hay dotados de mas valor, se atreven á cumplir alguna vez con lo que la educacion prescribe.

¿Como no ser asi, cuando una simple mirada es considerada como un crímen, y cuando los que quisiesen endulzar mi posicion sin faltar á su deber, se verian denunciados, como ha sucedido algunas veces, y se les amenazaria con quitarles el destino? En medio de esa Francia, convertida por mi tio en el primer pueblo de la tierra, me veo tratado como lo era un escomulgado en el siglo XIII. ¡Todos huyen de mí como si temiesen mi contacto, como si fuese mi aliento emponzoñado!

Esta atroz inquisicion que me persigue hasta en mi cuarto, que se une á mis pasos cuando voy á respirar el aire en uno de los ángulos del castillo, no se limita á asegurarse de mi persona, sino que hasta pretende dominar y leer mis pensamientos. Las efusiones de mi corazon en las cartas que dirijo á mi familia, son sometidas al mas severo registro, y si hay alguien que me escriba demostrándome una verdadera simpatía, la carta es interceptada, y se vé sú autor denunciado al gobierno.

Por una infinidad de medios, que seria prolijo enumerar, se procura hacerme sentir mi cautiverio á cada minuto', y hacer llegar á mis oidos este grito incesante y terrible. ¡Ay del vencido!

Es digno de notarse que ninguna de las medidas de que hablo, fué anteriormente adoptada respecto de los ministros de Cárlos X, cuya triste habitacion ocupo hoy dia; y sin embargo, aquellos ministros no habian nacido en las gradas del trono; no habian sido condenados á un simple encierro, antes al contrario, parecia estarles reservada una sentencia mucho mas rigurosa; y finalmente, no representaban una causa que la Francia circunda con una aureola de veneracion.

El tratamiento que sufro es pues á la vez injusto, ilegal é inhumano.

Si se cree vencer de este modo mi constancia, sepan, los que tal piensan, que se engañan miserablemente; porque no es el ultraje, y si la benevolencia, la que subyuga á los corazones que saben sufrir.— Firmado — Napoleon Luis Bonaparte.

Esta protesta hizo que se suavizasen al menos algunos rigores, y que el gobierno tuviese mas presente el recuerdo de una dignidad olvidada por él hasta entonces. El príncipe continuó entregado á sus estudios. «Libre ya, decia, de todas las ilusiones de la juventud, encuentro en el aire natal, en mis estudios, en mis trabajos y en la calma de mi prision, un encanto indefinible que nunca me habian procurado los placeres y la libertad, mientras pude gozarlos en pais estrangero.»

Entretanto proseguia el prisionero sus trabajos literarios con incesante anhelo: preocupado, antes que otros muchos reformadores estériles, por resolver el vasto problema presentado á la sociedad moderna, ó sea, el modo de mejorar la condicion de la clase proletaria y

la libertad de trabajo, escribia el príncipe, aquella hermosa obra titulada « Extincion del pauperismo » en la cual los enemigos espertos, ó lo que es peor aun, los amigos necios, quisieron ver una defensa enérgica del socialismo. Ya tendremos ocasion de examinar aquella obra notable, procurando hacer notar en cada línea el principio de autoridad felizmente hermanado con los elementos esenciales de la libertad y de la igualdad modernas.



Aquella mirada investigadora y profunda que penetró hasta en lo mas recóndito de las necesidades de los pueblos, lanzada en una época en que la política oficial gastaba sus fuerzas en intrigas parlamentarias ó en concesiones humillantes, fué apreciada en su justo valor por la clase ante la cual presentaba nuevos horizontes con el poder de su genio. Un número bastante considerable de operarios impresores ó cajistas de Paris, escribió al príncipe esta carta, tan honrosa para aquel á quien iba dirigida, como para sus autores:

« PRINCIPE:

Os ocupais en vuestra prision, de los sufrimientos del pueblo y de su porvenir, objeto digno de vuestra atencion benévola, pues ya sabeis que en sus filas se han refugiado los sentimientos que hicieron á la Francia un dia grande y gloriosa. El escrito notable que acabais de publicar sobre el *pauperismo*, ha escitado vivamente nuestra gratitud; en nombre pues de toda la clase obrera, os damos gracias por vuestro ardiente anhelo y por el talento con que os dedicais á procurarle su bienestar. El emperador era nuestro rey y nos amaba sinceramente; esto os dirá lo felices que nos creemos hoy al ver que continua su sobrino profesándonos el mismo afecto.

Creedlo, príncipe, con el mayor dolor os vemos sepultado en Francia en el fondo de una ciudadela, y hacemos los mas ardientes votos



[illegible]





Luis Napoleon en Ham.


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA DE SEVILLA

para que os sea restituida la libertad junto con todos vuestos derechos de ciudadano francés. ¡ Pueda este testimonio de simpatía mitigar la tristeza de vuestra prision, y recordaros alguna vez que hay en torno vuestro compatriotas que admiran vuestro valor, que estiman vuestro carácter y que ven en vos al sobrino de aquel que fué emperador del pueblo!

Príncipe, tenemos el honor de ser con el mas profundo respeto vuestros muy humildes y respetuosos servidores.»

Hé aquí la contestacion del príncipe, dirigida al señor Castille, impresor, de Paris.

« Castillo de Ham, 14 de octubre de 1844.

Muy señor mio: Mucho me ha conmovido la carta que me habeis escrito en nombre de algunas personas de la clase obrera; y me complazco mucho en pensar que algunos de mis conciudadanos saben hacer justicia al patriotismo de mis intenciones.

Un testimonio de simpatía de parte de algunos hombres del pueblo, me parece cien veces mas precioso que esas adulaciones oficiales que prodigan á los poderosos los partidarios de todos los sistemas; por esto procuraré merecer siempre sus elogios y trabajar en el interés de esa inmensa mayoría del pueblo francés que no tiene hoy ni derechos políticos, ni bienestar alguno asegurado, cualquiera que sea el reconocido orígen de todos los derechos y de todas las riquezas.

Compañero de los desgraciados sargentos de La Rochela, debeis comprender fácilmente cuales son mis opiniones, y cuales mis sentimientos, puesto que habeis sufrido por la misma causa que yo; así, que, con el mayor placer os súplico seais, cerca de las personas que firmaron la carta que me habeis dirigido, el intérprete de mis sentimientos de gratitud; y recibid, señor, la seguridad de mi estimacion y simpatía.—Firmado, Napoleon Luis.»

Y no era únicamente con inteligentes representantes del trabajo que estaba de este modo el príncipe conforme en ideas y sentimientos generosos, si que tambien con casi todos los escritores de la época. El lector, verá pues con gusto, entre muchas otras que podríamos reproducir, las cartas, siguientes, de Jorge Sand, Beranger y Chateaubriand, tres de los escritores mas ilustres de Francia.

Carta de Jorge Sand.

« Príncipe: os agradezco infinito el recuerdo benévolo con que me habeis honrado, dirigiéndome, junto con una carta, inestimable para mí, vuestro noble y digno trabajo sobre la extincion del pauperismo. Con toda la ingenuidad de mi corazon os manifiesto haber estudiado

con el mas vivo interés vuestro proyecto, habiéndome sorprendido en él agradablemente la justa apreciacion de nuestras desgracias, y sobre todo, el generoso deseo con que procurais alcanzar su remedio. En cuanto á apreciar los medios de su realizacion, prescindiré por ahora de esta tarea por no tener que engolfarme en el campo de las controversias, sobre todo, cuando estoy seguro, de que por vuestra parte, sabriais en caso dado, hacer algunas concesiones. Respecto de la aplicacion, solo despues de haber dado mano á la obra, puede uno estar seguro de no haberse engañado; á mas de que, corresponde á toda vasta inteligencia perfeccionar los planes en el momento de ejecutarlos.

Pero la ejecucion, príncipe, ¿á qué manos la confiará el porvenir? No tomeis á mal la pregunta que os hago, ni la atribuyais de modo alguno á falta de respeto; pensad por el contrario, que hay vivas simpatías que á vèces nos autorizan ó nos dan el derecho de hacerlas.

No sé si tiene aduladores vuestro infortunio; solo se que merece tener amigos verdaderos. Creed que los esforzados corazones necesitan hoy mas valor por deciros la verdad, del que necesitarian por hacerlo si hubieseis triunfado: ya sabeis que nosotros, los demócratas, tenemos la costumbre de desafiar á los poderosos, cualquiera que sea el peligro que hayamos de arrostrar; pero desaparece nuestra bravura delante de un héroe cautivo y de un guerrero encadenado. Agradecednos al menos, vos que comprendeis nuestros sentimientos, el que deseemos evitar las seducciones que vuestro carácter, vuestra inteligencia y vuestra situacion nos presentan, y el que así os manifestemos la sinceridad de nuestra conciencia. Jamás reconocerémos otro soberano que el pueblo, porque la soberania de todos, será para nosotros preferible siempre á la de uno solo; sin que ningun milagro, ninguna personificacion del genio popular en uno solo, nos pruebe nunca el derecho absoluto. Pero vos ya lo sabeis, y lo sabiais tambien quizás al dirigiros á Francia; por nuestra parte os dirémos, que para el caso de haber tenido que ser conquistados, habríamos preferido á cualquiera otra una conquista que habria podido ser considerada como un libramiento. Sin embargo, no teníamos de vos pruebas bastantes, y no sabiais aun, que los hombres por mucho tiempo engañados y oprimidos, no abren en un dia su corazon á la confianza; de modo, que la pureza de vuestras intenciones habria sido desconocida, sin que os hubiese sido posible sentaros en medio de nosotros antes de habernos combatido y sojuzgado. Tal es la inflexibilidad de las leyes que impulsaban á la Francia hácia su objeto, que ni aun vos, hombre escogido, teniais la mision de arrancarnos ó preservarnos de un poder tiránico. ¡Ah! debe este idea seros tan sensible, como nos lo es á nosotros el confesarla y sufrirla;

porque mereciais haber nacido en tiempos en que vuestras raras cualidades hubiesen podido labrar nuestra dicha.

Pero hay otra gloria superior aun á la gloria de la espada, y otro ascendiente mas grande que el de los hechos; bien sabeis ahora que la desgracia os ha devuelto toda vuestra prudencia, toda vuestra natural grandeza, puesto que solo aspirais, segun se dice, á ser ciudadano francés, que no puede haber papel mas digno que el que acabais de imponeros, ni que mas os atraiga los corazones de los que sepan comprenderle. Vuestra prevision y vuestros escritos prueban que tendríamos en vos un gran ciudadano, si podian los resentimientos de la lucha estinguirse; y si el reinado de la libertad pudiese disipar un dia las sombras de la duda que se han apoderado del corazon de los hombres. Bien sabeis cuan feroces é implacables son las leyes de la guerra, puesto que con tanto valor las habeis desafiado, y que con mayor esfuerzo aun, sufrís sus tristes consecuencias; pues bien, esas leyes son para nosotros mucho mas bárbaras y odiosas, desde que sois vos víctima de ellas.

Considerad la desgracia como vuestra nueva gloria y verdadera grandeza; ni aun el nombre terrible y magnífico que llevais habria podido vencernos, pues nadie ignora que somos invencibles desde los dias de sublime entusiasmo que aquel nombre nos procuró, por mas que desde entonces crean algunos en nuestra degeneracion. Su reinado ilustre no es de este mundo, así como tampoco parece serlo el heredero de su nombre cuando se inclina, se enternece y medita por aliviar la suerte de los proletarios!

¡Sí; este es el principal timbre de vuestra gloria! este es el sano alimento que no corromperá ni la santa juventud, ni los rectos sentimientos de justicia que vuestra alma abriga, como quizás, á pesar vuestro, lo habria hecho el ejercicio del poder. Hé ahí el lazo del corazon que os unirá en lo sucesivo con las almas republicanas que la Francia cuenta hoy á millones.

Por mí se deciros que no conozco la sospecha, y que si de mi dependiese, despues de haber leido vuestra obra, os abriria las puertas de vuestra prision, alargándoos al propio tiempo la mano para recibiros.

Pero ¡ah! ¡no os formeis ilusiones! porque todos los que me rodean y aspiran, como yo, á tiempos mejores, son desconfiados; solo lograreis vencerlos por medio de las ideas, por el sentimiento democrático, por las doctrinas de la igualdad. Atravesais dias nefastos, pero espero sabreis aprovecharos de ellos. Habladnos pues sin cesar de libertad, noble cautivo, porque el pueblo gime tambien, como vos, entre cadenas. El Napoleon de hoy es el que personifica los sufrimientos

peligroso de influencia; á los pocos dias llegó el rector de la universidad de Amiens, y adoptó enérgicas medidas por evitar aquellas distribuciones anárquicas.



Lo que no podian las autoridades impedir, á pesar de su ardiente celo, era el cambio de ideas puramente teóricas que se operaba entre el ilustre cautivo y las inteligencias que se dedicaban en el esterior á resolver los problemas del porvenir social. De este modo el príncipe llegó á ser desde el fondo de su calabozo, coloborador de un periódico titulado « Progreso del Paso de-Calais : » insertó en él diferentes artículos que causaron una gran sensacion, particularmente en la prensa, y de los que nos ocuparemos despues, al examinar nuevamente sus obras. El *Journal du Loiret*, tomó parte en aquel interesante diálogo acerca de los mas elevados principios políticos.

Mas de una vez se habian esparcido los vagos rumores de amnistía, al solo objeto, de hacer por medio de esperanzas frustradas mas insoportable el cautiverio. Sin duda se irritaba el gobierno en secreto, al ver que se bastaba asi misma aquella noble inteligencia, y que sabia encontrar medios ó recursos por soportar una prueba terrible, que parecia no haber de tener nunca fin. Nada habia bastado á turbar la serenidad del ilustre prisionero. Y como no ser así, ¿cuando aquellos mentidos ecos de libertad, solo habrian anunciado, á ser verdaderos, ó una humillacion inadmisible, ó el destierro, que habria sido todavía un tormento mayor? Hé ahi lo que contestaba el príncipe á aquellos de

sus amigos que abrigaban la esperanza de ver al fin abrírsele las puertas de su cárcel:

«Si se me decia que era libre, y que podia sentarme, como otro cualquier ciudadano, en el hogar nacional, en esa Francia que no rechazaria ya á ninguno de sus hijos, inundaria verdaderamente mi corazon un torrente de gozo; pero si se me ofrecia trocar mi suerte actual por un nuevo destierro, me negaria á aceptarlo por ver en ello un aumento de pena.»

Crueles eran el terror y espanto que el solo nombre del príncipe infundia al tímido gobierno de julio, lo que probaba suficientemente que el pensamiento de amnistía no habia entrado nunca en sus miras. Sin duda se queria prejuzgar de antemano la fuerza del partido napoleónico, haciendo cundir la idea de una amnistía, en la que nadie se atrevia á pensar siquiera.

Lo que mejor demostró las secretas intenciones del poder, fué un acontecimiento doloroso, único que podia restituir al príncipe la libertad deseada.

A mediados del año 1845, habia intentado el ex-rey de Holanda sin saberlo su hijo, dar algunos pasos, á fin de que fuese puesto en libertad. En este sentido, envió á Paris un emisario inteligente y adicto, Mr. Silvestre Poggioli, el cual era portador de algunas cartas para los señores Montalivet, Decaze y Molé. Malos eran los medios, ó mejor los personajes á quienes se dirigia el anciano monarca por obtener una gracia; entre aquellos hombres que tantas obligaciones personales tenian con el emperador, ninguno supo encontrar mas que fórmulas venales de política que demostraban claramente su ingratitud y mala voluntad.

A pesar de que el príncipe no habia autorizado ninguno de aquellos pasos, se conmovió en gran manera al saber que su pobre padre, enfermo desde tanto tiempo, tocaba á su fin é iba á espirar en el destierro, sin que pudiese él recibir su último suspiro. Solo entónces ocurrió al príncipe la idea de hacer una proposicion, conforme á su carácter caballeresco y generoso, propuso, á quien, al señor Duchatel, que se le permitiese ir á Florencia bajo su palabra, á recibir la última bendicion de un padre, y volver, luego de haber cumplido con aquel deber sagrado, á constituirse prisionero. En 25 de diciembre escribió pues esta carta, que bastaria por sí sola para hacer conocer y apreciar su noble carácter.

Al Ministro del interior:

«Muy señor mio: Mi padre, cuya edad y enfermedades reclaman mis

cuidados, ha pedido al gobierno que me autorizase para ir á prodigárselos; su peticion empero no ha sido atendida, porque, segun he oido decir, quieren exigir sérias garantías formales antes de accederse á ella. En esta circunstancia mi determinacion no seria dudosa, pues estoy dispuesto á hacer todo cuanto sea compatible con mi honor, por poder procurar á mi padre todos los consuelos que de derecho le debo.

Así pues, os declaro, que si el gobierno francés me permite dirigirme á Florencia, al objeto de cumplir con aquel deber sagrado, prometo, bajo palabra de honor, volver, y ponerme nuevamente á su disposicion tan pronto como lo desee.

Recibid, señor ministro, la seguridad de mi alta consideracion.—Napoleon Luis Bonaparte.»

¡Error de una alma grande! ¡Sin duda creia Luis Napoleon que tenia que habérselas con enemigos de su temple; ni siquiera llegó á sospechar que pudiese ver aquel receloso gobierno un lazo en semejante proposicion! Casi siempre juzgamos á los demás por nosotros mismos.

Mr. Duchatel contestó al señor Poggioli, portador de la carta trascrita, que el consejo era incompetente; que semejante favor seria una gracia disfrazada, en la que ni parte siquiera tendria la magnanimidad real. A esto se redujo la contestacion del gobierno. ¿Podia creer el señor Duchatel en la palabra de un hombre honrado? ¡Tanto honor no abrigan las almas de los renegados políticos; para acceder era preciso exigir *garantías* ó un pacto humillante!

El 14 de enero de 1846, hizo el príncipe una segunda prueba, una segunda falta: remitió directamente su peticion al rey, sin contar que tambien se engañaba; porque el rey no se llamaba entonces Francisco I ó Enrique V, sino que llevaba el nombre de Luis Felipe.

«Señor:

Vengo á pedir con la mas viva emocion á V. M. el permiso de abandonar momentáneamente la Francia, á pesar de haber encontrado durante cinco años en el aire de la patria, un consuelo que me ha hecho casi olvidar los tormentos del cautiverio: pero hoy mi padre enfermo y decrepito reclama mis cuidados, como lo indica el haberse dirigido, por obtener mi libertad, á personas conocidas por su adhesion á V. M.; cumple por lo tanto á mi deber el procurar todos los medios por restituirme á su lado.

No habiendo creido el consejo de ministros ser de su competencia el aceptar la demanda que hacia de pasar á Florencia, obligándome á constituirme otra vez prisionero á la primera indicacion del gobierno, apelo, Señor, con confianza á los generosos sentimientos de V. M., y

repito mi demanda sometiendola, Señor á vuestra noble y alta intervencion.

Estoy convencido de que V. M. comprenderá esta peticion, á la que va unida mi anticipada gratitud, y que, penetrado del aislamiento de un proscrito que se grangeó en el trono la estimacion de Europa, accederá á los votos de mi padre y á los mios.

Suplico á V. M. se digne aceptar la espresion de mi profundo respeto. —Napoleon Luis Bonaparte.»

El rey desempeñó en esta ocasion á las mil maravillas el papel que le impuso el ministerio, y que exigia la fórmula de su gobierno representativo: declaró que «por su parte» la garantía le parecia bastante, pero que era preciso esponerlo á la decision del consejo de ministros. Mr. Duchatel fué el encargado de resolver aquella cuestion; hé ahí lo que contestó en 25 de enero:

«El consejo ha deliberado que seria aquella gracia indirecta, y, que á fin de sostener la prerrogativa propia y espontánea de la clemencia real, se queria que fuese aquella gracia *merecida y francamente confesada.*»

Ingratitud en los unos, frio maquiavelismo en los otros, la secreta esperanza en todos de matar moralmente al príncipe, ó lo que es lo mismo, desprestigiarle á los ojos de la opinion pública; hé aqui lo que encontró la franca peticion del príncipe en el ánimo de sus adversarios. Despues de algunos dias de un justo y profundo dolor, sintió el príncipe herida su dignidad de hombre ofendido, por lo que se dirigió á la opinion del pais y al parlamento, no ya para solicitar, sino para herir y devolver golpe por golpe; teniendo el consuelo de encontrar su voz robusta y poderosa honrosos ecos. Los señores de Lascazes y de Vatry, diputados adictos á la monarquía de julio, no pudieron ocultar el disgusto que les causaba la conducta del gobierno; tambien las señores Arago, Lamartine y Dupont (de l'Eure) tomaron con ardor la defensa del príncipe: hasta Mr. Thiers pareció interesarse por él vivamente. Preciso es añadir, no obstante, que Thiers no era entonces ministro, en cuyo caso, es probable, hubiese sido su conducta muy diferente; de todos modos, es lo cierto que contestó á Luis Napoleon con la carta siguiente:

«Príncipe: He recibido la carta que me habeis hecho el honor de escribirme, por participarme que habia sido desatendida vuestra súplica. El deseo de abrazar á un padre moribundo, debia verse cumplido, sobre todo, cuando haciais la formal promesa, de constituiros otra vez prisionero á la primera amonestacion del ministro del interior; en cuanto á mí, os diré, que semejante proposicion, me parece habia de ser aceptada sin ningun inconveniente, pues quedaba á cubierto la res-

ponsabilidad del ministro, que la habria acogido. Príncipe, siento en el alma no poder seros útil en esta circunstancia, porque no tengo ninguna influencia cerca del gobierno, y de poco puede serviros mi calidad de hombre público. Pero en toda ocasion que me sea posible aliviar vuestro infortunio, sin faltar á mi deber, lo haré con el mayor gusto, por poder dar una prueba de simpatía al glorioso nombre que llevais.

Recibid, príncipe, el homenage de mi respeto.—*A. Thiers*, miembro de la Cámara de diputados.—16 de febrero de 1846.»

Un hombre honrado, cuyas ideas políticas han podido ser mas ó menos admitidas, pero cuyo corazon ha sido siempre recto y leal, el señor Odilon Barrot, fué uno de los diputados que se interesaron mas vivamente por la suerte del prisionero. Pensando lograr, por medio de algunas concesiones, el apetecido resultado, habia resuelto, con Mr. Duchatel, que se dirigiese una segunda carta al rey, sin que hubiese notado Odilon Barrot el lazo que contenia este párrafo:

« Esperaba que el gobiero de S. M. veria en mi proposicion (de constituirme otra vez prisionero) una garantía mas y un lazo nuevo, añadido á los que debia ya imponerme el reconocimiento. »

Esta frase habria sido considerada como un suicidio moral; si bien al principio se habia encargado el señor Barrot de decidir al príncipe á que firmase aquella carta, renunció despues é ello. Mr. Marie, que habia sido consultado acerca de si creia ó no conveniente aquella firma, se opuso vivamente á que se hiciese semejante abdicacion. Por su parte, el príncipe no titubeó ni un momento: *cumplamos nuestro deber, sean cuales fueren las consecuencias que de ello se nos puedan seguir;* tal fué la máxima que siguió siempre el ilustre cautivo en todas las azarosas circunstancias de su vida. Como insistiese el señor Odilon Barrot en que firmase aquella segunda carta, contestóle el príncipe:

« Castillo de Ham, 2 de Febrero de 1846.

Muy señor mio: Permitidme que antes de contestar á vuestra carta, os dé gracias, asi como á vuestros amigos políticos, por el interés que me demostrasteis, y por las gestiones espontáneas que creisteis podian contribuir á aliviar el peso de mi infortunio. Creed que será eterna mi gratitud para con todos los hombres generosos, que en circunstancias tan tristes, me han alargado una mano amiga.

Ahora os diré porque no creo deber firmar la carta cuya copia tuvisteis á bien remitirme. El hombre de corazon que se encuentra solo en presencia de la adversidad, y solo, delante de enemigos interesados en envilecerle, debe evitar todo subterfugio, todo equívoco, y procurar que todos sus actos sean hechos á la luz del dia: como la

esposa de César, debe evitar hasta la menor sospecha. Si yo firmaba la carta que vos y otros muchos diputados me aconsejais firmar, pediria realmente gracia sin atreverme á confesarlo, ocultándome tras la peticion de mi padre, como el cobarde que se oculta tras de un árbol por evitar la bala que podria herirle; semejante conducta la considero indigna de mí. Si creyera honroso el invocar pura y simplemente la clemencia real, diria al rey: «Señor, os pido gracia.»

Pero no es esta mi intencion; sobre todo despues de cerca de seis años que soporto sin quejarme una reclusion como consecuencia natural de mis ataques contra el gobierno, y cuando estoy resuelto á soportarla diez años mas, si es preciso, sin acusar á la suerte ni á los hombres. Es verdad que sufro, pero al menos puedo decirme: «Estoy en Francia, y conservo mi honor intacto; vivo sin goces, pero tambien sin remordimientos, y me duermo todas las noches tranquilo.» Nada, por mi parte, podia turbar esa calma de mi conciencia, ese silencio de mi vida, á no haberme manifestado mi padre el deseo de verme junto á su lecho en sus últimos dias. Mi deber filial pudo entonces mas que la resignacion, por lo que me decidí á dar un paso cuya gravedad preví antes, y que llevaba en sí el carácter de franqueza y lealtad que deseo siempre en mis actos. Escribí pues al gefe del Estado, único que tenia el derecho legal, de cambiar mi posicion, pidiéndole pasar al lado de mi padre; habléle de *beneficio*, *humanidad* y *gratitud*, porque nunca he temido llamar las cosas por su verdadero nombre. El rey pareció quedar satisfecho de mi carta, pues contestó al digno hijo del mariscal Ney, que tuvo á bien encargarse de presentársela, que era suficiente la garantía que determiné ofrecerle; pero no ha tomado aun ninguna determinacion. Enteramente contraria ha sido la conducta que han observado los ministros, á quienes por deferencia, remití una copia de la carta del rey, puesto que abusando de mi posicion y de la suya, me han hecho dar una contestacion que demuestra el desprecio con que miran la desgracia. En vista pues de semejante proceder, cuando aun ignoraban la decision del rey, creo deber abstenerme de hacer ninguna otra gestion, y mucho mas de presentar otra instancia implorando gracia en nombre del amor filial.

Sostengo todo lo que dije al escribir al rey, porque los sentimientos manifestados en mi carta eran la espresion fiel de mi alma y me parecian en todo dignos; pero no consentiré en añadir ni uno solo que pueda humillarme en lo mas mínimo: el camino del honor es angosto y resbaladizo; basta dar en él un paso en falso para caer en un abismo sin fondo.

Por otra parte, creedme, señor, si firmaba la carta de que se trata, se mostraria el gobierno aun mas exigente; el 25 de diciembre escribí

una carta bastante lacónica al ministro del interior, pidiéndole se me autorizase para pasar al lado de mi padre, y se me contestó de un modo atento: el 14 de enero dí otro paso cuya gravedad me era bien conocida, escribí al rey una carta, en la que no omitia ninguna de las espresiones que creí mas propias para alcanzar mi objeto; y sin embargo, se me contestó con una impertinencia.

Mi posicion, por lo tanto, no puede ser mas clara, soy un cautivo, con el que no se tiene consideracion alguna, no tengo mas consuelo que el de poder respirar el aire de la patria. Un deber sagrado me llamaba al lado de mi padre, y dije al gobierno: Una circunstancia imperiosa me obliga á pediros que me permitais salir de Francia; si me acordais lo que os pido como un beneficio, contad con mi gratitud, y podreis contar tanto mas en ella, en cuanto vuestra concesion llevará el sello de una generosidad; nadie puede creer en la gratitud de aquellos que han consentido en humillarse por alcanzar una gracia.»

En resúmen, aguardo con calma la decision del rey, de ese hombre, que como yo, ha visto pesar sobre él treinta años de desgracia. Cuento con el apoyo y simpatía de los hombres generosos é independientes como vos. Por lo demás, me entrego á mi destino, resignado á todo. Recibid, etc.—Firmado: Napoleon Luis Bonaparte.»

Todo el mundo reconoció cuanto hubo de justo y elevado en una determinacion semejante. Por aquel medio logró el príncipe burlar el solapado proyecto del ministro Duchatel, manifestado por estas palabras: «¡Le obligaremos á pedir gracia!»

El señor Odilon Barrot espresó al príncipe la satisfaccion dolorosa que le causaba el ver que sabia de aquel modo ennoblecer su desgracia: «Príncipe, le decia en su carta, al paso que me aflige la determinacion que habeis tomado, no me atrevo á reprobar el sentimiento que os la dictó. La elevacion y la nobleza de alma son tan raras en los tiempos presentes, que no puedo menos de acatarlas, hasta en lo que pueden tener de exagerado.»

Sin embargo, continuaron las negociaciones, á pesar de la determinacion manifestada por el príncipe; treinta y tres diputados resolvieron hacer el último esfuerzo, eligiendo por intérprete cerca del rey al señor Odilon Barrot. El gefe de la izquierda dinástica se presentó pues al rey Luis Felipe, y le espuso cuan sensible era, aun para la misma familia reinante, la triste situacion que pesaba sobre toda la familia imperial. Luis Felipe pareció enternecerse, y hasta llegó á sacrificar á su ministro, dando á la respuesta de Mr. Duchatel esta calificacion sangrienta: «Respuesta de carcelero;» pero todo aquello no era mas que una nueva comedia. Quiso el gobierno alcanzar á la vez los beneficios de la crueldad y las ventajas de la clemencia. No obstante las buenas disposiciones

aparentes del rey, contestó el gobierno á las instancias de los diputados con una denegacion basada en las razones mas triviales, esto es en la situacion esterior. Odilon Barrot anunció entonces á Luis Napoleon que todas las tentativas habian fracasado.

« Príncipe, le escribia á 25 de enero de 1846, nuestra última esperanza ha salido tambien fallida ; si no os lo he comunicado antes, es porque todavía ayer conservaba un resto de ella. Se da por pretesto la gravedad de las circunstancias actuales, y el estado de Italia y Suiza... Sin embargo, se habria sabido prescindir muy bien de ellas, si hubieseis dado en vuestra carta una garantía mas *esplícita*, porque entonces se habria prescindido de pasar vuestra instancia al consejo. Pero como ha querido considerarse esta cuestion política, preciso ha sido atender á las consideraciones del órden público que han prevalecido en el ministerio. Asi que, en las presentes circuntancias, se resiste el gobierno á daros la libertad. »

Desde entonces quedó fijada la determinacion del príncipe. Un medio, fué el único de que no echó mano el gobierno, el de encadenar el porvenir del príncipe, medio que solo estaba reservado á la Providencia. Recobró el ilustre cautivo toda su libertad de accion, y con ella la confianza que tenia en sí mismo, y en aquella estrella, que entreveia, como el emperador, en un cielo lejano. En seguida hizo llamar á su fiel amigo, el doctor Conneau, y le dijo: « Conneau, ¡voy á salir de aquí! » Era el dia 15 de mayo de 1846.





LA EVASION.



La evasion, tal era el último y peligroso recurso que quedada al príncipe por librarse de aquellos enemigos sin corazon y sin entrañas! La evasion, que en caso de salir frustrada, podia procurar un medio para deshacerse de un prisionero incómodo, cuya infalibilidad solo dependeria de un aumento de rigor y del peso de un nuevo ridículo. ¡Cuánto no se diria, caso de fracasar la intentona, en contra de aquel príncipe que habia creido poder escaparse de una cárcel de Estado por un grosero subterfugio! ¿No seria aquello el golpe de gracia? Y Luis Napoleon sin embargo, tomó su determinacion, sin que bastasen á ha-

cerle desistir de ella todos los peligros, resolviendo evadirse bajo el disfraz de obrero. Solo faltaba un pretesto para llamar á su prision á algunos obreros, porque aunque fuesen muchas las secretas simpatías de la guarnicion, en la que habia muchos soldados de los regimientos 42 y 46 de línea, que tomaron parte en los movimientos de Strasburgo y Boloña, era imposible que la disciplina de la cárcel pudiese permitir una tentativa que no hubiese contado mas que con aquellas buenas disposiciones, reveladas tan solo por inscripciones *sediciosas*, que se borraban hoy por aparecer nuevamente mañana en las mismas murallas.

Permítasenos aquí decir algo sobre lo que era la cárcel en sí, y sobre las costumbres del príncipe; puesto que una y otra esplicacion son necesarias para dar á conocer las probabilidades y las dificultades de la empresa.

A fin de comprender aun mejor los hechos que vamos á referir, bueno será empecemos por la descripcion del antiguo castillo feudal que servia de cárcel al príncipe.

La construccion del actual castillo de Ham data de principios del siglo XIII: su situacion en medio de las lagunas del Somme, indica que fué construido al objeto de guardar el paso de aquel rio y de servir de baluarte contra las invasiones. Fué levantado sobre la cerca de otro castillo mas antiguo y sobre otros diferentes fuertes derruidos que la necesidad habia convertido en fortalezas. Durante los siglos XIV y XV, aumentaron sus señores la importancia de este castillo por sus contínuas guerras.

Tiene su recinto una forma rectangular, y consta de unos ciento veinte metros de longitud y de ocho de anchura; en cada uno de sus ángulos se eleva una saliente torre, siendo la que mira al noroeste mucho mas grande que las restantes, y á la que se dá el nombre de Torre del Condestable. Además de estas cuatro torres, existen otras dos de forma cuadrada, una de las cuales sirvió de puerta hasta el siglo XV, y la del oeste, que da actualmente entrada al fuerte. Por la parte de la esplanada, están defendidos el recinto y las torres por un foso ancho y profundo, bañado en otro tiempo por las aguas de un estanque. Practicáronse en este foso algunas galerías subterráneas, que comunican con el fuerte, por medio de un paso abierto por entre los pilares de los arcos del puente, cuyas obras tuvieron por objeto facilitar á los sitiados todos los recursos necesarios y asegurar su retirada en el caso de una salida. Se penetraba en aquellas galerías por una especie de camino cubierto que hay junto á las murallas, desde el cual es muy fácil llegar á las poternas. El foso no puede ya llenarse de agua desde la supresion de la puerta de Noyon, y del desvío del pequeño Somme,

riachuelo que alimentaba con sus aguas el estanque, y las cuales desembocan hoy en el Somme en frente de Ham.

Otro muro de contrafuerte de tres metros de altura servia de línea de defensa esterior, y su entrada estaba protegida por una media luna que impide acercarse á la plaza; data esta obra del siglo XIV, está separada de la esplanada por la prolongacion de un gran foso circular, y está cerrada por una puerta maciza y un puente levadizo.

Hácia la parte del este, hay tambien una media luna, circuida antes por el estanque, y separada hoy del fuerte por el canal del Somme; hácia el sud, á cierta distancia de la muralla, vénse aun los restos de una torre de barbacana, que se levantaba en medio de las aguas. El muro de circunferencia es de un espesor considerable, su altura de trece metros, y su construccion es de materiales de una gran solidez; hây un gran número de almenas y buardas en las partes del oeste, del este y del norte, junto con algunas galerías cubiertas que comunican de una á otra torre. La del Condestable, edificada desde 1446 á 1470, es imponente por la masa enorme que presenta; tiene treinta metros de altura y otros tantos de diámetro: sus muros son de morrillo, revestidos de piedra-arénisca y tienen once metros de espesor. Forma tres pisos, otras tantas grandes salas, y una plataforma circuida de troneras. Sobre la puerta de esta torre se lee la inscripcion, « Mi voluntad » grito de guerra del condestable de Saint-Pol, grabado junto á sus armas, con los cordones y penachos que adornaban sus banderas en la jornada de Montlhery contra Luis XI. En su interior hay una hermosa escalera en espiral, practicada en el espesor del muro, por la que se desciende á los subterráneos y se sube á los pisos superiores; en la parte inferior de ella hay algunas galerías que conducen á una especie de garitas interiores para vigilar en aquellos tiempos toda la línea de murallas que se descubre desde ellas. La inmensa sala hexágona y de bóvedas ojivales, solo recibe la luz por una estrecha saetera. En el espesor de los muros interiores hay algunos hornillos de mina, al objeto de hacer volar la torre en caso de necesidad, los cuales, se supone, han servido de calabozos. El patio ó cuerpo de guardia, servia de alojamiento á los soldados que dormian sobre las baldosas; existen todavía en él una enorme chimenea, un pozo y un horno. El primer piso, ó sala de consejo, tiene una forma ogival y recibe el aire y la luz por una sola ventana; junto á ella, hay abierto en el espesor del muro un pequeño reducto, sin mas abertura que la de una sola almena: dábase á este reducto el nombre de *cuarto del rey*.

Las demás torres mucho menos grandes y elevadas, tienen casi la misma forma que la torre principal: lo que es admirable al contemplar aquellos sitios húmedos y oscuros, y aquellas antiguas salas, es la

indiferencia para el bienestar, el lujo y la elegancia; hasta las comodidades mas sencillas han sido allí completamente olvidadas, por mas fácil que fuese el procurárselas. Imposible es á su vista no remontarse hácia los nobles y poderosos huéspedes de aquel feudal castillo, cuya morada no puede menos de compararse con las habitaciones de nuestra clase media. ¿Cómo es posible que pudiesen vivir aquellos ricos señores y señoras en tan tristes moradas, poseyendo numerosos y vastos dominios, pingües rentas y todo cuanto podia darles gloria, poderío é ilustracion? Y sin embargo allí vivieron las ricas condesas de Bethune, de Rov y Luxemburgo.

En aquella morada sombría, ocupaba el príncipe el antiguo cuarto del señor de Polignac, y despues la habitacion del señor de Peyronnet. Todo, dice Mr. Briault, estaba allí en el abandono mas completo; los techos agujereados, los tapices hechos pedazos; y el enladrillado del piso, desigual y roto. ¡El gasto para la manutencion habia sido fijado en siete francos por dia!

El abandono en que estaba el calabozo, procuró la ocasion deseada; preciso fué hacer algunas obras de raparacion en la escalera, y los corredores. Desde luego formó el príncipe un plan que se encargaron de poner en obra sus dos fieles amigos, el doctor Conneau y Cárlos Thelin. Preciso nos es aquí recurrir á las relaciones hechas por esos dos hombres adictos, únicos informes auténticos que se han podido recoger acerca de la evasion del principe: cualquiera otra relacion que hiciésemos, no podria ser mas que una pura fantasía.

Añadamos solamente uno ó dos detalles que acabarán de demostrar la fuerza de que estaba dotada el alma del príncipe. Si queremos convencernos de que nada bastó á turbar la inalterable tranquilidad del prisionero, leamos estas dos cartas escritas desde su cárcel al baron de La Tour de Melicocq.

«Castillo de Ham, 8 de diciembre de 1845.

Señor Baron: Aunque no tenga el honor de conoceros personalmente, vengo á pediros un informe histórico del que he encontrado la huella en una de vuestras obras, y que me es interesantísimo para un trabajo que he emprendido acerca la *Historia de las armas de fuego*.

En vuestras investigaciones sobre *Royon* y *el Royonés*, impresas en 1841, haceis en la página 54 una cita latina que lleva el nombre de Philippi Honorii, *de Regno Gal. Relat.*, y luego de la *Historia de los pueblos de Italia* de Bolta, tomo III, página 17.

En vano he hecho preguntar en Paris quien podia ser ese Felipe Honorio, pues nadie ha podido darme la menor noticia de semejante autor; luego le he buscado en Bolta, sin que tampoco me haya sido

posible encontrar aquella cita. Os pido por lo tanto que os sirvais darme todos los informes posibles acerca de Felipe Honorio y decirme cual es la edicion de Bolta que contiene la cita que habeis reproducido; porque me interesa en gran manera saber á que época se refiere la observacion importante de Felipe Honorio sobre la artillería francesa, y por consiguiente, en que siglo vivia aquel autor.

Espero, señor Baron, que os dignareis por amor á la ciencia, dispensar mi importunidad y recibid la espresion de mis sentimientos sinceros.—Napoleon Luis Bonaparte.»

Segunda carta.

«Ham, 24 de mayo de 1846.

Recibi, en el mes de diciembre último, los preciosos informes que os dignasteis enviarme. No solo me han causado una viva satisfaccion por el interés que me ofrecian, si que tambien me han afectado en gran manera las palabras amistosas y gratas que los amenizaban. Señor Baron, he leido con detenimiento la «Noticia sobre el Castillo de Ham» que os dignasteis remitirme, y su lectura me ha interesado mucho; me considero feliz de encontrar en vos un compatricio que se digne simpatizar con mi desgracia.

Recibid pues, señor baron, junto con las mas espresivas gracias, la nueva seguridad de mis sinceros sentimientos.—Napoleon Luis Bonaparte.»

Al dia siguiente de haber escrito esta segunda carta, debia tener lugar la evasion.

Las precauciones diarias adoptadas por el gobernador de la fortaleza, habian podido disminuir ó ablandarse un tanto durante los cinco años que acababan de trascurrir; pero no por esto dejaban de ser aun numerosas y de aumentar en ciertas épocas por las mas triviales circunstancias. Particularmente al anochecer se aumentaba la vigilancia en gran manera; porque los presos, los soldados y hasta los mismos carceleros quedaban encerrados por disposicion del gobernador de la plaza; nada, por lo tanto, podia intentarse durante la noche.

Pero era á la mañana mucho menor la vigilancia; puesto, que de los tres encargados de ella, habia siempre dos que estaban en los bajos ó parte inferior del edificio. Además, habia observado el principe, que en ciertos dias de la semana, iba uno de aquellos dos últimos á buscar los periódicos, y que estaba ausente al menos un cuarto de hora, dejando durante este breve tiempo, confiada la custodia al otro camarada que se quedaba solo; siendo entonces mucho mas fácil el llamar la atencion á este último: solo faltaba entonces burlar á los cen-

tinelas, si bien no daba esto gran cuidado al príncipe. Al principio de su detencion se habian dado las órdenes mas rigurosas con respecto al esterior, por no creerse que tratase á la sazon de evadirse; esta práctica no habia dejado de seguirse ni un solo dia, por lo que era mucho mas fácil la salida que la entrada.

Hé ahí la determinacion que fué adoptada:

Thelin y el doctor Conneau, no eran ya considerados como presos, por haberse quedado este último al servicio del príncipe, despues de terminada su condena, y por haber sido siempre voluntaria la detencion del primero. Se dispuso que Thelin, como habia ya sucedido muchas veces, pediria permiso al gobernador para ir á San Quintin, y que en el momento de salir el príncipe disfrazado de operario, se adelantaria él tambien por salir, procurando Thelin hacer ladrar al fiel



Ham, perro del príncipe, á fin de llamar la atencion de los soldados. Habria ya un coche dispuesto en el esterior, y con tal que se pudiese partir á las siete, quedaba tiempo bastante para llegar á las cuatro á Valenciennes y tomar el camino de hierro de Bélgica.

Durante ocho dias, procuraron el príncipe y sus amigos observar minuciosamente las costumbres de los operarios, así como las estraordinarias medidas de vigilancia adoptadas respecto de ellos, cuya vigilancia aumentaba de todo punto en los momentos de entrar y salir reunidos los trabajadores. Cuando llegaban al primer postigo, se les obligaba á pasar uno á uno delante de un sargento y un soldado ó centinela que guardaba la primera puerta; al llegar la noche, hasta el mismo gobernador asistia á la minuciosa inspeccion que volvia á repetirse con los trabajadores en el momente de retirarse. Ninguna de estas particularidades pasó desapercibida al príncipe y sus amigos; habian observado además, que cuantas veces iba alguno de los obreros á algun punto apartado, y que tuviese que separarse de los demás, se le vigilaba rigurosamente. Pero si tenian de salir del fuerte por procurarse alguna herramienta ó mate-

riales, como seguian entonces un camino recto, tenian que atravesar el patio principal, pasar por debajo de las ventanas del gobernador en presencia de toda la guarnicion, y podia vérseles además durante el camino, no inspiraban desconfianza alguna, pudiendo con suma facilidad salir de la plaza, sin que nadie parase la atencion en ellos.

El lunes, 25 de mayo, fué el dia destinado para la evasion: colocados el príncipe, el doctor y Thelin tras las cortinas de una ventana desde el amanecer, aguardaban con impaciencia la llegada de los trabajadores; por una fatal casualidad, estaba de centinela en la puerta misma del príncipe, el único soldado cuya presencia se habria deseado á toda costa evitar; pero fué relevado felizmente á las seis, por lo que volvieron á tranquilizarse los ánimos de los tres observadores.

Llegó entonces el momento decisivo. El traje estaba ya dispuesto; se hizo el príncipe quitar el bigote, lo que era en verdad pasar el Rubicon, puesto que despues de semejante operacion, no podia ya aplazarse la fuga.

Se resolvió que despues de haber atraido á los dos mozos y á los obreros al comedor ofreciéndoles aguardiente, Thelin precederia al príncipe en la escalera, al objeto de llamar la atencion de los carceleros. No era posible alejar á estos últimos bajo ningun pretesto, en razon de haberse dado la órden de despedir inmediatamente á cualquiera de ellos que dejase por un momento de estar en su puesto, mientras permaneciesen en la cárcel un solo obrero; aquella disposicion dada dos dias antes, por no haberles hallado el gobernador en los puestos que les estaban designados, era harto reciente para que pudiese ser tan pronto olvidada.

Una vez se hallase el príncipe en el patio, debia Thelin dejarle adelantar, siguiéndole empero muy de cerca, á fin de distraer, como hemos dicho, á los que pudiese encontrar el príncipe á su salida.

Eran ya mas de las cinco cuando se bajaron los puentes levadizos y penetraron los obreros en el fuerte; eran poco numerosos y vestian aquel dia con mas limpieza que de costumbre, sin duda, por ser lunes. Los primeros que se presentaron eran albañiles ó pintores; pero no llegaban todavía los carpinteros, y era casualmente bajo el disfraz de uno de estos, como debia el príncipe evadirse; no sin razon se temió entonces que la demasiada exactitud en el traje, descubriese al disfraz. A fin de parecerse mas á los obreros que tenia á la vista, queria renunciar el príncipe á los zuecos, lo que no habria dejado de ser muy peligroso, pues que los que tenia ya dispuestos, podia calzarles sin necesidad de quitarse las botas, y contribuir por aquel medio á dar un aspecto totalmente distinto á su persona, por ser mucho mayor su talla.

Llegado el momento decisivo, se puso el príncipe un puñal en la faltriquera de su pantalon, dispuesto á vender cara su vida en el caso de verse atacado, y luego se metió en la faltriquera de su chaleco aquellos dos talismanes que no le abandonaban jamás, esto es, una carta de su madre y otra del emperador, en la que habia estas proféticas palabras dirigidas á la reina Hortensia hablando del príncipe:

« Espero que llegará á ser hombre, y sabrá hacerse digno del destino que le aguarda. »

Luego, vistiendo el traje de obrero, ceñido el delantal azul, la pipa en la boca, el rostro y las manos bastante ennegrecidos, calzando enormes zuecos, cargó el príncipe con un largo estante de la biblioteca y partió.

« A las siete menos cuarto, dice el mismo criado del príncipe, llamó Thelin á los obreros que estaban en la escalera y les hizo entrar en el comedor, donde les aguardaba ya el mozo *Laplace*, invitado tambien como ellos, y encargado además de llenarles los vasos: era este el mejor cargo que se le podia confiar para librarse de su presencia importuna. Luego fué Thelin á advertir al príncipe que no habia ni un momento á perder; y en seguida bajó este la escalera, encontrando abajo á los dos carceleros *Dupin é Yssalé*, junto con un obrero que estaba trabajando en el tramo. Cambió algunas palabras con los dos primeros que le dieron los buenos dias, y como presumieran, al verle con el paletó bajo el brazo que iba á San-Quintin, le desearon un buen viaje. Para asegurar la salida del príncipe, era preciso distraer al menos á uno de los carceleros; por lo que, Thelin, aparentando comunicarle un secreto llamó aparte á Yssalé, colocándose de modo, que para poder oirle este último, tuviese que estar de espaldas hácia la puerta. »

Veamos lo que dice ahora el otro de los tres autores del complot que quedó en la posicion mas difícil, el doctor Conneau, que pegado el ojo tras una cortina, contemplaba sin poder contener los latidos de su corazon, á aquellos dos hombres, para quienes eran casi una cuestion de vida ó muerte estas palabras; salir ó no salir.

« Ni aun yo mismo le habria conocido. Apenas habia partido cuando llegaron los obreros á la habitacion; saludóme uno de ellos al entrar, sin pararse en el príncipe, á quien vió de espaldas, por no conocerle. Hallábame en la ventana... al llegar el príncipe enfrente del centinela, que pareció titubear, esperimenté un temblor convulsivo. Cuando llegó frente á la cantina, encontró á un teniente de la guarnicion, pero estaba este felizmente leyendo una carta; de repente se presentó delante del príncipe el señor Leclére, del cuerpo de ingenieros, cuya aparicion me hizo temblar de espanto; pero no reparó en él porque estaba recorriendo con la vista un papel que tenia en la mano. Toda la guárdia vió

pasar al obrero, dirigiéndole indiferentes miradas; solo el tambor le examinó particularmente y con cierto aire socarron.»

Ya que no puede el doctor continuar su relacion, por haber perdido el príncipe de vista, prosigamos la de Thelin.

Continuaba este detrás, sin perder nunca de vista á los centinelas que procuraba distraer haciendo gritar á Ham, cuyo fiel animal llevaba atado. El sargento de guardia miró fijamente al príncipe, pero se vió obligado á interrumpir su exámen por el movimiento que hizo uno de los estremos de la plancha que dirigió el príncipe hácia él por obligarle á volver la cara; en seguida abrió el propio sargento de par en par la puerta, que volvió á cerrarse luego de haber pasado el príncipe. Thelin le saludó al pasar, saliendo á su vez, fija la vista en su amo.

Entre los dos puentes levadizos, vió venir al príncipe hácia él, del lado en que no tenia oculto su rostro por la plancha, á dos operarios que empezaron ya desde cierta distancia á mirarle de un modo muy poco tranquilizador; hasta que levantando la voz, manifestaron el asombro que les causaba encontrar allí á un jóven carpintero desconocido. Quizás se limitaria su sorpresa á aquella simple espresion, sin que tratasen



de aclarar las dudas que habia hecho nacer en ellos tal encuentro. Para este caso, recurrió el príncipe al único medio que podia salvarle: supuso estar cansado de llevar la plancha en el hombro derecho, y se la colocó sobre el izquierdo; pero era tanta la admiracion de los dos hom-

bres, que por un momento creyó el príncipe iba á ser víctima de su curiosidad. Cielos, ¿que sucederia? ¿Qué haria el príncipe en el caso de ser descubierto? Iban ya á llegar junto á él, y parecian dispuestos á hablarle, cuando tuvo la dicha de oirles esclamar: «*¡Ah! es Bertoud!*

Finalmente, logró el príncipe salir de la plaza, poniendo inmediatamente en obra el plan que habia propuesto el doctor Conneau. Tomó sin titubear el camino de San-Quintin, mientras que Thelin iba en busca de un coche, alquilado ya desde la víspera. A pesar de los enormes zuecos que hacian su marcha pesada y dificil, no tardó Luis Napoleon en llegar al cementerio de San Sulpicio, distante como una media hora de la poblacion, donde debia reunirsele Thelin con el coche. Se arrodilló piadosamente el príncipe delante de una cruz de madera, y elevó á Dios una de aquellas ardientes plegarias que tanto fortifican el corazon en todos los apurados lances de la vida.

Llegó Thelin; y despues de haber ocultado el príncipe la plancha y los zuecos en un campo de trigo, subió al coche, se dirijió hácia Cambrai y llegó á Valenciennes momentos antes de partir el último tren. Por último, entró en un pais libre, desde el que se dirijió á Bruselas, desde allí á Ostende y luego á Inglaterra.

¿Que sucedia en Ham durante este tiempo? Bien claro lo dice el doctor Conneau á los jueces de Perona al pedirle cuenta de su noble adhesion.

«Procuraba ocultar la partida del príncipe á fin de que lograse ponerse á salvo, antes de que diese el gobierno las órdenes oportunas para detenerle tan pronto como llegase á su noticia aquel acontecimiento. Empezé por cerrar la puerta de comunicacion entre el dormitorio del príncipe y el salon; luego encendi la lumbre, por mas que hiciese un calor sofocante, á fin de dar á comprender que estaba el príncipe enfermo; así se lo dije al mozo que me ayudó á colocar algunas ollas al rededor del fuego. Sobre las ocho trajeron de la diligencia plantel de violetas, por lo que encargué al mozo que fuese á disponer ó á llenar de tierra los tiestos necesarios para su plantacion, sin permitirle entrar en el salon del príncipe. A cosa de las ocho y media vino á preguntarme Laplace, á donde queria almorzar, y le contesté, que en mi cuarto. «En este caso, me dijo, voy á traer la mesa grande.»—No, le contesté, es inútil, porque el general Montholon está enfermo, y no almorzará con nosotros.

«Solo deseaba llegar al dia siguiente: habia dicho que el príncipe debia tomar un remedio, y era preciso que aquel remedio produjera su efecto. Tambien habia dispuesto un baño, pero me ví obligado á renunciar á ello, á causa de los obreros; pensé entonces acudir á un vo-

mitivo; pero por mas que desease ejercer las funciones de enfermo, no pude tomarlo. Al objeto de mejor evitar toda sospecha, hice hervir el vomitivo en un puchero con migas de pan, y luego eché en él ácido nitrico, lo que produjo un olor desagradable, que acabó de convencer al mozo Laplace de la indisposicion del príncipe.

Tan pronto como el gobernador tuvo noticia de la enfermedad de su ilustre cautivo, se presentó á preguntar por su estado; cuando volvió á las doce y media, le dije que estaba el enfermo mucho mas tranquilo. Despues de haber examinado los trabajos de reparacion, me dijo el gobernador que me enviaria su criado, ya que habia partido el señor Thelin. Sobre la una dije á Laplace que fuese á arreglar la cama del príncipe: cuantas veces salia yo al pequeño salon en que suponia estaba el príncipe: sobre un sofá, fingia hablarle; pero como Laplace no debia tener muy fino el oido, segun pude deducir despues, no oyó mis palabras.

Hasta las siete y cuarto no ocurrió novedad; pero en aquel momento entró el gobernador con aire turbado.—«Comandante, le dije, el príncipe va un poco mejor.»—Si el príncipe está enfermo, esclamó, preciso es que yo le hable; quiero hablar al príncipe!»—Habia dispuesto yo una especie de maniquí que estaba tendido en la cama del príncipe, y cuya cabeza descansaba admirablemente sobre la almohada.—Llamé al príncipe, y como era natural, el príncipe no me contestó.

Dirigime entonces de nuevo al comandante, indicándole con una seña que estaba durmiendo. El comandante, á quien empezaba á inquietar ya mucho aquel sueño, se sentó en el salon diciendo: no puede dormir siempre, aguardaré á que despierte. Luego me observó que la hora de llegar las diligencias habia llegado, y que estrañaba mucho que Thelin no estuviese aun de regreso; díjele entonces que habia tomado Thelin un cabriolé. Como se oyese en aquel momento á lo lejos el redoble de los tambores, se levantó el gobernador diciendo: el principe se ha movido en su cama y debe estar despierto.

El gobernador prestó atento oido, sin que le fuese posible oir la respiracion deseada.—«Os suplico, le dije, que le dejeis dormir.» Pero sin atender á mis palabras, se acercó á la cama y encontró al maniquí; volvióse enseguida hácia mí gritando: ¿Con qué el príncipe ha partido?—Sí.—¿A qué hora?—A las siete de la mañana.»

La Inglaterra era la libertad, pero tambien era el destierro; Luis Napoleon empezó por tranquilizar á los gobiernos respecto de sus intenciones. Repitió, libre, lo que habia dicho siendo cautivo; esto es: que su padre moribundo habia sido la única causa de su evasion; escribiendo esta carta al señor conde de Saint-Aulaire:

«Lóndres, 28 de mayo de 1846.

Señor conde: Vengo á declarar francamente al hombre que ha sido el amigo de mi madre, que al abandonar mi prision, no me ha guiado la idea de renovar contra el gobierno francés una lucha que tan funesta me ha sido; y si tan solo me ha obligado á ello el deseo de pasar al lado de mi anciano padre.

Antes de apelar á este extremo, hice todos los esfuerzos posibles por lograr del gobierno francés el permiso de pasar á Florencia, á cuyo fin ofrecí todas las garantías compatibles con mi honor; pero habiendo visto desechadas todas mis instancias, me determiné á apelar al último recurso, adoptado por los duques de Nemours y de Guisa, bajo el reinado de Enrique IV.

Os suplico, señor conde, que informeis al gobierno francés de mis intenciones pacíficas, esperando que esta seguridad espontánea, contribuirá á abreviar el cautiverio de los que gimen aun en los calabozos por haber defendido mi causa.

Recibid la seguridad de mis sentimientos. — Napoleon Luis Bonaparte.»

Luego se entregó de nuevo el príncipe á sus estudios favoritos, observando cuidadosamente los síntomas de un nuevo movimiento que se operaba en las inteligencias políticas de Francia.

Una cuestion enteramente nueva iba á presentarse en el mundo de las ideas: entre los partidarios del republicanismo gubernamental y los de las teorías absolutistas, llegaban los hombres pensadores insensiblemente á una nueva teoría, nacida de las necesidades económicas de la época. El conjunto de estos principios, aun mal definidos, hacia proferir la palabra socialismo, nombre de una ciencia verdadera en el fondo, pero en la que los espíritus violentos y esclusivos, no veian mas que las satisfacciones brutales de sus intereses ó de sus pasiones. No era solo el exceso de la miseria y de la inmoralidad el que iba á engendrar el socialismo moderno, si que tambien el desprecio debia ser otro de los padres del nuevo mónstruo: sí, el desprecio á todo órden, á toda superioridad, á todo poder constituido. «Hemos perdido el respeto y eso es lo que nos mata» esclamaba no ha mucho uno de los príncipes de la Iglesia. ¡Cosa estraña! El desprecio se habia apoderado hasta de los mismos depositarios de la autoridad! y de él procedian aquellos súbitos sacudimientos de los tronos, que no encontraban en sí mismos respeto bastante para defenderse. Habíase reinado sin creer en el reino, y sin haberse llegado á gobernar.

De ahi aquella hidrópica sed de mando que se demostraba en algunos por su aquiescencia á la mas tiránica de las dictaduras: el socialismo.

Todo lo que habia de instintos nobles y de necesidades positivas en medio de aquellas teorías brutales, habia sido el príncipe uno de los primeros en comprenderlo y proclamarlo. Así pues, no es estraño que la revolucion de febrero le encontrase admirablemente preparado, mientras que sus mismos autores no sabian como dirigir aquel movimiento, que no llegaron á comprender ni un solo instante.

Antes de aquel grande acontecimiento, un solo incidente vino á entristecer la vida estudiosa y retirada del príncipe. Acababa el gran duque de Toscana de negar la autorizacion pedida por Luis Napoleon para visitar á su padre moribundo. En 25 de julio de 1846, el que habia llevado el nombre de rey de Holanda, y que era entonces conocido por el de conde de Saint-Leu, murió en Florencia sin haber tenido el consuelo de poder por última vez estrechar á su hijo contra su corazon.

Sus restos fueron depositados en Saint-Leu el dia 29 de setiembre de 1847; todos los gloriosos despojos de los ejércitos imperiales, acudieron presurosos á rodear aquel sepulcro que recordaba tantas glorias.

Luis Napoleon, que no habia podido asistir á aquella piadosa ceremonia, escribió desde Lóndres la siguiente carta al capitan Lecomte á cuyas órdenes se habian reunido los restos gloriosos de los ejércitos imperiales, para tributar los últimos deberes al hermano del emperador.

«Lóndres, 4 de marzo de 1847.

Muy señor mio: Los testimonios de respeto ofrecidos á la memoria de mi padre, el 29 de setiembre último, me han afectado vivamente, sobre todo al saber que un gran número de antiguos soldados del emperador, asistian á aquella ceremonia.

Cumple á mi deber dar hoy las gracias á aquellos gloriosos veteranos de los ejércitos franceses, por medio de su digno gefe, por el tributo de homenage que han pagado á un antiguo compañero de armas.

¡No es el hombre á quién la casualidad y la victoria elevaron al trono por algunos dias, al que habeis querido honrar con vuestras lágrimas, sino al viejo soldado de los ejércitos republicanos de Italia y de Egipto, al hombre que se conservó puro en el trono, al hombre en fin, que pagó con cuarenta años de destierro, algunos años de gloria, y que murió aislado en estrangero suelo! ¡El dolor y la amistad que han asistido á sus funerales, son mas que un homenage, son una reparacion!

Permitidme pues manifestaros mis sentimientos de gratitud por vuestra cooperacion, lo que calmará un tanto en mí el dolor amargo que siento, por no haber podido arrodillarme ante los sepulcros de mi fa-

milia, y olvidar por un momento la sentencia fatal que parece pesar sobre mí, y condenarme á vivir siempre lejos de los hombres que mas amo, y de todos los objetos que me son mas queridos.

Recibid, señor capitan, la seguridad de mis sentimientos de estimacion y simpatía.—Napoleon Luis Bonaparte. »





NAPOLEON Y LA REPUBLICA.



La monarquía de julio cayó con mucha mas rapidéz, de la en que se habia visto elevada. No podia semejante acontecimiento sorprender á Luis Napoleon, cuando al menos veinte veces lo habia ya anunciado. Al recibir la noticia se trasladó el príncipe inmediatamente á Paris, pensando que la familia del emperador volveria á entrar de nuevo en el derecho comun. En efecto, la proscripcion de su familia debia cesar, desde el momento que iba á recobrar su libertad un pueblo; al entrar el príncipe en Francia, solo aspiraba á los derechos de ciudadano.

Todavía estaban levantadas en las calles las barricadas, cuando llegó á Paris. Hé aquí un episodio que el mismo príncipe refirió á sns amigos acerca de su regreso. Cuando entró en la ciudad por el arrabal de San Antonio, el pueblo se ocupaba en empedrar de nuevo las calles, á fin de que se pudiese transitar libremente por ellas, pues que habia quedado el paso poco menos que obstruido. Todas las clases contribuian gustosas á aquel trabajo: hubo una mujer que detuvo al príncipe, y señalándole una piedra que debia ser colocada en su puesto, se inclinó el príncipe, la cogió, y fué á colocarla en el lugar correspondiente; despues de haber contribuido por su parte á aquel trabajo ú obra de reparacion, se dirigió á la plaza de la Bastilla.

«Bien lo veis, decia Luis Napoleon mas tarde sonriendo, destinado estaba á ponerlo todo aquí en su puesto.»

Pero el pueblo no habia sido aun consultado; puesto que una faccion sola acaparaba la revolucion, dándosele muy poco del asentimiento popular. El gobierno provisional se sintió harto débil para tolerar en Paris, y aun hasta en Francia, la presencia de un sobrino de Napoleon; así que, con su acostumbrada adhesion por la patria, se vió el príncipe obligado á tomar nuevamente el camino del destierro, no queriendo impedir con su presencia aquel ensayo de libertad inaugurado de un modo tan poco digno y propio. Al desaparecer el príncipe de la escena, procuró aquella faccion absorver en provecho propio el movimiento nacional, procurando, para mejor lograrlo, apelar á las elecciones, sin reparar ante la intriga y la amenaza, á fin de que le fuesen estas favorables, y sin atender siquiera antes, al principio del sufragio universal. Todos los caminos pudieron desde entonces conducir al poder, de modo que por todas partes se vió este asaltado; no habia medianía, ni aun insuficiencia absoluta, que no aspirasen á la gloria de ocupar el primer puesto: todas las ambiciones procuraron sorprender á la opinion pública, abriendo cada ambicioso una escuela de anarquía en interés personal, ora fuese poniéndose al frente de un periódico, ora encaramándose de un brinco en la tribuna de un club. El uno gritaba, mientras vociferaba el otro por hacer oir á todos las protestas de su desinteresado patriotismo; fué aquello un concurso ardiente, abierto á todas las pasiones, á todas las codicias, á todas las bajezas. Cada cual se quejaba del sol de ayer, por poder calentarse á los nuevos rayos del sol de mañana: solo el pueblo era entonces el rey, y por esto llevaba siempre en pos de sí una inmensa cohorte de aduladores cortesanos. Llegaron muchos de estos á disfrazar su persona, despues de haber disfrazado ya su lenguaje: la blusa del proletario cubrió desde entonces los hombros de muchos que la consideraban poco antes como librea de la degradacion y del vicio. No era mirado como buen patriota el que no

se titulaba obrero; así, que no tardó en haber obreros escribientes, obreros sastres, obreros escritores, obreros que se preciaban de dirigir la opinion pública: veíase á la aristocracia del oro y del saber en el último peldaño social.

El príncipe habia obrado noblemente al separarse de aquella Babel política, puesto que no le dominaba ninguna de las mezquinas pasiones que acababan de lanzarse á la arena, conforme lo demostró por la declaracion siguiente:

«Señores, despues de treinta años de destierro y de persecucion, creia haber adquirido el derecho de ser considerado como ciudadano francés, el derecho de encontrar un asilo en mi patria.

Pensais que mi presencia en Paris puede servir de obstáculo; pues bien, me retiro momentáneamente: así vereis en este sacrificio la pureza de mis intenciones y la sinceridad de mi patriotismo.»

La revolucion seguia adelante, desvaneciendo cada dia una ilusion, dando cada dia una nueva prueba de incapacidad aquellos que pretendian dirigirla. La guardia nacional de Paris fué la que tuvo entonces la gloria de salvar á aquel desgraciado pais que iba á caer en la mas espantosa anarquía. Las contínuas luchas y los inminentes peligros que amenazaban por do quiera, despertaron al fin á la parte sana del pueblo francés, y el sentimiento de la conservacion, hizo que se fijasen todas las miradas en un gefe honrado y energico.

El primer síntoma de aquella situacion moral, fué la doble y sucesiva eleccion del príncipe por los departamentos del Sena, Yonne, Sarthe y el Charente Inferior: no podia darse una contestacion mas enérgica á la denegacion hecha á Luis Napoleon por la Asamblea. No se habia accedido á la lectura de la carta, por la cual el príncipe combatia el ostracismo impuesto á su familia, y se habia permitido que fuesen publicadas en la tribuna las cartas de los dos príncipes de la familia de Orleans.

Pero al menos dió la prensa cabida en sus columnas á la carta que reproducimos á continuacion:

«Lóndres, 23 de mayo.

Ciudadanos representantes, decia el príncipe, he visto en los periódicos del 22, que se ha própuesto en las oficinas de la Asamblea, conservar contra mí únicamente, la ley de destierro que pesa sobre mi familia desde el año 1816; por lo tanto, pido á los representantes del pueblo me digan en que he faltado para que se me imponga esta pena.

¿Será quizás por haber declarado siempre públicamente, que no era la Francia, en mi concepto, patrimonio esclusivo de un hombre, de una familia, de un partido?

¿Será, porqué deseando hacer triunfar, sin anarquía ni licencia, el principio de la soberanía nacional, único que puede poner término á nuestras discordias, he sido por dos veces víctima de mi hostilidad contra el gobierno que habeis derrocado?

¿O bien quizás por haber yo consentido, por deferencia al gobierno provisional, en regresar al estrangero despues de haber acudido á Paris casi en el momento mismo de estallar la revolucion? ¿O tal vez por no haber aceptado generosamente las candidaturas que me fueron propuestas, resuelto á no regresar á Francia hasta que la nueva constitucion estuviese establecida y la república asegurada?

Las mismas razones que me obligaron á tomar las armas contra el gobierno de Luis Felipe, me obligarian si se reclamaban mis servicios, á sacrificarme en defensa de una Asamblea constituida por el sufragio universal.

En presencia de un rey que habia sido elegido por doscientos diputados, podia acordarme que era yo sucesor de un imperio fundado por el asentimiento de cuatro millones de franceses; pero ante la soberanía nacional, no puedo ni quiero revindicar otros derechos que los de ciudadano francés; si bien estos derechos, los reclamaré sin cesar con toda la energía que infunde á un corazon honrado la conviccion de no haber faltado nunca á los deberes que nos impone la patria.»

En cuanto á los electores que acababan de dar al príncipe aquel brillante testimonio de confianza, despues de haber declinado una vez aquella honra, la aceptó en estos términos:

«Vuestros sufragios, me penetran de gratitud; esa prueba de simpatía es tanto mas satisfactoria para mi, cuanto que no la habia solicitado, y se me presenta en el momento en que mas sentía quedarme en la inaccion, y cuando la patria necesita del concurso de todos sus hijos por salir de las circunstancias difíciles en que está colocada.

Vuestra confianza me impone deberes que sabré cumplir; nuestros sentimientos, nuestros votos serán desde hoy comunes. Hijo de Paris y representante del pueblo, uniré mis esfuerzos con los de mis cólegas para restablecer el órden, el crédito y el trabajo; por asegurar la paz esterior, por consolidar las instituciones democráticas y conciliar entre si intereses que parecen hostiles hoy, porque están desunidos, en lugar de marchar juntos á un mismo fin; esto es: á la prosperidad y á la grandeza del pais.

El pueblo es libre desde el 24 de febrero; luego puede obtenerlo todo sin apelar á la fuerza brutal; unámonos pues todos en el altar de la patria, bajo la bandera de la república, y demos al mundo el ejemplo de un pueblo que sabe regenerarse sin violencia, sin guerra civil, sin anarquía.»

Ni aun á sus mas íntimos amigos, habia esplicado el príncipe, ni su conducta reservada, ni el modo con que, á su entender, habia de obrarse en aquella situacion delicada. Hé ahí lo que escribia á su antiguo preceptor de Arenenberg:

«Lóndres, 11 de mayo de 1848.

Mi querido señor Vieillard: no he contestado antes á la carta que me dirigisteis desde Saint-Lo, porque aguardaba vuestro regreso á Paris y la ocasion de esplicaros verbalmente mi conducta. He creido no deber presentarme como candidato en las elecciones, porque estoy convencido de que mi posicion en la Asamblea habria sido en estremo embarazosa; mis antecedentes me han convertido de buen ó mal grado, no en un gefe de partido, sino en un hombre en quien se fijan todas las miradas de los descontentos. Mientras que la sociedad francesa no esté definitivamente asentada, mientras que no se haya fijado la constitucion, creo que será en Francia mi posicion peligrosa y difícil, así que estoy firmemente resuelto á resistir todas las tentaciones encantadoras con que á todas horas me persigue la idea de vivir en mi patria. Si la Francia me necesitaba, si me estuviese ya trazada la marcha que debiera seguir, si, en fin, creia poder ser útil á mi pais, no titubearia en pasar por encima de todas las consideraciones secundarias por cumplir con mi deber; pero como en las circunstancias actuales no se me necesita, solo podria servir de obstáculo.

Ignoro si aprobareis esta resolucion: pero no dudo que si supieseis cuantas proposiciones ridículas se me están haciendo, comprenderiais, como yo, cuanto mas seria en Paris el blanco de todas las intrigas.

Quiero desentenderme de todo; solo deseo ver á la república consolidarse por medio de la prudencia y del derecho, ya que me es ahora mas dulce el destierro, porque sé que es voluntario.

Recibid mi querido señor Vieillard, el sentimiento de mi sincera amistad.—Napoleon Luis.»

La voluntad nacional se habia manifestado ya asaz enérgicamente para que se pensase en anular la eleccion; pero las pasiones facciosas saludaron el nombre de Napoleon con la esperanza de convertirle en pretesto para turbar el órden. Sacrificóse pues nuevamente el príncipe, conforme lo demuestra en la siguiente protesta que dirigió el 11 de junio al presidente de la Asamblea:

«Señor presidente: partia para mi destino, cuando supe que mi eleccion servia de pretesto para cometer deplorables disturbios y funestos errores.

No he buscado el honor de ser representante del pueblo, porque ya sabia las injuriosas sospechas de que seria objeto al intentarlo; mucho

menos buscaré aun el poder; solo os diré que si el pueblo me imponia deberes, sabria cumplirlos.

Desapruebo altamente la conducta de aquellos que me suponen intenciones que no tengo: mi nombre es un símbolo de órden, de nacionalidad, de gloria, y veria por lo tanto con el mas vivo dolor, que sirviese para aumentar las turbulencias y los trastornos de la patria. Para evitar semejante desgracia, me quedaré si preciso es, para simpre en el destierro; porque estoy pronto á soportar gustoso todos los sacrificios, si de ellos depende la felicidad de la Francia.

Dignaos, señor presidente, comunicar esta carta á la Asamblea. Así mismo os remito una copia del escrito que he dirigido á los electores, dándoles las gracias por la confianza que en mi depositaban. Recibid, etc.—Firmado: Luis Napoleon Bonaparte.»

El 15 de junio remitió el príncipe su dimision concebida en estos términos:

«Señor Presidente: con noble orgullo me ví elegido representante del pueblo en Paris y en otros tres departamentos. Consideraba aquella prueba de alta confianza como una reparacion hecha á los treinta años de destierro y los seis de cautiverio que he sufrido; pero las sospechas injuriosas que ha hecho nacer mi eleccion, los disturbios á que ha dado pretesto y la hostilidad del poder ejecutivo, me imponen el deber de renunciar á un honor que se cree obtenido por medio de la intriga.

Deseo el órden y el sostén de una república prudente, grande y sabia, y yo que involuntariamente favorezco el desórden, pongo no sin dolor, mi dimision en vuestras manos.

Espero que en breve renacerá la calma, y que podré á la sazon entrar en Francia como el mas humilde de los ciudadanos, ya que soy uno de los mas interesados en el reposo y en la prosperidad de mi pais. Recibid, etc.—Firmado: Luis Napoleon Bonaparte.»

Pocos dias despues supo tambien el príncipe, que acababa de nombrarle la Córcega uno de sus representantes; por lo que remitió de nuevo su dimision, aunque haciendo en ella algunas reservas para el porvenir.

«Sin renunciar, decia, al honor de ser un dia representante del pueblo, creo deber abstenerme de entrar en mi patria, hasta que mi presencia en Francia no pueda, de modo alguno, servir de pretesto á los enemigos de la república. Quiero que mi desinterés pruebe la sinceridad de mi patriotismo; quiero que los que me acusan de ambicion se convenzan de su error.»

Pero ya lo hemos dicho: la segunda eleccion del mes de setiembre no dejaba ya ninguna duda acerca de la votacion popular. El 26 de se-

tiembre se presentó el príncipe como representante en la Asamblea, donde hizo en estos términos su profesion de fé política:

« En voz alta necesito manifestar aquí desde el primer dia que me es permitido sentarme entre vosotros, los verdaderos sentimientos que me animan. ¡ Por último despues de treinta y cuatro años de proscripcion y destierro, puedo recobrar mi patria y todos mis derechos de ciudadano!

A la república debo esta felicidad; reciba pues la república mi juramento de gratitud y adhesion, y sepan los generosos patriotas que me han llevado á este recinto, que me esforzaré en justificar sus sacrificios cooperando con vosotros al sostén de la tranquilidad, primera necesidad del pais, y al desenvolvimiento de las instituciones democráticas que el pueblo con tanto derecho reclama.

Por espacio de mucho tiempo no me ha sido posible consagrar á la Francia mas que las meditaciones del destierro y del cautiverio; pero ya que hoy se me ha abierto el camino que con tanta gloria estais recorriendo vosotros, recibidme, queridos cólegas, en vuestro seno, con el mismo sentimiento de grata confianza que á el me conduce. Mi conducta, siempre inspirada por el deber, siempre animada por el respeto á la ley, demostrará á pesar del embate de las pasiones que han procurado denigrarme para proscribirme de nuevo, que nadie hay aquí mas resuelto que yo á sacrificarse en defensa del órden y en el afianzamiento de la república. »

Ved de que modo á un tiempo mismo se levantaba la estrella imperial en tres puntos distintos, puesto que aquel gran nombre recibia el mismo homenage en Paris, en Yonne y en el Charente inferior. Todos los campesinos del Saintonge, arrastrados de improviso por un sentimiento comun, rasgaron sus papeletas, inscritas ya, para sustituir en ellas el nombre fascinador de los Césares, el nombre de un desconocido. Los operarios de Paris, los trabajadores de los talleres nacionales, todos aquellos hombres en fin, á quienes se pretendia fascinar con el orgullo y la pereza, y que mas de una vez durante muchos años se amotináran contra toda autoridad, borraron de la lista que les habia sido entregada el nombre que menos simpatía les merecia, incluyendo en su lugar el nombre de Luis Napoleon Bonaparte.

Así, que se procuró colocar al sobrino de Napoleon sobre un pedestal levantado neciamente por sus mismos enemigos; obligándole á fuerza de acusaciones á convertirse en pretendiente. Cuando fué preciso hablar, lo hizo Napoleon con aquel tacto y franqueza que se le ha visto usar en todas las situaciones políticas; aceptó en voz alta aquella candidatura que se le imputaba como crímen, y que solo se lograba hacer mas popular procurando denigrarlo.

El dia 26 de octubre subió á la tribuna y pronunció el siguiente discurso:

« ¡ Qué poco me conocen los que me acusan de ambicioso! Si un deber imperioso no me obligára á permanecer entre vosotros, si la simpatia de mis conciudadanos no me consolase de la animosidad de algunos ataques y hasta de la impetuosidad de algunas defensas, echaria de menos el destierro desde el primer momento de encontrarme aqui.

¡ Se acusa mi silencio! Solo á muy pocos es dado poder levantar aquí una voz elocuente en defensa de las ideas justas y sanas. ¿ Por ventura no hay mas qué un modo de servir al pais? Lo que el pais necesita, ante todo, son actos; lo que necesita es un gobierno firme, inteligente y previsor, que piense mas bien en curar los males de la sociedad que en vengarlos; un gobierno que se ponga al frente de las ideas verdaderas para rechazar de este modo, mil veces mejor que con las bayonetas, las teorías que no están basadas en la esperiencia y la razon.

Ya se que se pretende sembrar mi camino de espinas y de abrojos; pero sabré evitarlos, siguiendo, como siempre, la línea de conducta que me he trazado, sin que turben nunca mi marcha ni la inquietud ni la irritacion; porque nada bastará á turbar mi sosiego ni hacerme olvidar mis deberes. No tengo mas que un objeto; merecer la estimacion de la Asamblea, y con ella la de todos los hombres de bien, y la confianza de ese pueblo magnánimo, al que se trató ayer con tanta ligereza.

Declaro pues á todos lo que intenten organizar contra mi un sistema de provocacion, que no contestaré en lo sucesivo á ninguna interpelacion, ni á ninguna de las alusiones que se me puedan hacer para obligarme á hablar cuando quiero callarme; y que escudado con mi conciencia, permaneceré sereno en todos los ataques, impasible en todas las calumnias. »

Parte de la Asamblea acogió aquella declaracion leal con entusiastas aclamaciones, y parte con un silencio lleno de despecho y de amargura.

Pero la eleccion de Luis Napoleon para la presidencia de la república, estaba ya de antemano asegurada, á pesar de todos los esfuerzos del partido democrático por evitarlo; calumnias infames, sátiras ridículas, folletos oficiales, intrigas, todas las armas fueron consideradas de buena ley para atacarle é impotentes para vencerle.

En 4 de noviembre estaba ya la constitucion definitivamente adoptada; y la eleccion de presidente fijada para el 10 del propio mes, siendo infinitos los candidatos que se presentaban. Sin embargo, dos tan solo, entre tantos, eran los que tenian probabilidades, ó mejor la seguridad del triunfo; á saber: el general Cavaignac, candidato de la Asam-

blea y de la faccion esclusiva de los republicanos moderados, aceptado por un gran número de hombres de órden, no por sus principios, sino á pesar de ellos; y Luis Napoleon, candidato natural de todo el que queria la grandeza y la libertad del pais, y la autoridad en poder de un solo hombre y no en el de un partido.

El 27 de noviembre publicó el príncipe su manifiesto, cuyo documento notable creemos deber reproducir aquí.

Manifiesto de Luis Napoleon Bonaparte á sus conciudadanos.

Por arrancarme del destierro me nombrasteis representante del pueblo; y poco antes de elegir el primer magistrado de la república, os acordasteis de mi nombre como símbolo de órden y seguridad.

Esos testimonios de una confianza tan honrosa, ya se que son debidos mas bien á mi nombre que á mi persona, puesto que yo nada he hecho en favor de mi pais; pero cuanto mas la memoria del emperador me protege é inspira vuestros sufragios, tanto mas obligado me siento á haceros conocer mis sentimientos y mis principios. Preciso es que reine la mayor claridad posible entre vosotros y yo.

No soy un ambicioso que sueñe tan pronto con el imperio y la guerra, como con la aplicacion de teorías subversivas; sino un hombre que educado en paises libres y en la escuela de la adversidad, sabré ser siempre fiel á los deberes que me impusieron vuestros sufragios.

Si fuese nombrado presidente no retrocederia ante ningun peligro, ante ningun sacrificio, por defender á la sociedad tan audazmente atacada; sabria sacrificarme gustoso, sin ninguna mira interesada, al afianzamiento de una república sábia por sus leyes, honrada por sus intenciones, grande y fuerte por sus actos.

Cifraria toda mi felicidad en dejar á mi sucesor, trascurridos los cuatro años, el poder asegurado, la libertad intacta, un progreso real por todos reconocido y alcanzado.

Cualquiera que sea el resultado de la eleccion, me inclinaré ante la voluntad del pueblo, y mi apoyo pertenecerá siempre á todo gobierno justo y firme que restablezca el órden en los ánimos y en las cosas; que proteja eficazmente la religion, la familia, la propiedad, bases eternas de todo estado social; que haga todas las reformas posibles, calme todos los odios, reconcilie los partidos, y que permita á la patria inquieta poder pensar en mañana.

Restablecer el órden, es rehabilitar la confianza, atender por el crédito á la insuficiencia pasagera de los recursos, es restaurar la hacienda.

Protejer la religion y la familia, es asegurar la libertad de cultos y la libertad de enseñanza.

Protejer la propiedad, es sostener la inviolabilidad de los productos de todos los trabajos, es garantír la independencia y la seguridad de la posesion, fundamentos indispensables de la libertad civil.

Con respecto á las reformas posibles, hé aquí las que me parecen mas urgentes:

Admitir todas las economías, que sin desorganizar el servicio público, permiten la rebaja de los impuestos mas onerosos al pueblo, alentar las empresas, que desenvolviendo las riquezas de la agricultura, puedan ocupar en Francia y en Argelia todos los brazos que están sin trabajo; atender á la vejez de los trabajadores por medio de instituciones previsoras; introducir en nuestras leyes industriales las mejoras que tiendan, no á arruinar el rico en provecho del pobre, sino á fundar el bienestar de cada uno en la prosperidad de todos; encerrar en justos limites el número de empleos que dependen del poder, y que convierten á menudo á un pueblo libre en un pueblo de pretendientes.

Evitar esa tendencia funesta que arrastra al Estado á ejecutar por sí mismo lo que podrian hacer mucho mejor que él los particulares. La centralizacion de los intereses y de las empresas está en la naturaleza del despotismo; la naturaleza de la república rechaza al monopolio.

Finalmente, preservar la libertad de imprenta de los dos escesos que la comprometen siempre: la arbitrariedad y su propia licencia.

Por medio de la guerra no lograremos nunca el alivio que reclaman nuestros males; por lo tanto, debe ser siempre la paz el mas ardiente de todos nuestros deseos. La Francia, en la época de la primera revolucion, fué guerrera porque se la obligó á serlo: á la invasion contestó con la conquista; pero hoy que no se vé provocada, puede consagrar sus recursos á mejoras pacíficas, sin renunciar á una política leal y resuelta. Una gran nacion debe callarse, ó no hablar nunca en vano.

Pensar en la dignidad nacional, es pensar en el ejército, cuyo patriotismo tan noble y desinteresado, ha sido no pocas veces desconocido. Preciso es, que sosteniendo las leyes fundamentales que constituyen la fuerza de la organizacion militar, se procure aligerar en lo posible el enorme peso de la quinta. Es indispensable asegurar no solo el presente y el porvenir de los oficiales, si que tambien el de los sargentos, cabos y soldados, que se han sacrificado por mucho tiempo sirviendo á la patria; porque todos ellos son igualmente dignos de una existencia asegurada.

La república debe ser generosa y tener fé en su porvenir; yo que se lo que es el destierro y el cautiverio, solo suspiro por el dia en que podrá la patria sin peligro hacer cesar todas las proscripciones y borrar las últimas huellas de nuestras discordias civiles.

Tales son, queridos conciudadanos, las ideas que serian mi norte en el poder, si me llamabais á la presidencia de la república.

La empresa es difícil, la mision inmensa, ya lo sé, pero no desespero de poder cumplirlo, invitando á que me secundan á los hombres de todos los partidos, capaces de dirigir la opinion por su alta inteligencia y por su probidad.

A mas de que, siempre que se tiene el honor de regir los destinos del pueblo francés, hay un medio infalible para obrar el bien, ese medio es querer practicarlo.

27 de noviembre de 1848. »

El señor de la Gueronniere observa en su Retrato político del príncipe, que por deferencia, mas bien que por gusto, creyó Luis Napoleon deber consultar en aquella época, á dos de los hombres mas influyentes en la opinion pública, tales eran los señores Thiers y Emilio de Girardin. Mr. Thiers fué el primero de acudir; y tachó esta frase: « Cifraré mi honor en dejar á los cuatro años al que me suceda, el poder asegurado, la libertad intacta, un poder real por todos reconocido y alcanzado. »

— « ¿ Qué vais á hacer ? esclamó Mr. Thiers ; borrad, borrad esa frase imprudente: evitad los compromisos de esta especie. Nada prometais: ¡ encerraos en la mas completa reserva! »

Luego contenia aun el manifiesto la frase siguiente: « La república debe ser generosa y tener fé en su porvenir; yo que sé lo que es el destierro y el cautiverio, solo suspiro por el dia en que podrá la patria sin peligro, hacer cesar todas las proscripciones y borrar todas las huellas de nuestras discordias civiles. »

— « ¡ Hé ahí una nueva imprudencia! esclamó Mr. Thiers. ¡ La amnistía, cuando humea todavía la sangre de junio ! La clase media clamará justicia ! ! Conviene ser generoso, pero ante todo es preciso ser hábil!

¡ La habilidad ! fué la última palabra que profirió el inspirador funesto de la coalision monárquica. Llegó despues Mr. de Girardin.— « ¿ Qué tal os parecen ? le dijo el príncipe despues de haber leido aquellos dos documentos.

— Que este, dijo el redactor de la *Presse*, señalando el manifiesto del príncipe, es verdadero como la naturaleza, al paso que el otro es pálido como una copia calcada tras un cristal. Presentaos tal cual sois; eso es lo que mas os conviene. »

Ya de antemano estaba el príncipe resuelto á lo mismo: lanzó su manifiesto, y todo el mundo sabe cual fué su inmenso efecto.



LA ELECCION DEL 10 DE DICIEMBRE.



Quién no recuerda aun con emccion aquel magnífico aspecto que ofrecia todo un pueblo, levantándose unánime para elegir por gefe al sucesor del nombre de Napoleon! Las poblaciones enteras con el placer en el rostro y la esperanza en el corazon, se dirigian en un hermoso dia del mes de diciembre á las urnas; casi todos los pueblos, precedidos por el alcalde y demás cuerpo municipal, marchaban, con el párroco á la cabeza los mas de ellos, á votar como si se dirigiesen á una fiesta nacional, llevando en sus sombreros y en la bandera tricolor el nombre mágico que conmovia á la Francia toda.

En 20 de diciembre se publicó oficialmente el resultado de las elecciones; pero ya desde el primer dia habia revelado el instinto del pais, que mas bien que una eleccion, era aquel acto una proclamacion solemne.

Luis Napoleon acababa de obtener en su favor cinco millones, cuatrocientos treinta y cuatro mil, doscientos veinte y seis votos, cuando el número de votantes solo ascendia á siete millones trescientos veinte y siete mil, doscientos cuarenta y cinco. ¿Tenemos necesidad de demostrar el sentido de aquella eleccion formidable qué de tal modo espresaba el voto del pais?

¿Podia ser aquello exaltacion pasagera ó entusiasmo irreflexivo? No; porque sabido es que la eleccion se hizo con una unanimidad fria y resuelta, sin manifestaciones, sin gritos, sin ninguna clase de demostraciones esteriores. La Francia no obedecia solamente á la poderosa voz del recuerdo y á los sueños de su pasada gloria, sino á su propia razon; se decia á sí misma que para poder ser contenida en el borde del abismo á que estaba abocada, necesitaba una mano diestra y robusta que no hubiese cometido ningun esceso, una mano que no hubiese sostenido á la monarquía, ni que tampoco hubiese contribuido á levantar las barricadas de la revolucion; conveníale además un nombre que representase la soberanía popular en su sentido verdadero, un nombre que no tuviese ya ninguna gloria que adquirir, un nombre, en fin, que pudiese á todos servir de bandera.

Luis Napoleon fué elegido, con lo que quedaron una vez mas realizadas estas hermosas palabras del emperador:

« Cuando se manifiestan una deplorable debilidad y una inconstancia sin límites en los consejos del poder, cuando los ciudadanos mas moderados convienen en que el Estado carece de gobierno, cuando una vaga inquietud se apodera de todos los ánimos, la sociedad se agita por su conservacion, y dirigiendo á todas partes sus miradas, parece buscar á un hombre que pueda salvarla. Basta que dé aquel salvador tan impacientemente esperado una señal de existencia, para que el instinto nacional le adivine y le llame, para que á su vista se allanen todos los obstáculos y para que un gran pueblo se diga volando á su paso: Héleahí. »

Y sin embargo, se vió la situacion del gobierno en un principio rodeada de dificultades sin número. Desde su llegada á la fonda del Rin, plaza de Vendoma, se vió el príncipe obligado á contar con los representantes parlamentarios de los antiguos partidos. Nombrado ya emperador en el fondo de los corazones, no era Luis Napoleon en realidad mas que el presidente de una república odiosa á la Francia, estraña á sus costumbres y traidoramente servida por los hombres politicos de las dos monarquías caidas.

Segun el comité de la calle de Poitiers, el nombre del príncipe era la salvaguardia de una mayoría orleanista y legitimista; se consentia en asociarse á todas las medidas de salvacion cuya popularidad pudiese recaer sobre los gefes de los antiguos partidos; pero en el fondo, se observaba aquella accion pasiva que definia Mr. Thiers de este modo: la política de los brazos cruzados. Los antiguos partidarios querian que el presidente se encargase de vencer en su provecho las dificultades de la situacion, sin prestarle ellos por su parte ningun apoyo.

Desde la eleccion del presidente, todos los hombres políticos adictos al antiguo órden de cosas, habian declinado el honor de entrar en los consejos del gobierno; así, que todas las combinaciones fracasaron sucesivameute, no solo por la denegacion de los Señores Thiers, Molé y Berryer, si que tambien por la de otros hombres notables, aunque secundarios, que es inútil nombrar aquí.

La fuerza de las cosas hizo que el presidente gobernase solo, si bien apoyándose en la mayoría, por mas que no recibiese de ella otro apoyo que el de una cooperacion puramente legislativa. El pais se encontró de hecho felizmente sustraido á la influencia de las antiguas combinaciones parlamentarias y á las luchas contínuas que habrian acabado por perder á la república, así como habian perdido ya á la última monarquía. Dióse á todos los negocios una direccion conforme y única, que si bien al principio fué objeto de resistencias secretas, no tardó en merecer, atendidos sus resultados, la aprobacion general.

Desde el primer dia de la presidencia, Mr. Thiers, gefe de la coalision monárquica, creyó, ó procuró hacer creer, que se habia hecho una especie de pacto entre los partidos, segun el cual, se obligaba cada uno de ellos á no hacer ningun acto que pudiese procurar á la Francia la seguridad que tanto necesitaba. Por ese pacto, dijo, los partidos monárquicos y republicanos se obligaban á conservar su posicion respectiva, escepto el dia en que cuenten ambos con probabilidades de éxito, por poder entre sí disputarse el poder. Asi pues, la presidencia solo habria sido un armisticio, durante el cual se hubiera organizado la guerra civil.

El elemento con que no se contaba en este plan, era justamente el que debia hacerle fracasar, era el príncipe, aclamado por la Francia; puesto que solo se consentia en tolerarle como gobierno provisional bastante cómodo y el mas á propósito para tolerar las intrigas de todos los partidos.

« La presidencia de Luis Napoleon, decia cierto personaje, es para nosotros un puente levantado entre la república y la monarquia. »

« La república, decia Mr. Thiers, es lo que menos nos separa ó divide. » ¡Primera precaucion tomada contra el imperio!

Apenas se supo el resultado de la eleccion del 10 de diciembre, pidieron los partidos á voz en grito la disolucion de la Asamblea; segun ellos, por ser el poder legislativo útil, legítimo y respetado, debia marchar unido con el poder ejecutivo. Los principales periódistas de los departamentos, reunidos en una asociacion conocida bajo el nombre de *Congreso de Tours*, manifestaron en una nueva sesion celebrada en Paris, la esperanza de que « cediendo la Asamblea nacional al voto del pais, comprenderia la necesidad de evitar todo compromiso al nuevo gobierno, y que se retiraria para regresar despues con mayor confianza y robustecida por los nuevos sufragios de la nacion. »

Ya se vió con cuanto ardor los periódicos legitimistas y orleanistas sostuvieron este tema; siendo innegable que en el fondo tenian razon. La eleccion pacífica, regular y nacional del 10 de diciembre, anulaba, en efecto, las elecciones revolucionarias del mes de abril de 1848, porque el pais habia creado sucesivamente dos poderes inconciliables, y le correspondia por lo mismo restablecer el acuerdo que habia de reinar entre ellos, por medio de nuevas elecciones generales. Formar una asamblea conforme en un todo al gobierno del presidente de la república, y decidida á apoyarle siempre en el terreno del órden, de la legalidad y de la conciliacion, fué el resultado que dieron las elecciones del 13 de mayo de 1849.

En uno de los dapartamentos del Oeste, se vió á un candidato de la estrema derecha, á un legitimista puro, hacer pintar una águila con las alas desplegadas por encabezar su profesion de fé política.

Hechos eran estos verdaderamente significativos.

Sin embargo, no omitieron sus consejos los intrigantes de los antiguos partidos; aquellos mismos, que arrastrados por la caida suprema de la monarquía constitucional, parecian deber participar de sus pasiones y de sus esperanzas, eran los que le volvian mas fácilmente la espalda. El mismo ministro caido de Luis Felipe, Mr. Guizot, hablaba cierto dia con dos hombres políticos, adicto uno de ellos al partido bonapartista, y partidario ardiente el otro de la dinastía de Orleans, sin que titubease en reconocer la mision del príncipe, si bien la consideraban provisional. Sin embargo, añadió luego el ex-ministro volviéndose hácia el bonapartista: « esa mision provisional puede ser muy larga, » y dirigiéndose despues al orleanista añadió: « puede durar siempre, sino sois prudentes. »

Entretanto el príncipe, objeto de tantas esperanzas y de tantos odios, aguardaba con aquella paciencia enérgica que le caracteriza, fijando la vista en los hombres que le rodeaban sin entregarse á ninguno de ellos. En breve fué aquella reserva interpretada: se negó al príncipe la elocuencia, el conocimiento de la lengua francesa y hasta el talento. Hé

aquí lo que contestaba él sonriendo á sus amigos: «Dicen que soy torpe y terco; en cuanto á lo primero, es muy posible, puesto que creí un dia con sobrada facilidad à los que me tenian por hombre de talento y me prestaban dinero; tambien es muy posible que sea terco, pero en este caso procuraré serlo tanto en hacer bien, como tercos son ellos en obrar el mal.»

El resultado mas brillante que dió la eleccion del 10 de diciembre, fué el de sofocar la revolucion violenta, fraguada en Austria, Prusia é Italia por las minorias. El ensayo de independencia italiana, separado de su verdadera senda por la ambicion de Cárlos Alberto y por las revoluciones demagógicas de la Jóven Italia, solo habia contribuido á la derrota del Piamonte y dado lugar al odioso ataque dirigido en Roma contra el mas virtuoso de los pontífices. Rechazada la democracia en todas partes, iba cada dia perdiendo terreno, á medida que iban asegurándose mas y mas en Europa todos los poderes.

El fallo mas severo que pueda dar la historia contra la conmocion profunda que estremeció á la Europa en 1848, es presentar el cuadro de los esfuerzos hechos por todos los gobiernos, secundados por sus mismos pueblos, para borrar las huellas y reparar las ruinas que amontonó la revolucion. Al estupor causado por la repentina esplosion del incendio, al terror de las naciones amenazadas en su existencia, sucedió un ódio general contra el peligro que acababa de vencerse; se reparó con furor, se restauró con rabia; puede decirse que fué aquella reaccion universal, á la vez, una necesidad y un peligro. Ya no era en nombre de un partido político, y si en nombre de una necesidad social que se daba cima á aquella empresa de verdadera reparacion universal. Era aquella necesidad, la de la propia conservacion; hé aquí porque el gran partido que se formó entonces en Francia y en Europa, no tuvo ningun nombre teórico: fué solo un partido conservador.

De todos modos debia el gobierno del presidente seguir la única senda reparadora abierta ante sus ojos. El honor y la fuerza del príncipe Luis Napoleon, consistieron en separarse de los antiguos partidos, que le iniciaban en la vida política las palabras y las faltas de aquella obra necesaria. Destinado por la Providencia á regir los destinos de un gran pueblo, [tiempo bastante le quedaba al príncipe para construir definitivamente el nuevo edificio, sin necesidad de comprometer el porvenir.

Casi en todos los puntos de Europa se vió en 1848 la revolucion victoriosa; pero parecia que su triunfo de un dia, solo debiese á una mala inteligencia su razon de ser. El entusiasmo que esperimentaba la jóven Europa por el liberalismo constitucional, la habia arrastrado hácia la democracia por una pendiente rápida; y la democracia á su vez la arrastraba hácia una disolucion social, tras la que solo reinaba el caos.

Por su parte la Europa, se negaba á resolver el terrible problema del esfinge político, y hé aquí porque en su deseperacion, la vimos arrojarse en brazos del único sistema que hasta entonces le procurára la paz, el órden, la seguridad y el porvenir. En todas partes, con razon ó sin ella, la idea democrática, por un instante en pie, se habia identificado con la rebelion contra toda autoridad, contra toda creencia, contra toda tradicion; con el déficit en las rentas, con el aumento en los impuestos y con la guerra civil. Así, que por una contradiccion que nunca se habia manifestado tan claramente, los excesos de la libertad no engendraron mas que el despotismo. Solo una autoridad quedó en pie en medio del general trastorno, que fué á la que debió la sociedad su salvacion; y no fué aquella autoridad, ni la de los reyes, ni la de los príncipes, sino la autoridad militar: solo allí donde se refugiára el espíritu de obediencia, pudieron encontrarse la fuerza, y la vida.

Pero si el espíritu de libertad se habia confundido con el espíritu de desórden, tendia tambien por su parte el espíritu monárquico á manifestar mas cada dia sus instintos de reaccion y despotismo.

He aquí los dos escollos en que se veia colocado el príncipe desde los primeros dias de su advenimiento al poder; pero tenia en su ausilio una luz de que carecian la demagógia, locamente progresiva, y las monarquías reaccionarias: sabia por la historia misma de la idea napoleónica, cual era el valor de la autoridad apoyada en su base verdadera, en la eleccion popular asegurando el derecho de sucesion. Y lo sabia por habérselo hecho comprender desde un principio el estraño espectáculo presentado por la nueva Francia.

La historia interior de la Francia, no era, en efecto, desde 1814, mas que la historia de un gran pais que se defiende contra sus instituciones; hé aquí porque hacia mucho tiempo que necesitaba la Francia reposo, autoridad y seguridad; pues no le habia sido posible procurárselos despues de una derrota nacional. Lanzada rápidamente desde la cumbre de una pendiente sin límites, habia rodado desde la monarquia bastarda de julio á la república inesperada del 24 de febrero; y despues de haberse asido de la república sendo legal del 14 de mayo, acabó por comprender y realizar sus deseos con la eleccion del 10 de diciembre. En medio de aquella marcha forzosa, iluminada por los siniestros resplandores de las insurrecciones del 15 de mayo, 25 de junio, 29 de enero y 13 de junio, habia olvidado la Francia insensiblemente aquellas convicciones tenaces y aquella constancia en su fé política, que tanto distinguia á todos los partidos en las épocas de prosperidad pública. A pesar de una repulsion profunda, la forma republicana habia sido por último aceptada como objeto comun de esperanzas aplazadas y de temores presentes.

Para el partido moderado, esto es, para la gran mayoría de la nacion, era considerada la república de hecho como una transicion, como una cosa necesariamente aceptada. « Es lo que menos nos divide, » decia Mr. Thiers y tenia razon; pero ¿qué sucederia cuando las fracciones del partido moderado tratasen de salir de aquel centro comun y de abrirse un camino hácia su propio principio?

Fácil era preveerlo. Cada cual habia interpretado á su modo y segun sus deseos, el movimiento inaugurado por la opinion pública en 10 de diciembre, sin que nadie tuviese el derecho de hacerlo con mas autoridad personal que el príncipe presidente; y no obstante, se habia visto desde entonces aislado en medio de los elementos diversos en que se hallaba. En tal situacion, eligió un gobierno compuesto de los hombres mas eminentes de todas las opiniones conservadoras. Véase, sino, la formacion del gabinete.

Señor Odilon Barrot, presidente del consejo con la cartera de gracia y justicia; Rulhieres, ministro de la guerra; Maleville, ministro del interior; Passy, hacienda; Drouyn de Lhuis, negocios estrangeros; Lacrosse, obras públicas; de Falloux, instruccion pública, Bixio, comercio; de Tracy, marina.

Como se vé, era aquel paso un ensayo de conciliacion, pero que demostraba al propio tiempo todo lo que habia de provisional en la situacion política.

El primer indicio de un pensamiento propio y esclusivo del príncipe, se encuentra en la siguiente carta dirigida por el presidente de la república al ministro del interior, Mr. Leon de Maleville.

« Señor ministro: He preguntado al prefecto de policía, si recibia alguna vez informes acerca de la diplomacia; y despues de haberme contestado afirmativamente, ha añadido que os habia remitido ayer copia de un despacho sobre Italia. Ya comprendereis que esos despachos deben serme remitidos inmediatamente, debiéndoos yo demostrar por mi parte el descontento que me causa vuestro retardo en comunicármelos.

Os suplico igualmente me remitais los diez y seis cuadernos que os he pedido; pues quiero tenerlos el jueves (contenian la relacion de los hechos ocurridos en Strasburgo y Boloña). Tampoco quiero que el ministro del interior redacte los artículos que me son personales; ya en tiempo de Luis Felipe no era esto incumbencia del ministro, y así debe ser ahora. »

En efecto, embebido aun el ministro en sus ideas y costumbres constitucionales, habia procurado desde el primer dia anular la personalidad del presidente; pero este á su vez le demostraba la inauguracion de un nuevo órden político. Habian pasado ya aquellos tiempos del famoso

axíoma : el rey reina y no gobierna, y el señor de Maleville, como todos los antiguos parlamentarios, aparentaba olvidar que era el presidente responsable en virtud de la nueva constitucion.

Tal fué la primera palabra del gefe de la Francia. Aquella carta significativa, escrita á los siete dias de su primera administracion, ocasionó la retirada del señor de Maleville, al que sucedió en el ministerio Mr. Leon Faucher.

Para el que sepa leer, se encuentra el segundo indicio de un pensamiento inmutable, en una carta que escribió el príncipe en 10 de abril á su primo, el príncipe Gerónimo Napoleon; notábase en ella la frase siguiente:

« Bastante me conoces, y por lo mismo debes saber, *que nunca sufriré el ascendiente de nadie,* y *que procuraré gobernar constantemente en interes de las masas y no en el de un partido.* »

Tal fué la segunda advertencia dada por el príncipe á los políticos de la monarquía.

Continuemos siguiendo este camino y haciendo notar las etapas del pensamiento imperial. Habia sido resuelta la espedicion de Roma. Una emboscada odiosa causó una gran pérdida al ejército francés frente á los muros de la ciudad eterna. La Asamblea constituyente en su agonía, llegó á olvidar todo sentimiento de honor y de dignidad nacional, al tomar, en 7 de mayo, por trescientos veinte y ocho votos contra doscientos cuarenta y uno, la resolucion siguiente:

« La Asamblea nacional invita al gobierno á tomar sin dilacion las medidas necesarias para que la espedicion de Italia no tenga que distraerse por mas tiempo del objeto á que estaba destinada. »

No podia el príncipe aceptar esta vergonzosa retirada; así pues, contestó á ella publicando la siguiente carta, que dirigió en aquella fecha al general Oudinot:

« Mi querido general: el parte telegráfico anunciando la resistencia imprevista que encontrasteis en los muros de Roma, me ha afectado en gran manera. Esperaba, como sabeis, que abriendo los habitantes de Roma los ojos á la evidencia, recibirian con entusiasmo á un ejército que iba á cumplir cerca de ellos una mision benévola y desinteresada; pero ha sucedido todo lo contrario, siendo recibidos nuestros soldados como los mas encarnizados enemigos. Nuestro honor militar está pues empeñado, y no toleraré que sufra un menoscabo; no os faltarán cuantos refuerzos podais necesitar. Decid á vuestros soldados que aprecio su bravura y participo de sus penalidades, y que podrán contar siempre con mi reconocimiento y mi apoyo.

« Recibid, mi querido general, la seguridad de mis afectuosos sentimientos. »

Por su parte el general Changarnier dirigia á las tropas de su mando la siguiente órden del dia :

«Oficiales, sargentos y soldados : Ya habeis visto en los periódicos la carta dirigida por el presidente de la república al gefe de las tropas que han combatido tan bizarramente, aunque sin resultado, frente á los muros de Roma ; pues bien, el general en gefe quiere que todo el ejército tenga conocimiento de ella.

«Aquella carta ha de contribuir á aumentar aun la adhesion de las tropas al gefe del Estado, por contrastar admirablemente con el lenguage



de los hombres, que léjos de alentar á los soldados franceses que están en frente del enemigo, quisieran infundir el desaliento en sus filas por una desaprobacion.»

Una palabra sobre el general Changarnier. Al dia siguiente de la toma de posesion, puso el príncipe á las órdenes del general Changarnier todas las fuerzas que componian la primera division militar, siendo la conducta del general en la jornada del 29 de enero de 1849, digna en un todo del hombre á quien estaba confiada la seguridad de Paris. Desde aquel dia y ante un motin sin importancia, escitado por los gefes del partido socialista, pudo Luis Napoleon descubrir todos sus ridículos enemigos, y todos sus hipócritas amigos ; pero no quiso pronunciar la palabra que debia á todos arrancarles la máscara. Habria podido proclamarse emperador ; con todo, quiso antes que la Francia se convenciese de la impotencia de los partidos.

La Asamblea legislativa se habia constituido á principios de junio; y recibió ya el 6, este mensaje del presidente de la república, en el que se notaba una energía digna y un patriotismo sincero: era un lenguaje enteramente nuevo; hé aquí sus párrafos mas notables:

« Mi eleccion para la presidencia de la república habia hecho nacer esperanzas que no han podido verse realizadas aun todas ellas.

Hasta el dia que os reunisteis en este recinto, no gozó el poder ejecutivo de la plenitud de sus prerogativas constitucionales; siéndole muy difícil en semejante posicion adoptar una marcha segura.

Sin embargo, he sabido cumplir todo cuanto decia en mi manifiesto.

¿Sabeis lo qué me empeñé á cumplir cuando acepté los sufragios de la nacion? Me obligué á defender la sociedad audazmente atacada; á consolidar una república sábia, grande y digna; á proteger la familia, la religion y la propiedad, á hacer todas las mejoras y economías posibles; á proteger la prensa contra la arbitrariedad y la licencia; á disminuir los abusos de la centralizacion, á borrar las huellas de nuestras discordias civiles; y finalmente, á adoptar en el esterior una política sin arrogancia y sin debilidad.

El tiempo y las circuntancias no me han permitido cumplir todas estas promesas; pero os puedo asegurar al menos, que no he omitido, ni omitiré medio, para hacerlo lo mas pronto posible.

El primer deber del gobierno era consagrar todos sus esfuerzos al restablecimiento de la confianza, que solo puede subsistir bajo un poder definitivo; porque la falta de seguridad en lo presente, y la falta de fé en lo porvenir, destruyen el crédito, disminuyen las rentas públicas y privadas, hacen imposibles los empréstitos y agotan el manantial de la riqueza. »

Cuanto mas fué acogido aquel lenguaje con entusiasmo por los hombres de órden, tanto mas aumentó el ódio de los anárquicos. El gefe del partido de la montaña, Mr. Ledru Rollin, entregó al presidente de la Asamblea un acta de acusacion dirigida contra el presidente de la república y sus ministros. La constitucion ha sido hollada por la espedicion de Italia, decian los demagógos, y era preciso defenderla por *medio de las armas*; aquel lenguaje impropio produjo la intentona del 13 de junio, cuyo resultado fué comprometer en un motin mas ridículo que sangriento, á todos los gefes facciosos que permanecieron hasta entonces ocultos detrás de sus seides.

A la primera noticia de aquella nueva insurreccion, montó el presidente á caballo, logrando con su presencia calmar los ánimos; luego con esta magnífica proclama apeló al fallo de la Francia entera para juzgar aquellos actos:

«Hay por desgracia algunos facciosos que se atreven á levantar aun la bandera de la rebelion contra un gobierno legítimo, puesto que es el resultado del sufragio universal.

Me acusan de haber hollado la constitucion, cuando he soportado durante seis meses, sin conmoverme, sus injurias, sus calumnias y sus provocaciones; hasta la mayoría de la Asamblea, ha sido blanco de sus ultrajes.

La acusacion de que soy objeto no es mas que un pretesto; puesto, que los que me atacan hoy, me perseguian ya con el ódio y la misma injusticia cuando el pueblo de Paris me nombró representante, y cuando me elevó la Francia mas tarde á la presidencia de la república.

Ese sistema de agitacion sostiene en el pais el malestar y la desconfianza que causan la miseria; pero ese funesto sistema ha de cesar para siempre. Tiempo es ya de que los buenos se tranquilicen y que los malvados tiemblen.

Los enemigos mas implacables de la república son esos hombres, que perpetuando el desórden, nos obligan á convertir la Francia en un campamento, y nuestras ideas de mejoramiento y progreso, en preparativos de lucha y de defensa.

Nombrado por la nacion, la causa que defiendo es la vuestra; es la de vuestras familias, de vuestras propiedades, la causa del pobre y del rico, la causa de la civilizacion. No retrocederé ante peligro de ninguna clase por hacerla triunfar.»

Dos dias despues, la revolucion fué tambien vencida en la ciudad de Lion; y el 2 de julio de 1849, entraba el ejército francés victorioso en la ciudad eterna.

Vencida la anarquía en todas sus trincheras, empezaron los demás partidos, hasta entonces aterrados, á levantar la cabeza: se apresuraron los monárquicos á ofrecer una espada de honor al general que habia alcanzado la fácil victoria del 13 de junio. Luego insiguiendo su natural instinto, procuró la coalision legitimista y orleanista crear cada dia nuevos obstáculos que sirviesen cada dia de rémora al partido de la libertad.

Entre tanto recorria el príncipe la Francia, é inauguraba el camino de hierro de Chartres á Angers; procurando en todas partes hacer renacer la calma en los ánimos con su presencia y sus palabras. Siempre encontraba frases oportunas y felices para esplicar y convencer, para patentizar á los ojos de todos sus convicciones. En Saumur elogiaba aquel espíritu militar «que es en los tiempos de crísis la salvaguardia de la patria;» en Angers decia: «Mientras sea presidente de la república, no habrá en Francia ningun partido que gima en la opresion;» en Tours, desechaba la idea de un golpe de Estado diciendo: «No nos hallamos en

el caso de tener que emplear tan heróicos remedios; » y finalmente en Ham, cuya fortaleza habia querido visitar despues de su largo cautiverio, dió á los partidos esta leccion de respeto hácia la autoridad:

« Señor corregidor, la recepcion hecha por vuestros conciudadanos me ha conmovido profundamente; pero creedme, si he venido á Ham, no ha sido por orgullo, y si tan solo por reconocimiento. Deseaba dar gracias á los habitantes de esta poblacion y de sus alrededores, por las pruebas de simpatía que me dieron en mi desgracia.



Hoy, que elegido por la Francia entera, he venido á ser el gefe legítimo de esta gran nacion, no podria vanagloriarme de un cautiverio causado por un ataque dirigido contra un gobierno regular y legalmente constituido. Cuando hemos visto los males sin cuento que llevan siempre en pos de sí, aun las revoluciones mas legítimas, apenas se concibe la audacia de aquel que ha querido asumirse la terrible responsabilidad de un cambio. No me quejo pues de haber espiado aquí mi temeridad contra mi patria por un encarcelamiento de diez años, al contrario, con el mayor placer os propongo en los lugares mismos donde tanto he sufrido, un bríndis en honor de los hombres que han resuelto, á pesar de su conviccion, respetar las instituciones de su pais. »

Señaló el príncipe pocos dias despues su paso por Tours, con un discurso en el que campeaban las mismas ideas, espresadas de un modo no menos esplícito.

« He conocido demasiado la desgracia, decia, por no estar al abrigo de las tentaciones de la prosperidad. Al presentarme entre vosotros no me ha guiado ninguna segunda intencion, y si únicamente el deseo de manifestarme tal cual soy, y no tal cual la calumnia pretende que sea. Se ha supuesto y se supone aun hoy dia en Paris, que el gobierno medita algun plan semejante al del 18 de brumario; pero ¿nos hallamos por ventura ahora en las mismas circunstancias? ¿Han invadido los ejércitos estrangeros nuestro territorio? ¿Acaso se vé hoy desgarrado el seno de la Francia por los horrores de la guerra civil?

¿Hay quizás en nuestros dias ochenta mil familias qué coman el pan amargo de la emigracion, ni trescientas de ellas que estén fuera de la ley por la ley de sospechosos? Y finalmente, ¿por ventura está la ley sin vigor y la autoridad sin fuerza? No, no nos encontramos en circunstancias que autoricen remedios tan heróicos; á mi ver, puede la Francia compararse á una nave, que despues de haber sido combatida por las tempestades, ha podido al fin hallar un puerto mas ó menos seguro, en el que puede echar el ancla. Pues bien, en este caso es preciso reparar la nave, y recomponer sus mástiles ý velámen antes de esponerla nuevamente al furor del mar. »

Nuestras leyes pueden ser mas ó menos defectuosas; pero son todas ellas susceptibles de perfeccionamiento. Confiad pues en el porvenir sin pensar en golpes de Estado ni en insurrecciones: los golpes de Estado carecerian de pretesto, así como las insurrecciones de toda probabilidad de buen éxito: las veriais sofocadas todas ellas en su mismo orígen.»

Tened confianza en la Asamblea nacional, en vuestros primeros magistrados elegidos por la nacion; y sobre todo, contad en la proteccion del Sér supremo, que aun hoy continua protegiendo á la Francia. »

El 18 de abril de 1849 estalló por primera vez la disidencia secreta que existia entre el presidente de la república y la mayoría de la Asamblea. Si bien el príncipe habia querido restablecer la autoridad pontificia en la capital del catolicismo, de ningun modo habia entrado en sus miras el cooperar á la esclavitud del pueblo romano; al contrario, queria se restableciese una prudente libertad, seguida de aquellas útiles reformas que por tanto tiempo habian sido pedidas á los papas desde el año 1815, sin ser nunca alcanzadas. Pero pronto se olvidaron en Roma las promesas hechas y las condiciones impuestas por la Francia. Al ver el principe aquella situacion que tanto comprometia su conducta, escribió la siguiente carta á Mr. Edgardo Ney, encargado de una mision especial cerca de la córte de Roma, desaprobando altamente el sistema de opresion inaugurado por el clero:

« Mi querido Ney: veo con dolor que las intenciones benévolas del Santo Padre, asi como nuestra propia accion, son estériles ante las pa-

siones y las influencias hóstiles; pues se intenta basar el nuevo gobierno constituido en la tiranía y la opresion. Decid de mi parte al general Rostolan que no debe permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa ningun acto que pueda desnaturalizar el carácter de nuestra intervencion.

Por mi parte, resumo de este modo el restablecimiento del poder temporal del papa: *Amnistía general, secularizacion de la administracion, código Napoleon y gobierno liberal.*

Me he considerado personalmente ofendido al leer la proclama de los tres cardenales, y ver que ni siquiera se hacia en ella mencion de la Francia, ni de los sufrimientos de sus valientes soldados.

Todo insulto hecho á nuestra bandera ó á nuestro uniforme, me va recto al corazon, y os encargo demostreis que si la Francia no vende sus servicios, exige al menos que se le agradezcan sus sacrificios y su abnegacion.

Cuando los ejércitos franceses recorrieron los campos de Europa, dejaron en todos ellos como huella de su paso, la destruccion de los abusos feudales y los gérmenes de la libertad: de ningun modo puede permitirse que en 1849, obre otro ejército francés en un sentido enteramente opuesto.

Decid al general que dé en mi nombre las gracias al ejército por su comportamiento; y que he sabido con el mayor disgusto, que ni aun materialmente, se le trataba como correspondia; decidle así mismo que nada debe omitirse para que se trate de un modo digno á las tropas.»

Este lenguaje, en el que se nota toda la nobleza de la independencia personal, produjo un efecto terrible en la mayoría que intentaba reinar definitivamente en nombre de Luis Napoleon; así, que presentó el ministerio su dimision, siendo anunciada aquella crísis á la Asamblea el 31 de octubre por el mensaje siguiente:

El señor presidente.—« En las graves circunstancias que atravesamos, es imposible el acuerdo que debe reinar entre los diferentes poderes del Estado, á no hacerse estos entre sí una esplicacion espontánea y franca, y á no estar animados todos ellos de una confianza mútua.

A fin de dar el ejemplo de esta sinceridad, vengo á demostrar á la Asamblea cuales son las razones que me han obligado á cambiar el ministerio y á separarme de los hombres cuyos eminentes servicios me complazco en declarar, y á los cuales quedaré eternamente agradecido.

Para asegurar empero la república tan sériamente amenazada por la anarquía, para restablecer el órden de un modo mucho mas eficaz del que lo ha estado hasta el presente, y para sostener en el esterior el nombre de la Francia á la altura de su fama, se necesitan hombres que animados de un sentimiento patriótico, comprendan la necesidad de una

direccion única y firme y de una política claramente formulada; que no comprometan el poder por ninguna irresolucion, que estén tan convencidos de mi propia reponsabilidad como de la suya, y de la accion como de la palabra.

Hace muy cerca de un año que estoy dando pruebas de abnegacion que no deben dejar ninguna duda acerca de la rectitud de mis intenciones; es innegable, que sin rencor contra ninguna individualidad ni contra ningun partido, he empleado á los hombres de ideas mas opuestas, aunque sin poder alcanzar los felices resultados que me prometia de aquella reconciliacion; puesto que lejos de lograr por aquel medio la fusion de los partidos, solo me ha procurado una neutralizacion de fuerzas.

La unidad de miras y de intenciones ha sido estorbada, y el espiritu de conciliacion considerado como una debilidad; apenas han sido sofocados los motines, se ha visto ya á los antiguos partidos desplegar su bandera, despertar sus rivalidades y alarmar al pais difundiendo por do quiera la inquietud y la zozobra. En medio de la general confusion, vuelve inquieta la Francia sus miradas hácia el hombre que eligió para regirla en 10 de diciembre; pero la voluntad de ese gefe nada puede sino hay entera comunidad de ideas, miras y convicciones entre el presidente y sus ministros, y sin que la misma Asamblea se asocie á este pensamiento nacional, único que puede salvar la patria:

Puede decirse que en 10 de diciembre triunfó un sistema, porque el nombre de Napoleon es por sí solo todo un programa: significa en el interior, órden, autoridad, religion, bienestar general; así como significa en el esterior dignidad nacional; siendo esa polítita inaugurada el dia de mi eleccion, la que quiero hacer triunfar mediante el apoyo de la Asamblea y del pueblo. Quiero ser digno de la confianza de la nacion, sabiendo sostener la constitucion que he jurado; quiero además inspirar al pais con mi lealtad, mi perseverancia y mi firmeza, una confianza tal, que acabe de una vez con la paralizacion de los negocios y haga renacer la esperanza para lo porvenir. El espiritu de una constitucion ejerce sin duda una grande influencia en los destinos de un pais, pero el modo de observarla la ejerce mayor todavía; la mayor ó menor duracion del poder contribuye eficazmente á la estabilidad de las cosas, y es todo aquello que tienda á asegurar la paz de que tanto necesita la sociedad para llegar á su desenvolvimiento y pujanza.

Levantemos pues á la autoridad de su postracion sin menoscabo de la verdadera libertad; calmemos la ansiedad general domando audazmente las malas pasiones, y dando á todos los nobles instintos una direccion útil. Aseguremos así mismo el principio religioso sin abandonar ninguna de las conquistas hechas por la revolucion, y lograremos salvar al

pais á pesar de todos los partidos y de la imperfeccion de que pueden adolecer nuestras instituciones.»

Hé aquí la formacion del nuevo ministerio: el general de Hautpoul, ministro de la guerra; F. Barrot, ministro del interior; Rohner, gracia y justicia; Begneval, negocios estrangeros; Romain-Desfossés, marina; Aquiles Fould, hacienda; Bigneau, obras públicas; Dumas, agricultura y comercio; y Parrieu, instruccion pública.

A pesar del nombre de república, las costumbres constitucionales habian sobrevivido á la revolucion y á la constitucion republicana; hasta entonces con su prudente contemporizacion, puede decirse, que habia obedecido el príncipe á las exigencias de todos los partidos. Finalmente, descubrió su personalidad, como no podia menos de hacerlo ante inminentes peligros que amenazaban á su gobierno y hasta á la misma Francia, debidos á la trama urdida por los monárquicos; pero el mensage de 31 de octubre debia poner fin á una tutela.

En cuanto á la causa que produjo aquella revolucion, hemos podido ya entreverla en los sordos manejos de los partidos, pero fué tambien en gran parte debida á un hecho reciente y de gravedad inmensa. Mas de una vez se habia intentado ya inducir al príncipe á un golpe de Estado prematuro; pero solo en el mes de marzo de 1849, se pronunció por primera vez claramente la palabra golpe de Estado: la idea pertenecia á los partidarios violentos de las monarquías caidas; y la ejecucion debia ser confiada al general Changarnier. Presentóse este al príncipe pidiéndole una autorizacion escrita para hacer saltar por las ventanas á los diputados; lo que habria sido un 18 brumario efectuado por medio de poderes, reservándose el apoderado sacar de aquella aventura todo el partido posible en provecho propio; apenas se dignó Luis Napoleon contestar al general: su frialdad habria sido muy significativa para cualquiera otro hombre que no hubiese estado, como Changarnier, tan orgulloso de su propio mérito, y que no hubiese sentido tan profundo desden por el de los demás.

Al ver la prudencia con que sabia el príncipe evitar el lazo, se resolvió emplear contra él las mismas armas que se negó á admitir; sustituyendo al proyecto de un golpe de Estado por parte del presidente contra la Asamblea, el de un golpe de estado por parte de la Asamblea contra el presidente. Obligado por las circunstancias, dió el príncipe su último manifiesto, que podia ser considerado como un aviso importante, dado á los intrigantes de todos los partidos.

Diferentes fracciones de la mayoría celebraron á 28 de octubre una sesion en el consejo de Estado, en la que fué discutida la proposicion relativa al llamamiento de las familias reales proscritas; si bien era unánime el sentimiento que reinaba entre aquellas fracciones, fué su

opinion distinta. Preciso es llamar á esos príncipes, decian los unos, porque no tardaremos en necesitarles para que nos gobiernen, y será mejor tenerles aquí; al paso que se oponian los demás á que se les llamase, por no estar lejanos los tiempos en que seria necesario su apoyo, y convenir por lo mismo tenerles lejos de las facciones, para evitar los peligros á que podrian esponerse estando en Paris. Ya se ve pues que aunque se diferenciaba acerca de su llamamiento, no sucedia asi respecto de la mision que se iba á confiar á las familias proscritas, puesto que todas aquellas diferentes fracciones estaban resueltas á facilitar á los presuntos herederos de la república, el pleno goce de la la sucesion que consideraban próxima é inevitable.

La temeridad de estas manifestaciones monárquicas imponia á Luis Napoleon un deber de lealtad hácia los seis millones de electores que le habian nombrado.

Temblaron los monárquicos al golpe imprevisto que acababa de dirigírseles; peró como les habia sido impuesta la consigna del silencio y la paciencia, se limitaron á observar con secreta inquietud, con una indiferencia supuesta aquella aurora de gobierno personal.

Mientras que con motivo de la accion francesa en la Plata y de la nueva organizacion de la enseñanza pública, se entregaban las diferentes fracciones de la mayoría á sus dorados sueños de independencia, se manifestaba abiertamente el espíritu de desórden en diferentes puntos de Francia. En Beaucaire, los legitimistas y los socialistas se atacaban con un furor inaudito, renovando asi las guerras de religion de la edad media y reanimando los ódios mal estinguidos de 1815; el 15 de enero, sobre todo, llegó el desórden á su colmo con motivo de la eleccion de Mr. Favand, demócrata socialista, nombrado por el departamento del Gard.

Solo faltaba un pretesto á los demagogos de Paris, para alentar una vez mas con su ejemplo, á los sublevados en el resto de Francia; y aquel prestesto fué desgraciadamente dado por una simple medida de policía, ó mejor de inspeccion de caminos. Queriendo el prefecto de policía atender á un gran número de peticiones que le habian sido dirigidas relativamente á los árboles plantados desde la revolucion de febrero, cuya situacion contribuia á privar la circulacion ó el tránsito, y á desvanecer el buen efecto de las líneas de los paseos, ó el aspecto de los monumentos públicos, habia prevenido á los comisarios de policía que le señalasen todos aquellos árboles que exigiese la conveniencia pública su desaparicion. En todos los puntos fué aquella órden cumplida sin la menor oposicion, y no habria dado aquella disposicion resultado alguno, á no haber sido las escitaciones de los periódicos de la demagogia que no pararon hasta despertar en el corazon del pueblo parisiense el

rencor y el ódio. Desde luego empezaron á formarse reuniones tumultuosas; como tratasen los agentes de la autoridad de hacer algunos arrestos el 4 de febrero en la plaza nacional de Saint Martin, hubo algunos de ellos que salieron gravemente heridos, viéndose todos obligados á apelar á las armas para defenderse.

Dos incidentes característicos señalaron aquellas escenas de desórden: el general Lamoricière, no obstante sus ideas ó tendencias democráticas tan recientemente demostradas, fué cogido y apaleado por los mismos agitadores, que habian tomado ya parte en la insurreccion de junio; solo á duras penas logró escapar á su furor. El procurador de la república, Mr. Víctor Foucher, fué salvado por dos hombres cuyo indulto firmára pocos dias antes. Sobre doscientos detenidos á consecuencia de aquellos disturbios, ora fuese en la via pública, ora en el club de la calle *Jean-Robert*, habia mas de ciento cincuenta penados que habian sido recientemente indultados por el príncipe presidente.

Debia procederse á nuevas elecciones, por haber sido condenados en 13 y 15 de noviembre de 1849 treinta y un representantes del pueblo á la pena de deportacion, considerándoseles privados de la calidad de tales; los colegios electorales privados de representacion fueron convocados para el 10 de marzo.

Ninguna eleccion parcial habia tenido aun aquella importancia desde que por primera vez se apelára al sufragio universal; iba en un mismo dia á abrirse el escrutinio en diez y seis departamentos distintos. El socialismo iba á pelear en su posicion mas formidable, puesto que le pertenecian todas las vacantes en virtud de las últimas elecciones generales.

El gobierno del presidente se habia preparado para hacer frente á todas las eventualidades, y adoptado una medida enérgica destinada á robustecer el principio de autoridad, sobre todo en los puntos de Francia que mas habian sufrido los terribles efectos de la disolvente propaganda de las facciones; habianse concentrado grandes fuerzas militares, cuyo mando confió Napoleon á cinco generales de los mas adictos á su gobierno.

Los republicanos y algunos monárquicos, vieron en ello nuevos elementos para continuar sus ataques contra el poder constituido; empezaron á anunciar un plan maquiavélico, consistente en reunir al rededor del príncipe Luis Napoleon toda la influencia y las fuerzas posibles, al objeto de derrocar la Asamblea y la constitucion. A este plan iban unidos además, un proyecto de ley acerca de los operarios para la captacion de las simpatías populares; un proyecto sobre la enseñanza para halagar al clero; y otro proyecto aumentando el sueldo á los sargentos para atraerse al ejército.

Interin iban á verificarse las elecciones del mes de marzo, no quiso la democracia militante despreciar la circuntancias que le presentaba el aniversario del 24 de febrero para hacer una manifestacion cualquiera; por desgracia la torpeza de un agente de la autoridad, ofreció un pretesto á los descontentos. Algunas coronas colocadas al rededor de la columna de julio, fueron recogidas por un empleado; en vano el prefecto de policia, informado de aquel acto arbitrario, se apresuró á hacer colocar nuevamente las coronas; el hecho habia tenido lugar, y esto bastaba para que los enemigos del gobierno, tratasen de sacar de él todo el partido posible. Se hizo correr desde luego en los arrabales la voz de que el gobierno acababa de atentar contra la revolucion; lo que bastó para que un gran número de hombres del pueblo fuesen á honrar con nuevas coronas la columna de julio; y para que se organizasen numerosas procesiones populares durante las reuniones electorales.

La agitacion electoral llegó á su colmo. El conclave socialista presentaba una candidatura compuesta de los señores Flotte, Vidal y Carnot, uno de los cuales era insurgente de junio, comunista el otro, y el último socialista teórico; pero se procuraba disimular en lo posible aquella significacion algo violenta, hasta que los oradores de los clubs se encargaron de interpretar con mas franqueza aquella candidatura. «Protesto contra todo lo existente,» esclamaba uno de aquellos energúmenos: «Mercachifles, gritaba otro, venid con nosotros, sino vuestros hijos no podrán llegar siquiera á ser operarios: «Los hombres de la clase media, decia un tercero, son vampiros y sanguijuelas del pueblo. Mr. Michel de Bourges, amalgamando todos los errores, anunciaba que en breve el pueblo examinaria el orígen de las fortunas y del capital.

En medio de todas aquellas peroratas llegó el 10 de marzo. La candidatura socialista de Paris triunfó en las urnas; y en los 28 departamentos de las provincias, salieron diez y ocho candidatos del partido socialista; lo que era una completa derrota para el partido del órden. En aquellas elecciones imprevistas, el partido de los republicanos gubernamentales se habia unido definitivamente al partido socialista, por mas que pareciese imposible la union entre los deportados de junio y sus vencedores; de lo que resultó una grande unidad en el partido revolucionario.

Otro carácter distintivo de aquellas elecciones, fué la violencia del espíritu de partido: cometiéronse en el alto Rin los mayores escesos durante el escrutinio. Numerosas bandas allanaron las casas particulares en que se habian reunido los electores del partido moderado, mientras que otros grupos amenazadores recorrian las calles, cubriendo de sangre y lodo los anuncios que contenian las candidaturas de los conservadores; además de los gritos de muerte y de venganza proferidos durante

la noche bajo las ventanas de los hombres conocidos por su adhesion á los principios sociales. Llegaron algunos miserables hasta el punto de dejar por muertos en la calle á dos niños encargados de llevar algunas listas de las llamadas reaccionarias, despues de haber asesinado cobardemente á navajazos al pobre padre que no tenia mas crimen que sus hijos.

Al grito de victoria lanzado por el socialismo, contestó el grito de alarma que arrancó el temor á aquella clase media, que indiferente asistia pocas horas antes á los puntos mas concurridos, como si se hubiese tratado de asistir é una fiesta, solo por oir las declamaciones incendiarias de los exaltados. El resultado de las elecciones del 10 de marzo dejaba ya entrever el de las elecciones de 1852; bastante lo indicaba tambien el significativo lenguaje del partido que tanto se exaltaba á la sazon en medio de su triunfo. Hasta el año 1852, conforme lo prometian en voz alta, dejaron los demócratas militantes á sus cohortes descansar sobre las armas; porque seguros de vencer por el sufragio universal, aguardaban la formacion legal de una mayoria socialista: como era regular, aquella moderacion transitoria y aquella seguridad de una próxima victoria alarmaron fundadamente á todos los hombres de órden. Hé aquí la situacion que resolvieron esplotar los principales gefes de los dos grandes partidos monárquicos.

Entre las medidas que se dictaron en vista de los tristes resultados de la eleccion del 10 de marzo, fué el nombramiento de Mr. Baroche, hombre de un talento esperimentado y enérgico, para el ministerio del interior en reemplazo de Mr. Barrot; una ley restrictiva contra los escesos de la publicidad; la órden de cerrar los clubs que solo contribuian á exasperar y desmoralizar á los pueblos; y robustecer la accion administrativa por medio de una organizacion municipal mas poderosa. Pero los gefes de la mayoria querian aun ir mas allá; puesto que para ellos no era la democracia el único enemigo, sino que lo era igualmente el poder constituido; por esto se habian dicho los monárquicos:—Es preciso organizar y purificar el sufragio universal; por esto se gloriaban de derribar de un mismo golpe á la democracia facciosa y al presidente, cuya reeleccion tan fundadamente temian.

Así pues, si se ponian de acuerdo los dos partidos con respecto al peligro, se dividian tocante á los medios de evitarle, por proponerse un fin distinto; sin que revelase ninguno de ellos el secreto de sus esperanzas. En una reunion general de las diversas fracciones de la mayoria, se resolvió «que á fin de permanecer unidas, no debia empeñarse ninguna de las cuestiones que podian dividirlas.» ¿Cuáles eran aquellas cuestiones peligrosas? Todas las que presentaban algun interés fundamental: ¿tratábase de facultar al gobierno para nombrar ó revocar á los alcal-

des? no faltaba quien viese en ello un peligro inminente por concederse demasiada fuerza al poder. Si se trataba de contener ó refrenar la prensa, los periódicos de todos los matices ponian el grito en el cielo protestando unánimamente contra semejante arbitrariedad.

Tal era la actitud indecisa ó anárquica de aquel partido que se titulaba *el partido del órden*. Solo el príncipe sabia á donde iba, lo que queria y los elementos en que podia contar; bastando esto solo para revelar su fuerza; así se esplica como dejó á sus pretendidos aliados el tiempo necesario para obrar y quitárse la máscara, logrando de este modo el que cayese en sus propios lazos.

Y sin embargo las doctrinas y costumbres antisociales exaltadas por un triunfo inesperado, se arraigaban en el pais mas y mas cada dia; llegó una horda de miserables á insultar del módo mas grosero al hombre elegido por el sufragio universal. Con efecto, se hicieron algunas demostraciones impropias en el arrabal de San Antonio al pasar el príncipe presidente, para dirigirse á Vincennes, donde debia revistar el cuerpo de artillería. Celebrábase aquel dia una feria anual, cuya circunstancia unida á la de ser lúnes de Pascua, habia atraido al populoso arrabal una concurrencia inmensa. Los seides de lo demagogia resolvieron pues aprovechar aquella ocasion y producir un cambio notable en la opinion pública. Al dirigirse el príncipe á Vincennes habia sido acogido con entusiasmo por la poblacion verdadera; pero no le sucedió otro tanto á su regreso, por haber tenido los gefes demagogos tiempo bastante para organizar una manifestacion insultante. Ordenados los demócratas por secciones se habian colocado desde Saint Mande hasta el bulevar San Martin.

Al acercarse el príncipe con su poco numerosa escolta, se dió el grito de *¡viva la república democrática y social!* grito que continuó durante una gran parte del trayecto. Por una maniobra acostumbrada, y que declaró al dia siguiente en el club uno de los autores de aquella manifestacion, seguian los demagogos corriendo á la escolta, pareciendo, á causa de la rapidez ser mucho mayor su número, como se acostumbra hacer en los teatros, á fin de que parezca mas numeroso el cuerpo de coristas. Por otra parte, la afluencia de los curiosos parecia de aquel modo aumentar la asonada. Profiriéronse amenazas infames é hiciéronse gestos repugnantes, y todo al objeto de insultar los representantes de la demagogia al representante de la Francia. Una calma digna y una sonrisa de desprecio fué la única contestacion que dió el príncipe á los insultos del populacho.

Otras escenas no menos repugnantes tuvieron tambien lugar en Ruan por haberse suspendido la representacion de un mal drama, sacado de la novela de Eugenio Sue, titulada el *Judío errante*. Preciso fué hacer evacuar el teatro, en el que se habian reunido los dos partidos,

uno para aplaudir, y para chiflar el otro; debiendo la caballería dispersar los numeros grupos que se formaron al salir del teatro.

Tambien dos dias despues, ó sea el 10 de abril, se sublevaron en Cahors diferentes sargentos de los regimientos 44 y 58 de línea, produciendo graves conflictos. Amonestados por los agentes de la autoridad para que cesasen en sus cantos anárquicos, hubo algunos de aquellos desgraciados que acometieron sable en mano al comisario de policía, sin cejar hasta haber salvado á uno ó dos de los que habian sido detenidos por los agentes de la autoridad. Aquel hecho, único quizás en los anales del ejército francés, revelaba claramente el empeño del partido del desórden en cumplir las instrucciones que se le habian dado « de procurar en lo posible desorganizar el ejercito.»

Y porque habian logrado arrastrar á algunos jóvenes inespertos, creian ya los fautores de la demagogia haber logrado sobornar al noble ejército francés que debia probarles muy pronto cuanto se engaña el que cree haber destruido en él los sentimientos de honor y disciplina.

Un triste suceso que causó en Francia una consternacion profunda, fué avidamente acogido por el socialismo que veia realizada en él la estension de sus quiméricas conquistas. Uno de los mejores regimientos del ejército, y el que mas se distinguió durante las fatales jornadas de junio por su decidido ataque contra el arrabal San Martin, el 11 ligero, fué diezmado por un hecho imprevisto y terrible.

Debia pasar aquel regimiento á Argelia por órden del ministro de la guerra. Aquel destino, que como es bien sabido era considerado por los soldados como una recompensa ó una gloria, fué convertido en castigo por los periódicos de la democracia: era en su concepto aquella disposicion una órden de destierro dada contra un regimiento socialista. De repente se supo que habia sido aquel regimiento víctima de un siniestro espantoso en el momento de ir á entrar en Angers por el puente del Basse-Chaine: apenas el primer batallon se presentó en la orilla derecha del rio, empezó á descargar una tempestad terrible. En medio de la lluvia que á torrentes caia y del espantoso estruendo de los elementos, no se oyó la órden dada á las compañías de suspender la marcha; y empezó cada seccion, azotada por la tempestad á acelerar el paso, mientras que el puente, agitado por el huracan esperimentaba sacudidas violentas. En el momento de llegar el peloton de cazadores, que abria la marcha, los gastadores y la música á la orilla izquierda, se oyó de repente un espantoso crugido, se rompieron los cables de amarra, desapareció uno de los pilares, se hundió el puente lleno de hombres, quedándose en breve sepultado todo entre las aguas: 221 oficiales y soldados encontraron allí una muerte tan terrible como inesperada: tuvo lugar aquel triste acontecimiento el dia 16 de abril.

La noticia de aquel desastre conmovió á la ciudad de Paris y á la Francia entera; abriéronse suscripciones desde luego en todas partes por socorrer á las familias de las víctimas: el príncipe, por su parte, acudió inmediatamente al lugar de la catástrofe, á fin de procurar toda clase de consuelos al regimiento que acababa de esperimentar semejante desgracia. Solo los socialistas vieron en aquel siniestro un pretesto de



que poder echar mano; así que, tanto en los clubs electorales, como en los periódicos democráticos, se dijo que eran aquellos infelices soldados otros tantos mártires, á quienes se habia hecho morir voluntariamente. ¡Imposible parece puedan llegar á tanto las atroces calumnias del espíritu de partido! Pero el mismo 11º ligero dió algunos dias despues una leccion terrible á aquellos cobardes esplotadores de la credulidad pública, cargando vigorosamente á los miserables que le perseguian en Poitiers y en Saumur, provocándoles á la desobediencia.

Entretanto se disponian los ánimos en Paris para dar una nueva prueba de como entienden ciertos hombres el sufragio universal. Hubo uno de los últimos representantes nombrados que optó por un departamento del Rin, por lo que volvieron á abrirse las pretendidas reuniones electorales, en las que el lenguaje de los hombres del desórden sobrepujó á todas las violencias hasta entonces conocidas. Discursos abiertamente sediciosos, rudos ataques á la religion y á la moral, y toda clase de excitaciones infames, fueron llevados hasta el parasismo; en tal estado, hizo el gobierno cerrar algunos clubs; fué tal la justa indignacion que causó en algunos puntos entre la gente honrada la criminal conducta de los socialistas, que en Chatillon y Montrouje se vió el gobierno obligado á protegerles para evitar que cayesen en poder de los honrados can-

teros del pais que perseguian á los oradores del club al grito de : *¡abajo los rojos, viva Napoleon!*

La candidatura de oposicion fué adoptada en Paris por el conclave socialista; esta candidatura que revelaba una vez mas la humillacion del antiguo partido republicano, fué presentada á la clase media parisiense como una señal de conciliacion. Muchos fueron los que cayeron en el lazo, quedando en su virtud en 28 de abril nombrado el candidato socialista.

El efecto de aquella eleccion fué mayor todavía que el de la del 10 de marzo; apoderóse el desaliento del corazon de todos los hombres de órden. La repentina baja de los fondos públicos, el aumento del precio del oro, la multiplicacion significativa de las compras de fondos en el estrangero, las emigraciones numerosas y una paralizacion completa en las transacciones industriales y comerciales, tales fueron los sintomas de aquella confianza que debia despertar la conciliacion electoral. A todas estas señales debia añadirse aun la actitud del partido vencedor: llegó el socialismo en la embriaguez del triunfo, á creerse ser el partido de la constitucion y de la legalidad.

Algunos fueron los hombres del partido moderado que creyeron ver en aquel estado de cosas la realizacion de sus esperanzas; he aquí porque se exageró el abatimiento y la cólera; y porque se anunció la derrota por medio de siniestras profecías y por desusadas violencias de lenguaje.

Muchos eran los que, acostumbrados á hacer pesar sobre el gobierno la responsabilidad de todos los males, se atrevian á acusarle de inercia. Se echaba en cara al presidente de la república su inaccion, sin considerar que no obstante de ser presidente, le tenia la constitucion maniatado.

Por otra parte, todas sus resoluciones habian sido pérfidamente neutralizadas, todas sus aspiraciones comprimidas: ¿queria mejorar la suerte de las clases trabajadoras, dotandolas de instituciones de socorros, y rebajar en su interés los derechos de consumos? el consejo de Estado y la Asamblea oponian á aquellas intenciones generosas, á aquellos ardientes deseos, la valla de la inercia ó de una esterilidad fecunda; ¿queria prevenir la justicia y la administracion contra los escesos de toda clase que conducian rápidamente al pais á su pérdida? solo encontraba en la mayoría parlamentaria un apoyo falso ó dudoso.

Era como si se hubiese dicho al presidente: «¡Serás la cabeza que concibe, pero no podrás realizar nada de lo que hayas concebido; serás el brazo que obra, pero no podrás ejecutar mas que aquello que no creas necesario; y sin embargo, serás responsable!»

Y el principe habia conocido el peligro y aceptado aquella posicion,

seguro de ver todas aquellas sutilezas políticas, vencidas por su misma impotencia.

Entonces se creyó llegado el momento de *purificar* el sufragio universal, continuando por esto observando con desconfianza todos los actos del príncipe.

Toda disposicion que tuviese el mas mínimo carácter de personalidad, era considerada como un peligro por los gefes de los antiguos partidos; preciso hubiera sido que Luis Napoleon se hubiese reducido á la nulidad para que calmasen sus temores. Pero aumentaron estos de todo punto con motivo del decreto del 4 de enero, por el que se elevaba á la dignidad de mariscal de Francia, al ex-rey de Westfalia, Gerónimo Bonaparte; los considerandos del decreto decian, que por efecto de la ley de 11 de octubre de 1848, el general Gerónimo Bonaparte habia entrado en la plenitud de sus derechos de ciudadano francés y de oficial general perteneciente al cuadro activo; que durante las campañas de 1807, 1809 y 1812, aquel oficial general habia ejercido en virtud de decretos imperiales, el mando en gefe de un cuerpo de ejército compuesto de varias divisiones de diferentes ejércitos; que en los años 1813 y 1815, se hallaba todavía al frente de una division, y que fué uno de los últimos que envainó sú espada, al verse la Francia invadida.

¡Y ante aquel acto de reparacion, se puso en el cielo el grito de nepotismo!

Criticóse apasionadamente la aparicion de algunos periódicos semanales, por su lenguaje, por sus aluciones, por sus reticencias y por su inesperiencia en las costumbres de la prensa: *El diez de Diciembre y el Napoleon*, abrieron de par en par las puertas á algunos impacientes que no tardaron en comprometer gravemente con su imprudente adhesion la causa que trataban de defender; de aquí la publicidad de aquellas imprudencias tan habilmente esplotadas, y las incesantes alarmas que producian los continuos rumores de un golpe de Estado.

La fibra política habia llegado á ser tan sensible, que se consideraba como una amenaza ó una tentativa, lo que en otros tiempos hubiera hecho honor al poder revelando en él la intencion de mejorar las situaciones mas respetables.

Nuestro ejército, se decia Luis Napoleon, es uno de los mejores y de los mas bien organizados de Europa; pero le falta una cosa esencial á saber: antiguos sargentos que completen la instruccion del soldado. En efecto, mientras que en el estrangero los soldados que llegaban á aquel grado, continuaban en él toda su vida, sucedia en Francia que la mayor parte de los sargentos se retiraban del servicio, desde el momento que perdian la esperanza de llegar á oficiales; por lo que recordó el príncipe á sus ministros estas palabras de Napoleon:

«Conviene de todos modos alentar á los soldados para que continuen el mayor tiempo posible bajo sus banderas, lo que podrá obtenerse facilmente, si se tiene una consideracion á los antiguos soldados; convendría asi mismo aumentar el sueldo en proporcion de los años de servicio, porque es injusto el dar la misma paga á un veterano que á un recluta.»

Los partidos monarquicos fueron los que mas se alarmaron al ver aquella solicitud en favor del ejército; si bien se aprobó la proposicion quedó aplazada la iniciativa, puesto que la comision de la Asamblea redujo el proyecto á señalar un premio al reenganche.

En virtud de una nueva organizacion de los mandos militares, se habia logrado reducir la accion gubernamental; pero la reaccion monarquica queria ir aun mucho mas léjos, puesto que no bastaba en su concepto haber concentrado el poder militar, cuando era esto tan solo oponer á la anarquía una resistencia legítima. Los hombres de los antiguos partidos aspiraban además á un 15 de mayo dictatorial. Tambien el general Changarnier insistió entonces de nuevo cerca del príncipe, para que se le permitiese obrar á su antojo con respecto á la Asamblea; pero como Luis Napoleon volviese á acoger con la misma frialdad que antes sus proyectos, dirigió el impaciente general sus quejas al ministerio, declarando que *ningun partido se podia sacar de aquel hombre, que, era en su concepto, un verdadero Tomas Diafoirus.*

Despues de haber sido Eugenio Sue reelegido en Paris por el partido mas avanzado, creyó la mayoría deber restringir el sufragio universal dando al efecto la ley del 31 de mayo, segun la que nadie podia ser elector sin que hiciese al menos tres años que se hallase en el punto de su residencia. Nadie, habia dicho M. Thiers, piensa en atacar el sufragio universal, ni en alejar al pueblo de las urnas electorales; solo á la *vil multitud* quiere la ley escluir de ellas. La ley fué votada; pero ya desde el primer dia pudo comprenderse que, solo habia dejado cometer el príncipe aquel atentado por descubrir mejor á sus enemigos que lo eran tambien de la Francia.

Hablaba un amigo del príncipe de la ley de 31 de mayo é insistia en su presencia acerca de las nuevas probabilidades que ofrecia aquella ley para su reeleccion, particularmente en las ciudades; á lo que el príncipe contestó sonriendo: «No se trata aqui de mas ó menos probabilidades, y si tan solo de certezas y principios; dos son estos últimos: el principio de sucesion y el de la soberanía nacional. El primero ha muerto, y el segundo subsiste aun; mi legítimidad me pertenece, y por lo mismo no consentiré nunca en ser la *segunda rama del sufragio universal.*»

Luego de haberse votado aquella ley, se apresuró la mayoría á manifestar al príncipe su descontento y desconfianza votando, á pesar suyo,

un crédito de dos millones cuatro cientos mil francos para los gastos del presidente de la república: solo á duras penas se le concedian los medios de ejercer su inagotable caridad, y aun suponiendo que era una lista civil.

Fué suspendida la Asamblea desde el 11 de agosto al 11 de noviembre, pero la mayoría procuró dejar en Paris, como vanguardia, una comision de permanencia compuesta de veinte y cinco miembros, casi todos notoriamente hostiles al presidente.

Aprovechó el príncipe aquel interregno de los poderes por lanzarse á la gran corriente de la opinion pública; no podia dudar de que la Francia depositaba en él su confianza; pero queria nuevamente empaparse, por decirlo asi, en el manantial de su popularidad. Esta popularidad que se decia amortiguada y disminuida, se vió al contrario aumentada por un incidente sin importancia, esplotado por los enemigos del príncipe como un indicio del descontento popular.

Los agentes de vigilancia situados el 5 de julio de 1850 en las inmediaciones del palacio del *Eliseo*, calle del arrabal de San Honorato, observaron á un jóven de diez y siete á diez y ocho años de edad, cuyo aspecto les inspiró graves sospechas, por lo que resolvieron no perderle de vista. A los pocos momentos de haber hecho los agentes de policia aquella observacion, salió del palacio un coche en el que iban el coronel Vaudrey y otas personas, y al que se acercó inmediatamente el jóven antes citado, al objeto de ver si conocia á las personas que iban en él, haciendo con su mano derecha un movimiento brusco, como por buscar un arma debajo de su levita; pero luego de haber visto mas de cerca á las personas que tanto llamaban su curiosidad, retrocedió dos pasos y dejó pasar el coche. No dudando el agente que observaba al jóven de que abrigaba este algun proyecto criminal, se le acercó inmediatamente dispuesto á interrogarle y prenderle; pero viendo el mancebo que se dirigia hácia él se adelantó, y sin darle tiempo de dirigirle ninguna pregunta le dijo: «¿sois empleado?...» y como contestase el agente afirmativamente, añadió: «No podia hacer peor eleccion, pero no importa; debo advertiros que vengo dispuesto á matar al presidente de la república.»

Procedióse inmediatamente á la captura de aquel desgraciado, ocupándosele una pistola cargada; llamábase Jorge Alfredo Walker, aprendiz impresor, de diez y siete años de edad. Interrogado acerca de las causas que le habian inducido á semejante crímen, respondió: la disipacion y la desgracia que me persigue, son las únicas causas que me han impelido á ese crímen; hace ya mucho tiempo que he determinado cometerle, de modo, que puede decirse es en mi una idea fija, una fiebre, una alucinacion; he tenido sueños terribles que me han perseguido duran-

razon un recuerdo indeleble: el cortejo serpenteando por la ladera del ribazo, las aclamaciones de un pueblo entero, las salvas de la artillería colocada en la cumbre de la montaña, todo, en fin, daba á aquella fiesta un carácter á la vez grave y poético, digno de la memoria del emperador y digno tambien de los pensamientos austeros que hacen latir el corazon de su sobrino, cuando se trata de recuerdos de gloria.



Un incidente vino á turbar por un momento aquella fiesta; mientras contemplaba el príncipe aquel monumento con una tierna piedad que habria debido ser respetada, Mr. Noisot, prevalido sin duda de su antigua amistad, le dirigió una alocucion en la que le pedia que se abriesen á Mr. Guignard las puertas de la cárcel en que estaba encerrado.

Vivamente sorprendido el príncipe al oir en aquel momento solemne una peticion tan estraña, caracterizó los sentimientos que guiaron sus pasos al pié de la estátua del emperador, demostrando así mismo en pocas palabras la inoportunidad de la demanda que acababa de serle dirigida. Nada bastaria á esplicar el efecto de aquella palabra digna, noble y convincente, de aquellas espresiones vibrantes, brotadas de un pecho verdaderamente conmovido, en medio del religioso silencio de la multitud y bajo la mirada del emperador. Las palabras del príncipe eran las de un gran gefe de Estado que conoce sus deberes, y que habla el lenguaje de la autoridad, de la ley y de la razon. Así debió de compren-

derlo el pueblo que le rodeaba, cuando aplaudió con tanto entusiasmo la respuesta del príncipe.

«Al venir, esclamó el presidente, guiado por un sentimiento piadoso á visitar el monumento erigido al inmortal héroe de Santa Elena, quería tributar un homenage á la adhesion respetuosa que concibiera su proyecto, y sobre todo, á la feliz idea que lo habia hecho levantar en el seno de esa Borgoña, que tanto heroismo supo desplegar el año 1814 en defensa del imperio, ó mejor en defensa de los derechos del pueblo francés, de los derechos de todos los pueblos, de los que fué hasta el fin el campeon mas decidido.

«No esperaba, lo confieso, que en este sitio y en semejante momento, se me hiciese un reproche, y que se me pidiera un acto que nadie ignora me está prohibido por la constitucion. ¿Por ventura no lo sabeis? todos los presos destinados á Doullens por disposicion de la alta cámara, solo á la Asamblea compete el darles libertad, por mi parte, tanto si son inocentes como culpables, debo cumpilr mi mision, esto es: asegurar, en interés de la sociedad, la ejecucion de la ley respecto de los que esta condena, así como he jurado asegurar su proteccion á todos los franceses. ¿No me habeis visto cumplir fielmente hasta aqui mi juramento? ¿No ha sido hasta ahora la ley soberana y respetada? Dejad pues de preguntarme porque no he hecho lo que no podia hacer sin violarla: obre la Asamblea, y vereis como sabré hacer cumplir y respetar sus decisiones.»

Dirigióse luego el príncipe á Lion, donde le aguardaban nuevas pruebas. Esta ciudad que despues de tanto tiempo gemia bajo el yugo de los *Voraces*, despues que una espantosa anarquia la habia reducido á la miseria, y á los estragos de la civil discordia, habia visto renacer al fin á la sombra del órden y las leyes, el trabajo, la industria y la prosperidad. ¿Pero, no fermentaban todavía en su seno los viejos elementos de desórden? Agitóse de repente el socialismo en ella para dar una prueba de su poder, mientras que las sociedades secretas hacian un llamamiento á los demócratas en la ciudad y en el departamento; pero á pesar de todos sus esfuerzos, se redujo la anunciada manifestacion á algunos gritos hostiles lanzados por algunos centenares de miserables, cuyas protestas salvajes sofocaron en seguida las aclamaciones de la ciudad entera.

Lion supo hacer olvidar aquel ensayo ridículo é insultante por medio de la recepcion mas brillante y magnífica; pues supo desplegar en aquella ocasion una riqueza y magnificencia dignas de la segunda ciudad de Francia, y hasta de la misma capital. Suntuosos banquetes, justas náuticas, iluminaciones espontáneas y encantadoras, bailes, nada faltó en aquellas fiestas verdaderamente nacionales. Hé aqui el modo con que

el príncipe demostró en medio de aquella atmósfera simpática, el concepto que le merecia aquel pais y las esperanzas que abrigaba acerca de su porvenir.

«No soy, dijo, el representante de ningun partido, pero si el representante de las dos grandes manifestaciones nacionales que en los años 1804 y 1848, quisieron salvar por medio del órden los grandes principios de la revolucion francesa. El noble orgullo que me inspiran mi nombre y mi bandera, me imponen el deber de permanecer fiel á aquellas dos manifestaciones, y de consagrarme en bien del pais, ora me exija la *abnegacion*, ora la *perseverancia*. Quizás han llegado hasta vosotros los rumores de golpes de estado, pero veo que no habeis dado á ellos asentimiento alguno; no esperaba menos de vuestra sensatez y generosos sentimientos. Las *sorpresas* y las usurpaciones pueden ser el ensueño de los partidos que no cuentan con el apoyo de la nacion; pero no el sueño del que ocupa hoy el poder por el voto de seis millones de hombres para hacer respetar la voluntad de un pueblo, que será siempre el primero en acatar y cumplir. Os lo repito, lo mismo puede consistir el patriotismo en la abnegacion como en la perseverancia.»

El consejo municipal de la Guillotiere, infiel intérprete de los sentimientos de la poblacion, se negó, despues de una deliberacion injuriosa, á asociarse al entusiasmo general, por cuya conducta incalificable se indignaron justamente los habitantes de aquel distrito; obligando á la mayoría del consejo á presentar su dimision ante aquel grito de reprobacion unánime. Luego los habitantes de la Guillotiere formaron una comision inmensa y fueron á presentarse ellos mismos á Luis Napoleon, al único objeto de hacerle presentes el respeto y la simpatía que les inspiraba, y de hacer pública aquella demostracion de que queria privárseles.

Dió el príncipe en Besanzon una prueba de aquel valor tranquilo y natural que tanto le distingue, esponiéndose, sin vacilar, á una odiosa asechanza, de la que se le habia advertido ya anticipadamente. La ciudad habia dispuesto dos bailes simultáneos, á fin de que todas las clases de la poblacion pudieran tomar parte en las fiestas, dábase el uno en el teatro, y el otro en la espaciosa plaza del mercado. El príncipe quiso visitar primeramente el baile popular, en el que se habia formado con antelacion un complot monstruoso: todos los gefes socialistas habian procurado reunir en él un gran número de revolucionarios, entre los que figuraban muchos estrangeros, particularmente suizos, atraidos á Besanzon por los trabajos de relojeria. Concertaron aquellos miserables una manifestacion repugnante; demostrando luego que no habrian retrocedido ante al asesinato, á estar mas seguros de la impunidad; advertido el príncipe, no quiso retroceder ante un puñado de demagogos.

Apenas acababa de entrar Luis Napoleon en la sala, se levantaron como unos veinte hombres, que llevaban en su mayor parte corbatas encarnadas, y se dirigieron hácia el príncipe, procurando separarle de los oficiales de su estado mayor. Los coroneles Vaudrey y Beville y todos los demás oficiales de la comitiva echaron mano á sus espadas, logrando, despues de vigorosos esfuerzos, libertar al príncipe.

Aquella ignominiosa tentativa solo contribuyó á que se aumentasen aun las simpatías que tenia Besanzon por el príncipe.

A algunas leguas de la poblacion, junto á una vasta ferrería, habia unas veinte jóvenes vestidas de blanco llevando numerosos ramos de flores, que aguardaban al presidente en medio de una multitud inmensa de cultivadores y operarios. Al llegar el príncipe se adelantó una de ellas y ofreciéndole su ramo le dijo: «¡Dignaos aceptar esta fiesta y hacer á la Francia feliz! Era aquel dia la víspera de San Luis.

Tambien en Strasburgo encontró el príncipe cierta oposicion, objeto de la tibieza altiva y de la terquedad puritana del republicanismo jacobino. El consejero municipal que desempeñaba las funciones de alcalde, creyó dar una alta prueba de sus virtudes cívicas oponiéndose á que se hiciese gasto alguno por hacer una recepcion digna al *primer funcionario del Estado* é invitando al consejo á que se limitase á los solos actos de deferencia compatibles con el *régimen democrático*. Solo autorizó el alcalde un baile por suscricion, por ser, en su concepto, la ciudad demasiado pobre para gastar cuatro mil francos. Pero el entusiasmo de las clases industriales de la reina de la Alsacia, indemnizó al príncipe con usura del disgusto que pudiese haberle causado la aislada mala voluntad de algunos. En el banquete que le fué ofrecido por el comercio y la industria, se espresó el príncipe en estos términos:

«Señores: Os agradezco la franca cordialidad con que me habeis acogido entre vosotros; el mejor modo de festejarme, es prometerme, como acabais de hacerlo, vuestro apoyo en la lucha empeñada entre las revoluciones y las reformas útiles.

Antes de mi salida, queria retraérseme de visitar la Alsacia diciéndoseme: Sereis allí mal recibido; pervertido aquel pais por los emisarios estrangeros, desconoce ya las nobles palabras de honor y patriotismo que vuestro nombre recuerda, y que por espacio de cuarenta años hicieron latir el corazon de sus habitantes. Esclavos, sin notarlo, de los hombres que abusan de su credulidad, se negarian los alsacianos á reconocer en el hombre elegido por la nacion, el representante legítimo de todos los derechos y de todos los intereses.

Y yo entonces me dije: Debo dirigirme á todos los puntos donde haya ilusiones peligrosas que desvanecer y buenos ciudadanos que salvar: es una calumnia lo que se imputa á la antigua Alsacia. Estoy seguro que en

aquel pais de recuerdos gloriosos y de sentimientos patrióticos, he de encontrar nobles corazones que comprenderán mi mision y los sacrificios de que soy capaz en bien del pais; y veo con el mayor placer que no han sido mis esperanzas frustradas. Nada son algunos meses, señores, para pervertir á un pueblo que posee las virtudes sólidas del soldado y del labrador, convirtiéndolo en pueblo enemigo de la religion, del órden, de la prosperidad y de la patria.

A mas de que, señores, ¿por qué se me habia de recibir mal? ¿Qué he hecho por dejar de merecer vuestra confianza? Colocado al frente de un poder inmenso por la influencia moral de su orígen, por el voto casi unánime de la Francia, ¿he cedido por ventura á los consejos de atacar una constitucion formada, como nadie ignora, contra mí? No; porque he respetado y respetaré siempre la soberanía del pueblo, hasta en todo aquello que pueda tener de falso ú hostil.

Si he obrado de este modo, es porque nada ambiciono tanto como el título de hombre honrado; porque es para mi el deber antes que todo. Me considero feliz, strasburgenses, al ver que hay comunidad de sentimientos entre vosotros y yo; puesto que tambien deseais que sea nuestra patria grande, fuerte y respetada: y que yo, como vosotros, quiero que vuelva la Alsacia á ocupar su antiguo puesto, siendo, como ha sido por espacio de tantos años, una de las provincias mas famosas; nombrad pues hombres dignos que la representen, conservad en el corazon de la juventud el sagrado amor á la patria que tan ilustres hizo á vuestros guerreros de otros tiempos, y veremos cumplidos nuestros ardientes deseos.

¡Viva Alsacia, viva la ciudad de Strasburgo!»

A medida que iba acercándose el príncipe á Paris por Nancy, Metz, Chalons y Reims, veia aumentar el entusiasmo de los pueblos: todas las poblaciones de las provincias acudian á su paso dejándolo todo abandonado, solo por poder contemplar un momento al hombre, al ídolo que consideraban ya entonces como el mas firme apoyo de la patria.

El dia 3 de setiembre de 1850, volvió el príncipe á salir de Paris, para visitar los departamentos del Oeste, la rica é industriosa Normandía, en cuyo hermoso pais se conservaba el entusiasmo en todo su vigor.

La guardia nacional de Avranches y de sus alrededores, acudió á su paso, ávida de contemplar la fisonomía del sobrino del Emperador, teniendo allí lugar una de aquellas tiernas escenas que conmueven vivamente el alma. Habia entre la multitud un anciano de setenta años, cuya fisonomía enérgica y cano bigote anunciaban al viejo soldado imperial; acababa de andar siete leguas por poder ser presentado al príncipe. Llegado el suspirado instante, acogió Luis Napoleon el

homenage del soldado de la antigua guardia con aquella bondad afectuosa que demuestra siempre á los antiguos bravos. De repente empero palideció el anciano, sus piernas se doblaron al peso de su cuerpo, y solo pudo balbucear estas palabras: « Le he visto, ya muero feliz. » Y cayó muerto en el acto.



En medio de la imponente solemnidad que ofrecia la ciudad de Cherburgo, reuniendo el admirable espectáculo de la hermosa escuadra francesa al concurso entusiasta de las poblaciones francesas y de los ingleses que habian acudido de allende el estrecho, pronunció el príncipe estas patrióticas palabras.

Señores: Cuanto mas recorro la Francia, mas me convenzo de lo mucho que espera esta nacion de su gobierno. No encuentro un solo departamento, una ciudad, un pueblo, una aldea, sin que los alcaldes, los consejeros generales y hasta los representantes me pidan, aquí vias de comunicacion ó canales, allí caminos de hierro ó la conclusion de algunas obras emprendidas, en todas partes, en fin, medidas que tiendan á reparar los males que sufre la agricultura, y á dar vida á la industria y al comercio.

Nada mas natural que la manifestacion de estos deseos, á los que presto, creedlo, atento oido. Pero yo tambien á mi vez debo deciros que esos resultados que tanto deseamos, no pueden obtenerse si vosotros no me procurais el medio de poderlos cumplir; ese medio, no lo

dudeis, está en vosotros, en vuestra cooperacion á fortificar el poder y evitar los peligros de lo porvenir.

¿Por qué el emperador, á pesar de la guerra, logró levantar en Francia esas obras imperecederas que á cada paso tenemos ocasion de admirar, y que en ninguna parte son aquellas obras mas notables que aquí? Porque además de su genio, vino en una época en que la nacion, cansada de revoluciones, le dió el poder que necesitaba para vencer á la anarquía, combatir á las facciones y hacer triunfar en el esterior por la gloria, así como en el interior por una impulsion vigorosa, los intereses generales del pais.

Si hay pues una ciudad en Francia que deba ser napoleónica y conservadora, ha de ser Cherburgo: napoleónica por agradecimiento, conservadora por la sana apreciacion de sus verdaderos intereses.

Qué es, en efecto, un puerto como el vuestro, creado por medio de esfuerzos gigantescos, sino un brillante testimonio de aquella unidad francesa proseguida al traves de los siglos y de numerosas revoluciones, unidad que nos ha convertido en una gran nacion? Pero no olvidemos que un gran pueblo no puede sostenerse á la altura de sus destinos, sino cuando las instituciones están de acuerdo con las exigencias de su situacion política y sus intereses materiales. Los habitantes de la Normandía saben apreciar debidamente semejantes intereses, segun la prueba evidente que de ello me acaban de dar, y por esto brindo hoy con orgullo por la hermosa ciudad de Cherburgo.

A ella dirijo este brindis en presencia de esa escuadra que tan alto ha dejado al pabellon francés en los mares de Oriente, y que está pronto á llevarlo con gloria do quiera lo exija el honor nacional.

A ella, en fin, lo dirijo en presencia de esos estrangeros, hoy nuestros huéspedes, los cuales pueden convencerse de que si deseamos tan ardientemente la paz, no es por debilidad ni porque no nos veamos capaces de emprender cualquiera guerra con probabilidades de buen éxito.»

Tal fué aquel viaje político que dió á conocer Luis Napoleon á la Francia.

A su regreso á Paris empleó el tiempo que le quedaba en la asamblea para continuar en ella sus esperimentos políticos. A fin de enterarse del espíritu del ejército, determinó pasar algunas revistas, y entre ellas una á la caballería en la llanura de Satury junto á Versalles; pudiendo convencerse en todas ellas que el espíritu militar estaba en su favor, por haberle acogido aquellos bravos hijos de la Francia al grito de *viva el emperador*.

Palabra ardiente que revelaba el recuerdo y la esperanza de que estaba poseido el corazon de aquellos valientes guerreros. Al ver que el pueblo

no menos que el ejército, acogia con tanto entusiasmo al sobrino del emperador, estremeciéronse los monárquicos y levantaron en su temor el grito del golpe de estado. El general Changarnier que no se habia atrevido aun á arrojar su máscara, encargó á su lugarteniente el general Neumayer, que procurase ridiculizar en lo posible aquellas revistas *imperiales*. Instalado entre tanto Changarnier en el palacio de las Tullerías, se contentaba aun con evitar respecto del ministro de la guerra todo lazo gerarquico. Determinó el príncipe llevar su paciencia hasta el colmo; aceptó la dimision de su ministro el general de Hautpoul, pero destituyó al propio tiempo al general Neumayer, instrumento de Changarnier, cuyo lenguaje ultrajante habia atacado vivamente al gefe de la Francia.

La comision de permanencia aprovechaba entretanto la ocasion oportuna que le presentaban las circunstancias, haciendo correr la voz de que los pretorianos de Satory solo aguardaban una palabra para arrojar por las ventanas á los diputados de la Asamblea. Aquellos mismos hombres que se atrevian á acusar al príncipe de conspiracion pretoriana, aquellos mismos hombres tan fáciles en sospechar de la lealtad de otro, tan ardientes partidarios de la constitucion republicana, iban á Claremont y á Wiesbaden, al objeto de discutir las condiciones bajo las cuales debian entregar á su pais á la monarquía constitucional ó á la monarquía absoluta. En 1793 les habrian inducido sus sentimientos á tomar el camino de la plaza de la revolucion, así como en tiempos de la restauracion, les habrian obligado á votar impávidos la muerte de los Ney, los Labedoyere, los Caron y los sargentos de la Rochela. El gobierno de Luis Felipe habria evitado á todo trance aquellos consejos; pero el príncipe hizo mas, los despreció.

Cuando se abrieron nuevamente las cámaras, todas aquellas recriminaciones salieron á luz siendo la confusion de los partidos monárquicos; habíase hablado de acusacion; pero todo el mundo se limitó á murmurar. El mensaje de 12 de noviembre de 1850 vino á calmar al fin todas aquellas agitaciones ficticias; jamás se habia hablado al pais un lenguaje mas noble, jamás un hombre se habia levantado tanto sobre las mezquinas pasiones y las intrigas de los partidos.

Despues de haber espuesto en él la situacion general de los negocios del pais, decia el príncipe:

«Tal es, señores, la situacion verdadera de nuestros negocios. A pesar de todas las circunstancias difíciles que hemos atravesado, la ley y la autoridad han recobrado hasta tal punto su imperio, que nadie cree ya en el triunfo de la violencia, pero cuanto mas desaparecen los temores acerca de lo presente, tanto mas se entregan los ánimos con delirio á las preocupaciones de lo porvenir. Sin embargo, la Francia aspira,



ante todo, á su reposo: conmovida aun por los peligros que acaba de correr la sociedad, permanece estraña á las querellas de los partidos ó de los hombres, tan mezquinas ante los grandes intereses que están en pugna.

Cuantas veces se me ha presentado la ocasion de manifestar publicamente mis ideas, he considerado como grandes culpables á los que, por ambicion personal, comprometian la poca seguridad que la constitucion nos procura, por haber estado siempre profundamente convencido de ello. Solo los enemigos del reposo público han podido desnaturalizar las sencillas acciones nacidas de mi posicion.

Como primer gefe de la república, estaba obligado á ponerme en contacto con el clero, la magistratura, los agricultores, los industriales, la administracion, el ejército, y por esto he procurado manifestarles mi simpatía y reconocimiento por el apoyo que me prestan; y sobre todo, si mi nombre y mis esfuerzos han logrado atraerme el partido del ejército, del cual dispongo solo, segun los términos de la constitucion, siempre es un servicio, en mi concepto, el que he prestado al pais, por haber empleado mi influencia personal en el afianzamiento del órden.

La regla invariable de mi vida política, será, en todas circunstancias, cumplir mi deber, nada mas que mi deber.

A todos es hoy permitido, escepto á mi, el querer acelerar la revision de la ley fundamental: si la constitucion entraña vicios y peligros, sois todos vosotros libres de presentarlos á los ojos del pais; yo solo obligado por mi juramento, debo encerrarme en los estrictos límites que la constitucion trazára.

Los consejos generales han manifestado en gran número su deseo de que sea la constitucion revisada; solo al poder legislativo le es dado corresponder á esos deseos. Por mi sé decir, que, elegido por el pueblo, y no dependiendo mas que de él, acataré siempre su voluntad legalmente espresada.

No ignoro que la incertidumbre de lo porvenir hace nacer muchos temores despertando otras tantas esperanzas: sepamos hacer todos en aras de la patria el sacrificio de esas esperanzas, y no nos ocupemos mas que de sus verdaderos intereses. Si votais en esta sesion que sea la constitucion revisada, vendrán unas constituyentes á formar nuestras leyes fundamentales y á fijar la suerte del poder ejecutivo; si no lo votais, vendrá el pueblo en 1852, á manifestar solemnemente la espresion de su nueva voluntad. Pero sean cuales fueren las soluciones de lo porvenir, procuremos que no sean nunca la pasion, la sorpresa ó la violencia las que decidan de la suerte de una gran nacion: inspirémos al pueblo el amor á la paz, procurando reinen la calma y la moderacion en nuestras deliberaciones, inspirémosle el respeto á la ley, procurando noso-

tros mismos no separarnos nunca de ella: y entónces, creedlo, el progreso de las costumbres políticas compensará el peligro de las instituciones creadas en dias de desconfianza y de incertidumbre.

Lo que mas me preocupa es no saber quien gobernará la Francia en 1852, y tener que emplear el tiempo de que puedo disponer, para que la transicion, cualquiera que sea, se haga sin agitacion y sin desórden.

El objeto mas noble y mas digno de una alma elevada no es buscar cuando está en el poder los medios para perpetuarse en él, sino el de procurar en lo posible consolidar en el interés general los principios de autoridad y justicia, amenazados siempre por las pasiones de los hombres y la instabilidad de las leyes.

Ya que con tanta lealtad os he abierto mi corazon, espero corresponderéis á mi franqueza con vuestra confianza, y á mis rectas intenciones con vuestra cooperacion y vuestro apoyo: la Providencia hará lo demás. »

Una sola palabra habia bastado para tranquilizar la opinion pública, pero en breve se procuró agitarla de nuevo por medio de la calumnia. Se hizo creer á M. Dupin, presidente de la Asamblea legislativa, que el presidente de la república queria hacerle asesinar. Un miserable, que se retractó despues, antiguo agente de policía, llamado Alais, logró convencer de ello, para esplotar su credulidad, al comisario de policía de la Asamblea, el cual á su vez reveló al cuestor M. Baze, que en la noche del 29 de octubre se habian reunido veinte y seis de los miembros mas exaltados de la sociedad del Diez de Diciembre, y resuelto asesinar á M. Dupin y al general Changarnier.

Esta suposicion infame que no tardó en ser la deshonra del partido que la inventára, tenia por objeto ocultar un verdadero complot; desde aquel dia se resolvió sacar al príncipe de en medio, aunque fuese apelando á la violencia. El general Changarnier, ese Monck de dos caras, reunió en sus salones de las Tullerías un corro de partidarios de las monarquías caidas, y á los que propuso arrestar á Luis Napoleon, encerrarle en Vincennes, disolver la Asamblea legislativa y formar una dictadura provisional.

¿Y á quien debia ponerse al frente de aquella dictadura? No seria sin duda á un teniente general del reino, ni seria á un oficial de Africa, al que se convertiria en monarca de nuevo cuño. Y en caso contrario, ¿qué papel representaria en aquel trono provisional? El de eterno objeto de division entre aquellos eternos conspiradores. Los legitimistas veian en el general al introductor modesto y decidido del conde de Chambord, mientras que los orleanistas saludaban en él al Dumouriez de la segunda rama; si bien él no se declaró nunca en favor de ninguno de los dos partidos.

Asi pues todos estaban conformes en aquella reunion estraña en derrocar al príncipe, único obstáculo que se oponia á sus intrigas, pero renacia en ella la discordia á la sola idea del triunfo. Esto hizo que nada se resolviese definitivamente; por último, un hombre honrado, un ex-ministro, M. Molé, aunque adicto á los intereses de la familia de Orleans, advirtió al principe de la trama que se le estaba urdiendo. En vano las exigencias de partido le obligaron mas tarde á negar aquella honrosa determinacion: el hecho pertenecia ya á la historia.

Felizmente conocia ya el príncipe lo bastante al hombre de las Tullerías, asi como tambien la impotencia de aquellos odios imprudentes y mal disimulados, por no aguardar tranquilo la marcha de los acontecimientos.

Pero al fin se vió obligado á tomar un partido. En 9 de enero de 1851, rompió Luis Napoleon el hilo que sostenia á aquella espada enemiga suspendida sobre su cabeza: fué la destitucion del general Changarnier un golpe terrible para la mayoría monarquica. Fué aquel acto calificado de negra ingratitud, y á propuesta de M. de Remusat, se nombró una comision encargada de examinar la conducta del gobierno. En vano M. Baroche demostró que al disponer que cesase un poder extralegal y exorbitante, no habia hecho el presidente de la república mas que hacer uso de sus derechos constitucionales, puesto que la coalicion de los dos partidos monarquicos se unió con la Montaña, y escaló la presidencia, á la señal dada por M. Thiers.

Presentóse la enmienda siguiente: «La Asamblea declara que no tiene confianza en el *ministerio*, y pasa á la órden del dia,» siendo adoptada por 417 votos contra 278.

Luis Napoleon en vista de semejantes violencias, aumentó aun su prudencia y reserva. Para hacer frente á la situacion, nombró un ministerio extra parlamentario, el único posible en aquellas circunstancias, dirigiendo el dia 25 de enero este mensage á la Cámara:

«La opinion pública, confiada en la prudencia de la Asamblea y del gobierno, ha visto sin recelo los últimos acontecimientos; con todo, la Francia empieza á sufrir á consecuencia de un desacuerdo que deplora: el deber me exige hacer todo cuanto de mi dependa para evitar los tristes resultados á que puede dar lugar este desacuerdo.

La union de los dos poderes es indispensable para la paz del pais; pero, como la constitucion los ha hecho independientes, solo puede basarse esta union en una confianza recíproca.

Penetrado de esta verdad, respetaré siempre los derechos de la Asamblea conservando intactas las prerrogativas del poder que me confirió el pueblo.

A fin de no prolongar por mas tiempo una disidencia penosa, he

aceptado la dimision de un ministerio que habia dado al pais y á la causa del órden relevantes pruebas de abnegacion, solo por acatar la reciente votacion de la Asamblea. Queriendo sin embargo formar un nuevo gabinete, que reuna circunstancias que hagan entrever la mayor duracion posible, no he podido encontrar los elementos necesarios en una mayoría nacida de circunstancias escepcionales, asi como tampoco me ha sido posible encontrarlos entre los miembros de la minoría, á pesar de toda su importancia.

En este estado, he resuelto, despues de vanas tentativas, formar un ministerio de transicion, y compuesto de hombres especiales que no pertenezcan á ninguna fraccion de la Asamblea, á fin de que puedan entregarse libremente á los negocios sin ninguna preocupacion de partido. Los hombres honrados que acepten esta mision patriótica, tendrán derecho á la gratitud del pais.

La administracion continuará pues, como hasta aqui; las prevenciones se desvanecerán al recuerdo de las solemnes declaraciones hechas en el mensage del 12 de noviembre; la mayoría verdadera se constituirá de nuevo, y volverá á reinar la armonía sin que los dos poderes hayan sacrificado en lo mas mínimo la dignidad que constituye su fuerza.

Ante todo, quiere la Francia el reposo, y espera de aquellos á quienes honró con su confianza, una conciliacion sin debilidad, una firmeza tranquila y la impasibilidad en el derecho.»

A estas leales demostraciones, contestó la mayoría negandose á la dotacion del presidente, merced á la señal que dió M. Thiers á los partidos coaligados con estas célebres palabras: «Si votais la dotacion, *tendrémos el imperio.*»

Sí, el imperio que se habia levantado ya en el corazon de la Francia, como no tardaron en demostrarlo los acontecimientos. Firmáronse inmediatamente numerosas protestas; en todas partes se abrieron suscriciones para reunir la pension tan indignamente negada. Solo el príncipe, se mostró indiferente á aquel noble impulso de adhesion y simpatía, á fin de que no se dijese que escitaba al pueblo contra la Asamblea.

Anunciáronse en breve otras manifestaciones mucho mas graves: la Francia entera pidió que se la librase de aquella constitucion que la oprimia; proponiendo la revision como único medio de reparacion. La Asamblea, empero, desechando los votos de mas de un millon y medio de peticionarios, se negó á revisar la fatal constitucion impuesta á la Francia.

El partido que se acababa de tomar era terminante, la hostilidad patente: desde aquel dia dejó la Asamblea de merecer la confianza de la opinion pública. No quedaban ya en Francia mas que dos sistemas posibles: el socialismo ó el imperio.

El socialismo era la anarquía, la miseria: doctrina absurda inaplicable, estraño cúmulo de aspiraciones insensatas, contradictorias; el socialismo que amenazaba la propiedad en el hermoso pais de Francia que encierra diez millones de propietarios; el socialismo que iba á ser un peligro real, inminente, inevitable, sino se levantaba un hombre dispuesto á sacrificarse para derribarle. A tal punto habia llegado la organizacion del órden moral, que ya habia logrado el socialismo atraerse á todo el que sufria, á todo el que ambicionaba; puesto que por medio de las sociedades secretas habia logrado pervertir á los hombres mas groseros.

Sobre todo en los subterráneos de las sociedades llegaba el vértigo á su colmo; no habia reunion misteriosa, de cuyo seno no brotáran lo grotesco y lo atroz; siendo siempre teatro de aquellas parodias de la edad media alguna taberna de mal nombre. Allí se leia en público todo cuanto la prensa clandestina arrojaba de mas odioso; allí se entonaban himnos al robo, al asesinato y á la guillotina; allí entre los vapores de la embriaguez, se repartian el castillo, los prados, los bosques del noble ó del ciudadano, ora fuese la propiedad obtenida por herencia, ora ganada por el trabajo.

Al misterio se unia la intimidacion cuando era preciso iniciar á algun adepto y aterrarle por medio de un lúgubre aparato capaz de obrar en las imaginaciones descarriadas. Trémulo, y con una venda en los ojos, se obligaba á todo el desgraciado neófito sin comprender nada, por medio de horribles juramentos que nada aclaraban, como no fuese la violencia de que eran objeto; mentando sacrílegamente el nombre de Jesucristo en la fórmula de aquellos juramentos impíos. Puesto el iniciado de rodillas sobre dos cuchillos colocados en forma de cruz y sobre dos monedas de á cinco francos, se le hacia el siguiente interrogatorio:

—¿Deseas afiliarte en la sociedad?

—Sí.

—¿Prometes no revelar jamás sus secretos?

—Lo prometo.

—¿Qué es lo que tienes ahora bajo tus manos?

—¿Dos cuchillos y dos monedas de á cinco francos.

—Se han colocado aquí esos objetos para demostrarte que si halagado algun dia por el interés hacias traicion á la sociedad, se te castigaria con la muerte.

Otra fórmula de iniciacion, mas salvaje aun, se practicaba en el departamento de Valence, á saber:

«Juro por esas armas, símbolo de honor, servir á la república democrática y social hasta la muerte. Juro, además, ódio implacable y eterno á todos los reyes y á todos los realistas y quiero que sean mis en-

trañas pasto de las fieras antes que falte á mi juramento : lo juro tres veces en nombre de Jesucristo redentor.

«Juro por mi honor y en nombre de la santa causa á que pertenezco, ir á donde se me destine con mis hermanos de la Montaña, y prestar



ausilio y asistencia á todos los demócratas. Lo juro tres veces en nombre de Jesucristo redentor.»

Cuando el neófito habia prestado el juramento, se le daba el nombre de *hijo de la Montaña.*

He aquí el interrogatorio que sufria antes el candidato :

«—Oye, ciudadano, se me ha dicho que me habias delatado á la justicia, ¿es esto verdad?—Ahora que tienes los ojos vendados y las manos atadas á la espalda, somos dueños de ti, pero queremos antes examinarte. Si por ejemplo, tu hermano ó tu padre no eran de tu partido ¿te vengarias?—¿Les harias fuego?—¿Te seria esto sensible?—Ahora mismo acaba de decírsenos que el prefecto hace circular algunas listas para la prolongacion de la presidencia : ¿las firmarias?—¿Serias capaz, en caso necesario, de empuñar las armas en defensa de la república?—¿Luego quieres ser republicano?—Nos es indispensable el sacrificio de tu vida...»

Particularmente en el campo, era donde hacian mas progresos aquellas seductoras utopías, á causa de las privaciones de la vida; porque las abundantes cosechas y la baja de los precios que eran su resultado, justificaban al parecer las acusaciones contra el gobierno, las calum-

nias propagadas por un sin número de publicaciones y por las sociedades secretas. Está situacion moral se demostraba por las violencias cada dia mas numerosas que se cometian en todas partes contra los representantes de la autoridad ; así que , una parte de la Francia meridional es-estaba aun sometida al régimen escepcional del estado de sitio (la 6.ª division militar), y en otros muchos puntos se reclamaba tambien la aplicacion de enérgicas medidas.

La gangrena se habia declarado en todas las partes del cuerpo social; hasta las risueñas provincias del mediodia , aquella patria del sol y de la fecundidad, pais fertil y encantador como el de España, é industrial como el del mismo norte , quien lo creeria , era tambien víctima del cáncer roedor del socialismo ! Cuatro años antes, era la religion en él respetada y poderosa , sin que hubiese mas sociedades que esas cofradías de piedad y beneficencia que recuerdan las virtuosas obras de los antiguos tiempos. No obstante la natural vivacidad de los ánimos y la volubilidad de las pasiones, era la administracion allí sumamente fácil ; ya empezaban á olvidarse los sangrientos recuerdos de las antiguas discordias religiosas y políticas , de modo que el descendiente del proscrito de las Cevenas miraba sin ódio al ferviente católico , conducia el hijo del blanco al altar á la nieta del azul ; y era Trestaillon tan generalmente detestado como Saint-Just y Robespierre. La comodidad y la dicha reinaban en aquellos frondosos valles y ricas colinas plantadas de morales para la produccion de la seda , de olivos , maiz y trigo , y en las que se veian con placer estensos campos de viña , cuyos dorados racimos parecian aun conservar un rayo del sol benéfico que los maduró.

Pero hé aquí que de repente se despiertan los ódios y vuelve á aparecer el fanatismo con todo su furor : reúnense sus moradores antes tan pacíficos , pero lejos de notarse en ellos su acostumbrada dulzura y sencillez , solo profieren sus labios palabras de ódio y de venganza. Ni siquiera hay una aldea que no tenga sus dos círculos de *blancos* y *rojos*; así dividido el campo , empiezan desde luego los partidos á atacarse; sigue luego la pereza , y tras ella la miseria : como la confianza ha desaparecido , viene la paralizacion del comercio á aumentar los males.

¿ Quién ha vertido ese veneno que apuran con delirio todas las poblaciones ? ¿ Quién ha podido , en tan pocos dias , contristar y empobrecer aquel pais tan fecundo ? El socialismo.

Imposible parece que el socialismo , ese producto raro de la Alemania delirante , hijo místico y escéptico á la vez de la descarriada imaginacion de los filósofos de allende el Rin , salido de una escuela charlatana ó del fondo de una repugnante taberna , haya podido tan pronto apoderarse de aquel pais de sol y de bullicio , cuyas vivas imaginaciones , ardientes y alegres caractéres deberian estar , merced al esplendor de su clima ,

tan poco dispuestos á recibir las brumosas inspiraciones del pais de la niebla.

No, no podian ser las vanas teorías de Juan de Leyde, de Hegel ó de sus modernos adeptos las que habian seducido á los sencillos campesinos del mediodia de la Francia; sino que para arrastrarles el socialismo se habia transformado: habia adoptado por aliciente las dos pasiones mas innobles: la envidia y la concupiscencia. El dogma humanitario no habria logrado penetrar en aquellas sanas y robustas inteligencias: la justificacion del robo y la absolucion del pillage, eran mucho mas fáciles de comprender.

Asi en tiempos del duque Ricardo II, como en nuestros dias, lo que con mas ansiedad reclamaba el mal instinto de las masas, era el goce gratuito de la propiedad agena, particularmente el de aquella propiedad mas dificilmente probada ó definida, que parece al hombre grosero deber pertenecer á todos sin ser esclusivamente de nadie. Los estensos bosques con sus agrestes frutos, con sus moradores, de los que solo logra el hombre apoderarse por la violencia ó la astucia, las aguas que corren eternamente hácia el mar con sus sabrosos habitantes, los aires que trasladan en innumerables bandadas á esos pasageros que el instinto guia cada año de uno á otro clima, todos esos tesoros del monte, del llano y del espacio, creen que los concede la naturaleza al primero que logre apoderarse de ellos.

«¿Por ventura no somos nosotros tambien hombres? esclamaron antiguamente los campesinos normandos. ¿No tenemos acaso los mismos miembros qué ellos tienen? ¿Qué nos falta pues? Un corazon.»

¡Hé aquí la terrible doctrina de la igualdad mal comprendida, cuyo verdadero nombre es Envidia! De ella á la rebelion no hay mas que un paso.

Oid la continuacion del canto de Roberto Wace: «Unámonos y juremos defendernos mútuamente, permaneciendo, como un solo hombre, para siempre unidos. Si se atreven á atacarnos, seremos treinta ó cuarenta campesinos contra un caballero.»

¿Pero donde estará la victoria? Para el campesino sublevado, en el modo de satisfacer sin cuidados todos sus apetitos, en librarse de la dura y sana ley del trabajo: cortar el tronco del árbol que no sembró, coger el pez que no encerró en su vivero, cazar el ciervo en el bosque que no le pertenece; hé aquí lo que desea su corazon mas ardientemente. «De este modo, añade el mismo Roberto, no habrá mas ley que nuestra voluntad en el espacio, en las selvas y en las aguas.»

Esta es tambien la idea del socialismo del presente siglo. Vivir sin regla y sin ley, rechazar la disciplina que encadena provechosamente las voluntades humanas, cazar la liebre sin la competente licencia, coger la

perdiz en el lazo sin temer al guardia civil, cortar el árbol ageno sin esponerse á ser procesado, comer los frutos que no se sembraron, despojar de sus espigas al campo que no se cultivó. Este es el eterno deseo que despierta en los hombres el espíritu del mal y de revuelta.

Particularmente en los tres departamentos del Herault, Lot-y Garonne y Pirineos Orientales, estaban las sociedades secretas terriblemente organizadas; ascendiendo á mas de ciento veinte mil el número de sus afiliados. Aquellas legiones de la insurreccion y del pillage, divididas en decurias y centurias, prontas á obrar á la primera campanada del toque de rebato, tenian ya su vanguardia por decirlo así, en las ciudades, en los pueblos y aldeas: cada hermano tenia su puesto designado; á uno le tocaba apoderarse de la casa del alcalde, á otro de los tesoros públicos, al paso que debia hacerse dueño un tercero de cuantas alhajas hubiese en el templo para el culto divino.

Hasta en el estrangero, era imponente y terrible la actitud de esos eternos enemigos del órden.

En Lóndres, los conspiradores, los insurgentes, los penados que se habian reunido allí de todos los puntos de la Europa que se vió obligada á arrojarlos de su seno, sin respetar en lo mas mínimo el asilo ofrecido á sus desgracias, organizaban gobiernos insurreccionales, trataban de contraer públicamente empréstitos cuyo reembolso aseguraban con la propiedad agena; anunciaban grandes compras de fusiles y otros pertrechos de guerra, y escitaban con sus continuos llamamientos todas las pasiones ávidas de sangre y de esterminio.

A todas esas esperanzas horribles se habia fijado para su realizacion el año 1852, año nefasto que debia poner fin al poder del presidente de la república, y verificar la eleccion de un nuevo gefe del Estado.

Habia en aquella sangrienta amenaza tan terminantemente fijada, algo parecido al terror general que se apoderó de Francia á últimos del siglo X. A medida que se acercaba el año mil, creíase se acercaba con él la fin del mundo: *Appropinquante fine mundi*; tal era la triste fórmula con que se encabezaban todos los documentos públicos y privados. Estas palabras terribles resonaban diariamente en el púlpito de cada iglesia, como un fúnebre tañido en medio de los pueblos azorados.

Es el temor contagioso. Aquella continua alarma acarreaba la desaparicion de la fortuna pública, y era como la vívora que envenenaba el cuerpo social. Desde que se amortiguó el espíritu de empresa, quedó paralizado inmediatamente el trabajo, desde que faltó el crédito á los amos, quedáronse los operarios sin ocupacion. Pronto vino la miseria á poner el colmo á tantos males; faltó á los niños el pan y el vestido, la pobre madre cayó enferma al ver el hambre y la desnudez de aquellos pedazos de su corazon, y buscó el hombre en los vapores del vino que

tomaba al fiado, el salvaje olvido de su miseria. A la necesidad de las poblaciones laboriosas, siguió la imposibilidad de poder ser socorridas por el gobierno, porque cuanto mayor era la escasez de los recursos, mayor habia de ser tambien la dificultad de socorrer; puesto, que como sucede siempre, disminuian los recursos á medida que aumentaban las necesidades.

Habia algunos amigos del órden que se desesperaban al ver faltar bajo sus piés aquella tabla flotante: la revision de la constitucion; no sabian, ó habian olvidado por que maquiavelismo logró el partido republicano de 1848 evitar que se emplease aquel remedio antes de la crísis. La constitucion, fruto del genio de Marrast, reconocia el derecho de revision, pero estaba revestido de tantas formalidades y dilaciones, que puede decirse era aquel derecho inaplicable. El artículo III disponia que la Asamblea nacional no pudiese manifestar el deseo de revisar la Constitucion hasta el último año de la legislatura; y sin que pudiese su voto convertirse en resolucion definitiva hasta despues de tres deliberaciones consecutivas, debiendo mediar de una á otra el intérvalo de un mes, y despues de haberse obtenido en su favor las tres cuartas partes de los votos. Es en toda asamblea muy difícil obtener una mayoría semejante, pero en la de entonces, atendida la division de los partidos, era enteramente imposible: luego el derecho de revision desaparecia ante las condiciones bajo las cuales debia ejercerse. La forma triunfaba del fondo.

Tal era el camino sin salida á que se habia logrado conducir á la sociedad. ¿Y cómo asombrarse de tantos lazos, al pensar que la constitucion habia sido impuesta por aquella minoría violenta que lográra por sorpresa apoderarse de la Francia?

Los culpables maquinadores de la doble intriga monárquica, decian á voz en grito que se verificaria la fusion de los pretendientes el dia en que todos los príncipes de las dos ramas, llegasen á reunirse en el suelo de Francia; así es, que todos sus ardientes partidarios procuraban hacer todos los esfuerzos posibles por lograr aquel apetecido resultado. Obtener, fuese por medio de la intriga, ó por una imprudente generosidad, la supresion de las leyes que condenaban á los príncipes al destierro, fué el objeto principal que se propuso la coalision monárquica.

¡Insigne locura! Aquellos á quienes un destierro y una desgracia comunes no pudieron unir, se creia que debian abrazarse al pisar el suelo de Francia, cuando iba á ser este para ellos el objeto de una nueva conquista: ¡cómo si la legitimidad y la revolucion pudiesen confundirse en un beso de paz ni en un sincero abrazo!

Así pues, no reinaba ninguna seguridad en la vida pública y privada, solo se veian la desunion y la desconfianza en unos, el reto y la desconfianza en otros; la produccion paralizada, la renta pública dismi-

nuida, la propiedad envilecida, los brazos desocupados, todos los ánimos turbados por la proximidad de un peligro inminente, sin saberse, en medio de la incertidumbre general, como podria ser conjurado; un presentimiento cierto de ruina, un abandono completo de defensa, acusaciones violentas que se lanzaban los partidos unos contra otros, la ansiedad, la division, la sospecha á la órden del dia: tal era el triste cuadro que presentaba el pais aguardando que diera la hora del terror.

Hé aqui lo que era la Francia, cuando inspirado Napoleon por su patriotismo heróico, trató de libertarla.





EL GOLPE DE ESTADO.



LA medida mas enérgica, el golpe mas seguro y mas decisivo que podia dar el príncipe á aquella mayoría monarquica que amenazaba con sus intrigas á la libertad de la Francia, era tomar á su cargo la rehabilitacion de la ley de 31 de mayo y el restablecimiento del sufragio universal. Sin embargo, lo propuso antes en un nuevo mensage, fechado el 15 de noviembre de 1851.

Despues de haber demostrado en aquel documento el mal estar general producido por la incertidumbre, la paralizacion del trabajo y la exaltacion de las esperanzas antisociales, solo veia el remedio en el restablecimiento del « solo principio que en medio del espantoso caos general, la Providencia nos ha conservado para nuestra union. »

« Cuando el sufragio universal, añadió, levantó el edificio social por sustituir un derecho á un acto revolucionario, ¿seria prudente no recurrir ahora al mismo medio para sostenerlo? A no obrar de esta manera, cuando vengan nuevos poderes á presidir los destinos del pais, se comprometerá ya de antemano su estabilidad dejando un pretesto para discutir su orígen y desconocer su legitimidad.

«Sin que abrigase ninguna duda acerca de sus rectas intenciones, y por no separarme ni un momento de la política de órden que he observado siempre, me ví obligado, á pesar mio, á separarme de un ministerio que merecia toda mi confianza y estimacion, para elegir otro nuevo compuesto igualmente de hombres honrados, conocidos por sus sentimientos conservadores, y que se hallasen dispuestos á admitir la necesidad de restablecer el sufragio universal en la forma mas amplia que fuese posible darle. »

Despues de haber demostrado que la ley de 31 de mayo habia ido en su aplicacion mas allá del objeto que se proponia alcanzar, eliminando á tres millones de electores, casi todos pacíficos habitantes del campo; despues de haber probado que la eleccion de un nuevo presidente, bajo las nuevas condiciones del sufragio, seria casi obra esclusiva de la Asamblea y no del pais, refutaba ya de antemano el príncipe una objecion que se le hacia.

« Ya sé que se supone ser el interés personal el que me inspira éstas proposiciones, pero bien sabeis que hace tres años que estoy desmintiendo con mi conducta semejante suposicion. Lo repito, el bien del pais será siempre el único móvil de mi conducta: creo estar obligado á proponer todos los medios de conciliacion, y á hacer todos los esfuerzos posibles por alcanzar una solucion pacífica, regular, legal, cualquiera que sea el resultado que haya de tener mi empresa.

«Asi pues, señores, la proposicion que os hago ni es una arma de partido, ni un cálculo egoista, ni una súbita resolucion; es el resultado de serias meditaciones y de una conviccion profunda. No pretendo que esta medida haga desaparecer todas las dificultades de la situacion, pero sí que podrá mejorarla mucho, si se emprende con constancia la marcha que indico: restablecer hoy el sufragio universal, será quitar mañana á la revolucion su bandera, su último argumento á la oposicion; será procurar á la Francia la posibilidad de darse instituciones que aseguren su reposo; será restituir en lo sucesivo á todos los poderes aquella fuerza moral que solo existe mientras descansa en un principio consagrado y en una autoridad incontestable. »

Este lenguaje que espresaba noblemente las necesidades, los deseos y las esperanzas del pais, causó honda impresion en los partidos que querian turbar la paz de la Francia, y agitó de tal modo á los miembros

de la Asamblea legislativa, que muchos de ellos manifestaron paladinamente la misma opinion respecto de los males y de los medios que debian emplearse para atajarles.

« Señores, decia á sus cólegas, uno de los mas eminentes hombres de estado, pensad que estamos encerrados en una sala que solo recibe la luz por la parte superior, que no tenemos en ella ventanas que dén á la calle, y que no sabemos lo que pasa en el esterior, al paso que *él*, lo vé todo de muy cerca, y sabe perfectamente todo cuanto ocurre. »

Con efecto, nadie mejor que *él* comprendia la crítica situacion del momento y los graves peligros de lo porvenir; por esto no podia permanecer en la inaccion y abandonar los destinos de un gran pueblo al furor de los anárquicos de alto rango.

¿Qué habria sucedido si los conspiradores de salon hubiesen tenido valor en el momento de cumplir sus funestos designios? Suponed que hubiesen logrado sobornar las tropas de la primera division militar y dar la órden de arrestar al príncipe: ¿puede creerse que por esto el ejército entero hubiese seguido la bandera del cuestor? ¿Se creerá que por ello hubiese hecho armas contra aquel que, tanto á sus ojos como á los de la Francia, representaba el gobierno? Aunque algunos regimientos hubiesen secundado aquel conflicto terrible, obedeciendo las órdenes de los abogados de la Asamblea, quedaban aun en Paris dos ejércitos, uno parlamentario y otro del partido del presidente, dos ejércitos franceses acampados frente á frente y separados tan solo por el puente de la Concordia.

Hé aquí la guerra civil con todos sus horrores. Estremo horrible ante el cual no cejára la ambicion de aquellos intrigantes unidos por un odio comun.

Y aun concediendo que hubiesen podido aquellos conspiradores ridículos alcanzar la victoria, ¿á que hombre asaz fuerte habrian podido confiar el gobierno provisional? ¿Qué dictador habrian podido coronar que hubiese sido aceptado por todos los partidos? Todas las banderas se habrian desplegado en medio de aquella prevista anarquía, siendo la bandera roja, la que de seguro, se hubiera levantado sobre todas las demás. A pesar de no haber sido invitado á él, habria asistido el socialismo al banquete, y reclamado para sí la mejor parte del festin. Todos los hombres adictos á su pais, y para cuyos intereses era el órden una necesidad, participaban de la misma opinion, y solo con horror pensaban en el término fatal de los poderes del presidente.

Si se consultaba á los gefes de las casas de comercio, asi como á los banqueros y fabricantes, todos unanimemente decian: *Dentro de seis meses se verá la Francia en los mas grandes apuros.*

Tambien hubo un dia para la república romana, aquella dominadora

vigorosa de la antigua Europa, en el que una horda de jóvenes calaveras meditára seriamente el incendio de la capital del mundo; el pillage y la orgía habian venido á ser para Catilina el principio y el objeto único de un nuevo gobierno. En medio del general desbordamiento pensaba el bárbaro gefe ofrecer todo su pais por pasto á los vencedores. Cual otra Roma, veia tambien la Francia llegado el momento de sonar su hora tremenda, con la sola diferencia de que veia brillar una esperanza, una luz en medio de su oscuro cielo; su confianza en la proteccion divina.

Señor, salvanos, ó perecemos, *¡Domine, salva nos, perimus!* gritaba el apostol al Salvador durante la tempestad en el lago de Genesareth. Este fué tambien el grito que lanzó la Francia: sálvame, ó perezco, gritaba á su gefe al considerar entreabierto el abismo que iba á sepultarlo.

Y aquel grito terrible fué oido, y la Francia fué salvada!

La situacion estaba tristemente despejada; no habia mas alternativa que sacarla de aquel duro trance, ó perecer.

Algunas palabras pronunciadas por el presidente de la república en una ocasion solemne, dieron á comprender que habia previsto con antelacion todos los peligros, y hacian por lo tanto esperar que llegado el momento sabria hacer frente á todos ellos.

«Cuando el crédito empezó á renacer, decia el presidente, refiriéndose á los *exponentes de Londres*; cuando una idea infernal impulsaba sin cesar á los operarios á secar las fuentes mismas del trabajo; cuando la demencia cubierta con el manto de la filantropía, iba á distraer los ánimos de sus ocupaciones regulares por lanzarlos en pos de las especulaciones de la utopía, fué cuando supisteis mostrar al mundo los maravillosos productos que solo una paz duradera parecia poder procurar.

«En vista de aquellos inesperados resultados, debo repetirlo, ¿á qué grado de prosperidad y esplendor increible no habria podido llegar la república francesa, si le hubiese sido dado dedicarse á sus negocios y reformar sus instituciones, en lugar de verse continuamente turbada por las ideas demagógicas y por las alucinaciones monárquicas?

«¿Por ventura las ideas democráticas proclaman una verdad? No, solo esparcen por do quiera el error y la mentira: la inquietud las precede, la decepcion las sigue, y los recursos empleados para reprimirlas, nos privan siempre de importantes mejoras, y lo que es mas sensible aun, de atender al alivio de la miseria.

«En cuanto á las alucinaciones monárquicas, podemos decir que, si bien no nos esponen á los mismos peligros, sirven siempre de rémora á todo progreso, por tener que perderse en la lucha un tiempo precioso que se emplearia en adelantar en la senda de la civilizacion. Vése hoy á

algunos hombres, que eran antes celosos partidarios de la autoridad real, hacerse convencionales á fin de derrocar el poder nacido del sufragio universal. Vése asi mismo á aquellos que mas han sufrido y sido victimas de la revolucion, provocar otra nueva, al único objeto de librarse del voto nacional, é impedir el movimiento que transforma á las sociedades, haciéndolas seguir un curso apacible y tranquilo.

«Vanos serán empero todos estos esfuerzos, porque todo lo que es una necesidad de los tiempos, debe necesariamente cumplirse; solo lo inutil está condenado á un perpetuo olvido. Tendrémos una prueba mas de que ciertas instituciones han de caer por precision, y de que únicamente las que están conformes con las costumbres, ideas y necesidades de la época, pueden desafiar los ataques de la envidia ó del puritanismo.

«Vosotros todos, hijos de esa sociedad regenerada que destruyó los antiguos privilegios y que proclama como principio fundamental la igualdad civil y política, esperimentais sin embargo un justo orgullo al ser nombrados caballeros de la órden de la Legion de honor; porque esta institucion, como todas las demás que fueron creadas en aquella época, está en armonía con el espíritu del siglo y con las ideas del pais. Lejos de servir como otras para separar las distancias, las hace desaparecer colocando en una misma línea todos los méritos, pertenezcan al rango ó á la profesion que quieran los que los han contraido.

«Recibid pues esa cruz de la Legion de honor que en concepto del que la fundó, está igualmente destinada á premiar el trabajo, el valor y la ciencia.

«Antes de retirarme, señores, permitidme os aliente en vuestra nueva empresa. Dedicaos sin temor á vuestros trabajos destinados á impedir los estragos de la miseria en el proximo invierno; tened, sobre todo, confianza en el porvenir, porque de todos modos, será la tranquilidad conservada. Un gobierno que se apoya en el amor y la esperanza de toda una nacion, que no tiene otro móvil que el bien público, y al que anima esa fé ardiente que seguramente os guía, por mas que se vea obligado á desbrozar el campo que ha de recorrer, ese gobierno repito, sabrá cumplir su mision, por reunir el derecho que nace del pueblo, y la fuerza que deriva de Dios.»

Uno de sus antiguos amigos de Inglatcara, el espiritualista y escéntrico conde Alfredo de Orsay, hoy difunto, aconsejaba al príncipe que se apoyase en el partido democrático: «Mi querido conde, le contestó el presidente, no quiero apoyarme en ningun partido, porque quiero que todos ellos se apoyen en mí.» Pensad, le decia aun el conde antes del golpe de Estado que entrevia en el horizonte politico, pensad en la página que debeis ocupar en la historia.»—«No es una página, mi que-

rido conde, contestó el príncipe, sino que serán muchos tomos los que tendrán que escribirse.»

Esta inexorable firmeza en sus convicciones basada en una conviccion profunda, era causa, de que aun sus mas íntimos amigos, acusasen al príncipe de terquedad; pero él por mas que tuviese en mucho la opinion de los demás, decia, como el emperador, su tio, que el hombre político, debe algunas veces unir el corazon y la cabeza. «*Todo el mundo* cree, se le decia algunas veces, que debiais hacer esto.»—Y él contestaba con cierta sonrisa: «A pesar de mis faltas en concepto de *todo el mundo*, no participo siempre de la opinion general.»

Para resumir en algunas palabras la verdadera situacion de la Francia durante los últimos dias que precedieron al golpe de Estado del 2 de diciembre, diremos que reinaba una ansiedad mortal en todos los ánimos y en todos los corazones. Desde su cima hasta su base, estaba el edificio social sordamente estremecido; las transacciones comerciales en una paralizacion completa; todas las miradas se dirigian con espanto hácia aquel fantasma de 1852, cuya cabeza se creia ver ya asomar nuevamente. La sociedad entera sufria un malestar indescriptible, un terror imponderable, y los temores que venia á aumentar aun la desaparicion de todo poder asaz fuerte para evitar la desorganizacion de que se veia el pais amenazado.

Sin duda, en aquellos momentos solemnes, por una especie de instinto, era el presidente de la república considerado por todos, como el único hombre capaz de salvarlo todo. Pero ¿lograria dar cima á tan arriesgada empresa?—¿Se atreveria siquiera á acometerla? ¿Se le ganaria por mano, caso de qué se atreviese, ó podria dar aquel golpe de Estado, del que dependia la salvacion social?

Tal era el estado de los ánimos, cuando tuvo lugar la órden providencial del dos de diciembre. Todos los habitantes de Paris pudieron ver desde la mañana del 2 de diciembre, el siguiente decreto, fijado en las esquinas de la capital:

«En nombre del pueblo francés, el presidente de la república ordena y manda:

Artículo 1.° La Asamblea nacional queda disuelta.

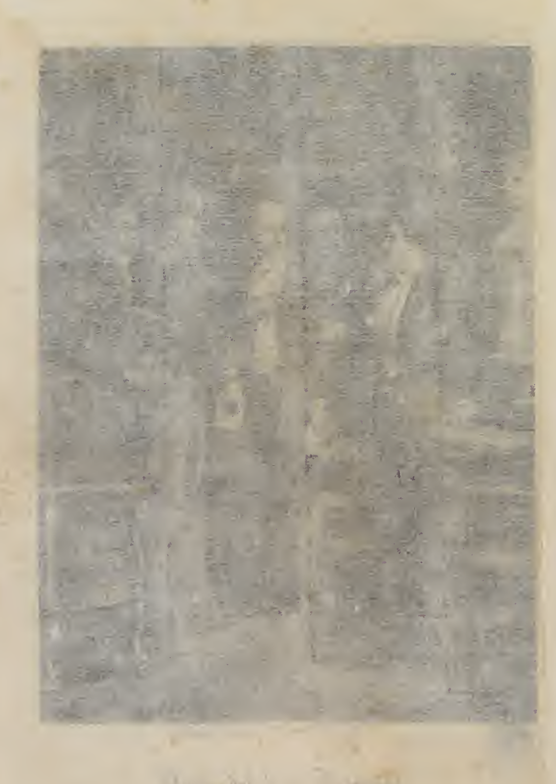
Art. 2.° Se restablece el sufragio universal, y queda anulada la ley de 31 de mayo.

Art. 3.° El pueblo francés podrá reunirse en sus comicios desde el 14 de diciembre hasta el dia 21 del propio mes.

Art. 4.° Se declara el estado de sitio en toda la estension que ocupa la primera division militar.

Art. 5.° Queda disuelto el consejo de Estado.

Art. 6.° El ministro del interior queda encargado de la ejecucion



[illegible], [illegible] el príncipe, sino que [illegible] que tendrán que [illegible]. »

[illegible] firmeza en sus convicciones basada en una [illegible] profunda, era causa de que aun sus mas íntimos amigos [illegible] al príncipe de [illegible]; pero él por mas que [illegible] mucho la opinion de los [illegible], decia, como el emperador, su tio, que el hombre político, debe algunas veces unir el corazon y la [illegible]. « *Todo el mundo* cree, [illegible] le decia algunas veces, que debiais hacer esto. » — Y él contestaba con cierta sonrisa: « A pesar de mis faltas [illegible] concepto de *todo el mundo*, [illegible] siempre de la opinion general. »

Para [illegible] en algunas palabras la verdadera situacion de la [illegible] durante los últimos dias que precedieron al golpe de Estado del 2 de diciembre, diremos que reinaba una ansiedad mortal en todos los [illegible] y en todos los corazones. Desde su cima hasta su base, [illegible] [illegible], las transacciones comerciales [illegible]; todas las miradas se dirigian con espanto [illegible] de 1852, cuya cabeza se creia ver ya asomar [illegible] un malestar indescriptible, un terror [illegible] y los temores que venia á aumentar aun la [illegible] asaz fuerte para evitar la desorganizacion de que se [illegible].

[illegible] en aquellos momentos solemnes, [illegible] presidente de la república considerado por todos, como el [illegible] de salvar [illegible] todo. Pero ¿lograria dar cima á tan arriesgada empresa? — ¿Se atreveria siquiera á acometerla? ¿Se la [illegible] se de qué se atreviese ó podria dar aquel golpe de Estado, del que [illegible] la salvacion social?

Tal era el estado de los ánimos, cuando tuvo lugar la órden providencial del [illegible] de diciembre. Todos los habitantes de Paris pudieron ver [illegible] mañana del 2 de diciembre, el siguiente decreto, fijado en las [illegible] de la capital:

« En nombre del pueblo francés, el presidente de la república ordena y decreta:

[illegible] 1.° La asamblea nacional queda disuelta.

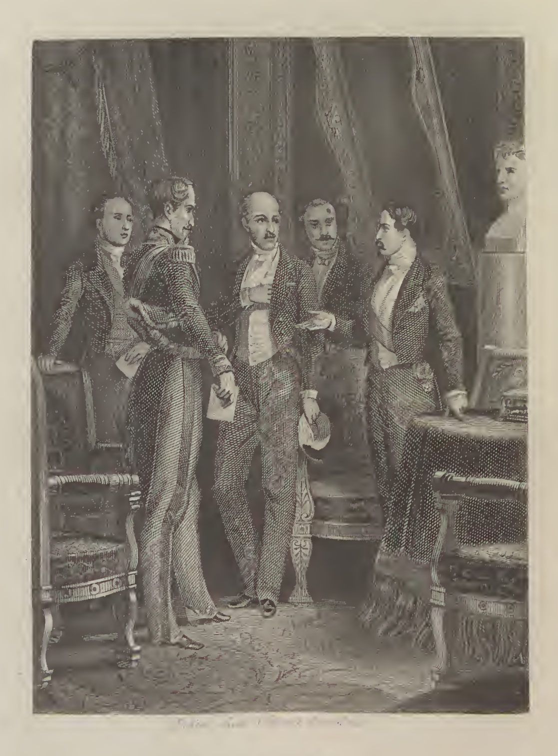
2.° Se restablece el sufragio universal, y queda anulada la ley 31 de mayo.

[illegible] El pueblo francés [illegible] en sus comicios desde [illegible] hasta el [illegible].

[illegible] el estado de sitio en toda la estension que ocupa [illegible].

[illegible] el consejo de Estado.

[illegible] queda encargado de la ejecucion



Noche del 2 de Diciembre.



del presente decreto:—Dado en el palacio del Elíseo á 2 de de diciembre de 1852.—Luis Napoleon Bonaparte.—El ministro del interior:—De Morny.»

Seguia á continuacion la siguiente proclama haciendo un llamamiento al pueblo y esplicando las razones que habian motivado el golpe de Estado que se dió luego de la publicacion del anterior decreto.

«Franceses: La situacion actual no puede durar por mas tiempo. Cada dia que trascurre se agravan mas los peligros del pais: la Asamblea que debia ser el mas firme apoyo del órden, ha venido á ser un foco de complots y de intrigas; sin que el patriotismo de trescientos de sus miembros haya podido contener tan fatales tendencias. Léjos de dar leyes en el interés general, procura por todos los medios posibles encender la guerra civil, atenta al poder que tengo directamente del pueblo; alienta todas las malas pasiones y compromete el reposo de la Francia; así pues, la he disuelto, y tomo al pueblo entero por juez de su conducta y la mia.

La constitucion, ya lo sabeis, habia sido hecha al objeto de debilitar de antemano el poder que ibais á confiarme: seis millones de votos son la protesta mas enérgica que se puede dar contra ella, y con todo, he sabido observarla fielmente. Las provocaciones, las calumnias, los ultrajes me han encontrado siempre impasible; pero hoy que ni aun el pacto fundamental ha sido respetado por aquellos mismos que le invocan sin cesar y que los hombres que han perdido ya dos monarquías quieren atarme las manos, á fin de derrocar la república, me obliga mi deber á burlar sus pérfidos proyectos, y á conservar el poder solemne del pueblo, único soberano que reconozco en Francia.

Hago pues á la nacion entera un llamamiento franco y leal, y á todos digo: Si quereis continuar en este malestar general que nos degrada y compromete nuestro porvenir, nombrad á otro y le cederé mi puesto; porque no quiero por mas tiempo un poder que me hace responsable de muchos actos que no puedo evitar, y que me sujeta al timon, cuando veo que la nave del estado corre rápidamente hácia el abismo.

Si, por el contrario, teneis aun confianza en mi, procuradme los medios necesarios para poder cumplir la alta mision que me confiasteis un dia.

Esta mision consiste en cerrar la era de las revoluciones satisfaciendo las legítimas necesidades del pueblo, y protegiéndole contra las pasiones subversivas; además, consiste, sobre todo, en crear instituciones que sobrevivan á los hombres y que sean al fin fundaciones sobre las que pueda sentarse algo sólido y duradero.

Persuadido de que la instabilidad del poder y la preponderancia de una sola asamblea, son causas permanentes de trastornos y discordia,

someto á vuestra eleccion las siguientes bases fundamentales de una Constitucion que las asambleas desarrollarán mas tarde:

«1.° Un gefe responsable nombrado por diez años.

2.° Ministros que solo dependan del poder ejecutivo.

3.° Un consejo de Estado compuesto de los hombres mas notables, para formar leyes y sostener las discusiones ante el Cuerpo legislativo.

4.° Un cuerpo legislativo discutiendo y votando leyes, nombrado por el sufragio universal sin escrutinio que falsee la eleccion.

5.° Una segunda asamblea compuesta de todas las notabilidades del pais, á fin de que sea un poder regulador y la salvaguardia del pacto fundamental de las libertades públicas.

Este sistema, creado por el primer cónsul á principios de este siglo, dió ya á la Francia el reposo y la prosperidad, que sabrá asegurarla nuevamente ahora.

Tal es mi conviccion profunda. Si vosotros participais de ella, demostradlo en las urnas; si por el contrario, preferís un gobierno sin fuerza, monárquico ó republicano, pedido á no sé que pasado ó á que porvenir quimérico, contestad negativamente.

Asi pues, por primera vez desde 1804, votareis con conocimiento de causa, sin ignorar por quien y por qué.

Si no obtengo en mi favor la mayoria de vuestros sufragios, convocaré entonces una nueva asamblea, á la que entregaré el poder que me conferisteis.

Pero si creeis que la causa que simboliza mi nombre, esto es, la Francia regenerada por la revolucion de 1789 y organizada por el Emperador, continua siendo la vuestra, proclamadlo, reconociendo los poderes que os reclamo.

Entonces la Francia y la Europa se verán libres de la anarquía, los obstáculos se allanarán y las rivalidades habrán desaparecido, porque todos reconocerán en la decision del pueblo, el decreto de la Providencia.

Dado en el palacio del Eliseo á 2 de diciembre de 1852.— Luis Napoleon Bonaparte.»

Dió así mismo el presidente esta proclama dirigida al ejército:

«Soldados: Enorgulleceos de vuestra mision, porque estais destinados á salvar la patria; cuento con vosotros, no para violar las leyes, sino para hacer respetar la primera ley del pais, la soberanía nacional, de que soy representante legitimo.

Tiempo ha que sufriais como yo por los obstáculos que se oponian al bien que queria haceros y á las demostraciones de vuestra simpatia en mi favor; pero no existen ya semejantes obstáculos. La asamblea quiso atentar á la autoridad que me confió la nacion entera, y por esto ha dejado de existir.

Hago un llamamiento leal al pueblo y al ejército, diciéndoles: O dadme los medios para asegurar vuestro reposo, ó bien elejid al que debe ocupar mi puesto.

En 1830 como en 1848, se os trató como vencidos. Despues de haber dado tantas pruebas de un desinterés heróico, ni se dignaron siquiera consultar vuestras simpatias y vuestros votos, y sin embargo sois el apoyo de la nacion; pero hoy quiero que el ejército francés haga oir su voz en estos momentos solemnes.

Votad pues libremente como ciudadanos; pero como soldados, no olvideis que la obediencia pasiva á las órdenes del gefe del gobierno, es el deber rigoroso del ejército, desde el general hasta el soldado. Ya que soy responsable de mis acciones ante el pueblo y ante la posteridad, á mi me corresponde adoptar las medidas que crea indispensables para el bien público.

Por lo que á vosotros toca, debeis observar siempre fielmente las reglas de la disciplina y del honor. Cooperad con vuestra imponente actitud, á que el pais manifieste su voluntad en medio de la reflexion y la calma; estando siempre prontos á reprimir cualquier tentativa contra el libre ejercicio de la soberanía del pueblo.

Soldados, no os hablo de los recuerdos unidos á mi nombre, porque ya me figuro los teneis grabados en vuestro corazon; existen por lo tanto entre vosotros y yo lazos indisolubles: ya que en lo pasado la gloria y la desgracia son comunes entre nosotros, espero habrá tambien en lo porvenir comunidad de sentimientos y resoluciones para alcanzar el reposo y la grandeza de la Francia. — Luis Napoleon Bonaparte.»

A nadie, en verdad, sorprendió aquel acontecimiento, ansiado vivamente como una medida salvadora. Si bien hubo algunas tentativas de insurreccion en diferentes puntos de la capital, por haber intentado algunos representantes del pueblo, pertenecientes al partido de la Montaña, hacer un llamamiento *á las armas*, reinó en breve la mayor indiferencia, porque cansado ya el pueblo de tantas revoluciones inutiles, solo deseaba con ardor el reposo que le era indispensable, y que solo podia procurarle el golpe de Estado.

Con antelacion habia tomado ya el gobierno de un modo admirable todas sus medidas: desde la mañana de aquel mismo dia habian sido arrestados en su domicilio un gran número de representantes del pueblo, y se hallaban ocupados militarmente todos los puntos en que se temia que podria estallar la rebelion con mas furia.

La Asamblea ha venido á ser un foco de conspiraciones é intrigas, decia Luis Napoleon en su proclama; y en breve debian justificar los hechos de un modo innegable aquella afirmacion. Se destinó alguna

fuerza á la Asamblea, á fin de que se apoderase de los cuestores que permaneciesen en ella, y en particular de Mr. Baze.

Sin embargo, no era el arresto del abogado petulante de Angers, la mision mas importante que se habia confiado á aquella fuerza, sino la de penetrar en lo posible las maquinaciones que se fraguaban en aquel vasto taller de la conspiracion parlamentaria. El cuartel general de la coalision descubrió los secretos de aquel complot dramático, antes de que pudiese representarse el quinto acto. Todos los decretos estaban ya estendidos y sellados por Mr. Baze, el vencedor de Clichy, á pesar de ignorarlo todo el prudente Mr. Dupin. Por el primer decreto se confiaba á un general en gefe el mando de las tropas encargadas de proteger á la Asamblea nacional; parecia que la Asamblea, ó al menos los que hablaban en su nombre, necesitaban tal proteccion, que llamaban en su ausilio á *todas las fuerzas* del ejército y de la guardia nacional comprendidas en la primera division militar. Atendiendo de aquel modo á su propia seguridad, nada debia temer la Asamblea, cuando hubiese tenido á su alrededor todas las bayonetas. ¿Qué habria sucedido entonces en el palacio del presidente? Poco debia importarle á Mr. Baze, cuando el camino de Vincennes estaba tan admirablemente libre y despejado.

Respecto del general que debia designarse para el mando de las tropas, estaba ya hecha su eleccion de antemano: la espada de Monck estaba ya ceñida y el nombre de Changarnier hubiera llenado el blanco dejado por prudencia en el primer decreto.

Por lo demás, era aquella terrible cuestura un verdadero estado mayor militar: poco satisfecho, al parecer, Mr. Baze, de los laureles que le valiera el foro, procuraba desempeñar antes de tiempo las funciones de ministro de la guerra. Tenia un estado de las tropas y una lista nominal de todos los gefes de los cuerpos estacionados en Paris, en la que constaba además la nota de sus habitaciones. En una de las diferentes casillas de la propia lista habia una señal significativa, que indicaba los oficiales de la décima legion con la que contaba particularmente el complot parlamentario.

Los papeles ocupados acabaron de confirmar tambien lo que ya se sabia con respecto á la conspiracion de los partidos monárquicos, y de demostrar lo que debia entenderse por el derecho de peticion directa, tal como lo reclamaban los conspiradores de la Asamblea. No queria dejarse además al presidente de la república ni un solo soldado ni un guardia nacional. ¡Y se llamaba á aquello defenderse!

Júzguese de sus intenciones, por los dos siguientes decretos:

«El presidente de la Asamblea Nacional, visto el artículo 32 de la Constitucion que dice así: La Asamblea determinará el lugar ó sitio en

que haya de celebrar sus sesiones, y podrá disponer de las fuerzas militares establecidas para su seguridad.

Visto el artículo 112 del reglamento así concebido : El presidente está encargado de velar por la seguridad interior y esterior de la Asamblea nacional. Ejerciendo pues en nombre de la Asamblea el poder legislativo, segun el artículo 32 de la Constitucion, y disponiendo de las fuerzas militares establecidas para su seguridad ;

Ordeno á Mr...... que tome inmediatamente el mando de *todas las fuerzas del ejército y de la guardia nacional que componen la primera division militar*, para atender á la seguridad de la Asamblea nacional. —Dado en el palacio de la Asamblea nacional, á.......»

Segundo decreto :

«El presidente de la Asamblea nacional, etc.

Visto el artículo 32 de la Constitucion, y el 112 del reglamento, etc.

Ordeno á todos los generales, y gefes y oficiales de los cuerpos del ejército y de la guardia nacional que forman la primera division militar, que obedezcan las órdenes del general....... encargado de atender á la seguridad de la Asamblea.—Dado en el palacio de la Asamblea nacional, á.......»

Tiempo era ya, como se vé, de que se levantase un hombre de ánimo esforzado que fuese capaz da sacrificar su vida en defensa de la república ; sin el golpe del 2 de diciembre, la Francia, segun Lamartine, habia de retroceder á monarquías imposibles, ó descender á descocidas anarquías.

Entretanto, cada cual se disponia en Francia á acudir á las urnas, para dar cumplimiento al decreto de Luis Napoleon.

Aquellas elecciones dejaron indelebles recuerdos en todos los ánimos : nunca se declaró el entusiasmo popular con tanta unanimidad, ni fué por menos tiempo dudoso el resultado de una eleccion. En todas partes acudian los electores en tropel á las urnas, y á pesar de todas las escitaciones para que se abstuviesen de votar, se repitieron los mismos hechos que habian tenido lugar cuando la eleccion del presidente.

Un operario de la fábrica de pólvora de Vouges, departamento de Còte d'Or, estaba casi moribundo en su lecho, cuando supo, que mas afortunados que él, se habian dirigido los setenta y cinco electores del distrito á la casa de la villa para depositar su voto : inmediatamente se hizo trasladar el pobre enfermo, á pesar de todas las observaciones que se le hicieron para hacerle desistir de su resolucion, y al emitir su voto esclamó : «A no votar por él no habria muerto contento.» Al dia siguiente la comision encargada del escrutinio encontró setenta y seis votos por el presidente de la república.

En Lamarche-sur-Saone, se dirigian los jóvenes á votar cantando unas coplas compuestas por el cura-párroco para aquella circunstancia: veíase á su frente á dos veteranos del ejército de Italia, que á pesar de sus ochenta y cinco años, llevaban el paso y ostentaban aun con marcial continente, su antiguo uniforme de Marengo, escitando la admiracion y el respeto de cuantos encontraban á su paso.

De este modo reanudaba el voto popular en 1851, la mistoriosa cadena del tiempo que habia logrado romper la espada de la Santa Alianza. Hora era ya despues de treinta y seis años, que volviese la tradicion napoleónica á ocupar su rango y su puesto en la historia nacional. La votacion de 20 de diciembre inauguró una de aquellas épocas características, que son como uno de los grandes altos ó etapas de la humanidad en el camino de la civilizacion: declaró mas bien que un hecho, la inauguracion de una idea, la idea democrática descendiendo del poder á las masas, en lugar de elevarse desde las masas hostiles hasta asaltar el poder, apoyándose en el principio de autoridad, único que protege y funda solidamente.

En la noche del 31 de diciembre, pasó la comision consultiva al palacio del presidente, y el vice presidente Baroche entregó al príncipe, el proceso verbal que demostraba que la votacion hecha en los ochenta y seis departamentos, la Argelia, el ejército y la marina, segun el plebiscito del 2 de diciembre, habia dado el siguiente resultado:

SI. . . 7.439,216.
No. . . 640,737.

Hé ahi el texto de aquel documento:—Comision consultiva.—Sesion del dia 31 de diciembre de 1851.—Extracto del registro de las deliberaciones.

La Comision consultiva, encargada por decreto de 14 de diciembre de proceder al escrutinio general de los votos emitidos en virtud del plebiscito propuesto en dos de diciembre por el presidente de la república al pueblo francés;

Despues de haber examinado en estas oficinas durante las sesiones celebradas en los dias 24, 26, 27, 28, 29, 30 y 31 de diciembre, las actas de elecciones formadas en los diversos departamentos de la república y en todos los cuerpos que forma el ejército de mar y tierra, cuyas actas han sido pasadas á la comision por los ministros del interior, de guerra y de marina;

Despues de haber oido todas las relaciones hechas en nombre de cada uno de aquellos ministerios en la sesion general de este dia;

Considerando que resulta de los documentos sometidos á su exámen, que se ha procedido á las elecciones con toda libertad y buena fé;

Que, si bien los espedientes formados en el departamento de los Ba-

jos-Alpes, así como en algunos distritos de otros dos departamentos y en una parte de la Argelia, no han llegado aun al ministerio del interior, conviene, ante la inmensa mayoría alcanzada en favor del plebiscito, tomar provisionalmente por bases, salva ulterior comprobacion luego de haberse recibido los pocos espedientes que faltan, el número indicado por la correspondencia de los prefectos, y limitándonos respecto de Argelia, al número que nos es conocido;

Declara que resulta del escrutinio general de los votos emitidos acerca del proyecto del plebiscito de 2 de diciembre, así como del estado general que se ha formado y que se unirá al espediente, que las papeletas que contienen la palabra *sí* son en número de. . . 7.439,216.

Que las que contienen la palabra *no* ascienden á. . 640,737.

Y las declaradas nulas á. . . . . 36,880.

En su vista, la comision consultiva decide pasar esta noche, á las ocho y media al palacio del Elíseo, para presentar al señor presidente de la república el resultado del escrutinio general.

Se remitirá al ministro del interior una copia de este espediente, firmada por el vice-presidente y los secretarios, á fin de que sea depositada en los archivos nacionales.

Firmado en el palacio de Orsay, en sesion general de la comision consultiva, á 31 de diciembre de 1851.

Luego Mr. Baroche tomó la palabra y dijo:

«Señor presidente: Al apelar al pueblo francés, en vuestra proclama del 2 de diciembre, deciais:

No quiero un poder que es impotente para obrar el bien y que me sujeta al timon, cuando veo que la nave del estado corre rápidamente hácia el abismo. Si teneis confianza en mi, procuradme los medios necesarios para poder cumplir la alta mision que me confiasteis un dia.»

A ese franco llamamiento hecho á su conciencia y á su soberania, ha contestado la Francia con una aclamacion inmensa, levantada por mas de siete millones cuatrocientos cincuenta mil de sus hijos.

Sí, príncipe, ¡la Francia tiene confianza en vos; confia en vuestro valor, en vuestra alta razon, y en el amor que la habeis profesado siempre! Y el testimonio que acaba de daros de ello es tanto mas glorioso, cuanto que es dado á un gobierno por la sabiduría y patriotismo con que ha sabido regir los destinos de su pais durante tres años.

¿Háse mostrado digno el elegido de 1848, de la alta mision qué le confirió el pueblo? ¿Ha sabido corresponder dignamente á ella?

¡Pregúntese á los siete millones de votos que acaban de confirmar nuevamente aquellos poderes, añadiendo en ellos otra mision que es aun mucho mas hermosa y digna!

Jamás en ningun pais ha sido la voluntad nacional tan solemnemente

espresada! ¡ Jamás ningun gobierno obtuvo un triunfo igual, ni fué su orígen mas legítimo y mas digno del respeto de los pueblos!

Tomad posesion, príncipe, de ese poder que os es tan gloriosamente conferido: usad de él para estender por medio de las sábias instituciones las bases fundamentales que el mismo pueblo ha asentado con su eleccion. Restableced en Francia el principio de autoridad, harto decaido sesenta años há á causa de nuestras continuas agitaciones: combatid sin descanso esas pasiones anárquicas que atacan á la sociedad hasta en sus mismos cimientos. Ya no son tan solo odiosas teorías las que teneis que perseguir y reprimir, sino tambien los hechos repugnantes y horribles atentados á que aquellas han dado márgen.

Que al fin la Francia pueda verse libre de esos hombres, siempre dispuestos á cometer el asesinato y pillage, de esos hombres que en el siglo XIX horrorizan á la civilizacion, y parecen, despertando los mas tristes recuerdos, hacernos retroceder cinco siglos.

Príncipe, en 2 de diciembre tomasteis por símbolo *la Francia regenerada por la revolucion de 1789* y *organizada por el emperador*, esto es, una libertad prudente y sábia, una autoridad fuerte y por todos respetada.

Que vuestra sabiduría y vuestro patriotismo realicen aquel pensamiento: dad á este pais tan rico, tan lleno de vida y porvenir, el mayor de todos los bienes, ó sea el órden, la estabilidad y la confianza; reprimiendo con energía el espíritu de anarquía y de revuelta.

De este modo lograreis salvar á la Francia, preservar á la Europa entera de un inmenso peligro, y añadir á la gloria de vuestro nombre una nueva é imperecedera gloria.»

Luis Napoleon tomó entonces la palabra y se espresó en estos términos:

«Señores: La Francia ha contestado al llamamiento leal que la hice, por haber comprendido que solo me separé de la legalidad para entrar en la senda del derecho. Mas de siete millones de votos acaban de absolverme justificando un acto que no tenia otro objeto que evitar á la Francia y á la Europa quizás algunos años de desgracia y de desórden.

Os doy gracias por haber declarado oficialmente cuan nacional y espontánea ha sido aquella manifestacion que me impone tantos deberes; si me felicito de ella, no es por orgullo, y si tan solo porque me dá la fuerza de hablar y de obrar, segun convenga, al gefe de una gran nacion como la nuestra.

Comprendo toda la grandeza de mi nueva mision, así como tambien las graves dificultades que ofrece; pero con un corazon recto, con la cooperacion de todos los hombres de bien, que como vosotros, me

guiarán con sus luces y me sostendrán con su patriotismo, con la adhesion manifestada ya por nuestro valiente ejército, y finalmente, con la proteccion que mañana pediré al cielo se digne concederme, espero poder mostrarme digno de la confianza que el pueblo continua dispensándome. Espero asegurar los destinos de la Francia fundando instituciones que satisfagan á la vez los instintos democráticos de la nacion, y ese deseo tan universalmente espresado, de que haya en lo sucesivo un gobierno fuerte y respetado. En efecto, satisfacer las exigencias del momento creando un sistema que restablezca la autoridad sin menoscabar la igualdad, ni obstruir ninguna vía de progreso, es sentar las verdaderas bases del único edificio capaz de soportar mas tarde una libertad sábia y benéfica.»

Los repetidos gritos de ¡viva Napoleon! ¡viva el presidente! acogieron las palabras del príncipe, al que fueron á felicitar desde luego todos los miembros de la comision consultiva. Veinte minutos haria á lo mas que estaba el presidente hablando con ellos, cuando se presentó el cuerpo diplomático representado en aquella ocasion solemne por el nuncio apostólico. No se pronunció discurso alguno. Luego fueron recibidos S. E. I. el arzobispo, el capítulo metropolitano y el clero de París. Se espresó el metropolitano en estos términos:

«Señor presidente: Venimos á ofreceros nuestra felicitacion y nuestros votos. Lo que vamos á hacer mañana, lo repetiremos todos los dias del año que va á empezar: rogaremos á Dios con fervor por el éxito de la alta mision que os ha sido confiada; por la paz y la prosperidad de la república, por la union y la concordia de todos los ciudadanos. Pero á fin de que sean todos ellos buenos ciudadanos, pediremos á Dios que los haga buenos cristianos.»

Agradeció el principe á Monseñor el arzobispo sus ardientes deseos, y sobre todo, el haberse dignado poner bajo la proteccion divina los actos que le habian sido inspirados por el sentimiento que le dictó estas palabras; «¡Tranquilícense los buenos y tiemblen los malos!»

El dean del clero de París, cura-párroco de la iglesia de San Nicolás, venerable anciano de ochenta y siete años, se acercó al presidente y le dijo con festivo tono: «Soy feliz, Monseñor, por poderos decir con el profeta: *No perecerá la obra de Dios.*»

No quiso el príncipe dejar de implorar en aquel acto solemne la proteccion del cielo, y elevar al trono del Eterno una ardiente plegaria, demostrando la gratitud profunda de que estaba su alma poseida.

Cantóse pues el 2 de febrero un *Te-Deum* en *Notre Dame* en accion de gracias, por haberse dignado el cielo salvar á la Francia de los horrores de la anarquía. Aquella ceremonia religiosa y militar á la vez, conmovió profundamente todos los corazones: hacia mucho tiempo que

no se habian visto brillar tantos uniformes bajo las magestuosas bóvedas de la antigua basilica.

Reinaba una niebla densa y glacial, que cubria como con un velo el templo, la plaza y hasta el mismo cielo; pero en el momento de llegar la comitiva se disipó un tanto la niebla, y pudieron verse en parte los preparativos hechos para celebrar aquella fiesta solemne.

El frontispicio de la catedral y la plaza que precede á Nuestra Señora, ofrecian un aspecto magnífico: la calle del Marché Neuf, estaba adornada por dos líneas de mástiles empavesados con oriflamas tricolores. Casi en el centro de la plaza habia otros tres mástiles mucho mas altos que los demás, y en los que se notaban los mismos adornos; luego se llegaba á la puerta principal del centro despues de haber pasado por debajo de una especie de tienda cubierta de terciopelo carmesí sembrado de estrellas de oro. Veíanse en él bordadas de oro las iniciales de Luis Napoleon. En cada ángulo se desplegaba una bandera verde sembrada tambien de estrellas, con las mismas iniciales del príncipe, cobijadas por una corona.

En la fachada principal, junto al roseton que existe sobre la puerta del centro, se veia una inmensa oriflama encarnada, en la que habia el número 7.500,000 en cifras de oro; en cada uno de los ángulos se notaban las banderas de los diferentes departamentos, cuyos vistosos y variados colores ofrecian un aspecto mágico.

La galería de los reyes situada en la fachada esterior de la catedral frente á la plaza principal, habia sido adornada con los retratos de veinte y ocho reyes de Judea, pintados al lienzo por Mr. Seehan; aquellas pinturas daban al edificio aquel sello ó fisonomía general que tendrá despues de su completa restauracion. Sobre la galería de los reyes, entre el inmenso roseton del centro, se habian colocado cuatro cuadros representando á Carlomagno, San Luis, Luis XVI y Napoleon.

En el momento en que el presidente de la república llegó á la plaza de la iglesia, rompieron todas las bandas y se echaron á vuelo todas las campanas de la catedral, levantándose aun mas poderosa en medio de aquel general estruendo, la voz del pueblo que aclamaba unánime al sobrino del emperador.

Fué recibido el príncipe en la entrada de la basilica por el señor arzobispo de Paris, seguido de todo el clero metropolitano. El interior de la catedral, cuajado de riquísimos adornos é inundado por torrentes de luz, presentaba un golpe de vista verdaderamente mágico. Todo el contorno de la gran nave central, estaba cubierto de terciopelo carmesí con franjas de oro, y guirnaldas de verde follaje del mas bello efecto.

En la parte superior del templo, se notaban noventa banderas, llevando, como las del esterior, aunque mucho mas adornadas, las ar-

mas y los nombres de los departamentos y de las colonias de Francia; debajo de las banderas, habian sido colocados los escudos y las armas de las principales ciudades de la república. En cada una de las columnas habia un escudo con las iniciales de Luis Napoleon, y luego otro con el



sello metropolitano, que representaba á la santisima Vírgen aplastando á la serpiente.

Todas las diez columnas del templo estaban cubiertas de brocatel carmesí y oro, desde su base hasta el capitel. Se habia levantado un riquísimo altar gótico frente al coro, en el centro del punto en que se cruzan la nave superior y la nave transversal; luego se levantó en frente del altar un estrado que contenia el sitio de honor y el púlpito del príncipe. Colocóse en él Luis Napoleon, bajo un rico dosel de terciopelo carmesí sembrado de estrellas de oro, y en el que se notaban algunos penachos de blancas plumas dulcemente agitadas.

Por primera vez el arzobispo de Paris invocó en el *Te-Deum* la proteccion de Dios en favor del gefe del Estado; por primera vez resonaron en el templo las palabras *Domine, salvum fac presidem nostrum Napoleonem.*

Despues del *Te-Deum* cantado y acompañado por doscientos músicos y trescientos cantores, se levantó el arzobispo y dió la bendicion, en cuyo acto augusto y solemne se doblaron todas las rodillas, é in-

clinaron todos los hombres allí congregados su frente y su espada. Luego de haberse dado cumplimiento á aquel acto sublime, luego de haberse prestado homenage á aquel poder único que hay verdaderamente grande, porque el solo es eterno, todas las frentes se irguieron nuevamente, escepto uno que continuó permaneciendo inclinado: la del príncipe, absorto en la adoracion de Aquel que encumbra á los humildes y abate á los soberbios.

Al salír de la basílica, volvió á encontrar el príncipe un numeroso pueblo que le aguardaba para aclamarle de nuevo. Llegada la noche aparecieron iluminadas la mayor parte de las casas de Paris, en medio de un mar de niebla que envolvia á la capital por todas partes, No fué entonces la iluminacion efecto de la amenaza, sino de la pública alegria.

De esto modo en el transcurso de medio siglo, habian inaugurado dos Napoleones, fieles intérpretes del sentimiento religioso y nacional de la Francia, el principio de un glorioso imperio, postrándose ante el Dios que les nombraba reyes. En 18 de agosto de 1802, la antigua basilica parisiense habia repetido, merced al eco de sus sagradas bóvedas, el *Te-Deum* cantado por celebrar la resurreccion del culto católico; y en 2 de enero de 1852, resonaban en ella los mismos acentos por alabar á Dios que ilumina á las naciones y les inspira aquellas sabias y repentinas determinaciones que las arrancan del borde de su perdicion. La sublime música de Lesueur era aun, despues de medio siglo, intérprete de las acciones de gracias que elevaba al cielo la Francia regenerada.

Nada acaba; todo marcha incesantemente. ¡ Despues de espantosas tinieblas pasamos á la luz, como se pasa incesantemente de la noche al dia! Entre las vagas tristezas, los terrores y las pruebas, encuentra este viejo mundo, que á cada siglo va rejuveneciéndose mas, lo que creia haber perdido para siempre: la luz, la inteligencia, la libertad, la vida; y vuelve á encontrarlas mas puras y completas. Y entonces entonan las naciones himnos de gozo, de alabanza, y cantan como el Dante al verse libre de las tinieblas del infierno. «El dulce tinte del záfiro oriental, que flota en el aire puro y luminoso, ha consolado mi mirada; al fin logré salir de aquel mortífero vapor que contristaba mi corazon y mis ojos.»

La forma de gobierno que ha adoptado definitivamente la revolucion francesa, es la monarquía popular; que se le dé el nombre americano de presidencia, ó bien el título francés de imperio, es lo cierto que, la monarquía popular será en lo sucesivo la espresion inevitable de la sociedad francesa. En vano los escépticos políticos de los últimos tiempos han puesto en duda la importancia de las formas politicas: la forma está unida en el fondo, como la palabra á la idea, como el signo al pensamiento; es la manifestacion misma del sér. La forma política de la Francia es la que resume todos los instintos, todas las necesidades, to-

das las tradiciones del pais: es la autoridad de uno solo consentida por todos.

Napoleon dijo una gran verdad al decir que queria fuese su dinastía la mas *antigua* de Europa. Sí, será la mas antigua; porque habrá sido la primera sincera y unánimamente entronizada por la eleccion de todo un pueblo.

Por lo tanto, la autoridad era pues nuevamente constituida en Francia, y quedaba vencida la anarquía. Luis Napoleon habia recibido del pueblo estensos poderes para dar al pais una nueva constitucion, que estuviese mas en armonía con el espíritu y las costumbres de sus gobernados.

Pronto apareció la nueva constitucion, puesto que en 14 de enero, todo el mundo tenia ya conocimiento de ella; héla aquí:

«Franceses: Cuando en mi proclama del 2 de diciembre, os esplicaba lealmente cuales eran, á mi entender, las condiciones vitales del poder en Francia, no tenia la pretension, tan comun en nuestros dias, de sustituir una teoría personal á la esperiencia de los siglos. Por el contrario, busqué en lo pasado lo nobles ejemplos que creí mas dignos de imitacion, cuales eran los hombres que los dieron, y cual el bien que habia resultado de ellos.

Desde entonces he creido lógico preferir los preceptos del genio á las doctrinas falaces de los hombres de abstractas ideas; he tomado por modelo las instituciones políticas, que ya á principios de este siglo en circunstancias análogas, repusieron en su asiento á la sociedad desquiciada y elevaron la Francia á un alto grado de prosperidad y de grandeza. Así mismo he seguido las instituciones, que léjos de desaparecer al primer soplo de las agitaciones populares, solo han sido destruidas por los esfuerzos de la Europa toda coaligada contra la Francia.

En una palabra, me he dicho: puesto que la Francia no marcha hace medio siglo, sino en virtud de la organizacion administrativa, militar, judicial, religiosa y rentística del consulado y del imperio ¿cómo dejar de adoptar tambien nosotros las instituciones políticas de aquella época? Creadas por la misma idea, deben llevar impreso en sí el mismo carácter de nacionalidad y utilidad práctica.

Con efecto, como lo recordé en mi proclama, nuestra sociedad actual preciso es confesarlo, no es mas que la Francia regenerada por la revolucion de 1789 y organizada por el emperador: nada queda ya del antiguo régimen, escepto grandes recuerdos y grandes beneficios. Pero todo lo que entonces estaba organizado, fué destruido por la revolucion, y todo lo que ha sido organizado desde la revolucion que subsiste aun, ha sido por Napoleon. No tenemos ya provincias, ni parlamentos, ni intendentes, ni asentistas, ni trajes diversos, ni derechos feudales, ni cla-

ses privilegiadas en posesion esclusiva de los empleos civiles y militares, ni jurisdicciones eclesiásticas especiales; todo esto, como deciamos, ha desaparecido al primer soplo de la revolucion.

A tantas cosas incompatibles con ella, hizo sufrir la revolucion una reforma radical, sin fundar definitivamente cosa alguna: solo el primer cónsul restableció la unidad, la gerarquía y todos los verdaderos principios del gobierno, que permanecen aun hoy dia en todo su vigor.

Así pues, la administracion de la Francia confiada á los prefectos, sub-prefectos ó alcaldes que sustituian la unidad de las comisiones directoriales; la decision de los negocios, conferida á los consejos desde el distrito al departamento; la magistratura asegurada por la inamovilidad de los jueces y por la gerarquía de los tribunales; la administracion de justicia simplificada, desde los juzgados de paz hasta el tribunal de Casacion; todo absolutamente todo, ha quedado en pié.

Otro tanto sucede respecto al admirable sistema rentístico, el Banco de Francia, el tribunal de cuentas, la organizacion de la policia y los reglamentos militares datan tambien de aquella época.

Hace medio siglo que el Código Napoleon regula los intereses de los ciudadanos; siendo tambien el concordato el que regula las relaciones del Estado con la Iglesia. Finalmente, la mayor parte de las medidas concernientes á los progresos de la industria, el comercio, las letras, las ciencias, las artes, desde los reglamentos del teatro francés hasta los del Instituto, desde la institucion de los prohombres hasta la creacion de la Legion de Honor, han sido fijadas por los decretos de aquellos tiempos.

Luego se puede afirmar que la armadura de nuestro edificio social es obra del Emperador, y que ha resistido á su caida y á tres revoluciones mas. ¿Porqué, con el mismo orígen, no han de tener las instituciones políticas las mismas probabilidades de duracion?

Mucho tiempo ha que tengo mi conviccion formada; por esto he sometido á vuestro juicio las bases principales de una constitucion igual á la del año 1808, bases, que aprobadas por vosotros, vendrán á ser el fundamento de nuestra constitucion política.

Examinemos ahora su espíritu:

En nuestro pais, monárquico hace ocho siglos, el poder central ha ido siempre en aumento, el trono hizo desaparecer en él los grandes vasallos; las revoluciones hicieron desaparecer los obstáculos que se oponian al ejercicio rápido y uniforme de la autoridad. En este pais de centralizacion, todo sin cesar lo ha presentado la opinion pública al gefe del gobierno, así el bien como el mal; por esto encabezar una constitucion ó carta diciendo que es aquel gefe irresponsable, es engañar al senti-

miento público, es querer sentar una ficcion que se ha desvanecido al rumor de las revoluciones.

Por el contrario, la constitucion actual proclama, que el gefe que habeis elegido es responsable ante vosotros; que tiene siempre el derecho de apelar á vuestro juicio soberano, á fin de que, en las circunstancias solemnes, podais con todo conocimiento de causa continuarle ó retirarle vuestra confianza.

Siendo responsable, preciso es que su accion sea libre y desembarazada; de lo que se sigue la obligacion de tener ministros que sean ausiliares poderosos de sus pensamientos, pero que dejen de formar un consejo responsable, compuesto de miembros solidarios, obstáculo perenne que reprime la impulsion particular del gefe del Estado, espresion de una política emanada de las cámaras, y por lo mismo, espuesta á cambios frecuentes que impidan todo espíritu de continuacion, toda aplicacion de un sistema regular.

Sin embargo, cuanto mas alta es la posicion que un hombre ocupa, mas independiente debe ser; cuanto mayor es la confianza que el pueblo ha depositado en él, mas necesita rodearse de hombres de ilustracion y honradez que le ayuden con su prudencia y sus luces. De ahí la creacion de un Consejo de Estado, que será en lo sucesivo un verdadero consejo de gobierno, y como la principal base de nuestra nueva organizacion; hombres prácticos que elaborarán proyectos de ley en comisiones especiales, discutiéndolos luego á puerta cerrada, sin hacer alarde de oratoria, y presentándolos despues á la aprobacion del cuerpo legislativo.

De este modo el poder es libre en sus movimientos, é ilustrado en su marcha y sus decisiones. ¿Cuál será ahora el papel que deberán ejercer las asambleas?

Hay una cámara con el título de Cuerpo legislativo; encargada de votar las leyes y el presupuesto; debiendo ser elegida por el sufragio universal, sin escrutinio. Pues bien, eligiendo el pueblo aisladamente á los candidatos, puede apreciar con mas razon el mérito de cada uno de ellos. Solo se compone la cámara de unos doscientos sesenta miembros, los que serán la primera garantía de la calma que ha de reinar en las deliberaciones, pues no se ha visto pocas veces en las asambleas crecer la movilidad y el ardor de las pasiones en proporcion al número de los diputados. El estracto de las sesiones que debe comunicarse á la nacion, no está confiado, como otras veces, al espíritu de partido de cada periódico; sino que será objeto de una publicacion oficial, dirigida por el presidente de la cámara.

El cuerpo legislativo discute libremente la ley, y la adopta ó la desecha, pero nunca introduce en ella aquellas enmiendas que afectan á veces toda la economía de un sistema y el conjunto del proyecto primi-

tivo. Así pues, carece de aquella iniciativa parlamentaria que era objeto de tan graves abusos, y que permitia á cada diputado sustituirse al gobierno, presentando á cada paso proyectos insignificantes.

No celebrándose las sesiones en presencia de los ministros, y siendo los proyectos de ley sostenidos por los oradores del Consejo de Estado, no se pierde el tiempo en vanas interpelaciones, en acusaciones frívolas y en apasionadas luchas que no tienen mas objeto que el de derrocar á los ministros para ocupar sus puestos.

Así, que las deliberaciones del cuerpo legislativo serán independientes, con lo que se logrará que sean menos las agitaciones estériles, y que sean mas acertadas las modificaciones que se hagan, por ser obra de la sensatez y de la calma.

Tomará otra asamblea el nombre de Senado, y será compuesta de los elementos que en todos los paises crean las influencias legítimas ó sean, un nombre ilustre, la fortuna, el talento y los servicios prestados.

Tampoco el senado, como la cámara de los pares, será el pálido reflejo de la Cámara de diputados, repitiendo siempre las mismas discusiones, aunque en diferente tono. Será el senado depositario del pacto fundamental y de las libertades compatibles con la constitucion; y solo en virtud de los grandes principios en que descansa nuestra sociedad, examina todas las leyes y propone otras nuevas al poder ejecutivo. Interviene, sea por resolver toda dificultad grave que pueda suscitarse mientras está cerrado el cuerpo legislativo, ó sea por explicar el texto de la constitucion y asegurar todo cuanto sea necesario para facilitar la marcha que deba seguirse. Además, tiene el senado el derecho de anular todo acto arbitrario é ilegal, y gozando así de esta consideracion, concedida únicamente á un cuerpo que ocupado en el exámen de los grandes intereses, ó en la aplicacion de los grandes principios, ha de desempeñar en el Estado el papel independiente, saludable y conservador de los antiguos parlamentos.

El senado no será, como la cámara de diputados, trasformado en tribunal de justicia, sino que conservará su carácter de moderador supremo, para evitar el desprestigio que resulta siempre contra los cuerpos políticos, cuando el santuario de los legisladores se vé convertido en tribunal. Como la imparcialidad del juez es casi siempre dudosa, en concepto de muchos, pierde este necesariamente el prestigio ante la opinion, que no para hasta acusarle á veces de ser instrumento de la pasion ó del ódio.

Un tribunal superior de justicia, compuesto de hombres de la alta magistratura, cuidará de reprimir los atentados contra el gefe del Estado y la seguridad pública; debiendo ser todos los jurados compuestos de miembros de los consejos generales de Francia.

Decia el Emperador al Consejo de Estado: *Es una constitucion obra del tiempo;* nunca será bastante espedito el camino de las mejoras.» Asi es, que solo ha fijado la constitucion presente todo aquello que era imposible continuase incierto, sin encerrar en un círculo impenetrable los destinos de un gran pueblo; limitándose á dejar ancho campo para que se operen en él los cambios necesarios en las grandes crisis, sin necesidad de recurrir á los desastrosos medios de la revolucion.

Puede el senado, con la cooperacion del gobierno, modificar todo lo que no sea fundamental en la constitucion; pero en cuanto á las modificaciones que hayan de hacerse en las principales bases, sancionadas por vuestro sufragio, no pueden ser definitivas hasta haber recibido vuestras ratificaciones. De este modo, queda el pueblo siempre dueño de sus destinos, puesto que nada importante puede hacerse sin su voluntad.

Tales son las ideas, tales los principios que he debido sentar en virtud de vuestra autorizacion. ¡Ojalá pueda dar esta constitucion á nuestra patria dias tranquilos y felices! Ojalá evite la repeticion de aquellas luchas intestinas en las que la victoria, por mas justa y legítima que fuese, costaba siempre tan cara! ¡Bendiga el cielo la sancion que habeis dado á mis esfuerzos! ¡Entonces la paz quedará asegurada, así en el interior como en el esterior, veré colmados mis ardientes votos y mi mision quedará cumplida!—Palacio de las Tullerías, 14 de enero de 1852.—Luis Napoleon Bonaparte.

Constitucion dada en virtud de los poderes conferidos por el pueblo francés á Luis Napoleon Bonaparte.

El presidente de la república.

Considerando que el pueblo francés ha sido llamado para pronunciar su voto acerca de la resolucion siguiente:

«El pueblo quiere conservar la autoridad en manos de Luis Napoleon Bonaparte y darle los poderes necesarios para hacer una constitucion segun las bases establecidas en su proclama de 2 de diciembre.»

Considerando que las bases presentadas á la aceptacion del pueblo eran:

«1.° Un gefe responsable nombrado por diez años; 2.° Un ministerio que dependiese únicamente del poder ejecutivo; 3.° Un Consejo de Estado compuesto de los hombres mas distinguidos, para preparar las leyes y sostener la discusion ante el Cuerpo legislativo; 4.° Un cuerpo legislativo discutiendo y votando las leyes, nombrado por el sufragio universal, sin escrutinio que falsee la eleccion; 5.° Una segunda asamblea, compuesta de todos los hombres mas ilustres del pais, poder regulador, salvaguardia del pacto fundamental y de las libertades públicas.»

Considerando que el pueblo ha contestado afirmativamente por siete millones quinientos mil votos, promulgo la constitucion cuyo tenor es como sigue:

TÍTULO I.

Artículo. 1.° La constitucion reconoce, confirma y garantiza los grandes principios proclamados en 1789, y que son en Francia la base del derecho público.

TÍTULO II.—FORMA DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA.

Art. 2.° El gobierno de la república francesa queda confiado por diez años al príncipe Luis Napoleon Bonaparte, presidente actual de la república.

Art. 3.° Gobernará el presidente por medio de los ministros, el consejo, el Senado y el Cuerpo legislativo.

Art. 4.° El poder legislativo será ejercido colectivamente por el presidente de la república, el Senado y el Cuerpo legislativo.

TÍTULO III.—DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.

Art. 5.° El presidente de la república será responsable ante el pueblo francés, al cual tiene siempre el derecho de apelar.

Art. 6.° El presidente de la república será el gefe del Estado; mandará las fuerzas de mar y tierra, declarará la guerra, hará tratados de paz, de alianza y comercio, nombrará todos los empleados y dará los reglamentos y decretos necesarios para la ejecucion de las leyes.

Art. 7.° La justicia se administrará en su nombre.

Art. 8.° A él solo le será permitida la iniciativa en las leyes.

Art. 9.° Tendrá el derecho de perdonar.

Art. 10. Sancionará y promulgará las leyes y los senado consultos.

Art. 11. Presentará todos los años al Senado y al cuerpo legislativo, por medio de un mensaje, el estado de los negocios de la república.

Art. 12. Tendrá el derecho de declarar el estado de sitio en uno ó mas departamentos, dando empero conocimiento al Senado á la menor dilacion posible. Los casos en que deberá declararse el estado de sitio, están ya señalados por la ley.

Art. 13. No dependerán los ministros mas que del gefe del Estado; siendo tan solo responsables, cada uno de por sí, de lo que le concierne en los actos del gobierno: no habrá ninguna solidaridad entre ellos; únicamente el Senado podrá procesarles.

Art. 14. Los ministros, los miembros del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado, los oficiales de mar y tierra, los magistrados y demás funcionarios públicos prestarán su juramento en esta forma:

Juro obediencia á la constitucion y fidelidad al presidente.

Art. 15. Fijará un senado-consulto la pension anual que deberá señalarse al presidente de la república durante el ejercicio de sus funciones.

Art. 16. Si muriese el presidente de la república antes de espirar su mando, el senado convocará á la nacion para proceder á nuevas elecciones.

Art. 17. Tendrá el gefe del Estado, en virtud de un acta secreta depositada en los archivos del Senado, el derecho de designar al pueblo el nombre del ciudadano, cuya eleccion favorezca los intereses de la Francia.

Art. 18. Hasta verificada la eleccion del nuevo presidente de la república, dirigirán los destinos de la nacion el presidente del senado y los ministros, formando un consejo de gobierno, y deliberando por mayoría de votos.

Título IV.—Del Senado.

Art. 19. El número de senadores no podrá esceder de ciento cincuenta; debiéndose fijar en ochenta el primer año.

Art. 20. Deberá componerse el Senado: 1.° de todos los cardenales, mariscales y almirantes; 2.° de los demás ciudadanos que el presidente de la república juzge conveniente elevar á la dignidad de senador.

Art. 21. Los senadores serán inamovibles durante su vida.

Art. 22. Las funciones de senador deberán ser gratuitas; sin embargo, el presidente de la república podrá conceder á algunos senadores, en virtud de los servicios prestados y segun el estado de su fortuna, una dotacion personal, que no podrá esceder de treinta mil francos anuales.

Art. 23. El presidente y los vicepresidentes del Senado serán nombrados por el presidente de la república y elegidos de entre los senadores: serán nombrados por un año.

Fijará un decreto el tratamiento que ha de darse al presidente del Senado.

Art. 24. El presidente de la república convocará y prorogará el Senado; fijando además la duracion de sus sesiones por medio de un decreto: las sesiones del Senado no serán nunca públicas.

Art. 25. Siendo el Senado la salvaguardia del pacto fundamental y

de las libertades públicas, no podrá promulgarse ninguna ley, sin que le sea antes sometida.

Art. 26. El Senado se opondrá á la promulgacion, 1.° de las leyes que sean contrarias ó que atenten á la constitucion, á la religion, á la moral, á la libertad de cultos, á la libertad individual, á la igualdad de los ciudadanos ante la ley, á la inviolabilidad de la propiedad y al principio de la inamovilidad de la magistratura; 2.° á todas las demás leyes que pudiesen comprometer la defensa del territorio.

Art. 27. Regulará el Senado por medio de un senado-consulto: 1.° la constitucion de las colonias y de Argelia; 2.° todo lo que no haya sido previsto por la constitucion y pueda interesar á la marcha que debe seguirse; 3.° el sentido de los artículos de la constitucion que dan lugar á diferentes interpretaciones.

Art. 28. Todos esos decretos serán sometidos á la sancion del presidente de la república, y promulgados por él mismo.

Art. 29. El Senado podrá admitir ó anular todos los actos que le sean sometidos como inconstitucionales por el gobierno, ó que le sean denunciados por los ciudadanos.

Art. 30. Podrá el Senado, por medio de una relacion dirigida al presidente de la república, proponer las bases de los proyectos de ley que sean de un inmenso interés nacional.

Art. 31. Igualmente podrá proponer las modificaciones que crea oportuno hacer á la constitucion; y si su proposicion fuese adoptada por el poder ejecutivo, se procederá á ellas por medio de un senado consulto.

Art. 32. Sin embargo, será sometida al sufragio universal toda modificacion que afecte las bases fundamentales de la constitucion, propuestas en el manifiesto del 2 de diciembre y adoptadas por el pueblo francés.

Art. 33. En el caso de que fuese disuelto el Cuerpo legislativo, se encargará el Senado, hasta su nueva convocacion, á propuesta del presidente de la república, de atender á todo lo que sea necesario para facilitar la marcha del gobierno.

Título. V.—Del Cuerpo legislativo.

Art. 34. La eleccion tiene por base el número de poblacion.

Art. 35. Habrá un diputado en el Cuerpo legislativo por cada treinta y cinco mil electores.

Art. 36. Se procederá á las elecciones por el sufragio universal, sin escrutinio.

Art. 37. No tendrán los diputados tratamiento alguno.

Art. 38. Serán nombrados por seis años.

Art. 39. El Cuerpo legislativo discutirá y votará los proyectos de ley y los impuestos.

Art. 40. Toda enmienda adoptada por la comision encargada de examinar un proyecto de ley, será remitida sin discusion al consejo de Estado por el presidente del Cuerpo legislativo.

Si la enmienda no fuese adoptada por el consejo de Estado, no podrá ser sometida á la deliberacion del Cuerpo legislativo.

Art. 41. Las sesiones ordinarias del Cuerpo legislativo durarán tres meses siendo públicas como hasta el presente; pero bastará la peticion de cinco diputados para celebrarse en secreto.

Art. 42. El estracto de las sesiones del Cuerpo legislativo hecho por los periódicos ó por cualquier otro medio de publicacion, solo consistirá en la reproduccion del acta redactada por órden del presidente de aquel cuerpo.

Art. 43. El presidente y los vicepresidentes del Cuerpo legislativo serán nombrados por el presidente de la república, siendo elegidos de entre los diputados. El sueldo que haya de darse al presidente del Cuerpo legislativo, se fijará por medio de un decreto.

Art. 44. No podrán los ministros ser miembros del Cuerpo legislativo.

Art. 45. El derecho de peticion quedará reservado esclusivamente al senado; sin que por lo tanto puede dirigirse ninguna peticion al cuerpo legislativo.

Art. 46. El presidente de la república convocará, aplazará, prorogará y disolverá el cuerpo legislativo; pero en caso de disolucion deberá convocar otro nuevo dentro el término de seis meses.

Título VI.—Del Consejo de Estado.

Art. 47. El número de consejeros de Estado será de cuarenta y cinco.

Art. 48. Los consejeros de Estado serán nombrados por el presidente de la república, el cual tendrá tambien la facultad de destituirles.

Art. 49. El presidente de la república presidirá el Consejo de Estado, y en su ausencia, la persona que él haya designado como vice-presidente del mismo.

Art. 50. El Consejo de Estado cuidará, bajo la direccion del presidente, de redactar los proyectos de ley y los reglamentos de administracion pública, así como de resolver todas las dificultades que sobrevengan en la administracion.

Art. 51. Deberán sostener, en nombre del gobierno, la discusion de los proyectos de ley ante el Senado y el Cuerpo legislativo. Los con-

sejeros de Estado encargados de llevar la palabra en nombre del gobierno, serán designados por el presidente de la república.

Art. 52. El sueldo de cada consejero de Estado será de veinte y cinco mil francos.

Art. 53. Tendrán los ministros asiento y voto deliberativo en el Consejo de Estado.

Título VII.— Del alto tribunal de justicia.

Art. 54. Juzgará un alto tribunal de justicia, sin apelacion, á todas las personas acusadas de crímenes, atentados ó complots contra el presidente de la república y contra la seguridad interior ó esterior del Estado; pero no podrá arrestarse á ninguna de ellas, sin que medie un decreto del presidente de la república.

Art. 55. Se determinará por medio de un senado-consulto la organizacion de este alto tribunal.

Título VIII.—Disposiciones generales y transitorias.

Art. 56. Las disposiciones de los códigos, leyes y reglamentos existentes, que no sean contrarios á la presente constitucion, quedarán en vigor hasta que sean legalmente derogados.

Art. 57. Determinará una ley la organizacion municipal: los alcaldes serán nombrados por el poder ejecutivo, pudiendo ser elegidos aunque no formen parte del consejo municipal antes de su nombramiento.

Art. 58. La presente constitucion empezará desde el dia en que estén constituidos los grandes cuerpos del Estado por ella organizados.

Todos los decretos dados por el presidente de la república, desde 2 de diciembre hasta el presente, tendrán fuerza de ley.

Dado en el palacio de las Tullerías, á 14 de enero de 1852.—Luis Napoleon.— Visto y sellado con el gran sello:—El guardasellos, ministro de justicia:—E. Rouher.

Véase pues, como trató el sucesor de Napoleon de marchar al frente de su siglo, léjos de dejarse arrastrar por una política retrógrada que le habria sido siempre funesta: comprendió las nuevas necesidades de la sociedad actual, y por esto sólo se notó en él, no la fuerza que oprime, sino el vigor que regula. Ni un momento siquiera pensó en hacer pagar á la prensa sus recientes escesos condenándola al mutismo; porque al rumor desordenado de las exitaciones y retos insultantes, no queria que le sucediese un silencio absoluto, remedio extremo inventado por los ánimos excesivos. En medio del movimiento de la civilizacion moderna,

la difusion universal del pensamiento y la rápida propagacion del conocimiento de los hechos, han llegado á ser una de las necesidades mas imperiosas. Cada dia acelera las comunicaciones de los cuerpos y de los espíritus: al caballo lanzado al camino que no podia recorrer la rueda, ha sucedido el vapor que arrastra masas formidables sobre el resbaladizo encaje del rail; el telégrafo de Chappe ha sido reemplazado por la electricidad misteriosa que lleva el pensamiento en sus alas sin cuidarse del tiempo y la distancia. Es toda nueva invencion un instrumento que borra ó disminuye la duracion y el espacio. La prensa tambien por su parte atiende á las necesidades de la vida moderna; asi pues, la justa severidad de la opinion pública, y el saludable rigor de la legislacion, podrán ser para ella un freno, pero jamás una mordaza.

Como el efecto del golpe de Estado del 2 de diciembre empezaba ya á hacerse sentir en todos los ánimos, recobraron todos los corazones insensiblemente la calma, y renació la actividad en las operaciones y contratos: en todas partes se veia operar aquel cambio con maravillosa rapidez; todo volvia á entrar en su centro de disciplina y autoridad, última é irrecusable prueba de la confianza de los pueblos y de la fuerza de sus gefes. Habíase llegado á aquel punto, que hacia decir á Esteban Pasquier en su tiempo: « la gente honrada se promete ver convertido lo malo en bueno, y lo bueno en mejor. »

Pocos dias despues, formaba Luis Napoleon un ministerio de Estado y otro de policía general y daba los dos famosos decretos referentes á los bienes de la familia de Orleans. Como han sido estos decretos objeto de interpretaciones diversas, y podria por lo mismo ser estraviada fácilmente la opinion pública, hemos creido deber aqui reproducirlos íntegros. Hé aqui el primero de ellos.

El presidente de la república.—Considerando que todos los gobiernos que se han sucedido han creido indispensable obligar á la familia que cesaba de reinar á vender los bienes muebles é inmuebles que poseia en Francia;

Que en 12 de enero de 1816. Luis XVIII obligó á los miembros de la familia del emperador Napoleon á vender todos sus bienes personales dentro seis meses, y que en 16 de abril de 1832, obró Luis Felipe del mismo modo con respecto á la familia primogénita de los Borbones;

Considerando que son siempre estas medidas de órden y de interés público, y que hoy, mas que nunca, exigen imperiosamente altas consideraciones políticas disminuir la influencia que dá á la familia de Orleans la posesion de inmensos bienes inmuebles que ascienden en Francia á cerca de trescientos millones.

Decreto.—Artículo 1.° Los miembros de la familia de Orleans, sus esposos, esposas y sus descendientes no podrán poseer en Francia bienes

muebles ni inmuebles; estando obligados á vender definitivamente todos los que ahora poseen en todo el territorio de la república.

Art. 2.° Deberá efectuarse esta venta en el plazo de un año, á contar, respecto de los bienes libres, desde el dia de la promulgacion del presente decreto, y en cuanto á los bienes que puedan estar en liquidacion, ó en litigio, á contar desde la época en que entraren en su posesion.

Art. 3.° Caso de no efectuarse la venta en los plazos prefijados, procederá á ella la administracion de dominios en la forma prescrita por la ley de 10 de abril de 1832.

El precio de las ventas será remitido á los propietarios ó á todos los demás que tengan derecho á su percepion.—Dado en el palacio de las Tullerias, á 22 de enero de 1852.

Hé aqui el segundo decreto.

El presidente de la republica.—Considerando que, sin ánimo de atentar al derecho de propiedad en la persona de los principes de la familia de Orleans, no corresponderia el presidente de la república á la confianza del pueblo francés si permitiese que los bienes que deben pertenecer á la nacion fuesen sustraidos al dominio del Estado;

Considerando que, segun el antiguo derecho público de Francia, sostenido por el decreto de 21 de setiembre de 1790, y por la ley de 8 de noviembre de 1814, todos los bienes que pertenecian á los príncipes cuando su advenimiento al trono, eran inmediatamente reunidos al dominio de la corona;

Que asi el decreto de 21 de setiembre de 1790, como la ley de 8 de noviembre de 1814, dicen: «Los bienes particulares del príncipe que sube al trono y los que posea durante su reinado por cualquier titulo que sea, pertenecen de derecho y deben ser al instante unidos al dominio de la nacion, siendo el efecto de esta union perpetuo é irrevocable;»

Que la consagracion de este principio data de épocas muy remotas en la monarquía; que se puede citar entre otros el ejemplo de Enrique IV, cuyo príncipe habiendo querido impedir por real cédula de 15 de abril de 1590, la reunion de sus bienes al dominio de la corona, se negó el parlamento de Paris á registrar aquella real cédula en 15 de julio de 1591; pero el mismo Enrique IV aplaudió mas tarde aquella firmeza, y revocó en el mes de julio de 1607 aquella disposicion anterior;

Considerando que esta regla fundamental de la monarquía ha sido aplicada en los reinados de Luis XVIII y Carlos X, y reproducida en la ley de 15 de enero de 1835;

Que ningun acto legislativo la habia revocado aun en 9 de agosto de 1830, cuando Luis Felipe aceptó la corona; que por el mero hecho de su aceptacion, todos los bienes que poseia en aquella época, pasaron á ser propiedad incontestable del Estado;

Considerando que la donacion universal, bajo reserva de usufruto, consentida por Luis Felipe en provecho de sus hijos, en 7 de agosto de 1830, ó sea dos dias antes de habersele ofrecido y aceptado el trono, tuvo únicamente por objeto el impedir que pasasen los inmensos bienes del que era llamado al trono, á formar parte del dominio del Estado, como acaba de demostrarlo claramente el haber sido el príncipe primogenito escluido de aquella donacion universal;

Que cuando fué sabido mas tarde aquel acto, mereció la reprobacion de la conciencia pública;

Que si dejó de pronunciarse la anulacion, fué porque no existia, como en tiempos de la antigua monarquía, una autoridad competente para reprimir la violacion de los principios del derecho público, cuya custodia estaba antiguamente confiada á los parlamentos;

Que reservándose el usufruto de los bienes comprendidos en la donacion, no se despojaba Luis Felipe de nada de cuanto poseia, por no guiarle otra idea que la de asegurar á su familia un patrimonio que habia pasado á ser del Estado;

Que la donacion en sí, no menos que la esclusion del hijo primogénito, cuyo advenimiento al trono era probable, eran en el rey Luis Felipe el reconocimiento mas formal de aquella regla fundamental, cuando tomaba tantas precauciones para eludirla;

Que en vano se supondria no deber tener lugar la union de los bienes del príncipe al dominio público, por haber sido anterior la renuncia á la aceptacion de la corona, puesto que se verificó la aceptacion en 9 de agosto, y solo tuvo lugar la renuncia en 7 del propio mes;

Considerando que en esta última fecha, no era ya Luis Felipe un mero particular, puesto que las dos cámaras le habian declarado ya rey de los franceses, bajo la sola condicion de que debia jurar la carta;

Que á consecuencia de su aceptacion, era rey desde el 7 de agosto, ya que en aquel dia se habia manifestado la voluntad nacional por medio de las dos cámaras, y que el fraude hecho á una ley de órden público no es menos fragante cuando está concertado en vista de un hecho que debe inmediatamente realizarse;

Considerando que los bienes comprendidos en la donacion de 7 de agosto debian estar ya irrevocablemente incorporados al dominio del Estado, sin que pudiesen ser distraidos por las disposiciones del articulo 22 de la ley de 2 de marzo de 1832;

Que seria contrario á todos los principios el atribuir un efecto retroactivo á aquella ley que tiende á dar validez á un acto radicalmente nulo, segun la legislacion que existia en la época de su otorgamiento;

Que por otra parte, no puede aquella ley dictada en interés particular por las exigencias de una política de circunstancias, prevalecer contra

los derechos permanentes del Estado y las reglas inmutables del derecho público;

Considerando además que sin los bienes aquí reclamados como patrimonio del Estado, le quedan todavía á la familia de Orléans otros bienes que ascienden á mas de cien millones, con los cuales puede sostener su rango en el estrangero; vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Todos los bienes muebles é inmuebles que son objeto de la donacion hecha en 7 de agosto de 1830 por el rey Luis Felipe, serán restituidos al dominio del Estado.

Art. 2.° Se encargará el Estado del pago de las deudas de la lista civil del último reinado.

Art. 3.° La viudedad de 300,000 francos señalada á la duquesa de Orleans queda reconocida por el Estado.

Art. 4.° Los bienes que hayan de pasar al Estado, en virtud del artículo primero, serán vendidos en parte por la administracion de dominios, siendo invertido su producto del modo siguiente:

Art. 5.° Se destinarán diez millones á las sociedades de socorros mútuos, autorizadas por la ley de 15 de julio de 1850.

Art. 6.° Se invertirán diez millones en mejorar las habitaciones de los operarios en las grandes ciudades industriales.

Art. 7.° Se emplearán otros diez millones en el establecimiento de instituciones agrícolas de crédito en los departamentos que reclamarán esta medida sometiendose á las condiciones que se juzguen necesarias.

Art. 8.° Será invertida la cantidad de cinco millones en la creacion de una caja de socorros para los ecónomos mas pobres.

Art. 9.° La restante parte de los bienes anunciados en el artículo primero, será reunida á la dotacion de la Legion de honor, dándose á su renta el destino que luego se espresará, y en caso de que no bastase, acabarán de cubrirse los gastos con los recursos del presupuesto.

Art. 10. Todos los oficiales, sargentos, cabos y soldados de mar y tierra que estando en activo servicio, sean en lo sucesivo nombrados ó promovidos á la órden nacional de la Legion de honor, recibirán segun su grado en la misma, la siguiente pension anual:

Los legionarios.	250 francos.
Los oficiales.	500 »
Los comendadores.	1000 »
Los gefes.	2000 »
Las grandes cruces. . . . . , ...	3000 »

Art. 11. Se creará una medalla militar pensionada con cien francos anuales en favor de los soldados, cabos y sargentos del ejército de mar y tierra, que reunan las circunstancias que se espresarán en el reglamento ulterior que se dará á la creacion de aquella.

Art. 12. Se destinará un establecimiento nacional para educar á las hijas huerfanas é indigentes cuyos padres hubiesen obtenido esta medalla.

Art. 13. El castillo de Saverne será inmediatamente restaurado y arreglado de modo que pueda servir de asilo á las viudas de los altos funcionarios civiles y militares que hayan muerto sirviendo al Estado.

Art. 14. Por las presentes, renuncia el presidente de la república á toda reclamacion con motivo de las confiscaciones dispuestas en 1814 y 1815 contra la familia Bonaparte.

Art. 15. Los ministros quedan encargados, cada cual en la parte que le concierna, de la ejecucion del presente decreto.

Dado en el palacio de las Tullerías, á 22 de enero de 1852 —Luis Napoleon. — Por el presidente — El Ministro de Estado — De Casabianca.





EL GOLPE DE ESTADO.

(CONTINUACION.)



os anteriores decretos acerca de la familia de Orleans agitaron profundamente á todos los partidos.

Hasta se ha llegado, con motivo de aquellos decretos, á acusar de ingratitud y dureza al que habia visto sus intenciones incesantemente calumniadas, y sus afectos de familia indignamente escarnecidos por el gobierno del rey Luis Felipe. La historia á la vez justa y severa, dirá, sin embargo, de que parte estuvo la ingratitud: recordemos solamente cual fué la noble conducta que observó la madre de Luis Napoleon con la del rey Luis Felipe, cuando la reaccion imperial de 1815.

Como se ha dicho ya, la duquesa viuda de Orleans se vió obligada á su regreso de la isla de Elba, á permanecer en Paris cuando toda la familia real se vió forzada á salir de la córte; despues de haber pedido la duquesa al emperador permiso para quedarse y medios para subsistir, escribió á la reina Hortensia una carta fechada á 28 de marzo de 1815, en la que dirijiéndose « á su encantadora benevolencia » reclamaba « sus buenos oficios » imploraba « la magnanimidad del emperador » y aseguraba á la reina « la gratitud de su obediente servidora Luisa María Adelaida de Borbon, duquesa de Orleans. »

Siguió el beneficio tan de cerca á la demanda, que ya en 2 de abril de 1815, escribia agradecida la duquesa de Orleans á la madre de Luis Napoleon la carta siguiente:

«Señora: Habeis sido conmigo en estremo amable y generosa, y no puedo menos de manifestaros mi gratitud por haber empleado vuestra mediacion cerca de S. M. el Emperador para obtener en mi favor el permiso de permanecer en Francia y *hasta una pension bastante para poder vivir del modo que corresponde á mi rango.*

Sé muy bien, señora, todo cuanto por mí habeis hecho, y por lo tanto os digo que á vuestra proteccion debo en gran parte la pension anual de doscientos mil francos que se ha dignado S. M. concederme.......»

¡El hijo de la persona que en estos términos espresaba su gratitud, sentado mas tarde en el trono de Francia, negó al hijo de la reina Hortensia el permiso que le solicitaba para abrazar á su padre moribundo!

Y el *Monitor*, periódico oficial de la monarquía constitucional, no reparaba en calumniar al príncipe, afirmando despues de la intentona de Strasburgo, que habia consentido Luis Napoleon en que se le desterrara perpétuamente á los Estados Unidos, y que prometió además, bajo su palabra de honor, no regresar mas á Europa, tal era la gratitud de que estaba poseido, por habérsele salvado al caer prisionero en Bolonia.

Habiendo hecho Mr. Capefigue mencion de esta calumnia, en sus estractos de la *Historia de Europa desde el advenimiento del rey Luis Felipe al trono*, tomo IX, capítulo IV, le escribió el príncipe desde Lóndres esta carta en 10 de noviembre de 1846:

« Señor: La grave acusacion formulada contra mí en vuestra historia, me obliga á dirigirme á vos para refutar una calumnia ya antigua, que no creia ver reproducida por el historiador de Carlomagno, á quien solo debia el recuerdo de palabras benévolas.

Creeis que cuando en 1836 fuí espulsado de Francia, empeñé mi palabra de permanecer perpétuamente desterrado á América, y que esta palabra fué violada por mi regreso á Europa; véome por lo tanto obli-

gado á repetir aquí el mentís formal que tantas veces he dado ya á aquel falso supuesto.

Ni siquiera pensó el gobierno francés el año 1836 en exigirme seguridad alguna, por saber muy bien que preferia un juicio solemne á la declaracion de mi libertad; nada por lo tanto exigió de mí, porque no podia hacerlo, ni nada prometí yo, por no haber pedido cosa alguna.

En 1840, dignaos tenerlo presente, Mr. Franck-Carré, que desempeñaba las funciones de fiscal en la cámara de los Pares, declaró que se me habia puesto en libertad sin imponérseme condicion ninguna: podeis leer esta declaracion en el *Monitor* del mes de setiembre. El testimonio de un hombre que así se espresaba al leer mi acusacion, me parece que no os puede ser dudoso; luego podia en 1837 dirigirme otra vez á Europa con una conciencia tranquila, si bien con el dolor en el corazon, por tener que cerrar los ojos de mi madre.

Si el cumplimiento de aquel piadoso deber me hubiese hecho olvidar una promesa jurada, no habria tenido necesidad el gobierno francés, despues de la muerte de mi madre, de reunir un cuerpo de ejército en las fronteras de Suiza para lograr mi espulsion; sino que le habria bastado recordarme la palabra que le hubiese yo empeñado. A mas de esto, si hubiese faltado ya una vez á ella, no se me habria exigido nuevamente, como se hizo durante mi permanencia en Ham, cuando se discutia acerca de las condiciones que debian exigírseme para acceder á mi escarcelacion. Si hubiese faltado á mi palabra, como vos aparentais creerlo, habria accedido á aquellas exigencias, al paso que preferí estar seis años cautivo y esponerme á los azares de una evasion, antes que someterme á condiciones que mi honor rechazaba.

Sois dueño de desaprobar mi conducta política y de dudar de mis actos y de mis intenciones; no creais que vaya á quejarme de ello, porque reconozco en vos el derecho del historiador; pero sabed que nunca permitiré se ataque mi lealtad, sobre todo cuando he logrado, gracias al cielo, conservarla intacta en medio de mis contínuas pruebas.

Espero que dareis á esta carta la misma publicidad que dais á vuestros escritos. Recibid la seguridad de mi consideracion distinguida.—Napoleon Luis.»

En 1814 concedia el emperador espontáneamente una pension de doscientos mil francos á la madre de Luis Felipe. Y en 1850 bajo la presidencia de Luis Napoleon, señalaba la cámara otra pension de trescientos mil francos anuales á la duquesa de Orleans. ¡Júzguese por la diferencia de los actos, de parte de quien está la ingratitud!

Nadie puede ignorar que cuando Luis Napoleon aceptó de manos del pueblo la presidencia decenal, que no debia ser mas que la aurora de un gobierno durable y hereditario, tenia el derecho de reclamar del

Estado la restitucion de los bienes que poseia legítimamente la familia Bonaparte en el momento que cayó el imperio al supremo esfuerzo de la coalision europea. Todos sus bienes fueron confiscados, sin que se diese á ellos ningun destino provechoso que compensase en parte la ilegalidad de aquella medida escepcional.

Se vió cuan espontáneamente los estados generales de Holanda ofrecieron al príncipe Luis, hermano del emperador, la corona de aquel pais, por lo que fué el príncipe considerado legalmente como rey de Holanda, abdicando mas tarde en favor de su hijo primogénito, el gran duque de Berg, que murió algun tiempo despues.

El emperador no ratificó aquella abdicacion, sino que dominado por altas consideraciones políticas, determinó la anexion de Holanda á la Francia, cediendo en indemnizacion á la reina Hortensia, conocida despues por el nombre de duquesa de Saint-Leu y á sus hijos, un millon de renta en dominios del Estado. Consistian esencialmente aquellos dominios en bosques é inmuebles que habian pertenecido en 1789 á las familias de Orleans y de Condé, y que habian sido confiscados por el gobierno de la república, en virtud de las leyes dadas contra los emigrados.

El Estado poseia entonces aquellos bosques é inmuebles; luego el emperador podia separar aquellos bienes del dominio del Estado en interés general, puesto que los cedia como una débil indemnizacion de la pérdida de una corona, y en cambio de un pais que acababa de ser anexado á la Francia. Luego no era un don gratuito, sino un tratado, ó mejor un contrato entre la Francia y la duquesa de Saint-Leu y sus hijos. Despues de la caida del emperador, propuso el mismo rey Luis XVIII á aquella princesa, que volviese á ceder los propios bienes al Estado, para que pudiesen ser restituidos ó á la familia de Condé ó á la de Orleans, asegurándola en cambio una renta de quinientos mil francos en el gran libro de la deuda pública. Verificóse la cesion por parte de la duquesa de Saint-Leu, pero no sucedió lo propio con la inscripcion ofrecida por Luis XVIII; siendo por lo tanto una sola de las partes contratantes la que cumplió el compromiso. De este modo vió la duquesa de Saint-Leu despojados á sus hijos, sin compensacion alguna, de los inmuebles de que eran legítimos propietarios.

Así pues, ya que habia venido á ser único heredero de la duquesa de Saint Leu, podia el príncipe Luis Napoleon reclamar la ejecucion de un contrato, en fuerza del cual consintió su madre en ceder unos bienes que legítimamente poseia; pero nunca tuvo el príncipe semajante idea. Nunca pensó siquiera en pedir la restitucion de doscientos millones en fincas que formaban parte del dominio privado del emperador, y que habian sido confiscados, ni la de seiscientos setenta mil francos de renta

anual adquirida por la princesa Paulina, con el producto de la venta de su ducado de Guastalla, cuyas rentas poseia igualmente en Francia á título oneroso. Otro tanto hubiera podido hacer respecto de las pensiones atrasadas, y de los emolumentos y dotaciones debidos á diferentes miembros de la familia Bonaparte, en el momento en que la casa de Borbon fué repuesta en el trono de sus mayores; puesto que aquellos atrasos era una propiedad adquirida y constituian una deuda. La cesacion del pago de aquellas pensiones, emolumentos y dotaciones no debia tener efecto retroactivo, sino que cesar en su pago era confiscarlos, era apoderarse de una propiedad particular y enteramente individual.

Pero el príncipe no creyó digno ocupar la atencion de la Francia en los intereses de su familia, prefiriendo renunciar por ella y por sí á justas y legítimas reclamaciones: mandatario de la Francia y del pueblo, nada era para el príncipe el dinero ante el deber y el honor.

Entre tanto aguardaba Luis Napoleon con impaciencia el momento de dimitir á los grandes poderes constituidos del Estado, los poderes que habia recibido de la nacion.

Los electores habian sido convocados para el 29 de febrero, y en 29 de marzo, ó sea, un mes despues, habia tenido ya lugar la instalacion solemne del Senado y del Cuerpo legislativo. Tuvo lugar aquella apertura ó instalacion en las Tullerías con toda la pompa que requeria semejante solemnidad; la sala de Mariscales brillantemente restaurada, estaba cubierta de ricos tapices de terciopelo encarnado bordados de oro. El sillon que debia ocupar el presidente de la república estaba junto al gran crucero del Reloj, bajo un dosel coronado por una águila enorme, y á cada lado se veian haces de banderas en cuya parte superior se notaban otras águilas. A la derecha del sillon del presidente, estaba, algo menos elevado, el sillon del presidente del Senado y á derecha é izquierda de aquellos dos sillones, habia los puestos de los ministros y del consejo de Estado. Numerosas banquetas de terciopelo ocupaban una gran parte de la sala en toda su latitud, las cuales debian ocupar los senadores, los miembros del Cuerpo legislativo y todas las demás personas que á pesar de lo reducido del local, habian sido invitadas á aquella solemnidad. Las galerías que circuyen la sala, habian sido reservadas exclusivamente para las señoras.

A la una menos cuarto entró en la sala todo el cuerpo diplomático, llevando á su frente al nuncio apostólico y á lord Cowley, embajador de Inglaterra y fué á colocarse á la derecha del sillon del presidente. Pocos momentos despues, verificó su entrada el Cuerpo legislativo, abriendo la marcha su presidente Billault.

La mayor parte de los diputados dejaron de presentarse de etiqueta, por no habérselo exigido el gobierno; solo unos veinte habria en traje

de córte, entre los que se notaban los señores Granier de Cassagnac, Belmontet y de La Guéronniere.

El Senado se presentó poco tiempo despues del Cuerpo legislativo: todos los senadores iban en traje de córte, así como SS. EE. los cardenales y arzobispo de Paris cuyo traje era de color de violeta.

Los miembros del consejo de Estado, los consejeros, los magistrados del alto tribunal y los auditores, todos de gran uniforme y cubiertos de bordados, pasaron poco antes de la una á ocupar sus respectivos puestos; por último, al dar la una, entró en la sala el presidente de la república, acompañado del señor presidente del Senado, de los ministros y de su casa militar. Vestia Luis Napoleon el uniforme de teniente general del ejército.



Abrióse la sesion, y leyó el presidente el siguiente discurso en medio de un profundo silencio que fué frecuentemente interrumpido por entusiastas aplausos.

«Señores senadores, señores diputados: Hoy cesa la dictadura que el pueblo se dignó confiarme. Todo va á entrar desde ahora en su curso regular: vengo á anunciaros con la satisfaccion mas viva, que queda proclamada ya la Constitucion y que estará desde hoy en todo su vigor; no solo he procurado por medio de ella restablecer el órden, si que tambien hacerla durable, dotando á la Francia de instituciones apropiadas á sus necesidades.

Apenas hace algunos meses, como todos recordais, que cuanto mas procuraba circunscribirme en el estrecho círculo de mis atribuciones, tanto mas se procuraba limitarlo aun, para quitarme el movimiento y

la accion ; así que, os lo confieso, desalentado á veces, tuve la idea de abandonar un poder que me era tan tenazmente disputado. Solo una cosa me hizo desistir, la triste idea de que únicamente podia reemplazarme la anarquía ; porque en efecto, exaltábanse por do quiera ardientes pasiones amenazando destruirlo todo sin fundar nada ; no habia ni una institucion, ni un hombre á quien apelar ; en ninguna parte un derecho incontestable, una organizacion cualquiera, un sistema que se pudiese realizar.

Por esto cuando, merced á la cooperacion de algunos hombres de esforzado aliento, y merced, sobre todo, á la enérgica actitud del ejército, fueron conjurados en algunas horas todos los peligros, fué mi primer cuidado pedir al pueblo instituciones que facilitasen al gobierno la marcha regular y conforme que convenia seguir. Pareciase la sociedad á una pirámide arrancada que se hubiese querido hacer descansar sobre su cúspide ; y yo no paré hasta colocarla otra vez sobre su base. El sufragio universal, único derecho incontestable en semejantes circunstancias, fué inmediatamente restablecido ; la autoridad reconquistó su ascendiente ; la Francia en fin, adoptando las principales disposiciones de la Constitucion que la sometia, me permitió crear cuerpos políticos cuya influencia y consideracion serán tanto mayores, cuanto hayan sido sus atributos mas sábiamente regulados.

Entre las instituciones políticas, solo hay durables las que fijan de un modo equitativo los límites á que debe cada poder constreñirse, solo por este medio puede llegarse á la aplicacion útil y benéfica de la libertad : numerosos ejemplos de ello tenemos á la vista.

¿Por qué en 1814 se vió con satisfaccion, no obstante los reveses sufridos por la Francia, inaugurar el régimen parlamentario? Porque el emperador, no titubeamos en confesarlo, se habia visto obligado, á causa de la guerra, á adoptar un sistema de gobierno harto absoluto.

¿Por qué, al contrario, en 1851, la Francia aplaudió la caida de aquel mismo régimen parlamentario? Por haber abusado las cámaras de la influencia que les fuera concedida, y porque queriendo dominarlo todo comprometian el equilibrio general.

Finalmente, ¿porqué la Francia no se conmovió al ver las restricciones impuestas á la libertad de imprenta y á la libertad individual? Porqué una de ellas habia degenerado en licencia, y léjos de ser la otra el ejercicio prudente y regulado del derecho de cada uno, amenazaba, por el contrario, con sus odiosos escesos, el derecho de todos.

El inminente peligro, sobre todo para las democracias, de ver á cada paso instituciones mal definidas sacrificar sucesivamente el poder ó la libertad, fué apreciado en su justo valor por nuestros padres cincuenta años há, cuando al salir de la tormenta revolucionaria, y despues

del vano ensayo de todos los sistemas políticos, proclamaron la Constitucion del año de 1808, que ha servido de base para la de 1852. Si bien no sanciona todas aquellas libertades, á cuyos abusos se estaba acostumbrado, asegura y garantiza otras que satisfarán á la opinion pública porque son verdaderas. La primera de las garantías que debe darse á un pueblo al dia siguiente de las revoluciones, no consiste en el uso inmoderado de la tribuna y de la prensa, sino en el derecho de elegir el gobierno que mas le convenga. Por esto la nacion francesa ha ofrecido, quizás por primera vez, al mundo el imponente espectáculo de un gran pueblo que vota en toda libertad la forma de su gobierno.

He aqui porque el gefe del Estado, que teneis á vuestra presencia, es la verdadera espresion de la voluntad popular; ¿y que es lo que veo yo delante de mi? dos cámaras: la una, elegida en virtud de la ley mas liberal que existe en el mundo, y la otra, aunque nombrada por mí, independiente tambien, puesto que es inamovible.

Notareis en torno mio á hombres de un patriotismo y de un mérito reconocidos, siempre dispuestos á apoyarme por medio de sus consejos, y á hacerme conocer las verdaderas necesidades del pais.

Esa Constitucion que, desde hoy, va á ponerse en práctica, no es obra, ni de una vana teoría, ni del despotismo, sino de la esperiencia y de la razon: cuento pues, señores, que me ayudareis á consolidarla, estenderla y mejorarla.

Daré á conocer al Senado y al cuerpo legislativo la actual situacion de la república; haciéndoles ver que en todas partes ha renacido la confianza, se han abierto nuevamente los trabajos, y que por primera vez, despues de un gran cambio político, léjos de disminuir, se ha aumentado la riqueza pública.

Cuatro meses há que alienta mi gobierno empresas útiles, que recompensa señalados servicios, socorre apremiantes miserias, mejora la condicion de la mayor parte de los funcionarios públicos, sin que tenga por ello que aumentar los impuestos, ni alterar en lo mas mínimo el presupuesto que tenemos la dicha de presentaros en perfecto equilibrio.

Semejantes hechos, y la actitud de la Europa que acogió con tanta satisfaccion los cambios ocurridos, nos dán una justa esperanza de seguridad para lo porvenir; porque si queda la paz asegurada en el interior, no lo está menos en el esterior del reino. Las potencias extrangeras respetarán nuestra independencia, del mismo modo que sabrémos en nuestro interés conservar nosotros con ellas las relaciones de amistad que actualmente nos unen. Mientras que el honor de la Francia no exija obrar de otro modo, procurará el gobierno evitar cuidadosamente toda causa de perturbacion en Europa, y dedicar todos sus esfuerzos al logro

de mejoras interiores, únicas que pueden procurar la dicha á las clases laboriosas y asegurar la prosperidad del pais.

Y ya que estais prontos, señores, á asociar vuestro patriotismo á mis obras, quiero esponeros francamente la conducta que me propongo seguir.

Al verme restablecer las instituciones y los recuerdos del imperio, se ha supuesto que queria restablecer el mismo imperio: si tal hubiese sido mi pensamiento constante, lo habria realizado ya hace mucho tiempo, puesto que no me han faltado ni medios, ni ocasiones para ello. Cuando en 1848 fuí nombrado por seis millones de hombres, en despecho de las constituyentes, sabia que no aceptando la constitucion, podia prometerme un trono; pero no me dejé halagar por un encumbramiento que habria acarreado grandes desordenes. Tambien en 13 de junio de 1849, me habria sido igualmente facil cambiar la forma de gobierno entonces establecida, y sin embargo no quise. Finalmente, si en 2 de diciembre no hubiese antepuesto los graves intereses del pais á todas las consideraciones personales, hubiera pedido al pueblo un título pomposo, que no me habria negado, lejos de contentarme con el que ya tenia.

Luego si busco nobles ejemplos que imitar en el Consulado y el Imperio, es porque encuentro en ellos rasgos sublimes de patriotismo y de grandeza. Resuelto pues á emprenderlo todo en bien de la Francia y á no hacer cosa alguna en mi propio bien, no aceptaré ninguna modificacion en el actual órden de cosas, á menos de obligarme á ello una necesidad evidente. ¿De donde puede nacer aquella necesidad? Unicamente de la conducta de los partidos: si se resignan, no se hará el menor cambio; pero si por sordos motines tratan de minar las bases de mi gobierno; si en su obcecacion niegan la legitimidad del resultado de la eleccion popular; si en fin, intentan con sus injustos ataques comprometer el porvenir del pais, entonces, y solo entonces, podria ser razonable pedir al pueblo, en nombre del reposo de la Francia, un nuevo titulo que fijase irrevocablemente sobre mi cabeza el poder de que me revistió.

Pero no nos preocupemos de antemano por dificultades que no tienen gran probabilidad para lo sucesivo; conservemos la república, ya que no amenaza á nadie, ya que puede tranquilizar á todo el mundo. Bajo su bandera, quiero inaugurar nuevamente una era de olvido y de conciliacion, llamando, sin distincion de colores, á todos aquellos que quieran cooperar conmigo al reposo público.

La Providencia que tan visiblemente hasta aqui ha bendecido mis esfuerzos, no permitirá que quede incompleta su obra; al contrario, nos alentará por medio de sus inspiraciones, procurándonos la sabidu-

ría y la constancia necesarias para consolidar un orden de cosas que asegure la dicha de nuestra patria y el reposo de la Europa.»

Estas palabras, cuya grandeza es innegable, demuestran suficientemente la lealtad y la sabiduría que animaban al alma del príncipe, como era de esperar, fueron acogidas con general entusiasmo, pudiendo convencerse Luis Napoleon, de que nunca ha de faltar en Francia un eco simpático para repetir aquellos nobles sentimientos.

Luego de haber terminado la lectura de su notable discurso, se sentó el presidente, y el señor de Casabianca, ministro de Estado, procedió en seguida al llamamiento nominal de los senadores y diputados para la prestacion del juramento. Terminado aquel llamamiento, declaró abierta la legislatura de 1852, é invitó á los miembros del Senado y del cuerpo legislativo, á reunirse el dia siguiente en sus respectivos puestos.

Debia señalar un incidente al otro dia la apertura de la sesion del Cuerpo legislativo. Tres diputados, representantes aislados de un resto de oposicion, los señores Cavaignac, Carnot y Henon, dirigieron una carta al presidente de la Asamblea, en la que calificaban de violacion de derecho el brillante resultado de la eleccion popular. Hubo así mismo otros diputados que perteneciendo á los partidos extremos, ó acatando influencias esteriores, se negaron á prestar juramento, por mas que estuviese su conducta en manifiesta oposicion con la voluntad nacional.

Pero, ¿qué eran aquellas insignificantes protestas contra el hombre que tenia en su favor ocho millones de votos? ¿Por ventura no estaba la Francia á su lado?

El Cuerpo legislativo siguió pues adelante, empezando desde luego sus importantes trabajos. Por el senado-consulto de 1.° de abril se fijó la dotacion del príncipe presidente en doce millones; señaláronse asimismo para su uso particular los palacios de las Tullerías y del Louvre, lo propio que los castillos de Fontainebleau, Compiegne, Versailles, Trianon, Saint-Cloud, Meudon y Pau.

Los representantes de la religion católica no habian podido permanecer indiferentes á los esfuerzos intentados por el príncipe para alentar y regenerar los sentimientos religiosos; hasta el mismo Santo Padre al anunciar el feliz golpe de Estado que salvaba á la Francia y la Europa, esclamó: «Dios se ha encargado de pagar nuestra deuda.» Pio IX se apresuró en enviar al príncipe, en calidad de segundo legado apostólico á M. Flavio Chigi quien al presentarle sus credenciales, le dirigió este discurso en nombre del sucesor de San Pedro.

«Príncipe ilustre: Siento un placer infinito por el favor insigne que nuestro Santísimo padre el papa Pio IX se ha dignado concederme al confiarme la alta mision que vengo á cumplir cerca de vos, que presidís con tanta sabiduría y tanta gloria para vuestro nombre, el gobierno de

esta grande é ilustre nacion francesa. En su celo por conformarse á vuestros deseos, y teniendo en consideracion las eminentes cualidades y relevantes méritos que tanto distinguen al arzobispo de Burdeos, resolvió el soberano pontífice admitirle en el augusto colegio de los cardenales de la Santa Iglesia romana, y me ha designado para llevarle el capelo, insignia de aquella alta dignidad, que debe recibir de vuestras manos. Con este motivo, me ha encargado os esprese en su nombre la particular benevolencia que su corazon paternal siente á la vez por vos y por toda esa nacion francesa que gobernais, por esa nacion que tan brillantes servicios ha prestado á la religion católica y á la sociedad, y que al esplendor de su gloria militar, reune el de las letras, las ciencias y las artes. Además, me ha encargado Su Santidad os manifieste la viva satisfaccion de que está poseido, al ver los nobles esfuerzos que consagrais al restab'ecimiento del órden y de la tranquilidad pública, así como tambien el que cifreis vuestra gloria en proteger nuestra santa religion y sus ministros. Y puesto, que en vuestra sabiduría, conoceis perfectamente hasta que punto la religion católica y su enseñanza saludable contribuyen á la paz, á la sólida y verdadera felicidad de los pueblos, confia el soberano pontífice que aumentareis aun vuestros esfuerzos, y que no retrocedereis ante ninguna prueba por asegurar á la religion nuevos progresos en Francia, y estender por todo el mundo su influencia, su esplendor y su dominacion. Si seguís esta conducta, será vuestro nombre celebrado para siempre en todas partes, y trasmitido por la historia á la posteridad.

Considerándome feliz por haber servido de intérprete de los sentimientos que animan al soberano pontífice, os suplico ilustre príncipe, que acojais con la bondad que tanto os caracteriza, el testimonio de mi profunda adhesion, y no dudeis que desde el fondo de mi corazon pido á Dios continue concediéndoos mas y mas cada dia, á vos y á toda la nacion francesa, prosperidad, poder y gloria. »

En aquel mismo dia, S. E. el arzobispo de Burdeos, designado por el príncipe para el capelo cardenalicio, vistió por primera vez la púrpura en presencia del que acababa de salvar á la Francia, por lo que le felicitó en su nombre y en el de la religion cristiana en los siguientes términos:

« Monseñor, la religion llamada nuevamente á nuestros templos, la justicia recobrando su magestad y sus derechos, la paz del interior conservada en medio de las contínuas guerras del esterior, la patria en fin, arrancada súbitamente al incendio, al pillage, al esterminio, tales fueron las primeras impresiones de mi vida; y aquel á quien debió mi pais todos estos beneficios llevaba vuestro nombre. La Francia empero no se ha mostrado ingrata, puesto que medio siglo despues ha vuelto á acla-

mar de repente aquel nombre, que como una chispa eléctrica, ha corrido de la ciudad al campo, despertando en cada corazon una esperanza y un recuerdo, y realizando dos hechos inmensos, de los que no ofrecia hasta ahora ejemplo la historia de los pueblos.

Preciso fuera haber privado á Dios del gobierno de las cosas humanas, por no reconocer en todos los designios de la Providencia, mostrándose sucesivamente severa y misericordiosa. Demasiado cortos son los dias que nos separan de la tormenta que acaba de sacudir al mundo, para que hayamos podido olvidar que imperaba la confusion en todas partes; «que las instituciones se estremecian y que temblaba la tierra sobre sus cimientos.»

Bastaron algunas horas para que la Francia probára al universo, que solo es anárquica por sorpresa, y que la nacion recuerda que solo ha sido fuerte, libre y grande á las órdenes de un gefe, cuya personificacion sois vos, señor, y al que confia sus mas caros intereses.....

Unánse pues de una vez todos los nobles corazones, cooperen todos los rectos espíritus á un mismo fin, rómpanse los lazos que sujetan á la Iglesia y cese la desconfianza de que son objeto sus ministros, y cada uno en nuestra esfera emplearemos nuestra accion moral por lograr el restablecimiento de las ideas de justicia y autoridad, que hemos visto desaparecer en medio de la anarquía de las revoluciones. Habíamos perdido enteramente el respeto, esa palabra que tanto ha resonado en el mundo, y que es, por decirlo así, la esplicacion mas completa y enérgica de la enfermedad que nos aqueja: ese respeto, cuya ausencia tan dolorosamente hemos sentido todos, ha de volver á estar en todo su vigor, si queremos dedicarnos con alguna probabilidad de buen éxito á la difícil é importante obra de la regeneracion nacional.

Príncipe, la Providencia que tan poderosamente os ha alentado para que pudieseis dar cima á útiles empresas, operar tantas reformas, socorrer tantas miserias y *colocar finalmente la pirámide sobre su base*, no querrá que quede incompleta su obra, y procurará á todos los poderes del Estado la sabiduría y la fuerza necesarias para consolidar un órden de cosas que asegure la felicidad de nuestra patria y el reposo de la Europa.»

De este modo manifestaba cada cual la espresion de sus vivas simpatías por aquel que habia restablecido la autoridad en un pais que parecia deber estar por mucho tiempo entregado á la revolucion y á la anarquía. Y sin embargo, habian bastado á Napoleon algunos meses para hacer renacer la calma en las calles, la esperanza en los ánimos y la seguridad en las operaciones mercantiles. ¡Cómo no tener pues derecho á todas aquellas simpatías, á todas aquellas muestras de respeto y adhesion que se le daban en todas partes!.. ¡Pero, cuanto quedaba aun por hacer!

El dia 22 de abril se trasladó el príncipe á Lamothe Beuvron, al objeto de examinar por sí mismo las obras de reconocida utilidad que podian emprenderse en el Sologne; y despues de haberlo examinado todo detenidamente, resolvió, despues de haber consultado á sus ingenieros, la abertura de un canal desde el Sauldre hasta Blancafort. Crear frescas praderas que habian de procurar por medio del agua todos los elementos necesarios á la vegetacion; formar grandes rebaños, aumentar considerablemente los pastos y los abonos, reverdecer por medio de abundantes aguas un suelo arenoso, fertilizar aquel pais y hacerle salubre, hé aquí los inmensos resultados que dió el viaje del presidente.

En vano pretendia el príncipe guardar el incógnito durante el viaje, pues se vió en todas partes rodeado de agradecidos campesinos que le saludaban con entusiastas aclamaciones.

Aprovechó Luis Napoleon aquella circunstancia para hacer una piadosa peregrinacion al castillo de La Ferté Beauharnais, á aquel imponente



edificio del XVII siglo, rodeado de árboles seculares, que era el feudo señorial de los Beauharnais. Allí fué donde el padre del príncipe Eugenio y de la reina Hortensia se habia retirado al principio del terror; siendo tambien allí donde fué arrancado del seno de su familia para hacerle subir las gradas del cadalso.

Habiase anunciado para el 10 de mayo una gran fiesta militar que debia reunir todo el ejército de Paris, compuesto á la sazon de unos sesen-

ta mil hombres. Los preparativos continuaban con la mayor actividad, mientras que el gentío de la capital, siempre ávido de semejantes espectáculos, se dirigia en tropel al campo de Marte; los Campos Elíseos estaban cubiertos de tiendas, y los bulevares y las calles cuajadas de curiosos que las provincias enviaban á Paris; todo en fin, anunciaba un gran concurso de pueblo, dsipuesto á saludar con sus aclamaciones al gefe que acababa de nombrar. Por su parte el ejército, comprendia tambien toda la importancia del acto que se iba á celebrar, y por el que se trataba de restituir á aquella bandera que triunfante habia dado la vuelta al mundo el glorioso emblema de que se la despojó un dia. El clero todo se habia asociado tambien á aquella desmostracion, como lo indica el haber querido el arzobispo de Paris bendecir por sí mismo las águilas que iban á ser entregadas nuevamente al ejército.

Desde la mañana habia sido fijada en las esquinas de la capital la siguiente proclama que dirigia Napoleon á las tropas:

«Soldados, la historia de los pueblos es en gran parte la historia de los ejércitos: de sus triunfos ó de sus reveses depende la suerte de la civilizacion y de la patria. Vencidos los ejércitos, solo queda la invasion ó la anarquía; vencedores, la gloria y el órden. Por esto las naciones y los ejércitos tienen en una veneracion profunda esos emblemas del honor militar, que resumen en ellos todo un pasado de luchas y triunfos.

El águila romana, adoptada por el emperador Napoleon á principios de este siglo, fué el significado mas brillante de la regeneracion y de la grandeza de la Francia. Si bien desapareció el águila al sonar la hora tremenda de la desgracia, fué tan solo por aparecer de nuevo, cuando reparada la Francia de sus derrotas y dueña de sí misma, no pareciese repudiar ya su propia gloria.

Soldados, tomad pues nuevamente esas águilas, no como una amenaza contra los estrangeros, sino como el símbolo de nuestra independencia, como el recuerdo glorioso de una época heróica, como el timbre de nobleza de cada regimiento. Tomad nuevamente esas águilas que tantas veces guiaron á la victoria á nuestros padres, y jurad morir, si es preciso, en su defensa.»

Magnífico era el aspecto que ofrecia el campo de Marte. En cada uno de los dos declives se levantaban altos mástiles cubiertos de grana, ostentando en su cima banderas tricolores y escudos que contenian los números de los regimientos, y la indicacion de las batallas en que habian figurado. Luego en los anfiteatros laterales de cesped, se levantaban ocho tribunas de cien metros de largo que contenian al menos cuatro mil espectadores.

En el centro de aquel vasto recinto, aunque algo mas cerca de la Escuela militar que del puente de Jena, se levantaba el altar monumental

en que debia celebrarse la bendicion de las águilas ; era en forma piramidal y presentaba cuatro caras ó faces enteramente iguales. Tendíanse entre las columnas cuatro paños de terciopelo carmesí, sostenidos por medio de lanzas inclinadas. Frente á la Escuela militar habia una escalera de cincuenta gradas; y en cada lado de aquella escalera de honor, una meseta que daba á los estrados que debian ocupar los gefes de los cuerpos durante la bendicion de las banderas.

Bajo el pabellon del reloj de la Escuela militar, habia sido levantada la tribuna del presidente, á la que se subia por una vasta escalera interrumpida por tres grandes mesetas: veíase por la parte superior de su frontis un escudo circular, en el centro del cual, sobre un fondo de azul sembrado de abejas, se cernia una águila inmensa llevando el gran cordon de la Legion de honor.

En la parte inferior de aquel fróntis, aparecia la fama bajo distintas formas; columnitas numerosas, graciosas mamparas de terciopelo sostenidas por resortes de oro; y en una y otra parte guirnaldas de hojas doradas y diferentes escudos en los que se leia el número 7.500,000, haciendo alusion á los votos que obtuvo en su favor el príncipe Luis Napoleon Bonaparte el dia 20 de diciembre; habia además distintos medallones en los que se leian estas palabras: *Vox populi*, *vox Dei*.

El interior de la tribuna del presidente estaba cubierto de terciopelo carmesí bordado de estrellas de oro: habia además algunos escudos que contenian las iniciales del presidente y el monógrama del emperador. Añádanse á todos estos detalles un sin fin de banderas y divisas conteniendo los nombres de las victorias alcanzadas, variados tapices de deslumbrantes colores, vasos de flores de variedad muy rara y otros numerosos adornos de todas clases, y se tendrá apenas una ligera idea del efecto que producia aquella tribuna adornada con el mayor gusto y riqueza.

Habíanse colocado dos sillones en el estrado; uno en el centro para Luis Napoleon Bonaparte, y otro á mano derecha, destinado para su tio, el príncipe Gerónimo Bonaparte, presidente del senado; habia en el interior otros dos sitios que debian ocupar los ayudantes de campo.

Inmenso era el gentío que invadia el campo de Marte, ofreciendo un golpe de vista magnífico: lo que fué empero de mas bello efecto durante aquel memorable dia, fué sin duda la llegada del numeroso clero de Paris.

A las once menos cuarto, dice un testigo ocular, el clero de Paris, compuesto de todo el capítulo metropolitano de Nuestra Señora, de los canónigos honorarios de la iglesia de Paris, de los curapárrocos y vicarios, y de los seminarios diocesanos, se hallaba reunido en la igle-

sia de san Pedro de Gros-Caillou, y á las once y cuarto emprendieron procesionalmente la marcha en el órden siguiente:

Los seminaristas iban delante en dos filas, seguidos de los señores curapárrocos, vicarios y del personal eclesiastico de todas las parroquias de Paris; el clero de la metrópoli, asi como tambien los canónigos, iban detrás; siguiendo finalmente la cruz del capítulo, y el arzobispo, de pontifical, puesta la mitra y rodeado de sus vicarios generales; notabanse junto á él diferentes obispos, llevando la cruz episcopal sobre el pecho; el que mas, de entre ellos, llamaba la atencion, era M. Pavy, obispo de Argel, que atraia todas las miradas por su espresiva fisonomía y por su larga barba blanca: cerraban la procesion los hermanos de la Doctrina cristiana.

El clero de Paris llevaba un simple sobrepelliz blanco, ó sea, el traje de coro que acostumbra usar en verano; los párrocos se distinguian por la estola encarnada que llevaban además del sobrepelliz; el clero metropolitano y los canónigos vestian su acostumbrado traje, este es, la muceta negra bordada de encarnado. Asistieron además á la procesion muchos sacerdotes que no formaban parte del clero de Paris. A las doce menos cuarto entró la procesion solemnemente en el campo de Marte: la tropa echó desde luego armas al hombro, y estendiendose el clero lentamente en dos grandes fillas, fué á ocupar los puestos que le estaban reservados en derredor y al pié del altar.

En el momento en que el arzobispo de Paris subia las gradas del altar, aparecia Luis Napoleon Bonaparte sobre el malecon de Billi, seguido de una inmensa y brillante comitiva: montaba el príncipe un hermoso caballo cubierto de un paño azul bordado y con franjas de oro. Llevaba el uniforme de general de division; tenia á su derecha un poco atrás, al príncipe Gerónimo, y á su izquierda, al general de Saint Arnaud, ministro de la guerra.

Lejos de nosotros la idea de referir uno por uno todos los episodios que tuvieron lugar en aquel memorable dia, que tan indelebles recuerdos dejó en cada corazon: para el ejército, sobre todo, tuvo aquel dia un interés particular. Mas de ochenta mil hombres se hallaban reunidos en el campo de Marte: empezó á las dos el desfile de las tropas, y á las cuatro no habia concluido aun, sin que cesasen de poblar el aire durante este tiempo las aclamaciones mas entusiastas; un mismo grito, un mismo voto, brotaba á la vez de todos los labios y de todos los corazones, tales eran los de: *¡ Viva Napoleon! ¡ Viva el emperador!*

No era tan solo la Francia la que estaba representada en aquella fiesta verdaderamente nacional; sino que la Europa entera quiso dar una prueba de simpatía al príncipe Napoleon, asistiendo á aquella gran revista. Inglaterra, Austria, Prusia, Rusia, España, la Emigracion polaca,

húngara é italiana, Dinamarca, Suecia, Baviera, Holanda, Bélgica, Suiza, Portugal, el Piamonte, Turquía, Grecia, y hasta la misma América, habian enviado á Paris á los mas distinguidos de sus hijos. Todos aquellos nobles huespedes recibieron en Paris una acogida digna de las naciones amigas que representaban.

Pero apartemos por un momento aquel cuadro risueño de un Estado en el que debian reinar ya en lo sucesivo la dicha y la paz, aseguradas por el gobierno de un gran príncipe.

Una cuestion de importancia relativa se agitaba desde algun tiempo en las altas regiones de la política, preocupando á mas de un hombre celoso por conservar al pais la paz de que disfrutaba. A pesar de las lecciones de lo pasado, y no obstante su manifiesta impotencia, agitábanse los antiguos partidos monárquicos para formar nuevamente en la sombra aquella cadena, tantas veces rota, por el ímpetu de las revoluciones.

Deciase que la rama primogénita y la rama segunda de la familia de los Borbones estaban á punto de realizar una fusion; bastando aquella alianza imposible é insensata, por representar dos partidos opuestos y contrarios, para sembrar la alarma en algunos corazones timoratos. Los hijos del rey Luis Felipe se habian mostrado hasta entonces contrarios á toda idea de fusion, siendo su firmeza la causa de que algunos oficiosos mediadores, tales como M. Salvandy y otros, hubiesen sido, segun se decia, pésimamente acogidos.

Hácia el mes de mayo, volvieron á empezarse nuevamente las negociaciones, y merced á la cooperacion del general Changarnier, llegaron á preocupar seriamente la opinion pública, á pesar de ser aquella fusion imposible, pues todo, asi en lo pasado, como en lo porvenir, se oponia á que fuese efectuada. Con efecto, el dia en que se hubiesen confundido las dos dinastias, se habria visto á la clase media que permanecia fiel aun á los príncipes de la rama segunda, entregarse enteramente al presidente de la república, y al cual debia en breve unirse del todo, por ser el único y verdadero representante del órden y del progreso. En cuanto á los antiguos liberales de la Restauracion que, despues de haber sostenido á Luis Felipe, hubiesen consentido en hacer causa comun con los partidarios del conde de Chambord, podemos asegurar que habrian sido en muy escaso número.

La fusion era pues un vano fantasma, y por lo mismo no debia darse á ella mas importancia de la que en sí tenia; sin embargo, es innegable que dió orígen á ciertos complots, en los que tomaron parte ciertos partidarios incorregibles. En vano se les decia: *si la fusion se efectua, el imperio se formará; será lo uno precisa consecuencia de lo otro: si el imperio se forma, solo á ella misma podrá la fusion echar la culpa.*

Pero nada oian los fusionistas, antes por el contrario, continuaban cada dia con mas ardor su obra, procurando reconciliar dos partidos irreconciliables. Inútil era se les hiciese observar la prudencia del príncipe Luis Napoleon, que en distintas ocasiones se habia negado á aceptar el trono, por que no se dijese que anteponia su ambicion á la tranquilidad del pais: nada era capaz de hacer desistir á los fusionistas de su temeraria empresa.

¿Porqué el imperio? se preguntaban los partidarios del príncipe. — Si el imperio hubiese sido proclamado en 10 de mayo ¿qué tendriamos mas de lo que tenemos ahora? Un emperador en lugar de un presidente y un trono en lugar de un sillon. ¿Tendriamos por ventura un poder mas fuerte, una autoridad mas sólida, ni instituciones mas útiles? — No.

A todas estas objeciones habria podido contestarse: que la Francia tenia necesidad de reposo, que no queria entreabrir nuevamente el abismo de las revoluciones; que queria ser gobernada; que los diez años concedidos á Luis Napoleon, dejaban aun demasiada incertidumbre en los ánimos previsores; que mientras no formase el príncipe una nueva dinastía, apoyada en la ancha base del sufragio universal, quedaban en pié todas las dudas, todos los temores. Esto era lo que probablemente debian pensar tambien los legitimistas y los orleanistas, puesto que solo querian unirse en el caso de una eventualidad favorable.

Nada les importaban los hechos consumados, nada los ocho millones de votos concedidos al príncipe presidente, nada que la Francia entera acogiese con un entusiasmo sin igual las instituciones que Luis Napoleon la habia dado; creian los fusionistas encontrarse aun en los tiempos en que era todo un pais considerado como patrimonio de una familia ó de un hombre: ¡imposible parece hubiesen olvidado hasta tal punto las terribles y sangrientas revoluciones, operadas por lograr las nuevas libertades!...

No debian tardar en ser nuevamente víctimas de sus ilusiones. Pero entonces los tiempos habian cambiado y pronto contestó el pueblo entero al imprudente reto de los antiguos partidos.

Como no ser asi, ¿cuándo hablaba la esperiencia tan alto en favor del nuevo poder? ¿Qué mas se queria? En menos de tres años habia hecho mas el gobierno de Luis Napoleon en bien del pais, que lo que hicieran todos los demas gobiernos que se sucedieron en un período de treinta años. ¿Era verosímil que se desease cambiar, por esponerse á caer de nuevo en el abismo de lo pasado?... ¿No debia por el contrario procurarse consolidar aquel gobierno tan simpático á la nacion, que parecia estar tan animado del deseo de hacer el bien, tan dispuesto á sacrificarse en el interés general?

Todas estas ideas estaban mucho mejor espresadas de lo que podriamos hacerlo nosotros en el mensaje del presidente, leido al cuerpo legislativo, en el momento de cerrarse las cámaras de 1852.

Hé aquí el interesante mensaje:

«Señores: En el momento en que va á cerrarse la legislatura de 1852, creo deber daros gracias por la cooperacion y leal apoyo que habeis dispensado á nuestras nuevas instituciones. Habeis sabido resistir á lo que hay de mas peligroso en toda reunion de hombres, al atractivo del espíritu de corporacion, y á toda susceptibilidad mal entendida; por esto se os ha visto constantemente ocupados en los grandes intereses del pais, comprendiendo que ha pasado ya la época de los discursos apasionados y estériles, y que estamos en la de los verdaderos negocios, en la época de obrar.

La aplicacion de un nuevo sistema encuentra siempre graves dificultades que vencer, conforme habeis podido convenceros de ello. Si no pudisteis consagraros enteramente á vuestra tarea desde las primeras sesiones, comprendisteis que el deseo de abreviar la duracion de mi dictadura, y el anhelo de llamaros á mi lado fueron la causa de ello, privando á mi gobierno del tiempo necesario para la preparacion de las leyes que debian seros sometidas.

La consecuencia natural de aquel estado de cosas escepcional, fué la acumulacion de los trabajos al terminarse la legislatura. Con todo, la primera prueba de la Constitucion, enteramente francesa, debió convenceros de que poseiamos las condiciones de un gobierno fuerte y libre: ya no es hoy el poder objeto inmovil contra el cual dirigian las diversas oposiciones impunemente sus tiros; sino que puede resistir sus ataques, y continuar en lo sucesivo un sistema, sin necesidad de recurrir á la arbitrariedad ó á la astucia. Por otra parte, es el objeto actual de las asambleas bastante serio, por ser libre la discusion y deber votarse necesariamente el presupuesto. En cuanto á las imperfecciones que la esperiencia demuestre, nuestro comun amor al bien público nos obligará á dedicarnos sin cesar á disminuir todos sus inconvenientes, hasta que el Senado haya resuelto lo necesario.

Durante la suspension de las cámaras, *dedicaré todos mis cuidados á descubrir las necesidades del pais y disponer proyectos que permitan disminuir las cargas del Estado sin que se afecte en lo mas mínimo el servicio público*. Al abrirse nuevamente las cámaras, os demostraré el resultado de nuestros trabajos y el estado general de los negocios, por el mensaje que la Constitucion me obliga á dirigiros cada año.

Al regresar á vuestros departamentos, sed el eco fiel del sentimiento que aquí reina: la confianza en la conciliacion y la paz. Decid á vuestros

comitentes que en Paris, ese corazon de la Francia, ese centro revolucionario que difunde por el mundo la luz ó el incendio, habeis visto un pueblo inmenso dedicarse á hacer desaparecer las huellas de las revoluciones y entregarse con placer al trabajo, confiado en lo porvenir. Ese pueblo, que poco há en su delirio, trataba de romper todo freno, le habeis visto aclamar con entusiasmo el regreso de nuestras águilas, símbolo de autoridad y de gloria.

En medio de aquel imponente espectáculo en el que la religion consagraba con sus bendiciones una gran fiesta nacional, habeis podido notar la actitud respetuosa del pueblo; así mismo habeis podido ver á ese ejército tan altivo y esforzado, que tantas veces salvó al pais, ganar aun en el concepto y estimacion de los hombres, al arrodillarse con recogimiento ante la imágen de Dios, presentada en lo alto del altar.

Esto indica que hay en Francia un gobierno animado del deseo del bien, que descansa en el amor del pueblo, orígen de todo poder, en el ejército, orígen de toda fuerza, en la religion, origen de toda justicia.

Recibid la seguridad de mis sentimientos.—Luis Napoleon. »

Si citamos con frecuencia las palabras pronunciadas por el príncipe presidente, es porque sus discursos ó mensajes, manifiestan siempre de un modo mas claro y terminante la huella de su pensamiento; tambien en esto se diferenciará Luis Napoleon de todos los demás reyes que le precedieron en el trono; dejará á la posteridad, no solo el recuerdo de actos regeneradores, si que tambien escritos que no desaprobarian ni aun los mejores escritores de Francia. El pensamiento siempre elevado viste en todos sus escritos una forma limpia y concisa; esta forma del hombre de Estado cuyo pensamiento práctico se demuestra por un estilo sencillo y luminoso: vése en todos los escritos del príncipe la huella de profundos estudios, por esto al leer sus discursos, nos hemos preguntado muchas veces, que era lo que debíamos admirar mas en él, si la pureza del escritor ó la profundidad del hombre de Estado.

Al cerrar las cámaras de 1852, prometió Luis Napoleon dedicarse con el mayor cuidado á descubrir las necesidades del pais, y no tardó en cumplir su promesa. Inmensos eran los trabajos que se hacian en todas las principales lineas de caminos de hierro: la de Strasburgo acababa de ser terminada, y debia hacerse su inauguracion próximamente: luego de haber aceptado el príncipe la invitacion que se le hizo de asistir á ella, se fijó aquella solemnidad para el 18 de agosto.

Despues de las fiestas militares, debian seguir las de la industria. No hay en nuestro concepto ocupacion mas noble para un príncipe, colocado al frente de una gran nacion por el voto popular; por otra parte nada hay tan útil como que el poder se informe por sí mismo de las verdaderas necesidades del pais, y se ponga en comunicacion directa con aque-

llos que le confirieron todos los poderes. Todos los gobiernos precedentes cayeron, por no haber puesto en práctica esos principios elementales de buena administracion. — ¡El egoismo no puede recoger mas que indiferencia!

Desde un principio, comprendió ya Luis Napoleon toda la grandeza de su mision, sin que quisiese hacer uso de los poderes ilimitados que se le confiaron, mas que en el interés de todos y de cada uno de sus súbditos. Este solo título bastaria para asegurarle la gratitud del pais, aun cuando se intentase poner en duda todos los demás que reune. La Francia no podia engañarse en su eleccion, porque ninguna de las muchas cualidades de Luis Napoleon escapó á su recto sentido: lo mismo vió en él la energía que salva, que la inteligencia y la honradez que fecundizan y edifican.

Fácil era observar la confianza del pueblo en cuantas ocasiones podia manifestar abiertamente sus simpatías; nunca se habia encontrado el príncipe presidente en contacto inmediato con el pueblo, sin ser objeto del mas vivo entusiasmo. La inauguracion del ferro-carril de Strasburgo, fué una nueva prueba de ello. Apenas el presidente habia salido del



recodo que forman los arrabales de San Dionisio y San Martin, cuando empezaron ya las ovaciones: En Lagny, Meaux, Chateau-Thierry y Chalons-sur Marne, abundaron los arcos de triunfo, las guirnaldas de flores y los trofeos levantados como por encantamiento al pasar el tren del presidente; en Bar-le-Duc sobre todo, se desplegó un lujo no visto: las águilas, las panóplias y todas las demás decoraciones eran de un gusto esquisito; ni aun la tempestad que estalló pudo contener á la poblacion que solícita se lanzó al encuentro de la comitiva ó cortejo del presidente gritando: ¡Viva Napoleon! ¡Viva el Emperador!

Tampoco pudo en Nancy la tempestad calmar el general entusiasmo; notábase entre la comitiva del presidente á algunos oficiales prusianos,

encargados, segun se decia, de cumplimentar á Luis Napoleon Bonaparte en nombre del rey Federico Guillermo.

Finalmente, verificó el presidente su entrada en la ciudad de Strasburgo en medio de una lluvia de flores y de una larga línea de arcos de triunfo, adornados de banderas y escudos, entre el clamoreo de las campanas y el estampido de las salvas de artillería.

La Alemania entera parecia haberse dado cita en la antigua capital de la Alsacia: los vapores del Rhin y los caminos de Kehl y de Strasburgo á Basilea, se habian visto obstruidos por las enormes masas de viajeros del Wurtemberg, del pais de Baden, de Suiza y hasta de la misma Baviera; conocíaseles á primera vista, particularmente á las mugeres, por sus trajes pintorescos de vivísimos colores.

Aquel viaje de Luis Napoleon tenia un carácter particular, una significacion especial. Todo el camino recorrido por el príncipe ofrecia el grato aspecto de una fiesta tranquila, apacible y dulce. De todos partes acudia una multitud inmensa que se agolpaba con un entusiasmo frenético en todas las estaciones, sin que bastasen á contenerlo las fragiles barreras: hasta numerosos grupos de segadores, poco antes esparcidos en la llanura para dar comienzo á la operacion de la siega, habian acudido para saludar con efusion á los convidados. Las autoridades civiles y militares se habian reunido en las diferentes estaciones de la via; todas las brigadas de gendarmería, todas las municipalidades, los párrocos, las escuelas con sus maestros, los colegios de señoritas formando numerosos grupos de jóvenes de una belleza encantadora, todas las poblaciones en fin, habian acudido para felicitar al hombre que tenia en sus manos los destinos de la Francia.

Las inscripciones que se notaban en los arcos de triunfo de Strasburgo, demostraban claramente las ideas mas pacíficas. He aquí algunas de sus frases.

¡A la propagacion de las ideas y de las artes!
¡El Rin y el Danubio reunidos en el Océano!
¡Camino de los Alpes al mar del Norte!

Lo que mas se aclamaba aquel dia solemne en Luis Napoleon era el renacimiento de la industria, el desenvolvimiento dado á las transacciones comerciales, el impulso vivificador que habian recibido todos los negocios.

El efecto de la cogida que el príncipe recibió en el Este, se hizo sentir instantaneamente en Paris: el entusiasmo de la provincia debia necesariamente encontrar eco en el corazon de la capital. Como en todas las ciudades que acababa de recorrer, verificó Luis Napoleon su entrada en Paris al son de las campanas y al estampido del pacífico cañon que anuncia las grandes solemnidades nacionales.

Desde la estacion de Strasburgo hasta la Magdalena, fué saludada la comitiva por los continuos gritos de *¡viva Napoleon, viva el emperador!* Echabánse al aire los sombreros y gorras, agitábanse los blancos pañuelos en las ventanas, mientras no cesaba ni un momento el redoble de los tambores en toda la estension de la línea, ni dejaba de agolparse á cada paso una masa compacta de pueblo entusiasmado y conmovido.

Mientras poblaba el aire aquella aclamacion general, estaba el príncipe de pié en su coche descubierto, saludando con el gesto y la mirada: la alegria que estallaba á su pasò se reflejaba en su frente; y no podia menos de ser asi, cuando recibia en aquel momento supremo la legítima recompensa de sus nobles esfuerzos.

Hay en esas manifestaciones espontáneas de un gran pueblo libre, algo que conmueve profundamente el corazon y eleva el espíritu á desconocidas regiones. Despues de haber sufrido tanto, despues de haberle hecho derramar tanta sangre la revolucion y la anarquia, postrábase con entusiasmo la Francia ante aquel que le aseguraba la paz y el porvenir.

Sin embargo, en medio de aquellas espansiones, oscurecia de vez en cuando cierta tristeza la mente de todos, convirtiendo en temor el goce. Sabíase que el príncipe presidente era un todo digno de la confianza que la nacion habia depositado en él; nadie ignoraba que habia espuesto generosamente su vida por salvar á la patria amenazada; todos sabian que aumentaria aun sus esfuerzos y abnegacion para asegurar su reposo y su dicha; pero las pasiones políticas no se apaciguan nunca en un pais como la Francia, porque Paris encierra siempre en su seno cierto número de espíritus turbulentos, para los cuales es el desbordamiento social una esperanza, y las revoluciones políticas un grande atractivo... Semejantes hombres están siempre prontos á lanzarse á la arena: nada les importa que perezca la patria, con tal que triunfe su ambicion desmedida: Tales hombres son siempre una amenaza y un peligro permanente: así que, despues de las terribles sacudidas que se habian esperimentado, natural era el temor que se tenia de que hiciesen nuevas y culpables tentativas.

Y como no temer ¿cuando acababa de descubrirse un principio de conspiracion? Habian tenido los conspiradores la audacia de manifestar publicamente sus planes, sin ocultar siquiera que fuese el mismo príncipe el blanco de sus iras: miserables desesperando del triunfo por medio de un golpe de mano, resolvieron asesinar al hombre en cuyas manos estaba la única fuerza capaz de derrocar para siempre á la anarquía. Si bien el complot de la calle de la reina Blanca no tuvo tiempo bastante para acabar de cohordinar sus infames planes, decian claramente los

objetos ocupados cual era el fin que se proponian sus autores: los cañones, las balas, los fusiles vizcainos, las granadas, todo indicaba la intencion de montar una máquina infernal.

Los autores de aquella conspiracion despreciable, eran un antiguo deportado de Belle-Ile en-Mer, un ex institutor, un miembro de la Solidaridad republicana y redactor de la *Commune de Paris*, un doctor en medicina, un ex-teniente de artillería de marina, y un sastre, conserje de la casa aislada que habian escogido los asociados para sus reuniones y la fábricacion de sus aprestos.

Sabia la policia desde algun tiempo, que algunos individuos conocidos por sus antecedentes políticos y sus opiniones demagógicas, se ocupaban en la organizacion de una sociedad secreta, que tenia por objeto atentar contra la vida del presidente de la república y derrocar al gobierno constituido; tampoco tardó la policía en saber, que habian logrado los conspiradores confeccionar máquinas infernales de una nueva especie. Desde aquel momento tomó el prefecto las medidas necesarias para apoderarse de los culpables, y ponerles en la imposibilidad de realizar su crímen.

« Luego de haberse tomado todas las precauciones, decia un diario de aquella época, se penetró en el patio y de allí, en la casa que solo dista algunos metros. Al entrar, encontró la autoridad á dos individuos ocupados en rodear de tubos de metal, y de tela de coti embreado, á una gran cantidad de objetos que sirven para la confeccion de aquella especie de máquinas. En otros puntos de la casa y en el jardin, habia otros individuos y entre ellos diferentes mugeres, que se ocupaban igualmente en trabajos análogos. Todas aquellas personas, que eran en número de trece, contando á las mugeres, y á una jóven, fueron inmediatamente aprehendidas, procediéndose asi mismo en seguida al registro de sus respectivos domicilios.

Ocupó el gobierno un gran número de aquellos tubos de metal, que tenian la longitud de unos cincuenta centímetros, sobre cuatro ó cinco de diámetro y como unos cinco milímetros de espesor; algunos de ellos estaban ya completamente cubiertos en el esterior por una tela de coti embreado de cerca dos centímetros de espesor. Parecian aquellos tubos los destinados para la conduccion de las aguas ó del gas; pero todos, ó al menos los que tenian cincuenta centímetros de longitud, tenian uno de sus extremos, el que debia ser juntado ó unido, que terminaba por una curba; este estremo destinado á servir de culata, estaba lleno en la parte interior de una especie de almáciga, en una longitud de diez á doce centímetros. Habia un grande oido abierto en el tubo que correspondia en el interior de aquel betun ó almáciga. »

Ningun comentario debia hecerse sobre aquellos preparativos; aun

cuando por otra parte hubiese podido abrigarse alguna duda, las últimas pesquisas habrian podido convencer hasta á los mas incrédulos. El registro practicado en las habitaciones de los detenidos, dió por resultado la ocupacion de diferentes papeles, entre los que habia algunas recetas para la fabricacion de la pólvora, distintas correspondencias con los miembros del comité revolucionario de Londres, y otras cartas de algunos alfiliados. Revelábase claramente en aquellas correspondencias el objeto que el complot se proponia: no aspiraban aquellos insensatos en el caso de que se les hubiese dejado obrar, mas que á sumir nuevamente á la Francia en el sangriento abismo de las revoluciones.

Eran aquellos recuerdos aun tan recientes, cuando tuvo lugar la ovasion hecha á Luis Napoleon al inaugurar el ferro-carril de Strasburgo, que nadie pensaba sin estremecerse en el porvenir de la Francia, si llegase á faltarle un dia aquella mano vigorosa.

¡Que eran, en efecto, diez años, ante las amenazas que los partidos no cesaban de hacer! ¿no hubiera sido imprudente esponerse á la incertidumbre de un solo dia, y el no evitar toda sorpresa, asegurando definitivamente el poder en aquel que habia sabido hacer de él tan buen uso?

Tal era el pensamiento de todos los hombres de órden en el momento de que hablamos: cada cual manifestaba sus temores, esperando que el príncipe los comprenderia; pudiendose decir que los repetidos gritos de *viva el Emperador*, que se proferian á su paso, indicaban además de la gratitud del pais, el único medio que habia para salir de una vez de aquel estado de incertidumbre y zozobra.

Iban á convocarse entretanto los consejos generales de los departamentos: todas aquellas esperanzas, aquellos votos, aquellos ardientes deseos manifestados tan solo hasta entonces por medio de simples rumores, iban á recibir un carácter nuevo, oficial é irrecusable. Los consejos generales son los mas fieles interpretes del pais, porque conocen las necesidades de cada punto y pueden espresarlas, sin que sus declaraciones puedan ser nunca sospechosas. Cada miembro es además nombrado por eleccion, lo que hace que sean todos ellos los representantes naturales de cada ciudad, de cada canton. Pues bien, apenas estuvieron reunidos los consejos generales, unieron tambien su voz á la voz general del pais. Los consejos de distrito siguieron su ejemplo, y en breve de todos los puntos del reino, se elevó al presidente de la república una misma súplica. Tomamos la primera peticion que nos viene á la mano; es la del consejo de Beziers: héla aqui:

« Penetrado el consejo de un respetuoso reconocimiento por el inmenso servicio prestado al pais por S. A. el principe Luis Napoleon;

Considerando que la indecision que reina en los ánimos, con motivo

de la instabilidad del poder, es una de las causas que paralizan siempre en alto grado el movimiento de la prosperidad pública;

Que solo aguardan los partidos que los poderes conferidos al príncipe presidente, por el plebiscito de 20 de diciembre de 1851, toquen á su término, para empezar de nuevo la detestable lucha de que hemos sido testigos;

Que importa en gran manera poner fin, lo mas pronto posible, á esa situacion peligrosa para el porvenir de la nacion francesa;

Considerando que S. A. el príncipe Luis Napoleon, sucesor directo del emperador Napoleon y gefe de la familia Bonaparte, es el único hombre digno y capaz, de asegurar en el interés de todos, el órden y la tranquilidad general, y de ser el gefe de un nuevo poder hereditario;

Opina, que en virtud de la Constitucion de 15 de enero de 1852, dé el Senado la órden de que pase al voto de la nacion, el restablecimiento del imperio hereditario en la persona de S. A. el príncipe Luis Napoleon y en las de sus descendientes.»

No era menos esplícito el siguiente voto del consejo de Cahors:

«Considerando que la condicion esencial de la prosperidad de un pais, es la estabilidad de su gobierno;

Que la Constitucion no llena completamente esta condicion; que si bien se han gozado diez años de tranquilidad á su sombra, reaparecen tras esta época provisional los mismos temores, los mismos peligros, de los que el elegido del 10 de diciembre supo salvar tan providencialmente á la sociedad entera;

Que si aquel período, tan corto para la vida de un pueblo, ha sido unanimemente aclamado, es porque el pensamiento comun solo se referia á los peligros que acababan de amenazar, y no al porvenir que ofrecia;

Que si el abismo de las revoluciones no ha logrado cerrarse aun para siempre, es porque aquellos diez años no son mas que una tregua durante la cual se prepararán todos los partidos para poder emprender despues nuevas luchas que vuelvan á desgarrar el seno de la patria;

Que solo hay un medio para conjurar los peligros y asegurar al pais largos y prósperos destinos;

Propone el consejo por unanimidad:

Que se dé un senado-consulto para que sea restablecido el gobierno imperial, bajo el mismo principio de sucesion que antes tenia.»

En todos los puntos del reino se pedia el restablecimiento del imperio; los consejos que se limitaban á dar un voto de gracias, lo hacian en términos que no dejaban ninguna duda acerca de su pensamiento; fué aquello un concierto general de elogios dedicados á la conducta firme, prudente y energica que observára el príncipe presidente desde el

2 de diciembre; fué una manifestacion para obligarle á continuar, un deseo ardiente de que se consolidára el poder en sus manos, á fin de que pudiese continuar y dar cima á la *obra tan sabiamente empezada.* Solo se deseaba en todas partes el imperio hereditario.

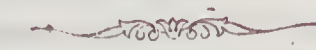
Ante aquella unanimidad sin ejemplo en la historia municipal de Francia, titubeaba aun el príncipe, por temer que si accedia al general deseo que se le manifestaba, solo se veria en ello la influencia de una ambicion personal. A pesar de ser tan patentes los hechos, no se decidió á creer por entonces enteramente en ellos, sino que tomó el partido mas prudente que podia seguir; queriendo ver y juzgar por si mismo del estado de los ánimos, determinó recorrer el mediodia de Francia, decidido á no tomar ninguna resolucion definitiva, hasta saber lo que habia de real y positivo en todas aquellas comunicaciones de los consejos generales y de distrito.

Fijóse la marcha para el 15 de setiembre, debiendo regresar á la capital el 16 de octubre: hé aquí las poblaciones que debia recorrer: Nevers, Moulins, Ruan, Saint-Etienne, Lion, Grenoble, Valence, Aviñon, Marsella, Tolon, Aix, Nimes, Montpeller, Narbona, Carcasona, Tolosa, Agen, Burdeos, Angulema, Rochefort, La Rochelle, Niort, Poitiers y Tours.

A continuacion del transcrito itinerario, añadia el *Monitor* la siguiente nota que no creemos deber omitir:

« En todas las poblaciones en que se cree ha de permanecer algun tiempo el príncipe presidente durante su viaje al Mediodia, han votado los consejos municipales para su recepcion sumas considerables. Estos preciosos testimonios de adhesion y simpatía afectan vivamente al príncipe, que se considera feliz por poder demostrar ya desde ahora su reconocimiento profundo. Pero como el objeto del viaje del gefe del Estado, es ponerse en contacto con las poblaciones que no le ha sido posible aun visitar, enterarse en cada una de ellas de sus intereses, y entenderse con las mismas poblaciones acerca de todas las mejoras deseadas, veria el príncipe con dolor que se le hiciesen festejos harto suntuosos, prefiriendo que se invierta una parte de las sumas votadas en provecho de la clase menesterosa y en otras obras de beneficencia. »

Así pues, aun en el momento en que llamaban mas vivamente su atencion altas cuestiones políticas, pensaba Luis Napoleon en los desgraciados, sabiendo hacerles participar de un modo directo de todos los goces á que iba á dar lugar su viaje.





EL VOTO DE LA FRANCIA.



Cuantas veces los príncipes amados de su pueblo han intentado recorrer sus estados, han encontrado en todas partes pruebas inequívocas de simpatías, de entusiasmo y de amor. Todos los soberanos han viajado de este modo, oyendo resonar á su paso las alegres aclamaciones de los pueblos que acudian en tropel á festejarles; pero ninguna de aquellas anteriores ovasiones podia ser comparada con el triunfo que aguardaba á Luis Napoleon durante el viaje en que debia atravesar la Francia entera. La acogida que recibió en todas partes, fué como una revelacion súbita y aterradora, hecha á todos los partidos contrarios, por los verdaderos sentimientos del pais. ¡Cualquiera habria podido afirmar desde

entonces, sin temor de equivocarse, que quedaba restablecido el nuevo imperio.

Hay en aquel viaje para el historiador imparcial que busca la verdad ante todo, dos hechos importantes que nos revelan claramente el carácter de Luis Napoleon, y hacen resaltar toda la sinceridad que abrigaba al dar cima á su mision sublime: son estos dos hechos los discursos de Lion y Burdeos.

Inútil seria referir aquí la continua ovasion de que fué objeto durante el camino, cuando ya la aclamacion del 20 de diciembre nos ha dado á conocer lo bastante el espíritu de la Francia, al demostrarnos cuales fueron las simpatías que recibió en todas partes. Nada faltó á aquella especie de consagracion popular. Operarios, hacendados, nobles, mugeres, niños, ancianos, todas las clases, todas las edades, todos los sexos confundidos acudian á su paso animados de un mismo sentimiento, y lanzando con solemne unanimidad el mismo grito de ¡*viva el Emperador!* ¡Imposible es que haya un concierto mas tierno para el corazon de un príncipe, ni un espectáculo mas hermoso y grato para una nacion!

Todo el camino estaba sembrado de flores desde Paris á Lion; levantábanse en él numerosos arcos de triunfo, las banderas flotaban al viento, batian marcha los tambores, el clamor de las campanas resonaba en el espacio y poblaba los aires un contínuo viva. Repitiéronse en Lion las mismas aclamaciones.

Es Lion un gran centro industrial y la segunda ciudad de Francia; como tiene sus tradiciones revolucionarias, temíanse en ella manifestaciones hostiles ó malévolas; pero en breve quedaron desvanecidos semejantes temores. No se limitó esta ciudad á manifestar sus simpatías hácia el gobierno, sino que fué su entusiasmo la espresion del reconocimiento y la alegria.

«Imposible es describir el triunfo con que fué acogido el príncipe, así como lo es tambien el pintar el aspecto admirable que ofrecia la ciudad en las márgenas del Ródano: veiase por una parte á las tropas formando la línea, y por otra á un pueblo inmenso precedido de numerosas comisiones y de los niños de todas las escuelas de Lion. No se oia en toda la línea mas que el grito de *viva el Emperador*, grito que fué prolongándose hasta el palacio de la prefectura, donde fué recibido el príncipe por todas las corporaciones y autoridades de la segunda capital de Francia.»

Todas aquellas aclamaciones, léjos de enardecer el corazon del presidente de la república, le hicieron reflexionar sériamente: la voz del pueblo, *Vox Dei*, le empujaba hácia el imperio. Era esto innegable, ¿pero podia el príncipe aceptar? ¿Debia el príncipe aceptar, sobre todo en el interés de la Francia, cuya dicha era su único móvil? Su silencio,

en aquellas circunstancias, podia ser mal interpretado, pero, y si hablaba, ¿qué habia de decir por no azorar á nadie y satisfacer á todos?

Al dia siguiente, que era el 20 de setiembre, se inauguró la estátua ecuestre de Napoleon, en la plaza que lleva el nombre del emperador. Asistió el príncipe á aquella ceremonia, acompañado, como la víspera, por el entusiasmo de las masas; y allí en presencia de un pueblo inmenso, y junto á la estátua de su tio, pronunció el discurso siguiente:

Lioneses: Vuestra ciudad se ha visto siempre asociada, por incidentes notables, á las diferentes fases de la vida del emperador. Le saludasteis como primer cónsul cuando iba allende los montes á recoger nuevos lauros; le saludasteis como emperador poderoso, cuando acababa la Europa de relegarle á una isla, y luego en 1815 fuisteis tambien de los primeros en saludarle como emperador.

Tambien es hoy dia vuestra ciudad la primera que levanta una estátua. Es este hecho tanto mas significativo, cuanto que solo se erigen estátuas ecuestres á los soberanos que han reinado; y sobre todo, cuando todos los gobiernos que me han precedido, negaron siempre aquel homenaje á un poder cuya legitimidad no querian admitir.

Y sin embargo, ¿quién fué mas legítimo que el emperador, elegido tres veces por el pueblo, consagrado por el gefe de la religion, reconocido por todas las potencias continentales de Europa, que se unieron á él por los lazos de la política y de la sangre?

El emperador fué el mediador entre dos siglos enemigos: mató al antiguo régimen, restableciendo todo cuanto tenia en sí de bueno, y dió el golpe de gracia al espíritu revolucionario, haciendo triunfar en todas partes los beneficios de la revolucion. Hé aquí porque los que lograron derrocarle, tuvieron en breve que deplorar su triunfo; en cuanto á los que le defendieron ¿tengo necesidad de recordar aquí cuanto lloraron su caida?

Así es, que tan pronto como el pueblo se vió libre en su eleccion, fijó la vista en el sucesor de Napoleon, y por esto tambien en todos los puntos he oido levantarse el grito unánime de *¡viva el Emperador!* Pero ese grito es mas bien para mi siempre un recuerdo que me conmueve el corazon, mas bien que una esperanza que halague mi orgullo.

Fiel defensor del pais, nunca tendré otro objeto que el de reconstituir en este gran pais, tan trabajado por tantas conmociones y utopsias, una paz basada en la conciliacion de los hombres, en la inflexibilidad de los principios de autoridad, de moral y de amor, para las clases laboriosas y que sufren, y sobre todo, una paz basada en la dignidad nacional.

Apenas acabamos de salir de los momentos de crísis en los que las nociones del bien y del mal eran confundidas, y hasta algunos de los mas

rectos espíritus fueron pervertidos. La prudencia y el patriotismo exigen pues, que en semejantes momentos, la nacion se recoja en sí misma antes de fijar sus destinos; sobre todo, cuando no me es aun posible saber bajo que nombre pueda prestar mas eminentes servicios. Si el modesto título de presidente podia facilitar la mision que me estaba confiada y ante la cual nadie me ha visto retroceder, no seria yo quien por interés personal desease cambiar aquel titulo por el de emperador.

Depositemos pues sobre esta piedra nuestro homenage en honor de un grande hombre, si queremos honrar á la vez la gloria de la Francia, y el generoso reconocimiento del pueblo, y manifestar al mundo la fidelidad que tienen los lioneses á los grandes recuerdos.»

Fácilmente podia deducirse del anterior discurso, que no se habia decidido aun Luis Napoleon por el imperio; ¿pero podia la nacion respetar las vacilaciones de un príncipe de quien aguardaba la tan deseada estabilidad, y sin la cual se veia el pais espuesto á ver empezar de nuevo las sangrientas luchas de los partidos?

Poco debe importar sin duda á los hombres providenciales el cumplir su augusta mision, llevando uno ú otro titulo; sobre todo, cuando no puede aumentar ni disminuir su gloria en la posteridad: pero las naciones tienen instintos que deben respetarse, por estar generalmente en armonia con sus verdaderos intereses. Al consolidar el poder de su gefe, es su prosperidad la que quieren asegurar: la Francia, tan dichosa ya por tener á su frente al sucesor del nombre mas glorioso, queria asegurarse un largo porvenir de grandeza y de paz confiriendo un poder duradero al príncipe que la habia salvado.

Un incidente ocurrido durante el viaje, debia hacer abrir todos los ojos á la luz. El 24 de setiembre, esto es, en el momento mismo en que solo se oia en todo el mediodía de la Francia una aclamacion inmensa y unánime, se descubrió en Marsella una máquina infernal.

Hacia ya algun tiempo, decia un periódico con este motivo, en 27 del propio mes, que el ministro de policia seguia la pista á uña sociedad secreta cuyos planes eran cada dia mas manifiestos: habia resuelto aquella sociedad atentar contra la vida del príncipe, siendo la ciudad de Marsella el punto elegido para la ejecucion de tan infame designio. Pero Mr. Silvano Blot, inspector general del ministerio de policía, procuraba no perder nunca de vista á los conspiradores.

Luego de haber sido resuelta la construccion de una máquina infernal, se dieron las oportunas órdenes, quedando la máquina en breve terminada; componíase de doscientos cañones de fusil, y de cuatro cañones de trabuco del mayor calibre, dividiéndose todas aquellas bocas de fuego en veinte y ocho partes. Todas las veinte y ocho piezas fueron colocadas, para mayor precaucion, en otros tantos puntos, hasta el dia

en que pudiese encontrarse un local conveniente para colocar y montar las máquinas. Solo se ocuparon los conjurados desde entonces en la eleccion de un sitio á propósito, situado en el tránsito ó carrera que habia de hacer el príncipe presidente.

Determinaron en un principio colocar la máquina en el primer piso de una casa de la calle de Aix, donde debia quedar todo terminado durante la noche que precederia á la llegada del príncipe á Marsella. Pero como concibiesen luego los conjurados algunas sospechas, abandonaron aquel local, escogiendo otro, que como el primero, estaba tambien situado sobre el camino de Aix, por donde debia pasar el príncipe: alquilóse pues una pequeña casa, compuesta de bajos y de un primer piso dividido en dos piezas, en el que habia tres ventanas de frente. La máquina infernal debia ser colocada en el primer piso, como en efecto así se verificó; siendo ocupada en él al poco tiempo de haber sido montada. En el momento que se apoderó de ella la autoridad, habia aun en la casa uno de los conjurados.

Era aquel complot una nueva revelacion, que hizo comprender á la Francia la necesidad de unirse mas y mas con el único hombre que podia salvarla, y cuya existencia se veia tan sériamente amenazada. Lejos de desalentarse los partidos, se les veia por el contrario recurrir hasta al asesinato, sin reparar en los medios por lograr el fin que se proponian hollándolo todo; así las cosas, no podia titubearse ya, sino que era preciso hacer fracasar á toda costa sus planes, sacando definitivamente al pais de aquel triste estado que hacia concebir semejantes crímenes. Desde aquel momento pareció que Luis Napoleon no vacilaba mas, y que se habia resuelto á someter una vez mas á la sancion del pueblo un cambio importante en la forma de gobierno. Decidióse pues á obrar con la misma franqueza y lealtad que habia observado siempre en todos los actos de su gobierno: jamás ningun hombre político habia hablado á una nacion en lenguage mas claro y decisivo.

En 9 de octubre, la magistratura y el comercio de Burdeos invitaron al príncipe á un banquete: hé aquí en que términos contestó S. A. al bríndis de Mr. Duffour-Dubergier:

« Señores: La invitacion de la magistratura y del comercio de Burdeos, que he aceptado con tanta diligencia, me procura la ocasion de manifestar mi gratitud á vuestra gran ciudad por la cordial acogida que me ha dispensado, asi como por su hospitalidad llena de magnificencia. Y ya que me hallo al término de mi viaje, quiero manifestaros las impresiones que ha dejado en mí. El objeto de mi escursion, ya lo sabeis, era conocer por mí mismo las bellas provincias del mediodia, y enterarme de todas sus necesidades; sin embargo, ha dado mi viaje lugar á un resultado mucho mas importante.

En efecto, lo digo con una franqueza que dista tanto del orgullo como de una falsa modestia, jamás ningun pueblo demostró de un modo mas directo, mas espontáneo, mas unánime, la voluntad de librarse de los temores del porvenir, asegurando en una misma mano todos los poderes; porque así conoce el pueblo á la hora presente las engañosas esperanzas en que se le mecia, como los peligros que le amenazaban tan de cerca. Sabe que en 1852 corria la sociedad á su perdicion, porque cada partido se consolaba del naufragio general, solo por la esperanza de plantar su bandera sobre los despojos que lograsen sobrenadar. Y yo me complazco en haber salvado la nave del Estado, izando tan solo la bandera de la Francia. Desengañado ya de absurdas teorías, ha llegado á convencerse el pueblo de que solo eran sus supuestos reformadores unos utopistas, por haber siempre desproporcion é inconsecuencia entre sus medios y los resultados prometidos. La nacion entera me honra hoy con sus simpatias porque no pertenezco á la familia de los ideólogos: para hacer el bien del pais no se necesita la aplicacion de nuevos sistemas, sino inspirar, ante todo, confianza en lo presente, seguridad en lo porvenir. Hé aquí por que la Francia desea nuevamente el imperio.

Se abriga sin embargo un temor al que procuraré contestar, esperando que lograré desvanecerlo; hay ciertas personas que dicen por espíritu de desconfianza: El imperio es la guerra. Pero yo digo: ¡El imperio es la paz! Es la paz porque la Francia la desea; y porque cuando la Francia está satisfecha, el mundo está tranquilo.

La gloria se lega á título de herencia, pero no sucede así con respecto á la guerra. ¿Por ventura los príncipes que justamente se glorian de ser nietos de Luis XIV, han empezado nuevamente sus guerras? La guerra no se hace por gusto, sino por necesidad. En estos tiempos de transicion que al lado de tantos elementos de prosperidad germinan en todas partes tantas causas de muerte, se puede decir con certeza: Desgraciado del primero que intente dar en Europa la señal de una coalision cuyas consecuencias serian incalculables.

Convengo en ello, y sin embargo tengo, como el emperador, muchas conquistas que hacer; pues quiero como él, conquistar la reconciliacion de los partidos disidentes, y conducir de nuevo á la corriente del gran rio popular las derivaciones hostiles que van á perderse sin provecho de nadie. Quiero conquistar para la religion, la moral y la conveniencia, esa parte de pueblo aun tan numeroso, que en medio de un pais de fé y de creencias, conoce apenas los preceptos de Jesucristo; y que en el seno del pais mas fértil del mundo, puede apenas gozar de los productos de primera necesidad.

Tenemos inmensos territorios incultos que desbrozar, largas vias que abrir, puertos que ensanchar, rios que hacer navegables, canales que ter-

minar y una red de caminos de hierro á que dar cima; tenemos además frente á Marsella un vasto reino que convertir en una nueva Francia. Tenemos que poner en contacto á todos los grandes puertos del Oeste con el continente americano por la rapidez de las comunicaciones que nos faltan aun ; finalmente, tenemos en todas partes ruinas que levantar del pueblo en que yacen, falsos dioses que abatir y verdades que hacer triunfar.

Hé aquí como yo comprenderia el imperio, caso de que el imperio debiese establecerse. Tales son las conquistas que medito, y vosotros todos que me rodeais, que deseais, como yo, el bien de la patria, sois mis soldados. »

Este discurso no era tan solo importante por anunciar como resuelto un cambio que era ya muy probable en la opinion pública, sino que lo era además por la seguridad completa y solemne que en él se daba de conservar la paz.

Aquella seguridad, aquella declaracion formal y categórica, que tanto habian de halagar á todos los partidarios de la humanidad, calmaron como por encanto todos los temores: la Francia entera se conmovió, y Paris se dispuso á manifestar altamente sus simpatías por un acto que en breve iba á ser legitimado por la votacion de ocho millones de hombres.

Desde que se supo de un modo cierto que el príncipe iba á verificar su entrada en la capital el dia 16 de octubre á las dos de la tarde, pareció que los arcos de triunfo brotasen del suelo, á la influencia mágica de la varita de algun encantador. Se levantó en el puente de Austerlitz un arco de triunfo, votado por la comision municipal: en el bulevar Bourdon se construyó otro arco triunfal, debido á los cuidados de la direccion del Hipódromo; levantáronse así mismo otros arcos junto al Circo de invierno, en el bulevar del Temple y en la puerta de San Martin. Así mismo se construyó otro arco magnífico en la calle Lepelletier que estuvo á cargo de la direccion de la Opera. Todo Paris estaba aquel dia en los bulevares.

Jornada inmortal que reunia seguramente en un mismo triunfo las glorias de ayer y hoy, que confundia para la nueva Francia los brillantes recuerdos de la Francia antigua y las gratas esperanzas de lo porvenir. El orgullo de la patria conmovia fuertemente todos los corazones, cuando se veian pasar delante de las filas compactas del jóven ejército á aquellos viejos soldados vistiendo su uniforme agujereado en cien batallas. Aunque eran raros aquellos antiguos soldados de la república y del imperio, respetados por el plomo y los años, y aun todos ellos decrépitos é inválidos, parecia que el ardor del sol, entre los haces de banderas tricolores y bajo los arcos triunfales levantados por el entusiasmo popu-

lar, habian logrado aquel dia hacer revivir y rejuvenecer. A su paso, se admiraba la Francia á sí misma.

Viva Napoleon III, gritaba el pueblo todo: Viva Napoleon III, repetian todos los arcos triunfales en letras de oro á fuego, todas las banderas, todas las inscripciones de las corporaciones. Y no eran tan solo recuerdos de gloria lo que trataba de evocar el instinto del pueblo, sino tambien que estaba en un todo acorde con los hechos, las constituciones del imperio y el acta adicional.

Recorramos las columnas del *Monitor* ¿qué encontrarémos en ellas? El emperador ha resuelto hacer una segunda abdicacion, pero descenderá del trono proclamando á su hijo: « Mi vida política ha terminado, dice, proclamo á mi hijo, emperador de los franceses, bajo el título de Napoleon II. » Aquel acto solemne mereció la aprobacion de ambas cámaras.

He aquí como se espresaba en 23 de junio el representante Manuel:

« Tengo la honra de proponer á la Cámara la declaracion siguiente:

Al deliberar la Cámara de los representantes acerca las proposiciones hechas en esta sesion y mencionadas en el acta, resuelve pasar á la órden del dia y declarar:

« 1.° Que se reconoce á Napoleon II por emperador de los franceses, en virtud de la abdicacion de Napoleon I y de las Constituciones del imperio... »

La proposicion de Manuel fué inmediatamente votada por una inmensa mayoría, y adoptada aquel mismo dia por la Cámara de los pares. En su consecuencia se leyó en el *Monitor*: « En la sesion de la noche del 23, la Cámara de los pares adoptó la deliberacion de la de los representantes, segun lo que, *se reconoce á Napoleon II por emperador de los franceses, en virtud de la abdicacion de Napoleon I y de las Constituciones del Imperio.* »

El gobierno provisional nombrado por las cámaras para ejercer el poder en ausencia y en nombre de Napoleon II, dirigia el 24 de junio á la Francia una proclama que empezaba de este modo:

Paris 24 de junio. — Actos del gobierno. — Proclama de la comision del gobierno. Franceses: hechos gloriosos y un revés espantoso han agitado de nuevo en pocos dias vuestros destinos. Un gran sacrificio se ha creido indispensable para vuestra paz y la del mundo; Napoleon ha abdicado el poder imperial; su abdicacion ha sido el término de su vida política: *Su hijo ha sido proclamado.*

Luego el derecho al trono imperial quedaba legitimamente establecido en la descendencia de Napoleon I, y no se engañaba el instinto popular cuando saludaba al príncipe presidente con el nombre de Napoleon III.

El príncipe acababa de terminar su viaje por un grande acto de justicia y de generosidad nacional, dando la libertad al ex-emir Abd-el Kader. Hacia ya mucho tiempo que aquel acto ocupaba su mente; pero no quiso practicarlo hasta que las circunstancias le permitiesen seguir, sin ningun peligro para el pais, las inspiraciones de su corazon. Al regreso de su viaje, se detuvo el príncipe en el castillo de Amboise, y habiendo



hecho comparecer á su presencia á Abd-el-Kader, le comunicó en estos términos el fin de su cautiverio:

« Abd-el-Kader. Vengo á anunciaros vuestra libertad. Sereis conducido á Brusa, en los Estados del sultan, tan pronto como se hayan hecho los preparativos necesarios, y recibireis del gobierno francés el tratamiento que corresponde á vuestro antiguo rango.

Bien sabeis que hace mucho tiempo me causaba vuestro cautiverio una verdadera pena, porque me recordaba sin cesar que el gobierno que me precediera no habia sabido cumplir la palabra empeñada con un enemigo desgraciado, y nada hay á mis ojos tan humillante para el gobierno de una gran nacion, como desconocer su fuerza hasta el punto de faltar á su promesa. La generosidad es siempre la mejor consejera, y estoy convencido de que vuestra permanencia en Turquía no perjudicará en lo mas minimo la tranquilidad de nuestras posesiones de Africa. Vuestra religion, como la nuestra, enseña al hombre á someterse á

los decretos de la Providencia. Asi que, si la Francia es dueña de la Argelia, es porque Dios lo ha querido, por cuyo motivo nunca renunciará la nacion á esta conquista. Habeis sido enemigo de la Francia, pero reconozco vuestro valor, vuestro carácter, vuestra resignacion en la desgracia, y por esto creo de mi deber hacer cesar vuestro cautiverio, teniendo, como tengo, entera fé en vuestra palabra.»

Como era natural, conmovieron aquellas nobles palabras vivamente al ex emir. Despues de haber manifestado á S. A. su respetuosa y eterna gratitud, juró Abd-el-Kader sobre el libro del Koran, que no intentaria jamás turbar en Africa la dominacion francesa, y que se someteria para siempre en un todo á la voluntad de la Francia.

Si fijamos nuestra atencion en la libertad de Abd-el-Kader, verémos que aquel rasgo de grandeza de alma tenia una alta significacion política. Las nobles vacilaciones de Lion no eran ya posibles despues de la alta manifestacion de Burdeos; el príncipe habia comprendido que era preciso sacrificarse en lo sucesivo al voto de la Francia y que el título mismo del poder definitivo era el único capaz de tranquilizar á un pais, cansado de la movibilidad y la anarquía hasta el disgusto.

Hacia ya mucho tiempo que la opinion ilustrada reclamaba la libertad del antiguo enemigo de la dominacion francesa en Argelia; ¿porqué pues el noble corazon del príncipe se habia resistido á aquellas indicaciones de la generosidad francesa? El sobrino de Napoleon, el heredero de los gloriosos sufrimientos del cautivo de Santa Elena, no ignoraba que la política verdaderamente francesa rechazó siempre con desprecio esas venganzas rencorosas que se ceban en un enemigo vencido. Sabia ademas por una harto cruel esperiencia, que el eterno cautiverio ensalza en la historia al vencido en perjuicio del vencedor, y que la aureola del martirio corona siempre los prolongados sufrimientos del prisionero; pero como sabio y profundo político, tampoco ignoraba el príncipe cuan terribles podian ser las eventualidades que habria hecho pesar sobre la Francia argelina toda crisis política ocurrida en la metrópoli. Por una singular coincidencia, las antiguas profecías de los *hadjis* árabes fijaban la derrota de los infieles para aquel mismo año 1852, cuyo fatal plazo ó vencimiento habia sido indicado en Francia por una revolucion salvaje. Asi como los visionarios del islamismo habian anunciado para el año 1830 la invasion victoriosa de los hombres del norte, asi tambien debia ser su corta dominacion sacudida despues de veinte y dos años de continuas luchas y reveses. Entonces debia presentarse el Moulé-Sa, aquel terrible instrumento del Dios de Mahoma, que el fanatismo de los árabes habia personificado desde mucho tiempo en Abd-el-Kader.

Dar libertad al hombre en quien se cifraban todas las esperanzas de la independencia árabe, cuando hasta la misma Francia podia verse des-

garrada por sus divisiones intestinas, habria sido comprometer aquella admirable conquista, de la que en breve debia la Francia sacar tantas fuerzas é inesperados recursos. Hé aqui porque el príncipe Luis Napoleon se habia visto obligado á acallar en presencia de las dificultades de lo porvenir, la generosidad natural de su corazon.

De este modo se esplica la contestacion que dió el príncipe á una carta de lord Londonderry, su antiguo amigo en el destierro, reclamándole una gracia, á la que era aun imposible acceder. Luis Napoleon se vió obligado á contestar que las circunstancias no permitian aun una magnanimidad que podrian los acontecimientos hacer muy funesta, pero como la escentricidad inglesa dictase á lord Londonderry una segunda epístola inadmisible por su estilo, no se dignó el príncipe contestar á ella, prefiriendo aguardar el momento de complacer á su corazon, mas bien aun que á su amigo.

¿Por qué creyó el príncipe posible una libertad que poco antes consideraba tan peligrosa? Porque aun suponiendo que el ex-emir hubiese sido traidor, nada debia temer ya la Francia; porque su voz poderosa habia nombrado ya de antemano al gefe que debia asegurarla el reposo y la estabilidad. Por lo tanto, no era ya posible declinar la santa mision que imponia un pais entero al hombre que Dios tenia destinado para salvarle y gobernarle.

La libertad de Abd-el kader fué, bajo este punto de vista, uno de los actos preparatorios y como el exordio del imperio. Si algo debió decidir al príncipe á conformarse en un todo á la voluntad de la Francia, fué sin duda la nunca vista actitud de la poblacion parisiense al regresar de su viaje. Con efecto, aquel entusiasmo ardiente, aquella admiracion respetuosa, aquellos votos tan delicados y tan claramente espresados, nadie habria creido que fuese la capital ordinaria de las revoluciones francesas, la que los deponia á los pies de un solo hombre, como un homenage de esperanza y de fidelidad. ¡Cuan profundas debian de haber sido las decepciones sufridas por aquella poblacion inteligente y movible, cuya energía mal dirigida habia acumulado en algunos años tantas locas esperanzas, y acogido tantas quimeras!

Y sin embargo, se notaba entonces aun en el pueblo parisiense un carácter particular que demostraba un sentimiento unánime: no era aquella vez el iniciador violento de la Francia, ni trataba mucho menos de imponer al resto del pais su voluntad personal; solo ratificaba el voto de treinta y cinco millones de hombres, y refrendaba, por decirlo asi, el decreto inmenso de la salvacion pública. Fué aquella una revolucion definitiva que salió de las entrañas mismas de un pueblo, revolucion que todos aceptaron, que todos desearon y que no fué impuesta por nadie. El reinado de las minorías despóticas acabó para siempre en

aquella hora solemne, por haber empezado el verdadero reinado de la mayoría. ¿Qué hacian, en efecto, las minorías en el momento en que el príncipe entraba en Paris, precedido de las aclamaciones de la Francia? ¿Donde estaban los partidos? Púdose aquel dia juzgar de su poder por la dignidad de sus protestas. Solo algunos hombres, ciegos representantes de esperanzas falaces, intentaron en el bulevar de los italianos, oponer groseros insultos al grito de amor de todo un pueblo; pero en breve la indignacion pública los redujo al silencio y la impotencia.

Para la capital que, por tan largo tiempo sufriera los desmanes de la anarquía, una palabra resumia sobre todo las esperanzas del imperio: *La paz.* La paz bajo el heredero de Napoleon, esto es, la paz gloriosa y digna que asegura el órden, el trabajo, el crédito, que protege todas las grandes empresas públicas y privadas, sin presentar, no obstante, la prosperidad material como el único fin de los nobles esfuerzos de un gran pueblo. La paz en provecho de todos, y no ya en beneficio tan solo de una clase de industriales privilegiados. La paz, con todos los grandes recuerdos de la gloria militar, y con toda la dignidad de un reposo voluntario que nadie se atreviese á turbar.

Tal es la paz, que puede ser considerada como manantial fecundo de una prosperidad que no compensa ninguna concesion vergonzosa, tal es la paz que nada cuesta á la grandeza de la patria, tal la paz, por la que el alto comercio de Paris dió gracias al príncipe anticipadamente, índicandole al propio tiempo el *poder supremo*, como el único medio de realizar la prosperidad general.

El ingenioso medio de disponer la representacion de *Cinna*, en el teatro Francés, despertó una vez mas gloriosos recuerdos y lisongeras esperanzas, merced á las numerosas alusiones tan perfectamente interpretadas por la inteligencia parisiense en la obra maestra de Corneille.

El que no haya leido aquella obra admirable cuyos sublimes versos afectaban al gran Condé hasta el punto de hacerle derramar lágrimas; que el primer Consul, ceñida la frente con los laureles de Marengo, escuchaba como una alta leccion de política, y de la que Colbert decia, hablando de la escena principal entre Augusto, Cinna y Maximo: «Es un tratado de derecho de gentes;» el que no la haya leido, repetimos, ignora una de las mas grandes obras del saber humano. Debidámente interpretada por Mme. Rachel y por Beauvallet, despertaba aquella inmortal página de la historia romana en el alma de los espectadores instructivos recuerdos y comparaciones fecundas. Veiase con horror en ella la enérgica y dolorosa pintura de los amargos frutos de la guerra civil, ó sean, el ódio, la venganza, la desmoralizacion de las doctrinas y de los corazones. Por un momento parece el poeta participar de los sofismas de Emilio y de Cinna, tipos de la obcecacion feroz del espíritu de

partido ; pero luego por medio de una insensible gradacion, se desenvuelve el arte escelente de Corneille y aparece radiante el buen sentido triunfando de las vanas quimeras : la calma penetra al fin en el ánimo de los dos amantes cuya razon se ilumina al resplandor de la enérgica honradez que su alma abriga.

¿No habia por ventura allí una leccion sublime ? Cosa estraña, ya dos siglos antes aquella misma tragedia de *Cinna* habia obtenido en la pobre Francia, tan trabajada entonces por crueles agitaciones, un inmenso resultado, siendo considerada como una obra de enseñanza y aplicacion. Era en 1639 : hacia tres años que el cardenal de Richelieu habia bajado al sepulcro, dejando en pos de sí el trono asegurado, las ambiciones enemigas reducidas al silencio, la Francia, una, grande y una, grande y enteramente dispuesta ó preparada para Luis XIV. Si bien Chalais, Montmorency y Cinq-Mars habian pagado con la vida sus conspiraciones insensatas, quedaban aun entre los espectadores, mas de un Cinna y mas de una Emilia. Entonces, como ahora, la emocion fué profunda y se elevó el drama á la altura de la historia.

¡Pero, como habian cambiado los tiempos! No habia ya, ni aun en las facciones hostiles, elementos bastantes para formar una Fronda; así quedó al menos demostrado cuando, cediendo el príncipe á las circunstancias de su posicion y á los deseos del pais, apeló por último al sufragio popular. El sórdido furor de los partidos humillados, quedó sofocado por las brillantes manifestaciones de la Francia.

El 19 de octubre, publicaba el *Monitor* el siguiente decreto :

Luis Napoleon, presidente de la república francesa, vistos las artículos 24 y 31 de la Constitucion, decreto :

Artículo 1.º Se convoca el Senado para el 4 de noviembre próximo.

Art. 2.º Queda á cargo del ministro de Estado la ejecucion del presente decreto.

Luego el *Monitor* añadia :

« La manifestacion que acaba de tener lugar en Francia para el restablecimiento del imperio, impone al príncipe presidente de la república el deber de convocar el Senado. Se reunirá este en 4 de noviembre próximo. Si resulta de sus deliberaciones un cambio en la forma de gobierno, el senado-consulto adoptado, será sometido á la ratificacion del pueblo francés. A fin de dar á aquel grande acto toda la solemnidad que debe tener, el Cuerpo legislativo será llamado á comprobar la regularidad de los votos, y á declarar su resultado. »

Tan pronto como se publicó este decreto, se calmaron todos los ánimos y se empezó á respirar mas libremente. Al fin Luis Napoleon habia accedido á los deseos ardientes del pueblo; las ovasiones de que era constante objeto habian sido comprendidas, é iba á ser restaurado el

trono imperial. El nombre de Napoleon no era tan solo un símbolo de fuerza, si que tambien la seguridad y la fuerza de instituciones regulares y sabias apoyadas en el sufragio universal. Con el imperio inaugurado de aquel modo, se entraba de lleno en una nueva via, por la que se marcharia confiadamente hácia lo porvenir, llegándose al fin á aquel progreso verdadero, del que tanto habian alejado á la Francia las anteriores revoluciones.

La manifestacion de los sentimientos del pais no se hizo esperar mucho tiempo; apoderóse la alegría de todos los corazones. Organizáronse inmediatamente fiestas brillantes que impulsaron á la Francia toda á salir al encuentro del sucesor de Napoleon I; los directores de los teatros de Paris dispusieron representaciones estraordinarias, en las que el entusiasmo de los espectadores renovó los triunfos que habian acogido al futuro emperador en el mediodía.

Cierto dia, Mme. Rachel, la incomparable trágica, despues de haber desempeñado el papel de Emilia, se presentó en la escena, vestida de blanco, con un ramo de olivo en la cintura, recitando estos versos de Mr. Arsenio Houssaye:

La musa soy de la historia,
Mi libro sera inmortal;
Lograda ya la victoria,
Empuño mi cetro real.
Fidias, nuevo Prometeo,
Que al hombre en Dios convirtió,
En la tierra me esculpió
Y al cielo mi frente veo.
Un ciclo empieza radianto
Y al viejo mundo despierta;
Y allá en el cielo, brillante
Aparece estrella incierta.
Soy la profética musa
Que el pasado y porvenir,
Sé igualmente definir,
Merced á mi ciencia infusa.
Ved á la Francia marcial
Que es de la humanidad guia,
Otra vez su fuerza fia
En el triunfo imperial.

Una funcion semejante se dió tambien en el gran teatro de la Opera. El aspecto que ofrecia aquella noche el vasto coliseo, era encantador bajo todos los puntos de vista; habia en él una reunion como Paris solo la puede formar, compuesta de todas las notabilidades de la inteligencia, de los grandes dignatarios y de todas las fuerzas vivas del pais. Notábase al príncipe Luciano Murat, al rey Jerónimo, presidente del Senado, á los ministros y á todos los principales funcionarios del Estado. Todas las beldades parisienses debian de haber asistido á aquella fun-

cion, adornadas de sus mas ricas galas, á juzgar por las innumerables mujeres encantadoras que fascinaban todos los corazones. Numerosos ramos de violetas adornaban el borde de los palcos, en cuyo fondo brillaban los diamantes con todos los colores del arco iris: el espectáculo consistia mas en el público que en la escena. Cantóse un coro á presencia de Su Alteza Imperial; los versos eran bastante malos, pero la música en estremo bella.

Un incidente de imponente estrañeza, dice un testigo ocular, vino á aumentar aun el entusiasmo general que reinaba. En uno de los palcos del segundo piso se veia á algunos hombres de atezado rostro, que vestian albornoces de una estremada blancura: eran Abd-el Kader y sus compañeros de destierro, que asistian á la recepcion triunfante de su bienhechor.

En uno de los entreactos, fué el emir á visitar al príncipe presidente, pudiendo notar como se inclinaban á su paso todas las cabezas por un movimiento unánime, porque nunca se insultó en Francia á un enemigo vencido: aquella respetuosa simpatía debió probar claramente al ilustre gefe árabe, que no era su presencia considerada allí como un triunfo que pudiese humillarle.

Hácia media noche salió el príncipe y se dirigió al coche, á los gritos mil veces repetidos de *viva el Emperador*, cuyas aclamaciones continuaban aun mucho tiempo despues de haber desaparecido el presidente.

Era el 4 de noviembre y acababa de reunirse el Senado, que ya en su primera sesion recibió un mensaje del presidente de la república. No puede menos de mentar la historia este documento tan grave.

«Señores senadores, decia el mensaje, la nacion acaba de manifestar claramente su voluntad de restablecer el imperio. Confiando en vuestro patriotismo y vuestras luces, os he convocado para deliberar legalmente acerca de esta grave cuestion, y confiaros el cuidado de regular el nuevo órden de cosas. Si lo aceptais, pensareis sin duda como yo, que la Constitucion de 1852 debe ser respetada, y de este modo las modificaciones que se crea indispensables hacer, no afectarán en lo mas mínimo á las bases fundamentales. El cambio que se prepara tenderá particularmente á dar una nueva forma de gobierno; porque el volver á adoptar el símbolo imperial tiene para la Francia una significacion inmensa.

Con efecto, en el restablecimiento del imperio, encuentra el pueblo una garantía para sus intereses y una satisfaccion para su justo orgullo. Aquel restablecimiento asegura sus intereses consolidando el porvenir, cerrando la era de las revoluciones y respetando las conquistas de 1789. Satisface su justo orgullo, porque levantando con libertad y reflexion lo que treinta y siete años ha la Europa entera habia derribado por la

fuerza de las armas, en medio de los desastres de la patria, venga el pueblo noblemente sus reveses sin hacer ninguna víctima, sin amenazar ninguna independencia, sin turbar la paz del mundo.

No se me oculta, sin embargo, todo cuanto hay de temible en aceptar hoy dia y poner sobre mi cabeza la corona de Napoleon; pero mis temores disminuyen al pensar, que representando por tantos títulos la causa del pueblo y la voluntad nacional, será la nacion, la que al elevarme al trono, se coronará á sí misma.»

Inmediatamente despues de la lectura de este mensaje, presentaron algunos senadores una proposicion relativa al imperio, que desde luego fué trasmitida al gobierno, que declaró por medio del ministro de Estado, no oponerse á que fuese tomada en consideracion. Los miembros del Senado nombraron entonces una comision encargada de examinar la proposicion y dar cuenta de ella.

El 7 de noviembre, ó sea tres dias despues, la proposicion habia sido aceptada con aclamaciones, por ochenta y seis votos entre ochenta y siete votantes, y autorizada por la firma de todos los miembros presentes. Estaba el senado-consulto concebido en estos términos:

«Artículo 1.° La dignidad imperial queda restablecida.

Luis Napoleon Bonaparte es emperador, bajo el nombre de Napoleon III.

Art. 2.° La dignidad imperial será hereditaria en la descendencia directa y legítima de Luis Napoleon Bonaparte, de varon á varon por órden de primogenitura, con exclusion perpétua de las hembras y de su descendencia.

Art. 3.° Luis Napoleon Bonaparte, en el caso de no tener sucesion, podrá adoptar los hijos y descendientes legítimos, en la línea masculina, de los hermanos de Napoleon I.

La forma ó modo de la adopcion será indicada por un senado-consulto.

Si despues de la adopcion, tuviese Luis Napoleon hijos varones, sus hijos adoptivos no podrán ser llamados á sucerderle sino despues de sus descendientes legitimos. La adopcion queda prohibida á los sucesores de Luis Napoleon y á su descendencia.

Art. 4.° Luis Napoleon Bonaparte regulará por un decreto orgánico dirigido al Senado que deberá depositarse en sus archivos, el órden de sucesion al trono en la familia Bonaparte, para el caso en que no dejase ningun sucesor directo, legítimo ó adoptivo.

Art. 5.° En falta de heredero legítimo ó adoptivo de Luis Napoleon Bonaparte y de sucesores en la línea colateral, cuyo derecho señala el decreto orgánico antes mencionado, un senado-consulto, propuesto al Senado por los ministros reunidos en consejo de gobierno, en union con los presidentes del Senado en ejercicio, del Cuerpo legislativo y del

consejo de Estado, será sometido á la aceptacion del pueblo, nombrará el Emperador, y fijará en su familia el órden hereditario de varon á varon, con exclusion perpétua de las hembras y de su descendencia.

Hasta el momento en que quede terminada la eleccion del nuevo emperador, serán dirigidos los negocios del Estado por los ministros en ejercicio, que se formarán en consejo de gobierno y deliberarán por votacion.

Art. 6.° Los miembros de la familia de Luis Napoleon Bonaparte llamados eventualmente al trono, y toda su descendencia en ambos sexos, formarán parte de la familia imperial, debiendo un senado-consulto fijar su posicion. No podrán estos príncipes casarse sin la autorizacion del emperador; su matrimonio, sin aquel requisito, les privará de todo derecho al trono, no solo al que lo haya contraido, si que tambien á todos sus descendientes. Sin embargo, en el caso de no existir hijos de aquel matrimonio, ó en el de quedar disuelto por defuncion, recobrará el príncipe que lo hubiese contraido sus derechos al trono.

Luis Napoleon Bonaparte fijará los títulos y la condicion de los demás miembros de su familia. Tendrá el emperador sobre ellos una completa autoridad; debiendo regular sus deberes y obligaciones por medio de estatutos que tendrán fuerza de ley.

Art. 7.° La Constitucion de 15 de enero de 1852 será observada en todas aquellas de sus disposiciones que no sean contrarias al presente decreto; no podrá hacerse en ella innovacion alguna, mas que en la forma y los medios prevenidos en la misma.

Art. 8.° Será presentada á la aprobacion del pueblo francés en la forma determinada por los decretos de 2 y 4 de diciembre de 1851, la proposicion siguiente:

« Quiere el pueblo francés el restablecimiento de la dignidad imperial en la persona de Luis Napoleon Bonaparte, y el derecho de sucesion en su descendencia directa, legítima ó adoptiva, dandole asi mismo el derecho de regular el órden de sucesion al trono en la familia Bonaparte, conforme está prevenido por el senado-consulto del mes de noviembre de 1852. »

Luego de celebrada aquella sesion, todos los senadores y los cardenales, vestidos de pontifical, se trasladaron en corporacion al palacio de San Cloud, precedidos de una escolta. No se hizo aguardar el príncipe, siendo saludado á su entrada con los gritos de *¡viva el emperador!* Entonces Mr. Mesnard, primer vice-presidente entregó á S. A. I. el senado-consulto adoptado poco antes, y le dirigió el siguiente discurso:

« Monseñor: Cuando un gran pais como la Francia hace oir su voz, el primer deber del cuerpo político á quien se dirige es escucharla y

contestar á ella. Tal ha sido el pensamiento de Vuestra Alteza al llamar la atencion del Senado sobre ese vasto movimiento de la opinion pública que se manifiesta con tanta union como energía.

El Senado ha comprendido que esa brillante manifestacion se justifica á la vez por los inmensos servicios que habeis prestado, por el nombre que llevais, por las garantías que dá al porvenir la grandeza de vuestro carácter, y la sabiduría y la firmeza de vuestro talento. Ha comprendido que despues de tantas revoluciones, está la Francia en la necesidad de poner sus destinos al abrigo de un gobierno poderoso y nacional que, no buscando en lo pasado mas que los recuerdos de su gloria y la legitimidad de su origen, encuentre hoy en la sancion popular, los elementos de su fuerza y de su duracion.

El Senado se gloría, Monseñor, de ser el fiel intérprete de los votos y de los sentimientos del pais, al poner en vuestras manos el Senado-consulto que os llama al imperio.»

Nuevos y repetidos gritos de *viva el emperador*, se hicieron oir al terminarse el anterior discurso. El príncipe respondió:

«Señores senadores: Doy gracias al Senado por la solicitud con que ha contestado al voto del pais, deliberando acerca del restablecimiento del imperio y redactando el senado-consulto que debe ser sometido á la aceptacion del pueblo.

Cuando cuarenta y ocho años há, en este mismo palacio, en esta misma sala y en circunstancias análogas, vino el Senado á ofrecer la corona al gefe de mi familia, contestó el emperador estas memorables palabras: *Mi espíritu abandonaria á mi posteridad desde el dia en que dejase de merecer esta el amor y la confianza de la gran nacion.* Pues bien, lo que mas afecta hoy mi corazon, es el pensar que está en mí el espíritu del emperador, que su pensamiento me guia, que su sombra me protege, puesto que en este momento solemne, venís en nombre del pueblo francés á probarme que he merecido la confianza del pais. No necesito deciros que será mi constante idea el cooperar con vosotros á la grandeza y prosperidad de la Francia.»

Fué el discurso de S. A. I. saludado con nuevos vítores, y como quedase terminada ya la parte oficial de aquel acto, estuvo el príncipe un buen rato entre los senadores, hablando afable y cordialmente con ellos.

Apareció un decreto aquel mismo dia convocando al pueblo francés en sus comicios para los dias 21 y 22 de noviembre, al objeto de aceptar ó rechazar el plebiscito cuyo tenor estaba contenido en el senado-consulto.

Pero mientras tenian lugar aquellos hechos, y en el momento en que la Francia se disponia á depositar su voto en la urna electoral, los partidos, que nada respetan, se encarnizaban en la

sombra contra el que les habia vencido, é intentaban aun, despues de cien derrotas, sembrar en el pais la confusion y el desorden. Los folletos, los libelos vergonzosos, emanados las mas veces de la prensa extrangera y hábilmente sustraidos á la vigilancia de las aduanas, eran introducidos en Francia, y repartidos con profusion en las provincias. Aquellas calumnias anónimas eran remitidas á domicilio por el correo, bajo nombres supuestos casi siempre, ó bien se recibian ocultos entre los fardos de géneros. Nada mas comun y hasta algunas veces curioso, que los medios y estratagemas inventados por los autores de aquella propaganda innoble. Las obras se presentaban bajo un título inofensivo y conocido; solo á medida que eran leidos se encontraba en ellos el veneno que contenian, y esto despues de haber recorrido numerosas hojas inofensivas ó indiferentes. Pero no podia menos la eleccion imperial de promover todas aquellas maniobras.

Sin embargo, fiel á la política leal que inaugurára, lejos de oponerse el gobierno de Luis Napoleon á que se publicasen aquellos folletos, puso á su disposicion las columnas del *Monitor*: poniendo de este modo en conocimiento de la Francia, las proclamas salidas de Londres, Jersey y Frohsdorf, convertia el gobierno á los diez millones de electores en diez millones de jueces en la acusacion pública que se le dirigia. Por otra parte, aquellos escritos emanados ó hechos por hombres violentos, no podian menos de producir un efecto favorable á la eleccion imperial. Entre aquellos hombres siempre dispuestos á entregarse al asesinato y al pillaje, que con la injuria en los labios y el fusil en la mano, prometian la repeticion de los sangrientos episodios de la revolucion de 1793, y el príncipe que aseguraba á la Francia una libertad prudente y una paz gloriosa, ¿podian los electores titubear?

Pero digamoslo de una vez, si bien no podia menos de ser sensible el ver á un príncipe que habia soportado tan noblemente su infortunio, comprometer la dignidad de su posicion por medio de una protesta inoportuna, era noobstante imposible confundir el sentimiento que dictára aquel documento, con el manifiesto lleno de furor sanguinario de los socialistas de Jersey. Menos innoble, habria sido aquel documento mucho mas peligroso; pero ya desde sus primeras líneas se veia en él la acostumbrada hinchazon del poeta que acababa de perderlo todo, sus esperanzas y su dignidad.

« Disponeos á *herir al bandido que mancha el suelo de nuestro pais*... á encerrar en un circulo de hierro y de plomo á todos los cómplices del *César de las asechanzas, del dictador del asesinato*... Luis Bonaparte está *fuera de la ley:* Luis Bonaparte está *fuera de la humanidad.* »

Tales eran las vergonzosas saturnales de palabras con que el antiguo

poeta laureado, pensionado por los Borbones, admirador de Luis Felipe, y servil adulador de Luis Bonaparte, intentaba deshonrar en vano al elegido por la Francia. Ya se sabe que no hay furor mas ciego que el de la impotencia.

¡Cosa estraña! aquel partido que pretendia en pleno siglo XIX plantear nuevamente las doctrinas de la antigua Montaña, aquel partido de los cazadores del 93, que procuraba disimular las inspiraciones y la imitacion de un jacobinismo envejecido, bajo el desgarrado manto humanitario y filantrópico de los nuevos ideólogos, aquel partido sin ideas en fin, no sabia apelar mas que á la fuerza brutal. Como su gefe Robespierre, declamaba contra la pena de muerte, y cada una de sus palabras, fria y acerada como el arma fatal que dió muerte á tantos franceses, dejaba entrever el siniestro brillo del triángulo republicano. Se ponia *fuera de la ley, fuera de la humanidad* á un hombre elegido por la inmensa mayoría de la nacion y se afectaba un santo horror por el cadalso que venga y afianza á la sociedad castigando al asesino. Se repetia con Blanqui: «El que empuña la espada no carece de pan,» escitando de este modo á algunos furiosos al asesinato y á la guerra civil, y suspirando luego en tono melífluo por la tan suspirada fraternidad universal: ¡nuevos Marats ocultos bajo la máscara de la hipocresía!

En el fondo de todas aquellas impotentes violencias, solo habia la negacion absoluta de la soberanía nacional; y, cosa estraña, por ambas partes se llegaba á un mismo resultado. Alucinado el príncipe por la falsa idea de su pretendido derecho, y furioso el falso demagogo por no haber podido engañar al pueblo, ambos, con la inmensa diferencia que hay de la lealtad á la hipocresía, y de la honradez á la desverguenza, sustituian un derecho divino al derecho popular, el derecho que anula al de la nacion; no reconociendo el uno mas que la ambicion estúpida y un capricho salvaje, al paso que solo atiende el otro al derecho personal. Limitábase el príncipe á asegurar su derecho por medio de una resignacion triste y tranquila, mientras rujia el demagogo por no poder imponer su ley con la punta del puñal. Este admitia la soberanía popular con tal que le procurase lo que tan ardientemente reclama; aquel no sabia comprender el voto de la nacion, á menos que restableciese este el trono que derrocó y cuyo polvo esparció al viento.

Al leer la protesta del conde de Chambord, cualquiera diria que el derecho reconocido en la nacion de elegir la forma y el gefe de su gobierno, es un principio que nació ayer en medio de los huracanes revolucionarios. ¿Cómo es posible olvidar que aquel principio, verdadero como la lógica y antiguo como el mundo, ha sido siempre la base del derecho público; que la antigua monarquía lo proclamó en diferentes circunstancias solemnes, y que si podia ser puesto en duda, serian

todas las dinastías otras tantas usurpaciones; y que es, por lo tanto, el único fundamento de su derecho? ¿Qué otro principio mas que el de la soberanía nacional pudo legitimar la última raza de reyes de Francia? ¿Faltaba por ventura un sucesor al trono de Carlomagno, cuando Hugo Capeto fué á sentarse en él? ¿Estaba vacante el de Clodoveo cuando fué á ocuparlo Pepino? Las circunstancias y la voluntad de la Francia legitimaron todas las dinastías; al separarse de ellas no desconoció el pais ni sus servicios ni su gloria; solo en virtud del mismo derecho que las colocára al frente de los destinos de la Francia, cuando representaban sus intereses y sus votos, se ha separado de ellas, cuando dejaron de estar de acuerdo con su principio, y cuando el espíritu que las animaba, dejó de ser el espíritu nacional.

¿Qué prometia sin embargo el sucesor de la rama primogénita de los Borbones? *La monarquía verdadera, la monarquía tradicional*, apoyada en el *derecho hereditario consagrado por el tiempo.* ¿Qué es lo que quiere decir esto? ¿De qué tradicion se hablaba, de que derecho?.. ¿Qué significaba aquella *casa real de Francia indisolublemente unida á la nacion? ¿Acaso no era esto el sufragio universal?* ¿Y que era *aquel gobierno regular* y *estable, aquel acuerdo permanente entre una autoridad fuerte y una sabia libertad?* ¿Quizás no existia ya todo esto? La Francia estaba ya cansada de los Borbones; la verdadera monarquía era la de Napoleon, fundada en la eleccion popular, rodeada de todas las instituciones generosas, y en armonía con las costumbres y progresos de la época; no queria el pueblo otras dinastías, bastábale la que habia sabido reconquistarse sin vacilar, á pesar de la oposicion de todos los partidos.

Si la Francia hubiese podido contestar al heredero de la raza proscrita, hé aqui lo que le habria dicho sin duda:

Jóven inocente de las faltas de vuestros abuelos, dejad de consumiros en el dolor y de entregaros á vanas esperanzas. Hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, que nada son ya los Borbones para mi: conducidos por el estrangero, solo lograron reinar últimamente por la desgracia de los tiempos; hubiesen sabido sacrificar al menos su principio y su antiguo derecho. El año 1830 los arrojó del suelo francés, sin que hubiesen logrado aun penetrar en el corazon del pais: Luis XVI al morir en el cadalso fué el último de los Borbones coronados: Luis XIV al morir en su catre de campaña, fué el último rey verdadero de aquella ilustre raza.

¿Qué decís de tradicion y de derecho hereditario consagrado por el tiempo? ¿Qué estais diciendo de casa real indisolublemente unida á la nacion? Toda tradicion forma su tiempo, toda alianza es perecedera: la herencia monárquica no puede sobrevivir á la herencia en sí. Llega un

momento en la vida de los pueblos, en que sobre los restos ó despojos de la monarquía derribada, se levanta un nuevo trono jóven, fuerte y fecundo. Hé aquí la eterna ley de los pueblos: reine el que sepa reinar.



Sobre el derecho de un hombre ó de una raza hay siempre el derecho de la nacion. Despues de una larga série de reyes, cuya vida se ha identificado con la vida de un pueblo, los retoños bastardeados del primitivo trono acaban siempre por secarse y morir, reemplazándoles una nueva rama. A los hijos de Meroveo, á los guerreros de larga cabellera que condujeron al franco saliano desde el Meusis al Somme, sucedieron, por el derecho de la inteligencia y del valor; los hijos de los mayordomos de palacio; á los Carlovingios estenuados, sucedieron á su vez los Capetos cuya estensa y poderosa raza produjo la Francia de Luis XIV. ¿Y con qué derecho querriais que su sangre debilitada, corriese eternamente en las venas del pueblo? Usurpadores tambien ellos, aunque legitimados por la duracion de sus servicios, han cedido su puesto al usurpador legítimo aclamado por la Francia.

¿Encontrais en esos antiguos anales del pais alguna asamblea nacional, algun Campo de mayo en el que haya sido proclamado con mas entusiasmo el poder de un hombre ó de una raza? Y si esto aun no os basta, os diremos que el sucesor directo del gefe libremente elegido, del gefe que únicamente el estrangero derrocó de su trono, ha hecho consagrar de nuevo por tres veces su poder hereditario. ¿Sabeis por ventura que haya ningun gefe de los antiguos tiempos, cuya autoridad sea mas incontestable? ¿Cuál es el Faramundo, el Pepino, el Hugo, que se vió elevado al trono por ocho millones de hombres?

Sufrid pues en vuestra inocente oscuridad esa ley suprema de las necesidades políticas: imitad aquel noble anciano, vuestro abuelo, que caido violentamente del trono, supo elevarse á tanta altura en su destierro. Recordadlo bien, fué mas verdaderamente grande el ilustre vencido de Holy-Rood, que el Borbon constitucional de las Tullerías. ¡Y vos, á quién la Francia compadece y rechaza, aceptad resignado esa herencia, única á que podeis aspirar, procurando pasar una vida tranquila y sosegada en algun palacio de la hermosa Venecia ó en algun castillo feudal de las orillas del Rin ó del Danubio, nido de águila que albergó en otros tiempos á príncipes poderosos como vuestros padres y destronados como vos!

La protesta del conde de Chambord solo encontró eco en los corazones fieles de algunos antiguos servidores: la fiel Vendea que en otros tiempos habia hecho salir de cada cabaña un hombre y un fusil, permaneció sorda á aquella voz. ¡Borbon-Vendea reclamaba como un honor su nombre imperial de Napoleon-Ville!

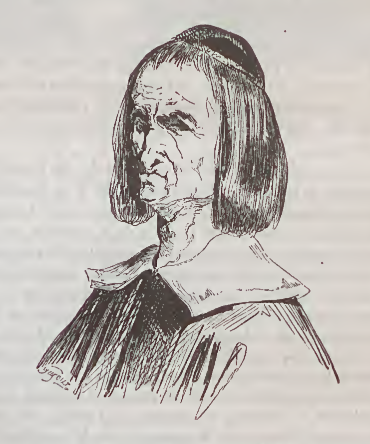
Respecto al manifiesto de los tristes ambiciosos disfrazados de jacobinos, solo podemos decir que mereció el desprecio y la reprobacion. Indignóse el pueblo al oir á aquellos adalides de la libertad hablar de «aherrojar por mano del verdugo» al hombre que habia sido elegido por la Francia. Semejantes bravatas aumentaron el entusiasmo popular, haciendo que la votacion en favor del imperio fuese aun mas unánime que las anteriores.

Mecíanse los revolucionarios en la esperanza de que la magistratura estaba en contra el autor del golpe de Estado del 2 de diciembre, por haber hecho una manifestacion hostil algunos miembros del supremo tribunal de justicia, é interesándose en favor de la Asamblea nacional de 1851. Pero las grandes corporaciones de la magistratura francesa, rivalizaron entre sí por desmentir con energía aquella sospecha infundada. ¿Podian en efecto olvidar, qué era á un Napoleon á quien la Francia debia su organizacion judicial, la mas perfecta que existia en Europa? Al volver á empezar sus trabajos, fué el tribunal de apelacion de Paris el primero de asociarse por una manifestacion solemne, al prodigioso movimiento de la opinion pública que impulsaba á la Francia hácia sus nuevos destinos; siguiendo en breve su ejemplo el tribunal de primera instancia del Sena, el tribunal de casacion y el colegio de abogados. Inútil nos parece advertir que la magistratura de los departamentos unió tambien su voto al de la magistratura de Paris.

El 21 de noviembre se hizo el escrutinio en toda la Francia. Paris, aquel mismo Paris que poco antes votára á los socialistas y que veia á un salvador en Mr. Caussidiere, unánime se lanzó á las urnas. Los enfermos y los paralíticos se hicieron trasladar á los distritos electorales; en la calle

des *Vinaigriers*, antiguo cuartel general del socialismo, hubo un operario casi moribundo que se hizo conducir al pié de la urna, diciendo álos que le rodeaban: «Nunca haremos lo bastante para el que salvó á la Francia.» En el 8.° distrito, el general Despaux, de noventa y un años de edad, se presentó en coche para emitir su voto; pero las fuerzas le faltaron y se vió obligado á sentarse en el vestíbulo: informada la comision de aquel hecho, pasó al lado del general con la urna para recoger su voto. Veíase tan pronto á un enfermo que se hacia trasladar en una camilla, como á un viejo soldado del imperio, casi centenario, que demasiado pobre para tomar un coche, se hacia llevar á cuestas por sus hijos. La votacion de Paris sobrepujó todas las esperanzas: una inmensa mayoría, 208,658 votos elevaron al príncipe en Paris al trono imperial. Monárquicos, repúblicanos y socialistas unidos, solo pudieron reunir 58,758 protestas.

Todavía era mucho mas imponente el aspecto que ofrecian las provin-



cias. Lejos de dorar el sol las llanuras, veíanse estas inundadas por torrentes de lluvia, que hacian intransitables todos los caminos; no habia cabaña ni casa en despoblado que no se viese en inminente peligro. Y sin embargo, reinaba el entusiasmo en todas partes, y se arrostraban, para ir á votar, todos los peligros: los pueblos enteros con el cura y el

alcalde á la cabeza se dirigian á la capital del departamento ó del distrito, sin pensar muchos de ellos en la inútil formalidad de las papeletas; contábanse tan solo, para pronunciar á su llegada un *sí* unánime y formidable. Hubo en los Pirineos un pueblecito cuyos habitantes tenian cortada toda comunicacion por las nieves que se derritian, que se decidieron para proclamar el imperio, á hacer, lo que de seguro no habrian hecho para el asunto de mas interés: esto es, ora á nado, ora deslizándose sobre los peñascos relucientes y labrados por la tempestad, fueron adelantando hasta que á fuerza de exposiciones y fatigas llegaron al término de su viaje, al distrito electoral para depositar sus votos.

Muchos fueron los puntos que se vieron invenciblemente cerrados y sin comunicacion posible; viéndose á su pesar privados millares de campesinos, de tomar parte en aquel acto solemne que iba á salvar definitivamente á la Francia. Pero tambien allí, en las cabañas, separados por un momento del resto del pais, si bien no se pudo cooperar á la gran manifestacion imperial, se quiso al menos por medio de un tierno simulacro, que participase el corazon de la ovasion hecha á Napoleon III. Detenidos por los elementos, quisieron aquellas buenas gentes hacer constar en su domicilio su impotente unanimidad. Muchos fueron los votos que se perdieron por aquel motivo. Cada dia llegaban á Paris noticias que anunciaban ser general el triunfo: el resultado no podia ser ya por mas tiempo dudoso. Los departamentos que poco antes mas infestados se veian por el socialismo, los distritos que mas habian engrosado las filas de la *jaquerie*, parecian haber querido rehabilitarse entonces del modo mas brillante.

Dióse un decreto convocando al Cuerpo legislativo al objeto de declarar la regularidad, hacer el escrutinio y publicar el resultado de los votos emitidos acerca del proyecto del plebiscito presentado á la aceptacion del pueblo francés en cumplimiento del senado-consulto de 7 de noviembre. En 25 del propio mes, leyó Mr. Fould, ministro de Estado, el mensage siguiente, dirigido al Cuerpo legislativo por el príncipe presidente de la república:

«Señores diputados, os he llamado de vuestros departamentos para asociaros al grande acto que va á tener lugar. Aunque tan solo al Senado y al pueblo asiste el derecho de modificar la Constitucion, he querido que el cuerpo político, cuyo poder deriva tambien, como el mio del sufragio universal, viniese á patentizar al mundo la espontaneidad del movimiento nacional que me eleva al imperio. Pretendo seais vosotros los que, declarando la libertad que se ha observado en la votacion y el número de los sufragios, probeis con vuestra declaracion toda la legitimidad de mi poder; porque en efecto, declarar hoy que descansa la autoridad en un derecho incontestable, es darle la fuerza necesa-

ria para fundar un gobierno estable y asegurar la prosperidad del pais. El gobierno, ya lo sabeis, no hará mas que cambiar de forma · consagrado á los grandes intereses que crea la inteligencia y que desenvuelve la paz, no pasará, como hasta aquí, los límites de la moderacion, á fin de que el triunfo no hinche nunca de orgullo el alma de aquellos que solo ven en su nueva elevacion un deber mas grande impuesto por el pueblo, una mision mas alta confiada por la Providencia.»

Siempre se observaba en él la misma lealtad, la misma rectitud, la misma franqueza. ¡Qué lenguaje tan distinto del de los hombres de lo pasado, demagogos ó legitimistas; que leccion para los partidos vencidos, que esperanza para la Francia!.... Mientras que el Cuerpo legislativo se disponia á publicar los votos de la Francia, ofrecia esta al mundo un magnífico espectáculo. Veíase á un gran pueblo animado de un mismo sentimiento, reunirse pacíficamente y manifestar su voluntad con aquella resolucion y dignidad que tan bien demuestran la soberana independencia. Por tres veces en cuatro años ¡habia sido el pais convocado para aquella imponente solemnidad, y en cada una de ellas habia dado al gefe del Estado nuevos testimonios de un afecto mas vivo y de una confianza mas completa.

Piénsese en ello: desde principios del siglo, no habia sido la nacion llamada para deliberar acerca de la forma de su gobierno: abatida y humillada la tuvo que aceptar en 1815 una dinastía odiosa, impuesta por un millon de bayonetas estrangeras. En 1830, algunos diputados sin poderes, órganos interesados de la clase media, le habian impuesto una monarquía bastarda que diez y siete años mas tarde debia la nacion derrocar. Finalmente, en 1848, se habia invocado aquel principio, sin que nadie se atreviese á consultar de hecho la soberanía del pueblo; se le habia pedido una Asamblea constituyente, pero no se quiso interrogarle acerca de la forma de gobierno, por haber parecido mas prudente decretar que votar la república.

Por esto se sirvió despues el pueblo de aquel mismo instrumento que la república habia puesto en sus manos, para dirigirlo contra ella y derrocarlo. ¡Brillante justificacion de las previsiones de Luis Napoleon Bonaparte y del acto reparador del 2 de diciembre, el sufragio universal daba el golpe de gracia á la república!

¿Y podia suceder de otro modo? Nada hay tan justo como el buen sentido de todo un pueblo, nada tan fuerte como su voluntad: consultado acerca de sus verdaderos intereses, no era posible que los desconociese por mucho tiempo, ni que dejase de separar del sentimiento de su fuerza todo lo que le fuese contrario, y sustituirlo por todo lo que le pudiese servir. La Francia no habia tardado en convencerse de que una nacion de treinta y seis millones de hombres, con sus intereses tan

numerosos y diversos, sus usos y costumbres y su posicion en el mundo, no podia aceptar ni permitir las agitaciones, las incertidumbres y los peligros del gobierno republicano; por esto se decidió la nacion sin cólera y sin rencor, pero con una calma imponente y una union admirable, á aceptar el poder de uno solo, procurando hacerle hereditario para ponerle al abrigo del furor de la revolucion.

La contestacion habia de ser clara y terminante: la Francia queria la monarquía y la monarquía imperial; queria además la nacion, esa nacion llamada inconstante y ligera, la dinastia que habia sido elegida á principios del siglo, y en la que habia impreso, una vez por todas, el carácter nacional. Y esto porque despues de haberle visto encumbrada, habia podido convencerse de que era la union dinástica que representaba sus intereses, sus instintos, y la única capaz de asegurar sus legítimas conquistas de la civilizacion moderna; así que, habia entre la dinastia imperial y el pais una comunidad indisoluble de sentimientos y de gloria.

Desde la caida del imperio, habia tenido la Francia dos monarquias, y á pesar de las ventajas de la paz de que la habian hecho gozar, las dos habian caido ante los recuerdos del pueblo. Mas tarde el pueblo, no obstante su recto sentido, se dejó deslumbrar por seductoras utopías; pero merced á la sabiduría del que tomára por gefe, no tardó en conocer sus errores: Luis Napoleon habia sabido destruir la peligrosa influencia del socialismo, marchando resueltamente por la senda del progreso. Preciso era, ante todo, restablecer el órden, reanimar el trabajo y la confianza, despertar el sentido moral, recordar el respeto á la religion y á la ley, y levantar de su postracion la autoridad y la dignidad del pueblo. Preciso era además dar la última mano á los caminos de hierro, rebajar las contribuciones, hacer la administracion mas fácil descentralizándola, reducir el ejército y asegurar la suerte del soldado, hacer que la justicia fuese puesta al alcance del pobre, que pudiese el operario comprar baratos los artículos de primera necesidad, que fuesen sus habitaciones ventiladas, y que con el fruto de sus ahorros pudiese procurarse un pedazo de pan para su vejez; preciso era tambien que se rebajasen los impuestos á los campesinos, y crear capitales que permitiesen á la agricultura mejorar el suelo y estinguir sus deudas; y por último, se necesitaba un conjunto de instituciones que tuviesen la doble ventaja de ser útiles á todos, sin perjudicar los intereses de nadie. Todo esto se habia realizado en algunos meses con un acierto, seguridad y decision, no vistos en Francia hacia mucho tiempo.

Hé aquí lo que se hizo con respecto á lo pasado. En cuanto á lo porvenir, el programa del imperio, trazado de antemano en el discurso de Burdeos, y confirmado por el mensaje dirigido al Cuerpo legislativo,

daba de él todas las pruebas de seguridad. Colocado por su orígen y sus antecedentes á una altura mucho mayor de la en que se hallaban los partidos, sabria el nuevo gobierno unir la moderacion á la firmeza, y dedicarse sin obstáculo á fecundizar los grandes intereses que la inteligencia crea y que la paz desarrolla. «Aquel, á quien la Francia iba á coronar, solo veia en su nueva elevacion, un deber mas grande impuesto por el pueblo, una mision mas alta confiada por la Providencia.»

En primero de diciembre las comisiones del Cuerpo legislativo habian comprobado 7.824,189 papeletas que contenian la palabra *si*, 253,145 en las que habia la palabra *no*, y 63,326 que eran nulas. En presencia de aquella inmensa mayoría adquirida por el plebiscito, inútil era ya aguardar el resultado que habia dado la votacion en los puntos mas lejanos; así que, se resolvió por complacer á la nacion, proclamar sin demora el grande acontecimiento que iba á fijar los destinos de la Francia.

A los gritos repetidos de *viva el emperador* el Cuerpo legislativo con su presidente Billault á la cabeza, y el Senado precedido de su vice-presidente Mesnard, los consejeros de Estado, los ministros y los príncipes de la familia imperial pasaron al palacio de San Cloud, para comunicar al príncipe el resultado oficial del escrutinio. Es San Cloud la cuna destinada á la grandeza imperial, asi como fué tambien su bosque de naranjos el que vió á la república impotente retroceder ante el primer Cónsul!

A las nueve menos cuarto, S. A. I. acompañado del príncipe Gerónimo, su tio, y del príncipe Napoleon Bonaparte, precedido de los maestros de ceremonias los señores conde Bacciochi y Feuillet de Conches, de sus ayudantes de campo y de sus oficiales de ordenanza, y seguido de todos sus ministros y de Mr. Baroche, vice-presidente del Consejo de Estado, y miembro del gabinete, pasó á la gran sala en cuyo fondo habia sido levantado un trono. Habia detras el trono los señores consejeros de Estado; la casa de S. A. I. se habia colocado mas adelante; y el príncipe imperial, tenia á su derecha el príncipe Gerónimo. Entonces Mr. Billault, presidente del Cuerpo legislativo, pronunció estas palabras:

«Señor: Presentamos á V. M. la espresion solemne de la voluntad nacional: en medio de las vivas ovasiones que os hacia el entusiasmo popular, poco solícito por ceñir una corona que os ofrecia la nacion entera, deseasteis antes que la Francia se recogiese en sí misma, á fin de que adoptase con calma y en entera libertad, aquella decision suprema por la cual un pueblo, dueño de sí mismo, dispone espontáneamente de sus destinos.

Señor, vuestros deseos se han cumplido: un escrutinio libre, verifi-

cado á presencia de todos, resume en una sola ocho millones de voluntades, y da á la legitimidad de vuestro poder la base mas segura en que se haya apoyado jamás ningun gobierno del mundo. Desde aquel dia en que seis millones de votos aseguraron en vos el poder y os hicieron árbitro de la suerte de la patria, la Francia en cada nuevo escrutinio ha demostrado con nuevos millones de sufragios, el contínuo aumento de su confianza en vos. Así fuera como dentro de los comicios, en todas partes se han manifestado los mismos deseos, los mismos sentimientos: de uno á otro confin acudiendo en tropel para saludar, aunque no fuese mas que de léjos, al hombre en el que cifraban sus esperanzas y su fé. Han sabido todas las poblaciones manifestar al mundo que erais su emperador, el emperador querido del pueblo, y que podiais contar con aquel espíritu nacional, que en el dia señalado por la Providencia, consagra las nuevas dinastías y las coloca en el puesto que antes ocupaban las que dejó de amar.

Reuniendo en su inmenso recuerdo de gloria todo lo que hay de mas precioso, ó sea, su honor en el esterior, su seguridad en el interior, y aquellos inmortales principios de 1789, bases imperecederas de la nueva sociedad francesa tan poderosamente organizada por el emperador vuestro tio, levanta la nacion francesa con noble orgullo esa dinastía de los Bonaparte, salida de su seno, y que no fué derrocada por los franceses. Pero si bien conserva la nacion indeleble el recuerdo de sus gloriosas guerras, espera sin embargo de vos que le hagais gozar los beneficios de la paz. Conociendo ya vuestro sistema, cuenta sabreis dotarla de un gobierno resuelto, rápido y fecundo; para ayudaros en vuestra empresa, os rodeará de sus simpatías y se entregará á vos toda entera. Aceptad, pues, Señor, de manos de la Francia esa gloriosa corona que os ofrece: nunca ha ceñido la frente de ningun rey otra corona mas legítima y mas popular.»

Luego Mr. Mesnard, primer vice presidente del Senado, dirigió al príncipe el discurso siguiente:

«Señor: El Cuerpo legislativo ha dado á conocer la voluntad soberana de la Francia! Al restablecer la dignidad imperial en la persona y familia de V. M., al daros la corona que hace medio siglo colocára sobre la cabeza del vencedor de Marengo, manifiesta la Francia cuales son sus deseos, y como uniendo lo presente á lo pasado, sabe confundir sus esperanzas con sus recuerdos. Ese trono en que V. M. vá á sentarse, sean cuales fueren la fuerza y esplendor que le rodeen, encontrará siempre su mas firme apoyo en el poder de la opinion pública.

«El imperio es la paz,» dijo V. M. en una memorable circunstancia. Y la voz del pais añade: El imperio es el sosten de las relaciones internacionales en toda la dignidad de una reciprocidad amiga; es la reli-

gion respetada como debe serlo; es la condicion de que las clases laboriosas y sufridas sean objeto de una solicitud constante; es la disciplina en el ejército, y en el corazon de cada soldado, el puro sentimiento del honor y de la independencia nacional; es el comercio y la industria desenvolviendo y fecundizando la prosperidad pública; finalmente es la estincion de los partidos, por ofrecer ancho y libre campo á todas las capacidades y á todas las inteligencias, á las que preguntará tan solo á donde van, y no de donde vienen.



Hé aquí, Señor, porque tantos millones de votos os confian esa corona imperial prometida á vuestro nacimiento, reconquistada por vuestro mérito, y devuelta á vuestro nombre por el acto mas solemne de la soberania del pueblo. Suplicamos á V. M. os digneis aceptar con benevolencia los homenajes y las felicitaciones del Senado. »

Mas de una vez fueron interrumpidos los dos anteriores discursos por entusiastas aclamaciones. En virtud de haber empezado ya el reinado del emperador, pronunció este el siguiente discurso:

« Señores: El nuevo reinado que inaugurais hoy, no tiene por origen, como tantos otros hay en la historia, la violencia, la conquista ó la astucia; sino que es, como acabais de declararlo, el resultado legal de la voluntad de todo un pueblo, que consolida en la calma lo que fundára en el seno de la agitacion. Quedo profundamente reconocido á la nacion que, por tres veces en cuatro años, me ha sostenido con sus sufragios, aumentando en cada una de ellas su número para acrecer mi poder. Pero cuanto mas gana el poder en estension y fuerza vital, mas necesidad tiene de hombres ilustrados como los que me rodean cada dia, de hombres independientes como aquellos á qüienes me dirijo para que me ayuden con sus consejos, á fin de que vuelvan á conducir mi autoridad á sus justos límites, si es que llegue un dia á separarse de ellos.

Tomo desde hoy, con la corona, el nombre de Napoleon III, porque la lógica del pueblo me lo ha dado ya en sus aclamaciones, porque el Senado lo ha propuesto legalmente, y porque la nacion entera lo ha ratificado.

Debo advertiros sin embargo que al aceptar este título, no incurro en la falta cometida por el príncipe que, al regresar del destierro, declaró nulo y de ningun valor todo cuanto se habia hecho durante su ausencia. Lejos de mi semejante estravío. No solo reconozco los gobiernos que me han precedido, sino que hasta heredo en cierto modo todo cuanto han hecho de bueno ó de malo; porque los gobiernos que se suceden, son, á pesar de sus diferentes orígenes, solidarios de sus antecesores. Pero cuanto mas acepto todo lo que en el trascurso de medio siglo la historia nos trasmite con su inflexible autoridad, menos permitido me es pasar en silencio el reinado glorioso del gefe de mi familia, y el título regular, aunque efímero, de su hijo, al que proclamaron las cámaras en el momento en que iba á quedar el patriotismo vencido. Asi pues, el título de Napoleon III no es una de esas pretensiones dinásticas que parecen un insulto hecho al buen sentido y á la verdad; sino un homenage tributado á un gobierno que fué legítimo, y al cual debemos las mas brillantes páginas de nuestra historia moderna. Mi reinado no data del año 1815, y sí tan solo del momento en que acabais de darme á conocer los sufragios de la nacion.

Aceptad pues, señores diputados, mi reconocimiento profundo, por el esplendor que habeis dado á la manifestacion de la voluntad nacional, haciendola mas patente por vuestro escrutinio, mas imponente por vuestra declaracion. Doy tambien gracias á los señores senadores, por haber querido ser los primeros en formular el voto popular. Ayudadme todos á asegurar en este pais desgarrado por tantas revoluciones, un gobierno tan estable que tenga por bases la religion, la justicia, la probidad y el amor á las clases que sufren.

Recibid aqui el juramento, que sabré cumplir, de asegurar la prosperidad de la patria, y de que, á pesar de mis deseos por la conservacion de la paz, no consentiré nunca en que se menoscabe en lo mas mínimo el honor y la dignidad de la Francia. »

Desde aquèl mismo instante empezó ya el nuevo reinado. En breve apareció un decreto devolviendo al sello del gobierno las armas del imperio, esto es, el águila coronada sujetando el rayo. No tardaron en verse elevados á los mas altos empleos todos los esforzados y fieles compañeros que ayudaron al príncipe á salvar el pais: los generales Leroy de Saint-Arnaud, Magnan y de Castellane fueron nombrados mariscales de Francia.

Al dia siguiente, ó sea el 2 de diciembre, tuvo lugar el advenimiento oficial de Luis Napoleon III. A las diez de la mañana, se levantó en la plaza de las Casas Consistoriales un elegante estrado, que pasó á ocupar desde luego el prefecto del Sena, acompañado de Mr. Delangle, presidente de la comision municipal, de los dos sub-prefectos, de la co-

mision departamental, de los alcaldes y adjuntos de Paris, de los miembros del consejo de prefectura y de todos los alcaldes del distrito. De repente tocaron todos los tambores, presentaron las armas las tropas y se descubrieron mas de veinte mil hombres, por haber empezado el prefecto á leer el decreto que proclamaba emperador á Luis Napoleon Bonaparte bajo el nombre de *Napoleon III*. Un grito inmenso de *viva el Emperador*, pobló instantáneamente los aires, como si lo hubiese arrojado un solo pecho; todas las musicas hicieron oir desde luego sus alegras armonias, mientras que el retumbo de ciento y un cañonazos anunciaban á lo lejos desde el cuartel de Inválidos, Montmartre y la barrera del Trono, la proclamacion imperial.

Entretanto el emperador salia de San Cloud para dirigirse á Paris, encontrando en el camino mas de tres cientos mil hombres que habian acudido para saludarle á su paso: el arco del triunfo, los Campos Eliseos, la plaza de la Concordia y el jardin de las Tullerías, ofrecian el aspecto mas grato y animado que se pueda dar. Formaban la carrera el ejército y la guardia nacional, cuyas vistosas fuerzas se estendian desde la puerta Maillot hasta el palacio de las Tullerías, describiendo una curva en la plaza de la Concordia para que pudiese pasar la regia comitiva junto al obelisco y las fuentes.

A la una, tronó nuevamente el cañon, y las bandas tocaron marcha por haber llegado el emperador al arco de triunfo; en aquel mismo instante se despejó tambien el cielo, apareciendo el sol en todo su esplendor en la azulada bóveda. Grande fué el entusiasmo de los espectadores al ver al nuevo emperador bajo el arco de triunfo, levantado por su tio para perpetuar la gloria del ejército francés. Al llegar á la plaza de la Concordia, podia evocarse tambien otro recuerdo; puesto que cuatro años antes asistia á aquella misma plaza un público escaso y silencioso, para asistir bajo un cielo nebuloso á la proclamacion de aquella triste Constitucion que por poco perdió á la Francia. Una salva de artillería interrumpió entonces el silencio general que reinaba, y Paris inquieto se preguntaba al oir aquel rumor inesperado: ¿Qué ocurre? »

¡Como habian cambiado los tiempos! Toda la capital en la época á que nos referimos, aclamaba con el mayor entusiasmo al gefe que la nacion acababa de elegir. Las dos azoteas que circuyen la plaza de la Concordia en el jardin de las Tullerías, estaban ocupadas por diferentes comisiones de un gran número de clases obreras: sus banderas de diferentes colores y ricamente bordadas, contenian divisas y emblemas inspirados por la solemnidad del acto, y luego la inscripcion nacional de *¡Viva el Emperador! ¡Viva Napoleon III!* Aquellas banderas dispuestas en línea desde las azoteas hasta la calle de Rivoli, formaban una deco-

racion ó adorno brillante y pintoresco. Las entusiastas aclamaciones que estallaban al pasar el emperador, iban siempre en aumento. De entre las filas del ejército, de la guardia nacional y de entre la multitud, se levantaba un grito poderoso y unánime, dominando el rumor del cañon de los Inválidos que anunciaba la entrada de Napoleon III en aquel antiguo palacio, cuna de su primitiva grandeza.

Despues de haber pasado S. M. revista en las plazas de las Tullerías y del Carrousel á las tropas de todas armas que formaban en ellas, subió á las habitaciones superiores del palacio, donde le estaban aguardando el príncipe Gerónimo, el príncipe Napoleon Bonaparte, los demas miembros de su familia y sus ministros. El antiguo palacio estaba dispuesto de un modo digno de su nuevo huesped, llegando á su colmo la admiracion de los espectadores al ver la magnificencia de sus habitaciones restauradas. Habia tenido que hacerse desaparecer á la vez en él, las huellas del mal gusto de la monarquía de julio y las innobles señales de las avinadas hordas de febrero. Las aclamaciones de la multitud que poblaba el jardin llamaron al emperador al balcon; salió entonces S. M. al balcon que da frente al Carrousel. En aquel momento el mariscal Saint Arnaud, ministro de la guerra, leia al ejército la proclama del Imperio; mientras que el conde de Persigni, ministro del interior, acompañado del general Lawœstine y de su estado mayor, leia la misma proclama en la plaza del Carrousel á la guardia nacional reunida. En ambos puntos se contestó á ella lanzando con nueva energía el grito de *¡viva el emperador!* Así es, que en un mismo dia se cumplió aquel grande acto ante el pueblo, la guardia nacional y el ejército.

Todos los edificios públicos y las casas particulares aparecieron al anochecer profusamente iluminadas. ¡Prueba característica del nuevo reinado! Notóse que los barrios mas pobres, que las calles mas angostas, habitadas por aquellas clases desheredadas cuya fisonomía participa raras veces de la alegría popular, presentaban una iluminacion mas numerosa, y una diversidad de fuegos mas sorprendente y variada. No habia triste buhardilla, por oculta que estuviese en el ángulo oscuro de un techo, cuyo inquilino no tuviese á mucho honor manifestar su entusiasmo.

El 5 de diciembre hizo el emperador su primera salida no oficial. Acompañado del mariscal ministro de la guerra y del ministro del interior, fué Napoleon III á visitar el hospital general y el de Val-de Grace. Su primer pensamiento fué consagrado á los sufrimientos del pueblo y del ejército. Encargó el emperador que no se hiciese ningun preparativo para recibirle; pero se difundió el rumor de su llegada, y la poblacion de los barrios acudió á su paso, haciéndole una ovasion espontánea. Fué recibido el emperador en el Hospital civil por el arzobispo de Paris

y los prefectos del Sena y de policía; su primer cuidado fué visitar la capilla, donde se cantó un *Domine, salvum fac imperatorem.* Luego recorrió S. M. las salas de los enfermos; acercóse á diferentes camas, y entregó socorros á muchos enfermos, informándose con interés de su suerte.

Aquella visita dió lugar á escenas tiernísimas: fué presentado á S. M. un militar, antiguo capitan de la guardia imperial, que le dijo haber solicitado por distintas veces una cruz que le habia sido prometida en 1815 por el emperador Napoleon I, á quien siguió á la isla de Elba. Acordóle S. M. inmediatamente la cruz y una pension. «No es la cruz lo que quiero, sino vuestra mano, Señor, dijo el antiguo militar, apretando contra su corazon la mano del emperador, y cubriéndola de lágrimas. Habia á alguna distancia un viejo campesino que hizo setenta leguas á pié para hablar al emperador, y que rendido de fatiga y sin recursos, se habia visto obligado á hacerse trasladar al hospital. Al verle S. M. en tan triste estado, le dirigió algunas palabras de consuelo y le acordó una pension.

De este modo inauguraba el emperador su reinado; todas las clases menesterosas fueron desde luego el primer objeto de su solicitud. Pero mientras procuraba aliviar la suerte de los pobres, de los enfermos y de los niños abandonados que restituia á sus padres por medio de sus fondos particulares, queria ejercer al propio tiempo su derecho de gracia en la mayor estension posible que le permitiesen la autoridad de las leyes y la seguridad pública. Así pues, se absolvió de la prision y de la multa á todos los que habian sido condenados por simples delitos ó contravenciones; á los soldados y marinos, de los castigos impuestos por faltas de disciplina; á los desertores del ejército de mar y tierra, del castigo que les aguardaba. Tampoco debia olvidar el emperador á los que estaban sufriendo su condena y á los desterrados políticos; decidióse pues, que escepto los hombres que fuesen culpables de los crímenes que la moral rechaza, fuesen puestos todos los demás en libertad, y restituidos al seno de la familia y de la patria los que estaban sufriendo á consecuencia de las discordias civiles, sin mas condicion que la de someterse á la voluntad nacional tan claramente demostrada en las últimas elecciones, y la formal promesa de no conspirar en lo sucesivo contra el gobierno tan legítimamente constituido por la voluntad del pais. Nada mas quiso exigirles el emperador. ¿Le permitian las necesidades sociales exigir menos? Su deseo mas ardiente era ver borradas hasta las huellas de las intestinas discordias, y por lograrlo procuraba que no se viese la Francia por mas tiempo separada de ninguno de sus hijos.

Inmediatamente despues de la proclamacion del imperio, confió el

gobierno al Senado un proyecto de decreto fijando las modificaciones que debian hacerse en la Constitucion del 14 de enero de 1852, á fin de ponerla en armonía con la nueva organizacion del poder. Sin embargo, ni en lo mas mínimo afectaba aquel proyecto las bases de la Constitucion, cuyas bases solo podian ser modificadas por la voluntad nacional. Hé aquí aquel importante documento, que pasó á ser el 25 de diciembre ley constitutiva del nuevo Estado:

SENADO CONSULTO, *interpretando y modificando la Constitucion del 14 de enero de 1852.*

Artículo. 1.° El emperador tendrá el derecho de perdonar ó de gracia y el de aceptar las amnistías que se le propongan. Art. 2.° El emperador presidirá el Senado, y el Consejo de Estado, siempre que lo juzgue oportuno. Art. 3.° Los tratados de comercio hechos en virtud del artículo 6.° de la Constitucion, tendrán fuerza de ley respecto á los derechos de arancel estipulados. Art. 4.° Todas las obras de utilidad pública, particularmente las designadas por el artículo 10 de la ley de 21 de abril de 1832 y el artículo 3.° de la ley de 3 de mayo de 1841, y las empresas de interés general, serán dispuestas ó autorizadas por el emperador. Todos esos decretos serán dados en las formas prescritas por los reglamentos de instruccion pública. Sin embargo, cuando aquellas obras ó empresas tengan que hacerse por medio de contrata ó á expensas del tesoro, deberá abrirse el crédito ó ratificarse la contrata por una ley, antes de empezar los trabajos. Cuando se trate de obras que hayan de ejecutarse por cuenta del Estado, y que no hayan de ser por su naturaleza objeto de concesion alguna, podrán abrirse los créditos, en caso de urgencia, insiguiendo la forma prescrita para los créditos estraordinarios; debiendo ser sometidos al Cuerpo legislativo en la sesion mas próxima. Art. 5.° Las disposiciones del decreto orgánico de 22 de marzo de 1852, podrán ser modificadas por decretos del emperador. Art. 6.° Los miembros de la familia imperial, llamados á la sucesion por eventualidad, y todos sus descendientes, tendrán el título de *príncipes franceses*. El hijo primogénito del emperador llevará el título de *príncipe imperial*. Art. 7.° Los príncipes franceses serán miembros del Senado y del Consejo de estado, desde la edad de diez y ocho años; pero no podrán ocupar aquel puesto sin el consentimiento del emperador. Art. 8.° Las partidas del estado civil de la familia imperial, serán recibidas por el ministro de Estado, y remitidas por órden del emperador al Senado, que dispondrá sean copiadas en su registro y depositadas en sus archivos. Art. 9.° La dotacion de la corona y la lista civil del emperador serán reguladas, para la duracion de cada reinado, en virtud de un senado-consulto especial. Art. 10. El número de los senadores nombrados directamente por el emperador no podrá esceder de ciento

cincuenta. Art. 11. Todos los senadores disfrutarán una dotacion anual de treinta mil francos durante su vida. Art. 12. El presupuesto de gastos será presentado al Cuerpo legislativo con sus subdvisiones administrativas por capítulos y artículos. Deberá ser votado por el ministerio. La reparticion del crédito concedido á cada ministerio, será regulada por un decreto del emperador, dado en pleno consejo de Estado. Decretos especiales, dados en la misma forma, podrán autorizar algunos giros de uno á otro capítulo, siendo esta disposicion aplicable al presupuesto del año 1853. Art. 13. La publicacion de cuentas, prescrita por el art. 42 de la Constitucion, se someterá antes á una comision compuesta del presidente del Cuerpo legislativo y de los presidentes de cada seccion: caso de que estén las opiniones divididas, deberá decidir la cuestion el voto del presidente del Cuerpo legislativo. Art. 14. Los diputados del Cuerpo legislativo recibirán una indemnizacion de 2,500 francos por mes durante su legislatura, sea ordinaria ó estraordinaria. Art. 15. Los oficiales generales destinados al cuadro de reserva podrán ser miembros del Cuerpo legislativo; pues solo se les considerará como dimisionarios en el caso de estar en activo servicio, en conformidad al art. 5.° del decreto de 1.° de diciembre de 1852, y al art. 3.° de la ley de 4 de agosto de 1839. Art. 16. El juramento prescrito por el art. 14 de la Constitucion estará concebido en estos términos: «Juro obediencia á la Constitucion y fidelidad al Emperador.» Art. 17. Los artículos 2, 9, 11, 15, 16, 17, 18, 19, 22 y 37 de la Constitucion de 14 de enero de 1852, quedan anulados.

Al propio tiempo el Senado iba á presentar otro proyecto para el restablecimiento de la lista civil y constituir las nuevas rentas del dominio de la corona; con todo, ninguna suma se indicaba en él, dejando este cuidado á la prudencia y sabiduría del Senado.

Hé aquí otra de las dificultades que tienen que vencer las monarquías parlamentarias. Las listas civiles y las dotaciones de los príncipes sirven muchas veces de pretesto á la calumnia, procurándola una ocasion favorable para infundir sospechas y despertar la envidia, armas terribles de que se apoderan desde luego todos los partidos. ¡Quién no recuerda las borrascas parlamentarias y la coalicion formada con motivo de la dotacion del duque de Nemours; las calumnias de Timon contra la lista civil de Luis Felipe; y finalmente, la reciente campaña de la última asamblea nacional contra la modesta dotacion del presidente de la república!

Todos aquellos ataques no demostraban mas que el ódio que se tenia al poder; y en tanto es asi, cuanto que nunca ha sido la Francia un pais como los Estados Unidos, en el que se limitan sistemáticamente los gastos de la autoridad, condenándosela á una medianía trivial, por ser

constante objeto de todas las sospechas. La envidia democrática niega al gefe del Estado los medios necesarios para poder representar dignamente al pais, no por puritanismo, sino por desconfianza. La Francia, pais democrático por las leyes, y monárquico por las costumbres, quiere en su legítimo orgullo que tenga su representante una de esas grandes posiciones que revelan toda la grandeza de un pueblo: los palacios de Versailles y las Tullerías no son tan solo la morada del monarca, sino tambien una prueba de lo que es en sí la Francia. Por otra parte, ¿no es bien sabido en Francia cuantos infortunios y cuantas miserias ha de socorrer la lista civil? Y además, ¿cómo olvidar que el ejemplo dado por una corte espléndida, impulsa al comercio y la industria en provecho de toda la nacion? La fortuna de los reyes es en todos los pueblos el patrimonio del pobre, de los artistas y de los operarios.

Por esto el instinto popular se sublevó contra las rencillas vergonzosas de los parlamentarios que negaban al presidente de la república los medios de sostener dignamente los altos cargos de su posicion, por esto se abrió una inmensa suscricion el dia en que se vió el presidente obligado á vender sus caballos, y á reformar su casa para reducirse á las condiciones que le imponia la mezquindad de la asamblea. Ya que no habia entonces una asamblea enemiga, dejaba el gobierno imperial su dotacion á la prudencia y sabiduría del Senado; y eso que no era ya al presidente de la república, sino al emperador, á quien debia dotarse y fijar sus dominios.

La lista civil, como lo hemos dicho ya, no es en último resultado mas que una débil parte de la renta pública confiada al gefe del Estado, y de la que echa mano para aliviar al infortunio, estimular la industria y recompensar las artes. Bastábale al gobierno imperial anunciar las condiciones impuestas para el restablecimiento del imperio; así debió de comprenderlo el Senado, cuando aseguró con todas las garantías de los derechos del Estado los bienes puestos á disposicion del soberano, poniendo nuevamente en todo su vigor los principios, que durante muchos siglos, habian sido la base de la monarquía francesa y que sancionaron además la ley de 1791, el senado-consulto de 28 floreal del año 1812, así como tambien las leyes de 1814 y 1824.

Aquellos principios estaban conformes con las necesidades del gobierno monárquico, aun mas popular. Si no podia entrar en las ideas del emperador el restablecer la monarquía con los elementos antiguos que estarian en pugna con las costumbres de la nacion, su recto sentido y su lealtad no le permitian imponerse la mision imposible de regir el imperio bajo condiciones que no correspondiesen á los recuerdos y á la dignidad de la Francia. Luego la dotacion, así mueble como inmueble, de la corona, debia ser nuevamente constituida; comprendiendo lo que com-

prendia ya segun la antigua lista civil de la monarquía; esto es, los dominios de la corona, los palacios y castillos, que son mas bien monumentos históricos que residencias del soberano, embellecidos por las artes y consagrados al recreo y á la instruccion del pueblo; los museos y bibliotecas en que la Francia reune muchos siglos ha tesoros inapreciables, objeto de la admiracion y envidia de los estrangeros; así como tambien las fábricas de Sévres, Gobelins y Beauvais, magníficos modelos de la industria nacional. Todas estas posesiones léjos de constituir una renta, eran por el contrario un gravámen para la corona imperial, puesto que el producto de los dominios solo ascendia á tres millones, al paso que la conservacion y administracion de aquellos palacios y establecimientos públicos, cuesta cerca de ocho millones.

Finalmente para completar la Constitucion del nuevo Estado, se dió el siguiente decreto fijando el órden de sucesion imperial, caso de que Napoleon III no tuviese sucesor directo:

« Napoleon por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses, á todos los presentes y futuros, salud: Visto el artículo 4.° del senado-consulto de 7 de noviembre, rectificado por el plebiscito de los dias 21 y 22 del propio mes, segun el cual nos pertenece regular por medio de un decreto orgánico dirigido al Senado, el órden de sucesion al trono en la familia Bonaparte, para el caso en que no dejásemos ningun sucesor directo, legítimo ó adoptivo: Si bien confiamos que nos será dado realizar los deseos del pais y contraer, mediante la proteccion divina, un enlace que nos permita dejar sucesores directos; no queremos, sin embargo, que el trono levantado por la gracia de Dios y la voluntad nacional, pueda vacar por falta de una sucesion designada por nosotros, hemos resuelto decretar y decretamos lo siguiente:

Para el caso de que no dejemos ningun heredero directo, legítimo ó adoptivo, nuestro tio muy amado, Gerónimo Napoleon Bonaparte, y su descendencia directa, natural y legítima, procedente de su matrimonio con la princesa Catalina de Wurtemberg, de varon á varon, por órden de primogenitura, con perpétua exclusion de las hembras, son llamados á sucedernos.»

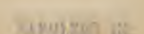
De este modo dejaba de verse expuesto el porvenir á la eventualidad de una catástrofe que habria sumergido nuevamente á la Francia en el abismo de las revoluciones. Todo estaba ya dispuesto: iba el imperio á empezar su reinado. Sigamos al nuevo gobierno en sus primeros pasos, y veremos con asombro cuantas esperanzas concebidas realizó en seis meses, y cuantas fueron las que nuevamente hizo concebir.







Napoleon III.


CAPITULO III.







NAPOLEON III.



ijimos ya, que fundado el nuevo imperio en la indestructible base del sufragio universal, no tuvo mas que continuar su marcha, tan enérgicamente trazada. Abierto quedaba ya otra vez el camino de la tradicion imperial, pudiendo sin esfuerzo alguno el sucesor de Napoleon I, refundirse, por decirlo así, en los precedentes de la monarquía popular; sabiendo comprender y satisfacer todas las necesidades.

La primera solemnidad que inauguró el nuevo reinado, fué la reali-

zacion del gran pensamiento concebido en medio de diciembre de 1851. En 3 de enero la iglesia parroquial de Santa Genoveva fué abierta al culto católico, y las reliquias de la santa fueron puestas al altar que la piedad de catorce siglos le habia levantado; lo que demostró que la voluntad soberana y reparadora de Napoleon III, así como la de su ilustre tio, sabia despreciar las superficiales supersticiones y comprender los verdaderos instintos de la nacion. Léjos de él empero la idea de devolver á la Iglesia la influencia fatal de la política humana, solo procuró elevarla á su esplendor pasado, por oponerla á la anarquía moral que corroía y debilitaba la sociedad aquellas grandes ideas de conservacion y de fuerza, que nunca son enteramente destruidas. Personificaba las legítimas aspiraciones del espíritu religioso, ó sea aquel bálsamo consolador para todas las almas que sufren, sabiendo sostener á la Iglesia, merced á la firmeza de su carácter, en aquella honrosa independencia que es la condicion de su poder verdadero. La cruz que se eleva brillante sobre el Panteon purificado no es la señal de una victoria de partido, sino el símbolo de una nueva era de paz y reparacion moral.

Cada dia se recibian entretanto nuevos detalles acerca de la grande ovasion popular de los dias 21 y 22 de noviembre de 1852: el resultado definitivo del sufragio universal fué al fin conocido, ascendiendo á la inaudita cifra, que no es probable sea nunca mayor de 8 millones, 243,000 sufragios. De todos los puntos de Francia y hasta de las mismas colonias, que no habian sido llamadas á la votacion, llegaban contínuas manifestaciones que demostraban la confiada alegria que animaba todos los corazones: la proclamacion del imperio era una fiesta en cada ciudad, en cada pueblo, en cada aldea, celebrábase así mismo en medio de los mares, sobre el navío que ostentaba los colores nacionales, asi en los trópicos como en los confines del desierto africano, en el que los intrépidos soldados franceses acababan de conquistar un nuevo oasis, El-Aghouat, primera adquisicion gloriosa del imperio.

El restablecimiento de una autoridad fuerte y hereditaria en Francia debia ejercer una singular influencia en el ánimo ingénuo de los árabes; pues que de aquel momento empezaron á tener todos ellos una verdadera confianza en el porvenir de la conquista alcanzada por las armas francesas. Aquellos pueblos guerreros que nunca pudieron comprender existiese una gran nacion sin un gefe poderoso, vieron en el nuevo sultan de los franceses una autoridad visible, real, incontestable, que justificaba una sumision sincera, siempre hasta entonces negada á las ininteligibles abstracciones del gobierno constitucional ó de la república.

La ardiente imaginacion oriental acogió con entusiasmo y delirio aquel nombre de Napoleon que dejára un recuerdo indeleble en las ra-

zas musulmanas. Desde el fondo de la pequeña Armenia un simple Osmanlis, Ali-Effendi-ben-Abou-Osman, se asoció al gozo general de Francia por medio de un *Gazal* en el que brillaban á la vez todos los fuegos de Oriente. El hijo de Osman celebraba con aquella fiesta « la muerte de la serpiente de la desgracia; » representando el fértil pais del Freinguistan envenenado por « la serpiente roja, larga como diez meses de un año de miserias. » « Silbó aquella serpiente con mas fuerza de la que silba una bala de cañon, arrojando una bala que envenenó al agricultor en los campos y al pobre en las ciudades; leíanse en sus ojos horrendos propósitos, salian de la boca ahullidos de guerra y de muerte, y enroscaba entre sus numerosas escamas á los espíritus débiles y á los malos que osaron desafiar su furor para patentizar despues su cobardía... Entonces Alah, viendo las desgracias de su pueblo amado, sacó del fondo de un calabozo y del destierro, á un hombre hijo del héroe, que llegó y dijo: ¡ Ay de la serpiente fatal! ¡ay de los enemigos del Freinguistan! El que quiera acabar con la serpiente no tiene mas que seguirme, yo mando! »

Aquel unánime concierto de alabanzas en favor del elegido popular, solo fué turbado por algunas voces disonantes. Hubo en Bélgica una parte de la prensa, que inspirada por las mas bajas pasiones, dirigió contra el hombre que salvaba á la Francia sus injurias y sus impotentes amenazas. Un periódico redactado por los mas comprometidos refugiados políticos, llegó hasta el estremo de encomiar en pleno siglo XIX el asesinato político: era aquel periódico digno eco de las furibundas proclamas de Jersey. La reprobacion empero de los hombres honrados acalló en breve el salvaje clamoreo, y á invitacion del gobierno francés, logró el ministerio belga que diesen las cámaras una ley represiva para contener los excesos que trae siempre consigo la libertad sin freno.

Viva fué la impresion que causó en Inglaterra la proclamacion del imperio; puesto que ya desde los primeros dias despertó el nombre de Napoleon la inquietud y la desconfianza, é inspiró á los periódicos de la Gran Bretaña un lenguaje lleno de terror odioso y de concentrado odio.

Pero fueron calmándose insensiblemente aquellos excesos, por haber bastado la licencia de semejantes hojas para sublevar contra ellas á la opinion pública; no podia menos de ser así, por ser la Inglaterra el pais en que es la opinion soberana, debiendo ser por lo mismo la reaccion del buen sentido sumamente rápida. Ni aun los periódicos mas hóstiles al imperio continuaron por mucho tiempo sus ataques, por no poder resistir á la evidencia de los hechos: su lenguaje fué cada dia mas digno y comedido. Solo uno ó dos órganos de los mas exaltados de la prensa británica, continuaron atizando el fuego del ódio con infames calumnias y ultrajes vergonzosos; pero Napoleon hizo entonces lo que habia hecho

ya antes de su eleccion, apeló con un lenguage sencillo y noble al fallo de la Europa, mejor informada que sus detractores.

En vano habia protestado el emperador en las circunstancias mas solemnes, y manifestado su sincero deseo de conservar y consolidar la paz del mundo; en vano habia declarado que no teniendo la Francia nada que envidiar á las demás naciones en gloria militar, solo aspiraba entonces á las pacíficas conquistas de la civilizacion. Aquellas declaraciones tan formales, apoyadas en un brillante testimonio de buena fé, y hasta la misma reduccion del ejército, solo encontraron en tres periódicos ingleses una incertidumbre sistemática; como si hubiesen temido que no fuese la Francia lo que se complacia en manifestar, no cesaban aquellos periódicos de irritar su noble orgullo y de insultar todo lo que habia para ella de mas querido y venerando. Segun ellos, la Francia y su gefe no aspiraban mas que á la guerra, aguardando tan solo la ocasion oportuna de marchar contra la Europa; hacíase por lo tanto, á su ver, indispensable una coalision para resistir ó hacer frente á «la insaciable ambicion francesa.» Aclamando al emperador, «habia demostrado la Francia ser la mas despreciable y envilecida de todas las naciones.» Los hombres de estado, los generales, el ejército que habian contribuido al acto reparador del 2 de diciembre, no eran mas que «miserables esclavos ó ávidos instrumentos de la tiranía.»

«El bonapartismo, decia el *Morning-Chronicle*, el bonapartismo sin gloria militar y sin engrandecimiento territorial, es un contrasentido... En todas partes reina una desconfianza profunda respecto á Luis Napoleon... Aconsejado el *usurpador* por una banda de aventureros, ha tratado de reorganizar el gobierno imperial...» «Un senado, decia el *Times*, mas *cobarde* que el de Tiberio, ha concedido al emperador el poder mas exorbitante, dando el golpe de gracia á todas las garantías de la nacion. Colmar de honores á favoritos y funcionarios sin conciencia, exigir impuestos inauditos, dejar impunes muchos crímenes, hé aquí los actos del gobierno imperial, pero el castigo se prepara; la Europa está dispuesta, y de seguro, no trascurrirá el año sin que estalle un movimiento terrible.» ¡Quién no vé tras ese furor absurdo y venal, las sombrías miras y las odiosas esperanzas de Claremont! Finalmente el *Morning-Advertiser*, insistiendo en aquellas declamaciones ridículas, presentaba á la Francia como una nacion embrutecida bajo el yugo del «mayor de los tiranos,» del «perjuro mas criminal, del mónstruo mas abominable que han visto los siglos.» Hé aquí en que términos tres periódicos de una nacion amiga, hablaban de un pais vecino y del soberano que ocho millones de votos acababan de encumbrar al trono.

Hizo pesar el emperador sobre los autores de aquellos libelos infa-

matorios una venganza noble : dispuso su publicacion citándolas, como lo hacemos nosotros aquí, ante el tribunal de la historia, y disponiendo que el *Monitor*, periódico oficial, hiciese salir el rubor de la verguenza en la frente de aquellos indignos escritores de allende el estrecho. Dióse al propio tiempo un solemne mentís á aquellas predicciones salvajes, puesto que todas las naciones estrangeras se apresuraron á reconocer el restablecimiento del imperio. Por mas previsto y esperado que fuese aquel acto, no pudo menos de ser considerado el reconocimiento como un hecho de la mas alta importancia, como un fausto acontecimiento que acababa de asegurar la paz del mundo. Y sin embargo al conducir la fortuna al sucesor de Napoleon I al trono de Francia, rasgaba el primer artículo de los tratados de 1815.

Aun en esto recogia el nuevo imperio los beneficios de una admirable situacion, pues podia á la vez borrar una de las clausulas de aquel funesto tratado y respetar las demás. Aquellos tratados cuyo recuerdo pesára como un crimen fatal sobre la Restauracion, habian sido paulatinamente olvidados, merced á los beneficios de la paz. La revolucion de 1830 los habia sancionado, la república fugaz de 1848 habia debido reconocerlos, y no podia el sobrino de Napoleon separarse enteramente de ellos. Por mas que despues de treinta y cinco años de duracion, hubiesen perdido aquellos tratados su verdadero carácter, era preciso conservarlos, por ser la base de una paz de medio siglo, que habia labrado la prosperidad general de Europa; la paz que habia rehabilitado los tratados de 1815 con sus beneficios, les modificó tambien en sus medidas de odio y de esclusion. Además respetando ese sello de duracion que solo el tiempo puede imprimir en los poderes politicos, nada habia en Francia que pudiese escitar la desconfianza ó la antipatía de las potencias extrangeras; nunca el poder se habia visto tan fuertemente establecido, nunca el principio de autoridad habia sido tan respetado y respetable. Por primera vez la revolucion habia triunfado en Francia á despecho de la Constitucion, por primera vez podia el gobierno francés mostrarse leal sin sufrir las exigencias de los partidos.

Pero, por lo mismo que la Francia iba adquiriendo nueva fuerza y vida bajo aquel poder tutelar, era indispensable que adquisiese mayor peso en la balanza Europea; por esto se la observaba con mucha mas atencion que cuando sus disenciones intestinas debilitaban su accion en el esterior. El leal llamamiento hecho por el gobierno á la opinion pública, bastó para acallar las voces disonantes que intentaban sofocar las aclamaciones de la Francia y la Europa. Abrazaba al propio tiempo la solicitud del emperador toda la administracion de la Francia; siendo cada vez la accion de la autoridad mas fuerte, rápida y sencilla. Sus órdenes hicieron desaparecer todos los obstáculos que se oponian al

progresivo movimiento del cuerpo social, y fueron en los empleados las buenas circunstancias sustituidas al número. Las leyes de la jerarquía, por tanto tiempo despreciadas, recobraron su dominio; mejoró el emperador la posicion de los funcionarios públicos, á fin de que recobrasen tambien su independencia y dignidad; pero les exigió en cambio aquella representacion que ennoblece á la autoridad y vivifica á la industria.

Dirijamos aquí una rápida ojeada á la nueva organizacion dada á las corporaciones públicas para encontrar en ella la idea napoleónica fecundizada por la accion del tiempo, y por el progreso natural de las costumbres y de las instituciones. Revestida la autoridad suprema de atribuciones mas latas y personales de lo que lo fueron los poderes que se habian sucedido en Francia desde el año 1815, desapareció para ella la irresponsabilidad, aquella ficcion fatal que por tres veces planteó la revolucion, siendo para todos un peligro inminente y constante.

Una de las consecuencias de la responsabilidad del gefe del Estado, fué la irresponsabilidad de los ministros, que dejaron de formar ya en lo sucesivo un consejo responsable compuesto de miembros solidarios, obstáculo perenne á la impulsion particular del gefe supremo, espresion de una política emanada de las cámaras y por lo mismo espuesta á aquellas móviles corrientes que impiden toda idea de continuacion, toda aplicacion de un sistema regular. El beneficio inmenso de aquella nueva situacion, verdaderamente tomada del corazon mismo del espíritu monárquico, es la tradicion: la tradicion en administracion, en política, en diplomacia, es el nombre mismo de la fuerza. Al que se asombre de la influencia siempre creciente, de la marcha progresiva de gobiernos como los de Rusia, Austria é Inglaterra, contestadle dándole la palabra del enigma: *Tradicion.*

En todos los paises en que, al traves de la movilidad necesaria de los instrumentos, se encuentra la inmovilidad de miras y principios, se consolida la política por su propia duracion; todo tiende á un fin único, señalado ya de antemano y desde mucho tiempo. Es en Inglaterra una conquista del buen sentido, la tenacidad fecunda con que se persiste allí en la idea de un interés bien entendido; si bien con ello ha dado siempre la Gran Bretaña un ejemplo fatal á las naciones modernas. El régimen constitucional tan admirablemente comprendido y practicado por el pueblo inglés, ha sido un fruto improductivo en cualquier otro suelo. En Austria y Rusia, la perseverancia en los designios, es la consecuencia de la unidad y de la responsabilidad del poder. Pero educado Napoleon III en la escuela de las revoluciones modernas, no habia podido menos de conocer que cuanto mas es la autoridad suprema independiente y grande, mas necesidad tiene de consejos ilustrados y con-

cienzudos: de aquí diferentes resortes de la nueva organizacion.

El principal motor del mecanismo imperial, fué el consejo de Estado; nombrado por el poder, compuesto de miembros amovibles é instituido sobre las mismas bases del primer imperio, debia elaborar los proyectos de ley por medio de comisiones de su seno; discutirlos á puerta cerrada sin ninguna ostentacion oratoria, sin ninguna engañosa tribuna; debiendo presentarlos luego á la aceptacion del Cuerpo legislativo. De este modo era su papel verdaderamente político en la economía de los poderes instituidos por la nueva Constitucion. Aquí se desarrolló el gran pensamiento tan admirablemente concebido por el primer Napoleon, tan poderosamente adoptado y seguido por su sucesor. La principal causa de las debilidades, de los desalientos, de la falta de accion de la autoridad en Francia, asi en el interior como en el esterior, es porque las instituciones públicas no cuentan las mas veces con las raices de lo pasado, ni con las costumbres y tradiciones nuevas. Sin embargo, no es el consejo de Estado ni una creacion revolucionaria, ni la obra artificial de una teoria filosófica; sino que es una institucion histórica y tradicional en toda la fuerza de la palabra, y se remonta á los primitivos tiempos de la monarquía francesa. ¿Es esto decir que haya existido desde la cuna de la monarquía, bajo la forma y organizacion actual? No ciertamente. El verdadero mérito de los establecimientos tradicionales, consiste en transformarse incesantemente, sin variar nunca en su esencia; debiendo cambiar con la nacion, no de espíritu y de carácter, sino de formas esteriores y de medios. ¡Cuanta diferencia entre el consejo de Estado que seguia al conquistador Carlomagno en sus correrias y cabalgatas al través de las provincias de su vasto imperio, el que rodeaban á San Luis bajo el roble de Vincennes y el consejo de Estado que presidia é ilustraba con su genio el primer consul y el emperador Napoleon!

Bajo los reyes de la primera y segunda raza, el consejo de Estado se confundió en un todo con el consejo intimo ó privado del rey; puesto que apenas se distinguió del gran cuerpo que tomó mas tarde el nombre de Parlamento. Nada de fijo, permanente y regular tenia ni en su organizacion, ni en sus atribuciones, hasta que reunió en su seno los príncipes de la sangre, los grandes oficiales de la corona y la flor del clero y la nobleza. Tambien la toga fué mas tarde admitida en el parlamento; luego acumuló el consejo indistintamente las atribuciones mas diversas, pues intervino á la vez en las cuestiones civiles, religiosas, politicas, administrativas, judiciales, y deliberó acerca de la paz y la guerra. Solo en el siglo XIII trataron Felipe el Hermoso y sus sucesores de introducir algun órden y regularidad en aquel verdadero caos, estableciendo cierta division en los poderes, y señalando ciertos limites á los poderes administrativo y judicial. La administracion de justicia

tuvo su órgano distinto y especial en el Parlamento, asi como tuvo la administracion el suyo en el consejo de Estado.

Así que, purificándose é individualizándose constantemente, atravesó la gran institucion monarquica la fuerte centralizacion real del siglo XVII hasta el momento en que desapareció, con casi todas las instituciones antiguas, en medio de la tormenta revolucionaria. Desde entonces fueron sus atribuciones devueltas en parte al tribunal de Casacion; y parte á las administraciones locales. Al restablecer la Constitucion del año VIII el consejo de Estado, no se limitó á restituirle sus antiguas atribuciones, en lo que se presenta en todo su esplendor el pensamiento napoleónico; puesto que la institucion monarquica por escelencia, vino á ser la palanca de un poder enteramente nuevo. No solo vió entonces el consejo de Estado aumentarse considerablemente sus nuevas atribuciones, sino que por primera vez llegó á verse convertido en un verdadero cuerpo político. Se le encargó preparar los proyectos de ley y sostenerlos ante el Cuerpo legislativo que habia de adoptarlos ó rechazarlos sin hacer en ellos ninguna enmienda, teniendo además la facultad de interpretar las leyes cuyo sentido fuese oscuro ó dudoso; ó mas bien, ejercia una parte esencial y directa que le constituia casi en árbitro del poder legislativo.

Bajo aquel título, compartió con el primer Consul y el emperador Napoleon la gloria de haber dotado á la Francia del Código civil y de todos los demás códigos que han llegado á ser los monumentos clásicos de la legislacion moderna. Bajo la inspiracion del grande hombre, fué aquel cuerpo á la vez conquistador y legislador, así como tambien bajo el dictado de aquel genio impaciente y fecundo, fueron estendidos los titulos diversos de aquel admirable conjunto judicial y administrativo. Mientras brotaba de los labios del organizador su pensamiento ardiente, trazaban sus manos aquellos caprichosos arabescos, aquellos dibujos estraños que se disputaban despues de la sesion los jóvenes oyentes, y que en colecciones serias forman aun hoy dia los monumentos vivos de aquella época imperecedera.

El gefe del gobierno consideraba como un deber el presidir las sesiones del consejo de Estado, á cuyo frente deseaba figurar, en los asuntos de paz, del mismo modo que figuraba á la cabeza de sus ejércitos durante la guerra. Bajo el título de primer consul ó del de emperador, nunca dejó de asociarse á todas las grandes medidas de política interior ó esterior que tanto señalaron su reinado. Tambien fué en el seno del consejo de Estado donde se elaboraron y discutieron los proyectos de ley que fundaron la Universidad, la Legion de Honor, el Banco de Francia y tantas otras nuevas instituciones consagradas á las costumbres de la Francia nueva, que se complace en mirarlas como imperecede-

ras En el propio consejo de Estado fueron preparados el senado-consulto del año 1810, que reemplazó el poder decenal del primer consul por el poder perpetuo, y el senado consulto de 1812 que le confirió la corona imperial. Finalmente, todas las grandes cuestiones diplomáticas, todos los tratados de paz y de alianza formados con las potencias estrangeras, y sobre todo, el tratado de Amiens, fueron sometidos al exámen del consejo de Estado; el mas importante de todos aquellos tratados, que reanudó las relaciones políticas entre Francia y la Santa Sede, el Concordato fuéle igualmente sometido. Añadamos á todo esto que, en todas las ocasiones importantes, supo el Consejo manifestar su adhesion al gefe del Estado por medio de la independencia y dignidad de que diera tantas pruebas.

Durante los dos regimenes que sucedieron al gobierno imperial, perdió el consejo de Estado casi toda su importancia; quedando casi esclusivamente reducido á sus atribuciones administrativas: solo conservó la ilusoria prerogativa de la preparacion y redaccion de las leyes. Omnímodo llegó á ser entonces el poder legislativo, absorviendo todos los demás poderes, y teniendo en jaque hasta al mismo soberano; y sin embargo, quedaba confiado el cargo de preparar las leyes á otra corporacion subalterna. Bajo el régimen ficticio de 1848, no cambió la situacion en lo mas mínimo; en vano se procuraba levantar la importancia política de aquella institucion: su carácter legislativo desapareció siempre ante la autoridad preponderante é invasora de la Asamblea nacional.

El Cuerpo legislativo, segunda base de la organizacion imperial, fué investido del privilegio de votar las leyes y los impuestos. Las discusiones parlamentarias no estuvieron ya al arbitrio de las apasionadas relaciones de la prensa; sino que fueron objeto de una publicacion oficial, dirigida por los cuidados del presidente de la cámara. La Asamblea perdió entonces aquel derecho de iniciativa, tan fecundo en trabajos inútiles, en descabellados proyectos, en ridiculas utopias; y el Cuerpo legislativo no pudo ya hacer enmiendas en los proyectos, sin ponerse antes de acuerdo con el Consejo de Estado.

Objeto eterno de disgusto fueron para los parlamentarios, aquellas restricciones saludables que tanto justificaban á la vez la esperiencia funesta de los últimos años y el mecanismo del poder responsable. Además de la responsabilidad, aseguraba aquella accion limitada la prepotencia del poder central. ¿Pero era en este caso el poder legislativo el qué quedaba estinguido, como decian los parlamentarios? No por cierto. Quedaba tan solo dividido el poder legislativo entre el Consejo de Estado, el Cuerpo legislativo y un tercer Cuerpo, ó sea, el Senado, del que nos ocuparemos luego. Pero nunca debe perderse de vista, que si bien es el Cuerpo legislativo el menos poderoso por la naturaleza de sus atri-

buciones, compensa al menos aquella inferioridad necesaria el mérito de su orígen: puede ser disuelto, suspendido, aplazado por el poder central; pero no puede salir, como ha querido hacerlo el gefe del Estado, mas que del sufragio universal. Véase con cuanta habilidad supo evitar la Constitucion imperial la parte dramática de las Asambleas, cerrando aquella tribuna locuaz y sonora, que solo fué por mucho tiempo la antecámara de los ministerios. Hora era ya de que á los discursos sucediesen los negocios.

El sufragio universal, elemento soberano, aunque nuevo y desconocido, debió ser organizado para que tuviese el pais una representacion sincera y útil: quiso Napoleon III que fuesen llamados á votar las leyes del pais, todos los hombres independientes por su situacion y su carácter. Abandonando el gobierno una vez por todas las tortuosas sendas de la intriga, declaró abiertamente su situacion fundada en el derecho de dirigir la eleccion de los electores. Bajo los gobiernos precedentes, cuando el sufragio era limitado, y la influencia electoral patrimonio esclusivo de algunas familias, era el abuso de aquella influencia sumamente odioso: bastaban algunas condecoraciones inmerecidas ó algun nombramiento para asegurar el resultado de una eleccion en un pequeño distrito. Natural era pues que sublevase aquel abuso todas las conciencias, y que se exigiese á la administracion que se abstuviera de dar ningun paso ostensible; quedando entonces su accion oculta, y por lo mismo mas expuesta á comprometer su decoro y su autoridad. ¿Cuáles fueron los medios que empleó el gobierno imperial por seducir á un número tan prodigioso de electores? ¿Fué por medio de destinos? La administracion entera de Francia no habria bastado para emplear á los electores de un solo canton. ¿Seria quizá por medio de dinero? Aun prescindiendo de la honrosa susceptibilidad de los electores, dirémos que inútil habria sido para ello todo el tesoro público. Un amigo fiel de Napoleon III, Mr. de Persigni, fué el encargado de ejecutar los altos pensamientos del príncipe, y el primero que plantcó los nuevos principios, cuya rectitud y grandeza supo hacer brillar con la lealtad de su accion administrativa. Protegió abiertamente á todos los hombres laboriosos que habian logrado crearse una posicion, aunque fuese por medio de la agricultura, á los que se dedicaban á mejorar la suerte de los operarios, á los que alcanzaron la aureola popular por el buen uso que hicieron de sus riquezas.

Completaba un tercer cuerpo el conjunto de aquella organizacion: era este el Senado, nombrado por el poder ejecutivo, y cuyos miembros eran inamovibles; estaba destinado á ser depositario del pacto fundamental y de los derechos constitucionales. No es hoy, como la antigua cámara de pares, tribunal de los crímenes de Estado, por ha-

berse confiado esta mision á un alto tribunal de justicia, cuyos jueces son los miembros de los consejos generales de Francia.

Es el Senado la válvula de seguridad de la máquina política. Solo quiso Napoleon III que fijase la Constitucion todo aquello que no podia permanecer incierto; no queriendo incurrir en la imprudencia de los gobiernos que encierran en un círculo de hierro los destinos de un gran pueblo. Sabia el emperador que debia dejarse ancho campo á las necesidades del porvenir, y á las lecciones de la esperiencia y del tiempo; por esto quiso dejar abierto el camino que se debia seguir en todas las épocas de crisis política para encontrar un medio de salvacion, sin necesidad de recurrir á funestas revoluciones. Así pues, se dispuso que el Senado, de acuerdo con el gobierno, pudiese modificar todo lo que no fuese fundamental en la Constitucion; debiendo quedar siempre los grandes principios sometidos á la soberanía del pueblo, ó lo que es lo mismo, al sufragio universal.

Dirijamos ahora una rápida ojeada á las demás bases inferiores del actual sistema. Todas las leyes orgánicas han sido sucesivamente reformadas en conformidad al ideal de autoridad que el desterrado de Arenenberg y Lóndres, que el prisionero de Ham se proponia adoptar, despues de tantos años, con aquella fé ardiente y poderosa que hace retemblar sobre su base á las mismas montañas. La guardia nacional, la prensa, y la enseñanza universitaria, comprometidas por las locuras del ateismo y de la indisciplina, la magistratura inamovible, la accion de los prefectos y todos los demás elementos de autoridad ó de educacion popular, fueron puestos nuevamente bajo la accion poderosa del gobierno central. En una palabra, recuérdese lo que dijo el mismo Napoleon III, «la pirámide social ha sido colocada otra vez sobre su base.»

Una de las instituciones que mas secundan al genio moderno, investigador y deseoso de órden y garantías, habia sido imprudentemente comprometida por la república de 1848; puesto que un decreto incomprensible, dado por el gobierno provisional con fecha de 2 de mayo de 1848, hácia en el seno del tribunal de Cuentas algunas reducciones que no podian menos de ser muy fatales á aquel grande establecimiento rentístico.

El tribunal de Cuentas, tal como está montado hoy dia, es debido al poderoso genio de Napoleon I: creado en 1807 para reemplazar á las antiguas comisiones de contabilidad cuya accion habia sido siempre impotente, no habia dejado de corresponder ni un solo instante á las esperanzas de su fundador. Encargado aquel tribunal de aprobar con sus decretos las cuentas públicas, mostró siempre en su mision delicada un celo y acierto superiores á todo elogio, aseguró á los empleados en sus destinos por la inamovibilidad, haciendo que fuese su jurisdiccion mas

independiente; llamado á conocer del presupuesto de ingresos y gastos del Estado, declaró solemnemente la conformidad de su mision judicial respecto á las cuentas administrativas de los ministros, y procuró al poder legislativo elementos ciertos para el arreglo definitivo del presupuesto; en la relacion pública dada al gefe del Estado, hizo resaltar todo aquello que le pareció digno de fijar la atencion del gobierno, manifestando al propio tiempo las mejoras que podian hacerse, sugeridas por el vasto conocimiento que tenia de los hechos y de las leyes; de este modo fué el tribunal de Cuentas el ausiliar útil é indispensable de un poder celoso de someter á un exámen sério todos los actos de la hacienda, y de aclarar enteramente el conjunto de la contabilidad pública. Desde el año 1807 hasta el de 1848, las atribuciones del tribunal de Cuentas fueron sucesivamente mayores, ora por el exámen de las cuentas de los municipios y de los establecimientos de beneficencia, ora por el desenvolvimiento natural y sucesivo de las rentas del Estado y de los gastos públicos. Sin embargo, el número de los magistrados que lo componian era el mismo que se fijó en 1807, lo que prueba hasta la evidencia, que solo pudieron cumplir aquellos dignos funcionarios los nuevos deberes que les fueron impuestos por medio de un grande aumento de trabajo y de celo.

Véase pues cuan sensible debian ser las reducciones intempestivas que se hicieron en aquel ramo por el republicanismo, reducciones que rechazaba el espíritu mas severo de bien entendida economía. Así que, planteando Napoleon III el gran pensamiento imperial, se apresuró à restablecer la organizacion del tribunal de Cuentas, é instituyó un nuevo tribunal, encargado especialmente de las cuentas de las municipalidades y de los establecimientos de beneficencia.

Dos creaciones significativas habian completado los departamentos ministeriales: los del ministerio de Estado y de policía general. El ministerio de Estado habia visto unir á sus atribuciones, las relaciones del gobierno con el Senado, el Cuerpo legislativo y el consejo de Estado; la correspondencia del presidente de la república con los diversos ministerios, la refrendacion de los decretos en los que se nombraban ministros, miembros del consejo de Estado, presidentes del Senado y del Cuerpo legislativo, senadores, y en los que se concedian las dotaciones que podian serles señaladas; la refrendacion de los decretos dados por el presidente en virtud de los poderes conferidos, y en conformidad á los artículos 24, 28, 31, 46 y 54 de la Constitucion, y de todos los demás decretos concernientes á materias que no fuesen de la jurisdiccion de ningun departamento ministerial; la redaccion y conservacion de los espedientes del Consejo de ministros; la direccion exclusiva de la parte oficial del *Monitor*; la administracion de los palacios nacionales y la

direccion de la industria. En concepto de Napoleon III, era aquella administracion, en algun modo, el ministerio de los ministerios.

En cuanto al ministerio de policía, debemos decir que conservaba aun su origen republicano, puesto que seguia del mismo modo que lo formó el Directorio. Las atribuciones de este departamento comprendian entonces la ejecucion de las leyes concernientes á la policía general y á la seguridad de la república, la guardia nacional sedentaria, el servicio de la gendarmería en sus relaciones con el órden público, la policía de las cárceles y la represion de la mendicidad. Fué suprimido este departamento por un decreto consular del 28 fructidor de 1810, siendo trasmitidas sus atribuciones al ministerio de justicia. Dos años despues (21 mesidor de 1812), mandó el emperador el restablecimiento del ministerio de policía general; hubo cuatro consejeros de Estado, unidos á aquella administracion, que ayudaban cada dia al ministro en el despacho de sus negocios. El ministerio de policía se aumentó sucesivamente por la institucion de comisarios generales en las principales ciudades, por la asociacion de auditores del consejo de Estado, destinados á diferentes puntos segun lo exigia el servicio, y finalmente, por el nombramiento de cinco directores generales encargados de administrar los departamentos anexos al imperio. En 16 de mayo de 1814, el ministerio de policía se vió reunido á la prefectura de policía de Paris, bajo el nombre de direccion general de la policía del reino: el director general tenia la categoría de ministro y estaba en el despacho del rey. Las funciones atribuidas anteriormente á los directores y á los comisarios generales ó especiales de policía, fueron otra vez conferidas á las prefecturas y sub prefecturas.

Los decretos imperiales de 20 de marzo de 1815 restablecieron á la vez la prefectura y el ministerio de policía, que conservado por Luis XVIII, subsistió hasta 29 de diciembre de 1818, en cuya época Mr. Decazes, que lo estaba desempeñando, fué llamado al ministerio del interior; siendo la administracion de policía incorporada á este departamento. Desde entonces aquel servicio, tantas veces reformado, estuvo sucesivamente, desde 21 de febrero de 1820 á 24 de diciembre de 1821, á cargo de un director nombrado por real órden, teniendo la direccion de la administracion departamental, de policía y de imprenta; desde 9 de enero de 1822 hasta 6 de enero de 1828, la direccion de policía y de imprenta fué confiada á un director nombrado por el ministro. Del mes de enero de 1828 á 26 de agosto de 1829, pasó á ser la administracion de policía una seccion de las muchas que formaba el gabinete del ministro; luego desde el mes de agosto al de diciembre de 1829, tomó el título de direccion del personal y del gabinete, comprendiendo la policía general, ciencias, bellas artes, librería, perio-

dismo y letras: desde 16 de diciembre de 1829 hasta 31 de julio de 1830, fué direccion del personal y de la policía general; despues del 9 de agosto de 1830, formó nuevamente la policía un ramo especial del ministerio del interior.

En 30 de enero de 1852, cuando Napoleon III era aun presidente de la república, mandó la creacion de este ministerio: hé aquí como espresaba el objeto que se proponia al dar aquel paso, en una carta dirigida al nuevo ministro, Mr. de Maupas.

« Hoy, decia el príncipe, aunque responsable, solo puede el presidente de la república por los medios oficiales, conocer muy imperfectamente el estado general del pais. Ignora como funcionan los diversos ramos de la administracion, si las medidas adoptadas con sus ministros se ejecutan conforme á la intencion que las ha dictado, si la opinion pública aplaude ó desaprueba los actos de su gobierno, ignora finalmente, cuales son los abusos que deben reprimirse, los descuidos que evitar y las mejoras que introducir. Con efecto, tiene siempre que regirse por los informes muchas veces contradictorios, y siempre insuficientes, de los diversos ministerios. » « El nuevo ministerio, añadia luego el príncipe, estará encargado de vigilarlo todo sin administrar absolutamente nada. »

Añadamos que Napoleon III suprimió el ministerio de policía tan pronto como se restableció la tranquilidad de la nacion, é hizo la calma que reinaba en los ánimos inútil aquella vasta y difícil vigilancia. Tal era el conjunto de las instituciones imperiales, y como fieles historiadores de la idea napoleónica, queremos presentarla aquí en gérmen remontándonos á los primeros tiempos del consulado y del imperio.

Hé aquí, por ejemplo, como entendió Napoleon I el desenvolvimiento posible de la organizacion de los grandes cuerpos del Estado. En la interesante obra del baron Pelet (de la Lozère), antiguo auditor del consejo de Estado, titulado: *Opiniones de Napoleon sobre diversos objetos*, se encuentran estas propias palabras del fundador de la dinastía imperial:

« No debe procederse á la institucion de un nuevo gobierno, por medio de leyes harto detalladas; porque las constituciones son obra del tiempo, y nunca será bastante espedito el camino que se deje á las mejoras. Antes de pocos años, podrá ser agregado quizás el tribunado al Cuerpo legislativo, confiando el poder tribunicio á algunos miembros del Cuerpo legislativo. El Senado, débilmente constituido en su orígen, reclamaba una reforma ó mejora; pero he logrado ya robustecerle lo bastante. Si llegase nunca á temerle, me bastaria agregar á él cincuenta jóvenes consejeros de Estado; léjos empero de esto, solo será el Senado, dentro algunos años, una asamblea de ancianos respetables. »

El 7 de febrero de 1804, presidiendo el Emperador el consejo de Estado, esplicó de este modo el papel casi incomprensible que hacia el Cuerpo legislativo:

« Es el Cuerpo legislativo la salvaguardia del dominio público; su mision consiste en aprobar los impuestos. Si se oponia á las leyes de un interés puramente local, le dejaria obrar; pero si se formaba una oposicion en su seno, que fuese capaz de contener la marcha del gobierno, acudiria al Senado para suspenderle ó disolverle, así como apelaria tambien á las necesidades de la nacion, que nunca deben perderse de vista. En este caso se hablaria de mi conducta en diversos sentidos, pero nada me importaria, porque ya se que ha sido la boberia desde los galos el distintivo del carácter nacional. »

Y luego en 26 de marzo de 1806, se esplicó de esta manera, acerca del modo con que debia estar compuesto aquel Cuerpo:

« No veo ningun inconveniente en que las funciones de legislador sean declaradas compatibles con las de juez y administrador; sobre todo, cuando es sumamente útil que haya miembros del cuerpo judicial que formen parte del Cuerpo legislativo, porque así el gobierno no se atreverá á proponerles leyes contrarias á la jurisprudencia establecida, y por lo mismo, será esta invariable. Quiero se me nombre un Cuerpo legislativo que nada exija de mí; pero no conviene sea mas débil de lo que lo es ahora, porque me seria entonces enteramente inútil. El Cuerpo legislativo debe estar compuesto de personas, que terminada su legislatura, puedan vivir de su renta sin necesitar destino alguno; así se evitará el que haya como hasta ahora, muchos legisladores que terminada su mision no sabe el gobierno en que ocuparles; y como están sin destino, van á turbar la paz de los departamentos con su charla. Quisiera que fuesen los diputados hombres de edad y propietarios, unidos en cierto modo con el Estado por su familia ó profesion, y á la causa pública por otros lazos no menos poderosos. Vendrian aquellos hombres anualmente á Paris, hablarian al emperador en su círculo, y se contentarian con aquella vanagloria que les haria olvidar por un momento la monotonia de su vida. Conviene en gran manera que los funcionarios públicos sean miembros del Cuerpo legislativo, pues nada interesa tanto á una nacion como el que sea aquel cuerpo blando y dócil; si fuese asaz fuerte para querer dominar, ó destruiria al gobierno, ó seria por él destruido. »

Véase de que modo habia comprendio aquel genio la necesidad de una representacion nacional y adivinado con antelacion los peligros que trae consigo el gobierno representativo. De este modo se fundaba y consolidaba, asi en el interior como en el esterior, el poder imperial. Asi en el corazon de los ciudadanos franceses, como en los gabinetes euro-

peos, las simpatías iban siempre en aumento y disminuía la desconfianza; interrogábase al porvenir, aquí con menos inquietud, allá con una esperanza cada vez muy fundada.

Un solo pais parecia observar con celosa inquietud aquella restauracion de las grandezas imperiales, siendo su actitud un nuevo homenaje tributado al hombre que logró salvar á la Francia. Era aquel pais la Inglaterra. No obstante las declaraciones recíprocas, en la que se notaba un mútuo deseo de conservar la paz, no obstante el pronto reconocimiento del nuevo gobierno francés, no obstante el acto laudable que confirmaba las promesas de Napoleon III, ó sea, la reduccion del ejército, conmovióse vivamente la política inglesa desde los primeros resplandores del astro imperial. Italia, Austria y Alemania, donde fermentaban aun las pasiones vencidas, saludaron con entusiasmo la salvacion de la Francia, porque se vieron á su vez salvadas. Todas vieron en el restablecimiento del trono que cayó hecho astillas en 1815, la compensacion del régimen parlamentario abatido y del socialismo domado. Solo la Inglaterra dejaba de ver en ello una compensacion, porque es allí el gobierno parlamentario objeto de un verdadero culto, y porque su posicion aislada la pone al abrigo de los temores inspirados á los demás gabinetes por la revolucion de Europa; á mas de que no podia sin mostrarse hostil al principio esencial de su existencia, aprobar el ejemplo que estaba dando la Francia. Pero no era su situacion la única causa que inspiraba á la Inglaterra tantos recelos; sino que veia á la Francia poderosa, libre, feliz y respetada, y esto era lo que la hacia temblar con justo motivo. El viejo antagonismo de la vanidad y el interés, no ha dejado de imperar en la política británica desde en tiempos de los Eduardos y Guillermos. Por mas que Napoleon III hubiese procurado dar al mundo todas las seguridades de paz, se notaba en sus actos una decision á la que no se estaba acostumbrado desde mucho tiempo, brillaba en lo alto de las banderas el águila del imperio y era un Napoleon el gefe del Estado.

Pero digámoslo de una vez, la moderna Cártago entrevía con despecho una era de prosperidad inaudita, un desarrollo increible en el comercio, un aumento considerable en la marina y una colonizacion fecunda en la Argelia, merced á la enérgica revolucion del nuevo gefe de la Francia. Previsora como la rivalidad y la envidia, adivinaba la Inglaterra lo de que era capaz la nacion francesa al verse libre de la anarquía y protegida por la poderosa organizacion del gobierno imperial. Por esto la Inglaterra se alarmaba de aquello que tranquilazaba al mundo; por esto al aceptar el cambio profundo operado en la Constitucion francesa y al reprender á vez en grito el lenguaje violento que usaban algunos órganos de la prensa británica, cedian los hombres de

Estado de la Gran Bretaña al terror de opinion pública y proponian medidas para poner sus tres reinos en estado de defensa. El impotente ministerio de lord John Rusell fué derrocado en esta cuestion por una enmienda de lord Palmerston, en la que se pedia que las milicias fuesen instituidas y movilizadas, en lugar de ser sedentarias y locales, á fin de calmar la alarma general que reinaba.

Se creyó durante algunos meses que iba á restablecerse el campo de Boloña, que la escuadra francesa estaba pronta á hacerse á la mar y que era la invasion inminente. Con efecto, las conquistas de la ciencia acababan de arrebatar á la Inglaterra el antiguo privilegio de su situacion escepcional. Cuando en otros tiempos la Mancha se presentaba invencible merced á una numerosa escuadra de buques de vela, cuando parecia que el genio particular que presidia los destinos marítimos de la Gran Bretaña, tenia siempre á su disposicion una tempestad oportuna para dispersar ó destruir las armadas arrojadas contra sus costas, nadie hubiera creido que el genio de un Napoleon pudiese organizar en pocos meses una espedicion capaz de hacer temblar el inmenso poder de Inglaterra. Y aun sin contar que la inevitable lentitud de aquellos arma-



mentos gigantescos, permitiria á la politica británica evitar la tempespestad que contra ella se formase en el continente. Bastan hoy dia algunos buques de vapor para trasladar en una noche un ejército francés al suelo de Inglaterra.

Por esto viendose Europa en plena paz, presentó Inglaterra el singu-

lar espectáculo de un pais que se armaba contra un peligro imaginario, sin atreverse á declarar la verdadera causa de sus preparativos y de sus esfuerzos. La nobleza, el comercio y todas las demás clases de la sociedad, sintieron de repente un entusiasmo guerrero, semejante al que con tan vivos colores describe Walter-Scott en su novela titulada el *Anticuario*. En todas partes se ejercitaban al tiro de fusil y carabina, y á pesar de la repugnancia natural que tienen los ingleses por el servicio militar, jugaban todos ellos á soldados. Entre tanto hacia el gobierno británico los mas grandes aprestos militares: habianse votado enormes sumas para poner todos los puertos y fortificaciones en estado de defensa; trabajando el almirantazgo con un ardor que indicaba ser el peligro inevitable. El puerto de Aurigny, tan inmediato á las costas de Francia Douvres, antiguo rival de Calais, Porstmouth y Plimouth, el arsenal de Pembroke, la rada de Milford-Haven en el canal de san Jorge, la isla de Wight, avanzado centinela en el centro del mar, y la entrada del Támesis, fueron otros tantos puntos nuevamente fortificados, construyendose en todos ellos numerosas baterías. Sin embargo, aquella profunda emocion que no pudo contemplar la Francia sin sonreirse, fué calmandose insensiblemente á medida que se descubrió la altiva, aunque pacífica actitud del gobierno francés.

Sin embargo, seria injusto confundir los representantes estraviados de algunos partidos en la prensa política inglesa, con el pueblo de la Gran Bretaña, particularmente con aquella clase industriosa y comercial que dirige en Inglaterra la opinion pública. La conducta muy significativa del alto comercio de la ciudad de Londres, indicó claramente de que parte estaban los intereses y donde las verdaderas simpatías de aquella clase preponderante, tan profundamente interesada en la paz del mundo, y cuyos capitales están en su mayor parte invertidos en las grandes empresas de todos los paises. Una diputacion de la Cité, presidida por sir James Duke, miembro del parlamento por la ciudad de Londres, fué á presentar al emperador una declaracion del comercio de la capital de la Union británica. Aquel documento, del que en vano se buscaria en la historia otro ejemplo, era la espresion de los sentimientos de amistad y respeto que animaban á los representantes de la Inglaterra comercial para con sus cofrades de Francia; y estaba autorizado por las firmas de mas de cuatro mil negociantes, banqueros y comerciantes. Sir James Duke, al presentarlo respetuosamente al pié del trono de Napoleon III, manifestó al emperador la ardiente esperanza de que, bajo el nuevo reinado, estarian Francia é Inglaterra constantemente unidas por relaciones intimas, y que de la amistad de aquellas dos grandes naciones, resultarian la paz y la dicha de la humanidad.

Napoleon III repitió en aquella ocasion sus declaraciones pacíficas,

contestando en inglés: « Vuestra manifestacion me ha conmovido en gran manera, y confirmado mas y mas la esperanza que habia tenido siempre en el buen sentido de la nacion inglesa. Durante mi larga permanencia en Inglaterra, admiré la libertad de que goza, merced á la perfeccion de sus instituciones; sin embargo, hubo un momento en que llegué á temer en el año último, que la opinion pública se hubiese estraviado acerca del verdadero estado de la Francia y de sus sentimientos respecto á la Gran Bretaña. Pero nunca se logra engañar por mucho tiempo la buena fé de un gran pueblo, conforme lo demuestra claramente el paso que acabais de dar. Desde que estoy en el poder, solo se han dirigido mis esfuerzos á aumentar la prosperidad de la Francia; conozco sus intereses, y sé que no son distintos de los de todas las demás naciones civilizadas. Como vosotros, quiero la paz, y para asegurarla, deseo tambien, como vosotros, estrechar los lazos que unen á nuestros dos paises. »

Un nuevo acto, vivamente aguardado por la Francia, y producido por los deseos y respetuosas instancias de un gran número de ciudades de Francia, acababa de dar al mundo la última prueba de la lealtad con que el emperador realizaba sus intenciones pacíficas, é inauguraba en su pais una era de prosperidad y calma. Habia contraido con la Francia un compromiso solemne, esto es, fijar los destinos de la nacion asegurando su dinastía, pero ¿como asegurar una situacion que dependia de la vida de un hombre, y que podian comprometer las probabilidades de una sucesion indirecta?

Solo el casamiento del emperador podia desvanecer aquellas justas alarmas y hacer de la herencia una base inquebrantable para el establecimiento imperial. ¿Pero cual era la familia reinante á que se dirigiria el emperador en busca de una compañera? ¿Cual seria la union que iba á contraer? La peticion por parte de un nuevo miembro de la familia de los soberanos, ¿podia ser compatible con la dignidad de un emperador elegido por un gran pueblo? Si buscaba una esposa en las gradas de un antiguo y poderoso trono, condenaba el emperador su politica á cierta inferioridad poco compatible con la grandeza de la Francia; si descendia hasta una de esas familias de principes, honrosamente oscuras, que parecian estar destinadas á procurar esposos y reinas á todas las cortes de Europa, nada añadia á su propia fuerza, logrando tan solo comprometer su independencia. Al separarse en esto de su tio, á quien cegára la ambicion dinástica, comprendió Napoleon III que un gobierno salido de la eleccion popular, nada podia tener de comun con las antiguas monarquías de Europa. Dirigió á lo pasado una mirada de hombre verdaderamente político, y solo vió que los diversos ensayos hechos por la Francia, á fin de unirse al resto del continente por los débiles lazos de

un matrimonio, habian producido la guerra, el destierro y la traicion. En una palabra, trató el emperador de separarse de Europa por su conducta privada, ya que lo estaba tambien por su orígen.

El Senado y el Cuerpo legislativo, representados por dos comisiones de su seno y por los miembros del consejo de Estado, se presentaron el 22 de enero á las Tullerías, donde les recibió el emperador de pié frente á su trono, pronunciando luego el siguiente discurso con una viva emocion que supo hacer estensiva á toda la asamblea.

«Señores, accedo al deseo tantas veces manifestado por el pais, y vengo á anunciaros mi matrimonio. La union que contraigo no está de acuerdo con las tradiciones de la antigua política, siendo esta su principal ventaja. La Francia, por sus revoluciones sucesivas, logró separarse bruscamente del resto de Europa; todo gobierno sensato debe procurar hacerla entrar de nuevo en el seno de las antiguas monarquías; pero será mucho mas fácil alcanzar este resultado por medio de una política recta y franca y por la lealtad en los tratados, que por medio de regios enlaces que, crean muchas veces falsas seguridades y sustituyen no pocas el interes de familia al interes nacional. A mas de que, los ejemplos de lo pasado han dejado en el ánimo del pueblo creencias supersticiosas: imposible le ha sido olvidar que todas las princesas extrangeras que han subido las gradas del trono de Francia en el largo período de setenta años, han visto á su raza proscrita por la guerra ó la revolucion. Solo una muger pareció llevar la dicha y vivir mas que las demás en el recuerdo del pueblo, y esa muger, esposa modesta y buena del general Bonaparte, no era de regia estirpe.

«Preciso es sin embargo reconocerlo, con razon fué saludado como un grande acontecimiento, el matrimonio contraido por Napoleon I y María Luisa en 1819; puesto que era una seguridad para lo porvenir y una verdadera satisfaccion para el orgullo nacional, el ver que la antigua é ilustre casa de Austria, que por tanto tiempo nos habia hecho la guerra, solicitaba la union del gefe del nuevo imperio. Todo lo contrario sucedió durante el último reinado: ¿cuánto no debió sufrir el amor propio del pais, al ver que el sucesor del trono solicitó infructuosamente por espacio de algunos años unirse con una princesa de una de las casas reinantes de Europa, viéndose por último obligado á hacerlo con una princesa digna sin duda, pero que pertenecia á una casa secundaria y á una religion distinta?

«Cuando en presencia de la antigua Europa, se llega por la fuerza de un nuevo principio á la altura de las antiguas dinastías, no es envejeciendo el blason, ni procurando introducirse á toda costa en la familia de los reyes, como logra un príncipe hacerse querer y respetar; mucho mejor lo obtendrá recordando siempre su orígen, conservando su

propio carácter y aceptando paladinamente á la faz de Europa la posicion de advenedizo, título glorioso cuando procede del sufragio de un gran pueblo. Así pues, obligado á separarme de las preocupaciones seguidas hasta hoy dia, no debia ser considerada mi union mas que como un asunto privado; solo me faltaba elegir compañera. La que ha venido á ser objeto de mi preferencia nació en ilustre cuna: francesa de corazon, así como lo es tambien por la educacion y por el recuerdo de la sangre que vertió su padre en defensa del imperio, tiene, como española, la ventaja de no tener en Francia familia á quien colmar de honores. Dotada de todas las cualidades del alma, será el ornamento del trono, así como en el dia del peligro, seria uno de sus mas fuertes apoyos; católica y piadosa, dirigirá al cielo las mismas preces que yo por la felicidad de la Francia, graciosa y buena, confio que hará revivir las virtudes de la emperatriz Josefina.

«Vengo pues, señores, á comunicar á la Francia que he preferido la muger que amo y respeto, á una muger desconocida cuya union habria sido una mezcla de ventajas y sacrificios. Sin manifestar ni sentir desden por nadie, cedo á mi inclinacion, despues de haber consultado mi razon y mis convicciones. Finalmente, al preferir la independencia, las cualidades del corazon y la dicha de la familia á las preòcupaciones dinásticas y á los cálculos de la ambicion, no seré menos fuerte, puesto que seré mas libre. Al dirigirme en breve al templo de Nuestro Señora, presentaré la emperatriz al pueblo y al ejército; la confianza que tienen en mi me asegura su simpatia para con la que he elegido, y vosotros, señores, á medida que la vayais conociendo, os convencereis de que tambien esta vez he sido inspirado por la Providencia.»

¿Cuál era pues aquella esposa elegida entre las mas altas familias de Europa y que sin embargo no llevaba al trono ningun carácter político? ¿Cuál era aquella jóven cuya beldad suprema habia conmovido tan vivamente el corazon de Napoleon III, y cuyas brillantes cualidades prometian á la Francia una nueva Josefina? Era Doña Maria de Guzman y Portocarrero, condesa de Teba, hija del conde de Montijo y de doña Maria Manuela Kirkpatrick de Closeburn, condesa viuda de Montijo, Miranda, Baños y Mora, duquesa de Peñaranda. Su madre, nació como ella, en Andalucia, y era descendiente de una antigua y noble familia jacobita que fijó su residencia en España despues del destierro de los Stuardos. Descienden los Montijo de la ilustre casa de Guzman, cuyo orígen se remonta á los primitivos tiempos de la monarquia española: todas las ramas de esta ilustre familia figuran mucho en la historia de su patria; siendo las de los duques de Medina de las Torres, Medina-Sidonia, Olivares, y finalmente, la de los condes de Montijo, de Teba y Villaverde, marqués de Ardales, de la Algara, etc.

Hé aquí la ilustre familia á que pertenecia la nueva emperatriz de los franceses. El padre de la jóven condesa de Teba, era hijo segundo del conde de Montijo, grande de España y diplomático distinguido, cuya casa era en Madrid el punto de reunion de todas las celebridades de la corte de Cárlos III. Cuando apareció Napoleon en la península al frente de un ejército, el hijo segundo del conde de Montijo, á la sazon conde de Teba, tomó ardorosamente el partido de Francia en la guerra de España; sirvió en el ejército francés en clase de coronel de artilleria, perdiendo un ojo y casi una pierna en la batalla de Salamanca. Cuando Fernando VII fué repuesto en su trono, salió de España el conde de Teba, y volvió á ocupar el puesto que le correspondia en el ejército francés. Hizo con gloria la campaña de 1814, mereciendo ser condecorado sobre el campo de batalla por el mismo emperador; cuando la defensa de Paris, le confió Napoleon el trazado de las fortificaciones de la capital, y le puso al frente de los discípulos de la Escuela politécnica para defender la posicion de Saint Chaumont, donde tuvo la honra de dirigir los últimos fuegos de artillería que se hicieron en defensa de la Francia. Restituido á su patria despues de la paz que siguió á la abdicacion del emperador, fué objeto el conde de Teba de sospechas y persecuciones por su adhesion á la Francia y por sus opiniones liberales. Mas de una vez llegó á verse encarcelado por *negro*; debió en cierta ocasion la vida á la energía de su esposa que le procuró la salida de Granada y un asilo seguro en la casa de unos pobres colonos de las Alpujarras. Adorado de todos los aldeanos, á quienes colmaba de beneficios, nunca encontró ni un solo traidor entre ellos; calmada la efervescencia política, ocupó durante muchos años un puesto en el Senado, mereciendo ser considerado siempre como uno de los miembros mas influyentes de aquel alto cuerpo. Heredero, por la muerte de su hermano mayor, del título de conde de Montijo y de bienes considerables, empleó del modo mas digno y noble su crédito y su fortuna: todas las empresas patrióticas, las mejoras de reconocida utilidad y las asociaciones benéficas, encontraron siempre en él un protector ardiente y generoso. Murió el conde en Madrid el año 1839, habiendo merecido la admiracion de todos los partidos y el afecto de cuantos tuvieron la honra de tratarle de cerca: consérvanse aun en el museo de artillería de Madrid, como un glorioso recuerdo, sus armas y uniforme.

Dos fueron las hijas que dejó el conde al morir: la mayor, doña Francisca de Sales, condesa de Montijo y duquesa de Peñaranda, casó en 1845 con el duque de Berwick y de Alba, sucesor del último de los Stuardos y del famoso duque de Alba, terrible é inmortal teniente de Felipe II. Estaba la hija segunda llamada á ocupar el trono de Francia, fortuna imprevista y sorprendente, digna sin

duda de las altas cualidades que distinguian á la jóven condesa.

Las ceremonias del matrimonio civil y del matrimonio religioso, van á revelarnos á la jóven compañera que habia elegido el corazon de Napoleon III.

A las ocho de la noche del 29 de enero, fué el gran maestro de ceremonias con dos coches de la corte á buscar á la desposada imperial que residia en el palacio del Elíseo. Recibida por el príncipe Napoleon y la princesa Matilde, fué presentada la condesa de Teba junto con su madre la señora condesa de Montijo, al emperador rodeado de todos los demás miembros de su familia, de los cardenales, y mariscales, almirantes, los ministros secretarios de Estado, de los oficiales de la casa civil y militar del emperador, de los embajadores y ministros plenipotenciarios residentes en Paris. El emperador se adelantó para recibir á su augusta compañera y se dirigió el cortejo á la sala de los Mariscales: habia en ella dos sillones enteramente iguales, colocados sobre un estrado; uno á mano derecha por el emperador, y para la futura emperatriz el otro. Habia una mesa junto al estrado, en la que se veia el registro del estado civil de la familia del emperador.

Era aquel registro de la antigua casa imperial, conservado en los archivos de la secretaría de Estado. El primer acto consignado en él databa del 2 de marzo de 1806, y era la adopcion del príncipe Eugenio, como hijo del emperador Napoleon I y como virey de Italia. El último que constaba en aquel registro era el nacimiento del rey de Roma, llevando la fecha de 20 de marzo de 1811: anotóse en él inmediatamente la partida de matrimonio del emperador Napoleon III y la emperatriz Eugenia.

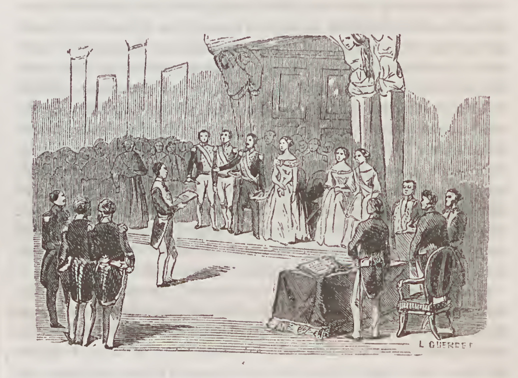
Despues de haberse sentado el emperador, el ministro de Estado y de la casa imperial dijo: «En nombre del emperador» A cuyas palabras se levantaron el emperador y la futura emperatriz: «Señor, ¿declara V. M. tomar en matrimonio á S. E. la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente?» El emperador contestó:

«Declaro tomar en matrimonio á S. E. la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente.» «Señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, ¿declara tomar V. E. en matrimonio á S. M. el emperador Napoleon III, aquí presente?» S. E. contestó: «Declaro tomar en matrimonio á S. M. el emperador Napoleon III, aquí presente.»

Entonces el ministro de Estado pronunció el matrimonio en estos términos:

«En nombre del emperador, de la Constitucion y de la ley, declaro que S. M. Napoleon III, emperador de los franceses, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, y S. E. la señorita Eugenia Montijo, condesa de Teba, están unidos en matrimonio.» Luego fué firmada el acta

por el emperador, la emperatriz, S. E. la señora condesa de Montijo, los príncipes y princesas y los testigos designados por S. M. Al dia siguiente, ó sea el 30 de enero, tuvo lugar la ceremonia religiosa, que fué aun mucho mas imponente y solemne.



El matrimonio del emperador, celebrado en el vasto templo de Nuestra Señora fué una de aquellas grandes solemnidades nacionáles que quedan indeleblemente grabadas en los recuerdos de un pueblo; haciendo estallar de nuevo el vivo entusiasmo y simpatía de los habitantes de Paris en favor de Napoleon III. La Francia entera se asoció al testimonio de adhesion y de júbilo que dió la capital á sus augustos emperadores. Inmensos fueron los preparativos hechos para que fuesen las fiestas en un todo dignas de la gran solemnidad que acababa de presenciar la capital del imperio; el entusiasmo popular rayó en delirio, como sucede siempre en todas las grandes solemnidades verdaderamente nacionales. Una masa enorme de gente, una multitud compacta nunca vista en Paris, empezó ya desde las primeras horas de la mañana á recorrer las calles de la capital: cualquiera habria dicho al ver la afluencia de gente que obstruia las calles y plazas por donde debia pasar la régia comitiva, que habian acudido aquel dia á Paris todos los departamentos vecinos.

Todo el pueblo ardia en deseos de conocer á la nueva soberana; todas sus aclamaciones tenian por objeto manifestarla los sentimientos de amor y respeto que ya se le profesaban. Aquel noble y gracioso rostro, cuya

dulzura y modestia realzaban aun su belleza, ejercia ya en todos los corazones un irresistible encanto. Comisiones de obreros de Paris y del distrito, de antiguos militares del imperio y de hermosas jóvenes vestidas de blanco, estaban en la carrera aguardando que pasasen SS. MM. para saludarles en nombre de sus corporaciones respectivas. La guardia nacional y el ejército formaban el cordon desde el palacio de las Tullerías hasta el templo de Nuestra Señora. La plaza del Louvre, la calle de Rivoli, las Casas Consistoriales y todos los principales edificios, estaban vistosamente adornados de mástiles, banderas, panoplias y escudos en los que se veian entrelazadas las iniciales del emperador y la emperatriz. La plaza del Corrousel, en la que estaban formadas las tropas que debian escoltar la régia comitiva, ofrecia un admirable golpe de vista: los carabineros de á caballo, ostentando sus brillantes corazas, los gendarmes del Sena despertando con su actitud imponente y severa recuerdos de gloria á los veteranos del grande ejército, los guias atrayendo todas las miradas por su gracioso uniforme, todos aquellos apuestos ginetes, en fin, formados en columna cerrada, daban la mas completa idea de lo que ha sido siempre el ejército francés.

Entretanto dos coches de la casa real habian ido á buscar á la emperatriz al palacio del Elíseo; á las doce en punto anunció el cañon de los Inválidos su llegada. En aquel mismo instante rompieron todas las bandas, y verificó la emperatriz su entrada en las Tullerías por el enrejado del pabellon de Flora, á los gritos mil veces repetidos de *¡viva la emperatriz!* El emperador salió al encuentro de su esposa y tomándole la mano la acompañó hasta el salon; saliendo luego con ella á uno de los balcones de palacio: fué su presencia acogida por un inmenso grito de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! que se prolongó hasta mucho tiempo despues de haberse separado del balcon. Luego se vió adelantar una carroza dorada en cuya parte superior brillaba la corona imperial, que habia servido ya para la consagracion de Napoleon I y Josefina.

Al salir de las Tullerías y del Louvre y al desembocar en la calle des-Fossés-Saint-Germain-l'Auxerrois, fueron saludados el emperador y su jóven compañera con los vítores mas entusiastas. Napoleon III quiso aprovechar aquella circunstancia para inaugurar solemnemente la calle de Rivoli: estaba aquella magnífica via de comunicacion ricamente adornada en toda su longitud, notándose en ella numerosos catafalcos improvisados para poder ver mejor la régia comitiva; casas, ventanas, techos, todo estaba invadido por un inmenso pueblo. Las mugeres agitaban al aire sus pañuelos ó arrojaban numerosos ramos de flores; los soldados y los nacionales levantaban sus armas; desbordaba de todos los corazones un mismo sentimiento; proferian todos los labios un mis-

mo deseo, un mismo grito: *¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!*

En medio de esta ovasion llegó el cortejo á la vista del templo de Nuestra Señora: estaba la catedral ricamente adornada, sin faltar á la propiedad que exigian la arquitectura y las proporciones del monumento; así es que producia aquel vasto templo el mas bello efecto. Frente á la puerta principal se habia levantado un porche gótico, en cuyos cuarterones se veian representados un gran número de santos y reyes de Francia; y luego en la parte superior de cada ángulo las estátuas ecuestres de Carlomagno y Napoleon. A lo largo de la balaustrada que coronaba la galeria de los reyes, se notaba un friso de águilas y guirnaldas interpuestas entre si. Flotaban nueve banderas verdes, sembradas de abejas y con las iniciales de los emperadores en los ventanales y en el roseton de enmedio; luego ondeaban tambien sobre la balaustrada de la galería superior pintada de verde y sembrada de abejas, las banderas de los ochenta y seis departamentos. Habian anchas franjas de oro que cubrian enteramente el armazon de las campanas; elevándose en la cima de las torres cuatro águilas y dos grandes banderas tricolores. Un porche interior, de forma elegante y sencilla, sostenia una tribuna destinada á una orquesta de quinientos músicos. Las columnas de la catedral estaban cubiertas hasta sus capiteles, de terciopelo carmesí bordado de palomas de oro; y de ambos lados de la nave y de cada tribuna pendian colgaduras de terciopelo encarnado, forradas de armiño con escudos imperiales, unidas entre si por guirnaldas de verdor y de flores; cubrian la parte superior de las ojivas unas cortinillas verdes, bordadas de abejas de oro. En los dos ángulos interiores del fróntispicio habia dos bastidores en los que figuraban diferentes adornos de ensambladura; habia además debajo de los dos grandes rosetones, retablos pintados al estilo de Giotto y Cimabue, figurando los dos estremos de la cruz latina.

Sobre un estrado cubierto de una alfombra de armiño estaban colocados los dós puestos de honor destinados al emperador y la emperatriz; estaban bordadas las armas imperiales en los respaldos de los dos sillones y en el reclinatario. Cubria aquel estrado un magnífico dosel de terciopelo encarnado, sembrado de abejas, y coronado por una águila de oro con las alas desplegadas. Numerosas banderas conteniendo los nombres de las principales ciudades y departamentos de Francia, descendian de la bóveda del templo completando aquella decoracion admirable. Por último, el altar de estilo noble y severo, cuya elevacion era de siete gradas regulares sobre el suelo de la iglesia, se destacaba maravillosamente de en medio de los torrentes de luz de que estaba inundado el coro.

La catedral estaba iluminada por quince mil bugías; nada bastaria

á dar por lo tanto una exacta idea del aspecto imponente que ofrecia aquella basílica ocupada por el cuerpo diplomático, el Senado, el Cuerpo legislativo, el consejo de Estado, los ministros, los mariscales, los almirantes y la grandeza de Francia y de los demás paises atraida á Paris por aquella ceremonia. A la izquierda del altar se habian colocado los cardenales, los obispos, los miembros del capítulo metropolitano, los canónigos titulares de San Dionisio y los canónigos honorarios de Paris.

A la una en punto el rumor de los tambores y las aclamaciones entusiastas del pueblo anunciaron la llegada del cortejo; dirigióse desde luego el arzobispo de Paris, procesionalmente precedido y seguido de su clero hácia la puerta principal, vistiendo todos los adornos pontificales. Abrióse inmediatamente la puerta principal, y el emperador, dando la mano á la emperatriz, hizo su entrada en la basilica. Llevaba aquel el uniforme de teniente general con el gran cordon de la Legion de honor y el mismo collar que sirvió á Napoleon I en el acto de su consagracion, asi como tambien el collar del Toison de oro, llevado en otro tiempo por el emperador Carlos V. Vestia la emperatriz un traje largo de seda blanca cubierto de encajes, desprendiendose de su diadema de brillantes un largo velo de Inglaterra coronado de flores de naranjo. Nada mas sencillo y rico que aquel traje virginal de la jóven desposada: toda la concurrencia estaba profundamente conmovida al contemplar aquel rostro angelical que revelaba tanta gracia, distincion y bondad. Se adelantaron los emperadores lentamente bajo un palio de terciopelo carmesí forrado de raso blanco, mientras ejecutaba la orquesta una pieza solemne y religiosa de gran mérito. Despues de haber recibido el agua bendita y el incienso, ocuparon los respectivos puestos que les estaban destinados por el ceremonial; y empezó el arzobispo á oficiar, saludando á los desposados que se dirigieron desde luego al pié del altar, donde se conservaron de pié dándose la mano derecha. El arzobispo se dirigió entonces al emperador y la emperatriz diciendoles: «¿Os presentais aquí para contraer matrimonio ante la santa Iglesia?» El emperador y la emperatriz contestaron: «Si, señor» Despues de estas palabras, el primer limosnero del emperador, precedido de un maestro de ceremonias, presentó en una bandeja de plata sobredorada las piezas de oro y el anillo que bendijo el arzobispo. Luego dirigió este prelado al emperador las palabras siguientes: «Señor, ¿declarais, reconoceis y jurais delante de Dios y la santa Iglesia que tomais ahora por vuestra legítima esposa, á la señora Eugenia de Montijo, condesa de Teba, aquí presente?» A lo que contestó el emperador: «Si, señor.» Entonces continuó el oficiante: «¿Prometeis y jurais guardarle la fidelidad que en todo debe el marido fiel á su esposa, se-

gun lo prescribe Dios? » El emperador contestó: « Si, señor.»

Dirigiendose luego el arzobispo á la emperatriz, la dijo: « Señora, ¿declarais, reconoceis y jurais delante de Dios y la santa Iglesia que, tomais ahora por vuestro legítimo esposo, al emperador Napoleon III, aqui presente? » La emperatriz contestó: « Si, señor. » Continuó el oficiante: « ¿ Prometeis y jurais guardarle la fidelidad que una esposa fiel debe en todo á su esposo, segun lo prescribe Dios? » La emperatriz contestó: « Si, señor. »

El arzobispo entregó entonces al emperador las joyas y el anillo, y luego este las presentó á la emperatriz, diciendola: « Recibidlas en prueba del contrato matrimonial contraido entre vos y yo. » Enseguida el emperador colocó el anillo en el dedo de la emperatriz, y la dijo: « Os doy este anillo en señal del matrimonio que contraemos. » Arrodillaronse entonces el emperador y la emperatriz, y tendiendo el arzobispo la mano sobre los dos esposos, pronunció la fórmula sacramental y la plegaria: *Deus Abraham, Deus Isaac et Deus Jacob vobiscum sit: et ipse conjugat vos, impleatque benedictionem suam in vobis.*

Despues de los oficios divinos, durante los cuales resonaron bajo las bóvedas de la basílica el *O Salutaris* de Cherubini, *el Sanctus* de Adolfo Adam y el *Domine salvum* de Auber, regresó el cortejo á las Tullerías, recorriendo aquella vez toda la línea hasta la plaza de la Concordia. En todas partes repetia la multitud los gritos de *¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz!* Todas las comisiones de operarios y de señoritas presentaban flores á los esposos, saludandoles á su paso con las mas entusiastas aclamaciones. El tiempo habia favorecido aquella fiesta magnífica; raramente se vé durante el invierno en Paris un cielo tan puro y una temperatura tan benigna.

Quiso el emperador que todos los gastos hechos con motivo de las fiestas de su casamiento fuesen á su cargo; por su parte la emperatriz pidió á su esposo que fuese su union un motivo de dicha y una prenda de libertad para tantos infelices descarriados que estaban gimiendo aun en el destierro y en las cárceles. Por lo tanto fueron indultadas mas de tres mil personas de entre las que habian sido detenidas á consecuencia del movimiento político que estalló en el mes de diciembre del año 1851. Ya la jóven emperatriz se habia puesto en comunicacion simpática con la Francia por algunos de aquellos rasgos sublimes que revelan la grandeza de una alma.

Entre los preciosos objetos que formaban el regalo de boda hecha á la emperatriz, habia hecho colocar el emperador en lugar de la bolsa de costumbre, una cartera que contenia en billetes la cantidad de doscientos cincuenta mil francos, cuya suma quiso la emperatriz consagrar en-



[illegible] Dios? » El emperador contestó : « Sí, señor. » [illegible]

[illegible] á la emperatriz, le dijo : « Señora, [illegible], reconoceis y jurais delante de Dios y la santa Iglesia que [illegible] por vuestro legítimo esposo al emperador Napoleon III, [illegible] La emperatriz contestó : « Sí, [illegible] » Continuó el [illegible] : « ¿Prometeis y jurais guardarle la fidelidad que una esposa [illegible] segun la [illegible] de Dios? » La emperatriz contestó : « Sí, señor. »

El arzobispo entregó entonces al emperador las [illegible] y el anillo, y [illegible] á la emperatriz, [illegible] del contrato matrimonial [illegible] entre vos y yo. » [illegible] el emperador [illegible] el anillo en el dedo de la emperatriz, y le dijo : [illegible]

[illegible]

[illegible] presentaron [illegible] el pasaje [illegible] Si [illegible] aquella nueva [illegible] en Paris [illegible] para [illegible] tan benigna.

[illegible] el emperador que [illegible] grandes [illegible] por motivo de [illegible] su casamiento [illegible] la emperatriz [illegible] que [illegible] de dotes, una grande [illegible] [illegible] en el [illegible] y en las [illegible]

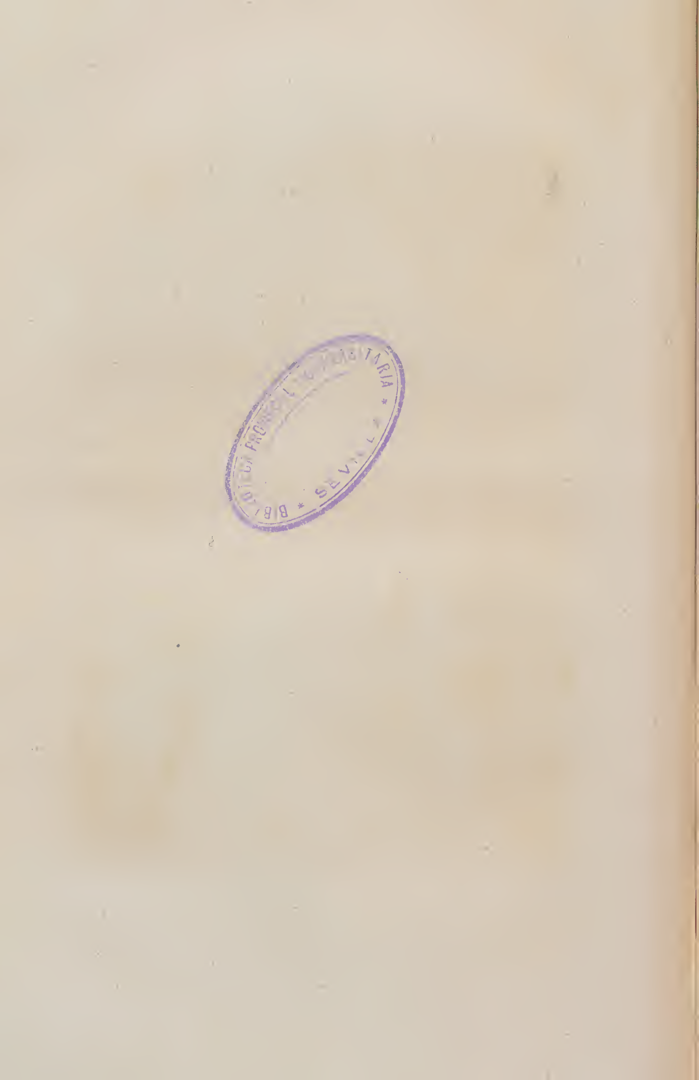
[illegible]

[illegible] y la nueva emperatriz se había [illegible] por alguna de aquellas [illegible]

[illegible]



La Emperatriz Eugenia.



teramente á obras filantrópicas. En su consecuencia dispuso, que se entregasen cien mil francos á las diferentes sociedades maternales, cuyo objeto es socorrer á las mugeres pobres durante el parto, atender á sus necesidades y velar para que nada falte á sus hijos; los ciento cincuenta mil francos restantes sirvieron para aumentar el número de camas en el hospital de incurables, en favor de los pobres enfermos de ambos sexos; reservandose S. M. la emperatriz el derecho de disponer de ellas.

En breve dió la emperatriz Eugenia una nueva prueba de los generosos sentimientos y del espíritu de beneficencia que abrigaba su noble corazon, negandose por la carta siguiente á aceptar el aderezo de brillantes que le ofrecia la ciudad de Paris. Solo las mugeres podrán comprender el caritativo heroismo que se necesita para renunciar á la posesion de un collar cuyo valor escedia de seiscientos mil francos.

« Señor Prefecto: Quedo vivamente agradecida á la generosa decision del cuerpo municipal de Paris, que de tal modo manifiesta su adhesion simpática á la union que el emperador contrae. Sin embargo, esperimento cierta pena al pensar que el primer acto que va unido á mi nombre, en el momento de mi matrimonio, sea objeto de un gasto tan considerable para la ciudad de Paris. Permitidme, pues, que no acepte vuestro regalo, por mas lisonjero que me sea, me haréis mas feliz empleando en limosnas la suma que habiais fijado para la compra del aderezo que el consejo municipal queria ofrecerme. Deseo ardientemente que no sea mi matrimonio una nueva carga para el pais á que perteneceré en lo sucesivo; siendo mi única ambicion el compartir con el emperador la estimacion y el afecto del pueblo frances. Os suplico, señor prefecto, manifesteis á vuestro consejo mi reconocimiento profundo, y que recibais vos la seguridad de mis distinguidos sentimientos. — Eugenia, condesa de Teba. »

Para satisfacer aquellas nobles intenciones tan dignamente espresadas, dispuso el consejo municipal que los seiscientos mil francos que debian emplearse en la compra del aderezo, sirviesen para la fundacion de un establecimiento, en el que recibirian las jóvenes pobres una educacion profesional, y del que solo saldrian ventajosamente colocadas: aquel establecimiento debia llevar el nombre y ser puesto bajo la proteccion de la emperatriz.

Aun mucho antes de contraer la emperatriz Eugenia su matrimonio, el pueblo que en breve conoce á los que le aman, sabia ya de la condesa de Teba mil rasgos de generosidad simpática. Pasando cierto dia por la calle de Rivoli, vió la jóven y hermosa condesa caer de un andamio á un operario carpintero; arroja Eugenia un grito, hace parar el coche y se lanza al lado del pobre trabajador, cuya herida no fué feliz-

mente de peligro : dejóle algun recurso y le prodigó sus consuelos, mas preciosos aun para el infeliz que el mismo dinero. Otro dia encontró cerca de la barrera de la Estrella á una pobre muger cubierta de harapos llevando en brazos á dos niños que tiritaban de hambre y frio bajo un triste cielo de invierno ; paróse inmediatamente la hermosa jóven, se informó y sacando del coche un abrigo envolvió á las dos criaturas, despues de haber vaciado su bolsa en la mano de la pobre madre. En un todo habia logrado la incomparable jóven cautivar el carácter francés, tan predispuesto á la admiracion de todo lo que es realmente bello : la gracia enérgica y festiva de la hermosa compañera del emperador, realzaba á todos los ojos su distincion y sus virtudes.

Nada es capaz de igualar la elegancia, resolucion y soltura que despliega el montar á caballo la emperatriz Eugenia. Los que hayan asistido á las cacerías de Compiegne, durante las cuales voló mas de una vez el corazon de Napoleon III en pos de la jóven condesa de Teba, recordarán siempre á la hermosa amazona que á tan largo trecho dejaba á los mas famosos ginetes de Francia ó Inglaterra. Cierto dia en Aguas-Buenas, donde la obligó á asistir una ligera afeccion que sentia en la laringe, se dispuso hacer una escursion á caballo hasta la cima mas alta de los Pirineos. Inútil es advertir que fué la condesa de Teba la primera en llegar á la nevada cumbre, desde la que reprendia con suma gracia á un caballero español que habia llegado el último, diciéndole que deshonraba á España.

Muchos son los retratos de la emperatriz que inventó la fantasía ; pero desde el 30 de enero dia en que la pareja imperial fué unida solemnemente en la antigua basílica parisiense, desde el dia en que Napoleon III presentó su esposa al pueblo y al ejército, pregonaron cuatro cientos mil testigos la sin igual belleza de la emperatriz Eugenia. Es su talla alta y flexible, sus hombros magníficos, sus cabellos, de aquel blondo dorado que tanto se admira en los cuadros del Vecelli y del Veronés, y sobre todo, sus ojos de color de cielo, revelan claramente la sangre escocesa ; si bien la finura aristocrática de la cabeza y del pié y su aire magestuoso, descubren en Eugenia la sangre española, la energía enteramente meridional y la vivicidad encantadora del espíritu ; por lo que puede decirse con razon, que es la emperatriz un conjunto de gracias.

Las mugeres de Francia y del mundo todo, fueron las primeras en aplaudir aquella eleccion fundada en una mútua simpatía y en un justo orgullo ; porque no pudo menos de admirar al bello sexo aquel caballeresco reto lanzado de lo alto de un trono al uso ó costumbre de la política matrimonial que se observa en las cortes. Habia ademas en aquel acto político una libertad de accion y una franqueza que estaban en perfecta armonía con el legítimo orgullo del pais. A las nobles y patrió-

ticas palabras pronunciadas por el emperador, costestó la Francia con una aclamacion universal, puesto que de todos los puntos recibió el emperador felicitaciones numerosas, por haber dado Napoleon III al pais una nueva prenda de paz y seguridad, de prosperidad, y grandeza. No procurando el emperador contraer úna de aquellas uniones que parecen aumentar la esfera del poder, y que son tan solo una ilusion engañosa, daba el elegido una prueba de la fé que tenia en la nacion, y de que bastaba á la Francia su propia energia, para sostener lo que creára su voluntad poderosa. ¿Cómo no satisfacer pues la dignidad nacional el matrimonio que acababa de contraer Napoleon III? Al rechazar una de aquellas combinaciones políticas cuyos frecuentes desastres han demostrado muchas veces la debilidad y frustrado todos los cálculos de un pueblo, y al colocar á su augusta esposa bajo la invocacion de su gloriosa abuela, la emperatriz Josefina, habia tenido sin duda el emperador en consideracion esos instintos populares cuya segura infalibilidad revelan los misteriosos avisos de la Providencia. ¡Feliz inspiracion fué la de unir el nombre de la nueva emperatriz al nombre de aquella que la voz del pueblo llamaba en otro tiempo el ángel del imperio! La emperatriz Eugenia no debe á la Francia mas que su educacion, por lo que conoce mucho mas que ninguna princesa alemana, a la nacion cuyos destinos le están en parte confiados; circula además en sus venas la sangre española y la sangre escocesa, lo que hará que hasta el menor de sus actos lleve impresa la energia de ambas razas.

Cuando en 14 de enero se procedió á la apertura del Senado y del Cuerpo legislativo, anunció el emperador á aquellos dos grandes Cuerpos del Estado que en lo sucesivo tendria la Francia instituciones «capaces de defenderse por si mismas y cuya estabilidad no dependeria ya de la vida de un hombre.»

Luego dió cuenta en los siguientes términos de los actos del gobierno durante el año que acababa de espirar.

«Señores senadores, señores diputados: Hace un año que os reunisteis en este mismo recinto para inaugurar la Constitucion promulgada en virtud de los poderes que el pueblo me habia conferido; sin que desde entonces se haya visto la paz nunca turbada. La ley, al tomar nuevamente su imperio, ha permitido fuesen restituidos á sus hogares la mayor parte de los hombres que por un rigor necesario se habian visto separados de ellos. La riqueza nacional ha llegado hasta tal punto que la parte de fortuna mueble cuyo valor se puede apreciar cada dia, se ha aumentado en mas de dos mil millones. La actividad del trabajo se desenvuelve en todas las industrias; los propios progresos se notan tambien en Africa, donde el ejército francés acaba de obtener brillantes triunfos. La forma de gobierno se ha modificado legalmente por medio del sufragio

universal, sin que se hayan esperimentado sacudidas violentas, y se han emprendido grandes obras sin la creacion de ningun impuesto ni tener que apelar á ningun emprestito. La paz ha sido sostenida sin debilidad; todos los poderes han reconocido al nuevo gobierno: tiene hoy la Francia instituciones que pueden defenderse por si mismas y cuya estabilidad no depende de la vida de un hombre.

«Hemos obtenido todos estos resultados sin grandes esfuerzos, porque estaban en el ánimo y en el interés de todos; á los que desconozcan su importancia, les diré que catorce meses atrás estaba el pais entregado á la anarquía. A los que sientan que no se haya concedido una libertad mas lata, les diré, que nunca contribuyó la libertad á hacer duradero un edificio politico; y que solo puede coronarlo cuando haya sido consolidado por el tiempo.

«No olvidemos por otra parte que, si la inmensa mayoria del pais tiene confianza en lo presente y fé en lo porvenir, hay siempre hombres incorregibles que, olvidando su propia experiencia, sus errores y sus estravíos, se obstinan en no respetar la voluntad nacional, niegan con descaro la realidad de los hechos, y procuran agitar un mar cada vez mas tranquilo, sin pensar que ellos mismos serian víctimas de las primeras borrascas. Todas las ocultas maquinaciones de los diferentes partidos solo contribuyen á hacerles demostrar mas su impotencia; por esto lejos de prevenirse el gobierno contra ellas, solo piensa en administrar bien la Francia y en asegurar la paz de Europa. A este doble objeto, procurará disminuir los gastos y los armamentos, consagrará á aplicaciones útiles todos los recursos del pais y conservará lealmente las relaciones internacionales á fin de demostrar á los mas incrédulos que, cuando la Francia espresa su intencion formal de conservar la paz, debe ser creida, porque es asaz fuerte por temer y harto franca para engañar á nadie.

«Vereis, señores, por el presupuesto que os será presentado, que no se ha visto de veinte años á esta parte á nuestra hacienda tan pujante como ahora, y que ha aumentado la renta pública mucho mas de lo que se podia preveer. Sin embargo, el efectivo del ejército, disminuido ya de treinta mil hombres en el curso del año último, vá á serlo hasta de veinte mil mas. La mayor parte de las leyes que os serán presentadas, no saldrán del círculo de las exigencias acostumbradas, lo que indica claramente que es nuestra situacion favorable; porque siempre son los pueblos tanto mas felices, cuanto menos tienen que recurrir los gobiernos á medidas estraordinarias.

«Démos gracias á la Providencia por la proteccion visible que ha dado á nuestros esfuerzos; perseverémos en esta via de firmeza y moderacion, que contiene sin exasperar, que conduce al bien sin violencia y evita

toda reaccion peligrosa. Contemos siempre en Dios y en nosotros mismos, asi como en el apoyo natural que os debemos, y contentémonos con ver á este pais pacífico y tan próspero en el interior, como respetado en el esterior.»

Mientras que la Francia tranquila y pacífica, contaba lo bastante con la paz interior de que gozaba y sus relaciones amistosas con las demás potencias, para llamar á su seno á sus hijos descarriados; mientras que el esforzado ejército francés, miraba sonriendo y descansando sobre las armas, los preparativos de un pueblo vecino y amigo para resistir á una invasion que nadie meditaba, dirijamos con el emperador Napoleon III una mirada sobre los resultados de aquella paz fecunda que empezaba á cicatrizar ya tantas heridas abiertas recientemente en el corazon del pais.

Desde que la energía del sobrino del emperador calmára todas las inquietudes y estinguiera las luchas civiles, parecia la Francia una vasta colmena, puesto que se desenvolvian sus inmensos recursos con un vigor creciente. Ya las fundiciones habian vuelto á encender sus fraguas; ya los enormes martillos de Alais, Terre-Noire y Fourchambault resonaban otra vez sobre el yunque, despertando por tanto tiempo dormidos, los ecos de aquellos magníficos establecimientos. Los albañiles, cerrajeros, carpinteros y los operarios todos, eran llamados nuevamente al taller, y emprendian sus trabajos con ardor despues de un largo descanso. Aquella paz regeneradora iba á desenvolver tambien los recursos de la agricultura, puesto que hasta las tierras pantanosas é incultas, empezaban ya á ser desbrozadas. El trabajo mas noble y soluble al alma y al cuerpo, la agricultura, iba á aumentar la riqueza pública



y á poner de reserva recursos preciosos para hacer frente á las eventualidades de lo porvenir. «Tenemos estensos territorios incultos que desbrozar, caminos que abrir, puertos que formar, rios que hacer nave-

gables, canales que terminar y una red de caminos de hierro que llevar á cabo.» Estas promesas hechas en 12 de octubre de 1852, habian sido en su mayor parte cumplidas ya, merced á la energica voluntad del emperador.

Desde el principio de su dictadura, dispuso Luis Napoleon por un solo acto de su voluntad, que se hiciera en pocos dias la adjudicacion del camino de hierro de Lion á Aviñon, por tanto tiempo esperado. El año 1855 vió al fin terminada aquella línea fecunda que debia unir la Mancha al Mediterráneo, vivificar el corazon del pais, poner el norte en comunicacion rápida y regular con el mediodia, facilitar un movimiento de trasporte de los mas considerables que se conocen, y dar al comercio y la industria un impulso que debia en breve hacerlos llegar á su mayor pujanza. En menos de tres meses, despues de la legislatura de 1855, dieronse cinco leyes respecto á caminos de hierro que aumentaran la inmensa red nacional con los de Burdeos á Bayona, de Narbona á Perpiñan, de Saint Rambert á Grenoble, y con las tres líneas de entre el Ródano y el Loire. Accedióse por último á los deseos de una vasta region por tanto tiempo olvidada, concediendose á la industria particular la ejecucion de tres grandes vias-férreas que debian atravesar el centro de Francia, presentando en su conjunto una línea de nuevecientos quince kilómetros; tales eran los caminos de hierro de Clermont á Montauban, de Limoges á Agen, de Lion á Burdeos. Hé aquí una prolongacion necesaria que empalmando con la red de los Pirineos no tardará en unir Francia, España y Portugal, por tanto tiempo aisladas de la gran familia europea. Dentro dos ó tres años podrá decirse con mas razon que Luis XIV: Ya no hay Pirineos.

Solo la proteccion mas ilustrada y decidida podia conceder tantas vias férreas destinadas á acercar los mercados, ó poner los centros de consumo en relacion con los productores, á asegurar por este medio el despacho ó la venta de todos los artículos, facilitando las transacciones y derramando por do quiera el bienestar y la vida. Napoleon III no habia nunca olvidado cual fué la grandeza de los pueblos que mas se dedicaron á la agricultura. Todas las familias patricias tenian á mucho honor el trabajo del campo; por esto se vió hasta el siglo XVI, figurar en el blason señorial la reja y la espada en un mismo campo. Uno de los mejores capitanes de los tiempos modernos encontró la verdadera fórmula de la civilizacion francesa: *ense et aratro*, por la espada y el arado, esta divisa que el mariscal Bugeaud daba á la conquista argelina, será en lo sucesivo la divisa de la Francia.

La agricultura, una vez reparada y floreciente, atraerá á un gran número de esos hombres que arrastran en los grandes centros de poblacion una existencia enervada y perjudicial; las ideas tomarán entonces

nuevo rumbo, librándose el estado social de esas agitaciones funestas, causadas por la ambicion desordenada, por las ilusiones y desengaños de las profesiones liberales. Las costumbres y el carácter nacional ganarán mucho en aquella reaccion saludable, porque siempre ha sido la vida campestre el puro manantial de las sanas tradiciones y del verdadero patriotismo. Asi pues, merced á la iniciativa de seguridad de que la Francia es deudora al emperador, cada dia la agricultura se desenvuelve y se estiende por la multiplicacion de los medios de cambio produciendo la comodidad y la riqueza en el seno de las laboriosas poblaciones del campo.

Paris, corazon y cérebro de la Francia, debia ocupar el primer puesto, sobre todo, cuando se trataba de aquel gran pensamiento de regeneracion universal. Paris, ciudad de trabajo inteligente y de inquietudes morales; Paris, tan pronto entusiasta como hostil, causa incesante de la riqueza ó ruina de la Francia entera, debe quizás en gran parte esa mobilidad peligrosa á la condicion material de sus habitantes y á la poderosísima influencia de su antigua conformacion. Construir el Paris de lo porvenir y procurar á todas las clases el mayor bienestar posible para evitar todo pretesto de agitacion, tal fué el plan que el sucesor de Napoleon realizó á grandes rasgos, desde el dia en que la Francia le colocó al frente de sus destinos.

El principal cuidado del presidente de la república desde el dia 10 de diciembre de 1848, habia sido reanimar el trabajo por los medios que estuviesen mas en conformidad con el interés publico. La poblacion de Paris habia disminuido considerablemente; los capitales desaparecian, y las mercancías estaban atestadas en los almacenes desiertos; se habian desocupado mas de setenta y cinco mil habitaciones, habiendo disminuido de mas de quince mil habitantes la poblacion flotante. Hay un antiguo refran parisiense que dice: Cuando el buque anda, todo anda. Hé aquí porque era preciso dar impulso á aquella industria, la mas fecunda de todos; hé aquí porque la determinacion tomada por Luis Napoleon consistia en reanimar el antiguo Paris. Mientras que se disponia todo lo necesario para formar una capital modelo que fuese en un todo digna de la Francia, se daba por medio de la demolicion de un gran número de casas indignas de la civilizacion moderna, un gran valor á las propiedades que quedaban en pié, regenerando de este modo el trabajo en todo el pais y saneando aquella ciudad inmensa que encierra una trigésima sexta parte de Francia. El primer paso que reveló aquel gran designio, fué la rápida ejecucion de la via monumental, si asi puede llamarse, ó sea, de la calle de Rivoli. Desde la calle de San Dionisio hasta las Casas Consistoriales serpenteaban una infinidad de callejones sombríos y fetidos que habian de desaparecer enteramente. Obra magnífica que tendia á unir los principales monumentos, puesto que for-

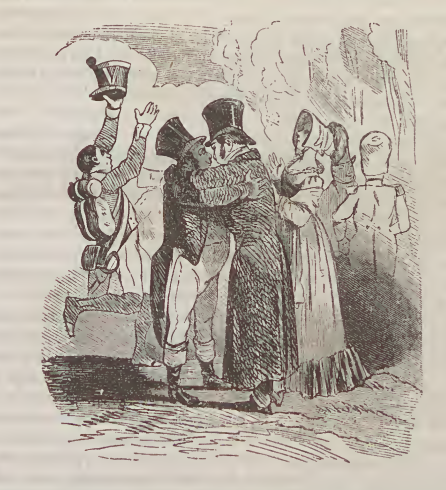
maba la nueva calle una línea recta de veinte y dos metros de latitud y de una estension de tres kilómetros. Realizó esta obra la parte mas esencial, la mas realmente útil del proyecto que, segun las miras de Napoleon I, su autor debia unir en línea recta el Louvre, aquel trofeo de la Francia, á la plaza de la Bastilla.

El Louvre, monumento único, regio y popular á la vez, en el que cada siglo prolongó una ala, y en el que en cada piedra está inscrito un nombre inmortal, recuerda sin cesar las majestuosas sombras de Francisco I, Enrique IV, Richelieu, Fouquet, Colbert, Luis XIV y Napoleon. El Louvre, fortaleza de la monarquía naciente, castillo silencioso y amenazador de Felipe Augusto y Carlos V, reemplazado por la elegante construccion de Pedro Lescot, enriquecido por las mas sublimes inspiraciones del genio del renacimiento, esculpido por Juan Goujon, continuado con tan esquisita pureza por los dos arquitectos de Catalina de Médicis, Juan Bullant y Filiberto Delorme; el Louvre elegante y pomposo de Dupeirac y Ducerceau; el Louvre grandioso y solemne de Claudio Perrault; el Louvre, en fin, de Percier y de Fontaine, palacio gigantesco, resumen de todas las edades y artes de la Francia, iba á terminarlo Visconti en cuatro años por un solo acto de la voluntad de Napoleon III. Terminadas sus obras continuará siendo el Louvre el palacio de la nacion, el templo de las artes, cuyo santuario estará abierto para todos sin distincion de clases: solo ocupará el gefe del estado en él un puesto necesario para representar dignamente al gran pueblo que le ha puesto á su frente. Allí se irá á admirar de todos los puntos del globo el museo nacional enriquecido por nuevas adquisiciones, asi como tambien el museo formado por el señor conde de Nieuwerkerke, segun las órdenes de Luis Napoleon, que está destinado á perpetuar el recuerdo de los soberanos que han reinado en Francia.

En su alta imparcialidad quiso Napoleon III reunir todos aquellos monumentos salvados del furor de las discordias civiles y que recuerdan todas las grandezas monárquicas que fueron un dia el honor del pais. Recordad, habia dicho Luis Napoleon al señor de Nieuwerkerker, que quiero reunir en este museo todo lo que pueda hacer revivir la memoria de los reyes ó emperadores de Francia, todo lo que lleve el sello de su individualidad. Cubrireis de flores de lis las paredes de la sala de los Valois ó de los Borbones, así como sembrareis de abejas el gran manto de púrpura de la sala imperial: todas las dinastías han dejado recuerdos gloriosos. Para la mas pronta ejecucion de aquel gran pensamiento, el emperador y la emperatriz inauguraban el 10 de febrero de 1853 aquel nuevo museo, en el que junto á los restos de Napoleon I, brillaban á todos los ojos la gigantesca armadura de Francisco I y la coraza primorosamente cincelada de Enrique II. Se veia la

firma de Luis Felipe en el libro de la órden del Espíritu Santo á algunas páginas de la de Enrique III: las insignias reales de Childerico, el devocionario de Carlomagno, la biblia de Cárlos el Calvo y el librito que contiene aun la huella de las lágrimas de María Stuart, están colocados en un estante que hay cerca del sillon de Dagoberto y de la pila árabe en que fué bautizado San Luis. La espada de Francisco I, aquella espada de Pavía que por tanto tiempo poseyó la España, descansa junto á la elegante ballesta de Catalina de Médicis, á algunos pasos de la espada de puño de marfil del primer cónsul.

Los antiguos soldados del imperio, los hijos de la nueva Francia que han guardado la religion de la gloria, pueden ver con enternecimiento aquel uniforme usado que llevó el vencedor de Marengo, aquel catre en que el héroe de Italia meditaba sus gigantescos planes de campaña,



aquel tomo de Ossian, aquel tablero de bronce y coral, que por algunos momentos distraia al emperador de sus rudas tareas. Allí encuentran un recuerdo de aquellos dias felices cuya duracion fué tan corta, de aquellos dias en que Paris y la Francia escuchaban estremeciéndose de

gozo la ronca voz del cañon que anunciaba al heredero de la dinastía imperial: allí se halla la cuna del rey de Roma. Tambien hay allí testimonios solemnes de cinco épocas funestas, tales son: el sombrero que llevó el emperador en 1814; la bandera de la guardia imperial que abrazó en Fontainebleau, la brida, los estribos y la silla del caballo de Waterloo; el sombrero que preservaba la cabeza del cautivo del ardor del sol de Santa Elena; y el pañuelo que enjugó el último sudor de la agonia del mártir.

Historiadores ó poetas, esclamó elocuentemente el conde Horacio de Vielcastel al contemplar aquellos nobles despojos, dad rienda suelta á las magníficas inspiraciones de vuestro genio; revestidlas con las mas bellas galas de la prosa ó de la poesía, que no por esto lograréis impresionar tan vivamente la imaginacion como lo hacen aquellos pobres objetos que tantas veces tocó el emperador y que conservan aun tan marcada su huella. Muchas son las lágrimas que hemos visto correr por las enjutas megillas de antiguos servidores al contemplar el sombrero de Santa Elena; hasta los frívolos espíritus de nuestra generacion actual, no pueden presenciar el espectáculo de tanta grandeza y el testimonio de tan crueles reveses, sin quedarse silenciosos, pensativos y tristes.

Terminar las obras del Louvre fué siempre el sueño dorado de todos los gobiernos que se sucedieron desde principios de este siglo: el primer imperio habia emprendido con ardor las obras; la Restauracion las adelantó muy poco; la monarquía de julio debió limitarse á proyectos abortados, y el gobierno provisional dió un decreto, al que nadie trató de dar cumplimiento. Para realizar semejante obra, preciso era el restablecimiento de la confianza y la enérgica voluntad del gefe del Estado. Y sin embargo aquella obra, objeto de tantos ensueños, y tan inútilmente emprendida por diferentes gobiernos sucesivos, iba á terminarse con una rapidez y de un modo que nadie habria podido concebir.

La galería colosal empezada en la calle de Rívoli, fué continuada hasta la alineacion de la fachada del oeste del Louvre, y unida al palacio por una ala enteramente igual á la galería de Apolo. La prolongacion por el sud y norte del patio del Louvre, determinaba dos líneas de construccion que llegaban hasta mas acá del póstigo Matignon y de la calle de Rohan, y se unian á las dos galerías superiores por medio de edificios con fachada que habia en la plaza del Carrousel; quedando un vasto espacio entre aquellas dos líneas de construccion que iba á convertirse en plaza. Aquel conjunto de edificios nuevos debia tener toda la variedad de formas, toda la elegancia y riqueza que puede admirarse en la obra mas completa, pues nada dejaban que desear los dos palacios que acababan de unirse. De este modo, los pabellones cuyas masas se confundian con las del Louvre y las Tullerías, se levantaban

en el centro de los nuevos edificios sin tener mas que un basamento y un piso que terminaba con otros pabellones mas pequeños que debian formar los ángulos de la plaza. Por una feliz innovacion, se resolvió formar una línea de arcos á lo largo de todo el fróntispicio; el pórtico debia ser de órden corintio; formóse un ancho basamento que habia de sostener las columnas y servir de pedestal á una série de estátuas que habian de colocarse en el vacío de cada arco; figurarian en el primer tramo algunos bustos de hombres célebres; estaria adornado el friso de guirnaldas, y debia terminar el ático formando los mejores emblemas del arte antiguo.

Aquel palacio que en breve habia de admirar al mundo, iba á ser objeto de las construcciones mas dignas, á cuyo fin la administracion municipal se asoció resueltamente á las miras del emperador, votando desde luego todo el ensanche y embellecimiento que exigian las inmediaciones del Louvre.

Paris, esa capital de la civilizacion moderna, donde todo lo bello y grande se confunde con lo útil, no podia limitarse á terminar el monumento por excelencia, el palacio de la monarquía; sino que era preciso que todas las inmediaciones del Louvre, ó sea, la ciudad con sus casas, calles y plazas, tomase un verdadero carácter monumental. La continuacion de los arcos de la calle de Rívoli en línea recta hácia las Tullerías y el Louvre, habia merecido la aprobacion general. Pero la voluntad espresa de S. M. completó el pensamiento ó la idea que hizo modificar los primitivos planos: quiso Napoleon III que se diese á todas las casas, calles y plazas inmediatas á aquel palacio restaurado un carácter que estuviese en armonía con su belleza arquitectónica. Las calles inmundas ó demasiado angostas, como las de Pedro Lescot ó de *l'Echelle*, eran indignas de la nueva calle de Rívoli; el fróntispicio del *Palais Royal* no estaba bastante despejado; las inmediaciones del Teatro Francés debian ser renovadas; y la columnata del Louvre exigia ante todo, una perspectiva mas estensa y grandiosa. Ensanchar la plaza del Palais Royal, suprimir nueve calles, despejar el Palais-Royal en toda su latitud, construir una plaza llamada de la Emperatriz sobre aquellas ruinas, dar á todas las casas de frente al Louvre una fachada monumental que fuese en todo digna de la arquitectura del palacio, era el proyecto grandioso que iba á realizarse.

A estas empresas babilónicas que bastarian por sí solas para inmortalizar á un gobierno ó una edilidad, iban unidas otras, que aunque de menos importancia, eran tan sumamente útiles, que no podemos menos de hacer mencion de ellas. La calle del Cardenal-Lemoine, cuya abertura en direccion al eje del puente de la Tournelle, habia de establecer una comunicacion directa y por mucho tiempo reclamada, entre la par-

te superior del distrito 12 y la orilla derecha del Sena, quedó definitivamente resuelta. La orilla izquierda, vió tambien abrir ante ella la nueva calle de las *Ecoles* al través de un barrio cuyas comunicaciones solo consistian antes en calles angostas, tortuosas é insalubres, en largos é incómodos rodeos, en pasajes sombríos y húmedos. En lugar de aquellas antiguas arterias de Paris, tales como las calles de la Harpe y Santiago, se formaron otras nuevas en direccion al Puente Nuevo, que vivificaron aquella red de callejones que empezaba en la Croix Rouge y terminaba en la encrucijada de Buci por una parte, y por otra en la calle de San Andrés y el puente de San Miguel. Desde el bulevard del Monteparnaso á la calle de Vaugirard, se lanza una ancha via, la de Brest, que facilita la llegada al centro de Paris de las provisiones que conduce el ferro-carril del Oeste; siendo muy en breve prolongada hasta la calle del Bac. El templo de Santa Genoveva restituido al culto católico, vió abrir delante de su inmensa mole la calle de Soufflot que presenta en admirable perspectiva las elegantes líneas del palacio del Luxemburgo y los variados cuadros de verdor de sus estensos jardines. Al norte de la ciudad, en la parte superior de los arrabales de San Dionisio y San Martin, se levanta la estacion del ferro-carril de Strasburgo, edificio enteramente propio del objeto á que se le destina, y cuya notable elegancia sobrepuja á todas las demás construcciones que existen en Paris de su clase. Aun que construido en medio de un laberinto de angostas calles, se hace la estacion de Strasburgo fácilmente accesible al arrabal San Martin, y es el centro de las comunicaciones de Paris con algunos de los departamentes mas fértiles, ricos é industriales de Francia, tales como los de Champagne, Lorrena y Alsacia. Fué en frente de la fachada principal de aquel hermoso edificio, que algunos dias despues del acto enérgico del dia 2 de diciembre, mandó Luis Napoleon abrir un bulevard de veinte y dos metros, con espaciosos andenes sembrados de árboles en toda su estension, que ofrecian á los transeuntes la sombra que encontraban antes en los antiguos bulevares. La inmensa circulacion en los arrabales de San Dionisio y San Martin daba fácilmente una exacta idea de la que en breve habria en la *nueva calle de Strasburgo*: la abertura de esta calle debia ser á la vez una gran ventaja para la salubridad de un barrio populoso, y una garantia de mas para la seguridad general, pues debia formar una importante línea estratégica. Fué aquel uno de los primeros proyectos destinados á reanimar la industria abatida; pero el pensamiento napoleónico no hace las cosas á medias; por esto no se limitó tan solo á la abertura de la nueva calle hasta el bulevard, sino que hizo que atravesase arrojando la luz y la vida, un barrio entero cortado por estrechos é insalubres callejones hasta encontrar la calle de Rívoli prolongada, junto á la torre de *Saint-*

Jacques-la Boucherie, aquella joya gótica que en breve quedó restaurada y en el centro de una vasta plaza. El bulevard de Strasburgo se divide allí en dos vias, una que va hácia el puente del Cambio, y otra que se dirige hácia el puente de Nuestra Señora, para lanzarse luego al otro estremo de Paris hasta la barrera del Infierno.

Antes de 1848, se habia tratado limitadamente de un proyecto de construccion de mercados ó plazas centrales; pero nada se habia emprendido aun, cuando la revolucion de febrero se absorvió en algunos meses los veinte y cinco millones que reservaba la ciudad para aquellas importantes obras. Por fin quedó el barrio de los mercados libre, despejado y enteramente abierto al aire y la vida, poniendo de manifiesto á las atonitas miradas de la poblacion parisiense un admirable monumento, la iglesia de San Eustaquio.



Dejando á una parte la historia y la poesia, el cadalso de Jacobo de Armagnac y la cuna de Moliere, no fijemos mas que la vista en el mercado inmenso destinado á alimentar á la ciudad titánica. Los mercados deben ser el Louvre del pueblo, decia Napoleon I, al firmar el decreto de 1814, en el que se daba á los mercados renovados proporciones grandiosas; pero cuarenta años mas tarde el mismo pensamiento imperial, sobrepujado por los progresos y necesidades de nuestra época, conserva apenas hoy su grandeza. El Louvre del pueblo: la palabra es grande, pero como se vé, pomposa y falsa, si se la separa de sentido verdadero. Esto fué lo que hizo el arquitecto encargado de edificar en 1851 el primero de los pabellones de los mercados centrales. Cuando Napoleon III notó aquella masa enorme de piedra labrada, mandó que se interrumpiesen inmediatamente las obras.

Todo por haber comprendido lo que debian ser los mercados : deben, ante todo, presentar estos un ancho espacio, y ser una reunion de edificios ventilados, en medio de los cuales la circulacion general y particular para el aprovisionamiento no encuentren ningun obstáculo ; edificios que ofrezcan, no magnificencias estériles, sino un abrigo vasto, seguro y cómodo al pueblo que vende, asi como tambien al pueblo que compra y consume. Nunca debe notarse la ausencia de las artes de los puntos que la multitud frecuente; porque las amará por instinto, las respetará y esperimentará ó recibirá su influencia misteriosa y benéfica. En medio de los mercados restaurados y vivificados por el sol, se levantará la obra inmortal de Pedro Lescot y Juan Goujon, esto es, aquella fuente de los Inocentes con sus delicadas ninfas, obra maestra de arquitectura y escultura francesas cuya perfecta pureza, nunca logró sobrepujar el arte antiguo.

Aquellas obras estraordinarias emprendidas con tanta oportunidad, y que contribuian tan poderosamente al restablecimiento de la paz y la prosperidad pública, no eran sin embargo superiores á los recursos del pais. Semejantes empresas motivaban otras que eran y debian ser su consecuencia precisa : todas las calles desembocaban en los mercados, en el Louvre, en las grandes arterias nuevamente abiertas ; y por lo tanto debian ser niveladas, ensanchadas, embellecidas, mientras que se construian nuevos sumideros en una escala mas grandiosa y bajo un sistema mucho mejor. En muchos puntos se estrechaba el lecho del Sena para ofrecer una plaza mas vasta al público ; los puentes se rebajaban ; cada dia desaparecia aquella desigualdad ó desnivel en el terreno que tanto chocaba á primera vista, y que hacia la circulacion tan dificil y hasta peligrosa ; en breve la doble línea de malecones que se estendia por una y otra parte del rio, quedó completada y mejorada en toda su estension.

Y no se crea sin embargo, que ninguna de aquellas importantes obras fuese improductiva. Aun prescindiendo de lo mucho que ganaban la salubridad y conveniencia públicas, deben tenerse en cuenta el aumento de precio que adquirian por ellas las propiedades, la afluencia de estrangeros que atraian á Paris aquellas mejoras, el trabajo que se procuraba á los operarios, el impulso dado á todas las industrias, y el gusto ó amor á lo bello generalizado ó difundido por aquellos nuevos edificios de carácter monumental. Es inegable que la Francia habia entrado en una nueva via de grandeza, desde el dia que confió sus destinos al sucesor de aquel que, nada queria para ella, que no fuese verdaderamente grande.

Un inconveniente tenian sin embargo todas aquellas mejoras simultáneas. Consistia este en que las demoliciones emprendidas en tan grande escala, dejaban á la calle á una poblacion numerosa ; de modo que la clase obrera conciderablemente aumentada por la abundancia de tra-

bajo y el restablecimiento de la confianza, solo á duras penas podia procurarse las habitaciones de que necesitaba. Los alquileres aumentaban en proporcion al precio de los jornales. Pero en breve las nuevas construcciones restablecieron el equilibrio, haciendo inútiles todas las numerosas medidas que se dictaron para evitar en lo posible aquellos inconvenientes momentáneos. Ya un decreto imperial habia puesto la suma de tres millones á disposicion del ministro del interior, para que fuese distribuida entre los propietarios que se obligasen á hacer en sus casas las obras necesarias, á fin de procurar al público habitaciones salubres y baratas.

Bien sabia el emperador que la higiene pública, es uno de los mas poderosos elementos de prosperidad: lo que se consagra á la salud de todos, resulta siempre en aumento de la riqueza comun. Preciso es, no hay duda, sostener el trabajo, á fin de que cada hombre pueda ganar su sustento; y hasta es preciso en nuestros dias, ir mucho mas allá del deseo paternal de Enrique IV que queria pudiesen los operarios comer cada domingo « un buen pollo » pero es aun mucho mas útil precaver á las poblaciones de las enfermedades que las diezman, á consecuencia de la falta de limpieza, de la imprevision y de la incuria. Esto es lo que puede llamarse entrar verdaderamente en las miras de la Providencia: la enfermedad en una pobre familia, es la mas dolorosa de todas las calamidades; la muerte del operario, padre de familia, es casi siempre el comienzo de largas y profundas miserias. Luego es un deber de moralizacion el mejorar la salud pública, empleando para lograrlo con paternal solicitud las mejores leyes higiénicas; asi que, dominando en el gobierno de Napoleon III esta idea previsora, constituyó los consejos higiénicos, á los que fueron llamados administradores celosos y médicos de fama.

La mas fecunda de todas las instituciones sociales, bajo el punto de vista de la higiene pública, fué la que convirtió en centro sano el antro fétido en que hasta entonces gimiera la familia obrera; puesto que derramó en torno suyo, de dia y de noche un aire puro, y una agua vivificadora que le procuraron las comodidades de la vida reservadas hasta entonces á la clase media. En 1849, se formó una sociedad al objeto de construir una *cité* industrial en cada uno de los doce distritos de Paris; pero, á pesar de la generosa participacion del príncipe que presidia entonces la república francesa, el único resultado que permitieron obtener las agitaciones políticas, fué la construccion de la *cité* Napoleon, calle Rochechouart, compuesta de cuatro grandes habitaciones capaces de contener quinientas personas. Pero era tan solo aquello un ensayo insuficiente y mal comprendido.

Desde el restablecimiento del imperio, empezó para la Francia un

la misma solicitud atendió el emperador á todas las necesidades del ejército, logrando fomentar en él la disciplina, el bienestar y la moralizacion. Perfeccionó tambien un cuerpo escogido que continua prestando cada dia á la sociedad eminentes servicios y cuya importancia nos es de todos conocida; un cuerpo que por su abnegacion heróica sostiene sin rumor la disciplina social y la supremacia de la ley hasta en la mas pobre aldea: ese cuerpo, es la gendarmería.

Testigo, como lo fué la Francia toda, de la sublime abnegacion de aquellos hombres que desafiaron todos los peligros en la última crísis social, ordenó Luis Napoleon la creacion de un cuerpo de sanidad para los gendarmes y sus familias. La medida equitativa de aumentar de diez céntimos el sueldo de los sargentos graduados de todas armas, demostró una vez mas los deseos que tenia el emperador de proteger á una clase benemérita que tan relevantes servicios está prestando á su patria, procurando al ejército las dos terceras partes de sus soldados. El aumento de diez céntimos es al parecer una mejora módica, y sin embargo aquella insignificante cantidad que producia treinta y seis francos al año, fué considerado como un señalado beneficio y acogido con la mayor gratitud. Solo aumentó aquella disposicion el presupuesto en nuevecientos treinta y siete mil ochocientos francos, suma insignificante si se compara con las economías que produjo la reduccion de cincuenta mil hombres que acababa de hacerse en el ejército. ¿Podian ser las economías mas noblemente empleadas? Y sin embargo, á pesar de todas aquellas importantes medidas que tanto mejoraban la condicion del soldado, el presupuesto de guerra que ascendia en 1852 á trescientos veinte y cuatro millones, doscientos treinta y dos mil, seiscientos sesenta y tres francos, fué reducido en 1854 á trescientos ocho millones, trescientos ochenta y seis mil, cuarenta y seis francos. ¿Y puede darse asentimiento á lo qué afirman algunos espíritus desconfiados y celosos, de que la paz se ve amenazada por la preponderancia militar, y de que aquella medida en favor del ejército sea un peligro para las libertades del pais? De ningun modo. El ejército, como se ha dicho, con mucha razon, conserva el espíritu militar, pero no el espíritu belicoso. La espada no es tan solo una arma, sino tambien un empleo: el ejército francés es un instrumento admirable de civilizacion, de órden fecundo, pero no lo es ya de injusta conquista y de opresion tiránica.

En otros tiempos tuvo el ejército una gran parte en la obra de la nacionalidad francesa; durante el reinado de Felipe Augusto conquistó la Normandía y el Poitou; en el de Enrique II la Lorena; en el de Cárlos V, el Aunis, el Limousin y el Guercy; en tiempos de Cárlos VII, el primero de los reyes franceses que creó el ejército permanente, la Guyena y la Gascuña; en los de Luis XIII el Rosellon; y en los de

Luis XIV, la Alsacia y el Franco-Condado. Durante la república y el imperio hizo triunfar la independencia nacional y derramó ó difundió por el mundo el genio civilizador de la Francia. Solo debe proteger hoy dia el órden social, y estender en el Africa regenerada los inagotables beneficios de la religion cristiana.

La solicitud paternal de Napoleon III para con el ejército, se revela á veces por medio de rasgos de una bondad tierna y conmovedora. En uno de los primeros dias del mes de mayo de 1855, paseándose el emperador por el pequeño jardin de las Tullerías, se acercó á un centinela de la gendarmería móvil, y le hizo con el mayor interés algunas preguntas sobre sus antecedentes y su posicion.—He estado ocho años en Africa, contestó el soldado; pero no tengo motivo alguno de queja, porque estamos aqui perfectamente.—¿Luego os considerais feliz? dijo el emperador.—Lo seria enteramente, repuso el soldado, si.....» Titubeaba; pero el emperador lo alentó..... «Si, continuó el soldado, podia casarme con la muger que amo y que posee todas las cualidades; entonces podria entrar en la gendarmería sedentaria.—¿Qué os falta para lograrlo?—Me falta lo que el Africa no me procuró: una pequeña suma. El emperador se alejó; pero en breve hizo tomar informes acerca del soldado: su conducta habia sido siempre ejemplar; nunca le fué impuesto ningun castigo. Entonces le mandó el emperador la suma de tres mil francos, con la que quedó realizado el doble deseo del centinela. Si hemos referido esta sencilla anécdota, ha sido tan solo para demostrar que los beneficios de Napoleon III recaen siempre en favor de hombres dignos y que no es su generosidad de aquellas que procuran al azar una relacion pomposa á los autores de almanaques. Napoleon I, que entre el inmenso tumulto militar en que vivió, no pudo siempre elegir á los que eran dignos de sus favores, tenia, no obstante sus raros momentos de calma, una sagacidad particular en repartir sus gracias; sin duda por querer encontrar siempre en los que protegia la honradez, la naturalidad y la franqueza.

Paseábase tambien cierto dia Napoleon I por el jardin de las Tullerías, cuando notó en los ojos del centinela de su guardia una furtiva lágrima: acercósele el emperador, y con aquella brusca afabilidad que le conquistaba los corazones, dirigió algunas preguntas al antiguo soldado. Acababa de perder este á su madre y se afligia por no poder ir á rogar sobre su tumba y á arreglar los negocios de una hermana y un hermano menores que le quedaban: Napoleon dió á su antiguo compañero de armas el mes de licencia que no se atrevia á pedir y una suma bastante para poner á sus parientes al abrigo de la miseria. En breve fué aquel rasgo de todos conocido. Algunos dias despues se dirigia el emperador al patio de las Tullerías solo y pensativo, por haber mediado

entre él y la emperatriz Josefina una escena de sensibilidad que le habia disgustado un tanto. La excelente Josefina, en medio de sus grandes cualidades, ocultaba ciertos defectos, entre ellos el de sentir una inmoderada pasion por las bestias. Aquella misma mañana acababa de morir un perro dogino, favorito regañon y mimado de la emperatriz, de lo que estaba Josefina inconsolable; todo el palacio de las Tullerías participaba mas ó menos de su dolor amargo. Bajóse el emperador á los jardines para librarse de aquellos profundos suspiros, cuando notó á un centinela de su guardia, cuyo semblante trastornado revelaba una emocion vivísima. Afectado Napoleon se acercó á él y le dijo: «¿Qué tienes, chico?—Señor, contestó el soldado con voz ahogada por los suspiros; es que.... mi pequeño perro...» Volvió Napoleon bruscamente las espaldas al centinela estremadamente sensible, el cual á su relevo, en lugar de la gratificacion esperada, encontró en el cuerpo de guardia la órden de quedarse arrestado durante ocho dias.

El dia 14 de junio de 1853 será memorable para el jóven ejército. Las tropas del campo de Satory estaban formadas en dos líneas de batalla, formando la primera diez y siete batallones, y la segunda diez y seis escuadrones y tres baterías; disponíase el mariscal Magnan á tomar el mando de ellas, cuando llegó á escape Napoleon III llevando el uniforme de general de division, y sacando la espada fué á colocarse al frente del centro de la primera línea. Por primera vez, despues de treinta y ocho años, iba á mandar en persona el gefe del Estado un cuerpo de ejército, con la circunstancia de llamarse tambien Napoleon. Un movimiento eléctrico recorrió las dos líneas: soldados, generales, oficiales y espectadores, guardaron todos un profundo silencio por lo que pudo oirse fácilmente la voz enérgica, tranquila y clara del emperador mandando las operaciones con la precision de un gefe encanecido en los campamentos. A aquella voz las maniobras mas difíciles se ejecutaron con asombrosa precision, y cuando las tropas desfilaron en columna de honor delante de Napoleon, los gritos entusiastas de «viva el emperador» indicaron claramente lo que podia hacer el soberano al frente de un ejército semejante. No carecia de oportunidad aquella escena á la vez imponente y tierna. Mientras que las esforzadas tropas se electrizaban á la voz del emperador, levantábase una nube amenazadora en el cielo de Oriente: la paz, aquella paz que se habia creido comprometida por el advenimiento de un Bonaparte al imperio, veíase violentamente turbada por aquella nacion de Europa, que durante los disturbios políticos de 1848, pretendia conservar en el mundo el principio conservador.

Creyendo la Rusia que estaba la Europa debilitada y la Francia desarmada, amenazó la independencia de Turquía. En el año de 1852, Mr.

de Lavallette representante de Francia, habia obtenido de la Puerta Otomana que se restituyese el patriarca de Jerusalen, legado de la Santa Sede, el templo de Belen; así como tambien el permiso para colocar de nuevo en la gruta del Nacimiento una estrella adornada de una inscripcion latina que habia desaparecido en 1847; y finalmente, el que pudiese la comunion católica celebrar su culto en un santuario venerado, ó sea, en la iglesia del sepulcro de la Vírgen. Para el que ignore las ardientes rivalidades de las comuniones religiosas que se disputan los lugares santificados por la presencia del Señor, podrán parecer pueriles aquellas concesiones; pero son de la mas alta importancia, porque indican claramente la influencia y la proteccion de la Francia. Por un momento llegó á creerse, que al reclamar el príncipe Menschikoff la conservacion del *statu quo* en Jerusalen, solo trataba de que no faltase la Puerta al arreglo ó tratado hecho con la Francia; pero en breve debió el enviado de Rusia renunciar á aquella pretension insostenible. Los antiguos tratados existentes entre la Francia y la Puerta, las nuevas concesiones hechas posteriormente en ambos paises bajo las mismas condiciones, ningun acto diplomático, ninguna resolucion podia anularlos. Tal fué la contestacion que dió la diplomacia francesa, contestacion que habia de ser necesariamente atendida.

Pero en breve se suscitó otra cuestion que ninguna clase de relacion tenia con la de los santos lugares. Apenas acababa de terminarse amistosamente la cuestion de los santos lugares, cuando surgieron luego nuevas inquietudes y temores en Constantinopla con motivo de la mision confiada al príncipe Menschikoff. El aspecto fastuoso y casi amenazador de aquella embajada, conforme se previera de antemano, produjo una gran impresion en el ánimo del divan y en las poblaciones griegas de Turquía. Las exigencias del diplomático fueron escesivas. Lo que la Rusia pedia era el protectorado sobre la iglesia griega, esto es, la tutela de una comunion compuesta de doce millones de súbditos del sultan, regida por un patriarca cuya sede estaba en Constantinopla, gozando de ilimitados poderes. Esto era pedir á la Puerta las llaves de Constantinopla. Conmovido el divan reclamó el apoyo de la diplomacia; á su voz los representantes de las dos grandes naciones protectoras de la independencia turca se reunieron en una accion comun. El 4 de junio se recibieron simultáneas órdenes de los gobiernos de Francia é Inglaterra, para que la escuadra reunida de ambas naciones se acercase á los Dardanelos. Como no hubiese llegado el vice-almirante La Susse á la bahía de Besika con la prontitud que era de esperar, recibió la órden de ceder el mando su escuadra al vice almirante Hamelin; lo que indicaba claramente la vigorosa política de proteccion que las dos grandes potencias de Europa pensaban seguir respecto á Turquía. No dependió de la

Francia el que fuese aquella actitud mas enérgica aun, y sobre todo, mas pronta, porque el gabinete inglés estaba dividido en dos campos, en los que la molicie de lord Aberdeen y la impetuosidad agresiva de lord Palmerston estaban en abierta pugna. Y sin embargo, ¿quién mas que la Inglaterra podia interesarse en que no se apoderase la Rusia de la llave de los Dardanelos? ¿Qué seria del comercio británico en la India, el dia que la posicion mas fuerte del mediterráneo se viese ocupada por las tropas y las flotas del czar? Aunque era tambien aquella cuestion para la Francia del mas alto interés, era sin embargo, este mucho menos directo. Estraño parecia que la nacion menos interesada, fuese la que tomaba una actitud mas enérgica, asi como causaba tambien sorpresa el ver que las pretensiones invasoras procedian de una potencia que en los últimos años, se habia presentado como el mas seguro y firme apoyo del antiguo derecho europeo.

La Rusia, sin embargo, se habia equivocado en sus planes agresivos; se engañó tambien por primera vez, al suponer que las inquietudes y rivalidades nacidas en el occidente de Europa por el restablecimiento del imperio francés, impedirian la simultaneidad de accion entre la Francia y las demas potencias. Asi como se equivocó tambien, al atribuir á las poblaciones griegas de Turquía disposiciones hostiles á la dominacion de la Puerta. El escandaloso proceder del príncipe de Menschikoff no tenia otro objeto que el de sondear la opinion de los católicos griegos y, en caso de necesidad, escitar en el imperio otomano una sedicion favorable á los designios del emperador Nicolás. Pero sucedió que satisfechos los griegos de Turquía con sus costumbres, su culto y la paternal administracion del sultan, se mostraron poco dispuestos á trocar aquella situacion pacífica y liberal por el yugo de hierro del autocrata. Con efecto, defraudadas quedaban las esperanzas de la Rusia, desde el momento que no encontraban sus pretensiones ningun apoyo en las poblaciones de que queria ser á toda costa protector interesado; asi como lo quedaban tambien, desde el momento en que la integridad del imperio otomano encontraba dos campeones solidarios en las naciones de Francia é Inglaterra. El único partido que podia tomar por lo tanto la Rusia, era retirarse con los honores de la guerra, y ocultar su retirada por medio de una actitud que impresionase á las poblaciones griegas de Turquía; asi que, trató la política moscovita de hacer ocupar una vez mas por sus tropas los principados danubianos.

La situacion politica de aquellos principados, como es bien sabido, estaba mal definida: puestos en virtud de los tratados, bajo la dominacion musulmana, habian sido sometidos á un protectorado que daba á la Rusia el derecho de inmiscuirse en su administracion interior. De modo que, al invadir aquellas desgraciadas provincias y violar positivamente

los tratados, sabia muy bien la Rusia que ni aun así, podia ser considerado el paso del Pruth por sus tropas, como una declaracion de guerra.

Pasaron pues el Pruth las tropas rusas, siendo las provincias danubianas arrebatadas á viva fuerza y sin pretexto alguno á la administracion regular de sus hospodares. Entretanto la diplomacia de San Petersburgo procuraba ganar tiempo, proponiendo nuevas concesiones y pasando cada dia un nuevo ultimatum á fin de que llegase la época en que no pudiese anclar la escuadra anglo-francesa en la bahía de Besika. Pero una vez habia partido ya la escuadra aliada, ¿podria la Rusia invadir el territorio otomano al llegar al mes de octubre? No; porque sabia que semejante acto la habria acarreado irremisiblemente la pérdida de su escuadra y la de todos los puertos de guerra que tenia en el mar Negro; sabia ademas que el ejército turco, lleno de ardor y entusiasmo, disciplinado á la europea y provisto de una numerosa artillería, habia de oponerle una vigorosa resistencia.

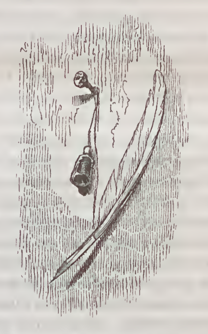
Pero el poder moscovita, fuerte tan solo en la apariencia, procura presentarse siempre imponente y terrible; con su inmenso ejército, que un ejército francés inferior en número haria desaparecer en algunos dias, con su flota terrible por el número de buques, pero mal dirigida é inhabil en las grandes maniobras, solo estaba en el caso de empeñar una guerra contra un enemigo debil que no pudiese resistirle. Sin embargo, prolongar en lo posible la ocupacion de los principados, era desplegar sin peligro una energía capaz de imponer al mundo oriental; á mas de que, lograba por aquel medio causar al imperio otomano un desquiciamiento del que tardaria en repararse, aun cuando no fuese mas que por aumentar el déficit que en todas épocas corroe á la Turquía.

Hé aquí porque ante la declaracion espontánea del sultan de respetar el libre ejercicio de la religion católica en sus Estados, exigió la política rusa cada vez mas formalidades y nuevas exigencias, al solo objeto de prolongar el conflicto que pesaba sobre aquella nacion desventurada. La Europa que se resentia vivamente de aquella situacion dificil, procuró intervenir lo mas pronto posible: celebróse una conferencia en Viena, entre los representantes de Francia: Inglaterra, Austria y Prusia, de la que resultó un proyecto de tratado que mereció al fin la aprobacion de Rusia. El acta espontánea que aseguraba los privilegios á inmunidades de los católicos griegos, recibió una sancion diplomática que demostró claramente por parte de las potencias lo mucho en que tenian el honor y la independencia de la Puerta.

Tal era el estado en que se hallaba en aquella época la cuestion de Oriente. La justa susceptibilidad del divan se alarmó de nuevo con motivo de una mera cuestion de fórmula; pero en breve se hizo la cuestion

general y diplomática, no quedando á la Rusia otro medio, luego de allanados todos los obstáculos de fórmula, que evacuar los principados, despues de haber dado á la Europa una prueba de su mala fé. Tal fué en aquella cuestion difícil la enérgica moderacion del emperador Napoleon, que la Europa toda debió hacerle justicia, reconociendo que deseaba sinceramente conservar la paz, pero que de ningun modo consentiria en aceptarla humillante y vergonzosa.

Manifestó entonces el nuevo gobierno francés que no necesitaba ya hacer concesiones y negociaciones difíciles para alcanzar ú obtener de sus aliados aquellas pruebas de buena inteligencia que tantos sacrificios costaban anteriormente á la Francia. A la primera reclamacion, se entregó á la Francia imperial un monumento histórico, que la monarquía constitucional ó la república habian reclamado en vano. Aquel monumento que, recordaba á la vez las épocas mas gloriosas y tristes del presente siglo, y que habia faltado hasta entonces á los archivos nacionales, era el testamento del emperador Napoleon I, escrito todo de su



propia mano en Lonwood, á 15 de abril de 1821. Desde la muerte del gefe de la dinastía imperial, habia sido remitido aquel precioso documento á Londres y depositado en el archivo del arzobispo de Cantorbury (*Doctor's Commons*), el cual está encargado en Inglaterra de la custodia de todos los testamentos; allí habia estado aquel documento por espacio de treinta y dos años, ignorado de un gran número, y visitado con respecto por cuantas personas habian que se encontraba en aquel punto.

El emperador Napoleon III quiso colocar aquel precioso documento

en un puesto mas digno de él y de la Francia imperial, y restituir « á aquel pueblo francés que el emperador tanto amára » las mismas páginas en que consignó su moribunda mano este deseo ardiente de su corazon que no podia menos de cumplirse un dia : « Que descansen mis restos en las orillas del Sena.» Esta última voluntad de un moribundo ilustre, la Francia la poseia ya ; pero no era esto bastante : preciso era dar á las clausulas testamentarias la ejecucion de que eran snsceptibles. En medio de las amarguras que esperimentó en el último período de su vida, manifestó en distintas ocasiones el augusto testador, la importancia que daba á la ejecucion de sus últimas disposiciones.

Léese respecto de esto, en las instrucciones escritas de su propio puño algunos dias antes de su muerte : « Si por un capricho de la suerte volviese mi hijo á ocupar el trono, será obligacion de mis ejecutores testamentarios, el manifestarle cuanto debo á mis antiguos oficiales y soldados y á todos mis fieles servidores. » Nombró el emperador una comision, compuesta del general conde de Ornano, gobernador de los Invalidos, del conde de Las Cases, senador, de Mr. de Royer, procurador general del tribunal de Casacion, de Mr. Boulay (de la Meurthe), consejero de Estado y del conde Eugenio Dubois, magistrado del alto tribunal, á fin de que resolviesen los medios necesarios para poner en ejecucion el testamento imperial. Aquel documento quedó completado por algunos codicilos fechados á 16 y 24 de abril de 1821.

Los primeros legados que contiene, la Francia y la historia los han ya pagado. Dejó el emperador Napoleon I, son sus propias espresiones, « un recuerdo de gratitud al general Dutheil, al general Dugommier, al representante Gasparin á Muiron, muerto á su lado en Arcola, cubriéndolo con su cuerpo»; finalmente, « consagraba tambien un recuerdo al batallon de la isla de Elba, á los heridos en Ligny y Waterloo, á los habitantes de Brienne y de Mery que tanto sufrieron y á los ejércitos franceses que desde 1792 á 1815 combatieron por la gloria y la independencia de la nacion. » Los demas legados del testamento de Napoleon eran de dos clases ; á saber legados individuales y legados colectivos. El valor total de estos legados ascendia á cerca de dos cientos once millones ; esto es :

Legados individuales.	10,010,000	francos.
Legados colectivos.	200,800,000	»

Los legados individuales comprendian los donativos hechos por Napoleon á personas nominalmente designadas en el testamento, y en el segundo, tercero, cuarto y quinto codicilos. Los legados colectivos eran en favor de los mas humildes asi como de los mas ilustres soldados de Francia. Para el pago de estos legados, contaba el emperador con su patrimonio particular, del que una parte (cuatro millones doscientos

veinte mil francos) habia sido depositada ya en el mes de junio de 1815, en la casa Perregaux-Lafitte; siendo esta la única suma que pudo consagrar al pago de sus legados. Y aun quedó reducida aquella suma, deducidas las deudas y gastos, á tres millones, cuatro cientos diez y ocho mil, setecientos ochenta y cinco francos. A escepcion de algunos criados que fueron pagados integralmente, todos los legatarios á quienes estaba asignada esta suma, solo pudieron percibir la mitad de lo que les estaba señalado. Los demas legatarios, fuesen individuales ó colectivos á quienes se señalaron cantidades que no fueron puestas á disposicion de los ejecutores testamentarios, no percibieron nada. Asi pues, solo muy imperfectamente habian podido ser cumplidas las últimas disposiciones del emperador Napoleon.

Las causas politicas que impedieron su ejecucion habian desaparecido; y menos que nunca podia la Francia olvidar que debia á Napoleon I las victorias de sus ejércitos, el culto restablecido, la administracion organizada, la unidad en la legislacion y finalmente, el nombre glorioso y respetado al que el instinto del pueblo confió en 1848 la salvacion del pais. El cumplimiento de las últimas disposiciones del emperador, debia ser por lo tanto un deber nacional; faltar á él habria sido para la Francia una ingratitud imperdonable. Sin hablar del modo patriótico con que Napoleon I disponia de su lista civil, sin recordar las considerables sumas que de su dominio particular procuró al Estado para defender la independencia del pais, limitémonos á demostrar que las economías hechas con la posesion de aquel dominio, que eran propiedad personal del emperador, pasaron al Tesoro público, y que faltando abiertamente á lo dispuesto por el senado-consulto de 30 de enero de 1810, tomó el Estado, despues del imperio, posesion de aquel dominio privado.

¿De qué modo podian cumplirse entonces las últimas disposiciones del emperador? Hacia treinta y dos años que habian sido consignadas, y se habia operado en todo un cambio notable: muchos eran los legatarios, muertos sin hijos: la ejecucion íntegra de los legados colectivos era por lo tanto imposible. Tan solo dos legados podian ser pagados; á saber: el de trescientos mil francos hecho á los oficiales y soldados del batallon de la isla de Elba ó á sus viudas é hijos, y el de doscientos mil francos en favor de los militares amputados ó gravemente heridos en las batallas de Ligny y Waterloo. Debia repartirse además la suma de un millon y medio de francos, entre los oficiales y soldados que habian combatido desde 1792 hasta 1815, ó bien entre sus viudas é hijos.

Pero como es sabido, ya Napoleon III se habia anticipado al cumplimiento de aquella disposicion, fijando, por decreto de 14 de diciembre de 1851, un crédito anual de dos millones setecientos mil francos, para

socorrer á los antiguos militares de la república y del imperio. Las poblaciones de Brienne y Mery recibieron, la primera cuatrocientos mil francos, y trescientos mil la segunda. Destinóse además la suma de un millon trescientos mil francos para la fundacion de establecimientos de beneficencia en los veinte y seis departamentos que mas sufrieron durante la invasion. El cumplimiento de aquella deuda sagrada solo costó á la Francia unos ocho millones, la mayor parte de cuya suma sirvió para aliviar verdaderas miserias. De este modo recibió el testamento de Napoleon I la sancion nacional, bajo el reinado del segundo fundador del imperio.

Conserva la Francia la religion de los recuerdos, y no puede por lo mismo ser indiferente ni ingrata. El leve sacrificio que entonces hizo, habia sido ya suficientemente compensado; por dos distintas veces en el trascurso de un siglo, encontró el pais en las instituciones imperiales el órden, la fuerza y la grandeza. Así, que todos los verdaderos franceses consideraron el cumplimiento de las últimas disposiciones de Napoleon, como el monumento mas digno que podia erigirse á su memoria.

Tal era á los seis meses de su restablecimiento, la situacion interior y esterior del imperio; durante aquel breve período de una autoridad incontestable, emprendió nuevamente la Francia su marcha por el camino de la civilizacion y el progreso. El Cuerpo legislativo acababa de cerrarse; pudiéndose al fin juzgar la accion de los grandes cuerpos destinados por la Constitucion á secundar al gobierno, y desmentir las calumnias propagadas por los políticos incorregibles contra las instituciones imperiales. Aquel Cuerpo legislativo, que era considerado por algunos como ciego instrumento de una voluntad absoluta, hizo mucho mas en bien del pais, durante su corta legislatura, sin tribuna locuaz y sin discursos de efecto, que la mas *patriótica* asamblea en una legislatura de dos años. Sucede en la política lo que en todos los ramos, siempre son los que menos hacen los que mas gritan. Presentáronse ciento setenta y dos leyes, siendo discutidas y votadas ciento sesenta y dos de ellas; solo diez quedaron por votar; sin que saliesen en su mayor parte del círculo de acostumbradas exigencias; véase pues con cuanta razon Mr. Billault decia:

«Los pueblos son felices cuando no necesitan los gobiernos recurrir á medidas estraordinarias; los pueblos son felices cuando las medidas ordinarias dictadas por el gobierno indican la seguridad del órden moral y una paz que aumenta la prosperidad pública en bien de todos.»

Siempre animado del mas vivo interés por las clases que sufren y del deseo de multiplicar ó perfeccionar las instituciones creadas en su favor, habia procurado el emperador que se ocupase el Cuerpo legislativo de las cajas de ahorros, de las de subsidios para la vejez, de la asistencia

pública de los niños y de los baños y lavaderos del pueblo. Solo un pensamiento ocupaba desde mucho tiempo la atencion del emperador, y consistia este en mejorar la triste condicion de las clases obreras, ya disminuyendo las cargas que están obligados á sorportar, ya haciendo en su favor todo lo demás que reclama la higiene.

Sabido es que desde el dia que el sufragio universal lo colocó al frente de los destinos de la Francia, habia hecho Luis Napoleon Bonaparte todo cuanto su poder permitia por mejorar la triste suerte de las clases pobres. La institucion de comisiones de higiene, para contribuir y facilitar los medios de sanear las habitaciones insalubres, la ley acerca de la asistencia judicial, la ley acerca del matrimonio de los pobres, la proteccion dispensada á las creaciones de establecimientos modelos de limpieza y salubridad, los honores religiosos concedidos al cortejo fúnebre del pobre; todas estas medidas filantrópicas, debidas á su iniciativa, no debian ser mas que un preludio de las mejoras que habian de hacerse en mas grande escala. Además de las mejoras impuestas en las habitaciones de los operarios, de la construccion de nuevas casas de diferentes pisos, con habitaciones amuebladas y por moblar, para los operarios célibes y para los matrimonios, se edificaron á la vez en diferentes barrios de Paris y en puntos inmediatos á los talleres, segun las planos trazados por la inspiracion imperial, varias casas dispuestas de modo, que reuniesen á la economía en el precio todas las condiciones deseables de salubridad, bienestar y moralidad. El cuidado de realizar aquellos proyectos fué confiado á algunos empresarios que se asociaron resueltamente á las miras del emperador. Las obras debian estar en un todo conformes á los planos y á las observaciones hechas por el ministro del interior, quien debia fijar el precio de los alquileres, á fin de que las nuevas construcciones no fuesen un objeto de especulacion; asi mismo se dispuso, para que esta medida tan útil á las clases operarias, no fuese onerosa á nadie, que el Estado contribuiria por su parte con algunos desembolsos al mejor éxito de aquellas construcciones.

De este modo iban á desaparecer sucesivamente aquellos miserables reductos privados de aire y de luz, aquellos cuartos infectos en que los operarios ú otras pobres familias se amontonaban unos sobre otros en detrimento de su salud y moralidad, y en menoscabo de la civilizacion moderna. En lugar de aquellos antros del vicio y de aquellas cloacas de la miseria, iban á levantarse habitaciones salubres, calientes é iluminadas, que recibirian en abundancia estos dos elementos tan necesarios para la salud, el aire y el agua.

No es esto todo. A aquellos planes tan importantes para la poblacion laboriosa, habia unido el emperador otro, concebido en interés de

aquella clase algo mas acomodada tan interesante y numerosa que sirve de transicion entre la clase media y la obrera. Alentaba vivamente el gobierno los esfuerzos de los capitalistas y propietarios que ofrecian construir, bajo las condiciones mas favorables, para los que gozan de alguna renta, para los empleados subalternos, en una palabra, para las mas módicas fortunas. Ya no era solamente Paris la ciudad que debia gozar de todas estas ventajas, por haber dispuesto el emperador que se hiciese aquel sistema gradualmente estensivo á todas las grandes ciudades y centros industriales donde hubiese aglomerados muchos operarios.

En medio de todos estos inteligentes esfuerzos dióse un famoso decreto, y un proyecto fecundo para el porvenir comercial é industrial de Francia. El uno, de fecha 22 de junio, realizó en fin aquel gigantesco proyecto de celebrar una exposicion universal en Paris; porque añadia á la exposicion de la industria, una exposicion universal de bellas artes. Idea fué aquella enteramente francesa que nos permitirá borrar los gloriosos recuerdos de Hyde-Park. El sello particular de aquella exposicion artística é industrial á la vez, pertenecia exclusivamente al genio francés, iniciador perpétuo de la civilizacion y el progreso. Fué aquel un digno y noble desquite del chasco que recibió la Francia en 1851, merced á la situacion difícil en que la colocára la república. Sabido es que la idea de una exposicion universal es enteramente francesa, solo que la Inglaterra ganó por mano á la Francia, por no haber sido posible anticiparse á ella á causa de sus discordias civiles.

Finalmente, por órden de Napoleon III fué sometido al Cuerpo legislativo un proyecto para establecer entre Lion y Ginebra un camino de hierro que habia de ser una gran via de comunicacion internacional. Trazada bajo las mejores condiciones para el comercio recíproco y la defensa nacional, debia abrir aquella via á la Suiza todos los mercados de Francia y contribuir á ponerla en comunicacion con los del resto del mundo. Marsella, Burdeos, Nantes, el Havre, Holanda, Bélgica y Alemania, distaban ya tan solo algunas leguas de la frontera suiza, y aquella inmensa red no podia menos de enriquecerse con tan importante trayecto.

Pronto verá una nacion amiga de la Francia caer las barreras naturales que la separan de ella: la Saboya y el Piamonte entrarán definitivamente en su círculo de atraccion material, moral y político.

De este modo el progreso de la sociedad francesa marchará en union con el progreso del poder, y valiéndonos de las espresiones de Mr. Troplong, presidente del Senado, diremos, que cuanto se ha hecho en favor del principio de autoridad, ha contribuido al desenvolvimiento regular de los legítimos intereses del pais, á la paz, al órden y

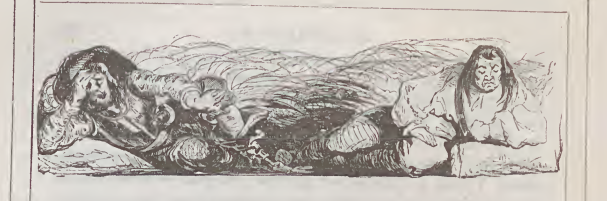
á la actividad de las fuerzas fecundas de la nacion. Dos años antes se veían los franceses sumidos en un abismo de males, pero de tal modo les separó de ellos la prosperidad pública, que muchos son los que parecen haberlos ya olvidado enteramente. ¡Gloria á Napoleon III por aquella nueva prosperidad y por aquella estabilidad fecunda! A él solo son debidas tantas mejoras soñadas en el destierro ó en el fondo de una prision, y que realizó mas tarde al frente del consejo de Estado que tanto le gusta presidir, ó sea en el silencio del gabinete imperial.



No podemos terminar mejor este rápido bosquejo de los primeros meses del imperio de Napoleon III, que citando las palabras del eminente autor de las *Consideraciones sobre el principio de autoridad desde* 1789: «Las causas que han formado el imperio, contribuirán á su duracion. Estas causas han sido nacionales, políticas, religiosas y sociales: nacionales, por protestar pacíficamente contra nuestros reveses; políticas, por complacer al sentimiento monárquico tan profundamente arraigado en nuestro pais; religiosas, por proteger á la religion contra el filosofismo; sociales, en fin, por salvar á la Francia del socialismo y asegurar los intereses de libertad civil y religiosa, de igualdad y propiedad, su fecundo desenvolvimiento. Preciso es reconocer en todo la mano de la Providencia y esos terribles juicios de Dios que confunden la sabiduría de los hombres; pero por lo regular puede afirmarse que el porvenir pertenece siempre al poder que posee el presente y sabe emplearle en el interés nacional. Entre todos los que hasta ahora se quejan del imperio, no hay ni uno solo que haya contribuido á crearle; puede por lo tanto el nuevo poder prescindir muy bien de su apoyo.

No es el imperio una combinacion hecha por profundos políticos que aspiren al honor de Mentores, y cuya voluntad sea una ley para el gobierno que han constituido, sino que es el movimiento espontáneo de todo un pueblo. Es el imperio resultado de una de aquellas crisis decisivas que abren á las naciones una nueva era y que dan á toda una época su propio carácter. La importancia individual de algunos puede disminuir y hasta casi desaparecer ante esa prodigiosa reforma operada por una sociedad que sus gobernantes dejaban perecer; pero vanos serán todos los esfuerzos que hagan aquellas susceptibilidades descontentas ó heridas para contener en su desarrollo la obra providencial levantada por la gran voluntad de la nacion. Cuando la historia examinará las causas que han encumbrado al trono á la cuarta dinastia, no tendrá que abrirse paso por entre las densas sombras que envuelven el advenimiento de los Carlovingios y Capetos; porque todo en nuestra época se ha hecho á la luz del dia y á la faz del mundo: nada ha de temer un pueblo firme y resuelto en sus designios é inquebrantable en sus preceptos. Poco ó nada son las personas en esas esplosiones grandiosas é irresistibles del pensamiento público.»





GUERRA DE ORIENTE.



CADA dia iban desarrollándose mas en Francia el comercio y la industria, merced á la sabia prevision del gobierno imperial que solo procuraba corresponder dignamente á las legitimas esperanzas que hizo concebir ya desde el primer dia de su advenimiento al poder. Aquel pais tan trabajado por el encono de las instestinas luchas, iba al fin á salir de su postracion, y á presentarse á los ojos de Europa mas poderoso, si cabe, de lo que lo fué en los mas bellos tiempos del imperio. Las circunstancias habian variado enteramente por el cambio que de una ú otra época se operára en el órden moral de los pueblos: la marcha progresiva de la humanidad hacia ya imposibles aquellas gigantescas luchas en que se vió empeñada Europa á principios de este siglo, por lo que debia seguir Napoleon III una marcha distinta de la que seguia su tio Napoleon el Grande. Solo pueden ser hoy duraderas las conquistas que se hacen derramando, en lugar de sangre, el progreso y las luces.

Asi debió de comprenderlo el emperador desde el primer dia que se vió llamado al trono por el amor de sus pueblos, á juzgar por la moderacion que desde entonces no ha dejado de observar ni un solo instante: abrir al pais todas las inagotables fuentes de su riqueza y procurarle la paz que habia de contribuir á su desarrollo; he aqui la única conducta


Longitud oriental de Madrid.
Europa.
NORTE
OESTE
ESTE
SUR
OCÉANO GLACIAL
Circulo Polar Artico
OCÉANO ATLÁNTICO
ISLAS BRITÁNICAS
MAR DEL NORTE
MAR BÁLTICO
REINO DE NORUEGA
IMPERIO RUSO
REINO DE PRUSIA
REINO DE POLONIA
AUSTRIA
HUNGRIA
TRANSILVANIA
REINO DE FRANCIA
REINO DE ESPAÑA
PORTUGAL
MAR ADRIATICO
MAR MEDITERRANEO
MAR NEGRO
CRIMEA
MAR CASPIO
TARTARIA INDEPENDIENTE
IMPERIO OTOMANO
PERSIA
ARABIA
ÁFRICA
REINO DE ARGEL
IMPERIO DE MARRUECOS
REINO DE TUNEZ
TRIPOLI
GOLFO DE LA SIRTE
GOLFO PÉRSICO
Desierto de Barqah
Bocas del Nilo
I. de Candia
I. Cefalonia
I. de Malta
I. Mallorca
I. Menorca
I. Rugen
I. Gotland
Estr. de Gibraltar
Golfo de Botnia
Golfo de Finlandia
Canal de la Mancha
Mar Muerto
Desierto de Siria
Leg. Espñ. de 20 al grado.
Leg. Franc. de 25 al grado.
100
200
Lit. Vazquez, Rambla 31.



que se propuso seguir Napoleon III en su propio interés y en el de sus súbditos.

Aquella paz empero que deseaba tan ardientemente no ver turbada por nada ni por nadie, no podia ser duradera á pesar de todos sus esfuerzos por conservarla ; asi permite la Providencia á veces queden burlados los planes y cálculos de los poderosos para confundir la necia vanidad humana. No pudo el emperador con toda su pujanza, contener la marcha de los acontecimientos.

Densas sombras oscurecian mas y mas cada vez el claro cielo de Oriente; habia creido Rusia llegada la hora de realizar sus ambiciosos sueños de engrandecimiento. Nicolás, conocedor profundo de la verdadera situacion de Turquía, no ignoraba que tarde ó temprano habia de desaparecer aquel imperio herido de muerte por el islamismo, y solo trataba de apoderarse de él á toda costa por medio de un atrevido golpe de mano. A fin de tener pues el emperador Nicolás un pretesto para romper abiertamente con el gobierno otomano, envió al príncipe de Menschikoff en calidad de enviado estraordinario á Constantinopla en el mes de febrero de 1853, para que presentase al sultan las proposiciones que le hacia su gobierno acerca de la cuestion de los Santos Lugares. Consistian aquellas en que pusiese inmediatamente la Puerta al patriarca griego en posesion de cuantas preciosidades encierra aquella sagrada cuna del cristanismo en la que se verificó un dia la redencion humana. En la imposibilidad de aceptar la Puerta las exigencias de Rusia, tanto por no perjudicar á las demas religiones que de todos los puntos del globo han acudido á presentar su homenaje al sepulcro del Redentor, como por no dar mas influencia á un enemigo poderoso cuyas miras le eran bastante conocidas, se limitó á contestar que daria por su parte á los cultos católicos toda la proteccion posible, sin hacer distincion de ninguna clase en favor de cualquiera de ellos. Asi las cosas, tuvo que retirarse el enviado ruso, demostrando que consideraría su gobierno la contestacion de la corte de Constantinopla como un rompimiento entre ambas naciones. Una nota de Mr. de Neselrode y la próxima entrada de un ejército ruso en los principados danubianos, fueron el triste resultado que dió la prudente conducta seguida por el gobierno del sultan Abdul-Medgid.

Tan pronto como tuvo la Puerta noticia de aquella invasion, se dirigió á las potencias de Francia, Inglaterra, Austria y Prusia, implorando su apoyo, despues de esponer nuevamente las conseciones que estaba resuelto á hacer el sultan en favor de todos sus subditos cristianos. En tal apuro, hizo la corte otomana nuevas proposiciones á la Rusia, que fueron tambien rechazadas; como no viese entonces otro medio que el de buscar en la desesperacion las fuerzas de que carecia para resistir al ter-



rible enemigo que invadia sus Estados, trató de confiar á la suerte de las armas el triunfo de su causa. Luego de haberse declarado la guerra entre ambas potencias, dirigió el gobierno otomano una nota á las demas cortes de Europa, declarando las causas que le obligaban á emprender una lucha que, por terrible que fuese, no lo seria tanto como las condiciones que se le imponian para la conservacion de la paz. Confióse á Omer Bajá el mando del ejército turco destinado á hacer frente á los rusos en las provincias de Moldavia y Valaquia. Croato de orígen, y uno de los generales del imperio que reunian mas dotes militares, he aqui en que términos se dirigió á sus tropas pocos dias antes de romperse las hostilidades.

« Soldados: Pronto tendréis ocasion de sellar con vuestra sangre el juramento prestado; si alguno hay entre vosotros que no sea capaz de cumplirle, puede decirlo y se le destinará á otro punto en el que sea menos inminente el peligro. Pero el que falte á su deber en el campo de batalla, será inmediatamente fusilado. Nada temais: nuestra causa es justa y Dios está con nosotros. »

El 4 de noviembre recibieron las tropas de Omer Bajá su bautismo de sangre en las inmediaciones de Ottenitza, pueblecito sentado en las márgenes del Danubio; abierta quedó ya la campaña que tanta sangre debia costar en breve á las cinco naciones que tomaran parte en ella. No tardó en seguir á la accion de Ottenitza el incendio de la escuadra turca anclada en Sínope; ademas de la escuadra perdieron los turcos en aquel sangriento combate cuatro mil ciento cincuenta y cinco hombres. Por segunda vez se dirigió entonces la Puerta á los gobiernos de Francia é Inglaterra, reclamando con mas instancia su apoyo, sin que fuese su peticion mas atendida de lo que antes lo fuera; sin embargo, la escuadra aliada recibió al poco tiempo la órden de entrar en el mar Negro, cuyo acontecimiento fué acogido con el mayor entusiasmo en las riberas de Therapia. Componíase la escuadra aliada de treinta y seis buques entre los que habia diez y ocho navíos; montaban todos estos buques unos tres mil quinientos cañones. Al cumplir los vice-almirantes Hamelin y Dundas las órdenes de sus respectivos gobiernos, lo hicieron con toda la circunspeccion que exigian las relaciones de amistad, que en apariencia al menos, reinaban aun entre las cortes de Francia, Inglaterra y Rusia.

Por mas inminente que pareciese la guerra á Napoleon III, manifestó siempre las mismas tendencias hácia la paz, y empleó en todos sus actos referentes á la cuestion de Oriente un lenguaje digno y comedido. Conocia el emperador perfectamente la inmensa responsabilidad que habia en provocar aquella guerra titánica cuyas consecuencias eran incalculables, por esto procuraba evitarla á toda costa, mientras no le obligasen á obrar de otro modo el honor de la Francia y su propia se-

guridad. Véase en prueba de ello la carta que escribió el emperador Napoleon al Czar, poco antes de declararse la guerra.

DOCUMENTOS QUE DIERON ORÍGEN A LA GUERRA.

Hé aqui el testo de la carta del Emperador al Czar.

Palacio de las Tullerías, á 29 de enero de 1854.— SEÑOR: — La desavenencia que ha surgido entre V. M. y la Puerta Otomana, ha llegado á tal punto de gravedad, que creo deber esplicar directamente á V. M. la parte que la Francia ha tomado en esta cuestion y los medios que me parecen oportunos para desviar los peligros que amenazan el reposo de la Europa.

La nota que V. M. acaba de hacer remitir á mi gobierno y al de la Reina Victoria, tiende á establecer que el sistema de presion adoptado desde un principio por las potencias marítimas, es unicamente el que ha envenenado la cuestion. A mi me parece al contrario que hubiera continuado siendo tan solo cuestion de gabinete, si la ocupasion de los Principados no la hubiese trasportado repentinamente del terreno de la discusion al de los hechos.

Sin embargo, á pesar de que las tropas de V. M. entraron en la Valaquia, no por eso dejamos de aconsejar á la Puerta que no considerase esta ocupacion como un caso de guerra, atestiguando asi nuestro estremado deseo de conciliacion. Despues de haberme puesto de acuerdo con la Inglaterra, el Austria y la Prusia, propuse á V. M. una nota destinada á dar una satisfaccion comun que V. M. aceptó; pero apenas llegamos á tener conocimiento de esta buena noticia, cuando el ministro de V. M. por medio de comentarios esplicatorios, destruyó todo el efecto conciliador é impidió por esta razon que insistiésemos en Constantinopla sobre su adopcion pura y simple.

La Puerta, por su parte, habia propuesto al proyecto de nota, algunas modificaciones que las cuatro potencias representadas en Viena no encontraron inaceptables, pero sí V. M. Entonces la Puerta herida en su dignidad, amenazada en su independencia, atrasada en sus rentas por los esfuerzos ya hechos para oponer un ejército al de V. M., prefirió declarar la guerra á permanecer en un estado de incertidumbre y abatimiento. Habia reclamado nuestro apoyo; su causa nos parecia justa, y las escuadras inglesa y francesa recibieron la órden de fondear en el Bósforo.

Nuestra actitud con respecto á la Turquía era protectora, pero pasiva; y no solo no atizamos la guerra, sino que hicimos llegar continuamente á oidos del Sultan consejos de paz y de moderacion, persuadidos de que era el único medio de conseguir un acuerdo, y las cuatro poten-

cias se entendieron de nuevo para someter otras proposiciones á V. M.

Por su parte, V. M. mostrando la calma que nace de la conciencia de su poder, se habia limitado á rechazar tanto en la ribera izquierda del Danubio como en Asia, los ataques de los turcos, y con la moderacion digna del gefe de un gran imperio, declaró que se mantendria á la decisiva. Hasta entonces fuimos espectadores interesados, pero simples espectadores de la lucha, cuando el ataque de Sinope nos obligó á tomar una posicion mas declarada. La Francia y la Inglaterra no habian creido útil enviar tropas de desembarco al socorro de la Turquía; su bandera no se habia desplegado en los conflictos que por tierra habian ocurrido; pero en la mar era una cosa muy distinta.

Existian en la entrada del Bósforo tres mil bocas de fuego, cuya presencia decia en alta voz á la Turquía, que las dos primeras potencias marítimas no permitirian atacarla por mar. El suceso de Sinope fué para nosotros tan ofensivo como inesperado; pues importa poco que los turcos hayan querido ó no hacer pasar municiones de guerra en territorio ruso. El hecho es, que los navios rusos vinieron á atacar á los buques turcos en las aguas de Turquía, estando tranquilamente anclados en un puerto turco, y fueron destruidos, á pesar de la seguridad de que no se haria una guerra agresiva, á pesar de la proximidad de nuestras escuadras. No era ya nuestra politica la que recibia un menoscabo en este asunto, era nuestro honor militar. Los cañonazos de Sinope resonaron dolorosamente en el corazon de todos los que, tanto en Inglaterra como en Francia, tienen un vivo sentimiento de la dignidad nacional, y todos esclamaron á una voz: Hasta donde nuestros cañones puedan oirse, deben ser respetados nuestros aliados.

Por esta razon se dió la órden á nuestras escuadras de entrar en el mar Negro, y de impedir por medio de la fuerza, si era menester, la reproduccion de semejante acontecimiento; por esta razon igualmente se envió una notificacion colectiva al gabinete de San Petersburgo, anunciándole que si bien impediríamos á los turcos que llevasen una guerra agresiva á las costas pertenecientes á la Rusia, protegeríamos por otra parte el abastecimiento de sus tropas en el propio territorio. En cuanto á la flota rusa, al prohibirle la navegacion del mar Negro, la colocábamos en diferentes condiciones, pues que importaba, mientras la duracion de la guerra, conservar una prenda que fuese equivalente á los puntos ocupados del territorio turco y que facilitase la conclusion de la paz, viniendo á ser el título de una reciprocidad deseable.

Hé aqui, señor, la consecuencia real de los hechos; y es claro que llegadas las cosas á tal punto, deben traer prontamente ó una buena inteligencia definitiva, ó una ruptura decidida.

V. M. ha dado tantas pruebas de su solicitud para la tranquilidad de

la Europa, ha contribuido tan poderosamente á asegurarla, por medio de su bienhechora influencia, contra el espíritu de desórden, que no puedo dudar de su resolucion en la alternativa que se le presente para elegir.

Si V. M. desea como yo una conclusion pacífica, nada mas sencillo que declarar que se firme un armisticio, que las cosas tomen un curso diplomático, que cesen las hostilidades y que todas las fuerzas beligerantes se retiren de los puntos á donde las necesidades de la guerra las han colocado. De este modo las tropas rusas abandonarán los Principados, y nuestras escuadras el mar Negro.

Si V. M. prefiere tratar directamente con la Turquía, nombre un embajador que negocie con un plenipotenciario turco un convenio *que deberá someterse á la conferencia de los cuatro potencias.* Adopte V. M. este plan, con el cual la Reina de Inglaterra y yo estamos perfectamente de acuerdo, y la tranquilidad queda restablecida y el mundo satisfecho. Nada hay en este plan que no sea digno de V. M., nada que pueda herir su honor. Pero si, por algun motivo difícil de comprender, V. M. oponia una negativa, entonces tanto la Francia como la Inglaterra, se verian obligadas á dejar á la suerte de las armas y á los azares de la guerra, lo que podria decirse hoy por medio de la razon y de la justicia.

No crea V. M. que al obrar asi exista en mi corazon la menor animosidad, pues únicamente esperimento los sentimientos espresados por V. M. en su carta de 17 de enero de 1853; entonces V. M. me escribia lo siguiente:

«Nuestras relaciones deben ser sinceramente amistosas y basarse en las mismas intenciones: sosten del órden, amor á la paz, respeto á los tratados y confianza recíproca.»

Este programa es digno del soberano que lo trazó, y no dudo en afirmar que por mi parte le he permanecido fiel.

Ruego á V. M. que crea en la sinceridad de los sentimientos en que abundo.— Señor, de V. M. su buen amigo, — Napoleon.»

Hé aqui la contestacion que dió á ella el emperador de Rusia.

CONTESTACION DE S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA.

San Petersburgo 28 de enero (9 de febrero) de 1854.—Señor:—De ninguna manera podria contestar mejor á V. M. que repitiendo, pues que me pertenecen, las palabras con que termina su carta: «Nuestras relaciones deben ser sinceramente amistosas, y basarse en las mismas intenciones: sosten del órden, amor á la paz, respeto á los tratados y benevolencia recíproca.» Al aceptar, dice la carta, este programa, tal como lo habia yo mismo trazado, afirma serle fiel. Me atrevo á creer, y mi conciencia me lo dice, que en nada me he separado de él;

por que en el asunto que nos tiene divididos, y cuyo orígen no procede de mí, he tratado siempre de conservar las mejores relaciones con la Francia; he evitado con el mayor cuidado el encontrarme, en este terreno, con los intereses de la religion que V. M. profesa; he hecho para la conservacion de la paz todas las concesiones de forma y de fondo que mi honor me permitia, y, al reclamar para mis correligionarios en Turquía la confirmacion de los derechos y privilegios que les fueron consignados hace mucho tiempo á precio de sangre rusa, solo he pedido lo que dimanaba de los tratados. Si se hubiese dejado obrar á la Puerta por sí misma, se hubiera allanado hace mucho tiempo la diferencia que tiene en suspenso á la Europa. Una influencia fatal ha venido á atravesarse. Provocando sospechas gratuitas, exaltando el fanatismo de los turcos, y estraviando la opinion de su gobierno sobre mis intenciones y el verdadero alcance de mis peticiones, se ha hecho tomar á la cuestion proporciones tan exageradas, que la guerra ha sido su consecuencia.

V. M. me permitirá que no me estienda demasiado sobre las circunstancias espuestas bajo su punto de vista particular, cuyo enlace presenta en su carta. Varios de mis actos, apreciados en mi concepto poco exactamente, y mas de un hecho cambiado, necesitarian para restablecerse, tal cual los concibo, largas esplicaciones que no son á propósito para entrar en una correspondencia de soberano á soberano. Así es que V. M. atribuye á la ocupacion de los Principados la falta de haber súbitamente trasladado la cuestion del dominio de la discusion al de los hechos. Pero olvida V. M. que esta ocupacion, puramente eventual aun, ha sido precedida y en gran parte ocasionada por un hecho anterior muy grave, el de la aparicion de las flotas combinadas en las cercanías de los Dardanelos, además de que ya muy de antemano, cuando la Inglaterra vacilaba aun en tomar contra la Rusia una actitud cominatoria, V. M. habia el primero enviado su flota á Salamina. Esta demostracion ofensiva, anunciaba ciertamente poca confianza en mi; envalentonaba á los turcos y paralizaba de antemano el éxito de las negociaciones, mostrándoles á la Francia y á la Inglaterra dispuestas á sostener su causa á todo evento. A pesar de esto, V. M. atribuye aun á los comentarios esplicatorios de mi gabinete sobre la nota de Viena, la imposibilidad en que la Francia y la Inglaterra se encontraron de recomendar su adopcion á la Puerta. Pero V. M. puede acordarse de que nuestros comentarios siguieron, y no precedieron á la no aceptacion pura y simple de la nota, y creo que las potencias, por poco que quisieran formalmente la paz, debian reclamar en seguida esta adopcion pura y simple en vez de permitir á la Puerta que modificara lo que nosotros admitimos sin variacion.

Por otra parte, si algun punto de nuestros comentarios pudo dar lugar á dificultades, en Ollmütz ofrecí una solucion satisfactoria y que como tal fué considerada por el Austria y la Prusia. Desgraciadamente, en aquel intérvalo, parte de la flota anglo-francesa entró en los Dardanelos, bajo pretesto de proteger la vida y propiedades de los súbditos ingleses y franceses, y para hacerla entrar entera en ellos, sin violar el tratado de 1841, fué preciso que el gobierno otomano nos declarára la guerra. Mi opinion es que, si la Francia y la Inglaterra hubiesen querido la paz tanto como yo, debian haber impedido á toda costa esta declaracion de guerra, ó en todo caso, despues de declarada, poner los medios para que no saliera de los estrechos límites que yo deseaba trazarle en el Danubio, á fin de que no me viese obligado á dejar el sistema puramente defensivo que queria seguir. Pero desde el momento que se permitió á los turcos el atacar nuestro territorio asiático, apoderarse de uno de nuestros puntos fronterizos (y esto antes de terminar el plazo fijado para la ruptura de las hostilidades), bloquear Akhaltsykh y devastar la provincia de Armenia; desde el momento que se ha permitido á la flota turca el llevar tropas, armas y municiones de guerra á nuestras costas, ¿se podia pretender qué esperáramos con paciencia el resultado de semejante tentativa? ¿No era de suponer qué nosotros procurariamos impedirlo por todos los medios posibles? El combate de Sínope ha sido la consecuencia forzosa de la actitud adoptada por las dos potencias, y en verdad aquel acontecimiento no podia parecerles *inesperado*. Declaré querer estar á la defensiva, pero esto antes de que estallára la guerra, mientras me lo permitieran mi honor y mis intereses, mientras que esta guerra no traspasára ciertos límites. ¿Se ha hecho cuanto era dable para qué no se traspasáran dichos límites? Si no era suficiente para V. M. el papel de espectador, ni siquiera el de mediador, y queria hacerse auxiliar armado de mis enemigos, hubiera sido mas leal y mas digno de V. M. el decirlo francamente con anticipacion declarándome la guerra. Entonces cada cual hubiera sabido el papel que le correspondia; ¿pero es equitativo acusarnos como de un crímen por lo que no se procuró evitar? Si los cañonazos de Sínope resonaron dolorosamente en el corazon de cuantos, así en Francia como en Inglaterra, conservan vivo el sentimiento de la dignidad nacional, ¿cree V. M. qué la presencia amenazadora, en la embocadura del Bósforo, de las tres mil bocas de fuego que cita, y el ruido de su entrada en el mar Negro, sean hechos sin eco en el corazon de la nacion cuyo honor debo defender? Sé por V. M., y por la primera vez (pues que las declaraciones verbales que aquí se me habian hecho guardaron silencio sobre este punto) que, al paso que protegian el abastecimiento de las tropas turcas en su propio territorio, las dos potencias habian resuelto *privarnos*

la navegacion del mar Negro, es decir, aparentemente, el derecho de abastecer nuestras propias costas. Dejo á la consideracion de V. M. si esto es, como dice, facilitar la conclusion de la paz, y si en la alternativa en que se me coloca me es permitido discutir, examinar siquiera un momento, sus proposiciones de armisticio, de evacuacion inmediata de los principados, y de negociacion con la Puerta de un convenio que se someteria á la conferencia de las cuatro cortes. ¿Vos mismo, Señor, si os encontrarais en mi lugar, aceptariais semejante proposicion? ¿Os lo permitiria vuestro sentimiento nacional? Contestaré decididamente que no. Concededme pues el derecho de pensar como vos. Sea cual fuere la decision de V. M., no se me verá retroceder ante la amenaza. Confio en Dios y en mi derecho, y respondo que la Rusia sabrá mostrarse en 1854 tal como fué en 1812.

Si no obstante V. M., menos indiferente por mi honor, acepta francamente nuestro programa, si me tiende una mano cordial como yo se la ofrezco en este último momento, olvidaré de buen grado lo que hay de ofensivo para mí en todo lo ocurrido. Entonces, Señor, *pero solamente entonces*, podremos discutir y ponernos de acuerdo. Limítese vuestra flota á impedir que los turcos lleven nuevas fuerzas al teatro de la guerra; y por mi parte prometo que nada tendrán que temer de mis tentativas. Envíenme un negociador y le recibiré cual conviene. En Viena se conocen mis intenciones, y ellas son la única base sobre la cual me es permitido discutir.

Ruego á V. M. que no dude de la sinceridad de los sentimientos con que soy, —Señor, de V. M. su buen amigo, —NICOLAS.

A pesar de no haber podido avenirse ambos emperadores, por las opuestas miras políticas ó de interés que tenian, resulta sin embargo, que siempre, aun durante la guerra, manifestó Rusia muchas mas simpatías por la Francia que por la Inglaterra. ¿En qué podia consistir esto? ¿Cuáles eran las causas que podian contribuir á aquella especie de deferencia con que siempre miró el czar á los franceses, cuando eran estos para él sus mas terribles enemigos? ¿Seria qué creyese fácil el emperador Nicolás atraer á Napoleon III á su política? En nuestro concepto solo contribuyó á ello la conducta franca y leal que siguió la Francia desde el primer dia que empezaron á entibiarse las relaciones entre las cortes de San Petersburgo y Constantinopla. Por otra parte, sabia muy bien la Rusia, que si en fuerza de las circunstancias se veia la Francia obligada á declararle la guerra, sabria hacerla del modo digno que reclama la cultura de los tiempos presentes. Iban desvaneciéndose cada dia mas las esperanzas de paz, en vista de los inmensos preparativos que hacian todas las naciones y de la gravedad cada vez mayor de los acontecimientos. Las cosas habian llegado ya á tal punto,

que era enteramente imposible á la diplomacia europea arreglarlas por sí, sin que hubiese de apelarse á la guerra que á todo trance intentára evitar. Pronto supieron las naciones todas á que atenerse acerca de aquella gran cuestion que agitaba tan vivamente los ánimos, sobre todo, desde que dirigió el emperador Nicolás á su pueblo el siguiente manifiesto inserto en la *Gaceta* de San Petersburgo.

MANIFIESTO AL PUEBLO.

«Nos, Nicolás I, emperador y autócrata de todas las Rusias, rey de Polonia, etc., etc.

«Ya hemos hecho saber á nuestros muy amados y fieles súbditos los motivos de nuestras desavenencias con la Puerta Otomana. Desde entonces, á pesar de haber principiado las operaciones militares, no hemos cesado de desear incesantemente, como lo deseamos aun hoy, el restablecimiento de la paz. Hemos alimentado, además, la esperanza de que la reflexion y el tiempo convencerian al gobierno turco de su error, provocado y sostenido por astutas intrigas que representan nuestras justas exigencias fundadas en los tratados, como actos atentatorios á su independencia y ocultando designios sobre su integridad.

«Los gobiernos inglés y francés han hecho causa comun con la Turquia, y la aparicion de las flotas combinadas en Tzargrad (Constantinopla), ha sostenido aun mas á la Puerta en su obstinacion. Finalmente las dos potencias occidentales, sin declaracion prévia de guerra, han hecho entrar sus flotas en el mar Negro, demostrando su intencion de defender á los turcos y de impedir á nuestra flota militar el navegar libremente para la defensa de nuestras propias costas.

«En vista de semejante conducta, sin ejemplo entre las potencias civilizadas, hemos llamado nuestros embajadores de Inglaterra y Francia, y hemos roto nuestras relaciones políticas con ambos Estados. Así pues, la Inglaterra y la Francia se colocan al lado de los enemigos de la cristiandad y contra la Rusia que combate por la ortodoxia!

«Pero la Rusia no faltará á su mision, y si sus enemigos atacan su territorio, estamos dispuestos á recibirles con la misma firmeza que nos legaron nuestros antepasados. ¿Hemos dejado de ser el mismo pueblo qué tan altos hechos atestiguó en 1812? Ofrézcanos el Todopoderoso ocasion de probarlo! Con este pensamiento vamos á combatir por nuestros hermanos oprimidos y que profesan la religion de Cristo. Unamos nuestros corazones, y con la fuerte voz de la Rusia, esclamemos: «Señor y defensor nuestro, ¿qué podrá amedrentarnos?

«Que Dios resucite, y sus enemigos se convertirán en polvo!»
«Dado en San Petersburgo á los 9 (21) de febrero de 1854.—*Firmado*,—NICOLAS.

Todas las miradas se fijaron ya desde entonces en la provincia Táurica, que iba á ser en breve el ancho campo en, que iba á decidirse por la suerte de las armas una cuestion gravísima que afectaba el honor y el interés de las cinco potencias que iban á tomar parte en la lucha. La Crimea, hé aquí el casi ignorado punto del globo, que á pesar de haber sufrido en el trascurso de los siglos mas de sesenta dominaciones, no habia podido lograr aun ocupar en la historia una página verdaderamente gloriosa. Fué aquella provincia conquistada por Catalina II en el siglo pasado, quedando desde entonces en poder de la Rusia: es un pais fertilísimo, abundante en aguas, pastos y en casi todos los frutos del norte y del mediodía. ¡Pronto veremos taladas sus ricas campiñas, sus habitantes dispersados y regadas con sangre aquellas llanuras en las que solo corrian entonces aguás cristalinas! En vista del manifiesto dado por el emperador Nicolás, pasó el ministro de negocios estrangeros de Francia una nota á todos sus agentes diplomáticos.

Circular del ministro de negocios estrangeros á los agentes diplomáticos del emperador.—París 5 de marzo de 1854.—SEÑOR:— Conoceis actualmente la respuesta del emperador Nicolás á la carta de S. M. I., y habeis leido igualmente el manifiesto que aquel soberano acaba de dirigir á su pueblo.

La publicacion de ambos documentos, ha destruido las últimas esperanzas que podian tenerse de la sabiduría del gabinete de San Petersburgo, y la misma mano que tanta gloria se habia adquirido por la firmeza con que habia ofrecido su apoyo á la Europa desquiciada en sus bases, abre ahora camino á las pasiones y á los azares. El gobierno del emperador está profundamente afligido por la inutilidad de sus esfuerzos y por el mal éxito de su moderacion; pero, en vísperas de la gran lucha que no habia provocado y que el patriotismo de la nacion francesa le ayudará á sostener, es para él de necesidad declinar aun esta vez toda la responsabilidad de los acontecimientos, y dejar que caiga todo su peso sobre la potencia que deberá de ellos dar cuenta ante la historia y ante Dios. No ignoro que elevadas consideraciones hacen mi tarea difícil, pero yo la llenaré con la certeza de no decir una palabra que no me sea dictada por la conciencia.

Al dirigirse al emperador de Rusia en unos términos en que hay unido el mayor espíritu de conciliacion á la mas noble franqueza, S. M. I. habia querido eliminar todos sus puntos oscuros á la cuestion que tenia al mundo en suspenso entre la paz y la guerra, procurando arreglarla sin que hiriese en nada la dignidad de nadie. En lugar de conservarse

en el mismo terreno y de aceptar la mano amiga que se le habia tendido, S. M. el emperador Nicolás, ha preferido reproducir hechos que la opinion pública ha juzgado definitivamente y representarse, desde el orígen de una crísis provocada por su gobierno, como el blanco de una hostilidad sistemática y preconcebida que debia fatalmente traer las cosas al punto á que han llegado. No es mi voz, señor, sino la de la Europa la que contesta que jamás una política tan imprudente, ha encontrado en ninguna época adversarios tan sosegados, tan pacientes en su resistencia á designios que su buen juicio condenaba, y que intereses de primer órden les imponia el deber de combatir.

No trato de remontarme á un pasado completamente despejado, pues que los hechos hablan bastante alto, pero debo repetir aun una vez que no es ya permitido buscar en la revindicacion, tan justa como limitada en sus efectos, de los privilegios de los latinos en Tierra Santa, la causa de lo que vemos actualmente. Esta cuestion habia quedado arreglada desde los primeros momentos de la permanencia del príncipe Menchikoff en Constantinopla, y solo la que este embajador promovió cuando habia obtenido satisfaccion por la anterior, es la que ha puesto al mundo sobre aviso y reunido sucesivamente á todos los gabinetes bajo el imperio de un sentimiento mismo de prevision y de un mismo deseo de conciliacion.

¿Hay necesidad de enumerar todas las tentativas qué solo una invencible obstinacion ha hecho fracasar? Nadie las ignora: nadie ignora tampoco que si han tenido lugar algunas demostraciones materiales mientras la duracion de las negociaciones, ni una sola ha habido que no haya sido precedida de algun acto agresivo de parte de la Rusia.

Me limitaré á recordar que si la escuadra francesa ancló en fin de marzo en la bahía de Salamina, fué porque desde el mes de enero se reunian en Besarabia inmensos cuerpos de tropas; que si las fuerzas navales de la Francia y de la Inglaterra se aproximaron á los Dardanelos, donde no llegaron hasta fin de junio, fué porqué un ejército ruso acampaba en las riberas del Pruth y porque se habia tomado, y oficialmente anunciado desde el 31 de mayo, la resolucion de hacerle pasar este rio; que si las flotas pasaron mas tarde á Constantinopla, fué porque retumbaba el cañon en el Danubio; y finalmente que si entraron en el mar Negro, fué porque, en contradiccion á la promesa de permanecer á la defensiva, los navíos rusos habian dejado Sebastopol para destruir los buques turcos anclados en el puerto de Sínope. Cuantos pasos dimos en Oriente, de acuerdo con la Inglaterra, tenian por objeto la paz, y no queríamos interponernos entre las partes beligerantes. La Rusia, al contrario, se avanzaba abiertamente cada dia hácia la guerra.

Si existen dos potencias á quienes su pasado y sus mas recientes relaciones debiesen (en caso de un conflicto que amenazase de poner en lucha á la Francia y la Inglaterra con el inmenso imperio su vecino) hacerlas á la vez indulgentes para con la Rusia, y recelosas á nuestros movimientos, son seguramente la Prusia y el Austria; y sin-embargo, sabeis, señor, que sus principios fueron desde el primer momento acordes con los nuestros, y que la Europa, constituida en jurado, ha pronunciado solemnemente su fallo sobre pretensiones y actos, de los que cualquiera apologia, por elevado que sea el punto de que salga, no puede ahora trasformar su carácter. Así el debate no es solo entre la Francia y la Inglaterra, que acudieron al socorro de la Puerta, y la Rusia, sino que es entre la Rusia y todos los Estados que tienen el sentimiento del derecho, y á los que la opinion y los intereses les colocarán al lado de la buena causa.

Opongo pues con confianza la unanimidad de los grandes gabinetes á la evocacion de los recuerdos de 1812, hecha directamente á un soberano que acababa de intentar lealmente un supremo esfuerzo de conciliacion. Toda la conducta del emperador Napoleon atestigua bastante que si bien está orgulloso de la herencia de gloria que le ha dejado su raza, nada ha descuidado para que su advenimiento al trono fuese una prenda de paz y de reposo para el mundo.

Una palabra diré tan solo, señor, del manifiesto en que S. M. el emperador Nicolás anuncia á sus pueblos las resoluciones que ha tomado. Nnestra época tan tormentosa, habia estado á lo menos exenta de uno de los males que mas turbaron el mundo en otro tiempo; quiero hablar de las guerras de religion. Se hace resonar á los oidos de la nacion rusa una especie de eco de aquellos tiempos desastrosos; se afecta oponer la cruz á la media luna, y se pide al fanatismo el apoyo que se sabe no puede pedirse á la razon.

La Francia y la Inglaterra no tienen porque defenderse de la imputacion que se les dirige: no sostienen al islamismo contra la ortodoxia griega, quieren proteger el territorio otomano contra las usurpaciones de la Rusia; van allí con la conviccion de que la presencia de sus ejércitos en Turquía, hará desaparecer las preocupaciones ya muy débiles que separan aun las diferentes clases de súbditos de la Sublime Puerta, y que solo podrian renacer si el llamado partido de San Petersburgo, provocando odios de raza y una esplosion revolucionaria, paralizase las generosas intenciones del sultan Abdul Medjid. Nosotros, señor, creemos sinceramente que prestando nuestro apoyo á la Turquía, somos mas útiles á la fé cristiana que el gobierno que la hace el instrumento de su ambicion temporal.

La Rusia olvida demasiado, en los reproches que hace á los demas,

que está léjos de ejercer en su imperio, relativamente á las sectas que no profesan el culto dominante, una tolerancia igual á la de que la Sublime Puerta puede con razon honrarse, y que con menos celo aparente por la religion griega mas allá de sus fronteras y mas caridad por la religion católica en su país, obedeceria mejor á la ley de Cristo que invoca con tanto énfasis.

Recibid, etc.—*Firmado*.—Drouyn de Lhuys.

Profunda fué la sensacion, que produjo en Rusia este documento, mas no por ello trató esta potencia de cejar en lo mas mínimo.

Interrumpidas quedaron desde luego las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de Rusia, Francia é Inglaterra, grandes fueron los preparativos militares que fueron hechos por todos ellos pues nadie dejaba de considerar ya la guerra como inevitable; al saber el emperador Nicolás los esfuerzos que hacian de consuno aquellas dos potencias para oponerse á sus planes, se resistió á creerlo, tales eran las esperanzas que tenia cifradas en su rivalidad natural. La gloria de la iniciativa que habia cabido á Napoleon III, le captó, como era natural, las simpatías de su pueblo; acallóse por un momento en Francia la tumultuosa voz de los partidos; se pusieron á disposicion del gobierno todos los recursos posibles; cada cual trató de cumplir con lo que el deber y el patriotismo exigian. La guerra estaba á punto de estallar, y esto bastaba para que la Francia se uniese como un solo hombre, para hacer mas fácil la victoria que iban á alcanzar sus armas. Apenas la Rusia acababa de arrojar el guante á la Europa cuando no solo le recogió el nuevo emperador, sino que decidió ademas á la Inglaterra á que hiciese otro tanto, proponiéndole la alianza que hacia indispensable la ilimitada ambicion del autócrata. Sin embargo, consecuente siempre Napoleon III en su política de reconciliacion, tentó el último medio al objeto de hacer renunciar el emperador Nicolás á sus constantes sueños de engrandecimiento, pero todo fué inútil: la Rusia creia llegado el momento de obrar, y no habia amenaza ni peligro que bastase á contenerlo. Hízole presente al Czar que se someteria á la decision de un congreso europeo la grave cuestion de Oriente; pero lejos de adherirse á ello el emperador Nicolás, hizo un llamamiento á las armas que escitó el entusiasmo en todo su dilatado imperio. Este paso fué considerado por las potencias de Occidente como una declaracion de guerra; los embajadores de Francia é Inglaterra recibieron inmediatamente la órden de salir de Rusia. Intimóse á Rusia la desocupacion de los principados Danubianos; pero lejos de dar aquella potencia cumplimiento á esta órden, se dispuso á continuar en ellos con mas ardor la guerra. Partió de Inglaterra una numerosa escuadra para el Báltico, mandada por el almirante Napier, aquel famoso marino que, á su decir haria ondear el pabellon de su patria

en los muros de Cronstadt, á los ocho dias de haberse roto las hostilidades; sin embargo, quedaron reducidas todas sus hazañas á la destruccion de algunos insignificantes establecimientos marítimos. En presencia de tantas fuerzas navales, viéronse las escuadras rusas de los dos mares obligadas á encerrarse en sus puertos.

Cada dia iba generalizándose mas la guerra en las márgenes del Danubio; el general Paskewitch que mandaba alli en gefe el ejército ruso, trató de apoderarse á toda costa de la plaza de Silistria, cuyos valientes defensores supieron hacer infructuosos todos sus ataques cuantas veces intentaron los rusos asaltar la plaza y fueron rechazados con pérdidas enormes; viéronse por último obligados á levantar el sitio. La derrota que acababa de esprimentar el ejército ruso en los muros de Silistria, y sobre todo, la llegada á Gallipoli del ejército aliado, alcanzaron lo que no habian podido lograr todas las notas diplomáticas; á saber: la evacuacion de los principados. Tan pronto como salieron los rusos de los principados, pasó á ocuparlos el ejército austríaco de acuerdo con los gobiernos de Francia é Inglatarra.

Alentada aun la diplomacia á pesar de sus recientes derrotas, trató de hacer en Viena su último esfuerzo por evitar la efusion de sangre, formulando las cuatro garantías que debian exigirse á la Rusia para restablecer la paz y el equilibrio europeos. La Rusia empero se negó á aceptarlas. La escuadra rusa encerrada en el puerto de Sebastapol por no poder hacer frente á la poderosa escuadra aliada del mar Negro, fué lo que decidió al general Saint-Arnaud, comandante en gefe del ejército francés á invadir la Crimea. Una vez destruida la escuadra en su mismo puerto de Sebastapol, quedaba para siempre destruida la importancia rusa en el mar Negro. Si bien no aprobaba en un todo el emperador Napoleon III los planes de su audaz general, accedió no obstante á ellos por el apoyo que le dispensáran los almirantes Dundas y Hamelin, quienes creian, como Saint-Arnaud, poder llevar facilmente á término aquella arriesgada empresa. En breve demostró la esperiencia cuanto mas acertados eran los planes de Napoleon III, segun los cuales habria debido el ejército aliado dirigirse á Kaffa, atacar sin descanso á los rusos hasta arrojarles de Crimea, y reducir luego la plaza de Sebastapol por medio del hambre. Con todo se embarcaron el ejército francés y una division turca en el puerto de Varna en direccion á la antigua Taurida; ni el inminente peligro en que se vió el ejército de perder todos sus acopios de boca y guerra, ni la actitud imponente de un enemigo aguerrido y numeroso que le aguardaba en su propio pais, ni los estragos que empezaba á causar el cólera en sus filas, bastaron á contener el ardor del soldado francés. Viva fué la satisfaccion que esperimentaron las tropas del general Saint-Arnaud al divisar en alta mar al ejército inglés que iba

á participar de sus fatigas, mas bien que de su gloria, en la sangrienta lucha que iba á tener lugar.

Verificaron las tropas aliadas su desembarco en las playas de Eupatoria en número de sesenta mil hombres. El ejército ruso, mandado por el general Menchikoff, compuesto de unos cincuenta mil hombres, ocupaba posiciones ventajosísimas en las riberas del Alma, teniendo ademas á retaguardia una segunda línea de defensa que era casi inespugnable. Despues de haber dado los generales Saint-Arnaud y lord Raglan algunos dias de descanso á sus tropas, emprendieron la marcha hácia el rio Alma, en cuya opuesta orilla estaba posesionado el ejército del general Menchikoff. Un cuerpo francés protegido por las fuerzas navales, atacó por la parte de mar un flanco de las posesiones rusas, al paso que el resto del ejército francés atacaba el centro del enemigo, y dirigian los ingleses tambien su ataque por el flanco opuesto. La batalla fué sangrienta y terrible, y la victoria por algun tiempo indecisa; á pesar de la intrepidez del ejército aliado y de lo bien dispuesto y ejecutado que fué su ataque, vióse rechazado por dos distintas veces, sufriendo pérdidas incalculables. Por fin la victoria se decidió en favor de las armas aliadas, merced al indomito valor de los zuavos que, lanzándose á la carrera lo-



graron apoderarse de algunas posiciones ocupadas por los rusos y de una parte de su artillería. Las pérdidas que esperimentaron ambos ejércitos en la batalla de Alma escedieron de doce mil hombres. ¡Cuantos mas debia costar aun aquella guerra tan larga y terrible!

El ejército aliado se dirigió inmediatamente hácia Belbec, sin parar hasta establecerse en Balaclava, cuyo punto importante debia ponerle en comunicacion con la escuadra. Apenas entró el general Saint-Arnaud en el Quersoneso, se vió obligado á conferir el mando al general Canrobert, por

haberle atacado un cólera fulminante que le hizo sucumbír en pocas horas. Practicado un reconocimiento sobre Sebastapol, conocieron los generales aliados, que era imposible apoderarse de la plaza con la facilidad que antes creyeran, merced á las grandes obras de defensa que en pocos dias acababan de levantar los rusos. Preciso era pues emprender un sitio riguroso por mar y tierra, y esponer al ejército por mucho tiempo al rigor del cólera, de los elementos y de los continuos ataques de un enemigo numeroso y aguerrido; pero que importa, ¿era por ventura aquella la primera vez que los hijos de la Francia imperial se veian en semejantes apuros? El honor de las dos primeras naciones de Occidente exigia sostener con denuedo aquella triple lucha, y preciso era por lo tanto emprenderlo, aunque hubiese de perecer en ella hasta el último soldado: vencer ó morir, hé aqui la heroica resolucion que tomaron los generales en aquel momento supremo.

Conociendo los rusos las ventajas que tenian sobre el ejército aliado resolvieron atacar al cuerpo inglés posesionado en Balaclava; marchó pues el general Liprandi al frente de treinta mil hombres, dispersó á los turcos encargados de defender los puestos avanzados y cargando en seguida á los ingleses con toda la bravura y decision, logró desbandar dos regimientos y poner todo el ejército en una confusion indescriptible. Visto por los franceses el apuro en que se veian sus aliados, dispusieron acudiese en su ausilio la division Bosquet, la cual cargando vigorosamente á los rusos, no solo logró salvar á sus compañeros, si que tambien rechazar á sus contrarios hasta sus mismas posesiones. Fué aquella jornada gloriosísima para las armas aliadas, á pesar de haberse perdido en ella casi toda la caballería inglesa.

Resuelto el emperador Nicolás á hacer un esfuerzo para arrojar á los aliados de Crimea, dispuso que pasasen sus dos hijos los duques Nicolás y Miguel al teatro de la guerra capitaneando un nuevo ejército. Dióse al poco tiempo de su llegada la batalla de Inkerman, en la que, si bien alcanzaron los rusos al principio algunas ventajas, por haberse apoderado de una posicion inglesa y de todas las piezas de artillería que defendian, acabaron por verse á su vez arrojados de los puntos conquistados, habiéndose esperimentado por una y otra parte pérdidas enormes.

Solo entonces trató la Francia de hacer el último esfuerzo para apoderarse de Sebastapol á todo trance, pues no ignoraba que en el caso de ser el ejército aliado vencido ante sus muros, quedaba fuera ya de toda duda el triunfo de Rusia; asi que, triplicó en poco tiempo las fuerzas que tenia en Crimea, mandó asimismo allá toda la artillería de que podia disponer y apeló á un nuevo emprestito de quinientos millones, todo al objeto de estrechar mas el cerco de la plaza y apoderarse de ella lo mas pronto posible. Los ingleses tambien por su parte procuraron todos los

recursos necesarios en buques y dinero. En breve tuvieron que luchar los aliados con un nuevo enemigo, tal era el frio que empezó ya á sentirse en el campamento, asi que empezaron á soplar los vientos de otoño; cuanto mas aumentaba el frio, tanto mayores eran los estragos que causaba el cólera en el ejército sitiador. El frio, el hambre y las enfermedades costaron á los aliados en menos de tres meses veinte y cinco mil hombres; pero no solo fueron estos reemplazados, sino que en breve ascendió el ejército aliado á ciento sesenta mil hombres. Formó el Austria un tratado con las naciones de Francia é Inglaterra, por el cual se obligaba aquella potencia á no intervenir contra ellos en los asuntos de Oriente, lo que era ya para los aliados un verdadero triunfo.

No se crea que á pesar de los esfuerzos supremos que se vió obligado á hacer el gobierno francés por sostener la guerra que empeñára en los campos de Crimea, descuidase por esto la lucha que seguia en Argel hacia tantos años; antes al contrario, la continuó aun con mas ardor, apoderándose en poco tiempo de diferentes tribus. Un acontecimiento de la mas alta importancia llenó por un instante de asombro al mundo, y en particular á los combatientes que estaban frente á frente y en continua y desesperada lucha: el emperador Nicolás, el autócrata, de todas las Rusias, el hombre resuelto y poderoso que poco antes arrojára el guante á la Europa, y que consideraba omnímodo su poder, acababa de bajar al sepulcro al igual que el mas ínfimo de todos sus vasallos, en los críticos momentos que mas necesaria era su presencia. ¿Seguiria el nuevo czar la senda que le trazára su padre poco tiempo antes de morir? ¿Cumpliria Alejandro II la promesa hecha por su antecesor de no envainar la espada hasta haber triunfado del enemigo, interin tuviese un soldado en su imperio y un rublo en sus arcas? A juzgar por el ardor con que se continuaba la guerra despues de la muerte de Nicolás, parecia deber ser asi; pero en breve se convenció la Europa de que abrigaba el nuevo autócrata intenciones menos belicosas.

Con efecto, no tardó Mr. de Neselrode, despues de la muerte del emperador Nicolás, en remitir á los representantes rusos en las cortes estrangeras, una circular manifestando que deseaba el emperador su amo devolver la paz al mundo, y asegurar en Oriente la libertad de cultos. Luego en vista de aquella importantísima declaracion presentó el conde Buol los cuatro puntos de garantía citados ya anteriormente en el memorandum de 28 de diciembre de 1854; por lo que se reunió el congreso de Viena, quedando definitivamente arregladas todas las cuestiones acerca de los principados danubianos. Pronto surgieron no obstante algunas dificultades que hicieron una vez mas inútiles los esfuerzos de la diplomacia para terminar aquella gran cuestion que solo podia resolverse por medio de las armas; en prueba de la ninguna esperanza que te-

nian las potencia beligerantes en el resultado de las negociaciones que acababan de abrirse en Viena, dirémos que apelaba el gobierno francés á otro emprestito de quinientos millones para continuar la guerra en mayor escala, y que procuraba Rusia por su parte escitar el espíritu religioso en el corazon de sus pueblos, á fin de que volasen todos ellos á la defensa de su religion y de su patria amenazadas. Lejos, pues, de dar las conferencias de Viena el apetecido resultado, contribuyeron por el contrario á aumentar mas y mas el entusiasmo de los pueblos empeñados en la lucha, cualesquiera que fuesen los sacrificios que se hubiesen de imponer por sostenerla. Haciase esta cada vez mas sangrienta y terrible por ser el honor de la patria y el fanatismo los dos móviles poderosos que reinaban en uno y otro campo. Los contínuos ataques de los reductos, muchos de ellos sin resultado, costaban diariamente miles de hombres que encontraban en ellos una muerta segura: muchas fueron las posiciones que despues de haber sido ganadas seis ú ocho veces á la bayoneta, volvian por último á quedar en poder del que antes las ocupára.

Despues de haberse celebrado un consejo de generales, al que asistió Omer-Bajá, en el campo aliado, se resolvió adelantar hácia la Torre Malakoff, que era el baluarte inespugnable de todos los fuertes del Mediodia, por mas que tuviese que sostenerse una lucha continua y obrar en ello con la lentitud que exigian los trabajos de la zapa. Hiciéron correr las nuevas obras emprendidas torrentes de sangre; preciso fué pedir un armisticio para enterrar los muertos; era aquella una escena de horror y desolacion inesplicable; seis meses hacia que continuaba ya el cerco de la plaza. El nueve de abril empezó el bombardeo, siendo mas de quinientas las bocas de fuego que arrojaban sus proyectiles contra la plaza; esperimentaron los aliados durante el bombardeo la sensible pérdida del entendido general Bizot, del cuerpo de ingenieros, que tanta gloria alcanzára en la direccion de las operaciones. La plaza, sin embargo, continuó resistiéndose con el mismo ardor hasta que cesó el bombardeo. Vióse obligado el general Canrobert á dimitir el mando, por no permitirle su quebrantada salud continuar al frente del ejército, sucediéndole el general Pelissier.

Para corresponder dignamente el nuevo caudillo á la alta confianza que merecia á la Francia y al emperador, trató de dar mas impulso á la guerra y de apoderarse á todo trance del arrabal de la marina, á fin de estrechar mas la plaza, bien que no se le ocultase lo difícil de la empresa por tener antes que ganar el rediente de la Estrella y la torre de Malakoff. A pesar de no haber recibido aun el ejército francés los refuerzos que no tardaron en llegarle, ascendian ya á la sazon las tropas aliadas, contando los turcos y el contingente sardo, á mas de doscientos veinte y cinco mil hombres. Los rusos, que sin duda conocieron el

audaz plan que abrigaba el general Pelissier, procuraron levantar nuevas líneas de contraaproche, al objeto de abrir algunas vías de comunicacion entre sus principales fuertes, y hacer mas fácil su socorro en los momentos de apuro; pero como tambien conociese el general Pelissier la importancia de las obras que trataba de oponer el enemigo á la realizacion de sus planes, resolvió apoderarse de ellas cualesquiera que fuesen los sacrificios que hubiese de hacer por lograrlo. A este fin, dispuso que los generales Beuret, Paté y Montterouge, atacasen las líneas enemigas durante la noche; pero como por su parte los rusos hubiesen resuelto tambien atacar las reductos franceses, trabóse en la madrugada del dia siguiente una lucha encarnizada y horrible entre numerosas fuerzas enemigas á quienes llevaba al combate un mismo objeto. Despues de un fuego horroroso y de haberse dado por una y otra parte repetidas cargas á la bayoneta, lograron los franceses al despuntar el dia, verse dueños de algunas de las posiciones del ala derecha; alentados por aquel triunfo, atacaron á los pocos dias en union con las tropas turcas y piamontesas las fuertes posiciones de Tchernaia, de las que solo lograron apoderarse en parte, si bien esperimentando pérdidas enormes.

Dirigióse parte de la escuadra aliada al mar de Azof para bombardear los puertos rusos y llevar en sus pacíficas orillas el espanto, el incendio y la muerte; pronto las poblaciones de Yenikale, Kertch y Mariampol, fueron por parte de los aliados teatro de violentos escesos, á pesar de no haberles opuesto la segunda de éstas plazas resistencia alguna; particularmente los turcos en Kercht no dieron cuartel.

Como manifestase el nuevo emperador Alejandro II intenciones pacíficas, volvieron abrirse las conferencias en Viena al objeto de poner término á aquella guerra de esterminio que contemplaba con horror la Europa; pero como siempre, fracasaron tambien esta vez las esperanzas de paz. Reconocida al fin la impotencia de la diplomacia para procurar una paz honrosa y de provecho que hiciese menos sensible la sangre derramada, se dispuso emprender con mas ardor la guerra á fin de acabar, si era posible, de una vez con sus estragos. Dispúsose en consecuencia atacar el mamelon Verde, el rediente de la Estrella y la torre de Malakoff, junto con todas las demás obras de defensa hechas en la bahía del Carenero. Dada la señal de ataque, marchó todo el ejército francés contra el mamelon Verde y los reductos de Kamtchatka, cuyas posiciones fueron defendidas con la misma obstinacion con que eran atacadas: la muerte del intrépido general francés Lavarande y la del general ruso Timofeisef, y la de un sin fin de oficiales superiores, subalternos y soldados de una y otra parte, indican claramente la mucha sangre que debió derramarse en aquella triste jornada.

La obstinada resistencia de los rusos hacia casi infructuosos los heróicos esfuerzos del ejército francés, por lo que se decidió el general Pelissier á dar un golpe atrevido que anticipase el resultado de aquella larga, penosa y terrible campaña. Insepultos yacian aun los cadávares en la costa del Carenero, cuando formado ya todo el ejército francés en órden de batalla, vió por primera vez ponerse á su frente al general en gefe, marchando á poco contra el enemigo parapetado en sus posiciones. El general Mayran que mandaba el ala derecha creyó llegado el momento de empezar el ataque por haberse disparado algunos cañonazos antes de amanecer, por lo que arremetió en seguida al frente de las divisiones de su mando con su acostumbrado heróismo. Pero como no fuese su ataque secundado por las demás fuerzas del ejército en razon de haberse anticipado, sufrieron sus divisiones todo el fuego de la línea rusa y de la escuadra anclada en la bahia, viéndose al fin obligadas á retirarse despues de haber perdido á su valiente general y mas de mil quinientos soldados entre muertos y heridos. No fueron mas afortunadas aquel dia las armas aliadas en el centro, cuyas fuerzas quedaron tambien espuestas al fuego de toda la artilleria rusa despues de haber sido mortalmente herido el general que las mandaba; solo por el ala izquierda logró alcanzar alguna ventaja el general de Autemarre; pero en breve volvió á ser arrojado de las posiciones que por un momento logró conquistar. Tambien los ingleses fueron rechazados en los diferentes ataques que dirigieron contra el rediente de la Estrella. Perdieron los aliados aquel dia mas de ocho mil hombres, sin haber podido adelantar ni un solo palmo de terreno. Murió lord Raglan, gefe del ejército inglés, á los diez dias de haberse dado aquella sangrienta batalla; y por mas que haya querido suponerse lo contrario, fué su muerte debida á la enfermedad reinante que diezmaba las filas del ejército aliado, y que hizo bajar tambien al sepulcro al general Saint-Arnaud. Pasada la primera impresion dolorosa que causó aquel triste acontecimiento, y tributados al noble lord los últimos honores, se confirió el mando del ejército inglés al general Simpson, y volvieron á continuar las por un momento interrumpidas operaciones del sitio.

Era la zapa, despues del fusil, el instrumento que mas necesitaban los aliados para verificar las obras de contraaproche que debian procurarles el triunfo; pero no podian continuarlas mas que de noche á causa de las contínuas salidas practicadas por los rusos, y de la proximidad y vigilancia en que estaban siempre sus cazadores al objeto de impedirlas. Pero combatiendo de dia y trabajando de noche, se iban adelantando, aunque con lentitud, las lineas del campo aliado. No era menor la constancia que por su parte empleaban los rusos en aquellas magníficas obras de defensa, dirigidas por su célebre general de inge-

nieros, el jóven Todlevent, que habian logrado poner hasta entonces al abrigo de la numerosa artillería de los aliados, la plaza y el puerto de Sebastopol. Hé aquí los adelantos que habia hecho el ejército anglo-francés, á pesar de sus continuos sacrificios, durante los siete meses de su permanencia en Crimea.

La escuadra del Báltico, mandada por su almirante Napier, continuaba recorriendo aquel mar sin obtener nunca ventaja alguna; quedaron todos sus hechos reducidos á incendiar algunos buques mercantes rusos, y á contemplar desde léjos la plaza de Cronstadt, que altiva desafiaba el inmenso poder de las dos grandes naciones de Occidente. No fueron mayores los triunfos que alcanzó la escuadra aliada en el mar de Azof, á pesar del funesto ardor con que empezó á bombardear algunos de sus puertos.

Veamos el aspecto que ofrecia la Francia imperial durante aquellos tristes sucesos. Obligada á sostener una lucha titánica en los últimos confines de Europa, hizo todos los sacrificios que las circunstancias exigian en hombres y dinero, aumentando, si cabe, léjos de segar, las fuentes de la riqueza pública, puesto que pocas veces se vieron en ella mas pujantes el comercio y la industria. Como no podia menos de tener una confianza ilimitada en el gefe del Estado, se entregó á él sin reserva, segura de que sabria Napoleon III conducirla al bienestar y á la gloria. Mientras contenta y satisfecha se dirigia la juventud francesa al lejano campo de batalla, para defender la causa de la justicia y de la civilizacion, solícitos se presentaban el propietario y el industrial á cubrir los empréstitos á que apelaba el gobierno para hacer frente á los enormes gastos de la guerra, cooperando así todos de consuno á la grandeza de su patria. Para corresponder dignamente el emperador por su parte á la alta confianza que merecia de todos sus súbditos, procuró dar todo el desenvolvimiento posible al comercio y las artes, abriendo en Paris la exposicion universal que debia contener todo cuanto de mas notable pueden producir el hombre y la naturaleza. La exposicion universal de Paris aventajó de mucho á la exposicion inglesa celebrada en 1851. La pujanza de la Francia en medio de la desastrosa guerra que se veia obligada á sostener, escitó con justo motivo la admiracion del mundo. Despues de haber asegurado Napoleon III la dicha interior de sus pueblos, se disponia á partir para el teatro de la guerra, á fin de compartir con su ejército los peligros y fatigas que debian procurarle al fin la victoria; pero el descubrimiento de algunas conspiraciones, y sobre todo, el atentado del regicida Pianori, hicieron desistir al emperador de su intento. El Austria, que ocupaba los principados danubianos desde que fueron estos abandonados por los rusos, limitóse á la mas estricta neutralidad en presencia de la gran contienda europea;

otro tanto hizo la Prusia, merced á la actitud del Austria, si bien se demostró siempre algo mas hostil á los aliados. Firmó Suecia un convenio con Francia é Inglaterra. Grecia y Nápoles, cuyos reinos eran enteramente adictos á la Rusia, se contentaron con manifestarla sus simpatías, sin atreverse á abrazar decididamente su causa, por el justo temor que infundian los dos colosos de Occidente. De este modo se vió Rusia reducida á sus propias fuerzas, no obstante los poderosos aliados con que antes contaba.

Terminadas habian quedado ya en el campo aliado las operaciones del sitio; los rusos, que por lo mismo, vieron llegado el momento de que iba á ser bombardeado el fuerte de Malakoff y el arrabal de Karabelnaia, intentaron atacar las líneas avanzadas de los aliados, confiando esta arriesgada cuanto difícil operacion al valiente general Liprandi. Puesto al frente de sus divisiones rusas, cargó decididamente á los aliados en sus mismas trincheras, arrollándolos por todas partes; pero socorridos estos por nuevas fuerzas francesas, arremetieron ó su vez contra las tropas rusas, á las que obligaron á abandonar las posiciones que poco antes ganáran. Corrióse luego Liprandi hácia el flanco derecho, y despues de haber dispersado las fuerzas francesas que en vano intentaron resistirle, atacó á las baterías sardas que iban á caer en su poder cuando acudieron en su ausilio refuerzos considerables. A pesar de toda su decision y pericia, vióse el general ruso obligado á retirarse despues de haber esperimentado grandes pérdidas, sin haber podido alcanzar el apetecido triunfo.

Dispuesta ya por los aliados su inmensa artillería, empezó esta á obrar el 17 de agosto contra la torre de Malakoff, que por espacio de seis dias continuó contestando á sus fuegos; con todo, lograron los fuegos de los sitiadores apagar al fin los del fuerte. Aquella inespugnable torre, aquel fuerte coronado de numerosa artillería, aquel baluarte en fin, tan tenazmente atacado y defendido, cayó el 8 de setiembre en poder de las tropas aliadas. Igual suerte cupo al gran Rediente y al bastion central á pesar de su obstinada resistencia. Arrojados los rusos de la parte Sud de Sebastopol, tuvieron que retirarse á los fuertes del norte, dejando la ciudad en poder de sus enemigos. Despues de haber alcanzado aquella victoria decisiva, continuó el ejército aliado en su campo, aguardando las oportunas órdenes, ora fuese para continuar el sitio hasta reducir los fuertes del norte, ora para llevar la guerra á otro punto, ó ya para retirarse á su patria á descansar de tantas fatigas. Mas afortunados los rusos en la campaña de Asia, alcanzaron en ella repetidos triunfos; pero ni la toma de Kars en la que hicieron veinte mil prisioneros, ni todas las demás victorias, pudieron indemnizarles de la derrota que sufrieron sus armas delante de Sebastopol. ¿Conti-

nuaria por mas tiempo la guerra? ¿ Accederian los aliados á una paz estéril despues de haberse visto obligados á hacer tantos sacrificios? ¿Podia Rusia consentir en una paz vergonzosa, cuando á pesar de haber combatido por espacio de catorce meses contra cuatro naciones, conservaba aun todo su inmenso poder, por no haber perdido en todo este tiempo mas que una plaza insignificante? Hé aquí las preguntas que todo el mundo se dirigía en aquella época. Solo la diplomacia habria podido contestar á ellas.

Por mas que la Gran Bretaña desease la continuacion de la guerra, no era probable que accediese á sus deseos Napoleon III, cuando ya habia reportado de ella todas las ventajas á que podia aspirar; esto es: impendir el engrandecimiento de la Rusia, y dejar bien sentado el honor de sus armas. Así pues, desechar las proposiciones de paz que le hiciesen las potencias mediadoras, habria sido en él una falta imperdonable. Tampoco Rusia tenia interés alguno en continuar por mas tiempo la lucha; puesto, que de ningun modo podia esta procurarle la realizacion de los planes que la obligaron á emprenderla. Por otra parte, habia bajado ya al sepulcro su promovedor el czar Nicolás, y no era probable que su hijo Alejandro II, al que se consideraba animado de intenciones mas pacíficas, tuviese el mismo interés en continuarla.

Conocida por el Austria la verdadera situacion de las naciones beligerantes, entabló nuevas negociaciones de paz que fueron últimamente aceptadas. Por último las armas habian desbrozado el camino á la política, por lo que podia esta ya obrar con toda la plenitud de sus derechos. Reunidos en Paris los plenipotenciarios de Rusia, Francia, Inglaterra, Turquía, Austria, Prusia y Cerdeña, devolvieron la paz á Europa con el siguiente tratado:

Tratado de paz, del 30 de marzo, y anexos.— Habiéndose reunido en un Congreso en Paris, los plenipotenciarios que se citan á continuacion: por Francia, el conde Walewski y el baron de Bourqueney; por Austria, el conde Buol Schauenstein y el baron de Hubner; por el Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, el conde de Clarendon y el baron Cowley; por Rusia, el conde Orloff y el baron de Brunow; por Cerdeña, el conde de Cavour y el marqués de Villamarina; por el Imperio otomano, Mouhammed-Emim-Aali Bajá y Mehemmed-Djemil-Bey; y por Prusia, por haber esta nacion firmado el tratado de 13 de julio de 1841, el baron de Manteuffel y el conde de Hatzfeldt; despues de haber cambiado sus poderes, encontrados en buena y debida forma, acordaron los artículos siguientes:

Artículo 1.° A contar desde el dia de las ratificaciones del presente tratado, habrá paz y amistad perpétuas entre S. M. el emperador de los franceses, S. M. la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda,

S. M. el Rey de Cerdeña, S. M. I. el Sultan, de una parte, y S. M. el Emperador de todas las Rusias, de la otra; así como entre sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.

Art. 2.° Habiéndose felizmente restablecido la paz entre las dichas majestades, los territorios conquistados ú ocupados por sus ejércitos, durante la guerra, serán recíprocamente evacuados.

Convenios especiales arreglarán el modo con que haya de verificarse dicha evacuacion lo mas pronto que sea posible.

Art. 3.° S. M. el Emperador de todas las Rusias se compromete á restituir á S. M. el Sultan, la ciudad y ciudadela de Kars, así como todas las demás partes del territorio otomano de que se hallan en posesion las tropas rusas.

Art. 4.° SS. MM. el Emperador de los franceses, la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, el Rey de Cerdeña y el Sultan se obligan á restituir á S. M. el Emperador de ambas Rusias, las ciudades y puertos de Sebastopol, Balaklava, Kamiesch, Eupatoria, Kertch, Yeni-Kaleh, y Kinburn, así como todos los demás terrenos ocupados por el ejército aliado.

Art. 5.° SS. MM. el Emperador de los franceses, la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, el Emperador de ambas Rusias, el Rey de Cerdeña y el Sultan, conceden una ámplia amnistía á cuantos súbditos de estas diferentes naciones se hayan comprometido del modo que sea, en favor del enemigo en los sucesos de la guerra.

Se sobreentiede, que dicha amnistía será estensiva á los súbditos de cada una de las partes beligerantes que hayan continuado, durante la guerra, dedicados al servicio de cualquiera de ellas.

Art. 6.° Los prisioneros de guerra hechos por una y otra parte, serán inmediatamente puestos en libertad.

Art. 7.° S. M. el Emperador de los franceses, S. M. el Emperador de Austria, S. M. la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda. S. M. el Rey de Prusia, S. M. el Emperador de las Rusias y S. M. el Rey de Cerdeña, declaran á la sublime Puerta con derecho á participar de las ventajas del derecho público y de los tratados europeos. SS. MM. se obligan respectivamente á respetar la independencia é integridad territorial del imperio otomano; garantizan mancomunadamente la observancia de esta obligacion; y declaran que considerarán por lo mismo como una cuestion de interés general, cualquier acto que tienda á lastimar tan sagrados intereses.

Art. 8.° En el caso de que ocurra entre la Sublime Puerta y una ó varias de las potencias contratantes, cualquier desavenencia que pueda originar la ruptura de sus relaciones, la Sublime Puerta y aquella ó aquellas naciones con quien se halle en desacuerdo, deberán dar cuenta

de todo á las demás potencias signatarias, antes de hacer uso de la fuerza armada, á fin de que estas tengan ocasion de mediar y de emplear su influencia en favor de la conservacion de la paz.

Art. 9.° S. M. I. el Sultan, en su constante solicitud por el bienestar de sus súbditos, habiendo otorgado un firman que mejorando su suerte sin distincion de religion, ni de raza, consagra sus generosas intenciones para con las poblaciones cristianas de su imperio, y queriendo dar un nuevo testimonio de sus sentimientos en este punto, ha resuelto comunicar á las potencias contratantes el dicho firman, emanado espontáneamente de su voluntad soberana.

Las potencias contratantes declaran el alto valor de esta comunicacion. Debe tenerse bien entendido que esta comunicacion sin embargo, no podrá dar en ningun caso á las potencias el derecho de inmiscuirse ni colectiva ni separadamente en las relaciones de S. M. el Sultan con sus súbditos, ni la administracion interior de su imperio.

Art. 10. Se ha revisado de comun acuerdo el tratado de 13 de julio de 1841, que mantiene la antigua regla del Imperio otomano, relativa á la clausura de los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo.

El acta, concluida á este efecto y conforme á este principio, entre las altas partes contratantes, está y queda anexa al presente tratado, y tendrá la misma fuerza y valor que si fuese una parte integrante de él.

Art. 11. El mar Negro queda declarado neutral, abiertos á la marina mercante de todas las naciones, sus aguas y sus puertos; pero formal y perpetuamente prohibidos á cualquier pabellon de guerra, sea de las naciones ribereñas, sea de cualquier otra potencia, salvas las escepciones mencionadas en los artículos 14 y 19 del presente tratado.

Art. 12. Libre de toda traba, el comercio, en los puertos y en las aguas del mar Negro, no se hallará sujeto sino á los reglamentos de sanidad, de aduanas y de policía, dictados por un espíritu favorable al desarrollo de las transacciones comerciales.

Para dar á los intereses comerciales marítimos de todas las naciones la seguridad que es de desear, la Rusia y la Sublime Puerta admitirán cónsules en sus puertos situados en el litoral del mar Negro, conforme á los principios del derecho internacional.

Art. 13. Quedando declarado neutral el mar Negro, en los términos del artículo 11, se hace innecesario y sin objeto el establecimiento en su litoral de arsenales militares marítimos. En su consecuencia S. M. el Emperador de todas las Rusias y S. M. I. el Sultan, se comprometen á no levantar ni conservar en este litoral ningun arsenal militar marítimo.

Art. 14. SS. MM. el Emperador de todas las Rusias y el Sultan, habiendo concluido un convenio para determinar la fuerza y el número de buques ligeros necesarios al servicio de sus costas, los que ellos se reser-

van entretener en las del mar Negro, este convenio queda anexo al presente tratado y tendrá la misma fuerza y valor que si formase parte integrante de él. Este convenio no podrá anularse ni modificarse sin el asentimiento de las potencias signatarias del presente tratado.

Art. 15. Habiendo establecido el acta del Congreso de Viena los principios destinados á arreglar la navegacion de los rios que separan ó atraviesan varios Estados, las potencias contratantes estipulan entre sí que en lo futuro estos principios serán igualmente aplicados al Danubio y á sus bocas. Tambien declaran que esta disposicion formará de hoy en adelante parte del derecho público de Europa, y quedará bajo su garantía.

La navegacion del Danubio no podrá estar sujeta á ninguna traba, tributo ni carga que no se halle espresamente prevista por las estipulaciones contenidas en los artículos siguientes. En su consecuencia no se cobrará ningun peaje basado únicamente en el hecho de la navegacion del rio, ni ningun derecho sobre las mercancías que se hallen á bordo de los buques. Los reglamentos de policía y de cuarentena que se establezcan para la seguridad de los Estados separados ó atravesados por este rio, estarán concebidos de manera que favorezcan, en cuanto sea posible, la circulacion de los buques. Salvo estos reglamentos, no se pondrá ningun obstáculo, sea el que sea, á la libre navegacion.

Art. 16. Con el fin de realizar las disposiciones del artículo precedente, una comision, en la cual la Francia, el Austria, la Gran Bretaña, la Prusia; la Rusia, la Cerdeña y la Turquía estarán cada una representadas por un delegado, se encargará de designar y de hacer ejecutar las obras necesarias, desde Isatcha, para limpiar las bocas del Danubio, así como las de la mar cercanas á dichas bocas, de las arenas y otros obstáculos que las obstruyen, á fin de poner esta parte del rio y las del mar en las mejores condiciones posibles de navegacion.

Para cubrir los gastos de estas obras, así como el de los establecimientos que tengan por objeto asegurar y facilitar la navegacion en las bocas del Danubio, se podrán exigir derechos fijos de un tipo conveniente, determinados por la comision por mayoria de votos; pero con la condicion espresa de que bajo este respecto como bajo todos los demás, serán tratados los pabellones de todas las naciones con una perfecta igualdad.

Art. 17. Se establecerá una comision, compuesta de los delegados de Austria, de la Baviera, de la Sublime Puerta y del Wurtemberg, (uno por cada una de estas potencias) á los cuales se reunirán los comisarios de los tres Principados danubianos, cuyo nombramiento haya sido aprobado por la Puerta. Esta comision; que será permanente, se encargará: 1.° De redactar los reglamentos de navegacion y de policía fluvial; 2.°

De hacer desaparecer las trabas, sean de la naturaleza que fuesen, que se oponen todavía á la aplicacion al Danubio de las disposiciones del tratado de Viena; 3.° De ordenar y hacer ejecutar las obras necesarias en todo el curso del rio; y 4.° De vigilar, despues de la disolucion de la comision europea, la libertad de navegacion de las bocas del Danubio y de las partes de mar á ellas cercanas.

Art. 18. Se entiende que la comision europea habrá llenado su cometido, y que la comision ribereña habrá terminado los trabajos del artículo precedente, bajo los números 1.° y 2.°, en el espacio de dos años. Las potencias signatarias reunidas en conferencia, informadas de este hecho, acordarán, despues de haber tomado acta de él, la disolucion de la comision europea.

Art. 19. A fin de asegurar la ejecucion de los reglamentos que se hayan aprobado de comun acuerdo, y segun los principios arriba mencionados, cada una de las potencias contratantes gozará el derecho de tener una estacion compuesta de dos buques ligeros en las bocas del Danubio.

Art. 20. En cambio de las ciudades, puertos y territorios enumerados en el artículo 4.° del presente tratado, y para asegurar mejor la libertad de la navegacion del Danubio, S. M. el emperador de todas las Rusias consiente en la rectificacion de su frontera en Besarabia.

La nueva frontera partirá del mar Negro á un kilómetro al Este del lago Bourna Sola, se juntará perpendicularmente al camino de Akerman, seguirá este camino hasta el valle de Trajano, pasará al Sur de Belgrado, y recorrerá la orilla del Yalpuk hasta la altura de Saratsika é irá á terminar en Katamori sobre el Pruth. A partir de este punto y rio arriba, la antigua frontera entre los dos imperios, no sufrirá ninguna modificacion.

Delegados de las potencias contratantes, fijarán, en todos sus pormenores, la línea de la nueva frontera.

Art. 21. El territorio cedido por la Rusia, quedará anexo al principado de Moldavia, bajo la soberanía de la Sublime Puerta.

Los habitantes de este territorio gozarán de los derechos y privilegios asegurados á los Principados, y durante el espacio de tres años, les será permitido trasladar á otra parte su domicilio, disponiendo libremente de sus propiedades.

Art. 22. Los principados de Valaquia y de Moldavia, continuarán gozando, bajo la soberanía de la Sublime Puerta y bajo la garantía de las potencias contratantes, de los privilegios é inmunidades de que están en posesion. Ninguna proteccion esclusiva se ejercerá sobre ellos por ninguna de las potencias garantes. Ninguno tendrá el derecho particular de ingerirse en sus negocios interiores.

Art. 23. La sublime Puerta se compromete á conservar á dichos

Principados, una administracion independiente y nacional, así como la plena libertad de culto, de legislacion, de comercio y de navegacion.

Las leyes y estatutos hoy vigentes serán revisados. Para establecer un completo acuerdo sobre esta revision, se reunirá sin dilacion en Bucharets, con un comisario de la Sublime Puerta, una comision especial sobre cuya composicion se entenderán las altas potencias contratantes.

Esta comision tendrá por objeto informarse del estado actual de los Principados, y proponer las bases de su futura organizacion.

Art. 24. S. M. el Sultan promete convocar inmediatamente en cada una de las dos provincias, un divan *ad hoc* (asamblea), compuesto de modo que constituya la mas exacta representacion de los intereses de todas las clases de la sociedad. Estos divanes serán llamados á manifestar los deseos de las poblaciones relativamente á la organizacion definitiva de los Principados.

Una instruccion del Congreso, arreglará las relaciones de la comision con estos divanes.

Art. 25. Tomando en consideracion la opinion emitida por los dos divanes, la comision transmitirá sin retardo al punto actual de las conferencias, el resultado de su propio trabajo.

La inteligencia final con la potencia soberana, será sancionada por un convenio concluido en Paris entre las altas partes contratantes, y un hatti-cheriff, conforme las estipulaciones del convenio, constituirá definitivamente la organizacion de estas provincias colocadas en adelante bajo la garantía colectiva de todas las potencias signatarias.

Art. 26. Queda convenido que habrá en los Principados una fuerza armada nacional, organizada con el objeto de mantener la seguridad interior y asegurar la de las fronteras. No podrá imponerse ninguna traba á las medidas estraordinarias de defensa, que de acuerdo con la Sublime Puerta se vean obligados á tomar para rechazar cualquiera agresion estrangera.

Art. 27. Si el reposo interior de los Principados se hallase amenazado ó comprometido, la Sublime Puerta se entenderá con las demas potencias contratantes acerca de los medios que se deban adoptar para mantener ó restablecer el órden legal; no podrá tener lugar ninguna intervencion armada sin un acuerdo prévio entre estas potencias.

Art. 28. El principado de Servia, continuará dependiendo de la Sublime Puerta, conforme á los hattis (privilegios) imperiales que fijan y determinan sus derechos é inmunidades, colocados en adelante bajo la garantía colectiva de las altas potencias contratantes.

En su consecuencia, dicho principado conservará su administracion independiente y nacional, así como la plena libertad de cultos, de legislacion, de comercio y de navegacion.

Art. 29. Se mantiene el derecho de guarnicion de la Sublime Puerta, tal como se halla estipulado por los reglamentos anteriores; ninguna intervencion armada podrá tener lugar en Servia, sin un acuerdo prévio de las altas potencias contratantes.

Art. 30. S. M. el Emperador de todas las Rusias y S. M. el Sultan, mantienen en toda su integridad el estado de todas sus posesiones en Asia, tal como existia legalmente antes de la guerra.

Para prevenir toda contestacion local, se deslindará la línea de la frontera, y si es necesario, se rectificará, sin que pueda resultar de esto ningun perjuicio territorial para ninguna de ambas partes.

A este efecto se enviará á dichos sitios, imediatamente despues del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre la corte de Rusia y la Sublime Puerta, una comision mista compuesta de dos comisarios rusos, de dos comisarios otomanos, un comisario francés y otro inglés. Su trabajo deberá terminarse en el espacio de ocho meses contados desde el cange de las ratificaciones del presente tratado.

Art. 31. Los territorios ocupados durante la guerra por las tropas de SS. MM. el Emperador de los franceses, el emperador de Austria, la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y el rey de Cerdeña, segun los términos de los convenios firmados en Constantinopla el 12 de marzo de 1854 entre la Francia, la Gran Bretaña y la Sublime Puerta, el 14 de junio del mismo año entre el Austria y la Sublime Puerta, y el 15 de marzo de 1855 entre la Cerdeña y la sublime Puerta, serán evacuados despues del cange de las ratificaciones del presente tratado, tan pronto como se pueda. El tiempo que se tarde en hacer dicha evacuacion y los medios de ejecutarla, serán objeto de un arreglo entre la Sublime Puerta y las potencias cuyas tropas ocupan su territorio.

Art. 32. Hasta que los tratados ó convenios que existian antes de la guerra entre las potencias beligerantes hayan sido renovados ó reemplazados por otros nuevos, el comercio de importacion ó esportacion tendrá lugar recíprocamente con arreglo á los reglamentos que regian antes de la guerra, y sus súbditos en cualquiera otra materia serán respectivamente tratados como los de la nacion mas favorecida.

Art. 33. El convenio concluido en este dia entre SS. MM. el Emperador de los franceses, la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda por una parte, y S. M. el emperador de todas las Rusias por otra, relativamente a las islas de Aland, es y queda anexo al presente tratado y tendrá la misma fuerza y valor que si formase parte de él.

Art. 34. El presente tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en Paris en el término de cuatro semanas ó antes si es posible.

En fé de lo cual han firmado y sellado con el sello de sus armas los plenipotenciarios respectivos.

Dado en Paris á 30 de marzo de 1856. — Siguen las firmas.

Artículo adicional y transitorio.— Las estipulaciones del convenio de los estrechos firmado en este dia no serán aplicables á los buques de guerra empleados por las potencias beligerantes para la evacuacion por mar de los territorios ocupados por sus ejércitos; pero dichas disposiciones regirán por completo tan luego como haya terminado la evacuacion.

Primer anexo.—*Arreglo de los estrechos.*—Art. 1.° S. M. el Sultan, de una parte, declara que tiene la firme resolucion de mantener en lo sucesivo el principio invariable establecido como antigua regla de su imperio, y en virtud del cual ha estado en todo tiempo prohibido á los buques de guerra de las potencias estrangeras el entrar en los estrechos de los Dardanelos y del Bósforo, y que mientras la Puerta se encuentre en estado de paz, S. M. no admitirá ningun buque de guerra en dichos estrechos; y SS. MM. el Emperador de Austria, la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, el rey de Prusia, el Emperador de todas las Rusias y el Rey de Cerdeña de otra, se comprometen é respetar esta determinacion del Sultan y á conformarse con el principio antes espuesto.

Art. 2.° El Sultan se reserva, como anteriormente, la facultad de librar firmanes de paso á los buques ligeros con pabellon de guerra, los cuales se destinarán, como es costumbre, al servicio de las legaciones de las potencias amigas.

Art. 3.° La misma escepcion se aplica á los buques ligeros bajo pabellon de guerra, que cada una de las potencias contratantes está autorizada á mantener de estacion en las bocas del Danubio para asegurar la ejecucion de los reglamentos relativos á la libertad del rio, y cuyo número no deberá esceder de dos por cada potencia.

Art. 4.° El presente convenio, anexo al tratado general firmado en Paris en este dia, será ratificado, y las ratificaciones canjeadas en el término de cuatro semanas, ó antes si posible fuese. En fé de lo cual, etc.

Segundo anexo.— *Buques de guerra que la Rusia y la Turquía se obligan á mantener en el mar Negro.*

Art. 1.° Las altas partes contratantes se obligan mútuamente á no tener en las aguas del mar Negro mas buques que aquellos cuyo número fuerza y dimensiones, se hallan estipulados á continuacion.

Art. 2.° Las altas partes contratantes se reservan el derecho de mantener cada una en el mar Negro seis barcos de vapor de cincuenta metros de longitud y del máximum de ochocientas toneladas de porte, y cuatro buques ligeros de vapor ó de vela, cuyo porte no podrá nunca esceder de doscientas toneladas cada uno.

Art. 3.° El presente convenio, unido al tratado general firmado en

el dia de hoy en Paris, será ratificado, y canjeadas sus ratificaciones en el termino de cuatro semanas, ó antes si posible fuera. En fé de lo cual, etc.

Tercer anexo.—*Islas de Aland.*—Art. 1.° S. M. el Emperador de las Rusias á fin de corresponder al deseo que le han significado SS. MM. el Emperador de los franceses y la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, declara, que las islas de Aland no serán fortificadas, y que no se creará ni conservará en ellas ningun establecimiento militar ó naval.

Art. 2.° El presente convenio, unido al tratado general firmado en Paris el dia de hoy, será ratificado y canjeadas sus ratificaciones en el término de cuatro semanas, ó antes, si posible fuese. En fé de lo cual, etc.

DECLARACION.

Los plenipotenciarios que han firmado el tratado de Paris del 30 de marzo de 1856, reunidos en conferencia, Considerando: Que el derecho maritimo, en tiempo de guerra, ha sido durante largo tiempo motivo de desagradables cuestiones; Que la incertidumbre del derecho y de los deberes en semejante materia dá lugar, entre las potencias neutrales y beligerantes, á divergencia de opiniones, que pueden suscitar á veces graves dificultades y hasta sensibles conflictos; Que es sumamente ventajoso por tanto el fijar una doctrina uniforme sobre un punto de tamaña importancia; Que los plenipotenciarios reunidos en el Congreso de Paris, no prodrán corresponder de mejor modo á los deseos de que se hallan animados sus respectivos gobiernos, que tratando de introducir principios fijos en el arreglo de las relaciones internacionales. Y debidamente autorizados, los referidos plenipotenciarios han resuelto ponerse de acuerdo sobre los medios de conseguir este objeto, y ya conformes han decretado la solemne declaracion siguiente:

1.° Queda abolida la navegacion en corso.

2.° El pabellon neutral protege la mercancia enemiga, á escepcion del contrabando de guerra.

3.° La mercancia neutral, á escepcion del contrabando de guerra, no puede ser objeto de buena presa bajo bandera enemiga.

4.° Para ser obligatorios los bloqueos han de ser efectivos, esto es, sostenidos por una fuerza suficiente para impedir en realidad el acceso del litoral del enemigo.

Los gobiernos de los plenipotenciarios que suscriben se comprometen á poner esta declaracion en conocimiento de los Estados que no han sido llamados á la formacion del Congreso de Paris, y á invitarles á adherirse á

se resolvió á dar un paso decisivo, que llevaba en las deliberaciones toda la influencia del soberano de un grande imperio. La Suecia se unió mas estrechamente á la Inglaterra y Francia, por medio de un tratado que garantía la integridad de su territorio. Finalmente, de todos los gabinetes llegaban á San Petersburgo consejos ó súplicas.

El emperador de Rusia, heredero de una situacion que no habia creado, pareció animado de un sincero deseo de poner fin á las causas que trajeron este sangriento conflicto. Aceptó con determinacion las proposiciones trasmitidas por el Austria, pues que satisfecho el honor de las armas, era tambien honrarse deferir á los deseos de Europa esplícitamente manifestados.

En estos momentos, los plenipotenciarios de las potencias beligerantes y aliadas se han reunido en Paris para decidir las condiciones de paz. El espíritu de moderacion y de equidad que les anima á todos, debe hacernos esperar un resultado favorable; no obstante, esperemos con dignidad la terminacion de las conferencias, y estemos igualmente prontos si necesario fuere á sacar de nuevo la espada ó á tender la mano á los que lealmente hemos combatido. Sea cual fuere el resultado, ocupémonos en preparar los medios propios para aumentar la fuerza y riqueza de Francia, estrechemos mas, si es posible, la alianza formada por una comunidad de gloria y de sacrificios, y de la cual la paz hará resaltar mejor las ventajas recíprocas. Finalmente, en este momento solemne para los destinos del mundo, pongamos nuestra confianza en Dios, á fin de que guie nuestros esfuerzos en el sentido mas conforme á los intereses de la humanidad y de la civilizacion.»

La promesa que el emperador habia hecho á la Francia el dia de su casamiento se habia realizado: la Emperatriz Eugenia acababa de dar á luz un príncipe que aseguraba la dinastía imperial y era para el pais un nuevo vínculo de amor y de paz. Toda la Francia acogió con entusiasmo aquel feliz acontecimiento.

Complemento del bautizo imperial, ó sea la ceremonia celebrada en Notre Dame de Paris, el 14 junio con asistencia del legado á latere *enviado con este objeto por Su Santidad Pio IX.*

El 31 mayo, salió de Tolon para Civitavecchia, la fragata de vapor *Duchayla*, para recibir al delegado del Papa que debia asistir al bautizo del príncipe imperial (1).—El dia 6 de junio á las seis de la tarde,

(1) Advertimos que por motivo de la ceremonia que debia celebrarse en Nuestra Señora de Paris, en dicho dia, tuvo lugar, con gran pompa, el 4 del mismo mes en la plaza de Parvis el bautizo de cuatro nuevas campanas para aquella iglesia. Fueron los padrinos el Ilmo. Sibour, obispo de Trípoli, el conde de Montalembert, el conde

desembarcó el cardenal Constantino Patrizzi, legado *á latere* (1). Todas las autoridades de las Bocas del Ródano, fueron á recibir al príncipe de la Iglesia en el momento de su desembarco, que tuvo lugar en la Canebiera, en medio de un inmenso concurso.—El cardenal Patrizzi, iba en un coche cerrado y tenia á su lado á Mr. Feuillet de Couches, enviado por S. M. el Emperador. El coche iba precedido de un jóven presbitero á caballo, llevando la cruz. La comitiva se dirigió á San Martin, catedral provisional, y despues de allí pasó al palacio del obispo, en donde el Ilmo. Mazenod tenia dispuestas las habitaciones necesarias.—El nuncio Sacconi se apeó en la fonda de Oriente. El dia siguiente á las nueve de la mañana salieron de Marsella, los dos prelados dichos, llegando á Nimes á las doce y media, junto con otros dos prelados romanos y una numerosa comitiva.—En esta ciudad el legado fué recibido en el desembarcadero, por las autoridades á cuyo frente iban el primer presidente del tribunal imperial, el prefecto del Gard, el general que mandaba la subdivision y el alcalde. Una multitud considerable se agolpaba en las cercanías de la estacion para recibir la bendicion del enviado del Padre Santo.—Por la tarde este y su comi-

Tascher de la Pagerie y el marqués de Pastoret; y las madrinas, la duquesa de Taylleránd-Perigord, la marquesa de Julgné, la vizcondesa de Quelen y la señora de Affre.—Las madrinas son parientes de los cuatro últimos arzobispos de Paris y llevan sus mismos apellidos.—Los padrinos son, con el Ilmo. Sibour, obispo de Tripoli, los mayordomos de Nuestra Señora.—El canónigo Deplace pronunció el discurso.

(1) Es el título mas elevado que puede tener un representante de la Santa Sede.—Cardenal enviado estraordinario por el Papa cerca de un príncipe cristiano. Se le nombra así queriendo indicar ser uno de los de su lado porque el Papa no nombra para este empleo mas que á los cardenales inmediatos á su persona, escogiéndolos de su consejo.—El cardenal Constantino Patrizzi es del corto número de cardenales que pertenece a la órden de obispos. Nació en Siena el dia 4 de setiembre de 1798, y hace mas de 25 años que forma parte del sacro colegio.—Reservado *in petto* en 20 de junio de 1834, fué preconizado el 11 de julio de 1836 bajo el pontificado de Gregorio XVI. El cardenal Patrizzi es uno de de los mas antiguos miembros del Colegio.—Al título de cardenal tiene agregados los de obispo de Albano, prefecto de la congregacion de ritos y archipreste de la Basílica ibérica de Santa María la Mayor.—El cardenal Patrizzi es además vicario general del Papa, y esta calidad le designó en cierto modo á la eleccion del Padre Santo para la alta mision que se le confió, mision esclusivamente íntima y personal.—El cardenal es presidente del tribunal eclesiástico, y jamás ha tenido que ocuparse ni en la administracion militar general, ni en la política esterior de los Estados romanos, siendo constantemente estraño á las numerosas negociaciones diplomáticas que la cancilleria romana ha seguido desde el advenimiento de Pio IX cerca de las diversas cortes de Europa.

Desde el cardenal Caprara, enviado á Paris por Pio VII, á principios del siglo, la silla apostólica no ha enviado ningun legado *á latere* á Francia y creemos que tampoco lo ha sido á país alguno.—Los legados *á latere* siempre que salen oficialmente se hacen preceder por un sacerdote que lleva la cruz pontifical, como ya lo decimos en nuestra descripcion del viaje.—Este cardenal legado tuvo además la mision de ofrecer á la emperatriz, en nombre de Su Santidad, la rosa de oro bendecida aquel año el cuarto domingo de cuaresma. Esta rosa de oro, ó mas bien ramillete de rosas, está colocado en un vaso de oro enriquecido con piedras preciosas, y descansa sobre un pedestal de alabastro oriental adornado con las armas del Papa y las del emperador. El cardenal tambien regaló al príncipe imperial un rico y magnífico relicario.

tiva partieron para Paris, en donde llegaron el 10, despues de haber pasado por Lion, y ser recibidos con el mismo ceremonial por el cardenal arzobispo de esta ciudad, el mariscal general en gefe del ejército del distrito, y por Mr. Vaisse, prefecto del Ródano.

A su llegada á Paris el cardenal, fué recibido por el gran maestro de ceremonias, y con coches de la corte se le condujo, en union de las personas de su comitiva, al palacio de las Tullerías. Aquella misma noche recibió el emperador al cardenal. Esta primera entrevista tuvo un carácter enteramente particular; la recepcion solemne fué el 13, siguiente.—Se le prepararon habitaciones en las Tullerias, destinando un servicio particular para su cuarto, mesa y carruages.

El dia 13 á las tres de la tarde, fué recibido por el emperador, en audiencia solemne el cardenal legado, quién le dirigió un discurso en latin.—El emperador contestó que estaba muy reconocido de que el Papa hubiese tenido á bien ser padrino del príncipe imperial. «Al pedir este favor, dijo Napoleon, he querido atraer sobre mi hijo y sobre la Francia la proteccion del cielo, pues sé que el medio seguro de merecerla, es atestiguar mi veneracion por el representante de Cristo.»

El mismo dia á las nueve de la noche, el príncipe Gerónimo Napoleon, al regresar de su quinta de Villegenis, recibió en el palacio Real al cardenal Patrizzi, acompañado de tres prelados de Su Santidad.

Sabido, que en el bautizo del príncipe imperial el padrino fué Pio IX, representado por el cardenal Patrizzi, fáltanos añadir que la madrina fué la reina de Suecia representada por la gran duquesa Estefania de Baden. Asistieron á la ceremonia el príncipe Oscar de Suecia y el duque de Alba, en representacion de la familia de la emperatriz. Contribuyó al mayor lucimiento de aquella solemnidad, la presencia de casi todo el episcopado francés, pues asistieron como unos 75 entre arzobispos y obispos.

La ceremonìa tuvo lugar en la forma siguiente:—El cardenal legado salió de las Tullerías á las cuatro y media.—El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial á las cinco.—La comitiva presentaba un aspecto tan deslumbrante que es imposible describir su esplendidez.—Abria la marcha una numerosa escolta de caballería que precedia al cardenal legado. Descubríase entre los espectadores un vivo deseo de conocer al representante de Su Santidad, pues apenas fué divisado por la muchedumbre, cuando esta se quitó instantánea y silenciosamente, gorras y sombreros. El principe de la Iglesia parecia profundamente afectado al observar tan respetuosa acogida, y no cesaba de saludar y de bendecir á la multitud.—Ocho carruajes tirados por seis caballos cada uno, seguian al del cardenal Patrizzi. Los seis primeros estaban ocupados por los dignatarios de palacio, chambelanes, gran mariscal, da-

mas de honor, etc. El séptimo conducia á la princesa Matilde (1) y á su camarera mayor la duquesa de Hamilton (2). En el octavo carruaje venia, por último, el principe Gerónimo, el príncipe Napoleon, la gran duquesa de Baden y el príncipe de Suecia.

Seguian á estos magníficos y elegantes coches, otros dos con tiros de ocho caballos, conducidos del diestro por lacayos vestidos de gran gala. El primero de estos últimos carruajes, en cuyo remate brillaba la corona imperial de oro, conducia al príncipe imperial, al aya, á las dos sub-ayas y á la nodriza del mismo. Esta última, que era una mujer alta y robusta iba vestida de aldeana y llevaba colocado el régio vástago sobre un cojin; de manera que el pueblo pudiese verle á su placer.— El general Canrobert marchaba al estribo derecho del coche del príncipe imperial y el mariscal Bosquet al izquierdo. La presencia de éstos dos generales recordaba una frase del último «*estas son dos espadas colocadas á derecha é izquierda de una cuna.*» En el último coche blasonado y cubierto por cuatro famas de oro, sosteniendo la corona imperial, iban el emperador y la emperatriz. (3) Esta parecia hallarse sumamente conmovida, y no cesaba, lo mismo que su esposo, de saludar á la bulliciosa multitud que poblaba el aire con los mas entusiastas vivas. Detrás del coche de Napoleon y su esposa seguian los ayudantes de campo, y los cien individuos de la brillante guardia imperial. Al estribo derecho del carruaje de los emperadores veíase al mariscal Baraguay d'Hilliers; al izquierdo al mariscal conde de Castellane. La comitiva llegó á Nuestra Señora en el órden dicho despues de haber pasado por el jardin de las Tullerías, plaza de la Concordia, calle de Rívoli, plaza de las Casas Consistoriales, puente y calle de Arcole y la plaza del Parvis de Nuestra Señora. A la llegada del cardenal legado, el arzobisbo de Paris salió á recibirle, cuya ceremonia repitió con el emperador y la emperatriz,

(1) Esta princesa, prima del emperador, llevaba un magnífico traje de Pekin azul celeste, cuya falda estaba cubierta de una doble túnica de punto de Venecia, recogida la primera á los dos lados por lazos de riquísimas y gruesas perlas; abundantes suertes de las mismas adornaban su cuello, deslumbrando con la riqueza de sus brillantes el alfiler colocado en el centro de la berta. El manto estaba asimismo cubierto de encajes y pedrería.

(2) La princesa Maria, duquesa de Hamilton, vestia un rico traje de color de paja con flores de oro; de su prendido de encaje con adornos de rubíes, diamantes y rosas amarillas, caia sobre la espalda un velete de finísimo encaje.

(3) La emperatriz llevaba un vestido de gró de la India, azul muy bajo, cubierta la falda de cuatro volantes de punto de Inglaterra, figurando un delantal; graciosos ramos de perlas y diamantes que brillaban tambien con magnífica profusion en el manto azul y blanco. El tocado se componia de la corona imperial de diamantes y perlas y de un velo de tul de ilusion que rodeaba como una nube su dorado cabello.

Se calcula en cuarenta millones el valor de los diamantes con que iba adornada la hermosa descendiente de los Guzmanes el dia del bautizo de su hijo: semejante guarismo pudiera creerse exagerado á no recordarse que solo el diamante llamado *regente* está valorado en 25 millones de francos.

quienes despues de haber adoradola cruz fueron acompañados hasta los reclinatorios que habia colocados bajo un dosel.

Habíase construido fuera del templo un nuevo pórtico decorado por varias figuras simbólicas, y por infinidad de estandartes y banderas. En medio de la iglesia se elevaba un catafalco de la altura de seis gradas sobre el nivel del suelo. En ese catafalco estaban reunidos el altar y el trono, la representacion del poder espiritual y el temporal.—El altar estaba situado al lado del coro: se construyó segun el uso romano, esto es, de modo que el celebrante diese la cara á los fieles. Delante del altar, ó bien hablando con respecto á la posicion de los concurrentes, detrás del altar, se colocó el trono del legado teniendo á un lado los cardenales franceses, al otro al arzobispo de Paris con su cabildo metropolitano y á continuacion todos los arzobispos y obispos.—Frente del altar habia el trono imperial y entre el trono y el altar la pila bautismal.

Terminada la ceremonia por el cardenal, el aya puso al jóven pr ncipe en manos de la emperatriz. Entonces un ayudante de ceremonias gritó tres veces: *Viva el príncipe imperial*, y al propio tiempo la madre teniendo el niño en sus brazos lo levantó en el aire.—Despues del bautizo y mientras se cantó el *Te Deum* el arzobispo de Paris, ausiliado por el cura de San Germain-l'Auxerrois, parroquia de las Tullerías, presentó á la firma del emperador y de la emperatriz el registro de las partidas de bautismo, acabándose de este modo la ceremonia. A las siete todo habia concluido; el príncipe imperial fué conducido de nuevo á las Tullerías, y los emperadores, el cardenal legado y la augusta madrina se dirigieron á las Casas Consistoriales donde les esperaba una espléndida comida que se habian dignado aceptar. Por la noche aparecieron iluminados todos los monumentos públicos.

El 16 tuvo lugar el baile ofrecido por la Municipalidad de Paris al emperador y á la emperatriz, en celebridad del bautizo imperial.—Todos los adornos que contenian el 14 la plaza de la ciudad, la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie, y toda la calle de Rívoli, se conservaron para esta noche.—El adorno interior de la casa de la Ciudad, era el mismo que sirvió para el baile de la reina de Inglaterra.—En la gran sala de las Fiestas, en el salon de las Arcadas, en el de los Prebostes, en el del emperador, en todas las salas y galerías, y en todas las mesetas, lo mismo que para la fiesta del 25 de agosto de 1855, se habian levantado fuentes y juegos de agua, adornados con estátuas de ninfas y rodeados de flores y arbustos.—En las distintas galerías se habian establecido varias orquestas y se habian dispuesto numerosas mesas de fiambres en salas reservadas.

Los emperadores llegaron á las diez y media, siendo recibidos á su en-

trada en la casa de la Ciudad, por Mr. Haussmann, prefecto del Sena, por Mr. Merruau, secretario general, y por los miembros de la comision municipal.—La emperatriz llevaba un traje blanco bordado de plata, de un gusto y de una ligereza estraordinarios, un collar de diamantes, una diadema y un adorno de cabeza tambien de diamantes, sin una sola flor.—La emperatriz rompió el baile con el prefecto del Sena, el emperador bailaba con la señora de Haussmann, y el príncipe Oscar con la duquesa de Hamilton — Los emperadores se retiraron á la una y cuarto, durando la fiesta hasta una hora muy adelantada.

A fin de perpetuar la memoria del bautizo del príncipe imperial, Luis Napoleon hizo distribuir magníficas medallas alusivas á aquella ceremonia entre las principales damas de la corte, y otras menores y mas sencillas entre los alumnos de todos los colegios y escuelas de Paris, á quienes se distribuyeron asimismo 50,000 saquitos de confites, además de los que fueron distribuidos á la muchedumbre, valiendose para ello de globos aerostáticos, que hallándose á cierta altura, dejaban caer, por medio de cierta combinacion, los dulces de que estaban cargados. Por último, se distribuyeron tambien medallas entre todos los individuos de la Guardia nacional que formaron en la carrera recorrida por la imperial comitiva el dia 14; y 120,000 al ejército de Paris.

La ceremonia de este dia coincidió con tres aniversarios notables, á saber: la batalla de Marengo empeñada el 14 de junio de 1800, que hizo dueños á los franceses de Italia; la de Friendland que tuvo lugar el 14 de junio de 1807, cuya produjo la paz de Tilsitt; y el aniversario de desembarco del ejército francés en Sidi-Ferruch. El dia 19, el cardenal legado entregó á la emperatriz la rosa de oro que el Papa le regalaba. En cambio, el emperador envió despues al Padre Santo, una magnífica pila bautismal de porcelana de Sévres.

El dia 29 junio, el legado fué recibido en San Cloud, por el emperador, quién le entregó el gran corden de la Legion de honor con la cruz de diamantes, segun se practica con los mas altos personages. Dicho legado, visitó los principales conventos y parroquias de la capital, entre otras la casa del Sagrado Corazon, donde la emperatriz recibió parte de su educacion. Pasó á la casa imperial de la Legion de honor, en San Dionisio, en donde se le ofreció un espléndido almuerzo por la honorable superintendenta la señora viuda de Daumesnil. El legado estuvo además en San Sulpicio y en la Magdalena, dejando á Paris el 1.° de julio.

Adoptó en 20 de junio el senado una ley que reformaba la legislacion vigente acerca de la regencia, segun la cual podia ser la emperatriz madre regente del imperio, caso de morir el emperador, y no contraer su viuda nuevos lazos. Grande fué la preponderancia europea que valió

á la Francia la gloria que acababan de alcanzar sus armas en la última guerra; puede considerarse que alcanzó el gobierno imperial un doble triunfo, puesto que así dominó en los campos de batalla como en las conferencias celebradas posteriormente en Paris. Luego de terminada la guerra, se estrecharon mas cada dia las relaciones entre Francia y Rusia; pudiéndose decir que aquellas dos naciones tan encarnizadas poco antes en mortal contienda, estaban entonces íntimamente unidas.

En virtud del tratado de paz, iba á quedar abierto el mar Negro al comercio europeo, en lugar de ser como hasta allí esclusiva propiedad de la Rusia; el Oriente no debia temblar ya ante la amenazadora actitud de los czares; la Europa toda se complacia al ver nuevamente asegurada la paz de que tanto necesitaba para el desenvolvimiento de su riqueza; y la Francia y su gobierno se congratulaban de haber contribuido poderosamente con sus esfuerzos á asegurar quella era de prosperidad general. Sin embargo, el arreglo definitivo de las provincias de Moldavia y Valaquia pareció turbar en un principio la armonía que reinaba é inspirar fundados recelos, por ser la union de los principados danubianos una nueva manzana de discordia entre Austria, Turquía y Rusia; pero aquella grave cuestion quedó arreglada, tan pronto como se hubieron puesto de acuerdo sobre aquel importante asunto el emperador Napoleon III y la reina Victoria en Osborne.

Tambien puede decirse haber sido el gobierno francés quien zanjó todas las dificultades suscitadas con motivo del Holstein y Lanemburgo, entre la monarquía danesa y la confederacion germánica, por mas que hubiese sido necesario para ello la celebracion en Paris de nuevas conferencias. Cualquiera que fuese la dificultad ó cuestion que surgiese en algun punto de Europa, siempre era la mediacion de la Francia la que se reclama con mas instáncia. ¡Qué papel tan diferente representaba entonces del que se vió obligado á desempeñar durante la monarquía de Julio!

Cuando mas dispuesta parecia estar la Europa á disfrutar de la paz general que acababan de procurarla los últimos tratados, aparecieron negras nubes en el horizonte político que hicieron presagiar desde luego una tormenta mas ó menos próxima. Empezaron á entibiarse las relaciones entre el Austria y el Piamonte hasta el punto de producir muy en breve un rompimiento diplomático, que debia acarrear funestas consecuencias. La presion que ejercia el Austria sobre sus posesiones de Italia despues de tantos años; el natural deseo de emancipacion que abrigaban todas las provincias italianas sometidas á su dominanacion; los ocultos manejos del Piamonte cuya proximidad le permitian fácilmente alentar la efervescencia popular con las promesas de una libertad prudente; y sobre todo, la conducta anómala que habia seguido el Austria en la

guerra de Oriente, olvidando el apoyo que le prestára la Rusia en 1848, cuando se veia su trono tan sériamente amenazado por los embates de la revolucion, fueron la causa de los nuevos trastornos que tuvo en breve que lamentar la Europa. Si despues de empeñada la guerra de Oriente se hubiese puesto el Austria al lado de la Rusia; si no hubiese seguido una política de contemporizacion, casi siempre funesta en las circunstancias apuradas; si léjos de temer las miras de su aliada, las hubiese secundado en un todo, cumpliendo así con lo que el deber y la gratitud le exigian, habria evitado la humillacion que posteriormente sufrió y conservaria íntegras sus hermosas posesiones de Italia. Pero como abandonó á la Rusia en los momentos de apuro, se vió á su vez abandonada cuando sonó la hora de su decadencia. No adelantemos empero el curso de los acontecimientos.

En medio de la paz y prosperidad creciente de que gozaba el pueblo francés, tuvo lugar en Paris un hecho terrible, un crímen horrendo que mereció la reprobacion universal. Dirigíanse el emperador y la emperatriz al teatro de la Opera en la noche del 14 de enero, cuando se oyó de repente el estallido de dos ó tres bombas fulminantes, arrojadas á algunos pasos del coche imperial por Orsini y sus cómplices. Solo la Providencia podia salvar al emperador y á su augusta esposa del peligro inminente, de la muerte cierta que proyectaron contra ellos sus bárbaros enemigos. En medio del terror general conservó Napoleon III toda su natural sangre fria; no menos sorprendente fué la serenidad que demostró la emperatriz, la cual esclamó despues de la última esplosion: «Mostremos á esos miserables que no somos tan cobardes como ellos.» Despues de haber dictado las oportunas órdenes á fin de que nada faltase á los muchos heridos que habian sido víctimas de aquella criminal tentativa, asistieron al teatro, no queriendo que se suspendiera la funcion que estaba anunciada. Todas las clases de la sociedad, y particularmente el ejército, felicitaron al emperador por haberse salvado tan milagrosamente de las asechanzas del crímen; otro tanto hicieron en breve los soberanos estrangeros y toda la prensa europea. Unánime fué el grito de reprobacion que se levantó en todas partes contra los cobardes regicidas que hicieron correr tanta sangre inocente. Pronunció á poco el emperador un discurso á la apertura del Cuerpo legislativo, en el que despues de haber pintado con vivísimos colores la verdadera situacion del pais, los adelantos de toda clase que se hacian en la administracion, el aumento operado en la riqueza pública, y las buenas relaciones en que estaba la Francia con las demás potencias, manifestó la firme resolucion de acallar á los partidos estremos á fin de que pudiese seguir el gobierno mas desembarazadamente su marcha civilizadora.

Fué la Francia dividida en cinco distritos militares; dictándose además otras diferentes medidas que indicaban claramente la intencion que tenia el gobierno de contener á toda costa á los enemigos del reposo público. A consecuencia del atentado del 14 de enero, se hicieron algunas manifestaciones por diferentes gefes del ejército francés, que infundieron la desconfianza y la alarma al gobierno y al pueblo de la Gran Bretaña; la circunstancia de haberse fraguado en Inglaterra el infame complot de Orsini; la de haberse fabricado ó construido tambien en aquel pais los proyectiles fulminantes que causaron tantos estragos en la noche del triste atentado, y la absolucion del procesado Bernard, uno de los principales cómplices, y casi mas criminal que el mismo Orsini, fueron otras tantas causas que hicieron temer un rompimiento entre Francia é Inglaterra. Pero como se limitase el gobierno del emperador á pedir á su aliada la represion de hechos culpables, sin atacar las leyes que sobre el particular regian en aquel pais; y demostró por su parte el gobierno británico no haber sido nunca su intencion proteger á cobardes asesinos, no llegaron á interrumpirse las buenas relaciones que reinaban entre ambos paises. En cuanto á las demostraciones que hicieron los demagogos en algunos puntos de Inglaterra, debemos decir que las miró el gobierno imperial con el desprecio que se merecian: obrar de otro modo, habria sido dar importancia á hechos que solo eran dignos de perpétuo olvido por su reprobacion. Tanto el gobierno, como el pueblo inglés en general, miraron con un sentimiento de horror el infame atentado del 14 de enero.

La prudente medida adoptada por el gobierno francés, despues del atentado de Orsini, de hacer refrendar los pasaportes á los estrangeros que visitaban la Francia, causó honda impresion en casi todas las naciones, pero muy particularmente en Inglaterra, Bélgica y Suiza. Cesaron al fin todos los temores de un rompimiento entre los dos primeros pueblos de Occidente, desde que hubo visitado la reina de Inglaterra el puerto de Cherburgo, cuya inauguracion tan vivas alarmas produjo en un principio allende en el estrecho. Las nuevas cuestiones suscitadas con motivo de los principados Danubianos, decidieron la reunion de un congreso en Paris, que puso término á ellas, disponiendo que hasta procederse á la eleccion de los nuevos hospodares, cuya independencia desde entonces quedaba asegurada, confiase la Puerta su gobierno á una caimacania compuesta de tres miembros.

Continuaba la Italia siendo objeto de todos los temores. El natural deseo de emancipacion que hacian cada vez mas ostensible los pueblos italianos; las secretas esperanzas con que les alentaban los liberales de todos los paises; y muy particularmente, las manifestaciones que con fundamento ó sin él hacia el gobierno piamontés contra el Austria, in-

dicaban no estar lejano el dia en que iban á desenvolverse en Italia graves acontecimientos. En vano todos los amantes de la paz hacian presente al gobierno de Turin los azares y peligros á que iba esponerle su política; en vano se trató de hacer comprender á los pueblos italianos que eran incalculables los males que iba á causarles la guerra; todo fué inútil, las cosas habian llegado á un punto tal, que solo las armas podian decidir la grave cuestion que se agitaba. Con todo, se conservaron aun algunas esperanzas de paz, mientras la Francia no se declaró abiertamente por el Piamonte en la cuestion de Italia; pero no bien se manifestó Napoleon III contrario á la política austríaca, cuando se oyó resonar ya en todas partes el grito de guerra, y estremecida reconoció la Europa que en breve iba á convertirse la Italia en teatro de sangrientas escenas. El enlace que poco tiempo despues contrajo el príncipe Napo-

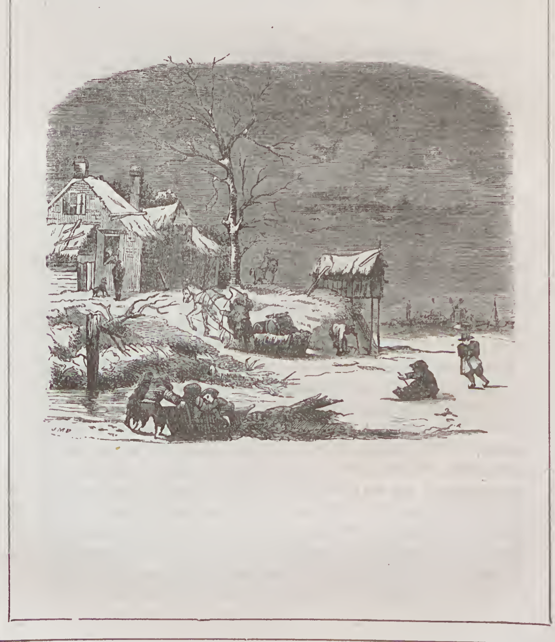


leon Gerónimo con la princesa Clotilde, hija del rey Victor Manuel, no dejó ya duda alguna de que existia entre el emperador y el rey del Piamonte una secreta alianza, una mancomunidad de intereses, que les haria inseparables, cualesquiera que fuesen las eventualidades de lo porvenir.

Deseando el gobierno británico evitar la conflagracion que amenazaba, aconsejaba al Austria, que anulase los convenios que habia contraido con algunos estados italianos, por repugnar aquellos en gran manera á todos los que deseaban en Italia un nuevo órden de cosas; pero el Austria, que de ningun modo creyó deber acceder á los consejos de lord Cowley, prefirió seguir la enérgica conducta que ya desde un principio adoptára y que sus intereses y su honor le exigian. En este estado, propuso la Rusia un congreso para arreglar los asuntos de Italia; pero como pretendiese el Austria que se obligase antes al Piamonte á un desarme, dejó de reunirse el congreso, por ser ya imposible toda solucion pacífica. Aquella proposicion que por de pronto escitó el asombro de Europa, fué últimamente aceptada por las cortes de Berlin y Lón-

dres, llegando por un momento á creerse que podia ser la paz aun conservada, merced á la mediacion de aquellos dos gobiernos. ¡Pero vana esperanza! Acababan las tropas austríacas de pasar el Tesino, por no haber contestado el Piamonte al ultimatum presentado por el Austria. El conde Buol, que tan indeciso y vacilante se mostró en la guerra de Oriente, no titubeó en comprometer los destinos de su pais desplegando una actividad inconcevible en los asuntos de Italja.

Fiel Napoleon III á la palabra que tenia empeñada con el Piamonte, envió inmediatamente un ejército en defensa de su aliado, quedando desde entonces abierta la sangrienta campaña de que vamos á hacernos cargo en el siguiente capítulo.





GUERRA DE ITALIA.



OFICIALMENTE se supo en Paris el 22 de Abril, y poco despues en Europa con general sorpresa, que el Austria rompiendo bruscamente las negociaciones pendientes, enviaba al Piamonte una órden directa para que desarmase dentro tres dias bajo pena de inmediatas hostilidades.

Todas las esperanzas se desvanecieron al anuncio de un hecho tan grave, la guerra era ya inevitable; el Austria así lo queria, y la Francia aceptó resueltamente el reto. El *Monitor*, órgano del gobierno francés, anunció que el emperador habia ordenado la concentracion de varias divisiones en la frontera del Piamonte. Crítica era la situacion de la Francia, porque fiel á sus compromisos y segun sus declaraciones, nō estaba armada, al paso que el

Austria atacaba al reino Lombardo-Veneto y á los estados limítrofes sometidos á su tutela, con un ejército de 200 mil hombres. Al dia siguiente, segun la amenaza del gabinete de Viena, el baron Kallerberg, enviado del Austria en Turin, entregaba al gobierno sardo un *ultimatum*, exigiendo con palabras muy imperativas que el Piamonte desarmase su ejército y licenciase á los voluntarios que cuasi de todas las comarcas de Italia habian acudido para libertar la comun patria. La respuesta á semejante intimacion estaba escrita de antemano: la Cerdeña se negó absolutamente á lo que se la exijia. Pequeño ó grande, el estado que se hubiese sometido á aquella exijencia, de hecho habria quedado deshonrado: el Austria lo sabia, y si sus intenciones agresivas hubiesen podido ser todavía dudosas, aquella actitud y aquel orgulloso lenguaje de su parte, hubiesen bastado para desvanecer toda duda.

« ¡ Pueblos de Italia, decia el rey Victor Manuel en una proclama dirijida á la nacion, el Austria ataca al Piamonte porque ha sostenido la causa de la patria comun en los consejos de Europa y porque no ha sido insensible á vuestros gritos de dolor. El Austria rompe hoy abiertamente los tratados que nunca respetó; hoy en derecho la nacion italiana es libre, y en consecuencia puedo cumplir el juramento que hice en la tumba de mi padre... No tengo mas ambicion que la de ser el primer soldado de la independencia de Italia.

Habiendo desplegado su estandarte de guerra, ese rey caballeresco, dirijió al ejército sardo esta patriótica proclama:

«¡Soldados! el Austria que acumula sus ejércitos en nuestras fronteras y amenaza invadir nuestro pais, porque en él reinan la libertad y el órden, porque la armonía, el efecto recíproco entre el pueblo y el soberano, y no la fuerza son los que dirijen la causa pública, porque acoje los gritos de dolor de la Italia oprimida, el Austria osa intimarnos la órden de deponer las armas cuando solo nos hallamos armados para nuestra defensa. Esta injuriosa intimacion la he rechazado con el desprecio que merecia. En la conviccion de que considerareis como propio el ultraje inferido á vuestro rey y á la nacion, os llamo á las armas. Vais á encontraros frente á frente de un enemigo que no os es desconocido, aunque es valiente y disciplinado; no debeis temer el parangon, y podeis enorgulleceros con las jornadas de Goito, Pastrengo, Santa Lucia y Sommacampaña... Seré vuestro jefe. A muchos de vosotros os he visto ya en el campo de batalla y he admirado vuestra bravura peleando al lado de mi magnánimo padre... Tendreis por compañeros de armas á los intrépidos soldados de la Francia, victoriosos en tantas batallas memorables y con las cuales habeis peleado en el Tchernaia; el emperador Napoleon III, que acude siempre allí donde hay una causa justa que defender, envia jenerosamente á nuestro ausilio sus numerosos batallones.

Partid pues, confiados en la victoria y cubrid vuestro estandarte de nuevos laureles. Ese estandarte tricolor en torno del cual veis agrupada la juventud valiente de toda la Italia, os indica que nuestro objeto es la conquista de la independencia italiana. Esta justa y santa empresa ha de ser vuestro grito de guerra. »

Si en esta ocasion el Austria, cumpliendo su amenaza, hubiese adelantado como sin grande esfuerzo habria podido conseguirlo hasta Turin, ó bien su ejército hubiese tomado sus posesiones de tal modo que impidieran ó contrariaran la reunion de las tropas que llegaban por Suiza y las que desembarcaban por Génova, de seguro que las cosas no hubiesen llegado al estado en que despues las vimos. Habiendo tomado el partido violento de atacar al Piamonte, el Austria no supo seguirlo con la decision y rapidez necesarias al objeto que se proponia, y sea por deferencia, como mas tarde ha pretendido, por el gabinete de Londres y por una última tentativa á favor de la paz, sea por esa lentitud proverbial de los ejércitos austríacos, ya en fin por los obstáculos propios de la estacion, no se preparó para el paso del Tesino hasta el 29 de dicho mes, esto es tres dias despues de haber espirado el plazo del ultimatum que ella misma habia fijado. Otros tres dias necesitó el ejército austríaco para salvar aquel límite del Piamonte. A pesar de aquella lentitud, sus cinco numerosos cuerpos de ejército en menos tiempo que el que emplearon para el paso del Tesino hubiesen podido trasladarse á Turin recorriendo un trayecto de 110 kilómetros y ocupar Suza y el valle del Scrivia para aguardar y combatir en detall y con ventaja á los franceses ya al bajar de Mont-Cenis, ya al desembocar del Apenino; pero repetimos, los austriacos nada de esto hicieron y se contentaron con derramarse por las llanuras que se estienden entre el Pó y el Tesino.

Los cuerpos que habian pasado este rio eran el 2.°, 3.°, 5.°, 7.° y 8.° á las órdenes de los príncipes Lichtenstein, Schwarzenberh, conde Stadion, baron Zobel y Benedeck. Formaron sus líneas en las riberas del Agogno, al norte hasta San Nazzaro, y al este á lo largo del Pó, el 3.° cuerpo ocupando el centro y teniendo á su derecha al 5.° y 7.° cuerpos y á su izquierda el 2.° y 8.° El general en jefe Giulay estableció su vanguardia en Vercell, hallándose de este modo toda la comarca al norte del Pó ocupada por los austríacos, inclusas Novara, Mortara y toda la Lomelina. En seguida echaron dos puentes sobre el Pó; el uno cerca de Cambio y el otro en Cornale, lo que les permitió ocupar momentáneamente Castelnuovo, Voghera, Pontecurone y Tortona. Sin embargo, sea por la inundacion artificial de los canales, sea por la crecida que en aquellos dias hubo en el Pó, los austríacos anduvieron muy recelosos y en las diversiones que hicieron delante de Valenza y Frassinetto, segun confesion propia, fueron rechazados.

Entretanto que empleaba el ejército austríaco un tiempo tan precioso en operaciones sumamente estériles, el ejército francés acudia con toda rapidez al socorro del Piamonte, siguiendo tres rutas diferentes; la del Mont-Cenis, la del Mont-Ginebra y el mar; por manera que al mismo



tiempo que las primeras tropas francesas desembarcaban en Génova, la vanguardia de la division Bouat, entraba el 30 de Abril en Turin. Una y otras fueron recibidas con transportes de entusiasmo, porque con su aparicion el Piamonte se creyó salvado. Los austríacos con todas las ventajas posibles, á pesar de su procsimidad é iniciativa, habian permanecido en una inaccion que debia serles funesta.

El dia 3 de mayo, el emperador de los franceses, que ya habia anunciado su intencion de ir á ponerse al frente del ejército, contestó con otra proclama á la del emperador de Austria. Este habia dicho cinco dias antes á sus pueblos:

«He dado la órden á mi valiente y fiel ejército, de poner término á los ataques, que recientemente han llegado al mas alto grado, que el vecino estado de Cerdeña está dirigiendo de algunos años á esta parte contra los derechos incontestables de mi corona, y la inviolabilidad del imperio que Dios me ha confiado... Tranquila mi conciencia, puedo elevar mis ojos á Dios omnipotente, y someterme á sus decretos... Cuando hace mas de diez años, el mismo enemigo faltando á todas las prescripciones del derecho de gentes, y á todos los usos de la guerra, entró armado en el reino Lombardo-Veneto, sin que se le hubiese dado ningun motivo para ello, y con el esclusivo objeto de apoderarse del territorio; cuando en dos gloriosos combates húbole derrotado mi ejército, yo solo dí oidos á la voz de la generosidad; le tendi la mano y le ofrecí la reconciliacion. No me he apropiado ni siquiera una pulgada de su territorio, no he atacado ninguno de los derechos que corresponden á la co-

rona de Cerdeña en la familia de los pueblos europeos, no he exigido garantía alguna contra la reproduccion de semejantes acontecimientos... He sacrificado á la paz la sangre que habia vertido mi ejército en defensa del honor y de los derechos del Austria. ¿Cómo se ha correspondido á esta generosidad, quizás la única que la historia nos presenta? Se ha empezado nuevamente á manifestar una enemistad que ha seguido una progresion ascendente, se ha provocado por todos los medios mas desleales, una ajitacion espuesta á mil peligros para la tranquilidad y el bienestar de mi reino Lombardo-Veneto. Como sé lo que debo á la paz, este bien precioso para mis pueblos y para la Europa, sobrellevé con paciencia esos nuevos ataques. Mi sufrimiento no se habia agotado aun, cuando las mayores precauciones de seguridad que me han obligado á tomar en los últimos tiempos el esceso de las solapadas provocaciones que se dejaban conocer en las fronteras, y aun en el interior de mis provincias italianas, fueron esplotadas por la Cerdeña para observar una conducta todavía mas hostil. Dispuesto como estaba á tomar en cuenta la mediacion benévola de las grandes potencias amigas, para la conservacion de la paz consentí en tomar parte en un congreso de las cinco grandes potencias. En cuanto á los cuatro puntos propuestos por el gobierno inglés, como base de las deliberaciones, los acepté... pero estando convencido de que mi gobierno no ha hecho gestion alguna que ni romotamente puede ser causa de la interrupcion de la paz, exijí al propio tiempo el desarme prévio que es el orígen de todos los desórdenes y peligros que amenazan la paz. Por último, á instancias de las potencias amigas, me adherí á la proposicion de un desarme general. La mediacion se estrelló en las condiciones inaceptables que ponia la Cerdeña á su consentimiento. Ya no quedaba mas que un medio para conservar la paz. Hice dirigir inmediatamente al gobierno de aquel rey, una intimacion para que pusiera su ejército en pié de paz y licenciase á sus voluntarios; mas como la Cerdeña no ha accedido á esta demanda, forzoso es que sostenga mi derecho con la fuerza de las armas: he dado pues, á mi ejército la órden de entrar en Cerdeña... El enemigo está con las armas en la mano cerca de nuestras fronteras; se ha unido al partido de la revolucion general, manifestando paladinamente el proyecto de apoderarse de las posesiones del Austria en Italia. Le apoya el soberano de Francia, quien, con pretestos que no existen, interviene en las cuestiones de la península que están arregladas por los tratados, y hace avanzar su ejército en ausilio del Piamonte... Otra vez estamos abocados á uno de esos períodos en que las doctrinas subversivas de todo órden, no solamente son propagadas por las sectas, si que tambien se inculcan al mundo desde el elevado asiento de los tronos. Si me veo en la necesidad de sacar la espada, esta espada está destinada á defender no solo el honor y el buen

derecho del Austria, sino tambien los derechos de todos los pueblos y de todos los Estados, y los bienes mas preciosos de la humanidad..... »

El emperador Napoleon dijo al pueblo francés:

« El Austria al hacer entrar su ejército en el territorio del rey de Cerdeña nuestro aliado, nos declara la guerra. Con esto infringe los tratados, falta á la justicia y amenaza nuestras fronteras. Todas las grandes potencias han protestado contra semejante agresion. Habiendo aceptado el Piamonte las condiciones que debian asegurar la conservacion de la paz, no se comprende la razon que habrá podido motivar esta repentina invasion; mas ya que el Austria ha llevado las cosas á este estremo, ó es preciso que domine hasta los Alpes, ó que la Italia sea libre hasta el Adriático, pues cualquier rincon que quede independiente en dicho pais, es un peligro para el poder del Austria... Armese la Francia y diga resueltamente á la Europa: No quiero comquistas; pero si deseo conservar sin debilidad una política nacional y tradicional: observo los tratados con la condicion de que no se infrinjan en perjuicio mio, respeto el territorio y los derechos de las potencias neutrales; pero confieso en alta voz mi simpatía hácia un pueblo cuya historia se confunde con la nuestra y que jime bajo la opresion estrangera... La Francia no ha abdicado su iniciativa civilizadora. Sus naturales aliados han sido siempre los que quieren que la humanidad mejore y cuando saca la espada, no es para dominar sino para emancipar. El objeto de esta guerra es pues, hacer á la Italia dueña de si y no hacerla cambiar de dueño... No vamos á ese reino á fomentar el desórden ni conmover el poder del Padre Santo á quien volvimos á colocar en su trono, sino á sustraerle de esa presion estrangera que pesa sobre toda la península, para contribuir que se establezca el órden sobre los intereses legítimos satisfechos. Dejo en Francia á la emperatriz y á su hijo. Secundada por la esperiencia y por la ilustracion del último hermano del emperador, sabrá elevarse á la altura de su mision... Otra vez nuestro pais va á mostrar al mundo que no ha dejenerado. La Providencia bendecirá nuestros esfuerzos, porque es santa á los ojos de Dios la causa que se funda en la justicia, en la humanidad, en el amor á la patria y á la independencia. »

El mismo dia fué anunciado oficialmente al Senado y al Cuerpo legislativo francés, la declaracion de guerra motivada por la agresion del Austria contra el Piamonte al que Napoleon III habia prometido socorrer en un caso de ataque. El emperador salió de Paris el 10 de mayo en medio de una ovasion sin ejemplo, y desembarcó dos dias despues en Génova donde obtuvo igualmente una entusiasta acogida. Apenas puso el pié en aquella infortunada Italia á la que iba á libertar, dirijió estas sentidas palabras al ejército.

« Soldados: llego para ponerme al frente de vosotros para conduci-

ros al combate. Vamos á secundar la lucha de un pueblo rivindicando su independencia y á sustraerle de la opresion estrangera. Es una causa santa que la abonan las simpatías del mundo civilizado. No necesito estimular vuestro entusiasmo: cada paso que demos os recordará una victoria. En la via sacra de la antigua Roma se fijaban inscripciones en mármol para recordar al pueblo sus preclaros hechos; asi ahora al pasar por Mondovi, Marengo, Lodi, Castiglione, Arcola y Rívoli, recorrereis otra via sacra en medio de estos gloriosos recuerdos. Conservad esta disciplina que es la honra del ejército. No olvideis que aqui no teneis otros enemigos sino los que se baten contra vosotros. En el combate permaneced compactos y no os aparteis de vuestras filas para avanzar. Desconfiad de un arranque de escesivo brio; esto es lo único que temo. Las nuevas armas de precision solo son peligrosas de léjos, pero esto no impedirá que la bayoneta sea como otras veces el arma terrible de la infantería francesa. Soldados, cumplamos todos con nuestro deber y pongamos en Dios nuestra confianza. La patria espera mucho de vosotros. Ya del uno al otro confin de la Francia se repiten estas palabras de un feliz augurio: «El nuevo ejército de Italia será digno de su antecesor.»

Despues de una corta permanencia en Génova, Napoleon pasó á Alejandria donde estableció su cuartel general. El rey del Piamonte que en un principio habia tenido el suyo en esta plaza, lo transfirió á San Salvador y en seguida á Occimiano entre Valenza y Casale.

Los austríacos con fuerzas considerables ocupaban la línea del Sesia y la orilla izquierda del Pó, hasta el confluente del Tesino. Su general en gefe, conde Giulay habia dirigido al ejército austriaco estas entusiastas palabras:

«Soldados: S. M. nuestro augusto emperador y soberano, os llama á las armas y vosotros acojeis con júbilo la invitacion imperial, porque estais acostumbrados y teneis á gloria que se os llame á la victoria. Combatireis por los derechos sagrados, por el órden y la legalidad, por la gloria y la prosperidad del Austria. Agrupaos, pues, al rededor de nuesras gloriosas banderas. En pocas horas las llevareis al otro lado de los confines del imperio contra un enemigo que se acuerda todavía de Volta y de Novara, y á quien de nuevo derrotareis, lo propio que en Custozza y Novara. El Piamonte ha olvidado la generosidad de que el monarca de Austria ha usado dos veces con él. Siempre ha admirado vuestra disciplina y otra vez va á conocer vuestro valor. Fija tiene en vosotros su mirada el emperador; con vosotros vá el alma del antiguo héroe Radetski. A las armas pues camaradas, corramos á la victoria al entusiasta y placentero grito de: ¡Viva el emperador!»

El ejército franco sardo á la llegada de Napoleon á Alejandria, tenia su centro y cuartel imperial en esta ciudad; la derecha compuesta de dos

cuerpos al mando de Mac-Mahon y Baraguey d'Hilliers, se apoyaba en Génova y la izquierda formada principalmente de los piamonteses, se estendia en la orilla derecha del Pó desde Valenza hasta el Dora Baltea. Contaban además los aliados con la cooperacion del vice-presidente de la Sociedad nacional italiana Garibaldi á cuyas órdenes, y segun las instrucciones secretas que habia hecho circular por toda la península, se habia puesto un número considerable de voluntarios. Ocupaban la parte mas septentrional del pais encargados de contener al enemigo que intentase operar por el Lago mayor. Estos cuerpos francos cuyo lema era independencia y union, prestaron desde luego grandes servicios á la causa italiana como veremos mas tarde. Enmudeciendo las opiniones estremas, la mayoría de los italianos tuvieron el buen sentido de olvidar sus antiguas divisiones y ya se hablaba del federalismo de Gioberti y de los descabellados planes de Mazzini como de una chochez doctrinaria y tan hostilmente como se hacia en tiempo de la convencion en Francia en que la acusacion de federal se empleaba de un modo tan injusto y cruel contra los girondinos. «Usareis de todos los medios de que podais disponer, decia Garibaldi á los italianos, en las citadas instrucciones, para manifestar la aversion que siente la Italia contra la dominacion austríaca y los gobiernos enfeudados al Austria, al mismo tiempo que su amor á la independencia y su confianza en la casa de Saboya y el gobierno piamontés.»

Estas mismas ideas se ven espresadas en la proclama que este general dirigió á sus voluntarios al penetrar en el suelo lombardo:

«Soldados, se os llama á una vida nueva, les decia, y debeis responder á ese llamamiento como lo hicieron vuestros padres en Pontida y Legnano. El enemigo es el mismo: atroz, asesino y saqueador. Vuestros hermanos de todas las provincias han jurado vencer ó morir á vuestro lado. Debemos vengar las injurias, los ultrajes, la esclavitud de veinte generaciones y dejar á nuestros hijos un patrimonio libre de todo yugo estrangero. Victor Manuel nuestro jefe supremo elegido por la voluntad nacional, me envia hácia á vosotros para que os dirija en los combates, y cumplo con gusto esta mision sagrada. ¡A las armas pues! Cese la esclavitud; el que es capaz de llevar el arma y no lo hace es un traidor. La Italia con sus hijos unidos y libre de la dominacion estrangera, volverá á ocupar entre las naciones el puesto que le señaló la Providencia.»

Despues de haber operado los austríacos un movimiento de concentracion hácia su izquierda á la orilla derecha del Pó, cerca de Stradella, el dia 19 el ejército francés, revistado por el emperador, ocupó este último punto. El dia 20 las tropas austríacas avanzaron por el camino de Stradella á Casteggio. La division volante del teniente mariscal Urban

constituia el centro flanqueado á la izquierda hasta Verzale y Casatisma las brigadas Gual y Bils. Dos batallones y medio formaban la reserva apoyada en Rea, mientras la brigada del príncipe de Hess avanzaba de Verna á Prandazzo.

Por su parte el general Forey se adelantó hasta las avanzadas, camino de Montebello, con dos batallones del 74 destinados á relevar otros dos batallones del 84 destacados en dicho camino antes de llegar á Voghera, á la altura de la Madura. Durante este tiempo el resto de la division de este general se ponia sobre las armas marchando á su frente una bateria de artillería. Al llegar al puente construido sobre un arroyo llamado Fossagazzo, último punto de las avanzadas de los aliados, pusieron en batería una seccion de artillería apoyada á derecha é izquierda por dos batallones que cubrian el arroyo con sus tiradores.

Entre tanto el teniente mariscal de Stadion general en gefe del quinto cuerpo del ejército austríaco, dió la señal de ataque y despues de un empeñado combate, á las once de la mañana, Casteggio asaltada por todas partes, era ocupada por una brigada de la division Urban; otra division de la brigada austríaca marchó sobre Montebello y lo ocupó dirijiéndose á Ginestrello donde empezó á encontrar una fuerte resistencia por parte de los aliados. Entonces la brigada del príncipe Hess fué atacada en la carretera real que vá de Casteggio á Voghera por el ala derecha de los franceses que fué avanzando. Aquí fué especialmente sangriento el combate. El regimiento de infantería del archiduque Cárlos y un batallon del regimiento baron de Hess esprimentaron las pérdidas mas considerables; pero á su vez se las causaron á los aliados, batiéndose con una tenacidad inaudita. Los austríacos se retiraron por fin cediendo al ímpetu de los franceses, pero apercibiéndose aquellos de que el general Forey no tenia sino un batallon á la izquierda del camino, dirijió contra él una fuerte coluna. Gracias al valor y á la enerjía de este batallon mandado por el coronel Cambriels y á las oportunas cargas de la caballería piamontesa admirablemente dirijida por el general de Sonnaz, los austriacos hubieron de retirarse.-En aquel momento el general Blanchard al frente del regimiento 98 y de un batallon del 91 (los otros dos se habian quedado en Oriolo donde tuvieron un encuentro), se unió á las fuerzas aliadas y fué á relevar el batallon del 74 que estaba encargado de defender la calzada del camino de hierro y de hacerse fuerte en Cascina Nuova. Entonces avanzó de nuevo el ala derecha de los franceses apoderándose no sin una vigorosa resistencia, de la posicion de Ginestrello. Siguiendo por las eminencias el grueso de la infantería y por el camino la artillería protejida por la caballería piamontesa, el general francés creyó que se apoderaria mas facilmente de Montebello organizando de este modo sus colunas de ataque á las órdenes del general Beuret. Tres batallones dis-

puestos en escalones atacaron por el lado sud de Montebello donde el enemigo se habia fortificado. Entonces se empeñó el combate cuerpo á cuerpo en las calles del pueblo donde hubieron de tomarse las casas una á una. En este combate fué herido mortalmente el general Beuret... Despues de una resistencia tenaz, los austriacos hubieron de ceder al ímpetu de las tropas francesas y aunque estaban muy bien atrincherados en el cementerio, fueron desalojados de esta posicion á la bayoneta.

Eran las seis y media de la tarde: los aliados se fortificaron con cuatro piezas de artillería en las inmediaciones del cementerio. Los austríacos se retiraron á Casteggio dejando su retaguardia en este punto y dirigiéndose la vanguardia á Casatesma. Durante la noche recobraron la posicion designada entre Vaccarizza y Stradella abandonando por condiciones estratégicas la ciudad de Vercelli y volando el puente sobre el Sesia. Segun el parte oficial austríaco, sus muertos ascendieron á trescientos, entre los cuales habia un gefe de estado mayor y varios oficiales. El número de heridos ascedian á sietecientos entre los cuales habia un general, un mayor y 26 oficiales. Fuera de esto desaparecieron 285 hombres. Las pérdidas de los aliados, segun parte tambien oficial, fueron calculadas entre muertos y heridos en unos seiscientos hombres. Ademas del general Beuret, fueron muertos el coronel Bellefonds y el comandante Duchet. Entre los heridos lo fueron los coroneles Guyot de Lespart y Couseil-Dumesnil y los comandantes Lacretelle y Ferussac. Combatieron por parte de los austriacos de 15 á 18,000 hombres. Las fuerzas aliadas se componian de doce regimientos de infantería, cuatro batallones de cazadores y un regimiento de caballeria francesa; una brigada de infantería, otros cuerpos y un regimiento de dragones piamonteses, pero durante el combate llegaron por el camino de hierro numerosas reservas. Los franceses se batieron con mucha bravura; los piamonteses al principio de la accion se portaron muy bien; pero luego empezó á flaquear su valor y las tropas austríacas se condujeron de un modo admirable. Los aliados hicieron doscientos prisioneros y se apoderaron de varias cajas de artillería.

Tal fué el primer combate de la campaña en que la ventaja quedó sin disputa á favor del ejército aliado. El general Giulay pretendió que habia tenido que habérselas con cuarenta mil hombres, contando sin duda como combatientes las tropas de refuerzo que veia desfilar por la calzada del ferro-carril y que estaban aun lejos del campo de batalla. Tambien venian refuerzos para los austríacos, entre otras la division Grenneville y la brigada Fehlmayer que tampoco llegaron á combatir.

Entretanto que estos hechos tenian lugar, el contra-almirante La Gravière salido de Tolon, hacia rumbo en direccion al Adriático con tres navíos y una fragata y desembarcaban en Liorna, puerto de Toscana

(20 de mayo) algunas fuerzas del quinto cuerpo del ejército á las órdenes del príncipe Napoleon. Este al desembarcar dirigió á los toscanos la siguiente significativa proclama:

«Rada de Liorna á bordo del *Reina Hortensia* á 25 de mayo.

«Habitantes de Toscana: El emperador me envia á vuestro pais á instancia de vuestros representantes para sostener la guerra con nuestros enemigos los opresores de Italia. Mi mision es esclusivamente militar; ni tengo que ocuparme ni me ocuparé de vuestra organizacion interior. Napoleon III ha manifestado que no le animaba sino una ambicion: la de hacer triunfar la santa causa de la libertad de un pueblo y ha dicho que nunca se dejerá arrastrar por intereses de familia. Ha consignado que el único objeto de la Francia, satisfecha de su poder, era el de tener en sus fronteras un pueblo que le deberá su regeneracion. Si Dios nos proteje y nos concede la victoria, la Italia se constituirá libremente, y contándose en adelante entre las naciones, asegurará el equilibrio europeo. Tened presente que ningun sacrificio es escesivo cuando la indepencia ha de ser el premio de vuestros esfuerzos y mostrad al mundo con vuestra union y templanza, lo propio que con vuestra entereza, que sois dignos de ser libres.

«El príncipe, comandante en gefe del 5.° cuerpo del ejército de Italia.
Jerónimo Napoleon.»

Estas palabras del príncipe y sus tropas fueron acojidas con grande aplauso de los habitantes. Aquel mismo dia las tropas toscanas se reunieron en el llano de Cascine en Florencia para comunicarles una órden del dia del rey Victor Manuel, en virtud de la cual las tropas del ducado se sometian á las órdenes del príncipe Napoleon. He aqui dicha órden publicada en el «Monitor toscano»:

«Soldados toscanos: al primer rumor de la guerra nacional habeis buscado un gefe que os condujese al combate para luchar contra los enemigos de la Italia. Yo he aceptado este mando puesto que estoy obligado á dar disciplina y órden á todas las fuerzas de la nacion. No sois los soldados de una provincia italiana, sino que formais parte del ejército de Italia. Juzgándoos dignos de combatir al lado de los esforzados soldados de la Francia, os encargo al mando de mi querido yerno el príncipe Napoleon á quien ha confiado el emperador importantes operaciones militares. Obedecedle como me obedeceriais á mi; le animan las mismas ideas y sentimientos que yo abrigo y que son los mismos del generoso emperador que ha venido á Italia para vengar la justicia y defender el derecho nacional. Soldados, han llegado ya los dias en que nos hemos de ver sometidos á rudas pruebas. Cuento con vosotros. Debeis sostener y acrecentar el honor de las armas italianas.— Victor Manuel.» El Moni-

tor francés de la misma fecha anunciaba haberse establecido en Paris un tribunal de presas.

Vencidos los austríacos en Montebello, se retiraron el 21 á Stradella y despues con el mayor órden detras del Pó. El 22 queriendo el general Cialdini apoderarse de la cabeza izquierda del puente de Vercelli para proteger la construccion de otro puente sobre el Sesia puso en movimiento á dos colunas que debian reunirse en un mismo punto pasando el rio. La coluna que pasó el vado del Sesia por la parte de Albano fué atacada por un gran número de austríacos. Despues de un vivísimo combate en Villata, los aliados derrotaron á sus enemigos y se establecieron en Borgo Vercelli. La otra coluna pasó el Sesia cerca de Capuccini Vechi y sorprendió á dos compañias autríacas que hizo prisioneras.

El 24 el conde Giulay trasladó su cuartel general á Galasco; los austríacos y modeneses salieron de Reggio y se dirigieron á Brestello donde el gran duque estaba haciendo preparativos para defenderse. El mismo dia despues de haber hecho algunos prisioneros, Garibaldi entró en Varese al frente de 6000 hombres, donde se fortificó, pero como carecia de artillería y los austríacos que lo rodeaban la tenian, su posicion era bastante crítica y fué preciso que el general Niel fuese á apoyarle desde Biella, en tanto que el emperador Napoleon partia para Voghera para establecer allí su cuartel general. Los franceses habian ocupado Casteggio donde se fortificaron. Dos dias despues Garibaldi entró en Como y luego en Camerlata. Los austríacos se retiraron hácia Marano y Monza.

El dia 25 una coluna austríaca compuesta de infanteria y caballeria y dos piezas de artillería, pasó desde Gallarate á Sesto-Calende (en el estremo sud del Lago mayor) pero despues de haber sido rechazada por una partida de cazadores de los Alpes, se retiró hácia Somma (entre Gallarate y Sesto-Calende). El 26 el emperador Napoleon acompañado del mariscal Vaillant y del general Lamármora, pasó á Vercelli donde fué acogido con aclamaciones por la poblacion que llevaba el clero á la cabeza. El 30 el ejército piamontés, mandado por el rey pasó el Sesia y desalojó de sus atrincheramientos á los austríacos posesionados en Casale Vinzaglio y Palestro tomándoles dos cañones. Al dia siguiente á las primeras horas de la mañana el tercer regimiento de zuavos acababa de acampar á la derecha del último pueblo y á la orilla derecha del canal *della-Cascina*, de modo que tenia por delante este obstáculo, cuando algunos cañonazos seguidos de un nutrido fuego de fusilería empeñado con los bersaglieri y otras tropas sardas delante del tercero de zuavos, anunciaron la proximidad de los austríacos. Estos que habian tomado la ofensiva, avanzaron rapidamente. Los franceses hicieron desplegar primero cuatro compañias de tiradores en medio de los trigos que cubrian á los hombres y el regimiento se formó en coluna de ataque, empezando un vivo fuego

de fusilería. Entonces el coronel se apercibió de que una fuerte coluna austríaca apoyada por la artillería, iba á envolverle asi como el pueblo de Palestro. El momento era crítico y arrojó todo el regimiento contra las fuerzas enemigas. Despues de pasar rápidamente el canal que los aliados tenian delante, cuya profundidad era poco mas ó menos la de un metro, los zuavos atacaron resueltamente al enemigo á la bayoneta y les quitaron tres piezas de artillería que habian vomitado sobre ellos un horrible fuego. Desde allí la coluna de ataque se arrojó sobre el grueso del enemigo en la direccion del puente de Confienza en el rio de la Busca cuyo puente estaba muy bien defendido por dos piezas de artillería. Los austríacos que habian comprometido imprudentemente una parte de sus fuerzas á la orilla del rio en que se hallaban los aliados, fueron impetuosamente rechazados por el brioso ataque de las tropas francesas y fueron cuasi todos destruidos en la imposibilidad en que se habian colocado de efectuar su retirada. Mas de seiscientos quedaron prisioneros, un gran número, que los partes oficiales les hicieron ascender á 800, se ahogaron al intentar pasar el rio Busca y otros muchos fueron muertos en el mismo campo de batalla.

Aunque el puente de Busca quedó obstruido por las dos piezas de artillería y los caballos de tiro destinados á estas piezas, de los cuales tres habian sido muertos, el comandante francés hizo pasar parte de su gente á la opuesta orilla y despues de formar una coluna bastante fuerte, continuó su movimiento avanzando. Si bien los austríacos estaban apoyados por sus reservas, continuaron retirándose en buen órden abandonando aun en poder de los aliados otras dos piezas de artillería. Estos los persiguieron hasta el rio Ritzza-Biraza junto á Bobbio. En este famoso hecho de armas se distinguió la division del general Trochu y en particular por su arrojo, el tercer regimiento de zuavos llamado por el rey de Cerdeña el *impareggiabile* (el incomparable), que segun el parte comunicado al ministro de la guerra, tomó nueve cañones é hizo unos setecientos prisioneros entre ellos nueve oficiales. Las pérdidas de los aliados segun datos oficiales, consistieron en cuarenta y seis muertos, entre ellos un capitan, 229 heridos, entre ellos quince oficiales y veinte hombres que desaparecieron en las aguas de Ritzza-Biraza al precipitar á ellas á los austríacos. El dia siguiente 1.° de junio las tropas francesas que habian pasado el Sesia, continuaron avanzando.

Mas antes de llegar á la famosa batalla de Magenta, permítasenos reproducir el juicio crítico de un distinguido publicista francés relativo á los hechos que llevamos detallados y la situacion de los ejercitos en Italia durante aquellos dias.

Los combates de Montebello y Palestro, dice Mr. de Saint-Ange, no eran mas que acciones parciales que ponian únicamente en evidencia la

superioridad de las tropas aliadas en cuanto á arrojo y audacia; pero estas acciones episódicas ningun adelanto hacian tomar á la guerra y los dos ejércitos continuaban permaneciendo frente á frente. Debemos decir sin embargo que el ejército francés esperaba aun de Marsella y Génova el complemento de caballería, gruesa artilleria, municiones y material, así como el servicio de puentes de que tanta necesidad tenia para emprender alguna operacion ofensiva. Pero el dia 1.º de junio el ejército aliado contaba con todos los recursos necesarios y estaba dispuesto á obrar con vigor.

Hasta este momento parece que existia el proyecto de dar una batalla entre Voghera, Pavía, Stradella y Bobbio al objeto de forzar la carretera de Plasencia, pasar el Pó por el lado de esta ciudad y penetrar por aquel punto en Lombardia, donde la presencia de los aliados debia hacer estallar una insurreccion general; pero este proyecto encontraba grandes dificultades. El ejército austríaco cuyas fuerzas se calculaban en doscientos mil hombres, comprendidos los cuerpos estacionados en Pavía y Plasencia, estaba fortificado en posiciones muy ventajosas. Forzar la carretera de Stradella ó envolver el ejército enemigo por su izquierda por el Apenino descendiendo á Plasencia por el valle del Trebia y la carretera de Bobbio, eran operaciones muy peligrosas, porque el enemigo que siempre habia creido que se le atacaria por aquel lado, estaba preparado hacia mucho tiempo para combatirlas con todas sus fuerzas. Y aun en la suposicion de que hubiesen podido vencerse todas las dificultades para llegar delante de Plasencia, hubiera sido indispensable poner sitio á esta plaza y atravesar á viva fuerza el Pó, que tiene un cuarto de legua de anchura, operacion si cabe mas peligrosa aun. El austríaco calculaba tambien todas estas probabilidades y su único objeto era cerrar á los aliados el acceso á la Lombardia para lo cual los observaba atentamente y permanecia inmóvil á la defensiva; pero la defensiva en la guerra es un triste papel.

Con una concepcion tan sabia como atrevida, el emperador salvó la dificultad: imaginó envolver á los austriacos por su estrema derecha, es decir por la parte de Novara, é ir á pasar el Tesino á tres jornadas de marcha de los acontonamientos en cualquier punto no guardado de este rio. Para esto era indispensable engañar al conde Giulay, levantar el campo sin que se apercibiera de ello y darle á entender por espacio de veinte y cuatro horas por lo menos, que el ejército aliado no se habia movido. El rey de Cerdeña y el mariscal Canrobert habian empezado ya el movimiento dirigiéndose á Vercelli y al Sesia maniobrando de manera que el general austriaco creyese que querian obrar sobre su línea del Gogna hácia Mortara con direccion á la carretera de Milan por Vigévano. Al propio tiempo el emperador establecia pasajeramente su

cuartel general en Voghera, sobre la carretera principal de Plasencia y mandaba hacer un reconocimiento por la parte de Bobbio, lo cual debia afirmar mas y mas á los austríacos en sus primeras ideas. La presencia de un cuerpo francés en Toscana que parecia deber apoyar por la parte del Apenino el movimiento que amagaba á Plasencia, contribuia tambien á confirmar sus creencias.

Mas de repente fueron evacuadas todas aquellas posiciones; las tropas aliadas se dirigieron hácia Casale, donde pasaron el Pó y se trasladaron por el ferro-carril á Vercelli, desde donde marcharon rápidamente hácia Novara. Era un cambio de frente del ejército sobre su derecha, formando la vanguardia el ala izquierda, y una gran marcha de flanco, durante la cual tenia sobre su derecha y á muy corta distancia, á todo el ejército austríaco escalonado en la línea del Gogna y en Mortara hasta las riberas del Pó. Esta operacion ha sido universalmente admirada y se la coloca entre las mejoras maniobras estratégicas ejecutadas hasta el dia, siendo unánime la opinion general en considerarla así. Napoleon llegó el 30 de mayo á Vercelli, donde le precedieron el rey Victor Manuel con el ejército piamontés y el mariscal Canrobert con su cuerpo de ejército. El 1.° de junio hacian los dos soberanos su entrada en Novara de donde el general Niel acababa de arrojar á los austriacos y llegaban sucesivamente á este punto de cita los otros dos cuerpos del ejército aliado. El movimiento que empezó el 31 de mayo quedó terminado el 2 de junio. El ejército piamontés que cinco dias antes habia llegado á Vercelli, simuló un movimiento por la parte del Bobbio, carretera de Mortara para cubrir el flanco de los franceses y engañar mejor al enemigo.

En los dias 2 y 3 de junio el general Niel hacia establecer por los pontoneros dos puentes de barcas en Túrbigo á tres leguas al este de Novara y á cuatro leguas mas arriba de Bufalora. Los austríacos no tenian un solo soldado en Túrbigo, los aliados habian sorprendido el paso del Tesino y la gran maniobra se llevaba á efecto sin ningun género de obstáculos. El general Mac-Mahon pasaba sin pérdida de momento á la ribera lombarda y al propio tiempo una division avanzaba contra la cabeza del puente de Bufalora. Desde el momento que los aliados disponian de un paso en el Tesino, esta cabeza de puente podia ser atacada por retaguardia y por esto los austriacos se apresuraron á evacuar las grandes obras de defensa que habian construido en este punto.

Tal era la situacion de los ejércitos aliados en la víspera de la batalla de Magenta; veámos ahora lo que hacia el ejército austriaco y que planes atribuia á aquellos.

Con fecha del 28 de mayo escribian á los periódicos de Viena desde el cuartel general de Garlasco: « El enemigo debe comprender la importancia de nuestras posiciones entre el Pó, el Sesia, el Tesino y el Gog-

na, lo que constituye para nuestro ejército un cuadrilátero estratégico difícil de salvar. En tanto que nosotros ocupemos las posiciones actuales, no es posible penetrar en Lombardia por el Tesino, ni intentar por la parte de Plasencia el paso del Pó. Los franceses tratan de efectuar un movimiento de flanco por el lado del Apenino, apoyando su izquierda en este último rio; pero todos estos movimientos en nada influirán sobre nuestro plan de campaña, ni tampoco en las determinaciones basadas en los verdaderos principios de la guerra.»

Por este estracto de las comunicaciones dirigidas á la prensa de Viena desde el campo austríaco, puede apreciarse la gran seguridad en que se creia hallar su ejército, mientras que el aliado maniobraba en un sentido absolutamente contrario á las intenciones que se le atribuian. Cuando hubo levantado secretamente el campo para ir á concentrarse en Novara, viendo el general Giulay que no tenia nadie delante de sí, creyó que los franco-sardos retrocedian á fin de atraerle por la parte de Tortona y hacerle dejar de este modo sus posiciones para marchar hácia el Apenino por su derecha, así es que por el momento no se movió; pero el 2 de junio bien informado de lo que pasaba y burlado en todos sus cálculos estratégicos, á apresuró en tomar el mejor partido posible. Envió órden á todos los cuerpos austríacos para que evacuasen inmediatamente todas sus posiciones en el Piamonte y se replegasen sobre el Tesino para repasar el rio por Vigévano, Bereguardo, y Pavia. El mismo trasladó su cuartel de Garlasco á Rosate en la ribera lombarda y despues á Abbiate-Grasso, mandando además á dos cuerpos de ejército estacionados en Plasencia, la órden de venir á reunirsele, al general Clam-Gallas la órden de establecerse con su cuerpo de ejército en Bufalora y en Magenta y al general Gordon que viniese con su division por el ferro-carril de Milan.

En estas disposiciones es preciso hacer justicia al general Giulay porque estaban perfectamente concebidas. Desde el momento que vió burlados sus cálculos por un adversario mas hábil y mas emprendedor y se hizo cargo de la situacion en que lo colocaba, no vaciló en repasar el Tesino para ir á tomar una posicion que le colocara sobre el flanco derecho del ejército aliado, cuando avanzase por la ribera izquierda del citado rio.

Un parte fechado en el cuartel general austríaco el 2 de junio y publicado en Viena, anunciaba en estos términos la retirada del ejército: «Habiendo hecho el enemigo una conversion sobre nuestra derecha, y estando nuestra izquierda amenazada por la parte de Toscana, hemos tomado posicion en el Tesino.» Este parte no podia ser mas lacónico ni mas ambiguo, sobre todo en sus últimas palabras, por cuanto no esplicaban en cual de las dos riberas habian tomado posicion los austría-

cos; pero este sistema de oscurecer la verdad, cuando no se puede velar del todo, se esplica fácilmente en semejantes casos por la influencia que puede ejercer en la opinion pública.

El dia 3 el ejército sardo y el general Canrobert, llegaban á Galiata



y Frescate á tiempo que el general Mac-Mahon pasaba el Tesino sin encontrar de pronto enemigos; pero á poco vió aparecer en el pueblo de Robechetto y Castano, á una coluna austriaca á la que atacó y obligó á retirarse. Esta coluna era la del general Gordon que venia de Milan por órden del general Giulay, como dijimos antes, y que teniendo noticia al llegar á Magenta, del paso del Tesino por los franceses, habia salido á su encuentro con el objeto de detenerles; pero no contando con fuerzas suficientes, hubo de replegarse en Magenta. Hé aqui el parte de este brillante hecho de armas, dirigido al emperador por el general Mac-Mahon, comandante del segundo cuerpo:

«Cuartel general de Túrbigo, 3 de junio de 1859.—Señor: Como tuve el honor de participarlo á V. M. en el primer parte que le he dirigido esta mañana, el enemigo hizo saltar en las últimas horas de la tarde del dia de ayer el puente de San Martino, retirándose á la orilla izquierda del Tesino. Esta mañana apenas ha amanecido, el general Espinasse se ha dirigido con una brigada á la cabeza del puente, que los austriacos habian abandonado el dia anterior, con tres obuses, dos piezas de lomo y varios carretones de municiones. Segun las órdenes de V. M. el 2.° cuerpo ha salido á las ocho y media de esta mañana de Novara, para dirigirse á Túrbigo y pasar el Tesino por el puente que se echó durante la última noche, bajo la proteccion de la 11ª division de tiradores de la guardia imperial. En el momento de mi llegada á Túrbigo, he encontrado una brigada de esta division, en la orilla derecha del Tesino, ocupan-

do la poblacion y sus afueras en estado de asegurarnos la libre posesion del puente, y vigilando el valle que arranca en el pueblo. La otra brigada de la division Camou estaba en la otra orilla. La otra cabeza de la coluna de la 1.ª division del 2.° cuerpo entraba en el puente á la una y media de la tarde. En el momento en que habia salido de Túrbigo para reconocer el terreno, y visitaba las alturas de Robecchetto para establecer en aquel punto las tropas, observé de repente que tenia á unos quinientos metros de distancia una coluna austríaca, que parecia venir de Buffalora, y se dirigia á Robecchetto con la evidente intencion de ocupar aquel punto. Robecchetto está situado en la márgen izquierda del Tesino, al este y á unos dos kilómetros de Túrbigo. Es una poblacion considerable que puede defenderse fácilmente, y cuya ocupacion seria muy útil á un cuerpo enemigo que viniese de Milan ó de Magenta con intencion de cerrar el paso del Tesino en Túrbigo. Esta poblacion está situada en una vasta meseta horizontal, que domina en una altura de 15 á 20 metros el valle del Tesino. Dos caminos conducen á ella desde Túrbigo, ambos practicables á la artillería: el uno que desemboca en una de sus calles al lado sud, y el otro por el lado del oeste. El camino que viene de Magenta y Buffalora penetra en la poblacion por el lado del este, y este último era el que seguia la coluna austríaca.

« Mandé al general de La-Motterouge, que solo tenia entónces á sus órdenes un regimiento de tiradores argelinos, porque los demás se hallaban todavía en la ribera izquierda del rio, que encaminara los tres batallones de tiradores hácia Robecchetto, disponiéndolos en tres colunas de ataque, del modo siguiente: El primer batallon formando la derecha en coluna por division, precedido de dos compañías de tiradores destinadas á dirigirse á la poblacion atacándola por el sud. El segundo batallon formando la izquierda, dispuesto del mismo modo, destinado á penetrar en la poblacion atacándola por el oeste, y el tercer batallon en el centro, y un poco á retaguardia de los otros dos, escalonado en reserva, dispuesto á apoyarlos. Las tres colunas marchando por intérvalos y desplegándose en caso necesario, debian converjer en Robecchetto, penetrando en la poblacion por la calle mayor que la atraviesa de oeste á este, procurando tambien envolverla por el lado del este amenazando la retirada del enemigo.

« Mientras que el general de La-Motterouge se disponia para ejecutar estos movimientos con su regimiento, yo tomaba las disposiciones necesarias para que fueran á reunírsele los demás regimientos de su division. Sobre las dos de la tarde el citado general marchaba con sus tres batallones hácia la mencionada poblacion, seguido de una batería de la reserva general del ejército, dirigida por el general Auger en persona, sin disparar un solo tiro ni unos ni otros. Unicamente al penetrar en la

poblacion, cuyas principales avenidas estaban tomadas por los austríacos, hicieron uso de sus armas precipitándose enseguida á la bayoneta sobre cuantos querian disputarles el paso. En diez minutos el enemigo habia sido desalojado de la poblacion, retirándose por el mismo camino que habia venido. A la salida del pueblo quiso hacer uso de la artillería disparando doce piezas cargadas de metralla que no detuvieron el paso á nuestros soldados. Nuestra artillería contestó con certeros disparos que pusieron en completa derrota á los austriacos quienes fueron perseguidos hasta mas allá de dos kilómetros de Robecchetto sufriendo muchas pérdidas. Cerca de un cañon que en su retirada abandonó al enemigo, yacia el comandante de la batería dividido en dos pedazos por una de nuestras balas.

« En tanto que tenian lugar estos hechos en Robecchetto, una coluna de caballería austríaca se presentaba á nuestra izquierda procedente de Castano. Mandé que un batallon del 65 y dos cañones salieran á su encuentro y dos descargas bastaron para decidirla á retirarse inmediatamente.

« El enemigo ha esperimentado considerables pérdidas. El campo de batalla está cubierto de muertos y de un gran número de armas, carabinas y fusiles que arrojó para huir mas fácilmente. Hemos hecho muy pocos prisioneros lo que se esplica por la naturaleza del terreno donde ha tenido lugar la accion. Por nuestra parte hemos tenido un capitan muerto, cuatro oficiales heridos, siete soldados muertos y 38 heridos.»

Replegada en Magenta la coluna austríaca rechazada en Robecchetto, el dia 4 de junio, los ejércitos aliados se concentraron en la ribera del Tesino para desfilar sucesivamente por los puentes de Túrbigo detrás del cuerpo de ejército del general Mac-Mahon. Esta operacion fué en estremo larga á causa de los innumerables pertrechos de guerra que acompañaban las colunas, y esto esplica, como veremos luego, porque parte de las tropas que lucharon en Magenta, debieron sostenerse durante muchas horas ante fuerzas décuples antes de recibir los refuerzos que esperaban. En efecto, los austríacos ocupaban con siete mil hombres la posicion de Magenta pertenecientes al cuerpo del feld-mariscal conde de Clamme además del segundo cuerpo. Al propio tiempo habia la division Reischach en Corbetto, el teniente feld-mariscal Lillia, en Casteletto, el tercer cuerpo estaba en Abbiatagrasso; el 5.° en marcha para este punto, el 4.° iba de Binasco á Betazzo y el 9.° cuerpo estaba á orillas del Pó cerca de Pavía. Todos estos cuerpos avanzaron inmediatamente dirijiéndose el 3.° y 5° sobre el flanco derecho de los aliados. A medio dia empezó el ataque. El emperador Napoleon marchaba con la primera division de su guardia compuesta de tres regimientos de granaderos

y del regimiento de zuavos en direccion de Túrbigo. Cuando estas tropas llegaron á la altura del puente de Buffalora, reconocióse que el efecto de la mina ó barreno de los austríacos para hacerlo volar, no habia sido completo y los dos arcos del puente que se habian propuesto echar abajo, no hicieron mas que conmoverse sin hundirse, por cuya feliz circunstancia no quedó interrumpido el paso.

Ahora bien, estaba acordado que mientras la division de los granaderos de la guardia se apoderaria de la cabeza del puente de Buffalora en la ribera izquierda, el cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, reforzado por la division de cazadores de la guardia imperial y siguiéndole todo el ejército del rey de Cerdeña, debia pasar de Túrbigo á Buffalora y Magenta, en tanto que el cuerpo de ejército del mariscal Canrobert se adelantaria hácia la ribera derecha para pasar el Tesino por el mismo punto. Pero la ejecucion de este plan de operaciones tuvo en contra algunas dificultades que no siempre es fácil prever en la guerra. El ejército del rey hubo de retardar su paso por el rio, y solo una de sus divisiones pudo seguir á bastante distancia al cuerpo de ejército del general Mac-Mahon. Tambien sufrió algunos retardos la marcha del general Espinasse y por otra parte, cuando el cuerpo del ejército del mariscal Canrobert salió de Novara para unirse al del emperador que como queda dicho, se hallaba en la cabeza del puente de Buffalora, este cuerpo encontró el camino tan obstruido, que retardó muchísimo su llegada al Tesino.

Muy comprometida era la posicion en que se hallaba el emperador aguardando con la mas viva ansiedad la señal de la llegada del cuerpo de ejército del general Mac-Mahon á Buffalora, cuando sobre las dos de la tarde, oyóse en aquella direccion un nutrido fuego de fusilería y artillería. En la creencia de que el general adelantaba, juzgóse que habia llegado el momento de apoyarle marchando hácia Magenta, asi es que Napoleon arrojó inmediatamente la brigada Wimpffen contra las formidables posiciones ocupadas por los austríacos delante el puente, siguiendo el movimiento la brigada Clerc. Las eminencias contiguas al Naviglio (gran canal), asi como el pueblo de Buffalora, fueron tomadas con un valor y rapidez admirables, pero colocados los franceses en un terreno sumamente desfavorable, cortado, pantanoso y rodeado de escarpadas eminencias coronadas de artillería, ametrallados de frente y flanco, los granaderos de la guardia y los zuavos esperimentaron pérdidas terribles, pero no cedieron un pié de terreno.

En tan críticas circunstancias, el general Regnaud de Saint Jean d'Angely reveló la mayor energía, lo propio que los generales que estaban á sus órdenes. El general de division Mellinet tuvo sucesivamente dos caballos muertos; el general Clerc cayó herido mortalmente; el ge-

neral Wimpffen fué herido en la cabeza; los comandantes Desmé y Mandhuy de los granaderos de la guardia, fueron muertos lo propio que un gran número de oficiales. Los zuavos perdieron doscientos hombres y los granaderos tuvieron pérdidas no menos considerables.

Sin embargo no parecia el cuerpo de ejército mandado por el general Canrobert, y por otra parte habia cesado por completo el fuego de artillería y fusilería que habia anunciado la llegada del general Mac-Mahon. La ansiedad del emperador crecia por momentos en presencia de masas considerables de enemigos que no solo le cerraban el paso, sino que iban diezmando sus filas. Durante el espacio de cuatro horas terribles, la sola division de granaderos de la guardia en la que se encontraba el emperador, hubo de sostener toda la resistencia de los austríacos disputándole el paso. Por fin llegó al lugar del combate la brigada Picard mandada por el mariscal Canrobert y poco despues se presentó la division Vinoy, del cuerpo de ejército del general Niel, que el emperador habia mandado á llamar, y por último las divisiones Renault y Trochu del cuerpo de ejército del mariscal Canrobert. Reunidas todas estas fuerzas, los aliados pudieron tomar la ofensiva.

Es digno de notarse para comprender el retardo de la marcha del cuerpo del general Mac-Mahon, que al adelantarse este en dos columnas de escasa fuerza sobre Magenta y Buffalora, habia tenido que hacer frente á las fuerzas austríacas que se habian presentado para cortarlas y separarlas atacando la de la izquierda de frente y de flanco en tanto que hacia retroceder la de la derecha hácia el rio. Pero el general Mac-Mahon resistiendo el choque impetuoso del enemigo, por medio de un habil movimiento, logró reunir las dos colunas, tomó la ofensiva y obligó á los austríacos á replegarse sobre Magenta. Mientras se verificaba la reunion de las dos colunas, el fuego cesó completamente por la parte de Buffalora y esto silencio fué el que en tanta ansiedad habia puesto al emperador.

Los austríacos al verse atacados por el frente y la izquierda, evacuaron Buffalora sacando la mayor parte de las fuerzas contra el general Mac Mahon que se hallaba ya á la vista de Magenta. Entonces todo un regimiento de línea se arrojó con intrepidez al ataque de la posicion de Cascina-Nuova que está á corta distancia del pueblo y que se hallaba defendida por dos regimientos de húngaros. Mil quinientos de estos defensores se rindieron y los aliados se apoderaron de una bandera sobre el cadáver del coronel.

Entre tanto la division de La Motterouge estaba hostilizada por fuerzas considerables que amenazaban segregrarla de la division Espinasse; pero el general Mac Mahon que habia dispuesto en segunda linea trece batallones de cazadores de la guardia al mando del general Camon, pre-

sentándose en primera línea, sostuvo en el centro los esfuerzos del enemigo y permitió á las divisiones de La-Motterouge y Espinasse, tomar con nuevo vigor la ofensiva. Al empezar el ataque general, el general Auger, jefe de artillería del segundo cuerpo, mandó colocar en batería en el camino de hierro cuarenta piezas que atacando por el flanco á los austríacos que iban desfilando, hizo en ellos grandes estragos.

A las cuatro de la tarde el general Giulay tenia en Magenta y Buffalora unos 70,000 hombres al paso que las fuerzas aliadas reunidas cuando entraron en línea, no llegaban á 50,000 hombres. Esto no obstante, se trabó el combate delante de Magenta con grande empeño. Los austríacos defendieron este punto con encarnizamiento; por una y otra parte se comprendia que esta posicion decidia del éxito de la jornada. Asi es que los aliados tuvieron que apoderarse del pueblo casa por casa y si bien causaron grandes pérdidas á los austríacos, las sufrieron tambien considerables. Quedaron fuera de combate mas de diez mil austríacos y el general Mac-Mahon les hizo unos cinco mil prisioneros entre los cuales habia todo el regimiento de cazadores de infatería mandado por el coronel Hauser. Por parte de los aliados, segun el boletin del ejército, quedaron 1500 hombres fuera de combate. En el ataque del pueblo, el general Espinasse y su oficial de ordenanza cayeron muertos. Tambien cayeron mortalmente heridos al frente de sus tropas los coroneles Drouhot y Chabrière.

Las divisiones Vinoy y Renault hicieron prodijios de valor bajo las órdenes del mariscal Canrobert y del general Niel. La primera de dichas divisiones que habia salido de Novara por la mañana, apenas habia llegado á Trecate donde debia descansar, cuando fué llamada por el emperador. Marchó á la carrera hasta Ponte di Magenta arrojando al enemigo de las posiciones que ocupaba y haciéndole mas de mil prisioneros; pero atacada por la division del teniente feld-mariscal baron Reischach, tuvo que ceder sufriendo muchas pérdidas: quedaron muertos 11 oficiales y 50 heridos y quedaron además fuera de combate 650 hombres. Murió el comandante Decort del 85 regimiento de línea y todos los demás gefes fueron heridos. El general Martimprey fué alcanzado por una bala al marchar al frente de su brigada. Las tropas del mariscal Canrobert tuvieron tambien deplorables perdidas. El coronel de Senneville, su jefe de estado mayor, fué muerto á su lado; el coronel Charlier, asi como varios oficiales de la division Renault, hallaron la muerte junto al pueblo de Ponte di Magenta que fué perdido y recobrado siete veces consecutivas y en el que perdieron los aliados un cañon rayado.

Al anochecer llegó al campo de batalla el 5.° cuerpo del ejército austríaco. La brigada del príncipe de Hesse intentó en vano, bien que combatiendo con rara bravura, rechazar los aliados que avanzaban por

la parte de Magenta. Este pueblo en el que aun se sostenian las cansadas tropas de los tenientes feld-mariscales conde Clam y príncipe Lichtenstein, debió en fin ser evacuado ante los ataques de los aliados. La division del teniente feld-mariscal Lillia, se trasladó á Corbetto ocupando este punto por donde los austríacos debian efectuar la retirada. Tambien llegada la noche los austríacos ocuparon fuertemente á Robecco. Asi es que á las ocho y media de la noche el ejército quedó dueño del campo de batalla. El enemigo al retirarse dejó en su poder cuatro piezas de artillería, dos banderas y siete mil prisioneros. Se calculó en unos veinte mil el número de austríacos que quedaron fuera de combate (1); además en el campo de batalla se encontraron doce mil fusiles y treinta mil mochilas. Los aliados dijeron haber perdido tres mil hombres.

Segun el parte del general en jefe del segundo ejército, feldzengmestre conde Giulay, al emperador de Austria, á pesar de su derrota llevaba intencion de atacar de nuevo en la mañana del 5. « Las enormes pérdidas del enemigo, dijo, permitian igualmente esperar que se le encontraria desordenado y la bravura que nuestras tropas habian demostrado en todos los ataques, hacia abrigar la esperanza de que con su choque quedaria derrotado el enemigo. Habíamos hecho prisioneros de casi todos los regimientos del ejército francés y parecia consiguiente que hubiese empeñado en la batalla sus últimas reservas, en tanto que por nuestra parte disponíamos del 5.° y 8.° cuerpos de ejército y de una division del 3.° que no habian entrado en accion. Estas tropas llegando, como debian llegar frescas al campo de batalla, podian servir de gran peso en la balanza. Todo esto lo habia calculado y no esperaba mas que recibir aviso de que las tropas ocupaban sus posiciones y el total de las pérdidas que habia esperimentado. Entonces tan solo fué cuando supe que las tropas del 1.° y 2.° cuerpos de ejército que eran las que mas habian sufrido del primer choque del enemigo, se habian ya retirado y que no podian llegar al campo de batalla sino haciendo una marcha muy fatigosa de noche. Estas tropas ya se habian puesto en camino desde las tres de la madrugada, por manera que á la hora en que me habria sido posible enviarlas de nuevo adelante, verificaban ya su marcha en retirada. En tales circunstancias traté de conservar intactos, para cubrir los demás, á los cuerpos que se encontraban aun dispuestos á combatir y me fué necesario ordenar la retirada.

« En la madrugada del 5 el regimiento de infantería Gran duque de Hesse atacó de nuevo Ponte di Magenta para facilitar el movimiento de

(1) Tal fué el número fijado en el parte fechado en el 5 de Junio en el cuartel general de San Martino. El feldzengmestre Giulay en su parte fechado el 6 en su cuartel general de Belgiojoso decia: «Creo aproximarme á la verdad fijando en 4 ó 5 mil el número de nuestros muertos ó heridos, pérdida que por parte del enemigo habrá sido seguramente el doble»

retirada. Fué este, dice el teniente feld-mariscal príncipe de Schwarzenberg en su parte, el último esfuerzo de un bravo regimiento que el dia anterior habia perdido un oficial de Estado mayor y nueve capitanes sin vacilar una sola vez en el ataque ni ceder en la retirada. Entre los heridos se encontraron el teniente feld-mariscal Teischach, herido de un balazo en la cadera y los generales Lobzeltern y Durfeld heridos ambos en el brazo. Tambien fueron heridos el general de brigada Burdina, el coronel Hubatschek, los tenientes coroneles Stromfeld, Merki, Hartmann, Hoffer é Imbrissevie.»

El dia 5 de junio el ejército austríaco que se habia establecido de flanco entre Abbiate-Grasso y Rianasco, emprendió decididamente la retirada. Con la batalla de Magenta, creyeron y con fundado motivo los austríacos, que habian perdido la capital de la Lombardia la cual evacuaron de noche con el mayor sigilo, abandonando armas, cañones y hasta gran cantidad de dinero. Temieron que al saberse al dia siguiente el resultado de la batalla, la poblacion se sublevase y les cortase la retirada. En efecto, cuando se supo la retirada de los austríacos, Milan se sublevó. Se levantaron barricadas y 6000 guardias nacionales se pusieron sobre las armas. La corporacion municipal publicó en la Gaceta la siguienta proclama:

« Ciudadanos: el ejército aliado reunido bajo las órdenas del magnánimo emperador Napoleon III que ha tomado la defensa de la independencia italiana despues de obtener brillantes victorias, se aproxima á las puertas de la ciudad. Las tropas enemigas han sido vencidas y están en plena derrota. El rey Victor Manuel II, el primer soldado de Italia rescatada, llegará dentro de poco entre nosotros; preguntará que ha hecho la heroica Milan para la causa nacional. La resistencia moral por espacio de diez años á la opresion extrangera, os ha valido ya la estimacion de toda la Italia y ha confirmado la gloria de las cinco jornadas. Mas ahora es preciso disponer una acogida digna de vosotros en obsequio al ejército nacional y al ejército aliado. Proclamemos al rey Victor Manuel II, que de diez años á esta parte prepara la guerra de la independencia; renovad la anexion de la Lombardía al generoso Piamonte y renovadla con hechos, armas y sacrificios. ¡Viva el rey! ¡Viva la Italia! ¡Viva el Estatuto! »

El dia 6 el ejército aliado se repuso y organizó. Sus avanzadas estaban en San Otto cerca de Milan. Napoleon nombró mariscales á los generales de division Mac-Mahon y Regnault de Sant-Jean d'Angely y además duque de Magenta al primero. El dia 7 el cuartel general sardo se trasladó á Lainate. Los austríacos abandonaron su posicion de Stradella, pasaron el Pó é hicieron volar un puente no lejos de Beljiogoso; igualmente al dia siguiente evacuaron la plaza de Pavía, enclavando los ca-

ñones y arrojando al rio las municiones que no pudieron llevarse.

Dos dias despues de la batalla de Magenta la municipalidad de Milan se presentó al cuartel general, donde dirigió al rey del Piamonte en presencia del emperador, la esposicion siguiente, firmada por siete regidores:

« Señor: la municipalidad de Milan tiene á noble orgullo hacer hoy uso de una de sus mas preciosas prerogativas, al constituirse en intérprete de los deseos de sus conciudadanos, en las graves circunstancias en que nos encontramos. La municipalidad quiera renovar en vuestra presencia el pacto de 1848, y proclamar nuevamente á la faz de la nacion, este grandioso hecho que once años han hecho fermentar en los corazones y en las inteligencias. La anexion de la Lombardía al Piamonte, que se ha proclamado esta mañana en ocasion en que la artillería enemiga podia aun arrasar la ciudad, y mientras sus batallones desfilaban en nuestras plazas; la anexion repetimos, es el primer paso dado en la via de un nuevo derecho público, que deja á los pueblos árbitros de sus destinos. El heróico ejército sardo, y el de su augusto aliado que quiere á la Italia libre hasta el Adriático, pondrán en breve término á su magnánima empresa. Dígnaos, señor aceptar, el testimonio que Milan os presenta por nuestro conducto. Creed que todos los corazones laten por vos; nuestro grito es el de ¡viva el Rey! ¡viva el estatuto de Italia! » El Rey acogió con vivas muestras de agrado aquella manifestacion.

En toda la península produjo una conmocion extraordinaria, la evacuacion por los austriacos de la capital de la Lombardía. En las calles de Roma se manifestó la alegria pública con gritos, aplausos y vivas. Llamábanse unos á otros por balcones y ventanas; se abrazaban donde se encontraban; era como si las gentas estuviesen poseidas de delirio. En la plaza Colona, frente al Circulo militar, la muchedumbre daba continuos vivas agitábanse los pañuelos y los sombreros; se batian palmas y redoblaban los gritos. Durante muchas horas los romanos no se cansaron de aplaudir. A las primeras horas de la noche el Corso estaba lleno de un gentío compacto, compuesto casi únicamente de hombres que agitaban sus sombreros y pañuelos, y prorumpian en esclamaciones de júbilo. El desfile duró mucho tiempo, pues las masas marchaban al paso, parándose delante de algunas casas que estaban iluminadas; y aplaudiendo frenéticamente. Jamás se habia hecho tanto en Roma, como en las principales ciudades de Italia, una manifestacion mas general y mas verdaderamente unánime.

El dia 8 en las primeras horas de la mañana, el emperador Napoleon y el rey de Cerdeña entraron en la capital de la Lombardía, en medio de las delirantes aclamaciones del pueblo que acababan de libertar. Por todas las calles del tránsito caia una lluvia de flores y coronas sobre am-

bos soberanos, y su ejército. El emperador de los franceses fué á habitar « Villa Bonaparte » llamada así porque sirvió de residencia al vencedor de Beaulieu y de Wurmser, y designada bajo la denominacion austríaca, con el nombre de « Villa Real. » El mismo dia dirigió á los italianos la siguiente proclama fechada en el cuartel imperial de Milan:



« Italianos: habiéndonos conducido la fortuna de la guerra á la capital de la Lombardía, debo deciros porque estoy en ella. Cuando el Austria atacó injustamente el Piamonte, resolví apoyar á mi aliado el rey de Cerdeña, por qué el honor y los intereses de la Francia me lo exigian como un deber. Vuestros enemigos, que son los mios, han intentado disminuir la simpatía universal que abrigaba la Europa por vuestra causa, haciendo creer que ya no hacia la guerra sino por ambicion personal ó para engrandecer el territorio de Francia. Si hay hombres que no comprendan la época en que viven, yo no soy de este número. En el estado de ilustracion á que ha llegado la opinion pública, es mayor hoy dia el prestigio que se adquiere con la influencia moral que se ejerce, que no con conquistas estériles, y esta influencia yo la busco con orgullo contribuyendo á hacer libre una de las mas hermosas comarcas de Europa. Vuestra acojida me ha probado ya que me habeis comprendido. No vengo aqui con un sistema resuelto de antemano para despo-

seer los soberanos, ni para imponeros mi voluntad; mi ejército no se ocupará mas que de dos cosas: combatir á vuestros enemigos y conservar el órden interior; no pondrá obstáculo alguno á la libre manifestacion de vuestros legítimos deseos. La Providencia favorece algunas veces á los pueblos lo mismo que á los individuos, proporcionándoles una ocasion de engrandecerse de repente; pero es con la condicion de que sepan aprovecharla. Aprovechaos, pues, de la fortuna que se os ofrece. Vuestro deseo de indepencia tan largo tiempo manifestado y con tanta frecuencia desvanecido se realizará, si os mostrais de ello dignos. Unios pues, con este solo objeto; la emancipacion de vuestro pais. Organizaos militarmente: volad bajo las banderas del rey Victor Manuel que tan noblemente os ha mostrado la via del honor; acordaos que sin disciplina no hay ejército posible, y animados por el sagrado fuego de la patria, no seais hoy mas que soldados; mañana sereis ciudadanos libres de un gran pais.»

Al propio tiempo dirigió al ejército de Italia la siguienta órden del dia fechada en el cuartel general de Milan:

«Soldados: hace un mes que, confiando en los esfuerzos de la diplomacia, esperaba todavía la paz, cuando de repente la invasion del Piamonte por las tropas austríacas; nos llamó á las armas. No estábamos preparados; faltaban hombres, caballos, material y provisiones, y debíamos, para socorrer á nuestros aliados, pasar apresuradamente y en pequeñas partidas al otro lado de los Alpes, ante un enemigo temible y preparado de antemano. El peligro era grande, pero la enerjía de la nacion y vuestro valor lo han suplido todo. La Francia ha vuelto á encontrar sus virtudes, y unida con un mismo objeto y con un solo sentimiento, ha mostrado el poder de sus recursos y la fuerza de su patriotismo. Unicamente han transcurrido diez dias desde que empezaron las operaciones y ya el territorio piamontés está libre de sus invasores. El ejército aliado ha librado cuatro combates afortunados y ganado una victoria decisiva que le ha abierto las puertas de la capital de la Lombardía. Habeis puesto fuera de combate mas de 35,000 austríacos, les habeis tomado 17 cañones y 2 banderas y hecho 8000 prisioneros; pero no ha terminado todo aun; otras luchas tendrémos que sostener, otros obstáculos que vencer. Cuento con vosotros. ¡Valor, pues, valientes soldados del ejército de Italia! ¡Desde lo alto del cielo vuestros padres os contemplan con orgullo!»

El dia siguiente el rey Victor Manuel tomó posesion de la Lombardia con la siguiente proclama, que acompañaba un decreto organizando provisionalmente la administracion de aquella hermosa provincia:

«Pueblos de la Lombardia: la victoria de los ejercitos libertadores me conduce en medio de vosotros. Restaurado el derecho nacional, vuestros

votos establecen la union con mi reino, union que descansa en la garantía de los derechos civiles. La forma interina que hoy doy al gobierno, lo exigen las necesidades de la guerra. Una vez asegurada la independencia, se fundará un gobierno libre y duradero. ¡ Pueblos de la Lombardía ! Los piamonteses han hecho y están haciendo grandes sacrificios por la patria comun ; vuestro ejército que acoje en sus tropas un gran número de valientes voluntarios de vuestras provincias y de otras italianas , ha dado ya brillantes testimonios de su valor , combatiendo victoriosamente en favor de la causa nacional. El emperador de los franceses, nuestro generoso aliado , digno del nombre y del genio de Napoleon , ha venido á ponerse en persona al frente del heróico ejército de esta gran nacion , y quiere hacer libre á la Italia desde los Alpes al Adriático. Rivalizando en sacrificios , secundareis estos nobles esfuerzos en los campos de batalla , y os mostrareis dignos de los destinos á que os llama hoy Italia despues de algunos siglos de sufrimientos. »

Esta proclama habia sido precedida de la siguiente patética manifestacion de la municipalidad de Milan :

« Señor : el voto público desea que V. M. á quien por un milagro de concordia han sido confiados los destinos de la patria comun , se ponga lo mas pronto que sea posible al frente del gobierno, y de la direccion de los negocios públicos de este pais. Este voto solemnemente proclamada hoy por millares de nuestros voluntarios , lo habia sido antes por juramento ante Dios , y lo fué despues con su sangre delante de los cañones del Austria. Señor, en la resolucion del cuerpo municipal de Milan , verá S. M. nuevamente demostrado que las verdades del corazon no tienen dos modos de espresarse. Os pertenecemos por la persuasion , por el amor , por la necesidad geográfica , por el derecho histórico del acta de fusion de 1848 , confirmada por once años de preparacion y de sufrimientos, que permanecerán indelebles en la historia de los pueblos, como un ejemplo sublime de lo que puede la perseverancia encaminada á justos fines , así como la dignidad en los infortunios públicos. Señor , os repetirémos las palabras que os enternecieron al oirlas de boca de nuestros voluntarios heridos en la gloriosa accion de Palestro : « Haced libre y feliz la Italia y bendecirémos nuestras heridas. »

La misma Municipalidad remitió al emperador la siguiente esposicion, que pinta , mucho mejor que las ovaciones y las lluvias de flores , los sentimientos de Italia al ver llegar la hora de su emancipacion.

« A S. M. el emperador Napoleon III : la ciudad de Milan,— Señor : el Cuerpo munipal de la ciudad de Milan , reunido hoy en sesion extraordinaria , ha acordado por unanimidad presentar á S. M. el emperador Napoleon III , una esposicion espresando el vivo reconocimiento del pais por su generoso concurso en la grande obra de la émancipacion italia-

na. Señor, la Municipalidad se considera muy honrada por el alto encargo que se le hace, pero conoce cuan impotentes son las palabras para llenarlo debidamente. En un discurso, cuyos magnánimos sentimientos admiraron todos, pero que los italianos escucharon con religioso júbilo, y supieron interpretar como un espléndido augurio, V. M. decia que descansaba en el juicio de la posteridad. Señor, el juicio sobre la santidad de la guerra que V. M. ha emprendido de acuerdo con el rey Victor Manuel II, queda espresado por la opinion unánime de la Europa civilizada, y los nombres de Montebello, Palestro y Magenta, pertenecen ya á la historia. Pero si en el dia del combate, la grandeza de los planes de V. M. apenas igualada por el heroismo de vuestros soldados, nos asegura la victoria, no podemos menos de deplorar al siguiente dia la pérdida de tantos valientes que os siguieron al campo del honor. Los nombres de los generales Beuret, Cler, Espinasse y de tantos otros héroes muertos prematuramente, figuran ya en el santuario de nuestros mártires, y quedarán grabados en el corazon de los italianos como en un monumento imperecedero. Señor, nuestra gratitud hácia V. M. y hácia la gran nacion que habeis sido llamado á engrandecer todavía mas, se manifestará con mayor energía en toda la Italia, cuando quede libre; pero entretanto, nos cabe la satisfaccion de ser los primeros en manifestarla, como hemos sido los primeros en vernos libres del odioso aspecto de la tiranía austríaca. ¡ Viva Napoleon III! ¡ viva la Francia! — Siguen las firmas. — Milan 6 de Junio de 1859. »

Ahora bien, lo que habia manifestado la capital de la Lombardía por conducto de su primer cuerpo popular, lo confirmó á la entrada de los soberanos, y sobre todo al siguiente dia cuando pueblo y ejército fueron á la catedral á rendir gracias al Todopoderoso, el uno por la libertad que acababa de alcanzar y el otro por sus triunfos. A las diez de la mañana del dia 9, los escelentes regimientos de la guardia, tiradores y granaderos, se situaron en el Corso formando carrera de las Casas Consistoriales hasta la catedral, con los oficiales, tambores, músicos y cornetas en línea de batalla. Desde los balcones y azoteas, caian nubes de hojas de rosa que producian un magnífico efecto al posarse sobre los magestuosos morriones de pelo; varios niños y hasta jóvenes recorrian las calles con grandes cestas repartiendo ramos de laurel, con los cuales los soldados adornaban sus fusiles y su pecho. A poco empezaron á oirse á lo lejos vivas y aplausos, apercibiéndose cada vez con mayor fuerza. Aquellos gritos de alegría anunciaban que iban acercándose el emperador y el rey. Ambos soberanos iban montados en soberbios caballos precedidos de una partida de los cien guardias, cuyo marcial continente, brillante coraza, casco con plumero y escelentes caballos, producian un grande efecto. Napoleon III llevaba el uniforme de general

de division con el kepis encarnado, propio del tiempo de campaña. Victor Manuel vestia tambien uniforme de campaña con el kepis verde y el gran cordon de San Mauricio y San Lázaro. Con dificultad podia distinguirse á los dos soberanos entre el diluvio de flores que caian de todos los balcones. Las milanesas revelaron aquel dia un sublime arranque patriótico. Animadas sus facciones y sus ojos, agitaban con frenesi su « fazzoletto » (pañuelo) con una mano, y con la otra golpeaban los antepechos de los balcones con los abanicos, prorumpiendo á la vez en repetidos gritos de « Viva el Emperador! ¡ Viva el Rey ! ¡ Viva la Francia ! ¡ Viva la Italia ! *¡Evviva! ¡Evviva!* El cuadro que la ciudad presentaba era el símbolo de la efusion y del delirio; era una manifestacion que conmovia y enternecia. Una corona de laurel y de palma, arrojada con mucho acierto, cayó directamente y se colocó sobre el kepis del emperador. Napoleon la retiró en actitud de dar gracias por esta distincion, y la dió al rey insistiendo para que la aceptase. Aquella significativa escena arrancó nutridos y prolongados aplausos, y á los repetidos gritos de *¡Viva l'imperatore! ¡ Viva il re! ¡ Evviva! ¡ Evviva!* que no cesaban un instante, los dos soberanos entraron en la catedral.

Parece que el dia anterior, al poco rato de haber entrado los monarcas en la ciudad, un areonauta llamado M. Godard, se lanzó al espacio en un magnífico globo. La generalidad no creyó ver en ello mas que uno de los varios festejos que se dispusieron para honrar la presencia de los monarcas aliados; pero en realidad la ascencion llevaba otro objeto. Acompañaron al areonauta dos oficiales de estado mayor, quienes desde una altura inmensa y con el auxilio de buenos anteojos, pudieron descubrir toda la Lombardía á vista de pájaro. En aquel exámen, vieron á los austríacos en Mariñan ó Malegnano, y los preparativos de defensa que hacian para cubrir su retirada y defender la línea del Adda. A consecuencia de estas importantes noticias, y sin perder un instante, el emperador dió las órdenes para el ataque de aquel punto. El mariscal Baraguey d'Hilliers, fué el encargado de embestir la posicion que ocupaban los austriacos. He aqui el parte que con fecha del 10 de junio dirigió al emperador dando cuenta de este brillante hecho de armas.

« Señor: V. M. me dió ayer órden de dirigirme con el primer cuerpo hácia el camino de Lodi y arrojar el enemigo de San Juliano y de Melegnano, previniéndome que para esta operacion se me juntaria el 2.° cuerpo mandado por el mariscal Mac-Mahon. Me dirigí inmediatamente á San Donato para inteligenciarme con el mariscal y convenimos que él atacaria con su 1.ª division á San Juliano; que despues de haber rechazado el enemigo, se dirigiria á Carpianello para pasar el Lombro, cuyas márgenes son muy dificiles, y que desde allí se encaminaria á Mediglia. La 2.ª division debia tomar en San Martino el camino que por

Trivulzo y Casanova conduce á Bettola y dirigiéndose por la izquierda del Mediglia, procuraria envolver la posicion de Melegnano. Quedó acordado que el 1.° cuerpo se dirigiria en su totalidad por la carretera de Melegnano, enviaria á la derecha en el punto indicado en el mapa, «Betolma», la 1.ª division la cual pasando por Civesio y Viboldone, iria á Mezzano y estableceria en este punto una batería de 12 piezas para batir primero á Pedriano y mas tarde el cementerio de Melegnano donde el enemigo se habia parapetado estableciendo fuertes baterías. Que 2.ª division del 1.° cuerpo despues de haber salido de San Juliano se dirigiria hácia San Brera, donde estableceria igualmente una batería de 12 piezas para batir el cementerio, y enfilar la carretera de Melegnano á Lodi. Que en fin, la 3.ª division del mismo cuerpo se dirigiria directamente á Melegnano asaltando la poblacion en concurrencia con la 1.ª y 2.ª divisiones, cuando el fuego de nuestra artillería hubiese difundido el desórden en ella. La 1.ª division dejando á Melegnano á su izquierda, recibió la órden de dirigirse hácia Cerro, la 2.ª y la 3.ª hácia Sordio, en donde debian ponerse en contacto con el 2.° cuerpo que por Dresano y Cosalmajocco se dirigian igualmente á aquel punto.

«A fin de que todas estas combinaciones pudiesen tener un éxito féliz, era preciso que no faltase el tiempo para llevarlas debidamente á cabo, y prescribiéndome de operar el mismo dia de mi partida de San Pietro l'Olmo, V. M. hacia mi tarea mas difícil, porque la cabeza de la 3.ª division del primer cuerpo no pudo entrar en línea hasta las tres y media, á causa de estar sobremanera embarazado el camino por los convoyes del 2.° y 4.° cuerpos. Sin embargo, á las dos y media dí órden al mariscal Mac-Mahon de marchar en direccion de San Juliano, donde no halló al enemigo, vadeó el Lombro, aunque estaba indicado con puente en el mapa en las inmediaciones de Carpianello, y continuó su movimiento en direccion de Mediglia.

«A las cinco y media la 3.ª division del primer cuerpo, llegó á unos 1200 metros de Melegnano, ocupado por el enemigo que habia levantado una barricada á unos quinientos metros de la poblacion, cerrando la carretera, y habia establecido algunas baterias en la misma entrada de su calle mayor, detrás de un parapeto á la altura de las primeras casas. Mandé al general Bazaine que dispusiera su division para el ataque; un batallon de zuavos fué destacado de vanguardia por ambos lados del camino rompiendo el fuego. El enemigo nos acogió con numerosos disparos de artillería que podian llegar á ser peligrosos, porque sus balas enfilaban la carretera por la que debíamos marchar en coluna. Nuestra artillería contestó á la de los austríacos, y el general Forgeot con dos baterías y los tiradores de la 1.ª division, apoyó en Mezzano, sobre nuestra derecha, el ataque que íbamos á emprender. Mandé echar á tier-

ra las mochilas, y lancé á paso de carga sobre la batería enemiga el 2.° batallon de zuavos seguido por toda la primera brigada. Los austríacos tenian una nube de fusileros en las primeras casas de la poblacion, junto á la barricada de la carretera y en el cementerio, y sin embargo no pudieron resistir al empuje de nuestro ataque; batiéronse en retirada á derecha é izquierda, hicieron una vigorosa resistencia en las calles, en el castillo, detrás de los árboles y en las tapias de las huertas, pero fueron completamente lanzados de la poblacion sobre las nueve de la noche.

« La segunda division á su llegada cerca de Melegnano, tomando á á la izquierda de la 3.ª, siguió el rio y se apoderó ó mató á los enemigos que ya habíamos arrojado del otro lado de la poblacion y adelantado. El mariscal Mac-Mahon pudo dirigir algunas descargas y enviar algunas balas de cañon á los austríacos que tomaban el camino de Lodi. Advertido por el estruendo del combate se habia dirigido á Colognio.

« La resistencia del enemigo ha sido vigorosa. Varias veces acometimos ó fuimos acometidos á la bayoneta. En uno de esos ataques ofensivos de los austríacos el águila del 33, un instante en peligro, fué bravamente defendida. Las pérdidas del enemigo son considerables: las calles y campos vecinos de la poblacion estaban cubiertos de cadáveres; 1200 heridos austríacos fueron conducidos á nuestros hospitales de sangre; hemos hecho de 8 á 900 prisioneros y tomado un cañon. Nuestras pérdidas se elevan á 943 hombres muertos ó heridos (1), pero como en todos los encuentros precedentes, la oficialidad ha sufrido en gran desproporcion. Los generales Bazaine y Goze sufrieron contusiones; el jóven coronel del 1.° de zuavos Ivoy que estaba ya designado para general de brigada, fué muerto, el coronel y el teniente coronel del 33 fueron heridos, etc. »

Las consecuencias de las victorias de Magenta y de Melegnano no se hicieron esperar. Los austríacos evacuaron Lodi, Pavía, Plasencia y repasaron el Adda destruyendo los puentes. Veamos como apreciaron estos hechos segun el siguiente estracto de sus partes:

« El dia 8 de este mes, la brigada Roden perteneciente á la division de retaguardia Berger del 8.° cuerpo de ejército estaba en Melegnano. A las cinco y media de la tarde, tres colunas enemigas procedentes de Milan, avanzaron para atacar dicho punto. A las seis menos cuarto el enemigo empezó el ataque con un nutrido fuego de artillería. La batería de la brigada Roden contestó al fuego de la artillería enemiga que era mas del doble de la nuestra y lo hizo con tanto acierto y eficacia que causó al

(1) Segun los partes oficiales posteriores resultaron: 13 oficiales muertos, 43 heridos, 141 sargentos y soldados muertos: 669 heridos y 64 estraviados, total: 943 hombres.

enemigo grandes pérdidas. A la media hora de haber vuelto á entrar la brigada en Melegnano, el enemigo dió un fuerte ataque de infantería contra el flanco derecho de la brigada, amenazando de este modo su comunicacion con el puente del Lambra y su línea de retirada hácia Lodi con fuerzas tan superiores, que hubo de llamarse á los destacamentos que habian quedado en Melegnano. La batería sostuvo bien el fuego hasta los últimos momentos. La brigada Boer que se hallaba detras de la poblacion, acudió para apoyar á las tropas que tenian empeñado el fuego; tomó posicion en las inmediaciones de Castello-Bernardi y ocupó este lugar elejido para punto de reunion hasta que hubieron sido transportados los últimos heridos. En este punto recibió los destacamentos que se retiraban de Melegnano, mientras que el enemigo que habia pasado á la izquierda del Lambra, barria el camino en toda su longitud empezando por La-Capuccini. Una fuerte lluvia y sobre todo la intencion de marchar sobre Pavía, obligaron al enemigo á poner término al combate. La division Berger continuó sin ser molestada su marcha hácia Lodi en concepto de retaguardia del 8.° cuerpo.

« En este combate, como en todos, nuestras tropas se han batido con brio: en el parte del gefe del ejército se da cuenta del valor de los oficiales, que dando el ejémplo á los soldados, eran siempre los primeros en el ataque y desgraciadamente eran tambien los primeros en morir como héroes. Nuestras pérdidas entre muertos y heridos ascienden á 250 hombres; entre los primeros hay el mayor general Boer, que gravemente herido murió mientras se le transportaba á Lodi.

« La evacuacion de Plasencia, acordada y mandada realizar en combinacion con los movimientos del ejército, se efectuó en los dos dias 9 y 10. Se han hecho volar los fuertes y las obras de tierra y tambien un coluna y dos arcos del puente del Trebbia. La mayor parte de los cañones fueron trasladados á balsas y remolcados por vapores cuya tripulacion la formaban los gastadores; quedaron algunos cañones porque faltaban medios para su transporte, pero se les inutilizó. La guarnicion se dirigió hácia Pizzighetone y desde alli se incorporó al ejército. Cuando toda la artillería y las municiones se hubieron transportado á Mantua y se hubo incendiado el puente del Addá, Pizzighetone fué tambien evacuada el dia 11. »

Entretanto que tenian lugar estos hechos, Garibaldi con sus cuerpos francos se adelantaba hácia Palazzolo al propio tiempo que los austríacos se retiraban de Bolonia, Ferrara y Ancona, operando apresuradamente su movimiento de concentracion en el cuadrilátero fortificado de las plazas de Verona, Mantua, Legnano y Peschiera. Mas adelante entraremos en todos los detalles necesarios para hacer apreciar la fuerza de este famoso cuadrilátero, por cierto imponente, sobre todo por la

importancia de las grandes plazas fuertes de Verona y Mantua ; pero no tanto para que debiesen estrellarse en su fortaleza el ardor de los ejércitos aliados provistos de los nuevos cañones rayados.

La rápida conclusion de esta primera y brillante parte de la campaña produjo no solamente en Italia , sino en toda Europa una sensacion inmensa. La evacuacion de Plasencia por los austríacos , dió tambien por resultado poner un término definitivo al poder de la duquesa de Parma á quien sostenia únicamente la vecindad de los austríacos. La gaceta de aquel ducado públicó con fecha del 9 de Junio la siguienta proclama de la duquesa:

« A vosotros todos , habitantes de este Estado , y á la historia , dejo el cuidado de decir cual ha sido el gobierno de mi regencia. Ideas exaltadas , halagüeñas para los corazones italianos , han venido á impedir las mejoras pacíficas y liberales á las cuales consagraba toda mi solicitud. Los acontecimientos que se suceden me han colocado entre dos exijencias contrarias. Trátase por una parte de intervenir en una guerra considerada como nacional , y por otra de no infringir los tratados bajo cuyo régimen se hallaban Plasencia y todo el Estado mucho antes de que fuere llamada á gobernarlos. Ni quiero oponerme á los deseos de la Italia ni faltar á la lealtad. No pudiendo, pues , conservar una neutralidad que parecian aconsejarme las condiciones escepcionales en que nos han puesto los tratados , impelida por los acontecimientos , cedo á la necesidad , é invito á la municipalidad de Parma á que nombre una comision de gobierno para mantener el órden , asegurar las personas ó los bienes, ocuparse en la administracion pública , dar un destino conveniente á las tropas reales y tomar por último todas las medidas que reclamen las circunstancias. Me retiro á un pais neutral cerca de mis amados hijos , declarando reservarles plenos y enteros sus derechos que confio á la justicia de las grandes potencias y á la proteccion de Dios. Honrados habitantes de todas las municipalidades del ducado , siempre y en todas partes vuestro recuerdo será caro á mi corazon.— *Luisa*, regente.»

Menos liberal y conciliatoria fué la segunda protesta que desde Viena hizo el gran duque de Toscana. Creemos deberla continuar en este lugar como importante documento histórico. Héla aquí:

«En mi declaracion fechada en Ferrara el 1.° de este mes, protesté contra la revolucion y contra la violencia que me obligaba á abandonar mis Estados y declaré nulos y de ningun valor ni efecto los actos de 27 de abril último. Muy ageno estaba yo de prever que un soberano á quien me unen lazos de parentesco pudiese , á pesar de los tratados y del derecho de gentes , usurpar , sin provocacion alguna de mi parte , el poder supremo de mis Estados declarándose protector de la Toscana y nombrando un comisario real para gobernar este Gran ducado. Me veo

por lo tanto obligado á protestar contra la injusticia de este acto y protesto solemnemente contra esta usurpacion y contra todos los actos de cualquiera clase que sean que emanen de un poder arbitrario establecido en menosprecio de mis derechos soberanos.— *Leopoldo.* »

Los habitantes de los ducados contestaron á estas manifestaciones pidiendo su anexion al Piamonte.

El emperador de los franceses no parmaneció mucho tiempo en Milan, cuyo palacio Bonaparte habitó, el mismo que habia servido de residencia al vencedor de cien batallas, y que durante la dominacion austríaca era conocido bajo el nombre de palacio ó villa real. El dia 12 mientras que los austríacos al ver aparecer un navío de guerra francés ante la plaza de Ancona, se retiraron de ella por Forli, Faenza, Bolonia, Módena y Carpi, Napoleon entableció su cuartel general en Gorgonzola al oeste noroeste de Milan, camino de Bergamo, y mandó echar el mismo dia sobre el Adda, á la altura de Cassano, dos puentes de barcas sin que sirviera de obstáculo la enorme y reciente crecida de aquel rio. De este modo el ejército francés pasó el Adda sin disparar un tiro. Por su parte el ejército sardo lo pasaba en Vapria, á cuyo efecto las poblaciones restablecieron los arcos inutilizados con troncos de árboles y tierra, y los pontoneros del ejército formaron puentes de barcas.

En los dias 13 y 14 los austríacos evacuaron el punto de Reggio, y primero se concentraron por Guastalla, y luego hácia Mantua unos, y hácia Monte Chiaro otros. Al propio tiempo los piamonteses y franceses que habian pasado en su totalidad el Adda, formaron un ejército de ciento noventa mil hombres que se adelantó hácia el Oglio. El 15 los franceses entraron en Plasencia, Napoleon III hizo su entrada en Covo á 5 leguas de Brescia y estableció su cuartel general en la quinta del conde Secco d'Aragone. Los austríacos salidos de Ancona se replegaron hácia el Pó dejando libres los ducados y los Estados Pontificios. Dijérase que un irresistible pánico se habia apoderado de los generales austríacos al verlos abandonar las mas interesantes posiciones para guardar y resistir con ventaja al enemigo. Todos los fuertes fueron abandonados y se retiraron precipitadamente hácia el Mincio. Forli, Rávena, Rímini, Pesaro y Bolonia, se sublevaron contra el Papa y aclamaron á Victor Manuel, espresando unánimemente el deseo que no hubiese mas que un poder y de formar parte de una monarquía digna de ser reconocida por los italianos.

En aquellos dias el Sumo Pontífice hizo oir su voz con motivo del aniversario de su advenimiento al trono pontificio. «El hombre enemigo, dijo, parece querer invadir el campo de la Iglesia, pero desgraciado, añadió el Papa, desgraciado el hombre por quien viene el escándalo! ¡ Ay de ese hombre á quien han alcanzado tiempo ha los anatemas de la Iglesia y que todavía no ha vuelto á buen camino!» Estas palabras, pro-

nunciadas con sentido acento, con cierto aire de indignacion y con unos ademanes á la vez imponentes y enérgicos, infundieron un santo terror en la Asamblea, comunicándole todos los sentimientos de que parecia ajitado el corazon del Sumo Pontífice. Testigos presenciales afirmaron que nadie recordaba haber notado jamás en Pio IX semejante aire de autoridad con tendencias de fulminar un anatema. Aunque solo hizo uso de frases de la Sagrada Escritura, de esas sentencias formidables que el Espíritu Santo ha dictado contra las perversidades del mundo en general, sin embargo, se echaba de ver la tendencia á hacer de esas frases una aplicacion inmediata de actualidad.

Sin ánimo nosotros de determinarlas, debemos consignar que el rey Victor Manuel rehusó terminantemente la dictadura, que las municipalidades sublevadas le ofrecian. Aquel soberano usó con los comisionados de Bolonia que fueron á ofrecerle la dictadura un lenguage muy templado: «Dignaos, les dijo, manifestar á los patriotas de Bolonia, que en las actuales circunstancias todas las gestiones y los acuerdos inconsiderados, tenderian á comprometer la causa de la independencia. No conviene que la Europa pueda acusarme de que solo me dejo llevar por mi ambicion personal, y de que sustituyo la absorcion piamontesa á la opresion austríaca. El Padre Santo, la venerada cabeza de los fieles, continúa al frente de su pueblo; no ha dimitido, como los soberanos de Parma, Módena y Toscana, su autoridad temporal, que no solo debemos tener en respeto, si que tambien consolidar; desaprobaré, pues, todo acto subversivo, contrario á la equidad y perjudicial á la noble causa que servimos. No olvidemos que Pio IX es un príncipe italiano.»

El rey Victor Manuel no se contentó con pronunciar estas frases tan cuerdas y templadas, sino que envió á Pio IX uno de sus ayudantes de campo, para reiterar á Su Santidad la seguridad de sus sentimientos respetuosos y repetirle, por declaracion solemne del emperador de los franceses, que la cabeza de la Iglesia Católica nada tenia que temer de los acontecimientos, y que la independencia de la Península seria una garantía, nunca una amenaza, para la neutralidad íntegra de los Estados de la Iglesia.

Viendo la corte de Viena el mal éxito de sus armas desde el principio de la campaña, y atribuyéndolo tal vez á la impericia de su general en gefe, reemplazó el dia 16 á Giulay con el general conde Schlick, en el mando del ejército austríaco, disponiendo al propio tiempo que fuese este reforzado con numerosos cuerpos que bajaron por el Stelvio, y llegaron el 17 á Grosoto en la Valtelina, avanzando hácia Tirano á 12 leguas de Bérgamo. El dia anterior hubo una accion en Cartenedolo entre Garibaldi y Urban de un resultado indeciso, pero al dia siguiente tuvo lugar un encuentro mas sostenido en Desenzano por las mismas tropas,

en el cual el general austríaco llevó la ventaja. Siendo Mantua declarada en estado de sitio, abandonaron los austríacos la plaza de Monte-Chiaro, y se encaminaron hácia el Mincio. El mismo dia (18) que el emperador de Austria pasaba revista á su ejército en Lonato, Napoleon y Victor Manuel entraban en Brescia, siendo acogidos con vivo entusiasmo y donde concentraron todas sus fuerzas.

Un combate decisivo iba á tener lugar en el famoso cuadrilátero y la Alemania, que de algun tiempo lo habia previsto, dispuso entonces que se activase la movilizacion de seis grandes cuerpos de su ejército, ya fuese para hacer frente á las contingencias de la lucha, ya para intervenir, á pesar de sus protestas, en caso necesario. Aconsejó al Austria que hiciera la paz ya que tenia contra sí una potencia de primer órden, otra de segundo y toda la Italia; pero respondió que aun no habia agotado todos sus recursos: mandó abastecer todas sus plazas, procedió á la emision de cincuenta millones de florines en papel moneda de curso forzoso en el reino Lombardo-Veneto, concentró en la línea del Mincio ciento cincuenta mil hombres, aumentó las guarniciones de Peschiera, Mantua, Verona y Legnano, y el emperador Francisco José trasladó su cuartel general á Villafranca, camino de Verona á Mantua, abandonando el dia 20 los puntos de Lonato y Castiglione que los franco-sardos se apresuraron á ocupar junto con el de Monte-Chiaro.

Al ponerse al frente del ejército, el emperador de Austria dirigió á sus soldados la siguiente órden del dia:

«Al tomar hoy el mando inmediato de mis ejércitos que se hallan al frente del enemigo, quiero, á la cabeza de mis valientes tropas, proseguir la lucha que el Austria se ha visto obligada á aceptar por su honor y su buen derecho. ¡Soldados! vuestra adhesion á mi persona, vuestro arrojo del que me habeis dado tan relevantes pruebas, me aseguran que bajo mi mando, alcanzareis la victoria que la patria espera de vosotros.— *Francisco José.*»

Sabiendo Napoleon III el movimiento de retirada de los austríacos, el 21 pasó el Chiesa mientras que estos se fortificaban en la orilla izquierda del Mincio, decididos al parecer á empezar la defensa del cuadrilátero. Sin embargo, es sabido que el emperador Francisco José tuvo una conferencia con el general en gefe conde Schlick y el baron de Hess, en la que resolvieron repasar el rio para ocupar la línea de colinas que empieza cerca de Peschiera y termina en Médola. Los gefes austríacos, dice un testigo ocular, habian tomado todas las disposiciones necesarias para triunfar en la batalla que era inminente. Habian relevado las guarniciones de las plazas fuertes, y despues de reunir un ejército de 27,000 hombres, pusieron á vanguardia tropas nuevas que no se habian batido todavía. Francisco José pasó revista á su ejército, le animó, y en

una órden del dia le ofreció conducirlo victorioso á Milan antes de tres dias. Pero en la noche del 23 al 24, los austriacos mudaron de consejo, repasaron el Mincio por Goito, Valeggio, Monzambano y Peschiera, y ocuparon las posiciones anteriores. La línea austríaca formaba una especie de ángulo obtuso saliente muy abierto, cuyo vértice era Solferino, y cuyos estremos se apoyaban en Peschiera y Médola.

Se han hecho diversas conjeturas acerca del repentino cambio de resolucion tomado por el emperador de Austria en aquella ocasion; la mas fundada, en nuestro concepto, es aquella que cree que el acuerdo tomado por Francisco José, fué motivado por la próxima llegada al teatro de la guerra del quinto cuerpo unido al ejército toscano. Como quiera, en la madrugada del 24 vióse que ocupaban los pueblos de Solferino, San Cassiano y Cavriana, posiciones formidables, y que sostenidas por una numerosa artillería coronaban todas las alturas hasta Volta. Las disposiciones fueron inmediatamente tomadas, y diez y seis horas de lucha dieron la victoria al ejército aliado conforme es de ver por el siguiente boletin del ejército de Italia.

« *Batalla de Solferino.*— Despues de la batalla de Magenta y el combate de Melegnano, el enemigo habia precipitado su retirada hácia el Mincio abandonando una despues de otra, las líneas del Adda, del Oglio y del Chiesa; era de creer que iba á concentrar toda su resistencia detras del Mincio y convenia que el ejército aliado ocupase lo mas pronto posible los puntos principales de las alturas que se estienden desde Lonato hasta Volta y que forman al sud del lago de Garda una aglomeracion de ribazos escarpados. Los últimos partes recibidos por el emperador indicaban en efecto, que el enemigo habia abandonado aquellas alturas y se habia retirado detras del rio. Segun la órden general dada por el emperador el 23 por la tarde, el ejército del rey debia dirigirse á Pozzolengo; el mariscal duque de Magenta á Cavriana; el general Niel á Guidizzolo y el mariscal Canrobert á Médola. La guardia imperial debia dirigirse á Castiglione y las dos divisiones de caballería de línea debian situarse en la llanura entre Solferino y Médola Se habia acordado que el movimiento empezara á las dos de la madrugada, á fin de evitar el escesivo calor del dia.

« Si bien durante el dia 23 varios destacamentos enemigos se habian dejado ver en varios puntos de lo que habia tenido noticia el emperador; pero como los austríacos acostumbran multiplicar los reconocimientos, Napoleon no vió en estas demostraciones sino un ejemplo mas del cuidado y habilidad que ponen para orientarse y precaverse. El dia 24 á las cinco de la mañana hallándose el emperador en Monte-Chiaro, oyó el estampido del cañon en la llanura y se dirigió apresuradamente hácia Castiglione donde debia reunirse la guardia impe-

rial. Durante la noche, el ejército austríaco, que se habia decidido á tomar la ofensiva, habia pasado el Mincio por Goito, Valeggio, Monzambano y Peschiera y ocupaba de nuevo las posiciones que recientemente habia abandonado. Semejante proceder era el resultado del plan cuya ejecucion habia proseguido el enemigo desde Magenta, retirándose sucesivamente de Plasencia, Pizzighettone, Crémona, Ancona, Bolonia y Ferrara; en una palabra, evacuando todas las posiciones para acumular sus fuerzas en el Mincio. Además habia aumentado su ejército con la mayor parte de las tropas que formaban las guarniciones de Verona, Mantua y Peschiera, de modo que habia logrado reunir nueve cuerpos de ejército formando un total de 250 á 270 mil hombres que adelantaban hacia el Chiesa cubriendo la llanura y las alturas. Esta inmensa fuerza parecia estar dividida en dos ejércitos, el de la derecha, segun las notas halladas despues de la batalla en poder de un oficial austríaco, debia apoderarse de Lonato y Castiglione, y el de la izquierda debia dirigirse á Monte-Chiaro. Los austríacos creian que todo el ejército francés no habia pasado todavía el Chiesa y su intencion era de arrojarlo á la orilla derecha de este rio.

«Los dos ejércitos, en marcha el uno contra el otro se encontraron, pues, inopinadamente. Apenas los mariscales Baraguey d'Hilliers y Mac-Mahon habian salido de Castiglione, se hallaron en presencia de fuerzas considerables que les disputaron el paso. Al propio tiempo el general Niel se batia con el enemigo en las alturas de Médola. El ejército del rey dirigiéndose á Pozzolengo encontró tambien á los austríacos antes de Rivoltella y por su parte el mariscal Canrobert hallaba el pueblo de Castelgoffredo ocupado por la caballería enemiga.

«Hallándose entonces en marcha todos los cuerpos del ejército aliado y á una gran distancia unos de otros, lo primero que procuró el emperador fué reunirlos á fin de que pudiesen sostenerse mútuamente. Al efecto, dirigióse inmediatamente en busca del duque de Magenta que se hallaba á la derecha en la llanura y cuyas fuerzas habia desplegado perpendicularmente en la carretera que vá de Castiglione á Goito. Como el mariscal Niel no parecia aun, Napoleon hizo apresurar la marcha de la caballería de la guardia imperial que puso bajo las órdenes del duque de Magenta, como reserva, para operar en la llanura á la derecha del 2.º cuerpo. El emperador envió al propio tiempo al mariscal Canrobert la órden de apoyar al general Niel en tanto que le fuese posible, al paso que le advertia que se pusiese á la defensiva á su derecha contra un cuerpo austríaco que segun los avisos recibidos, debia dirigirse de Mantua á Azola. Habiendo tomado estas disposiciones, el emperador se dirigió á las alturas, en el centro de la línea de batalla, donde el mariscal Baraguey d'Hilliers, hallándose demasiado alejado del ejército sardo para

podersé reunir con él, tenia que luchar en un terreno de los mas difíciles contra numerosas fuerzas que se renovaban sin cesar.

« A pesar de esto el mariscal habia podido llegar hasta el pié de la escarpada colina en cuya cima se halla situado el pueblo de Solferino que defendian fuerzas considerables parapetadas en un gran cementerio rodeados uno y otro de fuertes muros almenados. El mariscal habia perdido ya mucha gente y habia debido poner en peligro mas de una vez su persona, poniéndose al frente de las tropas de las divisiones Bazaine y Ladmirault. Estenuadas por la fatiga y el calor y espuestas á un vivo fuego de fusilería, aquellas tropas no ganaban terreno sino con mucha dificultad. Entonces fué cuando el emperador dió órden que de la divi-



sion Forey adelantase una brigada del lado de la llanura y otra que se dirigiese á las alturas hácia Solferino apoyada por la division Camou de los tiradores de la guardia. Hizo marchar además con estas tropas la artillería de la guardia la cual al mando de los generales Sevelinges y Le-Bœuf fué á tomar posesion á descubierto á 300 metros del enemigo. Esta maniobra decidió del triunfo en el centro. Mientras que la division Forey se apoderaba del cementerio y el general Bazaine lanzaba sus tropas en el pueblo, los tiradores y cazadores de la guardia imperial

llegaban hasta el pié de la torre que domina el castillo de la cual se apoderaron. Las motas y ribazos de las colinas inmediatas á Solferino fueron sucesivamente tomados, y á las tres y media de la tarde, los austríacos evacuaban la posicion bajo el fuego de la artilleria francesa que coronaba las crestas del monte, dejando en su poder mil quinientos prisioneros, 14 cañones y 2 banderas. En este glorioso trofeo correspondian á la guardia imperial 13 cañones y 1 bandera.

« Durante esta lucha y en lo mas encarnizado de la refriega, cuatro columnas austríacas adelantando entre el ejército del rey y del mariscal Baraguey d'Hilliers, habian intentado envolver la derecha de los piamonteses; pero seis piezas de artillería hábilmente dirigidas por el general Forgeot, habian hecho un fuego muy vivo en el flanco de aquellas columnas, obligándolas á tener que retroceder desordenadamente.

« Mientras que el cuerpo del mariscal Baraguey d'Hilliers sostenia la lucha de Solferino, el cuerpo del duque de Magenta se habia desplegado en la llanura de Guidizzolo, delante de la quinta llamada Casa-Marino, y su línea de batalla, cortando la carretera de Mantua, se dirigia á la derecha hácia Médola. A las nueve de la mañana fué atacado por una fuerte columna austríaca precedida por una numerosa artillería que fué á ponerse en batería á mil ó mil doscientos metros delante del frente del ejército francés. Entonces la artillería de las dos primeras divisiones del 2.° cuerpo avanzó inmediatamente sobre la línea de los tiradores, abrió un fuego muy vivo contra el frente de los austríacos y al mismo tiempo la artillería de montaña de las divisiones Desvaux y Partouneaux poniéndose rápidamente á la derecha enfiló de flanco los cañones enemigos que fueron de este modo reducidos al silencio obligándoles á retirarse hácia atrás. Momentos despues las dos divisiones cargaron á los austríacos haciéndoles 600 prisioneros.

« Entre tanto una columna compuesta de dos regimientos de caballería austríaca habia intentado envolver la derecha del 2.° cuerpo, y el duque de Magenta habia dirigido contra ella seis escuadrones de cazadores. Tres cargas impetuosas de la caballería francesa, rechazaron las del enemigo que dejó en su poder un gran número de hombres y caballos. A las dos y media, el duque de Magenta tomó á su vez la ofensiva y dió al general de La-Motterouge la órden de dirigirse por la izquierda hácia Solferino, apoderándose de San Casiano y demás posiciones ocupadas por el enemigo. El pueblo fué cercado por ambos lados y asaltado con un vigor irresistible por los tiradores argelinos y por el regimiento n.° 45. En seguida los tiradores se dirigieron al contra-fuerte principal que enlaza Cavriana con San Cassiano y que estaba defendido por fuerzas considerables. Un primer parapeto coronado por una especie de reducto, cayó rápidamente en poder de los fusileros; pero to-

mando el enemigo una vigorosa ofensiva, logró desalojarlos de él. Apoderáronse de nuevo de aquel fuerte los fusileros con la ayuda del 45 y del 72; pero segunda vez los rechazaron los austríacos. Para sostener aquel ataque, el general de La-Motterouge debió hacer marchar su brigada de reserva, y el duque de Magenta hizo adelantar todo su cuerpo. Al propio tiempo el emperador daba la órden á la brigada Maneque, de los tiradores de la guardia, apoyados por los granaderos del general Melleiret, que desde Solferino se dirigiese á Cavriana. El enemigo no pudo resistir por mas tiempo aquel doble ataque sostenido por el fuego de la artillería de la guardia, y sobre las cinco de la tarde los cazadores y los argelinos entraban al mismo tiempo en el pueblo de Cavriana.

«En aquel momento una espantosa tempestad que estalló sobre ambos ejércitos, oscureció el cielo y suspendió la lucha; pero apenas hubo cesado, las tropas aliadas volvieron á tomar la ofensiva y arrojaron al enemigo de todas las alturas que dominaban al pueblo. Poco despues, el fuego de la artillería de la guardia apresuraba la retirada de los austríacos que huian precipitadamente, mientras que los cazadores montados de la guardia que flanqueaban la derecha del duque de Magenta, daban una carga á la caballería austríaca que intentaba envolverle. A las seis y media el enemigo iba en retirada en todas direcciones.

«Pero si bien la batalla habia sido ganada en el centro, donde las tropas francesas no habian cesado de hacer prodigios, la derecha é izquierda quedaban todavía rezagadas, aunque las tropas del 4.° cuerpo habian tomado tambien una importante y gloriosa parte en la batalla de Solferino. Habiendo salido á las tres de la madrugada de Carpenedolo, se dirigian hácia Médola apoyadas por la caballería de las divisiones Desvaux y Partouneaux, cuando á unos dos kilómetros antes de llegar á aquel pueblo, los escuadrones de cazadores que iban de vanguardia encontraron á los hulanos. Cargáronles con impetuosidad, pero fueron detenidos por la infantería y artillería enemigas que defendian la poblacion. El general Luzy tomó en seguida sus disposiciones para el ataque. Mientras que hacia cerrar por la derecha é izquierda á Médola por dos columnas, marchó él de frente precedido de su artillería acañoneando al pueblo. Aquel ataque ejecutado con gran vigor, tuvo un feliz resultado; á las siete el enemigo se retiraba de Médola, tomándole dos cañones y haciéndole numerosos prisioneros.

«La division Vinoy que seguia la division Luzy, al salir de Médola tomó la direccion de una casa aislada, llamada Casanova, que está situada en la llanura junto á la carretera de Mantua á dos kilómetros de Guidizzolo, donde el enemigo habia reunido fuerzas considerables, trabándose un encarnizado combate, mientras la division de Luzy mar-

chaba hacia Ceresara de una parte y hacia Rebecco de otra. En aquel momento el enemigo intentó envolver la izquierda de la division Vinoy por el intervalo que dejaba entre ellos el 2.° y 4.° cuerpos, acercándose hasta á unos 200 metros del frente de las tropas; pero al llegar á aquella distancia, fué contestado por el fuego de 42 piezas de artillería dirigidas por el general Soleille. El cañon del enemigo vino en seguida á tomar parte en la lucha, y la sostuvo una gran parte de la jornada, si bien que con una inferioridad manifiesta.

« La division de Failly llegó á su vez y el general Niel, reservando la segunda brigada de esta division, dirigió la primera entre Casanova y Rebecco, en direccion de la aldea de Baete, á fin de enlazar las fuerzas de los generales Luzy y Vinoy. Tambien llevaba la intencion el general Niel de encaminarse hácia Guidizzolo al momento que el duque de Magenta se hubiese apoderado de Cavriana, cortando de este modo al enemigo el camino de Volta y Goito; pero para ejecutar este plan, era necesario que las tropas del cuerpo del mariscal Canrobert viniesen á reemplazar en Rebecco las del general Luzy.

« El 3.° cuerpo que habia salido de Mezzana á las dos y media de la madrugada, habia pasado el Chiesa en Viseno llegando á las siete á Castelgofredo, pequeña poblacion rodeada de muros que ocupaba todavía la caballería enemiga. Mientras que el general Jannin cercaba la posicion por el sud, el general Renault la atacaba de frente, haciendo derribar la puerta por los zapadores, y penetraba en la poblacion arrojando delante de él á la caballería enemiga. Habiendo llegado la division Renault á la altura de Médola, sobre las nueve de la mañana se reunió por la izquierda con el general de Luzy del lado de Ceresara, haciendo frente por la derecha á Castelgofredo, de modo que podia vigilar los movimientos del cuerpo destacado, cuya salida de Mantua habia sido anunciada. Este recelo paralizó durante la mayor parte del dia el cuerpo de ejército del mariscal Canrobert, que no juzgó prudente en un principio prestar apoyo al 4.° cuerpo que le pedia el general Niel. Sin embargo, sobre las tres de la tarde, asegurado á su derecha y habiendo juzgado por sí mismo de la posicion del general Niel, el mariscal Canrobert hizo apoyar la division Renault sobre Rebecco, y dió órden al general Trochu que dirigiese su primer brigada entre Casanova y Baeta en el punto donde se dirigian los mas violentos ataques del enemigo. Aquel refuerzo de tropas frescas permitió al general Niel llevar en la direccion de Guidizzolo una parte de las divisiones de Luzy y de Failly. Esta columna llegó hasta las primeras casas del pueblo, pero presentándose ante ella fuerzas superiores establecidas en una buena posicion, se vió forzada á detenerse. El general Trochu se adelantó entonces para sostener el ataque con la brigada Bataille de su division.

Marchó al enemigo en batallones cerrados escalonados, el ala derecha hácia adelante, con tanto órden y sangre fria como si estuviesen haciendo el ejercicio. Hizo prisionera una compañía de infantería enemiga, apoderándose además de dos cañones, y habia recorrido ya la mitad de la distancia que media de la Casa-Nova á Guidizzolo., cuando estalló la tempestad que puso termino á aquella terrible lucha, que la reunion del tercero y cuarto cuerpos amenazaban hacer tan funesta al enemigo.

« En medio de las peripecias de este combate de doce horas, la caballería fue un poderoso recurso para contener los esfuerzos del enemigo del lado de la Casa-Nova. Varias veces y en diversos tiempos, las divisiones Partouneaux y Desvaux cargaron la infantería austríaca y rompieron sus cuadros. Pero sobre todo la nueva artillería es la que produjo en el enemigo los mas terribles efectos. Sus disparos alcanzaban unas distancias desde donde los mas gruesos calibres eran impotentes para poder contestar, y cubrian la llanura de cadáveres. El cuarto cuerpo hizo á los austríacos dos mil prisioneros y se apoderó de una bandera y siete cañones.

« Por su parte el ejército del rey, colocado en el estremo izquierdo, defendió heróicamente su puesto y desempeñó un brillante papel en la jornada. Adelantaba, fuerte de cuatro divisiones, en direccion de Peschiera, Pozzolengo y Madonna della Scoperta, cuando sobre las siete de la mañana, su vanguardia encontró las avanzadas enemigas entre San Martino y Pozzolengo. No tardó en empeñarse el combate, pero acudiendo numerosos refuerzos austríacos, hicieron retroceder á los piamonteses hasta detrás de San Martino, y aun les amenazaron cortarles su línea de retirada. Entonces llegó apresuradamente una brigada de la division Mollard al lugar del combate, y asaltó las alturas donde el enemigo acababa de establecerse. Dos veces alcanzó la cima apoderándose de varios cañones, y otras tantas tuvo tambien que ceder al número y abandonar su conquista.

« El enemigo ganaba terreno á pesar de algunas cargas brillantes de la caballeria del Rey, cuando la division Cucchiari desembocando en el campo de batalla por el camino de Rivoltella llegó á tiempo para sostener al general Mollard. Por tercera vez acometieron las tropas sardas bajo un fuego terrible, logrando apoderarse de la iglesia y de todas las casas de la derecha de la poblacion, pero el enemigo logró arrojarlos otra vez volviendo á ocupar las anteriores posesiones. En aquel momento la segunda brigada del general Cucchiari que se habia formado en columna de ataque á la derecha de la carretera de Luggano, marchó contra la iglesia de San Martino, volvió á ganar el terreno perdido, y alcanzó las alturas por la cuarta vez sin que tampoco pudiese mantenerse en ellas, porque diezmada por la metralla del enemigo que se hallaba en

frente, reforzado incesantemente, volvia sin cesar á la carga; asi es que no pudiendo esperar el socorro que debia prestarle la segunda brigada del general Mollard, rendidos de fatiga los piamonteses, emprendieron la retirada en buen órden por el camino de Rivoltella.

« Entonces fué cuando la brigada de Aosta de la division Fanti, que se habia dirigido desde un principio hácia Solferino para dar la mano al mariscal Baraguey d'Hilliers, fué enviada por el rey para apoyar los generales Mollard y Cucchiari en el ataque de San Martino. En su marcha fué detenido por la tempestad; pero sobre las cinco de la tarde aquella brigada y la de Pignerol, sostenidas por una fuerte artillería, marcharon al enemigo bajo un fuego terrible y alcanzaron las alturas, conquistándolas pié á pié, casa por casa, logrando mantenerse en ellas combatiendo con encarnizamiento. El enemigo empezó á replegarse, y la artillería piamontesa, ganando las crestas, no tardó en coronarlas con veinte y cuatro cañones, de los que en vano trataron de apoderarse los austríacos. Dos brillantes cargas de la caballería del Rey los dispersaron, la metralla llevó el desórden á sus filas, y las tropas sardas quedaron por fin dueñas de las formidables posiciones que el enemigo habia defendido con tanto empeño durante todo el dia.

« De otro lado, la division Durando habia estado luchando con los austríacos desde las cinco y media de la mañana. En aquella hora su vanguardia habia encontrado al enemigo en Madonna della Scoperta, y las tropas sardas se habian sostenido hasta el medio dia contra los esfuerzos de un enemigo superior en número, que por fin les habia obligado á replegarse; pero reforzados entonces por la brigada de Saboya, tomaron la ofensiva, y á su vez rechazaron á los austríacos apoderándose de Madonna della Scoperta. Despues de aquel primer triunfo, el general de La-Marmora dirigió la division Durando hácia San Martino, donde no pudo llegar á tiempo para concurrir á la toma de la posicion, porque encontró en el camino una columna austríaca con la cual tuvo que luchar para abrirse paso, y cuando hubo triunfado de aquel obstáculo, el pueblo de San Martino ya se hallaba en poder de los piamonteses. El general de La-Marmora habia dirigido por otra parte, la brigada de Piamonte de la division Fanti hacia Pozzolengo. Aquella brigada se apoderó con gran vigor de las posiciones que ocupaba el enemigo antes de llegar á la poblacion, y habiéndose posesionado tambien de Pozzolengo despues de un vivo ataque, rechazó á los austríacos y los persiguió hasta cierta distancia, causándoles grandes pérdidas.

« Las del ejército sardo fueron desgraciadamente muy considerables, y no bajan al menos de 49 oficiales muertos, 167 heridos, 642 sargentos y soldados muertos, 3405 heridos y 1258 dispersos: total de bajas, 5525. Cinco piezas de artillería quedaron en poder del ejército del

Rey, como trofeo de aquella sangrienta victoria obtenida de un enemigo muy superior en número, cuyas fuerzas no bajaron constantemente de doce brigadas.

« Las pérdidas del ejército francés ascendieron al número de doce mil hombres muertos ó heridos y de 720 oficiales fuera de combate, de los cuales murieron 160. Entre los heridos se contaron los generales Ladmirault, Forey, Auger, Dieu y Douay; siete coroneles y seis tenientes coroneles fueron muertos.

« En cuanto á las pérdidas del ejército austríaco, no pudieron ser apreciadas; pero debieron ser muy considerables á juzgar por el número de muertos y heridos que abandonaron en toda la estension del campo de batalla, que no bajó de cinco leguas de longitud. Dejaron en poder del ejército aliado treinta piezas de artillería, con gran número de cajas de municiones, cuatro banderas y seis mil prisioneros.

« La resistencia que opuso el enemigo á las tropas aliadas durante diez y seis horas, se esplica por la ventaja que le daban la superioridad del número y las posiciones cuasi inexpugnables que ocupaba. Por otra parte, era la primera vez que las tropas austríacas combatian á la vista de su soberano, y la presencia de los dos emperadores y del rey, haciendo la lucha mas encarnizada, debia hacerla tambien mas decisiva. El emperador Napoleon no cesó un solo instante de dirigir la accion, trasladándose á todos los puntos donde sus tropas tenian que desplegar mayores esfuerzos para triunfar de los obstáculos mas difíciles. Varias veces los proyectiles del enemigo alcanzaron en las filas del estado mayor y de la escolta que seguian á Napoleon. A las nueve de la noche se oia todavía á lo lejos el estampido del cañon que precipitaba la retirada del enemigo, y las tropas encendian los fuegos del vivaque en el mismo campo de batalla que tan gloriosamente habian conquistado.

« El fruto de esta victoria fué el abandono por parte del enemigo de todas las posiciones que habia elegido en la orilla derecha del Mincio para disputar su aproximacion. Segun los últimos partes recibidos, desanimado el ejército austríaco, hasta parecia renunciar á la defensa del paso del Pó retirándose hacia Verona. »

En esta memorable jornada, el Austria habia presentado siete cuerpos de ejército (1.°, 4.°, 5.°, 7.°, 8.°, 9.°, y 11.°). Siendo los efectivos de los regimientos de 4,000 hombres, comprendiendo un cuerpo de ejército de 8 á 12 regimientos, mas dos ó tres batallones de cazadores de mil hombres; teniendo en consideracion las pérdidas ya sufridas por cada cuerpo de ejército, comprendida la artillería, los zapadores y caballería, puede ser evaluado en 30,000 hombres, lo que presenta un afectivo de 210,000 hombres, á los cuales deben todavia

añadirse 20,000 para las reservas que las formaban la brigada del 6.º cuerpo, la caballería del conde de Zedwitz y la caballeria y artillería dichas tambien de reserva.

El ejército francés cuyos regimientos eran menos numerosos y que no estaba compuesto mas que de cinco cuerpos, incluso la guardia imperial, presentó únicamente una fuerza de 90,000 hombres y 9,000 caballos; pero en contra estaba provisto de una artillería muy numerosa y bien servida.

El ejército sardo apenas llegaba á 40,000 hombres; asi es que en la accion que acabamos de detallar, lucharon con encarnizamiento en pro y en contra de la libertad italiana 385,000 hombres de los cuales 255,000 pertenecian al contra ó sea al Austria.

Segun las noticias exactas adquiridas despues de la conclusion del armisticio, se supo que el ejército austríaco habia sufrido grandes pérdidas que no bajaban de 35,000 hombres, además de los prisioneros ó heridos que dejaron en poder de los aliados. En varios puntos el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres y los alrededores del reducto de los cipreses y al otro lado de Guidizzolo, el suelo desaparecia bajo los cuerpos de los muertos ó moribundos. Semejante mortandad se atribuyó en gran parte á los desastrosos efectos de la artillería rayada, que, bajo la direccion de inteligentes generales, habia funcionado durante todo el dia desde muy ventajosas posiciones, y habia seguido á las masas derrotadas hasta las nueve de la noche. Los austriacos no solo tenian armas de fuego inferiores, sino que además eran ó de malas condiciones ó anticuadas. La carabina austríaca, aunque muy corta, es de un peso enorme; su cañon que apenas tiene setenta y cinco centímetros de longitud, es de forma octógona. Está redondeado á cuatro dedos de su orificio para recibir la bayoneta. que es un largo sable recto de hoja ancha y recortada, destinado sin duda para compensar la poca longitud de la carabina para el ataque y defensa, pero que está lejos de ser tan propio para la esgrima de la bayoneta como la hoja ligeramente encorbada de la carabina de los cazadores de infantería del ejército francés, la que puede servir á la vez en el combate como sable y como espada. El interior del cañon es de una dimension muy estrecha y de forma bastante grosera. Tambien las piezas de artillería son de construccion muy antigua. De los cañones que les fueron tomados en este combate, el uno habia sido fundido en Viena en 1690, era de gran calibre y llevaba esculpida un águila con las alas desplegadas precipitándose sobre un delfin, en cuyo cuerpo hundia su pico y sus garras, con esta leyenda: « Eximam aut mergar. » (Arranca y hunde). Otra de las piezas habia sido fundida en Venecia y veíanse en relieve las armas de la Serenísima República y el Leon de San Marcos: por exergo tenia estas palabras que son todas de

circunstancias : « Fortes fortuna juvat, auxiliante Deo. » (La victoria acompaña al valiente con el amparo de Dios.)

La artillería del ejército aliado, repetimos, era superior y mejor servida que la de los austríacos. En el parte detallado dado por el mariscal comandante en gefe de la guardia imperial, Regnaud de Saint-Jean d'Angely, decia :

« Durante toda esta jornada, la artillería de la guardia se ha distinguido por la precision de su tiro y la eleccion sucesiva de sus posiciones. Por do quiera que ha tenido que combatir las baterías enemigas, ha hecho cesar el fuego en muy poco tiempo. »

Despues de la batalla, el rey del Piamonte dirigió á su ejército una órden del dia concebida en estos términos :

« La victoria ha costado grandes sacrificios, pero con esta noble sangre abundantemente derramada por la mas santa de las causas, conocerá la Europa que la Italia es digna de figurar entre las naciones. ¡ Soldados ! en las precedentes batallas varias veces he tenido ocasion de señalar en la órden del dia los nombres de muchos de vosotros : hoy cabe semejante honor á todo el ejército. »

Por otra órden del dia el emperador Napoleon manifestó su satisfaccion á sus tropas.

« Soldados, les dijo, el enemigo creia sorprendernos y arrojarnos al otro lado del Chiese, pero han sido los austríacos los que han repasado el Mincio. Habeis sostenido dignamente el honor de la Francia, y la batalla de Solferino iguala, sino aventaja, las de Lonato y Castiglione. Por espacio de doce horas habeis rechazado los esfuerzos desesperados de mas de 150,000 hombres. Ni la numerosa artillería del enemigo, ni las posiciones formidables que ocupaba en una estension de tres leguas, ni el calor sofocante que sufríais, han podido contener vuestro ímpetu. La patria reconocida os da las gracias por mi boca por vuestra perseverancia y valor ; pero llora conmigo á los que murieron en el campo del honor... ¡ Soldados! tanta sangre derramada, no será inútil para la gloria de la Francia y la dicha de los pueblos. » — Napoleon.

Los periódicos austríacos no trataron esta vez de ocultar la derrota ; á lo mas, procuraron paliarla, mostrando con ella aun mas su gravedad. El *Ost-Deutsche-Post*, publicacion semi-oficial, dijo :

« Nuestra línea de batalla de Solferino era demasiado estensa, lo que inspiró á nuestros adversarios la idea de cortarla en dos, dirigiendo un ataque en el centro. Este plan tuvo un éxito á medias. Nuestro centro y ala derecha se vieron obligados á repasar el Mincio ; pero nuestra ala izquierda, mandada por el conde Schick, si repasó dicho rio, fué porque así lo quiso y para no separarse del resto del ejército. »

La gaceta oficial de Viena esplicó el desastre en los siguientes términos :

« La retirada del ejército austríaco ha sido motivada por las pérdidas enormes que ha sufrido, porque el ala izquierda del primer cuerpo fué detenida en su marcha ante el ala derecha del enemigo por considerables masas que habia desplegado y porque sus fuerzas principales habian penetrado al propio tiempo en el centro en direccion de Volta. Esta retirada no empezó sino hasta muy tarde durante una violenta tempestad. Ayer por la noche, Pozzolengo, Mozambano, Volta y Goito estaban todavía ocupados por nuestras tropas. »

Pero las dos terceras partes de aquellas mismas tropas, ya desde el 24 por la noche habian repasado el Mincio, y desde las cuatro de la tarde del mismo dia el emperador de Austria habia debido evacuar precipitadamente su cuartel de Cavriana. La precipitacion fué tan grande, que los aliados encontraron un gran número de documentos relativos al plan de batalla y varios mapas muy interesantes. Aquellos documentos y planos probaban que los austríacos tenian un exacto y profundo conocimiento de los lugares donde se trabó la lucha.

Pero antes de pasar adelante y para ser fieles al deber de imparcialidad histórica que nos hemos impuesto, y tambien para ofrecer al lector un conjunto completo de documentos relativos á la famosa batalla de Solferino, séanos dado continuar en este lugar el boletin austríaco de este grande hecho de armas, como lo hemos hecho antes con el boletin del ejército aliado.

« El ejército imperial habia ocupado el 21 las posiciones que le habian sido señaladas detrás del Mincio; el 8.° cuerpo de ejército ocupaba la estremidad del ala derecha entre Peschiera y Casa Nuova; el 5.° cuerpo se estendia desde Brentin á Salionze; el 1.° y 7.° cuerpos permanecian en reserva en Quaderni y San Zerone di Mozzo; la caballería y artillería de reserva en Rosegaferro cerca de Villafranca, donde el cuartel general del emperador habia sido trasladado desde el dia 20 de junio. Del primer ejército el 3.° cuerpo se hallaba muy cerca de Pozzolo, el 9.° en Goito y sus inmediaciones, el 11.° cuerpo que llegó en este tiempo, se hallaba en Roverbella y la division de caballería del teniente feld-mariscal conde Zedwitz, en Mozzecane.

« El ejército austríaco se encontraba así reunido á los refuerzos disponibles que habia recibido, y colocado de modo que pudiese tomar contra el enemigo, si bien que todavía superior en número, una vigorosa ofensiva con algunas probabilidades de buen éxito. Además, las últimas noticias que habíamos recibido acerca de los movimientos é intenciones probables del enemigo, nos hicieron creer que debíamos precipitar el ataque lo mas pronto posible. En consecuencia, el 23 de junio fué designado para el paso del Mincio.

«El enemigo se habia limitado provisionalmente á ocupar fuertemente

la línea del Chiese, sin seguir al ejército imperial en su retirada al otro lado del Mincio. Una patrulla compuesta de un escuadron de húsares del emperador, de un escuadron de hulanos de Sicilia y de dos piezas de artillería montada, al mando del mayor Appell del regimiento de hulanos citado, se habia encargado de reconocer el país, cortado de colinas, que se estiende entre los dos rios, y en ninguna parte habia hallado columnas importantes y sí únicamente algunos destacamentos aislados. En Chiodino y en Castel Venzago hubo algunas escaramuzas que terminaron con la retirada del enemigo y en las que perdimos 2 oficiales, 5 hombres y 9 caballos. El primer ejército habia hecho igualmente algunos reconocimientos hacia el Chiese, pero no encontró al enemigo en ninguna parte.

« El 23 de junio por la mañana, el ejército austríaco empezó su movimiento para adelantar. La estremidad del ala derecha estaba formada por la brigada Reichlein, del 6.° cuerpo de ejército, que habiendo llegado de Roveredo, se dirigió á través del campo fortificado de Peschiera hácia Ponti para unirse al 8.° cuerpo del ejército que pasó el Mincio cerca de Salionze, y llegó á Pozzolengo sin haber sufrido por parte del enemigo la menor resistencia. El 5.° cuerpo del ejército pasó el rio en Valeggio y se dirigió á Solferino: el primer cuerpo siguió al 5.° y subió hácia Cavriana. El 7.° cuerpo y la division de caballería de reserva del teniente feld-mariscal conde Mensdorff, pasaron el Mincio por el puente provisional de Ferri, entre Massimbona y Pozzolo, y se dirigieron, el primero á Foresto y el segundo mas allá de aquel punto hasta Tezze cerca de Cavriana. Todos los cuerpos del segundo ejército, á las órdenes del general de caballería conde Schlick, llegaron por la tarde á los puntos que les habian sido designados, sin encontrar al enemigo, y al anochecer las avanzadas fueron adelantadas desde Casa-Zapablia hasta Grolle, pasando por Contrada, Mescolaro y Madonna de la Scoperta.

« El primer ejército al mando del feldzeugmestre conde Wimpffen, formaba el ala izquierda de la vanguardia, y pasó igualmente el Mincio en Ferri con el 3.° cuerpo del ejército; el 9.° y el 11.° cuerpos, así como la division de caballería del teniente feld mariscal conde Zedwitz efectuaron su paso en Goito. Esta última division apoyada por el 9.° cuerpo de ejército adelantó hasta Médola; el 3.° y 9.° cuerpos acamparon en Guidizzolo y el 11.° como de reserva, quedóse en Castel Grimaldo. El 2.° cuerpo de ejército y la division del teniente feld mariscal conde Fellachich, recibió órden de dirigirse desde Mantua á Marcaria, para tomar parte en las operaciones del ejército principal, y poder obrar en el flanco del enemigo mas allá de Goffredo. El comandante del cuerpo, teniente feld-mariscal príncipe Eduardo de Liechtenstein, tomó en persona el mando de esta division. El 6.° cuerpo de ejército

tenia por mision apoyar, segun fueran las circunstancias, la marcha hácia adelante del ejército con algunos destacamentos enviados del sud del Tirol.

« Mientras que el grueso del ejército austríaco habia tomado así posicion, en la tarde del 23, desde Pozzolengo á Guidizzolo, para obrar despues concéntricamente en la direccion del Chiese y atacar el ejército enemigo en sus posiciones principales de Caspenedole y Montechiaro, el enemigo, sea que hubiese sido informado á tiempo de nuestros proyectos, sea que ejecutase un plan resuelto de antemano, hizo igualmente un movimiento de avance, y el 23, con todo el ejército piamontés y algunos destacamentos franceses fuertes de 60 á 70,000 hombres, se habian posesionado de los puntos de Essenta, Desenzano y Rivoltella, asi como de los puntos adelantados de Castel-Venzago y San Martino, mientras que el grueso del ejército francés ocupaba fuertemente Castiglione delle Stiviere, Carpenedole y Montechiaro, y enviaba algunos destacamentos en direccion de Solferino y Médola.

« Los dos ejércitos se encontraron. Apenas asomó el alba del 24, el enemigo emprendió con fuerzas considerables un ataque general contra la línea de marcha del ejército austríaco. En el ala derecha las tropas del 8.º cuerpo de ejército, al mando del teniente feld-mariscal Benedek, lograron no solamente sostener y rechazar el choque violento del ejército piamontés, sino que además le hicieron retroceder hasta San Martino, se apoderaron de aquella posicion favorable, y alcanzaron á sostener la lucha en aquel punto. Luego las tropas piamontesas fueron rechazadas con pérdidas considerables hasta Rivoltella y Desenzano.

« En el centro de las posiciones austríacas, de las que formaban la llave las alturas que dominan á Solferino, la brigada Bils, vanguardia del 5.º cuerpo de ejército, fué igualmente atacada con violencia en su posicion adelantada desde las primeras horas del dia, y se halló empeñada en una ardiente lucha. El ataque del enemigo se estendió pronto con fuerzas de mucho superiores en toda la línea del 5.º cuerpo de ejército. En primer término las brigadas Bils y Puchner (infantería Kinsky y Culoz, primer batallon de Ogulinos y 4.º batallon de cazadores del emperador), dieron muestras de una bravura y de una energía admirables, rechazando á la bayoneta hasta las once de la mañana, todas las embestidas de un enemigo tres veces mas numeroso, adelantando sin cesar nuevas tropas, poniendo nuevos cañones en batería, y que á una distancia de cerca de 3,000 pasos inundaba de granadas á Solferino.

« Sin embargo, cuando el enemigo, con una fuerte division, penetró tambien en el valle al norte de Solferino y en el Val-de-Quadri, amenazando envolver la posicion de las brigadas citadas, fué imposible, ni aun con lo resistencia opuesta por las brigadas Koller y Gaal del 5.º

cuerpo de ejército, que habian llegado entretanto, restablecer en buenas condiciones el combate que desde el mediodia empezó á tomar un sesgo desfavorable. No habiendo sido apoyadas con una energía suficiente por el cuerpo de ejército, las tropas del 5.° cuerpo que despues de haber sido rechazadas varias veces, habian reconquistado sus primeras posiciones, se vieron por último obligadas á abandonar las primeras alturas que dominaban el campo de batalla, retirándose á las cimas del monte Mezzana. Luego, cuando fuertes columnas enemigas adelantaron por el camino que de Castiglione por Grole conduce á Solferino, debieron evacuar aquella última localidad y limitarse á ocupar el castillo, el cementerio y la Rocca, y despues de una heróica resistencia, tambien les fué preciso ceder aquellas últimas posiciones.

« Solo despues de una lucha muy sangrienta, y á costa de enormes sacrificios, pudo el enemigo arrebatar aquellos puntos dominantes al bravo regimiento Reischach, el cual, con un admirable desprendimiento, protegió y cubrió la retirada de las tropas de su propio cuerpo y las del 1.°, no sin esperimentar pérdidas considerables. Las tropas del 5.° cuerpo se retiraron á Mescolaro y Pozzolengo, las del 1.° se replegaron en Cavriana, y desde allí pasaron á Volta y Valeggio.

« El 4.° cuerpo de ejército, que desde Foresto habia adelantado durante aquel tiempo en parte hácia Solferino, pasando la llanura por San Cassiano, en parte hácia Cavriana, pasando por las alturas situadas al sud de esta última localidad, desgraciadamente no llegó á tiempo para retardar la pérdida de Solferino y dar en este punto un sesgo favorable á la lucha. Pero en contra, logró, ocupando Cavriana y las colinas cercanas, protejer la retirada del centro, hasta que el enemigo, adelantando desde las alturas de Solferino, que dominan esta última posicion, y los estragos de su artillería, la hicieron insostenible.

« La division de caballería Mensdorff, compuesta de tres brigadas, desde las primeras horas de la mañana habia adelantado en la llanura hasta mas allá de Val-de-Termine para apoderarse del terreno abierto y favorable á los movimientos de la caballería que se encontraba entre Casa Mariana y San Cassiano; atacó las baterias enemigas de artillería montada establecidas en el camino, y los destacamentos de caballería, pero teniendo que sufrir los violentos fuegos cruzados de cuatro ó cinco baterías, tuvo que retirarse. Mientras que el 7.° cuerpo avanzaba, esta division de caballería trató de apoyar con su artillería los movimientos de aquel cuerpo, pero no pudo resistir al fuego del enemigo que disponia de un número mucho mayor de cañones.

« En el ala izquierda los destacamentos del primer ejército mandados desde el 25 por la tarde en direccion de Médola (dos batallones del regimiento de infantería archiduque Francisco-Cárlos), fueron violenta-

mente atacados al amanecer, y despues de una lucha encarnizada retrocedieron hácia Guidizzolo. El enemigo persiguiéndolos se apoderó de Rebecco, situado entre Guidizzolo y Médola, y se estableció en aquel pueblo con fuerzas imponentes. El 9.° y el 3.° cuerpos de ejército llegaron sin embargo á Guidizzolo; el último adelantó por la carretera hasta la Guagliara, pero no pudo pasar de allí porque el 9.° cuerpo no alcanzó, á pesar de todos sus esfuerzos, desalojar el enemigo de Rebecco. Durante muchas horas se empeñó un vivísimo combate por la posesion de esta localidad, donde el enemigo enviaba constantemente desde Médola nuevas reservas, mientras que de nuestra parte destacábamos del 4.° cuerpo, llegado entónces de Castel Grimaldo, la division Blomberg (brigadas Dobrzeusk y Host) para apoyar el 9.° cuerpo de ejército, y la brigada Balten para cubrir el tercer cuerpo. La localidad de Rebecco fué tomada y perdida diferentes veces, y tambien repetidas veces el ejercito austríaco tomó la ofensiva.

«Pero aunque apoyadas por un ataque enérgico contra Médola, las tropas del 9.° y 11.° cuerpos, á pesar de vigorosos esfuerzos y pérdidas considerables, no pudieron alcanzar ninguna ventaja permanente. En consecuencia, el tercer cuerpo se halló detenido en su movimiento de avance, y tuvo que resistir con una admirable perseverancia los violentos ataques del enemigo que se reforzaba sin cesar. La division de caballeria Zedwtiz, cuyo apoyo era indispensable, y que se esperaba incesantemente para abrir paso al ala izquierda, no pareció, atendido que á consecuencia del combate que tuvo lugar por la mañana en Médola, tuvo que retirarse hasta Ceresara y Goito. Tampoco fué ejecutado el movimiento de flanco que á dos brigadas del 2.° cuerpo de ejército se les habia ordenado, y que podia tener un efecto decisivo en el flanco y la retaguardia dèl enemigo, porque la noticia de la aproximacion de un considerable cuerpo enemigo procedente de Piadene y Crémona (donde se hallaba en efecto la division de Autemarre), detuvo aquella division en Mercaria luego que hubo pasado de Oglio.

«El ala derecha, á las órdenes del emperador, probó todavía sobre las tres de la tarde, de tomar otra vez la ofensiva. Despues que la brigada Greschke del 11.° cuerpo de ejército hubo adelantado hasta Guidizzolo para reunir los destacamentos dispersos y separados de su propio cuerpo y del 9.°, las dos últimas baterías de reserva fueron trasladadas bajo la proteccion de dos batallones y dos divisiones de caballería á sitio conveniente para coronar la artilleria enemiga, mientras que esperando siempre el apoyo de la caballería de reserva, las tropas restantes operaban un ataque general. Pero fué en vano, porque vivamente y sin cesar rechazadas en el flanco izquierdo, aquellas tropas no pudieron tampoco aquella vez obtener un buen resultado.

« Al propio tiempo, pero no sin haber opuesto una violenta resistencia, Cavriana cayó en poder del enemigo. Dos brigadas del 7.° cuerpo de ejército inflamadas por la presencia de S. M. el emperador, habian defendido por mucho tiempo, con resultados diversos, aquella localidad y las alturas inmediatas. El ala izquierda de aquel cuerpo, apoyada por la division de caballería Mensdorff, que volvia á la carga por la tercera vez, hizo todavía una última é inútil tentativa para rechazar al enemigo que adelantaba con fuerzas superiores de San Cassiano á Cavriana. El centro, habiendo tambien cedido en Solferino y en Cavriana, el ala izquierda no podia ya forzar la posicion del enemigo, y sobre las cuatro de la tarde se decidió la retirada general.

« En el ala izquierda fué cubierta con mucha prudencia por los dos últimos batallones intactos del regimiento de infanteria archiduque José y el bravo 10.° batallon de cazadores, bajo la direccion personal del teniente feld-mariscal Weigl, comandante del cuerpo del ejército; Guidizzolo no fué abandonado hasta las diez de la noche, despues que todas las tropas hubieron evacuado la poblacion, llevándose los heridos y puesto las baterías en seguridad. En el centro, la retirada fué cubierta por las tropas del 7.° cuerpo de ejército, que dieron una manifiesta prueba de firmeza y desprendimiento, y se retiraron en buen órden y combatiendo por el Bosco-Scuro detrás de Cavriana.

« Una violenta tempestad, habiendo interrumpido el combate de una y otra parte durante una media hora, el enemigo cesó de avanzar completamente por el lado del Bosco-Scuro. Las brigadas Braudenstein y Wussin (los bravos regimientos de infantería archiduque Leopoldo y Emperador, el 19.° batallon de cazadores y el primer batallon de Liccanos,) se retiraron en buen órden á Volta, al cuidado del teniente feld-mariscal príncipe de Hesse, donde llegaron á las ocho de la noche y ocuparon convenientemente, para cubrir la retirada del tren del ejército al través de los difíciles desfiladeros de Borgheto y Valeggio.

« La brigada Gablenz, de la misma division, ocupó hasta las diez de la noche las alturas que miran á Cavriana con dos batallones de infantería Grucher y tres batallones de cazadores Emperador, y despues de haberse incorporado todos los pequeños destacamentos que se retiraban, se replegó ya muy adelantada la noche hácia Volta y al amanecer pasó el Mincio por el puente de Ferri.

« En el ala derecha, el 8.° cuerpo de ejército se habia mantenido con condiciones de lucha mas favorables. Apenas el 5.° cuerpo de ejército hubo empezado su retirada hácia Pozzolengo, el teniente feld-mariscal Benedek, se retiró tambien hácio Salionze, despues de haber rechazado dos ataques del enemigo con fuerzas superiores y haberle hecho 400 prisioneros. Pozzolengo permaneció ocupado hasta las diez de la noche por

las tropas del 8.° cuerpo de ejército, lo que facilitó la retirada ordenada de las tropas del 5.° y del 1.° cuerpos.

« En estos combates, como en los demás, las tropas imperiales se batieron con un admirable valor. Las fuerzas del 5.° y 8.° cuerpos de ejército, que fueron conducidas con mucha prudencia y actividad, se comportaron de un modo admirable y dieron pruebas de un arrojo que escede á todos los elogios. Del 1.° cuerpo de ejército, el regimiento italiano Wernhordt-infantería, que se batió con mucho valor, debe ser citado de un modo muy honroso en el parte detallado del comandante del ejército. En la caballería, el regimiento de húsares del rey de Prusia, merece una gloriosa mencion. Este regimiento sufriendo un fuego violento de las baterías enemigas, dió una carga al regimiento francés de los cazadores de Africa, al que hizo sufrir pérdidas considerables; además hizo al enemigo numerosos prisioneros.

« Nuestras pérdidas, sobre todo en oficiales, son muy considerables, de modo que en algunos cuerpos se elevan á una cuarta parte del efectivo total. Las relaciones detalladas y nominativas de las pérdidas han sido dadas ya por la « Gaceta de Viena, » pero el enemigo ha sufrido tambien pérdidas enormes, sobre todo en el asalto de Cavriana y Solferino. En ningun punto se ha atrevido á contrariar en lo mas mínimo la retirada de nuestras tropas. En el centro no pasó mas allá de Cavriana, y en ambas alas, el enemigo no pudo adelantar una pulgada de terreno del que ocupaban nuestras tropas.

« De nuestra parte los cuerpos 1.°, 3.°, 5.°, 7.°, 8.°, 9.° y 11. y una brigada del 6.°, entraron en combate; de parte del enemigo, segun refieren los prisioneros, habia cinco regimientos de caballería, el cuerpo de ejército de Niel y de Mac-Mahon en el ala derecha en frente del ala izquierda austríaca; en el centro, los cuerpos de ejército de Canrobert y de Baraguey d'Hilliers, despues la guardia imperial y en fin todo el ejército piamontés en el ala izquierda, de modo que tomó parte todo el ejército enemigo.

« El ejército austríaco, lejos de haber sido derrotado, está dispuesto para volver á entrar en combate en las posiciones que le han sido designadas por el emperador. Si las fuerzas superiores del enemigo y un cúmulo de circunstancias adversas, le han arrebatado tambien esta vez la palma de la victoria, se siente todavía animoso y alentado por la conviccion que tiene, no solamente de haber dado al agresor reiteradas pruebas de su valor y firmeza, sino tambien en este nuevo encuentro, de haberle causado tambien grandes pérdidas, de haber empezado á desordenar sus fuerzas y contribuido con ello, al menos en parte, á acelerar el fin de la guerra. »

Despues de la jornada del 24 los austríacos repasaron el Mincio y el

emperador Francisco José estableció su cuartel general en Verona, cuyo mando habia sido confiado al general Urban. El feld-mariscal Hess habia sido investido de las funciones de mayor general del ejército de Lombardía bajo las órdenes del emperador Francisco José. Todos aquellos actos eran otros tantos síntomas del desaliento momentáneo del austriaco. Para que el reputado feld-mariscal Hess, que al principio de la campaña habia titubeado en comprometer su reputacion militar tomando el mando en jefe, lo aceptase en el momento en que el ejército, desmoralizado por seis derrotas sucesivas, contaba 50,000 heridos en los hospitales, era preciso que su soberano hubiese escitado grandemente su patriotismo; era preciso que aquel antiguo servidor creyese el imperio de Austria en grave peligro y que su suerte tuviese que decidirse en el famoso cuadrilátero. Veamos ahora, pues, cual era y cual es todavía este sistema de plazas fuertes destinado á proteger el Veneciado y la entrada de los Estados alemanes del Austria, contra los ataques de un ejército viniendo de la Italia central ó de las fronteras francesas.

Este célebre trapecio de la alta Italia, fortificado tanto por la naturaleza como por el arte y conocido estratégicamente bajo el nombre de «cuadrilátero» (en Alemania por el nombre de «cuadrado de los Otones»), se estiende en un espacio de ocho á doce leguas horizontalmente de oeste á este entre el Mincio y el Adigio, y verticalmente, del norte al sud, entre el lago de Garda, las últimas vertientes meridionales de los Alpes y el curso inferior del Pó. El Mincio y el Adigio, cuyas márgenes en su mayor estension son pantanosas ó escarpadas, presentan desde luego una defensa natural para su paso á viva fuerza; pero lo que constituye la verdadera y mas importante defensa del cuadrilátero son las fortalezas que flanquean sus cuatro ángulos, á saber: Peschiera, Mantua, Verona, y Legnano.

Peschiera, edificada en una isla á orillas del lago de Garda, en el punto en que el Mincio sale de este lago, solo es una plaza de mediano órden; pero su situacion dá á su posesion numerosas ventajas. De una parte un campo cerrado y fortificado, construido en la orilla derecha del Mincio, pudiendo contener una fuerte division, le asegura una defensa de suma importancia. Desde este campo se puede amenazar el flanco de un ejército que intentase el paso del rio por Goito ó Valeggio. Peschiera es además el puerto natural de las flotillas que uno ú otro partido pueden hacer maniobrar en el lago de Garda y con cuyo ausilio se pueden hacer escursiones perjudiciales en el campo enemigo. En fin, esta plaza tiene la llave de algunas esclusas cuyo juego permite modificar á voluntad el nivel del agua del Mincio, romper los puentes de barcas que se pueden construir en él y hacer peligroso, por consiguiente, el paso de este rio sin la posesion de Peschiera. Sin embargo, vemos que todas estas importantes

ventajas no impidieron que fuese salvado varias veces: Bonaparte lo logró en 1791; Brune en 1800; el ejército de Cárlos Alberto en 1848, y tambien los franceses en la guerra de Italia que vamos historiando. En 1848, una parte del ejército sardo, mandada por el duque de Génova, se apoderó además de Peschiera, despues de un sitio de muy corta duracion; pero desde aquella época los austríacos adelantaron y perfeccionaron muchísimo sus fortificaciones.

Desde Peschiera el Mincio pasa sucesivamente por Mozambano, Borghetto, Pozzolo y Goito donde se reunen las dos carreteras de Brescia á Crémona. Despues forma dos lagos entre los cuales hay la plaza muy fuerte de Mantua.

Mantua, patria de Virgilio y ciudad adoptiva de Julio Romano, encierra edificios artísticos de gran valor, entre otros una catedral de estilo purísimo, y el palacio de la T, nombrado asi porque afecta la forma de esta mayúscula. Es obra de Julio Romano, donde se conservan preciosas obras. Con sus lagos, ó mas bien, los pantanos pestilenciales que la rodean y la defienden, sobre todo en el espacio comprendido entre esta plaza y el Pó, Mantua es dificil de asaltar, y no comunica con tierra firme sino por cinco calzadas que son la de Roverbella, Módena, Legnano, Borgoforto y Cremona. Sus murallas están cubiertas con bastiones de doble cuerpo y el lago sobre el cual se levanta, está cortado en cuatro por fortificaciones con grandes bastiones. Una de estas cuatro partes llamada Lago di Pajolo es particularmente insaluble, y causa en la estacion calurosa, muchas enfermedades que llegan á dar de baja la cuarta parte cuando no el tercio de la guarnicion. Al norte está protejida por la ciudadela llamada La Favorita que es un péntagono regular de una fuerza respetable, y desde donde se puede, como desde Peschiera, incomodar al enemigo con inundaciones artificiales. Mantua se apoya además al mediodia en dos campos atrincherados y en una vasta estension de terreno, llamado el Seraglio, que rodean por todas partes las aguas del Mincio, del Pó y del Ausone. Esta isla pantanosa forma un triángulo de cinco á seis leguas cuadradas. Varios fuertes destacados completan este vasto sistema de defensa.

Tales son las ventajas de Mantua y no se puede negar que son considerables. Pero están afortunadamente compensadas con inconvenientes cuasi iguales. «Si la importancia de una fortaleza, dice el general Jomini (*), debiese apreciarse por la duracion de la resistencia, Mantua seria indudablemente una de las primeras de Europa. Pero una plaza fuerte debe tener otro objeto, debe estar situada en las dos márgenes de un rio, para asegurar el paso, ó en una posicion estratégica ventajosa, para protejer las comunicaciones ó procurar en fin á un ejército

(*) Guerras de la revolucion.



derrotado, una retirada segura ó un buen campo bajo sus muros. La primera condicion que se exije es que no esté dominada; la segunda es que tenga fáciles salidas ya sea para secundar las operaciones de un campo obligado á refugiarse en aquel punto, ya para que el enemigo no pueda atacarle con fuerzas considerables.»

Véase, pues, como Mantua no llena todas estas condiciones. Su posicion en medio de un lago y de un pais muy cortado por canales, hace su salida muy difícil, y se puede bloquear con muy poca gente levantando algunas obras en puntos cuasi inaccesibles. El aire pestilencial que reina en aquel lugar, unido á dichas circunstancias, constituye un punto de refugio muy malo para un ejército.

Debemos añadir, sin embargo, que Mantua es hoy dia mucho mas fuerte y requiere muchas mas fuerzas para sitiarla que en la época en que escribia el general Jomini; algunos fuertes levantados en el reino de Italia y perfeccionados por los austríacos, defienden ahora las calzadas por donde era accesible la plaza; pero la facilidad y hasta la certitud de bloquearla, si bien que con mayores esfuerzos, quedan existentes.

Como quiera, Mantua sitiada inútilmente por el príncipe Eugenio en 1802, embestida y luego levantado el bloqueo por Bonaparte al aproximarse Wurmser en 1796, se entregó en enero del año siguiente al general en gefe del ejército de Italia, despues de las victorias de Rívoli y de La Favorita, que quitaron al antiguo mariscal Wurmser toda esperanza de ser socorrido. Pidió en consecuencia capitulacion, pretendiendo, á fin de obtener mejores condiciones, que todavía tenia tres meses de víveres. Bonaparte dijo á Klenau, ayudante de campo del mariscal: «Si Wurmser tuviese únicamente víveres para diez y ocho ó veinte dias, no hablaria de rendirse, y si tal hiciera, no mereceria una honrosa capitulacion; pero respeto la edad, el valor y las desgracias del mariscal.» Sabido es lo que luego aconteció.

En 1792, durante la deplorable campaña de Scherer, el general austríaco Kray, volvió á apoderarse de Mantua en diez y ocho dias á pesar de que la plaza estaba mandada por un oficial distinguido, el general Foissac-Latour que cumplió valerosamente con su deber. Si Bonaparte puso mucho mas tiempo en apoderarse de ella, fué porque al acercarse las fuerzas superiores de Wurmser, tuvo que sacrificar todo su material de sitio.

Verona, colocada diagonalmente con relacion á Mantua en el cuadrilátero, es quizás la mas fuerte de este temible recinto. No hace al caso que nos ocupemos del mérito pintoresco ó artístico de esta antigua ciudad veneciana de los Capuletos y Monthescos, ciudad de calles angostas y tortuosas, pero bordadas de palacios y de portales monumentales dibujados por San Micheli y cuyo principal monumento es un vasto circo

romano, el mas bien conservado de los de Italia. Verona ocupa el centro del Adigio, á 22 kilómetros sudeste del lago de Garda en las últimas pendientes de Montebaldo que dominan las célebres alturas de la Corona y de Rívoli. Una serie de colinas defienden la ciudad al oeste, formando una especie de vasto campo atrincherado, de forma semicircular, del cual el Adigio es la cuerda que une por las estremidades de este campo Tombetta y Chivero.

Además de dominar Verona las carreteras del Friul y del Tirol, defiende poderosamente la línea del Adigio cuya importancia estratégica es reconocida y apreciada por todos los hombres competentes. Este rio es muy profundo y muy rápido junto á sus muros. El suelo está cubierto de árboles que protejen los trabajos del sitiado y perjudican los del sitiador. Un doble recinto de fuertes avanzados, que se defienden mútuamente y pueden comunicarse, rodean la ciudad. Estos fuertes son en número de veinte, de los cuales los ocho son interiores y los doce restantes esteriores. En las crestas de los últimos contrafuertes de los Alpes, hay otros siete fuertes que dominan las avenidas de Friul, al propio tiempo que por las alturas de la Corona y de Rívoli, la plaza comunica con el Tirol. Verona es de mucho la plaza la mas importante del cuadrilátero; es además una gran ciudad, pues se cuentan en ella de 55 á 60,000 habitantes.

Legnano defiende el curso inferior del Adigio cuyo curso superior proteje Verona. Esta plaza no es mas que una doble cabeza de puente fortificada sobre este rio y una fortaleza de segundo órden, á poca diferencia lo mismo que Peschiera; pero su puente tiene la ventaja de poder cubrir la retirada de un ejército, y hay además en Legnano, como en Peschiera y en Mantua, un sistema de diques y esclusas que permiten inundar artificialmente las riberas del Adigio inferior. Es que lo hizo Kray para rechazar á Scherer en 1799. Las fortificaciones de Legnano son debidas á Napoleon I.

Tal es el famoso cuadrilátero cuyo acceso habia facilitado á los aliados la famosa batalla y victoria de Solferino. Pero la mayor fuerza de este cuadrilátero durante la campaña que vamos historiando, no residia, sin embargo, ni en el número de sus obras de defensa, ni en el de sus considerables cañones; tampoco en la enerjía de sus defensores, ni en la esperiencia de los ingenieros de la escuela de Tulln, tan reputada en Europa: su verdadera fuerza, el emperador Napoleon III la trazó admirablemente el 19 de julio cuando dijo al Senado, al cuerpo lagislativo y al consejo de estado reunidos en San Cloud:

« Cuando despues de una feliz campaña de dos meses, los ejércitos francés y sardo llegaron bajo los muros de Verona, la lucha inevitablemente iba á cambiar de naturaleza, tanto bajo el punto de vista militar,

como por su aspecto político. Fatalmente me veia obligado á atacar de frente á un enemigo parapetado tras los muros de grandes fortalezas, protejido contra toda diversion por los flancos á causa de la neutralidad de los territorios que le rodeaban, y al dar comienzo á la prolongada y estéril guerra de los sitios, me hallaba en presencia de la Europa armada, dispuesta ya á disputar nuestros triunfos, y á agravar nuestros reveses. »

Mantua, Peschiera y Legnano podian caer en poder de los aliados por el solo hecho de una tercera batalla á orillas del Adigio; pero quedaba Verona, baluarte del poderío austríaco cuyo ataque no podia completarse sino violando el territorio del Tirol, es decir, dando á la Alemania reunida en el Rin el derecho de decir: « Soy atacada. » «Atacar Verona tambien, dijo, era aceptar la lucha tanto en el Rin como en Alemania. Era preciso además admitir abiertamente el concurso de la revolucion; era preciso aun derramar una sangre preciosa que ya habia corrido en abundancia; en una palabra, para triunfar, era necesario arriesgar lo que nunca debe hacer un soberano sino para la independencia de su pais (*). »

El 28 de junio el ejército francés pasó el Mincio sin resistencia; el enemigo, como dijimos, habia acampado al otro lado. El paso de dicho rio por los ejércitos aliados quedó terminado en la madrugada del 1.° de julio. El emperador, despues de haber establecido su cuartel general en Volta, habia ido á reconocer Valeggio en la orilla izquierda, y en virtud de sus órdenes, se establecieron varios puentes en el rio para reemplazar los que los austríacos habian hecho volar en su retirada. El cuartel general fué trasladado en seguida á Valeggio y los sardos embistieron al propio tiempo Peschiera. A pesar de sentirse un calor tropical, el estado sanitario de los dos ejércitos era escelente.

El 1.° de julio el príncipe Napoleon llegaba al gran cuartel general con nueve regimientos de infantería, un batallon de cazadores de á pié, dos regimientos de caballería y nueve baterias. Habia pasado el Pó en Casale-Majore (**) donde se le habia reunido el general d'Autemarre al que acompañaba un cuerpo de toscanos á las órdenes del general Ulloa.

El emperador, completando la organizacion del ejército de Italia, mandó á la primera division del ejército de Lion, que se dirigiese rápidamente á las vertientes de los Alpes, desde donde debia observar los desfiladeros del Tirol é impedir por aquel lado, toda diversion por parte de los austríacos. Aquella division estaba mandada por el general Hugues. Al

(*) Discurso citado anteriormente. *Monitor* del 20 de julio.

(**) Este punto está distante de Verona unos veinte y dos kilómetros. En aquel lugar el Pó tiene una anchura de seiscientos metros.

propio tiempo la escuadra francesa del Adriático habia dado comienzo á sus operaciones ofensivas. Habia desembarcado un pequeño cuerpo de ejército á las órdenes del general Wimpfen en la isla de Osero ó de Lossino, situada á veinte y cinco millas de Pola, cuarenta de Parma, cincuenta de Ancona y setenta y cinco de Venecia. Esta isla comprendida en el archipiélago del golfo Quarnaro, forma parte del gobierno de la Iliria, y por consiguiente no pertenece á la Confederacion germánica. Las tropas del general Wimpfen, compuestas de un nuevo regimiento de tiradores indigenas, de un regimiento de infantería de marina, de otro formado con tropas de Africa, y en fin, de veinte y seis compañías de desembarco de las tripulaciones de la flota y de artillería de marina, tenian por primordial objeto establecer sólidamente en la citada isla de Osero, los depósitos de carbones, municiones y víveres, poniéndola al abrigo de cualquier golpe de mano. Además el general Wimpfen, debia proporcionar pequeñas columnas espedicionarias al jefe de la escuadra para todas las operaciones activas.

En esta época el emperador Napoleon III y al otro dia de una nueva victoria, estaba dispuesto para operar por tierra sobre Venecia, mientras que una parte de su ejército podia dar comienzo al sitio de Verona. La sólida ocupacion de la isla de Osero, era á la sazon doblemente importante, además de ser el punto de partida de las operaciones marítimas y militares de toda aquella parte de la campaña.

Un hecho muy importante surgió en aquellos dias que creemos tuvo una grande influencia en la terminacion de la guerra de Italia. El *Monitor* de Bolonia publicó una carta dirigida por el conde de Cavour á la junta de aquella ciudad, en la cual este ministro declaraba que el gobierno del rey Victor Manuel no podia aceptar la reunion de las Romañas al Piamonte, pero que dirigiria las fuerzas militares con el objeto de contribuir á la independencia italiana. Este primer acto atentatorio del gobierno sardo hecho á la completa y estricta neutralidad del territorio de los Estados-Pontificios, iba acompañado del anuncio hecho por la *Gaceta* piamontesa de que el caballero d'Azeglio habia sido nombrado general y comisario estraordinario puramente militar del rey Victor Manuel en las Romañas. Tal vez nos equivoquemos con otros que como nosotros han opinado que aquel nombramiento, hecho precisamente cuando mediaban grandes negociaciones entre las potencias mediadoras, hubo de influir poderosamente en la determinacion tomada repentinamente por el emperador Napoleon III.

Entretanto las avanzadas francesas tocaban cuasi á las del enemigo: el primer cuerpo apoyaba á los sardos en las operaciones del sitio de Peschiera y se veia llegar el instante en que los trabajos de sitio dirigidos por el general Frossard, jefe de ingenieros del ejército francés, iban

por fin á tomar aquella actividad regular sin la cual se desgracian las empresas mas bien llevadas. El cuarto cuerpo, al que se habia unido el 5.°, estaba acantonado en Goito y observaba Mantua, y el emperador, con su guardia y el 2.° y 3.° cuerpos, tenia el centro en Valeggio y amenazaba directamente cortar el camino de hierro que une Mantua con Verona. Una nueva colision era inminente; el cañon retumbaba noche y dia del lado del lago de Garda, y cada dia al amanecer y al anochecer las patrullas y reconocimientos de los ejércitos beligerantes se saludaban á fusilazos.

Habiendo enviado Napoleon sin condicion á los oficiales austriacos prisioneros y pedido un cambio de prisioneros, el dia 3 de julio llegó al cuartel general un parlamento para anunciar que el emperador de Austria enviaria tambien los prisioneros heridos luego que su estado se lo permitiera, y que estaba igualmente dispuesto á hacer un cambio de prisioneros. El dia siguiente llegó á Valeggio otro parlamentario; era el capitan Urban, ayudante de campo del emperador Francisco José é hijo del gobernador general de Verona. Presentóse en la quinta Mattein anunciando que era portador de una carta autógrafa de su soberano, que deseaba entregarla personalmente al emperador. El mariscal Vaillant, que lo recibió en un principio, lo presentó despues á Napoleon. Estas idas y venidas de parlamentarios, habian interesado muy poco al ejército; todos estaban en la creencia de que se trataba de los prisioneros; pero no se tardó en saber que ambos soberanos se ocupaban de negocios mas graves.

Parece, segun noticias muy acreditadas que circularon aquellos dias, que desde la última victoria de los aliados, Napoleon parecia estar muy preocupado. Habia recibido numerosos despachos de Alemania y se operaba visiblemente en su ánimo un trabajo tan penoso como secreto. Sin que nadie lo imajinara y cuando, por el contrario, se creia en el cuartel general que iba á operarse resueltamente sobre Verona, fué enviado con el consentimiento del rey del Piamonte á aquella ciudad el general Fleury con una carta dirijida al emperador de Austria con el encargo de esplayar de viva voz su contenido.

El resultado de aquella mision fué que se acordase el dia 7 de julio una suspension de armas entre ambos emperadores. Los comisarios nombrados de una y otra parte para fijar su duracion y las cláusulas, se reunieron al dia siguiente en Villafranca. Por parte de la Francia, fueron nombrados el mariscal Vaillant y el general de division Martimprey; por el Piamonte, el teniente general Della-Rocca, y por el Austria, el feld-mariscal conde Mensdorff Pouilly y el feld-mariscal baron Hess. La convencion que firmaron estipulaba entre otras cosas, que la suspension de armas databa del 8 de julio hasta el 15 de agosto, sin de-

denuncia, y que por consiguiente las hostilidades, si habia lugar, volverian á empezar sin aviso previo el 16 al medio dia; que las hostilidades cesarian en el decurso de este tiempo en toda la estension del teatro de la guerra, tanto por tierra como por mar; que los caminos de hierro de Verona á Peschiera y á Mantua, podrian servir para el abastecimiento de estas dos últimas plazas, con la condicion que fuese terminado en el espacio de dos dias. Los trabajos de ataque y defensa de Peschiera debian quedar en el estado en que se hallaban, y los buques mercantes, sin distincion de pabellon, podian circular libremente por el Adriático. Las líneas de demarcacion entre ambos ejércitos fueron fijadas punto por punto.

El emperador Napoleon anunció á su ejército el 10 de julio esta nueva faz en la que iba á entrar la campaña, por medio de la siguiente proclama:

« Soldados: el 8 de julio se acordó una suspension de armas entre las partes beligerantes, que debe durar hasta el dia 15 de agosto próximo. Esta tregua os permite descansar de vuestras gloriosas fatigas, y recobrar, si es necesario, nuevas fuerzas para proseguir la obra que tan bizarramente habeis inaugurado, dando relevantes pruebas de valor y patriotismo. Regreso á Paris, dejando el mando provisional de mi ejército al mayor general el mariscal Vaillant; pero apenas vuelva á dar la hora del combate, me volvereis á ver en medio de vosotros para compartir una vez mas vuestros peligros.—NAPOLEON.»

Aunque el *Monitor* francés del 8 de julio dijera que únicamente se trataba de una tregua entre los ejércitos beligerantes, que si bien dejaba el campo libre á las negociaciones, no podia hacer preveer, por entonces, el fin de la guerra; la opinion pública no se engañó ni en Francia ni en Europa, acerca de la importancia de la convencion estipulada entre ambos emperadores. Nadie dudó ya de la paz. El periódico oficial citado fué mas esplícito en su número del dia 11 del propio mes: reflejaba la idea personal del jefe del Estado, y esplicaba sino con hechos detallados, al menos con apreciaciones políticas muy esplícitas, las circunstancias que dieron orígen á la suspension de armas.

He aquí la nota del Monitor:

« Nos apresuramos á dar á conocer en que circunstancias ha tenido lugar la suspension de armas que acaba de estipularse entre el emperador de los franceses y el de Austria.

« Habian mediado algunas comunicaciones entre las tres grandes potencias neutrales con el objeto de ponerse de acuerdo para ofrecer su mediacion á las beligerantes. El primer acto de esta mediacion debia procurar la conclusion de un armisticio; pero á pesar de la rapidez de las comunicaciones telegráficas, la inteligencia que debia mediar entre los

gabinetes no permitió que este resultado pudiese lograrse tan brevemente como era de desear. Entre tanto las hostilidades de nuestra armada contra Venecia iban á dar comienzo, y una nueva lucha de nuestros ejércitos delante de Verona, podia trabarse de un momento á otro.

« En presencia de esta situacion, el emperador, siempre fiel á los sentimientos de moderacion que constantemente han dirigido su política; deseando por otra parte y ante todo, evitar la efusion de sangre inútil, no ha titubeado en asegurarse directamente de las disposiciones del emperador de Austria Francisco José, pensando que si sus ideas estaban conformes con las suyas, era para ambos soberanos un deber sagrado suspender desde el momento unas hostilidades que ya no podian tener objeto por el hecho de la mediacion.

« Habiendo manifestando intenciones análogas el emperador de Austria, se han reunido los comisarios nombrados por una y otra parte para establecer las cláusulas del armisticio que ha sido definitivamente concluido. Mañana, lunes, tendrán una entrevista en Villafranca el emperador de los franceses y el emperador de Austria. »

De esta entrevista de los soberanos debia resultar un acuerdo estipulado sin la concurrencia de las potencias mediadoras. Si antes del comienzo de las hostilidades no habian sabido allanar las dificultades; si durante la guerra no habian tomado ninguna parte en el conflicto, era muy lógico y tambien muy justo que no tomasen ninguna parte directa en el arreglo de la paz. Ambos soberanos, pues, al dirigirse á la entrevista de Villafranca, si bien que dominados por opuestos intereses, eran llevados por el mismo pensamiento de acabar por sí solos la contienda sin intervencion de la diplomacia.

El conde de Cavour habia sido mandado á llamar al cuartel general el 9 de julio, y despues de haber conferenciado con los soberanos aliados, aquel hombre de Estado se retiró del ministerio. Su dimision revelaba una nueva situacion.

A las nueve en punto de la mañana del lunes 11 de julio, el cortejo del emperador Napoleon entró en Villafranca. El emperador iba solo delante, montado en el caballo bayo que le habia servido habitualmente desde el principio de la campaña, y vestido con el pequeño uniforme de general de division. Seguíanle el mariscal Vaillant, gefe del estado mayor y general del ejército, el general Martimprey y toda su casa militar. Luego venian cien guardias y un escuadron de guias. Todos estos ginetes entraron al gran trote en la plaza mayor de Villafranca. Un oficial de ordenanza llegó al galope viniendo del lado de la puerta de Verona, y previno á Napoleon que el emperador Francisco José se hallaba á corta distancia de la poblacion. El cortejo volvió á salir al trote y se adelantó mas allá de un kilómetro de Villafranca.

En aquel punto se encontraron los emperadores en medio de un camino polvoroso, bajo los rayos de un sol ardiente, en el mismo sitio precisamente donde algunos dias antes debia darse una gran batalla. Ambos cortejos se pararon, mientras los dos emperadores se adelantaron solos. Al principio se saludaron, y cuando los caballos estuvieron bastante cerca el uno del otro, Napoleon tendió la mano á Francisco José, quien se la estrechó cordialmente. Momentos despues se dirigian juntos á Villafranca, llevando la derecha el emperador de los franceses y la izquierda el emperador de Austria. Francisco José iba acompañado del feld-mariscal baron de Hess y de sus oficiales de estado mayor. Vestia el pequeño uniforme de general de caballeria, compuesto de una corta jaquetilla color azul celeste y pantalon de casimir del mismo color. No llevaba ni cordones ni cruces, y parecia estar muy afectado.



El estado mayor austríaco, precedido por el feld-mariscal Hess, que llevaba el uniforme, revestido de todas las insignias de su grado, se componia del cuerpo de los guardias nobles y el de los hulanos que formaban la escolta del emperador. Durante el trayecto que debian recorrer para llegar á Villafranca, los cien guardias franceses cedieron el

paso á los guardias nobles, pero los guias pasaron delante de los hulanos.

En Villafranca se habia preparado una casa para recibir á los soberanos. Esta casa era la del Sr. Cárlos Gaudini Morelli, situada en la calle mayor, la misma donde el emperador de Austria habia pasado una noche, antes de la batalla de Solferino. En un salon donde habia algunos sillones y sofás, y en el centro una mesa con un jarro de flores, Napoleon III y Francisco José se encerraron solos, y donde permanecieron por espacio de una hora. Nadie absolutamente asistió á aquella conversacion. Cuando salieron, ambos parecian muy satisfechos, y el emperador de Austria dirigió al estado mayor de Napoleon algunas palabras de elogio. Luego dió la mano al mariscal Vaillant, al general Martimprey y al general Fleury. Despidióse amistosamente de Napoleon, y volvió á montar á caballo para regresar á Verona. Otro tanto hizo Napoleon dirigiéndose al cuartel general de Valeggio.

Inmediatamente se reunió un consejo en el gran cuartel general del ejército aliado, asistiendo el rey de Cerdeña y el príncipe Napoleon. En las primeras horas de la tarde, este último pasó á Verona regresando á las diez de la noche. Entonces se supo que la paz estaba hecha, sino en todos sus detalles, al menos en sus principales bases.

Al dia siguiente una proclama dirigida al ejército, la daba á conocer á la Europa.

« ¡ Soldados! decia, las bases de la paz han sido fijadas con el emperador de Austria; el objeto principal de la guerra queda alcanzado; la Italia va á ser por la primera vez una gran nacion. Una confederacion de todos los Estados de la Italia, bajo la presidencia honoraria del Santo Padre, reunirá en un centro los miembros de una misma familia; el Veneciado, queda, es verdad, bajo el cetro del Austria; pero será en adelante una provincia italiana formando parte de la Confederacion.

« La reunion de la Lombardía al Piamonte nos crea de este lado de los Alpes un aliado poderoso que nos deberá su independencia; los gobiernos que no han tomado parte en el movimiento ó que vuelvan á ser llamados en sus posesiones, comprenderán la necesidad de saludables reformas. Una amnistía general hará desaparecer las huellas de las discordias civiles. Dueña de hoy mas la Italia de sus destinos, de ella dependerá si no progresa regularmente en el órden y la libertad.

« Pronto vais á regresar á Francia; la patria agradecida acogerá con transporte los soldados que tanto han encumbrado la gloria de nuestras armas en Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignan y Solferino; que en dos meses han atravesado el Piamonte y la Lombardía, y que únicamente se han detenido porque la lucha iba á tomar unas

proporciones que ya no estaban en relacion con los intereses que la Francia tenia en esta formidable guerra.

« Debeis enorgulleceros por vuestros triunfos, por los resultados obtenidos, y sobre todo por ser los hijos predilectos de esa Francia que será siempre la gran nacion mientras tenga un corazon para comprender las nobles causas y hombres como vosotros para defenderlas. — Napoleon.—Cuartel imperial de Valeggio 12 de Julio de 1859. »

El mismo dia esta noticia fué anunciada en Paris por el cañon de los Inválidos, y un despacho telegráfico del emperador Napoleon á la emperatriz regente, que tambien instantáneamente se hizo público, colmó la medida de los deseos de los amantes de la paz. El citado parte decia:

« La paz queda firmada entre el emperador de Austria y yo.

« Las bases de la paz son: Confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del papa. El emperador de Austria cede sus derechos á la Lombardía al emperador de los franceses, quien los traspasa al rey de Cerdeña. El emperador de Austria conservará el Veneciado, pero formará este parte integrante de la Confederacion italiana. »

Tambien en el mismo dia el emperador de Austria dirigia á sus tropas la siguiente órden del dia:

« Fundado en mi justo derecho, entré en lucha por respecto á los tratados, contando con la adhesion de mis pueblos, con el valor de mi ejército y con los confederados naturales del Austria. He encontrado á mis pueblos dispuestos á toda clase de sacrificios; sangrientas batallas han mostrado nuevamente al mundo el valor heróico y el desprecio de la muerte de mi valiente ejército, que á pesar de la inferioridad numérica, y despues de haber visto perecer á miles de oficiales y soldados, espera con valor imperturbable la continuacion de la lucha. Privado de la cooperacion de mis confederados, solo cedo á las circunstancias desfavorables de la política que me imponen el principal deber de no derramar en vano la sangre de mis soldados, de no exigir inútiles sacrificios á mis pueblos. Hago la paz basándola en la conservacion de la línea del Mincio. Doy las gracias á mi ejército con todo mi corazon, pues me ha probado una vez mas que puedo contar con él para futuros combates. Verona 12 de julio de 1859.—Francisco José. »

Por su parte el rey de Cerdeña dirigió á sus soldados la siguiente órden del dia:

« Soldados; despues de dos meses de guerra, hemos llegado vencedores á orillas del Mincio. Unidos á nuestros generosos aliados, por do quiera hemos triunfado. Vuestro valor, vuestra disciplina y vuestra perseverancia, han escitado la admiracion de toda la Europa. El nombre del soldado italiano está en todas las bocas. Yo que he tenido la

gloria de mandaros, he podido apreciar todo el heroismo y sublimidad de vuestra conducta durante el curso de esta guerra. Soldados, inútil es que os repita que habeis adquirido los mas grandes títulos á mi reconocimiento y al de la patria.

« Soldados, importantes negocios de Estado, me llaman á la capital. Confío el mando del ejército al digno y valiente general La-Marmora, que ha compartido con nosotros los peligros y las victorias de esta campaña. Ahora os anuncio la paz; pero si jamás, en lo porvenir, el honor de nuestra patria nos vuelve á llamar al combate, nuevamente volveré á mandaros, en la seguridad que una vez mas volaremos á la victoria. — Monzambano 12 de julio de 1859. — Victor Manuel. »

Al dia siguiente, el mismo soberano dirigió la siguiente proclama á los pueblos de la Lombardía, que publicó la *Gaceta Piamontesa*:

« El cielo ha bendecido nuestras armas. Con el poderoso ausilio de nuestro magnánimo y valeroso aliado, el emperador Napoleon III, hemos marchado en pocos dias de victoria en victoria hasta las riberas del Mincio. Hoy regreso entre vosotros para daros la feliz noticia que Dios ha accedido á mis ardientes votos. El armisticio, seguido de los preliminares de paz, asegurará su independencia á los pueblos de la Lombardía. Segun el deseo por vosotros manifestado tantas veces, formareis en lo sucesivo con nuestros antiguos estados una sola y libre familia. Desde ahora vuestra suerte correrá de mi cuenta, y seguro de hallar en vosotros un apoyo, de que siempre tiene necesidad el gefe de un estado para crear una nueva administracion, os dirijo mi voz diciéndoos: Pueblos de Lombardía, confiad en vuestro rey que podrá establecer en bases sólidas é imperecederas la felicidad de los nuevos confines que la Providencia acaba de conceder á su gobierno. »

Para completar la serie de documentos oficiales, hé aquí ahora el notable manifiesto que el emperador de Austria dirigió á sus pueblos, y publicó la *Gaceta de Viena*, fechado en Laxenburgo el 15 de julio:

« Cuando se ha agotado la medida de las concesiones compatibles con la dignidad de la Corona, asi como el honor é interés del país; cuando se frustran todas las tentativas para llegar á un acuerdo pacífico, se ha de elegir entre dos alternativas, y lo inevitable se hace un deber. Este deber me habia colocado en la dura necesidad de reclamar de mis pueblos nuevos y dolorosos sacrificios, á fin de poder cuidar de sus mas sagrados bienes.

« Mis fieles pueblos han contestado á mi llamamiento; se han reunido valerosamente al rededor del trono, y han soportado los sacrificios de toda especie, exigidos por las circunstancias, con una adhesion que merece todo mi reconocimiento, aumenta aun si es posible mi viva afeccion por ellos, y que debia inspirarme la seguridad de que la justa causa,

por la cual mi bravo ejército volaba al combate, quedaria victoriosa. Desgraciadamente el resultado no ha correspondido á esta esperanza general, y la suerte de las armas no nos ha sido favorable.

« El valiente ejército austríaco ha mostrado esta vez mas su heroismo y su tenacidad de una manera tan brillante que ha merecido la admiracion de todo el mundo, hasta la del enemigo; es para mí una gloria ser el jefe de un ejército de esta clase, y la patria debe estarle agradecida por haber llevado á tan alto grado el honor del estandarte austríaco y haberlo conservado puro.

« Otro hecho no menos dudoso es que nuestros adversarios, á pesar de sus inmensos recursos preparados hacia mucho tiempo para una guerra proyectada de antemano, y aun á precio de enormes sacrificios, no han podido obtener mas que ventajas y jamás un triunfo decisivo, en tanto que el ejército austríaco, animado aun del mas inalterable valor, ocupaba una posicion cuya posesion le daba la posibilidad de reconquistar quizá al enemigo sus primeras ventajas. Pero para conseguirlo hubieran sido ciertamente necesarios aun no menos grandes y sangrientos sacrificios que los á que nos habíamos visto condenados, y que han llenado mi corazon de un profundo dolor. En estas circunstancias, era para mí un deber tener seriamente en cuenta las proposiciones de paz que se me hacian.

« Los sacrificios exigidos por la continuacion de la guerra hubieran sido tanto mas dolorosos, en cuanto me habia visto ya obligado á pedir á mis fieles súbditos sacrificios considerables en dinero y en sangre. Sin embargo, el éxito de ella hubiera quedado dudoso para mí, despues de háber recibido tan amarga decepcion en la esperanza legítima que no permaneceria aislado en esta lucha que no habia sido emprendida para el solo interés del buen derecho del Austria. A pesar de la calurosa y afectuosa simpatía que nuestra justa causa ha encontrado en la mayor parte de Alemania, así en los gobiernos como en los pueblos, nuestros confederados los mas naturales se han negado obstinadamente á reconocer la alta significacion que encerraba la cuestion del dia. El Austria se ha visto pues forzada á hacer frente sola á los acontecimientos, cuya gravedad podia aumentar á cada instante.

« En su consecuencia, quedando á salvo el honor del Austria por el valor heróico desplegado por el ejército en el campo de batalla, resolví ceder á consideraciones políticas, hacer un sacrificio para el restablecimiento de la paz y consentir en los preliminares consignados para su conclusion, despues de adquirir el convencimiento de que por una inteligencia directa con el emperador de los franceses y sin la intervencion de un tercero, conseguiria en todo caso condiciones menos desfavorables de las que podria esperar de la intervencion en las negociaciones por

parte de las tres grandes potencias que no han tomado parte en la guerra. Por desgracia ha sido preciso separar del resto del imperio la mayor parte de la Lombardía.

« Pero debe consolarme el hecho de haber devuelto á mis queridos pueblos los beneficios de la paz : estos beneficios son doblemente importantes para mí, porque en adelante tendré la fortuna de dedicar toda mi atencion y solicitud al buen éxito de la mision que me he impuesto, á saber, la de establecer sobre bases sólidas el bienestar y el poder del Austria, por el correspondiente desenvolvimiento de sus fuerzas morales y físicas, y por las mejoras que introduciré en las leyes y en la administracion.

« En estos últimos tiempos de pruebas y de sacrificios, mis pueblos me han apoyado fielmente, y me sostienen todavía en realizar la obra de la paz que he emprendido, ayudándome á llevar á cabo mis buenas intenciones.



« He manifestado ya mi reconocimiento á mi valiente ejército en una órden especial del dia. Hoy, empero, le reitero la espresion de mis sentimientos al dirigirme á mis pueblos, á quienes doy gracias por haber enviado sus hijos al campo de batalla por Dios, el emperador y la pa-

tria. Con dolor recuerdo á los heróicos compañeros de armas que se han quedado en el campo de batalla para no levantarse mas.— Francisco José. »

Una vez fijados definitivamente los preliminares de la paz, el emperador Napoleon tomó el camino de su capital. El 13 de julio partió de Desenzano por el camino de hierro, detúvose un momento en Brescia para visitar los hospitales, é hizo su entrada en Milan el 14 á las cinco de la tarde. El nuevo rey de esta ciudad iba á su lado, y es imposible decir quien fué mas aclamado por los milaneses que recobraban la libertad, el que habia dado un trono ó el que lo habia recibido. El rey Victor Manuel acompañó al emperador hasta Susa. En Vercell, en Turin, y sobre todo, en el decurso de su viaje, las poblaciones acudian de muchas leguas al rededor para saludar al libertador de Italia. Hemos dicho mas arriba que Napoleon habia visitado los hospitales. Hé aquí un episodio de estos laudables actos consagrados por la solicitud del emperador á los bravos de su ejército.

En el hospital de Milan, vivamente interesado Napoleon por la arrogante presencia de un herido, se acercó á la cabecera de su cama, preguntóle sobre el estado de su herida, y despues le puso en la mano una medalla. Pero aquella mano que con tanta energía habia manejado el fusil, inerte entonces, dejó deslizarse la insignia que cayó al suelo. El emperador se inclinó y recogió la medalla que colocó cerca del corazon del mutilado. El cirujano, testigo de este hecho, añadia refiriéndolo, que involuntariamente le habia venido á la memoria Cárlos V recogiendo el pincel del Ticiano, y que su corazon se habia conmovido profundamente en presencia de aquel testimonio tributado al ejército por su gefe supremo.

Despues de la separacion de los dos soberanos, el tren imperial tomó una marcha mas rápida. Era natural que el padre y el esposo volviesen á recobrar sus derechos despues de dos meses de tan rudos y penosos trabajos. El domingo 17 de julio á las diez de la mañana el vagon imperial se paraba en la verja de Orleans del parque de San Cloud. Así, despues de una ausencia de setenta y siete dias, durante los cuales habia libertado á un reino de la invasion estrangera, conquistado la Lombardía, ganadas dos de las mas encarnizadas batallas de los tiempos modernos, concluido una paz gloriosa para la Francia y regeneradora para Italia, el emperador abrazaba á la emperatriz y al príncipe imperial. No se le hizo ninguna recepcion pública; el emperador, jefe del ejército, quiso que toda manifestacion se aplazara para el dia que entrara oficialmente al frente de sus tropas.

Este dia se fijó para el 14 de agosto. En el intervalo del 19 al 21 de julio, el emperador recibió en el palacio de San Cloud los grandes cuerpos

del Estado y el cuerpo diplomático que le presentaron sus felicitaciones. Entre tanto, á escepcion del 5.° cuerpo, que hasta nueva órden debia permanecer en Italia como ejército de ocupacion; los diversos regimientos que habian tomado parte en la campaña, se encaminaron poco á poco á Francia. A medida que llegaban, levantaban sus tiendas en la vasta llanura de San Mauro, cerca de Paris, para verificar reunidos su entrada solemne en la capital. Este movimiento duró cerca de quince dias. En fin, el cañon de los Inválidos anunció la aurora del 14 de agosto, y todo el campo de San Mauro se puso en movimiento. En toda la línea de los *bulevares*, y de la calle de la Paz, hasta la plaza de Vendome, se veian arcos de triunfo, columnas simbólicas, mástiles coronados con oriflamas, banderas, estátuas, inscripciones, etc. Una multitud inmensa ocupaba la carrera designada. Los asientos, balcones, galerías, etc.,



se pagaron á precios fabulosos. A las nueve de la mañana las tropas llegaron á la plaza de la Bastilla donde les aguardaba el emperador. Hé aquí el órden con que desfilaron.

El emperador iba á la cabeza rodeado de su estado mayor y montado en su soberbio caballo; seguia la numerosa legion de los heridos; luego los cañones y banderas tomadas al enemigo, y tras de estos trofeos, por

órden de cuerpos, los regimientos de todas armas, infantería, caballería y artillería, precedidos cada uno de los ilustres gefes que los habian conducido á la victoria. Los espectadores los acogieron con un diluvio de aplausos, y las flores y coronas llovieron sobre la cabeza de los soldados durante toda la carrera. Al llegar á la plaza de Vendome, paróse el emperador al pié de la columna y todas las tropas desfilaron en su presencia. La plaza, transformada en un vasto anfiteatro, estaba ocupada por mas de veinte mil espectadores. En uno de los lados habia un grandioso palco, cubierto de oro y púrpura, destinado para la emperatriz, el príncipe imperial y los grandes dignatarios del Estado. A la entrada de la calle de la Paz habia diez y seis columnas de jaspe y oro, en cuyos remates veíanse victorias de oro con los brazos tendidos y las manos cargadas de coronas. Por do quiera se leian los nombres de Montebello, Palestro, Magenta y Solferino en brillantes caracteres. Aquel espectáculo recordaba los triunfos de la antigua Roma.

El desfile duró cerca de cinco horas en medio de entusiastas bravos é infatigables aplausos. Al caer la tarde, una gran comida reunia en la mesa del emperador, dispuesta en el gran salon del nuevo Louvre, á todos los gefes del ejército. Los soldados tuvieron tambien su festin preparado en el campo. Por la noche la capital apareció profusamente iluminada. Al fin del banquete que dió el emperador aquella noche en el Louvre, pronunció las siguientes palabras:

« Señores: la alegria que esperimento volviendo á encontrarme con la mayor parte de los gefes del ejército de Italia, seria completa sino se mezclase el pesar de ver que pronto van á separarse los elementos de una fuerza tan poderosa como bien organizada. Como soberano y como general en gefe, os doy una vez mas las gracias por vuestra confianza. Era muy lisongero para mí, que jamás habia mandado un ejército, hallar semejante obediencia por parte de los que tenian una grande esperiencia de la guerra. Si el éxito ha coronado nuestros esfuerzos, creo que en su mayor parte es debido á estos generales tan hábiles como esforzados que me han hecho el mando tan fácil, porque animados del fuego sagrado, sin cesar han dado el ejemplo del deber y del desprecio de la muerte.

« Una parte de nuestros soldados va á regresar á sus hogares; vosotros mismos vais á entrar de nuevo en las ocupaciones de la paz. No olvideis, sin embargo, lo que juntos hemos hecho. Que el recuerdo de los obstáculos vencidos, de los peligros evitados, de las imperfecciones notadas, acuda á menudo á vuestra memoria, porque para todo militar, la esperiencia es la misma ciencia.

« En conmemoracion de la campaña de Italia haré distribuir una medalla á todos los que han tomado parte en ella, y quiero que vosotros

seais hoy los primeros en llevarla. Pueda recordaros al que os la dá, y que al leer los nombres gloriosos grabados en ella cada cual se diga: « ¿ Si la Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, que no haria por su independencia ? ¡ Brindo por el ejército! »

Además de esta medalla que fué dada al ejército como un recuerdo glorioso de la campaña de Italia en 1859, por decreto espedido en Turin el 31 de julio en virtud de los poderes estraordinarios que le fueron conferidos, el rey Victor Manuel dispuso lo siguiente:

« Se levantará á costas del Estado un monumento en Solferino para recordar á la posteridad la victoria alcanzada por las legiones franco-sardas y los gloriosos hechos del 24 de junio de 1859, y para perpetuar el testimonio de la gratitud de los italianos al ejército francés mandado por el emperador Napoleon III, que espuso heróicamente su vida en esta memorable batalla por la independencia de la Italia: Firmado: Victor Manuel. »

Terminado el relato de la *Guerra de Italia*, añadiremos, que las conferencias de Zurich por los plenipotenciarios nombrados *ad hoc* por la Francia, Austria y Piamonte, no tuvieron otro objeto que convertir los preliminares de Villafranca en tratado de paz, y de regularizar la cesion de la Lombardía al rey de Cerdeña. Como importantes documentos históricos ponemos á continuacion los Tratados de Zurich tales como los publicaron la *Gaceta piamontesa* y el *Monitor francés*.

Tratado entre el Piamonte y la Francia.

«Victor Manuel II, por la gracia de Dios, Rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalen, duque de Saboya, de Génova, etc., príncipe del Piamonte, etc., á todos los que las presentes vieren, salud.

«Se ha concluido un tratado entre Nos y S. M. el Emperador de los franceses, que ha sido firmado por nuestros plenipotenciarios respectivos en Zurich el diez de noviembre de este año de mil ochocientos cincuenta y nueve, con el objeto de consolidar nuestra alianza y de arreglar por un acuerdo definitivo los resultados de nuestra participacion en la última guerra, tratado cuyo tenor es el siguiente:

« Art. 1.º Por un tratado, fecha de este dia, S. M. el Emperador de Austria, habiendo renunciado para sí y sus decendientes y sucesores en favor de S. M. el Emperador de los franceses á su derecho y títulos sobre la Lombardía, S. M. el Emperador de los franceses trasmite á S. M.

el Rey de Cerdeña los derechos y títulos que adquiere por el artículo 4.° del tratado arriba citado, cuyo tenor es el siguiente:

« S. M. el Emperador de Austria renuncia para sí y todos sus descendientes y sucesores en favor de S. M. el Emperador de los franceses, á sus derechos y títulos sobre la Lombardía, escepto las fortalezas de Peschiera y Mantua y los territorios determinados por los nuevos límites, que quedan en poder de S. M. I. y R. austríaca.

« La frontera que parte del límite meridional del Tirol sobre el lago de La Garda, seguirá por el medio del lago hasta la altura de Bardalino y de Manerbe desde donde irá en línea recta á encontrar el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda. Esta zona será determinada por una circunferencia cuyo rádio, contando que parte del centro de la plaza, está fijado en 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glacis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia; se estenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo; seguido el curso del Pó hasta Luzzara, punto desde el cual en nada cambian los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

« Una comision militar, instituida por los gobiernos interesados, se encargará de ejecutar el trazado sobre el terreno en el mas breve plazo posible.

« Art. 2.° S. M. el Rey de Cerdeña, al tomar posesion de los territorios que le han sido cedidos por S. M. el Emperador de los franceses, acepta las cargas y condiciones anexas á esta cesion de la manera que han sido estipuladas en los artículos 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16 del tratado concluido en este dia entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, concebidos en los términos siguientes:

(*a*) « El nuevo gobierno de la Lombardía tomará á su cargo los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-veneto.

Igualmente se encargará de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada entre las altas partes contratantes á 40 millones de florines, « moneda de convencion. »

(*b*) « Se instituirá inmediatamente una comision internacional para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-veneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento, se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para el nuevo gobierno y de dos quintos para el Austria.

Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, el nuevo gobierno recibirá tres quintos y el Austria dos: y en cuanto á la parte del activo, que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios,

la comision hará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de ellos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran.

En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-veneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, el nuevo gobierno se encarga de tres quintos y el Austria de dos; sea para pagar los intereses, sea para el reembolso del capital, conforme á los reglamentos hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de los súbditos austríacos, entrarán con preferencia en la cuota del Austria que, dentro de un plazo de tres meses, desde el dia del cambio de las ratificaciones, ó antes, si fuera posible, transmitirá al nuevo gobierno de la Lombardía estados especificados de estos títulos.

(*c*) « El nuevo gobierno de la Lombardía será sucesor de los derechos y obligaciones que resulten de los contratos regularmente estipulados por la administracion austríaca para objetos de interés público que conciernan especialmente al pais cedido.

(*d*) « El gobierno austríaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas en las cajas públicas austriacas, á título de fianzas, depósitos ó consignaciones; asi como los súbditos austríacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán exactamente reembolsadas por el nuevo gobierno.

(*e*) « El nuevo gobierno de la Lombardía reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austríaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y sobre todo, las concesiones que resultan de los contratos hechos con fecha 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857 y 25 de setiembre de 1858.

Desde la fecha del cambio de las ratificaciones del presente tratado, el nuevo gobierno se encarga de todos los derechos y de todas las obligaciones que resultaban para el gobierno austríaco de las concesiones antes citadas en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

En su consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austríaco, respecto á estos caminos de hierro, queda transferido al nuevo gobierno de la Lombardía. Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios, en virtud del contrato de 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el Tesoro austríaco.

Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones por espropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no hayan sido pagados todavía, serán satisfechos por el gobierno austriaco. Un convenio especial arreglará en el mas corto plazo posible el servicio internacional de los caminos de hierro entre los paises respectivos. »

(*f*) « Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido por el presente tratado, tendrán, por espacio de un año, á contar desde el dia del cambio de las ratificaciones, y mediante una declaracion hecha de antemano á la autoridad competente, facultad plena y entera de esportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso se les mantendrá la calidad de súbditos austriacos. Además, son libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

Igual facultad se concede recíprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía, establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria.

Los lombardos que hagan uso de las presentes disposiciones no podrán, á causa de sus opiniones, ser molestados por ninguna de las dos partes en sus personas ó en sus propiedades situadas en los Estados respectivos.

El plazo de un año se estiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía, que, en la época del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austriaca. La declaracion podrá ser recibida por la mision austriaca mas próxima ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquía. »

(*g*) « Los súbditos lombardos que sirven en el ejército austriaco, escepto los que son originarios de la parte del territorio lombardo reservado á S. M. el Emperador de Austria por el presente tratado, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á su casa. Los que quieran permanecer al servicio del Austria no serán molestados por este hecho en sus personas ni propiedades.

Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía que manifiesten la intencion de conservar las funciones que desempeñan al servicio del Austria. »

(*h*) «Las pensiones así civiles como militares, regularmente líquidas, que corran á cargo de las cajas públicas de la Lombardía, serán satisfechas en adelante por el nuevo gobierno á sus titulares, y, si á ello hubiere lugar, á sus viudas é hijos. Esta estipulacion comprende tanto á los pensionistas civiles como militares, como igualmente á sus viudas é hijos, sin distincion de orígen, que conserven su domicilio en el ter-

ritorio cedido, y cuyos sueldos, pagados hasta 1814 por el antiguo reino de Italia, quedaron entonces á cargo del Tesoro austríaco. »

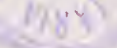
(*i*) «Los archivos que contienen los títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil, relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el Emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como pueda verificarse. Recíprocamente estos títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil que corresponden al territorio cedido, que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios del nuevo gobierno de la Lombardía. Las altas partes contratantes se comprometen á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Veneto.»

(*j*) «Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles en el caso en que la nueva legislacion bajo la cual pasan, no autorice la conservacion de sus establecimientos.»

« Art. 3.° Por el artículo adicional al tratado concluido con fecha de este dia entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, habiéndose comprometido el gobierno francés á pagar al austríaco por cuenta del nuevo gobierno de la Lombardía la suma de 40 millones de florines (moneda de convencion), estipulado en el art. 7 de dicho tratado, S. M. el Rey de Cerdeña, á consecuencia de las obligaciones que ha aceptado por el artículo precedente, se obliga á reembolsar esta suma á la Francia de la manera siguiente:

« El gobierno sardo entregará al de S. M. el Emperador de los franceses títulos de la renta sarda de 5 p. 100 al portador, por un valor de 100 millones de francos; el gobierno francés los acepta al curso medio de la Bolsa de Paris del 29 de octubre de 1859. Los intereses de esta renta corren á beneficio de la Francia desde el dia de la entrega de los títulos, que tendrá lugar un mes despues del cambio de las ratificaciones del presente tratado.

« Art. 4.° Para minorar las cargas que el gobierno francés se ha impuesto con motivo de la última guerra, el gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña se obliga á entregar al gobierno de S. M. el Emperador de los franceses una suma de 60 millones de francos, para el pago de la cual se inscribirá en el Gran Libro de la Deuda pública de Cerdeña, una renta de 5 por 100 de 3 millones. Los títulos de la misma se remitirán al gobierno francés que los acepta á la par. Los intereses de esta renta correrán á beneficio de la Francia desde el dia de la entrega de los títulos, que tendrá lugar un mes despues del cambio de las ratificaciones.



« Art. 5.° El presente tratado será ratificado y las ratificaciones de él serán cambiadas en Zurich dentro del término de quince dias ó antes si es posible.

«En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y puesto el sello de sus armas.

— « Hecho en Zurich á 10 de noviembre del año de gracia de 1859. (Sello). Firmado. — *Des Abrois*, (Sello) *Bourqueney*, (Sello), *Banneville.* »

« Habiéndonos satisfecho el tratado que antecede en todas y en cada una de las disposiciones que encierra, declaramos así para Nos como para nuestros herederos y sucesores, que queda aprobado, aceptado, ratificado y confirmado, y por las presentes lo aprobamos, ratificamos y confirmamos, prometiendo observarlo y hacerlo observar inviolablemente.

—« En testimonio de lo cual Nos hemos firmado de nuestra mano las presentes cartas de ratificacion, y hemos hecho poner en ellas el gran sello de nuestras armas.

« Dado en Turin á diez y siete de noviembre del año de gracia de 1859. — VICTOR MANUEL. — Por el rey : — El ministro secretario de Estado en el departamento de Negocios estrangeros. — DABORMIDA. — Por copia conforme con el original : — El secretario general del ministerio de Negocios estrangeros. — CARUTTI. »

TRATADO ENTRE EL PIAMONTE Y EL AUSTRIA.

« Victor Manuel II, por la gracia de Dios, Rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalen, duque de Saboya, de Génova, etc., príncipe del Piamonte, etc., á todos los que las presentes vieren, salud.

« Se ha concluido entre Nos, S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria un tratado que ha sido firmado en Zurich el 10 de noviembre de este año de 1859, por los plenipotenciarios respectivos, tratado cuyo tenor es como sigue :

« Art. 1.° Desde el dia de las ratificaciones del presente tratado habrá perpétua paz y amistad entre S. M. el Rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de Austria, sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.

« Art. 2.° Los prisioneros de guerra austríacos y sardos serán entregados inmediatamente por ambas partes.

« Art. 3.° A consecuencia de las cesiones territoriales estipuladas en los tratados concluidos en este dia, entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Emperador de los franceses por una parte, y S. M. el Rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de los franceses por otra, los nuevos

límites entre las provincias italianas del Austria y la Cerdeña serán en adelante los siguientes :

« La frontera que parte del límite meridional del Tirol, en el lago de La Garda, seguirá por el medio del lago hasta la altura de Bardolino y de Manerbe, desde donde irá en línea recta á encontrar el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda.

« Seguirá la circunferencia de esta zona, cuyo radio, contado desde el centro de la plaza, se fija á 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glacis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia, se estenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo, seguirá el curso del Pó hasta Luzzara, desde cuyo punto en nada cambian los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

« Una comision militar, instituida por las altas partes contratantes, se encargará de ejecutar el trazado del terreno en el mas corto plazo posible.

« Art. 4.° Los territorios ocupados aun en virtud del armisticio del 8 de julio último serán evacuados recíprocamente por las tropas sardas y austriacas, que se retirarán inmediatamente al otro lado de las fronteras determinadas en el artículo precedente.

« Art. 5.° El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña se encargará de los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-veneto. Se encargará igualmente de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada entre las altas partes contratantes en 40 millones de florines, « moneda de convencion. »

« Art. 6.° Respecto á los 40 millones de florines estipulados en el artículo anterior, el gobierno de S. M. el Emperador de los franceses renueva la obligacion que ha contraido para con el gobierno de S. M. el Emperador de Austria de efectuar su pago segun la manera determinada en el artículo adicional al tratado firmado con fecha de este dia entre las dos altas partes contratantes.

« Por otra parte el gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña repite nuevamente la obligacion que ha contraido por el tratado firmado tambien hoy entre la Cerdeña y la Francia, de reembolsar esta suma al gobierno de S. M. el Emperador de los franceses, con arreglo á lo estipulado en el artículo 3.° del referido tratado.

« Art. 7.° Se instituirá inmediatamente una comision compuesta de delegados de las altas partes contratantes, para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-veneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento se efectuará tomando por base la reparticion de

los tres quintos para la Cerdeña, y de dos quintos para el Austria. — Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de la Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, la Cerdeña recibirá tres quintos y el Austria dos; y en cuanto á la parte del activo que se compone de bienes territoriales ó de créditos hipotecarios, la comision efectuará el reparto, teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de ellos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran situados.

« En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-veneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, la Cerdeña se encarga de tres quintos y el Austria de dos, sea para pagar los intereses, sea para reembolsar el capital con arreglo á los reglamentos hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de súbditos austríacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria, que, dentro de un plazo de tres meses, á contar desde el cambio de las ratificaciones, ó mas pronto si fuese posible, trasmitirá al gobierno sardo estados especificados de estos títulos.

« Art. 8.° El gobierno de S. M. sarda es sucesor de los derechos y obligaciones que resultan de los contratos regularmente estipulados por la Administracion austríaca, para objetos de interés público que interesen particularmente al pais cedido.

« Art. 9.° El gobierno austríaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas, en las cajas públicas austríacas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones. Los súbditos austríacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán exactamente reembolsados por el gobierno sardo.

« Art. 10. El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austríaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y en particular las concesiones que resultan de los contratos celebrados con fecha de 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857 y 25 de setiembre de 1858.

« Desde el dia del cambio de las ratificaciones del presente tratado, el gobierno sardo se encarga de todos los derechos y obligaciones que resultaban para el gobierno austríaco, de las concesiones arriba citadas, en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

« En consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al go-

bierno austríaco, respecto á estos caminos de hierro, queda trasferido al gobierno sardo.

« Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios en virtud del contrato del 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el tesoro austríaco.

« Los créditos de los contratistas de construcciones y de abastecedores, lo mismo que las indemnizaciones por espropiacion de terrenos que se refieren á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no han sido aun satisfechos, serán pagados por el gobierno austríaco, y por la parte que en ellos les corresponde, en virtud del acta de concesion, por los concesionarios en nombre del gobierno austríaco.

« Un convenio especial arreglará en el plazo mas corto posible, el servicio internacional de los caminos de hierro entre la Cerdeña y el Austria.

« Art. 11. Queda consignado que el cobro de los créditos que resultan de los párrafos 12, 13, 14, 15 y 16 del 14 de marzo de 1856, no dará al Austria ningun derecho de intervencion ni de vigilancia sobre la construccion y esplotacion de los caminos de hierro en el territorio cedido.

« El gobierno sardo se obliga por su parte á facilitar todos los datos que se le pidan respecto á este punto por el gobierno austríaco.

« Art. 12. Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido, tendrán durante el espacio de un año, contado desde el dia del cambio de las ratificaciones y mediante prévia declaracion hecha á la autoridad competente, plena y entera facultad de esportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso conservarán la calidad de súbditos austríacos. Serán igualmente libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

« La misma facultad queda acordada recíprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía, establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria. Los lombardos que se aprovechen de las presentes disposiciones no podrán ser por el hecho de esta accion, inquietados por ninguna de ambas partes en sus personas ó propiedades situadas en los Estados respectivos.

« El plazo de un año se estiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía que, en la época del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austríaca.

« Su declaracion podrá ser recibida por la mision austríaca mas pró-

xima, ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquía.

« Art. 13. Los súbditos lombardos que están al servicio del Austria, escepto los que son originarios de la parte del territorio lombardo, reservado á S. M. el Emperador de Austria, recibirán inmediatamente licencia y serán enviados á su casa.

« Queda sentado que los que quieran permanecer al servicio de Su Magestad I. y R. apostólica no serán por este hecho inquietados en sus personas ni propiedades.

« Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles, originarios de la Lombardía, que manifiesten la intencion de continuar sus funciones bajo el servicio del Austria.

« Art. 14. Las pensiones tanto civiles como militares regularmente liquidadas que estaban á cargo de las cajas públicas de la Lombardía seguirán pagándose en lo sucesivo á sus titulares, y, si á ello hubiese lugar, á sus viudas y á sus hijos por el gobierno sardo.

« Esta estipulacion se estiende á los pensionistas así civiles como militares, á sus viudas é hijos, sin distincion de orígen, que conserven su domicilio en el territorio cedido y cuyos pagos hechos hasta 1814 por el antiguo reino de Italia pasaron entonces á cargo del tesoro austríaco.

« Art. 15. Los archivos que contienen títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil, relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el Emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como sea posible.

« Recíprocamente los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil concernientes al territorio cedido que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios de S. M. el Rey de Cerdeña.

« Los gobiernos de Cerdeña y de Austria se obligan á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, todos los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Veneto.

« Art. 16. Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía, cuya existencia no autorice la legislacion sarda, podrán disponer libremente de sus propiedades muebles ó inmuebles.

« Art. 17. Todos los tratados y convenios concluidos entre S. M. el Rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de Austria que estaban en vigor antes del 1.° de abril de 1859, quedan confirmados siempre que no deroguen el presente tratado. Sin embargo, las dos altas partes contratantes se obligan á someter, en el término de un año, estos tratados y convenios á una reunion general, á fin de introducir en ellos de comun

acuerdo las modificaciones que se crean conformes al interés de los dos paises.

« Entre tanto estos tratados y convenios comprenden el territorio nuevamente adquirido para S. M. el Rey de Cerdeña.

« Art. 18. La navegacion del lago de La Garda es libre salvo los reglamentos particulares de los puertos y de policía ribereña. La libertad de navegacion del Pó y de sus afluentes queda mantenida conforme á los tratados.

« En el término de un año, á contar del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se concluirá entre la Cerdeña y el Austria un convenio destinado á fijar las medidas necesarias para prevenir el contrabando en estas aguas. Entre tanto, se aplicarán á la navegacion las disposiciones estipuladas en el convenio de 22 de noviembre de 1851 para la represion del contrabando en el Lago Mayor, el Pó, el Tesino, y durante el mismo intervalo no se hará innovacion alguna en los reglamentos y en los derechos de navegacion que rigen respecto al Pó y sus tributarios.

« Art. 19. El gobierno sardo y el gobierno austríaco se obligan á arreglar, por un acta especial, todo lo relativo á la propiedad y conservacion de los puentes y pasages del Mincio, allí donde forma la frontera, á las construcciones nuevas que tengan que hacerse, á los gastos que las mismas ocasionen y á la percepcion de los peages.

« Art. 20. Allí donde el cauce del Mincio marque en lo sucesivo la frontera entre la Cerdeña y el Austria, las construcciones que tengan por objeto la rectificacion y encauzamiento de este rio ó que fuesen de naturaleza á cambiar su corriente, se harán de comun acuerdo entre los dos Estados limítrofes. Un arreglo ulterior determinará este asunto.

« Art. 21. Los habitantes de los distritos limítrofes disfrutarán recíprocamente de las facilidades que estaban anteriormente aseguradas á los ribereños del Tesino.

« Art. 22. Para contribuir con todas sus fuerzas á la pacificacion de los ánimos, S. M. el Rey de Cerdeña y S. M. el Emperador de Austria, declaran y prometen que en sus territorios respectivos, y en los paises restituidos ó cedidos, ningun individuo comprometido á consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en la Península, de cualquier clase ó condicion que sea, podrá ser perseguido, inquietado ó molestado en su persona ó propiedad á causa de su conducta ó de sus opiniones politicas.

« Art. 23. El presente tratado será ratificado y las ratificaciones de él cambiadas en Zurich en el término de quince dias, ó antes si fuera posible.

« En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

Hecho en Zurich el 10 de noviembre del año de gracia de 1859. — (Sello). Des-Ambrois. (Sello). Jocteau. (Sello). Karoly. (Sello). Meysenbug. (Sello). Bourqueney. (Sello). Banneville. »

« Nos: habiendo visto y examinado el tratado que antecede, lo hemos aprobado, aceptado, ratificado y confirmado, y por las presentes lo aprobamos, aceptamos, ratificamos y confirmamos, prometiendo observarlo y hacerlo observar inviolablemente.

« En testimonio de lo cual hemos firmado de nuestra mano las presentes cartas de ratificacion, mandando poner en ellas el sello de nuestras armas.

« Dado en Turin á 17 de noviembre del año de gracia de 1859. — Victor Manuel.—Por el rey: —*El ministro de Negocios estrangeros.*— Dabormida.— Por copia conforme al original: —*El secretario general del ministro de Negocios estrangeros.*— Carutti. »

TRATADO DE PAZ ENTRE LA FRANCIA Y EL AUSTRIA.

« Artículo 1.° En lo sucesivo habrá paz y amistad entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, como igualmente entre sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos, perpétuamente.

« Art. 2.° Los prisioneros de guerra serán entregados inmediatamente por ambas partes.

« Art. 3.° Para atenuar los males de la guerra, y por una derogacion escepcional de la jurisprudencia generalmente consagrada, los buques austríacos capturados, sobre los cuales no ha recaido aun el fallo del Tribunal de presas, serán restituidos.

« Los buques y cargamentos serán entregados en el estado en que se encuentren en el acto de la devolucion despues del pago de todos los gastos que hayan podido ocasionar la conduccion, custodia y diligencias de dichas presas, como igualmente del flete que corresponde á los aprehensores, sin que pueda haber lugar á pedir indemnizacion por presas echadas á pique ó destruidas, como igualmente por aprehensiones ejercidas en las mercancías de propiedad enemiga, aun en el caso de que no hubiesen sido falladas en el Tribunal de presas.

« Queda por otra parte establecido que las sentencias pronunciadas por el Tribunal de presas son definitivas, y los beneficios ejecutorios en favor de los que tengan derecho á los mismos.

« Art. 4.° S. M. el Emperador de Austria renuncia para sí y todos sus descendientes y sucesores, en favor de S. M. el Emperador de los franceses, á sus derechos y títulos sobre la Lombardía, escepto las fortalezas de Peschiera y Mantua, y de los territorios determinados

por los nuevos límites que quedan en poder de S. M. I. y R. apostólica.

« La frontera que parte del límite meridional del Tirol, sobre el lago de la Garda, seguirá por el medio del lago hasta la altura de Bardolino y de Manerba, desde donde irá á buscar en línea recta el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda.

« Esta zona será determinada por una circunferencia cuyo rádio, contando que parte del centro de la plaza, está fijado en 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glacis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia asi designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia; se estenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo, seguirá el curso del Pó hasta Luzzara, punto desde el cual en nada cambian los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

« Una comision militar, instituida por los gobiernos interesados, se encargará de ejecutar el trazado sobre el terreno en el mas breve plazo posible.

« Art. 5.° S. M. el Emperador de los franceses declara su intencion de entregar á S. M. el Rey de Cerdeña los territorios cedidos por el artículo que antecede.

« Art. 6.° Los territorios ocupados aun en virtud del armisticio del 8 de julio último, serán evacuados recíprocamente por las potencias beligerantes, cuyas tropas se retirarán inmediatamente detrás de las fronteras determinadas en el artículo 4.°

« Art. 7.° El nuevo gobierno de la Lombardía tomará á su cargo los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-veneto.

« Igualmente se encargará de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada entre las altas partes contratantes á 40 millones de florines, « moneda de convencion. »

« La manera como deberá efectuarse el pago de estos 40 millones se determinará en un artículo adicional.

« Art. 8.° Se instituirá inmediatamente una comision internacional para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-veneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para el nuevo gobierno y de dos quintos para el Austria.

« Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, el nuevo gobierno recibirá tres quintos y el Austria dos: y en cuanto á la parte del activo que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios, la comision hará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que

pase la propiedad de ellos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran.

«En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-veneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, el nuevo gobierno se encarga de tres quintos y el Austria de dos, sea para pagar los intereses, sea para el reembolso del capital, conforme á los reglamentos hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de súbditos austríacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria, que, dentro de un plazo de tres meses, desde el dia del cambio de las ratificaciones, ó antes si fuera posible, trasmitirá al nuevo gobierno de la Lombardía estados especificados de estos títulos.

«Art. 9.° El nuevo gobierno de la Lombardía será sucesor de los derechos y obligaciones que resulten de los contratos regularmente estipulados por la administracion austríaca para objetos de interés público que conciernan especialmente al pais cedido.

«Art. 10. El gobierno austríaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas en las cajas públicas austríacas, á título de fianzas, depósitos ó consignaciones; así como los súbditos austríacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán exactamente reembolsadas por el nuevo gobierno.

«Art. 11. El nuevo gobierno de la Lombardía reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austríaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y sobre todo las concesiones que resultan de los contratos hechos con fecha 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857 y 25 de setiembre de 1858.

«Desde la fecha del cambio de las ratificaciones del presente tratado, el nuevo gobierno se encarga de todos los derechos y de todas las obligaciones que resultaban para el gobierno austríaco de las concesiones antes citadas, de lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

«En su consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austríaco respecto á estos caminos de hierro, queda trasferido al nuevo gobierno de la Lombardía. Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios, en virtud del contrato de 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el Tesoro austríaco.

« Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones por espropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion eran administrados por cuenta del Estado, que no hayan sido pagados todavía, serán satisfechos por el gobierno austríaco, y por la parte en que en ello puedan estar obligados en virtud del acta de concesion, por los concesionarios en nombre del gobierno austríaco.

« Un convenio especial arreglará en el mas corto plazo posible el servicio internacional de los caminos de hierro entre los paises respectivos.

« Art. 12. Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido por el presente tratado, tendrán por espacio de un año, á contar desde el dia del cambio de la ratificaciones, y mediante una declaracion hecha de antemano á la autoridad competente, facultad plena y entera de esportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los estados de S. M. I. y R. apostólica; en cuyo caso se les mantendrá su calidad de súbditos austriacos. Además son libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

« Igual facultad se concede recíprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria.

« Los lombardos que hagan uso de los presentes disposiciones no podrán, por este hecho, ser inquietados por ninguna de ambas partes en sus personas ó en sus propiedades situadas en los Estados respectivos.

« El plazo de un año se estiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardia que, en la época del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austriaca. Su declaracion podrá ser recibida por la mision austríaca mas próxima ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquía.

« Art. 13. Los súbditos lombardos que sirven en el ejército austríaco, escepto los originarios de la parte del territorio lombardo reservado á S. M. el Emperador de Austria por el presente tratado, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á su casa. Los que quieran permanecer al servicio del Austria no serán molestados por este hecho en sus personas ni propiedades.

« Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía que manifiesten la intencion de conservar las funciones que desempeñan al servicio del Austria.

« Art. 14. Las pensiones asi civiles como militares, regularmente líquidas, que corrian á cargo de las cajas públicas de la Lombardía, serán satisfechas en adelante por el nuevo gobierno á sus titulares, y, si

á ello hubiese lugar, á sus viudas é hijos. Esa estipulacion comprende así á los pensionistas civiles como militares, como igualmente á sus viudas é hijos, sin distincion de orígen, que conserven su domicilio en el territorio cedido y cuyos sueldos, pagados hasta 1814 por el antiguo reino de Italia, quedaron entonces á cargo del tesoro austríaco.

«Art. 15. Los archivos que contienen los títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil, relativos, sea á la parte de la Lombardía cuya posesion queda reservada á S. M. el Emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica tan luego como pueda verificarse. Recíprocamente los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil que corresponden al territorio cedido, que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados á los comisarios del nuevo gobierno de la Lombardía.

«Las altas partes contratantes se comprometen á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardía y al Veneto.

«Art. 16. Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles, en el caso en que la nueva legislacion, bajo la cual pasan, no autorice la conservacion de sus establecimientos.

«Art. 17. S. M. el Emperador de los franceses se reserva el transferir á S. M. el Rey de Cerdeña, en la forma establecida en las transacciones internacionales, los derechos y obligaciones que resultan de los artículos 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16 y 17 del presente tratado, como igualmente del artículo adicional mencionado en el artículo 7.°

«Art. 18. S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria se obligan á emplear todos sus esfuerzos para favorecer la creacion de una Confederacion entre los Estados italianos, que será colocada bajo la presidencia honoraria del Papa, cuyo objeto será mantener la independencia y la inviolabilidad de los Estados confederados, asegurar el desarrollo de sus intereses morales y materiales, y garantir la seguridad interior y esterior de la Italia, por medio de la existencia de un ejército federal.

«El Veneto, queda colocado bajo la corona de S. M. I. y R. apostólica; formará uno de los Estados de esta Confederacion y participará de las obligaciones y de los derechos que resulten del pacto federal, cuyas cláusulas se determinarán por una Asamblea compuesta de todos los Estados italianos.

«Art. 19. Las circunscripciones territoriales de los Estados independientes de Italia, que no tenian parte en la última guerra, no pudiendo

cambiarse sino con el concurso de las potencias que han tomado parte á su formacion y que han reconocido su existencia los derechos del gran duque de Toscana, del duque de Módena y del duque de Parma, quedan espresamente reservados entre las altas partes contratantes.

« Art. 20. Deseando ver asegurados la tranquilidad de los Estados de la Iglesia y el poder del Padre Santo; convencidos de que este objeto no puede alcanzarse de una manera eficaz, sino adoptando un sistema apropiado á las necesidades de los pueblos, conforme con las generosas intenciones ya manifestadas por el Sumo Pontífice, S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria, unirán sus esfuerzos para obtener de S. S. el que su gobierno tome en consideracion la necesidad de introducir en la administracion reformas reconocidas indispensables.

« Art. 21. Para contribuir con todas sus fuerzas á la pacificacion de los ánimos, las altas partes contratantes declaran y prometen que en sus territorios respectivos y en los paises restituidos ó cedidos, ningun individuo comprometido á consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en la Península, de cualquier clase ó condicion que sea, podrá ser perseguido, inquietado ó molestado en su persona ó propiedad, á causa de su conducta ó de sus opiniones políticas.

« Art. 22. El presente tratado será ratificado y las ratificaciones de él cambiadas en Zurich en el término de quince dias, ó antes si fuera posible.

« En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

« Hecho en Zurich el 10 de noviembre del año de gracia de 1859.—*Firmado*: Bourqueney, Banneville, Karoly, Meysenbug. »

Artículo adicional al tratado firmado entre la Francia y el Austria en Zurich el 10 de noviembre de 1859.

« El gobierno de S. M. el Emperador de los franceses, se obliga para con el gobierno de S. M. I. y R. apostólica, á efectuar por cuenta del nuevo gobierno de la Lombardía, que le garantizará su reembolso, el pago de 40 millones de florines, (moneda de convencion) estipulados en el artículo 7.° del presente tratado, en la forma y segun los cambios determinados en los párrafos siguientes:

« 8 millones de florines se pagarán en dinero de plata, contante, por medio de una carta-órden pagadera en Paris, sin interés, á la espiracion del tercer mes, contado desde la fecha de la firma del presente tratado, cuya carta-órden será entregada á los plenipotenciarios de S. M. I. y R. apostólica, al verificarse el cambio de las ratificaciones.

« El pago de los 32 millones restantes se efectuará en Viena, en dinero contante, en diez pagos sucesivos de dos en dos meses, en letras de cambio sobre Paris, á razon de 3 millones 200,000 florines, (moneda de convencion) cada uno. El primero de estos diez pagos se hará dos meses despues de la carta-órden de 8 millones de florines arriba estipulada. Para este término como para todos los demás, los intereses se fijarán al 5 p. 100, á contar desde el primer dia del mes que seguirá al cambio de las ratificaciones del presente tratado.

« El presente artículo adicional tendrá igual fuerza y valor que si se hubiese insertado palabra por palabra en el tratado de este dia.

« Este artículo será ratificado en acta separada, y las ratificaciones de él cambiadas al propio tiempo.

« En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos han firmado esta acta adicional y puesto en ella el sello de sus armas.

« Hecho en Zurich el 10 de Noviembre del año de gracia de 1859.— *Firmado:* Bourqueney.—Banneville.— Karoly.—Meysenbug. »

TRATADO DE PAZ CONCLUIDO ENTRE LA FRANCIA, EL AUSTRIA Y LA CERDEÑA.

« Art. 1.º Desde el dia del cambio de las ratificaciones del presente tratado, habrá perpétua paz y amistad entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Rey de Cerdeña, sus herederos y sucesores, sus Estados y súbditos respectivos.

« Art. 2.º Los prisioneros de guerra austriacos y sardos serán entregados inmediatamente por ambas partes.

« Art. 3.º A consecuencia de las cesiones territoriales estipuladas en los tratados concluidos en este dia entre S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Emperador de Austria por una parte, y S. M. el Emperador de los franceses y S. M. el Rey de Cerdeña por otra, los nuevos límites entre las provincias italianas del Austria y de la Cerdeña serán en adelante los siguientes:

« La frontera que parte del límite meridional del Tirol, en el lago de La Garda, seguirá por el medio del lago hasta la altura de Bardolino y de Manerba, desde donde irá en línea recta á encontrar el punto de interseccion de la zona de defensa de la plaza de Peschiera con el lago de La Garda.

« Seguirá la circunferencia de esta zona, cuyo rádio, contado desde el centro de la plaza, se fija á 3,500 metros, mas la distancia de dicho centro al glacis del fuerte mas adelantado. Desde el punto de interseccion de la circunferencia así designada, con el Mincio, la frontera seguirá las sinuosidades del rio hasta La Gracia, se estenderá de La Gracia en línea recta hasta Scorzarolo, seguirá el curso del Pó hasta

Luzzara, desde cuyo punto en nada cambian los límites actuales que quedan tal como estaban antes de la guerra.

« Una comision militar, instituida por las altas partes contratantes, se encargará de ejecutar el trazado del terreno en el mas corto plazo posible.

Art. 4.° Los territorios ocupados aun en virtud del armisticio del 8 de julio, serán evacuados recíprocamente por las tropas austriacas y sardas, que se retirarán inmediatamente al otro lado de las fronteras determinadas en el artículo precedente.

« Art. 5.° El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña se encargará de los tres quintos de la deuda del Monte lombardo-veneto. Se encargará igualmente de una parte del empréstito nacional de 1854, fijada por las altas partes contratantes en 40 millones de florines (moneda de convencion).

« Art. 6.° Respecto á los 40 millones de florines estipulados en el artículo anterior, el gobierno de S. M. el Emperador de los franceses renueva la obligacion que ha contraido para con el gobierno de S. M. el Emperador de Austria, de efectuar su pago segun la manera determinada en el artículo adicional al tratado firmado con fecha de este dia entre las dos altas partes contratantes.

« Por otra parte, el gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña repite nuevamente la obligacion que ha contraido por el tratado firmado tambien hoy entre la Francia y la Cerdeña, de reembolsar esta suma á S. M. el Emperador de los franceses, con arreglo á lo estipulado en el articulo 5.° de dicho tratado.

« Art. 7.° Se instituirá inmediatamente una comision compuesta de delegados de las altas partes contratantes, para proceder á la liquidacion del Monte lombardo-veneto. La particion del activo y del pasivo de este establecimiento, se efectuará tomando por base la reparticion de los tres quintos para la Cerdeña y de dos quintos para el Austria.

« Del activo del fondo de amortizacion del Monte y de su Caja de depósitos, que consiste en efectos públicos, la Cerdeña recibirá tres quintos y el Austria dos; y en cuanto á la parte del activo que se compone de bienes raices ó de créditos hipotecarios, la comision efectuará el reparto teniendo en cuenta la situacion de los inmuebles, de manera que pase la propiedad de los mismos, en cuanto sea posible, al gobierno en cuyo territorio se encuentran situados.

« En cuanto á las diferentes clases de deudas inscritas hasta el 4 de junio de 1859 en el Monte lombardo-veneto, y á los capitales colocados á interés en la Caja de depósitos del fondo de amortizacion, la Cerdeña se encargará de tres quintos y el Austria de dos, sea para pagar los intereses, sea para reembolsar el capital con arreglo á los reglamentos

hasta ahora en vigor. Los títulos de crédito de súbditos austríacos entrarán con preferencia en la cuota del Austria, que, dentro de un plazo de tres meses, á contar desde el cambio de las ratificaciones, ó mas pronto si fuese posible, trasmitirá al gobierno sardo estados especificados de estos títulos.

« Art. 8.° El gobierno de S. M. Sarda es sucesor de los derechos y obligaciones que resultan de los contratos regularmente estipulados por la Administracion austríaca, para objetos de interés público que conciernan particularmente al pais cedido.

« Art. 9.° El gobierno austríaco quedará encargado del reembolso de todas las sumas entregadas por los súbditos lombardos, por las municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas, en las cajas públicas austriacas á título de fianzas, depósitos y consignaciones. Los súbditos austríacos, municipalidades, establecimientos públicos y corporaciones religiosas que hayan entregado sumas á título de fianzas, depósitos ó consignaciones en las cajas de la Lombardía, serán igualmente reembolsados por el gobierno sardo.

« Art. 10. El gobierno de S. M. el Rey de Cerdeña reconoce y confirma las concesiones de caminos de hierro acordadas por el gobierno austríaco en el territorio cedido, en todas sus disposiciones y por toda su duracion, y en particular las concesiones que resultan de los contratos celebrados con fecha 14 de marzo de 1856, 8 de abril de 1857 y 23 de setiembre de 1858.

« Desde el dia del cambio de las ratificaciones del presente tratado, el gobierno sardo se encarga de todos los derechos y obligaciones que resultaban para el gobierno austríaco de las concesiones arriba citadas, en lo que concierne á las líneas de caminos de hierro situadas en el territorio cedido.

« En consecuencia, el derecho de devolucion que pertenecia al gobierno austríaco respecto á estos caminos de hierro, queda trasferido al gobierno sardo.

« Los pagos que quedan por hacer de la suma debida al Estado por los concesionarios, en virtud del contrato del 14 de marzo de 1856, como equivalente de los gastos de construccion de dichos caminos, serán efectuados integralmente en el Tesoro austríaco.

« Los créditos de los contratistas de construcciones y de los abastecedores, como igualmente las indemnizaciones de espropiacion de terrenos que se refieran á la época en que los caminos de hierro en cuestion, eran administrados por cuenta del Estado, que no han sido aun satisfechos, serán pagados por el gobierno austríaco y por la parte que en ellos les corresponde en virtud del acta de concesion, por los concesionarios en nombre del gobierno austríaco.

« Un convenio especial arreglará, en el plazo mas corto posible, el servicio internacional de los caminos de hierro entre el Austria y la Cerdeña.

« Art. 11. Queda consignado que el cobro de los créditos que resultan de los párrafos 12, 13, 14, 15 y 16 del contrato del 14 de marzo de 1856, no dará al Austria ningun derecho de intervencion ni de vigilancia sobre la construccion y esplotacion de los caminos de hierro en el territorio cedido. El gobierno sardo se obliga por su parte á facilitar todos los datos que se le pidan respecto á este punto por el gobierno austríaco.

« Art. 12. Los súbditos lombardos domiciliados en el territorio cedido tendrán durante el espacio de un año, contado desde el dia del cambio de las ratificaciones, y mediante prévia declaracion hecha á la autoridad competente, plena y entera facultad de esportar sus bienes muebles francos de derechos, y de retirarse con sus familias á los Estados de S. M. I. y R. apostólica, en cuyo caso conservarán la calidad de súbditos austríacos. Serán igualmente libres de conservar sus bienes inmuebles situados en territorio lombardo.

« La misma facultad queda acordada recíprocamente á los individuos originarios del territorio cedido de la Lombardía, establecidos en los Estados de S. M. el Emperador de Austria. Los lombardos que se aprovechen de las presentes disposiciones, no podrán ser, por el hecho de esta accion, inquietados por ninguna de ambas partes en sus personas ó propiedades situadas en los Estados respectivos.

« El plazo de un año se estiende á dos para los súbditos originarios del territorio cedido de la Lombardía, que en la época del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se encuentren fuera del territorio de la monarquía austríaca. Su declaracion podrá ser recibida por la mision austríaca mas próxima, ó por la autoridad superior de una provincia cualquiera de la monarquia.

« Art. 13. Los súbditos lombardos que están al servicio del Austria, escepto los que son originarios de la parte del territorio lombardo, reservado á S. M. el Emperador de Austria, recibirán inmediatamente su licencia y serán enviados á su casa.

« Queda sentado que los que quieran permanecer al servicio de Su Majestad I. y R. apostólica, no serán por este hecho inquietados en sus personas ni propiedades.

« Las mismas garantías quedan aseguradas á los empleados civiles originarios de la Lombardía, que manifiesten la intencion de continuar sus funciones bajo el servicio del Austria.

« Art. 14. Las pensiones tanto civiles como militares, regularmente liquidadas, que corrian á cargo de las cajas públicas de la Lombardía,

seguirán pagándose en lo sucesivo á sus titulares, y si á ello hubiese lugar, á sus viudas y á sus hijos por el gobierno sardo.

« Esta estipulacion se estiende á los pensionistas así civiles como militares, á sus viudas é hijos, sin distincion de orígen, que conserven su domicilio en el territorio cedido, y cuyos pagos, hechos hasta 1814 por el antiguo reino de Italia, pasaron entonces á cargo del Tesoro austríaco.

« Art. 15. Los archivos que contienen títulos de propiedad y documentos administrativos y de justicia civil relativos, sea á la parte de la Lombardía, cuya posesion queda reservada á S. M. el Emperador de Austria, sea á las provincias venecianas, serán entregados á los comisarios de S. M. I. y R. apostólica, tan luego como sea posible.

« Recíprocamente los títulos de propiedad, documentos administrativos y de justicia civil, concernientes al territorio cedido que puedan encontrarse en los archivos del imperio de Austria, serán entregados a los comisarios de S. M. el Rey de Cerdeña.

« Los gobiernos de Austria y Cerdeña, se obligan á comunicarse recíprocamente, á peticion de las autoridades administrativas superiores, todos los documentos é informes relativos á asuntos que correspondan á la vez á la Lombardia y al Veneto.

« Art. 16. Las corporaciones religiosas establecidas en la Lombardía, cuya existencia no autorice la legislacion sarda, podrán disponer libremente de sus propiedades muebles é inmuebles.

« Art. 17. Todos los tratados y convenios concluidos entre S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Rey de Cerdeña, que estaban en vigor antes del 1.° de abril de 1859, quedan confirmados siempre que no deroguen el presente tratado. Sin embargo, las dos altas partes contratantes se obligan á someter, en el término de un año, estos tratados y convenios á una revision general, á fin de introducir en ellos de comun acuerdo, las modificaciones que se crean conformes al interés de los dos paises.

« Entretanto, estos tratados y convenios comprenden el territorio nuevamente adquirido por S. M. el Rey de Cerdeña.

« Art. 18. La navegacion del lago de La Garda es libre, salvo los reglamentos particulares de los puertos y de policía ribereña. La libertad de navegacion del Pó y de sus afluentes queda mantenida conforme á los tratados.

« En el término de un año, á contar del cambio de las ratificaciones del presente tratado, se concluirá entre el Austria y la Cerdeña un convenio destinado á fijar las medidas necesarias para prevenir el contrabando en estas aguas. Entre tanto se aplicarán á la navegacion las disposiciones estipuladas en el convenio de 22 de noviembre de 1851,

para la represion del contrabando en el Lago Mayor, el Pó y el Tesino, y durante el mismo intervalo no se hará innovacion alguna en los reglamentos ni en los derechos de navegacion que rigen respecto al Pó y sus tributarios.

Art. 19. El gobierno austríaco y el gobierno sardo se obligan á arreglar, por un acto especial, todo lo relativo á la propiedad y conservacion de los puentes y pasages del Mincio, allí donde forma la frontera, á las construcciones nuevas que tengan que hacerse, á los gastos que las mismas ocasionen y á la percepcion de los peages.

«Art. 20. Allí donde el cauce del Mincio marque en lo sucesivo la frontera entre el Austria y la Cerdeña, las construcciones que tengan por objeto la rectificacion y encauzamiento de este rio, ó que fuesen de naturaleza á cambiar su corriente, se harán de comun acuerdo entre los dos Estados limítrofes. Un arreglo ulterior determinará este asunto.

« Art. 21. Los habitantes de los distritos limítrofes, disfrutarán recíprocamente de las facilidades que estaban anteriormente aseguradas á los ribereños del Tesino.

« Art. 22. Para contribuir con todas sus fuerzas á la pacificacion de los ánimos, S. M. el Emperador de Austria y S. M. el Rey de Cerdeña, declaran y prometen que en sus territorios respectivos, y en los paises restituidos ó cedidos, ningun individuo comprometido á consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en la Península, de cualquier clase ó condicion que sea, podrá ser perseguido, inquietado ó molestado en su persona ó propiedad á causa de su conducta ó de sus opiniones políticas.

« Art. 23. El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones de él cambiadas en Zurich en el término de quince dias, ó antes si fuera posible.

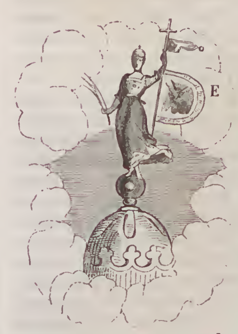
« En testimonio de lo cual los plenipotenciarios respectivos lo han firmado y sellado con el sello de sus armas.

« Hecho en Zurich el 10 de noviembre del año de gracia de 1859.— Bourqueney.— Banneville. — Karoly.— Meysenbug. — Des-Ambrois. — Jocteau. »





LA FRANCIA IMPERIAL EN 1860.



ESTABA todo el mundo creido de que iba á ser la guerra mas sangrienta y terrible, cuando con horror se fijaban todas las miradas en el famoso cuadrilátero que era el último baluarte del poder austríaco en Italia; cuando generalmente se creia que iban á repetirse en él en mas grande escala las hazañas de Montebello, Magenta y Solferino, se anunció el 8 de julio una suspension de armas hasta el 15 de agosto; y á los tres dias, ó sea el 11 del propio julio, firmaron los dos emperadores en Villafranca un tratado de paz que escitó el asombro de Europa. La mision que se impusiera la Francia al desenvainar su espada, segun decia el mismo Napoleon III, habia terminado, y el Austria,

vencida en todas las batallas, á pesar del heróico valor de sus soldados, y sobre todo, reducida á sus propias fuerzas, merced á la pacífica actitud de las demás potencias, no podia continuar por mas tiempo la guerra. Véase, pues, como la paz que sorprendió á todos, era preciso resultado de las circunstancias de aquella época. Debia reunirse próximamente un Congreso para ratificar las bases de aquella paz, segun la cual iba á establecerse en Italia una Confederacion presidida por el Sumo Pontífice, á fin de que fuesen satisfechas en lo posible todas las aspiraciones, sin que se menoscabasen los derechos de nadie; pero ni se reunió el Congreso europeo, ni se formó la Confederacion, demostrando una vez mas la esperiencia cuan poco puede creerse en las resoluciones de la política presente, siempre sujeta á la fuerza de las circunstancias. Desde entonces ha ido siempre la revolucion avanzando en Italia, hasta amenazar sériamente todos los poderes constituidos; desde entonces ha ido aumentando aun la general ansiedad que ya desde un principio despertó en los ánimos aquella cuestion magna, que, cualquiera que sea su desenlace, acabará por turbar mas ó menos la tranquilidad de Europa.

Tan pronto como se recibió la noticia de la paz firmada en Villafranca, fueron muchos los que reprobaron la conducta de Napoleon III, suponiendo que no habia sabido reportar de la lucha empeñada todo el partido posible; pero como la unidad italiana debe depender mas del triunfo de las ideas que del de las armas, conforme lo viene acreditando la esperiencia desde aquella época, preciso es confesar que el emperador de los franceses prestó un gran servicio á la causa de la humanidad, haciendo cesar una guerra que no debia ser en resultados mas fecunda que la paz de Villafranca para la península Italiana.

El conde de Cavour, que, á pesar de ser profundo político, debia de estar animado de proyectos belicosos, sobre todo al ver los repetidos triunfos del ejército franco-sardo, creyó deber presentar su dimision por no ser ya realizables los planes de engrandecimiento que abrigaba su mente, despues de la paz que acababa de firmarse. La anexion al Piamonte de los ducados de Parma, Módena y Toscana, así como de las Marcas y las Legaciones, que era lo que decidió al conde á promover la guerra, era en su concepto poco menos que imposible, mientras no quedase el poder austríaco en Italia enteramente aniquilado. Estas ideas, que en aquella época de efervescencia eran las de la generalidad, contribuyeron á que fuese el conde de Cavour el ídolo de los pueblos; sin embargo, la dimision fue aceptada, sucediéndole en el poder el general La Mármora. No por esto esperimentó un gran cambio la política sarda.

A los seis dias de haberse firmado la paz, se dirigió el emperador á

Francia, pero solo verificó su entrada en la capital despues de haber permanecido algunos dias en Saint-Cloud conforme dijimos, aguardando á las tropas que acababa de conducir á la victoria. Hé aquí el discurso que pronunció el emperador en contestacion á los de los señores Troplong, conde de Morni y Baroche.

« Señores: La adhesion de que habeis dado tantas pruebas á la emperatriz y á mi hijo durante mi ausencia, me obliga á daros gracias y á esplicaros mi conducta.

« Cuando despues de una gloriosa campaña de dos meses, llegó el ejército franco-sardo frente á Verona, debia necesariamente empezarse una lucha distinta, política y militarmente considerado. Obligado á atacar á un enemigo posesionado en distintas fortalezas, veíame en el caso de empezar una guerra de sitios en presencia de la Europa armada y resuelta á disputarnos el triunfo ó á aprovecharse de cualquier derrota que pudiesen sufrir nuestras armas. Con todo, lo difícil de la empresa no habria hecho variar mi resolucion ni contenido el ardor de las tropas, si los resultados hubiesen compensado los sacrificios que era indispensable hacer por alcanzarlos. Preciso era por lo tanto romper abiertamente con los territorios neutrales, aceptar la lucha en el Rhin y el Adiger, y apelar en todas partes al apoyo de la revolucion.

« ¡ Cuánta sangre preciosa debia correr aun á pesar de la muchísima que se habia vertido ya! En una palabra, solo podia alcanzarse el triunfo esponiendo lo que ningun soberano puede esponer, como no sea en defensa de su pais. ¿ Creeis por ventura que no me ha sido difícil contener el ardor de mis soldados, que, halagados por la victoria, solo deseaban continuar sus triunfos? ¿ Creeis que no me ha costado mucho renunciar ante la Europa á la conquista del pais que se estiende desde el Mincio al Adriático? ¿ Creeis que no he sentido mucho ver tantas ilusiones desvanecidas y defraudadas tantas esperanzas abrigadas por corazones generosos? Por la independencia italiana hice la guerra á pesar de la Europa, y la habria continuado con empeño á no verse en peligro inminente los destinos de mi pais.

«Sin embargo, no puede decirse que nuestros sufrimientos hayan sido inútiles, así pues, os repito lo que he dicho al separarme del ejército: podemos enorgullecernos del resultado de esta corta campaña. Hemos vencido un ejército, al que ningun otro supera en disciplina y valor, cuantas veces se ha presentado á nuestro frente, ó sea en cuatro combates y dos grandes batallas. El rey del Piamonte, llamado antes el guardador de los Alpes, no solo ha logrado rechazar al ejército invasor, sino que ha ensanchado sus fronteras desde el Tessino al Mincio. Además, los que combatieron un dia la nacionalidad italiana, consien-

ten ya en ella; y todos los soberanos de la Península comprenden al fin que deben hacerse útiles reformas. La paz que acabo de firmar, despues de manifestar una vez mas el poder militar de la Francia, será fecunda en grandes resultados, puesto que de ella dependerá la felicidad de Italia, la influencia de la Francia y la tranquilidad de Europa.»

El lenguaje franco y noble que se nota en este discurso, demuestra claramente lo que hemos dicho antes acerca de las causas que obligaron al emperador á firmar la paz. Hubo algunos puntos en los que la efervescencia popular llegó á su colmo; la ciudad de Florencia, sobre todo, presenció grandes escesos. No podia conformarse el pueblo italiano á la conclusion de una guerra, en la que puede decirse no habia tomado ninguna parte. Solo se logró calmar los ánimos prometiendo á los toscanos que quedaria aquel gran ducado bajo la proteccion del rey Victor Manuel, y que no estaria ya nunca mas el pais bajo la influencia austríaca. Díjoseles asimismo que era imposible el restablecimiento del gran duque, y que los destinos del pais iban á depender en lo sucesivo de los votos de los pueblos; hacíanse cada dia nuevas demostraciones en favor de la anexion de Toscana al Piamonte. El mismo entusiasmo por Victor Manuel se notaba tambien en los ducados de Módena y Parma.

Apelóse en Toscana al voto de los pueblos, que dió por resultado manifestar el pais abiertamente sus simpatías por el rey de Cerdeña. No eran en la Romanía menos graves los acontecimientos, puesto que se hacian á cada instante nuevas demostraciones por la anexion, y habian invadido ya algunas fuerzas piamontesas una parte del territorio pontificio. Sin embargo, como era aquello faltar abiertamente á lo estipulado en Villafranca, recibieron las tropas sardas la órden de retirarse á su territorio, quedando dueño del pais invadido el coronel Cipriati, á quien prometió el marqués de Azeglio á su salida que haria el Piamonte todos los esfuerzos posibles á fin de que fuesen atendidos los deseos de los pueblos. Así pues, empleáronse todos los medios para escitar á los Estados pontificios á que acabasen de consumar la obra de la revolucion que tantos sacrificios y tanta sangre costaba, adhiriéndose á la resolucion tomada por todas las principales poblaciones de Italia. En breve demostró la esperiencia no haber sido infructuosos los medios puestos en juego.

Como surgiesen cada dia nuevas dificultades que impedian la reunion del Congreso europeo, resolvieron Francia, Austria y Cerdeña prescindir de la intervencion de las potencias neutrales, para arreglar las diferencias que origináran la última lucha. En este estado, se reunieron en Zurich, los representantes de las tres potencias, los cuales resolvie-







Pio IX.


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA

ron que no apelarian la Francia y el Austria á las armas para restablecer á los duques despojados, y fijaron el modo con que debia llevarse á cabo la cesion de la Lombardía.

En vista de la eleccion popular, declararon las asambleas de Toscana, Módena y Parma que quedaban destituidos los antiguos duques, y que debian ser aquellos paises incorporados al Piamonte. Otro tanto se hizo con respecto á las Legaciones, despues de haberse hecho presente al rey Victor Manuel el resultado de la votacion y las decisiones tomadas por el gobierno provisional de aquellos paises. De este modo, como sin duda lo previera Napoleon III, vió el rey del Piamonte aumentados sus dominios con diferentes Estados, sin necesidad de continuar los horrores de la guerra. La cesion de Lombardía, la anexion de los ducados de Toscana, Módena, Parma y las Legaciones á la Cerdeña, y una grande influencia moral á que nunca habria podido aspirar el rey Victor Manuel en la Península italiana, fueron los resultados que reportó la casa de Saboya de la guerra que en union con la Francia acababa de sostener contra el Austria.

Justamente alarmada la Santa Sede al ver el desmembramiento del territorio cuya posesion le sancionaban el derecho y los siglos, hizo cuanto estuvo de su parte por evitar aquella segregacion que tan funesta debia serle; pero todo fué inútil, las cosas habian llegado á un punto tal, que no podian ya los campeones de la independencia italiana atender á las justas demostraciones del Sumo Pontífice, sin ser considerados como unos hombres débiles por los mas avanzados en ideas. Visto por el Sumo Pontífice la inutilidad de sus amonestaciones y sus quejas, fulminó la escomunion contra todos los que directa ó indirectamente contribuyeron á la anexion de las Legaciones.

La Francia, que con sus hombres y dinero no solo habia contribuido á crear en Italia el nuevo órden de cosas, sino que hasta puede decirse debia á ella sola la Cerdeña su acrecentamiento, concibió la idea de anexarse en indemnizacion las provincias de Saboya y Niza, consultando empero antes la voluntad del pais, para renunciar á sus planes caso de que le fuese esta contraria. Pero como aquellas dos provincias eran ya antes consideradas esencialmente francesas, lejos de encontrar oposicion alguna en sus habitantes, les encontró el gobierno francés dispuestos á proteger en un todo la anexion proyectada. En este estado, se procedió en Saboya y Niza á la votacion popular, siendo completo el triunfo que alcanzó el partido anexionista: desde entonces pasaron aquellas dos provincias bajo el cetro de Napoleon III. En vano protestó la Suiza contra la ocupacion francesa, en vano dirigió sus quejas á todas las cortes de Europa; la anexion habia tenido lugar, y tenia ya en su apoyo la política de los hechos consumados.

En breve trató la revolucion italiana de abrir un nuevo campo á sus proyectos. Desde la muerte del rey Fernando II de Nápoles, veíase el reino de las Dos Sicilias vivamente agitado, no tanto por estar al frente de los destinos del pais un monarca inexperto y jóven, como por no haber correspondido este á las esperanzas liberales que se concibieron á su advenimiento al poder. Hasta los hombres de ideas mas templadas deseaban ardientemente que se plantease en Nápoles una Constitucion que les pusiera al abrigo de todos los abusos en que podia incurrir el gobierno absoluto; pero lejos de acceder el jóven soberano á los justos deseos de la mayoría de la nacion, determinó no separarse en un ápice de la línea de conducta seguida por su difunto padre. Esta ceguedad en no querer transigir en lo mas mínimo con las necesidades de la época, fué causa de que subsistiese en las Dos Sicilias un foco perenne de descontento que habia de convertirse á no tardar en un voraz incendio.

Garibaldi, el audaz caudillo italiano que tan justa fama alcanzára en la última guerra, el hombre de accion en quien estaban fijas todas las miradas desde los primeros acontecimientos de Italia, se habia visto obligado á envainar su espada antes de tiempo, y á permanecer en un quietismo insoportable para las almas de su temple. Tan pronto como el soldado popular de Niza, que seguia paso á paso y estaba en relaciones íntimas con los principales hombres de accion del reino de Nápoles, creyó llegado el momento de obrar, se dirigió con un puñado de aventureros á las costas de Sicilia, no parando hasta hacer flotar en la capital de aquella isla la bandera de la independencia italiana. Vivamente alarmado el gobierno napolitano, al ver los rápidos progresos que hacia la revolucion en Sicilia, trató de evitar el peligro que le amenazaba, entrando de lleno en la senda de las concesiones; pero era ya tarde: las concesiones fueron consideradas entonces como una debilidad, al paso que una resistencia obstinada habria puesto de manifiesto el derecho y la justicia que le asistia; y aunque víctima de sus enemigos, habria acompañado al jóven rey de Nápoles en su desgracia la admiracion del mundo. Nada hay como la irresolucion que pierda tanto á los gobiernos en los graves momentos de apuro.

Por de pronto logró el gobierno napolitano contener la revolucion siciliana, pero no por ello fué menos seguro su triunfo, por no verse el poder real sostenido por las demas potencias: véase, pues, como la constitucion que á la fuerza concedió á sus pueblos Francisco II, no pudo de modo alguno por sí sola afianzarle en su trono. Las notas que Rusia pasó al Piamonte, prohibiéndole que directa ni indirectamente protegiese la revolucion siciliana; el retraimiento del emperador Napoleon, causado quizá por las gravísimas cuestiones á que ha dado lugar la causa de la independencia italiana, y la aparicion en Sicilia de los Bernard y

otros hombres audaces, fueron á nuestro entender las causas que, mucho mas que la constitucion y demas reformas concedidas por Francisco II, contribuyeron á contener en un principio los progresos del general Garibaldi. Sin embargo, hubo despues en Melazzo una accion sangrienta en la que tuvieron los garibaldinos 800 muertos y unos 1500 las tropas reales: fué el único hecho de armas que tuvo lugar desde que tomó Garibaldi á Palermo.

Nuevos y terribles acontecimientos vinieron á contristar la Europa y á dividirla tal vez mas de lo que ya lo estaba. Oyóse de repente un grito de dolor lanzado desde las apartadas regiones de Oriente, que hizo estremecer á todos los corazones demostrando una vez mas el furor y la barbarie del fanático pueblo musulman. Los cristianos residentes en Siria que vienen sufriendo tres siglos há la mas horrorosa esclavitud, acababan de ser nuevamente víctimas de un atentado horrible. Empezaron algunos muchachos en Damasco el 9 de julio á insultar á los cristianos, y como hubiese adoptado el gefe de policía algunas medidas enérgicas para contenerles, se notó desde luego entre los beduinos y los drusos una sorda agitacion que hizo temer grandes desastres. En pocos momentos quedó destruido todo el barrio cristiano, siendo bárbaramente asesinados por aquella turba feroz cuantos hombres, mugeres y niños tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Los consulados de Francia, Rusia, Austria, Bélgica, Holanda y Estados-Unidos fueron saqueados por los drusos; solo el consulado inglés quedó intacto. Es de notar que en medio del general degüello, ninguna disposicion dió el gobierno para hacer cesar la carnicería, á pesar de disponer de fuerzas mucho mas numerosas que las de los bárbaros asesinos. La conducta del Bajá alentó á los drusos hasta el punto de continuar por espacio de cinco dias su obra de destruccion y muerte.

Tan pronto como se recibió la triste noticia de lo ocurrido el 9 de julio en Damasco, se reunieron los gefes drusos de las feroces tribus del Arqueo, Menasef, Chuf, Garb, Chahhar y Djerd, al objeto de romper nuevamente contra los infelices cristianos que habian logrado salvar sus vidas retirándose á los montes vecinos. Véase, pues, como no sin motivo se temió por la suerte de 45,000 cristianos refugiados al sur de Kes-Rouan, cercados por numerosos cuerpos drusos y musulmanes perfectamente armados y superiores en número. Ya no eran tan solo los drusos los que se entregaban al incendio, al pillage y al asesinato, sino que en breve se estendió el movimiento por el Líbano, Antilibano y todo el pais del Houran, tomando parte en él árabes, beduinos, kurdos, metualis y demas salvages hordas que han jurado esterminar á los cristianos; ancianos, mugeres y niños, todo fué pasado al filo de la espada. A mas de quince mil ascendian las víctimas el dia 20 de julio, y

eran mas de seis mil las casas que habian sido devoradas por las llamas: imposible es que se haya visto jamás pueblo alguno en situacion mas terrible. Desde que el infortunado pueblo maronita fué fundado por el piadoso anacoreta Maron en el siglo V, no ha dejado de ser constantemente víctima del furor de los musulmanes; pero nunca, como en esta ocasion habia rugido tan terrible la tempestad sobre sus cabezas; nunca el furor de los sectarios de Mahoma se mostró tan implacable contra el nombre cristiano.

¿Y podia consentir la Europa en que continuasen por mas tiempo semejantes trastornos? ¿No están igualmente obligadas todas las naciones á prestar su apoyo á aquellos infelices hermanos con muchos de los cuales las une el doble lazo de la religion y de la patria? ¿Podria tolerarse que continuase siendo el Oriente teatro de tan sangrientas escenas? No; la Europa no debia mirar con indiferencia la desgracia de sus súbditos de Siria, así como tampoco podia dejar impune el ultraje que se le hizo, insultando y hasta dando muerte á los representantes que tenia en aquel desgraciado pais.

La Francia, sobre todo, tenia un deber sagrado que cumplir en el Líbano; tal era el de proteger á los hijos de aquellos valientes cruzados, que despues de haber paseado triunfante por los campos de Oriente el lábaro santo de la Cruz, se vieron mas tarde obligados por los azares de la guerra á encerrarse en Trípoli, y á buscar luego un asilo en las costas de Siria. Así debió de comprenderlo Napoleon III, cuando al recibir la noticia de los tristes acontecimientos del Líbano, dictó prontas medidas para mandar allí fuerzas que reprimiesen los escesos de las hordas musulmanas; pero lejos de merecer esta noble conducta la aprobacion de las demas potencias, vió en ella la recelosa diplomacia un motivo de alarma que impidió en un principio llevar á cabo la espedicion proyectada.

«Cuando se recuerdan los elementos que componen los pueblos de Turquía, dice un reputado publicista contemporáneo, cuando se reflexiona que en aquel pais los aluviones de la historia han permanecido unos al lado de los otros sin mezclarse ni confundirse, que en cada rincon de aquella tierra y en aquella especie de despojos humanos todas las razas, todos los idiomas y todas las religiones están en contacto, despreciándose, odiándose y abrigando gérmenes seculares de envidia y de venganza, aterra la idea de la espantosa lucha que suscitaria el dia que llegara para la Turquía la hora postrera. Y si la mente se dirige hácia las rivalidades que originaria entre las potencias europeas la herencia del imperio Otomano, se comprenderá mejor aun la gravedad de los problemas que se agitan en aquel imperio, cuyo fin violento haria estallar inmensos males, y cuya existencia se conserva sin embargo como por un milagro.

Sensible es pues que la Francia fuera casi la única en esta ocasion en obedecer al impulso generoso de la opinion pública, y que su espontánea iniciativa consiguiera, en vez de aprobacion y simpatías, desconfianzas y temores. Conocemos que era forzoso respetar en tan indispensable resolucion los derechos y la soberanía otomana, y definir con esmero la importancia, el carácter y la duracion de la intervencion, pero ¿debia ser tan lento como fué el acuerdo exigido á la Europa para vencer las objeciones de la Puerta y obtener su consentimiento? ¿No podian las demás potencias unir en aquella espedicion sus banderas á la bandera francesa? ¿Eran indispensables conferencias tan numerosas y tantos telégramas para arreglar las disposiciones necesarias? Pero se esplican muy bien semejantes retardos si se considera que la cuestion de Siria, en vez de ser únicamente una cuestion de humanidad, se convirtió para las potencias en cuestion política, y cada cual reveló sus ambiciones y sus celos.

Hostigado por la opinion pública, lord John Russell, contestando á una interpelacion que se le hizo en la Cámara de los Comunes en la sesion del 23 de julio, decia: « El embajador francés, en la entrevista que ha tenido conmigo, se ha referido al tratado de 1856, que trata de la proteccion de los cristianos en Turquía, y ha preguntado si el gobierno de la reina consentiria en mandar tropas á la Siria. Despues de haber consultado con el gabinete, ha sido de parecer, igualmente que las otras potencias de Europa, que las tropas que fuesen á Oriente debian ser francesas. » Pero mientras se arrancaba esta confesion al ministro inglés, se levantaba lord Palmerston para dar la voz de alarma y neutralizar con infundados recelos los efectos de una pronta, fuerte y saludable medida. Despues de haber reconocido á la Francia salvadora, era preciso que los celos la mostraran terrible y amenazadora.

« Segun deben recordarlo los honorables miembros de esta Cámara, decia lord Palmerston, en 1847 el difunto duque de Wellington, llamó la atencion de este pais sobre la insuficiencia de nuestras defensas, y por desgracia la opinion de aquel gran capitan no mereció toda la atencion que debia, pues las naciones no están siempre dispuestas á temer cambios en su situacion cuando han disfrutado una larga prosperidad. ¿Acaso la situacion no tiene nada de amenazadora? El horizonte está cargado de nubes. Es inútil negarlo, y el peligro mas inminente nos viene de nuestro poderoso vecino el emperador de los franceses.

« Es verdad que recientemente hemos concluido un tratado de comercio con este soberano. Este tratado no debe mirarse con indiferencia. El comercio es indudablemente uno de los lazos mas fuertes que pueden unir á dos naciones; pero á pesar de este tratado no se puede

confiar que un pueblo que tiene gustos y disposiciones tan belicosas como el pueblo francés, aprecie de repente todas las ventajas del comercio para no dejar estallar en el esterior su ardor marcial, lo cual podria conducir á un rompimiento de hostilidades con la Inglaterra.

«En Francia hay 600,000 soldados de los cuales las dos terceras partes están prontos á marchar, y el resto pronto en estado de obrar. Además, la Francia se esfuerza en sobrepujar á la Inglaterra en poder, y en el desenvolvimiento de su marina. Nadie puede pretender que esa fuerza inmensa es necesaria para la defensa de la Francia, pues á nadie puede ocurrir el que una potencia europea tenga intencion de invadir la Francia ó de intentar el desmembramiento de este imperio. ¿No tiene pues la Inglaterra razon para precaverse contra una invasion repentina, á la cual la espone su posicion como isla que no tiene mas fronteras que el mar? Se ha supuesto que la Inglaterra podia ser invadida en tres dias. Por consiguiente, deberia suponerse que podria ser atacada por un enemigo cuya intencion seria ocuparla de una manera permanente, y creo que nadie abrigará este pensamiento un solo instante. Podríase suponer tambien que la capital podria ser atacada, pero confieso que lo único que se intentaria seria la destruccion de nuestros arsenales, lo cual si se consiguiese, nos pondria á merced de la Francia. Por todas partes en el continente se hacen preparativos militares, y la nacion seria culpable y el gobierno traidor para con ella, sino se adoptaban medidas eficaces para la defensa nacional.»

Esto decia lord Palmerston, sin tener en cuenta que la Francia necesita ser fuerte, puesto que solo á este precio se tiene influencia en el mundo; pero aun dejando esto á parte, podria replicarse que en los últimos tres años no ha hecho la Francia aumento alguno en sus medios ordinarios de accion. ¿Podria decir otro tanto la Inglaterra?

En tres años, dice el autor de la «Comparacion entre los presupuestos de guerra y marina en Inglaterra y en Francia,» la Inglaterra ha aumentado su presupuesto de guerra en 320 millones de reales, ó sea en un 25 por ciento; ha aumentado su ejército en 75 mil hombres, ó sea en un 30 por ciento. En igual período ha aumentado su presupuesto de marina en 460 millones de reales, ó sea en un 35 por ciento; y el personal de la marina lo ha aumentado en 30 mil hombres, ó sea en un 30 por ciento: ha duplicado su escuadra, y para fines de 1860 la habrá triplicado. Sus estadistas dicen públicamente, el uno, que ni con mucho ha tenido jamás en tiempo de paz un personal tan numeroso en la marina; otro, que nunca la escuadra ha estado mejor montada y bajo un pié mas formidable, y otro, en fin, que ni en el periodo álgido de las guerras mas importantes en que ha tomado parte la Inglaterra, se ha notado en sus arsenales la actividad que revelan de poco

tiempo á esta parte. ¿No tendria motivo la Europa para inquietarse en vista de estos armamentos continuados con tanto empeño, y en tan grande escala? Cuando la Inglaterra está en paz con todas las naciones, ¿no hay razon para preguntar qué objeto llevan esos esfuerzos tan gigantestos?

¿Hemos de dar crédito á ciertas palabras pronunciadas en el Parlamento? «¿Qué significan, decia M. Lindsay en la Cámara de los Comunes el dia 16 de abril de 1860, los gastos enormes y siempre progresivos de la marina? Hemos gastado 580 millones de reales en 1852, 628 en 1855, 880 millones en 1858, 1,180 millones en 1859, gastamos este año 1,280 millones y todo induce á pensar que el año próximo gastaremos mas todavía. Todos aquí parece que comprenden, y parece tambien que nadie quiere decir contra quien nos armamos. Valdria mas que fuéramos francos y dijéramos desde luego que nos armamos contra la Francia. La Francia por su parte acrecienta mucho los gastos de armamento. La causa de ello es que tenemos miedo á la Francia y la Francia nos tiene miedo á nosotros. Los dos paises se unen por medio de tratados, se hacen recíprocas protestas de amistad, y al propio tiempo dan á conocer lo vano de estas protestas, acrecentando sus gastos y sus impuestos. Estoy cierto de que si se tomaba á pecho, se podria llegar á corregir tan monstruosa situacion. Por mi parte, estoy convencido de que nada tenemos que temer de la Francia; que la Francia no tiene ninguna intencion de atacar á la Inglaterra, y que el emperador es muy ilustrado para comprender que su propio interés y el interés de la Europa demandan que la Francia esté en paz con la Inglaterra.»

En estas breves palabras del orador inglés está descifrada la conducta actual de ambas naciones y la que es probable seguirán por mucho tiempo, si no sobreviene impensadamente algun acontecimiento estraordinario que turbe el equilibrio establecido.

Deseando Napoleon conservar este equilibrio á toda costa y desvanecer la alarma que hubieron de ocasionar las palabras antes citadas del ministro inglés, escribió la siguiente carta á su ministro, el conde de Persigny, que publicaron los periódicos de Londres de aquellos dias.

«San Cloud 29 de julio.

«Querido Persigny: paréceme tan complicada la situacion, merced á la desconfianza que se ha sembrado por todas partes desde la guerra de Italia, que os escribo con la esperanza de que remediará el mal actual una franca conversacion con lord Palmerston. Este caballero me conoce y si afirmo una cosa me creerá. Ahora bien, podeis decirle de mi parte del modo mas formal, que desde la paz de Villafranca solo he abrigado una idea, únicamente he tenido un fin, cual es inaugurar una nue-

va era de paz y vivir en completa armonía con todos mis vecinos y principalmente con Inglaterra.

«Habia renunciado á Niza y Saboya, y únicamente el acrecentamiento estraordinario del Piamonte, volvió á despertarme el deseo de ver reunidas á la Francia esas provincias esencialmente francesas. Pero se me dirá tal vez, si deseais la paz ¿porqué aumentais desmesuradamente las fuerzas militares de la Francia? Niego el hecho bajo todos conceptos. Mi ejército y mi armada no tienen nada de amenazador para nadie; mi marina de vapor está muy lejos de atender á nuestras necesidades, y el número de los buques de vapor no iguala á corta diferencia el de los buques de vela que se creian necesarios en el reinado de Luis Felipe. Tengo 400 mil hombres sobre las armas; pero quitad de este número sesenta mil que están en Argelia, seis mil en Roma, ocho mil en China, veinte mil gendarmes, los enfermos y los quintos, y confesareis, lo cual es cierto, que mis regimientos tienen un efectivo mas reducido que en el reinado anterior.

«Por otra parte, al mismo tiempo que quiero la paz, deseo tambien organizar las fuerzas del pais bajo el mejor pié que sea posible, porque si los estrangeros no han visto desde las últimas guerras mas que el lado brillante, yo he visto de cerca la parte defectuosa y quiero poner remedio. Despues de esta aclaracion, añadiré que desde Villafranca no he hecho ni pensado siquiera nada que pudiera alarmar á nadie. Cuando Lavalette partió á Constantinopla, las instrucciones que le dí se reducian á la siguiente: «Haced todos los esfuerzos posibles para conservar el *statu quo*;» el interés de la Francia estriba en que Turquía viva el mayor tiempo posible.

«Acontecen ahora los asesinatos de Siria, y escriben que tengo una satisfaccion en encontrar una nueva ocasion de hacer otra guerra ó de representar un nuevo papel. Y en verdad que se me cree dotado de muy poco sentido comun, pues si he propuesto inmediatamente una espedicion, es porque siento lo que el pueblo que me ha puesto á su cabeza, y me han llenado de indignacion las noticias de la Siria. Mi primer pensamiento fué, sin embargo, ponerme de acuerdo con Inglaterra ¿Qué otro interés sino el de la humanidad me impulsaria á enviar tropas á aquel pais? ¿Acrecentaria por ventura mis fuerzas la posesion de la Siria? ¿Puedo desconocer que la Argelia, á pesar de sus ventajas para el porvenir, debilita de un modo perenne á la Francia, que hace treinta años le está dando lo mas puro de su riqueza y de su sangre?

«En 1852 dije en Burdeos, y en la actualidad abrigo la misma opinion, que tengo que hacer grandes conquistas, pero en Francia. Su organizacion interior, su desenvolvimiento moral y el aumento de sus recursos, han de hacer aun inmensos progresos y existe en su realizacion un campo muy vasto para mi ambicion y que basta para satisfacerla.

«Me ha sido difícil ponerme de acuerdo con Inglaterra relativamente á la Italia del centro porque estaba ligado por la paz de Villafranca; en cuanto á la Italia meridional, estoy libre de compromisos y mi mayor satisfaccion seria ponerme de acuerdo con Inglaterra sobre este punto como sobre los demás; pero suplico en nombre del cielo á los hombres que se hallan al frente del gobierno inglés, que orillen sus celos mezquinos y su injusta desconfianza. Pongámonos de acuerdo con lealtad, como personas honradas, y no como rateros que quieren engañarse recíprocamente.

«Ahora ved en resumen el fondo de mi idea; deseo que Italia se pacifique, no importa como, pero sin intervencion estrangera, y que las tropas puedan salir de Roma sin comprometer la seguridad del Papa. Desearia sobremanera no verme obligado á hacer la espedicion de Siria, y en todo caso, de no hacerla solo, en primer lugar, porque seria un gasto inmenso, y además, porque temo que esta intervencion suscite la cuestion de Oriente; pero por otra parte, no acierto como poder resistir á la opinion pública de mi pais, que no comprenderá jamás que puedan dejarse impunes, no tan solo el degüello de los cristianos, sino el incendio de nuestros consulados, la humillacion de nuestra bandera y el saqueo de los monasterios que estaban bajo nuestra proteccion.

«Os he manifestado por completo mi pensamiento, sin desfigurar ni omitir nada. Haced de mi carta el uso que juzgueis mas conveniente. Creed en mi sincera amistad.—Napoleon.»

El efecto que produjo en Francia la lectura de este documento, generalmente no fué muy lisonjero. Se estrañó mucho que el emperador, cuyas cartas y proclamas habian sido hasta entonces tan enérgicas, usara un lenguaje tan sumiso. Solo algunos vieron en esta carta una obra maestra de habilidad, y dijeron: «El emperador sabe que puede estallar la guerra con Inglaterra y se muestra conciliador con ella con el objeto de demostrar á la nacion francesa, en el caso de estallar la lucha, todos los sacrificios que ha hecho en favor de la paz: «no es que yo intente atacar á la Inglaterra, sino que la Inglaterra me precisa á defenderme.» Respecto á la Inglaterra, no se le dió grande importancia. En la sesion de la Cámara de los Comunes del 31 de julio, al preguntar Mr. Cochrane si el gobierno haria alguna objecion si se le pedia que depositara en la mesa de la Cámara la carta del emperador, lord John Russell contestó: «Declaro que el embajador de Francia me ha anunciado la carta que le habia dirigido el emperador de los franceses, carta de un carácter puramente particular, manifestando la seguridad de las mas cordiales disposiciones para con nuestro pais, y el deseo de ver la política de las dos naciones marchar completamente de acuerdo. Pero repito que esta carta es puramente particular; he creido oportuno dar

cuenta de ella á mis colegas, pero no me creo con derecho de depositar una copia sobre la mesa de esta Cámara. »

Constante Napoleon en su propósito, aparte el acrecentamiento de sus propias fuerzas, de robustecer sus alianzas naturales para las eventualidades del porvenir, habia concebido el propósito de hacer entrar la España en el número de las grandes potencias europeas. A este efecto el ministro francés Mr. Thouvenel habia pasado en 30 de mayo el siguiente despacho á las cuatro grandes potencias restantes:

« La situacion de España despues de la guerra que acaba de terminar tan felizmente, parece al gobierno del emperador digna de escitar un interés especial en las cortes estrangeras. A consecuencia de acontecimientos que seria ocioso recordar, dicha potencia dejó de ser admitida entre las de primer órden para tomar parte en las discusiones de los negocios generales. Si bien tomó parte en las deliberaciones del año 1815, á poco, cediendo á las necesidades interiores sumamente graves, vióse momentáneamente en la imposibilidad de continuar desempeñando el papel que se le habia encargado sin oposicion en el congreso de Viena. Asi fué como quedó retraida de las reuniones ulteriores de las grandes potencias, y desde entonces ninguna de ellas ha pasado á ocupar el puesto que se le habia señalado en los consejos de Europa.

« Preciso es confesarlo, estos consejos traen su orígen y toman su autoridad del mismo principio de las cosas. El acuerdo europeo ha sido obra de las potencias que por el desenvolvimiento de sus intereses se han visto precisadas á intervenir en todas las grandes cuestiones, potencias que por sus medios de accion podian ejercer una influencia en todas las deliberaciones comunes.

« Esta situacion toma su razon de ser, y hasta cierto punto su justificacion, de los deberes que les incumben. Si les proporciona ventajas, tambien les trae sacrificios; si establece un privilegio, tambien importa una responsabilidad muy lata, pues la suprema inspeccion que reclama, se refiere á todos los intereses esenciales de la familia europea. Sin embargo, todas las potencias tienen igual derecho á hacer valer su importancia desde el momento en que se encuentran en las condiciones de consideracion y de influencia para cumplir sus obligaciones. ¿No es justo que el número de los gabinetes que están llamados á tomar parte en este acuerdo, se disminuya ó aumente segun lo exijan los acontecimientos que debilitan las fuerzas armadas respectivas, y deciden de la situacion internacional de los gobiernos? Y si la España, á consecuencia de estos acontecimientos, se ha visto en lo pasado escluida de los consejos de las potencias, ¿no parece que ahora, despues de haber vencido esas dificultades, ha llegado el momento de que vuelva á ocupar su puesto en los consejos de las grandes naciones?

«Conforme queda dicho, el gabinete español fué uno de los firmantes de los tratados de Viena. Las comunicaciones que mediaron entre los plenipotenciarios desde octubre de 1814, acerca de la organizacion del Congreso, abogan en favor de la opinion que tenian de su posicion las demás potencias. No hablo de Francia que desde un principio hubiera deseado hasta cierto punto la participacion de todas las potencias que fueron representadas en Viena. Las demás cortes eran por el contrario de parecer de que las deliberaciones solo debian tener lugar entre las grandes potencias, al menos en cuanto á la formacion de una comision directora, y hasta en esta combinacion permitieron la cooperacion de España. El señor de Labrador fué invitado, lo mismo que el príncipe Talleyrand á la conferencia preparatoria en que los plenipotenciarios de Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia tomaron la iniciativa de la discusion sobre las bases preliminares de la reunion del Congreso.

«Ni por un momento se puso en duda la presencia de España, y no solo entró en la comision directora, sino que figuró en ella incontestablemente como gran pôtencia, en tanto que Portugal y Suecia solo aparecieron como firmantes del tratado de Paris del 30 de mayo de 1814.

«Al reconocer hoy de nuevo á España el derecho de ser consultada en los negocios generales, los gabinetes no harán mas que concederle un privilegio que le habian concedido espontáneamente en 1815. Este derecho es por su naturaleza uno de los que no prescriben con el tiempo, y de la circunstancia de que el gobierno español no lo haya reclamado cuando los acontecimientos ocupaban su actividad en el interior, no se deduce que haya razon para disputarle su ejercicio cuando puede exigirlo nuevamente. España posee todo lo que constituye una gran potencia por la estension y la riqueza de su territorio, por el número de sus habitantes y por la importancia de sus colonias en América y en las dos Indias, y la guerra que acaba de llevar á cabo felizmente revela los elementos de fuerza y de poder que encierra en su seno.

«Abrigo la creencia de que las grandes potencias verán con satisfaccion el aumento de las grandes potencias que componen el consejo europeo. Cuantos mas Estados cuente en su seno este consejo, mayores serán las garantías que resultarán para la conservacion del equilibrio, puesto que los intereses generales cuya custodia les está confiada, estarán completamente representados. Nada hay, por lo demás, mas propio para dar á las decisiones de los gabinetes una autoridad y estabilidad mas fuertes, que la participacion de todos aquellos que pueden tener derecho á cooperar á ellas.

«Os ruego que pongais estas observaciones en conocimiento del ministro de Negocios estrangeros, y que le dejeis copia de este despacho. Tendria un gran placer en saber que, bajo este respecto, opina lo mismo que el gobierno del emperador.— *Thouvenel.* »

No podia haber encontrado la España mas celoso y elocuente defensor de sus derechos; pero desgraciadamente las miras del emperador no estaban en armonía con las de la mayoría de las grandes potencias, y sobre todo con las de Inglaterra. Lord John Russell en la sesion del 7 de agosto celebrada por la Cámara de los Comunes, manifestó su negativa en estos términos: «Parece que la España hasta ahora no ha hecho instancia alguna, ni ha manifestado deseos de que se la admita entre las grandes potencias de Europa, como se acostumbra calificarlas. Sin embargo, el gobierno francés ha emitido la opinion de que fuera de desear que España fuese agregada á dichas potencias. A esta proposicion ú opinion, el gobierno austríaco ha contestado que el emperador de Austria no vé dificultad alguna en que se cuente á España entre las grandes potencias, pero que esto no habia de servir de precedente para la admision de otro Estado cualquiera. El gobierno prusiano ha emitido la opinion de que los estados protestantes de Europa sufririan un perjuicio, si en una reunion de cinco potencias, se interrumpiese el equilibrio con la admision de otra potencia católica, y si semejante hecho se realizara, seria de desear que se admitiese tambien á la Suecia. Es preciso no olvidar que Portugal firmó el tratado de Viena, y no fuera propio que admitiéndose á España y Suecia, se escluyese á Portugal, al que España ha hecho siempre alguna sombra. Si se admitiese á todas estas potencias, habria ocho en vez de cinco en los consejos de la Europa. Pero es preciso recordar tambien que la Cerdeña, estado muy próspero y floreciente, podria alegar sus derechos, y si se le aceptasen, tendríamos nueve potencias en vez de cinco. Considerando, pues, que desde 1815 el acuerdo de estas cinco potencias ha conservado muy bien la paz de Europa (objeto de la buena inteligencia que entre ellas ha reinado), declaro que no me parece conveniente variar el actual estado de cosas. Sea como fuere, el gobierno de S. M. no aceptará por ahora cambio alguno en el estado actual.»

La admision de España en el consejo de las grandes potencias ha quedado aplazada por ahora, merced á los buenos oficios de la Inglaterra; pero no por esto es aquella menos grande y digna de los derechos demostrados por el ministro francés.

Entretanto la cuestion de la Siria seguia un curso lento y perezoso. La iniciativa de la intervencion tomada por la Francia no daba resultados, y los setenta y cinco mil cristianos que vagaban errantes por diferentes puntos, pereciendo de hambre por haber perdido cuanto poseian; los ciento cincuenta pueblos y aldeas destruidos por las llamas, y las diez mil viudas y huérfanos, cuyos esposos y padres fueron cruelmente asesinados, clamaban venganza. Verdad es que la Europa entera habia lanzado un grito de reprobacion contra los autores de tan bárbaras escenas, incluso

el pueblo inglés animado en esta ocasion de los mas humanitarios sentimientos; pero no lo es menos que su gobierno trabajó activamente por bajo mano para hacer fracasar la espedicion francesa; así al menos lo declaró la opinion pública. Pocos fueron los que dejaron de ver un consejo del gabinete británico en la carta que el Sultan dirigió al emperador de los franceses, manifestándole el sentimiento que le habian causado los sucesos del Líbano, y ofreciendo castigar á los culpables cualquiera que fuese su clase y condicion, como tambien creyóse ser obra de aquel gabinete el tratado de paz y olvido firmado el 10 de julio entre drusos y maronitas. Pero ambos medios fueron considerados insuficientes para acallar las justas quejas de la Europa indignada. Las buenas intenciones del Sultan, si es que realmente las abrigaba, no podian borrar la injuria hecha á todos los gobiernos y pueblos de Europa con el allanamiento y el incendio de sus consulados, y el testo del tratado está redactado con la mas insigne mala fé, por cuanto hasta obliga á los maronitas á no hacer reclamacion alguna por lo que toca á las fortunas perdidas, ni dar ningun paso que tienda á pedir ausilio á sus correligionarios de Occidente.

Viendo el gobierno británico que no podia estorbar la intervencion de la Francia en la Siria, puso por condicion de que esta debia verificarse con la aquiescencia de la Puerta, resolviendo tomar parte en ella quizás para crear nuevos obstáculos y embarazos á la accion de las demás potencias. Hé aquí los protocolos que se firmaron despues de tomada esta resolucion.

Primer protocolo de la conferencia celebrada en el ministerio de Negocios estrangeros el dia 3 de agosto de 1860.

«Deseando S. M. I. el Sultan contener con medios prontos y eficaces la efusion de sangre en Siria, y manifestar la firme resolucion de asegurar el órden y la paz entre los pueblos puestos bajo su soberanía, y habiendo ofrecido su cooperacion activa SS. MM. el Emperador de los franceses, el Emperador de Austria, la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda., S. A. R. el Principe regente de Prusia y S. M. el Emperador de todas las Rusias, los representantes de dichas SS. MM. y de S. A. R. se han puesto de acuerdo sobre los artículos siguientes:

«Art. 1.° Se enviará á la Siria un cuerpo de tropas europeas, que podrá elevarse á doce mil hombres, para contribuir á restablecer la tranquilidad.—Art. 2.° S. M. el Emperador de los franceses consiente en proporcionar inmediatamente la mitad de este cuerpo de tropas. Si fuere necesario elevar su efectivo al número estipulado en el artículo anterior, las altas potencias se pondrán de acuerdo sin tardanza con la Puerta por la via diplomática ordinaria sobre la designacion de las que deben dar

las tropas que han de enviarse. — Art. 3.° El general en gefe de la espedicion, entrará á su llegada en comunicacion con el comisario estraordinario de la Puerta, para combinar todas las medidas exigidas por las circunstancias, y tomar las posiciones que hayan de ocuparse para llevar á cabo el objeto del presente protocolo.— Art. 4.° SS. MM. el Emperador de los franceses, el Emperador de Austria, la Reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, S. A. R. el Príncipe regente de Prusia y S. M. el Emperador de todas las Rusias, prometen sostener las fuerzas navales suficientes para cooperar al feliz éxito de los esfuerzos comunes para el restablecimiento de la tranquilidad en el litoral de la Siria.— Art. 5.° Las altas partes, convencidas de que este plazo será suficiente para lograr el objeto de pacificacion que se proponen, fijan en seis meses el tiempo de la ocupacion de las tropas europeas en Siria. Art. 6.° La Sublime Puerta se compromete á facilitar en cuanto de ella dependa la subsistencia y abastecimiento del cuerpo espedicionario.

«Queda entendido que los seis artículos anteriores, se convertirán testualmente en un convenio que recibirá las firmas de los representantes infrascritos, luego que se les hayan conferido por sus soberanos plenos poderes; pero que las estipulaciones de este protocolo entrarán en vigor inmediatamente. El encargado de negocios de Prusia hace observar, sin embargo, que la distribucion actual de los buques de guerra prusianos no permite á su gobierno cooperar desde ahora á la ejecucion del artículo 4.°

«Hecho en Paris á 3 de agosto de 1860, en seis copias.—Thouvenel. — Metternich.— Cowley.—Reuss.—Kisseleff.—Ahmet-Vefyk.»

Segundo protocolo de la conferencia celebrada en el ministerio de Negocios estrangeros en 3 de agosto de 1860.

Los plenipotenciarios de Francia, Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia, deseando establecer, en conformidad á las intenciones de sus respectivas cortes, el verdadero carácter de la cooperacion que va á prestarse á la Sublime Puerta, segun los términos del protocolo firmado en el dia de hoy, y tambien los sentimientos que les han dictado las cláusulas de este convenio, y su completo desinterés, declaran del modo mas formal que las potencias contratantes no pretenden procurarse, ni se procurarán, al realizar sus compromisos, ninguna ventaja territorial, ninguna influencia esclusiva ni concesion alguna concerniente al comercio de sus súbditos, y que no pueda otorgarse igualmente á los súbditos de todas las demás naciones. Sin embargo, al recordar ahora los actos emanados de S. M. el Sultan, á los que da gran fuerza el ar-

tículo 9.° del tratado de 30 de marzo de 1856, no pueden menos de manifestar el valor que sus cortes respectivas dan á que en conformidad á las solemnes promesas de la Sublime Puerta, se adopten sanas medidas administrativas para mejorar la suerte de los cristianos de todos ritos, residentes en el Imperio Otomano.

«El plenipotenciario de Turquía, toma acta de esta manifestacion de los representantes de las altas potencias, y se encarga de trasmitirla á su corte, haciendo observar que la Sublime Puerta ha empleado sus esfuerzos en favor de los deseos antes manifestados.— Hecho en Paris á 5 de agosto de 1860, en seis ejemplares.—Thouvenel.—Metternich.—Cowley.— Reuss.— Kisseleff.— Ahmet-Vefyk.»

Conforme se desprende de los anteriores protocolos, quedó acordado que el cuerpo espedicionario constase de unos doce mil hombres, la mitad de los cuales los proporcionaria la Francia. En su consecuencia, fueron designados dos regimientos de infantería de línea, un batallon de zuavos, otro de cazadores de infantería, dos escuadrones de cazadores de Africa, dos escuadrones de caballería sacados de los demás cuerpos, dos baterías de artillería, una de ellas de montaña, un escuadron de tren de equipages, una compañía de zapadores, y en fin, un destacamento de gendarmes, cuyas tropas, incluso el personal de servicio de los diversos estados mayores, formaba un efectivo de 251 oficiales, 7,126 subalternos y soldados y sobre unos 1600 caballos y mulos. Confióse el mando de estas tropas al general Beaufort d'Hautpoul (*) siendo su primer ayudante de campo Mr. Boyer, gefe de escuadron de Estado mayor. El punto señalado de desembarco fué Beyruth donde debia organizar un depósito de material.

El emperador se dirigió el dia 6 al campo de Chalons para pasar la revista de las tropas designadas para formar parte del cuerpo espedicionario de Siria. Los soldados levantaron arcos de triunfo en el campamento y asistió á la revista el general Beaufort d'Hautpoul, gefe de la espedicion. Napoleon, despues de haber hecho formar estas tropas en cuadro, y distribuido por su propia mano las recompensas que les esta-

(*) Alumno de la escuela de Estado mayor en 1825, capitan y caballero de la Legion de honor en 1831. Mr. de Beaufort tomó parte sucesivamente en las espediciones de Morea y Argel, de donde regresó en 1832 para ser empleado en los trabajos del mapa de Francia. En 1834 fué encargado por el mariscal Soult de una mision en Oriente, donde pasó tres años. Habiendo regresado á Francia en 1837 se le confió otra mision en Persia, y en 1840 pasó á Egipto por órden de Mr. Thiers, de donde regresó al año siguiente. Nombrado comandante en 1843 y mas tarde como teniente coronel, ayudante de campo de S. A. R. el duque de Aumale, siguió al príncipe en todas las campañas de Africa. Despues de la revolucion de Febrero volvió á Argel para llenar las funciones de gefe de estado mayor. Coronel en 1850, general de brigada en 1852 y comandante de la Legion de honor en 1856, permaneció en Argelia hasta 1858. Tomó parte en la guerra de Italia en 1859 y el emperador le nombró su comisario para la demarcacion de la nueva frontera franco-sarda. Al ponerle al frente de la espedicion de Siria, Napoleon lo ascendió á general de division.

ban destinadas con motivo del aniversario del 15 de agosto, las arengó con estas hermosas palabras:

« Soldados: vais á partir para la Siria, y la Francia saluda gozosa una espedicion que no tiene mas objeto que hacer triunfar los derechos de la justicia y de la humanidad. No vais, en efecto, á hacer la guerra á una potencia cualquiera, sino que vais á ayudar al Sultan para hacer entrar en la obediencia á unos súbditos á quienes ciega el fanatismo de otros siglos. En aquella tierra lejana, rica en grandes recuerdos, cumplireis con vuestro deber y os mostrareis dignos hijos de aquellos héroes que llevaron gloriosamente en aquel pais la enseña cristiana. No partís en gran número, pero vuestro valor y vuestro prestigio lo suplirán, porque por do quiera hoy dia cruza el pabellon francés, saben las naciones que hay una gran causa que le precede y un gran pueblo que le sigue.»

La afluencia de espectadores era muy grande y el entusiasmo se manifestó con repetidas aclamaciones proferidas tanto por el pueblo como por el ejército. El emperador estaba rodeado de un brillante estado mayor en el que se veia al príncipe Joaquin Murat, el general de division conde Rouget, el general Fleury y los coroneles Toulongeon, conde Lepic y Castelmau.

Inmediatamente despues de esta solemnidad las tropas se pusieron en marcha para Marsella y Tolon, donde debian embarcarse; muchos soldados cantaban el tan conocido himno nacional *Partant pour la Sirie.* El dia 8 el general antes citado, habiéndose embarcado anticipadamente las tropas, tomó pasage en el vapor *América* con su estado mayor. Antes de embarcarse en el muelle de la Joliette en Marsella, donde estaba fondeado el vapor, dirigió la siguiente órden del dia al cuerpo espedicionario:

« Soldados: el emperador, defensor de todas las nobles y grandes causas, ha decidido en nombre de la Europa civilizada que vayais á Siria á ayudar á las tropas del Sultan á vengar la humanidad indignamente ultrajada. Es una hermosa mision que os enorgullece y de la que sabreis haceros dignos. En esta comarca célebre, cuna del cristianismo, que ilustraron sucesivamente Godofredo de Bullon y los cruzados, el general Bonaparte y los soldados heróicos de la república, encontrareis aun gloriosos y patrióticos recuerdos. La Europa entera os acompañará con sus votos. Suceda lo que quiera, abrigo la firme esperanza de que el emperador y la Francia quedarán contentos de vosotros. ¡Viva el emperador! »

No satisfecha aun la Francia imperial con ser la primera en mandar este poderoso ausilio á los cristianos de Oriente, abrió una suscricion al frente de la cual figuraba el emperador por 25,000 francos y la empera-

triz por 10,000, siguiendo despues las personas mas pudientes por considerables cantidades. Por hacerse gratos á la Francia, figuraban tambien en aquella suscricion el embajador estraordinario del emperador de Marruecos y otros miembros de la embajada por una suma de 10,000 francos. A los pocos dias, el importe de las suscriciones, únicamente de Paris, ascendia á 600,000 francos.

Deseoso al propio tiempo el emperador de pagar una deuda de gratitud á Abd-el-Kader por la proteccion y ausilios prestados á los cristianos del Libano, concedióle la gran cruz de la Legion de honor. El mismo emperador entregó á Mr. Beaufort la condecoracion de diamantes destinada á aquel guerrero, estando encargado el citado general de dársela y de recibirle su juramento.

La prensa periódica publicó en aquellos dias dos importantes documentos que la historia debe registrar. En el primero el secretario del emperador daba gracias en su nombre al editor de un periódico irlandés por haber manifestado repetidas veces que desaprobaba las acusaciones de enemistad para con el Papa que varios periódicos católicos de Irlanda habian dirigido al emperador Napoleon. Esta significativa carta decia:

« Palacio de San Cloud 6 de julio de 1860.

« Muy Sr. mio: cuando en un pais la prensa insiste apasionadamente en olvidarse á si misma para calumniar y tergiversar las intenciones de un soberano estrangero, no puede haber cosa mas agradable, ó por mejor decir, mas consoladora, que ver á un hábil y desinteresado escritor levantarse espontáneamente á defenderlo. Vos, caballero, habeis sido este escritor. Al sentir el impulso de la corriente general, habeis tenido el singular mérito de oponer la concienzuda razon á las falsas interpretaciones, y una voz tranquila á los clamores de la maledicencia. De este modo el triunfo ha venido gradualmente á coronar vuestros esfuerzos, y si el error no ha sido destruido del todo, al menos ha quedado muy debilitado. Este es el poder que da la verdad al que se rige por sus inspiraciones. He esperimentado pues una verdadera satisfaccion al presentar algunos de los varios articulos publicados en vuestro apreciable periódico al emperador, y S. M. los ha visto con un sentimiento de gratitud cuya sincera espresion me manda manifestaros de su parte.

« Aceptad, caballero, la seguridad de mi mas distinguida consideracion.— El secretario del emperador, gefe de gabinete: — Mocquard.

« Al caballero W. Hamet, propietario y editor del *Limerick*, *Tipperary y Waterford Examiner*, Clonmel, Irlanda. »

El segundo de los mencionados documentos es la circular que el ministro de Instruccion pública y de Cultos de Francia dirigió á los RR. arzobispos y obispos, cuyo testo transcribimos.

« Monseñor: acaba de constituirse en Lion una sociedad para apoyar á la Santa Sede en sus derechos espirituales y temporales; su norma de conducta consiste en una absoluta sumision á la Cabeza de la Iglesia, sin escederse jamás de lo que sus disposiciones exijan; pero tambien sin oponer la menor demora ni vacilacion á su cumplimiento; sus medios los constituyen la oracion, la publicacion y la propaganda de los mejores escritos en favor de la Santa Sede Apostólica y las suscriciones conocidas por el nombre de « Dinero de San Pedro. » Dicha sociedad puede valerse además de todos los medios transitorios ó secundarios que exijan las circunstancias. Está dirigida la sociedad por un rector y vicerector; la administra un consejo central residente en Lion y los consejos diocesanos agregados al central. Está además en correspondencia con una comision de cardenales y con el general de Lamoriciere.

«De este fiel estracto de los estatutos de la « Archicofradía de San Pedro Advíncula » y de las circulares de la comision central, se desprende manifiestamente que esta sociedad, esencialmente seglar en su formacion, es tan política como religiosa por su objeto, y que niega abiertamente los derechos del Estado y las obligaciones del ciudadano, imponiendo á sus individuos una sumision absoluta al Sumo Pontífice, sin distinguir el órden espiritual del temporal. Debo añadir á esto, que el reservarse la facultad de obrar segun las circunstancias, y valiéndose de todos los medios propios para defender la política romana en los negocios esteriores en que puede intervenir, la sociedad usurpa un papel supremo que solo corresponde al gobierno francés; y que por último, toma completamente la actitud de una sociedad secreta y prohibida, procurando propagar por el pais, sin ninguna autorizacion legal, un sistema de alistamiento y de correspondencias, dirigido por una comision central y por comisiones diocesanas.

« No me incumbe, Monseñor, ocuparme de las verdaderas intenciones de los fundadores de esta sociedad; me complazco en creerlas rectas y sinceras; pero V. S. I. reconocerá que semejante asociacion, que quiere organizar un poder suelto en el seno del Estado y alistar á los ciudadanos para empresas políticas cuyos medios de ejecucion son indefinidos, puede inspirar justas desconfianzas al pais y recelos al gobierno. De antemano abrigo la seguridad de que la lectura del reglamento, que sin duda recibireis, os escitará á no prestar vuestra cooperacion á esta sociedad; pero creo oportuno rogar á V. S. I. que manifesteis á los individuos de vuestro clero, dispuestos á entrar en esa sociedad, que el gobierno no vacilará en disolver una corporacion cuya existencia es por sí sola una infraccion de nuestras leyes penales. — Dignaos Monseñor, etc. — El ministro de Instruccion pública y de Cultos. — ROULAND. — Paris 17 de julio de 1860. »

El testo de ambos documentos esplíca bien las causas que los motivaron y los efectos que querian prevenirse. Al paso que en el primero el emperador por conducto de su secretario implícitamente reconoce su obediencia á la Santa Sede, en el segundo declara por boca de su ministro que no tolerará que el poder espiritual llegue á absorver en sus dominios el poder temporal.

Despues de haber permanecido el emperador algunos dias en el campo de Chalons, en donde se le reunió el príncipe acompañado de su aya y el ayudante general M. Rollin y tuvo lugar el accidente de prenderse fuego una noche en el pabellon de Napoleon, principiando en el aposento del príncipe imperial, aunque sin graves consecuencias, regresó á San Cloud el 15 de agosto. Anticipadamente el ministro del Interior dirigió á los prefectos la siguiente circular.

« Señor prefecto : el 15 de agosto son los dias del emperador, y los dias de un soberano que ama el pueblo y de quien está orgulloso, constituyen una fiesta nacional. La Francia deseará hacerla brillar de un modo que corresponda á sus sentimientos y para cooperar á este fin, os pondreis de acuerdo con las autoridades religiosas, civiles y militares. Concedereis las autorizaciones necesarias en las municipalidades cuyos ayuntamientos desean votar fondos para los festejos públicos; pero les recordareis que la parte que dediquen á los desgraciados, será la mejor de todas, la que llegará verdaderamente al corazon del emperador. »

Por su parte Napoleon concedió varias condecoraciones é indultó seiscientos cinco militares condenados á diferentes penas. Toda la Francia celebró aquel dia con públicos regocijos. Las iluminaciones de Marsella, á las que favoreció un tiempo magnífico, fueron muy brillantes. Casi toda la poblacion se trasladó á la Canebiere, que presentaba un golpe de vista encantador, despues de haber visto disparar unos escelentes fuegos artificiales. Aquel mismo dia y con el propio motivo, tuvo lugar en Metz la inauguracion de la estátua del mariscal Ney. La concurrencia era inmensa y la ceremonia tuvo un carácter eminentemente patriótico. El mariscal Canrobert fué el encargado de representar al emperador y el que pronunció el discurso de inauguracion. El citado mariscal habló con la energía, el acento, el patriotismo que le distinguen, y por cierto que el « valiente entre los valientes » no podia tener panegirista mas competente que el general en gefe del ejército de Crimea. La emocion pública fué igual á la del orador. Un noble recuerdo mas, harto tiempo cubierto con un velo fúnebre, se analteció en esta ocasion, mientras espera la rehabilitacion suprema de la historia. La posteridad mira con simpatía figuras como las de Ney, en las que se vé una gran gloria coronada por una gran desgracia. En Paris hubo salvas de arti-

llería, *Tedeum*, colgaduras y banderas en todos los monumentos y principales casas; una inmensa multitud asediaba los teatros, en que se daban espectáculos gratuitos; y las cercanias de la barrera del Trono y del Trocadero donde se quemaron escelentes fuegos artificiales. Este año, como todos los años precedentes desde el restablecimiento del segundo imperio, la aproximacion del 15 de agosto habia impreso en los trabajos de Paris una nueva actividad. Así se pudo inaugurar aquel dia el nuevo puente del Cambio y la fuente monumental de San Miguel, la mas grandiosa sin contradiccion que existe hoy dia en Paris. La ornamentacion no puede ser mas esquisita: se compone de columnas de mármol rojo con capiteles y bases de mármol blanco, escudos de bronce con las armas del imperio y de la ciudad de Paris, pilastras ornadas de medallones, conchas y figuras simbólicas alusivas á la órden de San Miguel. Un friso de suma elegancia rodea el monumento; cuatro estátuas alegóricas de bronce, obra de reputados artistas, descansan sobre al ático y dos águilas con las alas desplegadas, colocadas en los ángulos del remate, coronan el edificio. En cuanto al grupo, perfectamente trabajado, es un *San Miguel* de cinco metros de alto. Debido al talento artístico de M. Duret, es una de las mas grandiosas obras de la escultura contemporánea. El arcángel victorioso está representado en una actitud noble y atrevida, los brazos levantados, los cabellos flotando á merced del viento, las alas abiertas, un pié sobre el demonio humillado pero amenazador aun rodando por unas rocas, de donde se desprende una cascada de un bellísimo efecto. Esta gran composicion, ejecutada en tres meses en la fundicion de M. Thiebault, es tan notable por esta rapidez maravillosa, como por lo bien acabado del trabajo, por la hábil mezcla de las aleaciones diversamente combinadas para producir un nuevo juego con el contraste del aspecto dorado del ángel con el bronce florentino del precito. Este empleo del color es además una consecuencia del sistema adoptado por M. Davioud para la fuente; porque este monumento está destinado á señalar los comienzos de una revolucion artistica muy sencilla en sí, pero de consideracion: esto es, el empleo de los materiales de color en la construccion ó decoracion de los monumentos.

Es digno de observarse en este dia que en el banquete dado en Paris en el palacio del ministro de Negocios estrangeros, no hubo brindis oficial como otros años: solo el nuncio del Papa se levantó á los postres y brindó en estos términos: «A la salud de Napoleon: Bebo á la salud del emperador;» y luego se sentó. En seguida se levantó Mr. Thouvenel y contestó lo siguiente: «Bebo á la salud de todos los soberanos amigos de la Francia.» No hubo mas brindis.

Al propio tiempo que corria muy válido el rumor de que Garibaldi habia desembarcado con fuerzas considerables en la Calabria y el pais es-

taba insurreccionado, cuyos rumores, como veremos mas adelante, no tardaron en ser una realidad, el *Monitor* aunciaba que el emperador y la emperatriz de los franceses iban á partir al dia siguiente (23 de agosto) para visitar los nuevos departamentos de la Saboya y Niza. «Durante la ausencia de SS. MM., decia el citado órgano del gobierno, el mariscal Vaillant tendrá á su cuidado al príncipe imperial y tomará parte en los consejos de ministros.» — Esta determinacion en tan graves momentos sorprendió á todo el mundo, hasta á sus propios ministros. — «¿Cuál debe ser, señor, nuestra conducta?» preguntóle Mr. Thouvenel. — «Hay momentos, contestó el emperador, en que es bueno no tener tomada resolucion alguna, y ahora me encuentro en uno de estos momentos.» Igual lenguage usó con lord Clarendon y Mr. Cobden que dos dias antes de su partida convidó á almorzar en San Cloud.

Conforme estaba anunciado, el emperador y la emperatriz, acompañados de todo el personal de su servidumbre y de los cien guardias, partieron el 23 haciendo alto en Dijon, donde fueron recibidos con entusiasmo. El mariscal Canrobert salió á recibirles en el límite de su mando en Montbard y subió en el tren imperial con el general de division Faucheaux. En la estacion, donde llegaron á las cuatro, fueron recibidos por el alcalde, que entregó al emperador las llaves de la ciudad, y por las primeras autoridades del departamento.

En el discurso que pronunció el alcalde, recordó que el gobierno del emperador habia llevado el prestigio del pais hasta la fascinacion. «Cuando la Europa, añadió, manifiesta temer el poder de vuestras armas, teme mucho mas en realidad las simpatías que habeis hecho nacer en los pueblos.» Despues pasaron á la catedral donde el obispo de Dijon Monseñor Rivet, al frente de su clero, ensalzó la espedicion de Siria, llevada á cabo á pesar de las exigencias recelosas de la política; espresó la esperanza de que el emperador triunfaria igualmente de los embarazos y hasta de las trabas que esta misma política, saliéndose de las vias del derecho y de la justicia, pretende imponer al primogenito de la Iglesia. «El emperador Napoleon, añadió aquel prelado, es el sucesor de Pepino y Carlomagno, y espero que llegará á alejar del patrimonio de San Pedro los oleages que le amenazan.» El emperador le respondió dándole las gracias. De la catedral, Napoleon y la emperatriz Eugenia se trasladaron á la prefectura en medio de una multitud inmensa que habia acudido de todos los puntos del departamento, y en toda la carrera pudieron juzgar de la adhesion y el patriotismo que animaban el departamento de la Cote D'or. Por la tarde hubo un gran banquete en la prefectura, y por la noche baile oficial dado por el ayuntamiento en el antiguo palacio de los duques de Borgoña. Al dia siguiente, 24 de agosto, el emperador y la emperatriz visitaron por la mañana las salas de asilo y

á la una partieron para Lion, recibiendo la mas antusiasta acogida de la multitud desde la prefectura hasta la estacion. En Chalons y en Maçon tuvieron lugar las recepciones de las autoridades del departamento de Saona y Loire. Todos los habitantes de las aldeas acudieron al camino para saludar con sus aclamaciones á sus soberanos. Nunca las clases obreras y los aldeanos habian espresado sus sentimientos del modo que se hizo en Dijon y en el camino de Paris á Lion. Segun los testimonios mas imparciales, los pueblos quisieron por medio de esta manifestacion brillante, contestar á manifestaciones hechas en pais estrangero. El pueblo, dice un escritor contemporáneo, se ocupa de política á su modo; las noticias que dan los periódicos acaban por llegar hasta las clases inferiores de la sociedad y muchas veces son interpretadas por el buen sentido de la nacion lo propio que por los comentarios de los publicistas mas distinguidos. El pueblo sabia que en el estrangero se abrigaba mucha desconfianza contra la Francia, y se apresuró á demostrar al emperador que la nacion estaba dispuesta á defenderle. Esto esplica el verdadero carácter de este viage, así como la esposicion firmada por veinte mil operarios, que fué presentada al emperador en Dijon, y otra análoga suscrita por cien mil personas que tambien le fué presentada en Lion. En la primera de estas ciudades se gritó «Viva el emperador que no tiene miedo al estrangero» y en la segunda muchas aclamaciones tuvieron un sentido parecido.

Al llegar á la estacion del camino de hierro de Lion, el emperador fué recibido por las primeras autoridades de la ciudad y por todos los directores del camino. Habló con ellos largo rato y se espresó en voz bastante alta para que pudiesen oirle los que estaban presentes. El emperador dijo que no habia que temer y que se comprendia mal la situacion, ó que solo se la consideraba bajo un aspecto y que este era mucho menos malo de lo que se creia, y por lo tanto, que no habian de concebirse temores. Despues de haber salido de la estacion del camino de hierro, el emperador y la emperatriz subieron en un coche y se dirigieron á las Casas consistoriales en medio de un concurso inmenso de obreros que les saludaban con entusiasmo. En la calle Imperial todas las casas aparecieron adornadas de banderas y colgaduras. Una inmensa multitud acudió á las plazas del Teatro y de Terreaux que hacen frente á las Casas consistoriales, á uno de cuyos balcones salieron el emperador y la emperatriz á dar gracias á la poblacion que les aclamaba y saludaba con los repetidos gritos de: ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial! La ciudad de Lion presentaba un aspecto espléndido. En esa ciudad revolucionaria por escelencia, en esa ciudad en que desde 1848 tenia el socialismo mayor número de adeptos, los obreros fueron los mas entusiastas en gran parte cerca del emperador para

manifestarle de un modo inequívoco su pensamiento, esto es, la confianza que les merecia su política, particularmente en lo relativo á la gloria nacional. El discurso pronunciado por Napoleon, que ponemos á continuacion tal como lo publicó el *Monitor*, es una débil copia del discurso pronunciado: el emperador fué mucho mas esplícito en las palabras y mucho mas afirmativo en determinados puntos. Parece que este discurso no fué enviado al periódico oficial hasta despues de corregido, modificado y reducido á menores dimensiones; la diplomacia creyó prudente modificar su estilo. Hé aquí el discurso que insertó el *Monitor*.

« Os doy las gracias por la manera como apreciais mis esfuerzos para aumentar la prosperidad de Francia. Ocupado únicamente de los intereses generales del pais, desdeño todo lo que pueda ser obstáculo á su desarrollo. Y tanto las injustas desconfianzas escitadas fuera de estas fronteras, como las exageradas alarmas de intereses egoistas en el interior, me encuentran insensible. Nada me hará desviar de la senda de moderacion y de justicia que he seguido y que mantiene á la Francia en el grado de esplendor y de prosperidad que la Providencia le ha señalado en el mundo. Entregaos pues con confianza á los trabajos de la paz; nuestros destinos están en nuestras manos; la Francia da á Europa el impulso de todas las ideas grandes y generosas, y no sufre las malas influencias sino cuando degenera. Creed que con la ayuda de Dios no degenerará durante mi dinastia.» (*).

El baile oficial que se dió por la noche fué magnífico. A la mañana siguiente el cortejo imperial fué á oir misa á Nuestra Señora de Fourvieres, cuya iglesia, como es sabido, ocupa una eminencia dominando la ciudad de Lion. Por la tarde se verificó una gran revista del ejército en el campo de Sathonay á la que concurrió un número inmenso de espectadores. En el salon del nuevo edificio destinado para la Bolsa se establecieron talleres interinos en los cuales se fabricaron acto contínuo, y en presencia del emperador y de la emperatriz, esos magníficos tejidos de seda de que se enorgullece la patria de Jacquard. Es digno de observarse que en este viage se pusieron en vigor los antiguos usos. En todas las poblaciones fueron á ofrecerles las llaves y los vinos acostumbrados, y las autoridades pronunciaron discursos tan lisongeros como no hayan oido otros los descendientes de San Luis. El emperador y su graciosa esposa, lo propio que los reyes de otros tiempos, recogieron en su viage un número considerable de regalos de todo género. Las ciudades rivalizaron

(*) En el periódico titulado el « Correo de Lion » al trasladar este discurso, se leen las siguientes palabras que no figuran en el testo del *Monitor*. « Para desenvolver esta política es necesaria la paz, y yo espero conservarla á pesar de los rumores de guerra que agitan á los pueblos al otro lado de nuestras fronteras. No os preocupe la mala voluntad de algunas naciones vecinas que tienen envidia á la grandeza y prosperidad de la Francia.»

en ofrecer bellísimos presentes: así como en Dijon les fueron ofrecidos esquisitos vinos, en Lion les fueron presentadas riquísimas sederías.

El dia 27 de agosto llegaron á Chambery siendo acogidos con el mayor entusiasmo. En el discurso que pronunció el alcalde recordó el ardor del sentimiento nacional que impulsaba á los saboyanos hácia la Francia. Por la tarde hubo un gran banquete y por la noche la ciudad estuvo es-



pléndidamente iluminada. Al dia siguiente recibieron á las autoridades, al señor Farini ministro del Interior de Cerdeña, con quien el emperador tuvo una conversacion muy larga durante la cual se habló de la organizacion interior de Italia, y al general Cialdini que el dia anterior habian llegado á Chambery para saludar en nombre del rey á Napoleon y su esposa, y á las personas notables del departamento. Luego visitaron las cercanías de la ciudad y por la noche hubo gran baile en el teatro. Durante el dia fueron á visitar el Sagrado Corazon y un gran número de señoras de la ciudad fueron presentadas á la emperatriz. Así como en

Lion decretó el emperador la supresion de los derechos de pasage en los puentes del Ródano, en Chambery ordenó algunas obras públicas de un verdadero interés. Es digno de notarse que, por una estraña coincidencia, mientras el emperador de los franceses desde el momento de entrar en sus nuevos estados la poblacion lo recibia con aclamaciones de júbilo, la reina de Inglaterra con motivo de prorogarse el Parlamento, en el discurso real presentado á la Cámara de los lores por los comisarios reales, (28 de agosto) se ocupaba de aquella cesion en estos significativos términos:

« No se han verificado las conferencias proyectadas con motivo de la cesion de Niza y Saboya á Francia, pero la Reina abriga la firme confianza de que en todas las negociaciones que podrán seguirse, se tomarán medidas completas para asegurar, conforme al espíritu y á la letra del tratado de Viena de 1815, la neutralidad y la independencia de la Confederacion suiza. Esta neutralidad y esta independencia han sido un objeto al cual han dado grande importancia todas las potencias firmantes de los tratados de Viena, y no son menos importantes en el dia que entonces para el interés general de Europa. »

Sin embargo, tranquila y firme la Francia imperial en sus derechos y en la confianza del feliz éxito de la grande obra regenerativa que habia empezado á llevar á cabo, contestaba de un modo indirecto á estas y otras manifestaciones mas ó menos embozadas de la política estrangera, por la autorizada palabra de su ministro Mr. de Persigny con motivo de la apertura de las sesiones del Consejo general del Loire. Por su importancia y sus esplicitas declaraciones, merece ser trasladado íntegro en este lugar el citado discurso.

« Señores: Al encontrarme nuevamente entre vosotros en el laborioso departamento del Loire, en esa gran ciudad de Saint-Etienne, uno de los mas ricos centros de la industria francesa, deseo hablaros del tratado de comercio que al unir las dos mas grandes naciones industriales del mundo, tiende á influir tan poderosamente en la actividad de nuestra provincia. Pero por interesante que pueda ser el considerar las condiciones bajo las cuales han de funcionar ahora nuestras industrias, paréceme todavía mas importante examinar las probabilidades de paz que el estado de la Europa puede ofrecernos, pues antes de saber cómo debemos trabajar, hemos de examinar si podemos trabajar con seguridad.

« Y ante todo, aunque no es necesario decirlo, si desde que se hizo público el programa de Burdeos, *El imperio es la paz*, han afligido á la Europa dos grandes guerras, no debe achacarse la culpa al imperio. Cuando el emperador pronunció esta célebre frase, no podia tener la pretension de suprimir la guerra entre las naciones de la tierra, y traer

al mundo un procedimiento nuevo para resolver pacíficamente todos los problemas de la sociedad europea. Pero la significacion formal de su programa es la de que el nuevo imperio, no aceptando la sucesion del primero sino bajo beneficio de inventario, repudiaba la herencia de luchas y venganzas para entrar en adelante en relaciones de paz y de concordia con todas las potencias, y este programa se ha seguido fielmente.

«En cuanto á esas cuestiones estraordinarias que por desgracia no pueden resolverse diplomáticamente, hay dos, la de Oriente y la de Italia que, aun fuera del imperio y antes de su establecimiento, amenazaban constantemente suscitar la guerra en Europa. La primera desde mas de cincuenta años atrás era objeto de generales recelos; todos los estadistas volvian con inquietud la vista hácia Constantinopla, y cada año se decia que el dia en que se disolviese el imperio Otomano, la Europa se veria comprometida en una terrible mezcolanza de rivalidades. La segunda, menos temible para la Europa, no lo era menos sin embargo para la Francia. Porque, si bien de cuarenta años acá se continuaba en Italia una lucha de nacionalidad bajo la apariencia del órden contra el desorden, era evidente que el dia en que la Italia entrase en lucha con el Austria, no ya en nombre de la demagogia, sino cediendo á la voz de un príncipe italiano, la Francia, so pena de ver al Austria dominar toda la Península y reinar sobre los Alpes franceses, se veria comprometida en esa lucha.

«Pero si estas dos guerras no han podido evitarse, á lo menos se han terminado con tanta prontitud como fortuna. Tal parece haber sido en efecto la preocupacion del emperador, el impedir que una y otra tomasen el carácter de las guerras del primer imperio, y terminaron cuando bajo la impresion de analogías históricas, el público las creia apenas empezadas. Y esto prueba, mas que todos los raciocinios, hasta que punto el emperador ha permanecido fiel á su programa. Y sin embargo, preciso es decirlo, aunque tan felizmente terminadas, esas dos guerras han realizado su objeto tan completamente como pueden permitirlo los sucesos humanos; pues habiéndose resuelto estas dos cuestiones en lo que constituia su punto esencial, las soluciones secundarias no pueden causar serias inquietudes con respecto á la tranquilidad del mundo. Asi que, el imperio Otomano subsista ó deje de subsistir, que logre reemplazar el fanatismo religioso con la acertada organizacion de las sociedades modernas, ó que fracase en semejante obra tan apetecible, la cuestion no es ahora mas que diplomática. Lo que antes de la guerra daba una trascendencia europea al peligro que ofrecia la cuestion, no era en realidad la dificultad de una nueva organizacion de esas comarcas, sino la posibilidad de que una gran potencia vecina

se apoderase de Constantinopla y de los Dardanelos, antes que la Europa tuviese tiempo de dar su fallo sobre este punto. Pero ahora que la destruccion de Sebastopol ha puesto la cuestion entera en manos de la Europa, no se vé razon alguna que en último caso no pudiese impedir á las grandes potencias el obtener por medios pacíficos una resolucion comun. Lo propio sucede con la cuestion de Italia. La cuestion capital no consistia en que el Austria fuese mas ó menos despojada de sus Estados hereditarios en la Península, sino en que todos los Estados italianos fuesen sustraidos de su dominacion, y este resultado se ha conseguido por completo. Que la Italia forme ahora una confederacion de Estados ó un solo reino; que los italianos por su propia culpa pongan en riesgo la independencia que les devolvimos, infringiendo por sí mismos el principio de la no intervencion que es la garantía de su independencia y de su libertad, el hecho adquirido domina todas las cuestiones secundarias y quita á los acontecimientos ulteriores su gravedad natural.

«Pues bien; una vez terminadas ó á lo menos resueltas en sus puntos esenciales estas dos grandes cuestiones, en nuestros tiempos no quedan otras cuestiones en Europa. Los hombres inquietos ó prevenidos, pueden evocar fantasmas; podrá decirse en Alemania que nosotros codiciamos las fronteras del Rhin, y en Inglaterra, que soñamos en hacer un desembarco en sus costas; pero estas estravagancias no merecen discutirse con formalidad. A mas de que, en el estado actual de las ciencias militares, un rio como el Rhin no es una frontera estratégica. Asi, pues, la Francia no irá por una ventaja ilusoria á comprometerse en una nueva guerra europea. Y en cuanto á la idea de alentar á los alemanes para la unidad germánica, á fin de darnos un derecho justificado por el interés del equilibrio europeo para reclamar la provincia del Rhin, es un contra-sentido político, y permítaseme la frase, siendo la Francia como potencia militar, dos veces mas fuerte en el continente sin el Rhin y con la Alemania dividida, de lo que lo seria enfrente de la unidad germánica con esta insignificante compensacion del Rhin. Por lo demás, el carácter aleman es por su naturaleza contrario á la unidad, y esto proporciona una gran seguridad al mundo, cuya fuerza moderadora es en cierto modo esa potencia fraccionada.

«Por lo que respecta á Inglaterra, siempre me ha sorprendido mucho que los hombres de algun valor en dicho pais hayan aparentado dar crédito á la posibilidad de un ataque por nuestra parte. En algunos ánimos comprenderia el temor de que una coincidencia de circunstancias estraordinarias pueda producir algun grave desacuerdo entre ambos paises, y que en vista de semejante eventualidad se creyese útil poner por una y otra parte la defensa militar en armonía con los progresos de la ciencia; pero creer formalmente que uno ú otro de ambos gobiernos

esté dispuesto á suscitar por voluutad propia entre las dos mas grandes potencias del mundo, esa lucha terrible, espantosa, en que unos y otros pudiéramos perderlo todo y ganar muy poco, es el colmo de la ilusion. Seguramente nadie en Francia admitirá ni por un momento semejante disposicion en el ánimo del emperador ó de su gobierno. Pues bien, lo propio sucede en Inglaterra. Allí, señores, hecha abstraccion de ciertas fracciones de partido, cuya actitud tiende por distintas causas á poner en mal estado nuestras relaciones, pero que no tienen otra importancia real sino la que les dá accidentalmente la igualdad actual entre las fuerzas de los dos partidos principales, los hombres eminentes de todas opiniones, como la augusta y virtuosa princesa que honra el trono de la Gran Bretaña, no quieren sino la paz y la buena armonia entre ambos paises. Todo el pueblo inglés, á pesar de las escitaciones que se hacen en sentido contrario, no desea otra cosa. Engañado ó engañándose á sí propio, sobre nuestras intenciones, persuadiéndose, en virtud de noticias falsas, de que no somos con él tan leales como corresponde, parte del público inglés se ha conmovido y se ha creido autorizado para tomar precauciones contra nosotros. Pero la actitud tranquila y digna de esta multitud de jóvenes voluntarios que han ido á ofrecer tan generosamente sus servicios á su pais, su noble divisa: *Defensa, no desconfianza*, ó sea, *para defendernos, si es necesario, mas no por desconfiar de vosotros*; y por último, el modo con que el pais ha recibido el tratado de comercio, todo prueba que la nacion no abriga sentimiento alguno hostil contra nosotros; y que lejos de esto no desea sino conocer nuestros sentimientos, y así cuando conocerán la verdad por entero, ambos pueblos no tendrán mas que empeñarse esclusivamente en la lucha de emulacion, á que les brinda el tratado de comercio.

«Voy á tratar ahora, señores, de un punto delicado. Despues de haber resuelto las dos grandes cuestiones que perturbaban la paz del mundo; despues de haber tomado una parte tan gloriosa en los negocios de nuestro tiempo, y haber visto que nuestro pais ocupa tan elevado puesto en los consejos de Europa, no debemos sorprendernos de que no hayan podido realizarse tan grandes cosas en Europa sin suscitar desconfianzas y recelos. Una de las desgracias de la guerra consiste en producir una desazon en los ánimos que sobrevive á la guerra. Por mi parte, empero, señores, profundamente convencido de que la mision del nuevo imperio consiste en reconciliar la antigua Francia revolucionaria ó conquistadora con todas las potencias, si nosotros nada hubiésemos hecho quo mereciese hacernos perder la confianza de la Europa, consideraria como adquirida á muy alto precio la gloria de estos últimos años. Lo confieso; por un momento, y algun tiempo despues de la guerra de Italia, las apariencias parecian tan marcadas contra nosotros, que yo

el primero, como San Pedro al negar á su Maestro, creí que mi gobierno en el entusiasmo del triunfo, habia olvidado el programa de Burdeos, y lo sentia en el alma. Pero despues, empero, mas enterado del estado de los negocios, me ruboricé de haber dudado de la prudencia del emperador, pero no me afectaba menos una situacion que nos daba la apariencia de agresores. ¿Por qué, decia, en una causa tan justa y cuando no somos en realidad mas que los defensores del derecho, juzga el mundo que hemos contraido la responsabilidad de acontecimientos cuya causa no está en nosotros? ¿Somos nosotros, acaso, los que dimos orígen á esa lucha de nacionalidad que cuarenta años há, se prosigue con encarnizamiento por una y otra parte? ¿Hemos aconsejado al Austria esa política funesta, que, no pudiendo invocar otro principio de gobierno mas que la fuerza bruta, subleva contra ella á todos los italianos? ¿En vez del gobierno nacional que el primer Napoleon organizára en el reino Lombardo-Veneto, en donde todo estaba confiado á los italianos, gobierno, administracion, magistratura, ejército; en que no habia otro francés que el virey, el príncipe Eugenio, aconsejamos por ventura al Austria que en todos los cargos reemplazára á los italianos con estranjeros é infiriese de esta suerte una mortal injuria á pueblos en otro tiempo ilustres en la historia? ¿Seremos tambien responsables del mal ocasionado por los tratados del Austria con los principes italianos, tratados que, á la vez que garantizan á dichos príncipes la seguridad y la impunidad de sus gobiernos, proporcionan al Austria, infringiendo el derecho europeo, el dominio de la Italia casi entera? ¿Hemos establecido nosotros en el Piamonte un gobierno parlamentario, una tribuna libre, una prensa libre y todos esos medios de mantener la agitacion en Italia, de escitar las pasiones, de organizar la resistencia y provocar al Austria? Hemos hecho todo lo posible para evitar la lucha que se prepara en Italia, pues no solo hemos prodigado los consejos al Austria y á la Cerdeña, sino que hasta hemos solicitado de la Europa que pusiese término á esta situacion. Si la lucha es hoy inevitable, no somos pues nosotros los responsables, sino mas bien la Europa que al desechar en el Congreso de Paris la proposicion hecha por la Francia y la Inglaterra de arreglar la cuestion italiana, despreció la ocasion de precaver la guerra actual.

«Ahora bien, decia yo á mi gobierno, ¿si nada de lo dicho hemos motivado, cómo se hace pesar sobre nosotros toda la responsabilidad? ¿Por qué, en este siglo de opinion pública, en que puede libremente manifestarse el buen derecho, conservamos las tradiciones de la vieja diplomacia cuyas sutilezas no sirven mas que para disfrazar las malas causas y desnaturalizar las buenas? ¿Cuándo el conde de Cavour ha venido á deciros que no podia contener el movimiento al que habia dado tan vigoroso impulso, que la Italia ardia y que la revolucion iba á esta-

llar en los ducados, no declarásteis al mundo entero esta situacion? Hicísteis bien por cierto en tomar el partido de la Italia emenazada. Ante esa lucha inminente no podíais permanecer indiferentes, cualesquiera que fuesen las quejas recíprocas, ni podíais consentir en que se oprimiera al Piamonte, ni permitir que el Austria volviese á ser como en 1815, dueña absoluta de la Italia. Mas ¿por qué no declarásteis al mundo vuestra resolucion? En 1854, al principio de la guerra de Crimea, no fué lord Aberdeen, que os hubiera contestado tal vez negativamente, á quien propusísteis la alianza inglesa, sino públicamente al mismo pueblo inglés, enviando vuestra escuadra á Oriente. ¿Por qué no se hizo lo mismo en la cuestion italiana? En el terreno del derecho, de la justicia, de la proteccion del débil, en lugar de la desconfianza actual os hubiérais atraido las simpatías de toda la Europa liberal, é indudablemente las de toda la Inglaterra. Así por mi parte echaba en cara á mi gobierno una actitud diplomática que le habia dado cierta apariencia de culpabilidad, cuando en realidad tenia el mérito de una grande y noble política.

«Señores, permítaseme decir que el emperador no tuvo reparo en contestar á esas observaciones de un súbdito fiel, y me apresuro á confesar que su alta sabiduría tomaba en cuenta, aunque no aceptaba, los consejos del servidor. Es que, en efecto, bien lo he conocido despues, dar á conocer públicamente la obligacion en que nos encontrábamos, en vez de limitarse á llamar, aunque por desgracia en vano, la atencion de los gabinetes hácia la situacion de la Italia, era darnos no ya la apariencia, sino la realidad misma de la agresion contra el Austria, pues sabiendo la Italia que podia contar con tan poderoso ausilio, no habia medio de contenerla, y lo que todavía podiamos esperar, lo que hasta el último momento ha esperado la Inglaterra de la sensatez del Austria era imposible en un pueblo ébrio de ira y ansioso por vengarse. Así pues, señores, el silencio del emperador que todos reprobábamos era únicamente desfavorable para él, y su lealtad resaltaba tanto mejor cuanto mas era objeto de injustas y crueles sospechas.

«Pues bien, señores, lo propio ha sucedido con la cuestion de Saboya. Despues de haber hecho un tratado que devolvia la Italia á sí propia, esceptuando únicamente el Veneto, que daba la Lombardía á la Cerdeña sin guardar ni pedir nada para la Francia; y sobre todo despues de haber proclamado el principio de no intervencion, que era la mas completa garantía de la independencia de la Italia; en fin, despues de haber prestado á aquel pais un servicio sin ejemplo quizás en la historia de las naciones, el vencedor de Solferino debia esperar que el resultado de tantos sacrificios seria respetado por los italianos. Si, no obstante el primer uso que iba á hacer la Italia de su nueva independencia era ras-

gar el tratado de Villafranca y dejar protestar la firma del emperador, esto es, volverlo á poner todo en cuestion, y esponernos á una nueva guerra. La Francia, despues de haber hecho voluntariamente el gasto de la independencia de Italia, no debia consentir en que se forzase su generosidad para imponerle además los gastos de una gran monarquía italiana. La Francia tenia, pues, el derecho incuestionable de decir al Piamonte que si á la otra parte de los Alpes se infringian los tratados, pediria que se modificasen tambien por la parte de acá. Además, lo mismo en esta cuestion de Saboya que en toda la cuestion de Italia, teníamos un grande interés en poder esponer en alta voz nuestras condiciones. Esta publicidad que se nos censura no haber llevado á efecto, nos hubiera sido al contrario muy ventajosa. De un estremo al otro de la Italia no hubiera habido mas que una voz para inducir al rey de Cerdeña á ceder la Saboya á la Francia en cambio de los ducados, y como la Inglaterra, lo mismo que la Europa toda no hubiera tenido derecho alguno á quejarse de nuestras condiciones, hubiese podido discutir á sus anchas en su parlamento cual de los partidos debia aconsejar á la Italia. Desgraciadamente tampoco podíamos usar de este lenguaje públicamente, pues hubiera sido hacer una especie de negocio mercantil á espensas del Austria, y por consiguiente faltar á la lealtad de nuestros compromisos contraidos en Villafranca.

«Pero, señores, si el gobierno del emperador no ha podido hablar alto, al menos no ha ocultado sus intenciones ni al gobierno sardo ni al gobierno inglés. Ya antes de la guerra habia prevenido á la Cerdeña que si los acontecimientos producian un gran reino de Italia, pediríamos que las vertientes de los Alpes no quedasen en su poder. El gobierno del emperador renovó sus advertencias en cuanto se puso en cuestion el tratado de Villafranca, y particularmente nada ocultó al gobierno inglés. Los hechos, pues, se han verificado con todo conocimiento de causa por una y otra parte, al contrario de lo que por tantos se aseguraba. Es posible que se haya creido que se podia inducirnos á renunciar á la Saboya á pesar de la violacion del tratado de Villafranca; en este caso se equivocó quien tal haya creido, pero nosotros á nadie hemos engañado. Asi pues, señores, en esta série de acontecimientos tan felizmente terminados, en los que el emperador al mismo tiempo que cortaba el nudo gordiano de las dos únicas cuestiones que amenazaban formalmente á la Europa, ha acabado de colocar la Francia en el elevado lugar que le corresponde, no ha hecho nada que pudiese hacer perder la confianza á la Europa y las aserciones contrarias carecen de fundamento. Cierto que es posible que los que tienen ya una prevencion ó están descontentos encuentren motivos de crítica en este gran número de hechos, de actos, de palabras y de escritos que constituyen la fisonomía de los acontecimientos y en los que lo im-

previsto de las situaciones confunde tan á menudo á la sabiduría humana; pero el conjunto de la politica de la Francia, los grandes pensamientos que mas resaltan son sencillos, puros y honrados. Es claro, es evidente ahora que si el emperador ha hecho la guerra en Italia, ha sido por que, sea indiferencia, sea temor de la responsabilidad, ó por cualquiera otra causa, la mayor parte de las potencias europeas no han querido comprometerse en nada para arreglar los asuntos de la Península; pero que tan pronto como el vencedor de Solferino vió la posibilidad de obtener una solucion satisfactoria, se apresuró á satisfacer los votos del mundo, haciendo la paz con el Austria. Hé aqui en dos palabras la verdad de toda la cuestion de Italia.

«Y ahora, señores, en cuanto á esa escuela política que acostumbrada desde 1815 al papel pasivo que la Francia se habia visto obligada á guardar ante la Europa, organizada contra ella, y que no puede formarse una idea de una Francia independiente y libre de toda presion estranjera, se trastorne, se agite y esparza por do quier la alarma, esto es en verdad poco grave. El buen sentido de los pueblos protesta contra este espíritu de otra época. Si el sistema de 1815 ha sido derribado, lo ha sido por la misma Europa y con el consentimiento de todas las potencias, para las cuales ese sistema no podia racionalmente ser mas que una obra de transicion.

« En efecto, ¿era una situacion regular, la de un gran pais subordinado á las demás naciones? ¿Podia la Europa aplaudir un régimen que al producir en Francia dos grandes convulsiones, la habia conmovido á ella mismo hasta en sus cimientos? Nó, señores; el interés de la Europa, lo propió que el de la Francia, estaba en que la reconciliacion se hiciese por una y otra parte; que la Francia recobrase el papel importante que le corresponde en los consejos de las potencias, de un modo independiente y libre, pero con el consentimiento de todas y sin violencia por parte de ninguna; que la Francia no fuese mas amenazadora por que ya no era amenazada, y que en fin, satisfecha de su elevada situacion en el mundo, en paz y en relaciones de amistad con toda la Europa, no tuviese mas que dedicarse con tranquilidad, al desarrollo de su prosperidad interior.

«Pues bien, señores, esta grande obra está ya realizada hoy. Para gloria del emperador, con inapreciable ventaja para la Francia, y tambien, preciso es decirlo, para honra de la Europa, ha sancionado lealmente con su actitud la grande y nueva situacion de nuestro pais: el establecimiento que el nuevo imperio estaba encargado de fundar en el interior, ha terminado, y ha finido el papel de la Francia militante en Europa. Hé aquí, señores, lo que tenia que deciros. Hé aquí lo que os digo con toda la sinceridad de mi conciencia y con el mas íntimo convencimiento,

considerándome dichoso al ver que se abre una era de paz y de prosperidad para la Europa, para la Francia, y tambien, permítaseme decirlo, para la hermosa y querida provincia que representamos en este sitio.» (Prolongados aplausos y nutridos vítores.)

Terminada la sesion del Consejo general del Loire, el conde de Persigny, cediendo á las instancias de sus compatricios, se dirigió á Fleurs para presidir las brillantes carreras organizadas por la Sociedad hípica y luego pasó á Montbrion, donde se habia dispuesto en su obsequio una fiesta magnífica y un recibimiento verdaderamente estraordinario, y trasladóse finalmente á Roanne, donde antes de reunirse el Comicio agrícola, debia colocar la primera piedra para la construccion de una vasta y hermosa iglesia.

Por la mañana el conde de Persigny, acompañado de Mr. Thuiller, prefecto del Loire, del general Pesqueux, de todas las autoridades de la poblacion y personas notables del distrito, se dirigió al lugar designado para la construccion de la nueva iglesia, que será titular de Nuestra Señora de las Victorias, donde le esperaba todo el clero de Roanne con hábitos de coro. Al llegar á la tribuna que se habia dispuesto para la comitiva oficial en medio de una compacta concurrencia de ocho á diez mil personas que llenaban toda la plaza, y que hasta se habian colocado en los techos de las casas, despues de hacer uso de la palabra sucesivamente el alcalde y el cura párroco, levantóse el conde de Persigny, y con voz muy vigorosa y clara, pronunció conmovido el siguiente discurso, cuya elevada significacion política se comprenderá fácilmente.

«Señor cura párroco, señores: Os agradezco las benévolas frases que me habeis dirigido, y sobre todo la honra que me dispensais invitándome á colocar la primera piedra de la iglesia que la piedad de los fieles de esta poblacion espera con tanta impaciencia. Al dispensar semejante honra á un hombre político á quien su pais natal recibe con tanta ostentacion por considerar en él al representante del emperador, habeis creido que el gobierno era el protector natural de la religion y de sus ministros, y no os habeis equivocado. Tal es la adhesion del emperador á la Iglesia, que es muy superior á esa gravísima injusticia que en otro tiempo conmovió al catolicismo y sorprendió al mundo. Permitidme, señores, una palabra sobre este particular.

«No os recordaré que el emperador fué quien restableció al Papa en Roma y le sostiene con la espada de la Francia. Voy á hablar de la guerra de Italia. En dicha época los Estados de la Iglesia estaban ocupados mitad por la Francia y mitad por el Austria, para asegurar el gobierno del Padre Santo. Los dos cuerpos de ejército, en vista de lo que ocurria en el Norte de Italia, tenian el objeto de guardar neutralidad y esperar con el arma al brazo el éxito de los acontecimientos. Pues bien, ¿de

qué modo se cumplió este objeto por una y otra parte? Vedlo ahí, señores. Mientras la Francia cumplia su mision guardando fielmente la parte del territorio de la Iglesia que debia proteger y protege aun en la actualidad, el Austria para aprovechar con desventaja nuestra las fuerzas que tenia en las Legaciones, abandonó la parte de los Estados pontificios confiados á su custodia, y á consecuencia de este abandono por parte del Austria, el Papa perdió las Legaciones. Pero este abandono del territorio pontificio no podia ser de buenos resultados para el Austria, pues en breve derrotada en Solferino, se vió obligada á firmar la paz. Pues bien, señores; la base de la paz, base impuesta por la naturaleza de las cosas, por el estado de los ánimos y la actitud de la Europa entera, era la de que quedase prohibida en adelante tanto al Austria como á la Francia toda intervencion en Italia; de suerte que habiendo sido abandonadas las Legaciones por el Austria, y no pudiendo el Papa reconquistarlas ni por medio de la Francia ni del Austria, ni otra potencia alguna, dicha provincia quedaba irremisiblemente perdida para la Santa Sede.

«Entonces y en medio de difíciles circunstancias, el emperador, en su alta sabiduría, en su adhesion tan completa como ilustrada hácia el Padre Santo, se mostró dispuesto á hacer una célebre proposicion que suscitó tantos y tan injustos clamores. Pues bien; ¿qué era esa proposicion? Señores, era simplemente la salvacion mas sencilla, mas hábil y mas conforme para el objeto que se trataba de realizar para la independencia y la dignidad de la Santa Sede. El emperador, viendo que por la culpa irremediable cometida por el Austria las Legaciones quedaban irremisiblemente perdidas para el Papa, queria á lo menos que si dicha provincia habia de ser incorporada al Piamonte, no fuese gobernada, empero, sino en nombre del Papa, á fin de conservar y hacer respetar hasta el límite de lo posible los derechos de la Santa Sede. Pero no es esto todo. Al propio tiempo que el emperador cedia en este proyecto al imperio de una necesidad absoluta, sacaba de ello un gran partido en favor del Papa, pues en cambio del sacrificio ofrecia garantir y hacer garantir por la Europa, ó á lo menos por todas las potencias católicas, los actuales Estados de la Santa Sede, y aseguraba de esta suerte para siempre la independencia y la seguridad del Papa. Nada tiene de estraño que esas prudentes, nobles y generosas proposiciones hayan sido desnaturalizadas durante algun tiempo por la ignorancia, el error ó el odio de los partidos ocultos bajo la capa de religion; pero puedo deciros, señores, que á los ojos de todos los hombres políticos de algun valor en Europa esas proposiciones parecieron la prueba mas brillante de la adhesion del emperador al Padre Santo; que todos los enemigos religiosos del pontificado en Europa se alegraron de verlas desestimadas, y que en fin, segun todas las probabilidades humanas, si se

hubiesen adoptado, á estas horas la Italia estaria en paz y la corte de Roma estaria libre de todos los peligros.

«¡Ah! señores; mientras voy á colocar la primera piedra de esta iglesia dedicada á Ntra. Sra. de las Victorias, cuyo nombre es un feliz agüero, ruego á Dios que proteja al Padre Santo, que le preserve de los peligros que le rodean, peligros entre los cuales no son los mas temibles los ataques de sus enemigos armados, pues la espada del hijo primogénito de la Iglesia, despreciando á sus enemigos, continúa custodiando la augusta persona del Sumo Pontífice y el venerado trono de la Santa Sede.»

Coronaron este discurso aplausos prolongados y entusiastas aclamaciones.

Y ahora, siguiendo al emperador en su viage que tan grato debió serle por las espontáneas demostraciones de afecto y lealtad que recibió, diremos que en Aix-les-bains fué á visitar todos los sitios frecuentados



en otro tiempo por la reina Hortensia, su madre. Hizo, digámoslo así, una peregrinacion piadosa. Se le presentó una anciana que habia servido en los baños á la difunta reina, y le dió algunas monedas de oro; tambien fué á ver la cascada de Gresy, donde la reina Hortensia vió ahogarse á una de sus damas de honor y amiga íntima, la condesa de Broc. En su visita al establecimiento termal se sorprendió un tanto al ver en todas partes el retrato de Victor Manuel. Al salir de este establecimiento el emperador dió 500 francos para los dependientes que ascendian á un centenar y que decian que Victor Manuel acostumbraba hacer otro tanto.

Igual entusiasta acojida obtuvieron los augustos viageros en Albens, Annecy, donde llegaron el 29, Plat-la Roche, Bonn, Bous, Thonon,

desde donde, y á pesar del cansancio del viage, hicieron una escursion en el lago hasta Evian con un tiempo admirable. « Los momentos son preciosos, decia el alcalde de Thonon á sus subordinados la víspera de la llegada del emperador, el tiempo corre rápidamente y en breve vá á lucir el dia en que nuestra poblacion habrá de recibir en su seno á las mas augustas magestades que han ocupado el trono de Francia. Aprovechemos, pues, estos momentos, aprovechémoslos para hacernos dignos del honor de que es objeto nuestra poblacion: pensemos en la importancia de las personas que nos van á visitar y que nos piden una noche de hospitalidad; preparemos el festin frugal, pero ofrecido con agrado. Huéspedes de esta clase son como dioses que viajan por la tierra; la choza que les presta albergue se transforma en palacio. Habitantes de Thonon: pensad de contínuo en el dia que se os prepara, y al pasar por esta poblacion, vean SS. MM. una prueba de que sus beneficios no han hallado ingratos entre nosotros. » Este cordial lenguage y los mismos sentimientos, espresaron las autoridades populares de Bonneville, Cluses, Sallanches, donde llegaron el 1.° de setiembre; Chamounix, Chapareillan y Grenoble, donde llegaron el 5 por la tarde. En el camino de Chambery á Grenoble los habitantes se apresuraban á ver pasar á los augustos viageros y daban los vítores mas entusiastas. En el discurso que pronunció el obispo de Grenoble al recibir al emperador en la catedral, dijo que era un gran consuelo ver que donde quiera que existia una causa justa y santa, se levantaba la bandera de la Francia para sostenerla y vengarla, y recordó que los ejércitos del emperador servian los intereses de la civilizacion en Europa y en Oriente, protegiendo en el trono que restablecieron la seguridad tan amenazada del gefe de la Iglesia, y vengando en Siria los ultrages hechos á la religion y á la humanidad.

El dia 7 el emperador y la emperatriz llegaron á Aviñon. La antigua *Avenio cavarum*, la ciudad de los Papas, desplegó para recibirles un esplendor que no tenia desde dos siglos. Poblada entonces por cien mil almas, rica por sus manufacturas de seda, residencia de una nobleza italiana é indígena que construyó palacios que aun en el dia llaman la atencion del viagero; pero sobre todo, animada por la presencia de un legado de Roma, el cual habitaba el antiguo palacio fortificado que es uno de los edificios mas imponentes de la edad media, Aviñon tenia en el pais una fisonomía particular. Una peste la despobló por mitad; su decadencia principió entonces; la revolucion de 1789 y la carnicería que el famoso Jourdan « corta-cabezas », dirigió contra el partido romano, dieron á la antigua ciudad un golpe terrible. Sin embargo los progresos del cultivo de la yerba rubia en sus hermosas llanuras, fueron para ella un nuevo elemento de riqueza. Aviñon cuenta aun treinta mil almas en el recinto de sus murallas, tan elegantes, por decirlo de paso, y que han

sido recientemente declaradas monumentos históricos, es decir, que no pueden ya ser derribadas por la autoridad local. Esta ciudad, que absorve la vecindad de Marsella, recibió como hemos dicho muy dignamente á los augustos viageros. El emperador fué alojado en la prefectura de Valclusa y por la noche se dió un gran baile en las Casas Consistoriales que estaban adornadas con gusto y riqueza. El emperador estaba grave y aun algo inquieto por las graves noticias esteriores que le llegaban. Sin embargo, quedó sumamente satisfecho y dijo de paso al prefecto de Valclusa. «Me ha conmovido la cordial acojida que me dispensan estos pueblos meridionales. Dignaos manifestárselo en mi nombre.» A las doce del siguiente dia (8 setiembre) el emperador y la emperatriz salieron de Aviñon, llegando á la una en punto á Marsella, despues de detenerse en Tarascon y en Arles, donde visitaron los monumentos antiguos. Los pueblos los recibieron con las mas entusiastas aclamaciones.

Magnífico y bello fué el recibimiento que hizo Marsella á su soberano. La fiesta tomó un carácter grandioso en medio de aquella vasta ciudad espléndidamente adornada, con su inmensa poblacion, aumentada con mas de cien mil almas que bajaban de la estacion del camino de hierro en tumultuosas oleadas, y sus puertos donde las escuadras pacíficas del mundo entero izan al viento sus millares de banderas. Despues de un patriótico discurso del alcalde, que presentó al emperador las llaves de la ciudad, Napoleon y la emperatriz Eugenia hicieron su entrada escoltados por los Cien guardias á pié y precedidos de un escuadron de gendarmes y cazadores. Ocupaban los lados de la carrera los alcaldes y los ayuntamientos de las municipalidades rurales del departamento, así como las comisiones de todas las sociedades de beneficencia y de las corporaciones del Estado, en número de ciento ochenta y tres; aunque no fué posible que todas pudiesen encontrar puesto en la carrera del cortejo. Cada grupo llevaba su pendon ó su bandera, la mayor parte iban precedidas de una banda de música y todas de tamboriles. Detrás de estas numerosas comisiones, escalonadas en diferentes filas, presentando las variedades de traje y de aspecto del tipo provenzal, se agrupaba una masa compacta de pueblos que apenas bastaban á contener los encargados de conservar libre el paso al cortejo imperial.

Los augustos viageros fueron objeto de las mas entusiastas aclamaciones, y las casas estaban llenas de gente hasta los tejados, y en todas las ventanas las señoras, lujosamente vestidas, victoreaban y agitaban los pañuelos, oyéndose en inmenso clamoreo los gritos de ¡ Viva el emperador! ¡ Viva la emperatriz! ¡ Viva el príncipe imperial! Diferentes veces, y especialmente en la Canebiere, el emperador se levantó para contestar al entusiasmo de la multitud. Varias niñas dirigidas por la hija del alcalde de Marsella, presentaron á la emperatriz en la prefectura canas-

tillos de flores. Despues de algunos momentos de descanso, principió la recepcion y cerca de quinientas señoras fueron á ofrecer su homenage á los ilustres viageros. Despues pasaron por delante de ellos todas las autoridades, el personal de las administraciones públicas, las corporaciones constituidas y los estrangeros notables que se hallaban accidentalmente en Marsella.

A las ocho tuvo lugar el banquete ofrecido al emperador, y despues se dirigió Napoleon con su esposa al Gran Teatro. El coliseo, invadido desde muy temprano por lo mas selecto de la sociedad marsellesa, ofrecia un magnífico golpe de vista. La emperatriz ostentaba una hermosa diadema y un magnífico collar de diamantes, y llevaba un vestido blanco bordado de flores. Al terminar el primer acto del *Trovador*, se retiraron Napoleon y su esposa entre entusiastas víctores, y recibiendo al regresar á la prefectura una verdadera ovacion popular. La multitud era tan inmensa, que no pudo contenerse, de modo que el coche imperial llegó entre cien mil personas que se agrupaban víctoreando y sin interrumpirse un momento las aclamaciones.

Al dia siguiente el emperador y la emperatriz se dirigieron en los coches de la corte y sin escolta á Nuestra Señora de la Guarda. La multitud que se hallaba en el transcurso y en la colina, los victoreó con entusiasmo. A la una el emperador pasó revista á las tropas que se estendian desde lo alto de la calle de la Canebiere hasta el muelle, cerca de las Casas Consistoriales. La emperatriz asistió á la revista y recorrió la linea en calesa descubierta. El emperador, al recorrer la rada de Marsella y despues de enterarse de su situacion actual bajo el punto de vista de la defensa y de la seguridad de los buques, mandó que se hicieran estudios para la construccion de un dique que creará delante de Marsella una rada cuya estension debe esceder á la de Chersburgo. Esta rada debe tener por objeto proteger bajo el punto de vista militar las innumerables riquezas que van á acumularse en los establecimientos marítimos y comerciales, y dar al propio tiempo un asilo seguro á los buques á su entrada ó á su salida, para el caso fácil de prever que estuviesen llenos los muelles. Por la noche se dió en la quinta Borelli el baile dispuesto por la ciudad. En aquella vasta quinta, comprada por la municipalidad y ahora dedicada al recreo del público, se levantó una sala de madera en el terraplen, sala capaz de contener cinco mil personas, sin contar dos anchos entoldados destinados para bailar los artesanos y mozos de cordel, pues estos últimos forman en Marsella una corporacion de tres á cuatro mil individuos, cuya mayor parte está, sino rica, á lo menos muy acomodada. Todos los cuartos interiores fueron pintados y decorados de nuevo con tanto esmero como celeridad; se abrieron nuevas alamedas en el parque, y una de ellas de mas de treinta

metros de ancho, conduciendo desde el paseo público del Prado hasta el terraplen de la quinta. Los jardines fueron iluminados con faroles de color, mientras los montes de al rededor, las bonitas quintas vecinas, las islas del golfo y los buques, cruzando en medio de aquel grandioso panorama, aparecieron coronados de fuegos de Bengala. La iluminacion, partiendo de la playa, cerca del lugar del baile, se prolongaba en toda la estension del Prado, y de allí atravesaba la ciudad entera en una legua y media de estension. Jamás se habian visto en Francia unas líneas de fuego tan inmensas.

Nada igualaba en efecto la magnificencia de esta fiesta, y todo cuanto pueda idearse de brillantez y riqueza, no podria superar el adorno de la entrada del castillo de Borelli, y la iluminacion general de esta residencia, que supera á la del castillo de Santángelo en Roma, objeto de la admiracion de los estrangeros. El emperador y la emperatriz llegaron al baile á las once y salieron una hora despues. No se realizaron los temores que se habian llegado á concebir á causa de la aglomeracion en aquel punto de una inmensa multitud, ni hubo que lamentar ninguna desgracia; de modo que afortunadamente fueron inútiles las precauciones que habia tomado la autoridad. El pueblo pudo circular cómodamente por el vasto transcurso del Prado, por la orilla del mar, por las cercanías del castillo de Borelli y por las calles de árboles y los prados de esta hermosa y aristocrática residencia, construida por un negociante marsellés, amigo de las artes, y que en el dia es propiedad de la ciudad como dijimos.

Napoleon y su esposa fueron recibidos en la brillante sala de baile reservada, y en medio de las danzas populares, con entusiastas aclamaciones. Las damas de honor de la emperatriz, Mme. Arvanon y Mme. H. Roux, figuraban en el rigodon imperial.

Al siguiente dia el emperador, acompañado del prefecto y de M. de la Ferrière, uno de sus ayudantes de campo, fué á visitar la fábrica de jabon de M. Arnavon y el establecimiento refinador de azúcar de M. Grandval que estaba adornado de magníficas colgaduras. Desde allí se dirigió á la fundicion y construccion de maquinaria del Mediterráneo, y en su presencia se puso en movimiento una enorme máquina destinada para el *Chaptal*. El emperador visitó con el mas vivo interés los magníficos talleres de la fundicion y maquinaria que no tienen rivales en Francia. A la una de la tarde el emperador se embarcó en el yacht imperial el *Aguila* para dirigirse á la Ciotat. Desde por la mañana un tren especial del ferro carril y el vapor de los Mensagerías imperiales el *Boristenes* trasportaban á la Ciotat un gran número de personas invitadas á asistir al acto de botarse al agua la *Provence*, destinada al servicio trasatlántico. Esta ceremonia, que en épocas ordinarias ofrece siem-

pre un vivo interés, adquiria con la presencia del emperador y la emperatriz el carácter de una gran solemnidad. La linda ciudad de la Ciotat habia desplegado para esta circunstancia un insólito lujo en sus adornos.

A las ocho y media de la noche tuvo lugar en Marsella el banquete que la Junta de Comercio daba al emperador y emperatriz para inaugurar la nueva Bolsa. M. J. B. Pastre, presidente de la Junta de comercio, brindó por el emperador y la emperatriz, y Napoleon contestó en estos términos con voz firme y bien acentuada.

« Señores: El banquete de la Junta de Comercio me proporciona la feliz ocasion de dar públicamente las gracias á la ciudad de Marsella por el entusiasta recibimiento que nos ha hecho á la emperatriz y á mí. Las demostraciones tan unánimes de adhesion que hemos recibido desde el principio de nuestro viage, me conmueven profundamente, pero no pueden enorgullecerme, porque mi único mérito ha consistido en tener una completa fé en la proteccion divina y en el patriotismo y buen sentido del pueblo francés. La union íntima entre el pueblo y el soberano, constituye nuestra fuerza en el interior lo mismo que en el esterior, y nos ha permitido no detener nunca nuestra marcha progresiva á pesar de las grandes dificultades.

« Este deseo del bien, este afan por todo lo que es noble y útil, no pueden entibiarse en la actualidad en que las circunstancias son mas favorables y la tranquilidad es el anhelo de todo el mundo. No nos inquietemos si llegan desde lejos hasta nuestros oidos algunos murmullos envidiosos, porque se estrellarán contra nuestra indiferencia como espiran en nuestras costas las olas del Occéano. Trabajemos, pues, con todas nuestras fuerzas para desarrollar los recursos de nuestro pais, porque las tareas de la paz son á mis ojos tan bellas como laureles.

«En el porvenir de prosperidad y grandeza que sueño para la Francia, Marsella ocupa naturalmente un puesto importante por su energía y la inteligencia de sus habitantes, así como por su posicion geográfica. Por su proximidad al puerto militar de Tolon, paréceme que representa en estas playas el genio de la Francia, llevando en una mano la rama de olivo, pero conociendo que está á su costado la espada. Reine en paz en este mar la ciudad fócea por la suave influencia del comercio; civilice, multiplicando las relaciones, á las naciones bárbaras; estreche los lazos de las naciones civilizadas; impulse á los pueblos de Europa á que vengan á darse la mano en las orillas poéticas de este mar y á sepultar en lo profundo de sus aguas las funestas rivalidades de otros tiempos, y finalmente, muéstrese siempre Marsella tal como la veo, esto es, á la altura del destino de Francia, y se realizará uno de mis mas ardientes deseos. Brindo *por la ciudad de Marsella.* »

El discurso del emperador fué recibido por tan brillante asamblea con vivas aclamaciones y calurosos aplausos. A la salida del banquete, los augustos viageros se embarcaron en el yacht imperial que debia conducirles á Tolon. Todas las calles por donde pasaron estaban iluminadas.

La acogida hecha al emperador y la emperatriz por la ciudad de Marsella y las brillantes fiestas que se les dieron, debieron producir en su ánimo una impresion satisfactoria. Las gracias personales y la benevolencia de la emperatriz Eugenia, escitaron especialmente en todas las clases de la poblacion un respetuoso interés. Su presencia por primera vez entre los marselleses justificó su gran reputacion de belleza, é hizo además manifiesto que en una señora de tan alta categoría, el brillo del trono puede aun ser realzado por los encantos de la modestia y por una amabilidad estraordinaria.

La escuadrilla imperial compuesta de siete buques á saber: *El Aguila*, al mando del vice-almirante Dupouy, comandante en gefe, á bordo de cuyo buque además del emperador y de la emperatriz iban el general de ingenieros M. Frossard, el de artillería Lebœuf y el de caballería Fleury, ayudantes de campo del emperador, tres oficiales de ordenanza, tres damas de honor, las señoras de Sauley, de la Pœze y de Rayneval con cuarenta y dos criados de ambos sexos; la *Reina Hortensia*, comandante conde Morand, á cuyo bordo iba el séquito imperial; el *Eylau*, comandante d'Aurillac, y la *Gloria*, comandante Olier, llevando la escolta militar, y el *Vauban*, comandante Lefévre, el *Sevre*, comandante Ollivier y el *Ariege*, comandante Allemaud, destinados para los caballos y bagajes, llegó el 11 de setiembre por la mañana á la bahia de Tolon y fué saludada por la artillería de los buques y de los fuertes. El vice-almirante Jacquinot, prefecto marítimo, pasó en seguida á bordo de *El Aguila* para tomar las órdenes del emperador. Napoleon y la emperatriz desembarcaron á las diez en la Vieja Dársena y encontraron en el desembarcadero, espléndidamente adornado, á las primeras autoridades del departamento y al alcalde de Tolon, que á la cabeza de su concejo municipal, presentó al emperador las llaves de la ciudad. Los augustos viageros se dirigieron á la catedral, desde allí á la prefectura marítima, y en las primeras horas de la tarde fueron á visitar el arsenal, embarcándose para ir á bordo del *Montebello*, navio-escuela de los artilleros, y de la fragata con coraza la *Gloria*, regresando despues de hacer una escursion por la ciudad nueva. Por la noche asistieron al baile oficial, y se embarcaron en seguida para Niza, donde llegaron el 12 y fueron acojidos con entusiasmo.

Todas las autoridades los esperaban en la antigua plaza de Victor, actualmente de Napoleon; durante la carrera fueron victoreados sin cesar. El emperador estaba visiblemente conmovido y la emperatriz respondia

con graciosos saludos á las demostraciones de respeto y simpatía de que no cesaban de ser objeto. Luego que acababa de pasar la emperatriz Eugenia, se oian de todos los labios las mismas palabras, especialmente en las personas de su sexo: « ¡ Qué graciosa ! ¡ Cuán buena debe ser ! » Iban en el carruage imperial el mariscal Castellane y el general Corcard, gefe de la subdivision militar de Niza. Se habian hecho grandes preparativos para recibir al emperador y á la emperatriz. Hé aquí algunos detalles. Empecemos por el palacio imperial. Dos cariátides y



un águila imperial decoraban la grande puerta de entrada. Se habia dorado la reja del patio, transformando toda la plaza del Gobierno en un jardin lleno de palmeras, laureles y naranjos rodeados de las flores mas raras que únicamente florecen bajo aquel privilegiado clima. En la escalera principal, un águila imperial desplegaba sus alas y al pié se leian estas dos inscripciones : « 12 setiembre de 1860 ; » y « En fin ya soy francesa. » En la antesala de los ayudantes de campo sobre una magnífica mesa dorada, habia el busto del emperador. En los cuatro ángulos de la sala, cuatro hermosas figuras doradas, representando las cuatro estaciones, sostenian unos candelabros de seis brazos cuyas bujías se reflejaban al infinito por medio de espejos sin número. Desde esta sala se pasaba al salon del emperador donde se habia tenido la feliz idea de colocar con sumo gusto é inteligencia una suntuosa y rara coleccion de bronces antiguos florentinos. Entre estas riquezas artísticas se veian un Apolo, algunos Mercurios, varios Hércules, uno de ellos apoyado en su maza, varios guerreros romanos, un grupo representando el « Rapto de las sabinas, » por Juan de Bolonia; una Venus, dos caballos á la carrera y dos hermosos vasos griegos con incomparables bajos relieves. De este salon se pasaba al dormitorio del emperador donde habia una

grande cama de hierro genovés con colgaduras de seda verde. Una pequeña puerta daba entrada al gabinete destinado para vestirse el emperador, y al otro lado habia el tocador de la emperatriz. Varios cuadros de gran valor decoraban tambien estas piezas. Citaremos entre otros, un retrato del famoso Masaniello, por Salvator Rosa; la muerte de Adónis, por el Primático, autor de los frescos que decoran el salon de Diana en Fontainebleau, y una santa Virgen de Francesco Francia. Este último cuadro que estaba colocado en la sala dormitorio de la emperatriz, habia causado la admiracion de las dos grandes duquesas Maria de Leuchtemberg y Elena de Rusia, que como es sabido, habian pasado el último invierno en Niza. Sobre la chimenea de la cámara de la emperatriz llamaban la atencion dos candelabros del tiempo de Luis XIV, de un dibujo artístico cuya perfeccion es hoy dia desconocida; en frente de la chimenea habia una consola ricamente esculpida y dorada, con armario de ébano, conteniendo un servicio de té de porcelana antigua de China. De la cámara de la emperatriz se pasaba á un gabinete revestido de palo de rosa que servia de tocador, y desde allí á una vasta galería donde se admiraban algunos bronces magníficos, entre ellos dos bustos de emperatrices romanas, un gran busto de Luis XIV, dorado y un grupo representando Tarquino dando muerte á Lucrecia, obra maestra de Juan de Bolonia. Estos bronces antiguamente formaban parte del famoso museo del canciller Camburzano de Turin. Volviendo atrás y pasando otra vez por la antesala de los ayudantes de campo, se entraba al salon del trono, donde habia los retratos del emperador y de la emperatriz. Unas consolas doradas servian de base á otros tantos bronces magníficos, entre otros un notable busto de Marco Aurelio, cuya cabeza es de bronce y el resto de amatista. De esta sala se pasaba á tres grandes salones uno de los cuales fué destinado para el gran banquete que la ciudad de Niza ofreció á los augustos viageros. Los aposentos destinados á la corte, que seguian despues, participaban del mismo esplendor.

La recepcion de las autoridades en el palacio imperial tuvo lugar á las once y media, y al pasar el Ayuntamiento, el emperador dió nuevamente las gracias á la poblacion de Niza por el sufragio emitido el 15 de abril. Napoleon acompañado de la emperatriz salió á las cuatro, atravesando las plazas de Napoleon y Santo Domingo y la calle de San Gurone, que estaban bellísimamente decoradas, llegando hasta el Castillo. Se dá este nombre á la colina que se eleva en medio de la ciudad de Niza y que coronaba la antigua fortaleza destruida por Cattinat en 1706, y desde la cual se descubre un hermoso paisage. Por la noche se dió un gran baile en el teatro al que la municipalidad de Niza convidó á mas de cuatro mil personas. En las diversas escursiones que hicieron el emperador y la emperatriz al dia siguiente especialmente á la desembocadura

del Var, cuyo encauzamiento debe dar á la agricultura una grande estension de terreno, recibieron la mas antusiasta acojida. Los habitantes de Niza demostraron constantemente su contento y adhesion, y los augustos viageros que se embarcaron aquella noche para Ajaccio, debieron llevarse la conviccion profunda de que se habian granjeado la simpatía de todo el pais.

El emperador y la emperatriz llegaron á Ajaccio el dia 14, desembarcando en medio del entusiasmo de los habitantes que habian acudido de todos los puntos de la isla. Despues de haber recorrido lo mas notable de la poblacion, regresaron á bordo. En esta escursion no olvidaron la visita de una casa particular que presenta en la plaza Lætizia una fachada de dos pisos y seis ventanas. El interior es bastante espacioso, y la hermosa galería que servia de salon de recibo á la familia Bonaparte, no le falta ni nobleza ni grandiosidad. Esta casa, que ha pertenecido constantemente á la familia y que poseia todavía hace algunos años el difunto príncipe de Canino, es al presente de propiedad del emperador. Está enteramente vacia, pero se tiene intencion de volverla á amueblar, reuniendo varios objetos hoy disperses y que pertenecieron auténticamente á esta morada. En el primer piso de esta casa, en una salita que recibe la luz de dos ventanas, la una que dá á un patio interior y la otra á la calle Lætizia, adornada con una chimenea de mármol blanco cuyo friso representa Venus entre dos Amores, Mme. Lætizia Ramolino, esposa de Cárlos Bonaparte, dió á luz el 15 de agosto de 1769, volviendo de misa, un niño que recibió el nombre de Napoleon. El sitio en que estaba colocado el canapé en el que la esposa de Bonaparte parió, está indicado á poca diferencia por un garfio de hierro fijado en la pared, que probablemente sostendria algun cortinage ó cieloraso de una cama. Un poco mas lejos, se vé el aposento en el que el jóven Napoleon hizo sus primeros estudios y el de su hermano Luciano. En una de las paredes del último aposento, hay una puerta condenada que abria paso á una escelera secreta para bajar á las habitaciones inferiores. La tradicion de Ajaccio quiere que por esta escalera secreta los hijos de Cárlos Bonaparte hacian algunas escapatorias, burlando la vigilancia maternal que en ellos ejercia con noble severidad Mme. Lætizia. Se enseña igualmente en el entresuelo de la casa la bóveda de un sótano donde fueron alojados los guias del general Bonaparte, cuando al regreso de Egipto, desembarcó una noche en Ajaccio para librarse de los cruceros ingleses.

Los augustos viageros visitaron con una emocion visible, de la que participaron todos los asistentes, esta casa histórica, que, cuando vuelva á estar amueblada, y se la restaure y aisle de las casas vecinas, será para Ajaccio un monumento precioso y venerado. Al dia siguiente des-

embarcaron á las nueve para ir á visitar la catedral, y volvieron á las diez á bordo del *Aguila*. El entusiasmo de la poblacion fué superior al del primer dia de su desembarco.

A pesar del estado de la política europea, y en contra de lo que se habia anunciado oficialmente, el emperador resolvió visitar la Argelia; y tambien á pesar de los rumores contrarios que circularon, la emperatriz no se separó del lado de su augusto esposo; así es que la escuadra imperial partió al medio dia del 15 de setiembre del puerto de Ajaccio, haciendo rumbo para Mahon, á donde llegó el mismo dia, desembarcando el emperador y la emperatriz creyendo hallar en la isla á la reina de España, su esposo y la corte; pero como no habia llegado allí todavía, volvieron á embarcarse, dejando una carta para la reina limitándose á espresar su deseo de saludarla y á repetir sus mas ardientes votos para la felicidad de la reina y del pais. Mas tarde, el 8 de octubre, el Sr. Mon, embajador de España, entregó al emperador una respuesta autógrafa de la reina doña Isabel II á la carta que Napoleon habia dejado á su paso por Mahon.



El dia 17 Napoleon y su esposa llegaron á Argel, á pesar de que el mal tiempo que reinó en aquellos dias en la mar habia contrariado la travesía. La recepcion fué espléndida. El bey de Tunez, que llegó el mismo dia, fué recibido por los augustos viageros. Al dia siguiente por la mañana el emperador y la emperatriz pusieron la primera piedra del mag-

nífico *Boulevard* que se estenderá á lo largo del mar, y dando á la ciudad un paseo hace mucho tiempo deseado, creará una arteria industrial de gran porvenir. Esta hermosa vía tomará el nombre de *Boulevard de la Emperatriz.* La bendicion se celebró con gran pompa religiosa, celebrando Monseñor Pavy, obispo de Argel, asistido de su clero. Una inmensa concurrencia de franceses é indígenas, ansiosos de contemplar las facciones de los augustos viageros, daba á esta ceremonia un carácter tan grave como pintoresco.

Durante el dia el emperador y la emperatriz se dirigieron al Arach, en la entrada de la llanura de la Mitidja, para asistir á la mas espléndida fiesta árabe que pueda imaginarse. Bajo la hábil é ingeniosa direccion del generel Jusuf, algunos contingentes de infantes kábilas y de ginetes de las tres provincias, llevando á todos los agás y caides á la cabeza, habian sido reunidos para hacer una demostracion de homenage al emperador. Despues de un simulacro de combate de tribu á tribu y de nueve á diez mil ginetes, precipitándose al triple galope y descargando sus armas delante de la tienda del emperador; despues de



una carga magnífica de doce escuadrones de spahis, cruzando la llanura como un huracan; despues de las justas, de las cazas de la gacela, del avestruz y del falcon; despues del desfile de los touaregs, con la cara encubierta, montados en sus camellos, y de los chambaa, esos habitantes del desierto, protectores futuros del comercio francés con el Soldan, y finalmente, despues del espectáculo mas espléndido que pueda darse en Africa, todos los goums, formando una inmensa linea de batalla, se acercaron magestuosamente con el fusil levantado y banderas desplegadas á la eminencia donde estaba la tienda del emperador.

Entonces los gefes, con albornoces de brillantes colores, se apearon y vinieron juntos á presentar el caballo de *Gaada*, con caparazon de oro, é hicieron acto de sumision al soberano de la Francia. En este momento, momento solemne por lo espacioso del teatro y por el aspecto guerrero de esos enemigos de ayer, cuya larga resistencia tanta gloria ha proporcionado á las armas francesas, el emperador no pudo defenderse de una emocion visible. El bey de Tunez asistia á esta imponente solemnidad.

Los raros y variados trages de la multitud de espectadores que acudieron, y las escenas diversas que servian de marco á este espectáculo, no menos que la lozana vegetacion africana con sus magestuosas líneas de horizontes, eran tan curiosos y pintorescos como el mismo espectáculo. La escolta del emperador sobre todo y los que le rodeaban, presentaban un golpe de vista tal como jamás se haya visto otro igual en Europa. Allí se veia brillar aquel lujo oriental que tanto alhaga la imaginacion, y la riqueza crecia de punto en el suntuoso trage del bey de Tunez y de los principales gefes de las tribus con sus elegantes albornoces cubiertos de gasas de seda y muselinas delicadas sujetos por cinturones marroquíes bordados de oro. La emperatriz, aflijida por el estado de su hermana la duquesa de Alba, no asistió al baile.

El dia siguiente Napoleon y su esposa concurrieron á la magnífica revista de las tropas de las tres provincias que vinieron para asistir á la fiesta. El bey de Tunez acompañaba al emperador. En el banquete dado por la ciudad, el presidente del Consejo general de Argel dirigió un discurso laudatorio al emperador que le contestó con estas palabras:

« Al poner el pié en el suelo africano, mi primer pensamiento se dirige al ejército cuyo valor y perseverancia han llevado á cima la conquista de este vasto territorio. Pero el Dios de los ejércitos solo envia á los pueblos el azote de la guerra como castigo ó como redencion; en nuestras manos, la conquista no puede ser mas que una redencion, y nuestro primer deber consiste en ocuparnos de la felicidad de los tres millones de árabes que la suerte de las armas ha hecho pasar bajo nuestra dominacion.

« La Providencia nos ha llamado á esparcir en este pais los beneficios de la civilizacion. Ahora bien, ¿qué es la civilizacion? Contar el bienestar por algo, la vida del hombre por mucho, el perfeccionamiento moral como el supremo bien. Así, pues, elevar á los árabes á la dignidad de hombres libres, difundir entre ellos la instruccion, respetando sin embargo su religion, y mejorar su existencia, haciendo salir de este suelo todos los tesoros que la Providencia ha sepultado en él y que un mal gabierno dejaria estériles, tal es nuestra mision, á la cual no faltaremos.

« En cuanto á los valerosos colonos que han venido á plantar en Ar-

gelia la bandera de la Francia, y con ella todas las artes de un pueblo civilizado, ¿necesito decir que jamás les faltará la proteccion de la metrópoli? Las instituciones que les he dado les hace encontrar de nuevo aquí por completo su patria, y perseverando en este camino debemos esperar que su ejemplo será seguido y que vendrán á fijarse nuevas poblaciones en este suelo para siempre francés. La paz europea permitirá á la Francia mostrarse mas generosa para con sus colonias, y si he atravesado el mar para permanecer algunos instantes entre vosotros, es para dejar aquí como huellas de mi paso la confianza en lo porvenir y una fé entera en los destinos de la Francia, cuyos esfuerzos para el bien de la humanidad son siempre bendecidos por la Providencia. Brindo por la prosperidad del Africa.»

Un hecho, harto significativo para no ser consignado en la historia, tuvo lugar durante la corta permanencia de Napoleon en Argel. Los israelitas antes de la toma de esta ciudad, eran considerados por los moros como unos parias. Hussein-Dey, siguiendo la conducta de sus predecesores, les habia prohibido salir del barrio que les habia destinado, despues de la puesta del sol; además les habia obligado á usar un trage sombrío compuesto de prendas negras y blancas. Les habia prohibido espresamente montar á caballo, llevar arma ó palo y de figurar entre los propietarios. Fácilmente se concebirá que la ocupacion de Argel por el ejército francés, debió ser muy bien vista por los israelitas, y que el abanicazo dado por el dey en el rostro de Mr. Deval no fué para ellos un simple acontecimiento histórico. Así es, que los judíos vecinos de Argel no olvidando jamás que son deudores á la Francia de su emancipacion, llevados por su reconocimiento, quisieron perpetuar aquel recuerdo, y á este efecto ofrecieron á la emperatriz un abanico de gran precio.

Este abanico que aceptó y lo conserva hoy dia la emperatriz Eugenia, está formado de plumas blancas de avestruz, y tiene de $0^{m}35$ á $0^{m}40$ de anchura. Las plumas están sugetas en un disco de oro, adornado en su perifecia de perlas finas colocadas sobre un fondo sembrado de rubíes y esmeraldas; su círculo lleva interiormente algunos arabescos de oro y colores diversos esmaltados de rubíes, esmeraldas y diamantes, entre los cuales hay colocados algunos engarces y estrellas de diamantes. En el centro se lee una inscripcion hebráica en oro que recuerda 1830. El pié es de coral con estrías de oro y adornado con perlas finas; se divide en su parte superior en dos ramas formadas de arabescos entre los cuales figura una corona imperial. La parte inferior termina con una esfera de oro mate sembrada de estrellitas de diamantes, y con un anillo incrustado de rubíes y esmeraldas. La otra cara presenta en el centro una gruesa esmeralda rodeada de un doble

triángulo formando una estrella de seis rayos adornados de arabescos de oro, rubíes y brillantes. Dos círculos de perlas finas bordados con arabescos de oro y colores diversos forman el marco de la siguiente inscripcion: « Las señoras israelitas de Argel á S. M. la emperatriz Eugenia. 1860. » Este magnífico abanico africano está encerrado en un estuche árabe.

Durante la permanencia del emperador y la emperatriz en Argel, habitaron el antiguo palacio de Hassan-Bajá. Todas las habitaciones de aquella régia morada, ricamente pintadas y cubiertas de esmalte, marmol,



madera esculpida, bronce y oro, fueron suntuosamente amuebladas. Las mas bellas y odoríferas flores, colosales pebeteros, así como los vegetales mas raros de la Argelia, fueron prodigados en la ornamentacion general, tanto en la entrada de los pórticos, como en los corredores y galerías. Tiene un interés particular la pieza que fué destinada para la dama de honor de la emperatriz. En esta sala está situado el mas misterioso de todos los escondrijos que se hallan en aquella vasta y suntuosa morada. Cerca de una ventanilla que cierra una reja, existe un armario admirablemente esculpido. Si se abre la puerta de este armario y se impele con fuerza la tabla que forma el fondo, se la vé jirar lentamente sobre un eje dando paso á la entrada de una escalerilla de piedra, de forma espiral, dirigiéndose hácia las entrañas de la tierra. ¿Con qué objeto fué construida aquella escalera secreta? Todo el mundo se pierde en conjeturas sobre su uso. Algunas personas han bajado por aquella escalera hasta la profundidad de treinta metros, sin llegar á su base. La falta de aire, el gas ponzoñoso que se respira en aquella profundidad, no han permitido ir mas allá. Esta entrada subterránea está inmediata á las habitaciones que ocupaba Hassan-Bajá.

El dia 22 Napoleon y su esposa desembarcaron inesperadamente en Port-Vendres para evitar la travesía del golfo de Lion. A pesar de estar la mar gruesa y de la violenta ráfaga sufrida por el *Aguila*, el viage de regreso á Francia se hizo sin novedad. Los augustos viageros salieron á las ocho de Perpiñan, llegando á las seis y cuarto á la verja del palacio de San Cloud, á donde el príncipe imperial habia acudido mucho tiempo antes, en su impaciencia de abrazar á sus augustos padres. Una grande afliccion quedaba reservada para el corazon de la emperatriz. Hasta que puso el pié en Francia no supo Eugenia la muerte de su querida hermana la duquesa de Alba (*), víctima de la terrible y cruel enfermedad que padecia hacia mucho tiempo.

Al siguiente dia de la llegada del emperador se celebró un consejo estraordinario de ministros en San Cloud. Graves y trascendentales sucesos se habian sucedido en Italia durante su ausencia, sucesos que reseñaremos someramente para dar á conocer la relacion que con ellos pudo tener la política francesa.

Despues de la capitulacion de Melazzo en Sicilia, no tardó en seguir la de Mesina, y la isla perteneció ya desde entonces á la revolucion. Fortificóse Garibaldi en la punta del Faro, y merced al ausilio de poderosos amigos, aumentó rápidamente el número de sus voluntarios y el de sus armas y municiones de guerra. Pero todas aquellas prevenciones eran poco menos que inútiles: sabia el dictador que no habia de hallar gran resistencia: la defeccion era manifiesta y su marcha debia ser triunfal. Del desembarco de Garibaldi y su ejército en las costas de Calabria á la toma de Reggio mediaron pocos dias, y así como en Calatafimi se decidió de la suerte de la Sicilia, en Reggio quedó resuelta la suerte del reino de Nápoles. Encerrado Francisco II en Nápoles, abandonado ó engañado por cuantos le rodeaban, no le quedó mas recurso que abandonar la capital de su reino. El dia 8 de setiembre á las ocho de la noche partió el rey para Gaeta, de resultas de las noticias que recibió sobre la aproximacion de Garibaldi y sus tropas. Un numeroso pueblo presenció el embarque del que dejaba de ser su soberano, sin que se advirtiese ninguna clase de demostraciones en pró ni en contra del monarca

(*) Doña Maria Francisca de Sales Portocarrero y Kirk-Patrik, á quien el cielo habia prodigado todos sus dones, nació en Granada el año 1825, siendo hija primogénita del esforzado conde de Teba, despues de Montijo y de Miranda, heredando por muerte de su padre además de estos títulos, los de duquesa de Peñaranda, marquesa de la Algaba, de la Bañeza, de Barcarrota, de Mirallo, de Valdunquillo, de Valderrábano, de Villanueva del Fresno; condesa de Casarubios del Monte, de Fuentidueña, de San Estéban de Gormaz, y de vizcondesa de Palacios de la Baduerna. En 1843 contrajo matrimonio con el Sr. D. Santiago Fitz-James, duque de Berwick, de Alba de Tormes, de Liria, de Montoro, de Olivares, etc., y de este modo, pues, se habian unido dos de las casas mas ilustres y poderosas, acumulando multitud de grandezas de España y riquezas inmensas.

combatido por la desgracia. Antes de su salida de la capital dirigió á sus pueblos la proclama de despedida que ponemos á continuacion, y la protesta que hizo á la Europa por la usurpacion de sus derechos, basados en la historia, en los tratados y en el derecho público europeo. Apenas se supo la marcha del mal aconsejado rey, hubo una súbita transformacion en los establecimientos que tenian las armas borbónicas de Nápoles, que fueron ocultadas inmediatamente y reemplazadas por la cruz de Saboya.

El dia 7 de setiembre al medio dia hizo Garibaldi su entrada triunfal en Nápoles. Una muchedumbre inmensa, loca y embriagada de contento, llenaba de acera á acera la espaciosa calle de Toledo por donde entró el héroe popular de la Italia, acompañado de un corto Estado mayor, dirigiéndose al palacio de la Forestería, situado en la plaza de Palacio. Desde el balcon de este edificio arengó al pueblo con un breve discurso, y en seguida marchó á hospedarse en casa del príncipe de Angrí, á un estremo de la misma calle de Toledo, presenciando por la tarde en el balcon principal de esta casa, el desfile de la Guardia nacional. Hé aquí los documentos citados:

Proclama real de Francisco II.— «Entre los deberes prescritos á los reyes, los dias de desgracia son los mas grandes y solemnes, y yo quiero cumplirlos con resignacion y sin debilidad, con ánimo sereno y confiado, como conviene al descendiente de tantos monarcas. Con tal objeto, dirijo aun una vez mi voz al pueblo de esta metrópoli, de la cual debo ahora alejarme con dolor.

«Una guerra injusta y contra la razon de gentes, ha invadido mis Estados, no obstante que yo esté en paz con todas las potencias europeas. El cambio de órdenes gubernativas, mi adhesion á los grandes principios nacionales é italianos, no bastaron á alejarla; y cuando tuve precision de defender la integridad del Estado, ocurrieron con este motivo sucesos que he deplorado siempre. Por tanto, protesto solemnemente contra estas incalificables hostilidades, sobre las cuales pronunciará su severo juicio la edad presente y la futura. El cuerpo diplomático residente cerca de mi persona, supo desde el principio de esta inaudita invasion, de qué sentimientos estaba lleno mi ánimo por todos mis pueblos, y por esta ilustre ciudad, esto es, garantirla de las ruinas y de la guerra, salvar sus habitantes y sus propiedades, los templos sagrados, los monumentos, los establecimientos públicos, las colecciones artísticas, y todo aquello que forma el patrimonio de su civilizacion y de su grandeza, y que perteneciendo á las generaciones futuras es superior á las pasiones del momento.

«Esta palabra, ha llegado ya la hora de cumplirla. La guerra se avecina á los muros de esta ciudad, y con indecible dolor yo me alejo con

una parte del ejército, trasportándome allí donde la defensa de mis derechos me llama. La otra parte del mismo ejército queda para contribuir, en concurso con la benemérita Guardia nacional, á la inviolabilidad é incolumidad de la capital, que como un objeto sagrado, recomiendo al celo del ministerio. Y pido al honor y al civismo del Síndico de Nápoles y del Comandante de la referida Guardia ciudadana, libren á esta patria carísima de los horrores de los desórdenes internos y de los desastres de la guerra vecina; con cuyo objeto concedo á estos últimos todas las necesarias y mas estensas facultades. Descendiente de una dinastía que por 126 años reinó en estas comarcas continentales, despues de haberlas salvado de los horrores de un largo gobierno vice-reinal, mis afecciones quedan aquí. Yo soy napolitano, y no puedo sin grave detrimento de mi corazon, dirigir palabras de adios á mis amadisimos pueblos, y á mis compatriotas.

«Cualquiera que sea mi destino, próspero ó adverso, conservaré siempre por ellos los mas tiernos recuerdos. Recomiendo á los mismos la concordia, la paz, la santidad de los deberes ciudadanos. Que un estremado celo por mi Corona no sea causa de turbulencias. Ya sea que la suerte de la presente guerra me haga volver pronto entre vosotros, ó en otros tiempos en que plazca á la justicia de Dios restituirme el trono de mis mayores, mas espléndido por las libres instituciones de que irrevocablemente le he circundado, lo que imploro desde ahora es ver de nuevo á mis pueblos unidos, fuertes y dichosos.—Nápoles 6 de setiembre de 1860.— FRANCISCO. »

Protesta de Francisco II.— « Desde que un atrevido gefe, con todas las fuerzas revolucionarias de que dispone Europa, ha tocado nuestros dominios invocando el nombre de un soberano de Italia, pariente y amigo, Nos hemos empleado todos nuestros medios para combatir durante cinco meses por la sagrada independencia de nuestros Estados. La suerte de las armas nos ha sido contraria. La atrevida empresa que aquel soberano del modo mas formal protestaba desconocer, y que sin embargo mientras se trataba de las bases de un íntimo acuerdo, recibia en sus Estados principalmente ayuda y apoyo, aquella empresa, á la que toda Europa asiste indiferente despues de haber proclamado el principio de no intervencion, dejándonos solos luchar contra el enemigo de todos, está á punto de estender sus tristes efectos hasta nuestra capital. Las fuerzas enemigas se adelantan sobre estas cercanías. Por otra parte, la Sicilia y las provincias del continente, hace ya tiempo minadas por la revolucion, insurreccionadas por la misma, han formado gobiernos provisionales con el título y bajo la proteccion nominal de aquel soberano, y han confiado á un pretendido Dictador la autoridad y el pleno arbitrio de sus destinos.

«Fuertes con nuestros derechos, fundados en la historia, en los pactos internacionales y en el derecho público europeo, mientras Nos contamos prolongar hasta lo posible nuestra defensa, no estamos menos decididos á cualquier sacrificio para evitar los horrores de una lucha y de la anarquía á esta estensa metrópoli, centro glorioso de las antiguas memorias y cuna de las artes y de la civilizacion del reino. En su consecuencia, marcharemos con nuestro ejército fuera de sus muros, confiados en la lealtad y en el cariño de nuestros súbditos para el sostenimiento del órden y respeto á la autoridad. Al tomar esta determinacion nos vemos al mismo tiempo en el deber, que nos dictan nuestros antiguos derechos, nuestro honor, el interés de nuestros herederos y sucesores, y mas aun aquellos de nuestros queridos súbditos, y altamente protestamos contra todos los actos consumados hasta ahora y contra los sucesos realizados ó que se realizarán en lo sucesivo. Reservamos todos nuestros títulos y razones, orígen de sagrados é incontestables derechos de sucesion y de los tratados, y declaramos solemnemente todos los mencionados acontecimientos y hechos, nulos, violentos y de ningun valor, dejando en manos del Todopoderoso nuestra causa y la de nuestros pueblos, en la firme creencia de no haber tenido en el breve tiempo de nuestro reinado, un solo pensamiento que no haya sido consagrado á su bien y á su felicidad. Las instituciones que hemos irrevocablemente concedido es una prueba de ello.

«Esta nuestra protesta será trasmitida por nosotros á todas las córtes, y queremos que rubricada y acompañada con el sello de nuestras armas Reales, y refrendada por nuestro ministro de los Negocios estrangeros, sea guardada en nuestros Reales ministerios de Estado, de los Negocios estrangeros, de su presidencia del Consejo de ministros y de Gracia y Justicia, como un movimiento de nuestra constante voluntad de oponer siempre la razon y el derecho á la violencia y á la usurpacion.—Nápoles 6 de setiembre de 1860.— Francisco — Santiago de Martino.»

Discurso pronunciado por el general Garibaldi desde el balcon del palacio de la Forestería. —«Teneis mucha razon para regocijaros. Yo he venido aquí para revindicar vuestros derechos. Este es verdaderamente un dia de regocijo para la Italia entera, de la cual sois vosotros la parte mas bella; Italia, gran nacion, pero tambien la mas desventurada. Es un período este en el cual salió de los dias de la tiranía para comenzar los de la emancipacion. Os doy las gracias por este acto solemne, no solo en mi nombre y en el de los italianos, sinó en nombre de la humanidad y de la Europa entera.»

Proclama.—A la querida poblacion de Nápoles, hija del pueblo: —«Con verdadero respeto y amor es como me presento á ese noble é imponente centro de los pueblos italianos, al que muchos siglos de des-



potismo no han podido humillar ni reducir á que suplique de rodillas ante la tiranía. La primera necesidad de la Italia era la concordia para lograr la unidad de la gran familia italiana ; hoy la Providencia ha hecho que se lleve á cabo la concordia con la sublime unanimidad de todas las provincias en favor de la reconstitucion nacional : para esa unanimidad dió á nuestro pais á *Victor Manuel*, á quien desde este momento podemos llamar el verdadero padre de la patria italiana. *Victor Manuel*, modelo de soberanos, inculcará á sus descendientes su deber para la prosperidad de un pueblo que le eligió con frenética adhesion para capitanearlo. Los sacerdotes italianos, convencidos de su mision, como garantía del respeto con que serán tratados, tienen el arrojo, el patriotismo, el continente verdaderamente cristiano de sus numerosos hermanos, á quienes, desde los beneméritos monges de la Guancia hasta los generosos sacerdotes del continente napolitano, hemos visto á la cabeza de nuestros soldados, desafiando los mayores peligros de las batallas. Lo repito, la concordia es la primera necesidad de la Italia. Así pues, á los disidentes de otros tiempos que ahora quieran sinceramente llevar su piedra al edificio patrio, les acogeremos como á hermanos. En fin, respetando la casa agena, queremos ser dueños en la nuestra, ya sea que plazca ó nó á los tiranos de la tierra. — GARIBALDI. »

Harto elocuentes y significativas son las palabras del rey y del dictador, para que nosotros nos esforcemos en ponderar su valor. Añadiremos, sin embargo, con un distinguido escritor, que el rey de Nápoles fué derrocado sin heroismo, porque su poca edad y la traicion de sus ministros y generales no le permitian la resistencia; pero en su caida se descubrió bastante nobleza, y no dejó de escitar sumo interés su triste resignacion. Su único deseo era evitar que por su causa se derramase la sangre de sus súbditos, que la conclusion de su breve reinado no fuera desastrosa, y que la responsabilidad del poder y del nuevo órden de cosas recayese sobre los que ambicionaban su trono. La partida del rey se verificó con serenidad melancólica, y la dignidad de su actitud contrastó sobremanera con el cobarde abandono de que fué objeto de parte de los que fueron sus servidores y los favoritos de su padre.

Por lo que respecta al dictador, si hemos de dar crédito á los imparciales observadores, lo mas notable que ofreció su entrada en la capital, fué la fisonomía del vencedor. Una involuntaria tristeza oscurecia su rostro, pues Garibaldi debió conocer que penetraba en una masa de descomposicion, y no en medio de un varonil entusiasmo popular. Y en tanto esto era asi, que apenas hubo partido el rey, tres partidos empezaron á disputarse el reino de Nápoles: los garibaldinos, los anexionistas y los mazzinianos. Los primeros querian el poder para

Garibaldi; sin traba alguna, y dar al gefe militar del movimiento italiano la completa disposicion de los recursos del reino, para que fuese dueño de llevar á cima, como mejor fuera de su agrado, la empresa en que se habia empeñado. Los anexionistas propiamente dichos, querian que el Piamonte tomase inmediatamente posesion del pais para tener á su cabeza un gobierno regular, y reservar á este gobierno la direccion general de la política italiana. Los mazzinianos, constituyendo tal vez el partido mas temible, porque mas que cualquier otro partido su temperamento es esencialmente revolucionario, aspiraban al triunfo de las ideas republicanas.

Por de pronto se conjuró la tormenta con la entrada de las tropas piamontesas en Nápoles, en tanto que los garibaldinos emprendian el sitio de Cápua, ciudad situada á orillas del Vulturno. Esta ciudad no tardó en ceder, y Francisco II se vió luego encerrado en el único fuerte que le quedaba en todo su reino. Verdad es que aquel soberano tenia aun á su lado toda su guardia, los regimientos estrangeros y algunos batallones que le habian permanecido fieles; sin embargo, nadie dudó que mas ó menos tarde toda resistencia seria inútil. Encerrado en Gaeta, Francisco II intentó un supremo esfuerzo para reconquistar su perdido reino: formó un nuevo ministerio y dirigió á sus tropas la siguiente proclama:

« Soldados. — Tiempo es ya de que se oiga en vuestras filas la voz de vuestro soberano, de ese soberano que ha crecido entre vosotros, y que dedicándoos todos sus desvelos se encuentra hoy en el caso de participar de vuestros peligros y de vuestros sufrimientos. Los que ilusionados ó seducidos han abismado el reino en las calamidades y el duelo, no están ya entre vosotros. Voy á hacer un llamiento á vuestro honor, á vuestra fidelidad, á la razon misma, para que borreis la vergüenza, la infamia de la cobardía y de la traicion, por una serie de gloriosos combates y de nobles empresas. Somos aun en número suficiente para hacer frente á un enemigo que no combate con otras armas que con las de la seduccion y del engaño. Hasta hoy he querido ahorrar en muchas ciudades, y sobre todo en la capital, la efusion de sangre y los horrores de una lucha; pero situados hoy en las orillas del Vulturno y del Carigliano, ¿querrémos añadir nuevas humillaciones á nuestra condicion de soldados? Permitireis que vuestro soberano caiga de su trono por culpa vuestra y os abandone á una eterna infamia? Nó, nó, jamás. En este momento supremo nos agruparemos todos al rededor de nuestras banderas para defender nuestros derechos, nuestra honra y el nombre napolitano ya demasiado envilecido, y si hay aun seductores que os vuelvan á trazar el ejemplo de los infelices que vilmente se han pasado al enemigo, solo seguireis el ejemplo de los bravos y valerosos

saldados que asociándose á la suerte de su rey Fernando IV, merecieron los elogios de todos, y los beneficios y la gratitud del mismo monarca. Que este bello ejemplo de fidelidad sea para vosotros motivo de generoso estímulo, y si el Dios de los ejércitos protege nuestra causa, podeis tambien esperar lo que con una conducta distinta no obtendreis jamás. — Francisco. »

Entretando el rey del Piamonte invadia las Marcas y la Umbría coadyuvando con su conducta á los planes que los diversos partidos italianos tenian fundados en estas provincias. Pretestó el ministro de Victor Manuel, conde de Cavour, la presencia de tropas estrangeras en los Estados Pontificios al mando del general Lamoriciere, cuyo licenciamiento pidió al cardenal Antonelli, y como ya estaba prevista la respuesta que obtendria aquella demanda y las consecuencias á que daria lugar la negativa, tomados todos los puntos estratégicos y vencidas por un ejército numeroso, regular y disciplinado las escasas fuerzas pontificias, no le quedó mas recurso á su general que refugiarse en Ancona, esperando que algun acontecimiento favorable esterior viniese en su ausilio, si bien fué en vano, porque Ancona tambien se rindió. Como quiera, semejante proceder del Piamonte para con el Papa fué vituperado hasta por los mas adictos á la política de la unidad italiana, á quienes no cegaban los intereses de partido, por cuanto fué considerado como un atentado al derecho de gentes, y tambien como una infraccion de los principios de la soberanía y del derecho internacional. Vióse con asombro en aquellos dias que el rey Victor Manuel enviaba al Soberano Pontífice el ultimatum que el Austria envióle á él en otro tiempo, y que rechazó con la cooperacion de Francia. El Austria intimaba entonces al Piamonte que disolviera sus cuerpos de voluntarios, y el Piamonte hizo otro tanto con el Papa, mediando no obstante la diferencia de que los voluntarios del Piamonte se habian alistado notoriamente para atacar al Austria, al paso que los voluntarios de los Estados de la Iglesia se habian reunido para un objeto puramente defensivo. ¿Es un crimen, se decia, para el Papa el que le defiendan estrangeros, mientras se juzga glorioso en Garibaldi que haga alistar en Inglaterra espedicionarios, y mientras sus campamentos están atestados de aventureros y revolucionarios procedentes de todos los puntos del mundo? Además, cuando los austriacos se resolvieron á cortar las largas negociaciones que precedieron á la última guerra y á enviar un ultimatum á Turin, concedieron tres dias al Piamonte para decidirse, y el ministro inglés, haciendo un esfuerzo supremo en favor de la paz, alcanzó que se prolongase el plazo; pero el desventurado Pontífice y su esforzado general no tuvieron el beneficio de un aviso ni de un plazo de veinte y cuatro horas, y el Piamonte no usó para con la Francia de la deferencia que mostró

el Austria á Inglaterra, pues la invasion ni siquiera esperó la respuesta del gobierno pontificio á la intimacion del gabinete de Turin. Así, como se desprende de los hechos, no hubo agresion por parte del Papa, limitándose su ejército á la conservacion y defensa de sus dominios temporales, ¿cómo podrá tolerarse la intervencion en contra del principio contrario proclamado recientemente por algunas potencias? «Y es cosa ciertamente estraña, decia Pio IX en la alocucion que pronunció en el Consistorio secreto del 28 de setiembre, aludiendo á la no intervencion, que se permita impunemente al solo gobierno piamontés despreciar y violar aquel principio, cuando le vemos que con sus enemigas tropas, y esto contemplándolo toda la Europa, invade los dominios estrangeros y arroja de ellos á sus legítimos soberanos, de cuyo pernicioso absurdo se desprende que la intervencion estrangera solo se admite para suscitar y fomentar la rebelion.»

Las grandes potencias tenian obligacion de responder á estas palabras, y así lo hicieron la Francia y la Inglaterra segun sus promesas y sus aspiraciones. En tan grave situacion Napoleon III desaprobó la conducta del Piamonte, aunque sin romper abiertamente con él, llamó á su embajador en Turin, Mr. de Talleyrand, y se apresuró á aumentar el cuerpo de ocupacion en Roma para acudir no solo á la defensa del Pontífice sino á hacer frente en caso necesario al empuje desordenado de la revolucion italiana. Reservando el emperador el derecho de resolver las cuestiones suscitadas en Italia por los recientes acontecimientos á las grandes potencias reunidas en congreso, envió al general de division, gefe de la division de ocupacion en Roma, conde Goyon, con numerosas fuerzas para proteger á la capital del orbe cristiano contra la revolucion, así como una parte del ejército francés protege en Siria la grande y noble causa del catolicismo contra los musulmanes. Reconocióse por el momento que la Francia no debia estender su intervencion mas allá de Roma, porque obrando de otro modo podia hacerse sospechosa para con la Europa y la Italia. Hé aquí la órden de la division:

«Roma 16 de setiembre de 1860.

«Oficiales y soldados: El emperador se ha dignado, por decreto imperial del 12 de setiembre, decidir que vuelva á encargarme de mi antiguo mando. Vuelvo pues á vuestro lado con alegría igual al menos al pesar que os manifesté al despedirme. Llamados de nuevo, y en circunstancias mas graves aun que en lo pasado, á proteger los intereses del catolicismo en la persona del Padre Santo, que es su mas legítima y elevada representacion, y á garantir la ciudad santa, que es su sede, estaremos todos á la altura de esta noble mision y prontos á todos los sacrificios, si fuese preciso, para conseguirlo. Con esta idea corresponderemos co-

mo soldados franceses á la voluntad de nuestro emperador, y de este modo S. M. nos permite que no envidiemos ya á nuestros hermanos, que actualmente se hallan en Cochinchina y en Siria, la gloria de defender una grande y noble causa. Sé que puedo contar con vosotros, y vosotros sabeis que podeis contar conmigo. Se han aumentado nuestras fuerzas para atender á las necesidades de nuestra situacion, y los nuevos cuerpos, animados de un escelente espíritu, y con justicia orgullosos de su pasado, nos serán de poderoso ausilio.»

El general Goyon recibió al llegar á Roma una audiencia del Padre Santo, en la cual le presentó los oficiales del 62 de línea. El Padre Santo respondió al discurso del general con estas palabras:

«Os doy las gracias, señor general, por las espresiones que me habeis dirigido y la visita que me haceis, de acuerdo con los valientes oficiales del regimiento que acaba de llegar á Roma. Todo el mundo admira el valor y la disciplina que distinguen al ejército francés, y espero... me equivoco, estoy persuadido de que este regimiento se hará digno de la misma admiracion, no tan solo por su valor, sino tambien por la disciplina militar. Me complazco en ver en vosotros otros tantos hijos de esa nacion que se gloría con el título de primogénita de la Iglesia; y por esto, secundando las ideas de vuestro emperador, habeis venido á Roma á sostener y defender los derechos de la Iglesia. Advertid, queridos hijos, que la Iglesia no necesita aqui de nadie para ser sostenida en su dominio espiritual, pues por este lado está directamente protegida é inspirada por Dios; lejos de tener necesidad de la proteccion de las potencias de la tierra, la Iglesia es por el contrario la que contiene las naciones y los imperios. Pero ya que Dios ha querido, en el órden presente de su providencia, que tuviera un poder temporal para asegurar el libre ejercicio del dominio espiritual, por eso habeis sido llamados, hijos mios, á defenderla en su integridad. ¡Bella y gloriosa mision! Soy perseguido, queridos hijos mios, pero no estoy abandonado, porque me protege Dios, que tiene en su mano los derechos de los soberanos y de los pueblos, y podemos contar con su ausilio, pues no faltará. ¿Me defendereis vosotros que habeis venido aquí para eso al centro del mundo católico? Bajo esta persuasion, queridos hijos mios, elevo las manos al cielo para esparcir sobre vosotros y vuestras familias mi bendicion.»

Por lo que hace á la Inglaterra, como que sus intereses no guardaban armonía con los de la Francia, al dirigirse al Piamonte en esta ocasion, usó un lenguage en consonancia con sus intenciones. El ministro inglés, J. Russell, hizo caso omiso de la invasion de los Estados Pontificios y fijó toda la atencion al Austria. Hé aquí la notable comunicacion dirigida á Sir James Hudson, embajador en Turin.

«Forcing-Office 31 de agosto de 1860.

«Aunque la nota del conde de Cavour escrita en contestacion á la que habeis tenido el encargo de presentarle, no contenia una declaracion tan esplícita y precisa de sus intenciones como se habia prometido el gobierno de S. M., no he creido necesario continuar la discusion. Creia que en último resultado esa nota desaprobaba toda intencion de atacar los Estados del emperador de Austria ó del rey de Nápoles, y obligaba al rey de Cerdeña á renunciar á toda cesion de un territorio cualquiera, y en este público compromiso se comprendia sin duda tambien la isla de Cerdeña. Y digo compromiso público, porque el conde de Cavour en su nota hace referencia al discurso que en 26 de mayo pronunció en la Cámara de los diputados en nombre del gobierno del rey. Pero aunque el Austria, la Francia y la Gran Bretaña se hayan abstenido de toda intervencion en Sicilia ó en el reino de Nápoles, en Paris lo propio que en Viena se recela que á la union de los Estados napolitano y romano bajo el reino de Cerdeña, siga un ataque por fuerzas italianas contra las provincias venetas del emperador de Austria. Claro está que semejante ataque por un ejército no puede hacerse sin el consentimiento del rey de Cerdeña. Es tambien indudable que atendiendo al derecho, el rey de Cerdeña no tiene pretesto ni razon alguna para infringir el tratado de Zurich tan recientemente firmado y ratificado. El rey de Cerdeña era enteramente libre de no aceptar los preliminares de Villafranca y la paz de Zurich; pero habiendo rehusado la continuacion de la guerra, habiendo dado su real palabra de conservar la paz y de vivir en amistad con el Austria, no tiene derecho de prescindir de sus obligaciones y de hacer una irrecusable agresion contra un soberano vecino.

«Por lo demás, es evidente que en este caso especial los motivos de interés coinciden con los preceptos del deber. Un ataque contra el ejército austríaco acantonado en grandes fortalezas, no es una empresa de la que pudiera esperarse un éxito lisonjero; pero al fracasar semejante ataque proporcionaria al Austria una ocasion, que acaso no le vendria del todo mal el aprovecharla, para devolver las Legaciones al Papa y la Toscana al gran duque. Hay buenas razones para creer que la Francia no considerará acto alguno suyo como incompatible con el tratado de Zurich; pero esos actos espondrian sin duda la independencia de Italia y su paz futura á las mas críticas contingencias. Y el rey de Cerdeña con haber adquirido la Lombardía, Parma y Módena, y perdiendo la Saboya, Niza, la Toscana y las Legaciones, no se encontraria en disposicion de luchar con el Austria, aun combatiendo por una causa justa, con el objeto de conservar su territorio violado ó para

restablecer su honra militar. La única probabilidad con que pudiera contar la Cerdeña en semejante conflicto, seria la de poner la Francia en campaña y encender una guerra general en Europa; pero guárdese el conde de Cavour de hacerse tan perniciosas ilusiones. Las grandes potencias están resueltas á conservar la paz, y la Gran Bretaña tiene en el mar Adriático intereses por los cuales vela con gran celo el gobierno de S. M.

«Los ministros del rey de Cerdeña pueden tranquilizar la Europa observando estrictamente la política espuesta en la nota del conde de Cavour de 30 de mayo. El gobierno de S. M. no desea mas que el fiel cumplimiento de lo que en dicha nota se promete. Está dispuesto á admitir los sentimientos y las demostraciones á que alude el conde de Cavour, bajo el concepto de que se sobreponen á todas las leyes de las naciones, y no están al alcance de los poderes restrictivos de la autoridad municipal. Y á la verdad, en el concepto de varias córtes de Europa esta indulgencia de parte de la Gran Bretaña ya se ha llevado demasiado adelante. Sea como fuere, aunque se organicen espediciones por mar, y se preparen en el silencio de la noche y se refuercen con buques procedentes de pueblos situados en la costa, ello es que un ejército no puede salvar la frontera austríaca sin una órden formal del rey. Estas consideraciones nos parecen dignas de toda la atencion del gabinete sardo. Quedais facultado para leer este despacho y dejar copia de él al conde de Cavour.»

Por su parte, Victor Manuel, dió razon de su conducta en el siguiente manifiesto dirigido á los pueblos de la Italia meridional.

«En este momento solemne para la historia nacional y para los destinos de los italianos, me dirijo á vosotros, pueblos de la Italia meridional, quienes despues de haber cambiado en mi nombre vuestro estado de cosas, me enviais vuestras diputaciones compuestas de hombres sacados de entre todas las clases de la sociedad, magistrados, diputados de los Consejos municipales, para pedirme el restablecimiento del órden, de la libertad entre vosotros y vuestra union á mi reino. Quiero haceros conocer cual es el pensamiento que me guia y cuales son los deberes que me impone mi conciencia, si la Providencia me coloca en el trono de Italia. He subido al trono despues de grandes desastres. Mi padre me dió un bello ejemplo renunciando á la corona para salvar su dignidad y la libertad de los pueblos. Cárlos Alberto cayó con las armas en la mano y murió en el destierro. Su muerte ha ligado cada dia mas los destinos de mi familia á los del pueblo italiano, el cual despues de tantos siglos ha dejado en todos los paises estrangeros las cenizas de sus desterrados, como un título á la revindicacion de la herencia de cada una de las naciones que Dios ha colocado sobre estas fronteras y que hablan la misma lengua. En cuanto á mí, he seguido este ejemplo, y el recuerdo de mi padre fué

siempre mi estrella tutelar. Entre la corona y la palabra empeñada, la eleccion no era dudosa para mí. He asegurado la libertad en tiempos poco favorables para ella, y al obrar así he querido que la libertad echase profundas raices en las costumbres de los pueblos; no he vacilado en hacerlo porque era una cosa grata á la nacion. A pesar de la libertad dada al Piamonte, la herencia que mi augusto padre ha hecho presentir á todos los italianos, ha sido respetada religiosamente. Con la libertad en la representacion, la instruccion del pueblo y las grandes obras públicas, la libertad de la industria y del comercio, he procurado acrecentar el bienestar de mi pueblo. Quiero que se respete la religion católica, al mismo tiempo que se deja á cada cual la libertad de conciencia, y que la autoridad civil resista abiertamente á esa faccion obstinada y provocadora que se dice la sola amiga y tutora de los tronos, pero que pretende en nombre de Dios mandar á los reyes é interponer entre el príncipe y el pueblo la barrera de su intolerancia apasionada. Este sistema de gobierno debia producir un funesto efecto para el resto de Italia. La concordia entre el príncipe y el pueblo, el hecho de la independencia nacional, la libertad civil y política, libertad de la tribuna y de la prensa, y el ejército que acaba de resucitar las tradiciones militares de la Italia bajo la bandera tricolor, harán del Piamonte el porta-estandarte y el brazo de la Península.

« La fuerza de mi gobierno no es el resultado de una política encubierta, sino de la influencia de las ideas y de la opinion pública. De esta manera he podido mantener en la patria del pueblo italiano, reunido bajo mi cetro, el pensamiento de una hegemonia nacional de donde debia nacer una union parecida para las provincias divididas en una sola nacion. La Italia se ha manifestado á la altura de mi pensamiento cuando ha visto marchar á mis soldados á los campos de Crimea al lado de los soldados de las dos grandes potencias occidentales. He querido adquirir para la Italia el derecho de tomar parte en los actos y en todo lo que concierne á los intereses de la Europa. En el Congreso de Paris, mis enviados pudieron hacer oir por la primera vez vuestros gritos de dolor á la Europa, y se demostró que la preponderancia del Austria en Italia era perjudicial al equilibrio europeo, y cuales eran los peligros que hacia correr á la independencia y á la libertad del Piamonte, si el resto de la Italia no se veia libre de las influencias estrangeras.

« Mi magnánimo aliado el emperador Napoleon III, comprendió que la causa italiana era digna de la grande nacion que gobierna, y los nuevos destinos de nuestra patria fueron inaugurados por una guerra justa. Los soldados italianos combatieron heróicamente al lado de las legiones invencibles de la Francia. Los voluntarios, enviados de todas las provincias y por todas las familias italianas bajo la bandera de la cruz de Saboya,

demostraron que toda la Italia me habia otorgado el derecho de hablar y combatir en su nombre. Razones de Estado pusieron fin á la guerra, pero no á sus efectos, que se esplican por la inflexible lógica de los acontecimientos y de los pueblos. Si hubiese poseido la ambicion que se atribuye á mi familia, la cual consiste en no hacer mas que lo que aconsejan los tiempos, me hubiese contentado con la adquisicion de la Lombardía; pero no he derramado la sangre preciosa de mis soldados por mí, sino por la Italia.

«Habia llamado á las armas á los italianos, y algunas provincias italianas habian cambiado su gobierno para cooperar á la guerra de la independencia que sus soberanos rechazaban. Desde la paz de Villafranca, estas provincias han pedido mi proteccion contra la restauracion de sus antiguos gobiernos. Si los hechos que han ocurrido en la Italia central eran la consecuencia de la guerra á que invitamos á los pueblos, si el sistema de la intervencion estrangera debia ser abandonado para siempre en Italia, correspondíame reconocer á esos pueblos y apoyarles en el derecho de manifestar libre y legalmente sus votos. Retiré mi gobierno, y ellos se nombraron uno regular; retiré mis tropas, y ellos organizaron fuerzas regulares, que protegidas por la concordia y por todas las virtudes cívicas, han llegado á tal grado de fuerza y de reputacion, que no podrian ser vencidas sino por las armas estrangeras. Gracias al buen sentido de la Italia central, la idea monárquica robusteciόse de una manera permanente, y la monarquía ha moderado moralmente el movimiento pacífico popular. Así es que la Italia ha adquirido mayor estimacion de las naciones civilizadas, y ha demostrado á la Europa que los italianos eran aptos para gobernarse á sí mismos.

«Al aceptar la anexion sabia las dificultades europeas con que iba á tropezar; pero no podia faltar á la palabra dada á los italianos en la proclama de guerra. Los que me acusan de imprudencia en Europa, júzguenme con ánimo tranquilo. ¿Qué hubiera sido, qué seria la Italia el dia en que la monarquia fuese impotente para satisfacer las necesidades de la reconstitucion nacional? Por lo que toca á las anexiones, si el movimiento nacional no ha cambiado en sustancia, ha tomado formas nuevas. Al aceptar estas nobles y bellas provincias el derecho popular, debia por una parte reconocer lealmente la aplicacion de este principio; no me era permitido medirlo en la proporcion de mis afecciones y de mis intereses particulares. En virtud de este principio, he hecho para el bien de Italia el sacrificio mas costoso para mi corazon, renunciando á dos nobles provincias del reino de mis abuelos.

«He dado continuamente á los príncipes italianos que han querido ser enemigos mios consejos sinceros, resuelto si eran vanos, á prevenir el peligro que su ceguedad hacia correr á los tronos y á aceptar la vo-

luntad de Italia. En vano habia ofrecido la alianza al gran duque antes de la guerra, y habia ofrecido al Soberano Pontífice, en el cual venero al gefe de la religion de mis antepasados y de mis pueblos, asumir despues de firmada la paz el vicariato para la Umbría y las Marcas. Era evidente que estas provincias sostenidas por la única cooperacion de mercenarios estrangeros, tarde ó temprano hubieran llegado á la revolucion, no obteniendo la garantía del gobierno civil que proponia. No recordaré los consejos dados durante algunos años al rey Fernando de Nápoles por las potencias. Los fallos que se hicieron en el Congreso de Paris sobre su gobierno, preparaban naturalmente á los pueblos á cambiarlo si llegaban á ser ilusorias las quejas de la opinion pública, y los pasos de la diplomacia. Ofrecí la alianza á su sucesor para la guerra de la independencia, y en este punto encontré tambien los ánimos rebeldes á todo afecto italiano, y las inteligencias cegadas por la pasion.

« Era muy natural que los acontecimientos de la Italia septentrional y central sublevasen mas ó menos los ánimos en la Italia meridional. En Sicilia estalló esta inclinacion de los ánimos con una rebelion abierta: y se combatia en ese pais por la libertad, cuando un esforzado guerrero, adicto á la Italia y á mí, el general Garibaldi, acudió en su ausilio. Eran italianos, y no podia ni debia contenerlos. La caida del gobierno de Nápoles confirmó lo que sabia mi corazon, esto es, lo necesario que es á los reyes el amor, y á los gobiernos el aprecio de los pueblos. El nuevo régimen se inauguró en las Dos Sicilias en mi nombre; pero algunos actos dieron motivo para temer que no fuese bien interpretada esta política representada por mi nombre, y toda la Italia temió que á la sombra de una gloriosa popularidad y una probidad antigua, se iba á reanudar una fraccion pronta á sacrificar el próximo triunfo nacional á las quimeras de su ambicioso fanatismo. Todos los italianos se dirigieron á mí para que conjurase este peligro, y era mi deber hacerlo, porque en el estado actual de las cosas no hubiera sido moderacion y prudencia, sino debilidad é imprudencia, no tomar con mano firme la direccion del movimiento nacional, de que soy responsable ante la Europa. He hecho entrar mis soldados en las Marcas y en la Umbría, dispersando esa turba de gentes de todos los paises y todas las lenguas que allí se habian reunido, nueva y estraña forma de intervencion estrangera y la peor de todas. Habiendo proclamado la Italia de los italianos, no permitiré jamás que Italia se convierta en nido de las sectas cosmopolitas, que se dán en él cita para tramar los planes de la reaccion ó de la demagogia universal.

« Pueblos de la Italia meridional: mis tropas avanzan entre vosotros para consolidar el órden; no vengo á imponeros mi voluntad, sino á

haceros respetar la vuestra. Podreis en breve manifestarla. La Providencia, que protege las causas justas, os inspirará el voto que depondreis en la urna. Sea cual fuere la gravedad de los acontecimientos, espero con tranquilidad el juicio de la Europa civilizada y el de la historia, porque tengo la conviccion de que cumplo mis deberes de rey y de italiano. Acaso mi política no será inútil para reconciliar en Europa el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías. Sé que pongo un término en Italia á la era de las revoluciones.

Dado en Ancona á 9 de octubre de 1860.— Victor Manuel.— Farini. »

No entra en nuestro propósito, y además son harto recientes los hechos, para poder apreciar debidamente la conducta del rey de Cerdeña. Concretándonos á la seguida por el emperador Napoleon III, diremos que en esta ocasion provocó severas censuras. Un periódico semi-oficial, que es fama recibe sus inspiraciones de altas regiones, salió en su defensa. Como se creyó generalmente que el gobierno espresó sus intenciones en un artículo de aquel periódico, que se consideró como un manifiesto, lo reproducimos íntegro á continuacion. Hé aquí las palabras del *Constitucional.*

« La politica del emperador en Italia es atacada con igual energía por los dos partidos mas opuestos. Veamos ante todo en que términos se formulan estos ataques, y de esta suerte será mas fácil contestarlos cuando los hayamos espuesto con mayor franqueza.

« Por una parte se dice al gobierno del emperador : « Habeis sacrificado noblemente vuestro programa á fin de no poner en peligro la paz de Europa. Al deteneros en Villafranca, quisisteis evitar la revolucion, salvar al Papa y reconciliar á los príncipes y los pueblos. Todo esto se escribió, pero no se ha cumplido. Vuestra firma puesta al pié del tratado de Zurich, ha sido protestada por la ambicion y la mala fé del Piamonte que ha menospreciado la suya propia. Los príncipes, cuyos derechos se habian reservado, están desterrados de su respectivo pais. El Pontificado, cuyo poder temporal queriais consolidar, ha perdido la mayor parte de sus Estados. La revolucion, desbordada en la Península, ha invadido la Sicilia y Nápoles; acaso dentro de algunos meses atacará al Veneto; en todas partes destruye vuestra obra, y su osadía es una prueba de vuestra impotencia. Las desaprobaciones que intimais al Piamonte, son tan ineficaces para contenerle, como vuestros consejos; y al desaprobarle no os quedais libre de compromisos, pues pareceis aprobar lo que tolerais. De esta suerte sois ante la opinion el cómplice de una política que estais obligado á censurar. Como nadie puede suponer debilidad en un gran pais como la Francia, y en un soberano que se llama Napoleon, se os acusa de que obrais con doblez.

La Europa, que estaba acostumbrada á contar con vos, empieza á ponerse de acuerdo prescindiendo de vos; hasta la Iglesia sospecha de vuestra proteccion, y los sacrificios que haceis en interés del Romano Pontífice, no consiguen desvanecer la desconfianza de los católicos. Salid cuanto antes de esta situacion falsa y humillante. No os dejeis llevar á remolque de la Cerdeña; no seais revolucionario á pesar vuestro. Restableced con mano firme el tratado de Villafranca; intervenid á fin de que no os veais arrastrado; devolved al Papa sus provincias, á los príncipes sus tronos, á la Italia las condiciones de su existencia política, y recobrareis en breve la confianza de la Europa, que habeis perdido, y la gratitud del Pontificado que os habeis enagenado.»

«Por otra parte se usa un lenguage muy distinto. Dícese al gobierno del emperador: «Habeis tomado en vuestra mano la causa de Italia; vuestra iniciativa, vuestro apoyo, dieron á todo un pueblo el estímulo irresistible de su nacionalidad. Habeis comprometido el dinero, la honra y la sangre de la Francia en este grande interés. Al firmar la paz de Villafranca, os reservásteis los derechos de los príncipes, pero no los habeis impuesto á sus paises. Al devolver á los italianos á sí propios, los habeis hecho árbitros de sus destinos y dueños de su suerte. El programa que no habeis creido conveniente completar, ellos lo han tomado por su cuenta y lo ponen en práctica. Ellos son ahora los soldados de la causa de la cual habeis sido el promovedor y el apoyo. En vano os propondríais contener la idea italiana; las ideas son como las balas; una vez arrojadas no hay quien las detenga. No hay duda que se han derogado leyes internacionales; no hay duda que lo que sucede es anormal é irregular; pero sobre las leyes escritas hay á veces en las crísis sociales un derecho superior. Este derecho lo defienden los italianos en los Estados Pontificios y en el reino de las Dos Sicilias. Su conducta, que debe ser censurada por la diplomacia, será absuelta y quizá enaltecida por la historia. Con efecto, ¿qué es el interés particular de una dinastía impopular, como la de los Borbones de Nápoles, repudiada por su pueblo, reducida á una resistencia tardía en un rincon del reino y condenada por el sentimiento de la Europa reunida en congreso? ¿Qué es la soberanía política del Papa, incompatible con la independencia de la nacion, y que solo puede ser sostenida por la ocupacion estrangera? ¿Qué es todo esto, comparativamente con este gran resultado de la constitucion de la nacionalidad italiana, formada bajo la proteccion de la Francia, y como una vanguardia de su poder en Europa? Esta causa es la vuestra. Ved ahí francamente á donde os adhiere vuestro principio, en donde os retienen vuestros intereses y se os acoge con simpatías; no desalenteis con vuestras reservas en las Dos Sicilias los generosos esfuerzos que, en último resultado, no pueden afectar á vuestras convicciones ni contrariar

vuestros proyectos. No prolongueis por mas tiempo en Roma una ocupacion que ofende el sentimiento nacional de los pueblos, sin evitaros la ingratitud del gobierno pontificio. Dejad que la Italia se desarrolle á la sombra de una independencia que vos habeis alentado, y á la sombra de la unidad de que os aprovechareis. En fin, segun vos mismo habeis dicho, haced que los que son hoy los soldados de su emancipacion sean mañana los ciudadanos de un gran pais.»

«Hé aquí con toda su energía, sin debilitarlos en nada, los cargos y los consejos dirigidos á la política francesa por los partidos estremos. Si por nuestra parte demostrásemos que esta política no podia, sin comprometer sus principios mas incontestables y sus intereses mas esenciales, seguir una ú otra de la dos conductas que se acusa de no haber adoptado, haríamos la mejor justicia posible á las acusaciones que acabamos de reproducir. Y ante todo, ¿qué piden al emperador los que quisieran empujarle á tomar partido contra Italia? Le piden que se coloque fuera de todos los principios que representa y de todas las reglas que él ha establecido. Le piden que renuncie á la autoridad moral que ejerce para el bien y la paz de Europa. Le piden que se desnaturalice y se contradiga. ¿Es esto posible? ¿Puede el emperador olvidar que ha sido elegido por el sufragio universal y que representa en el trono las ideas de la sociedad nueva y de todos los progresos de la civilizacion? ¿Puede hacer traicion al orígen de su nombre y á la mision que debe á la confianza del pueblo francés? Sus enemigos lo desean sin duda, pero le aprecian demasiado para esperarlo. Y por otra parte, ¿de qué serviria semejante apostasía? Serviria para amenguar el prestigio del emperador sin provecho para nadie. Hay una cosa que ahora la comprenden todos, hasta los que la deploran, y es que la considerable influencia del soberano de la Francia es uno de los elementos del equilibrio, de la seguridad de Europa, y además, uno de los recursos mas preciosos que puede invocar en la borrascosa situacion de la mayor parte de los Estados. Unicamente los odios imprevisores ó mezquinas rivalidades, quisieran arruinar esta influencia destinada tal vez un dia á ser un árbitro útil en medio de las transformaciones que se realizan. El emperador prestará tantos mas servicios al principo de autoridad, en cuanto habrá sido mas equitativo y mas simpático para los pueblos.

«Pero sigamos adelante, y veamos en que condiciones se hubiera colocado la Francia siguiendo la conducta á que se pretende empujarla. El tratado de Villafranca realizaba un elevado pensamiento, y es muy sensible que se haya convertido en una letra muerta; pero los soberanos que lo firmaron nunca han tenido la pretension de imponer por medio de la fuerza los derechos que en él se reservaban. Semejante pretension hubiera sido inconciliable con la situacion que el tratado debia

sancionar. El Austria perdia en Solferino la supremacia en Italia; fuera de su soberanía en el Veneto no se reservaba nada. ¿Debia la Francia heredar el papel que acababa de quitar á la casa de Hapsburgo? ¿Debia imponer á la Italia su dominacion despues de haber destruido la del Austria? ¿Sus promesas de emancipacion debian convertirse en esa mentira? Y en efecto, no podíamos restablecer los antiguos gobiernos para abandonarlos al dia siguiente de su restablecimiento á la reaccion inevitable del espíritu nacional. Despues de haberlos restablecido, era preciso protegerlos ocupando militarmente las capitales y las plazas fuertes. Nosotros, los libertadores de ese pueblo, no debíamos ser los que le diésemos la guarnicion. Roma, Bolonia, Perusa, Ancona, Florencia, Parma, Módena, Palermo y Nápoles estaban condenadas á no vivir sino bajo nuestra tutela; no hubieran hecho mas que cambiar de servidumbre. ¿Qué hubiera dicho la Italia, qué hubiera dicho Inglaterra, qué hubiera dicho la Europa toda? En la Península, protegida de esta suerte, hubieran visto una Italia francesa. Y ¿en beneficio de quién hubiera el emperador vuelto sus armas contra su anterior aliado, el rey de Cerdeña, y se hubiera puesto en evidente desacuerdo con Inglaterra? En beneficio de gobiernos que no otorgándonos sus simpatias ni su confianza no tienen derecho alguno para reclamar semejantes sacrificios.

«El emperador no puede ni quiere hacer sacrificios sino por las causas justas, por los gobiernos que no son antipáticos á su propio pais, y que no se convierten en enemigos de la Francia. Así pues, bajo cualquier punto de vista, para la conservacion de la legítima influencia del emperador en Europa, para la conservacion de nuestras buenas relaciones con las potencias, para la verdad de nuestra política, para honra de la Francia, no era posible seguir semejante conducta.

«Pero ¿era menos imposible ó menos peligrosa la actitud contraria? La Italia está atravesando una gran crisis de su destino; está en revolucion. Una situacion revolucionaria ha reemplazado momentáneamente en aquel pais las condiciones regulares de la vida internacional. De ahi proceden esas perturbaciones profundas, esos ataques al derecho público, esas invasiones violentas, esas anexiones precipitadas. ¿Podia acaso la Francia apoyar esos movimientos desordenados? La Francia, que se honra con su moderacion en los triunfos; la Francia, que en su espíritu de conciliacion y de justicia, nunca ha aspirado mas que á prevenir los acontecimientos ó contenerlos en sus críticos estremos ¿podia colocarse fuera de las reglas que ha mantenido siempre en vigor? Hoy escitamos desconfianza tal vez; pero si hubiésemos alentado al Piamonte en vez de censurarle, ¿qué hubiera sucedido? Rompíamos indispensablemente con la Rusia que acaba de retirar á su embajador de Turin; con la Prusia que protesta, y con el Austria que se dá por

resentida y se cree amenazada; ibamos por una pendiente inevitable á la guerra general. La fortuna de la Francia, su trabajo, su industria, todo se hubiera espuesto á los azares de una lucha gigantesca. El emperador cambiaba de papel y de carácter; de moderador de la revolucion se convertia en gefe suyo; de pacificador de la Europa se convertia en un motivo de terror para ella; siendo el árbitro poderoso en las cuestiones de equilibrio, perdia hasta los títulos de su competencia; elegido por ocho millones de votos, y siendo el representante de la voluntad nacional, se hubiera convertido en mero instrumento de un partido.

« Ni una ni otra actitud se conciliaba, por lo tanto, con el interés de nuestro pais, con la mision del emperador, con el carácter de nuestras instituciones, con el movimiento de las nuevas ideas que se imponen en todas partes. La Francia no podia desempeñar en Italia el papel del Austria, ni servir á la revolucion. No debia favorecer las anexiones revolucionarias ni las reacciones absolutistas. Cuando el emperador invitaba á los italianos á hacerse soldados de una gran causa para ser ciudadanos de un gran pais, no hablaba del Piamonte, sino de la Italia. Ni sus sentimientos ni su mision han variado; quiere y ha querido asegurar la independencia de la Península sin alentar á la anarquía. Siendo un soberano reconocido por toda la Europa, no puede aprobar la violacion del derecho internacional. Siendo un soberano elegido por el sufragio universal, no debe ser el apoyo de los reyes de quienes se retraen los pueblos... En resúmen, la intervencion de la Francia contra el Piamonte seria un contrasentido; la intervencion del Austria en Italia seria un ofensivo retroceso hácia una situacion que está perdida definitivamente; la complicidad con la Cerdeña seria un reto dirigido á la Europa y un pacto con la revolucion.

« ¿Qué hay de realizable en todo esto? ¿qué conducta era preciso seguir? Se han hecho muchas objeciones contra la reunion de un congreso. Un congreso no seria imposible á no ser que no pudiera haber acuerdo entre las potencias que debieran constituirlo; ¿sucede así por ventura? De un año á esta parte se ha producido en Europa un movimiento profundo, en el cual no se fija bastante la atencion. Cuando el emperador, á principios de 1859, defendió la causa de Italia, apenas contaba en favor de la misma con la opinion de su pais. Ahora todo ha cambiado; la Inglaterra, que reclamaba entonces la inviolabilidad de los tratados de 1815, pide ahora la unidad italiana; la Prusia en un documento reciente, redactado por el distinguido estadista que está al frente de sus negocios estrangeros, reconoce en la nacionalidad italiana un feliz presagio para la nacionalidad alemana; la Rusia, bajo la influencia de un soberano liberal, se muestra igualmente dispuesta á tener en cuenta un nuevo elemento en la vida de las na-

ciones ; el Austria tiene un gravísimo interés en salir de la incertidumbre que pesa tan fatalmente sobre ella , y las reformas que acaba de dar , son una prueba de que está resuelta á entrar en una senda liberal. En cuanto á la Francia , fiel á los intereses que ha defendido , no estando comprometida con nadie , aprovechará en un congreso la reserva por la cual se le hacen cargos y la moderacion que ha sabido guardar. Mejor que otra quizás , estará en disposicion de indicar los puntos de transaccion entre todas las divergencias. Despues de haber libertado á la Italia, defendido al Papa en Roma, censurado la invasion de los Estados Pontificios y de las Dos Sicilias, hace respetar el principio de la no intervencion ; siendo ella la primera en respetarlo , no puede ser sospechosa á la Italia , ni al Pontificado , ni á la Europa.

« Tenemos demasiada confianza en la prudencia de los soberanos que se harán representar en el congreso , para no estar convencidos de que comprenderian perfectamente que el espíritu de transaccion es la condicion del restablecimiento del órden en la Península. La Italia organizada y poderosa es de aquí en adelante uno de los intereses europeos , y la Europa, al sancionarla por un acto de su elevada jurisdiccion, se mostraria tan previsora como justa. »

Por lo que hace á las demás potencias , fija su atencion en la política francesa , lejos de oponer su veto soberano á las ideas emancipadoras de la Italia , manifestaron con sus actos inesperados tendencias mas ó menos liberales. En efecto , el Austria se olvida de ser orgullosa y aprende á ser prudente; no responde á las provocaciones, y busca su regeneracion en una reforma esencial. « Enterado de los deseos y de las necesidades de mis pueblos , decia Francisco José en su manifiesto imperial fechado en 20 de octubre de este año , he tenido por conveniente disponer y promulgar la cédula relativa á la forma política de la monarquía, á los derechos y la posicion de los diversos reinos y paises, no menos que á la nueva garantía , á la designacion y representacion del lazo político del conjunto de la monarquía. » La Prusia deja á un lado sus celos y contiendas y tiende la mano á la corte de Viena. Reconócese que la Alemania , lo mismo que la Italia , marcha impulsada por una aspiracion legítima hácia la unidad y el progreso. La Rusia se hace generosa , y el emperador Alejandro perdona al emperador Francisco José ; Varsovia vé un congreso de soberanos , pero en vez de salir de él una amenaza, dá un resultado negativo, y su esterilidad es tal, que asi como satisface á los amantes de la paz , deja asombrados á los que imaginaban que el emperador de Austria iba á pedir al de Rusia y al príncipe regente de Prusia la autorizacion para enviar un ultimatum á Turin, y que no dudaban que semejante peticion seria concedida.

Un hecho digno de mencion en la historia del emperador ocurrió en

los últimos dias del mes de octubre. Para estrechar mas y mas las amistosas relaciones que al parecer existian entre la Francia é Inglaterra, concibióse la idea de que los voluntarios en el ejército inglés hicieran una escursion á Paris. Este proyecto, que partió de una parte de la prensa inglesa, y del que se hizo eco, fué bien recibido en Francia y en particular por el emperador; así es que este hizo escribir á Mr. J. Zlotz Rowsell, editor del *Traité,* la siguiente carta:

«Palacio de las Tullerías 29 de octubre de 1860.

«Muy señor mio: El emperador verá siempre con satisfaccion todo cuanto pueda contribuir á hacer mas amistosas é íntimas las relaciones entre Inglaterra y Francia. El proyecto de una escursion de voluntarios á Paris que habeis propuesto á S. M., ha sido por lo tanto apreciada del modo que debia serlo; y el recibimiento que se haga á vuestros compatricios, podeis estar persuadido de que será digno del objeto que os proponeis. En cuanto á la época, punto de desembarque y demás detalles, queda enteramente su eleccion á vuestro arbitrio. De otra suerte, ya comprendereis que la manifestacion perderia mucho del carácter de espontaneidad que le dá todo su valor. Tal es la respuesta que el emperador me encarga dirigiros. — *El secretario particular del Emperador.* — MOCQUARD.»

Despues de recibida esta carta tan cordial para los voluntarios, M. Rowsell solicitó y obtuvo una entrevista con S. A. R. el duque de Cambridge, á quien comunicó la respuesta del emperador. El duque consideró este proyecto como muy favorable á la conservacion de las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia, y manifestó su deseo de que su realizacion se dejase á cargo de los particulares para que fuese espontánea la accion de los voluntarios. M. Rowsell tuvo tambien el honor de comunicar en el propio dia la carta de M. Mocquard al noble sir Sidney Herbert, ministro de la Guerra, quien aprobó igualmente el proyecto. En estas circunstancias favorables se empezaron los preparativos para ejecutarlo, pero como surjiesen mas tarde algunas dificultades, motivadas por las susceptibilidades de la politica, y lo manifestase así el iniciador del proyecto, el secretario del emperador le contestó en estos términos:

«Muy señor mio: cuando me escribisteis para que el emperador se dignase aprobar vuestro proyecto, era una proposicion que ofrecia un carácter esencialmente privado, al cual S. M. no podia oponerse, y á no dudarlo hubiera recibido cordialmente á unos hombres que han escrito en su bandera: *Defensa y no desconfianza.* Pero puesto que habeis juzgado á propósito dar á vuestro proyecto un carácter oficial, que los mismos diarios ingleses le han imprimido dándole proporciones

que cambian su naturaleza, el emperador es de parecer que debe abandonarse una idea por la cual, sin embargo, os dá las gracias, puesto que fué vuestra la iniciativa. — Recibid, etc. *El secretario del gabinete del emperador.*— Mocquard.»

Dos dias despues de escrita esta carta, con objeto de revistarlas y hacerlas maniobrar, el emperador reunió en el campo de las carreras de caballos de Longchamp y en la llanura de Saint James, en el bosque de Boloña, una parte de las tropas de la Guardia imperial, compuesta de 24 batallones de infantería, 8 escuadrones de caballería, 12 baterías de artillería, el equipage de puente y una compañía del tren de equipages. Las proporciones del terreno habian impedido que se reuniera toda la Guardia. Estas tropas, provistas de sus utensilios de campaña, cuando llegaron á las nueve de la mañana, establecieron inmediatamente sus vivaques, como acostumbran hacerlo en campaña. El emperador llegó á las once á la verja de San Cloud y fué recibido por el mariscal Regnault de Saint Jean-D'Angely, gefe de la Guardia, y le acompañaban el príncipe Napoleon, el mariscal ministro de la Guerra, el mariscal Magnan, el mariscal duque de Malakoff y un numeroso Estado mayor, en el cual se distinguian varios oficiales estrangeros. Napoleon se dirigió á uno de los pabellones de las carreras, donde habia sido servido un almuerzo por órden suya á los generales y gefes de la Guardia. A la misma hora se distribuia un almuerzo igual en el sitio de los vivaques á los demás oficiales de los grados inferiores, mientras las tropas tomaban su segunda comida del dia. A las doce el emperador condujo al príncipe imperial á donde estaban los granaderos, y participó del rancho de un cierto número de cabos y de hijos del regimiento. Este episodio del dia fué muy interesante, tanto por la actitud del príncipe, como por el entusiasmo de las tropas que le rodeaban agrupadas. A la una se dió la órden de alzar los vivaques y tomar las armas. El emperador tomó el mando de las tropas é hizo ejecutar algunas evoluciones. El simulacro de guerra imaginado por Napoleon era un ataque hácia la derecha de la posicion ocupada por las tropas, en tanto que los pontoneros de la Guardia echaban un puente sobre el Sena, mas arriba del puente de Suresnes. La infantería, sostenida por el fuego de la artillería y las cargas de la caballería, simuló varios ataques sucesivos. A las tres se verificó el desfile que, lo mismo que las maniobras, fué ejecutado con mucho órden y conjunto á los gritos mil veces repetidos de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! ¡viva el príncipe imperial! Una numerosa multitud habia acudido para asistir á tan imponente espectáculo, y no cesó de victorear con entusiasmo al pasar el emperador, quien al alejarse, manifestó al mariscal, gefe de la Guardia, la satisfaccion que le causaba el aspecto de las tropas y la precision de las maniobras.

En aquellos dias, con motivo del banquete dado por el lord-corregidor de Londres, este propuso brindar en favor de los embajadores estrangeros, y dirigió un brindis especial á Mr. de Persigny espresando su satisfaccion porque las promesas de paz hechas por el emperador Napoleon, habian sido latamente cumplidas. El embajador aprovechó aquella ocasion para pronunciar estas notables palabras:

« Estoy seguro de que todo el cuerpo diplomático acogerá con satisfaccion los deseos de paz que acaban de espresarse. Veo de ello las pruebas en el espíritu de prudencia y de moderacion que se manifiesta en la conducta de los gobiernos europeos, y especialmente en los sacrificios que de uno ú otro modo todas las grandes potencias hacen en interés de la paz general. Doy las gracias al lord-corregidor por las palabras amistosas que ha dirigido á la Francia y á su augusto soberano. No es esta la primera vez que en medio de las preocupaciones del espíritu público, la cité de Londres ha espresado sentimientos de confianza y de seguridad. La razon es sencilla; con su espíritu práctico de los negocios, ha reconocido que nuestros intereses no son ya rivales, que poseemos un gran número de intereses en comun, y que en ninguna parte están en oposicion. ¿Por qué, pues, esas ansiedades, esas sospechas, esa desconfianza que á cada incidente político nacen á ambos lados del canal? Eso es porque no podemos en un solo dia borrar las huellas de los celos de tantos siglos; pero, á Dios gracias, todos los dias reconocemos mas y mas que todo podemos perderlo y nada ganar en un nuevo conflicto. Ambas naciones conseguirán tantas ventajas con la paz como perjuicios les causaria la guerra. Esto, señores, es la pura verdad. Esto es lo que comprendemos en Francia, lo mismo que lo comprendeis en Inglaterra; en fin, este es el sentido de la revolucion económica que el emperador ha llevado á cabo en Francia por medio del tratado de comercio. A medida que este tratado sea apreciado en Inglaterra, se nos hará justicia de las acusaciones de que somos objeto, cimentando cada dia mas la paz entre ambos paises. »

La salud de la emperatriz sufrió mucho á causa de las circunstancias que acompañaron á la muerte de su querida hermana la duquesa de Alba. Cuando acompañó al emperador en su escursion á las provincias del Sur y á la Argelia, aunque su hermana se encontraba muy mal, nadie creia sin embargo que estuviese de tanta gravedad. Ya se recordará que en medio de su viage al Africa la emperatriz tuvo noticia de la inesperada muerte de la duquesa. La tristeza fué mas grande por cuanto no podia precindir de la necesidad de las recepciones oficiales. En tan triste situacion esperaba sin embargo el consuelo de poder tributar los últimos deberes á su hermana. Pero ¡ cuánto no sufriria la emperatriz cuando á su regreso de Africa supo que debia verse privada de esta úl-

tima esperanza, puesto que la duquesa habia sido ya depositada en la tumba! Desde entonces fué presa de una tristeza y de un deseo de aislamiento que parecian rehusar todo consuelo. Esto no podia mirarse con indiferencia, porque hubiese afectado gravemente la salud de la emperatriz, y el emperador insistió para ver si un cambio de aires y de objetos aliviaba, sino desterraba enteramente, ese estado de tristeza que causaba grande ansiedad al emperador y á todas las personas que le eran adictas. Acordado el viage, pronto se eligió el pais donde debia verificarse, y la eleccion recayó en Inglaterra y Escocia. Aunque la emperatriz hizo este viage de incógnito, recibió en todas partes las mas cordiales muestras de afecto é interés. Tanto la reina Victoria á quien visitó en su palacio de Windsor, como el último súbdito inglés, recibieron á la ilustre viagera con inequívocas muestras de aprecio y profundo respeto. A su regreso á Francia la emperatriz se hallaba muy aliviada.

En los últimos dias de octubre se recibió en Francia la noticia oficial de las primeras operaciones ofensivas de los aliados en China. Las tropas anglo-francesas, habiendo desembarcado en Peh-tang-ho y ocupado los fuertes de esta plaza, embistieron á los tártaros acampados en sus inmediaciones. Habiendo estos sido derrotados, se prepararon á atacar los fuertes de Tang-kou en el Pei-ho. La victoria coronó las armas europeas. Hé aquí los partes dados por el general Montauban sobre los hechos de armas ocurridos en las riberas del Pei-ho, que llenaron de júbilo á la Francia.

«*Cuerpo espedicionario de la China.*— Cuartel general de Sin-kho, 18 de agosto de 1860.—El general en gefe de las tropas francesas en China á S. E. el ministro de la Guerra. — Señor mariscal: Tengo el honor de dirigiros el siguiente parte de las operaciones del 14 de agosto. El ejército aliado, que habia salido de Peh-tang el 12, despues de rechazar á la caballería enemiga y de arrojar á la infantería de las posiciones atrincheradas que ocupaba en las inmediaciones de Sin-kho, se instaló por la tarde cerca de este pueblo, situado en posicion que domina todas las obras defensivas de la ribera izquierda del Pei-ho. En el mismo dia y á consecuencia de un reconocimiento hecho en una calzada que arranca de Sin-kho, supe que á unos cinco kilómetros habia un considerable campo atrincherado al rededor del pueblo de Tang-kou, y defendido considerablemente tanto por los obstáculos naturales, como por fuerzas de infantería y artillería. Este campamento, que se apoyaba en el Pei-ho, no era accesible para nosotros mas que por dos desembocaduras; una de ellas era la calzada que seguimos el dia 12, calzada que teniendo lagunas á uno y otro lado no permitia desplegar fuerzas de artillería ni de infantería; la otra desembocadura, en favor de la cual se

decidió el general en gefe de los ingleses, y yo tambien por lo que respecta nuestra linea principal y comun de operaciones, era la orilla izquierda del Pei-ho. Este terreno estaba cortado por sus numerosos canales que oponian á nuestra marcha dificultades que fueron vencidas merced á la cooperacion siempre celosa é inteligente de los ingenieros, de la artillería y de los pontoneros. De esta suerte era posible aproximarse bastante á los atrincheramientos para poner en movimiento á las baterías de los dos ejércitos, abrir un fuego eficaz, destruir en gran parte las obras defensivas del enemigo, y arrojar en seguida columnas al asalto, que, sostenidas por el grueso de nuestras fuerzas, debian apoderarse de dichas obras. Tal fué el plan adoptado, y el dia 14 por la mañana los dos ejércitos se pusieron en marcha por el órden siguiente:

«El ejército inglés, apoyando su derecha en el Pei-ho, bajaba en direccion paralela al rio, en tanto que las dos brigadas Janin y Collineau, en columnas cerradas, y guardando medias distancias, marchaban á su izquierda y en la propia direccion. A la linea de infantería le precedia la artillería que en aquella jornada era la que habia de entrar primero en accion; la artillería estaba cubierta y apoyada, sobre todo á su izquierda, por una vanguardia de infantería dispuesta en la siguiente forma: Una compañía de ingenieros, doscientos marineros de desembarco y dos compañías de cazadores de infantería. El terreno que nosotros habíamos de recorrer, era menos firme que el designado á nuestros aliados: la marcha del ejército, sin embargo, no sufrió la menor demora. A las ocho las dos baterías de la 4.ª y la seccion de artilleros de cohetes á la congreve se desplegaban á la izquierda de las piezas inglesas y abrieron el fuego junto con ellas á la distancia de unos 1500 metros de los atrincheramientos. La precision de sus tiros, á pesar de los disparos contínuos, pero felizmente mal dirigidos del enemigo, permitieron en breve al coronel de Rentzman adelantar su línea haciendo fuego por medias baterías y avanzando. La batería de obuses de montaña entró en línea luego que la menor distancia permitió que su fuego fuese eficaz.

«Entretanto nuestras masas de infantería se conservaban á distancia, y al estremo de nuestra izquierda, en la calzada indicada anteriormente, hice ejecutar una diversion por dos piezas de la 4.ª, sostenidas por el 2.º batallon de infantería de marina. Estas dos piezas debian conservarse á la altura de la izquierda del ejército y destruir las obras defensivas situadas al estremo de la calzada que el ejército seguia, habiéndose reconocido que sobre este punto debia dirigirse la columna de asalto. La artillería se aproximó hasta 400 metros bajo un fuego que iba disminuyendo gradualmente. La mayor parte de los proyectiles enemigos pasaban por encima, y caian en el espacio que quedaba desocupado antes de llegar á nuestra infantería, desplegada entonces por batallones en

masa. A eso de las nueve el fuego de los chinos se habia casi apagado, escepto el de algunas troneras del estremo de su derecha que hacian fuego sobre nuestra izquierda.

« Habia llegado ya el momento de obrar, y despues de ponerme de acuerdo con el general Grand, acercando toda mi infantería por medio de un movimiento de avanzada, dí al teniente coronel Schmitz, mi gefe de Estado mayor general, la órden de formar las tropas de vanguardia en columnas de asalto y apoderarse á su frente de las trincheras enemigas. Este oficial superior, aunque estaba á la sazon enfermo de gravedad, desempeñó su comision con singular energia. La compañía de ingenieros, seguida de los coolis que llevaban las escaleras, las dos compañías de desembarco, mandadas por Jaureguiberry, las compañías 7.ª y 8.ª del 2.° batallon de cazadores, mandados por Mr. La Posterie, llegaron luego despues á las inmediaciones de la contra-escarpa, habiendo tenido que sufrir un fuego bastante vivo de fusilería. El teniente coronel Schmitz se arrojó al foso que estaba lleno de agua, siguiéndole los capitanes Chanvine y Gererrier, del Estado mayor general, y los capitanes Paillot y Etienne, del 2.° batallon de cazadores de infantería. Llegó el primero á lo alto del parapeto y enarboló allí la bandera nacional á la vista de todo el ejército. Llamó á las tropas; estas se arrojaron al interior de las obras defensivas persiguiendo á los defensores que huian en desórden. Al propio tiempo una columna inglesa habia penetrado en otro punto; el campo atrincherado era ya nuestro. Un puente echado sobre el foso permitió en breve al resto de nuestras tropas completar la ocupacion, y la persecucion, aunque entorpecida por los numerosos canales que cortan en todas direcciones el interior del campo atrincherado, continuó hasta mas allá de las obras. Entonces, y de resultas de una conferencia que tuve con el general Grand, resolvimos hacer alto.

«Gran número de cadáveres abandonados en el punto en que habian caido, un centenar mas que se encontró en las casas abandonadas del pueblo, los cadáveres de algunos mandarines de elevada clase que se suicidaron en el acto de declararse en fuga sus tropas, atestiguaban que las pérdidas del enemigo habian sido considerables, y revelaban los estragos ocasionados por nuestra artillería rayada. Por lo que respecta á nosotros, el adjunto estado manifestará á V. E. que, gracias á la superioridad de nuestro fuego y al estímulo de nuestras tropas, no hemos comprado muy caro un triunfo tan importante. Nos hemos apoderado de quince piezas de bronce, sin contar un número crecido de pequeño calibre. El enemigo en su fuga abandonó tambien un número bastante crecido de banderas que me contenté con inutilizarlas, no creyendo conveniente llevarlas á mi campamento. Dignaos, señor mariscal, etc.

— *El general en gefe de la espedicion de la China.* — C. DE MONTAUBAN. »

«Campamento de Sin-Kho, 24 de agosto de 1860.— Señor mariscal: Tengo el honor de dirigir á V. E. el parte sobre la ocupacion de la ribera derecha del Pei-ho, efectuada el 18 de agosto por las tropas de la primera brigada (segundo batallon de cazadores de infantería y primer batallon del 101 de línea). El dia 20 el general Jamin, en cumplimiento de mis órdenes, hizo un reconocimiento destinado á conocer las desembocaduras que tenia á su frente. Encontró en breve obras muy fuertes y hubo de detenerse ante un fuego de artillería de gran calibre. Entonces me convencí de que en esta orilla, lo propio que en la izquierda, era imposible atacar los fuertes sin tomar antes un campo atrincherado como el de Tang-kou que habíamos tomado el dia 14. Desde entonces estuve ya perfectamente enterado del conjunto de las obras defensivas de los chinos.

« En cada orilla, á la embocadura del Pei-ho, habia un fuerte enorme que dominaba el Gar y las inmediaciones de las estacadas; mas arriba habia otro fuerte que con sus fuegos protegia á las obras de defensa y enfilaba el rio, y por último, para proteger todas las obras por la parte del mar, habia un vasto campamento atrincherado entre la tierra firme y las lagunas.

« La posicion de la brigada Jamin cubria mi paso y amenazaba la única línea que quedaba al enemigo. De acuerdo con el general en gefe sir Hope Grand, mandé activar todo lo posible las obras del puente que construíamos en comun. Pero atendida la anchura del rio, que en dicho punto es de 260 metros, se necesitaban algunos dias para terminar el puente, y se acordó aprovechar este período para atacar el fuerte mas inmediato á Tang-kou en la orilla izquierda. Las cañoneras de las dos escuadras debian al mismo tiempo cubrir con los fuegos de sus cañones de largo alcance el fuerte de la ribera izquierda, situado mas abajo del que nosotros atacábamos. La brigada inglesa de sir Roberto Napier y la brigada del general Collineau fueron las designadas para esta operacion, que se señaló para el dia 21. El general Collineau fué á vivaquear en el campamento de Tang-kou el dia 20 por la tarde con una compañía de ingenieros, el primer batallon del 102 de línea, y dos batallones de infantería de marina. Una batería de á 12, con cañones rayados, una partida de pontoneros, mandados por el coronel Grandchamps, y una seccion de ambulancia debia unírsele al amanecer. Este oficial general se puso inmediatamente en relaciones con el general Napier, que habia tomado posicion delante de Tang-kou, y á su retaguardia protegia su material de sitio. Acordaron los dos que en el ataque del dia siguiente las tropas francesas ocupasen la derecha de las inglesas.

« El 21 por la mañana la brigada Collineau entró en el terreno de las operaciones por dos caminos que cruzan los terrenos inundados que hay delante de Tang-kou. La compañía de ingenieros habia preparado esta marcha terraplenando por la noche un corte hecho en el camino de la derecha. Desde el amanecer los fuertes enemigos habian abierto el fuego contra la artillería inglesa. El general Collineau tomó las disposiciones siguientes: se dirigieron contra el fuerte atacado dos piezas que cruzaban su fuego con el de las piezas inglesas; las otras cuatro piezas situadas á la orilla del rio empezaron á atacar las baterías de los fuertes de la orilla derecha, cuyos fuegos nos cogian de lleno. El primer batallon del 102, mandado por el coronel O'Malley, el primer batallon de infantería de marina, mandado por el coronel de Vassoigne, estaban desplegados á retaguardia y protegidos por una curva del terreno. El 2.° batallon de infantería de marina, mandado por Domenech-Diego, se



habia quedado de reserva en Tang-kou. A eso de las siete se percibió una esplosion formidable en el fuerte que atacábamos; el general Collineau hizo avanzar inmediatamente tres compañías del 102, que tomaron posicion detrás de un pequeño promontorio á unos trescientos metros de la contra-escarpa. El fuego de nuestra artillería se activó entonces. A las siete y media otra esplosion mas ruidosa que la primera nos manifestó que habia quedado destruido el segundo fuerte de la orilla izquierda. Sin embargo, el fuego de los fuertes de la derecha nos incomodaba

mucho ; entonces se condujeron á la línea formada por las tropas adelantadas, dos piezas de á doce y dos obuses ingleses, con el objeto de contrarestar dichos fuegos.

« Se aproximaba el momento decisivo. El capitan Lesergeant d'Hendecourt, ayudante de campo del general Collineau, fué comisionado por este para reconocer los obstáculos, que consistian en tres fosos llenos de agua que cruzaban un terreno cenagoso, y que solo eran accesibles por dos caminos resbaladizos que apenas tendrian dos metros de anchura. El espacio entre los dos últimos fosos y el pié de los parapetos á que no habia podido abrir brecha el fuego de nuestra artillería, estaba cubierto por obras defensivas de toda clase. De comun acuerdo los generales Collineau y Napier arrojaron sus columnas de asalto. La compañía de cazadores del 102 se adelantó mientras los coolis que llevaban las escaleras, bajo la direccion de una seccion de ingenieros, mandada por el capitan Bovet, se dirigian hácia la contra-escarpa. La 4.ª compañía del primer batallon del 102 acompañaba á poca distancia á los cazadores, y el coronel O'Malley tomó el mando de esta columna. Sin embargo, el fuego de fusilería nos ocasionaba graves pérdidas. Los coolis, muchos de los cuales habian sido alcanzados por el fuego, vacilaban ya, y fué preciso que otra seccion de ingenieros se encargase de llevar las escaleras abandonadas.

« Gracias á la inteligencia y á la actividad de los ingenieros, gracias al valor de nuestra gente, pronto fueron allanados los obstáculos y se arrimaron algunas escaleras á los parapetos. Inmediatamente el general Collineau mandó adelantarse una columna para prestar apoyo, compuesta de tres compañías de infantería de marina. Entonces se empeñó una de esas luchas memorables que es muy difícil describir. Por una parte, algunos soldados del 102 y de infantería de marina subian uno trás otro por las escaleras bayoneta en mano ; por otra un enemigo encarnizado luchaba con fusiles, picas y dardos, y vomitaba balas desde la parte superior de los parapetos. Al fin el tambor Fachard, de la 4.ª compañía del primer batallon del 102, izó la bandera francesa en el fuerte : dicho tambor fué uno de los primeros en trepar á él, y sostuvo una lucha heróica. El coronel O'Malley, el primer comandante Testard, de infantería de marina, el gefe de escuadron Campenon, enviado por el general Collineau poco despues de haber empezado la accion para activar el movimiento; el teniente de navío Rouvier, que mandaba los coolis, el teniente coronel del Estado mayor Dupin, que habia reclamado la honra de ir con la columna de asalto, arrastraron trás sí á nuestros soldados. La energía de nuestras tropas los alentaba ; penetraron en las obras de defensa, y allí empezó un nuevo combate en terreno que el enemigo defendia palmo á palmo con inde-

cible encarnizamiento. Por último, el fuerte fué conquistado; los ingleses por su parte tambien penetraron en él; el enemigo se precipitó por todos los puntos de salida, y huyó tomando la direccion del segundo fuerte, bajo una lluvia de balas que cubria el terreno de muertos y heridos. Pero nuestras pérdidas eran graves y deplorables. El teniente Grandperrier, de los cazadores del 102; el aposentador Blanquet Du Chayla, agregado al cuerpo de los coolis, fueron heridos mortalmente; los tenientes Balme y Porte, el ayudante sargento Lunet, del 102, fueron gravemente heridos. De ocho oficiales de las dos compañías del 102, solo dos fueron respetados por las balas, la compañía de cazadores cuenta por sí sola 62 bajas entre muertos y heridos. El comandante Testard solo consiguió entrar en el fuerte despues de recibir varias contusiones y lanzazos, cayendo por último á consecuencia de una bala que le tocó en la cabeza.

«Dejando al general Collineau el mando que le habia confiado, no dejé por esto de asistir á la accion, y pude observar todos sus detalles. La toma de este primer fuerte era por sí sola una victoria completa; pero no eran mas que las nueve de la mañana, y tuve que examinar si podrian sacarse grandes resultados del triunfo que habíamos obtenido. Entré, pues, en el fuerte para ponerme de acuerdo con el general Grant. Entonces habia cesado por completo el fuego de la ribera derecha que tanto nos habia incomodado por la mañana, y en todas las obras defensivas del enemigo se habian izado banderas blancas. Presentáronse los parlamentarios pidiendo hablar con los embajadores. El general Grand y yo les contestamos que á las dos en punto, escepto en el caso de mediar una sumision completa, volverian á empezar las hostilidades. Aproveché esta tregua para dar descanso á nuestras tropas.

«Habia dado al coronel Rentzman la órden de que hiciera venir inmediatamente las dos baterías de á 4, la segunda batería de á 12 y la seccion de artilleros de cohetes á la congreve. Las baterías de á 4, debian dirigirse contra el segundo fuerte de la ribera izquierda que era el nuevo objeto de nuestros ataques; las demás fuerzas indicadas, desplegadas á orillas del Pei-ho, debian atacar el gran fuerte de la ribera derecha, cuyas baterías podian coger de flanco á nuestras columnas. A las dos en punto el general Collineau se dirigió al segundo fuerte, dejando de reserva las tropas que habian entrado en accion por la mañana, en tanto que la artillería desplegada se disponia á cubrir su fuego. Llegó con su tropa hasta las inmediaciones del foso, sin que se le disparara un tiro; salváronse los obstáculos; empezóse el asalto; la infantería de marina penetró por una poterna situada á orillas del rio, y nuestras dos columnas se encontraron en el interior del fuerte teniendo en

medio una guarnicion de tres mil hombres que habia rendido sus armas y parecia atemorizado.

«Este segundo fuerte, lo propio que el primero, contaba con una artillería formidable y con piezas de un calibre enorme. Esta nueva victoria nos manifestó la desmoralizacion del ejército enemigo.

«El jefe de escuadron Campenon y el capitan Cools, estaban ocupados entonces en procurarse medios para pasar el agua, y se habian apoderado de un junco. Les mandé que pasasen el rio por la ribera derecha con los oficiales ingleses encargados de igual comision por el general sir Hope Grand, y que fueran á intimar al virey del Petcheli el abandono inmediato de todas las obras defensivas del Pei-ho. Al llegar á la opuesta ribera dichos oficiales trataron de entrar en el primer fuerte; pero se lo impidió un mandarin militar que al verlos mandó levantar los puentes. Entonces se les presentó otro mandarin que llevaba despachos para los generales aliados, que fueron abiertos inmediatamente y traducidos por M. Parkes, del ejército inglés: se ofrecia entregar á los aliados los fuertes conquistados por la mañana, y franquear el rio Pei-ho á las escuadras, pero reservando á los chinos los fuertes y demás obras de la ribera derecha. Estas proposiciones fueron desechadas, y los oficiales franceses é ingleses resolvieron ir á encontrar al virey en su yamoun de Takon. Los recibió muy bien, y tuvieron con él una larga conferencia; sin embargo, el virey se manifestó resuelto á no ceder. Hasta las ocho de la noche no cedió, pues á esta hora puso en manos de los oficiales un documento que dirigia á los generales en gefe de mar y tierra de los ejércitos aliados, documento en que les hacia entrega de todos los fuertes y campos atrincherados situados á las dos riberas del Pei-ho con todo su material de guerra, y dejaba libre el acceso al rio. Al dia siguiente al amanecer, recibí dicho documento; pero desde el anochecer del dia anterior, algunas compañías de infantería de marina y algunas compañías inglesas, se habian establecido en la ribera derecha, cuyas obras acababan de ser evacuadas con el mayor desórden por las tropas tártaras.

«En resúmen, la jornada del 21 nos valió la toma de cinco fuertes, dos inmensos campos atrincherados, un gran número de armas de toda clase, municiones de guerra y 518 cañones de gran calibre. Por lo demás, desde el principio de esta campaña, y en medio de las dificultades que no tienen analogía en Europa, las tropas han rivalizado siempre en constancia y arrojo. La artillería, que habia de desempeñar un papel tan importante, se ha portado bien en todas partes. Los ingenieros han cumplido con su habitual celo la difícil tarea que les estaba encomendada. El servicio de las ambulancias ha sido superior á todo elogio, tanto por los ausilios prestados á los enfermos en nuestros hospitales,

como por la prontitud en socorrer á los heridos en el campo de batalla. — Dignaos, etc.— *El general de division, general en gefe de la espedicion de China.*— C. de Montauban. »

Estas victorias, y las proposiciones de paz y avenencia hechas por los chinos, hicieron esperanzar á los aliados un pronto y feliz arreglo; pero la mala fé del gobierno chino no tardó en patentizarse, faltando á la palabra empeñada y entregándose á actos de suma barbarie. Entonces los generales aliados resolvieron á toda costa penetrar hasta la corte para exigir allí el cumplimiento de las promesas que se les habian hecho. Varios hechos de armas tuvieron lugar que seria prolijo enumerar, y lo haremos únicamente del que hizo dueños á los anglo-franceses de Pekin. Hé aquí el parte del general en gefe del cuerpo espedicionario en China al mariscal ministro de la guerra:

« Vivaque de Palikiao, á 12 kilómetros de Pekin, 21 de setiembre de 1860.—Señor mariscal: La victoria del Chang-Kia nos habia vengado de la felonía del gobierno chino. Era pues natural que confiase recibir esplicaciones acerca de las causas que habian podido dar lugar á la lucha del 18. Frustráronse con todo mis esperanzas, y por averiguaciones hechas durante los dias 19 y 20 supe que el ejército tártaro ocupaba campamentos preparados de antemano y situados sobre la gran carretera que conduce á Pekin, á dos leguas escasas de nosotros. Estas nuevas disposiciones revelaban una direccion enérgica y hábil. Eran debidas, en efecto, al príncipe Sen-Koli-Tsin, que el año pasado defendió los fuertes del Pei-ho y que, con el título sen-wang, manda las fuerzas del imperio. Durante el primer período de nuestras operaciones, en la embocadura del Pei-ho, no pudimos adquirir pruebas ciertas de su presencia; pero la resistencia inesperada que se habia manifestado y las relaciones de los espías, no permitian dudar que el sen-wang, gefe del partido de la guerra, queria defender personalmente hasta el último estremo las inmediaciones de la capital. El 20 resolví, de acuerdo con el general en gefe inglés, atacar al enemigo el dia siguiente. Hice estudiar por el capitan de Estado mayor Cools, acompañado de los oficiales de Estado mayor ingleses, las posiciones que ocupaba el ejército tártaro.

« Delante de nuestros vivaques de Chan-Kia-Wang, teníamos, á unos 5 kilómetros, la gran ciudad de Tong-tchou (400,000 almas) enlazada con Pekin por una vía de granito de 12 kilómetros, obra de las antiguas dinastías. Este camino atraviesa, junto á la aldea de Palikiao y por un gran puente de piedra, el canal que pone en comunicacion el Pei-ho con la capital. Resolvimos prescindir de Tong-tchou, sabiendo que no quedaba allí ningun soldado, para encaminarnos al puente de piedra cerca del cual se hallaban establecidos los campamentos del sen-

wang. El ejército francés debia marchar directamente hácia el puente, en tanto que el inglés, desplegado á su izquierda, buscaria un paso mas inmediato á Pekin. El 21, á las cinco y media de la mañana, me puse en marcha hácia al punto designado, y dejé mis bagajes bajo la proteccion de dos compañías de infantería, en una aldea situada á una legua mas allá de Chang-Kia-Wang. Luego avancé hasta unos 5 kilómetros de Palikiao, y en este punto tropezamos con las primeras centinelas tártaras. Entonces tomé las disposiciones siguientes: Una pequeña columna de vanguardia, compuesta de una compañía de ingenieros, dos compañías de cazadores de infantería, un destacamento de pontoneros, una batería de á 4 y dos pelotones de artillería montada, recibió órden de adelantar al mando del general Collineau. El general Jamin, con el resto del batallon de cazadores, los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y el 101 de línea, siguió el movimiento. La vanguardia tuvo que detenerse luego ante fuertes masas de caballería que amenazaban su izquierda, á cuya altura no habia llegado todavía el ejército inglés. El general Collineau mandó suspender la marcha y puso los cañones en batería. Me disponia á apoyarle con el resto de mis tropas, cuando de pronto rompióse á mi derecha un fuego de artillería bastante nutrido. Mi gefe de Estado mayor general, el coronel Schmitz, adelantó hácia el cañon enemigo, y vino á darme cuenta de que el punto del cañoneo parecia ser el centro de su primera línea de defensa. Este oficial superior no vaciló en designar este punto como indicando la verdadera posicion del puente que no nos permitian ver varios grupos de casas rodeadas de árboles y las profundas masas que cubrian sus inmediaciones. Dí órden al general Jamin de hacer desplegar á la derecha, frente al cañon, el batallon de cazadores, las compañías de artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12, y disponer que avanzaran lo mas pronto posible para formar nuestra derecha los batallones del 101. Este movimiento dejaba entre el pequeño cuerpo del general Collineau y el mio un intervalo que era urgente llenar. Por el gefe de escuadron Campenon, del Estado mayor general, trasmití á dichas tropas la órden de aproximarse á nosotros: mas esta órden no pudo ejecutarse antes de entrar en línea el ejército inglés, porque en aquel momento la caballería enemiga escedia nuestras dos alas.

« El sen-wang aprovechó hábilmente estas circunstancias para cargar en masa, envolviéndonos por todas partes. En el centro, la carga, intentada varias veces con gritos salvages, fué rechazada por los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y los cazadores de infantería. A la izquierda, estrellóse contra el puñado de valientes del general Collineau, y tuvieron que retroceder ante la exacta puntería de la batería Famont, y ante la caballería inglesa que iba acudiendo al campo de

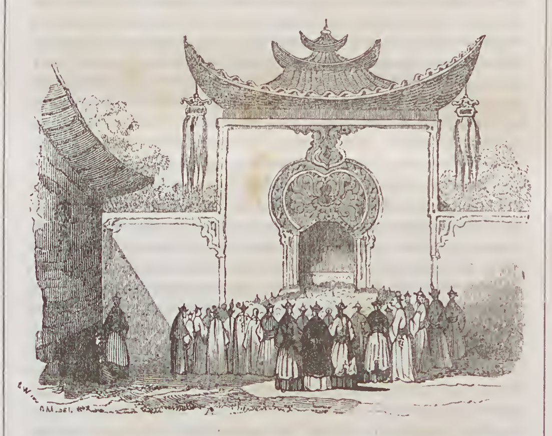
batalla. A nuestra derecha, los ginetes tártaros fueron recibidos por el 101 de línea dispuesto hábilmente y con serenidad por el coronel Pouget. Lo propio que el 18, nuestras tropas habian salido victoriosas de aquel círculo de ginetes. Rechazados estos, la posicion de mi izquierda, en que acababa de desplegarse el ejército inglés, desvanecia mis temores. Podia ya disponer que se acercase el cuerpo del general Collineau, y le di órden de dar la vuelta á la aldea de Palikiao con un movimiento de conversion á la derecha y seguir la orilla del canal, en tanto que el general Jamin atacaria de frente marchando en derechura hácia el puente; la aldea, atacada con el mayor vigor fué defendida palmo á palmo por la infantería china. A la verdad, solo por la inferioridad del armamento se esplica el que fuesen tan poco considerables nuestras pérdidas, teniendo que luchar con un enemigo tan numeroso y tan tenaz. Mas la toma de la aldea no debia ser el término del combate. Mientras que el general Collineau, llegado á la orilla del canal, divisaba el puente de Palikiao y lo cogia lateralmente con su artillería, dispuse que el coronel de Rentzmann avanzara con los artilleros de cohetes á la congreve y la batería de á 12 á fin de batir el puente de frente é inutilizar las piezas que lo defendian. Nuestra infantería, adelantando de casa en casa habia llegado á apoderarse de las que hay junto al canal, y cubria con sus fuegos todas las avenidas.

«En este momento el puente de Palikiao ofreció un espectáculo que es, á buen seguro, uno de los episodios mas notables de la jornada. Todos los ginetes, tan animosos por la mañana, habian desaparecido. Sobre la calzada del puente, grandioso monumento de una antigua civilizacion, soldados de infantería, lujosamente vestidos, agitaban estandartes y contestaban con un fuego, por fortuna impotente, al de nuestras piezas y de nuestra infantería. Era lo mas selecto del ejército que se sacrificaba para proteger una retirada emprendida con la mayor precipitacion. Al cabo de media hora, el fuego concentrado de nuestras baterías imponia silencio al cañon enemigo. El general Collineau, agregando á su vanguardia la compañía del 101 del capitan Moncets, pasó el puente, siguió á la derecha del camino de Pekin, en la direccion tomada por la masa de fugitivos, y yo le segui con el resto de mis tropas. Eran las doce, y desde las siete de la mañana no habiamos cesado de combatir; el enemigo habia desaparecido en un estado de completa desorganizacion, dejando el campo de batalla cubierto de sus cadáveres. Hicimos alto, y despues de dos horas de descanso, hallábanse establecidas mis tropas en los campamentos y bajo las tiendas de los soldados del sen wang, á doce kilómetros de Pekin.

«Las jornadas del 18 y del 21 han valido á los ejércitos aliados 100 piezas de artillería. Al terminar esta relacion, conozco, señor mariscal,



que la pluma es impotente para dar una idea exacta de lo que pasó á nuestro alrededor. El enemigo nos tenia circunvalados hasta una distancia que no alcanzaba la vista; los prisioneros y espías, dejando aparte las aserciones mas exageradas, aseguran que las fuerzas chinas no bajaban de 40,000 hombres. Todo es tan estraño, que para comprender nuestros triunfos, es menester remontarse al pasado y traer á la memoria las victorias constantes de algunos puñados de soldados romanos contra las hordas bárbaras. No puedo menos de reiterar los elogios á que se han hecho acreedoras las tropas que tengo á mi mando. Ruego á V. E. que llame hácia todas la atencion del emperador y el interés del pais. Dignaos, señor mariscal, etc. — MONTAUBAN. »



Esta nueva y definitiva victoria abrió á los aliados las puertas de Pekin y les hizo dueños hasta del palacio del emperador que, segun escribia el general Montanban, es imposible referir las maravillas que contenia. Por último, el gobierno del emperador recibió el siguiente parte del baron Gros, que puso término por el presente á la cuestion de la China.

« Pekin 7 de noviembre. — El 25 de octubre se firmó la paz entre el hermano del emperador y yo. Ha sido aceptado el ultimatum de Shanghai, y se ha verificado el cange de las ratificaciones del tratado

de Tien-tsin. Se pagarán 60.000,000 á la Francia como indemnizacion, entregándose á cuenta el 30 de este mes 3.750,000 francos. El gobierno chino autoriza la emigracion de los coolis. Las iglesias y los cementerios con sus dependencias que pertenecian antes á los cristianos de todo el imperio, les serán devueltos por medio del ministro de Francia. El príncipe Kong me envió ayer un documento oficial, manifestándome que ha hecho ya entrega de la catedral católica de Pekin, y añade que sabe que en la *ciudad imperial* existia en otro tiempo otra iglesia, que actualmente está destruida, pero que van á serme entregados su terreno y dependencias. He espedido hoy pasaportes á algunos misioneros.

« El 28 de octubre, casi todo el ejército, llevando á su cabeza la embajada, condujo al cementerio católico, devuelto ya á Monseñor Monly, obispo de Petchely, y donde descansan los restos de los RR. PP. Gerbillon, Ricci y Shaal, las seis víctimas de la emboscada del 18 de setiembre último. Se reunieron con nosotros el general Grand y su Estado mayor, y nos esperaba en el cementerio Mr. Ignatieff, ministro de Rusia, cuya leal cooperacion me ha sido en estremo útil en todas estas circunstancias. El dia siguiente 21, se celebró un oficio en la catedral, igualmente entregada á Monseñor Monly. Se ha vuelto á colocar la cruz de hierro en la cúpula del edificio, y el *Domine salvum fac Imperatorem* inauguró el restablecimiento público y legal del culto católico en la China. Se me ha entregado además como indemnizacion especial por el atentado del 18 de setiembre, una suma de 1.500,000 francos. Todo marcha admirablemente y autoriza á esperar que este triunfo será duradero. Partiré probablemente de Pekin dentro de dos ó tres dias, para regresar á Tien-tsin y ponerme de acuerdo con lord Elgin sobre lo que debemos hacer en adelante. — Baron Gros. »

Es conveniente indicar, para inteligencia de lo que precede, los principales puntos del ultimatum que se habia dirigido al gobierno chino. Estos son: 1.° Escusas formales por el ataque de las fuerzas aliadas en Takou; 2.° Cange en Pekin de las ratificaciones del tratado concluido anteriormente en Tien-tsin; 3.° Declaracion de que el gobierno francés recobra el derecho de establecer una mision diplomática permanente en Pekin; 4.° Pago de una indemnizacion de 60.000,000 de francos.

Por lo que hace á las espediciones de la Siria y Cochinchina han alcanzado, sino completamente, en gran parte, el fin que se propuso el emperador al mandarlas á aquellos remotos paises. La prudencia y la vigorosa energía de los gefes del ejército franco turco en Siria, permiten esperar que se acerca el momento en que la solucion, costosamente comprada, será el premio de tantos esfuerzos. Otro tanto puede decirse del

cuerpo espedicionario de Conchinchina, el cual, si bien corto en número, protegido por la ventajosa posicion que ocupa y los medios defensivos con que cuenta, en cuanto sea reforzado, como es de esperar lo sea cuanto antes, podrá obtener el objeto apetecido.



Constante el emperador Napoleon en su propósito de dar á la Francia toda la libertad política posible, sin peligro de su reposo y progreso racional, espidió á últimos de noviembre un importantísimo decreto que debemos consignar en este lugar.

El interés del decreto imperial no consiste, sin embargo, en las medidas que encierra, sino en su trascendencia general. La Francia vuelve á tener abierta una salida para la vida política interior, y es muy natural creer que será convocado un nuevo Cuerpo legislativo, y que la libertad de la prensa, salvaguardia de las demás, será el resultado de la reforma promulgada. La prensa es en el mundo moral lo que los ferro-carriles, la navegacion de vapor y la telegrafía eléctrica en el mundo material; es en cierto modo la única escuela de gobierno posible para los hombres de nuestro siglo, y la mayor parte de los ministros actuales de Francia son hijos del régimen parlamentario. Seria pues inesplicable que, en una época en que los intereses industriales y financieros ocupan un lugar tan preferente y están unidos entre los diversos pueblos por una mancomunidad tan íntima, se viera privada una nacion tan llena de vida, de completa libertad en las discusiones políticas.

Hé aquí el decreto que inauguró un cambio de política en Francia:

« Napoleon, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses, á todos los presentes y venideros, salud:

« Queriendo dar á los grandes cuerpos del Estado una participacion mas directa en la política general de nuestro gobierno, y un testimonio

patente de nuestra confianza, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

« Art. 1.° El Senado y el Cuerpo legislativo votarán todos los años, á la apertura de la legislatura, un mensage en contestacion á nuestro discurso.

« Art. 2.° El mensage será discutido estando presentes los comisarios del gobierno, que darán á las cámaras todas las esplicaciones necesarias sobre la política interior y esterior del Imperio.

« Art. 3.° A fin de facilitar al Cuerpo legislativo la espresion de su opinion en la confeccion de las leyes y el ejercicio del derecho de enmienda, se declara en vigor el artículo 54 de nuestro decreto de 22 de marzo de 1852, y el reglamento del Cuerpo legislativo queda modificado de la manera siguiente: « Inmediatamente de hecha la distribucion de los proyectos de ley y en el dia fijado por el presidente, el Cuerpo legislativo, antes de nombrar su comision, se reunirá en comité secreto, y se abrirá una discusion sumaria sobre el proyecto de ley, en la cual tomarán parte los comisarios del gobierno. La presente disposicion no es aplicable ni á los proyectos de ley de interés local, ni en los casos urgentes. »

« Art. 4.° Con el objeto de hacer mas pronta y mas completa la reproduccion de los debates del Senado y del Cuerpo legislativo, se presentará al Senado el siguiente proyecto de Senado-consulto: « Los estractos de las sesiones del Senado y del Cuerpo legislativo, redactados por secretarios redactores colocados bajo la autoridad del presidente de cada asamblea, se enviarán cada noche á todos los periódicos. Además, los debates de cada sesion serán reproducidos por medio de la taquigrafía, é insertados por completo en el periódico oficial del dia siguiente. »

« Art. 5.° Durante la temporada de las sesiones, el emperador designará ministros sin cartera para defender en las cámaras, de acuerdo con el presidente y los miembros del Consejo de Estado, los proyectos de ley del gobierno.

« Art. 6.° Queda suprimido el ministerio de nuestra casa y sus atribuciones son reunidas á las del gran mariscal de Palacio.

« Art. 7.° Se suprime el ministerio de la Argelia y de las Colonias, siendo estas reunidas al ministerio de Marina.

« Art. 8.° Se separan del ministerio de Instruccion pública para colocarlos en las atribuciones del ministerio de Estado, los servicios que no se rozan directamente con la Instruccion pública ó con los establecimientos especiales de la Universidad.

« Art. 9.° El servicio de las dehesas queda separado del ministerio de Agricultura, de Comercio y Obras públicas, para entrar en las atribuciones del ministerio de Estado.

« Art. 10. El conde Chasseloup-Laubat, antiguo ministro de la Argelia y de las Colonias, es nombrado ministro de Marina y de las Colonias en reemplazo del almirante Hamelin, destinado á desempeñar otras funciones.

« Art. 11. Se nombra al almirante Hamelin, gran canciller de la Legion de Honor, en reemplazo del mariscal Pelissier, duque de Malakoff, destinado á desempeñar otras funciones.

« Art. 12. Se nombra al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, gobernador general de la Argelia.

« Art. 13. Los ministros sin cartera tienen igual categoría y tratamiento que los ministros que desempeñan ministerio; forman parte del Consejo de ministros, y son alojados por cuenta del Estado.

« Art. 14. Nuestro ministro de Estado queda encargado de la ejecucion del presente decreto.— Dado en el palacio de las Tullerías el 24 de noviembre de 1860.— Napoleon. »

Hé aquí el testo del artículo 54 del decreto de 22 de marzo de 1852 que declara en vigor el art. 3.° del decreto que antecede: «Si recae sobre un artículo una votacion desechándolo, volverá á la comision para ser examinado. Cada diputado puede entonces, en la forma prevista por los artículos 48 y 49 del presente decreto, presentar la enmienda que juzgue conveniente. Si la comision es de parecer que hay lugar á presentar una nueva proposicion, trasmite su contenido al presidente del Cuerpo legislativo, que lo remite al Consejo de Estado. Entonces se procede en conformidad con los artículos 51, 52 y 53 del presente decreto, y el voto que recae al hacer el escrutinio es definitivo. »

Despues de este decreto, Mr. de Persigny fué nombrado ministro del Interior, y Mr. Forcade de Roquette, de Hacienda. Billaut y Magne fueron nombrados ministros sin cartera. Mr. Flahaut reemplazó á Mr. de Persigny en su embajada de Londres.

El ministro del Interior á poco de ser nombrado dirigió á los prefectos la siguiente circular:

« Señor prefecto: al tomar posesion del elevado cargo con que acaba de honrarme la confianza del emperador, necesito en primer lugar reclamar toda vuestra cooperacion, porque cuanto mas noble es el espectáculo que se nos dá con el acto imperial del 24 de noviembre, tanto mas debe inspirarse la administracion del pais en generosos pensamientos. Hé aquí un príncipe que, despues de haber recibido los poderes de la nacion para restablecer el órden público en el interior, y el engrandecimiento del pais en el esterior, es el primero en apelar á la espresion de los deseos y de la opinion pública de la Francia, pues victorioso apenas de los enemigos interiores y esteriores, introduce en nuestras instituciones mejoras que son un testimonio de su confianza en el pais.

El cuadro de esta primera parte de su reinado formará un hermoso período de nuestra historia. Llamado por la voz de todo un pueblo á la cabeza de una sociedad agitada y sumida en el caos y en la anarquía, dá principio á su empresa con aliento, y en algunos años introduce hasta tal punto el órden en los ánimos y las cosas, que jamás habia distinguido prosperidad semejante á ninguna época de nuestra historia. Despues, terminada apenas en el interior esta grande empresa, se vé impulsado por la situacion de Europa á acometer en el esterior otra no menos importante para volver á colocar la Francia en la alta posicion que le pertenecia. A despecho de siniestras profecías que anunciaban por todas partes que se veria arrastrado por la guerra mas allá del límite de los verdaderos intereses de la Francia, su prudencia igual á su valor la contiene en este límite, y de este modo no solamente ha restablecido en beneficio de nuestra seguridad el equilibrio turbado de Europa, sino que ha inaugurado al mundo una nueva era de paz y prosperidad. Finalmente, para terminar este cuadro, persuadido de que su verdadera mision no es tan solo poner su nombre al lado de el del glorioso gefe de su familia, sino de asegurar el destino del pais, le prepara al noble y pacífico ejercicio de las libertades cuyo desarrollo debe proteger el trono popular de los Napoleones.

«Si os recuerdo, señor prefecto, estos grandes rasgos de nuestra historia actual, no es para que hagais de ellos un tema de comunicaciones oficiales á los pueblos de vuestro departamento, porque, orgullosos por haber hallado tan prodigiosamente por sí propios el 10 de diciembre el hilo perdido de nuestros destinos, no tienen necesidad de nadie para leer en su corazon las grandes páginas del Imperio que ellos han fundado. Lo único que deseo es daros á comprender en qué sentido reclamo vuestra cooperacion. Convencido de que las libertades de un pais no pueden desarrollarse sin que el Estado goce de la seguridad mas completa, pido que continueis siendo tan firme en mantener el órden público, y tan activo en vigilar en caso necesario á los enemigos del Estado; pero os recomiendo al mismo tiempo que nada omitais para terminar la obra de reconciliacion entre los partidos. Muchas personas honradas y distinguidas, aunque rinden homenage al emperador por las grandes cosas que ha llevado á cabo, se mantienen aun alejadas de la vida política por un sentimiento de dignidad personal. Tened con ellos todas las consideraciones que merecen; no omitais ninguna ocasion de impulsarles á que empleen en beneficio del pais sus luces y su esperiencia, y recordadles que si es noble conservar el culto á los recuerdos, mas noble es aun ser útil á su pais. Y ahora que vamos á trabajar juntos en bien del Estado, os pido, señor prefecto, que os desprendais de las preocupaciones personales que con

mucha frecuencia solo sirven para entorpecer los grandes negocios. Decidme siempre francamente vuestra opinion con la independencia de carácter que constituye al verdadero servidor del Estado, y por consiguiente, sin ocuparos de agradar ó disgustar. Recordad que un funcionario del órden civil, lo mismo que el soldado que espone su vida por su pais, ha de saber arrostrar un disfavor inmerecido en caso necesario; pero no temais que os juzgue sin oiros, ni menos que escude mi responsabilidad con la vuestra. No temais tampoco, mientras os sacrifiqueis animosamente por el interés público, quedar espuesto de lejos sin defensa al resentimiento de las ambiciones no satisfechas. Por lo demás, muy pronto recibireis instrucciones sobre puntos importantes de política y de administracion, y tendré ocasion de escitar vuestro celo y adhesion.—Recibid, etc.— *El ministro del Interior*, E. DE PERSIGNY.»

El mismo ministro publicó una circular dirigida á los prefectos, esplicando el sentido en que deseaba hacer uso del poder discrecional que la ley de imprenta le dá. Hé aqui el testo de este importante documento.

« Vengo ahora de un pais cuyos habitantes pueden estar orgullosos de sus instituciones, de un pais en que la libertad de la prensa se ejerce abiertamente, sin ser un peligro ni para el Estado ni para el órden público, ni para la seguridad de las personas y de las cosas; de un pais en que siendo útil á todos los partidos, siendo invocada y respetada por todos, forma la mas segura garantía de las libertades públicas, del órden y de la prosperidad del pais. He presenciado por largo tiempo ese bello espectáculo, y si antes no hubiese ya tenido amor á la verdadera libertad, le hubiera cobrado aficion en dicho pais. Pues bien; como la Inglaterra nos ha precedido en esta senda, es natural que examinemos los medios por los cuales ha logrado asimilarse la libertad que entre nosotros cuenta todavía con tantos enemigos, escita tantos recelos y ofrece tantos peligros. Veamos, pues, como se ha resuelto este gran problema en Inglaterra, y así como los romanos, perfeccionando sin cesar sus medios de guerra, adoptaban hasta las armas de sus enemigos, aprovechémonos del ejemplo de nuestros rivales en gloria y poderío.

« Cuando se estudia la legislacion de la prensa en Inglaterra desde el advenimiento de la casa de Hanover, sorprende á la primera impresion su escesivo rigor. Las pasiones del tiempo, la lucha enconada entre los partidarios de las dos dinastías rivales y de las dos religiones antagonistas, parece que dan desde luego lo terrible de esa esplicacion; pero cuando llegamos á la época actual en que no queda nada de las pasiones del último siglo, y sin embargo, vemos que la nueva legislacion respira el mismo espíritu de severidad, y las mismas preocupaciones politicas, y prohiben de un modo absoluto lo que antes prohibian, no puede menos de sorprender el contraste entre la estrema libertad de que en nues-

tro concepto goza la prensa inglesa, y la severidad de las leyes que la rigen; uno se pregunta cuál es la causa de este fenómeno que parece tan estraño, y como se descubre en cada página de la historia de Inglaterra y en cada artículo de su legislacion, sorprende ciertamente el que desde tanto tiempo sea costumbre en el continente invocar el ejemplo de Inglaterra, no solo para reclamar las grandes libertades de que goza la prensa inglesa, sino para prevalerse de otras libertades que la mas severa y rigurosa legislacion prohibe á la última. Así, hasta la desaparicion completa del partido de los Estuardos, la legislacion inglesa sobre imprenta no parecia que hubiese tenido sino un objeto, defender la nueva dinastía contra sus enemigos políticos ó religiosos, y prohibir en nombre de la libertad en cierto modo las armas y los instrumentos de la libertad á los adversarios de las nuevas instituciones del pais. Desde 1692, ya bajo el gobierno de Guillermo de Orange, hasta la caida del partido de los Estuardos, en vez de la censura que habia regido por algun tiempo bajo el gobierno de Guillermo, pero que era suave respecto á la que la siguió, el régimen de la prensa, de los libros, periódicos y publicaciones de todo género, quedó sometido á la jurisdiccion del *Common-Law*.

«Para comprender el carácter de esta jurisdiccion, es preciso saber que á diferencia del *Statute-Law* que es la ley escrita y votada por el Parlamento, el *Common-Law* es la ley no escrita, *lex non scripta*, que se conserva en la memoria y en la conciencia de los jueces que interpretan las tradiciones de lo pasado; que esa ley concede un poder discrecional á los jueces de la Corona para las penas que han de imponer despues de la declaracion del delito por el jurado, y que de esta suerte, mientras la casa de Hanover tuvo en el interior enemigos políticos ó religiosos, es decir, durante este período de pasiones y de violencia, los jueces de la Corona ejercieron el derecho severo de condenar á toda persona culpable de haber escrito, publicado ó impreso algunos ataques contra la Corona ó el Estado, no solo á multas, prision, azotes y á la pública vergüenza, sino tambien á la pena de muerte, y esto no como ahora en virtud de una declaracion del jurado sobre la ofensa, sino en virtud de la mera declaracion del hecho siguiente: Fulano es el autor, editor ó impresor de tal ó cual escrito. Pues bien; si á esto se añade que los jueces nombrados por la Corona eran elegidos entre los mas celosos partidarios de la casa de Hanover, y aun eran revocables por la Corona hasta el año 1760, no puede imaginarse lo que debió ser la libertad de la prensa para los partidarios de los Estuardos, para los jacobistas, para los católicos ó papistas, como se decia entonces, y otros enemigos del Estado. Hasta últimos del siglo XVIII, cuando ya la casa de Hanover estaba arraigada desde mucho tiempo, y el partido de los Estuardos habia desaparecido y habíase sometido el de los católicos, recla-

mando ya la opinion pública que se endulzase esa severa legislacion, Fox obtuvo un bill del Parlamento para aplicar el crédito ó fallo del jurado, no ya esclusivamente al hecho solo, sino al carácter del escrito sedicioso ó del libelo, lo cual introdujo naturalmente una considerable moderacion en la legislacion consabida.

«No quiero ahora fijar una atencion especial en los detalles recorriendo el arsenal que la legislacion inglesa pone á la disposicion del poder, pero citaré dos circunstancias características que servirán para poner en claro el espíritu de nuestros vecinos en materia de imprenta. Veinte y cinco años despues del bill de Fox, cuando la Inglaterra hubo llegado al mas alto grado de poder y creia que en adelante podria gozar en paz de sus libertades, sucedió que á consecuencia de una grave crísis económica, ocasionada por la escasez de subsistencias y la enormidad de los precios despues de la guerra, y favorecida por otra parte por la impopularidad del príncipe regente, sucedió, repito, que se generalizó en el pais cierta doctrina republicana que inspiró graves recelos al órden establecido, y que el jurado, arredrado ó convertido en partidario de la nueva doctrina, usando ámpliamente de las disposiciones contenidas en el bill de Fox, quitaba muchas veces á los jueces de la Corona la facultad de aplicar á los delincuentes la legislacion del *Common-Law*. En estas nuevas circunstancias, el parlamento inglés no vaciló en dar al gobierno los medios de obligar al jurado á la defensa del Estado, y en su consecuencia se hizo una ley en 1819, imponiendo multas, cárcel, y, en caso de reincidencia, el destierro al autor, editor ó impresor de todo escrito ó libelo sedicioso contra el rey, la real familia, el regente, el gobierno, la Constitucion y una ú otra de las dos Cámaras, y merced á esas disposiciones tan detalladas y precisas, no era ya casi posible que la conciencia del jurado desatendiese las necesidades del Estado.

«Pero cuando acurrió la crísis de 1848, y con ella surgieron nuevas emociones y nuevos partidos hostiles al órden establecido, se esperimentaron todavía dificultades por parte del jurado. Entonces se conoció la necesidad de precisar con mayor claridad todavia, y con mayor minuciosidad, los ataques de que podia ser objeto el Estado, y una nueva ley titulada, *Acta para consolidar mejor la seguridad de la Corona y del gobierno*, aumentó el terrible arsenal de la legislacion inglesa. Esta vez al triunfo ha sido completo; el arma fué tan aguzada que triunfa hasta del jurado inglés, y en su virtud, dos periodistas culpables de escritos sediciosos, John Mitchell y John Machin, se vieron condenados por los jueces de la Corona á catorce años de deportacion y trabajos forzados. Y ahora, ¿se creerá que si estas disposiciones judiciales, conformes con la índole de la raza anglo-normanda, no produ-

jesen buen resultado, la Inglaterra se contendria por respeto á las teorías? No por cierto. Siempre fiel á su gran principio de que antes de ser pueblo libre es preciso ser un pueblo unido, que antes de ser un Estado libre debe ser un Estado fuerte, la Inglaterra, que no ha retrocedido por nada, cuando se trataba de defender en el último siglo la dinastía que habia elegido para sí, no retrocederia ahora si un nuevo peligro amenazase al Estado. En resúmen, el espíritu de legislacion inglesa en materia de imprenta puede formularse en los siguientes términos: libertad completa para todo lo que es una ventaja, y no es un peligro para el Estado, y negacion de toda libertad desde que se trata de atacar al Estado; de suerte que la libertad inglesa de que la prensa goza tan completamente no es en realidad mas que la espresion de la situacion politica y social del pais. Como ahora no hay partido ni hombre alguno formal que piense ni por un momento en echar abajo á la reina, ni al gobierno, ni al Parlamento ni á la Constitucion, nadie tiene que pensar en lo que puede ser de la libertad de la prensa, que en este supuesto no es sino una ventaja para todos. Pero que un partido cualquiera se proponga trastornar el Estado en beneficio de otra dinastía ó de otras doctrinas; desde aquel punto no existe ya la libertad de imprenta para aquel partido.

«Así, cuando, ya en Francia, ya en otros paises, los enemigos declarados de un gobierno constituido se prevalen del ejemplo de Inglaterra para reclamar la libertad de atacar por medio de la prensa el régimen establecido, se fundan en un error. Cuando se quejan de que no pueden gozar del derecho de atacar al Estado, si su indignacion es sincera, desprecian las condiciones de la libertad posible entre los hombres, y en todo caso calumnian la libertad inglesa.

«La verdad es que el ejemplo de Inglaterra nos muestra al contrario, y lo demuestra de un modo brillante, que la libertad de imprenta debe subseguir, y no preceder á la consolidacion de un nuevo Estado, de una nueva dinastía; que mientras haya partidos hostiles al órden establecido, en lucha, no ya como ahora los torys y los wighs con el ministerio, sino como en otro tiempo los jacobistas para derrocar el trono, es decir, mientras haya naciones en la nacion, no puede concederse la libertad á los enemigos del órden establecido sino en pueblos degenerados que prefieren á la salvacion del Estado, como los griegos del bajo Imperio, el derecho de disputarse y de destruirse á si propios.

«Y ahora, señor prefecto, necesito formular las instrucciones que debo daros. Si todos los partidos y todos los escritores sometiéndose realmente á las leyes constitutivas de nuestra sociedad, al sufragio universal que ha fundado el trono de los Napoleones para convertirlo en la base de nuestras instituciones; si esos partidos y esos escritores, respe-

tando la voluntad del pueblo francés no quieren la libertad de imprenta mas que para la prosperidad del Estado, entonces tienen ya de hecho y de derecho la libertad de la prensa como en Inglaterra, y la ley de las advertencias pasa á ser una letra muerta. Publíquense los abusos que se cometan en la sociedad ó en el gobierno, discútanse los actos de la administracion, revélense las injusticias, y reanime en todas partes la vida social, política, mercantil é industrial el movimiento de las ideas, de los sentimientos y de las opiniones contrarias, ¿quién podrá razonablemente quejarse? Pero si hay partidos que se proponen no hacer penetrar sus ideas, sus doctrinas y sus sentimientos en el gobierno del Estado, sino trastornar al Estado; que se proponen oponer á un gobierno otro gobierno, á una dinastía otra dinastía, entonces, sea cual fuere la debilidad de esos partidos, el respeto á la voluntad nacional, el interés público y la ley, no consienten que se dé pávulo á pasiones hostiles al órden establecido, pues aun sin hablar de peligro alguno, todo lo que retarda la fusion de los partidos en la gran familia del Estado, retarda al mismo tiempo el goce de las libertades de nuestro pais.

« En cuanto al instrumento que la ley actual pone en mis manos por el sistema de las advertencias, no he menester discutirlo. Sin embargo, si me es permitido emitir con franqueza y sin rodeos mi opinion, este sistema como medida escepcional, subordinada á las exigencias impuestas por el establecimiento de un nuevo órden de cosas, es sin duda en principio tan dictatorial como el que han encontrado los defensores de la casa de Hanover; pero de hecho es mas franco, mas sincero que si se disfrazase con formas judiciales al estilo de los hanoverianos. Por otra parte, es mucho mas conforme con las costumbres y la situacion de nuestro pais. Es sin duda difícil, como lo ha sido siempre en Inglaterra, definir el punto que separa la discusion útil de la discusion perjudicial al Estado. Es una cuestion de conciencia tan delicada para un ministro napoleónico como para un juez hanoveriano; pero lo que puedo decir es que si bien estoy dispuesto á no retroceder ante ninguna responsabilidad para prohibir á la prensa los ataques contra el Estado, sea cual fuere el pretesto y la autoridad con que se encubran, en desquite no consultaré ninguna conveniencia particular, sea cual fuere el que la formule, para las resoluciones que habré de tomar con el objeto de favorecer sin tregua en nuestro pais la aclimatacion, si así cabe decirlo, de los hábitos de libre discusion. No olvideis que el poder discrecional de la Administracion sobre la imprenta es escepcional, y que debe aplicarse con escrupulosa legalidad. Acordaos sobre todo de que ese poder se ha delegado á mi ministerio en beneficio del Estado, y no del gobierno. No se guarezcan vuestros actos á la sombra de esta proteccion, sino al contrario, espónganse como los mios á la discusion pública. En fin, inspiraos del

grande ejemplo que nos dá el emperador, y sabed que le manifestareis vuestra adhesion con vuestro celo por el interés público.— Recibid, etc. — F. DE PERSIGNY.»

Despues de estas circulares, el *Monitor* publicó el siguiente decreto de amnistía concedida á los periódicos sobre los cuales habian recaido advertencias:

«Señor: Despues de haber espuesto en mi circular á los prefectos los principios generales que deben regir las relaciones de la administracion con la prensa, creo espresar la idea de V. M. pidiéndole que conceda la gracia de las advertencias impuestas á los periódicos de Paris y los departamentos. Cierto número de periódicos han recibido dos advertencias, encontrándose por consiguiente amenazados de suspension. Al libertarlos de este peligro, el gobierno los volverá á colocar en las condiciones de independencia que comprometieron, y este olvido de lo pasado será una nueva garantía para esa generosa política que se inclina á la reconciliacion y á la union de todas las inteligencias del pais. He invitado á la prensa para que use de una ámplia libertad de discusion, y mi conciencia estará mas libre y será mas fuerte mi autoridad contra los que se sirvan de aquella para atacar al Estado, si V. M., borrando lo pasado, ofrece á los escritores una mas noble ocasion de demostrar su patriotismo.— Soy, etc.— F. DE PERSIGNY.»

Anulacion de las advertencias dadas á los periódicos.— «Napoleon, por la gracia de Dios y la voluntad nacional, emperador de los franceses, á todos los presentes y venideros, salud: En vista de lo propuesto por nuestro ministro secretario de Estado en el departamento del Interior, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

«Art. 1.º Se consideran como nulas y sin efecto las advertencias dadas hasta este dia á los periódicos de Paris y de los departamentos, en aplicacion del decreto del 17 de febrero de 1852.— Art. 2.º Nuestro ministro secretario de Estado en el departamento del Interior queda encargado del cumplimiento del presente decreto.— Dado en el Palacio de las Tullerías á 10 de diciembre de 1860.— NAPOLEON.— Por el emperador: *el ministro secretario de Estado en el departamento del Interior.*— F. de Persigny.»

Cinco dias despues publicóse un decreto dividiendo el ministerio del Interior en cinco direcciones generales y suprimiendo la secretaría general. Fueron nombrados directores generales: M. Thuillier, de la administracion departamental y municipal; M. de Saint-Paul, del personal y del gabinete; M. Boitelle, de seguridad pública; M. de Vougy, de las líneas telegráficas, y M. de la Gueronnière, interinamente de la librería y de la imprenta.

Por lo que respecta á su política esterior, y en particular de la que sigue

el emperador con respecto á las Dos Sicilias, en vano nos esforzaríamos en manifestar los sentimientos de simpatía personal que han inducido á Napoleon III á proteger al rey de Nápoles sin faltar al principio de no intervencion proclamado por las grandes potencias. Dígalo sino la escuadra francesa que por tanto tiempo ha dejado libre la salida por mar en Gaeta á Francisco II, protegiendo realmente su fuga; pero esta proteccion debia cesar desde que pudo utilizarse para prolongar la guerra civil. Resuelto el rey á no abandonar á Gaeta « mientras haya pan y municiones » dirigió á sus pueblos el siguiente documento escrito de su propio puño.

« Pueblos de las Dos Sicilias:

«Desde esta plaza, en que defiendo mas que mi corona la independencia de la patria comun, vuestro soberano levanta la voz para consolaros en vuestras miserias y para prometeros tiempos mas felices. Víctimas de la traicion, y despojados unos y otros, nos rehabilitaremos á la voz de nuestros infortunios. La obra de la iniquidad nunca ha durado mucho tiempo, y las usurpaciones nunca son eternas.

«He dado al desprecio las calumnias, he mirado con desden las traiciones, mientras las traiciones y las calumnias solo han tomado por blanco á mi persona. He combatido no por mí, sino por la honra del nombre que llevamos. Pero cuando veo á mis queridos súbditos presa de todos los males de la dominacion estrangera, cuando los veo convertidos en pueblos conquistados y que llevan su sangre y su oro á otros paises, cuando los veo pisoteados por un señor estrangero, mi corazon napolitano late de indignacion en mi pecho, y solo me consuela la lealtad de mi valiente ejército, el espectáculo de las nobles protestas que de todos los puntos del reino se elevan contra el triunfo de la violencia y del fraude.

« Soy napolitano, nacido entre vosotros; no he respirado otro aire, no he visto otros paises, no conozco otro suelo que el suelo natal. Todas mis afecciones están en el reino; vuestras costumbres son mis costumbres; vuestra lengua es mi lengua; vuestras ambiciones son mis ambiciones. Heredero de una antigua dinastía que por espacio de largos años reinó sobre esas bellas comarcas, despues de haber reconstituido su independencia y su autonomía, no vengo, despues de haber despojado de su patrimonio á los huérfanos y á la Iglesia de sus bienes, á apoderarme con fuerza estrangera de la mejor parte de Italia; soy un príncipe que es vuestro y que lo ha sacrificado todo al deseo de conservar entre sus súbditos la paz, la concordia y la prosperidad.

« El mundo entero lo ha visto, para no verter sangre he preferido arriesgar mi corona. Los traidores pagados por el enemigo estrangero, se sentaban en mi consejo, al lado de mis fieles servidores; en la sinceridad

de mi corazon no podia creer en la traicion. Me costaba demasiado el castigar; me dolia, despues de tantas desgracias, abrir la era de la persecucion; y así la deslealtad de algunos y mi clemencia, facilitaron la invasion que se ha realizado por medio de aventureros, y luego paralizando la fidelidad de mis pueblos y el valor de mis soldados.

«Teniendo que hacer frente á continuas conspiraciones, no he hecho derramar una gota de sangre, y se ha calificado de debilidad mi conducta. Si el amor mas tierno hácia mis súbditos, si la confianza natural de un jóven en la honradez de los demás, si el horror instintivo al derramamiento de sangre, merecen semejante calificacion, es cierto, he sido débil. En el momento en que era segura la ruina de mis enemigos, he contenido el brazo de mis generales para no consumar la destruccion de Palermo. He preferido abandonar á Nápoles, mi casa, mi querida capital, sin ser espulsado por vosotros, para no esponerla á los horrores de un bombardeo como los que ha habido mas tarde en Cápua y Ancona. He creido de buena fé que el rey del Piamonte, que se titulaba hermano y amigo mio, que me hacia protestas de que desaprobaba la invasion de Garibaldi, que seguia negociaciones con mi gobierno para contraer una alianza íntima para los verdaderos intereses de Italia, no hubiera roto todos los tratados é infringido todas las leyes para invadir mis Estados en plena paz, sin motivo ni declaracion de guerra. Si estos son mis desaciertos, prefiero mis infortunios á los triunfos de mis adversarios.

«Yo habia dado una amnistía, yo habia abierto las puertas de la patria á todos los emigrados; yo habia concedido á mis pueblos una Constitucion. Yo no he faltado en verdad á mis promesas. Yo me preparaba para garantir á la Sicilia instituciones libres que hubieran sancionado, junto con un Parlamento separado, su independencia administrativa y económica y hubieran desviado de una vez todos los motivos de desconfianza y descontento. Yo habia llamado á mis consejos á los hombres que me parecian mas aceptables por la opinion pública en estas circunstancias, y mientras me lo ha permitido la incesante agresion de que soy la víctima, he trabajado con entusiasmo en las reformas, en los progresos y en la prosperidad de nuestro pais comun.

«No son las discordias intestinas las que me quitan mi reino, pero he sido vencido por la injustificable invasion de un enemigo estrangero. Las dos Sicilias, á escepcion de Gaeta y de Mesina, últimos asilos de su independencia, están en poder del Piamonte. ¿Qué ha proporcionado esta revolucion á los pueblos de Nápoles y Sicilia? Ved la situacion que el pais presenta. La Hacienda, en otro tiempo tan floreciente, está arruinada por completo; la administracion es un caos; la seguridad individual ha desaparecido. Las cárceles están llenas de gente sospechosa; en vez de la libertad reina el estado de sitio en las provincias, y un gene-

ral estrangero publica la ley marcial, y dispone que sean fusilados en el acto los súbditos mios que no se inclinen ante la bandera de Cerdeña. El asesino es recompensado; el regicidio obtiene una apoteósis; el respeto al santo culto de nuestros padres se titula fanatismo; los promotores de la guerra civil, los traidores á sus paises, reciben pensiones que paga el pacífico contribuyente. Reina en todas partes la anarquía. Aventureros estrangeros han puesto la mano en todo para satisfacer la codicia ó las pasiones de sus compañeros. Hombres que nunca habian visto esta parte de Italia, ó que despues de una larga ausencia han olvidado sus necesidades, constituyen vuestro gobierno. En vez de las instituciones libres que yo os habia dado y que deseaba desarrollar, habeis tenido la dictadura mas desenfrenada, y la ley marcial reemplaza ahora á la Constitucion. A los golpes de vuestros dominadores desaparece la antigua monarquía de Rogerio y de Cárlos III, y las Dos Sicilias han sido declaradas provincias de un reino lejano; Nápoles y Palermo serán gobernadas por prefectos procedentes de Turin.

«Hay un remedio á todos esos males y á las calamidades mayores todavía que preveo: la concordia, la resolucion, la fé en el porvenir. Unios al rededor del trono de vuestros padres, cubra para siempre el olvido los errores de todos; que lo pasado no sea jamás un pretesto para la venganza, sino una leccion saludable para lo porvenir. Tengo confianza en la justicia de la Providencia, y sea cual fuere mi suerte permaneceré fiel á mis pueblos, lo propio que á las instituciones que yo les he concedido. Independencia administrativa y económica entre las Dos Sicilias, con parlamentos separados; amnistía completa para todos los hechos políticos; tal es mi programa. Fuera de estas bases, no tendrá el pais mas que el despotismo y la anarquía.

«Defensor de la independencia de la patria, permanezco aquí y combato para no abandonar un depósito tan santo y tan querido. Si continúa la autoridad en mi poder, será para proteger todos los derechos, respetar todas las propiedades, garantir las personas y los bienes de mis súbditos contra toda clase de opresion y de saqueo. Si la Providencia, en sus profundos designios, permite que el último baluarte de la monarquía caiga á los golpes de un enemigo estrangero, me retiraré con la conciencia tranquila, con una fé inalterable, con una resolucion inmutable, y mientras espero la hora inevitable de la justicia, haré los mas entusiastas votos por la prosperidad de mi patria, por la felicidad de esos pueblos que forman la mayor y mas cara porcion de mi familia. El Dios Todopoderoso, la Virgen inmaculada é invencible, protectora especial de nuestro pais, sostendrán nuestra causa comun. — FRANCISCO.»

Nadie puede desconocer la suma importancia que puede tener la conducta ó mejor la resolucion que revela en el anterior manifiesto el mo-

narca napolitano ; importancia, que á nuestro ver puede comprometer en gran manera los futuros destinos de Italia , ora sea por los progresos que puede hacer la reaccion en los Abruzzos , ora obligando en vista de la mas ó menos prolongada resistencia , á las demás potencias de Europa á tomar una resolucion que pueda turbar la paz general de que tanto necesitan las naciones todas. Así es, que la conducta de la Francia debia forzosamente esperimentar un cambio. De lo contrario, podia dársele una interpretacion violenta.

En efecto , despues de la terminante resolucion consignada en este documento, no solo era inútil sino tambien inconveniente prolongar por mas tiempo la proteccion indirecta de la Francia , sin faltar á los principios admitidos no solo por el emperador , sino tambien por las demás potencias. No se apresuró, sin embargo, el emperador á llamar sus fuerzas navales , dando al monarca protegido todo el tiempo necesario para que pudiera abastecer la plaza amenazada , y solo despues de haberse anunciado aquel acuerdo con alguna anticipacion , la escuadra francesa debia retirarse definitivamente de las aguas de Gaeta.

Termina el año 1860 y con él este capítulo de la historia del emperador. Digan lo que quieran sus adversarios; declamen y amontonen sofismas y acusaciones los partidos estremos ó los ódios estrangeros: así como la Francia agrícola , artística é industrial reconoce el progreso debido al genio iniciador del hombre que rige sus destinos, tambien la Francia imperial ha entrado en una nueva senda de progreso, cumpliendo Napoleon su palabra ; pero aun no ha dado cumplimiento á su destino. Cometa brillante, dice un ilustrado escritor contemporáneo, hoy en dia asombro de las gentes, los antiguos partidos pretenden que vuelva á desaparecer, mientras otros entienden que presentará todavía un foco mas luminoso é imponente. Algunos dudan si conserva acaso en su seno alguna gota de aquella hiel contra la cual no puede nada el Leteo, y que solo se evapora cuando un enemigo ha sucumbido... Otros , presagiadores de desdichas, quisieran que el antiguo proscripto siguiera las huellas de su predecesor , intentando señorearse de la tierra. Ello es que sus acciones y sus escritos nos dicen que cree en la Providencia ; que pedia venganza para su patria, y la ha obtenido; que deseaba otra venganza para su sangre, y ya la emperatriz Josefina y la reina Hortensia están vengadas; que ansiaba devolver á su patria el primer rango entre las grandes potencias , y que lo ha recobrado. Pedir mas seria dar molestia á aquella veleidosa divinidad del Ancio acostumbrada á trocar en llantos los triunfos.

No está cumplido todavía su destino : aun su historia ha de ofrecer interesantísimas páginas ; todavía no se ha cerrado el libro de su vida ; grandes empresas tiene pendientes en Oriente y Occidente : en la Italia y la China cruzan las águilas militantes, llevando en pos de sí una

grande idea; mas ó menos ruda podrá ser la lucha, pero abrigamos la íntima conviccion que mas ó menos tarde ha de triunfar la causa del progreso y de la civilizacion. El monarca, empero, que ha sabido labrar la dicha de su pais abriendo en su seno inagotables fuentes de riqueza, y que ha elevado la gloria militar de la Francia á tanta ó mayor altura de la que llegó durante el primer imperio, sabrá triunfar de todas las intrigas de la diplomacia europea y continuar su obra regeneradora hasta haber llenado la alta mision que le confió la Providencia.



ÍNDICE

DE

LOS TRES NAPOLEONES,

TOMOS PRIMERO Y SEGUNDO.

HISTORIA DE NAPOLEON I.

HISTORIA DE NAPOLEON II Y NAPOLEON III.



PAUTA

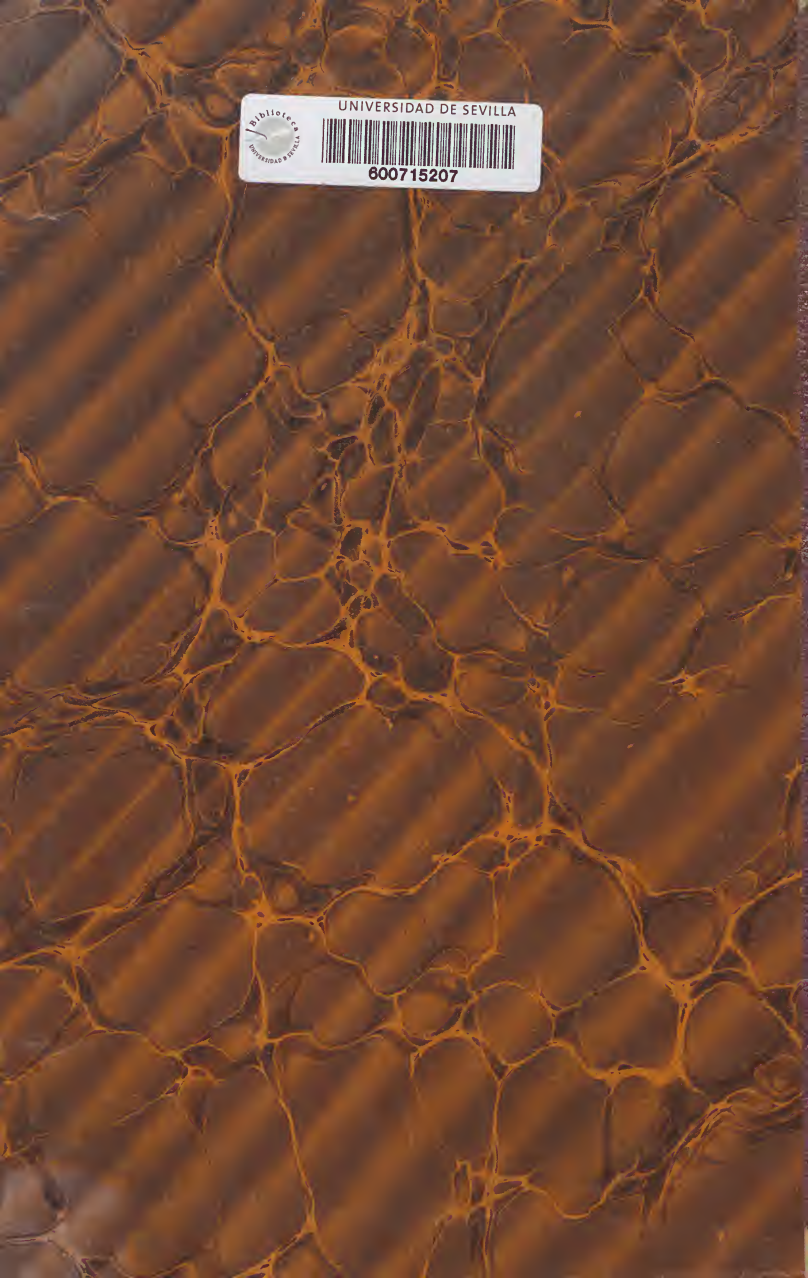
para la colocacion de las láminas.

HISTORIA DE NAPOLEON I.

HISTORIA DE NAPOLEON II Y NAPOLEON III.






Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600715207

LOS
TRES
NAPOLEONES

2